BIBLIOTHECA INSTITUTI HISTORICI S. I.
Vol. VII

HISTORIA

DE LOS

EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Vol. II

DESDE LA MUERTE DE SAN IGNACIO HASTA
LA PROMULGACIÓN DEL DIRECTORIO OFICIAL
(1556-1599)

POR

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.



BILBAO
EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS
APARTADO 73

ROMA
INSTITUTUM HISTORICUM S. I.
VIA DEI PENITENZIERI, 20

1955

NIHIL OBSTAT:

CYPRIANUS ARANA, S. I.

Censor Ecclesiasticus.

IMPRIMI POTEST:

FRANCISCUS XAVIER BAEZA

Prep. Prov. Cast. Occid.

19 nov. 1954.

IMPRIMATUR:

✠ CASIMIRUS, EPISCOPUS FLAVIOBRIGENSIS

Bilbai, 1 decembris 1954.



27036

IMPRENTA EDITORIAL ELÉXPURU HNOS. — BILBAO

INDICE GENERAL

PARTE PRIMERA

ÁREA GEOGRÁFICA DE DIFUSIÓN Y CATEGORÍAS DE EJERCITANTES

CAPÍTULO I

DIFUSIÓN EN ITALIA

		Página
1.	Función de los Ejercicios en la renovación interna del quinientos.	3
2.	Ambiente poco propicio en Roma en tiempo del P. Laínez. .	5
3.	El Colegio germánico primera Casa de Ejercicios en Roma. .	6
4.	Infiltración progresiva en el ambiente eclesiástico.	8
5.	La Casa de Ejercicios de San Andrés.	10
6.	Intervención pontificia	14
7.	Elevación espiritual de los ejercitantes napolitanos. . . .	16
8.	Dos señalados apóstoles: los PP. Maggio y Bobadilla. . . .	18
9.	En las demás ciudades del reino napolitano.	20
10.	Intensa actividad en Sicilia.	22
11.	Santa María Magdalena de Pazzis.	24
12.	San Carlos Borromeo ejercitante.	27
13.	Borromeo apóstol de los Ejercicios	30
14.	El apóstol de Brescia, Alejandro Luzzago	33
15.	Pureza del método en Venecia. Los PP. Loarte y Valentino.	36
16.	Acción del P. Aquiles Gagliardi.	39
17.	Táctica del P. Antonio Possevino	43

CAPÍTULO II

PENETRACIÓN PROFUNDA EN LA CORTE Y EN LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLAS

1.	Ambiente español de intensa renovación espiritual	48
2.	Causas del arraigo alcanzado por los Ejercicios.	49
3.	Red de centros de Ejercicios.	50

Página

4. Entre los nobles 51
5. Fuerza del movimiento 53
6. Causas de la poderosa irradiación 56
7. En el Colegio inglés y en la Chancillería 58
8. La prolongación de Villagarcía y el P. Baltasar Álvarez . . . 59
9. Prolongación de la actividad del P. Baltasar Álvarez 64
10. El P. Luis de la Puente, apóstol de Valladolid 65
11. Amplitud del movimiento en Alcalá 68
12. Trascendencia de la entrada de Alfonso Deza 74
13. Con los universitarios maleantes 75
14. El P. Luis de Guzmán, apóstol de los Ejercicios 77
15. Con personas de posición social 79
16. En Salamanca: primeras escaramuzas 81
17. Continua marcha ascensional 83
18. El P. Bath y los Ejercicios en ejemplos 86

Capítulo III

DESARROLLO ULTERIOR EN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y EN AMÉRICA

I. En la antigua provincia jesuítica de Aragón.

1. En Valencia entre los universitarios 89
2. En Barcelona entre personas de la nobleza 91
3. En Zaragoza. Tempestad pasajera y bonanza definitiva . . . 93

II. Intenso movimiento en Andalucía.

4. Vitalidad del movimiento en Córdoba 94
5. Carácter e importancia del movimiento en Sevilla 98
6. Progresivo auge en Sevilla 103
7. Los PP. Arias, Cordeses y Cárdenas 106
8. Entusiasmo en Granada 109

III. En el Centro y Norte de España.

9. Características del movimiento en esta zona 113
10. En Palencia: apostolado con los canónigos 114
11. En los solitarios centros de Monterrey y Villimar 116
12. Irradiación en Segovia, Logroño, Soria y Pamplona 119
13. En Ávila: Santa Teresa ejercitante 124
14. Infiltración ulterior entre personajes abulenses 132

IV. En Portugal.

Página

15. Difusión en los primeros años 135
16. Nuevo impulso dado principalmente por el P. Mirón 137
17. Florecimiento en Évora y profundidad del movimiento en Portugal 139
18. La primera Casa de Ejercicios en Val do Rosal 143

V. En América.

19. Florecimiento de los Ejercicios en el Perú 144
20. En el Brasil 148

Capítulo IV

AVANCE EN EL RESTO DEL CONTINENTE EUROPEO

1. Dificultades en Francia para la difusión 150
2. En Aviñón al amparo de la protección pontificia 152
3. Reformadores en el floreciente centro de Pont-à-Mousson . . 154
4. Importancia de los Ejercicios de Pedro Bérulle 160
5. En los Países Bajos: Cuadro de conjunto 169
6. Ejercicios en monasterios: acción del P. Mercuriano 172
7. La expansión en Alemania 176
8. Acción en los monasterios benedictinos del mundo germano . 180
9. Restauración católica en Suiza 184
10. En Europa central: Colegios de Brunn y Praga 186

Capítulo V

AVANZADAS DE LOS EJERCICIOS EN TIERRAS NO CATÓLICAS

1. Possevino introduce los Ejercicios en *Suecia* 190
2. Entre las persecuciones de *Inglaterra:* Proselitismo del P. Gerard. 194
3. Heroísmo y eficiencia de la acción del P. Gerard 197
4. Ejercicios entre los alumnos de los Colegios ingleses 200
5. Retroceso en la *India* después de la muerte de San Francisco Javier 201
6. El P. Jerónimo Javier, restaurador de los Ejercicios 205
7. Brotes aislados en *China* 208
8. Arraigo de los Ejercicios en el *Japón* 209

Capítulo VI

CATEGORÍAS DE EJERCITANTES

Página

1. Ordenandos y seminaristas 213
2. Sacerdotes. 216
3. Religiosos. 217
4. Congregantes marianos y colegiales 221
5. Jerarquía eclesiástica y clases directoras 223
6. Mujeres ejercitantes 225
7. Ejercicios a religiosas. 227
8. Comparación con el período anterior. 231

Capítulo VII

CASAS DE EJERCICIOS EN EL SIGLO XVI

1. Primeras moradas para ejercitantes 234
2. Diversos tipos de Casas de Ejercicios individuales. 235
3. Casas en los jardines de los Colegios. 237
4. Casas para Ejercicios en tandas. 239
5. Ajuar de los cuartos. 241
6. Bases económicas 245
7. Sistemas de pago 247
8. Normas para la comida. 249
9. Algunas particularidades sobre el servicio 251

PARTE SEGUNDA

LA PRÁCTICA DE LOS EJERCICIOS ENTRE LOS JESUÍTAS

Capítulo VIII

LOS JESUÍTAS EJERCITANTES

I. Los primeros años.

1. Fuentes. 257
2. Los primeros ejercitantes jesuítas 259
3. De 1541 a 1545 260
4. Evolución de las prescripciones 261
5. Práctica de 1545 a 1550 264

II. Época de una imprecisa acomodación individual (1550-1570).

		Página
6.	Circunstancias externas poco propicias. . . .	265
7.	Número de ejercitantes	267
8.	Causas de las irregularidades.	268
9.	La excepción de Colonia.	271
10.	La flexible acomodación personal de las normas.	272
11.	Tiempo en que se practicaban los Ejercicios . .	273
12.	Número de días que se empleaban	275
13.	Ejercicios diluídos.	276
14.	Ejercicios abiertos.	281
15.	Ejercicios a plazos	281

III. Fijación efectuada en el último tercio del siglo XVI.

16.	Paso a una época de reglamentación más fija con los PP. Mercuriano y Aquaviva	285
17.	Nuevas recomendaciones de los Ejercicios a plazos . . .	288
18.	Cristalización de las normas	290

Capítulo IX

REPETICIONES DE EJERCICIOS REALIZADAS POR JESUÍTAS

I. Repetición de los Ejercicios en la meditación ordinaria.

1.	El libro de Ejercicios base de la meditación ordinaria . .	292
2.	Los Ejercicios en los libros de meditaciones.	295

II. Comienzo de las repeticiones en retiro.

3.	Ejercicios de los primeros Padres en Loreto y a raíz de su ordenación sacerdotal	297
4.	Influjo de estos ejemplos. Ocasiones en que repetían los Ejercicios	299
5.	Ejercicios repetidos en ocasiones especiales	303

III. Implantación de la repetición anual de los Ejercicios.

Página

6. Ejercicios repetidos por los estudiantes durante las vacaciones. 305
7. Entre los Padres dedicados a la predicación 308
8. Actitud de los Superiores en el modo de impulsar la repetición anual 312
9. Tendencias extremas en torno a la repetición anual. 315
10. Decreto 29 de la sexta Congregación general 319

Capítulo X

ASPECTOS PECULIARES DE LOS EJERCICIOS PRACTICADOS POR LOS JESUÍTAS

1. Convencimiento general de que los Ejercicios tenían que ser ignacianos 321
2. El problema de las meditaciones complementarias. 324
3. Meditaciones añadidas por varios autores. 327
4. Deseo de seguir a San Ignacio aun en las tendencias más audaces 331
5. Aspecto concreto de la práctica. 335
6. Práctica de la meditación nocturna 337
7. Observancia del silencio 339
8. Uso de penitencias. 340
9. Necesidad del director 342
10. Elección de estado. 343
11. Los Hermanos coadjutores 344

PARTE TERCERA

METODOLOGÍA DE LOS EJERCICIOS. DIRECTOR Y DIRECTORIOS

Capítulo XI

EL TEXTO IGNACIANO COMO BASE METODOLÓGICA

1. Deseos de que se imprimiera el texto original. 351
2. Edición de Viena procurada por el Padre General 354
3. Ediciones hechas por los Padres Provinciales. 357
4. Reserva en la difusión de los ejemplares. 359
5. Extractos y glosas de los Ejercicios. 362
6. Explanaciones de índole práctica para ejercitantes. 364
7. Explanaciones y comentarios para directores 367
8. Ejercicios diluídos en tratados espirituales 369

CAPÍTULO XII

EL DIRECTOR

		Página
1.	Importancia y cualidades del director	374
2.	Preparación para el oficio de director	376
3.	Orientación general de los Ejercicios	380
4.	Contacto personal en ambiente de intimidad	383
5.	Dirección espiritual	385
6.	Funciones diversas del director	386

CAPÍTULO XIII

IRREGULARIDADES Y REPERCUSIÓN DEL AMBIENTE EN EL MÉTODO

1.	Causas de la crisis en tiempo del P. Laínez	389
2.	Naturaleza y caracteres de la crisis	391
3.	¿Transformación de la estructura de los Ejercicios?	394
4.	Medidas de Borja para la restauración del método	398
5.	Influjo de otros movimientos espirituales en la evolución del método	400
6.	Derivaciones en la práctica de las acusaciones de afinidad iluminista	402
7.	Conceptos deformados de los Ejercicios	406
8.	Silencio en torno a Erasmo	413

CAPÍTULO XIV

PRIMEROS TANTEOS DE ELABORACIÓN DEL DIRECTORIO

1.	Método elegido por San Ignacio para formar directores	415
2.	Directorios de San Ignacio	416
3.	Tanteos de redacción del Directorio en tiempo del P. Laínez	418
4.	Comisión establecida por San Francisco de Borja	420
5.	Estado del trabajo al principio del generalato de Mercuriano	422
6.	Trascendencia del Directorio de Polanco	424
7.	Encargo al P. Mirón: su significado dentro del plan de gobierno del Padre General	426
8.	Directorio de la primera Congregación redactado por Mirón	428
9.	Balance de la acción de Mercuriano	431

Capítulo XV

CONFECCIÓN DEFINITIVA DEL DIRECTORIO

		Página
1.	Necesidad del Directorio y encargo del P. Aquaviva de nueva elaboración	432
2.	Nueva revisión del P. Mirón y sus últimos trabajos	436
3.	Comisiones a los PP. Gil González Dávila y Doménech	439
4.	Revisión del P. Gil González Dávila y el Directorio «Variorum»	442
5.	Revisión del texto y diferencias con el borrador	446
6.	Número reducido y carácter de las observaciones remitidas	449
7.	Notas de tendencia técnica y teórica	451
8.	Notas de índole práctica	455
9.	Comisión octava de la Congregación general de 1593	456
10.	El Directorio oficial	459

PARTE CUARTA

FRUTOS DE ESPIRITUALIDAD CATÓLICA PRODUCIDOS POR LOS EJERCICIOS

Capítulo XVI

EL PRINCIPAL FRUTO: CREACIÓN DE LA ESCUELA JESUÍTICA

1.	Los Ejercicios base de la espiritualidad jesuítica	465
2.	Ulterior elaboración de la forma de espiritualidad	468
3.	Primera síntesis de la doctrina espiritual hacia 1562	472
4.	Infiltraciones no tan puras en algunos sectores	476
5.	Atisbos de espíritu eremítico y cartujo	479
6.	«Avilismo»	482
7.	El P. Juan de la Plaza y el pseudomisticismo	484
8.	Diversos modos peregrinos	489
9.	Influjo del medio ambiente externo	491

CAPÍTULO XVII

SISTEMATIZACIÓN DEFINITIVA DE LA ESPIRITUALIDAD JESUÍTICA A LA LUZ DE LOS EJERCICIOS

		Página
1.	Función de los maestros de novicios en la elaboración de la espiritualidad	495
2.	La presencia de místicos jesuítas, ocasión de nuevos avances en la teoría	498
3.	Función de la mística dentro de la espiritualidad jesuítica	503
4.	Significación del caso Cordeses dentro de la línea de la clarificación	504
5.	Contrastes en Portugal con la actitud de Cordeses	508
6.	Reflejos en el segundo provincialato de Cordeses del avance realizado	512
7.	Razón de la conducta de Cordeses	516
8.	Contienda Ramiro-Cordeses	519
9.	Explicación del P. Mercuriano del modo de orar jesuítico	524
10.	Avance a través de dificultades de Padres eminentes	527
11.	La carta del P. Aquaviva de 1590	531

INTRODUCCIÓN

En 1946 iniciábamos la *Historia de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio* con una monografía sobre la *Práctica de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola en vida de su autor* (1522-1556), pórtico obligado de nuestro tema y, a la vez, base fundamental necesaria para poder edificar la historia de modo seguro.

San Ignacio dirigió personalmente el primer desarrollo—siempre tan delicado—de su obra. El estudio de ese período, que comprendía la labor personal de San Ignacio, tenía una importancia especial y exigía un análisis detallado y minucioso de muchas cuestiones que no se podían dirimir con investigaciones parciales ni con síntesis personales.

El período que sigue a la muerte del santo, y que es el que nos toca ahora estudiar, presenta matices de carácter muy diversos. Es el momento en que se anhela recoger la herencia ignaciana, crear un cauce por el que, de modo normal y constante, se deslice en adelante sin necesidad de dirección particular, en cada caso, la práctica de los Ejercicios.

Es el paso del régimen tutelar al individual, de la infancia a la juventud. Como en la vida, también en la historia, que es su reflejo, no se da el paso en un día ni se efectúa conforme un patrón rígido. Abundan las oscilaciones y no faltan los momentos de retroceso, pero la línea de conjunto se impone a la larga y se realiza más o menos tarde el proceso.

Registrar este proceso, analizar este momento delicado de transición, mostrar cómo fué cristalizando la vida de los pri-

meros lustros en una práctica regular y en unas normas directivas fijas, es la tarea que nos espera en este volumen. No hay que insistir en la importancia e interés de un período de esta índole. Ni en la trascendencia que tiene para conocer a fondo el conjunto, el poder seguir el desarrollo del organismo, el auscultar sus reacciones en los momentos álgidos y decisivos de su constitución permanente.

Esta parte de la historia tiene un término natural: el momento en que acaba este desarrollo interno y en que recibe la forma definitiva. En nuestro caso podemos fijarlo casi matemáticamente: 1599, es decir, el año en que se publica el Directorio oficial, resumen y cifra de todas las tendencias y cauce definitivo de la práctica.

Entre estas dos fronteras naturales que delimitan nuestra región: muerte de San Ignacio (1556) y promulgación del Directorio oficial (1599), encontramos dos grandes procesos que centran los demás problemas y que son los mejores observatorios para poder contemplar la evolución de la práctica, el proceso de la progresiva regulación del método y el de la larga serie de trabajos en orden a la creación de la norma reguladora definitiva.

* * *

En el período ignaciano la práctica tenía la irregularidad y también el encanto de la infancia. Era vida que se manifestaba de modo espontáneo, al calor de las circunstancias, y se ocultaba en los momentos difíciles.

Los jesuítas lanzaron la semilla de los Ejercicios a su paso por ciudades y naciones. No tenían tiempo ni medios para cultivarla de modo sistemático. Crecía de modo irregular al impulso de un amor y entusiasmo juveniles.

Este sistema no podía continuar mucho tiempo. Con la organización más general de la vida, vino también la paulatina sistematización de los Ejercicios: el regular el tiempo, las repeticiones, el método. Hasta ese momento cada director seguía una pauta personal, su interpretación particular, avalada por su experiencia y formada a base de lo que había visto hacer a San Ignacio o a algunos de los grandes directores. Pero caben muchas modalidades en la

interpretación, muchos modos de concebir y entender una misma táctica.

Mientras cada uno seguía su camino, no encontraba dificultad alguna; pero cuando se comenzó a regular la práctica, a dar normas, a señalar orientaciones, se vieron las *diversas tendencias* que, insensiblemente, debido a múltiples factores de temperamento, educación, ambiente, *se habían ido formando*. Y vino el choque, el anhelo de todos por mantener su punto de vista que cada uno creía ser el que reflejaba el auténtico pensamiento ignaciano.

Viene el choque de la tendencia más conservadora con los más innovadores, de los que quieren recoger las prescripciones teóricas ignacianas de modo íntegro, pero también algo fosilizado, como una reliquia, y de los que creen necesario injertar en la raíz ignaciana vivencias más del momento. Brotan desavenencias entre los que tienden a dar los Ejercicios sin distinción a cuantos se presentan, y los que los reservan a los más selectos; entre los que los aplican sin preparación especial de modo más o menos estereotipado y los que exigen una cura particular y delicada. Y todavía divergencias en el modo de conjugar factores vitales, de realizar la adaptación, explanar meditaciones determinadas, añadir o no añadir otras, explanar más o menos las ideas, prolongar más o menos días el retiro.

Cada uno se fijaba en los aspectos más conformes con su carácter y formación. No hay que olvidar que esta valoración subjetiva de elementos aislados, sirvió para que llegaran intactos a la síntesis final ingredientes preciosos que, sin esta percepción particular, se hubieran perdido entre otros más importantes.

Mirón se afanó con esmero en conservar la recta tradición; Gagliardi en que se comprendiera la íntima armazón del método; Possevino en que explanaciones demasiado oratorias no desvirtuaran y atrofiaran la pureza del método; Ceccotti en que se adaptaran las verdades de modo conforme a la psicología de cada ejercitante; Nadal y González Dávila en que el espíritu auténticamente ignaciano vivificara la exposición de las ideas y las diversas prácticas.

Cada uno de ellos, con esta visión particular de un problema,

realizó una misión providencial. Fué guardián de una parte del depósito de la tradición. Creó una escuela, un grupo que se interesó por un aspecto determinado.

Es un fenómeno natural que se tiene que dar siempre. Cada hombre reacciona de modo distinto, queda impresionado por facetas diversas. Al trasmitir la vibración recibida, pone en su mensaje su toque personal, su modalidad íntima. Esto no es lo malo. Esto enriquece y vivifica. Lo malo es el no comprender el valor de otras actitudes, la necesidad de otros puntos de vista, o también, no dar la perspectiva justa a su posición, exagerar su alcance invadiendo campos ajenos. Pero estos choques fueron primeras reacciones. Poco a poco fueron reduciéndose a los límites debidos y se fué preparando la síntesis armónica que incorporaría en su justa medida los varios factores.

* * *

Con este proceso de carácter más individual, se entremezcló otro de amplitud y trascendencia mayores, que se concentró en la *elaboración del Directorio oficial.*

San Ignacio había formado directores. Ahora se trataba de sistematizar la dirección por medio de Directorios que conservaran el método y las industrias sugeridas por el fundador cuando fallaran los hombres privilegiados formados por el propio autor.

En este proceso se dieron también oscilaciones, lo mismo que en el de la práctica. Son dos fenómenos que se entrecruzan en muchas circunstancias. El trabajo era muy delicado y de gran responsabilidad. Se trataba de crear el organismo, a través del cual pudiera realizar sus funciones el espíritu ignaciano.

Hubo momentos de crisis, hubo peligro de que venciera alguna tendencia particular, de tipo tradicional, de valor en lo que abrazaba, pero que excluía otras muchas riquezas; hubo Comisiones que pretendieron dar cuerpo a las normas que parecían concentraban mejor las aspiraciones de todos, pero no pudieron llevarlo a efecto; hubo decretos, borradores varios que naufragaron, particulares que escribieron sendos Directorios, pero al fin se impuso el equilibrio, se tuvieron en cuenta los deseos de directores de naciones y tendencias diversas, se logró eliminar los contrastes,

cristalizar la multiplicidad de factores en un Directorio, obra maestra en la mayoría de sus aspectos y que ha sido el faro de la práctica durante tres siglos y sigue siéndolo en el momento actual.

* * *

Esta percepción de las diversas mentalidades y de los varios puntos de vista, se puede contemplar en las tres primeras partes de nuestra obra, en cada una de ellas bajo aspectos distintos, que han motivado su discriminación.

En la primera, en que se hace un recorrido por las diversas naciones, se aprecian *los matices que en cada una de ellas tomaba la práctica* y los puntos de vista que se consideraban como principales.

En Italia se busca más la adaptación al elemento eclesiástico curial y a las personas nobles o de posición social relevante. En España y Portugal se atiende más a que los criterios ignacianos vayan penetrando en el alma de los dirigidos, de modo que llegue a crearse paulatinamente una nueva espiritualidad inspirada en los Ejercicios.

En Italia se da un Gagliardi de tipo práctico o un Blondo que subordina todo—a veces aun puntos esenciales—a la adaptación. En la Península Ibérica, en cambio, se crea el clima en que brotará un La Palma. La misma práctica no consistirá tanto en excitar al ejercitante con impresionantes explanaciones oratorias como en Nápoles, sino en trasfundir el espíritu de modo silencioso, callado, casi imperceptible a curas de pueblos como en Galicia y Norte de Portugal, o a canónigos en las ciudades de más rancio abolengo. A las generaciones jóvenes universitarias de Coimbra, Alcalá y Salamanca, y aun a los mundanos comerciantes de Sevilla o Cataluña, convence y atrae más que la palabra de los directores, la nueva espiritualidad que transmiten. Y los mercaderes recogen la nueva táctica con la seriedad y firmeza con que realizaban los grandes negocios.

En Francia tienen que enfrentarse con un ambiente poco propicio. La acción, más que de expansión como en Portugal e Italia, es de profundidad. Se echa el fundamento del edificio futuro. Es una fase fecunda, cuya fuerza no se muestra en nuestro período,

Parecido era el panorama en provincias. Con todo, repercutían algo menos los vaivenes de las guerras y, sobre todo, era mucho menor la hostilidad de los enemigos. Pudieron los jesuítas, gracias a esta relativa transigencia, desplegar una actividad espiritual y escolar algo más normal que en París. Pero, como contrapartida, faltaron apóstoles que manifestaran un entusiasmo por los Ejercicios al estilo de Maldonado. El único que se le puede comparar es el *P. Possevino* durante su rectorado en Lyon.

Las fuentes contemporáneas hablan muy poco del ministerio de los Ejercicios. Se debieron de ir dando en casi todos los Colegios a algunos más selectos, sin que llegaran a formar por entonces un movimiento intenso. Los datos que conservamos son siempre datos sueltos, inconexos. Así, en *Tolosa*, se anota la estancia de un profesor de teología, de otro que después del retiro entró cartujo, de varios religiosos, dos de ellos famosos predicadores (4). En *Périgeux*, dos capuchinos, después de practicar los Ejercicios, atrajeron a otros muchos a hacerlos (5).

En todos los Colegios las Congregaciones marianas eran la base más firme, lo mismo del reclutamiento que de la perseverancia.

En *Lyon*, por ejemplo, existían al fin del siglo, doce Congregaciones y muchos de los congregantes practicaban los Ejercicios todos los años (6). El P. Possevino, rector del Colegio de 1571 a 1573, promovió—como acabamos de insinuarlo y como lo hacía en todas partes por donde pasaba—la práctica ignaciana. Él mismo comunicaba alborozado en 1572 al P. Nadal, entonces Vicario General de la Compañía, la noticia de que el Obispo de Vaison, Guillermo Geyssolm—el joven—había estado un mes entero en el Colegio practicando el retiro ignaciano y cómo después de ellos había organizado el gobierno espiritual de la diócesis (7).

2.—En Aviñón al amparo de la protección pontificia.

Mucho más propicio se presentaba el clima de la ciudad pontificia de *Aviñón* para el desarrollo de todo apostolado. Las características especiales de la antigua sede pontificia, le diferenciaban de las demás ciudades francesas. Dependía directamente de la Santa Sede, que la gobernaba por medio de un legado, quien en realidad era un verdadero virrey. Las repercusiones políticas y los escarceos de las luchas que

(4) *Litterae Annuae* 1594-1595, p. 194.
(5) *Litterae Annuae* 1594-1595, p. 205.
(6) SCHIMBERG, 204.
(7) *Op. NN. 324*, f. 268v.

sino en el siglo XVII en que los Ejercicios dominarán amplios sectores de la espiritualidad ambiente y contribuirán a la renovación del pueblo.

En Flandes y en las regiones germanas o eslavas, penetró la nueva fuerza en las fortalezas de los monasterios, realizando allí un trabajo de selección y de elevación interna de ideales y vivificación de métodos, muy intensa e importante por lo selecto de los elementos en que se introdujo. Crea puntos de vanguardia en la labor de renovación común en Europa a tantos movimientos providenciales como se suscitaron, y prepara a importantes contingentes directivos para la lucha contra el avance devastador del protestantismo.

Gracias a la fuerza que inyectó en monasterios, sacerdotes y seglares de influjo, trasformó posiciones débiles—y algunas ya tambaleantes—en firmes baluartes de defensa.

Llegaron estas aguerridas escaramuzas y esta reorganización de las fuerzas de combate hasta los puntos extremos de Suecia y Polonia, infundiendo nuevo aliento, creando un clima de esperanza y de reconquista.

* * *

En los capítulos de la primera parte en que se estudia el avance de la práctica a través de las diversas naciones se aprecia esta divergencia de modalidades y abundancia de recursos que muestran la capacidad de expansión y riqueza que contenían los Ejercicios.

Tenemos ya cada uno de los elementos aislados, aunque encuadrados en su posición justa, es decir, en función de los ejercitantes y del ambiente. Vamos a asistir al modo con que van formando el organismo que necesitan. Para ello es necesario tener en cuenta, además de este material objetivo, *el artífice que realizará el trabajo*, es decir, el director, y más en concreto el jesuíta, ya que entonces prácticamente se identificaban, al menos en los Ejercicios más completos, que son los que nos interesan principalmente.

De aquí la razón de haber dedicado la segunda parte *a la práctica de los Ejercicios entre los jesuítas*. Si no se conoce su ideología y su modo de realizar el trabajo, no se puede comprender el carácter del método.

El movimiento arranca de San Ignacio. Ellos son los trasmisores de una vida, de una actitud, de una misión. Para comprender su táctica hay que ver los dos extremos entre que se mueven: el de origen, en que se encuentra la persona que les entrega, como sagrado emblema, las consignas, y los introduce en los secretos del arte, y el otro en que ellos, convertidos ya en guías y padres, llenos de una rica experiencia, conscientes de su papel, transmiten su secreto a otros hijos y sucesores.

El Padre es San Ignacio. Para interpretar la curva en todo su significado, no se podía separar la fuente de origen de los últimos herederos. De ahí que tuviésemos que dejar de tratar este punto en el primer tomo. Aquí, pues, tenemos que coger el hilo no en 1556, como en el resto de la obra, sino en el comienzo mismo de la Compañía. Esta es la razón de la diferente fecha de arranque de esta parte respecto a las demás. De este modo vemos en toda su línea, sin interrupciones, el paso de la imprecisa acomodación individual a la de una ordenación más precisa; el paso de las repeticiones espontáneas a las fijas y reglamentarias primero, en determinadas circunstancias, después todos los años; las oscilaciones que experimenta el método al vaivén de los factores que se entrecruzan.

* * *

Con esto tenemos ya los elementos que entran en esta sistematización del método y los artífices que dirigen el trabajo. Podemos, pues, acercarnos a la misma práctica, *analizar los diversos tiempos y las fases que abraza.* Es lo que hacemos en la tercera parte, en la que se puede contemplar la estructura del método fijado ya en sus puntos fundamentales. La composición del Directorio, las luchas entre los defensores de las diversas tendencias, los tanteos de ampliar las perspectivas, de aprovechar los elementos disgregados en los diversos frentes, los borradores aportados, las sucesivas fases de elaboración, iluminan, como muy pocos sucesos, toda la problemática de los Ejercicios, presentan en su diáfana perspectiva la armazón íntegra del método.

Hay una historia externa rica en anécdotas y sucesos llamativos, y una historia interna de problemas que se superponen, tentativas de soluciones que no satisfacen y aun luchas por defender posiciones

determinadas; las dos se entrecruzan y las dos iluminan el panorama con luz diáfana.

Porque la fijación se realiza no en el sereno ambiente de un laboratorio, donde se analizan fríamente los varios elementos, sino en medio de una actividad vertiginosa, en zonas de signos contrarios, entre fuertes vaivenes y sacudidas que afectan a todo el cuerpo de la Compañía en aquellos decenios decisivos para su formación y desarrollo, entre dificultades de falta de personal, pujanza de otros ministerios más espectaculares y conformes con el gusto de la época.

Por fin, como efecto natural de esta organización interior de la práctica, se dió una realidad de singular importancia: *la constitución y nacimiento de la escuela de espiritualidad jesuítica*, su ensamblaje en el cuerpo total.

En el primer volumen analizamos ya los frutos individuales y particulares de los Ejercicios, la intensificación de fervor, el modo con que se introdujo la práctica de la oración en muchos sectores, la frecuencia de sacramentos, la transformación espiritual, intelectual y afectiva, las vocaciones a las más variadas Órdenes religiosas. Allá también estudiamos numerosos casos de reforma individual, familiar, social, el fruto producido en diversos sectores: estudiantes, sacerdotes, Obispos, religiosos, obras diversas que se levantaron como colegios y hospitales.

El fruto siguió siendo el mismo en su sustancia en nuestro período. Varían sólo los nombres, pero son idénticas las modalidades. No merecía la pena repetir lo mismo, aportar nuevos datos de fenómenos idénticos sin perspectivas especiales.

Nos pareció preferible centrar la atención en un fenómeno nuevo que se dió en nuestro período, de repercusiones hondas y trascendencia difícilmente imaginable, cuya irradiación repercute hondamente en la historia de la Compañía.

El fenómeno es que el alma de la Compañía encontró el cauce trasmisor de la vitalidad interna y, a la vez, miembros de ella dieron con la forma propia de su espíritu.

También aquí—como en todo donde entra la vida—hubo altibajos, crisis, depresiones, excesos. Estudiar esta trayectoria

—nuestra tarea en la última parte de la obra—es recorrer la capa más íntima, dar con la razón más profunda de los fenómenos espirituales de aquella generación.

* * *

Los Ejercicios no forman un islote aislado en la sociedad del quinientos. Se mueven en un ambiente más vasto, forman parte de un mundo en ebullición en que cristalizan nuevas formas de renovación religiosa y nace un nuevo modo de ver el mundo.

Para dar con la pulsación más íntima de los fenómenos, tenemos que encuadrar la práctica dentro de este movimiento general de renovación y reforma individual y social. Toda nuestra obra no pasa de ser *un capítulo* de esa historia—de dimensiones mucho más vastas, y de problemática tan compleja—de la espiritualidad del quinientos.

Es necesario notar los puntos de intersección del tema que estudiamos en el campo universal, el trasvase que se da en todas direcciones del terreno más particular de los Ejercicios al más general del ambiente y, a su vez, del espíritu ambiental al nuestro de los Ejercicios, porque la interdependencia es mutua y la corriente de influjos destila en ambas vertientes.

A un espíritu irénico de conciliación de unos decenios antes, influenciados por el optimismo de los humanistas devotos que esperan rehacer el frente único del cristianismo europeo en esa zona ancha de transacciones conciliadoras, sucede una postura de intransigencia espiritual. El pacifismo erasmista ha sucumbido. Ha dejado, es verdad, un poso de renovación interior, ha producido, junto con otros factores similares, un movimiento de liberación de formas caducas y de profundidad evangélica, pero se ha aprovechado sus buenos resultados en sentido muy diverso del que se pretendía al principio.

Se intenta más bien ahora, evitar los perniciosos males que se ocultan en su interior, crear un espíritu fuerte, vigoroso, que contenga el avance protestante y, si fuere posible, conquiste nuevas posiciones.

El Concilio de Trento ha dado nuevo vigor al organismo espiritual de los católicos. Reorganiza las fuerzas, crea un frente

compacto, deslinda las posiciones, precisa el dogma. Pero no logra evitar la definitiva escisión protestante.

En el nuevo espíritu se entremezclan estos dos elementos encontrados: de optimismo por la victoria conseguida y de recelo por el temor del contagio luterano, de reacción sana de un organismo que vence una crisis y de defensa ante posibles recaídas. Sucede al irenismo, la intransigencia; al afán de novedades, la guarda de la tradición.

En la marcha de los Ejercicios se registra el vaivén de estos movimientos que avanzan al compás de las oscilaciones del proceso. Pero, a la vez, el mismo proceso recibe el influjo de los Ejercicios. En el cambio de mentalidad, en la nueva postura intransigente y dura que se adopta después de 1560, influye también la espiritualidad ignaciana.

No se ha tenido hasta ahora en cuenta, al estudiar esa trasformación ideológica, la mella que causaban las verdades ignacianas meditadas por tantos y tantos dirigentes en toda Europa y las exigencias de conducta más recia e inflexible a que daban lugar las trasformaciones que allí se efectuaban.

Es necesario caracterizar el alcance de la eficiencia de esta acción en la esfera común, pero no nos toca hacerlo de modo exhaustivo. Sería más propio de una historia de las corrientes espirituales del quinientos, no de una sola corriente, que es el objeto de nuestra historia.

Nosotros nos tenemos que reducir a apuntar, a señalar los puntos de entronque. Porque nuestra obra es una monografía, no una historia general. Su valor reside en estudiar un campo determinado, en fijar las características exactas de una parcela, dando, sí, su posición en el conjunto, pero presuponiendo ese conjunto y sus líneas fundamentales, no poniéndonos a analizarlo y menos a probarlo.

* * *

La marcha de esta monografía no se ha podido fijar de modo teórico. La ha dado cada uno de los documentos que la integran. Corre a su paso y por las regiones que iban apareciendo en ellos,

no por las que uno hubiera deseado transitar, ni siquiera por las que más de una vez había pensado que iba a pasar.

Las diferencias que se observan entre el primero y segundo volumen, obedecen a las divergencias que existen en las fuentes, no a ningún cambio de táctica premeditado. En los primeros años eran los Ejercicios un movimiento nuevo, insólito, creaban esa psicosis de entusiasmo que crea todo descubrimiento sensacional. Se apresuraban a comunicar a Roma las trasformaciones que obraba el nuevo método, las reacciones que provocaba, el nombre de los afortunados que se sometían a su control.

Con el correr del tiempo no diré que perdiera eficacia el método, pero sí que sus resultados no provocaban la admiración del principio. Se diferenciaban muy poco los resultados de un lustro y los de otro, los de España y los de Italia. Parecía superfluo volver una y otra vez en sus relaciones sobre algo de tan poco relieve externo y que había tomado ya carta de ciudadanía en los Colegios de la Compañía. Esta labor se presuponía como algo normal.

Sólo cuando entraban en la cuenta personajes de significado especial o se daba alguna circunstancia que les parecía extraordinaria, lo consignaban en las relaciones. Por estas razones lo ordinario era que, lo mismo en las cartas oficiales que en las privadas, no se hablase de ejercitantes más que en contadas y extraordinarias circunstancias, como no se hablaba del funcionamiento de cada clase, o de las confesiones o sermones ordinarios.

Como se ve, con esta clase de fuentes no podemos fijar el número de ejercitantes ni aun de modo aproximativo, como lo hicimos en el tomo anterior, ni presentar el apéndice estadístico que incluímos allá, ni—lo que es más doloroso—ver en muchas ciudades la marcha de la práctica en los respectivos años. No podemos, pues, dar con detalle lo que sucedió en cada Casa, pero sí podemos señalar la línea general de la práctica con sus oscilaciones principales.

Porque, como decíamos, las fuentes marcan estos vaivenes. Señalan los personajes principales. Hablan cuando se da algo extraordinario. Los puntos más altos de la línea total quedan de este modo fijados con claridad.

De vez en cuando se dan también algunos resúmenes de la acti-

vidad normal que iluminan la trayectoria ordinaria. De este modo —aunque con numerosas lagunas—podemos de alguna manera seguir la marcha general en sus aspectos esenciales.

Y creemos que esto es lo verdaderamente interesante: la fisonomía general, los sucesos que dejan huella. Es decir, que los contemporáneos más que materiales para la historia, nos presentan ya el dato cernido, puesto en su punto exacto de referencia. Nos lo dan sólo cuando tiene valor para el conjunto.

* * *

El desarrollo mayor o menor que hemos dado en nuestra exposición a la práctica en las diversas naciones, está también en función de la mayor o menor difusión que alcanzó en cada una de ellas. Hemos querido dar el carácter más universal posible a la obra. Pero hemos tenido que seguir la ruta de los documentos, deteniéndonos allá donde las fuentes se detenían, y pasando por alto las regiones y naciones en que los Ejercicios no arraigaron en el período que historiamos.

Desde el principio se nos han impuesto dos bloques de países en donde los Ejercicios alcanzaron mayor difusión y que era necesario estudiar más despacio: Italia y la Península Ibérica, y otro, si no tan compacto, sí bastante nutrido y muy digno de señalarse por la calidad de los ejercitantes: Flandes y los países germanos.

Prevemos desde ahora que en el tomo siguiente tendremos que dar una importancia extraordinaria, sin duda mayor que a ninguna otra nación, a Francia, pero eso es en el siglo XVII, no en el momento presente, en que la práctica ignaciana no llegó a tomar consistencia por las circunstancias generales en que se desenvolvió la nación. Tampoco llegaron a imponerse los Ejercicios durante nuestro período en América—si se exceptúa el Perú—y en las naciones eslavas.

Basta tener en cuenta el modo con que estaban repartidos por las diversas naciones los jesuítas y los Colegios—es decir, los directores y las Casas de Ejercicios—para ver que no podía ser de otra manera, ya que la práctica ignaciana seguía la marcha de la expansión de la Compañía de Jesús.

Cojamos el catálogo de 1579, fecha casi equidistante de los dos extremos de nuestra historia y por ello muy apta para dar una proporción de término medio.

De 5.165 sujetos con que contaba entonces la Compañía, había en España 1.472 y en Italia 1.301, es decir, bastante más de la mitad, mientras que en Alemania y Austria había 580 y en toda Francia sólo 388, casi cien sujetos menos que en la sola provincia de Castilla, que contaba con 476, y menos también que en la provincia de Toledo, en donde había 464.

En toda la América española sólo había 160 y en el Brasil 124. Los trabajos de evangelización y roturación misional tenían necesariamente que absorber aquel exiguo puñado de hombres.

Las mismas conclusiones se deducen del número de Casas: 52 en España, 47 en Italia y sólo 14 en Francia.

* * *

Poco más debemos añadir sobre lo referente a la *historiografía* de los Ejercicios en el quinientos, ya que apenas se diferencia de lo que expusimos en la introducción al primer volumen. Los principales autores que escribieron la historia de los Ejercicios en tiempo de San Ignacio: Diertins y Bernard, estudiaron también nuestra época. Las características que señalamos sobre su valor y sobre el enfoque que dieron a la época ignaciana, valen también para nuestro período.

Lo mismo hay que decir de los historiadores de las Asistencias y de los trabajos particulares allí apuntados. Algo se podía añadir de monografías locales o de trabajos de algún Centro o director determinado, pero los temas son demasiado restringidos para apuntarlos aquí. El lector verá su referencia en el sitio correspondiente.

Nos reducimos en este momento a las publicaciones de carácter científico, no a otras muchas que, con miras preferentemente prácticas, han ido apareciendo sobre puntos de nuestro tema de honda repercusión en la práctica, como sobre la contextura esencial de los Ejercicios, los problemas que suscita su adaptación, la capacidad de los diversos grados de personas para practicarlos

de modo más o menos perfecto, la posibilidad de poder realizar en el espacio de unos pocos días la táctica ignaciana que supone un tiempo mucho más largo.

Se ha no sólo escrito, sino aun disputado, sobre si en las tandas de Ejercicios reducidos que se estilan hoy día se puede recabar el fruto que San Ignacio desea de sus Ejercicios, e incluso sobre si el sistema de tandas colectivas consiente dar los Ejercicios propios de San Ignacio.

Pero, en general, se han tratado estas cuestiones desde un punto de vista teórico, no invocando a la historia, sino a la razón y a argumentos de autoridad, en orden a la acción y dirección de las tandas. No es de nuestra incumbencia señalarlos aquí, tanto más que a veces la falta de perspectiva histórica ha desenfocado la recta visión del problema.

* * *

También las fuentes de archivos son similares, aunque ahora, por ser mayor el ámbito geográfico y más la extensión de tiempo, haya que recorrer un número mayor de legajos. El archivo principal, casi el único de cierta importancia, sigue siendo el archivo general de la Orden. La centralización de la Compañía hizo que llegaran a Roma relaciones de todas las partes del mundo. Las normas sobre la frecuente comunicación epistolar y sobre los informes que se debían mandar periódicamente a la Curia, han sido para nuestra historia disposiciones providenciales. Sin ellas nunca la hubiéramos podido escribir.

En los demás archivos, cuya referencia exacta puede verse a continuación de estas páginas preliminares, las fuentes iluminan o completan puntos aislados. Sus noticias son muy secundarias en comparación con las del archivo central.

Son muchos los archivos de varias naciones que hemos visto con detención y en los que no hemos encontrado nada o muy poco.

Los Ejercicios eran en sí algo privado, de carácter íntimo, intrascendente en su aspecto exterior. Fuera de casos aislados, debidos casi siempre a circunstancias ajenas al mismo retiro, no ofrecían relieve para trazar alguna relación importante. No se

archivaban estas cosas sin historia externa ni significado. Al archivo central han llegado, como ya lo indicamos, englobadas en la historia de conjunto de alguna Casa o Provincia, no aisladamente formando cuerpo por sí mismo. Estas relaciones de conjunto se escribían para Roma.

Las fuentes de esos otros archivos tienen un valor más bien ambiental. Sirven para entender los factores que rodeaban la práctica y descubrir la razón de ser de algunas prescripciones, y hemos procurado, en cuanto hemos podido, usar de estas fuentes para iluminar las circunstancias externas, no pocas veces de cierta importancia.

Gracias a preciosos datos, diseminados en estas fuentes, hemos podido registrar—con las limitaciones y características que acabamos de indicar—los vaivenes de este momento decisivo, y asistir a la primera cristalización de la práctica y de las directivas que iban a dar a los Ejercicios su fisonomía propia.

En la proximidad del cuarto centenario del *dies natalis* del autor de los Ejercicios, San Ignacio de Loyola, dedicamos a él, una vez más, nuestra historia, que quiere ser el reflejo de la trayectoria de su obra.

Roma-Oña, 1954.

ARCHIVOS Y CÓDICES

I. CÓDICES DEL ARCHIVO ROMANO, S. I.

Aragonia 1-6.—Cartas de Padres Generales. Padres de la provincia de Aragón, 1573-1611.
Arag. 15.—Catálogos breves, 1559-1773.
Baetica 1-6.—Cartas de Padres Generales a la provincia Bética, 1581-1640.
Baet. 19.—Cartas anuas de la provincia, 1581-1639.
Castellana 2-5.—Cartas del Padre General a Padres de la provincia de Castilla, 1576-1588.
Cast. 28.—Catálogos breves, 1576-1764.
Cast. 32. Cartas anuas de la provincia, 1576-1764.
Cast. 35.—Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla la Vieja, escrita por el P. Pedro Guzmán.
Congr. 21.—Selección de Decretos de Congregaciones, postulados, ordenaciones, respuestas de Generales.
Congr. 41-52.—Actas de Congregaciones provinciales de 1567-1607.
Congr. 95.—Respuestas a los Postulados de las Congregaciones provinciales de 1581-1603.
Francia 1.—Cartas de Padres Generales, 1575-1604.
Francia 30.—Noticias históricas sobre la Compañía de Jesús en Francia de 1540-1604.
Francia 45.—Necrologios, 1591-1798.
Gall. 44.—Registro secreto de 1583-1602.
Gall. 45.—Cartas de los Padres Generales de 1576-1580.
Gall. 53.—Cartas anuas de 1535-1584.
Gall. 58.—Visitas de 1560-1609.
Gall. 79-93.—Cartas de 1557-1601.
Germ. 104-109.—Cartas de Padres Generales de 1559-1573.
Germ. 120-122.—Cartas del P. Lorenzo Maggio.
Germ. 122.ª-123.—Itinerario del P. Lorenzo Maggio.
Germ. 140-141.—Cartas anuas, 1566-1593.
Germ. 142-178.—Cartas de Padres de la Asistencia de Alemania a los Padres Generales.
Goa 8-14.—Cartas de Padres de Goa y Malabar a los Padres Generales.
Goa 47.—Cartas a los Padres Generales de 1561-1592. Cartas anuas de 1574, 1576, 1580, 1582, 1590.
Hisp. 89.—Ordenaciones y consuetudinarios de la Asistencia de España.
Hisp. 90.—Ordenaciones generales.
Hisp. 96-139.—Cartas de Padres Generales de 1556-1596.

Hisp. 141.—Cartas cuadrimestres y anuas, 1564-1584.
Hist. Soc. 42.—Difuntos, 1557-1601.
Hist. Soc. 176.—Vocaciones ilustres.
Inst. 1 f.—Diversos documentos sobre el Instituto de la Compañía y las Constituciones. Nos interesan sobre todo los ff. 100r-145r: *Regole dei diversi offici.*
Inst. 22.—Documentos varios de Padres Generales. Utilizamos ff. 50r-83v: *Index dos avisos de Roma per modo de compendio.*
Inst. 41.—*Ordinationes a Praeposito Generali emanatae cum Catalogo et Indice*, 1573-1601.
Inst. 51.—Cartas de San Ignacio, Laínez, Mercuriano, S. F. de Borja.
Inst. 56.—Respuestas de los Padres Mercuriano y Aquaviva a Congregaciones provinciales y de procuradores.
Inst. 57.—*Consilia et Responsa promiscua R. P. N. Generalis* [P. Aquaviva].
Inst. 58.—*Ordinationes et Responsa P. Claudii Aquavivae*, 1582-1587.
Inst. 67.—*Responsa NN. PP. Generalium ad Societatis Institutum pertinentia et Ordinationes quaedam ex eorum litteris collectae secundum ordinem libri Regularum cum duplici Indice.*
Inst. 70.—Respuestas varias de los PP. Mercuriano y Aquaviva.
Inst. 109.—Apuntes espirituales autógrafos del P. Fabio de Fabi. Descr. en nuestra *Historia de los Ejercicios*, vol. 1, 17* y MHSI.: *Font. narr.*, 2, 47*-48*.
Inst. 110.—Miscelánea espiritual de documentos espirituales y extractos de pláticas de Laínez, Nadal, Ledesma y otros autores de la primitiva Compañía.
Inst. 112.—Apuntes espirituales, a lo que parece, escritos entre 1560-1565. Descr. en MHSI.: *Font. narr.*, 2, 49*.
Inst. 113.—*Libellus de pie orandi meditandique ratione.* Descr. en MHSI. 15 (1946), 79.
*Inst. 117.*ª—*Ordin. et Instruct. gen.* 1565-1647.
Inst. 121.—*Epistolae aliquae pastorales Praepositorum Generalium ab anno 1556 ad annum 1660. Compacta anno 1665.*
Inst. 178.—*Adversaria P. Joannis de Polanco et P. Hieronymi Natalis. Quaestiones variae de variis rebus.*
Inst. 181.—Decisiones y respuestas de Padres Generales de 1581 a 1766.
*Inst. 186.*ª—*Miscellanea de Instituto.*
Inst. 186c.—*Miscellanea de Instituto.*
Inst. 187.—Instrucciones de San Ignacio, Laínez y San Francisco de Borja y documentos varios sobre el Instituto.
Opp. NN. 42.—Miscelánea de apuntes espirituales, pláticas e instrucciones.
Opp. NN. 68.—Documentos de varios autores, 1553-1622. A nosotros nos interesan las respuestas del P. Aquaviva de 1588-1606.
Opp. NN. 84.—Exhortaciones del P. Aquaviva en 1573.
Opp. NN. 324.—Cartas del P. Antonio Possevino, 1559-1572.
Opp. NN. 328-333.—Cartas del P. Antonio Possevino 1558-1577; 1579, 1580-1609.
Opp. NN. 336.—Anales o Autobiografía del P. Antonio Possevino.
Inst. 188.—Varia. De Instituto. Instructiones, 1536-1596. Descr. del códice en MHSI.: *Dir. Exerc.*, p. 41.
Inst. 206.—Documentos e instrucciones del P. Jerónimo Nadal.
Inst. 208.—*P. Natalis. Instructiones et Monita pro Collegiis Hispaniae et Lusitaniae*, 1561-1562.
Inst. 209.—*Instructiones, monita, commendata variis provinciis et collegiis Germaniae, Poloniae, Belgii et Galliae* a *P. Hieronymo Natale.*
Inst. 211.—Cartas y Avisos de los primeros Padres Generales con otras escritas por Javier, Fabro, Polanco y Nadal. Documentos varios sobre el Instituto de la Compañía.

Inst. 220.—Instrucciones y Reglas que tuvo el P. Nadal, quien de su propio puño puso a este manuscrito un índice.
Inst. 228.—*Compendium nostri Instituti ex dialogo P. Hier. Natalis excerptum.*
Inst. 232.—Escritos espirituales del P. Bartolomé Ricci.
Ital. 61-71.—Cartas de Padres Generales a Padres de la Asistencia de Italia.
Ital. 107-162.—Cartas de Padres de la Asistencia de Italia a los Padres Generales, 1557-1605.
Jap. 2.—Ordenaciones en favor del Japón, 1580-1612.
Jap. 4-13.—Cartas del Japón a los Padres Generales, 1548-1599.
Jap. 45-46.—Cartas anuas del Japón, 1578-1605.
Jap. 113.—Cartas anuas de China.
Lus. 32.—Cartas de Padres Generales a la Asistencia de Portugal, 1588-1621.
Lus. 51-53.—Cartas anuas de Portugal, 1557-1585.
Lus. 60-73.—Cartas de Portugal a los Padres Generales, 1556-1596.
Mediolanensis 76.—Diversos documentos históricos referentes a la provincia, entre ellos las Cartas anuas de 1592-1599.
Med. 80.—Historia del Colegio de Génova, 1553-1772.
Med. 81.—Historia de la Casa profesa de Génova, 1603-1773.
Med. 91.—Relación de Colegios de las provincias de Venecia y Milán.
Neapolitana 1-6.—Cartas de Padres Generales a Nápoles, 1573-1602.
Opera NN. 29.—Miscelánea de documentos espirituales.
Opp. NN. 39.—Libro de oración y meditación del P. Esteban Tucci. Sumario de los Ejercicios de San Ignacio.
Peruana, 12.—Cartas anuas de 1568-1604.
Per. 25-26.—Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú, 2 vol.
Philippinarum 20.—Necrologios, 1605-1731.
Poloniae, 7.—Catálogos breves, 1564-1572.
Pol. 8.—Catálogos trienales, 1587-1603.
Pol. 43.—Catálogos breves, 1590-1636.
Pol. 81.—Cartas de Polonia y Lituania al Padre General.
Rheni Inferioris 2, 3.—Cartas de los Padres Generales a los Padres del Rin inferior, 1573-1600.
Rom. 1.—Cartas de Padres de la provincia romana.
Rom. 12-14.—Cartas de Padres Generales a Padres de la provincia romana, 1573-1599.
Rom. 78b.—Catálogos de Italia, 1546-1577.
Rom. 162.—Historia de la Casa de probación de San Andrés.
Rom. 185.—Necrologios, 1602-1650.
Siciliae 1-5.—Cartas de Padres Generales a Padres de la provincia de Sicilia.
Sic. 182.—Cartas quadrimestres y anuas, 1550-1561.
Toletana 1-8.—Cartas de Padres Generales, 1573-1628.
Tolet. 12a.—Catálogos de 1550-1566.
Tolet. 37.—Documentos históricos del siglo XVI sobre la provincia, entre ellos Cartas anuas de 1592-1593, 1597.
Tolet. 38.—Cartas anuas, 1611-1757.
Veneta 1-4.—Cartas de Padres Generales, 1573-1599.
Ven. 31.—Cartas de Padres Generales, 1588-1597.
Ven. 100.—Cartas anuas, 1558-1571, 1584.
Ven. 116.—Relaciones de fundaciones de los Colegios de Parma y Placencia.
Ven. 117.—Relaciones de fundaciones de Colegios de Ravena y Vicenza.
Vitae 5.—Noticias biográficas recogidas por el P. José ANT. VALTRINO.
Vitae 22.—Nos interesa la parte 5.ª que contiene diversos opúsculos escritos por el P. MARTÍN STREDONIO.

Vitae 23.—Relación escrita por el P. GABINO PISQUEDA sobre el P. Salvador Pisqueda.
Vitae 24.—Elogios de varones ilustres de la Compañía de Jesús recogidos por el P. FELIPE ALEGAMBE.
Vitae 43.—Obras espirituales del P. JULIO MANCINELLI.
Vitae 137.—*Vida* escrita por el P. FRANCISCO ROSECCO del P. Sertorio Caputo.
Vitae 142.—*Vida* escrita por el P. ANT. POSSEVINO del P. Everardo Mercuriano y Consideración e Instrucción del P. Mercuriano. Directivo de Ejercicios del P. Mercuriano.
Vitae 144.—*Vida* del P. Claudio Aquaviva escrita por el P. FRANCISCO SACCHINI.
Vitae 149.—Noticias biográficas de jesuítas (1547-1642) y elogios de difuntos.

II. OTROS ARCHIVOS

CIUDAD DEL VATICANO

Archivo Vaticano.

Nunz. Spagna, vol. 14.—Despachos del Cardenal Secretario de Estado al Nuncio de España de 1572 a 1578.

Biblioteca Vaticana.

Mus. Borg. P. F. Lat. 2. Ms. de 196 × 129 mm., encuadernado en cuero negro con adornos, cierres y cantos dorados: 138 ff., pero muchos en blanco. Nos interesan los Ejercicios comprendidos en los ff. 4r-50r sin más título que *Essercitii spirituali.*

Vat. latina n. 13, 825. Encuadernado en pergamino de 118 × 82 mm. Al dorso: *Essercitii spirit.* Comprende en los ff. 4-26v: *Essercitii spirituali per la Confessione sacramentale;* 27r-81v: *Essercitii spirituali per la Communione;* ff. 82r-89v: *Essercitii per la Confessione e Communione spirituale* y después de varias oraciones en honor del Espíritu Santo en ff. 300r-317v: *Essercizi spirituali per li tre giorni del Carnevale.*

Barberini lat. n. 1.127. Ms. de 232 × 182 mm., 49 f., encuadernado en pergamino con adornos y cantos dorados. En el f. 48v-49r con letras mayúsculas escrito en su dirección longitudinal: *Scriptum manu B. Stanisl. Kostkae S. I., dum studeret Viennae.* A pesar de esta noticia, el códice es una copia hecha por un copista anónimo de fines del siglo XVI o principios del siglo XVII.

BÉLGICA

Bruselas.

Bibliothèque Royal ms. 3.957 (2847). Descr. de este códice que contiene los Directorios de San Ignacio en MHSI.: *Dir Exerc.* en *Praefatione.*

Bibliothèque Royal ms. 2.603. Nos interesa sobre todo lo contenido en los ff. 9-11v: *Modus et Ratio in Traditione Exercitiorum spiritualium a Rdo. Patre Ioanne Paulo Campano Domus Probationis Brunnensis Societatis Iesu Rectore ac Novitiorum Magistro.* Descr. del códice en MHSI.: *Dir. Exerc.*, pp. 44-45.

Bibliothèque Royal ms. 3.976. Itinerario del P. Manareo por Francia y Bélgica.

ESPAÑA

Chamartín-Madrid. Archivo de la Prov. S. I. de Toledo.

N. 499.—Ejercicios del P. José Blondo.
N. 503.—Meditaciones y documentos ascéticos del siglo XVI.
N. 679.—Documentos sobre la vida del P. Baltasar Álvarez.
N. 731.—Orden puesta por el P. Cordeses, Provincial de Toledo.
N. 1.389.—(229 bis). Directorio del P. Antonio Cordeses.
N. 1.407.—(7) Itinerario de la perfección repartido por diez jornadas, por Antonio Cordeses.
N. 1.669.—*Historia de la fundación y progreso del Colegio de la Compañía de Jesús de San Pablo de Valencia*, escrita en el año 1712.
N. 1.778.—(1) Actas de la *Deputatio spiritus* de la Congregación General V (1593-94).
N. 1.861.—Historia del noviciado de Villarejo. *Historia del Colegio de la Compañía de Jesús de Granada.*
ÁLVAREZ, GABRIEL.—*Historia de la provincia de Aragón de la Compañía de Jesús.*
N. 1.778 (2) GAGLIARDI, AQUILES.—*Instructio plena omnium quae exercitia spiritualia Societatis sectant.*

ITALIA

CAREGGI (FLORENCIA)

Archivo de las Madres Carmelitas.

Ms. n. 6. Raccolta di alcuni punti di prediche fatteci da Padri di Gesù et prima a di 3 ottobre 1599 il P. Vergilio Cepari rettore.
Ms. n. 15. En el dorso se da el contenido del códice: *In questo libretto c'è notato tutti i documenti e ricordi da esercitare per l'aumento della perfettione spirituale e religiosa dati al N. Monastero di S. Maria degli Angeli da San Fridiano dal R. P. Niccolo Fabrini, Rett. del Col. de R. P. di Jesu di Firenze. A. 1594.*

ROMA

Archivo di Stato.

Ms. 77.—Copia moderna de un códice antiguo con varios Directorios primitivos de Ejercicios publicados ya en MHSI.: *Exerc.*
Ms. 76, 79, 85, 89.—Códices con varios Directorios primitivos de Ejercicios. Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.*, pp. 59-60.

Biblioteca Nacional «Víctor Manuel II».

Fond. Ges. 592.—Apuntes varios de materias ascéticas: extractos de meditaciones, documentos espirituales, notas de oración.
Fond. Ges. 742.—Directorio del P. Eduardo Pereyra. Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.*, p. 60.
Fond. Ges. 1.146.—CECCOTTI.—*Exercitia B. N. P. Ignatii una cum annotationibus ad exercitiorum libelli peritiam necessariis.*
Fond. Ges. 1.150.—Miscelánea espiritual de fines del siglo XVI.

Fond. Ges. 1.372.—Miscelánea espiritual de un anónimo de principios del siglo XVII.

Fond. Ges. 1.399.—MANNI, G. B.—*Annotazioni istoriche, didascaliche, ascetiche e pratiche sopra gli esercizi spirituali del S. P. Ignatio compilati per la direzione di chi si ritira a farli.*

Fond. Ges. 1.439.—*Carte varie di sacri esercizi ed altre cose ascetiche princ. riguardanti la Comp. di Gesù. Sec. XVI-XVII.* Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.*, pp. 60-61.

Fond. Ges. 1.569.—Meditaciones de Ejercicios. Siglo XVII.

Fond. Ges. 1.594.—Quince fascículos en un cartapacio con los Directorios antiguos principales. Descripción detallada en MHSI.: *Dir. Exerc.*, pp. 61-64.

Fond. Ges. 1.622.—Miscelánea espiritual del siglo XVI. Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.*, p. 64.

Archivo Fondo Gesuitico al Gesù (actualmente en la Curia generalicia, S. I.)

Ms. n. 2.—*Informationes P. Nadal.* Véase la descripción en el vol. 1 de nuestra *Historia de los Ejercicios*, pág. 19*.

Ms. n. 17.—Autógrafo del P. Fabio de Fabi, ya anciano. Cuaderno de cartón sin título. En el f. 1r: *Memoria degli Essercitii dati a Torrespecchi col P. Scinchinella.*

Ms. n. 80.—Ms. en cuaderno en cuero sin foliar. Contiene apuntes y Ejercicios del P. Agazzari. Entre ellos los Ejercicios que hizo el Padre en S. Andrés del Quirinal en Cuaresma de 1586 y en 1589-1590.

Cens. n. 662.—Censuras de libros entre los años 1625-1649.

Coll. 2-1.356.—Documentos varios pertenecientes al Colegio de Alcalá de Henares. Usamos el documento tercero, relación del P. Manuel López sobre varios maestros y escolares entrados en la Compañía.

Coll. 262-1.651 n. 7.—Documentos pertenecientes al Colegio de Viena. Utilizamos principalmente la visita del P. Manareo (1583) y la visita del P. Maggio (1594).

Archivo Pont. Universidad Gregoriana.

Ms. n. 199.—*Avvisi di Ignatio et Lainii.* Descr. del cod. en MHSI.: *Exerc.*, pág. 204, cód. 6.

N. 1.028.—*Meditationes singulis perfectionis gradibus accommodatae in compendium redactae.* Meditaciones al parecer del P. Ceccotti. Cfr. AHSI. 15 (1946), 80 y 112.

N. 1.034.—Otra copia del n. 1.028.

N. 1.203.—Apuntes espirituales del P. Bernardino Stefonio (1560-1622), profesor de retórica en el Colegio Romano.

N. 1.299.—*Compendium Instructionum Spiritualium quae privatim Nostris a Praefacto rerum spiritualium traduntur, singulae singulis vicibus.* Sobre el valor de este importante códice, cfr. AHSI. 15 (1946), 111-112.

N. 1.305.—Apuntes espirituales privados de un escolar del Colegio ultramontano, de fines del siglo XVI o principios del siglo XVII.

N. 1.448.—*Meditationis ratio super Evangelica Historia ac aliis Meditationibus.* Apuntes de un escolar del Colegio Romano al parecer de hacia 1565-1575.

N. 1.701.—*Trattato dell'oratione, in generale e particulare.* De fines del siglo XVI. Se nota gran influjo del P. Ceccotti.

N. 1.721.—*Trattato degli essercitii spirituali di varii stati dell'Instituto della Compagnia.* Se puede considerar este códice continuación del n. 1.701.

N. 1.725.—Apuntes espirituales privados del P. Tomás Masucci (1570-1636).

N. 1.739.—Ejercicios y anotaciones de los Ejercicios del P. Juan Bautista Ceccotti.

N. 1.763.—Contiene lo comprendido en *Inst. 113* y diversas exhortaciones tenidas por el Padre General Aquaviva en San Andrés del Quirinal en 1592-1596.

N. 1.777.—Tratados y meditaciones del P. Juan Bautista Ceccotti.

F. C. 80.—Miscelánea espiritual del siglo XVI. Esquemas de meditaciones, textos de Santos Padres, exhortación hecha por el R. P. Everardo Mercuriano el 2 de agosto de 1574.

F. C. 209.—*Meditationi sopra gli esercitii spirituali* del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 278.—*Exhortationes aliquot de Christi mysteriis nostro Instituto accommodatae,* del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 409.—*In libellum exercitiorum B. P. Ignatii* del P. Gagliardi. En los ff. 143-154 del mismo P. Gagliardi *Modus tradendi exercitia spiritualia iis qui qui sunt de Societate et eos in cultu interiori promovendi.* Descripción en MHSI.: *Dir Exerc.*, pp. 52-53.

F. C. 669.—De interiori doctrina, del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 851.—Meditaciones de Ejercicios acomodadas a la vida religiosa. Tienen bastante afinidad con las del P. Aquaviva.

F. C. 931.—*In libellum Exercitiorum,* del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 960.—*De Instituto Societatis,* del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 1.037.—Miscelánea espiritual del siglo XVI. Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.* pp. 56-57.

F. C. 1.055.—Miscelánea ascética del siglo XVI. Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.* pp. 57-58.

F. C. 1.139.—Varios Directorios de Ejercicios antiguos transcritos por el P. Horacio Tosellini. Descr. en MHSI.: *Dir. Exerc.*, pp. 58-59.

F. C. 1.440.—Escritos diversos y apuntes del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 1.441.—Notas y borradores del P. Aquiles Gagliardi.

F. C. 1.480.—Diversas meditaciones de Ejercicios del P. Aquiles Gagliardi.

Archivo de la Postulación, S. I.

Est. «Azevedo» (A.-III), n. 30.—*Memorie biografiche e documenti.*

Biblioteca de Penitenciarios de San Pedro.

S-b-4 (Signatura antigua).—Pequeño cuaderno conteniendo meditaciones anónimas sobre los Ejercicios de fines del siglo XVI o principios del XVII.

PORTUGAL.—LISBOA

Biblioteca de Ajuda.

Codex Ulyssiponensis I-II.—Descr. en MHSI.: *Mon. Xav.* 1, pp. XIV-XVI.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD, CAMILO, S. I.: *El Venerable P. Luis de la Puente, de la C. de J. Compendio de su santa vida.* Valladolid-Palencia (1935).

— *Pláticas del P. Juan de la Plaza,* «Manresa» 16 (1944), 40-57.

— *Ascetas y místicos españoles del siglo de oro anteriores y contemporáneos al V. P. Luis de la Puente, S. I.* «Miscellanea Comillas» 10 (1948), 27-125.

AGRÍCOLA, IGNATIUS: *Historia provinciae S. I. Germaniae Superioris, quinque primas annorum complexa decades.* Augustae, 1727.

AGUIRRE ELORRIAGA, MANUEL: *San Roberto Belarmino y los Ejercicios.* «Manresa» 7 (1931), 236-260.

ALBERTI, DOMENICO STANISLAO: *Dell'Istoria della Compagnia di Gesù. La Sicilia.* Palermo, 1702.

ÁLVAREZ, GABRIEL: *Historia de la provincia de Aragón de la Compañía de Jesús,* 1 vol. *Ms. del Archivo de la Prov. de Toledo.*

ANNUAE LITTERAE SOCIETATIS IESU:

— Anni 1581. Romae, 1583.
— Anni 1582. Romae, 1584.
— Anni 1583. Romae, 1585.
— Anni 1584. Romae, 1586.
— Anni 1585. Romae, 1587.
— Anni 1588. Romae, 1590.
— Anni 1589. Romae, 1591.
— Anni 1592. Florentiae, 1600.
— Anni 1593. Florentiae, 1601.
— Anni 1596. Neapoli, 1605.
— Anni 1597. Neapoli, 1607.
— Anni 1598. Lugduni, 1607.
— Anni 1599. Lugduni, 1607.
— Anni 1600. Antverpiae, 1608.

AQUAVIVA, CLAUDIO: *Esercizi spirituali del R. P. Claudio Aquaviva. Manoscritto inedito dato oggi alla luce dal P. Gaetano Filitti.* Acireale, 1908.

ASENSIO, EUGENIO: *El erasmismo y las corrientes espirituales afines.* «Rev. de Filología española», 36 (1952), 31-99.

ASTRÁIN, ANTONIO, S. I.: *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España,* 7 vol. Madrid, 1902-1925.

AZAÑA, ESTEBAN: *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares (Antigua Compluto),* 2 vol. Alcalá de Henares, 1882-1883.

BACHELET, XAVIER, LE: *Bellarmin et les exercices spirituels de S. P. Ignace.* CBE. n. 37-38 (1913).

BARTOLI, DANIELLO: *Della vita e dell'Istituto di S. Ignatio Fondatore della Compagnia di Giesù.* 2.ª ed. Roma, 1659.

BATAILLON, M.: *Erasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVI.e siècle.* París, 1937.
— *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI,* 2 vol. Méjico, (1950).
— *Etudes sur le Portugal au temps de l'Humanisme.* Coimbra, 1952. (= Acta Universitatis Conimbrigensis).

BATLLORI, M.: *El teólogo de Trento, Jerónimo Nadal, jesuita mallorquín.* (=Catálogo de la exposición bibliográfica del Concilio de Trento..... y conferencias leídas durante la exposición. Barcelona, 1947).
— *Zur Anpassung der Exerzitien bei den Schweizer Jesuiten und Benediktinern des 17. und 18. Jahrhunderts.* AHSI, 17 (1948), 160-172.

BAYLE, C.: *Los Ejercicios de San Ignacio en América durante la época española.* «Razón y Fe», 139 (1949), 27-47.

BEAUNIER, DOM.: *Recueil historique des archevêchés, évêchés, abbayes et prieurés de France.* Nouvelle éd. revue et complétée par les bénédictins de Ligugé. Ligugé, 1906. (= Archiv. de la France Monastique, vol. 4).

BELTRÁN DE HEREDIA, VICENTE: *Las corrientes de espiritualidad entre los dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI.* Salamanca, 1941. (= «Biblioteca de teólogos españoles», vol. 7.°).
— *Los alumbrados de la diócesis de Jaén.* «Rev. Esp. Teol.», 9 (1949), 161-222; 445-488.
— *El edicto contra los alumbrados del Reino de Toledo* (23 de septiembre de 1525). «Rev. Esp. Teol.», 10 (1950), 105-130.

BERNARD, HENRI: *Essai historique sur les Exercices de Saint Ignace depuis la conversion d'Ignace (1521) jusqu'à la publication du Directoire (1599).* Louvain, 1926. (= «Museum Lessianum. Section ascétique et mystique, n.° 21).
— *Le P. Alonso Sánchez et la lettre du P. Aquaviva sur l'oraison.* RAM, 17 (1936).

BÉRULLE: *Oeuvres complètes. Publiées par M. l'abbé Migne.* París, 1856.

BOERO, GIUSEPPE: *Vita del servo di Dio P. Alfonso Salmerone della Compagnia di Gesù, uno dei primi compagni di S. Ignazio di Loiola.* Firenze, 1880.

BOHR, JOSEF: *Das Direktorium zu den Geistlichen Übungen des hl. Ignatius von Loyola. Seine Geschichte und seine Weisungen.* Innsbruck, 1924. (= Exercitienschriften für Priester und Laien. Heft. 10-11).

BORAO, GERÓNIMO: *Historia de la Universidad de Zaragoza. Memoria escrita oficialmente para la dirección de Instrucción pública.* Zaragoza, 1869.

BOUVIER, PIERRE, S. I.: *Directoire composé par Saint Ignace à l'usage de celui qui donne les Exercices et publié pour la première fois.* «Recherches de science religieuse», 6 (1916), 248-269.

BRANDAO, MÁRIO: *O Colégio das Artes,* 2 vol. Coimbra, 1924 (1933). (=Contribuiçoes para a história da Universidade de Coimbra).

BRAUNSBERGER, OTTO: *Beati Petri Canisii Societatis Iesu Epistulae et Acta.* Friburgi Brisgoviae, 1896-1923, 8 vol.
— *San Pedro Canisio y los Ejercicios.* «Manresa», 1 (1925), 327-339.

BREMOND, HENRI: *Histoire littéraire du sentiment religieux en France, depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nous jours.* 12 vol. París, 1924-1936.

BROU, ALEXANDRE, S. I.: *Les Exercices Spirituels de St. Ignace de Loyola. Histoire et Psychologie.* París, 1922.

BUHIGAS, CELESTINO: *El Cardenal Pedro de Bérulle.* «Revista de Espiritualidad», 5 (1946).

CABALLERO, FERMÍN: *Conquenses ilustres.* II. *Melchor Cano.* Madrid, 1871.

CARAYON, AUGUSTE: *Documents inédites concernant la Compagnie de Jésus,* XXII. «La Université de Pont-à-Mousson (1572-1650)». Document V. Poitiers, 1870.

Cartas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, 6 vol. Madrid, 1874-1889.

CASTRO, CRISTÓBAL DE: *Historia del Colegio complutense de la Compañía de Jesús.* 2 vol. (El 2.° escrito por el P. Alfonso Ezquerra). Ms. de la Biblioteca del Inst. S. I.

CECCOTTI, IO. BAPTISTA, S. I.: *Apparatus ad Meditationes vitae D. N. Iesuchristi exercitiis S. P. Ignatii accomodatus.* Romae, 1631.

— *Exercitia iis qui in nostra Societate vivunt potissimum accomodata.* CBE, 91 (1925).

— *Directoris officium et munera.* CBE, 35 (1911), 31-50.

— *Un Directorio inédito de Ejercicios.* «Manresa», 11 (1925), 244-265.

CEPARI, VIRGILIO, S. I.: *Vita della serafica vergine S. Maria Maddalena de'Pazzi dell'Ordine carmelitano.* Prato, 1884.

CHEVRE, A.: *Le séminaire du diocèse de Bâle. Ses origines.* «Zeitschrift für Schweizerische Kirchengeschichte», 47 (1953), 25.

CHOSAT, MARCEL: *Les jésuites et leurs oeuvres à Avignon 1543-1768.* Avignon, 1896.

CISTELLINI, ANTONIO: *Figure della riforma pretridentina.* Brescia, 1948.

CLAEYS-BOUVAERT, F.: *Une visite canonique des Maison de la Compagnie de Jésus en Belgique (1603-1604). Rapport des visiteurs Olivier Manare et Léonard Lessius envoyés au P. Général Claude Aquaviva.* Liége, 1927.

CODINA, ARTURO, S. I.: *Del Directorio del P. Vitoria para los Ejercicios de San Ignacio.* «Manresa», 12 (1936), 45-61.

COEMANS, AUGUSTO, S. I.: *Aux origines de la retraite annuelle.* AHSI., 3 (1934), 313-316.

COLL, NADAL, S. I.: *La Ascensión mística en el alma de San Alonso Rodríguez.* «Manresa», 15 (1943), 54-63, 115-133, 303-323; 16 (1944), 1-31, 130-137, 241-248.

COLUNGA, EMILIO, O. P.: *Intelectualistas y místicos en la teología española en el siglo XVI.* «Ciencia Tomista», 9 (1914), 209-221, 377-394; 10 (1924), 223.

COSTA, MANUEL DA: *Inácio de Azevedo. O homem e o mártir da civilizaçao do Brasil* (1526-1570). Braga, 1946.

DAGENS, JEAN: *Bérulle et les origines de la restauration catholique (1575-1611).* París, [1952].

DAINVILLE, FRANÇOIS DE: *Note chronologique sur la retraite spirituelle de Bérulle.* «Recherches de sc. religieuse», 41 (1953), 241-249.

DIERTINS, IGNATIUS, S. I.: *Historia exercitiorum spiritualium S. P. Ignatii de Loyola.* Roma, 1700.

DUHR, BERNARD, S. I.: *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge*. 4 vol. Freiburg in Br. 1907/München-Regensburg, 1928.

DUMOULIN, HEINRICH, S. I.: *Die Übung im Zen-Buddhismus*. «Geist und Leben», 26 (1953), 206-216.

— *Die Zen-Erleuchtung*. «Geist und Leben», 26 (1953), 117-135.

E. C. [MORELL, F. J.]: *Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en Alemania*. «Manresa», 6 (1930), 75-88.

Epistolae Praepositorum Generalium ad Patres et Fratres Societatis Jesu. 3 vol. Gandavi, 1883.

Etablissements [Les] des Jésuites en France depuis quatre siècles. Répertoire topo-bibliographique..... sous la direction de Pierre Delattre, S. I. Enghien, 1949.

FERET, P.: *La faculté de Théologie de Paris et ses docteurs les plus célèbres. Époque moderne IV*. Páginas 329-339. París, 1906.

FERNÁNDEZ DE BETHANCOURT, FRANCISCO: *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española. Casa Real y Grandes de España*. 10 vol. Madrid, 1897-1921.

FOUQUERAY, HENRI, S. I.: *Histoire de la Compagnie de Jésus en France des origines à la suppression (1528-1762)*. 5 vol. París, 1910-1925.

FRANCO, ANTONIO: *Imagem da virtude em o noviciado da Companhia de Jesus do real Collegio do Espirito Santo de Evora do Reyno de Portugal*. Lisboa, 1714.

GAGLIARDI, ACHILLES, S. I.: *S. P. Ignatii di Loyola de Discretione spirituum regulae explanatae*. Neapoli, 1853.

— *Commentarii seu Explanationes in Exercitia spiritualia Sancti Patris Ignatii de Loyola..... nunc primum integri in lucem editae, curante Constantino Van Aken, S. I.* Brugis, 1882.

GARCÍA-VILLOSLADA, RICARDO, S. I.: *San Ignacio de Loyola y Erasmo de Rotterdam*. «Estudios Eclesiásticos», 16 (1942), 235-264; 399-426; 17 (1943), 75-103.

— *El P. Juan de la Plaza y el Bto. Juan de Ávila. Los Avisos para la oración*. «Maestro Ávila», 1 (1946), 429-442.

GERARD, JOHN, S. I.: *The Autobiography of an Elizabethan*. Translated from the Latin by Philip Caraman, S. I., with an Introduction by Graham Greene. London-Toronto, 1951.

GERSONI: *Opera*. París, 1606.

GIRELLI, E.: *Vita del Venerabile Alessandro Luzzago patrizio bresciano proposto a modello dei secolari*. Brescia, 1881.

GIUSSANO, GIOV. PIETRO: *Vita di S. Carlo Borromeo*. Roma. 1610.

GODEFROY, JEAN: *Bibliothèque des bénédictins de la Congrégation de Saint-Vanne et Saint-Hydulphe*. Ligugé-París, 1925. (= Archives de la France monastique. vol. 29).

GONZÁLEZ SOLOGAISTUA, BENIGNO: *Por tierras de Galicia. Monterrey y el camino de Santiago*. Madrid, 1944.

GROULT, PIERRE: *Les mystiques des Pays-Bas et la littérature espagnole du seizième siècle*. Louvain, 1927. (= Recueil de travaux publiés par les membres des Conferences d'Histoire et de Philologie. 2.ae série, 9.me Fascicule).

GRÜTER, SEBASTIAN: *Das Kollegium zu Luzern unter dem ersten Rektor P. Martin Leubenstein 1574-1596*. Luzern, 1905.

GUIBERT, JOSEPH DE, S. I.: *Mystique ignatienne. RAM*, 19 (1938), 133-134.
— *Comment S. Ignace a compris et réalisé la formation de ses disciples.* «Gregorianum», 21 (9140), 320.
— *La spiritualité de la Compagnie de Jésus. Esquisse historique.* Ouvrage postume. Roma, 1953. (= Bibliotheca Instituti Historici, S. I. vol. 4).

GUILHERMY, ELESBAN DE: *Ménologe de la Compagnie de Jésus.* 14 vol. Poitiers, 1867-1904.

GUILLEMIN, J. J.: *Le Cardinal de Lorraine. Son influence politique et religieuse au XVI.e siècle.* París, 1847.

GUZMÁN, PEDRO DE: *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla la Vieja.* Ms. del ARSI. Cast. 35.

HANSEN, JOSEPH: *Rheinische Akten zur Geschichte des Jesuitenordens. 1542-1582.* Bonn, 1896. (= Publikationen der Gesellschaft für Rheinische Geschichtskunde, XIV).

HERNÁNDEZ, EUSEBIO, S. I.: *Los Ejercicios Espirituales de Verronio.* «Manresa», 5 (1929), 184-205.
— *La manera tercera de Ejercicios completos según San Ignacio.* «Manresa», 18 (1946), 101-131.

*HICHS, LEO, S. I.: *The English College, Rome, and Vocations to the Society of Jesus. March 1579-July 1595.* AHSI, 3 (1934), 1-36.
Historia de la Casa de probación de la Compañía de Jesús en Madrid, 1600-1642. Ms. del Inst. Hist. S. I.
de la Casa de probación de Villarejo de Fuentes, que escribió [sic] doña Juana Coelho de Castilla, 1567-1601. Ms. del Inst. Hist. S. I.
del Colegio de Nuestra Señora de Belén de la Compañía de Jesús de la ciudad de Barcelona. Ms. del Inst. Hist. S. I.
del Colegio de la Compañía de Jesús de Granada. Copia moderna en el Inst. Hist. S. I. Original en Arc. Prov. de Toledo.
del Colegio de la Compañía de Jesús de la villa de Marchena. Ms. del Inst. Hist. S. I.
del Colegio de la Compañía de Jesús de Málaga. Tomo 1.°. *Contiene este tomo los hechos desde el año de 1552 hasta mediado el año de 1759.* Ms. del Inst. Hist. S. I.

HOFFMAN, HERMANN: *Der Anfang der schlesischen Jesuitenprovinz.* «Zeitschrift des Vereins für Geschichte Schlesiens», 62 (1928), 147-171.
Die Jesuitenmission in Breslau, 1581-1595. «Zeitschrift des Vereins für Geschichte Schlesiens», 69 (1935), 146-183.
Institutum Societatis Jesu, 3 vol. Florentiae, 1892-1893.
Imago primi saeculi Societatis Jesu a Provincia Flandro-Belgica eiusdem Societatis repraesentata. Antwerpiae, 1640.

IPARRAGUIRRE, IGNACIO, S. I.: *Historia de la práctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.* Vol. I. *Práctica de los Ejercicios..... en vida de su autor.* Bilbao-Roma, 1946.
Para la historia de la oración en el Colegio Romano durante la segunda mitad del siglo XVI. AHSI, 14 (1946), 77-126.
Influjos de los Ejercicios Espirituales en la vida del P. Everardo Mercurian. «Manresa», 20 (1948), 71-90.
Los Ejercicios Espirituales Ignacianos, el método misional de San Francisco Javier y la misión jesuítica de la India en el siglo XVI. «Studia Missionalia», 5 (1950), 3-43.

JORGE, ENRIQUE: *Rectificaciones necesarias en la cronología teresiana.* «Manresa», 22 (1950), 317-335.
— *Las visitas a Ávila de San Francisco de Borja.* «Manresa», 23 (1951), 195-210.
— *El P. Diego de Cetina confiesa y dirige a Santa Teresa de Jesús. 1555. Influencia de este hecho trascendental en la vida de la mística doctora.* «Manresa», 24 (1952), 115-125.

LA FUENTE, ALONSO DE: *Memorial en que se trata de las cosas que me an pasado con los alunbrados d'Estremadura.* «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 9 (1903), 204-206; 10 (1904), 64-67; 11 (1904), 179-191; 12 (1905), 459-463; 13 (1905), 57-62.

LA PUENTE, LUIS: *Vida maravillosa de la V. virgen Marina de Escobar, natural de Valladolid, sacada de lo que ella misma escribió de orden de sus Padres espirituales, escrita por el.....* (1665). *Segunda parte de la Vida..... y de lo sucedido en su muerte escrita por el P. Andrés Pinto Ramírez.* Madrid, 1673.
— *Vida del V. P. Baltasar Álvarez.* Madrid, 1880.

LARRAÑAGA, VICTORIANO, S. I.: *La espiritualidad de San Ignacio de Loyola. Estudio comparativo con la de Santa Teresa de Jesús.* Madrid, 1944.

LAURENT, DIDIER: *Dom Didier de la Cour et la réforme des Bénédictins de Lorraine (1550-1623).* Mém. Soc. Archiv. «Lorraine», 53 (1903), 265-502.

LEITE, SERAFIM, S. I.: *História da Companhia da Jesus no Brasil.* 10 vol. Lisboa-Rio de Janeiro, 1938-1950.
— *Os exercícios espirituais de S. Inácio no Brasil antigo.* «Verbum» (Río de Janeiro), 6 (1949), 250-255.

LETURIA, PEDRO, S. I.: *La hora matutina de meditación en la Compañía naciente.* AHSI, 3 (1934), 47-108.
La primera Misa de San Ignacio y sus relaciones con la fundación de la Compañía. «Manresa», 13 (1940), 63-74.
Lecturas espirituales durante los Ejercicios según San Ignacio. «Manresa», 20 (1948), 295-310.
Lecturas ascéticas y lecturas místicas entre los jesuítas del siglo XVI. «Archivio italiano per la storia della pietà», 2 (1953), 1-50.

LEVIS DUC DE MIREPOIX: *Les guerres de religion 1559-1610.* París, (1950).
Litterae Societatis Iesu duorum annorum 1586 et 1587. Romae, 1589.
— ..... *annorum 1590 et 1591.* Romae, 1594.
— ..... *annorum 1594 et 1595.* Neapoli, 1604.

LOPETEGUI, LEÓN: *El P. José de Acosta y las Misiones.* Madrid, 1942.
Antonio Possevino, S. I., promotor de los Ejercicios. «Manresa», 16 (1944), 359-371.

LLORCA, BERNARDINO, S. I.: *Los alumbrados españoles en los siglos XVI y XVII.* «Razón y Fe», 105 (1933), 323-342; 467-485.
— *Die Spanische Inquisition und die Alumbrados.* Berlin und Bonn, 1934.
— *La Beata de Piedrahita ¿fué o no fué alumbrada?* «Manresa», 14 (1942), 46-62.

MANAREO, OLIVERIUS, S. I.: *De rebus Societatis Iesu Commentarium.* Florentiae, 1886.
— *De vita et moribus Everardi Mercuriani Praepositi Generalis, S. I.* Bruxelles, 1882.

MARECHAL, J.: *Etudes sur la Psychologie des Mystiques.* 2 vol. Bruxelles, 1937-1938. (= Museum Lessianum, Section philosophique, nn. 2 et 19).

MARÍN, CANUTUS HILARIUS, S. I.: *Spiritualia Exercitia secundum Romanorum Pontificum Documenta*. Barcelona, 1941. (= Biblioteca «Manresa». Ser. III. Documenta. Vol. I).

MARTÍN, EUGENIUS: *De Canonicis Praemonstratensibus in Lotharingia et de Congregatione antiqui rigoris à Servatio de Lairuels instituta*. Nancei, 1891.

— *L'Université de Pont-à-Mousson* (1572-1768). Nancy-París, 1891.

— *Servais de Lairuels et la réforme des Prémontrés en Lorraine au XVII siècle*. Nancy, 1893.

MARTÍN CARRAMOLINO, JUAN: *Historia de Ávila, su provincia y Obispado*. 3 vol. Madrid, 1873.

MATEOS, FRANCISCO, S. I.: *Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú. Crónica anónima de 1600*. Madrid, 1944.

Místicos franciscanos españoles. Edición preparada por los redactores de «Verdad y Vida». Madrid, 1948-1949. 3 vol. (= Biblioteca de Autores Cristianos BAC).

MOLIEN, A.: *Le Cardinal de Bérulle*. 2 vol. París, 1947.

Monumenta Historica Societatis Iesu. 75 vol. Matriti, 1894, ss. Roma, 1933 ss.

NICOLAU, MIGUEL, S. I.: *El P. Jerónimo Nadal (1507-1580) y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*. «Estudios Eclesiásticos», 16 (1942), 99-133.

— *Notas sobre el lulismo del P. Jerónimo Nadal*. «Studia» (Palma de Mallorca), 13 (1941), 161-167.

— *Pláticas espirituales del P. Jerónimo Nadal, S. I. en Coimbra (1561)*. Granada, 1945. (= Biblioteca Teológica Granadina, S. I., 2).

— *Jerónimo Nadal. Obras y doctrinas espirituales*. Madrid, 1949.

NIEREMBERG, JUAN EUSEBIO, S. I.: *Honor del gran patriarca San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, en que se propone su vida y la de su discípulo el apóstol de las Indias San Francisco Xavier.....* Madrid, 1645.

NIEREMBERG, JUAN EUSEBIO.-ANDRADE, A. DE: *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*. 9 vol. Bilbao, 1887.

NIGRONIUS, IULIUS, S. I.: *Regulae communes S. I. commentariis asceticis illustratae*. Mediolani, 1613.

PASTOR, LUDWIG VON: *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*. 16 vol. Freiburg im Br., 1891-1933.

PÉREZ DE URBEL, JUSTO: *Historia de la Orden Benedictina*. Madrid, 1941.

PIERLING, PAUL: *Báthory et Possevino*. Documents inédits sur les rapports du Saint-Siége avec les Slaves. París, 1887.

PIRRI, PIETRO: *Il P. Achille Gagliardi, la dama milanese, la riforma dello spirito e il movimento degli zelatori*. AHSI, 14 (1945), 1-72.

POLLEN, J. H.: *Annals of the English college, Seville, with an account of four other Foundations from 1589 to 1595, an unfinished Memoir, written by Father Robert Persons*. London, 1914. (= Publications of the Catholic Record Society. Vol. XIV).

PONCELET, ALFRED, S. I.: *Histoire de la Compagnie de Jésus dans les anciens Pays-Bas*. 2 vol. Bruxelles, 1927.

PONNELLE, LOUIS.-BORDET, LOUIS: *Saint Philippe Néri et la société romaine de son temps (1515-1595)*. París, 1929.

PORRES, FRANCISCO DE: *Primera parte de la Historia de este Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, dividida en once libros, en los cuales se contienen las cosas memorables que han sucedido en él desde el año 1545 que vinieron los primeros Padres de la Compañía a esta villa de Madrid, hasta el año de 1600 en que se da fin a esta primera parte de esta Historia.* Ms. del Inst. Hist., S. I.

POURRAT, P.: *La spiritualité chrètienne.* 4 vol. París, 1927-1931.

RAITZ VON FRENTZ, E.: *Les oeuvres ascétiques du B. Cardinal Robert Bellarmin.* RAM, 4 (1923), 243-256; 6 (1925), 60-70.

RATTI, ACHILLE: *S. Carolo e gli Essercizi di Sant'Ignazio.* CBE, 32 (1911).

Regulae Societatis Iesu. Roma, 1580-1582.

REIFFENBERG, FRIDERICUS, S. I.: *Historia Societatis Iesu ad Rhenum Inferiorem.* 1 vol. Coloniae Aggripinae, 1764.

RIBADENEYRA, PEDRO, S. I.: *Obras del P. Pedro de Ribadeneyra, de la Compañía de Jesús, agora de nuevo revistas y acrecentadas.* Madrid, 1605.
— *Historia de las provincias de España.* Ms. del Inst. Hist. S. I.
— *Persecuciones* (Cod. 369 del Arch. Prov. Tol.). Copia moderna en Inst. Hist. S. I.

RICCI, MATTEO, S. I.: *Storia dell'introduzione del cristianesimo in Cina. Nuovamente edita..... da Pasquale M. D'Elia, S. I.* Vol. 1. Roma, 1942. (= Fonti Ricciane I).

ROA, MARTÍN: *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Andalucía.* Ms. moderno del Inst. Hist. S. I.

RODRIGUES, FRANCISCO, S. I.: *História da Companhia de Jesus na Assistência de Portugal.* 4 tom. en 7 vol. Porto, 1931-1950.

ROSIGNOLI, CARLO GREGORIO, S. I.: *Notizie memorabili degli Esercizi spirituali.* 2 vol. Roma, 1835.
— *Noticias memorables de los Ejercicios.* Salamanca, 1731.

SACCHINUS, FRANCISCUS, S. I.: *Historiae Societatis Jesu pars secunda sive Lainius.* Antverpiae, 1620.

SÁNCHEZ BAQUERO, JUAN: *Fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España.* México, 1945.

SANGRADOR VITORES, MATÍAS: *Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII.* 2 vol. Valladolid, 1851-1854.

SANTOS, ÁNGEL: *P. Jerónimo Javier, S. I., Arzobispo electo de Cranganor.* «Studia Missionalia», 7 (1953), 125-175.
— *Dos Javieres en la India.* «Miscellanea Comillas», 18 (1952), 27-87.

SCHIMBERG, ANDRÉ: *L'Education morale dans les collèges de la Compagnie de Jésus en France sous l'ancien régime.* París, 1913.

SCHINOSI, FR.: *Istoria della Compagnia di Giesù appartenente al regno di Napoli.* 2 vol. Napoli, 1706-1711.

SCHMIDL, IOANNES, S. I.: *Historia Societatis Jesu provinciae Bohemicae.* 4 partes en 5 vol. Praga, 1747-1758.

SCHMITZ, DOM PHILIBERT: *Histoire de l'Ordre de Saint-Benoît.* 6 vol. Maredsous, 1942-1949.

SCHURHAMMER, GEORG, S. I.: *Die zeitgenössischen Quellen zur Geschichte Portugiesisch-Asiens und seiner Nachbarländer zur Zeit des Hl. Franz Xaver (1538-1552)*. Leipzig, 1932. (= Veröffentlichungen der Katholischen Universität Jôchi Daigaku, Tokio. Xaveriusvreihe Bd. 1).

SCHÜTTE, JOSEPH: *Ignatianische Exercitien im frühchristlichen Japan*. «Monumenta Nipponica», 6 (1943), 375-390.

SCORRAILLE, RAOUL DE, S. I.: *François Suarez de la Compagnie de Jésus*. 2 vol. París, (1913).

SEVERIN, TONY, S. I.: *Mercurian. Un grand belge curé ardennais*..... Liége, 1946.

SOLÍS, ANTONIO: *Historia de la Casa profesa de la Compañía de Jesús de Sevilla*. Ms. del Inst. Hist. S. I.

SOUTHWELL, B. ROBERT: *Spiritual Exercises and devotions of Blessed Robert Southwell, S. I.* London, 1931.

STAEHELIN, ERNST: *Der Jesuitenorden und die Schweiz. Geschichte ihrer Beziehungen in Vergangenheit und Gegenwart*. Basel, 1923.

STEINHUBER, ANDREAS: *Geschichte des Kollegium Germanikum Hungarikum in Rom*. 2.ª ed. Freiburg im Br. 1906.

TACCHI VENTURI, PIETRO, S. I.: *Storia della Compagnia di Gesù in Italia narrata col sussidio di fonti inedite*. 2 vol. en 4 tomos. Roma, 1950-1953.

TANNER, IOANNES: *Prudentia eximii ascetae V. P. Ludovici de Ponte e S. I. in examinandis ac approbandis Venerabilis Virginis Marinae de Escobar divinis revelationibus relucens et vindicata per*..... Praga, 1698.

TASSI, ILDEFONSO, O. S. B.: *Ludovico Barbo*. Roma, 1952. (= Uomini e dottrine, 1).

TAVEAU, CLAUDE: *Le Cardinal de Bérulle, maître de vie spirituelle*. París, (1933).

TELLEZ, B.: *Chronica da Companhia de Jesus na provincia de Portugal*. Lisboa, 1645. 2 vol.

TERESA DE JESÚS, SANTA: *Obras completas. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Edición preparada por los PP. Fr. Efrén de la Madre de Dios, O. C. D. y Fr. Otilio del Niño Jesús, O. C. D.* Madrid, 1951. (= Biblioteca de Autores Cristianos).

THEINER, AUGUSTIN: *La Suède et le Saint-Siège sous les rois Jean III, Segismond III et Charles IX*. París, 1842.

URIARTE-LECINA: *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773*. 2 vol. Madrid, 1925-1930.

URRIZA, JUAN, S. I.: *La preclara facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el siglo de oro, 1509-1621*. Madrid, 1942. (= Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Inst. Jerónimo Zurita).

VALDIVIA, LUIS, S. I.: *Historia de los Colegios de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla*. Arch. Prov. Tol., S. I.

VALLE, ANTONIO, S. I.: *Los Directorios de los Ejercicios*. «Manresa», 3 (1927), 326-334; 4 (1928), 41-49.

VELASCO Y SANTOS, MIGUEL: *Reseña histórica de la Universidad de Valencia. Su origen y fundación. Sus progresos y vicisitudes. Influjo que ha ejercido en el movimiento general científico y literario de España hasta el año de 1845*. Valencia, 1868.

VERESS, ANDREAS: *Epistolae et Acta Jesuitarum Transylvaniae temporibus Principum Báthory (1571-1613)*. 2 vol. Budapest, 1911-1913.

Villagarcía de Campos. Evocación histórica de un pasado glorioso. Bilbao, 1952.

VILLAR Y MACÍAS, M.: *Historia de Salamanca*. 3 vol. Salamanca, 1887.

VILLARET, EMILE, S. I.: *Les Congrégations mariales. I. Des Origines à la suppression de la Compagnie de Jésus (1540-1773)*. París, 1947.

VILLER, MARCEL, S. I.: *Le XVII.ème siècle et l'origine des retraites spirituelles*. RAM, 9 (1928), 139-162; 359-384.

VILLER ET OLPHE-GALLIARD: *Aux origines de la retraite annuelle. Son institution au sein de la Compagnie de Jésus*. RAM, 15 (1934), 3-33.

WATRIGANT, HENRI: *Les Exercices sp. a la naissance des Séminaires*. CEB, 39-41 (1912).

WICKI, JOSEPH: *Pedro Luis, Brahmane und erster indischer Jesuit (ca. 1532-1596)*. «Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft», 6 (1950), 115-126.

YANGUAS, AURELIO, S. I.: *Obras espirituales del P. Antonio Cordeses, S. I. Guía teórico-práctica de la perfección cristiana*. Parte I. Madrid, 1953. (= Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

— *Un autor español desconocido [Antonio Cordeses]*. «Razón y Fe», 118 (1939), 354-377.

YANGUAS, ANTONIO.-IPARRAGUIRRE, IGNACIO: *Antonio Cordeses, autor del Directorio Granatense*. «Manresa», 22 (1950), 351-367.

YANGUAS Y MIRANDA, JOSÉ: *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*. 4 vol. Pamplona, 1840-1843.

PARTE PRIMERA

ÁREA GEOGRÁFICA DE DIFUSIÓN Y CATEGORÍAS DE EJERCITANTES

CAPÍTULO I

DIFUSIÓN EN ITALIA

1.—Función de los Ejercicios en la renovación interna del quinientos.

Reforma: he aquí la palabra de orden dominadora del medio ambiente religioso de la cristiandad durante el período que historiamos. En toda Italia y particularmente en Roma se reflejaba este anhelo, comúnmente sentido, de modo más agudo que en cualquier otra parte. La presencia de la corte pontificia y el boato de los Papas del renacimiento habían incluso agudizado por reacción contraria este sentimiento en las almas espirituales. No es extraño que precisamente en Italia pulularan movimientos encaminados a poner remedio a los males internos de la Iglesia. La mayoría de ellos se habían afianzado ya en el momento en que reanudamos el hilo de nuestra historia. Sus corifeos iban tomando posiciones claves en la Iglesia. Se puede decir que un buen número de Cardenales de esta época provenían de células de renovación espiritual, al estilo de la Compañía del Divino Amore y otras confraternidades similares.

Este anhelo de renovación avanzaba como oleaje arrollador en las conciencias de los mejores hijos de la Iglesia. Había tal vez diferencias en las tácticas. Contarini o Seripando patrocinaban una política de condescendencia. Carafa, en cambio, tremolaba la bandera del más puro rigorismo. Giustiniani prefería reformar Órdenes antiguas, como los camaldulenses. San Gaetano Thiene o San Antonio M. Zaccaria creían más conducente dar nuevas normas a la vida religiosa. San Carlos Borromeo se dedicaba a la reforma de la diócesis. Otros muchos, incluso seglares, como Vernazza o Stella, fomentaban las obras de caridad.

Métodos diversos, pero en el fondo un anhelo común: hacer reverdecer la íntima savia vivificadora. Todas tomaban como armas las de carácter espiritual. En particular procuraban formar almas de ora-

ción. Ponían en ésta el sostén y base de su reforma y eficiencia. Ya en los mismos albores de este movimiento, en el cuatrocientos, Luis Barbo, el Abad de la Congregación benedictina de Santa Justina, prescribía a sus monjes la oración individual y aun llegó a escribir un tratado sobre el modo de meditar. Un benedictino especializado en este autor no duda en afirmar que «el alma devota de Barbo y de su movimiento era la oración individual, y más particularmente la mental» (1).

Si este fenómeno se produce y enraiza en campos no tan propicios para la oración individual—ya que el benedictino por vocación se mueve en ambiente de preces corales y de oración litúrgica colectiva—, mucho más claramente se dará en los otros sectores espirituales más afines y que contribuyen directa y eficazmente al desarrollo de este movimiento: acción de predicación popular de los franciscanos, células de piedad como la cartuja de Siena, el movimiento de Brescia, literatura piadosa, celo pastoral de Obispos como Barozzi o Musso. Se puede ver este carácter con toda claridad en uno de los centros polarizadores de esta renovación: la Compañía del Divino Amore. La nota distintiva de sus miembros es la piedad íntima, sentida, vivida en una atmósfera de oración. Basten para demostrarlo los nombres de Thiene, Lippomano, Sadoleto, Carafa, Stella y Cabrini, quien decía que el sacerdote debía enseñar no la gramática, sino el Evangelio; no la poesía, sino las cosas santas (2).

La fuerza de este movimiento se reflejó en Roma de forma particular. Allí acudieron los principales corifeos del Divino Amore. Sobre todo desde la famosa creación de Cardenales de Paulo III fueron paulatinamente ocupando los puestos claves. La floración de santos que iban trabajando en la renovación espiritual fué extraordinaria: Gaetano Thiene, Pío V, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Felipe Neri, Camilo de Lellis, José de Calasanz, Félix de Cantalicio.

En este ambiente de superación espiritual, de anhelo de interioridad, se movían las almas mejores de Roma cuando los jesuítas les ofrecieron el nuevo método del retiro ignaciano. Iba dirigido principalmente para ellas, no tanto para las que seguían viviendo el fausto y esplendor de un renacimiento ya en decadencia, aunque procuraban también atraer a las que podían de entre éstas.

¿Qué es lo que podía ofrecer la nueva práctica escondida entre tantas y tan magníficas obras de asistencia espiritual como se levantaban entonces en la capital del mundo católico? Lo que, como vimos en nuestro tomo anterior, encontraron tantos ejercitantes: el camino de la oración, el método justo para su meditación (3). Lo proclamaba el P. Mirón en un escrito redactado estos años en Roma: «Los Ejercicios se dan a los externos..... para la instrucción en la oración y en las cosas

(1) I. TASSI: *Ludovico Barbo*. Roma, 1952; 105.
(2) CISTELLINI: *Figure della riforma pretridentina*.
(3) Cfr. tomo 1.°, pp. 174-176, 218-220.

espirituales». Cordeses se expresaba de forma parecida al indicar como fruto de ellos el enseñar la oración mental y el trato con Dios (4). Recordemos la frase del dominico vallisoletano mencionada en nuestro primer volumen: San Ignacio «ha resucitado la oración» (5). El mismo San Felipe Néri confesó a dos íntimos colaboradores suyos estar muy obligado a San Ignacio «porque me ha enseñado a tener oración» (6).

Era lo que buscaban aquellas almas llenas de ansias de santificación; e íbamos a decir, lo que echaban de menos muchas veces. No encontraban el camino para llegar a Dios a través de la oración individual, íntima, personal. Se les iba todo en algo tan santo y útil en sí mismo como la oración vocal y el rezo, pero sentían la necesidad de un trato y diálogo más directo con Dios, no condicionado a palabras ajenas, ni a actitudes extrañas que no respondían a la situación psicológica de cada momento.

Aquí estaba el valor del «tesoro» de los Ejercicios, valor escondido sin perspectiva externa. No podían de repente renovar el ambiente de Roma. No podían tener la repercusión externa de las obras de beneficencia o de las medidas de reforma. Pero trataban de ayudar a esas obras consolidando la vida interior de sus fautores, encauzando sus relaciones con Dios, enseñándoles, repitámoslo, pues ahí está el secreto, el modo de orar.

2.—Ambiente poco propicio en Roma en tiempo del P. Laínez.

Semejante movimiento tenía que quedar siempre entre penumbras, obrar en zonas internas, casi invisibles. No podía ser una irrupción aparatosa. Mucho menos en la situación que ofrecían los jesuítas en Roma al principio del período que estudiamos. Había muerto el fundador. Les faltaba el sostén principal. La tirantez política con España en tiempo de Paulo IV y el gran número de españoles residentes en la casa de Nuestra Señora de la Estrada—cuartel general de la nueva Orden—dificultaba su acción. Una pequeña y pobre capilla ofrecía muy pocas posibilidades para el culto. El Colegio romano con su auditorio siempre creciente absorbía muchas energías.

No extrañará que los primeros años fueran muy contados los sujetos que practicaron los Ejercicios. Ni siquiera tenían un local apto para el retiro. Creemos que debido a todas estas circunstancias fueron escasos en número los que pudieron beneficiarse de la paz de esos centros de

(4) MIRÓN en *Inst. 186a*, p. 230, y CORDESES: *Dir. Ex.*, 32, n. 11.
(5) El texto original en MHSI.: *Litt. Quadr.*, 3, 103.
(6) J. MARCIANO: *Memoria histórica de la Congregación del Oratorio*. Madrid, 1853; 1, pp. 99, 168.

renovación. El asedio de Alba vino a dificultar la empresa. El General de los jesuítas en persona, P. Laínez, tenía que salir a trabajar en la preparación de las fortificaciones contra el ejército español. Los profesores del Colegio romano se veían obligados a interrumpir sus lecciones para ayudar a los preparativos de defensa. Ambiente poco propicio para la paz que exigen los Ejercicios.

Nos ha quedado, sin embargo, un ejemplo de un ejercitante ilustre de este primer período. Un caso que muestra la acción interna y bienhechora de este medio de santificación y de cómo iban dándolos conforme lo permitían las circunstancias. Es el caso del Cardenal nepote de Julio III, *Roberto de Nobilis*, creado Cardenal a los catorce años de edad.

Polanco, confesor suyo y director también de los Ejercicios que practicó, según parece a fines de 1556, en carta dirigida a los Superiores de la Compañía, con ocasión de la prematura muerte del joven Cardenal, traza un cuadro de las principales virtudes que le adornaron. A nosotros nos interesan de modo particular las primeras líneas de esa descripción, donde se descubre la raíz de su admirada santidad. Escribe así: «Hizo los Ejercicios con muy singular fruto, creciendo después cada día en espíritu y toda perfección» (7). Sigue después hablando de la pobreza, mortificación y austeridad de su vida, más propia de un religioso de Orden estrecha que de un Cardenal del quinientos. Como comenta el P. Rossignoli: «Le bastó probar la dulzura de esas meditaciones, para perder al punto el apetito de las cosas terrenas» (8).

Consciente del bien que habían obrado en sí mismo los Ejercicios, los introdujo entre sus familiares renovando su corte con este medio, renovación que sirvió de ejemplo a otros Cardenales deseosos de moverse en un medio menos mundano y más eclesiástico.

Superada la época de zozobra militar y reorganizados los mandos de la Compañía de Jesús después de dos años de espera, persistía aún otra dificultad: la falta de local apto. En tiempo de San Ignacio iban no pocas veces a hacerlos a casas de religiosos, como San Juan y San Pablo, regentada entonces por jesuatos. Pero no se podía establecer ninguna obra duradera, instalándose de prestado. Era necesario por ello solucionar esta dificultad.

3.—El Colegio germánico primera Casa de Ejercicios en Roma.

Fué San Francisco de Borja el que puso remedio a esta necesidad, dando orden de que se reservase sitio especial para los ejercitantes en el Colegio romano y en el germánico y se facilitara la práctica en los demás

(7) MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 145.
(8) ROSSIGNOLI: *Noticias*, lib. 2.°, cap. 1.°, n. 142, p. 140.

colegios (9). No sabemos que el deseo del Padre General se realizase en el Colegio romano. En cambio se llevó a cabo y con gran rapidez en el germánico. La orden respondía a las tradiciones del Colegio, pues desde 1552 se venían dando Ejercicios en él de modo estable.

Más aún. Desde un principio se había procurado amoldar las costumbres y tipo de vida lo más posible a la de los jesuítas. Las Constituciones que se les dieron el año de su fundación son una adaptación de las reglas que por entonces trazaba San Ignacio para los escolares, por ejemplo, para los de Padua (10).

En ellas se mandaba taxativamente que al entrar en el Colegio, durante ocho o diez días se les instruyera en cosas espirituales para que se estimularan a la pureza y temor de Dios y elevación de la mente hacia Él (11). No se usa la palabra Ejercicios. Pero la descripción que se hace se ajusta perfectamente a ellos. Aquellos días eran una adaptación de la primera probación que practican los jesuítas al entrar en el noviciado. Se les instruía en las costumbres del Colegio, se les ponía delante el ideal que debían perseguir y se les introducía en la oración y vida espiritual con unos días de auténticos Ejercicios. Además, todas las Constituciones, reglas y avisos estaban impregnados de espiritualidad ignaciana. Eran como una aplicación de los Ejercicios a su tipo de vida estudiantil, y ése era el ambiente en que se movían.

Sabemos, además, por la práctica, que ésta fué la interpretación real. Como vimos en el tomo anterior, ya desde los comienzos se habla de «germánicos» que hacían Ejercicios y lo mismo siguen indicando las fuentes posteriores (12).

Con la regularidad que permitía la llegada incesante de nuevos reclutas siguieron ejercitándose en esta práctica, aunque su acción por fuerza tuviese que ser restringida. El círculo en que se movían era limitado. Con todo no dejó de notarse su acción entre los demás alumnos del Colegio romano. En 1560 pasaban ya los germánicos de sesenta, un grupo demasiado notable para que su presencia pasase inadvertida. Además, entonces, más que alemán era un Colegio internacional. No pasaban los alemanes de un diez por ciento del total. Los demás pertenecían, como dice Polanco, a gente «noble de casi todas las naciones de la cristiandad» (13). Todo esto hacía aumentar su irradiación romana.

En 1563 subió a 200 el número, lo que fué posible gracias al nuevo traslado al *palacio Cesi-Mellini*, a un flanco de San Marcelo en el Corso (14). Hasta entonces habían tenido que cambiar tres veces de

(9) *Inst. 187*, 115v.

(10) F. SCHOEDER: *Monumenta quae spectant primordia collegii germanici et hungarici collecta et illustrata*. Romae, 1896; 51-55, 60-74.

(11) SCHOEDER: *Monumenta*, 53, 68.

(12) *Rom. 127*, 147r, y *Pol. Compl.*, 1, 569; 2, 621, 623, 626.

(13) MHSI.: *Pol. Compl.*, 1, 569. Cfr., p. 245, y STEINHUBER: 1, 48-49, 51.

(14) STEINHUBER: 1, 51, le da el nombre de palacio Vitelli. Cambió varias veces de posesores. De ahí los varios nombres que recibe. Cfr. L. CALLARI: *I palazzi di Roma*. Roma, 1944; p. 437.

domicilio, viviendo en pequeñas casas. Por ello no se podía pensar en admitir gente de fuera para hacer Ejercicios. Ahora en cambio variaba la situación. El palacio edificado un siglo antes, agrandado en 1537, poseía varios espaciosos salones. Comenzaron a reservarse cuartos para ejercitantes. Sabemos que en las vacaciones de 1565 había diez y constantemente ocupados. Y no daban abasto a todos los que deseaban utilizarlos, a pesar de que sus moradores se sucedían sin interrupción. Se puede considerar aquel palacete del Corso, con sus cerca de 250 moradores, como la primera Casa de Ejercicios de Roma.

4.—Infiltración progresiva en el ambiente eclesiástico.

En esta euforia de entusiasmo por los Ejercicios fundó Pío V en 1564, para dar ejemplo de un rápido cumplimiento de los decretos del Concilio de Trento, el Seminario romano, que confió a los jesuítas. Ya el primer año contaba con 63 seminaristas que inmediatamente comenzaron a aprovecharse del nuevo medio de santificación ignaciana y siguieron en los años siguientes practicándolos en gran número.

Con todo esto se iba familiarizando con el nuevo método el elemento eclesiástico romano. Continuaban los jesuítas de la Casa profesa dando Ejercicios a personas particulares, pero todavía eran una minoría muy escasa. Unos cuantos personajes, que no llegarían a ser muy importantes, cuando no se nos comunica su nombre. Mejor dicho, los nombres que se nos dan son de personajes venidos de fuera, como de uno que vino de Irlanda a procurarse un obispado, y que como consecuencia de los Ejercicios hizo voto de nunca pedirlo (15).

De todos modos se iba haciendo ambiente de esta obra. Y ya, por primera vez en un documento de 1571, San Pío V al hablar de las obras que realizaban los jesuítas enumera explícitamente los Ejercicios (16).

La fundación estable hecha por Gregorio XIII al Colegio germánico, su traslado al gran *palacio de San Apolinar*, el florecimiento que alcanzó, todo eso repercutió en la marcha ascensional de los retiros. La nueva casa era mucho más amplia. Formaba todo un cuerpo de varios edificios unidos. Poseía espaciosos corredores y grandes cámaras (17). Comenzaron a moverse todos en un ambiente de mucho mayor holgura. Y en consecuencia aumentó el número de ejercitantes. Ni tan sólo eso. Gregorio XIII ordenó por Bula «que todos los que vinieren de Alemania para ingresar en el Colegio, después de haber descansado, se dediquen durante tres días a los Ejercicios espirituales». Para este objeto se les

(15) *Polanci Compl.*, 1, 234, 238.
(16) MARÍN: *Enchiridion*, 17, 18.
(17) CALLARI: *I palazzi di Roma*, 459-460.

entregaba a cada uno el libro mismo de San Ignacio (18). De este modo se iba produciendo un movimiento de envergadura entre el sector eclesiástico, que seguiría creciendo sin cesar hasta culminar en las disposiciones y exhortaciones pontificias. Pero fuera de este sector no se había impuesto todavía la nueva práctica. Se reducía a unos centenares de personas. Era un número demasiado escaso para que llamara la atención. Por otra parte el carácter individual, la escasez de locales, el número relativamente pequeño de directores impedían que tomara mayores proporciones la práctica.

Un hecho muy comentado en la sociedad romana de entonces sirvió de clarín providencial para pregonar la eficacia del nuevo método. Fué una inesperada propaganda. Son conocidos los lamentables abusos a que llevó el favoritismo al famoso nepote de Paulo IV, *duque de Paliano*, «hombre fácilmente irritable y que en su ira perdía todo dominio de sí mismo [y quien] había llevado una vida brillante, pródiga y disoluta, cuando estaba todavía en la cumbre de su poder» (19), y que quedó envuelto en la espectacular ruina política de su omnipotente hermano el Cardenal Carlos. Su severo tío, Paulo IV, quiso aclarar responsabilidades y hacer justicia. En el proceso de 1561, durante el pontificado siguiente, el antiguo capitán general de la Iglesia hubo de reconocer que había matado a su mujer, la duquesa Violante de Alife, y, en consecuencia, fué condenado a muerte y ajusticiado.

En conexión con este trágico suceso, materia obligada de las conversaciones de la sociedad, aparece la nueva práctica ignaciana. Un jesuíta, el *P. Juan Bautista Peruschi*, fué al Castel de Sant'Angelo, donde estaba encarcelado el duque, a ofrecerle como remedio en aquellos momentos, los Ejercicios. Dejemos la palabra a una relación contemporánea, escrita tal vez por el mismo P. Peruschi, o al menos por persona cercana a él:

«Tornándole al castillo [de Sant'Angelo], dos sacerdotes comenzaron a ir allá cada día desde el primer domingo de Cuaresma [23 de febrero] y continuaron once días, en los cuales el duque no quería atender a otro negocio que a prepararse a bien morir. Diéronsele los Ejercicios todos ordenados al conocimiento y contrición de los pecados, que llamamos de la primera semana, y tres veces hizo la meditación de la muerte, disponiéndose como si entonces hubiera de morir, y al fin de estos Ejercicios hizo una confesión general de toda su vida y comulgóse en este tiempo cuatro o cinco veces, reconciliándose a menudo y oyendo cada día Misa» (20).

---

(18) Con estas palabras puestas entre comillas un autor anónimo del siglo XVI resume el documento pontificio. *Biblioteca Penitenzieri, Roma. Meditazioni sopra gli esercizi*. En la signatura antigua, S-b-4, cap. 1.°. El texto de la Bula que lleva por fecha 1 de abril de 1584, en MARÍN: *Enchiridion*, 21. Allí mismo se indica que a cada uno entregaron el libro de Ejercicios.

(19) Así le describe PASTOR: tomo 7.°, vol. 15 (Pío IV), cap. 3.°, p. 150.

(20) *Rom. 127*, 29r. ROSSIGNOLI trata muy difusamente este caso en *Noticias*, lib. 2, cap. 1.°, n. 144, página 143.

El efecto de estos Ejercicios fué sorprendente. Comenzó el duque a llevar una vida dedicada enteramente a la oración y a la penitencia, aumentando con sus voluntarias y múltiples austeridades las penalidades inherentes a toda prisión.

El mismo Pastor ha creído deber hacer resaltar tal actitud de alma en su *Historia de los Papas:* «Estos Ejercicios—escribe—habían trasformado interiormente de todo en todo al infeliz. La religión le dió una fuerza tal, que fué alegre a la muerte, porque creía que era para él el camino de salvación. Con un crucifijo en la mano el duque preparó a sus dos compañeros para sufrir su suerte; les dirigió tan hermosas palabras de espíritu cristiano, como si no tuviera otro oficio que el de consolarlos, y no hubiera de ser él mismo ejecutado».

Y párrafos más adelante comenta el mismo Pastor la ejecución de Juan de Carafa con estas expresiones: «Su cristiana resignación y sincero arrepentimiento conmovió aun a los presentes Hermanos de la Misericordia, que estaban acostumbrados a tales escenas» (21).

En aquella hora decisiva quiso Carafa dar personalmente señales inequívocas del amor y gratitud que guardaba para con el método espiritual que le había trasformado tan profundamente. Ya en capilla restituyó al Padre, junto con el papel en que estaba escrita aparte la última meditación que había hecho—según el P. Rossignoli, la contemplación para alcanzar el amor de Dios—, el libro de los *Ejercicios*, porque no quería que el Padre perdiera aquel tesoro ni «por cien mil escudos» (22).

Semejante suceso tuvo que poner los Ejercicios en el centro de las conversaciones y llevarlos al plano de la actualidad. Sin duda ninguna que muchos oyeron hablar de ellos por primera vez entre las demás noticias referentes al triste proceso. La novedad tuvo que aumentar el interés por conocer el método que había realizado semejante trasformación.

5.—La Casa de Ejercicios de San Andrés.

Era necesario organizar otro centro de reclutamiento. El movimiento iba en auge y eran demasiadas las personas que no podían aprovecharse del nuevo medio de regeneración para poder desentenderse de ellas. Se añadió otra circunstancia que tuvo repercusiones muy hondas en nuestro campo: el Año Santo de 1575. Fué como un año de propaganda de Ejercicios, cuyos frutos se notaron bien pronto.

(21) PASTOR: *Ibid.*, pp. 177, 180.

(22) Tomado de la relación contemporánea en *Rom. 127*, 29v. Cfr. ROSSIGNOLI, n. 145, p. 145.

El nuevo centro del noviciado de San Andrés se puede considerar como monumento espiritual de este año. Gregorio XIII quiso mostrar al mundo y a las almas que el catolicismo no era un fenómeno pasado de moda. Que a pesar de la deplorable escisión protestante, la catolicidad seguía pletórica de vida. Un nuevo clima espiritual de regeneración, de ataque, de renovación, comenzaba a bullir en la Iglesia. El Concilio de Trento había sido una gran victoria. El espíritu de mundanidad y corrupción entronizado en Roma a principios de siglo iba disminuyendo. El avanzado estado de las obras de la basílica de San Pedro era a los ojos de los peregrinos un símbolo del progreso de las fuerzas de la reforma y de la renovación interior. La majestuosa iglesia del Gesù estaba casi terminada. El Año Santo comenzaba a ser auténticamente santo. El ambiente de la ciudad se fué trasformando con las procesiones de los devotos peregrinos. Entre éstos se encontraba *San Carlos Borromeo.*

El venir a Roma le había costado trece días de viaje. Pero Gregorio XIII había deseado con insistencia tenerle presente en la ceremonia de apertura de la Puerta Santa. Quiso prepararse a la visita de las siete iglesias con unos días de Ejercicios. No estaba esta prescripción entre las condiciones para ganar el Jubileo. Pero quiso dar este ejemplo y prepararse a la confesión en el serio silencio del retiro. Ignoramos el sitio en que los practicó. Sólo sabemos que cuatro de sus familiares los hicieron en el noviciado de San Andrés.

Y ésta es la noticia que más nos interesa. Porque creemos que fué éste el arranque del poderoso movimiento de Ejercicios que se formó en la retirada casa del Quirinal los años siguientes. La historia del noviciado donde se recogen sucesos muy triviales, jamás hace referencia a ejercitantes seglares antes de esta fecha.

Ignoramos la razón de ello. Sitio no debía faltar y el lugar era muy apto. Todavía no se había extendido la ciudad como hoy, por la parte de levante, y el Quirinal se encontraba «lejos del tumulto de la ciudad» (23). No debemos imaginarnos un amplio edificio con grandes cámaras aisladas; pequeña era también la iglesia y muy otra, artísticamente hablando, de la exquisita joya barroca que nos regaló Bernini. Inicialmente se componía el macizo de dos casas pequeñas a las que luego se unió una tercera, a la que solían acudir a practicar los Ejercicios y a descansar escolares y Padres de Roma. Muy pronto se amplió aun más el espacio con la fundación de doña Juana de Aragón, duquesa de Tagliacozzo, esposa del duque de Montalto y madre de Marco Antonio Colonna. Todo ello era como una isla de paz con su espacioso jardín, lo mejor de la posesión, que serpeaba por las frescas laderas del Quirinal, con amplias y sombreadas avenidas y constituía uno de los sitios más apetecibles en el atardecer de los caliginosos veranos romanos.

---

(23) Así define el sitio el autor anónimo de la *Historia de San Andrés. Rom. 162.*

A la amenidad y quietud del paraje se añadía un encanto más: la siempre misteriosa presencia de los novicios; se tenía una ocasión propicia para espiarlos y observarlos a placer. Lo reconoce el antiguo cronista de San Andrés al confesar que los novicios «ejercían un seductor atractivo» y que—al menos así pensaba él—«con su fervor y modestia edificaban notablemente» (24).

El ejemplo de San Carlos Borromeo tuvo que hacer gran impresión, tanto más que, después de los Ejercicios, realizó las visitas a pie y algunas veces descalzo, llevando consigo a su corte en solemne procesión; durante el recorrido de las estaciones cantaba o rezaba en voz alta a coro con sus acompañantes. El ejemplo de San Carlos movió a otros a practicar las protocolarias visitas en este ambiente de penitencia y devoción. No sabemos si también se debió a él el que durante este Año Santo «muchos de los que vinieron a él se retiraran [a San Andrés] a hacer los Ejercicios» (25).

El carácter ecuménico de la Ciudad Eterna se refleja en la presencia de ejercitantes extranjeros, «ultramontanos», como dice el cronista. Aquí tenemos indicada otra de las raíces del movimiento de Ejercicios en Roma. El ejemplo de estos extranjeros. Eran personas que en sus ciudades respectivas, como San Carlos Borromeo, practicaban el retiro y siguiendo su costumbre quisieron también realizarlo en Roma. De este modo recibían en el corazón del catolicismo algo de la vida que animaba a sus miembros. Se operaba un intercambio saludable. Antes vimos entre los que se retiraron a San Andrés a un Obispo irlandés. Pronto veremos varios de diversas nacionalidades.

El impulso, continuado después del Año Santo, quedó convertido en práctica constante. El cronista dice refiriéndose al año 1577: «La casa estuvo todo el año continuamente llena de personas que hacían los Ejercicios, entre las cuales había muchas personas principales» (26). Como una cantinela se repite lo mismo, palabra más, palabra menos, hasta el año de 1583 (27). El número de ejercitantes se mantenía entre los 40 y 50 por año. Téngase en cuenta que eran los Ejercicios individuales y que se prolongaban a veces veinte y aun treinta días. En 1601 pasaron de 70. Desde 1610 superan con creces el centenar.

La impresión que producían los Ejercicios era muy grande. Lo que dijimos en los últimos capítulos del primer volumen de nuestra historia se podía repetir aquí y en las demás ciudades. Por desgracia las fuentes contemporáneas pasan por alto lo más vital y trascendente: la reacción profunda operada en el interior de cada alma. No sería posible descubrirlo sin documentos autobiográficos que faltan casi por completo en este período. Tan sólo a través de exclamaciones o reacciones externas se puede barruntar algo de las trasformaciones espirituales veri-

(24) *Rom. 162*, 53v.
(25) *Rom. 162*, 39r.
(26) *Rom. 162*, 47v.
(27) *Rom. 162*, 49r, 53v, 85v.

ficadas en el recinto interno de aquellos cuartos. En 1577 se resume la impresión de los ejercitantes en las siguientes líneas: «Se tocaba casi con la mano la misericordia que Dios les hacía» (28). Uno, impresionado por la fuerza de aquella arma, en un momento de santa exaltación, llegó a decir que era imposible hacer los Ejercicios y no entrar en sí. «Que si Lutero los hubiera practicado, se hubiera visto forzado a convertirse» (29).

Las fuentes contemporáneas dan muy pocos nombres. Se contentan con descripciones genéricas. Interesaba entonces muy poco el detalle concreto, el lado humano de los acontecimientos. Preferían hacer descripciones grandiosas, acumular títulos, narrar lo maravilloso y extraordinario, nunca lo menudo que se les hacía trivial y sin importancia. Con todo se entrevé a través de las ampulosas relaciones que entre los ejercitantes había muy pocos hombres de verdadero relieve e importancia. Los más, aun entre los de «calidad»—la palabra que les gusta repetir—, eran miembros de familias ilustres, pero gente de segunda categoría. Ninguno de los Cardenales que dirigieron la política o el movimiento religioso aparecen en San Andrés. Son figuras de escasa significación: Cardenales Orsini, Spinella, Piatti y de Sardis, Francisco Castro, nieto de San Francisco de Borja e hijo del virrey de Nápoles; condes de Wartemberg, de la Corbara, Ubaldini, Camilo Giustiniani, Simoneta.

A la mayoría hay que designarlos por su profesión, oficio o rango social. Obispos de las más variadas regiones (30), religiosos aun de las Órdenes más venerables por su antigüedad, como franciscanos, camaldulenses, cistercienses, celestinos, basilianos; diplomáticos como el embajador del emperador, o Juan Pfister, legado del duque de Baviera cerca de la Santa Sede; gentileshombres españoles, franceses, polacos y, como es obvio, preferentemente italianos—entre los cuales hemos de mencionar al hermano de San Luis Gonzaga—, y para resumir esta enumeración con los términos en que lo hace el cronista del noviciado en 1611: «Teólogos, canonistas, juristas, filósofos, médicos, retóricos, comerciantes, cortesanos; en una palabra, gente de todo estado y condición» (31).

El influjo de una casa que va trasformando espiritualmente a personas de tan variada significación es enorme e imposible de ser valorado debidamente. Al decir que no encontramos ninguna de las figuras directoras de la sociedad, no queremos aminorar el fruto inmenso que se realizaba, sino tan sólo consignar un hecho y proyectarlo con imparcialidad dentro del campo histórico.

---

(28) *Rom. 162*, 47r.
(29) *Rom. 162*, 85v.
(30) Entre los Obispos ejercitantes citemos a Justo César Guarneri, Badislao Ragioger, Horacio Spannoch, Juan Bautista Brivio, Napoleón Comitoli, Sebastián Poggi, Attilio Amaltei, Tomás Natale.
(31) *Rom. 162*, 416 r.

La práctica era algo «nuevo», que se iba abriendo paso poco a poco. Los eminentes Cardenales, los hombres de consejo no la habían conocido en sus años de formación. Ahora estaban demasiado enzarzados en los negocios para aislarse de ellos y dedicar una parte de tiempo precioso de su ajetreada vida, a un retiro cuya significación más honda no alcanzaban, ya que los Ejercicios si no se practican no se sabe lo que son en su más íntima esencia. Además, espiritualmente vivían otro mundo de prácticas y de ideales; tenían otra concepción distinta de la vida y de las cosas; no estaban en situación y edad de cambiar de costumbres.

En cambio, en las listas de San Andrés de 1615 en adelante van apareciendo nombres cada vez más ilustres. Es que los ejercitantes de estos años al ir avanzando e influyendo en la sociedad, al comenzar a hacerse célebres, no podían dejar una práctica tan arraigada en ellos y cuyas excelencias habían experimentado.

Comenzó el movimiento de abajo, por los seminaristas, por los jóvenes. Necesitaba tiempo para tomar las proporciones debidas. Esto sucedió a principios del siglo XVII.

6.—Intervención pontificia.

No olvidemos que San Andrés no era más que el principal centro de retiro. Junto a él continuaba recibiendo ejercitantes el Colegio germánico, la Casa profesa, el Seminario romano. No faltaban los que se acogían a otros conventos. Sabemos, por ejemplo, de *Andrés de Espínola*, que se retiraba a Ejercicios unas veces a una casa religiosa, otras veces a otra. Durante los carnavales iba hasta Tívoli con un Padre jesuíta para que le dirigiese el retiro de aquellos días (32).

Con todo esto iban tomando los Ejercicios carta de ciudadanía en la Ciudad Eterna. Se iban afianzando entre el elemento más escogido. Continuaban siendo algo en sí diminuto. Eran relativamente pocas las personas, unos cuantos centenares a lo más, los que los practicaban cada año. Pero su irradiación se extendía cada vez más. Fué entrando en la corte pontificia y los Papas comenzaron ya a interesarse por su difusión, a exhortar a hacerlos. Señal del avance que se había realizado.

El interés marcado de los Pontífices por los Ejercicios, otro de los elementos decisivos en la marcha ascensional de los retiros, se puede decir que comienza hacia 1590, con Sixto V e Inocencio IX.

Gregorio XIII había ya promulgado varios documentos en favor de los Ejercicios. Pero era más bien confirmar iniciativas ajenas.

---

(32) ROSSIGNOLI: *Noticias*, cap. 8., n. 67, p. 59.

Así aprobó las Constituciones de los barnabitas y de los oblatos de San Ambrosio, en que se mandaba practicar los Ejercicios. El verdadero promotor de esos documentos fué San Carlos Borromeo (33). Recordemos también la Bula en favor del Colegio germánico, en que mandaba que hicieran los Ejercicios los seminaristas al entrar y antes de las Órdenes, pero sin duda que también este documento fué una muestra más de favor que dió a los jesuítas. Con todo era ya mucho. Eran los primeros documentos en favor de los Ejercicios, después de la aprobación de Paulo III.

Sixto V avanzó más. El revolucionario Pontífice, el constructor por excelencia de calles y plazas, puso también la primera piedra de la legislación futura de los Ejercicios obligatorios a seminaristas. Quiso que la vida espiritual de los recién creados seminarios tridentinos se fundamentara en la sólida roca de los Ejercicios. Por Breve, emanado el 22 de octubre de 1586, ordenó a todos los alumnos de seminarios pontificios practicar durante algunos días los Ejercicios (34).

Su sucesor, *Inocencio IX*, en su brevísimo pontificado, dió muestras excepcionales de su interés por esta actividad. Se convirtió en propagandista, facilitando alimentos y sitios aptos a muchos de los que deseaban retirarse y no contaban con dinero suficiente o no encontraban alojamiento apto (35). Esto último ya lo hizo el año anterior Julio III, quien cedió su magnífica villa al norte de Roma al Cardenal de Vilna, Jorge Radzwill, para que pudiera en el apacible oasis que constituía aquella finca de recreo, «emplearse en esta operosa ociosidad» (36).

Clemente VIII consolidó la obra iniciada por Sixto V imponiendo algunos días de Ejercicios a los seminaristas de todos los seminarios (37). Medida de excepcional trascendencia en la historia de la piedad. Un mundo nuevo se abría a la expansión de los retiros. La voluntad de los Papas tenía que repercutir favorablemente en la difusión de los Ejercicios, sobre todo en Roma, donde, como es obvio, la voluntad y los deseos del Pontífice necesariamente influyen tanto en la marcha de los acontecimientos de orden eclesiástico. Se preparaba el camino para el paso decisivo dado por Paulo V al conceder indulgencia plenaria a todos los religiosos que practicaran diez días de retiro, medida que había de contribuir poderosamente a que se generalizaran los Ejercicios en la Iglesia en aquellos siglos de fe exaltada y operante.

---

(33) MARÍN: *Enchiridion*, 666-668.
(34) MARÍN: *Enchiridion*, 23-24.
(35) *Ibid.*, 24.
(36) ROSSIGNOLI: *Noticias*, cap. 3.°, n. 25, p. 22. MANNI: *Annotazioni*, 38.
(37) MARÍN: *Enchiridion*, 25-27.

7.—Elevación espiritual de los ejercitantes napolitanos.

El entusiamo por el método ignaciano irradió desde Roma al resto de la península. Varios de los primeros compañeros y otros antiguos Padres llevaron el fuego sagrado al reino napolitano. Hablamos ya en nuestro primer volumen de Laínez, Andrés de Oviedo y *Salmerón*. Necesitamos ahora completar la acción de este último, el verdadero impulsor del movimiento en Nápoles. Le llevaron a la ciudad del Vesubio graves negocios. Tenía que conseguir el establecimiento de la Compañía, dar a conocer a la nueva Orden. Puso al servicio de su empresa la erudición escriturística de sus clases y la brillantez de su oratoria. En medio de estos asuntos no se olvidó de los Ejercicios. Se sirvió de ellos para completar su obra. A las personas que acudían a él, atraídas por la fama de su persona, les recomendaba la práctica ignaciana y aun daba personalmente a las que más le favorecían (38). En 1557, después de haber preparado convenientemente a una gran bienhechora con la frecuencia de sacramentos, le dió los Ejercicios. Este caso fué una eficaz propaganda para sus parientes, vecinos y muchos que estaban relacionados con ella (39).

Las fuentes no dan nombres de las personas que practicaron el retiro con el P. Salmerón. Pero debieron de ser muchas. Sólo hablan de su categoría social. Dicen que eran: «cabezas de las casas nobles», «personas muy nobles». A juzgar por estos apelativos, debieron de ser personas de alto rango social y de influjo en la política y gobierno, ya que Nápoles era corte real y en ella los nobles ejercían una función primordial.

El P. Salmerón inició el movimiento. Le secundaron desde el principio los demás Padres. En 1557 el rector de Nápoles, P. Cristóbal de Mendoza, los dió a una señora principal. Otro Padre del Colegio los dió a un joven de la casa de Caracciolo—en la que a los pocos lustros y en ese ambiente de piedad formado por la espiritualidad ignaciana iba a crecer San Francisco Caracciolo—, estudiante de leyes, «devotísimo», que se confesaba y comulgaba una vez por semana. Los hizo también otro de la *familia Caraja*, por nombre Carlos, que entró en la Compañía, aunque no perseveró en ella (40). Dos personas nobles de esta ilustre familia napolitana, las dos gemelas Marzia y Silvia Carafa, han dejado una estela luminosa en las crónicas contemporáneas. Iniciaron después de los Ejercicios una intensa vida de piedad. Se consagraron a Dios con voto de virginidad, renunciando a seductores par-

(38) SCHINOSI: *Istoria*, 1, 90.
(39) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 396.
(40) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 396-397. SCHINOSI: *Istoria*, 1, 368. Se dieron también Ejercicios en varios monasterios.

tidos. Comenzaron a preocuparse de los necesitados, distribuyendo entre ellos pingües limosnas. Incluso se preocuparon de ayudar a los afectados en Francia por públicas calamidades. Confeccionaron personalmente ornamentos para las iglesias. Pasaron el resto de la vida dedicadas a Dios y a los pobres (41).

Los ejercitantes de Nápoles no sólo se distinguieron por la nobleza de su sangre, sino lo que vale más, por la altura y delicadeza de su vida espiritual. Ya hemos hecho mención del «devotísimo» Caracciolo. En 1548, al comienzo mismo de la campaña, los había practicado San Andrés Avelino. En 1559 se traza la siguiente semblanza de los rasgos más acusados de los que acudían al Colegio a ejercitarse en el método ignaciano: «Vienen muchas personas que van ya adelante en la vida de Dios, en la oración y contemplación, con las que se hace grandísimo fruto» (42).

Se ve que Salmerón, a quien San Ignacio no en vano había calificado como uno de los mejores directores, impuso un régimen de selección. Los ejercitantes de que hemos hablado más arriba, se prepararon al retiro con semanas de frecuencia de sacramentos. En 1565 entraría en la Compañía, después de haber hecho durante ocho días los Ejercicios con el P. Carminata, *San Bernardino Realino*. El amable santo había tenido diversos cargos políticos y, sobre todo, había sido ya favorecido por Dios con gracias extraordinarias y daba muestras de notable santidad (43). La impresión que produjeron los Ejercicios en el santo se puede deducir del hecho que, escribiendo pocos días después a su hermano, le recomienda que «cada día medite durante un cuarto de hora en los novísimos y que tenga un recuerdo continuo de evitar el pecado» (44).

Entre los numerosos ejercitantes congregantes había también jóvenes de acendrada piedad y vivos anhelos de santidad.

Nápoles llegó a ser la ciudad clásica de *las congregaciones*. En pocos decenios se establecieron muchas y muy florecientes. Llegaron a fundarlas aun no jesuítas. San Bernardino Realino organizó congregaciones para los sacerdotes ansiosos de vida más perfecta—y eran muchos en aquel siglo—. Alcanzaron su máximo esplendor en el siglo XVII bajo la dirección del P. Pavone. En el siglo XVII dieron como fruto espléndido la figura de San Alfonso María de Ligorio. Gracias a los Ejercicios se perpetuó en estas congregaciones un clima de altura y delicadeza espiritual.

---

(41) SCHINOSI: *Istoria*, 1, 73-74.

(42) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 265.

(43) ANNA LEONARDO: *Bernardini Realini, S. I., sacerdotis vitae libri tres. Stabiis*, 1661, lib. 1, cap. 10, páginas 25-26. SCHINOSI: 1, 169.

(44) REALINO: *Lettere Spirituali, inedite del V. P. B. Realino*. Napoli, 1854; p. 28. En la carta a su padre le dice que «me confesé generalmente de todos mis pecados, como si nunca me hubiera confesado, y estuve cerca de ocho días haciendo el examen y a pensar bien, para decirlos todos». Se ve que hizo sólo Ejercicios abiertos y de la primera semana.

Hablar de congregaciones florecientes es lo mismo que hablar de jóvenes que acuden a santificarse en el retiro ignaciano. La más antigua de las congregaciones napolitanas fué la llamada de los «comulgantes». Siguieron la de la Inmaculada, más tarde dos de la Purificación, luego la «Secreta», a cuyos miembros se exigía una vida de piedad y mortificación más intensa. En la Casa profesa se fundó primero la de la Asunción y luego otra de la Anunciación. Comenzaron pronto a formarse varias para grupos especializados: sacerdotes, estudiantes, caballeros, criados y aun mendigos (45). La espiritualidad de los Ejercicios se difundía en sus reglamentos y en las prácticas que alimentaban su vida espiritual, además de que muchos los hacían a sus tiempos de modo más exacto. De ella salían escogidas vocaciones no sólo para la Compañía de Jesús, sino también para el clero y otras Órdenes religiosas. Hasta 1615, fecha de la muerte del P. Pedro Antonio Spinelli, uno de los principales organizadores y promotores de las congregaciones, habían entrado en los diversos conventos que poseían en Nápoles las principales Órdenes religiosas de varones, más de 500 congregantes. Esta pujante floración de vocaciones es uno de los frutos de la generosidad provocada en los Ejercicios y de la luz hecha en sus almas con la recta aplicación de la elección de estado.

8.—Dos señalados apóstoles: los PP. Maggio y Bobadilla.

La primera vocación que maduró para la Compañía en la Congregación de la Inmaculada, Vicente Maggio, iba a tener hondas repercusiones en la causa de los Ejercicios. Pocos años después, ya sacerdote, iba a llegar a ser en el mismo Nápoles el gran apóstol del método ignaciano. Dios le concedió gracias extraordinarias, entre ellas, a lo que parece, un singular don de consejo. Asegura un autor contemporáneo que varias veces se le apareció la Virgen Santísima: una vez mientras contemplaba en la segunda semana de los Ejercicios el nacimiento de nuestro Señor (46). Don Héctor de Pignatelli, duque de Montelín, llegó a afirmar en los últimos años de su vida, que nunca había encontrado director que igualase al P. Maggio en el arte de guiar las almas a Dios (47). Su fama se extendió tanto que el virrey don Fernando de Mendoza quiso proponerle para Arzobispo de Taranto. El Padre logró evitar el nombramiento.

Este notable director atraía lo mismo a nobles que a plebeyos. Aprovechaba la confianza que en él depositaban para exhortarlos a la

(45) SCHINOSI: 1, 66, 327, 366, 387, 415, 428; 2, 10, 22, 51, 71, 90.
(46) Recoge el dato SCHINOSI: 1, 466.
(47) SCHINOSI: 2, 24.

práctica ignaciana. Entre las personas más importantes a quienes dió Ejercicios hay que señalar a don Íñigo de Guevara, duque de Bovino, y gran senescal del Reino. El P. Maggio multiplicó durante los días del retiro sus ayunos y penitencias para impetrar gracias del cielo en tan trascendentales momentos. No fueron vanos los esfuerzos del Padre, ya que el duque llegó a hacer voto de hacerse jesuíta, en el caso de que quedara libre de las obligaciones familiares y sociales que le ataban al mundo (48).

El duque Francisco Teodoro de Sanseverino, modelo de jóvenes, fué otro de los más ilustres ejercitantes del P. Maggio. Hijo único de la piadosa Isabel de la Róvere, recibió una educación acendradamente religiosa. A pesar de ser único heredero de ingentes riquezas y aun, según todas probabilidades, del ducado de Urbino, decidió en los Ejercicios—como tres lustros más adelante lo haría San Luis Gonzaga—renunciar a sus estados y riquezas y entrar jesuíta. Suponía además en este caso la extinción de una rama de familia tan noble. Dios con todo dispuso de otro modo, llevándose para sí al generoso joven en la flor de la vida (49).

El P. Maggio dirigió igualmente a muchas nobles matronas. El fruto de su dirección se veía visiblemente en el cambio de las modas de sus dirigidas y en el menor lujo de su atuendo (50). A pesar de lo mucho que exigía—o tal vez por ello mismo—, acudían a él muchas y muy distinguidas señoras. Entre otras muchas: doña Beatriz de Guevara, princesa de Roca; doña Isabel Gesualdo, condesa de Saponara; doña Alvina de Mendoza, duquesa de Fernandina y esposa de don Pedro de Toledo; doña Isabel Alarcón de Mendoza, marquesa de la Valle, a quien pretendió por esposa el propio virrey, duque de Olivares, mas ella prefirió ofrecer su virginidad a Jesucristo, y sobre todo la princesa de Bisignano, Isabel Feltria de la Róvere, que llegó hasta visitar el hospital de los contagiados incurables y a ser un dechado de los que aspiraban a vivir la vida de perfección en el mundo.

La flor de la nobleza napolitana acudía al P. Maggio. Ignoramos si dió Ejercicios a todas y cada una de estas señoras. Probablemente las instruyó, como se estilaba entonces, en los Ejercicios abiertos cada día un par de horas durante un tiempo más o menos largo. Ciertamente infundió en la dirección continua y progresiva el espíritu del áureo librito e imprimió en su mente los principios directores de San Ignacio (51).

Nota el P. Schinosi, de quien recogemos estos datos, que el ejemplo de estas distinguidas señoras repercutió en muchas otras, aunque no

---

(48) SCHINOSI: 2, 23. Años más tarde, en 1595, volvió a hacer Ejercicios el duque con el P. Antonio Lesio, rector del Colegio de Bari. SCHINOSI: 2, 287.

(49) SCHINOSI: 2, 230-256. Habla de los Ejercicios con algún detalle en las páginas 237-238.

(50) SCHINOSI: 2, 26-27.

(51) *Ibid.*, 2, 26, 228-229.

girasen en la órbita del P. Maggio. Se fué insensiblemente implantando una moda más modesta e introduciendo algunas costumbres y prácticas sociales más cristianas, iniciándose una benéfica renovación en el aspecto social y externo de la ciudad (52).

Otro apóstol no sólo de Nápoles, sino de toda la parte meridional de Italia y de otras extensas regiones, fué el *P. Nicolás Bobadilla*. Llegó a recorrer, como él mismo anotó cuidadosamente, hasta 77 diócesis, regenerando espiritualmente los pueblos por medio de fructuosas Misiones. Fué éste el ministerio favorito del inquieto y ardiente Bobadilla. Se encontraba en su centro en esa movilidad continua. El bien que realizó fué inmenso. Las Misiones le ocuparon, con pequeños paréntesis, desde 1537 hasta 1590, es decir, más de cincuenta años. Durante las cuaresmas y advientos se detenía en alguna ciudad más importante predicando en la iglesia, generalmente en la catedral.

Propiamente no daba Ejercicios, sino Misiones, pero éstas contenían no poco de la primera semana ignaciana. No eran todavía un método ya hecho y fijo, como en el siglo XVII, sino una acomodación más personal a las circunstancias de cada auditorio. Constituían entonces una gran novedad y sin duda que hay que enumerar este factor entre las causas del éxito, sin pretender con ello quitar nada a las relevantes cualidades oratorias de que estaba dotado el fogoso orador. Su acción a la vez era una propaganda de los Ejercicios más completos y perfectos. El fruto que producía con aquella acomodación inducía a las personas más selectas—como veremos sucedió en Portugal—a probar el sistema en su integridad (53).

9.—En las demás ciudades del reino napolitano.

También se extendieron los Ejercicios por los demás colegios que poseía la provincia jesuítica napolitana, como en Lecce, Bari, Nola y Aquila en los Abruzos (54).

En *Nola* estaba el noviciado de la provincia. Los maestros de novicios iban dando Ejercicios a sus novicios y entusiasmándolos con el método. El P. Vicente Maggio contribuyó también a la formación en este sentido, pues estuvo una temporada sustituyendo al maestro titular, *P. Bartolomé Ricci*.

---

(52) *Ibid.*, 2, 28-29.

(53) No tiene Bobadilla la *Vida* que se merece. No pocos autores, al hablar de él, se han fijado más en sus indudables excentricidades, que en sus incomparables méritos y en el bien inmenso que realizó lo mismo en la corte del emperador que entre los sencillos campesinos. Era una poderosa personalidad con grandes cualidades y también con defectos muy llamativos. Véase, mientras no se escriba algo más perfecto, BOERO: *Vita del servo di Dio P. Nicolo Bobadilla*. Firenze, 1879.

(54) Véase SCHINOSI: 1, 438-439, y G. BARRELLA: *I Gesuiti nel Salento*. Lecce, 1918, p. 10.

El amor a los Ejercicios, inoculado en el noviciado, se notó en el interés por seguir practicándolos en el resto de su vida. Recordemos que entonces no existía ninguna prescripción en este sentido. Fué, a lo que creemos, después de Portugal, la provincia en que fueron repitiéndolos con mayor regularidad. Es necesario reconocer en este punto el influjo de los *PP. Salmerón* y *Bobadilla*. En la congregación provincial de 1576, los dos compañeros de San Ignacio fueron los promotores de un postulado en que se pedía al Padre General introdujese la repetición de los Ejercicios en toda la Compañía (55). En el texto del decreto en que se recomendaba también la extensión de la práctica a los externos, no falta una alusión a los Padres antiguos, hecha sin duda no sin cierta nostalgia por alguno de los dos venerables Padres.

El carácter autoritario y algunos adverbios incisivos, como «vehementemente», parecen revelar en su misma confección la mano del P. Bobadilla. Véase el texto mismo del decreto: «La congregación pide vehementemente de común acuerdo al Padre General que determine que todos los Padres hagan frecuentemente los Ejercicios espirituales. También parece a la misma congregación que el Provincial procure que el fruto de tan santa costumbre, tan propia de la Compañía y que con tanta utilidad recogían los antiguos Padres, se extienda también a los externos» (56).

Entre los demás colegios de la provincia descolló el de Aquila en el método de exponer los retiros. El promotor y artífice fué el *P. Sertorio Caputi*, director de la floreciente congregación establecida en aquella ciudad. Fundó para los congregantes que aspiraban a una vida de más perfección un centro especial que llamó «Casa de Penitencia» por las austeridades que se practicaban en aquel recinto. Era una casa con varios aposentos. Algunos reservó para los ejercitantes, convirtiendo de este modo aquel local en una auténtica casa de Ejercicios.

Los que se retiraban a estos aposentos, los practicaban con toda seriedad. Permanecían un mes entero. Hacían cinco horas de oración diaria. Practicaban penitencias corporales en una medida que íbamos a decir exagerada. No se ponía tasa alguna al deseo e impulso de los ardientes jóvenes. Se observaban durante el retiro «todas las adiciones y cánones que prescribe en su libriquín el santo P. Ignacio, dando y distribuyendo el mismo [P. Caputi] las meditaciones» (57).

---

(55) Expresamente recoge SCHINOSI: 1, 325, la intervención de los dos Padres en la propuesta del postulado.

(56) *Congr. 42*, 119r.

(57) *Vitae 137*, 66v. En los fol. 64r-69v se habla con todo detalle de la casa.

10.—Intensa actividad en Sicilia.

Pasemos de Nápoles a Sicilia, donde encontraremos también fervor y entusiasmo por el sistema ignaciano. La presencia del *P. Doménech* era una garantía de éxito y de autenticidad. Mesina y más aún Palermo continuaron el fuerte ritmo iniciado en tiempo de San Ignacio.

Doménech recogió la herencia dejada en la isla por Nadal. Pudo además contar desde el principio con directores de talla que habían convivido con San Ignacio y habían sido instruídos por él: Manuel Miona, el confesor mismo del Santo, el destinatario de la célebre carta en que el fundador de la Compañía recomienda su método con expresiones de excepcional alcance; Elpidio Ugoletti y Pablo Achilles, ganados por Laínez y Fabro en Parma y que pertenecían, como se decía entonces, a la segunda decena más antigua de los jesuítas.

Descolló entre éstos el *P. Achilles*. Desde que llegó a *Palermo* comenzó a dar los Ejercicios con gran éxito. Se posesionaba tan profundamente de las verdades, que frecuentemente no podía reprimir las lágrimas mientras iba exponiendo las meditaciones (58).

Durante sus veintitrés años de rectorado del Colegio de Palermo consolidó de modo definitivo la práctica en la península. Desde este punto de vista se puede comparar su acción a la de Villanueva en Alcalá.

Desde el principio de su rectorado comienzan las anuas a hablar de los numerosos Ejercicios que se daban a sacerdotes, gentileshombres, algunos de los cuales «no eran antes demasiado devotos a las cosas divinas» (59); a nobles y distinguidas matronas, a monasterios de religiosas, entre ellos uno de los más notables de la ciudad; a jóvenes. Fueron los Ejercicios una fuerza santificadora en todos los estados. Renovaron los monasterios y santificaron a las personas constituídas en matrimonio, quienes después de haberlos practicado, como escribe el cronista, «vivían mucho mejor con sus maridos, según convenía a su estado» (60). Una señora principal se trasformó tan profundamente que convirtió en objeto y prenda de culto sus principales alhajas y vestidos de seda, dedicándose en adelante «a las obras del espíritu» (61).

---

(58) *Fond. Ges. al Gesù, Ms. 2*, 270r, 285r.

(59) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 297.

(60) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 7, 345. Cfr. *ibid.*, 684. Datos sobre Ejercicios en Sicilia en *Litt. Quadr.*, 5, 356; 6, 33,' 297, 298, 826; 7, 30, 345, 483, 495, 679. ALBERTI: *Dell'Istoria della Compagnia di Gesù. La Sicilia.* Palermo, 1702; pp. 484-485, 533.

(61) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 298.

La frecuencia de sacramentos se intensificó de modo notable. Se fundaron, al igual que en Nápoles, florecientes congregaciones que ayudaron a mantener y vigorizar el fervor suscitado durante los días del retiro. El *P. Carminata*, notable predicador, atraía a grandes masas de gente, entre ellas a algunas cuya asistencia nunca se hubiera esperado. Era una propaganda eficaz de todas las obras de la Compañía, que solía traducirse a la larga en incremento de ejercitantes, como lo veremos detalladamente al hablar de España.

Palermo gozó los primeros años de la estancia del P. Achilles de un gran director de almas, el *P. Juvenal Botero*, uno de esos hombres extraordinarios cuyo influjo no se puede suficientemente ponderar. Se le consideraba «el sostén del Colegio». Se tenía como una gracia especial el poder dirigirse con él. Asumió en particular la dirección de un monasterio célebre, llamado de San Juan del Roglion. Consiguió crear un alto nivel de fervor desconocido hasta entonces en el convento. No se contentó con instruir a las religiosas, sino que sometió a las que deseaban entrar en él a una especie de probación. Durante ella acudían a la iglesia de los jesuítas, frecuentaban los Sacramentos, se confesaban y dirigían con el Padre, quien además les daba los Ejercicios (62).

Dios llamó al P. Botero para sí de un modo inesperado y repentino en 1560. Continuaron con todo los Padres dirigiendo espiritualmente el monasterio.

De modo semejante sin acontecimientos dignos de especial mención fué desarrollándose la práctica en los demás colegios de la provincia: Monreal, Catania, Mesina, Reggio, Siracusa, Calatabellota (63).

En *Mesina* explicaba personalmente el P. Doménech diversos libros de la Sagrada Escritura, atrayendo gran cantidad de público. Las congregaciones suministraban un contingente selecto de ejercitantes. Los Padres aprovechaban las ocasiones que podían para difundir la práctica ignaciana. En 1573, reunidos en congregación provincial, expusieron al Padre General diversos puntos que revelan el interés que manifestaban por perfeccionarse en el método de San Ignacio. Entre otras cosas pidieron que se confeccionara un directorio, se intensificara en todas partes la práctica de los Ejercicios y se habilitaran en los colegios cuartos para los ejercitantes (64).

La visita que hizo a la provincia el *P. Polanco* dos años después de esta congregación en 1575, reavivó más aún el fuego del interés por los Ejercicios. El antiguo secretario de San Ignacio, tan amante de todo lo del santo fundador, y tan íntimamente penetrado con sus criterios y gustos, pretendía, como él mismo escribió, hacerlos muy familiares

---

(62) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 684.

(63) A falta de otra historia más crítica y moderna se puede consultar ALBERTI (citada en la nota 60), y EM. AGUILERA: *Provinciae Siculae S. I. ortus et Res gestae*, 1 vol. Palermo, 1737.

(64) *Congr. 12, 13, 42*. La respuesta del Padre General en *Congr. 93*, 67v.

a todos (65). Dispuso en la visita que se diese forma a los Ejercicios —junto con otros ministerios—, «procurando que la teoría se convirtiese en práctica e instruyendo a los operarios» (66).

Llamó la atención al Visitador la escasez de ejemplares del libro ignaciano que encontró en la provincia. Inmediatamente pidió al Padre General que enviara los más que pudiese (67). Tuvo que dejar en el Colegio de Mesina el ejemplar que llevaba consigo (68). Ordenó que practicasen los Ejercicios todos los jesuítas que por alguna circunstancia especial no los habían hecho, mandando que los Superiores atendiesen a eso. Debió de urgir la orden con tanto encarecimiento que comenzó a ponerla en ejecución inmediatamente. En la carta en que comunica a Roma dicha disposición puede añadir que están ya algunos haciéndolos (69). Mandó también que dieran todos los Ejercicios a los de fuera «con selección», y los de la primera semana más fácilmente a otros (70).

Polanco, práctico y eficaz, recomendó al Provincial, P. Doménech, tan experto en la materia, que diese instrucciones a algunos sobre el modo más conveniente de dar Ejercicios. El Padre Provincial comenzó inmediatamente a cumplir el encargo del Visitador (71).

De este modo, gracias al celo del Visitador, se dió nuevo impulso a la práctica ignaciana, se introdujo donde antes no se habían dado, se reavivó el entusiasmo por ella donde no existía y se instruyó a los operarios sobre el modo de usar de esa arma tan provechosa.

11.—Santa María Magdalena de Pazzis.

Dejando el sur de la península subamos hacia el norte, deteniéndonos antes un momento en Toscana, Romaña y las Marcas. Poco vamos a decir de estas regiones, ya que en ellas el movimiento no ofrece relieve especial. Se iban dando Ejercicios con regularidad, sin circunstancias dignas de notarse en las ciudades en que los jesuítas tenían algún colegio, principalmente en Florencia, Bolonia, Ferrara, Siena y Loreto. No faltaban los que ponían fin a la piadosa peregrinación a este venerando santuario mariano con un retiro (72).

(65) MHSI.: *Polanci Compl.*, 2, 345.
(66) *Ibid.*, 2, 392.
(67) *Ibid.*, 2, 330, 345.
(68) *Ibid.*, 2, 363.
(69) *Ibid.*, 2, 345, 385, 544.
(70) *Ibid.*, 2, 544.
(71) *Ibid.*, 2, 388. De este modo ponía en ejecución el principio general establecido por él de que «se instruyese a los operarios». *Ibid.*, 2, 392.
(72) Sobre los Ejercicios en Loreto, *Ital. 150*, 100r, donde se dice que los hizo el conde de Triulci; *Ital. 123*, 208v; *Rom. 12*, 127r; en Siena, *Ital. 62*, 50r; *Rom. 12*, 59v; en Bolonia MHSI.: *Litt. Quadr.* 7, 785; *Ven. 100*, 195r, 197v; en Ferrara, *Pol. Chron.*, 6, 200; *Ital. 107*, 52v.

Con todo no podemos pasar en silencio un caso singular de Florencia: el de Santa María Magdalena de Pazzis. La extática santa practicó los Ejercicios bajo la dirección del P. Virgilio Cepari, enriquecido también por Dios con dones místicos.

La santa desde muy pequeña comenzó a tratar con los jesuítas. El P. Andrés Rossi, su primer director, la inició en la meditación y puso en sus manos el libro de *Meditaciones* del P. Loarte. El mismo Padre la preparó para la primera comunión, que recibió la santa en la iglesia de San Juan, de los jesuítas, el 25 de marzo de 1576. Antes de un mes, el Jueves Santo, 19 de abril, hizo en la misma iglesia el voto de castidad.

Desde 1579 guió los destinos de la joven privilegiada el P. Pedro Blanca, rector del Colegio, quien orientó su vocación y la enderezó hacia las carmelitas de Santa María de los Ángeles. La santa, ya religiosa, no podía olvidarse de los que la habían ayudado tan certeramente. Siguió consultando los asuntos de su alma con los Padres de San Juan, quienes, por otra parte, acudían frecuentemente a ayudar espiritualmente a las carmelitas con retiros e instrucciones. Uno de los que más frecuentaban el monasterio era el Padre rector, Nicolás Fabrini (73). Las religiosas acostumbraban a practicar cada año un retiro especial, pero no parece que seguían en él el método de San Ignacio.

En 1598 fué nombrado rector de Florencia el P. Virgilio Cepari, quien iba a influir de modo decisivo en la orientación espiritual de la santa. El mismo año escribió una carta al monasterio en que indica el modo que debían seguir en unos Ejercicios que iban a comenzar. Primero les da algunas orientaciones generales sobre el modo de hacer la oración, inspiradas en el método ignaciano.

Después de la oración preparatoria y de los preámbulos deben entrar «en la meditación excitando cada una en sí los afectos que más desean, especialmente el afecto del amor y de la imitación de la virtud y acciones de Cristo bendito». Les propone a continuación como materia de aquellos Ejercicios la pasión del Señor, recomendándoles para los puntos las meditaciones de San Bernardo y San Agustín. Les manda además, para que puedan seguir con más orden y provecho las meditaciones, un libro «compuesto por un Padre nuestro», a lo que creemos el libro de las *Meditaciones de la Pasión*, del P. Loarte, que ya conocía la santa.

---

(73) Se conservan en el archivo de las carmelitas de Careggi (Florencia) algunas instrucciones y retiros dados por los Padres. En el manuscrito n. 6 hay pláticas del P. Nicolás Fabrini en 1594 y del P. Cepari en 1599. Se conserva también un retiro de preparación para el adviento dado por el P. Cepari. Sobre los directores jesuítas de la santa puede verse CEPARI: *Vita*, pp. 29-32, 100, y TACCHI VENTURI: *I direttori spirituali di Caterina de Pazzis* en *S. Maria Maddalena de Pazzis, III centenario dalla Morte*. Firenze, 1907; pp. 11-13, quien trata sobre todo del P. Blanca.

Había andado aquella mañana el Padre por las librerías de la ciudad, buscando más ejemplares, pero en vista de que no los encontraba, mandó pedirlos a Venecia (74).

Todos estos detalles muestran que se trataba de un retiro extraordinario que hacían las mismas carmelitas. Él da sólo consejos generales. No es propiamente el director de esos Ejercicios ni expone las meditaciones que forma el sistema ignaciano.

El deseo de hacer los Ejercicios de San Ignacio vino a la santa de una manera extraordinaria a raíz de una visión celestial. Se narra el suceso en la vida de la santa con estas palabras:

«En 1599 vió [Santa María Magdalena de Pazzis] la gloria de San Juan Evangelista y de San Ignacio, confesor, del espíritu del cual dijo maravillas. En noviembre del mismo año quiso hacer los Ejercicios de San Ignacio, junto con otras tres Madres. Fué el director el P. Virgilio Cepari, escritor de la mayor parte de esta *Vida*. Los hizo con tan grande consolación y tomó de ellos un concepto y estima tan altos, que durante el resto de su vida (1599-1607), los dió muchas veces ella misma a otras Hermanas, enseñándolas a poner en práctica las luces e inspiraciones que el Señor les comunicaba en ellos. De aquí se introdujo en aquel venerable monasterio la costumbre de hacerlos todos los años, con no poco fruto y perfeccionamiento del espíritu y práctica de la oración» (75).

Esta costumbre de la repetición anual de los Ejercicios se incorporó a las Constituciones del convento (76). Siguieron practicándose, según la expresión de una Abadesa de mediados del siglo XVII, con toda regularidad y «con fruto no ordinario». Tenemos un cenáculo carmelita vivificado por la espiritualidad ignaciana. La fusión armónica que se dió en España entre Santa Teresa de Jesús y los jesuítas, se realizó en Florencia entre las Hijas de Santa María Magdalena de Pazzis y los compañeros y continuadores del P. Cepari.

---

(74) La carta de 9 de septiembre de 1598 se conserva en el archivo de las carmelitas de Careggi, n. 15, al fin del manuscrito sin numerar.

(75) CEPARI: *Vita di Sta. Maria Maddalena de Pazzi*. Prato, 1884; cap. 58, p. 345. El P. Cepari dejó incompleta la *Vida* en el capítulo 57. Como se ve por el texto, este capítulo no lo escribió ya el P. Cepari. Probablemente alguno, a base de apuntes dejados por él, completó y publicó el manuscrito. En la traducción castellana de la obra, hecha por una escolapia, segunda edición, Madrid, 1906; cap. 24, p. 385, se introducen algunas pequeñas modificaciones, diciendo que hizo los Ejercicios «bajo mi dirección». Creyó la traductora que había escrito el P. Cepari toda la *Vida* e hizo ese cambio. Véase la adaptación latina de la *Vida* hecha por José Fozio en el *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, *AA. SS.*, 25 maii, pp. 298-299. ROSSIGNOLI en *Noticias*, cap. 12, p. 111, n. 116, habla también de estos Ejercicios.

(76) Recoge la expresión MANNI: *Annotazioni*, p. 42.

12.—San Carlos Borromeo ejercitante.

Ya es hora de que penetremos en Lombardía y Venecia y contemplemos el poderoso resurgir que provocó la práctica ignaciana en aquella encrucijada de ideologías contrarias. La gran figura del renacimiento católico fué *San Carlos Borromeo.* Trazó los sillares sobre los que se iba a asentar la restauración de la piedad. Inició la línea que se seguiría en todo el siglo XVII. La personalidad del santo es de dimensiones mundiales (77).

El alma de su acción reformadora fué su santidad, su celo apostólico. El alimento que eligió para ir vigorizando su vida espiritual fué el ignaciano. De este modo los Ejercicios formaron el fundamento y la base de su reforma (78).

Ya en su conversión jugaron los Ejercicios un papel principal. Se conoce la vida aseglarada típica del renacimiento que llevaba el Cardenal nepote. El panorama que se le abría era de los más risueños. Cardenal a los veintiún años, Arzobispo de Milán, legado de Bolonia, gobernador del Estado Pontificio, se había de un golpe encumbrado en el pináculo del poder y de la fama. Se unía a su envidiable posición externa, la grandeza de su personalidad, el vigor de su talento, la energía indomable de su voluntad, su exquisito trato, la eficacia que sabía dar a sus acciones. Le esperaba una carrera triunfal.

Comenzó a vivir, según tocaba a su rango, como un auténtico gentilhombre del renacimiento. Si alguno, él tenía derecho a gozar de las prerrogativas de su situación, a llevar una vida principesca.

Sin embargo pronto comenzó a darse en él un cambio desconcertante. Una crisis interna se abrió en su noble alma. El suntuoso Cardenal nepote se trasformó en paladín de la reforma. Su evolución lleva la marca de la seriedad y madurez de las acciones del eminente purpurado. La muerte de su hermano Federico a los veintisiete años y del Cardenal de Médici a los diecinueve, agudizaron su tensión íntima. Decidió dejar el fausto aseglarado del renacimiento e iniciar una vida de reformas y austeridad.

En este momento decisivo de su alma intervino eficazmente uno de sus consejeros, el *P. Juan Bautista Ribera,* quien, por su cargo de Procurador general de los jesuítas, visitaba frecuentemente el despacho del Cardenal nepote. Se había establecido entre los dos un trato íntimo.

(77) L. CELIER: *Saint Charles Borromée.* París, 1911; p. 68.

(78) El influjo de los Ejercicios en San Carlos Borromeo está ya bien estudiado en el trabajo fundamental de A. RATTI: *S. Carlo e gli Esercizi di S. Ignazio,* publicado en *CBE,* 32 (1911), en italiano y en su traducción francesa. Puede también verse reproducido en MARÍN: *Enchiridion,* pp. 397-403. Recogemos las principales conclusiones del estudio del futuro Pío XI y estudiamos además su influjo y relación con los demás apóstoles de los Ejercicios.

El P. Ribera había sabido ganarse la estima y veneración de Borromeo. Y durante las semanas de su íntima crisis le invitó a que practicase los Ejercicios de San Ignacio. Aceptó la propuesta el Cardenal y en el retiro de la Casa profesa durante casi un mes, del 18 de julio al 14 de agosto de 1563, probó por primera vez el método que iba a revolucionar su vida espiritual y a constituir en adelante el alimento principal de su espíritu.

Como se deduce de todo lo que vamos exponiendo, no fueron los Ejercicios la causa misma de la trasformación del diplomático en reformador; bastaría para ello el notar que la ordenación sacerdotal precedió al retiro. Pero sí tuvieron un papel decisivo en su aguda evolución interna. Diríamos que constituyeron el ápice de la curva espiritual; que le proporcionaron la fuerza para realizar los proyectos ya maduros en su fuerte personalidad. La prueba más fehaciente de esta afirmación la constituye el hecho de que eligió la repetición sistemática y frecuente de los Ejercicios para mantenerse en la línea de conducta iniciada, y de que igualmente empleó la misma arma para la regeneración de su diócesis y resurgimiento de su clero.

Al día siguiente de acabar el mes de Ejercicios, el 15 de agosto, celebraba su primera Misa ante la tumba de San Pedro. Fué una primera Misa que por la presencia de los más señalados Cardenales y diplomáticos, la solemnidad del rito desplegado, la presencia de guardias suizos y la corte del Papa, la riqueza de los aderezos multiplicados con profusión por toda la basílica, se parecía más a una coronación pontificia.

Apenas pasó aquel día quiso tributar el primer homenaje de los innumerables que tributaría en el resto de su vida al autor de los Ejercicios y manifestar de modo público y notorio el bien incalculable que había producido en su alma, diciendo su segunda Misa en el pequeño y pobre cuarto en donde acostumbraba celebrar el fundador de la Compañía. Pocos contrastes más fuertes se dan en su vida como estas dos Misas: la fastuosa de San Pedro y la sencilla de aquel rincón oscuro ante un número restringido de íntimos. Símbolo expresivo de las dos contrapuestas facetas del mundano y reformador Cardenal. Aquel mes de Ejercicios iba a formar la línea divisoria entre las dos.

La trasformación del Cardenal nepote produjo un insólito estupor en la corte pontificia (79). Dejemos la palabra a Pastor, el concienzudo historiador de los Papas: «La mudanza de vida del primero y más calificado de los Cardenales produjo mucho estrépito en Roma y halló en muchos una acerba censura. Aun amigos de la reforma cristiana juzgaban que en algunos puntos iba demasiado lejos a la verdad, conforme a su carácter enérgico y serio. La indignación descargó principalmente contra

(79) Todos los biógrafos del santo han descrito esta trasformación. Puede verse *CBE*, 32 (1911), 4-5.

Ribera y los jesuítas. Decíase que ellos habían atraído al Cardenal a sus redes para obtener dinero de él y moverle a entrar en su Orden» (80).

Borromeo no se dejó inmutar por la fuerte oposición de estos sectores. Siguió toda su vida un austero régimen más propio de un religioso que de un Cardenal del renacimiento. Siguió también practicando los Ejercicios con una frecuencia regular desconocida entonces. Había hecho edificar en un rincón apartado del palacio un cuarto con un oratorio. Como norma general se retiraba a ese aposento dos veces al año en que interrumpía la vida de negocios, volvía a meditar las meditaciones ignacianas y hacía una confesión general (81). Otras veces elegía un monasterio. Algunas veces fué a hacerlos a la Camáldula. Seguía un plan de oración y penitencia escrupulosamente prefijado de antemano. Solía llevar consigo un experto director, generalmente el *P. Francisco Adorno*, a quien se atenía en todo. Oía los puntos de meditación que le proponía y seguía sus prescripciones.

Giussano, contemporáneo del santo, nos ha dejado la descripción del método que siguió en los últimos Ejercicios que hizo en Monte Vasallo en octubre de 1584, muy poco antes de su muerte. Él mismo testifica que en ellos extremó el fervor y la penitencia. Aun así y todo pueden servirnos de índice de la seriedad con que los practicaba, pues, sin duda, quitando algunas prácticas más accesorias propias del lugar y suavizando algunos rasgos, nos dan una idea aproximada del modo con que pasaba el santo aquellos días de recogimiento.

Apenas llegó al monte sagrado licenció a sus familiares, excepto unos pocos elegidos para hacer los mismos Ejercicios. Tomó para habitación una celda muy pequeña. Para descansar, una tabla lisa sin aceptar ni siquiera un mullido de paja. Admitió sólo una manta. Ayunó frecuentemente a pan y agua. Sus disciplinas eran frecuentes y de sangre. Los primeros días hizo seis horas de oración diaria. De noche, solo, con una linternilla en la mano visitaba las famosas representaciones de la vida y pasión del Salvador que, a manera de Vía Crucis, adornaban el bosque (82). Hacía la contemplación de cada misterio de rodillas en la capilla donde estaba la estatua que lo representaba. A la mañana

(80) PASTOR: tomo 7.°, vol. 15 (Pío IV), p. 134. G. P. GIUSSANO: *Vita di S. Carlo*, lib. 8.°, cap. 5, p. 546.

(81) Cfr. *CBE*, 32 (1911), 8-9. Con todo, el mismo GIUSSANO en lib. 2.°, capítulo 16, p. 131, hablando de los Ejercicios que hizo San Carlos en 1568, dice que los hizo *secondo il suo solito d'ogni anno*.

(82) Se trata de grupos en terracota de tamaño natural distribuído en 43 capillas u oratorios. Los muros de las capillas están decoradas con frescos de Tibaldi y Ferrari. La idea de esta galería de representaciones se debe al franciscano Bernardino Caimi, quien, mientras fué guardián del Santo Sepulcro en Jerusalén (1477-1478), concibió el propósito de realizar una «nueva Jerusalén» en Italia. Eligió este monte por parecerle el más similar a la ciudad santa. Impulsó de nuevo la obra en 1560 Giacomo d'Adda. San Carlos Borromeo, con sus visitas y propaganda, atrajo la atención de los devotos peregrinos a este lugar. Desde entonces sigue siendo objeto de frecuentes peregrinaciones. Cfr. G. BORDIGA: *Storia e guida del Sacro Monte di Varallo*. Varallo, 1857.

él mismo llevaba la luz al P. Adorno para que se previniese a darle los puntos que recibía con humilde sujeción. El quinto día hizo la confesión general, con gran fervor y abundancia de lágrimas (83).

13.—Borromeo apóstol de los Ejercicios.

La figura de Borromeo, propagandista y apóstol de los Ejercicios, supera aun en grandiosidad a la de Borromeo ejercitante. Apenas llegó a su sede inició una campaña de reforma y santificación del clero. La base de ella lo formaban los Ejercicios. Quiso hacer a sus sacerdotes el magnífico regalo de comunicarles los bienes que había experimentado en la práctica nueva y desconocida entonces. Fueron muchos los decretos que dió en este sentido. Unos llevan su nombre; otros, para que su acción fuera más eficaz y extensa, los hizo refrendar por los Sínodos de la provincia eclesiástica de Milán.

Las disposiciones principales de este plan orgánico, muy pensado, como todas las cosas del reflexivo Cardenal, y llevado adelante con su inflexible voluntad, se pueden réducir a los siguientes capítulos:

1) Todos los seminaristas debían practicar cada año los Ejercicios al menos durante una semana, al volver de vacaciones.

2) Debían de hacer los Ejercicios aproximadamente de un mes, antes del subdiaconado y de la ordenación sacerdotal. Esta disposición la adoptaron los Concilios cuarto y quinto de la provincia de Milán.

3) Los sacerdotes debían inspirarse en su acción pastoral con los fieles en la doctrina espiritual de los Ejercicios, de un modo particular en la del principio y fundamento. Debían enseñar el modo de hacer oración y de examinar la conciencia.

4) Como capítulo final consignemos la medida, complemento obligado de las anteriores y que facilitaba su cumplimiento. Fundó, con el nombre de Asceterium, una Casa de Ejercicios con numerosos cuartos, para que se pudieran en ellos practicarlos con toda perfección. No sólo realizaban en esta Casa de recogimiento su retiro los seminaristas, sino que volvían ya de sacerdotes a renovar su fervor (84).

Actualmente en que estamos acostumbrados a una práctica regular y frecuente de los Ejercicios, difícilmente podemos calcular la impresión que tales actos produjeron en el medio ambiente renacentista. Fué el primer chispazo que produjo en seguida un gran incendio. Obispos, personas preeminentes vinieron a ver la obra realizada por

(83) GIUSSANO: *Vita S. Carlo*, lib. 7.°, cap. 11, pp. 480-484. San Carlos murió muy poco después de acabados estos Ejercicios, el 3 de noviembre de 1584.

(84) Texto de los decretos en *CBE*, 39 (1912), 16-18.

el santo y estudiaron el modo de trasplantar semejantes prácticas a sus regiones.

Emprendieron largos y penosos viajes para informarse personalmente de las características y frutos del nuevo método el venerable Alejandro Luzzago, el gran apóstol seglar de los Ejercicios, de quien en seguida hablaremos; el celoso reformador, Cardenal Francisco de la Rôche, Obispo de Clermont (1558-1645); el Obispo de Annecy, Juan Francisco Blonay, y el Cardenal de Burdeos, Francisco d'Escoubleau de Sourdin. También se decidió a visitar a Borromeo, con el mismo objeto, el Cardenal de la vecina Bolonia, Paleotti. A raíz de su muerte se escribieron varios trabajos en que se relataba su vida y actividad pastoral. Fueron una gran propaganda para los Ejercicios. A través de estas *Vidas*, el ejemplo del santo siguió inspirando decenios más tarde el apostolado de ilustres Obispos y Prelados. Entre éstos descuellan dos grandes apóstoles, lo mismo del clero secular que de los Ejercicios, Juan Santiago Olier y Pedro de Berulle. Hubiera bastado a San Carlos Borromeo el influjo—aunque indirecto—ejercido sobre estas dos grandes figuras de la restauración católica, para hacerle acreedor de un puesto de honor en la historia de los Ejercicios.

Este influjo, más difícilmente controlable por la red tan tupida de relaciones que abarca y lo complejo y sutil de las dependencias espirituales, fué tal vez la actividad más eficaz de su proselitismo.

Lo notó ya el P. Watrigant. «Gracias—dice—a sus ejemplos e instrucciones brotó en las diócesis vecinas un movimiento muy favorable a los Ejercicios, especialmente en el clero. Cuando los historiadores de su vida, que no tardaron en aparecer, dieron a conocer por todas partes los medios que había empleado para santificarse a sí mismo y para santificar el clero, la atención del Episcopado católico, todo entero, se volvió sobre este admirable modelo. Ya en 1599 se habían publicado en Milán las *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, que daban cuenta de los reglamentos eclesiásticos promovidos por el santo reformador. Los que leían estos preciosos documentos o las biografías del santo, veían claramente que la fuente del bien obrado por San Carlos residió sobre todo en el empleo de los Ejercicios espirituales» (85).

No acaba aquí el interés de San Carlos Borromeo por el método de San Ignacio. Lo estimó tanto que quiso formar personalmente una especie de directorio, para evitar que sus sacerdotes, por ignorancia, adulterasen las líneas maestras del sistema ignaciano. No intentó hacer nada personal, sino tan sólo recoger y sistematizar los elementos diseminados en el áureo librito, coordinándolos entre sí e iluminándolos con títulos aclaratorios. Se conserva todavía el manuscrito autógrafo en que fué copiando y ordenando esta selección de las reglas y anotaciones que

---

(85) *CBE*, 32 (1911), 12.

(86) Monseñor Ratti dió a conocer por primera vez este manuscrito. Lo estudió con todo detalle en su citado trabajo *S. Carlo e gli esercizi*, *CBE*, 32 (1911).

más directamente se refieren al director (86). Si todavía quedara alguna duda de la preferencia y estima que mostraba San Carlos por el método de San Ignacio, este precioso cuaderno la disiparía por completo.

Existe también una anécdota, muy conocida, en que el mismo santo quiso de modo sensible expresar la estima en que tenía el tesoro ignaciano. En uno de los viajes que hizo el santo Cardenal por el ducado de Mantua, el duque le fué mostrando junto con las demás curiosidades de su palacio la magnífica biblioteca en la que abundaban las obras selectas y raras. San Carlos debió de mostrar gran interés en la visita, pues aunque no fuera un humanista como San Francisco de Sales, sabía justipreciar el valor de los buenos libros. Había reunido una gran biblioteca, en la que junto con los libros de índole eclesiástica, conservaba centenares de obras de historia y de literatura (87).

Con todo, el comentario que hizo el visitante sorprendió al duque. «Yo también—le dijo—tengo una gran biblioteca, pero la llevo siempre conmigo. No hay por qué se extrañe de esto, ya que toda ella se reduce a este pequeño libro de los *Ejercicios*. Este libro me es más útil que todos los libros del mundo» (88).

Promover los Ejercicios, mandar hacerlos, conseguir un local apto para la práctica, esbozar un directorio, iniciar un poderoso movimiento son en verdad títulos que bien pocos, por no decir ninguno, pueden ostentar en el siglo XVI. Con todo, faltaba el complemento en el que también pensó el santo. Un Instituto que facilitase su práctica y dirigiese el Asceterium. Para conseguir esta finalidad fundó la Congregación de Oblatos de San Ambrosio. Se compuso inicialmente por sacerdotes que, agrupados en torno suyo, le ayudaban en la reforma del clero. Eran a la vez los prototipos y modelos de la acción santificadora estimulada por el santo. Formaban una verdadera comunidad diocesana. Vivían bajo la obediencia del Obispo y a su plena disposición para el servicio de la diócesis. Heredaron en 1577 de los jesuítas, que habían tomado la dirección del Seminario provisionalmente (89). Cuando creyeron que su misión de iniciadores y organizadores había concluído, traspasaron a ellos la obra. Los oblatos de San Ambrosio, que en su mayoría habían practicado los Ejercicios con los jesuítas y que habían

---

(87) La biblioteca de San Carlos tuvo fama entre sus contemporáneos. Recogió lo mejor que existía entonces, sobre todo de Santos Padres, teólogos y autores espirituales. Conservamos todavía el catálogo. En ella figuran unas 2.200 obras. De ellas algo más de 1.000 son de teología y espiritualidad. Están las obras de contemporáneos como Canisio y Granada. Hay 385 de literatura, 145 de poesía, 130 de filosofía, etc. Ha editado el *Index librorum Bibliothecae Bti. Caroli.* A. SABA: *La biblioteca di S. Carlo Borromeo*, Firenze.

(88) Citado por D. BARTOLI: *Vita di S. Ignazio*, p. 62, y WATRIGANT: *CBE*, 32 (1911), 10. El mismo P. Watrigant copia en *CBE*, 32 (1911), pp. 10-11, tomándola del P. Ottonelli, otra anécdota muy significativa.

(89) Se escribe en la historia de la casa al hablar de la fundación, que aceptaron el seminario *fin che si offerisca occasione et modo di governarlo senza l'opera loro. Med. 91*, 20v.

aprendido de ellos el método de darlos, continuaron la tradición iniciada, haciendo de la casa de Milán un poderoso foco de irradiación de los retiros ignacianos (90).

14.—El apóstol de Brescia, Alejandro Luzzago.

Muy cerca de Milán, en la pintoresca ciudad de Brescia, se abrió otro centro muy activo. El propulsor fué uno de los más ardientes admiradores de San Carlos Borromeo y el más entusiasta apóstol seglar de los Ejercicios del siglo XVI, el gentilhombre Alejandro Luzzago.

Estudió Teología en la Academia de Brera, en Milán, bajo la dirección del santo Cardenal. Fué toda la vida un apóstol seglar, pero la formación eclesiástica allá recibida dió una solidez extraordinaria a su actividad. Allá realizó sus primeras escaramuzas en el apostolado del catecismo, y recibió preciosas enseñanzas de San Carlos.

Los Ejercicios con todo no los practicó en Milán, sino en la Casa profesa de Venecia. Sabemos que los hizo tres veces, pero probablemente fueron muchas más (91). La primera vez los practicó en 1586 bajo la dirección del *P. Benito Palmio*. Llevaba el problema acuciante de la elección de estado. Había abrazado la vida de perfección con gran generosidad, pero no veía claro el modo como debía vivirla. Decidió continuar de seglar. La resolución que escribió está llena de interés. Es un resultado, al menos en parte, del segundo tiempo de elección.

«Propongo vivir en el primer estado [de seglar], sin mujer, para poder aplicarme más libremente al servicio de Su Divina Majestad. Atenderé a los estudios y a las reglas de vida que me vendrán propuestas y haré de cuando en cuando los Ejercicios espirituales, para que el Señor me manifieste claramente todo lo que quiere de mí. En estos propósitos el Señor me hace encontrar tal suavidad, descanso y paz que me parecen ser señal cierta de que significan su voluntad» (92).

Orientó al mismo tiempo su futuro inmediato. Trazó un programa concreto de vida. Los puntos principales fueron media hora de oración

---

(90) Sobre la fundación de los oblatos de San Ambrosio, G. P. GIUSSANO: *Vita di S. Carlo*, lib. 5.°, capítulo 4.°, pp. 330-334; sobre los oblatos y los Ejercicios, además de lo que dice GIUSSANO, p. 332, véase WATRIGANT: *CBE*, 39 (1912), pp. 19-20; MARÍN: *Enchiridion*, 667, con la nota 76 y 670-671.

(91) Le dieron los Ejercicios: la primera vez, en 1586, el P. Benito Palmio; la segunda, en 1587, el P. Luis Gagliardi; la tercera—ignoramos la fecha—el Padre Bernardo Rossignoli. Véase E. GIRELLI: *Vita del V. Al. Luzzago*, y ROSSIGNOLI: *Noticias*, lib. 2.°, cap. 3.°, p. 168, que extracta ampliamente interesantes noticias tomadas de la *Vida* escrita por Octavio Hermant.

(92) GIRELLI: *Vita*, p. 79. En las páginas 77-78 el parecer del Padre Provincial sobre su vocación.

diaria, Misa, examen de conciencia, Rosario, frecuencia de comuniones, prácticas de devoción y penitencia, apostolado vario (93).

Apenas volvió a casa, comenzó a organizar en un tenor más elevado sus relaciones con sus familiares. Se inició de esta manera su acción proselitista que sería una de las características de su vida.

1587 Al año siguiente, en 1578, volvió a practicar los Ejercicios, esta vez bajo la dirección del *P. Luis Gagliardi*, y volvió a plantear el problema de la elección de estado. Conservamos escrita de su mano la misma elección. Dice así: «*Por el estado secular*. Veo mayor facilidad a él, considerando la delicadeza de mi complexión y aun me parece que presenta mayores y más universales ocasiones para emplearse en servicio de Dios. Pero ofrece también más distracciones y más inquietudes, las cuales podrían ser causa de mayor fatiga y por consiguiente de mayor mérito.

»*En el estado religioso* en cambio hay mayor quietud y mayor perfección por la total y continua renuncia de la propia voluntad, lo que produce gran paz y contento en la vida y en la muerte.»

Luzzago firmaba esta elección el 12 de septiembre. Al día siguiente decidió entrar en la Compañía de Jesús. Véanse sus mismas palabras: «Yo resuelvo en nombre de Dios y de su Santísima Madre, que aunque no hubiera infierno ni demonios....., yo quiero seguir a Jesucristo, porque es un Señor tan bello y amable y merecedor de todo amor. Y quiero seguirle en el modo mejor a mí posible y por ello conociendo que el estado religioso es el modo más perfecto, yo elijo hacerme religioso en la Compañía de Jesús, porque me parece la religión que más me conviene y se adapta a mí».

El P. Gagliardi no juzgó oportuno aprobar esta resolución. Creyó más bien que Luzzago debía seguir viviendo vida de perfección en el mundo. La consigna que le dió es que viviera como si fuera jesuíta en su casa. El patricio bresciano le objetó diciendo: «El estado secular no es tan perfecto como el de los religiosos. ¿Cómo puedo buscar la perfección en las cosas imperfectas?..... Me parece además que este género de vida tan nuevo, resulte singular y ocasione soberbia y que estando en mi casa con menos mortificación y obediencia me haga más bien sensual en vez de espiritual, y ambicioso en vez de santo».

Gagliardi no se dejó doblegar por estas razones y le confirmó la consigna dada. Es ésta una de las pocas elecciones de seglares que podemos seguir con todo detalle y podemos apreciar en ella cómo los directores—en contra de lo que se ha querido asegurar—no incitaban a sus ejercitantes a la vida religiosa, sino que les ayudaban a buscar el camino de Dios, fuese éste cual fuere (94).

Luzzago cumplió su resolución y fué un apóstol seglar, un auténtico jefe de acción católica, el auxiliar y colaborador del Obispo de Brescia, Cardenal Morosini, quien llegó a mandarle le advirtiese todo lo que

---

(93) GIRELLI: *Vita*, pp. 79-81.
(94) La elección en GIRELLI: *Vita*, pp. 125-131.

juzgara se debía enmendar o realizar. Otro ilustre purpurado, el Cardenal Federico Borromeo, calificó a nuestro gentilhombre de «Padre de los pobres, institutor de obras pías, pacificador de discordias, albergador de religiosos, perseguidor de vicios, maestro en la virtud». El P. Rossignoli, que copia este juicio del Cardenal Borromeo, afirma que hay que añadir el título de promotor de los Ejercicios (95).

No exageraba el Cardenal de Milán. Impresiona la serie de obras de apostolado social y benéfico que promovió. Nos apartaría de nuestro objeto su descripción. Basta decir que atendió a los desamparados, a las jóvenes en peligro, y a las costumbres públicas de la ciudad. Propagó las buenas lecturas y la música religiosa. Formó como células de apostolado que llamó «colaboradores para hacer el bien». Se interesó por los sacerdotes y abogados. De concejal veló por el ambiente moral público, fundó montes de piedad, buscó trabajo a los desocupados, persiguió la avaricia de los acreedores, llegó a influir en la orientación de los caballeros de Malta (96).

A nosotros nos interesa directamente lo que hizo por los Ejercicios espirituales. A ejemplo de lo que había realizado en Milán San Carlos, se propuso crear un centro en donde pudieran recogerse los que quisieran ejercitarse en la palestra ignaciana. Como primera medida acudió al Cardenal Morosini, le habló de su proyecto y le ofreció su propia casa para poder llegar en seguida a la realización de su ideal.

Más tarde restauró con tal fin una pequeña casa de campo que poseía en los alrededores de Brescia al pie de la colina de San Florián (97). Fué además al Colegio de los jesuítas a rogarles que alojasen a los que merecían atención especial. Otros preferían permanecer retirados en sus propias casas o en algunos parajes más solitarios.

No se contentó con preparar los locales convenientes. Se dedicó a hacer propaganda de la obra. Las estratagemas de que se sirvió fueron múltiples. Puso todo el prestigio de su posición y los recursos con que contaba en la ciudad al servicio de la nueva práctica. Iba a invitar a algunos expresamente a sus casas. Aprovechaba conversaciones u ocasiones propicias para atraer a otros. A veces les dejaba copias del mismo libro ignaciano, del que tenía una buena provisión de ejemplares. El primer consejo que daba a las personas que veía en alguna crisis espi-

---

(95) Copia el testimonio ROSSIGNOLI: *Noticias*, lib. 2.°, cap. 3.°, p. 168, n. 174.

(96) GIRELLI, en su *Vida*, desarrolla ampliamente toda su actividad. Tienen interés especial los puntos de un programa de recta administración que trazó siendo concejal. En GIRELLI: *Vita*, pp. 141-144. En sus apuntes espirituales él mismo traza el método de apostolado que se debe seguir. Se diría que se trata de un «activista» moderno: ir a los mismos sitios donde están reunidos, atraerlos, dominar el arte de la conversación, etc. Véase GIRELLI: *Vita*, pp. 477, 486-489, y la siguiente ardiente exclamación: «Si tuviera cien manos y cien pies para trabajar en vuestro santo servicio, y el celo de todos los santos para poder deshacer el pecado y ayudar a tantas almas». GIRELLI: *Vita*, p. 497.

(97) Fué destruída en 1849 por los austríacos. Véase la descripción en GIRELLI: *Vita*, p. 197.

ritual o con deseos de mayor perfección, era el que probasen la práctica que él les proponía. Su obsesión era el ganar para tan santa causa a las personas más influyentes. Consiguió del Cardenal Morosini que mandara practicarlos a todos los que iban a ordenarse de sacerdotes. Cuando era necesario, pagaba o ayudaba a pagar la pensión de los que iban a hacerlos con los jesuítas.

Se retiró personalmente a practicarlos en 1592 el mismo Luzzago para intensificar más aún su apostolado, y orientarlo más acertadamente. Como fruto de esos Ejercicios fundó la Congregación de Santa Catalina de Siena para estudiantes. Uno de los puntos del reglamento que instituyó fué el que hiciesen los Ejercicios anualmente (98). No abandonaba el activo propagandista a sus conquistados. Los visitaba más o menos, según la asistencia espiritual de que disponían, les llevaba por escrito cuando lo necesitaban las meditaciones que explanaba en coloquio familiar con ellos. Se informaba de la marcha del retiro, de las dificultades que encontraban, del fruto que iban sacando. Era, en una palabra, el enlace entre el director y el ejercitante, cuando él mismo no se convertía en director. A veces él mismo los hacía junto con su protegido.

En cierta ocasión hizo un viaje a Mantua sólo para invitar al célebre P. Possevino—de que en seguida hablaremos—a que viniera a dar los Ejercicios al clero y al pueblo (99).

El noble patricio siguió hasta el fin la pauta establecida en los Ejercicios de Venecia: vivir vida de perfección en el mundo, realizar una gran labor de apostolado. Y como en Milán San Carlos Borromeo, para realizar su objetivo empleó el mismo medio que había orientado y trasformado su vida.

15.—Pureza del método en Venecia. Los PP. Loarte y Valentino.

Alejandro Luzzago no fué más que uno de los «hombres gravísimos» (100) que continuamente iban desfilando por los solitarios cuartos de la Casa profesa de Venecia. Fué sin duda un caso excepcional, pero esto no significa que no recabasen los demás gran fruto. Contó Venecia con grandes directores que dieron un sesgo netamente ignaciano a la orientación de los retiros. Uno de ellos fué el *P. Nadal*, que se detuvo

(98) La propaganda en favor de los Ejercicios desarrollada por Luzzago está estudiada con detalle en GIRELLI: *Vita*, pp. 197-199; ROSSIGNOLI: *Noticias*, lib. 2.°, cap. 3.°, p. 168. Cfr. WATRIGANT: *CBE*, 39 (1912), 21.

(99) Apelativo que da a los ejercitantes de Venecia el P. MANNI en sus *Annotazioni*, p. 36.

(100) *Litt. Annuae 1585*. Roma, 1587; p. 84. Véanse recomendaciones en favor de los Ejercicios del P. Adorno en *Ven. 117*, 167r.

una larga temporada en aquella casa. El jesuíta mallorquín impulsaba siempre la auténtica práctica ignaciana. Otro fué el *P. Aquiles Gagliardi* cuyo método estudiaremos en seguida. Y todavía hay que consignar nombres como los del P. Francisco Adorno, consejero y director de San Carlos Borromeo, y P. Benito Palmio.

Tenemos todavía otro ejemplo de la exactitud—casi demasiado escrupulosa—con que en aquella casa se exigían las más mínimas prescripciones.

El Abad benedictino de San Cipriano de Muriano, Juan Trivis, estuvo diecisiete días retirado en la Casa profesa. Se pasaba todo el día en su cuarto, sin salir prácticamente de él. No habló ni una palabra con ninguna persona. La Misa la decía en una capilla contigua al cuarto. Su afán de soledad y lejanía de los hombres llegó hasta la exageración de no querer que nadie le ayudara en el altar (101).

En las demás ciudades del Norte se iban dando los Ejercicios conforme a las posibilidades de los Padres de los colegios, en general bastante sobrecargados de trabajo. La línea de la práctica no ofrece particularidades especiales. Es un continuo, en general no numeroso, atender a los que se retiraban durante algunas semanas a los cuartos preparados para ello.

La comercial *Génova* no pareció entonces tan apta para convertirla en foco de irradiación ignaciana. Con todo no faltaron algunos ejercitantes. El hecho suscitó el siguiente comentario: «Esto no es poco en esta ciudad, donde comúnmente todos son dados a mercancías y otros negocios mundanos, que alejan del ánimo y mente la tranquilidad y paz, exigidas por estos Ejercicios» (102). También Sevilla era una ciudad eminentemente comercial. Y sin embargo muchos comerciantes y hombres de negocios encontraron en el retiro la solución a sus problemas y salieron entusiasmados porque habían encontrado el modo de ir a Dios a través de su mundo agitado.

No hay que dar con todo a las palabras del cronista un alcance que no tienen. Eso se escribía en 1557. El *P. Gaspar Loarte* en su largo rectorado (1556-1567) y en su posterior permanencia en la ciudad, creó un ambiente de interés, si no por los mismos Ejercicios, sí al menos por una vida de mayor recogimiento y oración. No en vano había sido discípulo del gran apóstol, el Beato Juan de Ávila. Siguió el método de la doctrina cristiana, más que el de los Ejercicios. Pero su modo de explicar la doctrina cristiana, como el del Javier en la India, era una adaptación del primer modo de orar, una aplicación de los Ejercicios a personas rudas. El fruto de sus campañas no era sólo un conocimiento más grande de las enseñanzas fundamentales de la religión, sino también el que sus oyentes conformaran su vida a aquella doctrina e intensifi-

---

(101) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 290.

(102) *Annuae memorie del collegio di Genova, raccolte da Nicolò Gentili nel 1686, Med. 80,* e *Historia domus professae Genuensis, Med. 81.*

caran la vida de piedad. Reunía en un oratorio a los que veía más capaces para que hicieran «un poco de oración», y aun llegó a crear una Congregación de la doctrina. Una de sus secciones la componían personas principales y «togados» que se reunían en una capilla para meditar. Fué de esta manera el P. Loarte creando el ambiente de piedad que necesitaba la ciudad y fomentando la preocupación por la vida interior, por la reflexión sobre sí mismos, enseñando los modos de orar más sencillos. Todo ello era una manera de dar Ejercicios. Sin duda que muchos de éstos, después de esta preparación, se retiraron a practicar el método ignaciano de una forma más completa (103).

El cambio operado por el P. Loarte se notó muy pronto. En el rectorado inmediato al suyo, el del P. Julio Fazio, se comienza ya a hablar en los documentos, de ejercitantes y de que personalmente el nuevo rector «con los Ejercicios sirvió mucho al espíritu de los genoveses» (104).

Después la presencia del P. Francisco Adorno, la construcción de la nueva y más capaz iglesia por el renombrado arquitecto jesuíta P. Valeriani, facilitaron mucho su práctica. Con todo no igualó en intensidad a la de los centros de Venecia y Milán.

Muy distinto era el ambiente que se respiraba en otro de los principales focos de Ejercicios de la Emilia. Apartado del bullicio de los hombres, en un apacible valle, entre montañas que invitaban a elevar el pensamiento a Dios, la ciudad de *Novellara* se prestaba como pocos sitios para el reposo y sosiego del alma. Los jesuítas eligieron ese tranquilo paraje para noviciado. Un nombre llena la historia de este Colegio: *Antonio Valentino*. Apenas acabó su formación en Roma fué destinado a fundar la nueva casa. Allí permaneció por más de treinta años, hasta 1611, en que murió. Desde el principio se esmeró por infiltrar el recto método ignaciano. Para mayor garantía no se contentaba con las explicaciones orales cuando daba los puntos, sino que les entregaba un escrito donde había condensado las ideas principales (105).

El enfoque dado por el P. Valentino y el entusiasmo que provocaba en los novicios trascendió a toda la provincia. La pureza del método que notábamos en Venecia, el interés por todo lo ignaciano, la profundidad y seriedad con que se practicaba el retiro, son efectos de la orientación dada desde el noviciado por el maestro de Novellara.

No se contentó el P. Valentino con instruir a los novicios. Su radio de acción se extendió a otras personas. Entre éstas sobresalieron los

(103) *Med. 80*, p. 13. Uno de los que más difundieron los Ejercicios en Génova fué el P. Bernardino Zannoni, durante cuarenta años Padre espiritual de los jesuítas de esta ciudad. *Vitae 149*, 318, 319v.

(104) Lo dice él mismo en su *Informatio de exercitiis spiritualibus*, n. 3. *Archivo del Gesù, Collegia*. Busta, 83, 1452; n. 7. Editamos este documento en la nueva edición de los directorios que hacemos en *Monumenta Historica, S. I.*

(105) Tomamos estos datos de la historia del noviciado inserta en *Med. 91*, 338v-324v.

fundadores de la casa: el conde de Novellara, Camilo Gonzaga, y la condesa Bárbara Borromeo. Quiso pagarles la benevolencia que mostraban para la Compañía dándoles los Ejercicios.

El cambio se notó sobre todo en la condesa. Dada antes a pompas y vanidades, comenzó a llevar una vida morigerada y piadosa. Parte del tiempo y del dinero que gastaba en diversiones, lo reservó para obras pías y de beneficencia. La condesa, que como nota la relación contemporánea «era muy capaz para las cosas espirituales», quiso también enseñar personalmente la doctrina cristiana a las chicas jóvenes.

En 1573 dirigió en el método ignaciano al Obispo de Savona, monseñor Centurione, con el Abad de San Antonio y un hermano de éste. Estuvieron dos semanas largas en Ejercicios. El Padre les propuso la materia de la meditación y exámenes prácticos sobre los varios defectos (106).

El P. Valentino, como el P. Loarte en Génova, dió otros modos más imperfectos a varias personas principales de la región, algunas instrucciones más sencillas. Después de ellas oía sus confesiones generales. Así hizo con la condesa de Mirandola, los señores de Correggio, el gobernador de Carpi, el gobernador de Reggio, la princesa de Guastalla, la marquesa de San Martino y otros personajes. No tenían tiempo para retirarse algunos días, pero hacían breves visitas a aquel tranquilo oasis. El Padre aprovechaba aquellos momentos para aplicarles algunas dosis del sistema ignaciano e ir preparándolos para cuando pudieran recibir una dirección más completa (107).

16.—Acción del P. Aquiles Gagliardi.

Pero para darnos cuenta de la vida que animaba a esos centros, mucho más útil que su numeración escueta, es el perfilar la fisonomía de los PP. Aquiles Gagliardi y Antonio Possevino, quienes con su continua acción, sus normas teóricas y su ilimitado influjo dieron a los Ejercicios un carácter típico y muy definido.

El paduano P. Aquiles Gagliardi después de haber explicado sucesivamente Moral, Filosofía y Teología en el Colegio romano, reclamado por San Carlos Borromeo dejó la Ciudad Eterna para ser el apóstol

---

(106) *Med. 91*, 348r. Sobre el Obispo de Savona puede consultarse también *Med. 80*. 29.

(107) *Med. 91*, 348v.

de los Ejercicios durante más de veinticinco años no sólo en Milán, sino en Venecia, Turín, Brescia y Módena (108).

Sin duda por su exquisita dirección de las almas y su profundo conocimiento de la técnica ignaciana, los contemporáneos gustaban compararle con el Beato Pedro Fabro (109).

Gagliardi, íntimo confidente de San Carlos Borromeo, fué juntamente con los PP. Ribera y Adorno, uno de los jesuítas que más influyeron en el espíritu y acción del santo Cardenal, y uno de los que más gustaba consultar a Borromeo en punto de teoría y conocimiento del sistema ignaciano (110). No creemos demasiado aventurado el afirmar que en algunas de las principales ordenaciones tocantes a Ejercicios, anduvo de por medio la mano de Gagliardi.

Pero no es necesario bajar a este mundo de deducciones más o menos probables para hacer ver el amor que profesaba el P. Gagliardi al método de San Ignacio. A lo largo de su vida «siempre—como escribe Ribadeneyra—durante muchos años fué dando Ejercicios a muchas personas de toda condición, edad y sexo» (111).

Juvencio habla por su parte no sólo del singular don que poseía en darlos—cosa universalmente reconocida por todos—sino también de la gran diligencia y celo con que se afanaba por comunicarlos a gente de las más variadas clases sociales: obreros, mercaderes, sacerdotes, religiosos (112).

A través de su comentario de las reglas de discreción de espíritus podemos entrever algo de lo íntimamente que se había compenetrado con el espíritu de los Ejercicios. Dando pruebas de un conocimiento nada común de las sinuosidades del corazón humano y buceando con pericia inigualable por las profundidades de la filosofía y de la teología, presenta una exposición clara y sugestiva de los conceptos más delicados del arte ignaciano. Estas elucubraciones—y por ello nos hemos referido a ellas aquí—no pueden menos de ser eco y resumen de la explanación oral que daba a sus dirigidos.

Sin embargo Dios quiso probar al especialista en la teoría de la discreción de espíritus y reglas de elección, cegándole en el modo de comportarse con un alma mística, famosa en la historia de la espiritualidad italiana, *Isabel Bellinzaga*, llamada ordinariamente «la dama milanesa».

Esta piadosa mujer creyó haber sido elegida por Dios para amonestar al Padre General de los jesuítas, Claudio Aquaviva, sobre ciertos abusos que a su juicio existían en la Compañía.

El P. Gagliardi se manifestó demasiado crédulo respecto a la pre-

(108) Los datos principales de la *Vida* del P. Gagliardi pueden verse en VILLER: *L'abrégé de la perfection de la Dame Milanaise*. *RAM*, 19 (1931), 50.
(109) Cfr. GUILLEMIN: *Menologe. Assistence de Italie*, 2, 261 (6 de julio).
(110) *CBE*, 31, p. 26.
(111) RIBADENEYRA: *Bibliotheca scriptorum Societatis*.
(112) JUVENCIO: p. 5.ª, lib. 24, cap. 50, p. 845, n. 74.

sunta reformadora. Se inició una serie muy larga de memoriales, visitas, maquinaciones que tuvo gran repercusión entre las personas piadosas del norte de Italia. Gagliardi dió los Ejercicios a Bellinzaga. Su dirección espiritual fué uno de los factores decisivos de este complejo suceso, que adquirió proporciones muy vastas por haberse entremezclado con un amplio movimiento seudomístico.

Aunque era necesario mencionar el hecho por su íntima relación con los Ejercicios, su exposición nos apartaría demasiado de nuestra materia (113). Baste insinuar que los dos, director y dirigida, después de haber ocasionado hondas amarguras al P. Aquaviva, recibieron por vía confidencial una explícita y fuerte reprobación del Santo Oficio. No llegó a tener el asunto consecuencias más desagradables, gracias a la solícita intervención de San Roberto Belarmino y a la diligencia del mismo Padre General. Gagliardi y Bellinzaga se sometieron humildemente. La dama milanesa vivió en adelante, según expresión de Sacchini, «libre de las infernales falacias» (114).

Pero es necesario también observar que, por extraño que pueda parecer, el eminente especialista en los Ejercicios de San Ignacio, no dió a Bellinzaga los Ejercicios de su Padre y fundador, sino que fué exponiéndole día por día desde el 1.° de mayo hasta mediados de septiembre, exceptuando una pequeña temporada en que estuvo enferma, una serie de meditaciones basadas en las experiencias sobrenaturales que iba recibiendo de Dios su dirigida.

La piadosa dama, dirigida desde pequeña por jesuítas, ansiaba probar en sí aquel sistema de oración y vida espiritual tan ponderado en el medio ambiente en que se movía. Pero no encontraba quien se atreviera a guiarla por ese camino. Temían todos entorpecer, en vez de ayudar con el método ignaciano, la acción del Espíritu Santo que de modo tan directo y especial había querido ser su maestro y su guía por las altísimas cumbres de la contemplación.

En los dieciséis años que se confesó con los jesuítas «nunca—escribe el P. Gagliardi—ningún jesuíta la había dado instrucción alguna en el modo de meditar, orar, comulgar y confesarse o de acto alguno de virtud, sino todo esto le había enseñado inmediatamente el Señor» (115).

En 1584 al recién nombrado Prepósito de la Casa profesa de Venecia, P. Aquiles Gagliardi, comenzó a pedirle instantemente que no le negase un favor que a tantos concedía.

El mismo Padre cuenta lo que hizo:

«Le di la negativa, pareciéndome que había llegado a tal perfección que superaba con mucho toda industria que se suele usar por vía de Ejer-

(113) El tema ha sido tratado extensamente y con gran competencia por P. PIRRI: *Il P. Achille Gagliardi, la dama milanese.*

(114) Citado por P. PIRRI: *Il P. Achille Gagliardi*, 57.

(115) *Bibl. Naz. Roma Fond. Ges. 1569*, 2r.

cicios o de otro modo parecido. Pero ella perseveraba en sus demandas e hizo rogar a algunas personas pías para que el Señor inspirase aquello que fuese para mayor gloria suya.

En vista de tanta insistencia me decidí a atender su ruego, diciéndole que se preparase a recibirlos. Aunque tenía entonces una intención vaga de dárselos, no veía determinadamente ni la materia, ni el modo de hacerlo.

Mostró ella grande alegría en el Señor. Quería yo diferirlos hasta que se curara de algunas fiebres y otros graves accidentes que sufría. Habiéndolo encomendado ella a Dios, sentí en el Señor que debía comenzarlos cuanto antes, y así el 1.° de mayo de 1594 empezó a hacerlos. Todavía la víspera yo casi no pensaba en dárselos..... El demonio intentó muchas veces estorbar esta obra....., pero el Señor por su parte le dió gran fuerza para vencer todas las tentaciones con una luz clarísima que le representaba en un momento toda la materia de dichos Ejercicios y con gran suavidad y facilidad se elevaba su mente y afecto haciendo actos excelentes, a veces durante cinco horas seguidas; otras, cuatro o tres» (116).

Siguen en el cuaderno del que tomamos esta cita, resumen de la vida de la dama milanesa, la exposición de las meditaciones que le fué dando el Padre al compás de los sentimientos que iba experimentando ella en la oración.

Porque más que dirigirla por un camino preconcebido, seguía el P. Gagliardi el trazado indicado por las inspiraciones que sentía su dirigida. No quería coartar la acción de Dios. En su afán por no poner trabas a esta extraordinaria comunicación divina, fué evitando toda interferencia terrena. Quiso, además, copiar las meditaciones mecidas al soplo vivificante del Espíritu Santo. Más que dirigir era dirigido por las secretas voces de aquella mujer extraordinaria. Como recuerdo de días especiales recogió los sentimientos que la dama iba teniendo en el decurso de su trato familiar con Dios (117).

Gagliardi creyó que en aquel caso no podía dar los Ejercicios siguiendo el proceso indicado por el Santo, a no ser que se quiera llamar Ejercicios ignacianos a este dejar immediate obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor.

A pesar de este incidente con Bellinzaga, que Dios sin duda permitió para mayor humildad y desconfianza del gran director de almas y para acrisolar la virtud de la piadosa dama, fué Gagliardi un experto director de espíritu lo mismo de los jesuítas en los varios colegios que rigió en calidad de Superior, como de muchos seglares a quienes encumbró a una gran santidad.

Fué extraordinario el prestigio que en este campo llegó a tener, hasta el punto de que el Padre Provincial, Bernardino Rossignoli, le

---

(116) *Bibl. Naz. Roma, ibid.*, 2v-4r.

(117) Gagliardi encuadró este fondo carismático en el esquema de las tres vías. El esquema copiado en VILLER: *L'abrégé de la perfection. RAM*, 12 (1931), 74-75.

confió una especie de superintendencia sobre la vida espiritual de toda la provincia (118).

El profundo conocimiento y aprecio de este sistema que manifestó un Padre de tan alto prestigio y las veras con que se daba a la propagación de los Ejercicios, dándolos «continuamente» y a toda clase de gente, tuvo que ser necesariamente un acicate para los Padres de la provincia, que de hecho se dieron a este ministerio con un celo tal vez no superado en conjunto en ninguna otra parte.

17.—Táctica del P. Antonio Possevino.

Junto a Gagliardi hay que poner a otro grande entre los grandes apóstoles de los Ejercicios: al P. Antonio Possevino, más conocido por sus legaciones pontificias en el Oriente de Europa, pero que no fué menos insigne por su proselitismo en el campo de los Ejercicios.

Gagliardi es más bien el técnico y teórico de los Ejercicios. Possevino es el hombre de acción. Sin embargo—desquites de la historia—fué Possevino y no Gagliardi quien inició una campaña a fondo de purificación de los elementos espúreos que se habían infiltrado en el método ignaciano.

Consideró como misión suya providencial el «dejando ciertos modos modernos, resucitar la manera primitiva llena de afecto y sinceridad, que fué la propia de nuestros primeros Padres» (119).

Siendo secretario de la Compañía había encontrado varios directorios en unos «cartapacios antiguos» que le iluminaron el modo auténtico de dar Ejercicios. Mirón personalmente completó su formación. Mercuriano, de quien se puede considerar heredero espiritual, le fué introduciendo con su contacto y enseñanzas diarias en el ambiente tradicional.

Possevino era hombre que pensaba mucho las cosas. En punto a Ejercicios elaboró un plan concreto muy eficiente. Darlos del modo más intenso posible y sólo a las personas más capaces e influyentes. No quería muchedumbre, sino selección; no unos Ejercicios cualesquiera, sino los auténticos Ejercicios de San Ignacio.

Para llevar adelante este plan, no daba Ejercicios sin más a los que venían a pedírselo, sino se fijaba en quiénes eran las personas que por

---

(118) P. PIRRI: *Il P. Achille Gagliardi, 22. Ital. 161,* 198v.

(119) *Inst. 211,* 63r. Allí también afirma que guardaba la carta de San Ignacio a Miona. Sobre la actividad de Possevino en relación con los Ejercicios véase el trabajo fundamental de L. LOPETEGUI: *Antonio Possevino, promotor de los Ejercicios.* Manresa, 16 (1944), 359-371.

su posición y cualidades podían influir mucho en la trasformación social y espiritual de la ciudad, y utilizaba los medios a su alcance para atraer precisamente a esas personas (120).

Él mismo expuso su táctica al P. Bartolomé Ricci en carta de 8 de octubre de 1588. Merecen leerse los párrafos principales de la relación: «Cuando volví el año pasado de Polonia elegí, puesto que me lo concedía la santa obediencia, estas dos ciudades de Padua y Venecia. Para no perder el tiempo y para probar cómo resultaría en Italia la práctica de lo que por la misericordia de Dios había producido tanto fruto en otras partes....., se comenzó a dar los Ejercicios espirituales según el *puro modo* de nuestro Padre Ignacio, de santa memoria: primero al confesor de este Colegio, después a 20 ó 25 de los otros Padres y Hermanos. Puesto que encontré que con buena intención se había introducido una nueva manera de Ejercicios y se había adulterado el método aun en el noviciado, y que aquellos de la Compañía no tenían conocimiento, y por consiguiente no gustaban de esta santa arma que Dios por su infinita bondad había puesto en manos de la Compañía. Muchos se preguntaban maravillados qué había en estos Ejercicios de San Ignacio, que les parecían tan simples, para que los hicieran acreedores de tanta estima.

Pero [cambió la situación] con haberlos probado interiormente y con el debido orden, y con haber visto que cerca de 70 u 80 de los principales instrumentos de Dios, entre ellos algunos Arzobispos y Obispos, 10 ó 12 predicadores de diversas religiones, algunos Vicarios episcopales, arzobispales y canónigos los habían practicado este año lo mismo aquí que en Venecia, llegando algunos de los religiosos a darlos a otros de su Orden, teólogos de gran calidad, y yendo a dárselos a Roma y a otras partes.....

También se han dado los Ejercicios a confesores de monasterios de monjas y después se les ha mostrado el modo como debían proceder con las religiosas, comenzando con algunas más dispuestas.....

Lo mismo se ha intentado con algunos maestros de escuela y rectores de seminarios.»

Y concluye Possevino esta relación con una frase concisa que resume su táctica de apostolado: «Atraer a los jefes con vía de amor y atender más bien a pocos seriamente» (121).

La trasformación que tenía que experimentar una ciudad asaltada en sus puntos vitales de modo tan eficaz, tenía que ser muy honda.

---

(120) Un ejemplo de esta táctica es la carta que escribió a monseñor Antonio Mocenighi, Obispo de Ceneda, *Op. NN. 338*, f. 84.

(121) *Inst. 211*, 65v-69r. En otra carta anterior atribuye también al desconocimiento de los Ejercicios algunas faltas de espíritu que ha notado en Padua. *Carta* de 19 de agosto de 1588, *Op. NN. 332*, f. 62. Es obvio que aquí nos limitamos a la acción de Possevino en Italia. Al hablar de Europa Central estudiaremos su proselitismo en Suecia y Polonia.

La táctica iniciada en Padua, la extendió Possevino poco después a Venecia, Brescia, Ferrara y Mantua (122).

Podemos estudiar esta trasformación en un ejemplo, en Monseñor Luis Molino, Obispo de Treviso. A raíz de su santa muerte en 1604 el P. Possevino compuso una relación de su vida y virtudes.

Por medio de los Ejercicios «se internó con Dios Nuestro Señor, y se fué formando en hombre perfecto, de modo que después solía llamar a este tiempo [de los Ejercicios], su primitiva edad áurea, llena de quiete» (123).

Continuó después repitiéndolos muchas veces. Mandó que ninguno entrase en el Seminario sin haber hecho antes el retiro ignaciano y una confesión general. Llamó a Treviso a varios Padres: que formasen con los Ejercicios modelos de sacerdotes, que tuvieran «mayor vigor y autoridad» para ayudar al restante clero. Dispuso también que los predicadores los practicasen para que con mayor celo se entregasen a su oficio. En una palabra, los Ejercicios fueron el alma de la reforma: primero la suya individual, después la de la diócesis (124).

Se dió el P. Possevino tanto a este ministerio, que al Padre rector de Padua, P. Mario Beringucci, le parecieron demasiado frecuentes sus permanencias en otras casas de religiosos, adonde a veces acudía a dar Ejercicios (125), y demasiadas las libertades que se tomaba. En carta reservada al Padre General va exponiendo cómo llaman demasiado la atención las largas ausencias del P. Possevino, que por entonces llevaba más de un mes entre cartujos, benedictinos y agustinos. Acaba el informe con estas líneas: «Sé que el P. Possevino lo hace todo con buen fin, pretendiendo el mayor servicio de Dios, pero creo que estaría bien que alguna vez moderase ciertos favores» (126).

O como se expresaba en otra carta también secreta al Padre General: «El P. Possevino..... hace fruto dando Ejercicios....., pero me parece que el fervor le transporta demasiado» (127).

Bien pudo ser que el P. Possevino, acostumbrado a una vida de

---

(122) Entre sus ejercitantes más ilustres están monseñor Juan de Frimanis, Patriarca electo de Aquilea, el Obispo monseñor Resca, el duque sexto de Mantua y segundo de Saboya, el conde Tadeo de Ferrara. *Op. NN. 332*, ff. 62, 63, 64. Detalles sobre los Ejercicios dados al duque de Mantua en 1591 en su palacio, poco antes de Navidades, en *Op. NN. 324*, 179v. Sobre la actividad que ejerció en este apostolado a principios del siglo XVII en Venecia y Treviso en *Op. NN. 333*, 215, 223v, 259v, 286v, 372v, 375, 378v.

(123) *Op. NN. 333*, f. 159v.

(124) *Op. NN. 333*, ff. 160v, 163v, 166.

(125) Así le sucedió con monseñor Resca, a quien por dificultades que encontró para que pudiera alojarse en casa, tuvo que darle la primera semana en la cartuja, y la segunda en el convento de los benedictinos. *Op. NN. 332*, f. 63. Sobre este asunto escribió justificándose el P. Beringucci el 19 de agosto de 1588. *Op. NN. 332*, 60r.

(126) *Op. NN. 332*, 60r.

(127) Carta de 8 de julio de 1588. *Op. NN. 332*, f. 84.

plena libertad de acción como legado pontificio, se extralimitara en sus movimientos y no tuviera tanto en cuenta las prescripciones de la vida religiosa. Pero del testimonio del P. Beringucci una cosa se desprende con meridiana evidencia: que el P. Possevino vivía enteramente dado a este ministerio, desplegando una actividad extraordinaria—demasiada a juicio del Padre rector—y produciendo copioso fruto.

Entre los principales ejercitantes de Possevino o al menos entre los influenciados por él de un modo peculiar, es necesario mencionar a uno de los más esclarecidos apóstoles franceses del siglo XVII, al Doctor de la Iglesia y melifluo escritor San Francisco de Sales.

El estudio de esta egregia figura pertenece al tomo siguiente, a la historia del movimiento francés de Ejercicios efectuado en Francia, del que Sales es uno de los promotores.

Creemos nosotros que el que inyectó en el alma del santo Obispo de Ginebra este apasionado entusiasmo por el arte ignaciano, fué el P. Possevino. Porque fué el jesuíta italiano no sólo su director espiritual en los cuatro años decisivos de Sales en la Universidad de Padua, sino también su repetidor o profesor privado.

Demasiado íntimas son estas relaciones y demasiado grande y decisivo el influjo que necesariamente tenía que ejercer Possevino, para que no lo aprovechara en orden a su plan predilecto.

Allí tenía, dócil y asequible, un joven selectísimo que llenaba con creces las condiciones que exigía de sus ejercitantes. Dada su posición sobre él, fácilmente podía inducirle a practicarlos.

Es verdad que los historiadores del santo no suelen hablar de ningún retiro efectuado antes de su ordenación sacerdotal, recibida años más tarde en 1593. Pero se ignoran demasiadas cosas de la juventud del santo para poder deducir nada de tal silencio en contra de nuestra proposición, tanto más cuanto que estos Ejercicios pudieron muy bien tener un carácter personal y efectuarse de modo tan privado que apenas trascendieran al exterior.

Nos parece que Possevino no hubiera sido el Possevino eficaz y aun apasionado proselitista de los Ejercicios que conocemos, si no hubiese aprovechado la magnífica ocasión que se le ofrecía de modo tan obvio y providencial.

De lo que no se puede dudar es del influjo indirecto que tuvo que ejercer en el despierto joven el ver el calor que ponía su maestro y Padre espiritual en lo que se refería al arte ignaciano. Ese continuo verle dando Ejercicios, ese palpar el trascendental papel que jugaba en su vida aquella práctica, tuvo necesariamente que dejar en su corazón abierto a toda iniciativa un paso de admiración y estima para aquel método.

De este modo fué consolidándose el método ignaciano en el feraz suelo italiano durante la segunda mitad del siglo XVI. La planta más

que crecer desmesuradamente, se afianzó y tomó sus características propias, aunque al principio de un modo todavía algo impreciso.

Se fueron eliminando o al menos cercenando palpablemente los Ejercicios de la primera semana, no porque no fueran muy útiles, sino porque no pudiendo abarcarlo todo, les pareció más necesario y fructuoso darlos preferentemente a personas selectas.

El grupo de ejercitantes fué haciéndose cada vez más homogéneo. El núcleo principal lo constituyeron los sacerdotes y personas de alto significado social.

Los Ejercicios a sacerdotes y clérigos salieron fuera de las fronteras de las casas de los jesuítas. San Carlos Borromeo y los oblatos de San Ambrosio se convirtieron en celosos propagadores y directores.

Esta homogeneidad y selección supone un gran avance respecto a la universalidad y mezcla de los primeros tiempos. La práctica a la vez que va abriéndose paso, se va forjando internamente de modo más definido y preciso.

Esta madurez adquirieron los Ejercicios en el norte de Italia, no tanto en el centro y en el sur. Aquí aparecen no pocas veces adulterados con elementos subjetivos de los directores que ponen demasiado de su cosecha particular, diluyéndose en este cúmulo de ingredientes personales el tinte ignaciano.

Es la tendencia que domina las explanaciones publicadas en el siglo XVII de que hablaremos a su tiempo. Un ropaje excesivamente oratorio y ampuloso reviste las meditaciones. Ha desaparecido el contacto íntimo y personal con el ejercitante, que ya no asimila personalmente las verdades, sino se deja llevar por la belleza de la frase cadenciosa o la emoción del director conmovido.

La cizaña de la ampulosidad y la vaciedad huera, tan en boga en el ambiente oratorio de aquella época, se metió también en el campo de los Ejercicios, sobre todo en Nápoles y Sicilia. No queremos decir que no produjeran gran fruto. Hubo entre los directores, oradores de raza, grandes predicadores que conmovían a los oyentes. Pero no dejaban en las almas ese poso hondo, sereno, típico del fruto de los Ejercicios que producía la trasformación del criterio y de los amores del ejercitante.

CAPÍTULO II

PENETRACIÓN PROFUNDA EN LA CORTE Y UNIVERSIDAD ESPAÑOLAS

1.—Ambiente español de intensa renovación espiritual.

En España se presentaba el terreno en condiciones muy favorables. El movimiento de regeneración espiritual que bullía en toda la cristiandad había precedido en varios decenios por tierras de España, cristalizando en eficaces reformas desde fines del siglo XV, gracias sobre todo a la acción de Cisneros. Muchas decisiones reformadoras del Concilio tridentino estaban inspiradas en prácticas introducidas aquí antes con éxito. Un amplio sector eclesiástico y civil recibía formación esmerada en las grandes Universidades de Alcalá y Salamanca. Un profundo movimiento de superación bullía en el seno de las principales Órdenes; ejemplos fehacientes son las figuras de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara. Predicadores apostólicos como Santo Tomás de Villanueva y el Beato Ávila conmovían las masas. Libros piadosos como la *Oración y Meditación*, de Fr. Luis de Granada, penetraban en lo más hondo de todas las capas sociales. La poesía religiosa vestida en nuevos moldes cristalizaba en formas líricas cultas o populares. Obispos celosos y ejemplares como Santo Tomás de Villanueva, Beato Juan de Ribera y Pedro Guerrero trabajaban denodadamente por la regeneración de sus diócesis. El mismo movimiento iluminista, que en el fondo era una redundancia del excedente de piedad mal entendida, presuponía un sincero deseo de fervor y de recogimiento. Despreció la jerarquía, desbordó las fronteras de lo recto, pero bien encauzado hubiera podido ser el gran elemento de renovación espiritual. De todos modos llevaba en su íntima esencia gérmenes de interiorización y de espiritualidad, caracteres típicos de aquel momento ambiental español. Se apreciaba en los diversos intentos de reforma

el mismo fenómeno que hemos observado en Italia. Añoraban las almas la oración, la intimidad con Dios, anhelaban maestros y guías para esta comunicación. Apenas Fabro entró en Valladolid, se le acercó uno de los magnates de la corte a «pedirle le enseñase a tener oración» (1).

Ni sólo gente del mundo. Fr. Luis de Estrada, Abad de Berlanga, perteneciente a Orden tan eminentemente contemplativa como el Cister, fué a preguntar a los jesuítas «algunas dudas y dificultades acerca de lo que sentía del alto ejercicio de la oración», quedando plenamente satisfecho de las respuestas que le dieron (2).

En semejantes condiciones climatológicas los Ejercicios prendieron en España con insospechada lozanía. Aunque en ella alcanzaron una difusión desconocida en otras naciones, la característica fué el sentido de profundidad que aquí conquistan.

El P. Lapalma, en su *Camino espiritual*, es el prototipo de esta tendencia. Aunque posterior a nuestra época, presupone un modo lento y progresivo de acercarse y aprovechar los Ejercicios, que no pudo ser improvisado en cortos años, sino logrado como fruto precioso de una larga tradición cristalizada a base de numerosos tanteos.

2.—Causas del arraigo alcanzado por los Ejercicios.

Varios factores, además del ambiental de que ya hemos hablado, contribuyeron a que en la península se ahondara cada vez con mayor profundidad hasta alcanzar las últimas raíces de los Ejercicios.

Los directores, reconocidos ya por el santo Fundador como los mejores, fueron los que encauzaron la práctica española y le imprimieron su más justa dirección y sentido. Fabro, el preferido por San Ignacio para dar Ejercicios, fué el que los introdujo en nuestra patria. Villanueva, otro de los maestros de la hora primera, los consolidó a través del poderoso movimiento que creó en Alcalá. Los otros dos que completaban la privilegiada cuaterna de ejercitadores, Doménech y Estrada, trabajaron también en la difusión del método ignaciano: Doménech en su tierra valenciana y Estrada en varias ciudades españolas (3).

Esta pureza de origen constituye sin duda el factor inicial de una tradición sana, genuina.

---

(1) L. GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 10v.

(2) Carta del mismo Fr. Luis de Estrada a don Jerónimo de Vibero, Abad de Berlanga. *Cast. 35*, 91r.

(3) El testimonio de San Ignacio sobre estos directores en MHSI.: *Font. narr.* 1, 658.

La tendencia al recogimiento y prolongada oración que había prevalecido en largas zonas durante varios años de tanteo, cercenada por la acertada intervención del P. Aquaviva, se encauzó rectamente y produjo efectos saludables. Dió a la vida espiritual un marcado carácter de interioridad; enseñó a profundizar en la esencia de las cosas, a saborearlas detenidamente, hasta embeber su esencia y saturarse de ella, creando un hábito de penetración que no había de descansar hasta calar en el fondo de las verdades del inmortal librito.

3.—Red de centros de Ejercicios.

Era necesario adelantar estas consideraciones de conjunto para comprender lo más característico de las grandes figuras de directores que nos saldrán al paso y aun para poder dar con la causa de la extraordinaria difusión de los Ejercicios en nuestra patria. Porque el percibir con toda diafanidad las grandezas y ventajas encerradas en una práctica es el estímulo más eficaz para propagarla.

Se fué formando en la península una red tupida de centros que la cubrían en todas direcciones. Nos consta la existencia en sólo España de más de cincuenta focos activos diseminados en otras tantas poblaciones (4). No es fácil valorar debidamente su trascendencia. Eran células ocultas, pero llenas de impulso vital, que hacían revivir los organismos espirituales enfermos y deshechos y reanimaban los ideales de la sociedad.

Abarcaban todas las regiones: Galicia, León, Asturias, Navarra, Aragón, Castilla, Levante, Andalucía. No había zona importante que no tuviera su centro. Se daban los Ejercicios en grandes ciudades como Granada, Madrid, Valencia, Zaragoza; en pequeños pueblos como Villimar, Jaraicejo, Oñate, Simancas; en núcleos culturales como Alcalá y Salamanca; en activos nudos comerciales como Sevilla, Medina y Burgos; entre la más alta nobleza que afluía a Madrid, Toledo o Valladolid, y entre los campesinos que se agolpaban en los mercados de de Monterrey, Soria, Plasencia o León.

---

(4) He aquí la lista de las poblaciones españolas en que nos consta que se hicieron Ejercicios en el siglo XVI. Sin duda se dieron en otras más. Alcalá, Almazán, Ávila, Azpeitia, Baeza, Barcelona, Burgos, Cádiz, Calatayud, isla de Gran Canaria, Córdoba, Cuenca, Galapagar, Gandía, Gerona, Granada, Guadalajara, Huete, Jaraicejo, Logroño, Madrid, Málaga, Mallorca, Manresa, Medina del Campo, Monterrey, Montilla, Murcia, Navalcanar, Ocaña, Oñate, Oropesa, Palencia, Pamplona, Placencia, Salamanca, Sanlúcar de Barrameda, Santiago de Compostela, Segovia, Sevilla, Simancas, Soria, Tarragona, Toledo, Toro, Tuy, Valencia, Valladolid, Villagarcía, Villarejo de Fuentes, Villimar, Villora, Zaragoza.

Los Ejercicios penetraron en todas las capas de la sociedad y se extendieron en todas direcciones. El secreto del éxito radicó en la táctica empleada ajustada al método consagrado ya entre los jesuítas al llegar a un nuevo campo, y que consistía en atacar los puntos neurálgicos para conquistar las posiciones clave. La irrupción y desbordamiento por las zonas colindantes venía en un segundo momento de modo connatural e irresistible, en virtud de la inmensa fuerza de expansión que irradiaba de esos centros vitales.

El P. La Puente explicó con una metáfora muy de su gusto el plan de acción seguido en aquellos tiempos. La tomamos del P. Rossignoli: «Decía el P. La Puente que aunque en las redes de los Ejercicios hay que coger peces de toda calidad, con todo se deben usar para pescar delfines, que sirven para introducir los otros peces en la red. Y quería decir que se deben emplear con gran industria para reducir a perfeccionar a los grandes señores eclesiásticos y civiles, quienes con su ejemplo dando crédito a los Ejercicios, sirven a los demás de invitación y ejemplo» (5).

Fabro rompió la brecha y conquistó el primero los puntos cruciales en España. Su fascinadora atracción rompió dificultades al parecer insuperables. Suscitó en los que le trataban, el deseo de ver perpetuada su acción con la presencia de sus hermanos y sucesores. Creó así el ambiente favorable a la erección de los Colegios, que en la táctica general de los jesuítas eran el cuartel general fijo desde donde dirigían los movimientos y donde acogían a los ejercitantes.

Los sucesores de Fabro consolidaron las posiciones tomadas e iniciaron la etapa de irradiación, que es lo que nos proponemos analizar en este momento.

4.—Entre los nobles.

Los nobles seguían afluyendo a Valladolid, donde frecuentemente residía Felipe II con su corte. No pocos de ellos ganados por las conversaciones con los jesuítas, acudían a su casa e iglesia de San Ignacio—antigua de San Antonio de Padua—que iba paulatinamente agrandándose y embelleciendo a tono con los nuevos cánones que regían los gustos de la época. Allí oían sermones, se confesaban, y dirigían los asuntos de su alma con los nuevos Padres. Sólo los que establecieron un contacto más íntimo y aspiraban a un nivel más alto de piedad eran admitidos en el Colegio para practicar el retiro ignaciano.

---

(5) ROSSIGNOLI, cap. 8, parr. 2 (p. 78).

Es el mismo fenómeno que notamos en Roma respecto de los altos dignatarios de la corte pontificia. El recogerse en el Colegio era el último paso reservado a los selectos, paso que en este período sólo se pudo dar con los íntimos. Se iniciaba una tradición que poco a poco iría tomando consistencia y haciendo ambiente.

Por otros caminos más indirectos la espiritualidad de los Ejercicios disuelta en conversaciones, dirección, prácticas de piedad, iba calando en la capa más alta de la sociedad. La nobleza española sintonizó desde el primer momento con la actitud de los recién venidos. Los ideales que les proponían significan la culminación del mundo espiritual en que se movían. La vida alcanzaba una unidad trascendente que los fascinaba. Pronto intuyeron que adentrándose por esos nuevos caminos, su vida de corte no sería en adelante un obstáculo para el servicio de Dios, sino, al contrario, un medio para perfeccionarse en ese mismo servicio. La fórmula nueva que se les recomendaba era precisamente aquella que habían inútilmente buscado: superación continua, poner al servicio de su Señor divino los ideales de lealtad y generosidad, eje de su concepto humano y divino de la vida. Les exigían resoluciones heroicas, cargadas de responsabilidad, les abrían un horizonte de espirituales aventuras, de ambiciones divinas, de guerra sin cuartel contra sus más aguerridos enemigos. Era la proyección espiritual de aquellos ideales que les habían llevado a los campos de batalla de Europa y a la inmensa aventura del descubrimiento de América. La intrepidez y valentía con que se dieron al Emperador, «el rey Temporal», no podían menos de ponerlas al servicio del nuevo mundo espiritual que se abría ante su entusiasmo. El espíritu de lucha, de conquista, de generosidad, de entrega sin límites a un ideal que constituye la médula de los Ejercicios encontró la correspondencia más exacta en el alma ardiente y heroica del caballero español.

No faltaron algunos personajes de talla que hicieron los Ejercicios en su forma más estricta. Dos veces al menos llegó a practicarlos el hombre de confianza de Felipe II, *Diego de Espinosa*, presidente del Consejo de Castilla, inquisidor general y superintendente de los negocios de Italia, Cardenal desde 1568 (6). Sin duda ninguna que los criterios de los Ejercicios tuvieron que penetrar hondamente en aquella inteligencia clara y flexible e influir en la reconocida rectitud de juicios que caracterizó su persona y su honradez tan alabadas por los historiadores.

También practicó los Ejercicios uno de los más íntimos de Carlos V, *Bernardino Pimentel*, marqués de Távara (7). Ya el Beato Fabro estableció un primer contacto con este prócer español, modelo de lealtad y rectitud. El emperador le confió uno de los servicios más delicados:

---

(6) Sobre los Ejercicios del Cardenal Espinosa, cfr. IPARRAGUIRRE, 1, p. 270, n. 157 y MHSI.: *S. F. Borgia*, 4, 57.

(7) F. CABALLERO: *Conquenses ilustres*, II. *Melchor Cano*, ap. n. 44, p. 256.

la educación de las infantas, constituyéndole mayordomo y gobernador de sus hijas. Para hacer pública ostentación de la estima en que tenía a su fiel servidor, quiso hospedarse en una de sus estancias de Valladolid, en el vetusto palacio del marqués. Nada de deslumbrador ofrecía aquel inmueble cuyos típicos balcones de hierro rasgaban los lienzos de ladrillo cortado, flanqueados a sus extremos por modestas torres. Tan sólo en el ángulo una bella ventana plateresca ponía en el muro de piedra tallada una nota de refinada elegancia, dando carácter de palacio al vasto edificio.

Pudo en Carlos V más el afecto que la comodidad y belleza material y así fué cómo en aquel palacio de uno de sus fieles súbditos hubo de nacer el futuro Felipe, II.

A fines de siglo hizo los Ejercicios bajo la dirección del P. La Puente otro Pimentel, Antonio Alonso, duque de Luna y conde de Benavente, del que hablaremos a su tiempo.

No se nos han conservado más nombres de altos personajes. Pero esto no quiere decir que no los hubieran practicado otros. Lo confirma el mismo modo con que hemos venido al conocimiento de estos pocos: por una nota incidental en que se habla de otros asuntos. Los jesuítas de entonces, la mayoría de las veces no consignaban el nombre de sus ejercitantes, por ilustres que fuesen. Para ellos no tenía interés el especificar los apellidos; se contentaban con acumular palabras genéricas: «mucha gente de lustre», «señores de título», «varones preclaros». En su opinión redundaba lo demás.

Sabemos por otras fuentes que los condes de Osorno, Pedro Manrique y María de Velasco, juntos con la hija de San Francisco de Borja, Juana de Aragón, marquesa de Alcañices, eran «parroquianos ordinarios» (8). Personas tan íntimamente enlazadas con la Compañía casi necesariamente tuvieron que practicar los Ejercicios. Éstos y muchos más esclarecidos personajes entraban en los genéricos sobrenombres que llenaban las relaciones.

5.—Fuerza del movimiento.

Si no podemos precisar el nombre de los nobles ejercitantes, podemos afirmar con certeza que la práctica ignaciana constituyó un movimiento de gran pujanza. De forma más o menos completa—en la segunda parte veremos la flexibilidad y gama de matices que abrazaba entonces el método de San Ignacio—se difundió en un amplio sector. La virtualidad que encerraba se manifestó en el nuevo sesgo que recibía la vida

(8) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 103v.

de piedad de los ejercitantes. Este reflejo externo se difundió en la ciudad.

Lo confirma paladinamente la caricatura de la práctica trazada por uno de los más acérrimos adversarios de la naciente Compañía, el ilustre dominico Melchor Cano. Su testimonio, revelador de una incomprensión total del método y del espíritu ignacianos, tiene el profundo sentido histórico de que con los Ejercicios una nueva actividad del espíritu conmovía la ciudad y rompía las viejas cercas de recintos espirituales acotados durante siglos. Las frases cáusticas de Cano son un toque de alarma contra lo que cree un mal funesto para los caballeros de la corte. Señal evidente de su eficiencia.

Para él los actos de humildad y vencimiento que practicaban los caballeros trasformados por el nuevo método, significaban una degradación de su estado. Se le escapaba lo más íntimo de la nueva práctica: el espíritu de *lucha espiritual* que anidaba en ella, condición esencial para el triunfo de la vida interior. Le parecía que los nobles perdían su personalidad al hacerse más humildes y menos pundonorosos, recubriéndola con una falsa envoltura que impedía apareciera en su original grandeza su título más insigne: el de caballeros cristianos.

Para comprender el pensamiento integral del ilustre dominico, es necesario copiar sus mismas palabras: «No es pequeño donaire que habiendo Evangelio, se queje el marqués de Távara, que su majestad [Felipe II] no haga los Ejercicios. Yo de él [del marqués de Távara] podré decir que después que los hizo, no le veo mejor cristiano, y en ley de caballero véole desmedrado. Yo hasta ahora imaginaba que la gracia no destruía a la naturaleza, sino la perfeccionaba y que los «Ejerçicios» de cristiano no quitaban el ser de caballero al que los hacía; antes si era señor, le hacía mejor señor, y si rey mejor rey. Que si el zapatero, haciendo Ejercicios, cosiese peor el zapato y el cocinero guisase mal la olla, no lo podríamos sufrir por más que nos alegase que se da a devoción y meditación. Y así siempre he creído que la verdadera cristiandad y *Ejercicios* de ella, a cada cual mejoran en su oficio.

Y una de las cosas que me mueven a estar descontento de estos Padres teatinos, es que a los caballeros que toman entre manos en lugar de hacerlos leones, los hacen gallinas, y si los hallan gallinas los hacen pollos. Y si el turco hubiera enviado a España hombres aposta para quitar los nervios de ella y hacernos los soldados mujeres y los caballeros mercaderes no enviaría otros más a propósito» (9).

Este comentario es el reconocimiento más paladino de que la corte empezaba a girar espiritualmente en torno a nuevos ejes espirituales no controlados por Cano. Sintió cómo se le escapaba de entre las manos todo un mundo de influjos y preponderancias. El agudo teólogo vió claro el íntimo móvil de aquel viraje en la sintonía que de sus más íntimos ideales habían encontrado aquellos ejercitantes con la nueva concepción espiritual de los Ejercicios. Tenían por fin la solución anhelada e inútilmente buscaba en otros medios.

---

(9) F. CABALLERO: p. 526.

Pero ahora no nos interesa el aspecto anecdótico de la carta de Cano, sino la causa motiva de su origen. El antiguo ayo de las hermanas del rey, marqués de Távara, había querido aprovecharse de su ascendiente para invitar al soberano a practicar los Ejercicios. Su plan le había fallado, pero es evidente que nunca se hubiera atrevido a dar un paso de esta naturaleza, si los Ejercicios no hubieran tomado carta de ciudadanía en la sociedad vallisoletana.

* * *

Las fuentes muestran una afluencia ininterrumpida de ejercitantes desde 1560 hasta 1580.

En 1560 *se amplió la casa de San Antonio*, que pasó a llamarse de San Ignacio. Se edificaron nuevos aposentos y una hospedería donde creemos que habitaban los ejercitantes. Pronto resultó el local insuficiente. Siete años más tarde los jesuítas estudiantes tuvieron que trasladarse al nuevo Colegio de San Ambrosio, quedando en la antigua morada, que tomó el calificativo de Casa profesa, los que se dedicaban exclusivamente al trato directo con las almas.

Todavía en 1581 volvieron a edificarse nuevos aposentos «para el alivio de los nuestros y para comodidad de los ejercitantes» (10). Este sucesivo aumento de habitaciones contribuyó al avance del movimiento, pero a la vez lo supone vigoroso y continuo.

En San Ambrosio se establecieron estudios de latinidad para jóvenes de la ciudad. Pronto llegaron a 800 los alumnos de las familias más conspicuas. Las cartas anuas ponen de manifiesto, tal vez con alguna exageración, el nuevo espíritu que los regía, sus ansias de fervor, su empeño en llevar una vida de piedad más intensa. Aun quitando lo que puede haber de contorno barroco, queda un fondo de nuevos reclutas para la práctica de los Ejercicios.

Los anhelos de perfección de un grupo selecto de colegiales cristalizó en la Congregación mariana que se fundó en San Ambrosio en 1580. Los congregantes por regla tenían que practicar los Ejercicios al menos una vez al entrar en la nueva Asociación. El P. Guzmán hace notar el gran número de vocaciones al clero secular y a diversas Órdenes religiosas que produjo este centro de selección y el alto nivel de vida espiritual que reinaba en él (11).

Para valorar debidamente estos datos, hay que tener en cuenta la intensidad con que practicaban los Ejercicios. Eran de tipo estrictamente individual. La reconcentración era muy intensa, la soledad absoluta, la dirección personal. Un ansia de trasformación interna y de esfuerzo dominaba la atmósfera de aquellos días.

Un cronista resume en los siguientes trazos el proceso de uno de estos «varones ilustres y conspicuos». Hizo la confesión general entre

---

(10) *Hisp. 141*, 383r.
(11) *Cast. 35*, 360r.

lágrimas, meditó continuamente con gran exactitud, practicó varias penitencias, como la de disciplinarse casi todos los días. El cambio que se obró produjo fuerte sensación» (12).

Es un croquis muy esquematizado de los elementos comunes externos a todos los ejercitantes. Las excepciones eran más bien en sentido de una concentración y penitencias mayores.

Llena está la historia de la época, de rencillas y crisis políticas y aun religiosas—recuérdese el Concilio de Trento—producidas por derechos de precedencia postergados, tratos indebidos al rango social. Tales prerrogativas constituían como la segunda naturaleza de la nobleza. Su educación se había movido en ese clima. Renunciar a ellas les parecía que era una renuncia a algo substantivo a su esencia. Algunos al encararse en Ejercicios con la eternidad, al contemplar a Cristo crucificado e ir progresivamente entregándose a su Señor humillado, comprendían que el servicio del Rey eterno exigía la postergación de esos derechos de casta. Dios exigía a muchos aun el realizar oficios que siempre habían considerado indignos de su estado. Era la realización concreta de la doctrina de humillaciones y oprobios que les inculcaba la nueva práctica. Y ellos, con aquella generosidad propia de la nobleza española y aquel fondo de fe rancia que fué el resorte más fuerte de sus grandes hazañas, se ponían durante los Ejercicios a limpiar los aposentos, servir a la mesa, fregar la vajilla. Sin duda que casos de estos fueron los que exasperaron a Melchor Cano y le hicieron concebir los Ejercicios como el sambenito elegido por los jesuítas para degradar a la nobleza.

Notable fué el caso de *D. Antonio Pimentel*, conde de Benavente y Grande de España, ejercitante del P. La Puente, al que ya hemos aludido antes. Escuchó los puntos siempre de rodillas, se hospedó en uno de los aposentos más pobres desprovistos de todo aderezo, sirvió tres o cuatro veces a la comunidad en el comedor e hizo otros oficios propios de criados. Después de los Ejercicios estableció un nivel de vida espiritual muy alto, dedicando largas horas a la vida de la piedad y al ejercicio de la caridad con los menesterosos (13).

6.—Causas de la poderosa irradiación.

A la vista de estos datos es necesario concluir que la práctica de San Ignacio había tomado un volumen bastante amplio en el sector cortesano de la ciudad.

---

(12) *Hisp.* 141, 116v.
(13) ROSSIGNOLI, lib. 1, cap. 8, parr. 2 (p. 79).

Indaguemos las causas del fenómeno. Pronto damos con una fundamental. La presencia bastante continuada en la ciudad, principalmente en los primeros años de nuestra historia, en 1559, de San Francisco de Borja. El círculo de relaciones del Santo duque, su santidad, su entusiasmo por el método ignaciano se conjugaron para atraer a él a un sector muy considerable de personajes influyentes. Pronto veremos que los principales ejercitantes de Villagarcía, es decir, los que querían hacer el retiro de modo más perfecto, se reclutaron entre sus familiares.

Otro suceso de dramática resonancia nacional y de naturaleza muy distinta, favoreció de modo impensado la nueva práctica: *el auto de fe de 1559* en que el doctor Cazalla con sus secuaces fueron ajusticiados.

El descubrimiento en el corazón de la corte de un foco protestante donde se daban cita nobles, clérigos, religiosos y religiosas, sacudió las fibras más íntimas de la conciencia nacional. Así ha sucedido siempre en España. Las infiltraciones extrañas y más si vienen dirigidas por elementos extranjeros, como se daba en nuestro caso, han tenido la virtud de provocar una intensa reacción contraria. Este instinto de fe ha sido la gran salvaguardia nacional.

La detallada relación del auto de fe escrita por San Francisco de Borja es un reflejo de la profunda impresión que produjo el triste hecho (14). Y el jesuíta morador del Colegio, Francisco de Heredia, deja entrever una de sus consecuencias: el acercamiento de no pocas personas hacia la Compañía (15).

Ya el desinterés y celo con que asistieron a los condenados, fué una gran propaganda de la nueva Orden. Pero esto fué lo de menos. La sombría luz de las fogatas del Campo Grande dió una coloración más intensa a los trabajos de los jesuítas en la Europa protestante. Antes muchos no se habían parado a reflexionar sobre la nueva herejía que asolaba naciones enteras. La tragedia se desarrollaba en zonas muy alejadas. Desde la muerte de Carlos V iban interesando cada vez menos los problemas alemanes. Era consecuencia de la exaltación que había provocado el descubrimiento de América. Se abría un ilimitado campo de aventuras y heroísmos en las nuevas inmensas regiones. Allí podían reverdecer los laureles de Pavía. Es verdad que quedaba abierta la llaga de Flandes y hostigaban sin cesar los turcos. Pero eran ya campos demasiado trillados. La tierra del porvenir era América y hacia allí se deslizaba el corrimiento de la opinión en el estrato de los intereses en boga.

El auto de fe acercaba espantosamente el problema protestante. Comenzaban a percatarse de la trascendencia de su avance y a saludar con agradecimiento las fuerzas de choque que les cerraban el camino. Los trabajos de los jesuítas en el norte de Europa se pusieron en el

(14) MHSI.: *Lainii Mon.* 4, 361-367.
(15) MHSI.: *Litt. Quadr.* 6, 218.

plano de actualidad. Y como sucede siempre en estos momentos psicológicos, se exageraron sus triunfos, se dió un marcado cariz de heroísmo a sus proezas. Sobre este fondo de epopeya alcanzaba un realce insospechado la actividad de la Compañía. Era el auxilio providencial llegado en aquella tumultuosa hora.

Por estos días escribía de Valladolid a Roma el P. Juan López que «muchos de nuevo vienen a entender el misterio que la Compañía toma en la Iglesia de Dios» (16); «la fama buena» atraía a personas aun «de las partes más remotas del pueblo» (17); es decir, de Valladolid, ya que con este modesto calificativo designa el autor de esta segunda carta, P. Juan Fernández, a la ciudad del Pisuerga.

Los luctuosos acontecimientos hicieron palpar a la vez la necesidad de vivir prevenidos y de practicar de modo más íntegro la vida cristiana. No se podía pedir propaganda más eficaz para la práctica ignaciana. Creció la concurrencia de fieles a la iglesia de los jesuítas y en consecuencia la de ejercitantes.

7.—En el Colegio inglés y en la Chancillería.

Otro sector especialmente cultivado fué el eclesiástico. Las anuas señalan siempre algunos sacerdotes entre los ejercitantes. Con frecuencia añaden que fueron muchos y aun «muchísimos» y «con gran utilidad de ellos». Entraba esto en la táctica general seguida en todas partes.

Hubo con todo en Valladolid un centro eclesiástico peculiar de la ciudad, el Colegio inglés, o Seminario fundado para los jóvenes ingleses que deseaban ser sacerdotes y no podían hacerlo en Inglaterra por la persecución a que se veían sometidos los católicos. En su reglamento se prescribía la práctica anual, o al menos circunstancial de los Ejercicios. No debieron de cumplir estrictamente esta norma en Valladolid, pues algunos informes nos hablan de que practicaron los Ejercicios sólo «los más aptos para la virtud» (18).

Al fin de siglo ascendieron a más de cuarenta los seminaristas. Tal vez pareció el número demasiado crecido para dar a todos individualmente los Ejercicios y optaron por una selección.

Valladolid poseía otra institución de mucha más importancia y de derecho casi exclusivo suyo: el Tribunal Supremo de Justicia, llamado entonces *Chancillería*. Existía sólo otra ciudad en España que poseía el mismo organismo: Granada. El río Tajo formaba la línea divisoria

(16) MHSI.: *Litt. Quadr.* 6, 566-567.
(17) MHSI.: *Litt. Quadr.* 7, 57.
(18) *Cast.* 32, 57v.

de la jurisdicción de los dos tribunales. Sus presidentes fueron en su mayoría Obispos (19). Los dieciséis oidores de que se componía y aun otros oficiales subalternos, como cancilleres, registradores, relatores, solían ser personas escogidas de valer. No pocas de entre ellas llegaron más tarde a altas dignidades.

En torno al tribunal pululaban hombres de negocios, nobles pendencieros, un mundo importante y no pocas veces contaminado con sobornos y corrompido por intrigas. Allí se presentaban dispuestos a defender sus derechos y ventilar sus pleitos ante el tribunal supremo.

Bien se ve que se ofrecía a los jesuítas un inmenso campo de celo. Y no lo desaprovecharon. El abnegado trabajo que desarrollaban con los prisioneros y del que se habla con elogio en las relaciones contemporáneas, atrajo sin duda la benevolencia de los miembros de la Chancillería y estableció contactos amistosos con el mundo que giraba en torno a élla. Muchos accedieron a la invitación de los jesuítas y se retiraron por algunos días al Colegio de San Ignacio o de San Ambrosio. El contraste entre la paz y sinceridad que se respiraba en aquel ambiente, la nobleza del servicio a Jesucristo que se les exigía y el mundo de bajos fondos, intrigas continuas, maniobras maquiavélicas en que se movían sus sesiones en el tribunal, tenía que hacer una impresión muy fuerte en aquellos jueces. El cronista les da el apelativo de «egregios». Al menos uno de los presidentes, don Alonso de Santillán, que ocupó el mismo cargo en Granada, practicó los Ejercicios en 1569.

8.—La prolongación de Villagarcía y el P. Baltasar Álvarez.

No acaba aquí la historia de los Ejercicios de Valladolid. Poseía, además de los centros de que hemos hablado, una como prolongación y zona de expansión fuera de la ciudad, a donde iban los que querían practicar el retiro con más sosiego y perfección. Ese sitio de predilección fué Villagarcía, a unos 40 kilómetros, en tierra de Campos, entre ondulantes campos de mieses y declives cargados de viñedos junto al refrigerante frescor de la vecina alameda. Al apaciable descanso se juntaba la acertada dirección de sus maestros de espíritu. Casi desde que pusieron pie los jesuítas en la villa de los Quijadas se oye hablar de huéspedes que vienen de poblaciones de fuera, sobre todo de Valladolid y Palencia con intención de recogerse a hacer Ejercicios (20).

La afluencia creció de manera insospechada desde que hizo su aparición en aquel oasis, el que iba a formar la fisonomía espiritual

(19) La lista en SANGRADOR, 426-427.
(20) *Hisp. 141*, 297v.

y la tradición del noviciado, *el P. Baltasar Álvarez*. Desde aquella isla de paz comenzó a dirigir el movimiento de regeneración espiritual de la sociedad española con una eficacia y acierto increíbles.

El solo hecho de que las familias nobles volvieran a ponerse en contacto con el campo ambiente, aunque fuera por unas semanas, tenía que ser un fuerte revulsivo espiritual. Su decadencia moral y aun familiar había comenzado muchas veces por haber abandonado los latifundios patrimoniales y haberse metido en el intrigante y seductor mundillo cortesano. La añoranza de las hazañas de sus antepasados, héroes en terrenos similares, penetraba hondamente en su alma en aquel momento en que volvían a sentir la impoluta fuerza de la naturaleza campestre. Son factores psicológicos que es necesario tener en cuenta en la complicada trama de los motivos de eficacia del nuevo método. San Ignacio cuenta con ellos en las adiciones. Manda aprovecharse del fresco en verano, o privarse de él; ayudarse de la oscuridad, utilizar las energías encerradas en el medio en que se mueven.

El gran maestro de Villagarcía comprendía como pocos el lenguaje de la naturaleza y el hechizo seductor del campo. De joven había soñado con ser cartujo y siempre le quedó una fuerte inclinación a la contemplación y saboreo reposado.

Del bien que realizaba el P. Baltasar Álvarez, ninguno nos puede informar mejor que su discípulo y heredero espiritual, el P. La Puente. Dice así:

«Mucho más hizo con las personas principales, así seglares como eclesiásticas y religiosas de varias religiones, que venían a este rincón para comunicarle las cosas de sus almas, deteniéndose ocho o quince días en recogimiento de oración y otros Ejercicios espirituales, siguiendo la dirección que les daba en ellos. Entre éstas fueron muy señalados y frecuentes don Francisco de Reinoso, Abad que entonces era de Usillos, y dignidad de la santa iglesia de Palencia, que después fué Obispo de Córdoba, y su sobrino, Jerónimo de Reinoso, canónigo de la misma iglesia, varón muy ejemplar y celoso, el cual traía consigo otros canónigos y racioneros, una vez unos y otra vez otros, para que gozasen de estos Ejercicios espirituales y de la enseñanza de tal maestro, y después lo fueron prosiguiendo muchos años» (21).

En todas las localidades en donde se detuvo algo de asiento, Ávila, Salamanca, Medina, Burgos, se nota este flujo de almas hacia el P. Álvarez. Ni aun de viaje se olvidaba de los Ejercicios. Lo consigna el P. Castro: «Pasando una vez de camino por un monasterio de religiosos, donde tenía algunos conocidos, le pidieron que les hiciese alguna plática a todos los religiosos; hízola como se lo pedían y fué tanta la fuerza con que habló, que persuadió a todos sin quedar ninguno que se recogiesen por ocho días a hacer los Ejercicios de la Compañía y él se quedó allí a dárselos con licencia que hubo del Padre Provincial,

(21) LA PUENTE: *Vida del V. P. Baltasar Álvarez*, cap. 37, pp. 403-404.

con los cuales Ejercicios y pláticas que aquellos días fué haciendo, fué notable el provecho que en ellos hizo» (22).

El P. Rossignoli resume con los siguientes significativos trazos su actividad como director de Ejercicios: «Dotado de una suavísima eficacia para ganar a Dios las almas, dió los Ejercicios a cuantos se entregaron a su dirección. Practicólos a príncipes, a privados, a Obispos, a clérigos, a mercaderes, a soldados, a decrépitos, a jóvenes, a algunos de vidas depravadas, a otros de mediana virtud, y correspondió siempre el fruto que consiguió, a su esperanza. No particularizaré aquí todos los casos que le sucedieron porque fuera necesario copiar una gran parte de su vida, escrita por el venerable P. Luis de La Puente» (23).

Lo mismo tengo que decir yo. Con todo indicaré algunos de sus más célebres ejercitantes. Debieron de ser muchos los nobles que se pusieron bajo su dirección. Los principales estaban emparentados con San Francisco de Borja.

Uno de éstos fué el nieto del santo, *Francisco de Borja y Centellas*, que con el ducado heredó buena parte de las virtudes de su abuelo. Felipe II le dispensó siempre singular confianza. Entre otras comisiones delicadas le confió la pacificación de las perturbaciones de Aragón en 1591. Se presentó ante los jurados de Zaragoza con el nombre de ángel de la paz. Con todo se retiró sin conseguir el logro de sus aspiraciones. Falleció prematuramente a los 43 años con una muerte ejemplar asistido por el Beato Juan de Ribera (24).

También su esposa, la marquesa de Bombay, *Juana Fernández de Velasco*, que en carta al P. Aquaviva se llama a sí misma «verdadera hija de la Compañía» (25), gozó en la paz de Villagarcía de la iluminada dirección del P. Álvarez. Sin duda, movidos por su ejemplo, siguieron sus pasos su madre, doña Ana de Aragón, y su padre, don Íñigo Fernández de Velasco y de Tovar, condestable de Castilla y duque de Frías.

Consiguió el eminente director hacer de ese noble matrimonio un hogar profundamente piadoso. El condestable siguió el orden de vida que le señaló el Padre. Volvió con frecuencia a Villagarcía a tratar con él las cosas de su alma. La duquesa fué en adelante una madre para con los pobres. Ella misma bajaba personalmente a servirles abundante comida. Incluso llegó a ir a los hospitales a hacer por sus propias manos los más humildes oficios. Otras veces se dedicó a hacer la limpieza de la iglesia. La barría, preparaba los ornamentos, quitaba el polvo de los altares (26). Renovaba sus ansias de perfección volviendo a ponerse en contacto con la fuerza que las había producido: los Ejer-

(22) CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 6, cap. 4, parr. 50, 1, 170v. Lo trae también LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 17, p. 188.
(23) ROSSIGNOLI, cap. 11, n. 100, p. 95.
(24) Cfr. MHSI.: *S. F. Borgia*, 1, 345.
(25) MHSI.: *S. F. Borgia*, 343.
(26) ROSSIGNOLI, lib. 1, cap. 12, parr. 1.

cicios. En 1600 se retiró de la corte de Madrid a Alcalá. Aquí en compañía de su tía, doña Catalina de Mendoza, volvió a practicarlos con todo reposo durante los meses de mayo y junio.

Acompañaba en estos oficios de caridad y humildad a la duquesa de Frías otra noble señora, de quien consiguió el rector de Villagarcía una trasformación similar, Inés de Velasco, condesa de Monterrey, muy dada ya de antes a la oración.

No fueron las únicas que dieron semejantes muestras de piedad. Doña Juana de Córdoba, de la nobilísima casa de los Córdoba, no se contentó con ir al hospital a servir a las enfermas y besar sus llagas, sino que realizó un acto que tuvo enorme resonancia. Se presentó en casa del asesino de su marido en una ocasión que estaba enfermo y le sirvió personalmente la comida (27).

En el ambiente de las cortes del siglo XVI, donde las nobles damas imponían con su distinción las modas de todo género, incluso las espirituales, no podía darse propaganda más eficaz que el ejemplo de estas ilustres matronas. Tuvo que ser como una sacudida que amedrentaba a los débiles, pero, pasada la primera impresión, estimulaba a los fuertes. Entre éstos se reclutaban los ejercitantes.

El P. Baltasar dirigió a personas nobles en otras partes, como en Salamanca, pero dejamos su relación para cuando tratemos de esta ciudad. Ahora queremos más bien hablar de su dirigida más ilustre—prescindiendo de Santa Teresa—y a la vez la que dió celebridad a Villagarcía, *doña Magdalena de Ulloa*, viuda de don Luis de Quijada, presidente del Consejo de Indias de Carlos V, dama conocida en la historia de España por haber velado la educación infantil de don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto.

La acción del P. Baltasar sobre esta ilustre señora fué continua durante muchos años. Con su trato consiguió, en frase del P. La Puente, que hiciera «cosas grandiosas en servicio de Nuestro Señor». Es sin duda la bienhechora más insigne que ha tenido la Compañía. La quinta Congregación General creyó deber enviar un mensaje de agradecimiento a fundadora tan extraordinaria de colegios y obras (28).

Todo esto pertenece a la historia general de la Orden y ha sido puesto de relieve por el P. Asráin. A nosotros nos interesa ahora hacer constar que «la afición y devoción» que tuvo para la Compañía brotaron de unos Ejercicios que hizo con el P. Araoz y de «la comunicación y trato con tan santos y religiosos varones», como se expresa el P. Guzmán (29).

Doña Magdalena es un caso típico de la eficacia que encierran los Ejercicios para la solución de complejos problemas, incluso de tipo

---

(27) ROSSIGNOLI, lib. 1, cap. 12, parr. 1.

(28) Cfr. J. PEREDA: *Doña Magdalena de Ulloa, fundadora del Colegio de Villagarcía de Campos*, en «Villagarcía de Campos. Evocación histórica de un pasado glorioso», pp. 37-44, en particular p. 43.

(29) *Cast. 35*, 387v.

social. La injusta distribución del dinero es una de las causas más profundas del malestar de la sociedad. La historia está cansada de revolucionarios que han querido poner fin a esa corrosiva lacra. Tampoco han faltado personas dotadas de magnífica intención, pero que malgastaron ingentes sumas de dinero en obras que apenas han solucionado nada.

Pocas personas supieron hacer mejor uso del dinero y resolver más problemas con él que doña Magdalena. Las reglas del modo de hacer limosnas y los principios de los Ejercicios aplicados por su director con inspirada clarividencia hicieron el milagro. La ilustre dama fué a la raíz del mal: la ignorancia de los abandonados campesinos, los abusos de los magnates, la excesiva pobreza de muchos abandonados. Para todos buscó su solución. Equipos móviles de misioneros en las regiones campestres más alejadas de Asturias y Galicia, colegios que formaran el criterio recto a los dirigentes, obras de beneficiencia para los indigentes. Un plan de acción social estructurado y definido, en las elecciones y reformas que periódicamente realizaba en el retiro de la casa solar de Villagarcía, bajo la dirección del P. Álvarez. Porque como se expresa el P. La Puente, doña Magdalena se acogía con cierta frecuencia a Villagarcía «donde tuvo buena ocasión el P. Baltasar para darla los Ejercicios espirituales de la Compañía, industriándola en el modo de tener oración y tratar con Dios familiarmente» (30).

«Es cosa sabida—añade un testigo—lo que la aprovechó y cómo le dió los Ejercicios y le hacía pláticas, y todo el tiempo que estuvo su señoría en Villagarcía era discípula y como novicia del Padre y de allí tomó la forma de vida que guarda» (31).

Hay que poner los Ejercicios como piedra fundamental de los edificios que levantó y de las obras que emprendió. Sus líneas maestras estaban trazadas siguiendo la pauta establecida en el retiro ignaciano.

Su bolsa estaba siempre abierta para todo lo que significara caridad y gloria de Dios «con tanta largueza que espanta». Su corazón siempre pronto a enjugar toda clase de dolores. Su vida privada reducida al mínimum de las exigencias sociales de su encumbrado estado, viviendo más como una religiosa que como una dama de corte. Rodeada de lo más atractivo del mundo, estaba muy alejada de él en espíritu. Como se lee en su inscripción sepulcral: «Rica para todos los necesitados y para sí sola muy pobre».

---

(30) La Puente: *Vida del V. P. B. Álvarez*, cap. 35, p. 380.
(31) La Puente, cap. 21. p. 633.

9.—Prolongación de la actividad del P. Baltasar Álvarez.

El P. Baltasar se preocupó de consolidar las obras de Ejercicios en Villagarcía cuando él faltase. Procuró enseñar el modo de darlos y estimular a los Padres dotados de cualidades. Lo mismo realizó de Provincial de Toledo y de Visitador de Aragón. Él precedió con el ejemplo. Cada año hacía los Ejercicios por lo menos una vez por espacio de ocho o quince días. Hoy es obligatorio practicarlos anualmente y parece algo normal. Entonces no existía ninguna ley en este sentido. Ejemplos, como el del P. Baltasar, imitados cada vez con más regularidad, fueron introduciendo la costumbre. Durante los dieciséis años primeros de su vida religiosa en que el Señor no le había subido a la alta contemplación de que gozó más tarde, se esmeró en su meditación diaria en poner en ejecución hasta el último detalle de las adiciones indicadas por San Ignacio (32).

Es característica de los grandes directores capacitar a sus dirigidos para una gran misión, descubriendo los valores encerrados en ellos, ocultos a sus propios ojos. Les devuelven la confianza que les faltaba. Les indican el modo con que pueden triunfar en la vida. Esta preciosa cualidad se observa en el modo con que el P. Baltasar condujo al *P. Andrés Asensio.*

Era el P. Asensio un carácter tímido. Traía, como dice el P. La Puente, «el corazón amilanado» (33). No se atrevía a echar sobre sí la responsabilidad de dar Ejercicios a las personas nobles que acudían a Villagarcía. El P. Baltasar supo dar alas a su espíritu, inspirarle confianza en sus cualidades. Le hizo ver primero el poco fundamento de sus temores, le alentó y animó. Estimulado con tan sabios consejos fué venciendo el cobarde Asensio su cortedad natural. Pronto vió cómo se hacía respetar, cómo se imponía su virtud y experiencia e iba conquistando el corazón de sus dirigidos. El joven jesuíta estaba ganado. Se convirtió en un celoso director de Ejercicios. Cuando años más tarde estaba en otras localidades, venía en ocasiones a Villagarcía con algunas personas a dar los Ejercicios y juntamente a hacerlos.

El P. Baltasar había ganado un director más de Ejercicios y había centuplicado la actividad y eficiencia de un apóstol. Ciertamente que no sería el único caso. Basta para confirmarlo el entusiasmo que el P. Baltasar profesaba por la causa de la práctica ignaciana y la habilidad y eficacia de su iluminada dirección.

A la vista de estos hechos no parecerán tan exageradas las expresiones que el cartujo P. Alonso Robles pronunció después de unos

(32) La Puente, cap. 2.°, pp. 26, 27.
(33) La Puente, cap. 37, p. 404.

Ejercicios. Un alma que encuentra en su camino el hombre providencial que le descubre la veta oculta vivificadora de su verdadera personalidad, tiene motivos de sobra para prorrumpir en himnos de agradecimiento incontenible.

El modo cómo trasformó al P. Asensio, puede iluminarnos su acción con *el P. Robles*. Estaba éste dominado por algún grave problema que taraba su actividad. Confiesa que había acudido antes a muchos y señalados directores. Señal evidente del desasosiego que le oprimía. Oigamos sus palabras: «Recibióme como un ángel del cielo, con estar muy ocupado; estuve allí [en Villagarcía] sesenta días debajo de su disciplina y puedo testificar con verdad que aunque había comunicado con muchos varones muy señalados y espirituales, ninguno llenó mi pecho más que él, en quien reconocí un gran espíritu con grandísima confianza en Nuestro Señor» (34).

El P. Castro, a pesar de dedicarle en la *Historia del Colegio de Alcalá* más páginas que a ningún otro, si se excluye al fundador del centro, el P. Villanueva, no encuentra otro medio de resumir su irradiación, que desgranar elogios y más elogios en la siguiente recapitulación: «Porque no cansemos en referir las muchas personas que trajo a la virtud, cosa cierta es que en la provincia de Castilla ninguna persona había hombre ni mujer de señalada virtud y de trato familiar con nuestro Señor que no procurase verse con este siervo de Dios y gozar de su magisterio, sabiendo la grande luz que Dios le había comunicado y cuán acertado haya sido en guiar almas» (35).

10.—El P. Luis de La Puente, apóstol de Valladolid.

La acción del P. Baltasar Álvarez se prolongó en el venerable P. Luis de La Puente, su discípulo más eminente, biógrafo suyo y lo que vale mucho más, herencia viva de su espíritu, trasmisor de su rica espiritualidad que supo sistematizar de mano maestra.

Mucho de lo que se ha dicho del maestro se debía repetir del discípulo. Los contemporáneos creían ver en él la supervivencia del director de Villagarcía. Para Valladolid tuvo la ventaja sobre el P. Baltasar que la actividad principal de su vida la desarrolló en la misma ciudad. Desde 1594 hasta el año de su muerte, 1624, gozó con muy cortas interrupciones de su presencia y dirección.

Cuanto más se estudia a este eminente varón, muy conocido por sus producciones ascéticas, pero demasiado ignorado en su vida de

(34) La Puente, cap. 17, pp. 191-192.
(35) Castro, lib. 6, cap. 4, parr. 51, 171r.

consejo y gobierno, tanto más se agranda su figura y se aprecia la extraordinaria talla de que estaba dotado.

Fué el apóstol providencial de Valladolid en aquella época crucial y difícil que va entre la constitución definitiva de capital del reino por Felipe III y la eliminación de tal prerrogativa con los consiguientes sinsabores y desilusiones.

Los testimonios que citaremos en seguida reflejan el clima de desasosiego que se produjo en la ciudad. Estos momentos de transición, suelen ser muy delicados y exigen en los que están al frente un tino singular. El P. La Puente en aquellos momentos se mostró el hombre de la situación. Muchos veían sus intereses vulnerados. Nadie quería hacerse responsable del descenso de categoría de la ciudad. No se resignaban a rebajar el nivel de vida. Las palabras y los consejos del P. La Puente fueron bálsamo y eficaz lenitivo evitando sin duda muchas crisis. Los testimonios en este sentido son contundentes. Valladolid no ha saldado todavía la deuda que tiene contraída con tan insigne apóstol.

«En teniendo en Valladolid—se testifica en el proceso de beatificación—alguna persona de consideración algún trabajo en su honra o en su hacienda, el remedio era irse a consolar con el venerable P. La Puente y a tomar su consejo.» «Todos cuantos le trataban, grandes señores, prelados, oradores y los demás le consultaban como a varón santísimo y doctísimo y que tenía especial don de consejo y de quietar y consolar conciencias turbadas y afligidas» (36).

El P. Rossignoli estudia con bastante detención la actividad del P. La Puente como director de Ejercicios. Le concede un relieve singular. Trata de él inmediatamente después del reconocido por San Ignacio como el mejor, del angelical Beato Pedro Fabro, porque —como escribe—«ningún otro puede suceder tan dignamente como el venerable P. La Puente, a quien recurrían por consejo como a oráculo de sabiduría príncipes y caballeros, eclesiásticos y religiosos de todos los reinos de España, para que dirigiese sus almas en el espíritu» (37).

Trascribamos la semblanza que traza el P. Rossignoli. El cuadro es una descripción acabada y completa. El lector sabrá quitar la exageración que puede haber en las expresiones enfáticas, tan del gusto de la época, con que barniza y recarga el cuadro. Los datos concretos que forman su fondo son demasiado elocuentes por sí mismos.

Dice así el P. Rossignoli: «Dos cosas con más especialidad, hicieron a este gran siervo de Dios, más venerable en el magisterio de los Ejercicios. La primera fué la grande impresión que habían hecho en sí mismo: porque cuando los hacía era tanto el fervor, ímpetu y moción de su espíritu, que el aposento mismo donde meditaba se movía y temblaba. Así sucedió en Villagarcía—con admiración de todos—donde se había retirado para hacer los Ejercicios, que llegando a la meditación del juicio universal, concibió con tanta luz el desconcierto irregular de toda la naturaleza, la venida del

(36) ABAD: *Vida del P. La Puente*, pp. 98, 99.
(37) ROSSIGNOLI, cap. 1, n. 190, p. 183.

juez, el rigor del examen y lo terrible de la sentencia, que empezó a temblar y a desmayarse..... Y no es maravilla, que teniendo en sí tan impresas aquellas verdades eternas, que le hacían tanta fuerza, y le obligaban a tal conmoción de espíritu, las imprimiese eficazmente en los demás..... (38).

Lo segundo que había conseguido de Dios con eficaces ruegos, era valor y gracia para emplearse útilmente en el ministerio de atraer almas a la virtud y perfección. Y de tal modo le había oído Dios, que sintiendo su entendimiento iluminado, y encendido su corazón con los rayos celestes, no pudiendo tolerar la avenida copiosa de la gracia, se levantó de la oración y paseándose con voces, gemidos y lágrimas, exclamó así: No más luz, Dios mío, no más luz, que me abraso todo.....

Habiendo sido el Espíritu Santo su maestro, no es mucho que hubiese adquirido perfectamente la ciencia de los Ejercicios, siendo acertadísimo su juicio en escoger y ordenar las cosas necesarias para mover los corazones y gran propiedad y gracia en proponer las meditaciones. Pero lo más admirable en él era el aplicar su espíritu y doctrina en tan diversos modos, cuantas eran diversas las condiciones y calidades de los ejercitantes apropiándose a cada uno, como si para él solo fuese la meditación. Así lo ejecutaba con letrados y con ignorantes, con buenos y malos, con virtuosos y grandes pecadores....., y lo que sin duda le granjeaba tantas mudanzas de vida, era el explicar las verdades eternas con tan grande claridad para la inteligencia, y con tanta fuerza para la persuasión, que sólo quien estaba como él en el continuo ejercicio de meditarlas y de entenderlas, y tan movido primero, pudiera después mover y desengañar eficazmente a los otros. Por esto, y por el fruto de innumerables conversiones, le buscaban frecuentemente para que les diese Ejercicios.

Practicaba el darlos por las tres vías que llaman purgativa, iluminativa y unitiva. De la purgativa se valía con los grandes pecadores..... También usaba de esto con los proficientes..... Para disponerlos mejor, solía empezar con ellos la meditación, pronunciando en alta voz los discursos del entendimiento y los afectos del corazón, semejante al águila, que con pequeños tornos vuela sobre sus polluelos, provocándolos a dejar el nido y a seguirla con sus cortos vuelos.

Usólos también con perfectos y en éstos parecía doblada su actividad: tanto era el ardor divino que les infundía en el corazón y el ímpetu del amor con que los llevaba a Dios.....

Para conocer por el fruto la felicidad con que esparcía la semilla de los Ejercicios y cultivaba a las almas, que se rendían a su enseñanza, bastará leer las vidas de doña Luisa de Mendoza y doña Mancia de Padilla, más ilustres en España por el claro esplendor de sus heroicas virtudes, que por los timbres esclarecidos de su nobilísima sangre. Referiré sólo una virtud de cada una, por indicio del espíritu que les imprimió en las meditaciones este gran varón..... La primera—no sé si en la contemplación del reino de Cristo—concibió tanto celo de la salud de las almas, que se resolvió pasar al reino de Inglaterra para emplearse en el oficio de apóstol y juntar doncellas, que consagrando a Dios su virginidad, viviesen en sus casas con tanto retiro y santidad, como pudieran en los conventos de mayor recolección y..... se vió con admiración que una doncella en presencia de un rey Enrique y en su misma corte convirtiese muchos a la fe católica, y los redujese a la perfección.

La segunda en las meditaciones de la vida del Salvador, al paso que aprendió a ser contra sí misma rigurosa con ásperos cilicios y disciplinas crueles, a ese paso se redujo a ser piadosa con los pobres, socorriéndolos en tiempo

(38) Todavía hoy podemos saborear algunos de los sentimientos experimentados en los Ejercicios, gracias a un precioso cuaderno publicado bajo el título *Avisos y sentimientos del V. P. La Puente.*

de gran carestía, vendiendo para esto su coche, los pabellones y colchas de su cama y las alhajas de su palacio, preciándose de vivir pobre por Cristo, caminando a pie con una muleta, haciendo labor por sus manos con sus doncellas.....» (39).

Continúa todavía el P. Rossignoli analizando la dirección del P. La Puente. Narra cómo «esparcida la fama de su singular destreza y eficacia venían muchos aun desde muy lejos a buscarle para hacer los Ejercicios con su dirección» y aun «de otros religiosísimos órdenes claustrales» se dignaban venir «maestros gravísimos en espíritu y en doctrina».

Un carmelita de Ávila después de haber probado en sí la destreza de aquel gran maestro de espíritu testificó: «que el aposento donde hizo los Ejercicios, se le representaba como el cenáculo de los apóstoles donde bajaron las lenguas de fuego del Espíritu Santo, y que el P. Luis parecía la canal por donde Dios derramaba en las almas las corrientes de agua viva, que sube a la vida eterna» (40).

Otra alma que encontró el hombre providencial que dió el sentido justo a su vida. No nos asombremos de que use frases tan hiperbólicas. Lo ve todo irisado por el amor y el entusiasmo.

Propiedad característica de la dirección del P. La Puente fué el sentido de efectividad práctica que supo dar a las resoluciones de sus ejercitantes. Lo ha insinuado ya el P. Rossignoli en los casos que ha apuntado. Quería el control de la realidad para los propósitos. En la vida de caridad y humildad que llevaban sus dirigidos en Valladolid se veía la intensidad del amor que había suscitado la persona de Jesucristo en los Ejercicios. Aquí también vemos una nota auténtica de su maestro el P. Baltasar.

Pero el particularizar más en casos de personas que hicieron Ejercicios bajo su dirección nos introduciría demasiado en el siglo XVII, fuera ya de los límites de nuestra historia. Los casos más famosos, como el doña Marina de Escobar, trascienden mucho los límites de este período. Aquí necesitábamos tocar su apostolado en cuanto prolongación y herencia del P. Baltasar Álvarez y centro de la acción espiritual de Valladolid de fines del siglo XVI.

11.—Amplitud del movimiento en Alcalá.

Valladolid y el mundo de la corte española era sólo uno de los puntales en que se apoyaba la irradiación jesuítica. Otro no menos importante constituía el sector cultural. Para conquistarlo determinaron asaltar las posiciones de Alcalá y Salamanca, en donde se formaban

(39) ROSSIGNOLI, cap. 4, nn. 190-193, pp. 183-184.
(40) ROSSIGNOLI, cap. 4, n. 195, p. 189.

miles de jóvenes. El influjo de este elemento no repercutía tan prontamente. Eran jóvenes que tardarían en imponerse. Pero constituían el cerebro rector del mañana. Honra a aquellos primeros guías el haber apreciado la importancia de la función intelectual. Eran un puñado de personas asediadas por peticiones sin número. Sin embargo, no se dejaron seducir por el señuelo del brillo momentáneo, evitando sabiamente el escollo en que tantos en todos los tiempos han naufragado irremediablemente. Por satisfacer a compromisos circunstanciales echan a pique obras de gran envergadura, pero de las que no pueden hacer más que el desagradable y nada vistoso trabajo de los cimientos. Aquéllos miraron el porvenir. La fuerza de la Compañía del setecientos se debe en gran parte a la clarividencia de estos primeros apóstoles.

En Alcalá habían ya arraigado los Ejercicios con una pujanza excepcional. Era sin duda el primer centro de España, por no decir de toda la Compañía. Se debía todo al entusiasmo y a las dotes del P. Villanueva.

El P. Villanueva falleció en 1557 pocos meses después de San Ignacio. Desde el mísero patiejo de Mataperros había ido conquistando paso a paso los puntos vitales de la Universidad. Los profesores más en boga ponían bajo sus manos la dirección de su vida espiritual. La flor de la juventud universitaria acudía a pedirle consejo y ayuda. Él era quien personalmente llevaba el peso de trabajo tan arduo. Buscaban a él, no a los demás jesuítas, que quedaron eclipsados ante su potente personalidad.

Con su fallecimiento se desplomaba todo, quedaba el Colegio sin dirección, los universitarios sin el hombre providencial. Corría el peligro de que la obra se esfumara al desaparecer el sostén en que se basaba. O al menos que los jesuítas dejaran de tener el influjo arrollador de antes. El edificio levantado por Villanueva parecía venirse abajo de la noche a la mañana.

Pero providencialmente quedaba uno que había acompañado en los primeros momentos a Villanueva y que se había conquistado una gran estima entre los universitarios durante su permanencia en la ciudad. Podía considerarse como la continuación del espíritu de Villanueva. Era *el P. Manuel López*. Se le llamó urgentemente de Murcia, a pesar de que llevaba tan sólo unos meses de rector de aquel incipiente Colegio. Era necesario a toda costa salvar la angustiosa situación de Alcalá. La obra estaba todavía en el período inicial. No tenía la fuerza necesaria para desangrarse en tanteos. Había encontrado un camino salvador y no había más remedio que continuar por él, si no se quería perder todo.

Es lo que hizo el P. Manuel López (41). Fué el anillo providencial que enlazó los tiempos heroicos primitivos con los de una estabiliza-

(41) Del P. Manuel López trae abundantes noticias CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, parte 2.ª, lib. 9, cap. 1 y 2; 2, 1r-5v.

ción incipiente. En esos momentos se necesitó una mano maestra que supiera infundir la fuerza inicial en el cauce ya fraguado. Con mano segura fué el P. Manuel modelando el material arrojado ya por el P. Villanueva. Nada se echó a perder. Pasadas las oscilaciones iniciales continuó todo al ritmo impreso. Como si en el nuevo rector se perpetuara la semblanza del fundador. Porque el P. Manuel poseía un don de atracción y un afán de proselitismo que revelaban a las claras la escuela del maestro. En los primeros días de su vida jesuítica había acompañado al Beato Fabro, aprendiendo de él el exquisito arte de atraer a las almas a Cristo. Con guías tan eminentes como Fabro y Villanueva y la experiencia de sus años de Alcalá, es obvio que los profesores de la Universidad continuaran acudiendo a los jesuítas con la misma confianza de antes. Más aún: esta rapidez en el cambio de cuadros, esta continuidad a pesar de la sustitución de personas, era una garantía de la obra de la Compañía. Antes consideraban exclusivamente la acción de un hombre. Ahora veían la fuerza de la organización y aun la fuente del éxito. No llegó la figura personal del P. Manuel al prestigio del P. Villanueva, pero ganó en cambio la fama de la Compañía, lo que era un bien para el conjunto de la acción de los jesuítas.

Cincuenta años más tarde, en los albores del siglo XVII, cuando había proyección suficiente para valorar la trascendencia de la acción realizada, consignaba el P. Castro el siguiente testimonio: El P. Manuel López «de aquí proveía de buenos sujetos y letrados a toda la Compañía y vez hubo que de los que recibió se contaron 22 lectores de teología que la leyeron en España, Italia, Alemania, Francia e Indias y mucho tiempo duró que los hijos que había recibido y criado este buen Padre tenían en pie las letras y gobierno de la Compañía, y en especial esta provincia, hasta el día de hoy, tiene por lectores y superiores de los que él recibió» (42).

Una de las obras a que el P. Manuel atendió más fué a la de los Ejercicios. Imprimió al movimiento las características que perduraron durante el resto del siglo. Era un método muy sencillo, pero muy eficaz, aprendido en la escuela del P. Villanueva. Contenía tres elementos que se iban aprovechando según lo exigieran las circunstancias.

El primer trabajo *de atracción y roturación del terreno* estaba reservado al llamado predicador oficial, función que desempeñó durante el rectorado del P. Manuel, el P. Doctor *Madrid*, y desde 1568, el P. Doctor *Gobierno*. Era el que daba a conocer los jesuítas al auditorio curioso y ávido de doctrina, el que suscitaba los problemas, cantaba las excelencias de los Ejercicios. Era un trabajo difícil por su continuidad. La dificultad aumentaba notablemente en una ciudad en que se congregaba un auditorio selecto y conspicuo. Para poder imponerse,

(42) CASTRO, lib. 9, cap. 1; 2, 2v-3r.

necesitaban tratar temas de gran envergadura, explanar libros de la Sagrada Escritura, explicar cuestiones teológicas.

No contaba todavía el Colegio con iglesia propia. El hermoso templo barroco, ornamento de la ciudad, que se gloria de él como de uno de sus mejores edificios, es del principio del siglo XVII. No saludaban todavía desde las hornacinas los dos grupos de bellas estatuas —San Pedro y San Pablo arriba, San Ignacio y San Francisco Javier abajo—que estaban allí orlando la artística puerta central. En cambio disponían para su predicación de dos de los mejores templos de la ciudad, el de San Ildefonso y la capilla central de la amplia y severa catedral. Allá corrían los complutenses a oír al P. Madrid. Acababa de ser colegial del Colegio Trilingue. Sus poesías habían sido muy celebradas todavía un lustro antes. Muchos habían sido compañeros suyos. Volvía ahora de la Universidad salmantina, trayendo la solidez y profundidad tomistas adquiridas al contacto de los egregios profesores salmantinos.

No era un expositor frío, aunque su dicción fuera muy perfecta y acabada. Alma ardiente se conmovía pronto y conmovía fácilmente al auditorio. Su lenguaje exquisito y propio, satisfacía las exigencias humanísticas de los preceptistas de la época. Una unción que brotaba de su sinceridad y convencimiento personales y se trasfundía a su palabra de modo espontáneo e irresistible cautivaba a los oyentes desde el primer momento.

Era el hombre que necesitaba Alcalá para dejarse ganar por aquel grupo de desconocidos. Porque su predicación era tan sólo el primer eslabón de la estrategia general. La solución plena de los puntos insinuados se daba en el Colegio. Allá acudían a completar la doctrina, y sobre todo a retirarse a la paz de los Ejercicios, para experimentar de por sí las excelencias pregonadas desde el púlpito.

Simultáneamente con el predicador obraban *los estudiantes jesuítas* en la misma Universidad. Era el segundo elemento de la táctica general. Acudían como los demás a las clases. La mayoría se habían sentado unos años, y aun meses antes, en los mismos escaños, como estudiantes seglares. Tenían amigos de plena confianza. Conocían su manera de reaccionar, sus gustos y aficiones y podían más fácilmente entrar en su psicología. Las conversaciones en los claustros, mientras comentaban las lecciones de los profesores, tenían que derivar al nuevo estado de cosas y los entusiastas novicios aprovechaban las ocasiones que se les ofrecían para incitarles a probar los Ejercicios. Era un continuo suave golpear en su corazón e inteligencia con su ejemplo, con sus conversaciones y aun con frases sueltas. Una estrategia de guerrillas e insinuaciones que podría parecer en el clima actual, tan respetuoso de libertades ajenas, propicio a intromisiones y fuente de opresiones, pero que era muy propio del ambiente de conquista y ansia de conversiones del siglo XVI.

Unos, convencidos por sus amigos; otros, por condescender con sus ruegos y aun por miras interesadas, en espera de ayudas en otros

órdenes; tal vez alguno, medio coaccionado, acudía al Colegio para ver qué era aquello de que tanto hablaban.

Todavía nos imaginamos hoy la fuerza que tenía que tener en aquella sociedad, en que tanto valía el apellido y la nobleza, el que un Alonso Pimentel, sobrino del conde Benavente, de las familias más conocidas en Alcalá, recién entrado en la Compañía con admiración de la Universidad, comenzara a hablar del método que a él le había dado la seguridad de vida y la orientación definitiva. Creemos fácilmente al P. Castro cuando escribe que «revolvía la Universidad atrayendo estudiantes a la frecuencia de sacramentos y a hacer Ejercicios» (43).

Minadas de este modo las posiciones una a una, atraídos los ejercitantes, venía el último tiempo, que se desarrollaba *dentro del Colegio*. Se atendía a los estudiantes, se les incitaba a una vida de más fervor, y en particular de mayor frecuencia de sacramentos. Sólo cuando estaban suficientemente preparados, podían comenzar los Ejercicios. Se estudiaba cada caso acomodando los remedios a las circunstancias particulares de cada uno. Porque iban «unos para confesarse generalmente de su vida, otros para ser enseñados de la oración, otros para determinar de su vida, recogiéndose a mirar lo que más les cumple para su salvación» (44). El Padre Rector o daba personalmente los Ejercicios o al menos mantenía la alta dirección de ellos, orientando a los jóvenes que le ayudaban en la delicada tarea.

Así se trabajó en Alcalá durante varios decenios. Se puede decir que se trabajaba a marchas forzadas. Se daba Ejercicios al número mayor posible, dada la capacidad del lugar y el personal directivo de que se disponía. «Ordinariamente había nueve o diez haciéndolos», se nos informa; es decir, tantos como cuartos disponibles (45). Lo mismo se podía decir de los demás años durante este período, hasta que no se amplió el edificio. Ya en 1560 se dió «más anchura a la casa», pero sólo tres lustros más tarde, en 1573, los novicios pasaron a un nuevo pabellón, con lo que aumentó mucho la posibilidad del local.

La siguiente carta de 1561 da idea del movimiento que se observaba: «Ha habido tantos ejercitantes, que apenas hay quien se acuerde haber visto mayor copia en casa. Hánlos hecho juntamente doce o trece, siendo hartos más los que por falta de aposentos o se despedían del todo, o se les dilataba hasta haber desocupación, y con esto duran hasta ahora» (46).

En 1558 una estadística parcial señala la presencia de 50 ejercitantes durante la cuaresma. Treinta años más tarde se nos habla de

---

(43) CASTRO, lib. 12, cap. 12; 2, 232v.

(44) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 720.

(45) Carta del H. Salazar, *Fond. Gesù. Coll. Busta 2-1356* (3), 1r. Con todo en una carta de Alfonso de Montoya de 1574 se dice que «de ordinario tenemos cuatro o cinco ejercitantes». *Hisp. 120*, 158r. En 1557 se escribía: «Hacen comúnmente seis o siete». *Litt. Quadr.* 6, 96.

(46) MHSI.: *Litt. Quadr.* 7, 230.

122 ejercitantes en un curso (47). Estas cifras son cifras aisladas. Entonces no se llevaba estadística. Se contentan con escribir: «siempre hay ejercitantes» o los hacen «muchas personas» (48). Pero el conjunto de datos no deja la menor duda de que se trataba de un contingente considerable de universitarios, de algo que llamaba la atención y que constituía un acontecimiento notable en la Universidad.

La mayoría continuaba después de los Ejercicios en su vida de estudios o con sus dignidades eclesiásticas, organizada a la luz de los principios evangélicos. Un número no despreciable, aunque siempre una minoría, determinó abrazar la vida religiosa. Estamos mejor informados de los que entraron jesuítas, aunque no faltaron bastantes que abrazaron otras religiones. La calidad y abundancia de ellos son una prueba fehaciente de la importancia de la práctica, y que nos permite barruntar la magnitud del volumen total de ejercitantes. Algo que creemos no se dió en ninguna otra parte. Los datos que poseemos de los que entraron, si no estuvieran controlados escrupulosamente por el nombre y cualidades de cada sujeto, los creeríamos exagerados. En poco más de 50 años, de 1543 a 1599, entraron en la Compañía 760. De ellos dieciocho doctores, uno de ellos Abad del cabildo de San Justo, la dignidad mayor de Alcalá, cuarenta maestros, treinta y siete licenciados (49). Hubo años como los de 1571 y 1572 en que entraron cuarenta y cuatro y aun cuarenta y seis. Fueron los años de máximo florecimiento de Ejercicios. Y muchas veces los que ingresaban «fueron escogidos» de entre muchos más que pedían, pero a quienes no se les podía satisfacer por falta de local o de recursos económicos. Será ciertamente una de las glorias más grandes de los Ejercicios haber dado la orientación definitiva y justa a la flor de la juventud universitaria complutense. Los que entraron jesuítas, repetimos, son sólo un botón de muestra. Lo importante es que su vida se trasformaba. Ahora tenía sentido verdadero. Merecía la pena arrostrar dificultades. Se sentían llamados a una misión. La renovación espiritual española tuvo en este conjunto de hombres eminentes que salían de las aulas de Alcalá un apoyo de proporciones incalculables. En sus diócesis, cátedras, parroquias, fueron células de renovación y de fervor.

(47) CASTRO, lib. 9, cap. 3; 2, 6v. Cfr. ASTRAIN, 4, 782.
(48) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 559, 850; 6, 915.
(49) El mismo P. Castro hace la suma después de especificar año por año el nombre de cada uno de los que entraron y trazar una breve semblanza de los sujetos principales. La suma total en CASTRO, lib. 13, c. 14; 2, 290.

12.—Trascendencia de la entrada de Alfonso Deza.

Los nuevos reclutas se convertían en reclutadores. Iban renovando los enlaces, estrechando las relaciones con las nuevas generaciones. Gracias a este continuo trato estaban siempre a tono con los anhelos de los jóvenes. Los universitarios, por su parte, se sentían comprendidos por quienes seguían ojo avizor sus reacciones más íntimas. Una de las vocaciones más sonadas y que sirvieron para establecer una íntima fusión entre el mundo de la Universidad y el de la Compañía fué el del *P. Alfonso de Deza*. Su entrada en 1558, apenas llegado el P. Manuel López, contribuyó, no menos que el nuevo rector, al florecimiento del plantel jesuítico. En un momento de sinceridad, impropio de los cronistas del quinientos, que gustan consignar sólo el aspecto rosado de la realidad, exclama el P. Salazar: «cierto, había necesidad de semejante persona» (50). Confesión paladina de la penuria que tenían de hombres de prestigio en aquel crítico período.

De familia muy conocida en Alcalá, número uno en la promoción de licenciados, aseguró de él el P. Mancio de Corpus Christi, ilustre dominico catedrático de prima en Salamanca, que «en ninguna de las Universidades que ha andado, ha visto mejor habilidad y que si perseverara en sus estudios, fuera de las mejores piezas de España en letras» (51).

Un autor contemporáneo, con frases muy del gusto de la época, no se cansa de llamarle: «lumbre de los doctores escolásticos de su tiempo». «Leyó la sagrada teología por espacio de más de veinte años con espanto de la Universidad y desta nación. Deste se dice que como otros dan escritos al mundo, él dió escritores y doctores» (52). El P. Gaspar de Salazar le llama «persona ésta de todas las buenas partes de que el mundo echa mano» y asegura «que tenían en él puestos los ojos toda la Universidad, porque..... sin encarecerlo, a voces de todos era la más señalada y escogida habilidad que había agora» (53). Tuvo entre sus alumnos a Suárez y Vázquez. Se había ganado justamente fama de excelente profesor y teólogo.

Creemos fácilmente a Castro al hablarnos del «asombro de toda la Universidad» ante resolución tan insospechada y de que «en aquellos días no se trataba de otra cosa entre los estudiantes» (54). Porque la solución fué fulminante. La heroica resolución la tomó en los Ejer-

(50) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 721.
(51) *Litt. Quadr.* 5, 851.
(52) URRIZA, 248.
(53) *Litt. Quadr.* 5, 721.
(54) CASTRO, lib. 9, cap. 5; 2, 13v.

cicios. Acababa de presentarse a unas oposiciones, para las que en opinión de todos no había un digno contrincante. Él renunciando a todo, entró inmediatamente en la Compañía. La Universidad no vió más que el cambio repentino exterior. Tan repentino que apuntan las fuentes la idea de que si se hubiera tratado de otro no tan considerado por su discreción y juicio, lo hubieran juzgado como un acto prematuro debido a ligereza e inconsideración. Pero «la buena reputación de su ser y saber y prudencia ha tapado las bocas y no han dicho sino que, pues que lo hizo, supo lo que hizo y que estaba bien hecho» (55).

No adivinaban los que así hablaban el drama interno de aquel alma durante los Ejercicios. No es metáfora el decir que le costó sangre dar este paso.

Las frases que dedican los PP. Castañeda y Castro al proceso de su vocación—caso ya en sí extraordinario, pues ordinariamente se contentan con indicar escuetamente el hecho—revelan una lucha muy intensa. El P. Castro escribe: «Dios..... despertó tan de recio su espíritu que tan arraigada estaba en las grandes esperanzas que de su ingenio había y sintió en sí una tan reñida lucha, que de la fuerza de Nuestro Señor y resistencia suya se le causaron unas terribles fiebres de que fué necesario curarle en casa» (56). Se rindió por fin a la gracia y entró en la Compañía. Su resolución fué a la vez una gran propaganda de los Ejercicios. Muy grande tenía que ser la virtualidad del sistema que había conseguido convencer a un talento tan privilegiado y moverle a un gesto tan heroico. Veían a un catedrático en la flor de la vida, de incalculable prestigio, cuyas clases eran de las más concurridas, dejar de repente todo y convertirse en un pobre y humilde novicio.

El esclarecido maestro comenzó relativamente pronto a dar Ejercicios. El P. Castro que nos ha conservado la noticia, no nos dice más (57). Pero nos basta para comprender la avidez con que ahora se pondrían en manos del profesor, cuyo último gesto había además aureolado su figura de una prestancia singular, los que antes corrían a oír sus lecciones y se profesaban discípulos y admiradores entusiastas suyos.

13.—Con los universitarios maleantes.

No todos los ejercitantes eran un Deza o un Maestro Alcaraz, el opositor a quien confirieron las oposiciones cuando las dejó Deza de modo tan espectacular, y que también entró jesuíta. Hemos visto en la lista de los que ingresaron en la Compañía el gran número de licen-

(55) *Litt. Quadr.* 5, 721.
(56) CASTRO, lib. 9, cap. 4; 2, 13v.
(57) CASTRO, 2, 13v.

ciados y doctores. Abundaron mucho los jóvenes de valer. Procuraban influir en los mejores, en aquellos que a su vez eran cabeza de otros muchos. Pero tampoco podían olvidar a los causantes de disturbios y pendencias, a los que incitaban al mal. Muchas veces una piña de este género basta para deshacer grandes obras, o al menos para crear un ambiente de provocación y ligereza, contra el que difícilmente podían hacer nada grupos aislados.

Se propusieron llegar a los árbitros de la popularidad. Es verdad que entonces el régimen de los Colegios mayores era muy rígido. Los alumnos tenían que retirarse muy temprano y estaban cercados por una vigilancia muy estrecha. Pero esa misma intransigencia externa incitaba a los jóvenes más inquietos y desenfrenados a burlar el cerco y a buscar en el recinto interno de la conciencia o en confidencias difícilmente controladas una compensación a las satisfacciones reclamadas por su juventud y que no les consentía la educación ambiente. Expresamente consignan las anuas, aunque de modo general, conversiones obradas «en algunos estudiantes que por preciarse de valientes eran cabezas de los más distraídos y eran causa de mil disoluciones y escándalos» (58).

El P. Luis Guzmán, del que en seguida hablaremos, consiguió dominar a uno de estos estudiantes, de 20 años, prototipo de la desvergüenza «tan dado a galas y al vicio de la carne que no sabía qué cosa era mirar un libro» (59). Le fué atrayendo suavemente, apartándole de sus antiguos gustos, hasta que le propuso darle los Ejercicios. En ellos decidió el desgarrado joven purgar sus desvaríos pasados y reparar el mal ejemplo, entrando fraile descalzo. Lo hizo así y perseveró en tan santa religión.

Otro caso tuvo resonancia especial. Debió de haber ejecutado alguna acción que en la severa justicia de entonces se condenaba con la pena capital. Pero la popularidad que contaba entre el ambiente estudiantil, y el haber hecho causa común con él los compañeros de Universidad, retrajeron a los jueces a prenderle y a ejecutar la sentencia. Los Padres intentaron su trasformación interior. No sabemos cómo consiguieron que viniera al Colegio a practicar los Ejercicios. El fruto de ellos lo condensa el cronista en una frase lapidaria: «nunca más se puso espada». Pidió perdón a los que había agraviado, se reconcilió con los enemigos y aun comenzó a frecuentar los sacramentos..... Sirvió de enlace con los de su pandilla, convirtiéndose muchos compañeros antiguos por su medio (60).

El P. Gaspar de Salazar tuvo otro triunfo resonante con uno de éstos «con hábito y nombre de estudiantes, pero [que] a la verdad más estudiaba en valentías y mocedades y en ser caudillo de ruines estu-

(58) *Tol. 38*, 1v.
(59) *Tol. 38*, 109v.
(60) *Tol. 38*, 2r.

diantes que se amparaban de él para sus maldades» (61). El Padre comenzó a «embestirle», es el término que usa el cronista, y el cabecilla a defenderse. Éste cogió al principio la iniciativa del Padre como cosa de broma. Pero al fin las palabras insinuantes del apóstol pudieron más. Le conmovieron de modo que el matachín se echó llorando a sus pies. Decidido a todo, se encerró en el Colegio, e hizo lo que el P. Salazar le indicó. Acabado el retiro pidió perdón a los muchos con quienes había faltado y sobre todo reparó el honor de una doncella casándose con ella. Vivió después una vida honrada en Cuenca, a donde se trasladó.

14.—El P. Luis de Guzmán, apóstol de los Ejercicios.

Con semejantes conversiones iban gradualmente saneando el ambiente universitario y a la vez ganando la opinión en favor del método ignaciano. Muchas más eran las trasformaciones ocultas que obraban en lo íntimo de la conciencia de cientos y cientos de universitarios que encontraban en ellos la luz que inútilmente habían andado buscando y la fuerza para llevar adelante sus propósitos. No contó aquel Colegio con directores de la talla de un Baltasar Álvarez o de un La Puente..... No faltaron con todo algunos que descollaron.

Uno de los que tuvo más fama en el ambiente en que se movían aquellos universitarios, fué el P. Mto. Deza, de quien ya hemos hablado. Otro gran apóstol de los Ejercicios, ganado él mismo por ellos en trance muy crítico, fué el palentino *P. Luis de Guzmán*, antiguo universitario de Alcalá, en donde entró en la Compañía y quien ocupó altos cargos de gobierno, entre ellos los de provincial de Andalucía y dos veces el de Toledo. Hoy día es todavía conocido por su interesante y bien documentada historia de la India, China y Japón (62).

En sus dos períodos largos de permanencia en Alcalá, su acción fué providencial. Carácter apacible, sereno, más bien tímido, triunfaba en el trato individual. Sabía crear en torno a sí un ambiente de confianza en el que se le abrían las almas atribuladas y a quienes curaba con su dulzura y suavidad. Su conocimiento de múltiples materias de actualidad, su espíritu abierto, le hacía interesante a los jóvenes y le servía de cebo para acercarlos. Un don singular de saber captar los estados psíquicos y de «desenmarañar», como decían, sus asuntos, le granjeó fama singular entre el mundo estudiantil. Su acierto y tino en las respuestas, su actitud aun externa de varón ensimismado en

(61) CASTRO, lib. 9, cap. 12; 2, 58v.

(62) Del P. Luis de Guzmán aporta preciosas noticias CASTRO, lib. 10, cap. 9, 2, 96-119.

Dios—recalcan los contemporáneos la compostura externa—, daban una como sobrenatural garantía a sus decisiones y hacía que se volcaran las almas a él con plena confianza en su palabra y consejos.

Tal era el apóstol de los universitarios. Se les hacía encontradizo y con su delicado tacto los iba paulatinamente ganando. Fué muy celebrado el cambio que consiguió con «una camarada de estudiantes muy traviesos que traían alborotada aquesta villa, no pudiendo las justicias remediallo». Atrajo suavemente a uno, desgajándole con gran habilidad del grupo. Después de innumerables dificultades obtuvo que se confesara. El joven, impresionado por su bondad y prudencia, habló a los de su pandilla del Padre con gran entusiasmo y admiración. No tardaron mucho en acercarse y convertirse los compañeros (63).

Los Ejercicios constituían el punto final del itinerario espiritual por donde conducía el P. Guzmán a los que se le entregaban. Llegó a escribir un libro sobre los Ejercicios, «lleno de erudición y de doctrina». Provincial de Toledo exhortó a los súbditos a su práctica y propaganda. Dirigió varias pláticas en las diversas Casas. Se consideraron tan importantes que se trascribieron y se conservaron manuscritas. Hoy, por desgracia, lo mismo que su libro, se han perdido. Esas páginas sin duda nos descubrirían muchos secretos del arte singular que poseía en darlos. Sabemos que el examen de conciencia era para él una de las piezas ejes del método, al que daba gran importancia. Con aquel fino instinto psicológico que poseía, debió de pulsar como pocos las reacciones del alma y diagnosticarlas con precisión de especialista. Esta introversión era una de las razones de su ascendencia entre los universitarios. Veían en él al guía seguro. Sus palabras, cuando tocaban este tema descubriendo las crisis internas y examinando sus causas, adquirían fuerza y aun belleza especiales. Exclama con pomposo énfasis su biógrafo: «En esta materia no había Tulio ni Demóstenes que tan bien hablase» (64).

Sobre todo daba la seguridad que proporcionan los hombres de Dios. A personas muy espirituales, deseosas de conocer a algún grande amigo de Dios, cuando le conocieron y trataron «se les quietó su corazón, pareciéndoles que tenían delante el cumplimiento de sus deseos» (65). El consejo que invariablemente daba a muchos de los que se le acercaban atraídos por su espíritu, era el que se recogieran a hacer Ejercicios (66), que él mismo les daba muchas veces. Allí apreciaban mejor que en ninguna parte el don de discreción de que estaba adornado.

Luis de Guzmán fué tan sólo uno de los más señalados y buscados entre los directores. Muchos no han dejado gran nombre. No buscaban los estudiantes varones de gran fama o dotes oratorias. Les interesaba

---

(63) CASTRO, lib. 9, cap. 12, 2, 115v.
(64) CASTRO, 2, 117v.
(65) CASTRO, 2, 118r.
(66) CASTRO, 2, 113r.

un Padre que los introdujera en la vida espiritual, los instruyera, los guiara en los senderos de la vida. Y eso hacían aquellos Padres, aunque su nombre fuera desconocido de las grandes masas. Cada uno buscaba la solución a su problema y lo encontraba en aquel retiro. Tenían razón más que de sobra para quedar satisfechos. Casi todos los que estuvieron de asiento alguna temporada dieron los Ejercicios a alguno de los estudiantes que continuamente venían a hacerlos.

15.—Con personas de posición social.

En la estrategia general de Alcalá constituía el trabajo con los universitarios la base principal. Pero para que fuera eficaz necesitaba ser completado con el de algunas personas principales y gente de elevada posición. Sin su apoyo social y económico nunca hubieran podido medrar. El gasto era mayor que en ninguna otra parte. Un crecido número de escolares dedicados al estudio, es una carga muy fuerte para toda comunidad, y mucho más para una incipiente y sin apenas entradas, como era la fundada por el P. Villanueva. Se iban abriendo paso precariamente.

En Alcalá además pululaban bastantes familias nobles. Las traía el prestigio de la Universidad. Madrid estaba a poca distancia. Y aunque no se podía considerar todavía como capital y corte definitiva, iban frecuentándola cada vez más personas de distinción. Y las nobles familias como los vallisoletanos y palentinos en Villagarcía, encontraban en la paz del Colegio complutense un oasis de reposo y felicidad espirituales, desconocidos en la vida de ajetreo cortesano.

Ya el P. Villanueva había ganado al que iba a ser el primer insigne bienhechor de Alcalá, al *doctor Alonso Ramírez de Vergara*. Sus cuantiosas rentas solucionaron durante bastante tiempo el problema económico.

El doctor Vergara vivió desde los Ejercicios que le dió el P. Villanueva una espiritualidad muy elevada. Se fijó en ellos un orden de vida y lo cumplió escrupulosamente (67). Dedicó varias horas a la oración y prácticas piadosas. Se dió al cumplimiento exacto de sus obligaciones eclesiásticas. Fué un padre para los pobres y necesitados. En Cuenca, en donde poseía bastantes beneficios, notaron los efectos de su trasformación.

Por su parte volvía Vergara a renovar el fervor de vida espiritual al calor de nuevos Ejercicios que volvía a practicar regularmente después de cierto período de tiempo.

---

(67) CASTRO, lib. 11, cap. 6; 2, 148r.

Otro de los ejercitantes que continuaron la acción benéfica iniciada por el doctor Vergara, era de la familia de los Mendoza, de la más noble alcurnia que había en la ciudad.

La que tuvo más relación con los Padres fué *doña María, hija de don Luis Hurtado de Mendoza,* marqués de Mondéjar y antiguo Presidente del Consejo real de Castilla. Nació en Granada, pues su padre residía allí con el cargo de capitán general de aquel reino. El Beato Ávila le inició en una vida de acendrada piedad. Con su consejo hizo voto de virginidad dejando valiosos partidos. Y se dedicó toda su vida a obras de piedad y misericordia. Sus fundaciones fueron numerosas. La Compañía de Jesús le debe grandes beneficios, entre otros la fundación del Colegio complutense. El historiador de la ciudad de Alcalá, don Esteban Azaña, la apellida «la santa» (68). Por todas partes dejó huellas de su desprendimiento y caridad.

Los grandes principios de los Ejercicios organizaron su vida. Sus reglas fueron la luz de sus grandes decisiones. Como en Magdalena de Ulloa, dieron un plan acertado y eficiente al uso de sus riquezas. Para renovar la fuente de su fervor espiritual, solía con frecuencia retirarse a Ejercicios. Todavía poco antes de su muerte estuvo 22 días seguidos en ellos (69).

Otra Mendoza, doña Catalina, fundadora de varios conventos, como los del Santo Ángel de la Guarda y de los franciscanos descalzos, fué otra noble señora educada espiritualmente en el método de los Ejercicios.

Su casa, emplazada enfrente del Colegio, se convirtió en Casa de Ejercicios para damas de la nobleza, que allá, cerca de los jesuítas, en un ambiente de piedad y fervor, encontraban el lugar apto para dedicarse a Dios y practicar con plena paz el retiro. Así en 1600 vino de Madrid a hacerlos *doña Juana de Velasco,* duquesa de Gandía, camarera mayor de la Reina. La acompañó en los Ejercicios otra ilustre matrona de la corte, que acostumbraba hacerlos todos los años, *doña Ana Félix de Guzmán,* de la que hablaremos más tarde. De este retiro brotó la fundación del Colegio de Madrid (70).

Doña Catalina vivía en su palacio como si fuera una religiosa. Realizó el prototipo de una dama que aspira a llevar vida de perfección en medio del mundo. Hizo los tres votos privados de pobreza, castidad y obediencia. Vivía para Dios y sus pobres. En medio del boato a que se daban tantas familias aristocráticas, con mucho menos grandezas que la suya, fué un ejemplo continuo de hasta dónde puede llegar la generosidad y nobleza de ánimo que bullía en la auténtica nobleza española, y de lo que podían llevar a cabo cuando encontraban una direc-

---

(68) AZAÑA: *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares,* vol. 2.°, 98.
(69) CASTRO, lib. 12, cap. 8; 2, 279r.
(70) *Historia del noviciado de Madrid,* 6rv.

ción adecuada. Fué en Alcalá la madre de los pobres, la patrocinadora de las grandes empresas. Fundó el Colegio de Santa Catalina, para colegiales de jurisprudencia. Su sentido de justicia la movió a formar personas eminentes que rigieran el día de mañana los tribunales españoles. Fundó también el convento de los carmelitas descalzos, denominado del Ángel de la Guarda. Ella, tan dada a la vida de oración y recogimiento, quiso que hubiese en aquella ciudad, donde privaba un ambiente de letras y afán de dignidades y ascensos, un foco de vida de oración y humildad. La presencia de los hermanos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz sería una garantía para la orientación espiritual de la ciencia complutense.

16.—En Salamanca: primeras escaramuzas.

La táctica seguida en Alcalá la extendieron los jesuítas a Salamanca, con resultados muy halagüeños. La clásica rivalidad de las dos famosas universidades se extendió al campo de los Ejercicios, y fué un continuo acicate para renovar el método en busca de una siempre mayor eficiencia.

Alcalá tuvo la primacía en el apostolado. Más aún. De Alcalá se llevó la práctica a Salamanca. Se arrancó de la rica cantera de Alcalá «para primera piedra» del edificio salmantino, como se expresa Ribadeneyra (71), a uno de los que encarnaban las tradiciones complutenses y era una de sus mayores glorias, al *doctor Miguel Torres*, antiguo colegial mayor de San Ildefonso, Catedrático de artes y rector de la Universidad. Le acompañaba el *P. Sevillano*, la vocación salida de Alcalá.

Pronto les siguió—para seguir en todo la táctica complutense—un famoso orador que removiera el ambiente y diera a conocer en las aulas universitarias a los recién venidos. Fué éste el *P. Francisco Estrada*, uno de los oradores que más conmoción suscitaba y que lograba reunir más imponentes auditorios. Su llegada se hizo sentir muy pronto. Comenzaron en seguida a suscitarse vocaciones escogidas. La más notable, la que consiguió semejantes efectos a la que había producido en Alcalá la de Alfonso Deza, fué la de *Bartolomé Hernández*, graduado en cánones. No poseía el ascendiente del famoso catedrático complutense, pero era una gran adquisición. Continuó en el mismo Salamanca ganando a sus compañeros. Satisfizo tanto, que al poco tiempo se le nombró rector del Colegio. Estuvo en él once años (1554-1565), durante el período más crítico, en la fase inicial. Organizó el trabajo, incoó

(71) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 1, cap. 7, vol. 1, 20v.

benéficas actividades, dió una orientación clara y definida a las diversas obras. Fué el hombre providencial de Salamanca, algo así, aunque en escala inferior, como Villanueva en Alcalá.

Los Ejercicios formaron desde el principio parte del programa de acción. En ellos había encontrado el P. Hernández la luz y fuerza para «dar de mano al mundo y seguir a Cristo en la Compañía» (72). No podía olvidarse de ellos. En la medida que lo permitían las circunstancias deficientes en que se movían, inició su propaganda.

La casa era «muy ruin» y pequeña. A pesar de ello, confiando en Dios y persuadido de la trascendencia del método ignaciano, la abrió a los ejercitantes, iniciando así una costumbre que tomó pronto cuerpo y se consolidó para gran bien espiritual de la ciudad. Era obvio que vista la escasez de personal con que contaban, ansiaran ardientemente vocaciones. Sin muchos refuerzos no podían crear un centro de la importancia que exigía la categoría de la ciudad. Esperaban que Salamanca podía llegar a ser desde este punto de vista un segundo Alcalá, un Seminario fecundo para la Compañía, tan necesitada de apóstoles.

El P. Luis de Mendoza, se dedicó a dar a conocer la nueva Orden. Su afán era aumentar el número de sujetos. Y confiaba grandemente en las posibilidades que ofrecía aquel centro, que según él era «el mejor puerto que hay en la cristiandad para pescar buenos sujetos y multiplicar la Compañía» (73).

El fundamento del movimiento de los Ejercicios estaba echado. Parecía que pronto se podría edificar sobre él y se llegaría a la construcción definitiva, digna de Salamanca. Pero la realidad no correspondió a tan halagüeñas esperanzas. Una fuerte borrasca amenazó con echar a pique toda la obra. Uno de los teólogos de más renombre no sólo en la Universidad salmantina, pero aun en toda España, el ilustre dominico *Melchor Cano*, inició una ofensiva dura y sistemática contra la nueva Orden. Descalificaba el instituto en público y en privado. En el primer tomo hemos hablado largamente de la ideología del preclaro teólogo. Explicamos allí su mentalidad y las complejas razones y concausas que contribuyeron a que adoptara esta extraña actitud y sobre todo a que él, el defensor nato de la ortodoxia, no llegara a comprender una Orden que trabajaba por la causa de la Reforma. El P. Astráin, por su parte, en un amplio capítulo ha relatado extensamente los incidentes de la contienda salmantina (74). Es, pues, inútil volver sobre el tema. Basta con haberlo recordado y encuadrado dentro de la marcha de los Ejercicios en Salamanca.

Fué ciertamente un golpe que paralizó la obra. Pero pronto renació la bonanza. Otro ilustre dominico, el *Mto. Juan de la Peña*, publicó

(72) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 133v.
(73) MHSI.: *Epp. Mixtae*, 2, 571.
(74) ASTRÁIN, vol. 1, cap. 80. Hablamos nosotros de la ideología de Melchor Cano en *Historia de los Ejercicios*, vol. 1, pp. 94-98.

un memorial en favor de la perseguida Orden, en el que expresamente alababa los Ejercicios, que Melchor Cano había de modo particular condenado.

Véase lo que escribió sobre ellos: «Lo que dicen de los Ejercicios espirituales que usan y dan estos Padres tiene menos sospecha porque el libro de los mesmos Ejercicios después de haber sido examinado por orden de Su Santidad por tres personas gravísimas y dos de ellas de nuestra insigne religión, fué aprobado por la Sede Apostólica y los ejemplos de los santos y la experiencia y toda buena razón nos enseñan que dificultosamente se puede encender fuego en los ánimos de los próximos si el que le quiere encender no arde en sí, y si con recogimiento interior no está compuesto» (75).

17.—Continua marcha ascensional.

Vencido el temporal pudo iniciar el P. Hernández su campaña en favor de los Ejercicios. Ya hemos hecho alusión a la principal dificultad: lo ruin de su casa. Lo malo es que se vieron precisados a continuar en ella durante más de seis años. Los jesuítas salmantinos que iban a poseer en el siglo XVII uno de los Colegios más importantes y majestuosos de España, orgullo de la ciudad rica en monumentos, no pudieron encontrar en mucho tiempo una casa un poco apta para desplegar sus múltiples actividades.

Era el local en que se hospedaban, como lo describe el P. Ribadeneyra «una casilla alquilada muy pobre y apartada del concurso de la ciudad. En un aposento bajo aderezaron con lodo y paja una capilla y en ella pusieron una imagen de papel por retablo» (76).

A este rincón se acogían los catedráticos de la Universidad y los colegiales del Colegio Trilingue o de la Magdalena. En esa casa que «allende de ser ruin», no era capaz más que para ocho personas, tenían que vivir veintidós (77).

Urgían los pobres moradores para que San Ignacio consiguiera del Cardenal Mendoza un alojamiento más digno. Pero hasta 1557 no se pudo «ensanchar la habitación», lo que se hizo tomando varias casas colindantes (78).

Con esta nueva ampliación mejoró algo la situación. Debieron de reservar en la nueva morada algunos cuartos para los que se reti-

---

(75) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 1, cap. 12, vol. 1, 32r.

(76) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 1, cap. 7, vol. 1, 21v.

(77) MHSI.: *Epp. Mixtae*, 2, 571.

(78) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 159v.

raban a Ejercicios, pues se comienza ya a hablar de la afluencia de ejercitantes como de algo que se iba sucediendo sin cesar. El número de aposentos reservados debió de ser de tres. Este era el número ordinario de los que continuamente estaban en casa practicando el retiro. Pero no pocas veces aumentaba, porque los escolares, llevados de su entusiasmo por los Ejercicios, dejaban con frecuencia sus propios aposentos. Se arreglaban para dormir como podían, metiéndose tres en un cuarto o yendo a pasar la noche a cualquier rincón (79). En 1558 hubo épocas en que llegó a haber siete simultáneamente y más tarde, en 1573, cuando se encontraban algo mejor acondicionados, hasta veinte (80).

Acudían, como recalcan las fuentes con insistencia, «personas de calidad», catedráticos, doctores, bachilleres en teología y para decirlo con la expresión del cronista «gente más gruesa» (81), es decir, el público más cualificado y de más prestigio de la ciudad universitaria. Aunque en menor número, se veían también mercaderes, sacerdotes de los alrededores y familiares del señor Obispo (82).

La ciudad estaba ganada para la causa de los Ejercicios. El P. Hernández había conseguido suscitar este fuerte impulso. Cuando en 1565 abandonó la ciudad, se había consolidado ya la marcha. Podía continuar la práctica como una tradición fuertemente enraizada.

La corriente fué aumentando sin cesar. Un nuevo contingente se sumó desde 1564. Los alumnos del Colegio abierto ese año. Suponía un esfuerzo extraordinario e incluso era una temeridad sentar cátedra en aquel centro, plantel de primeras figuras. Pero los cerca de seis mil jóvenes matriculados en la Universidad—más del doble de los que contaba Alcalá—merecían que se intentara la arriesgada empresa. De hecho reunieron los jesuítas un escogido número de profesores, de lo mejor con que contaban entonces. Trajeron «gente hecha», entre ellos a los dos Acosta, Jerónimo y Bernardino, a los PP. Dr. Andrés Martínez, Francisco de Angulo y otros ocho más que dieran lustro a la nueva fundación. Fué un refuerzo que repercutió en la afluencia desconocida hasta entonces de fieles, sobre todo de la Universidad. Culminó el nuevo estado de cosas con la venida del famoso predicador, el *doctor Juan Ramírez*, antiguo discípulo del Beato Ávila, y a quien parecía que el apóstol de Andalucía había comunicado algo de su fuego y ardor. Porque al igual que su maestro conmovía grandes muchedumbres y las excitaba a penitencia, obteniendo conversiones numerosas y muy celebradas. Muchos, a raíz de sus sermones, entraron en diversas Órdenes.

---

(79) ASTRAIN, 2, 541.
(80) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 699; *Hisp. 141*, 340v.
(81) MHSI.: *Litt. Quadr.* 6, 202.
(82) Datos sobre ejercitantes en Salamanca en MHSI. *Litt. Quadr.* 5, 487, 699, 798; 6, 202; 7, 10, 227, 634; *Polanco Chron.* 6, 561.; *Epp. Mixt.* 5, 605-606; *Hisp. 141*, 55v. 154v, 275v, 347r.

La iglesia de los jesuítas era incapaz de contener la muchedumbre que venía a oír al nuevo predicador. Pronto se notaron los efectos. Aumentó notablemente la calidad de los ejercitantes. Los veinte escolares jesuítas, tan acreditados en la Universidad, que nada menos que Domingo de Soto y Pedro Sotomayor los colmaron de elogios, siguiendo la táctica de Alcalá de contactos personales, completaban la labor.

El P. Hernández poco antes de dejar su rectorado alquiló una casa de las que rodeaban el Colegio. Quedaban todavía mal alojados. Se reducía su morada a varias casas de vecindad acondicionadas. No tenían el decoro ni la magnitud que exigía la categoría de las obras que llevaban a cabo. Pero aumentaban las posibilidades de recibir mayor número de ejercitantes. Poco después, en 1571, compraron una casa de campo en las afueras que sirvió también para que se retiraran a Ejercicios lo mismo los seglares que los jesuítas. No contentos con estas ampliaciones, levantaron en la huerta del Colegio un pabellón con bastantes aposentos y capilla, donde preferentemente alojaban a los ejercitantes.

El P. Guzmán se complace en describir el contraste entre la estrechez y la falta de espacio del Colegio y la paz de aquel recinto que había surgido como por ensalmo en el jardín. Como si un mundo separara los dos edificios tan cercanos. En «aquel silencio—escribe—y soledad de todas las cosas» el alma se levantaba a las cosas del cielo «provocándoles a contemplar el cielo libre» (83). El luminoso paisaje del cielo castellano sobre la majestuosa campiña salmantina contemplado desde las ventanas de aquel apacible rincón, era un sedante para los profesores y estudiantes cansados en la dura brega de los estudios.

Este favorable desarrollo de la marcha de los Ejercicios iba a recibir pronto un gran impulso con el nombramiento para rector de Salamanca, en 1574, del *P. Baltasar Álvarez*. A su paso en todas las casas florecen con vigor inusitado los Ejercicios. Un hombre entusiasmado por una idea, como estaba el P. Baltasar con la práctica ignaciana, encuentra siempre mil recursos que se escapan a otros. Es lo que le sucedió en esta ciudad. Apenas llegó, el número de ejercitantes subió a cifras inverosímiles en aquellos tiempos de retiros individuales.

En 1574, recién nombrado rector, hicieron Ejercicios 50. A los dos años, en 1576, llegaron ya a 66. Acostumbrados hoy a grandes tandas, nos podrán parecer insignificantes estos números, pero entonces suponían un abrumador trabajo y un esfuerzo extraordinario. Tenían que estar durante meses y meses algunos Padres atendiendo y dando puntos a varios por separado, respondiendo a sus consultas, dirigiéndolos en sus problemas y todo esto sin dejar sus habituales ocupaciones (84).

---

(83) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 190r.
(84) *Hisp. 141*, 347r. *Cast. 32*, 2v.

18.—El P. Bath y los Ejercicios en ejemplos.

El flujo de ejercitantes continuó durante los restantes años sin incidentes de especial mención. El fin de siglo que para otros centros, aun para el de Alcalá, supuso un decaimiento, no frenó la marcha en Salamanca. Sucesivas ampliaciones del edificio hicieron posible una mayor concurrencia. Se inició, además, un nuevo sistema de atracción y apostolado, típico de este Colegio, llamado de ejemplos, en los que concentraban de modo plástico y vivo algún punto doctrinal. Una especie de alegoría continuada en la que se encerraba la teoría que se quería inculcar al auditorio. Este sistema es una prueba de la flexibilidad acomodaticia de aquella comunidad. Buscaban siempre el camino más eficaz para llegar al alma.

No eran ejemplos sueltos, disgregados entre sí. Aunque se dieran en diversos días, iban unidos por una oculta ilación. Llegaron a base de este sencillo sistema, a explicar tratados enteros de ascética. El método, como todo lo que hiere la imaginación y lleva la nota de la novedad, resultó del agrado del pueblo y reunió grandes concursos (85).

Nos hemos detenido en la descripción de esta forma de apostolado, porque comenzó en seguida a utilizarse como propaganda para los Ejercicios. Incluso se llegó a condensar la sustancia y el fruto de algunas meditaciones en ejemplos que proponían a personas de condición más simple. Intentaban un nuevo modo de adaptar las verdades de los Ejercicios a mentalidades incapaces de comprenderlas de otro modo menos tangible. Es un interesante reflejo del espíritu que animaba a aquellos Padres y a la ciudad universitaria de vaciar en nuevos métodos la ciencia tradicional, y de buscar soluciones para trabajar sin descanso por modernizar la ciencia y adaptarla a las necesidades del momento.

El artífice de este procedimiento fué uno de los mayores apóstoles de Ejercicios que tuvo Salamanca y aun España en este período: el *P. Guillermo Bath.*

Podemos conocer más a fondo el curioso sistema de ejemplos, gracias a un libro en que se nos han conservado 25 de ellos aplicados a la excelencia y fruto de los Ejercicios. La obra se publicó bajo el nombre de un tal Pedro Manrique, discípulo del P. Bath, pero no faltan quienes sospechan que bajo ese apellido se oculta el mismo P. Bath (86).

---

(85) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 211r.

(86) Lleva el siguiente título: *Sacra Tempe seu de Sacro Exercitiorum Seccessu exempla collecta a D. Petro Manrique Hispano primum hispanice, tum italice edita, nuper latine versa et pro xenio sodalibus academicis maioribus oblata.* Ingolstadii, 1622. Ha reimpreso la obra el P. Watrigant en *CBE.* 26 (1910), 9-71. Sobre el autor de la obra puede verse en la introducción del P. Watrigant en *CBE.* 26 (1910), 2-3.

Se abre el libro con un capítulo introductorio en que intenta hacer ver a los hombres ocupados en negocios las razones que tienen para desentenderse de ellos y emplear algunos días en la práctica de los Ejercicios. Siguen los 25 ejemplos, cifra y resumen de lo más sustancioso del librito ignaciano. La trama externa se reduce a conversiones y frutos que ha ido obteniendo la práctica de los retiros. Son todos anónimos con muy pocos datos concretos. En cada ejemplo se relata un efecto diverso, escalonado conforme a un plan prestablecido. El ejemplo no es más que un soporte para sobre él sugerir un mundo de ideas. Lo personal y circunstancial ocupa un mínimo espacio. Se insiste en cosas generales, que es sin duda lo que el director pretendía conseguir del oyente-ejercitante. No se exhorta, no se dan consejos. Simplemente se narra. Se pone en casos sucedidos a otros, como en un espejo, lo que se quiere suceda al que está delante. El autor se muestra fino psicólogo, práctico en el modo de exponer las verdades, realista en sus concepciones, fecundo en recursos.

Sin duda que los ejemplos del P. Bath fueron muy concurridos, como lo eran los de todos. Estaba de moda el sistema. La figura del Padre se hizo popular aun fuera de España. Llegó a interesar su método a persona tan eminente como San Francisco de Sales (87). Possevino se ocupó de él (88). El libro de ejemplos escrito en España fué reeditándose con fortuna en Milán, Bolonia e Ingolstadt, señal del interés que suscitaba la obra en todas partes.

Los ejemplos constituían sólo el primer paso del método del P. Bath. Para nosotros son un índice de las cualidades que le adornaban. Nos muestran su actitud de adaptación, su percepción del medio ambiente, su sentido de la realidad y su don de atracción. Los datos que poseemos de su actuación como director confirman plenamente esta primera impresión. Se habla de él como de un director que sobrepujaba la línea ordinaria.

No residía en el Colegio del Espíritu Santo, del que hemos hablado hasta ahora, sino en el de San Patricio, de los irlandeses, fundado en 1592. Era el primogénito de una noble familia irlandesa, que había ocupado altos puestos en la corte real. Él mismo había sido legado de Irlanda cerca de la reina de Inglaterra, Isabel. Aquel mundo de intrigas no era para su alma recta. Pronto renunció al risueño porvenir que se le abría en palacio y determinó servir a señores más altos. Para realizar su decisión, dada la persecución reinante, tuvo que alejarse de su patria. Zarpó rumbo a Bélgica y entró en la Compañía de Jesús en 1596 a los 31 año de edad.

Aun el P. Juvency en su Historia general de la Orden, juzgó su actuación digna de que se incluyese en sus anales y le dedicó unas

---

(87) Cfr. *CBE.*, 26 (1910), p. 4, n. 1.

(88) Carta de Possevino a Aquaviva, Ferrara, 15 diciembre 1610. *Opp. NN.* 333, f. 377.

líneas, poniendo de realce su peculiar habilidad y maestría en la dirección del método ignaciano y las trasformaciones que producía. Como muestra concreta de su eficiencia, narra el P. Juvency los Ejercicios que consiguió dar con estupor de la ciudad a 300 de los más famosos criminales, presos en la cárcel (89).

Los monasterios se iban llenando con las vocaciones suscitadas en los retiros dirigidos por el P. Bath. Se referían varios cientos de trasformaciones que excedían el nivel ordinario del fruto que estaban acostumbrados a contemplar en los Ejercicios (90).

El P. Nieremberg en su «Honor del Gran Patriarca San Ignacio» escribe con su clásico estilo ponderativo: «Fué un singular don que comunicó a este espiritualísimo Padre de dar los Ejercicios de nuestro Padre San Ignacio: esta gracia fué tan rara que hacía de las almas todo lo que quería. No se le vaciaba el aposento nunca de gente de todos estados que venían a ser instruídos de él» (91).

Parte de la actividad del P. Bath pertenece ya al siglo XVII. Recogió la herencia del entusiasmo suscitado por las primeras generaciones y la enriqueció con su prestigio personal.

No se llegó en Salamanca al esplendor de Alcalá, pero se le acercó bastante, sin duda más que los restantes centros españoles. Con todo, es necesario tener en cuenta el número mucho mayor de estudiantes inscritos en Salamanca, de que ya hemos hablado. Los que hicieron Ejercicios eran una casi insignificante minoría respecto a los seis mil universitarios que anualmente frecuentaban las aulas. En Alcalá, en cambio, la proporción era mucho mayor. Probablemente más del doble de ejercitantes en una mitad de población estudiantil.

Pero su acción se hacía sentir más de lo que suponen las cifras escuetas. Era una minoría de selección, bien elegida entre los muchos más que deseaban ir al Colegio y no podían ser atendidos, que iba fermentando la masa escolar e introduciendo criterios sanos, piedad intensa, estima del método que conseguía una trasformación tan honda. Con esta paulatina pero eficaz irradiación, se iba purificando el ambiente y estimulando una intensa renovación espiritual.

---

(89) JUVENCIO, P. 5, lib. 13, pp. 224-225.

(90) TANNER: *Societas Iesu Apostolorum imitatrix*. Citado en *CBE*, 26 (1910), p. 7.

(91) NIEREMBERG: *Honor del Gran Patriarca San Ignacio*, 752-753.

DESARROLLO ULTERIOR EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

I. En la antigua provincia jesuítica de Aragón

1.—En Valencia entre los universitarios.

Los primeros jesuítas simultáneamente a los centros de que acabamos de hablar, fundaron otros en la parte catalana y valenciana. Su origen fué independiente del de Alcalá y Salamanca. Los establecieron Padres venidos de Roma, Lovaina u otras casas.

Hubo con todo, como no podía ser menos, muchos puntos de contacto en el método seguido entre los fundadores de Alcalá y entre los de Gandía o Barcelona. Uno de ellos fué el de ir a la conquista inmediata de los que constituían la función rectora de la sociedad.

En Barcelona—como se había hecho en Valladolid—se fijaron principalmente en las personas de elevada posición social, que conservaban todavía un particular prestigio en la ciudad condal y antigua capital del Reino de Aragón. En Valencia—al igual que en Alcalá—se inició el contacto con la acreditada Universidad.

Pero en Cataluña y Valencia se realizó la infiltración de modo distinto que en Castilla. Se siguió un procedimiento que no permitió un desenvolvimiento tan próspero de los Ejercicios.

Se levantaron grandes centros de enseñanza que pudieran competir con las mismas universidades. En Valencia, por ejemplo, el establecimiento de las facultades fué causa de no pequeños roces con la Universidad, que se sentía vulnerada en antiquísimos derechos.

Es verdad que también los jesuítas explicaron filosofía en Alcalá. Pero su enseñanza era complementaria de la de Universidad, no independiente.

La Historia del Colegio de Barcelona habla repetidamente con entusiasmo del prestigio que habían alcanzado sus profesores en las facultades superiores, y de la espléndida corona de alumnos. El abrumador trabajo de las cátedras absorbía por completo las energías y el tiempo de los Padres más conspicuos. No se podía pensar en que se dedicaran de modo notable a otros apostolados. Con este método florecieron más los centros de enseñanza, pero los Ejercicios no pudieron desarrollarse con tanto vigor.

Valencia fué, dentro siempre de esta zona, la ciudad donde cuajaron mejor los Ejercicios. No esperemos con todo un desenvolvimiento similar al de las dos grandes Universidades rivales.

El valenciano Mirón inició el movimiento. Lo consolidó y extendió otro valenciano, uno de los grandes apóstoles de Ejercicios: Doménech. De los dos hablamos en el primer tomo. Para Valencia fué una sensible pérdida la ida a Sicilia del *P. Doménech*, quien por sus relaciones familiares, sus dotes personales, su antigüedad en la Orden, su entusiasmo por la práctica y su pericia en ella—San Ignacio le colocó entre los cuatro mejores directores—parecía llamado a ser el apóstol providencial de su ciudad natal.

No le perdió Valencia para siempre. Desde 1576 en que volvió definitivamente de Sicilia hasta su muerte, acaecida en 1592, pudo gozar de su presencia y actividad.

Estamos mal informados de las modalidades de su apostolado. Sabemos sólo que se daban Ejercicios lo mismo en el Colegio de San Pablo que más tarde en la Casa profesa. A veces eran «muchos», otros años solo «algunos», pero nunca faltaban los que los practicaban, y como se escribe en 1567, «con consolación y fruto de sus ánimas» (1).

Se hacía mucho bien a las almas, pero se podía hacer todavía mucho más. Se reducía la acción a grupos más bien pequeños. El P. José Acosta en la visita que hizo en 1591 dió un toque de atención y estimuló a intensificar la práctica y a atender a los que acudían al Colegio. Dejó la siguiente nota en su Memorial: «El santo ministerio de los Ejercicios se procure renovar y a los que les dieren de fuera se les busque la mejor comodidad que se les pueda dar en casa» (2).

El Visitador no se contentó con dar órdenes. Predicó con extraordinario concurso en la catedral y en Semana Santa en la Casa profesa. Su predicación atrajo a muchas personas y fué una gran propaganda de la Compañía. Quería introducir algo del método que había visto se realizaba en Alcalá. Logró aumentar algo el número de ejercitantes. Siguió la práctica con un ritmo continuo, aunque no muy intenso, realizando su función purificadora y renovadora de la sociedad.

---

(1) *Hisp. 141*, 173. Traen datos sobre los Ejercicios en Valencia. *Hisp. 141*, 230r, 371v; *Hisp. 97*, 256r; *Arag. 25*, 70r.

(2) *Hisp. 90*, 379v.

2.—En Barcelona entre personas de la nobleza.

La acción desarrollada en Barcelona tiene muchos puntos de contacto con la de Valencia. Ya hemos indicado que se trabajó intensamente con las personas nobles y de más significación social. El acreditado Colegio-Universidad educaba a los hijos de las familias más conspicuas. Más aún: la fundación del Colegio se debe considerar como fruto de los Ejercicios.

La principal bienhechora de sus comienzos y a la que se le dió luego el título de fundadora, *doña María Manrique de Lara*, hija del duque de Nájera, camarera mayor de la emperatriz María, había iniciado una vida de piedad y celo en unos Ejercicios que hizo en Viena en 1552.

Como tantos otros nobles españoles encontró en los Ejercicios los principios reguladores de su vida. El mayor servicio de Dios orientó el uso de sus cuantiosas riquezas para gran bien de la Iglesia y de la sociedad.

Otra de las señoras que más íntimamente trataron con los Padres, fué *doña Estefanía de Rocaberti*. «Devotísima de la Compañía desde los principios que tuvo en esta ciudad..... perseveró en su devoción, frecuentando la confesión y comunión por espacio de más de 35 años viviendo vida ejemplarísima, gobernándose con consejo de los nuestros» (3).

No dice el historiador si practicó los Ejercicios, como no lo dice de nadie, ni de doña María Manrique de Lara, ni de otros de quienes sabemos por otras fuentes que los hicieron—le parecía sin duda ese dato una insignificancia que no interesaba, o lo daba por supuesto—, pero los datos que da de su vida y de su relación con los jesuítas están indicando una dirección espiritual y género de vida que no se daba sino entre los antiguos ejercitantes. No puede fallar esta regla en dama tan cualificada. Tanto más que después de un bien madurado plan fundó un convento de carmelitas descalzas en el que ingresó, viviendo en él con muestras de gran santidad. Sin duda que una decisión de esta índole la maduró al calor de los Ejercicios y de la dirección dada conforme a los principios de ellos.

Doña Estefanía fué, además, «causa que muchas mujeres nobles hayan tenido devoción a la Compañía» (4). Se formó en torno a ella un grupo de señoras dispuestas a secundar las iniciativas de los Padres y a coadyuvar en sus empresas. Es necesario decir de este núcleo de incondicionales, lo que decíamos de doña Estefanía. Tal intimidad y entrega supone en el modo de obrar de entonces la práctica de los Ejercicios.

---

(3) *Historia del Colegio de Barcelona*, 4r.
(4) *Historia del Colegio de Barcelona*, 4r.

El historiador de la provincia de Aragón P. Álvarez—lo mismo que el del Colegio de Barcelona—no ha querido, no digo dar relieve en su historia al ministerio de los Ejercicios, pero ni siquiera hablar de ellos. En su voluminosa obra ni siquiera los menciona. Como si no se tratara de una práctica usual en las casas de los jesuítas. Se detiene en la descripción de la actividad de los Colegios, dice algo de las correrías apostólicas, pero de las ocupaciones silenciosas, monótonas, que constituían la trama de la vida ordinaria y ocupaban la mayoría de las horas del día, como las confesiones, conversaciones espirituales, Ejercicios, no cree que merece la pena decir nada. Da sin duda por supuesta esta clase de ocupaciones que se repiten en todas partes.

Hemos hablado ya de Valencia. Conocemos por otros documentos el movimiento que se formó, los «muchos» que practicaron el retiro. Álvarez silencia todo. Como si nunca se hubieran dado Ejercicios en aquella ciudad.

Algo parecido tenemos que decir de Barcelona. El silencio del P. Álvarez no prueba nada. Pero por desgracia impide el poder escribir una historia completa de materia tan importante. Deja para siempre en la penumbra las circunstancias interesantes de cada caso y la extensión y alcance que tuvieron los retiros. Las características de este apostolado hay que ir deduciéndolas de otros elementos.

Sabemos que interesaban mucho los Ejercicios en Barcelona. Tenemos un dato muy significativo. El P. Alonso Román, antiguo provincial, apenas recibió de Roma un ejemplar de directorios, los mandó al Colegio de Barcelona. Si no hubiera habido allí entusiasmo e interés por los Ejercicios, si se tratara de una práctica desconocida en la ciudad condal, no tiene sentido el hecho. Porque se trataba de escritos que debían compulsar los expertos, para hacer sus observaciones y preparar con el material que se reuniera la confección del directorio definitivo.

Sabemos también que impulsaron en Barcelona de modo notable la frecuencia de sacramentos. El historiador del Colegio afirma que eran «ya pocos los templos a do no se confiese mucha gente de ocho a ocho días y de quince en quince». Ayudaron también los Padres del Colegio «al recogimiento de los monasterios de monjas y clausura de ellas» (5). Es decir, reinaba en la ciudad el clima de piedad y fervor que solía seguir a los Ejercicios. Basta estar un poco familiarizados con los documentos de la época para conocer la fuente de donde solía brotar semejante movimiento.

En 1569 el P. González Dávila hizo la visita a la provincia de Aragón. Al fin de ella ordenó que se procurase «con gran cuidado atraer a los Ejercicios espirituales por donde Dios Nuestro Señor ha ayudado muchas almas» (6).

(5) *Historia del Colegio de Barcelona*, 31v.
(6) *Hisp. 90*, 156v.

Treinta años más tarde, otro Visitador, el P. Antonio Marcen, dejó varias indicaciones encaminadas a promover la misma práctica (7).

Es decir, se pensaba en los Ejercicios. Se estudiaba su desarrollo. Se trabajaba por incrementar la práctica que no llegó a alcanzar un desenvolvimiento potente, pues quedó algo ahogada por la mole de los grandiosos Colegios, pero llegó a realizar grandes bienes en almas de selección.

3.—En Zaragoza. Tempestad pasajera y bonanza definitiva.

Zaragoza pertenecía también a la zona de influencia de esta región. Los rectores y profesores del Colegio que establecieron los jesuítas allí en tiempo de San Ignacio se formaron en Gandía o Valencia y siguieron el sistema de Barcelona y Valencia. También aquí los estudios absorbieron el trabajo principal. El Colegio alcanzó merecida fama. Su incremento llegó a preocupar a la Universidad que, alarmada, quiso negar el derecho de enseñanza a los jesuítas alegando el privilegio de exclusiva de que gozaba. Todavía no se había levantado el Estado con su centralización oficial. Cada una de las Universidades poseía sus estatutos, considerándose como la representante oficial de la enseñanza en cada ciudad. La Universidad o «los estudios generales» de Valencia se reorganizaron con gran empuje en la segunda mitad del siglo XVI, gracias a la eficaz reforma de Pedro Cerbuna. Se encontraban dos establecimientos florecientes uno en frente de otro. La lucha no podía menos de brotar en cualquier momento. Este clima de incomprensión no favorecía la propaganda de los Ejercicios como de ninguna obra entre los universitarios.

Más aún: la entrada de los jesuítas en la ciudad del Pilar dió lugar a la más aguda persecución y contienda que sufrieron los jesuítas en España con ocasión de la fundación de Colegio alguno. Se formó una atmósfera tan cargada de rencores y odios, que tuvieron los jesuítas que replegarse y abandonar la ciudad. La oposición ahogó en flor toda clase de actividades. Poco a poco comenzaron a serenarse los ánimos y pudieron volver los Padres del refugio de Perola, donde se habían acogido durante la borrasca.

La tempestad se convirtió en bonanza. Pudieron organizarse esta segunda vez antes de lo previsto. Los Ejercicios en particular cuajaron de modo inesperado. Tal vez el ejemplo de la mansedumbre y dominio dado en los aciagos días de la prueba impresionó a los zaragozanos

Ya el 4 de mayo de 1557 se escribía: «Ya ha algunos meses que en esta casa no faltan ejercitantes, y uno o dos en esta tierra es más que diez en otra por respeto de las cosas pasadas y sequedad de ella. Entre ellos ha

(7) *Hisp. 89*, 145v.

habido dos juristas. Han salido bien aprovechados y consolados. Hay esperanzas de determinación para la Compañía. De los demás se ha determinado uno, contentándose con la suerte de lego, porque no tiene ojo sino a la suerte verdadera, *quia Dominus pars haereditatis suae*. Y porque V. P. se consolará, este hermano que he dicho, es sobrino del bienaventurado P. M.° Francisco Javier, hijo de una prima hermana suya, y así tiene su nombre y creo terná las obras con ayuda del Señor» (8).

En 1559 se volvía a afirmar «que hay muchos que suelen hacer los Ejercicios» y se repetía la consideración indicada que esto se escribía «por ser cosa muy nueva en Zaragoza» (9). Frase reveladora. En los demás sitios parecía superfluo escribir sobre este punto. Se trataba de algo trivial, que entraba en el capítulo de las actividades ordinarias que se suponían. En Zaragoza parecía necesario consignarlo. Podían creer en Roma que las dificultades suscitadas habían enrarecido el ambiente e impedido el desarrollo de los Ejercicios. Necesitaban por ello especificar este trabajo. Una prueba más de que el movimiento de Ejercicios fué mucho más intenso de lo que las fuentes contemporáneas hacen suponer a primera vista.

Siguió el centro como un foco de irradiación luminosa con sus destellos normales a sus tiempos debidos. Sólo algún que otro acontecimiento extraordinario hacía aumentar de vez en cuando su fuerza. En 1560 se edificó una nueva iglesia, se aumentó el personal del Colegio. Con ellos creció también el aumento de confesiones y comuniones y de los que venían a Ejercicios. El P. Álvarez nota en particular la presencia de algunos clérigos, que en Ejercicios se decidieron a entrar en varias religiones diversas. Otras relaciones contemporáneas hablan de nobles varones y de sacerdotes (10).

Los datos aducidos no dejan la menor duda de la existencia de un contingente de ejercitantes bastante discreto en las principales ciudades de la antigua provincia jesuítica de Aragón, aunque la deficiencia de información particularizada no nos permita precisar la magnitud de su alcance.

II. Intenso movimiento en Andalucía

4.—Vitalidad del movimiento en Córdoba.

Los jesuítas entraron en Andalucía algo más tarde que en tierras de Aragón y Castilla. No se establecieron allí hasta los últimos años

(8) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 211. Por desgracia este sobrino de San Javier no perseveró en la Compañía.

(9) Álvarez: *Historia de la provincia de Aragón*, lib. 2, cap. 76, vol. 1, f. 165; cfr., vol. 2, f. 76.

(10) *Hisp. 141*, 56r, 158v, 211r, 214v.

de la muerte de San Ignacio. Los fundadores vinieron no de Aragón sino de Alcalá y Salamanca, los verdaderos Seminarios de vocaciones de España. Es importante retener este dato. Porque el sesgo que tomaron los Ejercicios estuvo condicionado a esta comunidad de origen. Quedaron informados de las características que tenía la práctica en las Casas madres de Castilla.

El comienzo de una irradiación extraordinaria lo solía dar la entrada en la Compañía de alguna persona muy conocida en la ciudad. En Alcalá fué el Mtro. Deza, en Salamanca el P. Bartolomé Hernández. Desde ese momento cambiaba la situación de los jesuítas. De desconocidos o de unos más que tenían su casa y su pequeño centro, se convertían en el objeto de sondeos, discusiones, informaciones. Se comenzaba a acudir a ellos, aunque fuera sólo por curiosidad o por tener experiencia personal de algo de que tanto se hablaba, a probar sus métodos, para ver la eficiencia de lo que tanto se recomendaba.

En Córdoba se dió este hecho antes aún que se establecieran los jesuítas de la ciudad. Una persona de las más conocidas, entró en Oñate en la Compañía. Por esta razón desde el principio se hizo sentir su presencia. Todos querían observar a aquellos desconocidos que habían conquistado a un joven de tantas esperanzas. Era éste *don Antonio de Córdoba*, hijo de los condes de Feria y marqueses de Priego. Precisamente se estaba trabajando entonces su candidatura para cardenal. Se esperaba que el Emperador le presentara para tan apetecida dignidad.

Don Antonio no hizo la entrada en la ciudad revestido de reluciente púrpura en medio de una corte esplendorosa, sino con una humilde y raída sotana. El primer paso de jesuíta había sido el establecimiento en su ciudad de sus nuevos hermanos. Su influjo lo alcanzaba todo. Un viaje del P. Villanueva, la intervención del Beato Ávila, cuya presencia se nota en las principales obras de renovación espiritual de Andalucía de la época, arreglaron pronto los últimos trámites.

Entraban los jesuítas aureolados con la fama de la conquista de don Antonio. En las primeras semanas de su estancia tuvieron otro resonado triunfo que aumentó su popularidad. La conversión de *don Juan Fernández de Córdoba*, «respetado por la nobleza de su sangre y poderoso por sus riquezas» (11). Deán de la ciudad, Abad y señor de varias villas, por desgracia se encontraba enredado en relaciones impropias de su carácter sacerdotal.

De enemigo declarado se convirtió en amigo tan fiel que, con gran admiración, regaló a los recién venidos la magnífica casa en donde él vivía. Y lo que era mucho más importante: abandonó públicamente la ocasión del escándalo que daba desde hacía años.

---

(11) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 1, cap. 23, vol. 1, f. 61.

La conversión de don Juan fué otra de las grandes trasformaciones que obraron los Ejercicios. Sabemos que los practicó, aunque ignoremos la fecha. El trato y la dirección con los Padres le movió a dar el gran paso. En aquellos momentos de fuerte crisis los Ejercicios hubieran encontrado un terreno sumamente apropiado. Era uno de los momentos más propicios y que aprovechaban especialmente los directores para invitar a la práctica ignaciana. Sea lo que sea del tiempo y circunstancias, lo cierto es que los principios ignacianos aplicados por aquellos Padres fueron paulatinamente trasformando su conducta. Vino primero la conversión. Luego la iniciación en una vida de piedad y de caridad para reparar el tiempo pasado. Según se vió en los libros de cuenta a raíz de su muerte, llegaron a 13.000 los pobres que había acogido y ayudado (12).

En las dos primeras grandes conquistas habían intervenido los Ejercicios. No se podía pedir mejor propaganda. Los Padres no tenían que insistir mucho para animar a los que venían a que los practicasen. Los Padres incitaban a Ejercicios desde el principio a muchos de los que venían a ponerse en sus manos. Sin duda que las consignas y el ejemplo del P. Villanueva y Alonso López—otro complutense que vino a Córdoba—tuvieron que influir en esta dirección inicial. Las tradiciones de Alcalá se consideraron como normas fundamentales. Y la principal de ellas era el establecimiento de los retiros ignacianos. El *doctor Miguel de Torres*, otra de las conspicuas vocaciones de Alcalá, y que, como primer rector de Salamanca, había injertado en esta ciudad el espíritu complutense, vino casi al comienzo en calidad de Provincial de Andalucía. Sus consignas y actuación consolidaron la dirección iniciada.

Ya en junio de 1555 podían escribir que «siempre» había ejercitantes en casa, y en septiembre que eran «muchos» (13). Eran en general estudiantes. Comenzaron a instruirles en la oración. Se juntaba «buena copia» de ellos cada mañana en la capilla. Un Padre les proponía materia de meditación. Seguía después una hora de oración. Era la mejor preparación para los Ejercicios (14).

Junto con los estudiantes, muchos de ellos «de los mayores» y otros de la vecina Universidad de Osuna, fundada en 1548, que contaba entonces con excelentes profesores, acudían muchas personas principales. Exactamente como en Alcalá, modelo en todo de Córdoba.

«Parecía el Colegio—dice el P. Roa—una feria de mercaderías del cielo: veíase por los claustros, iglesia y confesionarios ordinaria contratación sobre los negocios de la salvación de las almas; el caballero, el mercader, el regidor, el oficial, el juez, las madres de familias, todos acudían a tratar

(12) ROA: *Historia de Andalucía*, cap. 2 y 4, pp. 3-19.
(13) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 3, 521, 627.
(14) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 3, 627.

materias concernientes a sus oficios, resolución de dudas y casos importantes de la justificación de sus tratos o consejos tocantes a la gobernación de sus casas» (15).

Estas líneas reflejan el ambiente en que se movían los Padres y la clase de público que acudía a los Ejercicios. Abrazaba profesiones más varias de las que hemos visto en las ciudades del centro, donde los estudios y la nobleza dominaban el ambiente, y el comercio e industria era inferior al de las ciudades del sur, puntos obligados de intersección con África y aun con la lejana América.

Los Ejercicios ofrecían también sus principios y normas a esta clase de gente. Gracias a ellos se fué depurando lentamente el ambiente de negocios y tráfico. Para llegar a este sector más alejado, Dios deparó a Córdoba apóstoles brillantes, que supieron captar los problemas de los comerciantes y ofrecerles los medios que necesitaban.

El principal para esta clase de público fué el *P. Rodrigo Álvarez.* Ya en su genealogía e infancia había entrado el elemento aventurero en grandes dosis, lo que le acercaba a aquel mundo inquieto y trashumante. Su padre era portugués, su madre palentina; él nació en África entre soldados. Estudió primero en Lebrija, luego en Alcalá. Quedó en su modo de ser, como eco de esta azarosa juventud, una gran comprensión del medio ambiental, un afán de acercarse a las almas. A hacer más bizarra esta extraña figura se añadía su aspecto miserable, casi repulsivo. Sin embargo, todos le buscaban con afán. Dios le había dotado de una prudencia y discreción naturales, que eran el contrapeso providencial al clima de movilidad y ligereza en que se había criado. Su don de consejo era extraordinario. Se unía a esto un trato familiar e íntimo con Dios, enriquecido, a lo que parece, con dones extraordinarios y aun visiones celestiales. Este conjunto de cualidades naturales y sobrenaturales hacía que se impusiera fácilmente en todas partes. La inquisición de Sevilla acudió a él para el examen que hizo de los escritos y del espíritu de Santa Teresa. Su informe elogioso serenó el ambiente en torno a la santa e hizo posible la fundación del nuevo carmelo.

Tuvo particular don para conocer el espíritu que animaba a cada uno. Decían de él que parecía que leía los corazones. En los Ejercicios, en particular, resolvió casos muy espinosos, desengañó a muchos ilusos y encauzó por el verdadero camino de la santidad a almas que anhelaban recibir su dirección (16).

Al elemento más intelectual, numeroso también en esta ciudad universitaria, atrajo de modo sorprendente el *P. Francisco Gómez,* discípulo del Beato Ávila. Su principal oficio era el de profesor de teología. Ya antes de entrar en la Compañía había explicado filosofía

(15) Roa, lib. 1, cap. 6, pp. 29, 30.
(16) Del P. Rodrigo Álvarez habla con gran extensión Roa, lib. 3, cap. 19-25, pp. 597-643.

en Córdoba. El Beato Ávila quedó prendado de la claridad con que enseñaba. Hombre doctísimo atrajo al Colegio a lo más granado de la ciudad. Felipe II en su visita a Córdoba con ocasión de la guerra de Granada, quiso oír una lección del famoso profesor. Dejando por un momento sus planes militares y sus consultas sobre la situación, se fué al Colegio a escuchar al maestro. Nombrado rector aumentó aún el prestigio del Colegio.

El «licenciado», como se llamaba al P. Gómez, no olvidó que su vida se había orientado en los Ejercicios que hizo en 1555. Puso su ascendiente y talento en su propaganda y dirección. No es extraño que encontremos entre los ejercitantes personas de especial relieve, como el Vicario General de la Diócesis, el racionero del Cabildo, y un importante personaje, cuyo nombre no hemos podido descubrir por más esfuerzos que hemos hecho, pero que debió de ser muy conocido. Romano de nacimiento, vivió 17 años en la corte española; era doctor en leyes, matemático, teólogo, poeta del príncipe. Conocía trece lenguas. Entre sus ambiciosos proyectos estaba el de la canalización del Guadalquivir. Con personajes de nota a veces y muchas más, como sucede siempre, con estudiantes, profesores, comerciantes, sacerdotes sin fama especial, se fué formando un contingente bastante crecido de ejercitantes, mucho mayor que en las ciudades de Levante (17).

5.—Carácter e importancia del movimiento en Sevilla.

Mayor aún que en Córdoba fué la actividad desplegada en Sevilla. También eran más variadas las clases de gente que acudía. La ciudad, paso obligado para América, centro de contratación con el nuevo mundo, era un hervidero de gentes de toda condición que se presentaban con la esperanza de probar fortuna y hacer negocio. El clima comercial y trashumante se refleja en las personas de diversas profesiones y en el número crecido de forasteros que encontramos entre los ejercitantes del Colegio.

Las diferencias entre las ciudades andaluzas y castellanas eran muy relevantes. El ambiente de comercio, actividad, bullicio que predominaba en Sevilla, se puede considerar como el contraste con la seriedad y placidez de los oasis universitarios de Salamanca o Alcalá. Y sin embargo se apoderó de los sevillanos en el campo de los Ejercicios un espíritu proselitista que recordaba mucho al de las dos ciudades universitarias.

---

(17) Sobre el P. Gómez, cfr., Roa, lib. 2, cap. 30, pp. 443-458. Sobre los ejercitantes de Córdoba, *Litt. Quadr.*, 5, 154; 7, 604; *Hisp.* 99, 122v, 289r; *Hisp.* 141, 30r, 137v, 191v, 368r; *Baet.* 19, 19v, 54r.

La fundación de Sevilla se puede considerar como un trasplante de Salamanca. Un sevillano, famoso alumno salmantino y que entró en la Compañía en la ciudad del Tormes, llamado comúnmente el *P. Basilio*, pero apellidado *Alonso de Ávila*, orador de talla singular, considerado como el predicador más ardiente de la nueva Orden en el siglo XVI, fué el primer jesuíta que puso pie en Sevilla. Figura conocida de antes en la ciudad, atrajo desde el principio innumerable auditorio y dió a conocer a la Compañía a un círculo de personas muy amplio.

«Era en el púlpito—escribe el P. Ribadeneyra—una trompeta divina y un trueno espantoso y una llama de fuego que abrasa, un rayo que aterra y asombra» (18).

La cálida oratoria del P. Basilio preparó el terreno. Cuando poco después llegó el propio rector de Salamanca *P. Juan Suárez* a dirigir la fundación, encontró todo a punto. Se volcó sobre la riente Sevilla la más rica tradición salmantina. Sus frutos se harían notar bien pronto.

A pesar de tan halagüeños comienzos no fué tan fácil como se pensó el reclutar desde el principio ejercitantes. La dificultad provenía de las consecuencias que se desprendían para cada comerciante al regular definitivamente sus negocios conforme a los principios rectos. Se acercaban muchos, pero pocos tenían la valentía de enfrentarse con su conciencia en la soledad del retiro ignaciano. La libertad en las negociaciones era demasiada muchas veces. El sesgo de tentadores tratos no se compaginaba, no diré con los elevados criterios de los Ejercicios, pero ni siquiera con los Mandamientos de la Ley de Dios. Los mercaderes, habituados a sus gananciosas operaciones, veían con malos ojos a los que ponían el dedo en la llaga. No faltaron quienes juzgaron a los nuevos moralistas como a hombres que no habían considerado suficientemente los gastos y peligros de su vida azarosa, sus obligaciones sociales, los usos admitidos ya por todos. Lo escribía ya a Roma en 1561 Esteban de Córdoba: «Haber sido esta condición vieja deste lugar, so título de libertad evangélica, dar largas licencias a los hombres y ensancharles mucho el camino del cielo, llamando estotras estrechuras o novedades» (19).

Los que se decidieron someterse al método ignaciano, pronto experimentaron su eficacia. Llamó la atención el cambio que efectuaron tres de los principales mercaderes, gente que manejaba mucho dinero, dos de ellos casados. Movidos por su ejemplo, o—como continúa escribiendo el ya citado Esteban de Córdoba—por «lo mucho que se aprovecharon en ocho o diez días de recogimiento, [otros] han deseado y desean hacer lo mismo, teniendo más envidia a sus buenas vidas que no a las grandes haciendas».

---

(18) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 2, cap. 9, vol. 1, 80r.

(19) *Litt. Quadr.*, 7, 410.

El fondo sano de aquellos mercaderes se impuso, como se impuso en Valladolid el de los nobles también muy enredados en múltiples expedientes, y comenzaron en gesto de rara honradez a estudiar las soluciones cristianas a sus complicados casos. Muchos debieron de encontrar la fotografía de su estado en el primer o segundo binario. Los resortes psicológicos de esta meditación debieron de impresionar hondamente a aquellos negociantes. Se les presentaba por primera vez la vida espiritual compatible con su asendereada vida.

Porque la base del éxito consistió en la orientación positiva de cara a la realidad que dieron a la dirección. No les conminaban la renuncia a sus negocios, considerándolos incompatibles con el sosiego y la pureza interna que exigía la santidad. Otros en cambio, y algunos de ellos moralistas de autoridad, habían juzgado la profesión en sí misma pecaminosa. Les exigían por ello un cambio total de orientación.

Copiemos una vez más al P. Córdoba que refleja como ninguno el estado de ánimo de la ciudad y la opinión de estos profesores, aunque lo hace de una manera velada por lo delicado del asunto y, sin duda, también por el prestigio de los que defendían semejante opinión. «Algún grave de los que predicaban decía que no podía acabar de entender cómo podía caber en uno tanta cristiandad y mercadería, como si para el que bien negocia estuviera cerrado el reino de los cielos». Debió de agolparse en la mente del P. Córdoba, al escribir estas líneas, el recuerdo de los muchos comerciantes que habían encontrado la solución adecuada a sus conflictos en los Ejercicios y habían aprendido a «bien negociar», porque lleno de exaltación continúa: «Holgárame yo de servir al Padre ocho días en Ejercicios, que luego creo que lo entendiera» (20).

Aquellos aventureros se lanzaron con su característica audacia a la gran aventura espiritual de su trasformación interna. El espíritu abierto, emprendedor, que los animaba informó también su nueva vida. En este estado psicológico la propaganda se hace por sí sola. Unos se trasmiten a otros el entusiasmo por el método que ha obrado una tan importante y difícil revolución. No es extraño que comenzara a afluir la gente al Colegio con una prontitud y ritmo desconocidos en otros centros. No pudo aumentar mucho el caudal, por las limitaciones que imponían el pequeño local y el escaso número de Padres. De haber contado Sevilla con un plantel mayor de directores y sitio más espacioso, se hubiera convertido en un centro comparable y aun superior al de Alcalá. Aun así y todo fué uno de los más florecientes de la península.

Las fuentes ponen en evidencia que «siempre» había ejercitantes o como dicen en otra parte recalcando la continuidad que existió desde el principio mismo, que «nunca faltan» (21). Ayudó todavía a ello una particularidad que no se dió en otras ciudades. El Provisor de la dió-

(20) *Litt. Quadr.*, 7, 410.
(21) *Litt. Quadr.*, 4, 87; 7, 598.

cesis vió desde el principio el papel de renovación sacerdotal de los Ejercicios. Incitó personalmente a hacerlos a los sacerdotes de la archidiócesis, e incluso en sentencias judiciales que dió «a los de más necesidad», incluyó como parte de ella el que practicaran los Ejercicios (22).

No era ésta ciertamente la mejor disposición para hacerlos. Hubo incluso órdenes de no admitir a los que venían forzados o en plan de penitencia. Con todo en Sevilla debió de dar buen resultado este sistema, al menos en no pocos casos. Hubo ruidosas trasformaciones. Comenzaron los sacerdotes a conocer y estimar el nuevo método. La propaganda que hacían entre sus fieles era muy eficaz. Aun de fuera, de Extremadura, acudían a hacerlos.

El Provisor de Badajoz, *Gonzalo Meléndez de Valdés*, que más tarde entró en la Compañía, siguió el ejemplo del de Sevilla y se convirtió en un incansable paladín de la nueva práctica. Apoyado en todo por el Obispo de la diócesis, Rojas de Cristóbal, quien «favorecía la dicha invención», quiso que viniera de Sevilla algún Padre que le acompañase en la visita de la diócesis e hiciera propaganda de los Ejercicios. El Padre elegido fué el P. Gonzalo González. El dominico Alonso de la Fuente, enemigo del nuevo movimiento, nos ha dejado un testimonio irrefragable de esta campaña. Aunque lo juzga todo siniestramente y emplea apelativos despectivos para el nuevo método, se desprende claramente de su relación el celo del Provisor por la difusión de la práctica ignaciana y la difusión que tuvo ésta en la diócesis.

Escribe el P. de la Fuente: «El P. González..... comenzó a hacer en Badajoz el ensayo de arte mágica que llaman los Ejercicios, hallándose presentes Hernando Álvarez y el licenciado Zapata, discípulos de Ávila, que ya sabían el arte de mágica, y allí se confirmaron. Comenzóse a marcar en este tiempo la invención de los Ejercicios y acudieron muchos clérigos a consagrarse en ellos, porque el Obispo [Rojas de Cristóbal] favorecía la dicha invención. Entonces creo se acabó de confirmar el doctor Meléndez [el provisor], que estaba tocado de la dicha doctrina y comenzó a manifestarla y enseñarla a otros y prometía premios a los que quisieren imitarla. De allí salieron muchos alumbrados, porque el Obispo y su provisor Meléndez hacían tanto caso de aquella invención [de los Ejercicios], que no tenían por cristiano al que no la seguía. Y particularmente el provisor Meléndez, con quien trataba la clerecía, estuvo tan perdido, tan ciego, tan desvariado en esta secta, que no quería dar orden sacro, ni miraba a la cara al que no seguía la dicha doctrina. Y hubo personas que en todo su tiempo jamás las quiso ordenar, porque no quisieron hacer los Ejercicios» (23).

Los sacerdotes extremeños no sólo practicaron los Ejercicios en su tierra, sino que unos 20 de ellos quisieron hacerlo con más sosiego en Sevilla. El resultado fué, como escribe el P. Martín Hernández, que

---

(22) *Litt. Quadr.*, 4, 89.

(23) Memorial de Fr. Alonso de la Fuente «de las cosas que me han pasado con los alumbrados de Extremadura» en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, 12 (1905), 460-461.

dieron «por muy bien empleado el camino y mucho más que fueren. Están esperando los demás, deseando ser cada uno el primero que fuese avisado que podía venir» (24).

Otro factor que contribuyó en medida no despreciable fué la necesidad en que se vieron de poner un seguro dique al alarmante avance de protestantismo en aquel puerto. En el continuo trasiego de personal pasaban inadvertidos los agentes de la nueva doctrina que sembraban sus errores. Se aprovechaban del contrabando, clásico en todos los puntos fronterizos—y Sevilla era la frontera entre España y América—para introducir mercancías de libros luteranos y toda clase de medios de propaganda. Pronto se convirtió la ciudad, no obstante el rancio catolicismo de sus habitantes y en particular el arraigado amor a la Virgen y la veneración por todo lo que fuera culto a los santos, elementos tan opuestos a la doctrina que inoculaban los innovadores, en uno de los focos más principales de irradiación protestante en España. Tuvo que intervenir con mano dura, como siempre, la Inquisición. Ya en 1560 se tuvo un memorable acto de fe, comparable por su trascendencia y resonancia al de Valladolid.

Lo que más alarmó al celoso Prelado y a la vez lo más relacionado con nuestro tema, fué que comenzaron a infiltrarse las nuevas doctrinas entre sacerdotes y religiosos. Lo mismo que en la corte castellana el descubrimiento del infeccioso foco provocó una saludable reacción. Se intensificaron las medidas encaminadas a la reforma del clero; se promovió la enseñanza de la religión. Lo mismo también que en Valladolid el triste hecho dió actualidad a la acción antiprotestante de la Compañía. Se comentó muy favorablemente la habilidad y celo de uno de los Padres más doctos, del que hemos hablado al tratar de Granada, del P. Francisco Gómez, quien consiguió que abjurara un buen número de condenados. Se dió al hecho proporciones exageradas. Todo esto contribuyó a aumentar más la fama de los Padres. Se proyectó este éxito y otro parecido, sobre el apostolado antiprotestante que ejercían los jesuítas en Europa. Todavía se añadió otra circunstancia particular. Uno de los procesados y condenados de más categoría era *don Constantino de la Fuente*, quien había sido la cabeza de la oposición contra la Compañía. La nota común de fautor del protestantismo y de enemigo de los jesuítas se asoció insensiblemente en la mente de todos, dió nueva garantía a la acción de los Padres, e hizo que acudieran a ellos como a los amigos de la verdadera reforma.

Las medidas del Provisor, de que hemos hablado, en favor de los Ejercicios, forman parte de un plan general de renovación espiritual. Gracias a los Ejercicios de hecho se evitaron numerosas defecciones. Particular importancia tuvo el haber podido salvar un convento de jerónimos, situado en las cercanías de la ciudad, donde ya varios se habían pasado al protestantismo.

---

(24) *Litt. Quadr.*, 7, 170.

Un famoso predicador, miembro de la Comunidad, llamado Mto. Blanco, fué uno de los principales cabecillas de las nuevas ideas. Amparado en su inmunidad y su fama se convirtió en enlace con los protestantes alemanes. Los mejores prosélitos los encontró dentro del recinto del convento, que pronto lo convirtió en seguro depósito del contrabando de libros protestantes, importados del exterior. Su lectura emponzoñó a varios monjes. Entre los procesados por la Inquisición había un grupo de estos religiosos. Otros lograron escaparse a Ginebra.

Quedaba con todo un numeroso grupo de jerónimos fieles y fervorosos, apenados por la defección de sus hermanos. Estaban ahora dispuestos a reparar a toda costa el daño causado. Para conseguirlo del modo más eficaz, determinaron acudir a la Compañía, la cual—según la observación del cronista que es interesante señalar más que por lo que pueda tener o no de verdad objetiva, porque refleja el ambiente que entonces rodeaba a la nueva Orden y que constituyó una de las causas de sus éxitos—«no había tocado aquel infernal tósigo, antes era el antídoto contra él y por eso aborrecida y perseguida» (25).

Los jesuítas decidieron aplicar el remedio de los Ejercicios. El resultado fué satisfactorio. Los religiosos salían «con particular aprovechamiento y admirados de sí mismos» (26). El monasterio volvió a ser lo que había sido antes: una célula de vida espiritual. Este resonante triunfo sirvió, como define el anónimo cronista, de «clarín» que llamó a la población a la iglesia y al Colegio de los jesuítas.

6.—Progresivo auge en Sevilla.

El nombramiento para rector del Colegio del *P. Diego de Avellaneda*, contribuyó a aumentar la afluencia. El prestigio y función providencial del nuevo rector se puede comparar a la que ejerció el P. La Puente en Valladolid. Dotado de una singular discreción de espíritu, «incansable confesor» (27), venerado por su santidad, cargado de rica experiencia, era el consultor nato del Arzobispo con su Cabildo, de la Audiencia Real, del Senado de la Ciudad y de modo más particular de *don Francisco de Mendoza*, conde de Monteagudo, marqués de Almazán, nombrado por Felipe II embajador cerca del emperador Maximiliano.

---

(25) *Historia del Colegio de Sevilla*, ad annum 1560.

(26) *Litt. Quadr.*, 7, 598. No es del todo cierto que se trate precisamente de este monasterio, pues las fuentes, por lo delicado del asunto, rehuyen dar nombres, pero parece sumamente probable. De todos modos el autor de la historia manuscrita del Colegio de Sevilla en el paraje citado en la nota anterior habla largamente de la acción de los jesuítas en este monasterio.

(27) La frase es de RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 8, cap. 32, vol. 3, f. 366. Todo el cap. 32 habla del citado Padre.

Este noble señor se puso bajo la dirección del Padre con entera generosidad y el Padre obró en él la trasformación típica que hemos notado en numerosos ejercitantes nobles. Se dió a la oración, a la caridad. Resplandeció la equidad en su oficio. Las fuentes nos dicen que se preparaba con «retiro» algunas veces a comuniones más solemnes.

Cuando don Francisco fué nombrado embajador, Felipe II mandó al P. Avellaneda le acompañase a Alemania. Así pudo el celoso jesuíta, siguiendo las huellas del Beato Fabro, extender la práctica de los Ejercicios entre el elemento cortesano español que todavía quedaba con el Emperador. Avellaneda, personalmente inclinado al recogimiento, tenía entre sus ministerios favoritos el «enseñar a recogerse». En las correrías apostólicas que hizo por el arzobispado de Sevilla propagó con tanto celo los Ejercicios, que vinieron en seguida al Colegio algunos clérigos de los distintos pueblos (28).

Sería un absurdo dudar de que un hombre tan celoso por el retiro como el P. Avellaneda no hubiera dado los Ejercicios a un hombre que durante decenios estuvo enteramente bajo su dirección y en el que obró un cambio tan impresionante. Es verdad que el historiador de la provincia de Andalucía, P. Roa, del que tomamos casi todos estos datos, no lo dice expresamente. Nos encontramos con un caso análogo al de la provincia de Aragón, con la diferencia de que aquí, en muchos casos, podemos comprobar las fuentes de su relato. Conservamos muchas de las cartas o informes que Roa aprovecha. Siempre recoge los diversos datos de conversiones, misiones, triunfos, actividades, pero omite el alma de muchas de ellas: los Ejercicios. Ni una sola vez sale la palabra Ejercicios en su historia.

En todas las demás partes las personas que se sometían a la dirección de los jesuítas y estaban con ellos durante largo tiempo solían practicar no una sino varias veces los Ejercicios. Debemos lógicamente suponer que lo mismo sucedió en Sevilla, sobre todo en las personas que vemos sufrieron la trasformación característica que obraban los retiros.

Entre estas personas entregadas a la Compañía descuellan varias nobles sevillanas. Las principales fueron *doña Isabel Galindo* y su hija *doña Leonor de Saavedra*, en las que se reflejaba una piedad, abnegación y caridad similares a las que hemos registrado en los nobles vallisoletanos. Lo mismo debemos decir de doña Ana de la Barrera, esposa de don Melchor Maldonado, de doña María Araluz y de su hermana, que aunque de familia no tan poderosa, fué una de las que más descollaron por la generosidad de sus dádivas.

Con más razón debemos afirmarlo de *doña Benita Suárez*, dedicada totalmente a las obras de la Compañía, con las que colaboró con todo entusiasmo y desinterés. Sus hijos eran los pobres de la ciudad. No pensaba más que en ellos. Preparaba personalmente los manjares para

(28) *Litt. Quadr.*, 7, 414.

repartirlos por separado personalmente a cada uno. Los curaba y atendía en sus necesidades con amor y cariño maternales.

Sabemos con certeza que practicó los Ejercicios una de las señoras de familia más noble de la ciudad, *doña Ana Félix de Guzmán*, hija del conde de Olivares y nieta del duque de Medina Sidonia. Esta noble señora hospedó en su casa a San Francisco de Borja, cuando todavía no se habían establecido los jesuítas en Sevilla. El santo le pagó el hospedaje como solía hacerlo: dándole los Ejercicios, o mejor, como escribe el historiador de la casa de Madrid, «imponiéndole» en ellos, porque desde aquel día continuó la condesa haciéndolos durante el resto de su vida «cuya devoción—continúa el cronista—desde niña y desde los pechos de su madre parece que mamó la marquesa doña Ana, su hija, porque habiendo venido por dama de la Reina a la corte, en medio de las grandezas y ocupaciones de ella, nunca apartó de sí este libro santo, antes después de haberse casado con el marqués tenía dispuesto todos los años tiempo para recogerse unos ocho o diez días, dándose a la meditación de los Ejercicios espirituales y esto le duró toda la vida hasta que murió. Y por poder más desembarazadamente darse a la oración, algunos años se fué a la villa de Alcalá de Henares a casa de la señora doña Catalina de Mendoza, fundadora de aquel nuestro Colegio y allí se estaba un mes en su compañía ocupada en la oración y meditación de los Ejercicios espirituales» (29).

Continuaba la marcha de los Ejercicios de modo normal, sin más historia que la del monótomo sucederse de ejercitantes que se iban reanudando sin interrupción. En 1571 tomó posesión de la archidiócesis *Mons. Rojas de Cristóbal*, el entusiasta Obispo de los Ejercicios, que había procurado implantar la práctica ignaciana cuando estaba en Badajoz, llevando Padres de Sevilla. Ahora en el mismo Sevilla favoreció mucho más su desarrollo. Los nueve años de su pontificado en la archidiócesis fueron sumamente benéficos para la causa de los Ejercicios. Hubo dentro de su gobierno un año que merece mención especial. El año 1576 en que se celebró el Año Santo, extendido por Gregorio XIII a toda la Iglesia. El arzobispo aprovechó la ocasión del jubileo para promover una campaña de intensa renovación espiritual. Una parte importante del programa la constituían una serie de misiones por los pueblos, en las que contribuyeron los jesuítas. Como sucedió en Badajoz, la campaña repercutió favorablemente en el campo de los Ejercicios. Aun dentro de la ciudad fueron muchos más los que se prepararon a la indulgencia del jubileo con unos días de retiro, siguiendo el ejemplo de los jesuítas.

Dentro del mismo año 1576, hubo otro suceso digno de especial mención. La venida a Sevilla de *Santa Teresa de Jesús*. Su santidad no era todavía reconocida en todas partes. Había quienes dudaban

---

(29) *Historia de la Casa de probación de Madrid*, p. 5.

de ella. Tuvo con esta ocasión no pequeñas contrariedades. Un jesuíta, a quien ya conocemos por la actividad desplegada en Córdoba, el P. Rodrigo Álvarez, salió en su defensa. También él había recibido favores especiales de Dios y conocía por experiencia propia el mundo de gracias y dones sobrenaturales en que se movía la santa. Redactó un informe en su defensa logrando con su autoridad y sus razones inclinar a su favor a los principales de la ciudad y tranquilizar a los inquisidores.

Sus relaciones con la santa y con el convento fundado en esta ocasión fueron estrechándose cada vez más. Se convirtió en su director y guía. ¿Daría con esta ocasión los Ejercicios a la santa o al menos a las religiosas? No tenemos pruebas positivas para afirmarlo, pero tampoco sería demasiado temerario el suponerlo por las razones varias veces expuestas. Lo que sí es cierto es que el P. Rodrigo, con sus pláticas y dirección, fué infundiendo principios y criterios de los Ejercicios en aquella fervorosa Comunidad (30).

7.—Los PP. Arias, Cordeses y Cárdenas.

Tuvo Sevilla la fortuna de contar con varios eminentes maestros de espiritualidad, que ayudaron a mantener vivo el entusiasmo por los Ejercicios.

El primero fué el renombrado autor ascético *Francisco Arias*. Natural del mismo Sevilla, cursó sus estudios en Alcalá. Trabajaba como sacerdote celoso en la ciudad cuando unos Ejercicios cambiaron el rumbo de su vida. Decidió en ellos entrar en la Compañía de Jesús. De jesuíta trabajó en el mismo Sevilla durante dos largas épocas que constituyeron la parte mejor de su vida.

Sus conocidas obras espirituales dicen mucho de su solidez, erudición y competencia. Personalmente se distinguió por su exquisito tino en la dirección espiritual. Muchos de los principios explanados en sus obras son fruto de su experiencia en el trato con las almas. En sus escritos han quedado algo fosilizados. No tienen el calor que sabía darlos cuando iba aplicando a cada uno la dosis justa. En los escritos, tomando más bien el carácter de un profesor, sube a la tesis, se interna en el campo de la teoría y analiza con todo detalle las diversas posibilidades.

El P. Arias se dedicó a toda clase de gente: a los de cualidades más escogidas que aspiraban a mayor perfección, a las personas nobles y a los de más baja condición. Tenía para todos aptas fórmulas de san-

---

(30) Sobre el P. Rodrigo Álvarez véase la nota 16 del presente capítulo.

tidad entresacadas de la rica y exhaustiva doctrina de que estaba adornado.

El segundo grande maestro de espíritu que pasó en Sevilla el dorado otoño de su larga y fecunda existencia fué el *P. Antonio de Cordeses*. Pasó en esta ciudad los últimos veinte años de su vida (1581-1601), primero como Prepósito de la Casa profesa, después como operario y Padre espiritual, excepto unos años en que por segunda vez fué nombrado Prepósito.

El P. Cordeses era el auténtico guía del espíritu, el maestro de oración por excelencia. De Provincial se afanó en señalar a sus súbditos el modo de hacerla. En sus escritos trató de iluminar la verdadera naturaleza de la oración, sobre todo de la afectiva, su oración predilecta, y el método más conducente para llegar a imbuirse de su espíritu. En el último capítulo de esta obra hablamos largamente de sus ideas y campañas en este sentido. Baste aquí indicar que llegó a Sevilla aureolado de fama no ordinaria de santidad. Todos le estimaban como iluminado consejero y guía espiritual.

Apenas llegó a la ciudad y tomó posesión de su cargo de Prepósito, procuró que los miembros de la Comunidad practicaran los Ejercicios. Quería basar su gobierno y apostolado sobre la roca firme del método ignaciano. Recuérdese que todavía no existía la prescripción obligatoria de hacerlos. Las anuas subrayan que los miembros de la Comunidad hicieron los Ejercicios «con grande ardor» (31).

No se contentó con esto el P. Prepósito. En el trascurso de los años, volvió a insistir en lo mismo, consiguiendo que durante su permanencia los volvieran a practicar varias veces todos los miembros de la Comunidad, incluyendo los más ancianos (32).

Este sistema nos revela el método favorito del P. Cordeses. Reanimar el espíritu de sus súbditos, hacerlos hombres de oración en la escuela de los Ejercicios. El darse a las almas sería como el rebase de la plenitud realizada en el interior.

En Sevilla realizó también el P. Cordeses otro importante trabajo. Escribió su Directorio en que trazó el puente de unión entre el sistema de oración preconizado por él y la espiritualidad de los Ejercicios. Va probando cómo sus enseñanzas encuentran el fundamento y apoyo más sólidos en el método ignaciano. Sin duda que este importante escrito no es más que reflejo de su magisterio oral y de la táctica que seguía en su dirección. De ahí la importancia que ofrece desde nuestro punto de vista.

El P. Cordeses contribuyó a la difusión de los Ejercicios, más que dándolos personalmente, difundiendo su espíritu en sus dirigidos, acomodándolos a la vida de cada uno, estimulando a difundirlos y creando una atmósfera de vida de unión con Dios, de estima especial por los

---

(31) *Baet. 19*, 2v.
(32) *Baet. 19*, 73v; *Historia del Colegio de Sevilla*, ad annum 1587.

medios de carácter espiritual, entre los que predominaban los Ejercicios de San Ignacio.

El impulso dado por el P. Cordeses encontró un cauce apropiado en el nuevo *Colegio de San Hermenegildo* abierto en 1587. Se ampliaban las posibilidades de recibir un número mayor. Desde el principio se observa un fuerte contingente de personas que acudían a practicar el retiro. Señal de que las peticiones desbordaban las posibilidades a pesar de que los cuartos estaban llenos sin interrupción ninguna.

La clave del éxito inicial radicó no sólo en el fervor suscitado por el P. Cordeses, sino también en el entusiasmo de la nueva *Congregación mariana* que se estableció en el Colegio desde su misma fundación. Por su reglamento las congregaciones eran en todas partes plantel precioso de ejercitantes. Pero en Sevilla superó el nivel ordinario. Un dato bien elocuente. En 1588 entraron diez jesuítas y casi setenta en otras Órdenes religiosas. El influjo de los Ejercicios en esta floración tuvo que ser, como siempre, decisivo (33).

El providencial artífice de esta congregación fué uno de los grandes apóstoles con que contó Sevilla en el último tercio del siglo XVI, el *P. Antonio de Cárdenas*. De familia muy conocida en la ciudad, hijo de un *Veinticuatro*, de atrayente carácter, dotado de exquisitas dotes naturales, supo adueñarse de la juventud que veía en él al guía comprensivo y certero de sus problemas. Inspiraba una confianza singular a los que trataba. Se veía siempre rodeado de un número inusitado de dirigidos. Los contemporáneos ensalzan su discreción de espíritu. Decían que leía los corazones. Se añadía a esta notable percepción psicológica de las almas, una santidad no común.

Encauzó sus actividades en las tres congregaciones que fundó, una de clérigos y estudiantes, otra de caballeros y una tercera de gente sencilla. Formó la levadura que mantuvo siempre pujante en la ciudad el anhelo de una vida espiritual más intensa y el movimiento de Ejercicios.

El entusiasmo del Colegio se extendió al *Seminario inglés* desde su misma fundación en 1592. La práctica de los Ejercicios entraba en la tradición de los Colegios ingleses. Pero aunque no hubiera sido así y no tuvieran en el reglamento la orden de practicarlos, se hubieran dado aquí, pues dominaban el ambiente y caldeaban con su fuego las obras que brotaban a su alrededor.

Esta fué una de las razones de la diversidad que se observa entre los Colegios de Valladolid y Sevilla. En Valladolid practicaban los Ejercicios sólo los más selectos. Aquí las fuentes nos hablan de todos los alumnos. Aprovechaban sobre todo el tiempo de adviento y cuaresma para practicarlos. Un carácter particular de fervor y emoción tenían los que hacían al volver a su martirizada patria. Consideraban los Ejercicios como «el viático» para el difícil camino. Sentían sus efectos

(33) *Litterae annuae*, 1588, p. 268.

en la fuerza que encontraban para sobrellevar los trabajos y cumplir su difícil oficio. Veían en aquellos días de retiro que la voluntad de Dios los llamaba a trabajar en su patria y a defender la Religión amenazada. Esa fecunda verdad clavada en su alma, era un continuo estímulo para realizar la difícil empresa (34).

8.—Entusiasmo en Granada.

Hubo todavía en Andalucía otro tercer centro de actividad, comparable al de Sevilla, aunque de características muy distintas. Fué el de *Granada*. Tenía la ciudad fama bien ganada por los talentos escogidos que salieron de ella. La Compañía desde el principio consiguió vocaciones muy señaladas. Se puede formar una galería de Padres insignes con los nombres de los granadinos. Granada fué bajo este aspecto una especie de Alcalá para la región andaluza.

El procedimiento seguido fué el clásico que hemos esbozado al hablar de los demás Colegios. No hay por qué lo describamos una vez más.

El *P. Basilio*, nombrado primer rector, renovó el ambiente, dió a conocer a los jesuítas, consiguió vocaciones que sacudieron la opinión pública. Como en Sevilla, también aquí los sermones del P. Basilio arrastraban ejercitantes al Colegio. Ya en 1557 se escribe que «se han usado [Ejercicios] dentro y fuera de casa» (35). No bastaban los pocos aposentos disponibles en el Colegio.

Hubo conversiones que revistieron un carácter exhibicionista que hirió vivamente la imaginación de los granadinos y sirvió de clarín de propaganda. Uno de los más sonados fué el de un estudiante canonista, de las mejores familias, hijo de un *Veinticuatro*, hábil en hacer coplas, dado a liviandades. En los Ejercicios «hizo Nuestro Señor tantas misericordias con él y dióle tan de veras a entender la vanidad del mundo y las cosas de su servicio, que se determinó a quedar en la Compañía». No pareció conveniente recibirle. Fué a casa y apenas llegó—continúa el P. Ruiz—«quemó, según su mesmo padre nos dixo, más de 20 ó 30 ducados de libros profanos y coplas, él ha hecho confesar casi a toda la gente de su casa y otros parientes. Ha sido tan notable la mudanza que ha hecho en su persona y vida, que ha dado muy grande edificación siguiendo de veras la bandera de Jesucristo Nuestro Señor, no en oculto, como Nicodemus, sino muy abiertamente, pues ha dicho a su padre que aunque le diesen el arzobispado de Granada, no dejaría de ser de la Compañía» (36).

---

(34) *Baet. 19*, 32v, 51v y ROA, lib. 4, cap. 5., pp. 692-697.
(35) *Litt. Quadr.*, 5, 472.
(36) *Litt. Quadr.*, 4, 623-624.

Otro caso de trasformación espectacular impresionó también vivamente a los granadinos. Un joven «mozo y de lindo parecer con grandes partes de gentileza y hermosura de que la naturaleza le había dotado, muy galano con sedas, broches de oro y marras y otras galas..... parecía un pimpollo de oro con todas las partes exteriores que la naturaleza podría dar a un hombre de gentileza». Este apuesto joven tan donosamente descrito por el cronista, fué un día a oír un sermón del P. Basilio. Sucedió lo que en tantos casos. Quedó hondamente conmovido por la ardiente palabra del predicador. Llevado por el P. Basilio al Colegio, hizo unos días de Ejercicios. Después de ellos, la ciudad que antes había contemplado sus galanuras contempló un espectáculo singular. Vió a ese joven deponer sus galas, vestirse de un vestido sencillo y «con su capa larga de balleta y caperuza..... servir a los pobres del hospital de San Juan y en otras obras de caridad y mortificación públicas» (37).

Otro joven que después entró en la Compañía, llamado Gaspar López, se fué al Colegio, movido también por los sermones del P. Basilio. El espectáculo que ofreció a su entrada fué singular. Vino—como se escribe en la Historia del Colegio de Granada—«trayendo de su casa grande aparato de cama de seda de campo, colchones, sábanas y almohada y colcha de seda y otras cosas con que se adornó el aposento» (38). Poco a poco fué desprendiéndose del lujoso ajuar hasta quedarse con lo necesario. Y lo que suponía más, fué internamente trasformándose hasta decidirse hacerse jesuíta.

Con estos y otros espectáculos que la imaginación pública abultaba y deformaba a veces con desmesuradas hipérboles, se hicieron los Ejercicios sumamente populares y comenzó a forjarse en torno a su eficacia y valor una fama cada vez mayor. Todos querían probar un medio de que tanto se hablaba. Así casi insensiblemente se aseguró la continuidad de los ejercitantes.

Avivaron el fuego del entusiasmo dos rectores del Colegio, de los más esclarecidos autores en el campo espiritual y en el campo de los Ejercicios, el *P. Alfonso Ruiz*, acreditado maestro de novicios entre los que contó a San Estanislao de Kostka, insigne por su singular discreción de espíritu y su exquisito arte en llevar las almas a la santidad, y el *P. Alfonso Plaza*, una figura no bien estudiada todavía, de incalculable importancia en el campo de la teoría espiritual, quien con Baltasar Álvarez y Cordeses forman el triunvirato de los jesuítas españoles patrocinadores de la contemplación y de la orientación afectiva.

Eran dos eminentes maestros de espíritu. Su presencia se dejó sentir en todas partes. Las almas sincronizan casi instintivamente con estos hombres que las comprenden. La fama de magisterio tan eficaz experimentado durante aquellos días de bendición se extendió con rapidez inaudita. No podía darse nada mejor para consolidar la práctica.

---

(37) *Historia del Colegio de Granada*, cap. 16, 49v.
(38) *Historia del Colegio de Granada*, cap. 16, 49v.

De la pericia del P. Ruiz como director de Ejercicios trazó años más tarde un cronista contemporáneo el siguiente elogio: «Ayudó a muchos con nuestros Ejercicios porque tenía singular prudencia y destreza en darlos, y los que una vez ganaba con ellos o sin ellos para Dios se veían conservar y durar con virtud» (39).

Del P. Plaza se podía decir algo parecido. Sabemos que más tarde en Méjico—lo mismo que el P. Cordeses en Sevilla y el P. Possevino en el norte de Italia—adoptó el sistema de comenzar la propaganda por los mismos jesuítas. El reavivar en ellos el entusiasmo por la práctica ignaciana era el mejor camino para su rápida difusión. Por ello—continúa el historiador—: «Ordenó que todos los de casa hicieran los Ejercicios muy largos, los cuales él daba a cada uno con exacción» (40). Sin duda que seguiría en Granada un procedimiento parecido.

Los dos Padres estuvieron dos largos períodos cada uno. Dieron así más continuidad a la labor iniciada y consolidaron el método ensayado con tanta fortuna.

No se debe olvidar otro factor importante en la propaganda de los Ejercicios. El celo y entusiasmo del propio Arzobispo *don Pedro Guerrero*, que durante cerca de 40 años rigió la archidiócesis de Granada. Su posición decidida en favor de los jesuítas aun en las ocasiones más turbulentas y en particular en favor del método ignaciano, tuvo que atraer a muchos. Fué el Arzobispo uno de los prelados que comprendieron más rápidamente la trascendencia de la obra de la Compañía y de lo que el singular método de los Ejercicios suponía en el campo de la reforma. Desde el Concilio de Trento se puso incondicionalmente al lado de la nueva Orden. La defendió en todas las ocasiones que pudo, protegió la fundación del Colegio de Granada mostrándose verdadero padre y abogado en los momentos más difíciles. Quiso desde el púlpito, en una solemne ocasión, defender la ortodoxia de los Ejercicios. Un sacerdote movido personalmente por él se presentó al Colegio a hacerlos (41). Y sin duda que no fué el único al que incitó a su práctica. Aunque el público aprecio y la propaganda que hacía era la mejor recomendación.

Junto con los sacerdotes que venían influenciados por el celo del Arzobispo o movidos por otros, acudían abogados, gente de la audiencia y de la chancillería, ganados prontamente para la causa de los Ejercicios, lo mismo que en Valladolid (42).

Cuando se llega a conseguir un estado de opinión semejante, el

---

(39) MATEOS: *Historia general..... del Perú*, cap. 11, p. 212.

(40) SÁNCHEZ BAQUERO, JUAN: *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, lib. 2.°, c. 1, 158.

(41) «Ductus Archiepiscopi consilio», *Litt. Quadr.*, 4, 226. Sobre la defensa que hizo el Arzobispo sobre los Ejercicios, cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 30*-31*.

(42) Sobre los ejercitantes de Granada, cfr., *Litt. Quadr.*, 4, 226, 528; 6, 130, 742; *Hisp. 141*, 143v; *Baet. 19*, 56r; MANNI: *Annotazioni*, 35; *Historia del Colegio de Granada*, cap. 29, f. 92v; cap. 63, f. 227v; cap. 74, f. 257v.

movimiento continúa por la fuerza adquirida. Es lo que sucedió en Granada. Los predicadores y rectores que se sucedieron no tuvieron que hacer más que procurar que no se apagara el fuego.

Desde 1562, con el traslado a la nueva casa más amplia, aumentó más aún la posibilidad de acción. Fué una bendición que ese mismo año fuera nombrado rector del Colegio el *P. Gonzalo González*. Con su fino trato y don persuasivo logró llegar a sectores muy amplios de la ciudad y atraer hacia sí a muchas personas.

Descolló entre éstas *don Fernando Valdés*, oidor de la Audiencia Real, hermano del Arzobispo de Sevilla. Comenzó a tratarle el P. Gonzalo González, nombrado rector en 1562. Sus suaves maneras le subyugaron. Pronto logró lo que deseaba: que viniera a Ejercicios. Se le aderezó en casa un cuarto conforme al rango de su persona. Quedó aficionado a todas las cosas de la Iglesia. Los contemporáneos consignan que el efecto que produjo el retiro causó la admiración no sólo del pueblo, sino del señor Arzobispo, el doctor Guerrero, quien le conocía bien de antes. Consideró el doctor Valdés como cosa propia el proteger y defender lo referente a la Iglesia y a la Religión.

También se dió el P. Gonzalo a visitar iglesias y monasterios, recomendando como gran medio de reforma la práctica de los Ejercicios. Entre los que consiguió que los practicaran merece mención especial «un Superior de un monasterio muy honrado». Parece se trata del franciscano *Gerónimo de Cárcamo*. Era éste «de grande presencia y partes y muy antiguo en su religión y que había sido muchas veces superior en ella». El modo con que vino deja traslucir el estado en que se encontraba el convento. Simuló un viaje urgente para algún ministerio. Entró en casa disimuladamente por una puerta de servicio. Practicó los Ejercicios dando grande edificación. Después de ellos se pasó a otra regla más estrecha (43).

El movimiento suscitado por el P. Gonzalo González continuó durante el segundo rectorado (1569-1572) del P. Plaza, del que ya hemos hecho mención. Era muy conocido en la ciudad, donde contaba con gran número de admiradores. Pudo desde el principio desplegar una gran actividad. Muchos quisieron ponerse bajo su dirección. Entre otros señala la Historia del Colegio la de uno de los oidores más antiguos de la Audiencia y de la Chancillería. Se dedicó a toda clase de obras de caridad, sobre todo con los presos. Trabó íntima amistad con los Padres y se ayudó de ellos para sus empresas apostólicas (44).

Durante su rectorado, el visitador de la provincia P. Juan Suárez estimuló más aún a los Padres a aprovecharse del arma de los Ejercicios, sobre todo a los estudiantes y clérigos. Dejó ordenado «que den Ejercicios a estudiantes y clérigos, aunque no tengan sino mediana capacidad y siquiera ocho días de tiempo para aprovecharse de ellos (44).

(43) *Historia del Colegio de Granada*, cap. 29, f. 92v-93r.

(44) MHSI.: *S. F. B.*, 5, 513. Sobre el segundo rectorado del P. Plaza en *Historia del Colegio de Granada*, ff. 105v-196v.

Tres factores vinieron a mantener vivo este fuego aun en los tres últimos decenios, en los que en otras partes se nota un estancamiento e incluso cierto declive.

El primero fué el que en 1583 se inició la enseñanza para la juventud. Pronto se convirtió el nuevo centro, como en todas partes, en fuente de ejercitantes.

Se añadió a esto el que en 1586 fué nombrado rector un gran proselitista de la práctica ignaciana, el P. Bartolomé Hernández, a quien ya hemos tenido ocasión de conocer en Salamanca, y quien al igual que en los demás centros por donde pasó, imprimió un ritmo intenso a la difusión de su arma favorita.

Por fin ayudó a lo mismo el que el P. Hernández consiguiera poner cima a la espaciosa iglesia, deseo acariciado desde muchos años atrás. Podían ahora tener un culto más digno y un centro más capaz para las actividades apostólicas.

III. En el centro y norte de España

9.—Características del movimiento en esta zona.

Paralelamente a los florecientes planteles de Andalucía se fueron estableciendo otros en la región centro y norte de España: Castilla, Galicia, Aragón y Navarra. Estos centros, lo mismo que los del sur, fueron fundados por Padres provenientes de Alcalá y Salamanca. Pero mientras que en Andalucía después de la fundación se desvinculaban de las Casas de origen, en estas regiones seguían en continua dependencia, recibiendo los nuevos refuerzos de ellos, ya que pertenecían a la misma provincia jesuítica. La afinidad táctica tuvo que ser por ello todavía mayor.

Las diferencias vinieron principalmente de las diversas condiciones sociales de las varias ciudades. Eran en general poblaciones menores, con comercio más restringido que los grandes emporios de Sevilla y aun Córdoba, sin centros universitarios de la altura de Granada, exceptuando a lo más Santiago y, sobre todo, Oviedo. Los intelectuales y hombres de negocios eran minoría. Predominaba el elemento de campaña, afincado en sus tierras de las que salía con dificultad, a no ser que fuera para alistarse en los Tercios o probar fortuna en América.

El trabajo principal lo desarrollaron con *sacerdotes*, no tanto con sacerdotes letrados como en Alcalá, sino con los beneméritos y abandonados párrocos de pueblos, levadura de la rancia fe castellana, que

gracias a ellos continuaba fermentando en el pueblo español. Su palabra y ejemplo entre aquella población sencilla y patriarcal tenía una eficiencia que hoy no podemos imaginarnos.

La renovación lenta pero eficaz de la piedad en los pueblos, es una de las páginas más gloriosas en la historia de la práctica de los Ejercicios. No posee la brillantez de las masas movilizadas en las grandes ciudades. Se difumina en nombres desconocidos, en personas ignoradas. Su eficacia radicaba en que iba manteniendo vivo el fervor en cientos y miles de párrocos y sacerdotes, dándoles conciencia de su eficacia, devolviéndoles el entusiasmo por su trabajo callado y aparentemente infecundo.

La historia tiene necesariamente el mismo cariz incoloro de la realidad. Era necesario adelantar estas consideraciones para valorar su eficiencia, que si no se pone de realce, pasa inadvertida. Y se trata de uno de los efectos más saludables. Injertaban nueva vida en el clero de un modo natural, espontáneo, exactamente como sucede en las funciones vitales del organismo.

También se extendió el influjo bienhechor a muchos *canónigos*. Era muy elevado su número, dada la cantidad de fundaciones y patronatos de las numerosas Iglesias Catedrales que contaba esta parte de España, de tan distinguido abolengo católico. Ocupaban los puestos claves en las diócesis. El trabajar con ellos entraba en la táctica general seguida en todas partes de influir en el elemento rector de la sociedad.

No faltaban representantes de los otros grupos clásicos en las otras zonas, como nobles, comerciantes, estudiantes; pero su número debió de ser muy insignificante.

10.—En Palencia: apostolado con los canónigos.

Dentro de cada una de las ciudades predominaba más un elemento u otro. Entraban en juego circunstancias varias que iremos analizando al tratar de los diversos centros. En Palencia casi continuamente había algunos canónigos ejercitándose en la práctica ignaciana. El principal director y apóstol fué el P. *Asensio*, aquel tímido jesuíta ganado a la causa de los Ejercicios en Villagarcía por el P. Baltasar Álvarez. No debía de tener brillantes dotes. Los cronistas del siglo XVI, tan pródigos en alabar exageradamente las cualidades de todos, hablan siempre con cierta reticencia de las posibilidades naturales del Padre. Sin embargo resultó—como ya lo indicamos al hablar de Valladolid—un eminente director y apóstol de los Ejercicios. Para persuadirse basta copiar lo que escribe el P. Guzmán:

«De mucha oración, por medio de ella le dió Nuestro Señor muchas almas que redujo a mejor vida. Porque aunque tenía buenas letras y prudencia santa, en el trabajo exterior era humilde al parecer del mundo, y con esto respondía Nuestro Señor de tal manera a su deseo y fervoroso celo que apenas trató o deseó que persona alguna así eclesiástica como seglar se recogiese a hacer los Ejercicios de nuestra Compañía que no saliese con su intento y de ordinario con fruto notable de sus almas y mudanza de vida, en la cual personas graves y prebendados de esta Iglesia han durado muchos años con grande ejemplo y edificación, cercenando faustos entretenimientos y ejercitándose en oración, frecuencia de sacramentos y gastando su hacienda con pobres y obras pías..... Entre estas personas fué muy notable la mudanza de una persona eclesiástica, canónigo de esta santa Iglesia, el cual así antes de tener la calongía [sic], como después de canónigo, vivía muy como mozo y galán sin atender a la obligación de su estado ni tratar de ordenarse. Mudóle Nuestro Señor de tal manera en unos Ejercicios que el P. Asensio le dió, que del todo trocó tal vida, viviendo con ejemplo notable de todos y luego se recogió a un monasterio para estudiar la gramática para poderse ordenar. Ordenóse de Misa y vivió después un año acabando su jornada con tanta edificación y consuelo cuanto antes había dado desedificación y nota» (45).

No se contentaban los canónigos con probar una vez los Ejercicios, sino que algunos de ellos volvían a practicarlos, renovando la orientación de vida tomada en los anteriores retiros (46).

Hubo casos singulares, parecidos al ya contado del canónigo seglar y liviano, que pusieron bien a las claras la virtualidad encerrada en los Ejercicios y estimulaban a practicarlos. Pero aun sin estas trasformaciones hubiera sido en Palencia el movimiento muy intenso. Contaban con un personaje importante que dirigía la actividad e impulsaba a la práctica. Es un caso similar al de Granada. Allí era el Provisor de la Archidiócesis el alma de la propaganda; aquí un dignatario del Cabildo, *don Francisco de Reynoso*, más tarde Obispo de Córdoba. Había hecho los Ejercicios en Villagarcía con el P. Baltasar Álvarez. En aquella apacible soledad conoció al P. Asensio. Los dos iniciaron allí su acción mancomunada que iba a producir el intenso movimiento.

Reynoso comenzó por llevar varios canónigos a Villagarcía. Éstos serían luego en Palencia sus más íntimos colaboradores, los que impulsarían a otros a que practicaran el método que les había dado tan saludables frutos. Cada uno conquistaba a alguno de entre los de su radio de influencia. Pertenecían a toda clase de profesiones y había entre ellos «varones ilustres y personas de toda clase.»

Entre éstos descuella el caso de «un arquitecto y pintor egregio», como escriben las anuas con su indeterminación acostumbrada. Por esta vez podemos descorrer el velo del anónimo. Se trata del arquitecto italiano *José Valeriani* quien, después de jesuíta, tomaría gran parte en la edificación de edificios de la categoría del de Villagarcía, llamado

---

(45) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 337.

(46) *Cast. 32*, 26r. Sobre los Ejercicios a canónigos en Palencia en *Hisp. 141*, 343r; *Cast. 32*, 3r, 12r, 26r; *Hisp. 127*, 199r.

el Escorial castellano, o del severo Colegio Romano en el que igualmente se nota el influjo del austero monasterio español.

Valeriani, traído a España por Reynoso, fué sin duda impulsado por el celoso propagandista de los Ejercicios a practicarlos. Los hizo en la casa de la Compañía. Allí determinó entrar jesuíta. Su resolución, como dicen las anuas ya citadas, por ser «muy conocido, causó edificación pública» (47).

No se limitaba la acción de Reynoso y del P. Asensio a los que practicaban Ejercicios en Palencia. Invitaban a los que prometían más y se encontraban en disposición de hacerlos con más perfección, a ir a Villagarcía, que pertenecía a la diócesis. A veces el P. Asensio les acompañaba personalmente y les daba los Ejercicios en el confortador oasis del pueblo de los Quijadas, que poco a poco vino a ser una prolongación espiritual para Palencia, como ya lo era para Valladolid.

11.—En los solitarios centros de Monterrey y Villimar.

Más al norte, en tierra ya gallega, cerca de la raya de Portugal se levanta, dominando una riente y fecunda vega, el altozano de *Monterrey*. En aquel plácido mirador de la campiña gallega, plaza guerrera y roquero castillo, emplazaron los jesuítas una posición de gran importancia para la estrategia espiritual. Este campamento era a la vez Colegio para la juventud de la región, centro de operaciones de la zona, a la que irradiaban con misiones y excursiones apostólicas, y un tranquilo remanso de paz para los párrocos de los alrededores, que encontraban en él el descanso y la renovación espiritual que anhelaban.

Como Palencia fué un foco providencial de santificación para los canónigos, Monterrey lo fué para *el clero rural*. La soledad y el abandono en que se encontraba habían causado un lamentable descenso en su estado. El P. Pablo Hernández, rector de Monterrey y que convivió varios años en aquella región, llega a escribir que «estaban los clérigos..... tan seglares y tan perdidos y destruído el oficio sacerdotal» (48).

La fundación misma del Colegio fué, como en casi todas las demás ciudades españolas, fruto de los Ejercicios.

---

(47) *Hisp. 141*, 347v. Sobre VALERIANI, cfr. PIRRI: *Origen y desarrollo arquitectónico de la iglesia y Colegio de Villagarcía de Campos* en «Villagarcía de Campos. Evocación histórica de un pasado glorioso», pp. 23-24.

(48) *Litt. Quadr.*, 5, 538. Sobre Monterrey puede consultarse P. GONZÁLEZ SOLOGAISTUA: *Por tierras de Galicia. Monterrey y el camino de Santiago*, Madrid, 1944. En el último capítulo transcribe la parte que dedica Guzmán en su *Historia de la provincia de Castilla* al Colegio de Monterrey.

El Obispo de Orense, a cuya jurisdicción pertenecía Monterrey, *don Francisco Manrique de Lara*, había hecho ya en 1541 los Ejercicios en Ratisbona bajo la dirección del Beato Pedro Fabro. Apenas entró en la diócesis quiso a toda costa poseer un centro en donde sus feligreses pudieran gozar de los beneficios de la Compañía. Consiguió, después de varios incidentes, que no nos toca a nosotros historiar, arreglar la fundación con don Alonso de Fonseca, conde de Monterrey, quien a su vez tenía con San Francisco de Borja un trato íntimo y llevaba una intensa vida de piedad que parece suponer la práctica del método ignaciano.

Ayudó también mucho a la fundación otra ilustre ejercitante, *doña Inés de Velasco*, madre del conde don Gaspar de Zúñiga. Así contribuían los Ejercicios a la floración de este nuevo centro. Infundían en los ejercitantes el celo y la preocupación por la regeneración espiritual. Les daban normas para la distribución de sus riquezas en obras que contribuyeran a esta anhelada renovación. A su contacto brotaban numerosas instituciones de beneficiencia o cultura. Monterrey es sólo un ejemplo.

Al contrario de lo que sucedía en la mayoría de los demás Colegios, no comenzó en seguida el apostolado de los Ejercicios. El estado de ignorancia de la población, que por su mala posición geográfica y la deficiencia de comunicaciones de entonces, había sido demasiado abandonada, requería primero otros cuidados. Los Ejercicios suponen cierta elevación moral y cultural que no existía en aquel alejado paraje. Era necesario preparar el terreno creando este ambiente. Comenzaron, conforme a este plan, a educar a la juventud. La enseñanza de la Doctrina Cristiana entraba como base fundamental de este trabajo educacional. Así se fué formando un Colegio que, con el tiempo, llegó a acreditarse bastante. El rector P. Pablo Hernández, con ingenuidad y optimismo propios de una psicología miope tan característica de estos centros aislados, llegó a escribir que «parece un estudio principal de Salamanca o de Alcalá» (49).

A la vez que enseñaban a los jóvenes, daban clases de moral a los párrocos de los alrededores y predicaban o misionaban por los pueblos circunvecinos.

Los sacerdotes comenzaron pronto a estimar la obra que se realizaba en este centro. El ejemplo y la suave invitación de los Padres hizo lo demás. Les hablaban de los Ejercicios como de la pura fuente que alimentaba esa espiritualidad y vivificaba la renovación que estaban observando.

Ayudó a esta labor la singular atracción y suavidad que mostraron los primeros moradores, en especial un tal *Juan Pérez*. Escribe de él el P. Guzmán con la ampulosidad característica de la época: «Traía siempre un semblante tan apacible y un rostro tan alegre que era todo

(49) *Litt. Quadr.*, 5, 538.

el consuelo de toda la casa. Era en su conversación de muy buena gracia, sin hablar jamás palabra que fuese ofensiva a nadie. De aquí vino a ser tan amado y querido no sólo de los Nuestros, sino de todos los seglares y religiosos» (50).

Con esta táctica de atracción consiguieron traer a casi todos los párrocos de los alrededores. Venían de los pueblos circunvecinos, lo mismo de los más pequeños que de los de cierta importancia. En 1569 escriben que «los Ejercicios hace al presente un Abad de los principales de la tierra, de cuyo aprovechamiento espero en el Señor ha de seguirse gran fruto en sus ovejas y otros abades» (51).

«Desde esa fecha comenzaron a afluir otros muchos «abades», como llamaban a los párrocos o encargados de los pueblos. Pudieron escribir al fin del siglo que «casi todos vinieron a hacer los Ejercicios a nuestro Colegio..... y entre estos vigilantes abades señalaron el Abad de Villaferri, Juan de Valderrama y el doctor Orozco, Abad de Oimba, y Juan Vaca, Abad de Berrande, y Domingo Pasamonte, Abad de Villarcevos, y Francisco de Lerma, Abad de Cubillas....., y el licenciado Juan de Yepes, gran benefactor de este Colegio, Abad de Maderos, el licenciado Santesteban, Abad de Orrios, y el licenciado Pinedo, Abad de Santa Vaya, y el licenciado Alonso Yáñez de Lugo, Abad de Oimbra y otros que dejo» (52).

Prolija y seca enumeración, pero que refleja más que muchas descripciones la irradiación de los Ejercicios. Es el testimonio de la nueva fuerza que penetraba a través de los beneméritos abades en los pueblecillos más pequeños, para trasformarlos paulatinamente.

En la provincia de Burgos existió otro centro de características muy similares a las de Monterrey. Estaba también en un insignificante poblado a unos kilómetros de la capital, incorporado hoy a su municipio, entre huertas y prados, junto a un refrescante riachuelo en la soledad de la campiña. El sitio se llamaba *Villimar*. Alaban sus moradores sus «muy apacibles vistas», lo saludable del sitio, el frescor de la huerta, el edificio y la iglesia bien labrados y de buena arquitectura (53).

También, lo mismo que Monterrey, la fundación la realizó un antiguo ejercitante que deseaba un centro de evangelización de la región. Esperaba que desde allí se organizarían correrías apostólicas a los pueblos de los alrededores y que podrían ir allá a recogerse los sacerdotes de los pueblos circunvecinos.

El fundador se llamaba *Benedicto Uguccioni*, italiano. Pertenecía a una noble familia florentina. Era pariente del Papa León X. Se encontraba en Lisboa, tal vez con alguna misión pontificia, cuando lle-

(50) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla. Cast. 35*, 325v.
(51) Carta del 17 de enero de 1569 de Francisco López a San Francisco de Borja, *Hisp. 109*, 257r.
(52) GUZMÁN: *Cast. 35*, 324v y VALDIVIA: *Colegios de Castilla*, 304r.
(53) GUZMÁN: *Cast. 35*, 347v, 349v.

garon a esta corte los PP. Simón Rodrigues y Francisco Javier. Los Padres, fieles a la consigna general de «ir a las cabezas», decidieron ganar a Uguccioni, personaje de influjo en la corte. Sin duda establecerían el primer contacto narrándole nuevas de su patria, de donde entonces venían. Pronto le conquistaron para los Ejercicios, tanto, que fué el primer ejercitante del P. Simón Rodrigues en Portugal, el número uno en una nación en donde tan profundamente iba a arraigar la práctica ignaciana para tanto bien de la metrópoli y de su vasto imperio.

No se equivocaron en sus previsiones los dos Padres. Uguccioni se convirtió en celoso propagandista de la Compañía. Veinte años más tarde se encontraba en Burgos con el P. Estrada. Continuaba su benevolencia para con los jesuítas. Aquí decidió fundar el solitario Colegio de Villimar para remedio de «la ignorancia de los aldeanos y el descuido en las cosas de su alma y salvación» (54).

También como en Monterrey, tardaron algunos años en iniciar el apostolado de los Ejercicios. Primero se dedicaron a las excursiones apostólicas. Con todo no tardó mucho en llegar a la cercana Burgos la fama de la nueva casa. Los Padres de la ciudad comenzaron a invitar a trasladarse a ella a los que deseaban practicar los Ejercicios con más sosiego. Pronto comenzaron a acudir de la capital eclesiásticos y seglares distinguidos. La amenidad del sitio y la comodidad del lugar, eran una buena propaganda. Los cuartos estaban bien acondicionados y soleados en invierno.

Poco a poco fué convirtiéndose Villimar en el Villagarcía de Burgos, aunque siempre en escala inferior. Como sucedía en las demás ciudades castellanas, bastantes canónigos y beneficiarios del Cabildo se apresuraron a gozar de las ventajas del retiro ignaciano en aquella apacible soledad. El propio Deán dió ejemplo acudiendo uno de los primeros. Entre los ejercitantes se encontraban también, como dice el cronista con la lamentable generalización a que ya estamos acostumbrados, «personas muy señaladas en linaje, letras y autoridad» (55).

12.—Irradiación en Segovia, Logroño, Soria y Pamplona.

La ciudad de *Segovia* era en el siglo XVI «una de las más principales de la corona de Castilla» (56). Su población de lo más católica. El P. Antonio Torres, en varias cartas escritas desde la misma ciudad, tributa grandes alabanzas a su cristiandad. Esperaban mucho los jesuítas

(54) GUZMÁN: *Cast. 35*, 348v. En ff. 347-348 noticias sobre Uguccioni.
(55) *Cast. 32*, 18v. Datos de más ejercitantes en *Litt. Quadr.*, 5, 677; *Cast. 32*, 25r, 38v, 50v; *Hisp. 115*, 263r.
(56) GUZMÁN: *Cast. 35*, 329v.

cuando en 1559 entraron allí, por indicación de San Francisco de Borja, quien consideró imprescindible establecer un Colegio, vista la importancia de la ciudad y la piedad de sus habitantes.

Desde el principio se dedicaron de modo particular a la santificación y dirección espiritual de las almas que anhelaban una mayor santidad. Apenas había abusos públicos que corregir. Una atmósfera de sana moral dominaba el ambiente. Pero no pasaban de ahí. «Contentábanse con una común cristiandad», escribe el P. Torres, por lo que era necesario «quien los impusiese en cosas de espíritu» (57).

Imponerle en cosas del espíritu: he aquí el programa de acción jesuítica. Los Ejercicios entraban en primer plano en semejante táctica. Ya al año siguiente de la entrada eran «muchos» los que los practicaron. Y nota con fruición el cronista que «están muy aprovechados en espíritu», contraste marcado con la falta de aprovechamiento que notaban antes (58). Esta tarea de santificación sería la función específica de los Ejercicios en estas ciudades de rancio abolengo cristiano como Segovia y Ávila.

La clase de ejercitantes es la misma que en las demás ciudades castellanas: canónigos, gente principal, sacerdotes.

No llegaron a desarrollar toda la vitalidad que se hubiera esperado por una dificultad: la falta de local suficiente. La primera morada fue pobre y estrecha en demasía. Sólo haciendo grandes sacrificios podían admitir a unos pocos. Pero los hacían llevados del entusiasmo que les dominaba. En 1562 se alivió algo la situación con el traslado a otra morada, que pronto resultó insuficiente. Sufrieron las consecuencias de la incomodidad y estrechez todo el resto del siglo. Tiene razón el P. Guzmán cuando escribe: «fuera esta obra de mayor lustre si hubiera en casa comodidad» (59).

Menos difusión alcanzó la práctica en *Logroño*. Pero, al igual que en Segovia, ganó en la intensidad que adquiría en las almas lo que perdía en extensión. El Colegio era pequeño. Los Padres pocos. Se añade a esto que la fundación de Logroño estuvo erizada de innumerables dificultades que parecieron ahogarla por completo. Salvó la situación, cuando parecía que todo estaba perdido, la benevolencia y generosidad del canónigo Medrano, verdadero padre de aquel pequeño grupo.

Hasta pasada la epidemia de 1564 fué insignificante el personal. Apenas se afianzaron un poco, comenzaron a dar Ejercicios principalmente a sacerdotes y canónigos. Como se ve, lo mismo que en las demás ciudades castellanas. Entre los ejercitantes descollaron el Deán de la iglesia de Logroño, quien «se aprovechó mucho y quedó muy devoto y benefactor», y el doctor Heredia, canónigo magistral de Cala-

(57) *Litt. Quadr.*, 6, 869.
(58) *Litt. Quadr.*, 6, 869.
(59) GUZMÁN: *Cast. 35*, 336v.

horra, de relevantes dotes oratorias que pudo mostrarlas en el Concilio de Trento, al que asistió en calidad de teólogo (60).

Más prósperamente andaban las cosas en *Soria*, «bien conocida por su mucha antigüedad y nobleza, por ser cabeza de provincia, tener votos en cortes y responder por tres obispados de Osma, Sigüenza y Calahorra» (61).

Soria era entonces una avanzadilla de Castilla que se asomaba a las tierras del norte. A pesar de estar más al sur de Logroño y con peores comunicaciones, acudían muchos de las regiones norteñas para sus negocios y estudios. Soria gozaba de mucha fama. Entrar en ella era ya gozar de muchas de las condiciones que se daban en Castilla y para los vascongados y navarros poder observar otro ambiente. Los grandes centros del interior se encontraban demasiado alejados para las posibilidades de muchos, dadas las deficientes comunicaciones de entonces. Por ello no pocos consideraban como un gran beneficio el acudir a sus estudios o negocios a estas ciudades menos alejadas y con muchos más medios que las propias.

Así sucedió que, apenas abrieron los jesuítas el Colegio, vinieron alumnos de Rioja, Burgos, Navarra y Aragón «y muchos de ellos gente principal» (62). Podían, pues, desde este puesto, influir en la vida espiritual de otras muchas regiones.

Hasta 1575 no se realizó la fundación de Soria, aunque ya varios años antes el *P. Bernardo de Molina* había realizado un viaje de exploración, en el cual dió Ejercicios a *doña Juana de Mendoza*, de las principales familias de la ciudad. Tenía ya de antes propósito de permanecer en perpetua virginidad. Consultó su caso con el recién llegado jesuíta, y el Padre le aconsejó la práctica ignaciana para ver lo que tenía que realizar.

Fueron unos Ejercicios singulares. Como la Compañía no tenía ni casa, ni templo propio, se reunían el Padre y la noble dama cada mañana en una iglesia distinta. Querían evitar el llamar demasiado la atención. El Padre, día tras día, le proponía el correspondiente ejercicio en cada iglesia, y la matrona le daba cuenta del pasado (63).

El P. Luis de Guzmán, quien conoció personalmente a doña Juana años más tarde, afirma «que fué un dechado y ejemplo vivo por toda esta tierra de mujeres principales en todo linaje de virtud» (64). Otra persona noble más, que encontró en los Ejercicios la clave de su vida, aprendió en ellos, como vivamente deseaba, a comunicarse íntimamente con Dios, reguló conforme a los principios más rectos sus relaciones con los demás, ordenó la distribución de sus bienes y trazó un plan de vida de recogimiento y caridad.

(60) *Cast. 35*, 356v.
(61) *Cast. 35*, 39r.
(62) *Cast. 35*, 406v.
(63) *Cast. 35*, 397v.
(64) *Cast. 35*, 423v, 424v.

Comenzó doña Juana, apenas acabados los Ejercicios, a pensar en la fundación de un Colegio de jesuítas. La ayudó en sus propósitos su hermana María que, viuda y sin hijos—acababa de morírsele su única hija—, andaba pensando en dedicar su fortuna a alguna obra del servicio divino.

Después de vencer varias dificultades se establecieron los jesuítas en iglesia ajena y algo separada. Pronto pudieron pasarse a la de San Esteban, más céntrica, en donde comenzaron a desarrollar su actividad acostumbrada.

Para los Ejercicios fué providencial que, en 1576, viniera como primer rector el *P. Juan Osorio*, natural de la villa burgalesa de Sasamón. Atrayente, suave por naturaleza, se conquistó la benevolencia de la ciudad. Sumamente amado de todos, se le acercaban los jóvenes con singular confianza. Durante los siete años que duró su rectorado, consiguió con su benevolencia captarse la simpatía de los principales de la ciudad. Atraídos por su bondad, se animaron varias personas de importancia o, como dice el cronista, «de cuenta», a hacer Ejercicios. También los practicaron bastantes sacerdotes (65).

Entre los que practicaron el retiro con el P. Osorio, descolló un sagaz y hábil escribano, llamado don *Juan del Águila*. Llevaba una vida más bien libre. Movido por unos sermones del Padre, vino al Colegio decidido a practicar los Ejercicios. Le recibió el Padre rector, «con grande afabilidad, caridad y blandura, cual él solía hacer en casos semejantes». Le dió los Ejercicios de la primera semana. Dios movió de tal modo el corazón de don Juan que, a pesar de tratarse sólo de un retiro de conversión, determinó entrar en la Compañía con gran admiración de todos. Murió en ella a los pocos meses (66).

El impulso dado por el P. Osorio lo continuó y aun aumentó el *P. Alonso Ferrer*, rector en el trienio de 1591 a 1594. Fué éste el período áureo de la Compañía y de los Ejercicios en Soria. Siempre las proporciones fueron modestas, pero dentro de ellas, se desarrolló un movimiento bastante considerable. El P. Guzmán, morador durante largos años del Colegio, escribe: «Puedo afirmar con verdad que nunca he visto por todos quince años que resido aquí, este Colegio ser tan frecuentado del pueblo..... ni más exercitar los Padres sus ministerios, ni más acepta la Compañía en los de fuera» (67).

Se apagó algo el entusiasmo a la partida del P. Ferrer en 1594. Continuaron los ejercitantes, pero a un ritmo normal.

En estas circunstancias en que no se da ningún suceso externo de relieve, hay el peligro de aminorar el efecto del método. Externamente no se nota nada. En Soria una epidemia que se desencadenó en las postrimerías del siglo, sirvió para mostrar la fuerza que iba depositando

(65) *Hisp. 141*, 387v; *Cast. 32*, 20v.
(66) *Cast. 35*, 405v.
(67) *Cast. 35*, 426v. Véase sobre Ejercicios en Soria, *Cast. 32*, 28v, 37r, 60v

en el corazón de las almas. Apenas se declaró la peste, todos los Padres se aprestaron a ir a los sitios más peligrosos. Antes quisieron prepararse con unos breves Ejercicios. En ellos renovaron su propósito y encontraron la fortaleza para vencer todas las repugnancias y dedicarse a la abnegada y heroica labor. Varios cayeron en la asistencia a los apestados. Todos dieron un gran ejemplo de caridad y de sacrificio.

Más al norte hubo en el último tercio del siglo otro centro. Estaba en la ciudad de *Pamplona*. El estado espiritual de esta plaza era parecido al de Segovia y Soria. Gente cristiana de rancias costumbres trasmitidas de generación en generación, en las que habían condensado la esencia de la tradición más pura. El método debía basarse sobre ella y tender a conservarlas y vivificarlas.

Si el nivel moral era muy alto, no lo era tanto el de la santidad de las personas buenas. Se daba el mismo fenómeno que notaba el P. Torres para los segovianos. Se contentaban con la práctica obligatoria de la religión. Una confesión al año. Algunos más, pocos, se confesaban en las tres pascuas. No vivían la piedad, no habían sacado las últimas consecuencias de su catolicismo.

Los jesuítas se dieron cuenta desde el principio de la disposición excelente de los navarros e iniciaron una campaña en favor de la frecuencia de sacramentos, que obtuvo grande suceso. Comenzaron pronto a comulgar varias personas con relativa frecuencia. Se fué creando así el ambiente de anhelo de una vida más perfecta, de una reforma más eficaz. En este clima los Ejercicios germinaban como en terreno propio.

Lo mismo que en las ciudades castellanas, los eclesiásticos formaron el núcleo principal. Fué tal la concurrencia de canónigos y beneficiarios, que en pocas semanas los practicaron hasta trece.

Pamplona conservaba todavía algunas instituciones del antiguo Reino de Navarra. Contaba con un Consejo Real de diez oidores, Tribunal de apelación de las sentencias de la llamada «corte» o tribunal exclusivo de los nobles, al frente del cual había cuatro alcaldes llamados Alcaldes de Corte. Residía, además, en la ciudad, la flor de la Nobleza navarra. Pronto cuajó entre estos elementos la práctica ignaciana. Hubo vez que se encontraron juntos en el Colegio dos oidores de los diez de que se componía el Consejo Real y un Alcalde de Corte. De aquí resultó «raro ejemplo y grande mudanza y enmienda de las vidas de unos y otros» (68).

---

(68) *Cast. 35*, 481v. Sobre ejercitantes en Pamplona en *Cast. 32*, 21r, 28r; *Cast. 9*, 3v; *Hisp. 133*, 95r, 38v.

13.—En Ávila: Santa Teresa ejercitante.

En este rápido recorrido de las ciudades españolas llegamos a Ávila. En el centro del movimiento espiritual está la figura de Santa Teresa. Parece que la santa impregna de una esencia purísima el catolicismo de la privilegiada ciudad y llega su irradiación a todas sus instituciones.

Al igual que en Segovia, Soria y Pamplona, se nos asegura «que la gente de este pueblo es muy aficionada a la virtud» (69). Tenían una excelente base para el trabajo.

La casa se pudo establecer en sitio céntrico y acomodado y, cosa muy importante para los Ejercicios, era bastante amplia, con una iglesia bella y muy capaz. Sita en un altozano, desde ella se dominaba un amplio panorama de la meseta abulense, que convidaba a elevar la mente al Creador y formaba un marco apropiado para la meditación de las grandes verdades del libro de San Ignacio.

Eran al principio pocos. La visita a la ciudad, casi a raíz de la fundación en 1554, de San Francisco de Borja, dió a conocer a los Padres en un radio de acción muy amplio, al que difícilmente hubieran llegado tan pronto sin el ascendiente del Santo duque. Pronto pueden escribir a Roma: «Aceptos estamos en esta ciudad» (70).

Las personas que deseaban dirección para avanzar en la vida espiritual acudían a ellos. Había en Ávila muchas personas que anhelaban una mayor perfección. Un buen número de clérigos y sacerdotes llenos de fervor y de santo celo, se habían juntado en una especie de Asociación sacerdotal. Tenían un programa común de prácticas de piedad y de celo. En particular, ejercitaban diversas obras benéficas de caridad para con los pobres.

Dirigía este movimiento el *P. Mto. Gaspar Daza*, alma rectilínea, fervorosa, de ejemplar virtud y rara abnegación. Gran predicador encendía con sus palabras el alma de aquellos sacerdotes, los atraía. Esta especie de Beato Ávila abulense, pareeido también en ésto al apóstol de Andalucía, apenas conoció a los Padres puso bajo su dirección a sus discípulos.

Así, de golpe, se encontraron los jesuítas en el centro del fuerte movimiento espiritual que sacudía lo más selecto de las almas virtuosas de Ávila. El carmelita P. Efrén de la Madre de Dios, sintetiza de este modo la irradiación inicial del apostolado jesuítico: «En Ávila se echaba de ver un renacimiento espiritual desde la venida de los jesuítas y su conducta evangélica era comentada con entusiasmo entre las personas de oración» (71).

---

(69) MHSI.: *Epp. Mixtae*, 3, 538.

(70) MHSI.: *Epp. Mixtae*, 4, 392.

(71) SANTA TERESA DE JESÚS: *Obras completas*, 1, Madrid, B. A. C., 1951. Introducción, p. 478. Sobre Daza, cfr. LA PUENTE: *Vida del V. P. Baltasar Alvarez*, cap. 9, pp. 100-101 y SANTA TERESA: *Obras*, B. A. C., pp. 471-72.

Entraban los jesuítas aureolados con la fama de maestros de oración. Aquí radicó la clave de su éxito.

No podían pasar inadvertidos estos sucesos a *Santa Teresa de Jesús*. El primer jesuíta abulense, y uno de los dos que habían venido a fundar el Colegio en mayo de 1554, era *Hernando Álvarez del Águila*, pariente de la santa y, además, hermano de doña Mencía del Águila, mujer de Francisco de Salcedo, a quien Santa Teresa estaba vinculada muy íntimamente y a quien solía llamar el «caballero santo».

Precisamente por aquellos meses andaba buscando luz al problema de la oración «que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración». Leyó las Confesiones de San Agustín y la Subida del Monte Sión de Fray Bernardino de Laredo. Envió dictámenes de su estado espiritual al Mto. Daza y a Francisco de Salcedo. No hallaba la luz deseada. Estas dos virtuosas personas, después de haber leído el informe, le aconsejaron —escribe la misma santa—«que lo que me convenía era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase diciendo tenía necesidad, venía, y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general y de mi condición, y todo con mucha claridad» (72).

El jesuíta que acudió a orientarla y dirigirla fué el *P. Diego de Cetina*, recién venido de Salamanca. Misterios de Dios. La doctora mística, la maestra de la oración, iba a recibir la orientación de un joven de 23 años con sólo tres de vida religiosa, sin experiencia ninguna, recién ordenado de sacerdote, desprovisto de brillantes cualidades naturales.

Lo quiso Dios sin duda para que se viera mejor que Él andaba de por medio en este encuentro. El mismo Señor había adornado de cualidades sobrenaturales no comunes al P. Cetina, que suplían con creces lo que le faltaba de dotes humanas. Le había hecho «muy inclinado a la oración mental». La santa le encontró «harto siervo de Dios y muy avisado» de modo que «en todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo para curar mi alma, según se imprimía en ella» (73).

Sólo dos meses duró la dirección del joven Cetina. Debió de ser en la primavera de 1555 (74). Pero su fugaz paso fué providencial. Dió a la santa la luz que deseaba. Lo interesante para nosotros es que este trabajo de orientación lo realizó por medio de los Ejercicios espiri-

---

(72) *Autobiografía* de Santa Teresa, cap. 23, n. 14. SANTA TERESA: *Obras*, B. A. C., p. 736. El estado espiritual de la santa en este momento descrito y analizado por E. JORGE: *Manresa*, 22 (1950), 326-328.

(73) *Autobiografía*, cap. 23, n. 16. *Obras*, B. A. C., pp. 736-737.

(74) Sobre la fecha en que sucedieron estos acontecimientos y la cronología de este período, E. JORGE: *Manresa*, 22 (1950), sobre todo 325-335 y 23 (1951), 208. El P. Efrén, en su Introducción, no ha tenido en cuenta los datos que aporta el P. Jorge y tiene algunos deslices (Santa Teresa: *Obras*, pp. 485-486) en las fechas. Las consecuencias que se derivan de la alteración de la cronología son importantes para nuestro propósito, pues hacen cambiar la persona del director en algunos sucesos.

tuales. Lo testifica expresamente el P. Ribera: «Este Padre [el P. Cetina] me dicen, la dió parte de los Ejercicios» (75).

Al cabo de estos dos meses de dirección, marchó el P. Cetina de Ávila. En este corto espacio de tiempo le dió «parte» de los Ejercicios. Con religiosas se seguía entonces muy frecuentemente el sistema de Ejercicios abiertos. Cada día recibían una meditación por un tiempo breve. Lo que perdían en intensidad ganaban en extensión. A veces se prolongaban meses. El haber dado a la santa sólo «parte» de los Ejercicios, ¿no sería porque cuando se marchó el P. Cetina no había acabado de desarrollar todo su plan?

El providencial director fué con sus conversaciones—dentro y fuera de los Ejercicios—infiltrando en el alma de su santa dirigida, los principios y criterios ignacianos.

A esta luz el capítulo 23 de la Autobiografía teresiana adquiere nuevas perspectivas. Describe en él la santa, con su inigualada galanura, la trasformación que operó el P. Cetina en su alma. Pero como parte del trabajo realizado por el Padre fueron los Ejercicios, tenemos que la santa va analizando en estas líneas la reacción que experimentó en ellos.

Este capítulo, considerado a esta luz, adquiere un sentido más hondo y profundo. Hay frases que parecen ecos de meditaciones de los Ejercicios y síntesis del estado espiritual en que dejan al ejercitante determinados pasajes. Da una importancia inusitada a este momento de su vida. Pondera extraordinariamente la acción del Padre y estudia sus pasos. Todo esto se explica mucho mejor si se da por supuesto que pretende aquí dar la impresión que le produjo no el procedimiento individual de un hombre, sino de un método de tipo más general y de alcance superior, como era el de San Ignacio.

Esbocemos un sencillo comentario de estas páginas desde este punto de vista y comprenderemos mejor el sentido profundo que encierran muchas palabras. La santa no sigue ningún orden lógico. Mezcla y entrevera, como es su estilo, situaciones diversas que se dieron en la realidad en tiempos distintos. Aun así y todo, parece que todo lo que le sucedió entonces se puede encerrar dentro del marco de las dos primeras semanas de Ejercicios.

Notemos todavía que en el capítulo siguiente, al comenzar un nuevo tema y querer en la primera frase resumir lo tratado en el capítulo anterior, no dice: «Quedó mi alma de esta *dirección* espiritual», sino «quedó mi alma de esta *confesión*». Ella misma resume bajo la palabra «confesión» la labor del P. Cetina. Ahora bien; es evidente que su labor fué mucho más amplia que la de una confesión sacramental. El sentido obvio que tiene la palabra «confesión» es el de Ejercicios, como en tantas otras veces en la terminología jesuítica de entonces.

---

(75) RIBERA: *Vida de Santa Teresa*, lib. 9, cap. 9. Cfr. SANTA TERESA: *Obras*. B. A. C., pp. 483-484.

Analizando el capítulo anterior, se ve que esta confesión comprendía un trato repetido con el director (76), un analizar «todos los males y bienes», es decir, un examen de la vida pasada, un volver sobre los pecados y sentir confusión de ellos (77), un tratar con el director «toda mi alma». En esta «confesión» el director le declaró su estado, la animó mucho, la tranquilizó diciendo que lo que le pasaba era de Dios, que no iba bien fundada en la mortificación. Es decir, la hizo ver la causa de sus desórdenes o de su desasosiego en esa falta de mortificación y en el fundamento poco sólido de algunas cosas.

Basta estar un poco familiarizado con el libro de los Ejercicios para ver que se trata aquí del proceso de la primera semana aplicado al estado espiritual de la santa. No se trataba de una alma pecadora, sino de una alma privilegiada. La primera semana tenía que enfocarse a sentir dolor de los desórdenes que todavía podían quedar, y la santa sintió esa «aflicción» y esa «gran confusión», al ver los resquicios por donde podía introducirse el enemigo. El P. Cetina, para que lo percibiera mejor, le hizo una diagnosis de su estado espiritual.

Todo esto era lo menos importante en la santa. Había precedido la dura dirección del Mto. Daza, que había realizado este trabajo de purgación. Sobre todo, Dios la había purificado con la noche de las dudas y tribulaciones.

La principal era orientar aquella alma. Jesucristo sería la norma definitiva. Nosotros creemos ver un eco del llamamiento del reino de Cristo, de la segunda semana, en la frase que a continuación de lo que acabamos de ver como reflejo de la primera semana, escribe la santa:

«Que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas y otras cosas....., que ternía muchas culpas si no respondía a las mercedes que Dios me hacía» (78).

Aquí tenemos los grandes resortes del reino de Cristo. De parte del alma el ser «presto y diligente»—«esforzarse mucho» dice la santa—, el responder a las exigencias divinas; de parte de Dios el «llamamiento» a una grande misión, que Santa Teresa traduce por responder a las mercedes que Dios le hace, el corresponder a él, pues de ahí puede depender el hacer bien a muchas personas.

Y después, la frase general, estereotipada, de la trasformación que obraban los Ejercicios que oimos a casi todos los ejercitantes: «Llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra». Esta trasformación

---

(76) «Comencé a tratar de mi confesión general». *Autobiografía*, cap. 23, n. 15. «Me viesen en casa tratar». Ibid. «Tratando con aquel siervo de Dios». Ibid., n. 16. *Obras*, B. A. C., pp. 736-737. Todo esto supone repetición de actos.

(77) «Ví después que lo escribí tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima». *Autobiografía*, cap. 23, n. 15. *Obras*, B. A. C., página 736.

(78) *Autobiografía*, cap. 23, n. 16; *Obras*, p. 737.

íntima era—como lo vimos ampliamente en el primer tomo—el fruto principal, más característico de los Ejercicios. Era el panorama nuevo, esplendente, de la misión de Cristo asociado a la Iglesia que se abría al alma en la segunda semana; era aquel trabajo de San Ignacio de ir desnudando de las afecciones desordenadas para revestirle de Cristo, de arrancarle todo lo que estorbaba la misión del Salvador. Aun esta disposición cumbre está reflejada en Santa Teresa al principio del capítulo 24, como resumen del trabajo de aquella «confesión»: «Quedó mi alma de esta confesión tan blanda que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera y ansí comencé a hacer mudanza en muchas cosas» (79). El director más exigente no ansiaría un fruto más perfecto del ejercitante que el que refleja en estas líneas la Santa Reformadora con palabras que recuerdan las que San Ignacio usa para designar la finalidad de los Ejercicios, hallar la voluntad divina en la *disposición* de su vida.

Había conseguido Santa Teresa el fruto máximo deseado por San Ignacio de poder «en todo amar y servir a su Divina Majestad», ya que no había cosa a que no se dispusiera; el Señor dispondría de ella en adelante—como anhela San Ignacio en la anotación 5.ª—conforme a su santísima voluntad, pues la santa tenía esa grande liberalidad y había ofrecido todo su querer y libertad. Podía darse el ideal descrito en la anotación 15 de que el Criador obre inmediatamente en la criatura, pues el Señor había abrasado su alma en el amor y la había *dispuesto* por la vía que mejor podría servirle adelante. Por eso su director siguió en adelante la táctica de llevarle «por modo de amar a Dios» y dejándole la libertad que se deja a los que Dios toma por su cuenta (80).

La misma santa especifica en qué cosas se realizó esta «mudanza». Resumamos sus palabras en forma esquemática, pues nos servirá para dar idea de la labor profunda que realizó en el alma de la santa aquella «confesión».

1. Encontró la solución al problema particular que atormentaba su alma. Vió que su oración era de Dios. Fué éste el fruto más concreto, el que abriría su alma a una confianza en Dios sin límites, pero no fué ni con mucho el único fruto.

2. Encontró el consuelo y esfuerzo necesarios para seguir adelante. «Dejóme consolada y esforzada» (81).

3. Percibió hondamente la malicia del pecado, lo que le facilitó el quitar todos los impedimentos para la santidad. Fué el fruto precioso que pide San Ignacio en el coloquio de la repetición de la meditación de los pecados: «sentir el aborrecimiento de mis pecados». Escribe la santa: «Iba ya sintiendo mi alma cualquier ofensa que hiciese a Dios,

(79) *Autobiografía*, cap. 24, n. 1; *Obras*, p. 737.
(80) *Autobiografía*, cap. 24, n. 1; *Obras*, p. 738.
(81) *Autobiografía*, cap. 23, n. 18; *Obras*, p. 737.

por pequeña que fuese, de manera que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba» (82).

4. Del aborrecimiento del desorden brotó la libertad espiritual, el no dejarse apegar a ninguna afección que hacía se dispusiera a todo sin excepción ninguna. «Me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera» (83).

5. Libre el alma y despegada de toda clase de afecciones, pudo sentir el amor a Jesucristo de una manera nueva: «Comencé a tomar de nuevo amor a la Sacratísima Humanidad» (84).

6. Otro fruto notable y de importancia trascendental en la maestra de la oración, fué el «que comenzóse a asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento» (85).

7. Encontró también el camino justo para otras prácticas espirituales, como la penitencia (86).

Toda esta serie de frutos *pertenecen a la segunda semana*, de modo que se puede afirmar que Santa Teresa sacó de los Ejercicios el fruto que San Ignacio adscribe a la segunda semana, o dicho de otra manera, que practicó los Ejercicios de las dos primeras semanas acomodados por el P. Cetina a su modo particular. Al fin le dijo el P. Cetina que «tuviese cada día oración en un paso de la Pasión y que me aprovechase de él y que no pensase sino en la Humanidad» (87).

Esta frase, a la luz que estamos leyendo el presente capítulo, puede adquirir un sentido restrictivo. Es decir. Que meditara la Pasión mientras el P. Cetina deseaba que la santa practicase la tercera semana. Cuando daban los Ejercicios abiertos, dejaban muchas veces la contemplación de los pasos de la vida de Jesús al ejercitante. El director iba solo para las meditaciones especiales y para dirigirla en la marcha general. Entraba en la táctica de los Ejercicios no decir lo que tenía que hacer más tarde. Lo prohibía la anotación undécima. No olvidemos que el P. Cetina volvió a Salamanca interrumpiendo, sin duda, los Ejercicios.

Le mandó también el Padre que resistiese a los gustos divinos «hasta que él me dijese otra cosa»; diríamos ahora, hasta que acabase la tercera semana.

Con esta interpretación pierde la frase mucho de su dureza. Porque parece extraño que un director que «llevaba por medio de amar a Dios» a la santa, le diera esta orden de resisitir cuando pudiera a los gustos divinos y que la impusiera como cosa ordinaria la meditación de la Pasión. Ciertamente, la contemplación de los sufrimientos del Redentor hace un bien inmenso, pero no entra en la metodología de San Ignacio

(82) *Autobiografía*, cap. 24, n. 2; *Obras*, p. 738.
(83) *Autobiografía*, cap. 24, n. 1; *Obras*, p. 737.
(84) *Autobiografía*, cap. 24, n. 2; *Obras*, p. 738.
(85) *Autobiografía*, cap. 24, n. 2; *Obras*, p. 738.
(86) *Autobiografía*, cap. 24, n. 2; *Obras*, p. 738.
(87) *Autobiografía*, cap. 23, n. 17; *Obras*, p. 737.

el prescribir un tema fijo a las almas ya adelantadas en la vida espiritual como era la santa.

Creía el P. Cetina—con razón o sin ella, no nos toca aquí dilucidarlo—que para conseguir penetrarse del dolor de Cristo doloroso, estorbaban esos arrobos envueltos en dulzuras celestiales. Era necesario contemplar cómo Dios «deja padecer la Sacratísima Humanidad tan crudelísimamente» y lo necesitaba más la santa, a juicio del director, porque había descuidado la penitencia, y su corazón necesitaba adquirir de la contemplación de la Pasión la fuerza para romper con todos los ligámenes terrenos. Después, a su tiempo, acabada la tercera semana, se le levantaría la prohibición, podría engolfarse en el océano de las dulzuras divinas a velas desplegadas. Pero este tiempo no llegó durante la estancia del P. Cetina en Ávila.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que esta «confesión» fué para la santa *el comienzo de una nueva etapa* en su vida. Bastaría lo que ya hemos indicado. Pero ella lo declara explícitamente al comienzo del capítulo que estamos comentando.

Había contado la primera época de su vida hasta el capítulo nono. Al llegar aquí inicia una de las disgresiones características de la santa que se prolonga por trece capítulos. Al reanudar el hilo de la relación en el capítulo 23, lo hace con estas solemnes palabras:

> «Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía; la que he vido [sic] desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí a lo que me parecía, porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras» (88).

No debemos exagerar. En el centro de esta trasformación están «las mercedes» de Dios, que quiso elevarla a la oración de quietud. Un laborío místico, en el cual nada pueden hacer los hombres. Debemos reconocerlo lealmente para no dar a los Ejercicios un influjo superior al que tuvieron. Pero también es verdad que Dios se sirvió para esta «mudanza» de los Ejercicios dados por el P. Cetina, de los principios de la espiritualidad ignaciana basados en los Ejercicios, injertados por el mismo Padre en su alma.

Debemos decir en su tanto, de Santa Teresa, lo que el P. de Guibert profundamente anota de San Ignacio, y lo que se puede afirmar de San Alfonso Rodríguez. Hay una «convergencia completa de los favores gratuitos acordados al Fundador con las líneas maestras de su ascética» (89).

Los dones místicos de San Alfonso son la expansión mística de la contemplación ignaciana para alcanzar amor. Dios concedió a Santa

---

(88) *Autobiografía*, cap. 23, n. 1; *Obras*, p. 730.

(89) DE GUIBERT: *Mystique ignatienne. RAM*, 19 (1938), 133-134. Cfr. *Obras completas de San Ignacio. Edición manual*.. Madrid B. A. C., 1952, op. 278-279.

Teresa una trasformación mística que, en su grado ascético, sacaban los ejercitantes de los Ejercicios. No queremos afirmar con esto que se pueda medir la altura espiritual de Santa Teresa con las normas ignacianas, ni que haya una correspondencia adecuada y total entre la espiritualidad de la santa y la de los Ejercicios. Todo esto supondría una reducción esquemática demasiado humana. Dios no tiene por qué ajustarse a las reglas de los hombres. Señor absoluto, puede romper todos los moldes y llevar a las almas por donde le plazca. Santa Teresa es una de las santas a quienes quiso Él personalmente dirigir. Pero, en su bondad infinita, quiso servirse hasta cierto punto de los hombres. Y en el fondo de la espiritualidad teresiana se contempla esta procedencia ignaciana indiscutible.

Siguió Santa Teresa dirigiéndose con jesuítas, y a través de esa dirección, recibiendo el influjo benéfico de los Ejercicios. *El P. Prádanos* le «comenzó a poner en más perfección» (90). Si quisiéramos proyectar sobre el fondo del método ignaciano la labor del P. Prádanos, diríamos que su acción correspondió a la *tercera semana* ignaciana. No se olvide que meditaba la santa todos los días en la Pasión del Señor. Pero tenemos que repetir la observación hecha hace un momento. De muy poco hubieran servido los desvelos del P. Prádanos, de no haber intervenido el Señor directamente de modo extraordinario. No conseguían los razonamientos del director atar el afecto natural. Dios, en un momento, hizo lo que los hombres no habían conseguido en muchos años. Le concedió esa «libertad y fuerza» para cortar sus afectos naturales y «dejarlo todo por Dios». Son las gracias que en grado ascético suelen conseguir las almas que llegan a las alturas del fin propio de la tercera semana. La cruz de Cristo es la gran fuerza para arrancar las últimas afecciones (91).

Hay más todavía. No es improbable que esta descripción corresponda a otros Ejercicios practicados por la santa, o para ser más precisos, que dentro de la época analizada por la santa en estas páginas, hubiera *vuelto a practicar los Ejercicios*. Porque pasó dos años de este período no en su convento, sino en casa de una piadosa pariente suya, *doña Guiomar de Ulloa*, que vivía cerca de los jesuítas y que trataba mucho con ellos. Llevaba la vida de recogimiento, caridad y apostolado típica de las nobles matronas que habían practicado los Ejercicios. Su casa era un centro de piedad. «Parecía un monasterio, donde tenía cabida todo género de virtud» (92). Podía allí Santa Teresa, sin

---

(90) *Autobiografía*, cap. 24, n. 5; *Obras*, p. 739.

(91) La santa, en el capítulo 24 de la *Autobiografía*, analiza con su acostumbrada profundidad y penetración el proceso psicológico de este período. La dirección espiritual del P. Prádanos está estudiada en LARRAÑAGA: *La espiritualidad de San Ignacio*, 91-100. EFRAIN DE LA MADRE DE DIOS: *Introducción a las Obras de Santa Teresa*, B. A. C., pp. 487-493.

(92) EFRAIN DE LA MADRE DE DIOS: *Introducción a las Obras de Santa Teresa*, B. A. C., p. 491.

disturbio ninguno, dedicarse a sus devociones. Desde ese palacio se dirigía a la iglesia de la Compañía y en uno de estos dos sitios tuvo el toque substancial, la palabra divina que cambió la orientación de su vida, de que hemos hablado más arriba. En el mismo palacio vivía la célebre María Díaz, un alma singular, otra dirigida célebre del P. Baltasar Álvarez.

Ya varios historiadores han señalado esta época como el tiempo en que practicó los Ejercicios. El P. Silverio de Santa Teresa, por ejemplo, afirma haber sido éste «el tiempo más a propósito en que pudo darle los Ejercicios» (93).

Ciertamente, en el siglo XVI, a estos retiros se llamaban Ejercicios. Era un irse empapando de su substancia bajo la guía de algún experimentado director durante una larga temporada. Una especie de dirección sistematizada conforme a las normas ignacianas.

Sin duda que también dentro de estos dos años de inmersión en atmósfera ignaciana, hubo algunas semanas de reconcentración más completa, de Ejercicios más sistemáticamente expuestos, como solía hacerse en semejantes ocasiones. Recordemos el caso de doña Catalina de Mendoza, en Alcalá, que también ocupaba, como doña Guiomar, una casa vecina a la iglesia de los jesuítas. No olvidemos que entonces las mujeres no solían hacer Ejercicios cerrados en centros especiales, como actualmente, sino que los practicaban abiertos en las iglesias u otros sitios similares.

La dirección del P. Baltasar Álvarez, el hombre que rezumaba los Ejercicios en todo su ser, dirección providencialmente iniciada a continuación y prolongada durante seis años, completó la labor de los PP. Cetina y Prádanos (94).

14.—Infiltración ulterior entre personajes abulenses.

Una figura de la talla de Santa Teresa, ejerce un influjo profundo en torno suyo. No sólo atrajo a su radio de acción a almas selectas. Perfumó la ciudad de un aroma de exquisita espiritualidad. Los Ejercicios se vieron influenciados por esa tonalidad ambiente. Produjeron profundas trasformaciones espirituales y llevaron a altas cimas de la

(93) SILVERIO DE SANTA TERESA: *Vida de Santa Teresa*, p. 387. El P. Larrañaga ve verosímil la conjetura. V. LARRAÑAGA: *La espiritualidad de San Ignacio*, página 99.

(94) De la dirección del P. Baltasar Álvarez a Santa Teresa véase LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 11, pp. 117-126, aunque el P. La Puente atribuye al P. Álvarez no pocas cosas que hizo con la santa el P. Prádanos; LARRAÑAGA: *La espiritualidad de San Ignacio*, pp. 108-114; EFRAIN DE LA MADRE DE DIOS: *Introducción a las Obras de Santa Teresa*, Madrid B. A. C., pp. 494-514; 528-532.

santidad a las personas escogidas que los practicaron, algunas varias veces y, cada vez, durante muchos días.

Junto con el ejemplo de la santa y su continua conversación con los Padres de la Compañía, influyó la entrada en la Compañía de un antiguo soldado de Carlos V, que se había enriquecido en el Perú, sumamente conocido en la ciudad, por nombre *Luis de Medina*. Se trataba de una persona ya mayor, nada afectada hasta entonces a la naciente Orden y que había alcanzado gran prestigio por sus cualidades y triunfos. Por ello la impresión que produjo el hecho fué más honda.

Gozó, además, el Colegio, en el que ya en 1567 se establecieron los estudios de latinidad, de grandes directores espirituales y hombres llenos del espíritu de los Ejercicios. Ya hemos hablado de los PP. Diego Cetina, Juan de Prádanos y, sobre todo, Baltasar Álvarez. Es necesario añadir todavía el nombre de los *PP. Jerónimo Ripalda* y *Luis Muñoz*. Este último ejerció un gran influjo en las principales obras espirituales de la ciudad. Fué el gran apóstol de Ávila, algo así como el P. La Puente en Valladolid. Permaneció en la ciudad por espacio de treinta y cuatro años. El P. Luis de Guzmán le dedica este significativo recuerdo:

La ciudad tuvo durante 34 años «en su benignidad un verdadero Padre para todos sus sucesos y trabajos; en sus letras un maestro muy diestro y experimentado; en su prudencia un componedor de disensiones, encuentros, bandos y enemistades muchas que hubo en este tiempo, en este lugar particularmente, entre gente noble, que toda dependía de él y se gobernaba por su prudencia y consejo» (95).

Pero lo que más contribuyó a la difusión de los Ejercicios fué la fundación de la Congregación de la Anunciada, foco de piedad y apostolado.

Necesitamos señalar un grupo de nobles, pertenecientes varios de ellos a la Congregación, que llegaron a fundar obras de importancia, entre las que descolló un hospital para pobres y desamparados.

El principal, y como jefe de esa asociación de hombres dedicados a obras de misericordia, fué un estrecho pariente de doña Guiomar de Ulloa y de la misma Santa Teresa, *don Luis de Guzmán*, el hombre que más favoreció a los jesuítas en Ávila. Su afán de recogimiento le llevó a prolongar sus meditaciones durante tres y cuatro horas de rodillas sobre fríos ladrillos. Fundó un hospital para desamparados. Personalmente logró, a fuerza de ruegos y mil artificios, interesar para la obra a los caballeros principales. Los congregantes de la Anunciada la tomaron como cosa suya (96). Para establecer en firme la fundación del hospital y precisar sus condiciones, se previnieron haciendo Ejercicios. Los más señalados fueron don Tello Pantoja, noble caballero y tío del mismo don Luis, Francisco Álvarez de Castro, don Agustín

(95) GUZMÁN: *Cast. 35*, 283r.

(96) De don Luis de Guzmán habla largamente GUZMÁN: *Cast. 35*, ff. 290r-295r y 296v-297v.

Dávila y un canónigo por nombre Suárez. De los Ejercicios, como escribe el P. Guzmán, «salían con estos aceros para estas obras de virtud» (97).

Don Luis de Guzmán hizo los Ejercicios «hartas veces». Ocasión hubo que estuvo treinta días seguidos recogido haciéndolos.

El caso de don Tello Pantoja merece señalarse. Para ver el género de vida que llevaba, basta copiar lo que escribe de su juventud el historiador de la ciudad de Ávila: «Favorecido de la suerte por su noble cuna, por sus riquezas y por su gallarda figura, habíase entregado a los excesos de la más disipada vida. Aparece el retrato que de él nos han trasmitido las leyendas avilesas, como otro don Juan Tenorio, de cuyos licenciosos escándalos están llenas las novelas, óperas y comedias nacionales y extranjeras. Era don Tello el objeto de las murmuraciones de la ciudad» (98).

El cambio fué repentino y tan notable que, como continúa el citado historiador, se cambió «en un modelo de penitencia, mortificación y caridad, de oración, humildad y demás virtudes cristianas, hasta tal punto que el escándalo que causó en su desenfrenada mocedad, trocóse en admiración y enseñanza para el morigerado pueblo, que le bendecía como un portento celestial».

Llegó a dedicarse de tal modo a las obras de misericordia que postergando el respeto humano se pasaba horas enteras en las puertas de la iglesia, como si fuera un pobre de profesión, pidiendo limosna para poder aumentar la cantidad de limosnas que hacía. Le dió los Ejercicios el rector del Colegio *P. Francisco de Salcedo*. Derramó tantas lágrimas durante la confesión general, que tuvo que interrumpirla. Después de los Ejercicios comenzó un régimen duro de vida: prácticas de penitencia, dos horas de oración, oficio de Nuestra Señora, lectura espiritual, hacía en los hospitales los oficios más bajos, enseñaba la doctrina a los niños. Ejemplo típico de la estampa del caballero cristiano trasformado por los Ejercicios en apóstol consagrado a los pobres e ignorantes.

El mismo P. Francisco de Salcedo fué trasformando paulatinamente a *don Francisco Álvarez de Castro*. Comenzó proponiéndole el examen de conciencia cada noche. Vino luego la confesión quincenal. Como tercer paso, la oración diaria. Así preparado le introdujo en los Ejercicios que los hizo, como todos estos caballeros, con extraordinaria conmoción. Después de ellos «todo era oración, misas, pobres, libros espirituales, penitencias» (99).

Más importante fué que él, viudo entonces, determinó ordenarse sacerdote. Inició los estudios convenientes. Para decir la primera Misa

---

(97) GUZMÁN: *Cast. 35*, 294v.

(98) MARTÍN CARRAMOLINO: *Historia de Ávila*, vol. 3.°

(99) GUZMÁN: *Cast. 35*, 295v. De don Francisco Álvarez de Castro en el mismo GUZMÁN: *Cast. 35*, 295v-296r.

se preparó con otro retiro ignaciano. Todos los días dedicaba una hora a la oración. Se recogía cada año en su casa a hacer dos veces los Ejercicios. Como los demás nobles de que estamos hablando, se dedicó de lleno al cuidado del hospital fundado por don Luis de Guzmán. Creó un ambiente intenso de piedad en torno suyo. En él germinaron las vocaciones de todos sus hijos e hijas, que entraron religiosos.

El tercer compañero de don Luis de Guzmán en sus obras de celo y caridad, fué también un entusiasta de los Ejercicios. Los practicaba todos los años. Se llamaba *don Agustín Dávila*. El género de vida que llevó fué similar al de sus compañeros. Vivió en continencia con su mujer durante cinco años (100).

El último compañero de esta ilustre asociación de nobles personas, fué un canónigo llamado *Suárez*, que en su mocedad había dejado mucho que desear. Dios le mandó una enfermedad que le abrió los ojos. Apenas convaleciente hizo unos Ejercicios en los que «salió hecho otro hombre» causando gran admiración su mudanza en la ciudad. Vivió dos años ejemplarmente. Hacía dos horas diarias de oración, decía cada día Misa con gran devoción, asistía con gran puntualidad al coro, visitaba conforme a un plan bien estudiado los pobres de la ciudad (101).

IV. En Portugal

15.—Difusión en los primeros años.

Mucho de lo que hemos escrito del arraigo y profundidad que alcanzaron los Ejercicios en España, deberíamos repetir al hablar de Portugal. Inmediatos compañeros de San Ignacio, los PP. Simón Rodrigues, Francisco Javier, Pedro Fabro, dirigieron desde 1540 Ejercicios. Al hablar de la fundación de Villimar hemos encontrado al primer ejercitante en tierra portuguesa, a Uguccioni, prueba eficiente de la honda repercusión que producían. Como ya vimos en el tomo anterior, los practicaron los principales personajes de la corte, muchos miembros de la familia real, incluso muy probablemente, el propio rey Juan III.

Predominó desde el principio el sistema de Ejercicios abiertos. Los grandes misioneros que recorrían las campiñas portuguesas, regenerándolas espiritualmente con sus sermones y prácticas, combinaban su duro y agotador trabajo con el de dar Ejercicios en los ratos libres a los sacerdotes y personas de más influjo de cada pueblo.

---

(100) De don Agustín Dávila en Guzmán: *Cast. 35*, 296r.
(101) Del canónigo Suárez en Guzmán: *Cast. 35*, 296v.

Adquirió el movimiento gracias a este sistema, una gran amplitud y extensión. Los hicieron muchos nobles que, por sus ocupaciones ineludibles, no los hubieran podido practicar de modo más completo, lo mismo que muchos sacerdotes demasiado apartados en sus pequeños pueblos y demasiado atareados en sus funciones parroquiales para poder disponer del reposo que hubiera exigido un retiro total. Además, entreveraban en las mismas misiones muchos elementos de los Ejercicios de la primera semana, y en las doctrinas cristianas—como lo hizo en la India San Francisco Javier—tan magníficamente explicadas en el siglo XVI por los Padres portugueses, sobre todo por el P. Ignacio Martins, el organizador por excelencia de este providencial método. Iban así dando al pueblo, como había hecho San Ignacio en Alcalá, lo que estaba capacitado de asimilar del alimento de los Ejercicios (102).

También se organizaron Ejercicios en centros fijos, como Lisboa, Évora, Braga y, sobre todo, Coimbra. Pero la dimensión de las obras que se llevaban a cabo y la amplitud del imperio colonial portugués por el que tenían que extenderse los Padres—y aun no pocos se internaron por tierras ajenas, como el Japón—impidieron que el movimiento adquiriera grandes proporciones.

De Coimbra escribía en 1559 el P. Monclaro: «En las confesiones siempre se tiene falta de confesores, por las muchas que continuamente ocurren, y por se tener principal cuenta con la empresa de los estudiantes que tenemos a cargo, no se puede acudir tanto a los de fuera, mas en todo se provee siempre como mejor en el Señor parece, como en las necesidades más urgentes» (103).

Para valorar el trabajo, téngase en cuenta que el Colegio de Coimbra llegó a tener dos mil alumnos. Lo que decía el P. Monclaro de las confesiones, se debe decir de los Ejercicios, que suponían todavía un trabajo más intenso y continuado.

Con todo no desperdiciaban las ocasiones que se les ofrecían para propagar la práctica ignaciana. El intenso ambiente de fervor que se respiraba entre los alumnos y que llegó a «espantar» a gente de otras ciudades, ayudaba notablemente a la propaganda de un medio tan saludable de perfección (104).

Ya en 1557 se indica que eran «muchos» los que habían hecho los Ejercicios. En el momento en que se escribía la carta estaban haciéndolos dos licenciados (105). Meses más tarde se comunica que una persona «de las más nobles de esta tierra», movida por la caridad de

(102) Véase sobre el desarrollo que alcanzaron las doctrinas, RODRIGUES: *História da Companhia*, tomo 2, vol. 1, po. 455-475. En cambio el historiador portugués no trata en este período del movimiento de Ejercicios.

(103) MHSI.: *Litt. Quadr.* 6, 412.

(104) Véase sobre el ambiente espiritual los datos que se encuentran en MHSI.: *Litt. Quadr.* 6, 414.

(105) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 250.

un Padre a quien había visto por las calles pidiendo limosna para poder sacar a un pobre de la cárcel, le pidió que le diese los Ejercicios (106).

El año siguiente de 1558, se da la grata noticia de que un catedrático de la Universidad, *don Benito Toscano*, había determinado en unos Ejercicios entrar en la Compañía. Dios se valió de un inesperado fallo que le sobrevino en unas oposiciones para atraerle a sí (107).

Hubieran deseado darlos a muchos más, pero no llegaban a todo. Y Coimbra era el sitio en donde los practicaron mayor número de personas. En Lisboa, en la Casa de San Roque, había decaído bastante el entusiasmo de los primeros años. El P. Sousa, generalizando demasiado y en contraste patente con los datos que acabamos de aducir, escribe en 1563 que «ha muchos años que no se usan en esta provincia, especialmente en Lisboa, dar los Ejercicios a personas, siendo cosa tan encomendada» (108).

De estas frases, aun quitando todo lo que tienen de exageración, se debe concluir que el movimiento de Ejercicios no era muy intenso.

16.—Nuevo impulso dado principalmente por el P. Mirón.

Ya en 1562 el P. Nadal, en su visita a Coimbra y Portugal, se había fijado en este punto y había ordenado que «procuren de dar Ejercicios espirituales; y a personas que se puedan recoger y tratar de elecciones y mutación del estado se deben dar perfectamente. A los demás no, sino que en ellos se guarden las últimas anotaciones de las primeras que se ponen en los Ejercicios espirituales» (109).

Las disposiciones del P. Nadal las iba a poner en práctica bien pronto el P. Mirón. Su breve Viceprovincialato (1563-1565) iba a ser providencial bajo este respecto. Más adelante tendremos ocasión de hablar despacio del entusiasmo e interés que mostró siempre por todo lo genuinamente ignaciano y por las tradiciones antiguas. Los Ejercicios ocupaban un punto central en esta orientación. Él, el hombre de la tradición, procuró con suavidad y dulzura—consideraba también estas notas como propias de la tradición primitiva jesuítica y en los álgidos momentos por que atravesaban algunos jesuítas portugueses, creyó necesario proceder con gran indulgencia, tanto más que era extranjero—procuró, decimos, fomentar todo lo posible la extensión y propaganda de la auténtica práctica ignaciana.

---

(106) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 775-776.
(107) MHSI.: *Litt. Quadr.* 5, 955-958.
(108) *Lus. 61*, 181v.
(109) Se refiere Nadal a las anotaciones 18-20 de los Ejercicios. El texto en *Hisp. 90*, 291v.

El P. Sousa espera que con el P. Mirón cambiará la situación. Puede ya dar la noticia de que se han dado «a una persona muy principal en que se hizo mucho fruto» (110).

No se engañaba el P. Sousa en sus previsiones; sólo veinte días más tarde, el 31 de diciembre de 1563, escribía el P. Rebello: «empezóse ahora un hervor espiritual de Ejercicios» (111). Y aporta ya un caso singular. Una persona de calidad había quedado seducida en una visita que hizo a un ejercitante. Mientras hablaba con él, vió encima de su mesa un papel de una meditación. Movido por la curiosidad se lo pidió «mucho» y consiguió llevarlo consigo. La impresión que le produjo su lectura fué tan fuerte, que, según contó él mismo, no pudo dormir toda la noche. Quiso inmediatamente probar por sí mismo aquel medio y pidió hacerlos. Se los dió por fin el P. Torres (112).

En Évora debía de haber decaído menos que en Lisboa el uso de darlos, porque el P. Mirón, en la visita que hizo, no necesitó urgir su práctica, sino solamente regular algunas modalidades de ella. Conforme con la mentalidad primitiva de restringir el uso del libro ignaciano, no juzgó oportuno el que llevasen el texto a sus casas. Ni siquiera creyó conveniente que debían conservar «los papeles de cosas que notaren o por su devoción escribieren ellos» (113). Hoy se nos hacen extrañas estas órdenes, pero encuadran perfectamente dentro del modo de ser tradicionalista y cerrado de Mirón.

En cambio, insistió en que los mismos escolares jesuítas practicasen más frecuentemente los Ejercicios. En particular mandó que los hiciesen al comenzar a oír artes o teología «y los confesores algunas veces entre año, mas nunca habrá ordinariamente más de dos ejercitantes de casa para que no haya falta en los ministerios ordinarios». Y añade para dar más fuerza a sus avisos: «Sepan todos esta costumbre que se ha de guardar». Sigue todavía dando disposiciones particulares de que se le avise personalmente el nombre de los que acaban algún estudio para que, ya que «han de tener algún tiempo para su consolación y ayuda espiritual», aprovechen ese ocio para hacer los Ejercicios, y ordena que los haga ya entonces mismo un escolar, el H. Melchor Alonso (114). Quería disponer de su parte todo de tal manera, que quedara garantizada su plena realización. De hecho fué Évora una de las casas en que con más regularidad se dieron los Ejercicios a los jesuítas.

El Viceprovincial no se contentó con dar estas disposiciones. Pidió a Roma «un ciento de los Ejercicios que por allá se imprimen» (115).

(110) *Lus. 61*, 181v.
(111) *Lus. 62*, 63r.
(112) *Lus. 62*, 63r.
(113) *Lus. 61*, 130r.
(114) *Lus. 61*, 187r.
(115) En Roma no se imprimieron los Ejercicios—fuera de la primera edición de 1548—hasta 1576. Tal vez pida ejemplares de la edición hecha en Viena en 1563 En Coimbra habían editado los Ejercicios en 1553.

Quería que todos dominaran la técnica ignaciana y que para ello tuvieran a mano el mismo libro. Quería también enviar algunos a la India y Brasil. El número de ejemplares que pidió era bastante grande. Sin embargo, a él le parece pequeño: «De los Ejercicios no pido más, porque estos cien volúmenes, con otra suma que tenemos de los que acá se imprimieron los años pasados, parece que bastará para ésta y las dichas dos provincias» (116).

El Provincial que sucedió al P. Mirón, el P. Antonio Correa, siguió urgiendo la práctica ignaciana. Él mismo había dado Ejercicios personalmente, como lo confesó en la cuenta de conciencia al P. Nadal (117). Mandó en Coimbra que se recogieran entre año «a hacer Ejercicios los que juzgare el Superior que tienen de eso necesidad». En Évora dejó parecidas recomendaciones: «A todos los que tuvieren necesidad se puede dar recogimiento de tiempo continuo, o acrecentarles las horas de oración entre las otras ocupaciones» (118).

Con tales órdenes no es extraño que se aficionaran a la práctica ignaciana. Cordeses señala a fines de 1566, entre las cosas que le llamaron la atención al llegar a la provincia, el «que hacen los Ejercicios espirituales *ad longum*» (119). El influjo que ejerció el propio Cordeses en el Colegio de Coimbra, gracias a las atribuciones que le concedía su oficio de superintendente, avivó más aún el entusiasmo por todo lo que fuera oración, vida espiritual y Ejercicios.

Debido a esta serie de ordenaciones, aumentó notablemente el número de los que se recogían en los Colegios de Coimbra, Braga, Évora y en la Casa de San Roque, de Lisboa. En 1571 podía escribir el Padre Provincial Jorge Serrano cómo los Padres se ejercitaban en dar Ejercicios (120).

17.—Florecimiento en Évora y profundidad del movimiento en Portugal.

Évora fué el centro en que alcanzó la práctica ignaciana un desarrollo más floreciente. En 1575 se acabó la nueva espléndida iglesia que facilitaba el apostolado. La fundación del *Cardenal Enrique*, el cardenal rey, con sus donaciones y con su benevolencia, aseguró la marcha próspera del noviciado y del Colegio. También en los comienzos de este establecimiento, como en tantos otros, habían intervenido los Ejercicios. Los sermones del *P. Estrada* levantaban gran polvareda. Pro-

(116) *Lus. 61*, 131v.
(117) NADAL: *Informaciones. Fond. Gesù Ms. 2*, 174.
(118) Orden del 16 de abril de 1566, *Lus. 61*, 131v.
(119) *Lus. 62*, 139v.
(120) *Lus. 61*, 137r.

fesores graves de la Universidad de Coimbra comenzaron a sospechar del método del Padre. Con los sermones atraía a muchos a Ejercicios. Se les hacía muy misterioso aquel retiro y apartamiento total. Llegó la cosa hasta el Cardenal Enrique, quien mandó pedir informaciones sobre el método ignaciano. El resultado de sus averiguaciones fué netamente favorable para la ortodoxia del sistema. Tuvo todavía otra consecuencia inesperada. Ganó por completo para la causa de la Compañía al Cardenal, quien desde entonces comenzó a prodigar favores y se convirtió en uno de los más grandes bienhechores de la nueva Orden. Gozaban ahora de las consecuencias de la protección cardenalicia y real.

Gran parte del cambio operado en el Cardenal se debió a su confesor, el dominico *Fr. Luis de Granada*, de espíritu tan afin al de la nueva Orden. Discípulo del Beato Juan de Ávila, se unió espiritualmente desde el principio, al igual que su maestro, con los jesuítas. Veía en la espiritualidad de la Compañía una poderosa palanca para realizar su programa de renovación interna.

Su presencia imprimió un ritmo muy intenso a la restauración espiritual en Évora. Bataillon llega a escribir que la ciudad se convirtió desde 1559 en una ciudadela de la Contrarreforma (121). Y el alma de ese movimiento, que buscaba la purificación del individuo y la renovación de la sociedad a través de una orientación positiva, sana, de la vida del cristiano y de fomentar su unión personal con el Señor por medio de la oración, fué el confesor del Cardenal.

Gran maestro de oración y profundo expositor de ella en los admirables escritos que comenzó entonces a publicar, vió, como pocos, la afinidad que había entre el espíritu de los Ejercicios y el que animaba su ser.

Bartoli, generalmente bien informado, supone que practicó los Ejercicios. La cosa nos parece sumamente probable. Fué demasido íntima la relación entre el dominico y demasiado grande el interés por los problemas de la oración para que no hubiera querido probar en sí el método de San Ignacio que estimaba en grado tan eminente. Más aún. Bartoli llega a escribir que «acostumbraba a decir que no le bastaría toda la vida para explicar las nuevas verdades de las cosas eternas y divinas que en los Ejercicios se habían descubierto a su mente» (122).

En los escritos del P. Granada es fácil encontrar reflejos ignacianos, pero es difícil probar que precisamente le llegaran a través de los Ejercicios y no de su frecuente contacto con tantos jesuítas (123). De todos

(121) BATAILLON, M.: *Études sur le Portugal*, 290.

(122) BARTOLI: *Della vita et dell'Istituto di S. Ignazio*, Roma, 1659, p. 49. El P. Manni más tarde repite casi lo mismo. *Bibl. Vitt. Emm. Roma, Fond. Ges. 1399*.

(123) Por ejemplo en la *Vida del Beato Ávila*, cap. 2.°. Sobre las relaciones del P. Granada y la Compañía, cfr. ASTRÁIN, 1, 668-670; 2, 81.

modos, el sitio en donde tuvo más facilidad de practicarlos fué en Évora o Lisboa.

Lo cierto es que unidos Fr. Luis de Granada y los jesuítas, con medios distintos, el dominico con su influjo, su consejo y sus libros, los jesuítas con su Seminario, auténtico centro de formación sacerdotal, sus clases, sus ministerios y sus Ejercicios, fueron renovando el ambiente, creando células de intensa vida espiritual en el clero y en una minoría seglar selecta, que tanta importancia iba a tener en la espiritualidad portuguesa.

Hay que situar en este ambiente pletórico de anhelos y de resurgimiento espiritual, la acción de algunos directores jesuítas de Évora. Si en todas partes el influjo de un eminente consejero y guía es extraordinario, en Évora, por las circunstancias que acabamos de reseñar, alcanzaba una trascendencia excepcional.

El más señalado de los directores fué el *P. Gaspar de Miranda* (124). Durante más de sesenta años permaneció en esta ciudad ejerciendo su función rectora de maestro y guía de almas. Notable moralista, tenía un particular don de discreción de espíritu. Acudían a él las almas que anhelaban luz y fuerza para la vida de perfección. Fué un auténtico guía espiritual.

Junto con el P. Miranda hay que recordar al *P. Diego de Monteiro*, quien fué, como escribe con su acostumbrada ponderación el P. Franco, uno de «los hombres grandes en espíritu que tuvo nuestra Compañía y uno de los excelentes maestros de novicios que hubo en toda ella» (125). Los tres principales centros de Lisboa, Évora y Coimbra, gozaron de su presencia durante bastantes años. No sólo hacía todos los años los Ejercicios sino que los prolongaba durante más días que los ordinarios. Fué uno de los que penetró más profundamente en el espíritu y la doctrina del libro de San Ignacio, como expresamente lo afirma el mencionado P. Franco (126). Tenía por costumbre dedicar cada mes un día íntegro al retiro y a la oración. Publicó un famosos libro en que quiso enseñar a las almas la oración, titulado *Arte de orar* (127).

No es de extrañar que un hombre de estas características se dedicara principalmente a la dirección de las almas y a la formación de los mismos jesuítas. Fué cuatro veces maestro de novicios. Dió los Ejercicios a los novicios y a otros muchos jesuítas y a muchos seglares selectos que

(124) FRANCO: *Imagem da virtude*, pp. 381-382, donde se encontrarán abundantes datos de este Padre. Los últimos cuarenta años pertenecen al siglo XVII, pues murió en 1639. Por ello no tratamos más extensamente de él. Algo parecido tenemos que decir del P. Monteiro, de quien hablamos a continuación, quien murió en 1634.

(125) FRANCO: *Imagem da virtude*, habla largamente del mencionado Padre en varios capítulos, pp. 554-586.

(126) FRANCO: *Imagem da virtude*, p. 559.

(127) Editado en Coimbra en 1630. Nos toca hablar de esta obra en el volumen siguiente.

buscaban su dirección y consejo (128). En su ascética concedió una importancia especial a algo tan fundamental dentro del sistema ignaciano, como es el examen particular.

Estos fueron sólo dos entre los más eminentes maestros de espíritu de que gozó el noviciado de Évora y la provincia portuguesa. Pero hubo muchos más. Una galería insigne de hombres llenos del espíritu de los Ejercicios que iban, de modo callado pero eficaz, injertándolo en las almas de los jóvenes jesuítas. En pocas provincias se nota en los postulados de las Congregaciones provinciales un amor tan acendrado a la espiritualidad propia de la Compañía y un interés tan grande por mantener en todo su vigor la ascética y oración tradicionales.

De todo esto hablamos despacio en su sitio, pero era necesario recordarlo aquí para ver la profundidad que alcanzó la práctica de los Ejercicios en Portugal. Fueron creando una mentalidad netamente ignaciana. Estos hombres veían en las dos banderas y el reino de Cristo lo más íntimo del espíritu de la Compañía, y puestos en contacto con las almas iban difundiendo sus principios y aplicando los criterios del áureo librito a sus problemas y necesidades concretas (129).

Fué un fenómeno particular de Portugal, y sobre todo de Coimbra, el número grande de alumnos de los Colegios que practicaron los Ejercicios. Las anuas hablan con frecuencia de colegiales que se retiraban a ejercitarse en la palestra ignaciana. En 1587 se nos habla de veinte y se añade que varios de ellos entraron en diversas religiones. En 1588 aprovecharon bastantes la Semana Santa para practicar el retiro (130).

A fin de siglo tropezaban en Coimbra con una dificultad muy general en aquel período de florecimiento de los Colegios: con falta de sitios. El prestigio de los centros iba aumentando sin cesar. Las peticiones superaban con mucho el número de posibilidades de hospedaje. Habilitaban todos los cuartos que podían, aun los que estaban dedicados a otras funciones. El P. Barradas, en 1595, alude a una disposición del P. Aquaviva mandando que se reservasen cuartos para los ejercitantes, e indica que no se ha podido cumplir esa orden en Coimbra (131).

A raíz de esta información debió de volver a urgir lo mismo al Provincial (132), porque éste, unos meses más tarde, se justifica en estos términos: «Tengo hecho todo lo posible para que haya cuartos en Coimbra para ejercitantes forasteros y por ser la gente mucha y no tener dónde pasar los Nuestros, no es posible. Ni es conveniente meter seglares en el corredor donde los Nuestros habitan. Además de esto el Colegio

(128) FRANCO: *Imagem da virtude*, p. 580.

(129) Véase por ejemplo la carta del P. Manuel Alvares, *Lus. 66*, 261r.

(130) *Lus. 53*, 3r; *Litt. Annuae* 1586-1587, Roma, 1588, pp. 539-540; *Litt. Annuae* 1589, Roma, 1590, p. 306.

(131) *Lus. 73*, 1v.

(132) Con todo, en el registro de las cartas del Padre General a Portugal de este período, que es casi el único que se conserva del siglo XVI—en *Lus. 32*—, no hay ninguna alusión a una orden de esta índole.

está cargado de deudas por causa de la obra del refectorio que se va acabando por ser cosa importantísima para la disciplina religiosa... Con todo se hará lo que fuere posible» (133).

18.—La primera Casa de Ejercicios en Val do Rosal.

El desarrollo de los Ejercicios en los Colegios portugueses no fué tan intenso como en otras partes, aunque fué bastante pujante y superior al de no pocos centros similares. Como en Barcelona y Valencia, y con más motivo aquí, la misma grandeza y magnitud del trabajo en los Colegios impedía el que pudieran dedicarse a otras obras.

Prefirieron seguir otro sistema, que es el que prevaleció en la Compañía en los siglos siguientes. El de casas dedicadas exclusivamente a dar Ejercicios. En esto Portugal se adelantó en varios decenios, por no decir en casi un siglo, a las demás naciones. Esta morada se abrió en los alrededores de Lisboa, en un paraje llamado Val do Rosal.

Era un rincón ameno y solitario, sitio—en frase del P. Telles que lo visitó con frecuencia—«más para cacerías que para morada de gente culta, muy frecuentado de corzos y venados, refugio de lobos y de animales montaraces». «Este desierto—escribe el mismo Padre—era muy recomendado para el santo retiro de los hombres y para la contemplación con Dios, porque es muy solitario, entre caminos y sendas muy poco transitadas. Tiene paseos muy alegres, el principal el que lleva al mar, que dista por la parte de Poniente cosa de media legua. El camino va descendiendo entre quebradas y barrancos» (134).

El P. Luis Gonçalves da Cámara, mandó construir una capilla «muy bien trazada y capaz». El sitio «de muy buenos aires», según anota el P. Gaspar Álvarez, poseía «caza razonable», viña «harto grande», «pozo de muy buen agua, un jardín de árboles, casi doscientas colmenas de que tenemos miel y cera para casa» (135).

El Colegio de Lisboa adquirió este bello rincón en 1559 para descanso de los escolares. Solían también acogerse en ella los enfermos. Una circunstancia fortuita ocasionó el cambio de destino de esta casa. El Beato Ignacio de Acebedo, durante la forzada espera de su proyectado viaje al Brasil, estableció en aquel rincón su cuartel de reclutamiento. Una peste que por aquellos meses había invadido la capital portuguesa, le movió a reservar en aquel lugar seguro las nuevas fuerzas que preparaba para el Brasil.

---

(133) *Lus. 73*, 55v-56r.
(134) TÉLLEZ: *Chronica da Companhia de Jesus*, p. 34.
(135) RODRIGUES: *História*, t. 1.° vol. 2.°, pp. 479-480.

Acebedo fué el primer ejercitador en aquel «palomar», como se llama ordinariamente aquel paraje, por haberse dado los primeros Ejercicios en el cobertizo que antiguamente había servido para las palomas. Se retiraban cinco o seis por turno y en medio de un silencio absoluto iban ejercitándose en el método ignaciano, dirigidos por el propio Beato. Llegaron a hacerlos treinta (136).

Ignoramos la capacidad de la casa, pero debía de ser bastante grande. Sólo el Beato Acebedo con sus compañeros sumaban cuarenta, y junto con ellos, había otros de Lisboa. Las fuentes indican que habían hecho un esfuerzo de caridad para poder alojar a tantos. Alguien, al ver el gran número de sujetos que venían sin cesar, preguntó a ver si los muros eran elásticos. Los muros no, se les respondió, pero sí la caridad.

Así, desde 1570, iban acudiendo a este palomar muchos de los que deseaban gozar de la soledad ignaciana, lo mismo jesuítas que seglares. De este modo se inauguró la primera Casa «permanente» dedicada exclusivamente a Ejercicios e independiente de hecho—aunque no jurídicamente—de otro centro jesuítico.

V. En América

19.—Florecimiento de los Ejercicios en el Perú.

Antes de cerrar este capítulo, queremos decir algo sobre el desarrollo que alcanzó la práctica en América del Sur. Siempre se consideró el continente descubierto como una Península Ibérica transatlántica.

Españoles y portugueses fueron, como es obvio, los principales ejercitantes en esta primera época de evangelización, en que el trabajo con los indígenas tenía que comenzar con la instrucción catequística. Los Ejercicios a los nativos no podían comenzar sino más tarde. Por todo esto nos ha parecido que éste era el mejor sitio para hablar de América.

Por desgracia, podemos decir muy poco, porque aunque parezca extraño, apenas hemos encontrado noticias referentes a este punto. Hemos puesto particular cuidado al revisar las numerosas crónicas

(136) La estancia del Beato en Val do Rosal y el método que siguió en los Ejercicios que dió, está minuciosamente descrito en la larga relación escrita por Mauricio Serpe, que se encuentra en el Archivo de la Postulación de la Compañía de Jesús, Roma, Est. «Azevedo». Los datos que aportamos están en el fol. 3v. Véase también MHSI.: *S. F. Borgia*, 5, 320, donde se precisa el número de los que llegaron a hacer Ejercicios. Cfr. M. da Costa: *Inácio de Azevedo*, pp. 399-400, 416.

de los contemporáneos, las cartas de los misioneros, historias locales, relaciones anuas y en ninguna hemos encontrado rastro alguno de nuestra materia. Más aún: el P. Bayle, tan profundo conocedor de todo lo relativo a América, tiene escrito un artículo sobre los Ejercicios en América durante la época española. Para todo el siglo XVII no ha encontrado mas que algunos datos muy escasos. Del siglo XVI absolutamente nada (137).

No se puede deducir de este silencio en las fuentes, la ausencia total de Ejercicios en América. Su existencia es necesario admitirla, como la admite el P. Bayle, pero por deducciones lógicas, no por datos concretos.

Se explica muy fácilmente que no dieran cuenta en sus relaciones de un suceso tan ordinario y normal cuando les faltaba tiempo para contar las maravillas del trópico, las grandes expediciones misioneras, las costumbres peregrinas de los indios, la vistosidad de los paisajes que tanto interés y asombro despertaban en Europa por su novedad y grandiosidad ni siquiera imaginada antes. Era obvio que se llevaran la primacía estas descripciones.

Pero si los Ejercicios hubieran alcanzado las proporciones de un movimiento arrollador, sin duda que en las relaciones contemporáneas se hubiera dicho algo de ellos, como se dijo de otras cosas de tipo general y que también se daban en los Colegios europeos, por ejemplo, catequesis y obras de caridad, y como, según veremos en seguida, se escribió de los mismos Ejercicios en el Perú, en donde floreció la práctica ignaciana de modo bastante intenso.

Del silencio de las fuentes se deduce no la ausencia total, pero sí un desarrollo lacio. Los harían unos cuantos en algunas ciudades aprovechando alguna ocasión especial.

Pero se daban, además, razones particulares que dificultaban el progreso de los retiros de una manera pujante. Las ha resumido el P. Bayle en el siguiente párrafo, de estilo tan característico suyo, que queremos copiar:

«Ni la calidad de aquellas gentes bullidoras y de más rasero nivel cultural (fuera de las ciudades metropolitanas), ni el número escaso de Padres con amplísimos eriazos ante los ojos, brindaban facilidad para el ministerio de los Ejercicios, sosegado, espacioso. ¿Cómo iban a encerrarse por una semana, v. gr., los vecinos de Chile, cuando las voces de los araucanos y el estrépito de las armas o los rumores de alzamientos llenaban las calles un día sí y otro también? ¿De dónde sacar un Padre consagrado a promover y dirigir los retiros, si ni se bastaban a la tarea de la enseñanza, ni a atender las confesiones en el templo, ni a las demandas de operarios para las Misiones: las de infieles, estancadas por escasez de misioneros; las volantes entre españoles o indios mansos, que la falta de clero hacía de necesidad absoluta? Lógicamente los jesuítas habían de acudir a la urgencia mayor

(137) C. BAYLE: *Los Ejercicios de San Ignacio en América durante la época española*, «Razón y Fe», 139 (1949), 27-47.

y al fruto de los más: la formación de selectos (blanco de los Ejercicios) supone la masa formada o bien atendida; es algo así como lujo espiritual, sobre lo necesario e imprescindible» (138).

Ya he indicado que en este páramo hay un oasis: el *Perú*. Es la excepción más notable. Aquí parece que nos trasplantamos a una región española. El mismo entusiasmo por los retiros, el mismo afán proselitista, las mismas trasformaciones. Ignoramos las causas precisas de este extraño fenómeno. Algo debió de contribuir el que se juntaron dos de los más ardientes entusiastas del método ignaciano, los *PP. José Acosta* y *Diego Álvarez*. También se puede asignar, tal vez como causa, el elevado nivel cultural de aquel virreinato, cuyo índice más relevante fué la pronta fundación de las Universidades de Lima y Quito; pero mayor cultura existía en México. La Universidad mexicana fué superior en maestros y altura científica a la limeña y, sin embargo, en Nueva España apenas, que sepamos, se conoció el método ignaciano.

El hecho no se puede negar. Merece la pena copiar los párrafos de una crónica—escrita según su moderno editor, el P. Francisco Mateos, por el P. Rodrigo de Cabredo—para poder caer en la cuenta del entusiasmo con que se fomentaba en la capital del virreinato la práctica de los retiros.

Dice así el autor, que conoció personalmente a muchos de los ejercitantes de quienes hace mención:

«Pusieron aquellos primeros Padres que entraron en Lima gran conato en dos suertes de remedios..... El uno para los hombres de suficiente edad, y este fué el imponerles en los Ejercicios espirituales que ordenó nuestro bienaventurado Padre Ignacio, de santa memoria, y la Compañía usa, y el segundo fué abrir escuelas de latín para la gente de edad tierna.

En lo primero, aunque parece que no había que decir más de lo que se ha dicho en común....., pero la verdad es que lo que en aquella ciudad hubo acerca de esto, fué cosa muy particular y digna de no quedar en olvido, porque fué tal la moción del pueblo y en especial de la gente más granada de él a recogerse a estos Ejercicios, que en mucho tiempo nunca faltaron en casa hombres que los estuviesen haciendo, sin que hubiese celda sobrada, y aun había siempre otros muchos opuestos a que vacase algún aposento, para entrar ellos en lugar de los que iban saliendo.

Tomóse este negocio tan de propósito, que apenas había hombre que quisiese estar en los Ejercicios menos de un mes entero, y algunos hubo que estuvieron dos meses continuados, y estuvieran más si los dejaran.

Cuando salían los que acababan su tarea y entraban los que estaban esperando, luego acudían otros nuevos pretensores atraídos de las cosas que salían diciendo los que ya hablaban de ciencia y experiencia; porque como por una parte querían ponderar la suavidad y provecho que allí se halla, y lo que es gozar de Dios a solas en este género de conversación, y por otra les faltaban palabras, como siempre faltan a todos para dar a esto el punto que ello tiene de suyo, era esto causa de que los ánimos de los que lo oían, se moviesen a querer probar, lo que sabiendo ser cosa grandiosa no podían entender por relación ajena.

---

(138) C. BAYLE: *Los Ejercicios de San Ignacio en América durante la época española*, «Razón y Fe», 139 (1949), p. 28.

Fueron notables los frutos que de esto se sacaron, y primeramente se echó esto de ver en la grande reformación de las casas del pueblo, porque si el que salía de Ejercicios era padre de familia, luego trataba de componer las cosas de su casa, de suerte que pareciese casa de hombre cristiano y oliese a cristiandad en todo....., y así apenas había casa en la cual dejase de haber por alguna vía persona que fuese instrumento para la reformación para los demás que en ella vivían.

Fué cosa de maravilla ver tan trocados los que habían entrado en estos Ejercicios, de los cuales la mayor parte permanecieron en oración, no faltando ordinariamente algunas horas cada día, por lo menos una, y en hacer el examen de conciencia y otras cosas anejas a éstas..... Como por una parte hay en ellos (los Ejercicios) enseñanza con la cual queda un hombre diestro en lo que es oración, y por otra hay tan excelente suavidad y gusto de Dios, no era menester más que lo segundo para que los hombres huyesen de todo lo que es mundo para aprovecharse de ellos.....

Muchos hombres conocemos el día de hoy de los que hicieron esto en aquel primer fervor, los cuales viven con tanta composición como si fueran religiosos, y son conocidos en el pueblo por hombres espirituales..... Ha sido este beneficio, medio que Nuestro Señor ha tomado para extirpar muchos de los abusos que entonces se desarraigaron..... y para el aumento de la frecuencia de sacramentos y otros ejercicios de virtud, que con la divina gracia se han ido plantando, de suerte que está la tierra tan diferente de lo que solía, que se admiran los ancianos que entonces la conocieron y la ven agora» (139).

Tenemos algunos casos concretos que sirven para puntualizar un poco estas afirmaciones demasiado generales y aureoladas del entusiasmo propio de la época. El más saliente es el de un caballero principal, *Pedro Mejía*. Empezaron a impresionarle los sermones del P. Portillo. Se sintió pronto internamente inquieto, desorientado. Entonces, con un gesto que es todo un símbolo de un carácter y de un tiempo, se montó en su mula y la dejó que fuera a donde quisiera. La mula se paró delante del Colegio. Entonces—continúa la crónica—«viéndose casi obligado de Dios... acordó de tomar un medio y fué entrarse por allí algunos días y hacer los Ejercicios que otras muchas personas hacían en aquel tiempo y algunos los estaban haciendo actualmente...» Le metieron «en una celda donde no le veía otra persona más del Padre que le daba los Ejercicios y el Hermano que le servía» (140).

Otro de los que se retiraron en 1600, ayunaba tres veces por semana a pan y agua (141). En 1568 se dice también que «ejercitantes ha habido muchos, de ellos [algunos] han entrado y otros por ser casados, han ido muy aprovechados a sus casas y este medio se ejercita acá mucho, con el cual se aprovechan extrañamente las ánimas. Llevámoslos con decir no que entren a hacer Ejercicios, sino a hacer una confesión despacio y con quietud, y con la experiencia que ven en los que lo prueban, muchos más se inclinan» (142).

---

(139) *Peru, 25*, 55-58, editado en MATEOS: *Historia general*, 1, 183-185; datos aislados complementarios en *Peru 3*, f. 106v, n. 13; *Peru 12*, 8r, 44v.

(140) *Peru 25*, p. 42. *Historia general*, lib. 1, cap. 26.

(141) MANNI: *Annotazioni*, p. 38.

(142) *Peru 12*, 3v.

El entusiasmo por los Ejercicios no fué exclusivo de la ciudad de los Reyes. Las impresiones que deja traslucir el historiador de Arequipa, son semejantes a las de Lima.

«Las cosas ni fueron diferentes de las que se suelen hacer en nuestra Compañía. Recogiéronse en ellos a hacer Ejercicios en nuestra casa algunos seglares y entre ellos personas principales no sin aprovechamiento suyo y alabanza grande de nuestro Instituto» (143).

En *Potosí*, en cambio, aflojó algo la práctica que había comenzado con gran ímpetu en los mismos días de la fundación del Colegio. Sólo en 1596 se renovó la antigua costumbre.

«De pocos días a esta parte—escribe el cronista—los habrán hecho casi 20 con notable fruto y aprovechamiento espiritual, porque casi todos han salido determinados de dejar el siglo y servir en religión a Dios y con el ejemplo de éstos se han despertado otros muchos, de manera que tenemos esperanza que ha de ir adelante y aumentarse la frecuencia comenzada» (144).

También en *Cuzco* florecía la práctica. Se nos habla como caso singular, de una persona muy principal «que con esto y ser rico y mozo había vivido con alguna soltura y escándalo» a quien un día «le dió Nuestro Señor tan grande dolor y arrepentimiento de sus culpas y pecados, y sus sollozos, lágrimas y suspiros fueron tantos, que le hicieron dejar la comida y duraron mucho tiempo, que fué todo lo que duró la confesión general, y esto en tanto grado, que apenas la pudo acabar impedido de la abundancia de lágrimas y suspiros» (145).

Bastan estos datos para ver el fruto que producieron en el virreinato del Perú los Ejercicios. Uno de los principales fué el de selectas vocaciones.

20.—En el Brasil.

Sin llegar al florecimiento extraordinario del Perú, la práctica ignaciana se difundió en la primera misión que habían establecido los jesuítas en América, en tiempo de San Ignacio, en el Brasil.

Hablamos ya en nuestro anterior volumen, del primer ejercitante de América, el militar Simón González. En el tiempo que tenemos que historiar descuella otro personaje de excepcional significación, el Gobernador general del Brasil, *Mem de Sa*.

---

(143) *Peru 26*, 157r.
(144) *Peru 12*, 131r.
(145) *Peru 26*, 29; cfr. *Peru 25*, 127 y *Peru 26*, 30.

Se quiso preparar para la investidura de su importante cargo con ocho días de Ejercicios. El P. Simón de Vasconcellos narra con todo lujo de detalles el hecho:

«La primera cosa que hizo este buen capitán, apenas saltó a tierra, fué recogerse en un cuarto de los religiosos de la Compañía de Jesús, y tomar allí, durante ocho días, los Ejercicios espirituales de nuestro Santo Patriarca Ignacio, bajo la instrucción del P. Manuel da Nóbrega, consultando con Dios y con su instructor—a quien tenía por celoso y santo—los medios más suaves, con que pudiera conseguir el intento del rey, su señor, y el suyo, que era el mayor bien del Estado y la conversión de los indios. Salió de aquí animadísimo para todas las obras que después obró, comenzando, en primer lugar, por su persona, con vida ejemplar, que uniformemente continuó hasta expirar» (146).

Mem de Sa comenzó su gobierno en condiciones muy difíciles. Menudeaban las insurrecciones de los indios. Una atroz peste había hecho estragos en la población. Supo, sin embargo, imponerse y solucionar con gran tino los espinosos problemas. En el orden religioso realizó una orden valiente, que revela el temple forjado en la fragua ignaciana y su afán sincero de fomentar la religión. Expulsó a los protestantes franceses, que habían comenzado a infiltrarse en gran número. La fuerte medida levantó gran oposición entre los calvinistas, pero se llevó a cabo, gracias a la energía del gobernador en 1567.

El que el gobernador hubiera iniciado su mandato con unos Ejercicios, tuvo que ser necesariamente un ejemplo que influyó en otros muchos. Además, supone ya una costumbre establecida en el Colegio.

Poco más sabemos de otras personas, pero nos basta esto para apreciar la acción eficaz de este medio de regeneración espiritual.

(146) Citado por S. LEITE: *História*, 2, 415-416. Véase también S. LEITE: *Os Exercícios espirituais de S. Inácio no Brasil antigo*, Verbum (Río de Janeiro), 6 (1949), 251.

CAPÍTULO IV

AVANCE EN EL RESTO DEL CONTINENTE EUROPEO

1.—Dificultades en Francia para la difusión.

Los Ejercicios en Francia no pudieron consolidarse hasta fines del siglo XVI. Apenas se levantó en 1562 el veto del Parlamento parisiense a la admisión de los jesuítas, se desencadenaron las encarnizadas guerras de religión que dividieron las fuerzas de los católicos y ahogaron en flor los Ejercicios. En aquel clima duro de luchas y peleas sin fin no podía germinar una planta que exigía el resguardo de la calma y tranquilidad en el ambiente.

Otras preocupaciones oprimían entonces el ánimo de los católicos franceses. El peligro máximo era el calvinismo, que amenazaba invadir toda la nación. El método de lucha que empleaban era el que permitía lo precario de las circunstancias: defender las verdades fundamentales propagando catecismos populares como los de Auger y Canisio, organizar misiones por los campos y ciudades, que sacudieron como un trallazo espiritual las conciencias dormidas; escribir y difundir por los ángulos de la nación intoxicada, obras apologéticas. Los Ejercicios no podían entrar tan de lleno en esta campaña de extrema necesidad. Suponían más bien la existencia de esta primera base, que en Francia se echaba de menos y era precisamente lo que se quería subsanar.

Tan sólo cuando, con la coronación de Enrique IV, volvió a florecer la paz religiosa, pudo iniciarse el empleo a fondo del arma ignaciana y entonces se hizo de modo tal, que se suplió con creces la deficiencia anterior. Llegaron a adquirir en el siglo XVII en Francia, los Ejercicios una fuerza superior a todas las previsiones. Informaron el renacimiento espiritual del gran siglo francés, formaron el alma de las obras más trascendentales, como Seminarios, santificación del clero, organizaciones de caridad, regeneración del pueblo.

París fué el centro que sufrió más las consecuencias del ambiente hostil que dominó este período, por la tenaz oposición que mantuvo continuamente el Parlamento al Colegio de Clermont. Este famoso centro jesuítico se consideró desde el principio como una fortaleza de la Iglesia en tierra francesa. Uno de los corifeos del protestantismo francés, prevenía que «este Colegio iba a ser como un jinete bien pertrechado para arruinar la Babel de la herejía que se había arraigado en la Universidad» (1).

Los jesuítas, conscientes de la importancia de este puesto, centraron sus fuerzas en él. Se afanaron por formar en sus muros una generación nueva, con criterios profundamente católicos, de vida integralmente cristiana. Los dos medios que utilizaron para conseguir este propósito, fueron las Congregaciones marianas y los Ejercicios.

El P. Maldonado, la revelación del Colegio, el profesor de moda por excelencia, simultaneaba la enseñanza de sus clases con la dirección de los jóvenes más escogidos en la escuela ignaciana. Los varones más señalados consideraban como un singular honor ponerse en manos de aquella celebridad mundial. Y Maldonado aprovechaba su ascendiente para invitar suavemente a sus más ilustres alumnos a este aprendizaje de carácter más elevado. Según los contemporáneos, poseía rara habilidad para este ministerio. Gustaba, sobre todo por los años 1573 a 1576, de dar Ejercicios en los tiempos libres que le dejaba su cátedra. Debió de dar Ejercicios a muchos de sus discípulos más aventajados. El propio *Cardenal de Borbón*, quiso practicarlos dos veces bajo su dirección (2).

La *Congregación mariana* recibió un gran impulso estos años. La prosperidad del Colegio llegaba a todas sus obras. Entre los congregantes se reclutaban los principales ejercitantes y el ambiente de la Congregación era el mejor preservativo para garantizar la perseverancia. Se vivía una vida intensa de piedad. Muchos anhelaban una vida más perfecta. En 1575, de 150 afiliados a la Congregación, 22 entraron en diversas Órdenes religiosas. San Francisco de Sales, primer asistente y luego Prefecto de la Congregación, es una de las glorias más ilustres de aquel centro de piedad (3).

Los calvinistas y los enemigos de la Universidad y de la Sorbona, impidieron una acción organizada de irradiación externa. Bloquearon todos los actos de cierto brillo y esplendor. No se dieron cuenta de la virtualidad contenida en aquellas externamente inofensivas conversaciones y en aquellas reuniones al parecer tan intrascendentes. Sin embargo, gracias a estos medios, se fué formando la levadura de la regeneración espiritual francesa que de modo tan pujante se desarrolló en el siglo XVII.

---

(1) Citado por FOUQUERAY, 1, 369. Para el ambiente véase LÉVIS DUC DE MIREPOIX: *Les guerres de religion*, París [1950].
(2) FOUQUERAY, 1, 590.
(3) FOUQUERAY, 1, 589; 2, 16. VILLARET: *Les Congrégations*, 91-92.

asolaron el territorio francés, tuvieron escasa repercusión en este territorio exento, a pesar de que sólo la estrecha franja del Ródano le separaba del escenario de las contiendas.

Los jesuítas aprovecharon aquel asilo para intensificar su acción proselitista. El sistema fué el mismo que en París y Lyon: Congregaciones marianas para los más selectos, cuyo espíritu, vivificado por los Ejercicios, reanimara a los demás jóvenes del Colegio, y propaganda entre las personas de la ciudad con quienes trataban.

El 23 de abril de 1577 se fundó la Congregación de Nuestra Señora de Loreto. Se erigió por autoridad del Cardenal legado Jorge d'Armagnac, Arzobispo de Aviñon. Influyó mucho en ella el famoso predicador real *P. Coton*, quien había estado en Roma en el tiempo del P. Leunis, el fundador de las Congregaciones, y donde había podido apreciar su irradiación. En los años siguientes se fueron fundando: una para estudiantes, y otra para los habitantes de la ciudad. Precedía normalmente al ingreso en la Congregación una semana de Ejercicios. Sobre todo, en época posterior, muchos volvían a repetir el retiro con frecuencia (8).

Desde 1586 se extendió la práctica ignaciana al Seminario. Lo había fundado ese mismo año el nuevo Arzobispo *Domingo Grimaldi*, el Obispo guerrero, como se ha llamado a esta singular figura, ejemplo tardío de un príncipe eclesiástico medieval. Cada mañana, después de celebrar misa, endosaba la coraza, montaba a caballo y hacía correrías por el país, inspeccionando y visitando los dominios pontificios para protegerlos contra las incursiones de los herejes franceses, dando órdenes severas y pasando por la espada a los sospechosos (9).

Pero el principal centro de ejercitantes no era el Colegio, ni el Seminario, sino el *noviciado de San Luis*. Llegó a contar novicios no sólo provenzales y franceses, pero aun españoles, ingleses y escoceses. Es verdad que pasó momentos difíciles por el bloqueo francés y tuvo que cerrarse algunos años, pero exceptuando estos calamitosos intervalos, ofreció asilo seguro a los que querían acogerse a la paz de su ambiente. Eran muchos, lo mismo jesuítas que seglares, los que se retiraban a practicar los Ejercicios (10).

Tuvo este noviciado la fortuna de contar con un grande maestro de espíritu. Acudían personajes de categoría a ponerse bajo su dirección. Se llamaba *Ignacio Balsamo*, y fué, durante 32 años, maestro de novicios en las provincias de Tolosa y Lyon. Sabemos muy poco de sus cualidades personales y de sus características espirituales. Lo poco que conocemos de él basta para catalogarle entre los grandes directores. Suave, dulce, prudente, se ganaba los corazones de los que

(8) Sobre el Obispo Guillermo Geyssolm, sobrino del anterior del mismo nombre, cfr. GULIH-EUBEL, 3, 348. En *Op. NN. 324*, f. 252 se habla de un mercante italiano de veintisiete años que practicó los Ejercicios en Lyon.
Cfr. CHOSAT, pp. 368-369; GIRARD en *Établissements*, 1, col. 464.
(9) CHOSAT, 126-130.
(10) *Litterae Annuae* 1594-1595; CHOSAT, p. 95.

a él acudían. Dotado a lo que parece de dones extraordinarios, tenía arte especial para formar a sus discípulos en la oración. Escribió un método muy práctico y lleno de unción sobre el modo de aprender a meditar, que ha sido repetidamente editado. Muchos se afanaban por gozar de la dirección de maestro tan experimentado. Fueron muchos los nobles que se recogieron a hacer Ejercicios al retiro del noviciado de San Luis; entre ellos varios Obispos, legados de la Santa Sede y el propio Arzobispo de Aviñón. Se nos asegura que muchos salieron trasformados en otros hombres y decididos a implantar un régimen de vida más espiritual y eclesiástico (11).

3.—Reformadores en el floreciente centro de Pont-à-Mousson.

Mayor florecimiento aún que en Aviñón, tuvieron los Ejercicios en la apacible y risueña *Pont-à-Mousson*. Al igual que la ciudad pontificia, se vió casi libre de los desórdenes de las guerras de religiones. Situada en Lorena, social y religiosamente giraba en esta época más en torno a Alemania que a Francia. Los príncipes de Lorena ejercían una hegemonía de hecho absoluta. Por esta serie de circunstancias, la historia religiosa de esta región ofrece caracteres muy distintos de la de Francia.

En 1572 decidieron los príncipes de Lorena fundar una Universidad que fuera el centro cultural y espiritual del ducado. La confiaron a la dirección personal de los jesuítas.

No nos toca hablar del florecimiento literario y humanista de este reputado centro. Nos basta indicar que no menos que el esplendor científico, rayó la educación espiritual y el fervor de sus alumnos, y que fué tal la conmoción que produjo la práctica de los Ejercicios y la calidad de los que practicaron, que Pont-à-Mousson se convirtió en uno de los centros de regeneración espiritual jesuíticos más influyentes no sólo en Francia, pero aun en toda Europa central.

La posición se prestaba al retiro. Entre altas montañas, en el apacible remanso de un valle separado y a la vez cerca de las grandes comunicaciones interurbanas, unía las ventajas de la soledad con las facilidades de comunicaciones y las comodidades de que le había rodeado el amor al país, la riqueza y el interés de los príncipes fundadores (12).

Fueron muchos y muy escogidos los jóvenes que pasaron por sus aulas. Los más selectos de entre ellos probaron también el método

---

(11) CORDARA, par. 6, lib. 1, n. 80, p. 158. No particulariza el número y nombre de ejercitantes. El P. Balsamo publicó en 1601 una *Instruction pour bien prier et mediter*, reeditada varias veces y traducida al latín, en que da normas de gran experiencia para instruir a las almas en los métodos de oración de los Ejercicios.

(12) *Satis commodus locus..... in pago quodam sed plane semotus. Germ. 123, 2v.*

ignaciano. Pero lo que ha hecho célebre en la historia de los Ejercicios a la Universidad lorenés, ha sido el que entre 1590 a 1595 tres de sus alumnos, unidos entre sí por estrecha amistad, junto con otro alumno de unos años más tarde, llegaron a reformar, cada uno por su parte, sendas Órdenes religiosas.

Lleno de legítimo entusiasmo, escribe el historiador de la Universidad, Nicolás Abram:

«Yo no sé si desde que existe la Universidad, se ha visto algo más consolador que este hecho de que, cuatro escolares compañeros, se transformen en un mismo tiempo en reformadores de cuatro Órdenes religiosas y fundadores de dos Congregaciones» (13).

Bien merecen estos ilustres reformadores una mención especial. Son ejemplos patentes en los que se puede estudiar la trasformación que obraban los Ejercicios y que en otros muchos casos queda sepultado.

El primero fué el famoso Prior de Saint-Vanne, *Desiderio de la Cour*, quien, según el juicio del benedictino Beaunier, «merece un puesto entre los principales restauradores de la Orden benedictina» (14).

La reforma no vino de golpe. Era algo que se fué preparando lentamente. Desde hacía varios decenios soñaban con ella los religiosos más fervorosos, que sufrían las consecuencias de los disturbios y revoluciones que habían alterado tan profundamente la vida social y que habían llegado a sacudir los mismos fundamentos de la concepción religiosa de la época. Los monasterios benedictinos, que habían ejercido una hegemonía tan poderosa en el campo no sólo religioso, sino social, sufrieron fuertemente las consecuencias de ese cambio de situación. La Liga causó no menos daño en los intereses espitituales que en los temporales. Nuevos anhelos y nuevos modos de ver la situación comenzaron a aflorar en los directores de los movimientos, más en vigor, El Cardenal Carlos de Lorena, otro ilustre ejercitante de Pont-à-Mousson, se dió cuenta en seguida de las nuevas corrientes subterráneas que comenzaban a pulular en la nueva generación. Antes que fuera tarde quiso salvar los valores de la gloriosa Orden benedictina, armonizando sus principios y tradiciones avalados con tan fecunda tradición con las necesidades de la época. Obtuvo autorización para realizar la reforma y reajuste de los monasterios en las diócesis de Metz, Toul, Verdún, el ducado de Lorena y el país de Var. Convocó para poner en ejecución su ambicioso plan dos capítulos generales, pero sus esfuerzos no dieron resultado. La reforma no vino de fuera, por imposiciones extrañas, sino de dentro, como evolución natural de un clima de fervor y anhelo de perfección que se fué formando con la intensificación de la vida espiritual (15).

---

(13) CARAYON: *La Université de Pont-à-Mousson*, p. 396.

(14) BEAUNIER: *Recueil historique*, p. 82. Repite casi a la letra la expresión. SCHMITZ, vol. 4, p. 23.

(15) La historia de la reforma en BEAUNIER: *Recueil historique*, pp. 80-81.

El artífice de la tan deseada reforma iba a ser Desiderio—o Didier en francés—de la Cour, profeso desde 1575. Elegido Prior en 1598, solicitó del príncipe Enrique de Lorena, Obispo de Verdún, Abad comendaticio de Saint-Vanne, y que compartía los deseos de los mejores, la consecución de un Breve pontificio que le autorizara a tomar las medidas que juzgara convenientes para llevar adelante su propósito concebido en los históricos Ejercicios hechos en el silencioso cuarto de la Universidad lorenés, de trabajar sin descanso por la renovación espiritual de su monasterio (16).

El 30 de enero de 1600, cuatro novicios y un antiguo religioso se comprometieron a practicar la regla de San Benito en su primitiva pureza e integridad. En 1601 se le agrega otra abadía. En 1604, por Bula de Clemente VIII, se erigen los nuevos monasterios en Congregación. Pronto comenzó el gran florecimiento. En la segunda mitad del siglo XVII llegó a abrazar 45 abadías y fué la base de la restauración monástica en Francia y Bélgica. Particular característica de esta Congregación, fué la esmerada formación que daba a los novicios y la particular atención que daba a la vida espiritual y perfección individual de sus miembros. No sería difícil ver en esta orientación un reflejo del influjo ignaciano, ya que la primera medida que adoptó para hacer efectiva la reforma, fué el que los jesuítas de Pont-à-Mousson dieran los Ejercicios a todos los que en lo sucesivo decidieran entrar en el monasterio. No se puede negar que los Ejercicios no sólo dieron el temple necesario al joven Prior para implantar, a pesar de la oposición de casi todos los miembros, la reforma querida y aprobada por el Cardenal Carlos de Lorena, sino que fueron la base espiritual sobre la que se sostuvo la fundación.

Este influjo no fué momentáneo. Siguió durante bastantes decenios. Todavía pocos meses antes de su muerte—en 1623—llamaba el venerable reformador al P. Pedro Bruno para volver a practicar una vez bajo su dirección aquel método que tan trascendental había sido para él a lo largo de su vida (17).

La irradiación de la Congregación de Saint-Vanne fué extraordinaria. Se formaron en ella monjes eminentes en santidad y letras. Su gran mérito es el haber sido la formadora de la Congregación de San Mauro, cuna de la diplomacia moderna y de monasterios tan célebres como Luxeuil y Besanzón. Estas dos Congregaciones hicieron reflorecer en el suelo de Francia los grandes tiempos del monaquismo.

El segundo de los grandes reformadores formados en la Universidad lorenesa, fué el premostratense *Aníbal Servais de Lairvelz*. No fué el iniciador de la reforma sino el propulsor y continuador de ella. La

(16) Historia de la reforma de Dom Didier de la Cour con la bibliografía correspondiente en SCHMITZ, vol. 4, pp. 19-30.

(17) CARAYON: *La Université de Pont-à-Mousson*, 315.

había iniciado otro ejercitante de Pont-à-Mousson, *Daniel Picart*. Mejor dicho, ya a fines del siglo XV, el Abad Juan de L'Ecluse había querido emprenderla a instancias del rey Carlos VIII. Pero se quedó todo en el terreno de la legislación y teoría. Su sucesor, Santiago de Bachimont (1512-1531), mantuvo las órdenes dadas por su predecesor e incluso consiguió que el capítulo general de 1530 aprobara los estatutos. Juan Despruets, nombrado Abad por Gregorio XIII (1572), trabajó con gran éxito en la restauración material y moral de los monasterios en Lorena, Francia y Países Bajos. Toda esta serie de medidas habían preparado el ambiente a la acción de Daniel Picart. Un trabajo de tan grande profundidad y envergadura, como es la reforma de una Orden, excede las posibilidades de un hombre; exige una preparación y acomodación de varias generaciones. Picart recogió el fruto de los esfuerzos anteriores y dió cuerpo al espíritu y anhelos de restauración que pululaba en el ambiente (18).

Inició su programa mandando a los canónigos de su monasterio a la Universidad jesuítica para que, personalmente, recibieran los Ejercicios en aquel centro. Él mismo volvió a hacerlos en su querida Universidad. Nombró Abad-coadjutor de su monasterio de Santa María de Bois a Aníbal Servais de Lairvelz.

Los dos antiguos ejercitantes, unidos en un mismo ideal, trabajaron sin descanso porque se hiciera efectiva la suspirada reforma. El Abad-coadjutor Aníbal, no contento con los Ejercicios que habían hecho sus canónigos en Pont-à-Mousson, llamó a varios Padres de la Universidad al monasterio para que completaran con conferencias, retiros y Ejercicios, la labor iniciada en el Colegio jesuítico (19).

En 1609 dió el P. Lairvelz una orden audaz. Para obviar la dificultad que provenía de la distancia con la Casa de Ejercicios y que impedía practicar el retiro ignaciano con la frecuencia que él deseaba, decidió trasladar el monasterio a la misma localidad de Pont-à-Mousson y establecerla muy cerca del Colegio de los jesuítas, en una posesión que estaba unida con la de los Padres. Más aún: la extremidad sur del nuevo monasterio se edificó en terrenos de la Universidad. Separaba las dos propiedades una puerta, sobre la cual mandó colocar el Abad-coadjutor un gran cuadro de San Ignacio (20).

---

(18) BEAUNIER: *Recueil historique*, 263-269.

(19) E. MARTÍN: *De canonicis praemostratensibus in Lotharingia*, 34, 41-44. Es interesante para ver la profundidad del influjo ignaciano en el alma de Lairvelz el recordar que fué él mismo arreglando o traduciendo obras de autores jesuítas para su monasterio. Entre ellas sobresale la del P. Pinelli, que la publicó con este título: *Meditationes ad vitae religiosae perfectionem cognoscendam utilissimae ex novo R. P. Luca Pinelli Gersone depromptae et gallico idiomate in latinum in monasterio novo Sanctae Mariae Maioris Mussiponti ord. Praem. translatae. His acceserunt aliquot aliae ab eiusdem monasterii abbate Servatio conscriptae*. Mussiponto, 1621. También publicó Lairvelz, en 1603, un comentario a la regla inspirada en la nueva orientación de su reforma y un catecismo para los novicios y sus maestros. Cfr. LE PAIGE: *Bibliotheca Praemostratensis Ordinis*. París, 1623.

(20) CARAYON: *La Université de Pont-à-Mousson*, 241-242.

La posición de los canónigos recalcitrantes fué larga y tensa. Pero los dos Abades no cejaron en su intento. Pronto vieron cómo la reforma iba extendiéndose a las demás casas de Lorena. La nueva orientación y el contacto con la espiritualidad de los Ejercicios, fué dando un sesgo más apostólico a la Congregación. Decidieron abrir en torno a los monasterios, escuelas para educación de la juventud y atender espiritualmente a los moradores de las regiones colindantes.

El último reformador de quien deseamos hablar ha merecido el honor de los altares. Es *San Pedro Fourier*, quien, además de reformador de los canónigos agustinos, fué inspirador y como fundador de la Congregación de Nuestra Señora. No nos toca a nosotros narrar las vicisitudes de esta fundación. Nos basta indicar que la base la formaron los Ejercicios, aunque no fueran muy ignacianos, al menos en la forma externa en que se desarrollaron.

El hecho sucedió de esta manera: Mandó en 1598 el santo, que entonces era párroco de Mattaincourt, a la joven Alix Leclercq—declarada beata por Pío XII en 1947—y a otras cuatro que se sentían movidas a vida de más perfección, a que se retiraran durante ocho días a la antigua abadía de Poussay a deliberar sobre el rumbo definitivo de su vida.

El método que les recomendó se reducía a lo siguiente: Les entregó ocho sobres cerrados con el encargo de abrirlos uno por día, según cierto orden que les señaló. Cada sobre contenía una cuestión sobre la que debían deliberar todo el día en presencia de Jesús Sacramentado. Las preguntas giraban en torno a las diversas formas posibles que podía tomar su género de vida. Trataba San Pedro Fourier que hicieran unos Ejercicios de elección. Las jóvenes, al fin del retiro, examinaron las respuestas que cada una de ellas hab'a escrito y vieron que todas habían coincidido en seguir reunidas formando una Congregación (21).

Todavía los Ejercicios de Pont-à-Mousson dieron a la Iglesia de Dios otro reformador, esta vez de los carmelitas: *Felipe Thibaut.*

No coincidió Thibaut en las clases con los otros tres. Pero su identidad de sistema y anhelos es evidente. Un mismo espíritu movía a todos. Thibaut, deseando conocer la voluntad de Dios sobre su alma, practicó durante doce días los Ejercicios. En ellos recibió la luz que necesitaba. Salió decidido a realizar en su Orden carmelitana una reforma parecida a la que veía iba realizando con los premostratenses el P. Lairvelz.

El mismo P. Thibaut, años más tarde, cuando había visto coronados sus esfuerzos con los más lisonjeros éxitos, en un sermón que predicó el día de San Ignacio en Reims, confesó con palabras entrecortadas por íntima emoción, haber recibido en los Ejercicios la luz

(21) EDMOND RENARD: *La Mère Alix Le Clercq*, 87. París, 1932. La elección de S. Pedro Fourier en todas las *Vidas* del santo. Véase por ejemplo, R. BAZIN: *Un monastère de Saint Pierre Fourier*, 46 -47. «Les Oiseaux». París, 1932.

fuerza para emprender su obra. El panegírico del santo se trasformó ı panegírico del inmortal librito extendiéndose en frases llenas del ás hondo y agradecido sentimiento para con el método que había ıminado su vida y le había dado fuerzas para llevar adelante su riesgada misión.

Thibaut, lo mismo que hemos visto hicieron los anteriores refor-adores, mandó a Pont-à-Mousson a los religiosos que iba consiguiendo ınar para su causa. Quería iniciar su labor con los Ejercicios. Mien-as no los practicaran los suyos no tenía confianza en su labor (22).

Tal fué, esbozado a grandes rasgos y de modo muy esquemático, influjo benéfico de estos cuatro ejercitantes de Pont-à-Mousson, atro tan sólo, aunque, cierto, de los más ilustres entre los que pasa-n por aquella Universidad. Se podían añadir todavía otros, como el ballero noble de la corte de los príncipes de Lorena, Juan Porcelets, dre del Obispo del mismo nombre, que hizo posible la reforma em-endida por San Pedro Fourier, y sobre todo, el maestro espiritual San Vicente Paúl, *Andrés Du Val.*

Se nota en este influyente director el mismo espíritu ardiente y cidido que animaba a las figuras que acabamos de estudiar. Salió la palestra ignaciana con el propósito bien definido de dedicarse por vida y sin tregua alguna, al problema siempre tan vital de la ıtificación del clero y a la enseñanza teológica de los Seminarios. sabe que ejerció una influencia tan decisiva en amplios círculos lesiásticos, que se le puede considerar como precursor del pujante)vimiento sacerdotal francés del siglo XVII (23).

Un crecido número de ejercitantes de Pont-à-Mousson—corriendo esto suerte pareja con los de los demás centros—han quedado sepul-los en el olvido. Porque en la Universidad de Lorena se sucedían sin ;ar más y más ejercitantes. El historiador de la Universidad lorenesa, iriéndose al año 1604, anota lo siguiente, que lo mismo podía haberlo ostillado diez años antes o diez años más tarde:

«Se han dado en el interior del Colegio Ejercicios a 26 personas, casi las muy distinguidas lo mismo entre el clero que entre la nobleza. Pero r ejercitarse este ministerio todos los años, no volveré a referirme a él. quiero fatigar al lector con la repetición de las mismas cosas» (23).

Con todo, quebrantando por fortuna su propósito, vuelve en 1607 mencionar sucintamente a varios que «durante todo el curso sin ;ar» iban practicando el retiro ignaciano dentro de los acogedores

(22) CARAYON: *Documents*, 397-398.
(23) CARAYON: *Documents*, 409. Sobre DU VAL. Cfr. P. FÉRET: *La faculté de éologie de Paris*, 4, 329-339 y A. MOLIEN: *Le Cardinal de Bérulle*, vol. 1.

muros de la Universidad, añadiendo como epifonema final: «Estos retiros producen el más saludable fruto» (24).

Las Cartas anuas usan las mismas expresiones generales. Sólo alguna que otra vez indican algo sobre la categoría social o religiosa de algunos. Así, anotan la presencia de un Obispo que quiso prepararse en el retiro ignaciano para la visita pastoral de la diócesis, dos Abades y varios altos oficiales del ejército (25).

Imposible olvidar, al hablar de este centro, que fué rector durante este período uno de los más célebres directores de Ejercicios de Francia, el *P. Juan Fourier*, primo de San Pedro Fourier, conocido en la hagiografía por haber ejercitado, al menos dos veces, en el método ignaciano, a San Francisco de Sales, quien le tenía en gran veneración por su santidad y por su discreción de espíritus. Con todo, nos parece mejor dejar la semblanza de este director y, sobre todo, la de su santo dirigido, para el tomo siguiente. Los Ejercicios tuvieron lugar en el siglo XVII y, sobre todo, San Francisco de Sales es el iniciador de un intenso movimiento de Ejercicios que es el punto de arranque de una nueva época dentro de nuestra historia.

4.—Importancia de los Ejercicios de Pedro Bérulle.

También practicó los Ejercicios, al principio del siglo XVII, otro de los hombres que más influyeron en la espiritualidad francesa del siglo XVII, Pedro Bérulle. Pero estos Ejercicios son más bien la corona de otros intentos anteriores y cierran un período de incertezas y dudas en la vida del famoso autor. Por esta razón nos parece mejor estudiarlos aquí (26).

Además, el director del retiro fué el *P. Lorenzo Maggio*, quien había practicado los Ejercicios en Roma durante la vida de San Ignacio y depende espiritualmente del fundador y de la primera generación. Este retiro es el resultado del contacto que tuvo Bérulle con la espiritualidad jesuítica en el último tercio del siglo XVI.

Porque el famoso restaurador de la santidad sacerdotal estuvo estrechamente unido desde sus primeros años con los jesuítas. Había

---

(24) CARAYON: *Documents*, 427.

(25) *Litterae Annuae* 1594-1595, 182 y *Litterae Annuae* 1595-1596, 351-352. Se escribe en esta ocasión: *Nullo tempore umquam tantus ad id exercitationum genus hominum numerus confluxerit*, 352.

(26) Sobre estos Ejercicios, como indico en seguida en el texto, poseemos el diario del propio Bérulle editado en la edición de Migne de las obras de Bérulle, *Oeuvres complètes*. Ed. Migne, 1856, col. 1289-1297 (también en el apéndice de *Oeuvres de Piété*. París, 1944), y algunas breves indicaciones en el diario del director P. Lorenzo Maggio en *Germ. 123*. Recientemente ha publicado un artículo sobre el tema F. DAINVILLE: *Note chronologique sur la retraite spirituelle de Bérulle*.

comenzado su formación en el acreditado Colegio de Clermont, pero tuvo que acabar su carrera en la Sorbona. La expulsión de los jesuítas, víctimas de la tensión pasional subsiguiente al atentado real, le obligó al cambio.

La brusca interrupción de sus estudios en Clermont, debió de ser la causa de no haber practicado Ejercicios en su juventud. Porque había intimado mucho con los Padres, sobre todo con el P. Coton, que influyó mucho en su formación.

Bérulle siguió unido con sus antiguos maestros después de la partida de éstos. Siguió siendo el enlace y principal agente entre ellos y los más señalados personajes de la corte. El P. General, R. P. Aquaviva, para agradecer los favores que realizó en aquellas críticas circunstancias, le concedió la hermandad espiritual con la Compañía de Jesús.

En el ambiente de lucha, de ideologías y tendencias que dominaba en Francia en aquellos tormentosos años, no encontró su espíritu la paz y solución de los problemas que le suscitaba su rica y profunda personalidad. Se le abrían delante variadas y aun opuestas perspectivas. Pensaba que no había medio mejor para orientarse en aquella encrucijada de su vida que la paz de un retiro. Se fué a los capuchinos y estuvo con ellos 40 días. Esto sucedía en 1599. Contaba entonces 24 años. La providencia le había ya asociado a los exponentes más representativos del resurgimento católico francés del fin del quinientos: Madame Acharie, Benito de Canfeld, el cartujo orientador de tantos jóvenes Dom Beaucousin, el influyente jesuíta Coton.

A los influjos personales había que añadir el de las numerosas lecturas que había ya hecho con tanta pasión aquel inquieto joven que se había propuesto, como programa, dividir el tiempo entre Dios y los libros.

Había ya asimilado, sobre todo a través de Herf, la espiritualidad afectivo-mística medieval franciscana, conocía la flor de la patrística. Le eran también familiares Santa Catalina de Siena, la dama milanesa, y Luis Blosio (27).

En este momento crítico de su gestación interna, vió como nunca la necesidad de una norma orientadora. Creyó que ésta la encontraría en los Ejercicios de San Ignacio. Había tenido la espiritualidad ignaciana demasiada parte en su vida para poder prescindir de ella en este período de cristalización de anhelos y esencias.

Aprovechó la primera ocasión que se le ofreció para volver a practicar los Ejercicios con un jesuíta. Se le ofreció ésta en 1602. El P. Maggio vino de Roma a Francia en calidad de Visitador y con el encargo de tratar con Enrique IV el restablecimiento de la Compañía en París. El Visitador necesariamente tuvo que ponerse en contacto con Bérulle, el enlace de los jesuítas en la corte.

---

(27) J. DAGENS: *Bérulle*, 183.

El joven sacerdote pidió entonces al P. Maggio le diese los Ejercicios. Éste no podía negar semejante favor a quien tanto se estaba sacrificando por la causa de los jesuítas. Interrumpiendo la visita de la casa de *Verdún*, dirigió durante 15 días aquel retiro que iba a ser tan decisivo en la orientación de la vida de aquel singular ejercitante.

Bérulle se sentía a veces impulsado a la vida religiosa. En estos Ejercicios vió claramente que el Señor no le llamaba a ninguna religión. Le tenía confiada otra misión: la santificación y elevación del estado sacerdotal.

Vamos a detenernos en el estudio de estos Ejercicios. Lo merece el influjo tan decisivo que se derivó de ellos en la espiritualidad francesa. A la vez nos mueve a ello otra razón. Son éstos los Ejercicios de este período que podemos estudiar más a fondo. Poseemos—caso único—referencias del director anotadas rápidamente en su diario y los apuntes que fué tomando el mismo Bérulle aquellos días. Ya que tantas veces nos hemos quejado de la falta de documentos para poder registrar el laborío interno del alma, no podemos despreciar esta ocasión singular en que nos es dado seguir meditación por meditación el proceso del alma. Nos servirá, además, de ejemplo del efecto que producían en tantos otros casos.

Bérulle se manifiesta en sus notas como es: reflexivo, personal, profundo, bastante problemático. Extrae de las contemplaciones la médula esencial. Con todo, su personalidad no le impide el doblegarse a los preceptos ignacianos y someterse con plena docilidad al P. Maggio.

Es una pena que Bremond, en su sugestiva obra, se haya fijado sólo en los elementos que separan al iniciador del movimiento sacerdotal del autor de los Ejercicios. No vamos a negar las diferencias que existen entre los dos maestros de espíritu, pero sí reconocer que unen a los dos puntos muy esenciales. Un rápido análisis de las notas del retiro—no podemos hacer otra cosa—matizarán lo mismo la procedencia ignaciana de la espiritualidad berulliana, que la acusada originalidad del maestro francés (28).

---

(28) Bremond habla de Bérulle en *Histoire*, vol. 3.°, 3-154. Sobre el problema en general véase el magnífico trabajo de DOM L. HUIJBEN: *Aux sources de la spiritualité française du XVII siècle. La Vie Spirituelle*. Supplément 25 (1930) [113-119], 26 (1931) [17-46, 75-111], 27 [17-42, 94-122]. Creemos con todo que el influjo de la espiritualidad jesuítica en Bérulle es mayor que el que concede Dom Huijben. Cfr. *La Vie Spirituelle*, 25 (1930), 128-129. El claretiano BUHIGAS en cambio subraya el influjo ignaciano en el artículo de *Revista de Espiritualidad*, 5 (1946), en las páginas 471-472. Queremos copiar las siguientes frases de este trabajo: «Las ansias de lo más perfecto que se halla patente en toda su obra....., hubieran sido peligrosísimas de no hallarse temperadas por riguroso ascetismo ignaciano. A la espiritualidad ignaciana debe Bérulle ese temor hacia lo que más tarde se ha de llamar quietismo..... Muchas ideas e ideas básicas que notará el futuro fundador en estos Ejercicios se inspiran directamente en el libro áureo de San Ignacio. Siguiendo las indicaciones del santo, Bérulle se fija durante la primera y segunda semana en la bondad del Dios que por él se hace hombre, medita detenidamente

Para valorar el alcance de la acción de los Ejercicios, hay que recordar la significación de la persona de Bérulle en el momento de comenzarlos. Lo resume Dagens en la siguiente frase: «Bérulle está ya metido en la acción religiosa pública y sin embargo su orientación espiritual no está fijada definitivamente» (29).

Lleva a los Ejercicios la duda de su porvenir espiritual. Él mismo describe con su habitual profundidad el estado psicológico inicial:

«Los primeros días de este retiro—escribe—yo sentí una separación del mundo y una gran conversión y adherencia a Dios..... Tenía en el espíritu una sumisión y una facilidad de seguir a Dios en todo lo que Él deseara de mí..... Hay también en mí una cancelación y liberación de todas las voluntades particulares que me habían precedido. Todo esto se ha realizado por medio de esta sumisión que poseía mi espíritu», sumisión que, como indica en seguida, le pone completamente en manos de Dios para que obre en su alma de una manera nueva (30).

Con esta disposición psicológica ideal, tan parecida a la que desea San Ignacio en la anotación quinta, entra Bérulle en el principio y fundamento, al que dedica un día entero. Aquí se encuentra en su centro. Despliega las alas de su ingenio y se deja llevar por las regiones de la más elevada consideración. Va en seguida a la esencia misma del pensamiento ignaciano: *El ser de Dios y la nada de los hombres*. Todo es don de Dios. Ante el panorama de la grandeza divina queda extasiado. En esa sublime introspección llega a ver cómo la grandeza del hombre procede precisamente de esa dependencia divina, ya que es la que da estabilidad y consistencia a la fragilidad humana. Después de ensimismarse en Dios, como constraste, pasa a sumergirse en la nada ontológica. Lleno de estos pensamientos y con luz tan intensa, pasa todo el primer día.

En esta serie de consideraciones se preanuncia uno de los puntos que será fundamental en su espiritualidad: «El hombre no es más que impotencia y debilidad en su estado... no es más que miseria en todos sus estados..... es vivir y subsistir en Dios» (31).

En el mismo comienzo de retiro se le presenta la idea que constituirá la médula de sus elevaciones: «*las riquezas de Dios*». La misma primera semana queda revestida de este colorido. Profundiza en el pecado para poder valorar debidamente a través de la pérdida, el valor

---

en el misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo..... Ciertamente la devoción Berulliana a la persona divina del Verbo seguirá un camino diferente a la de San Ignacio. Bérulle se fijará más en la unión de las dos naturalezas divina y humana, modelo y causa eficiente de nuestra unión con Cristo, mas este modo de ver se inspira fundamentalmente en San Ignacio. Bérulle toma como punto de partida la meditación ignaciana», pp. 471-472.

(29) DAGENS: *Bérulle*, 183.

(30) BÉRULLE: *Oeuvres*, col. 1.295-1.296.

(31) BÉRULLE: *Grandeurs de Jésus*, 221. París, 1644.

contenido en el tesoro de la gracia. La perfección a esta misma luz considera como «la grandeza del alma» (32).

Mete siempre su actitud propia en la consideración ignaciana. Las criaturas no son sólo medios nuestros para subir a Dios, sino también como medios del mismo Dios para conducirnos hasta las sublimidades de su ser. «En el uso de los medios, nuestro apoyo sea en Dios y no en ellos» (33).

Por primera vez aparece en este día otra de las actitudes claves de su espíritu: *la adhesión*. En este concepto se da propiamente la asimilación personal berulliana del principio y fundamento. «Es necesario adherirse al fin y poner en él el deseo de nuestra santificación y de nuestro descanso» (34).

Esta actitud proyectada sobre Jesucristo producirá la espiritualidad berulliana.

En este ambiente se le presenta, una vez más, el deseo de entrar religioso. Pero ve todo obscuro. No se siente movido más que a ofrecerse incondicionalmente al Señor. Vuelve con más insistencia a la oración. Siente un movimiento de «depender» de la Virgen.

Al día siguiente comienza la meditación de los pecados. Tenemos que recoger un dato de la entrada misma de la primera meditación, cuya importancia apreciaremos más tarde. Se detiene muy despacio en la composición de lugar ignaciana, viendo cómo el cuerpo es una prisión para el alma (35). En esta misma meditación contempla despacio el pecado de los ángeles con consideraciones muy penetrantes sobre la grandeza y belleza de estas privilegiadas criaturas (36).

En la meditación siguiente profundiza en el pecado y en el desprecio del mundo. Debemos anular no la naturaleza «sino la conducta de nuestra naturaleza»; tenemos que «despojarnos del uso y disposición de nosotros mismos» (37). La naturaleza ha quedado en ruinas, es algo vil. Sigue insistiendo machaconamente en la destrucción del yo, pero no para quedarse sumergido en la contemplación de la catástrofe, sino para edificar sobre la naturaleza una vez ordenada. Resume sus pensamientos en una consideración en que se aprecia la profundidad de su pensamiento. «He reconocido que debía aplicarme sólo a dos objetos: a Dios y a mí mismo; a Dios para pensar en Él y unirme incesantemente con Él; a mí para separarme de mí mismo. Así subiré a la fuente de todo bien y de todo mal para conseguir que crezca el bien y se destruya el mal» 38).

No se arredra Bérulle por la aspereza propia del camino de la ab-

---

(32) BÉRULLE: *Oeuvres*, col. 1.291, 1.298, 1.299.
(33) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 1, col. 1.289.
(34) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 2, col. 1.290.
(35) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 3, col. 1.291.
(36) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 3, col. 1.292.
(37) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 3, col. 1.292.
(38) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 3, col. 1.291.

negación. Al fin de la primera semana hace varios propósitos muy particulares, acabando la semana con la resolución de «trabajar cuidadosamente por proveerme de buenas obras y de buenos hábitos contra el pecado, esto principalmente dos veces, al comienzo y al fin» y de «estar alerta y vigilante para percibir las ocasiones del pecado y alejarme de ellas prontamente» (39).

En las notas de *la segunda semana* se aprecian ya los primeros balbuceos del lenguaje de los estados. Bien ponto fijará Bérulle su terminología en este punto.

La nada propia queda «asumida» por Jesús, quien, a su vez, se vació y se hizo esclavo. Con esta consideración básica se dispone a contemplar a Jesús encarnado, es decir, hecho carne. En la primera semana ha visto cómo la carne es nada en sí. Ahora se deleita en aplicar los sentidos sobre este aspecto que queda clavado para siempre en su alma: la profundidad teológica del *vaciarse divino* en la Encarnación. Él pondrá siempre la gran lección de la Encarnación en la humildad, en el hacerse como nada, pero en la nada, como había visto en el Principio y Fundamento, sostenida por Dios. La imitación de Jesús es para él este asociar nuestra nada al todo divino reflejado en Jesús, de modo «que sea Él el que mande en nosotros, use de nosotros, opere en nosotros». Sólo así seremos grandes: contando con la Omnipotencia divina (40).

En casi todas las contemplaciones de la segunda semana se detiene en el «gustar» mandado por San Ignacio en la aplicación de sentidos, que Bérulle se lo apropiará tan vitalmente. En la misma huída a Egipto no se detiene en las pintorescas circunstancias del trágico suceso, ni siquiera en los ejemplos que nos da el Salvador en esas memorables jornadas, sino que va derecho a «su persona muy digna y muy excelente», a «su alma extremadamente grande»: que «tenía el uso de la luz divina» y «el pleno y eterno goce de Dios» (41).

Este es el Jesús centro y objeto de sus contemplaciones. Y ante ese Jesús que, siendo quien es, ha cogido un camino tan difícil y áspero, se siente llamado por Dios a un «cambio lo mismo de espíritu que de estado y a alguna obra de gran sufrimiento» y se siente inclinado a «*adherirse totalmente a Dios* y a depender totalmente de Dios en un perfecto olvido de mí mismo y de todos los estados» (42).

En este momento ve clara su vocación a la perfección y que se encuentra lejos de ella por haber respondido negligentemente a las exigencias divinas. Decide pedir la gracia de la perfección y cooperar más diligentemente. «La perfección—considera—depende principalmente de la humildad y de la oración y es como la hija de estas dos virtudes» (43).

---

(39) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 6, col. 1.288-1.289. Su plan de propósitos en artículo 7, col. 1.295.
(40) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 7, col. 1.296.
(41) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 6, col. 1.294.
(42) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 6, col. 1.294-1.295.
(43) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 9, col. 1.299.

Este será el camino que le llevará hasta el interior de Jesús: ver su grandeza, penetrar en su estado y en su mentalidad. Lleno de estos sentimientos, hace una serie de propósitos prácticos como repetir los Ejercicios dos veces cada año—propósito sin duda inspirado en la vida de San Carlos Borromeo—hacer diariamente alguna penitencia, rezar el oficio divino y celebrar la santa Misa con la mayor devoción, hacerse presente a Dios en todas las cosas (44).

Preparado de este modo, se siente ya a punto para enfrentarse con el problema principal que le había llevado a Verdún: *la elección*. Es conmovedor el modo con que inicia las notas en este momento. Con frases vibrantes cargadas de emoción, se pone delante de la Santísima Trinidad, se acoge a Jesucristo, a la Virgen, se encomienda a los ángeles y santos. Pasan en desfile impresionante sus protectores. Quiere que en este momento—actuando así las solemnes composiciones de lugar de San Ignacio—le asistan todos los santos (45).

Con la protección celestial puede ya comenzar la elección. Inicia ésta con táctica genuinamente ignaciana. Renueva sus disposiciones de indiferencia, de despojarse de sus afecciones. Quiere ofrecer a Dios una voluntad desnuda de todo afecto terreno, se prepara para lo que el Señor quiera de él y aun—siguiendo una vez más la recomendación de San Ignacio—llega hasta pedir al Señor para hacer contra lo que los sentidos le piden «le llame a la religión más bien que a otro estado» (46).

El pensamiento que domina su proceso es el deseo de la perfección. Quiere—conforme al segundo modo del tercer tiempo—decidir del modo con que juzgará el Señor el día del juicio. Se representa «a Dios juzgando después de mi muerte» (47).

Bérulle recoge los principales «movimientos» que va sintiendo. La vía de los consejos le atrae por ser la vía que el Hijo de Dios, «que es la sapiencia increada, nos ha traído del cielo por su Encarnación». Él, que conoce tan bien nuestra fragilidad, la ha elegido como la más conducente. Pero nosotros «debemos pretender seguir más bien el *espíritu de los consejos* que la misma vía de los consejos». La Escritura ha consignado los consejos «generales», pero a cada alma sugiere los consejos «particulares» que debemos seguir principalmente. «Pero esto debe ser rigurosamente examinado, no sea que nos engañe el espíritu humano» (48).

Juzga que no debe cambiar de estado, si no interviene alguna moción especial. Cree que es mejor la estabilidad en el propio estado. En la contemplación de la infancia del Señor, vió que el Señor le llamaba «más a un cambio de espíritu que de estado» (49). Con todo, tiene sus

---

(44) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 9, col. 1.300.
(45) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 10, col. 1.300-1.301.
(46) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 10. col. 1.301-1.302.
(47) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 12, col. 1.303.
(48) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 11, col. 1.302-1.303.
(49) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 6, col. 1.294.

razones para dudar «si Dios no pedía algo más». Había encomendado durante el último año el negocio todos los días en la santa Misa. Ha venido a Ejercicios para resolverlo.

«Y sin embargo—continúa con expresiones que es necesario transcribir, pues nos reflejan con límpida tersura lo más íntimo del proceso de su elección—Dios no me da ninguna otra muestra ni manifestación ni por los pensamientos, ni por los sentimientos o afecciones, a pesar de que yo frecuentemente me ofrezco a Él para algo más, lo mismo para las menores cosas que para las más difíciles..... He sentido una vez durante la Misa un movimiento interior extraordinariamente extraordinario que aparta mi alma de esta aplicación particular a la vida religiosa, a la cual, sin embargo, dirigía mis esfuerzos. Siento que tengo que aplicarme fuertemente a algo mucho más difícil a la naturaleza. Este movimiento estuvo acompañado y continúa desde entonces acompañado de tales circunstancias, que puedo detenerme en él con plena seguridad..... Ya que Dios me ha conducido hasta aquí por movimientos interiores a los diversos caminos, algunos de ellos mucho menores que éste y ya que estos movimientos han tenido para mí el carácter de inspiración, no debo detenerme mucho ante esta consideración y en un punto de tanta importancia en el que veo la conducta de Dios sin dificultad y sin oscuridad. Es verdad que hay diferentes caminos de Dios sobre las almas, pero el alma debe reconocer y observar principalmente el camino por el que Dios ha acostumbrado venir a ella» (50).

Esta página es un reflejo de la intensidad espiritual de aquellos días, de las fuertes mociones que el Señor iba produciendo en su alma. Él le conduce «por movimientos interiores», como él define a las mociones, es decir, conforme al segundo tiempo de elección. Pero no queda del todo satisfecho. Tiene sus temores y dudas, como las tuvo San Ignacio en momentos análogos. Y también como San Ignacio, Bérulle decide encomendar el asunto en la santa Misa. Y entonces el Señor «en un momento disipó todas las ansiedades y penas de mi espíritu». El director, P. Lorenzo Maggio, confirma plenamente la elección, asegurándole que no dudase de que Dios quería que permaneciese en su estado.

A pesar de estas ilustraciones, prefiere estar en expectativa más que elegir por su cuenta. Adopta la actitud de ponerse en manos de Dios y esperar sus órdenes. Dios premió esta desnudez interior iluminando su alma y fijándole con toda nitidez el plan de su vida para el futuro.

En su elección, se fueron entreverando momentos del primer tiempo con una actitud ordinaria del Señor que responde al segundo tiempo, y con consideraciones del propio Bérulle propias del segundo modo del tercer tiempo. Todas estas luces de carácter tan distinto las tuvo «con gran tranquilidad, serenidad, facilidad, sin alguna distracción de sentidos o de espíritu y sin algún sentimiento de devoción» (51).

---

(50) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 11, col. 1.303-1.304.

(51) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 11, col. 1.306. Véase la descripción que él mismo hace del proceso de su elección: «Me parecía que el alma se estableció en esta libertad que se asigna al tercer tiempo en los Ejercicios, y tal vez en un grado más alto. Porque no era tanto por discursos y por raciocinios que yo tenía estas cosas, sino que las contemplaba por la simple inteligencia sin trabajar por buscarlas

En la Misa se siente más cerca de Dios y en aquellas horas de comunicación divina, percibe las más íntimas respuestas divinas que esfuman los restos de sus inquietudes y zozobras que, a veces, le sobrevenían cuando pensaba en la vida religiosa. Esas consideraciones que se mezclaban en su espíritu eran consideraciones «generales»: «Que la religión era en sí más perfecta, más segura, más conforme a Cristo», pero él tiene que atenerse a las consideraciones «particulares», y conforme a éstas, siente que Dios quiere que esté más libre para trabajar y seguir el «espíritu» de las religiones, pero fuera de ellas (52).

Llegado a este momento se siente «dulcemente forzado» a concluir. De hecho, en el momento en que decide acabar su elección, se eleva en su alma «una devoción íntima que le despojó claramente de ella misma y le elevó a Dios» con el sentimiento más intenso que tuvo en todos los Ejercicios. Queda así decidido a trabajar en la viña del Señor atendiendo más «al trabajo que al estado» (53).

Quedó con todo en él un gusto e inclinación a la religión en sí, aunque no se sentía inclinado a ninguna de las religiones existentes, porque en todas veía una oposición no sólo a su espíritu de naturaleza, sino también al de gracia. Esta inclinación fué, sin duda, el germen de la Congregación religiosa que fundó más tarde, cuyo fin específico era reproducir el sacerdocio ejemplar de Jesucristo.

Estos Ejercicios fueron—como concluye acertadamente Dagens—«el punto de partida de un trabajo en profundidad de su espiritualidad..... y a la vez el punto de partida de una actividad religiosa intensa que ha dejado profundas huellas en la historia de la Iglesia de Francia» y, añadimos nosotros, en la historia de la espiritualidad sacerdotal (54).

El ilustre escritor francés, de Broglie, comienza con estas palabras su *Vida de María de la Encarnación:*

«Se ha estudiado repetidas veces el gran movimiento religioso del comienzo del siglo XVII en Francia y el admirable florecimiento de heroísmo y de santidad que brotó de él. Pero lo que ha llamado mucho menos la atención de los historiadores y lo que, sin embargo, es indispensable para conocer bien este período tan fecundo, son *los orígenes de esta renovación* y los gérmenes que la prepararon.

En efecto; la Iglesia francesa, antes de Bossuet o Fenelon, San Vicente

---

y las encontraba todas como encerradas y selladas en el alma, de tal modo que retirado en mí mismo, sin sentir nada ni del mundo, ni de la carne, ni de los sentidos, yo veía todo esto como si lo hubiera leído en un papel en que estuviera escrito. Estas mismas cosas han perseverado constantemente en mi alma en una y otra manera de elección, hasta el punto que han detenido y suspendido mi espíritu durante el tiempo de la elección por espacio de casi tres horas. En fin, yo sentía contra mi intención y contra mi esperanza que mi espíritu estaba aplicado a concluir y que la desconfianza del razonamiento había sido expulsada por un espíritu interior fuerte y delicado a la vez».

(52) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 11, col. 1.305-1.308.

(53) BÉRULLE: *Oeuvres*, art. 11, col. 1.307.

(54) J. DAGENS: *Bérulle*, 190.

de Paúl u Olier, debió renovarse y renacer, por decir así, de entre las ruinas y escombros, volviendo a alumbrar su seno con ese fervor, ese ardor del amor de Dios que es lo único capaz, entonces, como ahora y como en todos los tiempos, de hacer germinar las grandes virtudes y las grandes obras» (55).

Después de lo que acabamos de decir en las páginas que preceden, nadie tomará a exageración si nosotros respondemos de nuestra parte a de Broglie, que uno de los gérmenes que prepararon y aun produjeron esa hermosa floración francesa, fué la semilla de los Ejercicios de San Ignacio. Los daban de una manera continua no sólo los Padres dedicados directamente al apostolado directo, pero aun algunos de los que consumían su vida en cargos internos de la Orden, en los retales de tiempo que les quedaban libres. Hemos ya hablado del P. Balsamo. Podíamos añadir al *P. Juan Fourier*, rector de Pont-à-Mousson y Provincial de Lyon; al *P. Claudio Matthieu*, Provincial de París y Visitador de Francia, quien dirigió en el retiro ignaciano, entre otros muchos, al *duque Enrique de Guisa*, en su castillo de Pannes durante cuarenta días con tal aislamiento, que sólo retuvo consigo a un criado y se desentendió por completo de todos sus negocios y ocupaciones, y al *P. Santiago Fourcaud*, que aprovechaba sus continuas misiones al pueblo para dar Ejercicios a los eclesiásticos de la comarca (56).

De este modo, dirigentes de movimientos espirituales y aun de la misma Liga, personas nobles, eclesiásticos que influían en las conciencias de los fieles, fueron penetrándose de los grandes principios ignacianos y preparando la elevación espiritual que llegó a su cenit en el siglo XVII. Un autor, adversario de los jesuítas, se ha visto obligado a reconocer este fenómeno. «La Compañía de Jesús—dice—mantuvo en la ortodoxia al clero, movilizó hacia la Liga todas las fuerzas católicas». Confesión forzada de la eficiencia social y espiritual de los Ejercicios.

5.—En los Países Bajos: Cuadro de conjunto.

En Flandes, de modo similar a lo que acabamos de contemplar en Francia, el apostolado de los jesuítas estuvo en función de los vaivenes políticos y religiosos por los que pasaron los Países Bajos en esta época tan azarosa de su historia, en la que las dos fuerzas contrarias del protestantismo amenazador alemán y del catolicismo español, incrustadas en las diversas Instituciones nacionales, pugnaron por abrirse paso y eliminarse mutuamente.

---

(55) DE BROGLIE: *La Bienheurese Marie de l'Incarnation. Madame Acarie* (1566-1618).

(56) Sobre Claudio Matthieu véase CARAYON: *La Université*, 41. Sobre Fourcaud *CBE* 41 (1912), 122.

En conjunto, se observan dos épocas de florecimiento. Una que arranca en 1562, bajo el gobierno de Margarita de Austria, en el que se abrieron varias residencias, Amberes, Cambrai y Dinant centros de reclutamiento de bastantes ejercitantes, y otra mucho más estable a fines de siglo, después del triunfo de las armas de Alejandro Farnese en 1596.

El primer período quedó truncado por las guerras religiosas y la acción del *duque de Alba*. El famoso duque era favorable a los jesuítas. Pensaba, como él mismo manifestó al P. Provincial Coster, dedicarse activamente a la creación de centros de cultura católica, entre los que consideraba de gran importancia los Colegios de la Compañía, pero las interminables guerras y la agitada situación política impidió el que pudiera realizar sus propósitos (57).

Luis de Requessens suavizó algo las relaciones tan tirantes entre los diversos bandos; fué, además, uno de los grandes protectores de la Orden naciente (58), pero, por desgracia, el movimiento de ejercitantes que volvió a intensificarse en su época, se paralizó muy pronto en 1576 con el pacto concluído entre las diversas provincias de los Países Bajos, conocido con el nombre de Pacificación de Gante, que abrió un nuevo período de luchas violentas y de convulsión religiosa. Siguieron expulsiones, cierres de Colegios, un clima de inquietud y zozobras que acabó casi por completo con los Ejercicios y las demás obras estables de la Compañía. Se salvaron sólo los centros de Lovaina, Cambrai, Saint-Omer, donde se continuó el trabajo a un ritmo moderado.

Tuvo que llegar el triunfo de las armas de Alejandro Farneses y la subsiguiente reacción católica, para que pudieran reintegrarse los jesuítas a sus casas. Es la época del gran florecimiento, sobre todo, desde 1584, en que Felipe II suprimió las fórmulas restrictivas para las fundaciones de la Compañía de Jesús. En todos los Colegios, pero de modo principal en Lieja, Douai, Tournai, Cambrai, se sucedían sin interrupción los ejercitantes. El historiador jesuíta Poncelet calcula un mínimum de 15 a 20 por año en cada Colegio (59).

Entre los personajes principales que se retiraron a Ejercicios descuellan el Arzobispo de Cambrai, Maximiliano de Berghes y, en 1586, el Nuncio Apostólico Juan Francisco Bonomini, amigo y admirador de San Carlos Borromeo, ardiente propulsor de la reforma católica, quien dejando en la puerta del Colegio su brillante séquito, penetró solo en el Colegio de Lieja (60).

Pero el centro principal de esta región y aun uno de lo más eficientes

---

(57) Lo escribe el P. Coster en cartas del 2 de septiembre y 14 de diciembre de 1567. Las cartas en HANSEN: *Rheinischen Akten*, 551. Durante su gobierno se fundó el Colegio de Douai.

(58) En *Imago primi saeculi*, 746, se dice de él: *Vir amantissimus nostri.*

(59) PONCELET, 2, 399, n. 6.

(60) MANARE: *De vita Mercuriani*, 22 y PONCELET, 2, 401.

de toda Europa, fué el Colegio jesuítico levantado en la famosa Universidad de *Lovaina* (61).

En la *Imago primi saeculi*, el fastoso libro editado por la provincia francobelga como recordatorio del primer siglo de vida de la Compañía, se dice que desde 1542 en que llegaron los primeros jesuítas a Lovaina hasta 1640, practicaron el retiro ignaciano muchos miles de personas. Y el historiador, especialista de la historia jesuítica de Bélgica, Alfredo Poncelet, no cree exagerada la cifra. Había continuamente en el Colegio cuatro o cinco practicándolos, lo que hace un promedio anual de 50 a 60 y aun mayor algún año, como el de 1606, que se elevó a 83, números que nos podrán parecer pequeños actualmente, pero que suponían un esfuerzo extraordinario en aquella época en que tenían que atender a cada uno individualmente y por separado (62).

La marcha ordinaria de los Ejercicios en Lovaina se refleja con bastante nitidez en las siguientes líneas de la historia del Colegio:

«Sería muy largo numerar uno por uno el gran número de personas de toda edad y condición que acude a Ejercicios: los caballeros, condes, barones, doctores, entre éstos algunos de gran renombre, licenciados, bachilleres, magistrados, sacerdotes, misacantanos» (63).

La Casa de Ejercicios de Lovaina completaba la formación que recibían en aquella renombrada Universidad.

Al hablar de la práctica ignaciana en los Países Bajos, es necesario mencionar un fenómeno característico de esta región que, en su grado, no se dió en ninguna otra parte: *la organización* que lograron dar a los centros en donde daban los Ejercicios. Lograron fundar varias Casas de Ejercicios de modo estable y, en cierto sentido, independiente, aunque jurídicamente seguían perteneciendo a los Colegios de los que dependían. Ya en 1553, en vida de San Ignacio, se fundó en Tournai una Casa de esta índole gracias a la generosidad de Quintín Charlat, canónigo de la misma ciudad que acabó por entrar en la Compañía. Siguieron las de Lovaina y Cambrai en 1569; la de Maastricht, al fin de siglo. De estas casas hablaremos más despacio en el capítulo correspondiente. Aquí queríamos sólo encuadrar ese fenómeno dentro de la historia de la nación y señalarlo como era justo hacerlo.

---

(61) Véase PONCELET, 2, 399-400. Por desgracia las fuentes hablan casi siempre en términos demasiado generales, como se puede ver por las que cita Poncelet. Véase también la Carta anua de 1595 que dice sólo: *Multi tum religiosi, tum illustres viri. Litterae Annuae*, 1594-1595, p. 295.

(62) PONCELET, 2, 401.

(63) Citado por PONCELET, 2, 399, n. 7.

6.—Ejercicios en monasterios: acción del P. Mercuriano.

Otra característica de esta región, común esta vez a Lorena y a las naciones germanas, fué la importancia que adquirieron los Ejercicios en gran número de monasterios. Constituyeron en muchos el comienzo de una renovación espiritual intensa y aun a veces el origen de una auténtica reforma de estatutos y vida religiosa. No se hacía más que seguir la tradición primitiva iniciada por el santo Abad benedictino de Lissies, Luis Blosio, de que hablamos despacio en nuestro volumen anterior.

El primer gran apóstol de este período entre los claustros benedictinos belgas, fué el *P. Everardo Mercuriano*. Pocos como él poseyeron dotes de director ideal de Ejercicios. No hablamos ahora de su acción como General, en la que restringió demasiado la amplitud ignaciana de la oración. Hablamos de su trabajo personal con las almas. Y no se puede negar que en este trato personal, íntimo, triunfaba plenamente. Su carácter suave, prudente, algo tímido, su actitud paternal, que le ganaban fácilmente la confianza, su clara percepción de los problemas de las almas, una personal y profunda asimilación de las verdades de los Ejercicios, un exquisito don natural de insinuarse, una virtud nada común avalada por la formación espiritual recibida personalmente por San Ignacio, son, a no dudarlo, valores que muy pocas veces se dan debidamente armonizados en un solo hombre (64).

No es extraño que Manareo, primero ejercitante suyo en París y más tarde asistente en la curia generalicia de Roma, uno de los que más íntima y profundamente le conocieron y trataron, afirmara de él que «en dar los Ejercicios de la Compañía poseía una habilidad maravillosa» (65).

Vir bonus et innocens, varón bueno y sencillo. Con estas dos pinceladas le retrata Sacchini (66) y con estos dos rasgos se puede también reflejar la impresión que producía a sus contemporáneos y la que produce aun ahora a través de su correspondencia. Sencillez que, si le atraía muchas almas, en su gobierno de la Orden fué causa de que no comprendiera la amplitud de algunos problemas y que para su solución se dejara influir demasiado de algunos, sobre todo del P. Mirón, a quien con razón estimaba tanto.

Era, en su trato personal, el padre espiritual, comprensivo, dispuesto a oír siempre las cuitas de todos, como añade el mismo Sacchini, más

---

(64) Cfr. nuestro artículo *Influjos de los Ejercicios espirituales en la vida del P. Everardo Mercuriano*. *Manresa*, 20 (1948), 79-80.

(65) MANARE: *De vita Mercuriani*, 6.

(66) SACCHINI: *Historia S. I. P., IU*, lib. 8, n. 34, p. 257.

apto para consolar y animar que para resolver intrincados problemas. Triunfaba en la intimidad, en la dulce conversación. Logró crear en torno a sí un clima de suave confianza (67).

Comenzó a dirigir Ejercicios en el mismo París a los pocos meses de abrazar la vida religiosa. Los ejercitantes se sucedían casi sin interrupción. Dejando otros retiros que fué dando durante su rectorado en Perusa y en diversas partes de Francia y Bélgica, vamos a detenernos en los que dirigió en dos monasterios belgas. La descripción del método que siguió en ellos nos dará clara idea de su táctica y del fruto que conseguía.

Mercuriano llevaba metido muy dentro del alma el dolor del estado nada floreciente de elementos de tanto influjo social como las abadías benedictinas. Se fijó un programa de acción para levantar su nivel espiritual. El primer paso era trabar amistad con los respectivos Abades, lo que le resultó fácil gracias a las extensas relaciones sociales que poseía.

Cuando ya había entrado bastante con la persona a quien deseaba conquistar, empezaba a dejar caer suavemente en la conversación, al parecer como quien se deja llevar del hilo comenzado, ideas que fueran preparando el terreno. Les hablaba de la eficiencia social de los monasterios, de lo doloroso que resultaba la incuria o, al menos, la no suficiente diligencia que habían mostrado las autoridades políticas y aun algunos de los precedentes Abades.

Junto con este anhelo de mejorar la disciplina vigente, iba creando en ellos otro sentimiento que juzgaba muy necesario. Les ponía la reforma como algo hacedero y relativamente fácil. El remedio era de éxito seguro. Animados con estas promesas, no tardaban los Abades en ponerse en sus manos.

Sólo cuando había conseguido esta disposición psicológica y había preparado los ánimos con este largo tanteo, comenzaba a dar los Ejercicios al mismo Abad. Lo demás venía por sí solo. El Abad, entusiasmado del resultado e inflamado de santo celo, exhortaba a los demás a seguir el mismo método.

Tal es el sistema que siguió el P. Mercuriano, según la descripción que da el P. Possevino al hablar de la trasformación espiritual de dos famosas abadías benedictinas belgas: Anchin y St. Bertin (68).

Era Abad de Anchin *don Juan Lentailleur*, de aficiones marcadamente humanistas, apreciado por su dominio del griego y hebreo, quien ya había oído hablar del arte ignaciano a su hermano de hábito, el venerable Luis de Blois (Blosio) (69). Ganado por Mercuriano del modo descrito, hizo los Ejercicios juntamente con el Prior Dionisio d'Ostrel y dos de los monjes más influyentes, Francisco de Bar y Joaquín Zoette.

---

(67) IPARRAGUIRRE: *Influjos de los Ejercicios*, 80-81.
(68) IPARRAGUIRRE: *Influjo de los Ejercicios*, 81.
(69) IPARRAGUIRRE: *Influjo de los Ejercicios*, 82.

Nunca vió el jesuíta flamenco tanta comunicación de gracias divinas en Ejercicios, algunos de la primera semana, como la que experimentó el Abad (70).

Después del retiro, entabló Lentailleur la reforma con todo ardor, consiguiendo restablecer la vida común en los actos de comunidad y en el modo de vestir. En todos latía una ansia de perfección desconocida hasta entonces (71). Dispuesto a resucitar las gloriosas tradiciones benedictinas, fundó en el mismo monasterio una escuela de teología. Más aún. Ansiando influir en la educación y formación de la juventud, fundó el Colegio de los Padres jesuítas de Douai. Los Padres Francisco y Joaquín, por su parte, se ofrecieron a dar cada día la meditación a los universitarios del Colegio real de Douai. Se estableció, además, que ninguno fuera admitido en Anchin sin haber antes practicado los Ejercicios (72).

No hay por qué descender a más particularidades. Bastará dar lectura a la carta que el P. Mercuriano escribió a Roma después de los Ejercicios dados en la abadía de Saint-André en compañía del P. Eleuterio Dupont.

«El Abad Juan IX de Lapierre, comienza a dedicarse a los deberes de su cargo. Desde el retiro reina la observancia en el refectorio. Aun el día de Reyes, en que todos los años se provocaban desórdenes, no se bebieron más que tres o cuatro vasos de vino. La comida no duró más que dos horas, siendo así que antes se pasaba en el comedor toda la noche. No se admitió a ninguno de fuera, como se acostumbraba antes, y todos se acostaron a la hora reglamentaria..... Gracias a los Ejercicios ha desaparecido todo desorden» (73).

Como concluye y anota Possevino, «la reforma de los Institutos monásticos, que no la habían podido conseguir ni las recriminaciones de la opinión escandalizada, ni los esfuerzos de los Obispos apoyados por la autoridad real, ni aun los decretos del Papa y de los Concilios, se operó sin visitas canónicas por el influjo pacificador del ascetismo ignaciano, gracias a la suave aplicación que supo hacer de él el celo apostólico de Mercuriano» (74).

Para apreciar mejor la trascendencia del método del P. Mercuriano, queremos trascribir un sugestivo párrafo de su mejor biógrafo, el P. Severin:

«Tenía el plan de aplicar el remedio a los mismos responsables del mal. Los fautores de la herejía querían abolir la religión católica amotinando contra la Iglesia católica a sus mismos hijos, escandalizados por demasiado flagrantes desórdenes. Everardo había visto de cerca los sucesos de Alemania. Sabía a qué debilidades y a qué escándalos se había debido la defección

(70) T. SEVERIN: *Mercurian*, 169. Cfr. la relación de MHSI.: *Lainii Mon.* 7, 637.
(71) IPARRAGUIRRE: *Influjo de los Ejercicios*, 82.
(72) SEVERIN: *Mercurian*, 169.
(73) Texto en SEVERIN: *Mercurian*, 170.
(74) Texto en SEVERIN: *Mercurian*, 176.

de las masas. La fe se salvaría si los jefes daban buenos ejemplos. Mercuriano recordaba muy bien la reflexión que había hecho un día el Conde de Feria al P. Ribadeneyra: «No pretendáis forzar la entrada en un país en que los jefes no quieren nada con vosotros. A qué agotar vuestras fuerzas y vuestra salud para salvar el pueblo, mientras sus pastores y guías responsables continúen desedificando el pueblo sencillo». El P. Everardo, rehaciendo con sus Ejercicios espirituales la austera disciplina anterior en los Prelados y Abades, trabajó eficazmente en la gran obra de la reforma católica» (75).

Possevino anota el fruto de este vasto plan. Según él, gracias a la fuerza recibida en los Ejercicios, los centros de caridad y enseñanza fundados por los cenobios, se mantuvieron, en su inmensa mayoría, firmes en la tremenda agitación religiosa que conmovió a los Países Bajos. Fueron rocas inconmovibles que resistieron impávidas los embates de la tempestad protestante, mientras que la mayoría de los demás centros sufrieron grandes convulsiones en la refriega, o para usar la frase exacta de Possevino, quedaron como un cohombral en una viña (76).

El influjo de los Ejercicios penetró en otros muchos monasterios, no porque se desplazaran los jesuítas a ellos, sino porque los propios monjes, iban a los Colegios jesuíticos a practicarlos. En la segunda mitad del siglo XVI, benedictinos de Saint-Vaast, María Laach, Saint-Sepulcre d'Hasnon, Saint-André, fueron en grupos sucesivos a Douai, Cambrai, Saint Omer y Coblenza (77).

El Abad de Saint-Vaast d'Arras, *Tomás de Parenty* (†1576), fué uno de los que más promovieron esta santa práctica. Su acción fué decisiva por la grande ascendencia que tenía entre sus monjes. De muchos de ellos había sido pocos años antes maestro de novicios. Se le miraba como prototipo de la disciplina religiosa (78).

No se unieron entre sí estos monasterios benedictinos, ni fueron lo suficientemente fuertes—como sucedió en Lorena—para arrastrar a los demás a ponerse bajo su tutela y convertirse en eje central de alguna Congregación. Sumidos en un abismo de soledad, no pudieron ejercer un radio de eficiencia universal y profundo (79). Pero aun así y todo, gracias a la pujanza interna de que estaban llenos, fueron focos de intensa renovación cristiana en el país.

Varios centros de educación de la juventud, se deben al celo y munificiencia de los Abades de estos monasterios. El Abad de St. Bertin, *Gerardo d'Hamericourt*, fundó, con las rentas de la abadía, dos Colegios en la diócesis de St. Omer, y el de Marchen, *Arnoldo Gantois de la Cambe* (†1582), edificó otro magnífico, anejo a la Universidad de Douai (80).

---

(75) SEVERIN: *Mercurian*, 175.
(76) *Vitae 26*, 18v.
(77) PONCELET, 2, 402.
(78) PONCELET, 2, 402 y *Gallia Christiana*, 3m, 475.
(79) SCHMITZ, 4, 98-99, indica como una de las causas del fracaso en la constitución de la anhelada confederación la ingerencia de los ordinarios.
(80) *Gallia Christiana*, 3, 475.

En este ambiente de florecimiento espiritual, se restablecieron en los monasterios indicados, las antiguas escuelas abaciales, que se convirtieron pronto en centros de cultura y renovación religiosa.

La «nobilísima» abadía de *Marchen* tuvo, de modo particular, la dicha de poseer dos grandes y virtuosos Abades: Nicolás Mainfroy, llamado «padre de los pobres», y Guillermo Loeumel. Todavía en 1705 se admiraban los monjes que llegaban de otros monasterios, del espíritu que reinaba en aquella sede, en donde desde hacía ya un siglo, se seguían considerando los Ejercicios ignacianos como algo propio (81).

Estos focos de fervor religioso, esparcidos en puntos estratégicos, como vigías del espíritu, prestaron una ayuda incalculable a la conservación y sirvieron para mantener tenso el fervor del catolicismo en Flandes.

7.—La expansión en Alemania.

Mayor fuerza adquirieron los Ejercicios en Alemania. El impulso dado por el Beato Fabro en sus peregrinaciones con la corte imperial, había puesto en conmoción a los principales apóstoles jesuítas, Canisio, Hofeo, Kessel, y atrajeron la atención de los dirigentes hacia este método del que confesaba el Beato había procedido casi todo el bien que se había realizado en aquellas tierras (82).

Hay que reconocer lealmente que el clima de lucha que se respiraba en Alemania en aquella trágica centuria, no era el más propicio para usar un método como el ignaciano, que obraba callada y lentamente y cuyos efectos no trascendían al exterior de modo inmediato. Parecía exigir más bien otro sistema de resultados más inmediatos y externos, que produjera una conmoción pública colectiva que impresionara a los enemigos. Sin embargo, aquellos jesuítas no se dejaron intimidar por la virulencia del mal y la urgencia del remedio. Dejándose de composturas provisionales, estudiaron el problema a fondo. Pronto dieron con la razón profunda del avance protestante: la costumbre y desenfreno reinantes en amplios círculos eclesiásticos. La táctica tenía que

---

(81) *Gallia Christiana*, 3, 510.

(82) *Ex quibus [exercitiis] fere totum bonum secutum est, quod postea factum in Germania.* MHSI.: *Fabri Mon.* 500, Memorial n. 22. La historia de los Ejercicios en el antiguo imperio alemán ha sido estudiada por el diligente y exacto P. DUHR en su *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge*. En la revista *Manresa* 6 (1930), 75-88, el P. MORELL, aunque firmando C. E., ha reunido en una densa síntesis muchos de los datos esparcidos en la obra del P. Duhr completándolos aquí y allá con otros sacados de los estudios de Watrigant y Braunsberger. Esto nos permite ser más breves en el estudio de este punto.

dirigirse a cortar esos escándalos y aun hacerlos imposibles. Ahora bien. Vieron que para esta reordenación interna, el medio de los medios eran los Ejercicios. Su práctica llevaba consigo la reforma del individuo. La reforma de la sociedad sería una consecuencia obvia, que vendría por sí misma de la renovación personal del individuo.

Por esta razón tuvieron los Ejercicios en Alemania un *carácter de selección* más acusada aún que en otras regiones. Iban a la conquista de las cabezas, es decir, de los que una vez renovados internamente, podían influir más en la renovación de los demás. En el tomo anterior hemos visto el número considerable de prelados influyentes que procuraron ejercitar en esta práctica. Su número no decrece en este período. Indiquemos sólo los principales.

Al frente de todos hay que poner al Cardenal príncipe *Felipe de Baviera*, Obispo de Ratisbona. Tres veces, que sepamos, quiso repetirlos. Había encontrado en ellos el alimento adecuado a su espíritu y sus principios regularían en el porvenir su acción (83).

Otro de los Obispos que desarrollaron una eficiente acción en la reforma del catolicismo, *Julio Echter de Mespelbrunn*, recibió también en el retiro ignaciano el impulso para su trabajo pastoral. Quiso prepararse para la consagración episcopal con los Ejercicios de la primera semana. Poco después de ella continuó los de la segunda semana. Salió de ellos, según él mismo confesó a su director, decidido «a llevar una vida verdaderamente digna de un buen Obispo católico y a ayudar a otros con estos mismos Ejercicios, porque espera que serán muy provechosos a toda Franconia» (84). Este esclarecido Obispo, en los cuarenta y cuatro años que duró su pontificado, consiguió realizar el sueño dorado de su consagración episcopal: la vuelta a la fe católica de toda Franconia. Renovó o construyó cerca de 300 templos, reconcilió con la Iglesia más de 200 pueblos y 14 ciudades, fundó la Universidad de Würzburg, centro potente de irradiación cultural católica, se afanó por atender a las necesidades de sus diocesanos con la fundación de un hospital y de otras obras de caridad (85).

También merecen mención especial *Ernesto, príncipe de Baviera*, administrador apostólico de Frisia, que sufrió en los Ejercicios una trasformación radical, según él mismo reconocía, gracias a haber conseguido desprenderse de «sus muchas antiguas miserias» que le dominaban hasta entonces y de las que, por muchos esfuerzos que había hecho, no había conseguido librarse, y *Enrique von Knöringen*, uno de los Obispos más conspicuos de Augsburgo, que quiso en el retiro de unos Ejercicios prepararse a la consagración episcopal y planear su programa de

---

(83) Cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 232-233 y AGRÍCOLA: *Historia*, P. 2, Dec. 6, pp. 127, 152, 245. Una de las tres veces estuvo catorce días en Ejercicios.

(84) CBE., 62-63 (1920), *Mélanges Watrigant*, 90-91.

(85) CBE., 62-63 (1920), *Mélanges Watrigant*, 90-91.

acción (86). *Felipe*, hermano del príncipe Alberto, *Obispo de Ratisbona*, hijo del duque Guillermo de Baviera, quien, como varios de los precedentes, quiso prepararse a su consagración con catorce días de Ejercicios. Creado Cardenal en 1597 por Clemente VIII, repitió los Ejercicios por otros catorce días y, todavía otra tercera vez, los hizo en Ingolstadt, mientras aderezaba una casa de campo de los Médici (87).

No se redujeron a atraer a los jerarcas eclesiásticos. Quisieron también iniciar la renovación de los seglares de prestigio. Tenía esta actitud particular importancia en aquellas zonas dominadas por el protestantismo, en donde comenzaban a tener los seglares un papel tan preponderante, incluso en el sector religioso. Se dieron cuenta en seguida del valor que representaba en aquellos tiempos el elemento seglar y quisieron convertir a los mejores en auténticos jefes.

Entre los innumerables seglares influyentes que lograron renovar con este medio de santificación, merecen mención especial los miembros de la *familia Fugger*, tan conocida en el mundo del comercio y de la banca por sus negocios económicos, y en el mundo religioso por su acendrado catolicismo y sus múltiples instituciones benéficas (88).

Los principales miembros de esta célebre familia, practicaron los Ejercicios en diversas ocasiones: *Sibila von Everstein*, esposa del conde Marcos III Fugger, «mujer dotada de grandes cualidades, que [después de haber] sido luterana y haber resistido tenazmente a los que la querían apartar del error, con los sermones de Cristo y con la práctica de los Ejercicios, vino a ser modelo de matronas cristianas» (89); *Isabel Nothalft de Weissenstein*, esposa de Juan II Fugger, ejercitada con especial interés por San Pedro Canisio (90); *Ursula Liechtstein*, esposa de Jorge Fugger, mujer frívola y casi a punto de pasarse al campo protestante. Los Ejercicios no sólo evitaron este doloroso paso, sino que trasformaron su conducta con asombro de los familiares. Aseguran fuentes contemporáneas—tal vez con algo de exageración—que su casa comenzó a parecer un cenobio, sus conversaciones «dardos inflamados de amor de Dios», con que trataba de encender a los suyos en ansias de perfección. Lo que sí es cierto es que, desde entonces, volcó ingentes cantidades de dinero en grandes obras de caridad (91). Todavía tenemos que citar entre los miembros ejercitantes de esta familia, a *Marcos Fugger*,

---

(86) CBE., 61-62, (1920), 88; BRAUNSBERGER: *Can. Epp.* 4, 84 y AGRÍCOLA: *Historia*, P. 2, Dec. 6, n. 963, p. 296.

(87) AGRÍCOLA: P. 2, Dec. 6, p. 127, n. 497, p. 152, n. 566 y p. 245. También se preparó a la consagración episcopal con ocho días de Ejercicios Andrés von Jerin, Obispo de Breslau. Cfr. HOFFMAN: *Die Jesuitenmission in Breslau*, 164.

(88) Sobre las relaciones de Fugger con los jesuítas puede verse el artículo de DEMETRIO IPARRAGUIRRE: *Una carta del banquero alemán Marcos Fugger*. Estudios de Deusto, 1 (1953), 257-263.

(89) BRAUNSBERGER: 2, 20, 664.

(90) BRAUNSBERGER: 2, 72.

(91) BRAUNSBERGER: 2, 662, donde copia a SACCHINI: *De vita Canisii*, 173, 174. Cfr. BRAUNSBERGER: 4, 397, 1.043.

de la rama de Nordendorf (92); *Santiago*, conde de Montfort, esposo de Catalina Fugger, otra noble salvada del protestantismo por el método ignaciano en un momento crucial de su vida, cuando todo parecía que iba a caer en las redes luteranas (93).

El caso de la familia Fugger es un ejemplo típico de la táctica seguida por los jesuítas alemanes y de la fuerza de los Ejercicios. Pero, repetimos, no es más que un ejemplo. Otros muchos seglares experimentaron la acción benéfica de la práctica ignaciana. En Espira, los practicaron varios asesores del Tribunal Superior de Justicia del Reino (94); en Ingolstadt, el famoso hombre de ciencia *Juan Diehlmair*, doctor con la máxima calificación por la Universidad (95); en Munich, un conde polaco que sufrió una radical trasformación (96). Merece todavía mención especial, por la significación que tuvo en la contienda protestante, *Esteban Agrícola*, discípulo de Melanchthon y predicador de los luteranos en Naumburg. Pasaba éste por una aguda lucha interna y crisis de conciencia. Canisio le aconsejó que practicara los Ejercicios. En ellos se disiparon sus dudas. Volvió a sentir la fe y se pasó abiertamente al campo católico entre la consternación de sus antiguos correligionarios. Agrícola no se dejó intimidar por las amenazas de éstos y procuró, con su conducta y apostolado, subsanar su vida pasada y ganar para la Iglesia católica a los que antes había incitado a separarse de ella (97).

El principal centro donde solían retirarse estos y otros muchos personajes, siguió siendo *Colonia*. Era el foco del catolicismo alemán más fuerte que existía, el gran dique de contención del impetuoso avance de las fuerzas protestantes. Los jesuítas hicieron de aquella fortaleza renana el cuartel general. Desde él partieron las principales fundaciones para todo el mundo germano. En esta ciudad fundaron uno de los Colegios mejor organizados. Más de mil alumnos de casi todas las regiones circunvecinas y aun de Suiza, Hungría y Suecia, recibían en él una esmerada formación católica. Los protestantes lo apellidaron «Colegio diabólico». Esta expresión es el mejor testimonio de lo que molestaba a los protestantes la labor que se desplegaba en él.

Continuaba todavía en este puesto de mando el veterano *P. Leonardo Kessel*, el venerable patriarca del Colegio y principal apóstol y promotor de los Ejercicios en la ciudad. No descansó hasta que no venció, en 1561, la dificultad principal que impedía el que se pudiera desarrollar una acción de gran envergadura: la insuficiencia de local. El número ingente de alumnos llenaba todos los sitios disponibles, dejando muy pocos puestos para los ejercitantes. Después de vencer muchas dificultades, en 1561 edificó «un local propio para los ejerci-

(92) DUHR: *Geschite*, 2, 2, 181.
(93) BRAUNSBERGER: 3, 587, 595, 662.
(94) DUHR: *Geschichte*, 1, 486.
(95) DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 181.
(96) Se llamaba Estanislao Rozdrazewski.
(97) DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 42.

tantes en donde—añade el P. Kessel—nos prometemos no poco fruto» (98). La nueva Casa de Ejercicios amplió las posibilidades. Gracias al nuevo pabellón, se pudo dar cabida a más gente que siguió viniendo en ritmo siempre creciente, de modo que los cuartos, como se escribe dos años más tarde, «nunca estaban vacíos». Personas de calidad. Obispos como Nicolás Elgard, auxiliar de Erfurt, y Fabricio Heinrich, auxiliar de Espira, sacerdotes, religiosos de monasterios lejanos, se iban sucediendo sin cesar (99).

Aunque no con la intensidad que en Colonia, se daban Ejercicios en los demás Colegios que tenían los jesuítas en territorio alemán. No podemos detenernos en reseñar las personas que se ejercitaron en cada uno de ellos, pero no podemos menos de mencionar como poderosos centros los Colegios de Ingolstadt, Espira, Munich. En cada Colegio se ejercitaban, al igual que hemos visto en las otras naciones, unas cuantas decenas. En *Espira*, por ejemplo, en 1597, fueron 26. A veces, por circunstancias especiales, afluían más de los que se podían atender. Así en *Ingolstadt*, en 1595, se vieron obligados a meter en un cuarto dos y aun tres, para cumplir con compromisos ineludibles (100). Pero tenemos que repetir que en Alemania se atendió, tal vez más que en ninguna otra parte, a la selección. Esos ejercitantes fueron núcleos de intensa renovación espiritual.

8.—Acción en los monasterios benedictinos del mundo germano.

No sólo en la Alemania actual, sino en todo el mundo germano, entendiendo bajo esta denominación a Austria, Suiza y Checoeslovaquia, adquirieron los Ejercicios a los religiosos una importancia muy considerable. Los monasterios habían ejercido un influjo religioso, social y cultural, único. Con ellos había entrado la civilización cristiana en las más escondidas selvas. Era obvio que en nuestra época, aun después de convulsiones tan profundas y de que se encontraran no pocos

(98) H. HANSEN: *Rheinischen Akten*, 401; DUHR: *Geschichte*, 1, 468.

(99) MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 613. También aquí, como en otras muchas partes, las Congregaciones ayudaron a los Ejercicios y los Ejercicios al estado floreciente de las Congregaciones. Fundó la Congregación en 1576 el P. Coster, quien había conocido en Roma al P. Leunis. Existía una sección ascética de congregantes que tendía a mayor perfección. De esta sección brotaron muchas vocaciones. Cfr. J. B. KETTENMEYER: *Die Anfänge der Marianischen Sodalität in Köln*, 1576-1586, página 9. Otro de los ministerios que adquirió gran auge fué el de los catecismos. También mezclaban algunos aspectos de los Ejercicios en las catequesis a personas mayores. Cfr. A. SCHÜLLER: *Die Volkskatechese der Jesuiten in der Stadt Köln* (1586-1773), en *Annalen des historischen Vereins für den Niederrhein*, 114 (1929), 34-86, sobre todo la pág. 48.

(100) DUHR: *Geschichte*, 1, 468 y AGRÍCOLA, P. 2, Dec. 6, p. 105, n. 397.

monasterios en decadencia, siguieran siendo una fuerza muy poderosa. Su número era extraordinario. Apenas había localidad en donde no hubiera alguna Comunidad importante, centro de la vida religiosa de las zonas colindantes.

La ideas nuevas chocaban profundamente con la concepción medieval monástica. Uno de los problemas más arduos y urgentes consistía en dar con el género de vida que, por un lado, mantuviera intactas las reservas tan necesarias en todos los tiempos de la esencia del monacato y, por otra, tuviera en cuenta la evolución de los tiempos y las necesidades contemporáneas. La tormenta protestante había asolado muchos y muy importantes monasterios. Los príncipes de las regiones que habían pasado al luteranismo, secularizaron todos los que pudieron. La Santa Sede trabajó incansablemente por medio de Visitadores o de los Ordinarios por salvar los restos de aquel naufragio e inyectar nueva vida en los que habían salido ilesos de la tempestad. Uno de los medios que propulsaron con más ahinco, fué, como ya lo hemos visto en Lorena, el de asociar los cenobios en Congregaciones (101).

Los Ejercicios fueron uno de los medios más eficaces para devolver a muchos monasterios el sentido espiritual y aun su influjo social. Deshacían muchos de los obstáculos que habían impedido la renovación y les iniciaban por el camino espiritual que les devolvería la antigua grandeza. De ahí el entusiasmo que despertaron entre los mejores Abades y su acción perdurable aun después de siglos. Influyeron no sólo en la reforma individual, pero aun en la misma organización de muchos monasterios y, lo que es más, hasta en la naturaleza de la espiritualidad corporativa. Consideraban los autores ascéticos, que basaban sus tratados en las verdades de los Ejercicios, casi como si fueran propios. Los usaban en su meditación ordinaria. Ilustres benedictinos llegaron hasta a coger como base de sus escritos, ideas fundadas en la práctica ignaciana (102).

La historia particularizada de los Ejercicios en cada uno de los monasterios, ha sido ya estudiada por Duhr. Nosotros no podemos aquí bajar a detalles propios de una monografía local. Tenemos que reducirnos a los rasgos más esenciales (103).

Se puede decir, que los monjes del sur de Alemania, en la región de Estiria, Baviera y Wurtemberg y los de la Suiza actual, formaron un bloque compacto de adhesión al método ignaciano, mayor aún si cabe, que el que hemos encontrado en la parte flancorrenana.

Entre 1587 y 1599, practicaron personalmente los Ejercicios los Abades de las grandes abadías de *San Galo* y *Weingarten*, situadas,

---

(101) SCHMITZ sobre todo, vol. 3, c. 9, 270-289 y vol. 4, .c 8, pp. 117-147, en que se reseñan las diversas visitas y tentativas pontificias.

(102) DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 181-183 y M. BATLLORI: *Zur Anpassung der Exerzitien bei den Schweizer Jesuiten und Benediktinern des 17 und 18 Jahrhunderts.* AHSI., 17 (1948), 160-172.

(103) DUHR: *Geschichte* sobre todo, 1, 504-508.

respectivamente, en la Suiza y Austria actuales; los de los *Ochsenhausen* en Wurtemberg y *Scheyern* en Baviera. Formaban los núcleos de más prestigio y mayor arraigo monástico. El que estos puestos se entregaran a la nueva práctica, fué decisivo para su extensión a los demás centros que dependían espiritualmente de esos grandes monasterios (104).

Emplearon los Abades también otros medios, pero uno de los que dieron más eficacia fueron los Ejercicios. En San Galo, por ejemplo, comenzó ya la reforma en 1530 en el dominio económico e intelectual, lo que preparó el terreno para la reforma religiosa. A fin de siglo pasaba San Galo como uno de los monasterios más observantes del país germano (105).

El Abad de *St. Lambert, en Estiria*, llamó al rector del Colegio de Graz a su monasterio para que diera en él los Ejercicios. Otros Abades hicieron todavía más. El de *S. Uldarico de Augsburgo*, después de haberlos gustado personalmente en el Colegio de los jesuítas, mandó al mismo Colegio a uno de los monjes de más influjo en el ambiente espiritual de su monasterio, para que aprendiera el modo de darlos a los demás monjes. Otro Abad, el de *Neresheim*, en Wurtemberg, mandaba de modo regular a los suyos de dos en dos al Colegio de Dilinga. Al comienzo del siglo XVII fueron Padres de Coblenza a dar Ejercicios al monasterio de María Laach (106).

Tuvo particular importancia la introducción de los Ejercicios en la abadía de *Weingarten*, porque llegó a ser como la cabeza de la Congregación de Suevia, que se fundó con varios monasterios situados en la diócesis de Constanza. Precisamente, el primer presidente y Visitador de esta sociedad, el Abad de Weingarten *Jorge Wegelin*, fué el que practicó los Ejercicios en Dilinga en 1590 (107). La irradiación de esta Congregación en el campo de la restauración monástica, fué muy grande. De ella salieron muchos de los priores y maestros de novicios de importantes monasterios de Estiria, Garintia, Austria y Tirol. Y a Weingarten acudían religiosos de otros cenobios, atraídos por la fama de su observancia, a formarse en sus costumbres (108).

Bastan estos datos para ver la trascendencia de este ministerio. No es extraño que los jesuítas alemanes dedicaran a él tantas energías y lo consideraran como uno de los de más importancia. Para ver el interés que mostraron, basta leer la carta que escribió desde Graz, el 17 de noviembre de 1583, el Provincial de Austria, P. Blyssem al P. Aquaviva.

---

(104) DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 43, 181-183.

(105) SCHMITZ: 4, 120-121.

(106) DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 183. El Abad de San Galo que practicó los Ejercicios debió de ser Joaquín Opser (1577-1594), ya que se asigna como fecha de los Ejercicios al año 1590. Cfr. AGRÍCOLA, P. 2, Dec. 5, p. 250, n. 88; p. 345, n. 463.

(107) Debió también de hacerlos al comienzo de su gobierno en 1587. Dom Jorge Wegelin fué Abad de 1586 a 1627. Cfr. AGRÍCOLA, P. 2, Dec. 5, p. 313, n. 339.

(108) SCHMITZ: 4, 124-126.

«Al llegar hace poco a Graz, entendí de los Padres y del Nuncio que el Abad de San Lambert había manifestado repetida e insistentemente el deseo de que el rector de este Colegio, P. Emerico Forsler, fuera donde ellos a dar los Ejercicios para el perfeccionamiento y avance espiritual de su monasterio, esperando que, de este modo, se reformaría mejor y más fácilmente la disciplina religiosa. Aunque el convento está a tres días de camino de Graz, he accedido gustoso a su demanda, por ser ésta la abadía principal de la comarca y no tener ahora más que veinte monjes, llenos de buena voluntad y que ansían la ayuda espiritual de los Padres» (109).

Uno de los jesuítas que más se distinguieron en este ministerio, fué el *P. Julio Priscianensis*. Le llamaban de los principales monasterios del sur de Alemania y Suiza. Su influjo, en frase del historiador de la Universidad de Dilinga, fué «muy significativo en la reforma de la disciplina claustral y del celo por el entusiasmo literario» (110).

Porque no se reducía su acción al campo puramente espiritual. Buscaba la renovación total. Sabía que en centros de tradición de cultura tan acendrada como los monasterios benedictinos y en los que, por efecto de la vida contemplativa que llevaban, la lectura ocupaba un puesto tan preponderante, la calidad de los libros de que disponían tenía mucha importancia. Vió que había demasiados libros profanos y aun indignos de religiosos. Por ello uno de los efectos de los Ejercicios era una expurgación a fondo de las bibliotecas. No se contentaba con la labor negativa, sino que dirigía la adquisición de nuevos fondos más propios de su estado (111).

Entre los célebres establecimientos que visitó, está la famosa abadía de Weingarten, de que hemos hablado antes. El propio Abad Jorge Wegelin, presidente de la Congregación, nos ha dejado constancia del hecho.

«El P. Julio—escribe—no ha estado aquí ocioso. Cada día habla públicamente casi dos horas. El resto del tiempo lo pasa en conversaciones privadas y oír confesiones. Salimos como hombres nuevos. Reina gran entusiasmo. Quiera Dios fructificar este trabajo por mil» (112).

Todavía, si cabe, fué mayor el movimiento que desplegaron en este orden al principio del siglo XVII. Solamente los Padres de Coblenza asistieron espiritualmente, en 1601, a 21 monasterios. En 1603 les envió un sólo Abad, el de Salem, a nueve casas que estaban bajo su jurisdicción. En 1605 dieron Ejercicios en otros once puestos (113). Actividad parecida desarrollaban los Padres de las demás casas.

El P. Pérez de Urbel, al hablar de los abades alemanes de este período, escribe lo siguiente:

---

(109) DUHR: *Geschichte*, 1, 504.
(110) SPECHT, citado en DUHR: 1, 504, n. 7 y BRAUNSBERGER: 7, 98.
(111) DUHR: *Geschichte*, 1, 505.
(112) Citado en DUHR: *Geschichte*, 1, 505.
(113) DUHR: *Geschichte*, 1, 2, 2, 181.

«No tardaron en aparecer síntomas de restauración en medio de tantas ruinas. Aquí y allá vemos grandes Abades que, validos de su influencia como príncipes del imperio, se levantan sobre las miserias de su tiempo erigiéndose en campeones de la reacción católica. Hay que recordar, sobre todo, a Gerwig Blarer († 1567), Abad de Weingarten en 1520 y de Ochenhausen en 1547, figura eminente que hace pensar en los grandes Abades políticos de la Edad Media. Ilustre fué también en Suiza el Abad de San Galo, Dietelmo Blarer de Wartensee, que se opone vigorosamente a los avances del protestantismo y restaura la observancia de su abadía († 1564)... [Otros monasterios] son gobernados por Abades que hacen reflorecer la disciplina y las letras. Sobre todos ellos brilla, como adalid de la causa católica, el Abad y príncipe de Fulda, Baltasar de Dernbach..... Gracias al esfuerzo de hombres como éstos, iba renaciendo en muchas partes la disciplina» (114).

Los datos concretos que hemos ido presentando en los párrafos anteriores, son no sólo una prueba de la verdad del aserto del ilustre benedictino español, sino también una palmaria comprobación de cómo fueron los Ejercicios de San Ignacio una de las causas que contribuyeron eficazmente a esta brillante restauración benedictina.

9.—Restauración católica en Suiza.

Algunos de estos monasterios, como ya lo hemos notado, se encontraban en Suiza. Entre otros, uno de los más célebres, el de San Galo. Suponían mucho en la vida católica de la nación. Los movimientos religiosos que repercutían en estas célebres abadías tenían también fuerte resonancia en el país. De este modo, a través de los benedictinos, irradiaron los Ejercicios en Suiza.

No fué éste, ni mucho menos, el único medio con que se introdujo la práctica ignaciana en esta nación, que en aquella época se encontraba en uno de los momentos más delicados para su existencia religiosa. Zwinglio, Calvino y Farel, habían desgarrado el catolicismo suizo. Ginebra se había convertido en el centro calvinista de irradiación. Amenazaba la nueva fuerza dominar hasta las regiones más apartadas de los alpes suizos. En este momento se imponía una reacción profunda de los católicos si no querían quedar eliminados del mapa religioso de su patria.

La restauración de los focos más potentes que tenía el catolicismo suizo, sus famosas abadías, de que acabamos de hablar, fué uno de los puntos centrales de esta acción. Los jesuítas quisieron cooperar por su parte y fundaron un Colegio en *Friburgo* en 1580. El principal promotor de esta fundación fué un antiguo ejercitante y apóstol de los

---

(114) PÉREZ DE URBEL: *Historia de la Orden Benedictina*, cap. 36, pp. 402, 404.

Ejercicios, a quien ya hemos tenido ocasión de referirnos varias veces: el Nuncio *Bonomini*, amigo de San Carlos Borromeo. Este Colegio, junto con los que le siguieron en Lucerna y Pruntrut, se convirtió pronto en otro de los puestos avanzados de Ejercicios. Pronto consiguieron interesar por la práctica ignaciana a personas de significación. Entre éstas se señalaron dos que influyeron notablemente en la restauración católica de amplios sectores. El primero y principal de ellos fué el Obispo de Basilea, *Jacob Blarer von Wartensee*, el gran restaurador de la diócesis y uno de los grandes apóstoles suizos del quinientos. Se propuso, como ideal, la vuelta a la antigua religión de su diócesis y la introducción de los decretos del Concilio Tridentino. Ambos propósitos consiguió llevarlos a término con bastante éxito. No escatimó medio para ello. Visitas pastorales, predicación personal frecuente, misiones de capuchinos y jesuítas, conversaciones con los principales representantes de las diversas tendencias, pactos amistosos y aun compra de los bienes que le habían sido arrebatados—entre otras posesiones rescató, con una gran suma de dinero, su propia catedral—, renovación espiritual del clero y del culto; todo le parecía poco para conseguir su intento. El alma de la renovación la constituían los Ejercicios. Al cabo de nueve días que dedicó al retiro ignaciano, una de las varias veces que los practicó, dijo a uno de los Padres: «Si los Padres de la Compañía no hubieran hecho otra cosa que suministrar este beneficio celestial, hubieran pagado con creces todo lo que he gastado con ellos como fundador del Colegio» (115).

El segundo fué un personaje de tipo muy distinto. Era un famoso político, hombre de letras, *Renward Cysat*. Humanista, dedicó su ciencia y actividad a la reforma católica. Se convirtió pronto en jefe de todo movimiento cultural y político que sirviera para el afianzamiento del catolicismo suizo. Ayudó a fundaciones de varios géneros: el Colegio de los jesuítas, entidades culturales. Sus conocimientos eran muy vastos. Llegó a profundizar en ciencias naturales y a estudiar sistemas de agricultura. Con su fama, rectitud y consejo, logró reducir a muchos a la unidad de la fe (116).

También lograron la reforma de varios religiosos y religiosas. Entre las que consiguieron, se hizo célebre la del convento de los eremitas de San Agustín de Friburgo, que se encontraba en estado tan lamentable de relajación que el Nuncio Bonomini había determinado cerrarlo. En 1589 se consiguió que practicaran los Ejercicios. El cambio fué radical, como lo escribió en seguida a Roma uno de los testigos de vista. La narración adolece del estilo recargado de generalizaciones retóricas tan del gusto de la época. Pero las exageraciones en que haya podido caer no quitan fuerza al hecho central de la reforma conseguida.

---

(115) DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 42. A CHÉVRE: *Le séminaire du diocèse de Bâle* en *Zeitschrift für Schweiz. Kirchengesch*, 47 (1953) sobre todo 25-29.

(116) Hizo los Ejercicios en Landberg mientras su hijo, novicio jesuíta, se preparaba para hacer los votos. STAEHELIN: *Der Jesuitenorden und die Schweitz*, 39.

Véase cómo describe el suceso la relación contemporánea:

«Antes se encontraban totalmente despreocupados de los negocios espirituales. Ahora han acomodado toda su vida, exceptuando el coro, como la meditación y los exámenes, al modo de ser de nuestra Compañía. Andaba antes cada uno con toda libertad por la ciudad y por fuera. Ahora se han recluído dentro del claustro. Antes todo estaba abierto a las mujeres. Ahora ni siquiera se permite la entrada a los hombres, fuera de lo que pide la necesaria cortesía. Y para que al principio no se haga nada contra lo establecido, para que no se pierda lo iniciado antes que cristalice en auténtica costumbre, el propio Prior hace el oficio de portero..... Este cambio ha producido gran admiración a los que frecuentaban antes el monasterio. Más aún: movidos por su ejemplo han comenzado a practicar los Ejercicios varios seglares y aun otros religiosos» (117).

Otro de los religiosos que practicó los Ejercicios, el Superior de los menores conventuales, dijo a San Pedro Canisio «que debía más al Padre de la Compañía que le había dado los Ejercicios de San Ignacio, que a los profesores de la Sorbona, de París, que en otro tiempo le habían doctorado en teología» (118).

Con estos medios, como afirma el historiador suizo Staehelin, se fueron conservando para el catolicismo las amenazadas zonas de Friburgo y Basilea y se dió nuevo vigor al catolicismo de las regiones que se habían conservado inmunes (119).

10.—En Europa central: Colegios de Brunn y Praga.

Internémonos algo más por Europa oriental, aunque sin salir del complejo y vasto mundo germano. Quedémonos en las regiones que forman la encrucijada con la zona oriental: Bohemia, Moravia y Eslovaquia. Nos encontraremos con zonas muy necesitadas de socorro y asistencia. La descripción que hace de amplios sectores de estas naciones uno de los que la recorrieron, es desoladora. Sectores que en 20 años no habían visto ni un sólo sacerdote católico. Corrupción de costumbres, ignorancia de lo más elemental, infiltración de los luteranos. Con ayes desgarradores pide al P. General que envíe refuerzos, hombres, muchos hombres que trabajen en aquellos abandonados parajes.

---

(117) BRAUNSBERGER: *Can. Epp.* 8, 801.

(118) BRAUNSBERGER: 8, 838. Los jesuítas fueron confesores ordinarios—a pesar de la prohibición del Instituto—por las circunstancias anormales de entonces, durante mucho tiempo, de las monjas cistercienses de Eschenbach y Rathausen. Se aprovecharon de este cargo para introducir los Ejercicios en dichos conventos. STAEHELIN, 40, vol. 2.

(119) A. VERESS: *Epistolae et Acta Jesuitarum Transylvaniae*, sobre todo páginas 54-55, 67. De Lucerna fueron también varios Padres a establecer la reforma en diversos monasterios. Cfr. S. GRÜTER: *Das Kollegium zu Luzern*, 33-34. En la página 36 el mismo Grüter habla de cómo hacían Ejercicios en el Colegio sacerdotes y seglares.

El Padre que así escribía era el *P. Juan Pablo Campani*, benemérito en la historia de los Ejercicios. Italiano de nación, había sido destinado en 1570 a trabajar entre sus compatriotas y, a la vez, a organizar la labor de la Compañía. Enamorado como pocos de los Ejercicios por influjo del P. Possevino, adoptó el empleo del arma ignaciana como base fundamental de su actividad.

Estableció su cuartel general para los emigrados italianos en las ciudades de *Praga* y *Brunn*. Las dos se convirtieron pronto en un vivero de ejercitantes; las dos avanzadas más poderosas del método ignaciano y de irradiación jesuítica en la Europa oriental.

De pocos ha tejido el historiador de la Compañía de Jesús en Bohemia, P. Schmidl, un elogio tan sentido como de nuestro P. Campani.

«Era—dice—un varón muy perito y experto en la discreción de espíritus, lleno del espíritu de Dios, que puso con gran destreza en no pocos seglares los fundamentos de una sólida piedad y de cristiana perfección por medio de los Ejercicios de San Ignacio, consiguiendo con este método un ingente fruto y gran consolación espiritual» (120).

Comenzó el P. Campani dando los Ejercicios a los mismos jesuítas. Muchos de ellos no los habían hecho nunca, ni apenas los conocían. La lejanía de centros organizados y el trabajo abrumador urgente, habían repercutido en la vida espiritual de no pocos. El espíritu dejaba mucho que desear. El hecho era más lamentable en aquella espantosa escasez de obreros evangélicos.

El remedio que empleó fueron los Ejercicios. Él, personalmente, los dió a los que pudo. En las visitas encomendaba dos cosas, sobre todo: conocimiento del Instituto y de los Ejercicios. Aun durante los largos viajes, procuró que un Padre que iba a ser nombrado rector, diera los Ejercicios para explorar el talento que tenía para este ministerio. El juicio que se formó no fué muy favorable (121).

En la visita del Colegio de *Kolozsvar* le pidieron hacer los Ejercicios 26 jesuítas, entre ellos el rector del Colegio y del Seminario. El Padre, comentando esta noticia, indica que el hecho le agradó sobremanera, pero también añade que la práctica ignaciana era completamente desconocida de los Hermanos (122).

En este estado de cosas se explica que fueran prácticamente ignorados de los seglares los Ejercicios. De hecho, hasta la visita del P. Campani, apenas debieron de conocerse fuera de Praga. En este Colegio su segundo rector, el *P. Pablo Hofeo*, otro entusiasta de los Ejercicios, consiguió darlos a algunas personas de significación social. Uno de los más notables fué el maestro utraquista y profesor de la Universidad *Gallo Gelasto*. Los hizo ya en 1559 bajo la dirección del propio Hofeo y aun los volvió a repetir otras varias veces. Siguió sosteniendo el

(120) SCHMIDL: 1, 449-450.
(121) VERESS: *Epistolae*, 2, 50, 51; SCHMIDL: 1, 555-556.
(122) Carta de 27 de febrero de 1584 en VERESS: *Epistolae*, 2, 51.

utraquismo, pero lo fué purificando de los gérmenes luteranos y mostrándose dispuesto a someter su doctrina a las decisiones del Concilio y del Papa (123).

También los practicaron varios sacerdotes, entre ellos, en 1559 y en 1561, durante 16 días, el capellán del archiduque Fernando, Juan Cavaleri (124).

Desde esta fecha no se vuelve a hablar de ejercitantes hasta 1576, en que fué nombrado rector el P. Juan Pablo Campani. Comienza con el nuevo rector la afluencia. Se señala como caso singular la presencia de un Prelado que estuvo tres semanas y que salió tan trasformado que produjo el hecho gran admiración en el Arzobispo (125). Continúa el movimiento los siguientes años. Se habla de nobles y de varones insignes, aunque no bajan las fuentes a más detalles (126).

Cada vez se hace más regular la costumbre de prepararse a la primera Misa con Ejercicios. También los frecuentan, como en los demás países germanos, los religiosos, algunos de los cuales en aquellas apartadas regiones, honraban poco el estado que profesaban. No pocos encontraron en los días de soledad interna, el camino recto, como un religioso tránsfuga, que decidió volver a su monasterio, y un sacerdote homicida que cambió de vida (127). El ambiente malsano había hecho mella también en muchos seglares que llevaban una vida muy disoluta. El fruto que sacó uno de ellos, y se podía repetir de otros muchos, lo sintetiza el P. Schmidl en la siguiente frase gráfica: «De lobo se convirtió en cordero» (128).

Siguió siendo Praga los siguientes años, un centro activo de Ejercicios. Pronto tropezaron los Padres con la dificultad de todas partes: la falta de cuartos suficientes para albergar a tantos como deseaban hacerlos. Por fin, en 1598, pudieron habilitar algunos aposentos nuevos para los ejercitantes (129). En 1617 las fuentes nos dan un número verdadero extraordinario de los que pudieron practicar el retiro ignaciano: 114. Es tan alta esta cifra para aquellos tiempos en que se atendía a cada uno individualmente, que no recordamos haber visto otra parecida en ninguna de las primitivas casas (130).

De los años anteriores, que son los que nos interesan, no dan número alguno las crónicas antiguas, pero es de creer que desde 1598, dada la marcha uniforme que se solía observar en estos centros, no sería muy diferente. Sabemos también que, al menos desde 1601, hacían los Ejercicios todos los años los congregantes (131).

---

(123) SCHMIDL: 1, 127, 144.
(124) SCHMIDL: 1, 127, 144, 157.
(125) SCHMIDL: 1, 391.
(126) SCHMIDL: 1, 420.
(127) SCHMIDL: 1, 495.
(128) SCHMIDL: 2, 74.
(129) SCHMIDL: 2, 147.
(130) SCHMIDL: 3, 59. Con todo en 1583 se habla de que se daban los puntos a la vez a varios convictores que hacían Ejercicios. SCHMIDL, 1, 556. Tal vez se hiciera en esta ocasión algo de esto.
(131) SCHMIDL, 2, 240.

Debieron de pasar por aquellos aposentos muchos de los personajes principales de Bohemia. Nos consta, entre otros, del Arzobispo de Praga, *Berka von Duba y Lipa*, de varios caballeros de la corte, varones y gente noble (132).

Otros preferían acogerse a la apacible soledad del noviciado de *Brunn*, que se convirtió en el segundo de los puestos adelantados de Ejercicios en aquellas regiones. Baste mencionar, entre los muchos y distinguidos personajes que pasaron por el noviciado, a *María de Martinitz*, viuda del Juez supremo del Reino y hermana del canciller; a los nobles *Segismundo* y *Maximiliano Dietrichstein*, que entraron con fuertes dudas en verdades fundamentales de la religión y, sobre todo, al que volvió repetidas veces a practicarlos, al Cardenal de Praga, *príncipe de Dietrichstein*, quien tuvo muchos imitadores, principalmente entre los párrocos (133).

También se fueron dando Ejercicios en los demás Colegios que estableció la Compañía en aquellas dilatadas regiones. No podemos detenernos en detallar más particularidades, que además no ofrecen novedad especial. Se repiten las mismas circunstancias de otras partes. Consignemos sólo los nombres de algunos más señalados: de un párroco, que salió tan lleno de celo, que en poco tiempo consiguió convertir a 500 husitas; de cuatro premostratenses y del legado pontificio *Felipe Spinelli* (134).

La acción de estas avanzadas era casi subterránea. Se unía a ellas la de otros puestos más secundarios: Gitschin, Comotau, Neuhaus, Olmultz, que pocos decenios después pasara a ser de primera categoría. Su influjo es imposible de precisar, pero ciertamente sirvieron, en gran manera, al arraigo de la fe católica y a mantener las posiciones de la Iglesia en aquellas naciones de historial tan brillante y que se encontraban en situación tan crítica.

De este modo, lenta pero eficazmente, la levadura de los Ejercicios, esparcida estratégicamente en las ciudades principales y los centros más influyentes de renovación cristiana de Europa, fué haciendo fermentar los elementos santos y contribuyendo a la restauración católica, efectuada más o menos en todas las naciones en esta época que va, desde el Concilio de Trento, hasta la guerra de treinta años, en que se consumó el desgarrón de la Europa católica.

El carácter interno, oculto del método, no permitirá, por más empeño que se ponga, precisar el alcance exacto de este poderoso medio, pero no obsta este margen, necesariamente incoloro y desleído, para sacar la conclusión cierta y consoladora de que los Ejercicios de San Ignacio constituyeron una de las fuerzas regeneradoras más eficaces de la restauración católica de Europa.

---

(132) SCHMIDL: 2, 4, 85, 119.
(133) SCHMIDL: 2, 128, 230, 266, 422.
(134) SCHMIDL: 2, 195, 435, 514.

CAPÍTULO V

AVANZADAS DE LOS EJERCICIOS EN TIERRAS NO CATÓLICAS

1.—Possevino introduce los Ejercicios en Suecia.

Aun en las frías regiones escandinavas encontraron los Ejercicios un albergue confortador. Estocolmo fué la sede de esta avanzada norteña. El iniciador fué el gran apóstol Antonio Possevino. La ocasión le proporcionó el viaje que realizó en calidad de legado pontificio.

Juan III de Vasa, rey de Suecia, había manifestado deseos de restablecer relaciones con Roma. Gregorio XIII encargó al jesuita italiano esta difícil misión. En 1577 partió Possevino para Suecia. El 8 de mayo de 1578 se convertía al catolicismo el rey.

En 1580 volvía por segunda vez el legado pontificio al norte de Europa. La situación había empeorado. Una encarnizada guerra entre Polonia y Rusia desolaba aquellos campos. Possevino tuvo en esta ocasión uno de sus triunfos más resonantes. Con su habilidad y trato, consiguió ganar para la paz a Esteban Báthory, rey de Polonia que odiaba personalmente a Ivan IV, el Zar de los moscovitas (1).

Pero ni en Suecia ni en Polonia consiguió restablecer las relaciones con la Santa Sede. Tal vez el desengaño de las fallidas negociaciones le hizo reflexionar sobre la jerarquía de los valores de los diversos medios de reforma que se intentaban, y le hizo ver que, para la verdadera restauración religiosa, no era menos importante la reforma

---

(1) Prescindimos, como es obvio, del aspecto propiamente diplomático del viaje del P. Possevino. Lo tenemos en cuenta sólo como marco del cuadro y en cuanto nos sirve para iluminar el fondo. Sobre esta misión puede verse además de lo que dice PASTOR: *Geschichte*, 9, 691-698 y 701-708. A. THEINER: *La Suède et le Saint-Siège sous les rois Jean III, Segismuod III et Charles IX*. París, 1844 y PIERLING: *Báthory et Possevino*. París, 1887.

individual de los jefes que la reanudación de las relaciones diplomáticas. El hecho es que comenzó a mezclar con sus conversaciones palaciegas y de carácter oficial, otras más íntimas y personales, con las que invitaba a que se recogieran a Ejercicios. Iba aprovechando las favorables coyunturas que le ofrecía su privilegiada posición para conseguir el bien espiritual privado de los que le rodeaban. Ni se contentó con invitar a Ejercicios, sino que él, personalmente, los daba en los ratos sueltos que le dejaban sus asuntos oficiales (2).

Comenzó, como hemos visto hizo el P. Campani, dándolos a sus hermanos en religión. Las circunstancias de formación y lejanía eran todavía más desfavorables en Suecia que en Bohemia. Existía, es verdad, en Estocolmo, desde hacía pocos años, un puesto avanzado de jesuítas. Pero se encontraban solos con muy pocos medios. Habían sido arrancados de sus planteles de formación, antes que hubieran podido formarse debidamente. La urgencia del avasallador torbellino protestante, no permitía demora alguna y habían tenido que sacrificar el reposo personal. Lo más probable es que ninguno o casi ninguno de aquéllos, hubieran practicado los Ejercicios. Possevino se dió cuenta en seguida de la soledad espiritual e ignorancia de aquellos heroicos misioneros. Como él mismo narra en su autobiografía «se puso a tratar en serio..... [con ellos] sobre las armas con que debieran fortificarse contra los peligros más graves que parecían amenazar. Y así se dedicaron diligentemente a exhortaciones y a hacer los Ejercicios y enseñar el modo de darlos y a enderezar a ese fin todos los sacrificios, y a diversos actos de piedad». Los Padres, «confirmados con aquellas instrucciones y respuestas que traía de Roma, concibieron nuevo espíritu» (3).

Desde esta fecha, comenzó *una nueva época* para la avanzadilla jesuítica de *Estocolmo*. Siete Padres moraban habitualmente en aquel puesto, entre ellos el *P. Guillermo Good*, irlandés, antiguo profesor del famoso P. Pearson y del P. Tomás Field, uno de los fundadores de las misiones del Paraguay. Pero el que quedó más influenciado por el P. Possevino e iba a descollar más por su apostolado en el campo de los Ejercicios, iba a ser el *P. Lorenzo Nicolai*. Este convertido iba a continuar y perpetuar la orientación dada por el jesuíta mantuano. Su futura actividad giró en torno a los Ejercicios. Alcanzó en ellos un dominio y pericia nada vulgares, como lo prueban diversas notas que redactó a los pocos años (4).

Es éste sin duda uno de los documentos de aquellos decenios que revelan más técnica de la práctica ignaciana y sana flexibilidad en su aplicación. «Nunca—escribe—medía los Ejercicios por un tiempo

---

(2) Véase el trabajo fundamental en este punto, del que nos servimos en muchas ocasiones. L. LOPETEGUI: *Antonio Possevino, S. I., promotor de los Ejercicios*. *Manresa*, 16 (1944), 359-371.

(3) Autobiografía de Possevino citada por LOPETEGUI: 365. Detalles en páginas 366, 369.

(4) Sus observaciones editadas en *Manresa*, 6 (1930), 65-74.

fijo, sino el tiempo por los Ejercicios, y los Ejercicios los calculaba según la utilidad del que se ejercitaba» (5). Todavía se pueden leer hoy con fruto, las industrias con que iba acomodando al espíritu de cada uno, las verdades del librito ignaciano, el modo con que iba resolviendo las dificultades prácticas, sus consideraciones sobre la trabazón interna de cada meditación (6).

Basta conocer un poco a Possevino para observar su influjo en la fidelidad de Nicolai a San Ignacio.

Esta fidelidad es uno de los principios fundamentales de las notas del discípulo espiritual de Possevino.

«Desearía advertir que el ejercitado se esfuerce por entender la razón del método que trata de seguir y, sobre todo, al principio confiera con otro prudente y sagaz sobre el modo que observa» (7).

Para Nicolai, este director prudente y sagaz, había sido el P. Possevino.

Otro de los moradores de aquella Comunidad de Estocolmo, el sacerdote belga y novicio jesuíta *Humberto Vandelehen*, practicó el mes de Ejercicios entero en una posesión de la reina situada en Torvesund, a unos pocos kilómetros de la ciudad. Possevino supo inyectarle un entusiasmo y ardor tales, que a los pocos días reconcilió con Dios a la familia de cierto amigo suyo y convirtió a siete finlandeses y suecos (8).

Los seglares se percataron pronto del cambio que se había operado en aquel centro y de la causa que lo había provocado. Comenzaron a pedir la gracia de experimentar en sí aquel medio. Hubo uno que solicitó el favor poniéndose de rodillas delante de todos (9).

Había conseguido Possevino la primera parte de su plan. *Encender el deseo* de la práctica ignaciana, dar a conocer aquel método desconocido prácticamente en aquellas regiones, y sobre todo, crear la convicción entre las fuerzas directoras del país, de que se trataba de algo de gran valor y eficacia para la renovación espiritual de la nación.

Possevino tuvo siempre como táctica *ganar a las cabezas*. Es lo que hizo también en Suecia. Se fijó en los pocos elementos rectores y de influjo que quedaban entre los católicos, y procuró influir en ellos y, en cuanto podía y le permitían sus difíciles y complicados asuntos, darles Ejercicios.

Pudo así darlos a un profesor de Seminario, cuyo criterio le interesaba en gran manera trasformar, por la vasta acción que desarrollaba desde su cátedra. Se fijó en los jóvenes que poseían dotes para el sacer-

---

(5) *Manresa*, 6 (1930), 67.
(6) *Manresa*, 6 (1930), 72.
(7) *Manresa*, 6 (1930), 73.
(8) LOPETEGUI: *Antonio Possevino*, 366.
(9) *Op. NN. 336*, f. 217 citado por LOPETEGUI: 366.

docio y los enviaba a los Seminarios. Atendió también a uno de los focos de piedad escandinava conservados más providencialmente en el *célebre monasterio de Santa Brígida*, donde se seguían venerando devotamente los restos de la noble santa sueca y los de su hija Santa Catalina. Vivían aquellas religiosas más de treinta años privadas de sacerdotes en medio de un ambiente protestante. Sin embargo, seguían fieles en su fe y en su vocación. Possevino las cultivó con especial predilección. Dió Ejercicios a las 17 religiosas y a una novicia y para contrarrestar de alguna manera los peligros del desamparo espiritual en que tenían que vivir, les dejó un plan de perseverancia basado en un sistemático refrescar los principios ignacianos con lecturas acomodadas y con otros medios prácticos (10).

No le bastaban a Possevino los ratos que empleaba con los ejercitantes para propagar su querido método. En uno de sus viajes que hizo desde Torvesund, la apacible posesión de la reina, hasta *Vadstena*, encantador paraje en la orilla oriental del lago de Vätter, quiso aprovechar la soledad del camino para profundizar más y más en los Ejercicios.

«Dedicó—como él mismo escribe—íntegramente aquellos días en meditar las aplicaciones de las potencias del alma, de que se trata en el primero de los Ejercicios espirituales. De los cuales sacó tanta luz, que al volver después a Italia, libre de los oficios públicos de la Santa Sede Apostólica, se dedicó a dar los Ejercicios espirituales, y esto durante varios años, con grande fruto» (11).

Estas palabras de su autobiografía parecen delatar alguna gracia o ilustración extraordinaria que tuvo en aquellas soledades norteñas sobre la eficacia de los Ejercicios. En aquel ambiente tan propicio para hondas reflexiones, después del fracaso de unas negociaciones iniciadas con tanta esperanza de lisonjero éxito, debió de comparar las dificultades, sinsabores y escasos frutos de aquellos tanteos diplomáticos con la facilidad con que se trasformaban las almas en el molde ignaciano, y las escasas probabilidades de éxito de sus trabajos en la corte con los frutos que habían producido los Ejercicios. Sin duda mientras caminaba lentamente embebido en aquellos pensamientos, con aquella «grande luz» que el Señor le dió, debió de sacar la firme resolución de intensificar la dirección de los retiros y darse a ellos por completo en cuanto pudiera.

Aprovechó, de hecho, su rápido paso por Varsovia, para dar los Ejercicios al Nuncio *Alberto Bolognetti*, quien pregonaba con el buen ejemplo la reforma católica que se esforzó por introducir en todas partes, y a su secretario Horacio Spanocchi (12).

---

(10) LOPETEGUI: 368-370.
(11) *Op. NN. 336*, f. 220 citado por LOPETEGUI: 367.
(12) LOPETEGUI: 370. Sobre la actividad reformadora del Nuncio, cfr. PASTOR: *Geschichte*, 9, 679-682.

2.—Entre las persecuciones de Inglaterra: Proselitismo del P. Gerard.

Tal vez en ninguna nación se dió un clima tan poco propicio para el arraigo de los Ejercicios como en Inglaterra. Una de las más cruentas persecuciones que registra la historia moderna, sacudió de norte a sur el pueblo inglés. Los sacerdotes, sometidos a continuas pesquisas, tenían que andar cambiando continuamente de escondites. Toda manifestación pública de catolicismo se cortaba en el acto. Los que participaban a ellas acababan en la lúgubre torre de Londres.

Parece que en este ambiente de luchas, zozobras y registros minuciosos, no se podía ni pensar en intentar el empleo de un medio que exigía, como base necesaria, sitio tranquilo, ambiente de paz y sosiego, y el trato continuo con un sacerdote durante varios días. Sin embargo, aquellos heroicos misioneros, burlando la vigilancia de los emisarios reales, supieron ingeniarse para introducirlo por entre los resquicios de las más duras leyes. Lograron esto aun en los años más duros y sangrientos de la persecución.

Consiguieron esto sólo a costa de innumerables estratagemas y de rodear el sitio en que los hacían del mayor misterio y secreto posibles. Este secreto y soledad, que eran la única condición para que se pudiera llevar a cabo tan arriesgada empresa, impedía el que se trasparentara al exterior entonces, y ahora también sigue impidiendo el que podamos historiar convenientemente sus modalidades. No podían comunicar normalmente noticia ninguna. El menor indicio podía costar la vida de los Padres y de sus bienhechores.

Hubiéramos quedado sin noticia alguna de la ingente actividad que se desarrolló en este aspecto, si uno de los ejercitadores, el *P. Juan Gerard*, que tuvo que huir y refugiarse en Roma, no hubiera escrito en esta ciudad unas memorias palpitantes de interés, que nos permiten levantar un poco el misterio que encubre la acción desarrollada bajo la furia persecutoria. Tenemos en este documento no un todo completo, sino sólo un ejemplo de la labor desplegada por un misionero, que no puede diferenciarse mucho de la de tantos otros que sucumbieron heroicamente en la lid (13).

---

(13) El P. Gerard escribió la autobiografía en latín, pero se ha perdido el original. Se conserva sólo una antigua traducción inglesa hecha por el P. Caraman. Acaba de ser editada y anotada copiosamente por el P. Greene. Es la edición que citamos: *Autobiography of an Elizabethan*. London-Toronto, 1951. Existe una traducción castellana en la que, como sucedía en las ediciones anteriores inglesas a la del P. Greene, se han recortado algunas páginas que se consideraban menos edificantes. La traducción castellana: *Memorias del P. Gerard*. Apostolado de la Prensa. Madrid, 1916.

Por estas circunstancias la historia de los Ejercicios en Inglaterra se tiene que circunscribir forzosamente, salvo contadas excepciones, a los trabajos de este confesor de la fe.

Gerard llegó a su destino ocultando su personalidad, entre mil riesgos, en 1589. Sin duda que ya antes que arribara a las costas inglesas, muchos habían practicado los Ejercicios, pero a nosotros sólo nos ha llegado la noticia de uno que los hizo en 1560, *Donato O' Taig*, futuro Arzobispo primado de Irlanda.

Las primeras semanas las pasó el P. Gerard en encontrar alguna persona que le orientara y le pusiera en comunicación con sus superiores. Fueron días de peligros sin cuento, en los que varias veces estuvo a punto de caer en manos de sus adversarios. A fuerza de serenidad y confianza en Dios, logró por fin albergarse en algún sitio menos inseguro e iniciar el contacto con los católicos escondidos. Apenas tomó posiciones y organizó algo su vida, comenzó a dar Ejercicios. Oigamos cómo narra él mismo el modo con que atrajo a Ejercicios al primero a quien los dió en su patria.

«Un joven de familia muy rica, que vivía solo con su madre, había oído hablar de mí a uno de sus amigos y deseaba vivamente conocer a algún Padre jesuíta. Era muy piadoso y empleaba una parte de su fortuna en obras buenas. Apenas llegué donde él y crucé unas palabras, descubrí un joven de elevadas aspiraciones y le dije cómo conocía ciertos Ejercicios con los que las almas bien dispuestas conocían su vocación y el camino más corto para la perfección. Quiso practicarlos inmediatamente y apenas concluídos resolvió hacerse jesuíta. Mientras arreglaba este asunto no descansó hasta conseguir de mi superior que fuera a vivir con él (14).

Continúa en sus Memorias indicando cómo dió los Ejercicios a varios jóvenes, a «hombres entregados a todos los afanes del mundo» y «siempre—según se expresa—con grandes resultados» (15), y a sacerdotes, como se puede apreciar en el siguiente caso que copiamos de su autobiografía.

«El capellán de la familia donde se hospedaba «oyendo a la continua celebrar los Ejercicios de San Ignacio, quiso hacer en sí la experiencia. Apenas los probó, declaró con noble sinceridad que hasta entonces no había comprendido lo que era ser sacerdote. Desde esta fecha se dedicó con todo fervor a la plegaria y a la oración. Con estos medios, junto con los Ejercicios, convirtió triple número de almas. Más tarde, cuando se eligió un arcipreste para Inglaterra, fué él nombrado uno de los asistentes y desempeña aun hoy este cargo» (16).

Al resumir el P. Gerard su acción de los años 1589-1592, hace este consolador balance de su actividad como director:

---

(14) GERARD: *Autobiography*, c. 3, p. 22.
(15) GERARD: *Autobiography*, c. 4, p. 25.
(16) GERARD: *Autobiography*, c. 4, p. 24.

«Los Ejercicios de San Ignacio, que hacía practicar incesantemente, producían toda suerte de bienes y me producían inefables consuelos. Uno de los que los practicaron, jefe del partido católico de la región, llegaba ya a la segunda semana sin sentir nada de extraordinario, en desoladora aridez, cuando de improviso el viento de la gracia se levantó del fondo de su alma, produciéndole una lluvia de lágrimas tan abundantes y continuas, que durante muchos días no pudo hablar con nadie sin interrumpir la conversación con profundos sollozos, e iba a buscarme llorando siempre como un niño. El capellán de la familia le puso como apodo el llorón, *The Weeping-one* (17).

No decayó el proselitismo del P. Gerard en los años siguientes, a pesar de que aumentó notablemente el cerco de los espías, que sabedores del influjo de su acción, le perseguían con insistencia. En 1592 escribe al hablar de una de sus moradas más solícitamente buscadas por sus enemigos:

«Mientras permanecí en esta tercera residencia, dí los Ejercicios de San Ignacio a muchas personas, entre otras a dos jóvenes hermanos de acendrada nobleza, que fueron, desde aquel momento, nuestros amigos más fieles en aquel país. El mayor, Juan Lee, ha sostenido últimamente una tesis de Filosofía en Roma, y está siempre dispuesto a socorrernos con sus riquezas. El otro nos ha mostrado su fidelidad en las circunstancias más difíciles. Otros jóvenes que deseaban caminar por vía más perfecta, partieron por indicación mía al extranjero. Uno de ellos murió en Douai la muerte de los santos cuando estaba acabando sus estudios..... Otros son hoy sacerdotes de la Compañía» (18).

No podían los enemigos dejar en paz a uno que les hacía una guerra sin cuartel y que seguía impertérrito a despecho de todas las prohibiciones. Por fin, una noche de 1594, le sorprendieron, gracias a una alevosa traición, en su castillo, y le llevaron a las lóbregas mazmorras de la torre de Londres. Él mismo nos contará lo que hizo los primeros días de prisionero:

«Al principio de la prisión me dediqué a hacer de memoria los Ejercicios de San Ignacio, consagrando a la meditación de cuatro a seis horas diarias. Dios se mostró muy generoso conmigo y pude convencerme en aquel tiempo de tribulación de que nunca lo experimentamos tan bueno como cuando las criaturas nos abandonan» (19).

Pronto le pasaron a otra cárcel. En esta nueva morada, el Padre, fecundo en recursos, de temple de mártir, cautivador como pocos de voluntades, consiguió que el carcelero aflojase algo la vigilancia y le dejase solo con algunas personas. Pudo, gracias a esta nueva situación, habilitar en el piso superior una habitación que hacía las veces de

---

(17) GERARD: *Autobiography*, c. 4, p. 27. GREENE no ha logrado identificar a este ejercitante.

(18) GERARD: *Autobiography*, c. 7, p. 9.

(19) GERARD: *Autobiography*, c. 11, p. 72.

capilla y dar en ella Ejercicios a seis o siete personas, todas las cuales decidieron seguir los consejos evangélicos, lo que lo hicieron más tarde cuando se vieron libres (20).

Trasladado otra vez a la torre de Londres, fué tan bárbaramente atormentado, que todavía tres semanas después apenas podía mover los dedos y coger un cuchillo entre sus manos, y sólo cinco meses más tarde recobró el sentido del tacto. Aprovechó este tiempo de forzosa inacción para hacer «de nuevo los Ejercicios de San Ignacio durante un mes, consagrando a la meditación todos los días cuatro o cinco horas» (21).

Pocas semanas después, logró burlar la estrecha vigilancia a que estaba sometido y pasar, colgado de una cuerda, el ancho foso que le separaba de la población. El modo con que efectuó la fuga fué tan expuesto y audaz, que produjo admiración y pasmo entre los lores del Consejo privado.

Recobrada la libertad siguió, como era de prever, ejercitando los ministerios que ni aun entre los peligros de la cárcel había interrumpido del todo. Comenzó esta nueva etapa dando Ejercicios a dos sacerdotes, el primero de ellos antiguo ministro protestante. Los dos determinaron entrar en la Compañía de Jesús (22).

3.—Heroísmo y eficiencia de la acción del P. Gerard.

Hacía falta un temple verdaderamente heroico, lo mismo en el director que en los dirigidos, para pasarse una o más semanas encerrados en una casa medio vigilada, rodeados tal vez de espías ocultos, expuestos a pesquisas que podían acabar en el momento menos pensado con sus vidas. Para que pueda el lector darse cuenta del ambiente hostil que le rodeaba y de los peligros sin cuenta a que se veían expuestos, nos parece necesario trascribir, a pesar de su extensión, algunos párrafos de las Memorias, alusivas a las peripecias de tres ejercitantes, hacía 1597.

Una señora noble, movida por la dirección del Padre, había emprendido «con tanto heroísmo la vía perfecta, que determinó permanecer en su estado de viuda y practicar la santa virtud de la pobreza, consagrando su fortuna al servicio de Dios y de la Iglesia» (23). Esta piadosa

---

(20) GERARD: *Autobiography*, c. 12, p. 81.

(21) GERARD: *Autobiography*, c. 16, p. 116.

(22) GERARD: *Autobiography*, c. 18, p. 140. El exministro protestante se llamaba William Alabaster. Su conversión causó gran consternación al Gobierno. Consiguieron apresarle pocas semanas después. Por desgracia volvió a apostatar y murió impenitente en 1640. Se le conoce como literato. De su época de católico se conserva una obra suya, *Roxana*. Cfr. GERARD: *Autobiography*, 240. El segundo ejercitante se llamaba Woodward. Éste en cambio murió «como un santo». *Ibid.*

(23) Esta señora era doña Eleonor Vaux, viuda de Eduardo Brooksby, hija de Sir John Roper.

señora alquiló un suntuoso palacio que había pertenecido a Sir Kit Hall, antiguo canciller del reino.

«La casa era—continúa el P. Gerard—tal cual la necesitábamos para centro de acción: grande y alejada de otra vivienda. Nadie podía observar quién entraba y salía de ella. La viuda la alquiló en quince mil florines. Todo estaba preparado, pero el hombre propone y Dios dispone.

Los criados de la casa unos eran protestantes, otros malos católicos. Se hacía indispensable el remediar este punto. Convertí a muchos y obtuve que se despidiera a los obstinados. Uno de éstos había de perdernos. Apenas llegó a Londres, dijo a un falso hermano que yo residía en la vivienda de esta señora, que había extirpado muchos abusos..... La historia comenzó a andar de boca en boca hasta que llegó a unos ministros. Éstos dieron parte y dos jueces fueron inmediatamente a registrar la casa. Yo no temía nada y estaba dando los Ejercicios a tres caballeros. Uno era Roger Lee, hoy ministro en nuestro Colegio de Saint-Omer. Hacía, además, mi propio retiro. Había dicho en el lugar, que había partido para unos días a descansar.

En el instante en que comenzaba a gozar de algún reposo, cayó la tempestad sobre mí para anegarme. Al cuarto día del retiro, a eso de las tres de la tarde, el fiel Juan Lilly entró en mi habitación, sin llamar a la puerta, con un sable en la mano.

Sorprendido por tan súbita irrupción le pregunté qué sucedía. —Que están registrando nuestra casa.—¿Qué casa? —Ésta, la nuestra. Los perseguidores están aquí.

Esta vez fueron más astutos que de costumbre. Llamaron suavemente, como lo hacían nuestros amigos. El criado, sin sospechar nada, les abrió la puerta. No se dió cuenta de su yerro hasta que los vió precipitarse en la casa y extenderse a manera de huracán.

Mientras Juan me contaba esto, los cazadores subían acompañados de la señora, dirigiéndose precisamente a mi habitación. Ésta y la capilla se levantaban en el mismo corredor, frente a frente. Los magistrados penetraron en la capilla; entraron y vieron un altar ricamente adornado y vestiduras sacerdotales de gran mérito, que no pudieron menos de admirar.

Yo permanecía en mi cámara, sin más salida que la ocupada por los protestantes. Había cambiado mi sotana por un traje de seglar, pero me era imposible ocultar mis libros y manuscritos. Estábamos en pie, con el oído en las hendiduras de la puerta, atentos a escuchar cuanto dijeran» (24).

Gracias a los magníficos escondites preparados de antemano y a la sangre fría del Padre y de su fiel criado Juan Lilly, pudieron salir bien de esta aventura, después de horas de espantosa angustia.

No se asustó el ejercitante Roger Lee por esta irrupción. Como si no hubiera pasado nada, volvió, después de dejar pasar algún tiempo razonable, a la nueva residencia del Padre «para terminar los Ejercicios tan dolorosamente interrumpidos» (25).

El primer día del nuevo retiro, un segundo asalto de los perseguidores, del que también salieron con vida el director y dirigido, a pesar de que el «escrupulosísimo registro» duró un día entero con la zozobra que se puede suponer para los encartados en sus madrigueras (26).

---

(24) GERARD: *Autobiography*, c. 18 y 19, pp. 148-155. La casa está actualmente en ruinas en un paraje aun hoy día solitario. *Ibid.*, p. 149, n. 1.

(25) GERARD: *Autobiography*, c. 19, p. 160.

(26) GERARD: *Autobiography*, c. 19, p. 160.

Con constancia tan prodigiosa, sin miedo a ninguno de los continuos peligros que le acechaban, aprovechando toda clase de coyunturas y de locales, fué el P. Gerard fortificando el alma de los católicos con el pan fuerte de los Ejercicios.

Toda ocasión que se le presentaba, le parecía buena para trabajo tan importante. Un día le llamaron a confesar. Viendo que el penitente, uno de los principales oficiales del ejército irlandés, tal vez Sir Henry Norris, recibía los sacramentos sólo tres o cuatro veces al año, trató «de persuadirle que se retirara por algunos días para atender a las cosas de su alma más seriamente y con más fruto» (27).

Así fué propagando y dando los Ejercicios un día y otro día. Podía escribir con verdad en las últimas páginas de sus Memorias: «En mi nueva residencia de Londres, como en las otras, dí los Ejercicios de San Ignacio a muchas personas» (28).

La fama de la actividad del Padre en este campo, llegó al campo enemigo. Algunos protestantes le atacaron en públicos libelos, acusándole de que se servía del arma de los Ejercicios «para atraer a muchos jóvenes a sus filas y apoderarse de sus bienes» (29).

Tenían razón los protestantes en centrar su ataque en este punto, porque en él conseguía el heroico confesor de la fe, sus más resonantes victorias. Baste, como comprobante, la trasformación que obró en Guillermo Wiseman.

Era éste un «caballero bastante mundano que..... acababa de heredar de su padre magníficos dominios. Todo su cuidado se llevaba el embellecimiento del hermoso parque, que había hecho poblar de variada caza. Vivía en la independencia y comodidad propias del que goza de una gran fortuna..... rehuyendo siempre relacionarse con los sacerdotes salidos de los Seminarios y con los jesuítas», es decir, de aquellos que pudieran exigirle la menor cortapisa en su opulenta vida.

Véase ahora la pintura que traza el P. Gerard de este mismo señor después de los Ejercicios.

«Salió de la soledad como si fuera otro, dispuesto a reformar todo lo que estuviera a su alcance. En adelante, tuvo como fin de su vida, no el goce propio, sino la gloria de Dios Nuestro Señor. Sustituyó a los criados protestantes con criados católicos. Quiso tener consigo, como capellán, a un sacerdote, y a un jesuíta como director de su conciencia. Se ocupó en hacer todo el bien posible y resolvió consagrar su tiempo y su talento a la publicación de obras útiles. Nosotros le debemos varias traducciones. Una *Vida* de San Ignacio, los *Diálogos* de San Gregorio el Grande y otras muchas obras de la misma índole.

Había concebido y meditado seriamente todo un plan de conducta respecto a su vida social y a la práctica de buenas obras. En su propia casa se levantaron en contra de la realización de sus santos proyectos. Su mujer era irresoluta, vacilante, tímida, diríase la encarnación de la tibieza.

(27) GERARD: *Autobiography*, c. 21, p. 176.
(28) GERARD: *Autobiography*, c. 22, p. 193.
(29) GERARD: *Autobiography*, c. 22, p. 193.

Su capellán era uno de esos eclesiásticos del antiguo régimen que, generalmente, miraba a los sacerdotes de los Seminarios y a los jesuítas como reformadores inoportunos.

Mi amigo se sentía como paralizado, cuando la Divina Bondad, hablando a su alma, le inspiró la resolución inquebrantable de conjurar todas esas dificultades, de despedir a sus criados protestantes, aunque tratándolos con cristiana suavidad, y de vencer las formidables resistencias de su capellán y de su esposa con las armas de la persuasión y de la dulzura, y en caso de que éstas resultasen impotentes, con la autoridad y el prestigio de su persona» (30).

Antes de dejar Inglaterra, necesitamos consignar otra noticia, que la tomamos de los PP. Bartoli y Rossignoli. Hubiéramos deseado aquilatar más la verdad del hecho, por otra parte muy verosímil en sí, pero no lo hemos conseguido, por más que hemos trabajado. Por ello nos vemos en la precisión de trascribir al P. Rossignoli, quien, como suele, no hace más que traducir o resumir la fuente de que se sirve, en este caso el P. Bartoli, generalmente bien informado. Dice así el Padre Rossignoli:

«No debe pasarse en silencio la opinión de muchos, y es que en los dieciocho años en que estuvo prisionera en la cárcel de Inglaterra aquella invicta reina de Escocia, *María Stuard*, a quien aun el nombre sólo sirve de grandísimo elogio, es sentir de muchos, que fortaleció su espíritu con los Ejercicios espirituales, de manera que se mostró más briosa y fuerte en dar la cabeza por la Religión Católica, que en haber sustentado en ella las tres coronas de Francia, Inglaterra y Escocia. Y parece que se comprueba con la historia de la Compañía, donde se dice que, por habituarla más en las cosas de Dios y de su alma, y por aliviarle en algo tan penosa vida, no le faltó jamás ya uno, ya otro Padre de la Compañía y se ha ido heredando en la memoria una carta, en que se hacía discípula de uno de éstos» (31).

4.—Ejercicios entre los alumnos de los Colegios ingleses.

Parece éste el sitio más apto para decir algo de los Seminarios ingleses esparcidos por Francia y España.

Constituídos fuera de Inglaterra por la imposibilidad material de tener tales centros dentro de la zona de influencia de los perseguidores, eran un pedazo de la patria en donde se iban formando los futuros apóstoles y héroes de la castigada nación inglesa.

Todos ellos seguían las normas y orientación del Colegio de Roma, donde tanta parte se daba a los Ejercicios y cuyo reglamento estaba inspirado en el del Colegio germánico, en el que taxativamente se imponían como obligatorios los retiros anuales (32).

---

(30) GERARD: *Autobiography*, c. 4, p. 27-29.

(31) ROSSIGNOLI: *Noticias*, c. 12, p. 108, n. 113. Cfr. BARTOLI: l. 4, c. 14.

(32) Cfr. L. HICKS: *The English College, Roma, and Vocations to the Society of Jesus*. MHSI., 3 (1934), 3-4.

En las primitivas reglas del Colegio inglés de *Douai*, el primero y más importante de los fundados después del de Roma, se prescribían los Ejercicios «principalmente en las vacaciones de otoño, al acercarse a las Sagradas Órdenes o al ser destinados a las misiones», es decir, antes de volver a su patria (33). En el espacio de muy pocos años se abrieron en Reims, Saint-Omer, Valladolid, Sevilla, Praga y Mosecano (León), y debían de tener reglamentos semejantes, ya que habían procurado modelar su espíritu en las normas de Roma y Douai (34).

Las fuentes inmediatas confirman el hecho de que solían fortalecer el temple de su alma en los Ejercicios para poder más impávidamente trabajar en aquel peligrosísimo ambiente de lucha sin cuartel.

«Así, en Valladolid, se nos dice «que los seminaristas son 43, y que los que daban más muestras de virtud practican los Ejercicios» y, en Sevilla, al hablar de tres sacerdotes que acababan sus estudios en aquel Colegio y se dirigían a su patria, añade el cronista: «Antes de la partida fueron adoctrinados con los Ejercicios, con el cual viático apenas se puede decir el ánimo y fortaleza que recibieron para sobrellevar todos los trabajos del camino y para cumplir con sus oficios» (35).

5.—Retroceso en la India después de la muerte de San Francisco Javier.

El panorama que ofrecen las misiones del Extremo Oriente, es muy distinto. Necesariamente los Ejercicios tienen que ocupar un puesto mucho más secundario. Se trata de fundar la Iglesia, de atraer a los infieles a la verdadera fe. El método ignaciano no sólo tiene una finalidad distinta, sino que presupone en el ejercitado esa fe que los misioneros trataban de implantar.

Sin embargo, no faltan casos sueltos en que se intentó el uso de este medio entre los europeos desplazados a aquellas tierras por razones comerciales o de gobierno, y aun entre los mismos indígenas. Esto se dió cuando el misionero era un gran entusiasta del método ignaciano, como sucedió en la India con San Francisco Javier, quien, según lo dejamos consignado en el tomo anterior, consiguió suscitar un entusiasmo por los Ejercicios y trasformaciones tan profundas, que parecían impropias de un terreno tan poco preparado espiritualmente (36).

Pero, con la muerte del santo, se agostaron también los Ejercicios. Hubo un completo cambio de táctica, debido, sobre todo, a que los

(33) CBE, 39 (1912), 12.
(34) CBE, 39 (1912), 13.
(35) Para Valladolid en *Cast. 32*, 57 y para Sevilla en *Baet. 19*, 31v.
(36) Para los Ejercicios en la India puede verse nuestro trabajo *Los Ejercicios espirituales ignacianos, el método misional de San Francisco Javier y la misión jesuítica de la India en el siglo XVI*, en *Studia Missionalia*, 5 (1950), 3-43.

principales colaboradores y discípulos inmediatos de Javier, fueron desapareciendo en muy pocos años de la escena (37).

Con todo, se dió una como prolongación del espíritu de Javier en el portugués *Enrique Henriques*. Alma delicada y suave, gustaba de las dulzuras de la contemplación y amaba la vida solitaria. Exfranciscano, conservó siempre un dejo de nostalgia eremítico. Sus cartas están impregnadas de «saudades» de vida más intensamente contemplativa. Se queja de que tiene «poco tiempo» para darse «a la oración, que es manjar del ánima» y «para se hombre recoger con Dios», sintiendo pesar «de tener poco tiempo para recogerse, siéndome tan necesario» (38).

Un hombre así, tenía que vibrar con intensidad ante los Ejercicios de San Ignacio. La mayor parte de su vida la pasó en vanguardia, en la costa de Pesquería, entre población muy sencilla, con la que difícilmente podía usar este medio. Tuvo que contentarse con reavivar la práctica entre los mismos jesuítas. Para ello, estableció en Punicale una casa, donde, a la vez que tomaran el necesario descanso para las fuerzas deshechas en tan incensante batallar, practicaran los Ejercicios (39).

San Francisco Javier había propugnado en sus cartas, como ministerios ordinarios, el confesar, predicar, enseñar y dar Ejercicios. Sus sucesores tacharon prácticamente de la lista el último miembro. Baste, como comprobación, una de las clásicas descripciones de los ministerios habituales. La recogemos de las anuas de 1578, pero idénticas expresiones, con variantes muy pequeñas, se van repitiendo los demás años.

«Son ayudados con pláticas y sermones en su lengua, *instruyéndoles* en las cosas de la fe, *confesando* los que son capaces y a los que están más adelante en la inteligencia de las cosas de la fe, ministrándoles el santísimo *Sacramento de la Eucaristía*, porque hay muchos capaces de esto y que hacen mucha ventaja en devoción y lágrimas a los cristianos muy antiguos» (40).

En el fondo de estas frases laudatorias, late la baja estima que tenían de la poca altura espiritual de aquellos cristianos. Al compilador de las anuas le parece necesario pararse a probar que los cristianos eran «capaces» de recibir el santísimo Sacramento. Y sobre todo, con estas alabanzas, más aparentes que reales, se van entremezclando frases bien duras. Poco después del pasaje citado se escribe: son «gente natural de bajos espíritus y muy material».

---

(37) Muchos fallecieron en muy pocos años o por enfermedades naturales o en dolorosos naufragios. Otros fueron trasladados a puestos más distantes como la costa de la Pesquería y aun China o Japón, otros volvieron a Europa o salieron de la Compañía.

(38) MHSI.: *Doc. Ind. 2*, 226, n. 4 y 225, n. 3.

(39) Sobre Punicale datos en la carta de Enrique Enriques al P. Rodrigues, de 12 de enero de 1551 *(Ulyssip. 1*, 130r) y en otra del mismo P. Enriques a San Ignacio de 27 de enero de 1552 *(Goa, 8*, 43v).

(40) Anua de 1578, *Goa 47*, 129r.

Aquí tenemos indicada una de las causas principales de la parálisis de la práctica ignaciana. Creían que los cristianos no tenían la talla espiritual suficiente para poder sacar provecho de los Ejercicios.

Parecido es el juicio que traza el Padre Provincial, Pedro Martínez.

«La experiencia de muchos años ha mostrado—escribe—que los nacidos acá no son para la Compañía....., ya que no tienen fuerza ni naturaleza para los trabajos de ella, ni aplicación a la conversión, sino inclinación a buena vida, relajación y vanidad y honra» (41).

Creemos que se da un círculo vicioso en esta actitud ante el indígena. Continuaban en ese estado porque no habían sabido adaptar a su modo de ser los medios de santificación de más altura espiritual, en concreto, limitándonos a nuestra materia, los Ejercicios, y no daban los Ejercicios porque no sabían encontrar en los indígenas los aspectos buenos. Porque no se puede dudar que el método ignaciano, allí, como había sucedido en otras partes, hubiera podido servir para ir desarraigando «la vanidad y honra» y demás inclinaciones rastreras, y aun mediante una paulatina trasformación de criterios y afectos, hubiera ido deshaciendo esa base «material» y «natural» viciosa que dificultaba el apostolado.

La prueba la tenemos en el primer jesuíta indio—y triste es decirlo, el único en los siglos XVI y XVII—el *brachmán Pedro Luis*. Él mismo, lleno de alborozo, comunica al P. Aquaviva que «los Ejercicios le habían hecho cristiano y religioso» (42).

Fué una pena que no acertaran los misioneros no digo a dar los Ejercicios en su integridad, lo que hubiera sido poco provechoso en el estado primitivo de aquel catolicismo, sino a extraer de la rica sustancia ignaciana, los elementos más aptos al carácter y necesidades espirituales de los indígenas, como lo había hecho San Francisco Javier.

Ya la Congregación provincial de 1575 reconoció que «el principal y mayor fruto» se recababa con «las conversaciones familiares y confesiones», es decir, con ministerios que se desarrollaban en ambiente de confianza e intimidad (43). Más aún. Delante de sus ojos tenían las duras exigencias que imponía el hinduísmo a los «yogas», cuyo mismo nombre etimológico (yoga significa «el silencioso»), estaba recordando la práctica de los retiros. Si grupos no pequeños de indios eran capaces de sujetarse a aquella rígida ascesis, a aquellas minuciosas prácticas de inmovilidad prolongada, posturas violentas del cuerpo, regulación disciplinada de la respiración, concentración rígida de los sentidos y atención en puntos muy precisos para conseguir la anhelada «purificación» incluso del cuerpo, y para, ya purificados, poder mediante la «con-

(41) Carta de 7 de diciembre de 1591, *Goa 47*, 129r.

(42) Carta de 2 de enero de 1589, *Goa 13*, 422r. Sobre esta interesante figura, cfr. el estudio de J. WICKI: *Pedro Luis, Brahmann und erster indischer Jesuit.*

(43) Congregación de India Oriental de 1575, postulado 8.°, *Congr. 42*, 325v.

templación y meditación», llegar a saborear las altas verdades de la religión ¿cómo no iban a poder comprender y practicar los Ejercicios, personas selectas entre los nuevos cristianos que, aunque mucho menos rígidos, estaban en la misma línea de purificación y elevación espiritual? (44).

El ideal sumo, la perfección de los «yogas», era conseguir el perfecto dominio de sí. Ciertamente, la noción, tal como la consideraban aquellos penitentes incluía elementos reprobables, principalmente un fondo sumamente morboso. Pero contenía, igualmente, aspectos que podían aprovecharse muy bien como punto de arranque y medio de atracción.

No es que los misioneros no vieran la semejanza de este método de ascesis y purificación con el método de los Ejercicios. El P. Texeira, que más tarde fué viceprovincial de la Misión y entonces era simple estudiante, al hablar de las prácticas de estos singulares «eremitas», recoge las que se parecían más a las de San Ignacio.

«Se recogían—anota Texeira—en una casa muy escondida donde no entraba ninguna claridad. Para conseguir un recogimiento más intenso, hacían dentro de ella una tienda con paños de seda, dentro de la cual se metían con sus cuentas en las manos para recitar, sin parar, ciertas jaculatorias.»

Después de dar estos rasgos de la ascesis yoga, concluye Texeira de modo peregrino y extraño:

«De donde cierto parece, hermanos carísimos, que o el demonio quiso fingir el modo que nuestro bendito Padre nos dejó en los Ejercicios espirituales, o que nuestro Padre se contaminó con ellos» (45).

Sin duda hubieran sacado otra conclusión muy distinta aquellos fervorosos misioneros, si aquellos años no hubiera sufrido la India una *ingente falta de personal*, otra de las causas del estancamiento de la práctica ignaciana. Se tuvieron que contentar con admirar el esfuerzo de aquellos infelices, sin poder aprovecharlo para ideales más elevados.

«Vean, hermanos carísimos—concluye Texeira—, con cuánta más diligencia y perseverancia sirven al demonio, que no puede más que engañarles, que nosotros a Dios Nuestro Señor, de quien todo recibimos. Quiera Él, por su infinita bondad, darnos nuestra gracia para que le sirvamos mejor y fuerzas para sacar a los prójimos de semejantes cegueras» (46).

---

(44) Sobre el *yoga* en general cfr. W. F. EVANS-METZ: *Tibetan Yogi and Secret Doctrines*. London, 1935; sobre el aspecto espiritual y psicológico. OSCHMITZ: *Psychoanalyse und Yoga*. Darmstadt, 1923 y MARÉCHAL: *Études sur la Psychologie des Mystiques*, 2, 444-448. J. NEUNER: *Indische und christliche Meditation* en *Geist un Leben*, 26 (1953) 445-461; H. DUMOULIN: *Die Ubung im Zen-Budhismus*, *Ibid.* 206-216. Cfr. *Geist und Leben* 27 (1954) 117-135.

(45) Carta de 25 de diciembre de 1558, *Biblioteca de Ajuda, Ulyssip. 2*, 189r. Sigue Texeira describiendo los horrendos sacrificios que hacían los yogas, durante los cuales, según afirmaban ellos, se les aparecía el demonio. A continuación compara la purificación de los yogas, con la confesión general recomendada en los Ejercicios.

(46) *Ibidem*, 190r.

6.—El P. Jerónimo Javier, restaurador de los Ejercicios.

Dios oyó los deseos del P. Texeira, concediendo a la India, algunos años más tarde, un apóstol «que iba a servir mejor» a la regeneración espiritual por medio de los Ejercicios que encerraban eficacia «para sacar a los prójimos de la ceguera» de los «yogas».

El nombre del nuevo apóstol era *Jerónimo de Ezpeleta*, pero por devoción a su tío abuelo, San Francisco Javier, se llamó después de su entrada en la Compañía, Jerónimo Javier. Con este nombre ha pasado a la historia (47).

Más aún que la sangre javierina de sus venas, le hizo acreedor de una estima universal, el espíritu del santo pariente que se reflejaba en sus acciones. «Como santo que es, escribe uno de sus súbditos, gobierna con mucha prudencia y suavidad». El Padre Provincial, Francisco Cabral, asegura que «es muy virtuoso» y el gran Visitador, Alejandro Valignano, le califica de «hombre prudente y virtuoso» (48).

Muchas otras notas de semejanza se podían señalar entre los dos santos apóstoles. La frase escrita por el P. Jerónimo en 1594: «Voy muy confiado en los méritos de la santa Compañía de Jesús que me crió tantos años», ¿no parece arrancada del epistolario del P. Francisco? (49). Mas a nosotros ahora nos interesa sólo una: *el entusiasmo por los Ejercicios*, sobre los que basó su apostolado desde el principio.

El cuadro que se le presentó a su llegada era, en este aspecto, verdaderamente desolador. Pero su temple, digno de un vástago de Javier, no se doblegó ante tan triste perspectiva. Todo lo contrario. Inició en seguida la primera parte de su bien premeditado plan. Hacer que los jesuítas se familiarizaran, los más posibles, con la práctica ignaciana. Porque, como él mismo escribía al P. Aquaviva: «Del no usar con nosotros mismos ese medio viene que no nos acordamos de los persuadir a algunos de fuera» (50).

Gracias a sus desvelos y medidas de todo género, cambió el panorama de la práctica de los Ejercicios en poco más de un lustro. En 1582, al año de su llegada escribía:»

«Casi ningún uso [de Ejercicios entre los jesuítas] veo en este Colegio; digo casi ninguno, porque no los vi hacer más que a dos y, al uno, se los dieron como penitencia. Están como infamados los Ejercicios, digo el que los hace,

---

(47) El trabajo fundamental sobre el P. Jerónimo Javier lo acaba de publicar A. SANTOS: *Dos Javieres en la India. Miscellanea Comillas*, 18 (1952), 27-87.

(48) *Goa 13*, 474. El testimonio de Cabral *ibidem*, 163, el de Valignano en *Jap. 12*, 126v. Los dos testimonios son del 15 de diciembre de 1593.

(49) *Goa 47*, 209.

(50) *Goa 47*, 185r.

porque años ha que no los hacen sino penitenciados». En 1589, en cambio, podía escribir gozoso al P. Aquaviva que ya se había «introducido»—más exacto hubiera sido el término de «restablecido»—el uso de los Ejercicios entre los jesuítas (51).

Restablecida la práctica entre sus Hermanos, podía ya lanzarse a aplicarlos entre los fieles. Las dificultades para semejante obra eran aún mayores. Ya hemos hablado de la persuasión sobre la incapacidad de los indígenas para método de tanta altura espiritual. El mismo P. Javier se hace eco en su correspondencia, aunque con frases veladas, del ambiente de obstruccionismo que encontró alrededor, para llevar a cabo la empresa. El 1 de enero, por ejemplo, escribe con profunda convicción: «No es tan imposible como lo quieren hacer» Y continúa dando cuenta de las primicias de su apostolado:

«Porque ya lo probé con algunos y realmente se ayudan mucho con ellos y no parecerá razón que, cosa tan santa y tan propia de la Compañía, esté tan olvidada» (52).

Siguió el P. Jerónimo, a la sazón rector del Colegio de Goa, admitiendo normalmente algunas personas en el Colegio en calidad de ejercitantes, como se solía hacer en Europa. El número no pudo ser muy grande, pero al menos, consiguió remover los obstáculos que hasta entonces habían hecho imposible el desarrollo de la práctica y hacer ver que la flor de los ejercicios no era nada exótico en las regiones indias. También allí podía producir lozanos frutos.

Las anuas de 1591, firmadas por el Padre Provincial, Pedro Martínez, hablan del entusiasmo que habían producido los Ejercicios en uno de los ejercitantes del Colegio de *Cochín*, el único Colegio donde, en la relación, se habla de personas que se hubieran recogido a ejercitarse en tan santa práctica.

«También los hizo una persona de fuera y con haber tiempo que trata de mucho recogimiento y oración mental y vocal, dijo al Padre que se los dió, que más había entendido en aquellos ocho días que en toda la vida» (53).

El P. Jerónimo, también en esto igual a su santo pariente, propagó el uso de los Ejercicios, principalmente entre las personas de mayor cultura e influjo. En aquellas condiciones concretas eran éstas para él, los seminaristas y sacerdotes. Apenas trataba con otras personas de relieve social.

Durante su rectorado en Cochín pudo desplegar, en este sentido, una actividad nada despreciable. Porque, además de rector del Colegio, lo era también de un Seminario sito a pocas leguas de distancia, en la

---

(51) Carta de Goa, 25 de octubre de 1582 en *Goa 47*, 185r y *Goa 13*, 339r.
(52) *Goa 13*, 185r.
(53) *Goa 47*, 356r.

localidad llamada *Vaypicota*, donde se educaban jóvenes malabares que aspiraban al sacerdocio. El P. Jerónimo empleó el mismo ardor por aplicar el método ignaciano en aquella filial que el que empleaba en el Colegio. Consideraba a aquellos seminaristas como colaboradores, mejor aún, como futuros sustitutos de los misioneros, «ya que nosotros no alcanzamos a hacer, por ser muy pocos y estar muy ocupados», y como a tales, procuró equiparles con el arma más querida para él y de mayor eficiencia en su estima.

Ni tan sólo con los seminaristas. Los *sacerdotes de las cercanías* acudían a aquel centro dos veces al año a descansar y, a la vez, a oír algunos casos de moral, explicaciones de Sagrada Escritura y repasar teología. Muchos, contagiados por el entusiasmo con que los seminaristas hablaban de los Ejercicios, pidieron hacerlos, y «de esto—comenta el P. maronita Abraham de Georgiis—viene grandísima ayuda y utilidad no sólo para ellos mismos, sino también para las almas de sus feligresías» (54).

El P. Jorge Castro escribe de los sacerdotes reunidos en aquel centro:

> «Tomaron con grande instancia los Ejercicios espirituales de la Compañía, de los cuales salen tan aprovechados y fervorosos que tornando a sus tierras, empezaron a enseñar de tal manera que más parecen religiosos de la Compañía que clérigos malabares y pueda la bondad de Dios suplir en estas partes lo que nosotros no alcanzamos a hacer por ser muy pocos y estar muy ocupados» (55).

Esta campaña en pro de los Ejercicios duró hasta 1594, en que fué destinado el P. Jerónimo al imperio del Mongol. Allá pudo desarrollar una actividad más de vanguardia aún, con un espíritu de adaptación y celo paralelos al que ejerció el primer Javier en la India y el Japón, y que le ha merecido el pasar a la posteridad con el título de apóstol de Mongolia. Pero para nuestra misión, y en particular para los Ejercicios, su marcha fué una gran pérdida. Es verdad que volvió en 1616, pero no sobrevivió más que un año. En junio de 1617 perecía de manera trágica, víctima de un incendio en su mismo cuarto. Después de su muerte volvieron a agonizar los Ejercicios en la India. Una vez más, se volvió a repetir el mismo fenómeno. Al faltar el cariño de manos solícitas que cuidaran de los Ejercicios, se agostaron insensiblemente. Los demás juzgaron más conveniente seguir otros sistemas. También en esta incomprensión amarga, fué el P. Jerónimo émulo de su gran pariente y modelo, San Francisco Javier.

---

(54) Carta de Cochín, 15 de diciembre de 1593, *Goa 14*, 166r.
(55) *Goa 14*, 177v.

7.—Brotes aislados en China.

Menos aún arraigaron los Ejercicios en el Imperio chino. El catolicismo apenas había hecho más que flanquear medrosamente la hermética muralla. Los misioneros estaban tanteando el modo de infiltrarse en zonas más internas, de impresionar con su ciencia occidental a los sabios chinos. Todavía no estaba la tierra suficientemente roturada para este cultivo especial.

Tanto es esto verdad que, si se exceptúa *Macao*, no apuntan brotes de alguna importancia hasta principios del siglo XVII. Sólo entonces se nos presenta como centro, en donde habían arraigado bastante profundamente los Ejercicios en *Nankin*. Una Congregación mariana, establecida poco antes en la ciudad, había sido la iniciadora del movimiento. Comenzaron los congregantes a practicar el retiro para cumplir con la regla que lo prescribía. Entusiasmados con el resultado, se convirtieron en celosos propagandistas, descollando entre todos Ignacio Chiu Tai Su.

Había querido este recién convertido, a fuerza de misteriosas combinaciones de pócimas y hierbas, encontrar una sustancia que hiciera crecer de nuevo el cabello, y sobre todo, inventar un elixir de juventud que inyectara nuevo vigor a los ancianos.

El vigor juvenil que en vano buscaba para los cuerpos, lo encontró para su alma en los Ejercicios. Con una confesión general consiguió—como se expresa un contemporáneo—que desaparecieran las arrugas de su conciencia. Perdió el miedo morboso a la muerte, que antes había sido la causa de que se dedicara a sus cabalísticas artes (56).

Con estos y otros casos llamativos, se propagó con toda celeridad la fama de la nueva práctica. Como se expresa el P. Ricci al hablar del año de 1608:

«El uso de estos provechosos Ejercicios va introduciéndose aquí poco a poco, los cuales confiamos que algún día harán en este reino grandes maravillas, pues esta gente es tan capaz de sacar el fruto acostumbrado que llevan ellos dentro de sí» (57).

Pero hasta este año ni una palabra en las relaciones contemporáneas o en la historia del P. Ricci, a pesar de que el famoso jesuíta italiano baja a detalles insignificantes. No conviene olvidar, con todo, que en 1598 el *P. Longobardi* habla ya varias veces de la inclinación a la soledad

---

(56) JUVENCIO: lib. 19, P. 5.ª, p. 459, n. 25.

(57) RICCI: *Historia*, lib. 5, c. 18, P. 1, p. 591. Este aserto del P. Ricci queda muy bien corroborado con las afirmaciones de C. CHANG: *Essai d'une adaptation des Exercices spirituels à l'Ame chinoise*. Roma, 1952.

y el retiro que mostraban los chinos en su modo general de proceder, lo que tenía que ser un estímulo a los misioneros, para que comenzaran a ensayar con ellos el método de los retiros ignacianos (58).

Fué el *P. Vagnoni*, misionero de 1605 a 1640, el primero que sepamos comenzara con los Ejercicios. Y no dándolos en alguna de sus formas de retiro, sino—adaptando en esto el método de San Francisco Javier—entreverándolos en las catequesis que hacía regularmente a los cristianos. Pretendía con esta yuxtaposición mover las voluntades a la práctica de los preceptos, haciéndolos caer en la cuenta de la fuerza encerrada en los principios del catolicismo que iba explanando (59).

El primer ejercitante de cierta significación social, parece haber sido el conocido *Pablo Si*, cuyo nombre ha dado origen a la ciudad de Zi-ka-wei. Pero todo esto se realizó en el siglo XVII, que trasciende el límite de nuestra historia. Hemos querido adelantar estas consideraciones para justificar la laguna de una de las misiones más importantes, y sobre todo, porque este florecimiento intenso de principios creemos que supone ya en el siglo XVI tanteos y células de ejercitantes que han escapado a nosotros. No se produce un movimiento de esta índole de repente. Si en el siglo XVI no se hubieran dado grupos aislados, aunque pequeños, y no se hubiera hecho propaganda de los Ejercicios, no creo que el movimiento hubiera podido tomar las proporciones que tomó en unos pocos lustros.

8.—Arraigo de los Ejercicios en el Japón.

La fisonomía que ofrece la práctica en el Japón es casi antagónica a la de China. Alcanzó un florecimiento no igualado en ninguna otra región del Oriente (60).

El contingente mayor de ejercitantes lo proporcionaron al principio los portugueses. En la cuaresma de 1557 se retiró un grupo a Bungo. Pasaron la Semana Santa llenos de fervor «con la consideración del Fundamento y de las meditaciones de la primera semana» (61).

Desde entonces la Semana Santa fué el tiempo preferido para que los portugueses ocupados en la administración o comercio privado, se retiraran a Ejercicios. Al menos desde 1590 se fueron organizando en Meaco tandas colectivas al estilo moderno. En 1598 fueron muy pocos los que asistieron, sólo seis, pero en 1600 llegaron a veintiséis (62).

---

(58) CBE, 66 (1920), 6-7.
(59) CBE, 66 (1920), 5.
(60) El desarrollo de los Ejercicios en la antigua Misión del Japón lo ha estudiado con gran minuciosidad J. SCHUTTE: *Ignatianische Exerzitien in frühchristlichen Japon.*
(61) SCHÜTTE: 377.
(62) SCHÜTTE: 377, 381-382.

Pronto comenzaron los japoneses a gustar un arte que se conformaba tan íntimamente con su temperamento. Se retiraban, lo mismo que en Europa, a los Colegios de los jesuítas. El principal centro fué *Meaco*. Fué sin duda el foco más potente, por no decir el único potente de irradiación ignaciana en el Oriente. Los primeros años podían hacerlos pocos por la dificultad clásica de todos los sitios: la falta de local. Un año en que se dan datos concretos, se da el número de veintiocho. Lo más probable es que en los demás años la cifra fuera aproximadamente la misma. El influjo fué mucho mayor de lo que deja suponer este número relativamente bajo, debido, sobre todo, a la calidad de los concurrentes y a la profunda conmoción que producían. Las verdades de los Ejercicios, asimiladas de modo vital y profundo, iban cambiando la mentalidad de los convertidos y creando un modo de pensar más ajustado al evangelio.

En 1600, por fin, se pudo llevar a cabo un viejo proyecto. Construir locales más amplios exclusivamente para Ejercicios. Desde esta fecha aumentaron notablemente las posibilidades de acción. En los pocos años que todavía gozaron de libertad los católicos, siguió siendo Meaco el centro más influyente. Entre otros muchos que fueron allá a practicar los Ejercicios, se distinguieron los congregantes de Arima y Nangasaki (63).

Los Ejercicios penetraron con profundidad insospechada en el alma de los japoneses. Bastarán como ejemplo dos casos.

El hombre público japonés que pasó en los anales eclesiásticos japoneses del siglo XVI como el prototipo a la vez de príncipe cristiano y de varón espiritual, fué el famoso *Francisco Otono Yoshihige*, reyezuelo, o para decirlo en la terminología japonesa de entonces, *Daimyo* de Bungo.

Se le puede considerar con toda justicia como al cristiano lleno del espíritu de Ejercicios que acertó a amoldar a su modo de ser los principios del código ignaciano.

Le gustaba practicar los Ejercicios muy frecuentemente. Se retiraba para este objeto al noviciado de los jesuítas de *Usuchi*, y en esta apacible morada, lejos del bullicio de la corte y dejando a un lado todos los negocios, sin admitir durante el retiro ni una sola visita, volvía a revivir los principios de los Ejercicios y a reajustar su vida.

La primera vez que los hizo, quedó sumamente impresionado del amor que el Señor le había tenido y del modo tan providencial con que había ido llevándole, sin que él se diera cuenta de las finezas divinas. Decía que hasta entonces no había sabido lo que era conocer y amar a Dios (64).

---

(63) *Jap.* 9, 27 y SACCHINI: P. 5, t. 1, p. 351.

(64) ROSSIGNOLI: *Noticias*, c. 14, p. 120, n. 131. Véase también la larga descripción que hace de la vida y virtudes de este Daimyo, BARTOLI en *Opere Dell'Istoria della Compagnia di Gesù. Il Giapone*, 2.ª p. Firenze, 1832; pp. 82-90.

Cuando estalló la sangrienta persecución, prefirió este noble príncipe renunciar a sus cinco reinos antes que apostatar de la fe. Sin duda que los Ejercicios, tan frecuentemente repetidos y asimilados, habían formado el temple de alma necesario para arrostrar el resto de su existencia una vida casi de mendigo y de padecimientos sin cuento.

Junto al piadoso rey de Bungo, merece mención honorífica el valeroso *Justo Takayama Tagafusa*, el primero entre los caballeros de la corte de Jaicosama y Capitán General de su ejército.

Despojado en 1587 de sus bienes y depuesto de su alto cargo por uno de aquellos vaivenes tan frecuentes en aquel mosaico de reyezuelos que se sucedían sin cesar en el favor del Emperador, llegó medio abandonado de todos a la ciudad de Nangasaki, donde los jesuítas le atendieron con toda delicadeza. La adversidad le acercó a Dios, y en 1589 se retiró a Ejercicios (65).

Como prueba de la fortaleza de ánimo que sacó del retiro, baste el siguiente episodio narrado por el P. Daniel Bartoli y copiado por el P. Rossignoli, de quien lo tomamos nosotros porque nos lo da ya traducido al castellano:

«Sucedió que poco después de haber hecho los Ejercicios, viniesen dos enviados de parte del emperador a proponerle que, o renegase de la fe, o que saliese desterrado. No dejó acabar la respuesta, sin responderles que elegía el destierro y la muerte, y esto con gran serenidad de ánimo y de semblante..... Y temiendo que los enviados no se atreviesen a llevar al emperador su respuesta, apenas se habían partido, cuando encendido de un vehemente fervor de espíritu, se determinó ir él mismo a predicarle la fe, o por ganar de este modo el alma del emperador para Cristo, o por ganar por este medio la aureola del martirio» (66).

Takayama, lo mismo que el Daimyo de Bungo y otros muchos personajes, acostumbraba repetir los Ejercicios con frecuencia. Es éste un fenómeno típico del Japón. No se cansaban de meditar una y otra vez. Fué también ésta una de las razones de la profundidad con que obraron los Ejercicios en sus criterios y afectos. El mismo caso de Takayama es un ejemplo de este influjo y de la intensidad con que practicaban el retiro. El P. Pedro Morejón, que le dió los Ejercicios una vez en Nangasaki, quedó admirado del empeño y seriedad con que se dedicaba a las meditaciones, de la tierna devoción que traspiraba a su exterior y, a la vez, de la delicadeza de alma que manifestaba a pesar de tratarse de un recién convertido habituado al mundo corrompido y muelle de una corte pagana (67).

A estos dos modelos de príncipes y señores se podían todavía añadir otros, como el del señor de Amakusa, Juan Izumokan (68) y de

(65) *Jap. 45*, 177v.
(66) ROSSIGNOLI: *Noticias*, c. 14, pp. 128-129, n. 133.
(67) ROSSIGNOLI: *Noticias*, c. 14, p. 129, n. 133.
(68) Carta de Francisco Pasi a Aquaviva, 30 de septiembre de 1601. *Britisch Mus. Add. Mss.* 9.859, f. 149. Cfr. SCHÜTTE: 381, nota 19.

Akaski-Kamor, también Juan de nombre, de la corte del señor de Chiruren.

Se había entibiado este noble señor en la práctica de sus deberes religiosos, cuando se decidió corresponder a una invitación que le hicieron de practicar los Ejercicios. La trasformación fué completa. No sólo ajustó su vida a los cánones de la ley cristiana, sino que se convirtió en uno de los más valiosos ayudantes y casi catequista de los Padres. Él preparaba con sus visitas personales y con sus dádivas, su trabajo de infiltración; les servía en lo que necesitaban.

Los Ejercicios eran el medio de santificación que probaban los católicos japoneses más fervorosos. Conocida es de todos la solemne e importante embajada organizada por el P. Valignano de cuatro nobles japoneses. Fueron un mensaje vivo de la trasformación que obraba el Evangelio. En todas partes se organizaron grandes fiestas, recepciones. El Papa, el emperador, Felipe II, duques y condes, se afanaron por colmarlos de honores. Pues bien. Antes de salir de su patria y comenzar su misión gloriosa y llena de responsabilidades, quisieron practicar los Ejercicios (69).

La sangrienta persecución que sufrió el catolicismo japonés en los albores del siglo XVII, tronchó en flor las risueñas esperanzas que habían concebido el próspero desenvolvimiento de los primeros decenios. La tempestad, con su fuerza arrolladora, deshizo lo que había costado tantos sudores y esfuerzos. Pero siempre será gloria de los Ejercicios el haber contribuído eficazmente a la pujanza de la fe y crecimiento del fervor de aquellos privilegiados neófitos, y el haber templado el ánimo de aquellos valerosos campeones con la profunda consideración y asimilación de las verdades más fundamentales de la religión y la formación de una piedad genuina y sólida.

---

(69) La literatura sobre esta embajada es muy abundante. Véase, por ejemplo, BARTOLI: *Il Giapone*, l. 1, p. 2, c. 72-100, pp. 79-211.

CAPÍTULO VI

CATEGORÍAS DE EJERCITANTES

1.—Ordenandos y seminaristas.

En el rápido recorrido que hemos hecho en los capítulos anteriores por las diversas naciones en que logró instalarse la Compañía de Jesús, hemos encontrado un número considerable de centros estables de Ejercicios. Nuestro deseo hubiera sido entrar en cada uno de ellos e historiar sus vicisitudes. Pero es necesario dejarlo a monografías más particularizadas. Los datos que nos han parecido de interés general los hemos ido dando en sus respectivos lugares. Nos tenemos que contentar con seguir la línea general del desenvolvimiento. Y en ésta, el punto más sobresaliente dentro de nuestro período es, sin duda, la normalidad cada vez mayor que se fué estableciendo insensiblemente. Se fué creando paulatinamente en determinadas clases sociales, un hábito de considerar como parte de la formación espiritual, la práctica sistemática del retiro.

Cada vez van acudiendo grupos más contactos de determinadas categorías de individuos, como de sacerdotes, religiosos, congregantes, y cada vez también, van esfumándose los representantes de algunas profesiones que en los primeros años se acercaban más frecuentemente.

Ocupan el primer lugar, por su número y regularidad, los *sacerdotes y seminaristas*. Es sabido que en tiempo de San Ignacio no existían Seminarios propiamente dichos, o sea centros dedicados a la formación de los candidatos al sacerdocio. En las Universidades públicas estudiaban lo mismo los que iban a ejercer profesiones civiles que eclesiásticas (1).

---

(1) Cfr. M'BARBERA: *L'origine dei seminari a norma del Concilio di Trento:* «Civiltà Catt.», 1940; III, 215-221; tema H. WATRIGANT: *Les Exercices sp. a la naissance des Séminaires;* P. DELATTRE: *Les jésuites et les Séminaires.* RAM. 29 1953) 20-43; 160-176.

Estos jóvenes, levadura de las Universidades y de los Colegios mayores, comenzaron muy pronto a ejercitarse en la palestra ignaciana. Al iniciarse, en los primeros lustros de la época que estudiamos, el establecimiento de Seminarios diocesanos, se extendió la práctica de los antiguos candidatos del sacerdocio diseminados en las Universidades, a los nuevos planteles eclesiásticos.

Iniciaron el movimiento los seminaristas de los Seminarios regentados por los jesuítas: primero los del Colegio germánico de Roma, como lo hemos visto (2); después los del Colegio inglés y de éste a los demás centros de España y Bélgica, en donde se refugiaron los seminaristas ingleses a causa de la imposibilidad de tener abiertos los Seminarios en la Inglaterra azotada por la persecución (3). De los Seminarios regentados por los jesuítas fué extendiéndose el uso a los demás Seminarios.

Es muy difícil precisar si al principio en los Seminarios se seguía precisamente el método ignaciano. En los regentados por los jesuítas se solía emplear, según, alguno de los modos con que entonces se entendía a San Ignacio, como hablaremos a su tiempo (4). Aunque en los demás se siguiera otra serie de meditaciones, se ha de ver en el hecho de que se dedicaran unos días al retiro y a la oración una irradiación de los Ejercicios que entonces comenzaban a practicarse, es decir, de los de San Ignacio.

Muchas veces, si no los seguían con más exactitud, era porque ignoraban muchas cosas de su contenido o porque no se juzgaban suficientemente impuestos en el método como para dirigir en él a otros. Recuérdese que el texto, estaba publicado en ediciones reservadas a los jesuítas (5).

Sixto V impuso, en 1586, la práctica de algunos días de Ejercicios a los Seminarios *pontificios*. No especifica sistema ninguno, pero el método de San Ignacio se ajusta muy bien a las normas que asigna.

Exhorta a que «recogiéndose durante algunos días, consideren el fin para que son criados, la excelencia de su vocación, la razón por que se les educaba con tanto cuidado y esmero, la gran diferencia entre ellos y tantos otros que disponían de pocos medios para la consecución de sus ideales, la obligación que tenían de corresponder a tantos beneficios con una conducta irreprochable, los sentimientos de humildad y agradecimiento que debían tener». Esperaba, además, el Pontífice, que con esas consideraciones se sentirían inflamados del fuego del Espíritu Santo y que se entregarían sin reserva al servicio de Dios (6).

---

(2) Véase cap. 1, n. 3, pp. 6-8.
(3) Véase cap. 5, n. 4, pp. 200-201.
(4) Véase cap. 13, nn. 9-11.
(5) H. WATRIGANT: *Les Exercices a la naissance*, 13 y MHSI., 3 (1934), 1-36.
(6) MARÍN: *Enchiridion*, 23, con la interpretación de las palabras del texto de suyo algo vaporoso y vago.

Esta orden contribuyó notablemente a que se fueran generalizando los retiros en los Seminarios pontificios. Seis años más tarde, en 1592, Clemente VIII confirmó la práctica recomendada por Sixto V en términos muy parecidos. Usa expresiones generales. Se limita a exhortar a que profundicen en el conocimiento del fin de la vida y de la excelencia de la vocación y a que hagan una buena confesión general (7).

Fuera de los Seminarios pontificios o dirigidos por jesuítas, no creemos que se practicaran entonces los Ejercicios de un modo regular. No se puede considerar excepción de esta norma el Seminario de Milán, porque el uso que vimos existía en él de hacer cada año los Ejercicios, se implantó antes de 1577 en que los jesuítas lo dirigían (8).

Esto no quiere decir que no los practicaban los seminaristas de estos Seminarios. Solían acudir a hacerlos, como los demás estudiantes seglares, a las Casas de los jesuítas. En Granada, por ejemplo, en 1568, «todos los colegiales de clérigos aprobados» fueron al Colegio de cuatro en cuatro. No es difícil que anduviera de por medio en esta iniciativa el Beato Ávila, tan celoso lo mismo de los Ejercicios que de los Seminarios (9).

Se fué introduciendo paulatinamente la costumbre de que los fueran haciendo para prepararse a la ordenación sacerdotal o, lo que ahora nos parecerá extraño, inmediatamente después de la ordenación, antes de la primera Misa, como vimos que lo hizo San Carlos Borromeo. Ya Gregorio XIII ordenó en 1584 a los del Colegio germánico, que se recogieran a Ejercicios antes de las Órdenes (10). Este ejemplo movió a otros muchos a seguirlo.

Los Ejercicios de los seminaristas, sobre todo los que se realizaban como preparación para las Sagradas Órdenes, eran de gran oportunidad. Una de las principales causas de los deplorables abusos que con demasiada frecuencia había que lamentar en muchos ministros del Altar, era el haber penetrado en el santuario movidos por ambición de medrar o por otros móviles bastardos e indignos.

Los seminaristas iban fijando en estos días decisivos los rectos ideales que debían perseguir en su nuevo estado. La severa elección controlaba la genuinidad de su vocación y eliminaba las espúreas infiltraciones que habían podido introducirse de modo solapado por la fuerza de un ambiente favorable. El plan de vida, formado a la luz de los grandes principios bajo el control de un experimentado director, orientaba la actividad del nuevo sacerdote en un sentido recto y justo.

---

(7) MARÍN: *Enchiridion*, 25-27.

(8) Véase cap. 1, n. 13, p. 30. Hemos visto también cómo el Obispo de Treviso, monseñor Luis Molino, ejercitante del P. Possevino, implantó los Ejercicios en su Seminario, cap. 1, n. 17, p. 45 y *Op. NN. 333*, f. 163v.

(9) *Hisp.* 141, 143v.

(10) MARÍN: *Enchiridion*, 21.

2.—Sacerdotes.

Los seminaristas ya sacerdotes, no podían olvidar el bien que les habían producido los Ejercicios a lo largo de los años de su formación. Era obvio que procuraran volver a gustarlos, apenas lo permitieran sus ocupaciones.

Se añadieron, al correr de los años, las cada vez más numerosas prescripciones de los Concilios diocesanos o provinciales. Aquí también, como ya vimos, la iniciativa partió de San Carlos Borromeo. Siguieron los edictos del Sínodo de Aix en 1586, los de Siena en 1599 y, a principios del siglo XVII, los de Tarragona (11).

Por su parte, los directores jesuítas tendían cada vez más a dar la preferencia a los sacerdotes. Era consecuencia del sistema de selección que se fué imponiendo. Aumentaba el número de peticiones para los retiros en proporción muy superior a las posibilidades de local y de Padres disponibles. Muy a pesar suyo, se veían obligados a restringir el número de ejercitantes. Tenían que limitarse a admitir a los que por su posición o cualidades, iban a recabar un fruto mayor. En estas condiciones llevaban la primacía casi siempre los sacerdotes.

En todas partes, pero de modo particular en España, el porcentaje de sacerdotes ejercitantes es muy elevado. En las Cartas anuas se va repitiendo con la monotonía de una cantinela: vinieron «varios sacerdotes», entraron en Ejercicios «los vicarios de los pueblos de los alrededores», «los canónigos de la catedral», «los párrocos». No creemos exagerado afirmar que, al menos en la península ibérica, los sacerdotes formaban la mitad del total de ejercitantes, si es que no la superaban.

Lo que el P. Pedro Guzmán escribe de Palencia, se podría afirmar de las demás ciudades:

> «Eran muchos los sacerdotes que se retiraban a Ejercicios y de ordinario con fruto notable de sus almas y mudanza de vida, en la cual personas graves y prebendadas de esta Iglesia han durado muchos años con grandes ejemplos y edificación, cercenando faustos y entretenimientos y ejercitándose en oración, frecuencia de sacramentos y gastando su hacienda con pobres y obras pías» (12).

Hubo incluso algunos centros en que se atendió de modo casi exclusivo a los sacerdotes. En general, fueron los que se encontraban en

(11) Las prescripciones del IV Concilio Provincial de Milán de 1576 en MARÍN 537-538; las del V Sínodo Diocesano de Milán de 1578 en MARÍN: 538; las del Concilio Provincial de Aix en MARÍN: 539; las del I Concilio Provincial de Siena de 1599 en MARÍN: 139; las del Concilio Provincial de Tarragona de febrero de 1602 en MARÍN: 540.

(12) GUZMÁN: *Historia... de Castilla*, 338r.

localidades pequeñas. Había en los alrededores muchos párrocos que por su ministerio y la escasez de comunicaciones de entonces, se veían precisados a vivir una vida casi eremítica. Los peligros de todos órdenes eran muy grandes. Éstos encontraban en aquellos oasis desparramados por las campiñas, el consuelo y la fuerza que necesitaban. Lo notamos ya al hablar de Monterrey y Villimar. Un fenómeno parecido se dió en Jaraicejo, Montilla, Navalcanar, Ocaña, y en Italia, en Novellara y Nola. Era frecuente que Dios bendijera en los Ejercicios de modo particular a estos pastores de almas, obligados muchas veces a llevar una vida llena de privaciones. En Ocaña, a uno de ellos «dióle Dios Nuestro Señor muchas lágrimas y sentimiento, con cuyo buen ejemplo, que después ha dado, otros están también movidos a lo mismo» (13).

También frecuentaban los sacerdotes los grandes centros de Lovaina, Alcalá, Colonia, Coimbra, pero los que se retiraban a estos planteles de cultura, generalmente no desarrollaban una actividad específicamente pastoral. Eran más bien colegiales mayores, profesores de Universidad, beneficiados de alguna catedral.

El influjo del método ignaciano era muy distinto en ambos casos. El fruto que recababan los que vivían en medio del pueblo, trascendía mucho más al exterior. Solía producir una gran conmoción entre los feligreses el observar el cambio operado y el interés y celo que manifestaba por el culto y el bien de sus almas. A muchos de éstos se puede aplicar lo que escribe el P. Valdivia de los que practicaban los Ejercicios en Monterrey: que «volvían tan movidos y aprovechados que lo mostraban bien con obras que hacían, viviendo no sólo con pureza en sus personas, sino procurando que la hubiese en sus feligresías, desterrando malas mujeres con gran vigilancia y otros vicios escandalosos» (14).

3.—Religiosos.

Otro núcleo de ejercitantes fijos lo constituían los religiosos. Sigue en el período actual frecuentando los Ejercicios el grupo de miembros de las Órdenes que, como veíamos en el tomo anterior, acudían a los Colegios de jesuítas. Sin embargo, se inicia ya en estos decenios, entre los pertenecientes a algunas religiones, un descenso. No conocemos ningún *dominico* y apenas ningún *franciscano* que los practicara en este período, mientras que en el anterior, muchos de estas dos ilustres Órdenes los habían frecuentado. Sin duda, el florecimiento espiritual

(13) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 7, 675.
(14) VALDIVIA: *Historia*, 304r.

intenso que se dió en ambos Institutos, produjo una vuelta a la espiritualidad típica y tradicional en ellos, y un uso de los medios de santificación más propios de su espíritu.

Los *benedictinos*, en cambio, siguieron con igual, por no decir mayor, entusiasmo por los Ejercicios. Como hemos hablado detenidamente de esto, sobre todo en los capítulos dedicados a Flandes e Imperio germánico, nos basta aquí recordarlo para encuadrarlo en el conjunto de los demás religiosos. Sin duda, fueron los que de modo más continuado y en mayor número se aprovecharon de la práctica ignaciana. En ninguna otra Orden hubo personajes tan relevantes como los grandes Abades que se acercaron humildemente a los Ejercicios. Menos aún se dieron en proporción parecida los casos de enteras abadías ejercitadas en este método. En consecuencia, el fruto fué mayor: el florecimiento de monasterios antes medio relajados y la institución de Congregaciones llenas de vida y fervor.

Los *demás religiosos* como agustinos eremitas, capuchinos, carmelitas, siguieron acercándose en número aproximado al del tiempo anterior. Fué famosa, como ya lo hemos recordado, entre los agustinos, la reforma del convento de Friburgo (15).

A los *carmelitas descalzos* se les recomendó, en las Constituciones de 1611, el repetir todos los años los Ejercicios espirituales (16), pero se puede decir que desde el principio de la Reforma, fué muy familiar en esta Orden, tan amante de la contemplación, el uso de retirarse con frecuencia a Ejercicios.

Escribe el archivero General de los carmelitas:

> «Me parece que el fruto que sacó nuestra Madre [Santa Teresa] de estos Ejercicios espirituales, ha sido la causa y el estímulo para que, desde el principio de nuestra Reforma, floreciese siempre entre nosotros el cuidado solícito de retirarse, por algunos días, todos los años, a una más seria y más solícita ponderación de las verdades eternas» (17).

En la ciudad de Rennes se dió una comunicación espiritual muy íntima entre el Colegio de los jesuítas y el convento de los carmelitas que se encontraban casi juntos. Como se expresa un contemporáneo: «Esos religiosos, los primeros de todos en aceptar la Reforma, quisieron todos, sin excepción, hacer los Ejercicios de San Ignacio bajo la dirección de los Padres jesuítas. El Padre Provincial de los carmelitas se fué hasta Pont-à-Mousson a practicar allí el retiro» (18).

Queremos todavía hablar de los Ejercicios que practicó otro ilustre carmelita y vamos a hacerlo copiando la relación que hace del caso, a pesar de lo ampuloso del estilo, el P. Rossignoli.

---

(15) Véase cap. 4, n. 9, pp. 185-186.
(16) MARÍN: *Enchiridion*, 669-670.
(17) *Ibidem*, n. 80.
(18) CARAYON: *Documents*, 398.

«Era éste—dice—maestro no menos en el arte de la perfección que en la sabiduría de la escuela. El cual....., si bien al recibir cada una de las meditaciones experimentaba en su corazón grandes movimientos de la divina gracia, con todo una tarde se sintió tan movido del Espíritu Santo y tan enfervorizado con el deseo de la perfección, que no pudo resistir a la avenida de las celestes delicias. Por lo que acostumbraba decir que si le hubiese durado aquel ardor seráfico, hubiera llegado a ser uno de los grandes santos del paraíso. Añadía en su testimonio que la celda de los Ejercicios le parecía el cenáculo de los Apóstoles, a donde bajó en lenguas de fuego el Espíritu Santo» (19).

Mucho se difundieron los Ejercicios entre los *cartujos* en las últimas decenas del siglo. De los lustros anteriores tenemos sólo datos aislados. En 1559, por ejemplo, se nos dice que el Prior de la cartuja de Chierk, cerca de Tournai, *Juan du Bosquiel* (†1567), los hizo en el Colegio de los jesuítas y que pensaba mover a practicarlos a buen número de sus religiosos (20). Unos años más tarde se nos da la noticia de que un Padre de Tréveris fué a darlos a una cartuja distante seis millas (21). Pero al fin de siglo, un hecho singular provocó un gran movimiento: la acción de varios jesuítas que pasaron a la cartuja, sobre todo en la región valenciana. Al pasar estos Padres a sus nuevas moradas, llevaron consigo sus cartapacios de Ejercicios y, sobre todo, su amor al espíritu que había alentado sus más altos ideales durante tantos años. Trasplantaron al nuevo ambiente, tan propicio a la contemplación, el sistema ignaciano. Más aún. Algunos de ellos, a principios de siglo XVII, compusieron directorios de Ejercicios acomodados al ambiente cartujano, siendo los primeros escritos que conocemos de dirección del método ignaciano escritos fuera de ambientes jesuíticos (22).

Fué fenómeno de este período la introducción de los Ejercicios en *ambientes netamente contemplativos*. Además de los cartujos tenemos que citar a los cistercienses, premostratenses y jerónimos.

Un Abad *cisterciense* fué a hacerlos en Medina con el P. La Puente (23), otro Abad de Aldersbach, Juan Dielmair, llamó a un jesuíta de Altöting a su monasterio para que los diese a catorce monjes. Este Abad no cesaba de recomendar el método ignaciano como el instrumento más eficaz para despertar—decía—no sólo a los dormidos, sino aun a los muertos (24).

Ya hemos hablado de los *premostratenses* de Pont-à-Mousson reformados por el Abad Servais de Lairvelz. En 1602 se introdujeron de modo oficial entre los de Saint-Marce-aux Bois. Determinaron hacerlos antes de la toma de hábito, de la profesión y de la primera Misa (25).

---

(19) ROSSIGNOLI: *Noticias*, l. 2, cap. 4.
(20) MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 335.
(21) DUHR: *Geschichte*, 1, 504.
(22) Véase MARÍN: *Enchiridion*, 31, n. 57.
(23) ROSSIGNOLI: *Noticias*, lib. 2, cap. 4, p. 189, n. 195.
(24) DUHR: 2, 2, 181.
(25) CBE, 61 (1920), 30, 37; MARÍN: *Enchiridion*, 32, nn. 60 y 672. Del reformador Lairvelz, uno de los grandes promotores de Ejercicios, hablamos en el capítulo 4, n. 2, pp. 156-158.

Sobre los *jerónimos* baste copiar lo que se escribe en una carta cuadrimestre escrita desde Sevilla en diciembre de 1561:

«Deseando, en lo que su Instituto sufriere, ayudarse de la Compañía, determinaron de venirse a recogerse a Casa algunos días, dándoles licencia su Provincial y persuadiendo a todos los de su provincia acudan a las Casas más cercanas donde estuvieren los nuestros y ya han empezado a venir y él ha venido de los primeros. Vuelven con particular aprovechamiento y admirados de sí mismos» (26).

La nueva práctica llegó a penetrar en la legislación de algunas *nuevas Congregaciones*, que comenzaron a prescribir su uso en las Constituciones u ordenaciones generales.

La primera de las Órdenes en que se realizó esto, fué la de los clérigos regulares de San Pablo, llamados vulgarmente *Barnabitas*.

Ya el fundador, San Antonio M. Zaccaria, había mandado que todos sus religiosos los practicaran antes de recibir el sacerdocio. No contentos con esto los barnabitas, en el capítulo general celebrado en 1578 bajo la presidencia de San Carlos Borromeo, nombrado Visitador de la Orden—cuyo influjo es manifiesto en el decreto—ordenó que «cada uno de los Hermanos, a partir de este momento hasta Pascua, hiciesen una vez, por un mes aproximadamente, los Ejercicios del P. Ignacio, de la Compañía de Jesús, u otros semejantes, según el uso de la Compañía» (27).

El mismo año de 1578, otra Congregación del milanesado fundada por San Carlos Borromeo y que consideró siempre—y sigue considerando—como uno de sus ministerios característicos el de los Ejercicios, la de *Oblatos de San Ambrosio*, incluyó en sus Constituciones, aprobadas por Gregorio XIII, la obligación de hacer la confesión general en determinadas ocasiones. Las Constituciones no especifican más, pero sabemos por el significado que se daba entonces a este término y por las reglas posteriores escritas por Federico Borromeo, que se quería indicar unos días de Ejercicios (28).

Un poco más allá del margen de esta historia, en 1608, el capítulo general de los *Teatinos* exhortó a los miembros de la Orden a hacer los Ejercicios todos los años durante diez días (29).

De este modo, lenta pero constantemente, iba penetrando la práctica ignaciana entre las costumbres espirituales de las Órdenes. A medida que la probaban se entusiasmaban con ella y comenzaba pronto a hacérseles familiar. Se preparó insensiblemente el camino para la prescripción obligatoria y el uso constante que se fué haciendo general a lo largo del siglo XVII.

---

(26) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 7, 598.
(27) MARÍN: *Enchiridion*, 667.
(28) MARÍN: *Enchiridion*, 667-668, 671.
(29) MARÍN: *Enchiridion*, 673.

4.—Congregantes marianos y colegiales.

También aumentaron de modo considerable los jóvenes que acudían a los Colegios de los jesuítas a recogerse durante algunos días. La causa principal fué la fundación de las Congregaciones marianas. En sus reglas se prescribía la práctica de los Ejercicios antes del ingreso en la Congregación. Para cumplir este requisito esencial, muchos se retiraban a hacerlos. Clemente VIII, en un Breve emitido el 30 de agosto de 1602, supone la práctica de los Ejercicios como un uso ordinario y normal entre los congregantes (30).

Pocas veces especifican las fuentes la condición de congregantes. Generalmente se limitan a indicar otra más general, como de universitario o estudiante. No faltan indicaciones sueltas, como se ha visto en los capítulos anteriores. Con todo, en cuanto recordamos, es Ávila la única ciudad de la que se dice que practicaron el retiro *todos* los congregantes. Se habla también de algún congregante que repetía la santa práctica todos los años (31). En Padua se señala que en 1583 estuvo un congregante más de 15 días (32). Aunque no se especifica el tiempo que estaban en otros centros, creemos que el de Padua no debió de ser caso único ni mucho menos. Más aún. Normalmente los jóvenes alargaban el retiro más que los caballeros, porque no querían salir sin haber resuelto el problema de elección.

Para no repetir los datos que hemos ido aduciendo en las diversas ciudades, baste lo dicho sobre los congregantes.

A éstos hay que asociar *los alumnos de los Colegios* de los jesuítas. Por desgracia no podemos precisar con toda claridad la evolución que se obró en este aspecto.

En tiempo de San Ignacio, por extraño que parezca, no frecuentaban los Ejercicios de modo normal los colegiales de los jesuítas. Los que lo hacían, lo hacían por razones personales, no en cuanto alumnos o porque fuera costumbre que los practicaran en el Colegio.

Parece que fué *Nadal*, en su viaje por Europa central de 1564 a 1567, si no el primero, al menos sí uno de los primeros y más activos en fomentar los Ejercicios entre los colegiales. En varias instrucciones que dejó a los Superiores, recomendó el que completasen la educación de los alumnos, principalmente de los más selectos, con el retiro ignaciano (33).

---

(30) *Institutum, S. I.*, I, 130. El P. Villaret, en su reciente historia de las Congregaciones, no habla de los Ejercicios practicados por los congregantes.

(31) *Cast. 32*, 50r, 69v. Cfr. también sobre Pagra SCHMIDL.

(32) *Venet. 100*, 219v.

(33) Nadal, en sus instrucciones para el Colegio de San Jerónimo de Dilinga y para el de Tournai. MHSI.: *Mon. Paed.*, 772, 849.

Ya antes de Nadal, *Laínez*, siempre alerta a la formación de los selectos, dió en 1557 una instrucción que deseamos trascribir en la parte que nos interesa:

«Tenga especial cuidado de los escolares y de nuestras escuelas, viendo el modo de ayudarlos espiritualmente y aun tomando cuidado por sí mismo de ayudar a algunos más selectos y dispuestos al estado de perfección, máxime en nuestra Compañía. Con tales conviene usar mayor diligencia que con los otros, ayudándolos en conversaciones, incitándolos a los sacramentos, al uso de la oración y a los Ejercicios espirituales» (34).

Sin duda que no debieron de ser sólo los PP. Laínez y Nadal los que abogaron por una práctica que parecía tan obvia. Sin embargo, hasta bien entrado el siglo XVII, no encontramos más que unos cuantos datos sueltos aquí y allá, que por muy incompletos que se supongan, muestran que todavía no se había formado una costumbre con proceso normal. El único dato de cierta importancia en donde se ve que ya daban los Ejercicios colectivamente nos viene de Villagarcía. Se nos refiere que en ese histórico rincón los practicaron en 1595 casi todos los 400 alumnos. Tendrá que pasar casi un siglo para que la práctica se generalice (35).

Para poder interpretar en su justo valor estos datos, necesitamos una vez más, hacer notar la diferencia que existía entre muchos de los alumnos de los Colegios jesuíticos del siglo XVI y los de ahora. Eran entonces, en general, de mucho menos edad, o para ser más precisos, no había entre ellos jóvenes ya mayores, como se da ahora en los últimos cursos, que son los que frecuentan los Ejercicios.

En uno de los Directorios escritos hacia 1580—el llamado Bl— al hablar de cómo hay que dar los Ejercicios a los niños de 7 a 12 años, se añade la siguiente acotación: ésta es la «edad de muchos de nuestros alumnos» (36). Se les daba lo que hoy llamaríamos enseñanza de las escuelas primarias. La altura espiritual era todavía inferior. Un documento de la época nos introducirá en el ambiente espiritual en que se movían. Se trata de unas instrucciones del tiempo del P. Laínez, en las que se dan normas sobre el modo de ayudar espiritualmente a los colegiales.

Lo primero que se debe intentar—se dice en estas instrucciones—es que comulguen de vez en cuando. Se deben evitar todo lo posible las comuniones sacrílegas. Insiste el documento en este punto indicando que es uno de los más importantes y también uno de los más difíciles. Sigue recomendando el que se procure ejercitar al colegial «en muchos actos de virtud y reducirlo a que haga lo que Dios le va inspirando». Al fin habla de la oración mental, de la que dice textualmente:

---

(34) *Inst. 117*, f. 205r.

(35) *Cast. 32*, 43v. En París, en 1566, los hicieron unos 50 internos, es decir, todos los alumnos internos excepto uno de Metz. *Gall. 53*, 71v.

(36) MHSI.: *Exerc.* 890.

«Acerca de la oración mental, no creo que a los jóvenes convenga mucho sofocarlos con insistir en ella, porque si no es alguna alma muy particularmente privilegiada no consiguen ejercitarse en ella. Por esto creo que basta enseñarles algunos modos de prepararse a la comunión» (37).

A almas de esta capacidad espiritual es difícil dar los Ejercicios de San Ignacio. No podían faltar algunos más selectos y mejor preparados, pero debían de constituir una excepción. No extrañará en estas circunstancias que aun el mismo P. Nadal se contentara con promover los Ejercicios de la primera semana o algunos equivalentes (38).

Existía otra dificultad que provenía de un capítulo muy distinto. No daban abasto por las dificultades de local y falta de personal a tantos como demandaban practicar el retiro. Se imponía una selección rígida. Por este principio atendían preferentemente a los demás, no sólo por su mayor capacidad, sino también por tratarse de personas menos atendidas. A los alumnos les ayudaban con conversaciones o exhortaciones privadas, que suplían en cierto sentido el trabajo de un retiro. En cambio, era la única ocasión de influir y hacer bien en muchos de los que se presentaban a Ejercicios.

5. Jerarquía eclesiástica y clases directoras.

Más difícil es dar una impresión de conjunto de las personas de significación social e influjo, lo mismo en el sector eclesiástico que civil, que se aprovecharon del método ignaciano.

En casi todas las naciones hemos ido encontrando un número no despreciable. La táctica clarividente de los primeros jesuítas consistió en ir atrayendo primero a los Obispos y demás Superiores eclesiásticos, y después a los seglares influyentes. La tarea fué difícil y en muchas ocasiones no lo consiguieron. Como ya notamos al hablar de Roma, se trataba de sujetos de distinción que tenían formada su mentalidad espiritual, de maestros con sus criterios bien definidos. Habían formado su régimen de vida espiritual en una época en que no se conocían los Ejercicios ignacianos. Muchos de ellos ni siquiera incluían en su distribución ordinaria los exámenes de conciencia o la oración mental. En su época de formación, que era el momento de influir en ellos, habían recibido otro espíritu. Se encontraban muy bien con sus prácticas y su mundo espiritual, y no tenían por qué ir introduciendo nuevas costumbres. Y todavía estaban mucho menos dispuestos a recibirlas de unos novatos. Ellos no eran discípulos, sino maestros y guías.

---

(37) *Archiv. Pont. Univ. Greg.* 199, f. 85.
(38) MHSI.: *Mon. Paed.* 772, 849.

Con todo, hubo más de los que se podía esperar en este estado de cosas. Primero, algunos de los más allegados a los Padres por razones de amistad, o por favores que les debían; luego otros, movidos por el afán de probar en sí mismos un método del que oían tantas alabanzas, fueron poco a poco practicándolos. Pero siempre, repetimos, fueron relativamente una minoría. La generalización no vino hasta bien avanzado el siglo XVII. No se puede decir que en nuestro período los principales jefes espirituales se hayan acercado a los Ejercicios, sino solamente algunos, aunque sean de los principales: reformadores religiosos como Felipe Thiebaut, Didier de la Cour, Luis Montoya, Daniel Picart; santos de la irradiación religiosa de San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, San Francisco Caracciolo, Santa María Magdalena de Pazzis—sin contar, naturalmente, a los santos jesuítas Javier, Borja, Canisio y Belarmino—y probablemente San Felipe de Neri y el Beato Ávila; apóstoles del influjo de un Andrés Du Val, Pedro de Bérulle, Alejandro Luzzago y, muy probablemente, Jerónimo Gracián y Fr. Luis de Granada; personas de sangre real, como los principales príncipes portugueses, Catalina de Austria, hermana de Carlos V y Juana, su hermana; políticos y jefes de la importancia de un Enrique de Guisa, jefe del partido católico francés, Carlos de Borbón, reconocido como lugarteniente general de Francia, Francisco Barreto, gobernador general de la India, Gómez de Ávila, virrey de Nápoles y de Valencia, Antonio Noronha, virrey de la India, Mem de Sa, gobernador general de Brasil, Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, Vicente I, duque de Mantua; príncipes y nobles de las más linajudas familias de España, Portugal, Japón y Bohemia como los Mendoza, La Cerda, Caraffa, Aragón, Borja, Cervini, Córdoba, Pianeza, von Dietrichstein, Fugger, Fernández de Velasco, Guzmán, Pimentel, Gonzaga, Hurtado de Mendoza, Lancastre, Toledo, Rangoni, Liechtstein, Manrique de Lara, Montfort, Orlandini, Orsini, Padilla, Olivares; Cardenales de la altura de Gaspar de Quiroga, Otón Truchsses, Felipe Guillermo de Baviera, Roberto de Nobili, Cervantes de Salazar, Juan Fr. Bonomini, antiguo Nuncio en Suiza, Viena y Colonia y colaborador activo de San Carlos Borromeo, Francisco von Dietrichstein, quien a la vez fué presidente del Consejo Secreto Imperial, Alberto Bolognetti, Nuncio en Venecia y Polonia; Obispos de los que más contribuyeron a la restauración religiosa como Jacob Blarer von Wartensee, uno de los principales restauradores del catolicismo suizo, Ernesto de Baviera, paladín esforzado en la lucha contra el protestantismo, Guillermo du Prat, los dos Guillermo Geyssolm, Alonso Velázquez, Juan Ertling, famoso predicador y apologista, Francisco Bárbaro, patriarca de Aquilea y promotor de importantes Sínodos de reforma eclesiástica, Luis Molin, de gran fama de santidad, Donato O'Taig, primado de Irlanda, Pedro Galiano, Francisco Reinoso, Andrés Sorbolonghi, de saber eximio, y tantos otros que no es necesario enumerar más en particular.

Los Ejercicios a través de estos personajes, se afianzaron en la espi-

ritualidad de la Iglesia, salieron del ambiente reducido de los jesuítas, comenzaron a representar un movimiento de tendencia general, iniciándose el proceso que culminaría con el reconocimiento oficial de parte de la Iglesia como de una de las prácticas más recomendables.

6.—Mujeres ejercitantes.

Los sectores que hemos considerado hasta ahora fueron aumentando sus contingentes al correr de los años. En cambio, el sector femenino sufrió una notable disminución. En ningún otro elemento de los habituales ejercitantes, se dió una modificación tan grande.

La principal provino no tanto de las mismas ejercitantes cuanto de las normas que los Superiores comenzaron a dictar en relación con ellas.

Las diversas prescripciones que se sucedieron en bastante número, fueron recomendando discreción suma en los Ejercicios con mujeres, y poniendo normas tan rígidas que dificultaban notablemente la práctica.

Sólo podían darles Ejercicios «selectísimos y probadísimos Padres», según se expresaba Nadal. Para comprender en su verdadera realidad la razón de esta orden, es necesario tener en cuenta, por una parte, la reserva pública que rodeaba a toda clase de relaciones entre personas de ambos sexos, y por otra, que los Ejercicios se reducían a una conversación privada, muchas veces sin testigo de ninguna clase. Polanco aplica este criterio aun a los ministerios con monjas. Una de las razones que da para probar que «ocuparse con monjas en predicarles, raras veces conviene, y en confesiones y conversaciones, rarísimas» es «por quitar las ocasiones de peligros y rumores que suelen suceder de tales asuntos» (39).

Aquí tenemos las dos palabras que resumen la razón de este proceder: «peligros» reales que existían en esa comunicación privada, y sobre todo, «rumores» de una sociedad que daba una importancia excepcional a la guarda de las formas externas.

El mismo San Ignacio insistía en normas muy semejantes:

«No conversaría con mujeres mozas y de poca manera, sino en iglesias y muy público, porque a una mano son leves, y ora sea vero o falso, frequenter se levanta mal humo de las tales conversaciones, por ser ellas en general más ligeras y no constantes en el servicio de Dios Nuestro Señor, y después, sus devociones muchas veces se convierten cuándo en carne, cuándo en fatiga, para que las hayan limosnas para sus necesidades corporales.

Si conversare con mujeres en las cosas espirituales, sería con nobles, y con quienes ningún rumor se pudiese levantar, sobre todo no hablando a

(39) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 530, la instrucción de Nadal. Las frases de Polanco en las Industrias, *Polanci Compl.* 2, 787.

ninguna mujer a puertas cerradas, ni apartadas, mas en público, que lo pueden ver, para quitar todo murmurar y suspición.

En todas conversaciones espirituales procuraría de ganar más un grado de provecho seguro, que por ganar ciento ponerme en peligro por hacer yo al otro más adelante, o desconcertado con él, aunque yo tuviese mucha razón, porque un escándalo, sea vero, sea falso, nos hace mucho más daño que si no hiciese más de la mitad de provecho que Dios Nuestro Señor hace por nosotros, máxime en este tiempo y en tales lugares» (40).

Para evitar estos inconvenientes—cuya gravedad tenemos que medirlos con la mentalidad del siglo XVI, no con la actual—se recurrió al sistema de dar los Ejercicios en la iglesia. En aquel sagrado recinto, abierto a toda clase de fieles, podían sostener una conversación—a eso se reducían en el aspecto externo los Ejercicios—sin los peligros a que se exponían en locales más retirados. Ya el P. Laínez, en el «Oficio del rector» lo mandó taxativamente: «Si se dan los Ejercicios a las mujeres, se les de en la iglesia». Nadal lo repitió en sus instrucciones y Mirón recogió en sus apuntes la misma norma (41).

Las mujeres, una vez oídos los puntos, se retiraban a sus casas, para, en secreto y en ambiente más recogido, meditar por su cuenta las verdades que les había expuesto el director y cumplir con las diversas prescripciones. Así—en frase de Mirón—podían hacerlos «con paz» (42).

En las prescripciones se limitó también la extensión y el contenido de estos Ejercicios-conversaciones. Nadal manda que se dé sólo «la primera semana y poco más, sin elecciones, a lo menos de estado». Aquaviva, que como veremos en seguida, se mostró despiadadamente severo en cercenar los Ejercicios a religiosas, limitó todavía más el contenido. En 1600 escribía al Provincial del Rin, P. Teodoro Buseo:

«Hemos escrito ya otras muchas veces que no parece merece la pena que se den estos Ejercicios a mujeres. Basta que los nuestros les dejen algunos libros espirituales, recomendando su lectura. A lo más se les podría enseñar en la iglesia privadamente algún método de oración y darles algunos puntos de meditación más convenientes para ellas» (43).

Parecerán demasiado severas estas normas. Obsérvese, con todo, que la función social y la formación cultural de la mujer del quinientos, era mucho más restringida. Y en aquel principio regulador de la máxima selección, que se habían impuesto, estos dos factores eran decisivos.

El criterio que según el Directorio anónimo Bl hay que seguir con las

---

(40) MHSI.: *Mon. Ign. Epp.*, 12, 293.

(41) El oficio de Laínez en *Inst. 220*, 119r; las instrucciones de Nadal en *Inst. 206*, 249v y MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 530. Mirón en *Inst. 186 c*, p. 323. Sobre el sistema que se seguía en los Ejercicios a mujeres, cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 147-148.

(42) *Inst. 186 c*, 153r.

(43) Aquaviva a Buseo, 1 de julio de 1600. *Rhen. Inf., 3*, 171v-172r. Cfr. DUHR, 1, 467. Más tajante es aún la respuesta a Nápoles de 1599: *Gli essercizi sp. non si diano alle donne. Neap. 6*, 112v.

mujeres, ofendería gravemente a la mujer moderna. Hay que seguir con ellas—dice—los principios expuestos en los Ejercicios a los niños o a las personas rudas.

Solamente admite la posibilidad de una excepción con las que posean un talento extraordinario o den muestra de una personalidad superior. Pero aun éstas tienen que conformarse con los Ejercicios que San Ignacio permite a las personas ocupadas, conforme a las normas de la anotación 19. Al día hora y media, o a lo sumo, dos horas (44).

Insisten las normas de entonces en otra condición muy comprensible en el ambiente social de entonces. No se les podía atender «sin consenso de sus maridos» como dice Nadal. Mirón recalca que deben tener «expreso permiso» (45). Se les trataba, conforme a la concepción de la época, prácticamente como a menores de edad.

Distinguían, con todo, entre las mujeres que se pasaban la vida en casa, y algunas matronas que, por su rango especial o por dedicarse a una vida de caridad particular y aun apostolado, podían ejercer un influjo nada despreciable en sus respectivos ambientes. Con éstas se seguía una conducta distinta, tan distinta, que se les formaba para que ellas mismas «instituyesen en la piedad a otras más jóvenes», es decir, para que dieran esos pocos Ejercicios que entonces se solían dar a las mujeres. Nadal recomienda en sus instrucciones al Provincial que se vaya fijando en algunas de éstas. Pone como ejemplo a la señora de Fugger, de la que ya hemos hablado (46).

Esta clase de personas era excepción entonces, no ahora. Las normas que se establecen con ellas pueden dar luz sobre la conducta que hubieran observado con los apóstoles que cuenta la sociedad de hoy en el elemento femenino.

7.—Ejercicios a religiosas.

Expusimos en nuestro tomo anterior las modalidades de los Ejercicios a las religiosas. Apenas hubo modificación en este respecto. Se siguió una conducta de discreción y reserva, procurando más bien ser difíciles en ir a los monasterios a dar Ejercicios «porque se hace en otras personas más fruto que no tienen su modo de servir a Dios tanto ordenado, como por quitar las ocasiones de peligros y rumores que suelen suceder en tales asuntos».

Otra vez nos encontramos con las mismas dos palabras que determinaron la reserva en los Ejercicios a las mujeres y que determinan

(44) MHSI.: *Exerc.*, 891.

(45) Nadal en *Inst. 206*, 249v y Mirón en *Ritus et traditiones S. I. Inst. 186* c, f. 153r.

(46) MHSI.: *Mon. Paed.*, 797. Sobre la familia Fugger, cfr. cap. 4, n. 7, p. 178.

también aquí: peligros y rumores. Constituyen la clave de toda la táctica.

Con las religiosas era mucho más fácil soslayar estos «peligros», porque se les hablaba en común, como vimos se hacía en tiempo de San Ignacio. Tampoco faltan en este período los casos que observábamos en el período anterior de superioras u otras religiosas que los daban en particular a las demás.

A pesar de esto, se fué tendiendo a restringir paulatinamente este ministerio. Entraban también los principios de selección que expusimos al hablar de los colegiales.

El *P. Laínez*, en el «Oficio del rector», indica que había que ayudar a los monasterios de monjas, pero con cautela. Por ello, continúa, «no se permita a los nuestros sin permiso de sus Superiores predicar, oír confesiones o dar Ejercicios, pero con su autorización se puede hacer» (47).

Recuérdese que las religiosas eran casi siempre una rama femenina de alguna de las grandes Órdenes, de cuyos Superiores dependían, y se verá lo prudente de la disposición de Laínez. Se podía interpretar la acción de los jesuítas como una intromisión en campo ajeno, y sobre todo, como un medio de ir adulterando el verdadero espíritu tradicional de aquellas veneradas Órdenes con infiltración de prácticas basadas en una mentalidad ajena al modo de ser propio suyo.

El mismo Laínez, en 1560, indicaba que a las religiosas no se les debía dar Ejercicios «si no se esperaba mucho fruto» (48), pero dentro siempre de esta moderación, juzgaba como un ministerio que podía aportar grandes bienes.

Más severo se muestra el *P. Mercuriano* en una respuesta que dió a la Congregación provincial de Nápoles, que le preguntaba si se podía tener ministerios ordinarios con religiosas y si se les podía dar Ejercicios y hacerles pláticas de modo continuo. La respuesta del Padre General es tajante: «No, guárdense íntegramente las Constituciones». Las Constituciones, como se sabe, prohiben los ministerios ordinarios, pero no algunos de los indicados en la propuesta, que se podían y debían considerar como extraordinarios (49).

De este tiempo es el Directorio Bl que hemos citado varias veces. En él se juzga que sólo, como algo excepcional, cuando se trata de religiosas de gran ingenio y espíritu, se les podía dar todos los Ejercicios tal cual estaban en el libro (50).

Una de las recomendaciones fundamentales en este punto, fué el que los directores fueran hombres llenos de experiencia, prudentes, llenos de discreción. Al *P. Aquaviva* no le parecieron bastantes estas

---

(47) *Inst. 220*, 119r.
(48) *Inst. 51*, 85r.
(49) *Congr. 42*, 112v-113r. El Padre General cita la P. 6, cap. 3 n. 5 [588].
(50) MHSI.: *Exerc.*, 891.

exhortaciones generales. Quiso que se controlase de modo especial esta práctica, para lo cual añadió un requisito que estuvo en vigor durante más de un siglo: la necesidad de pedir permiso expreso a los Provinciales cada vez que se deseaba dar Ejercicios a religiosas.

Esta orden la dió a muchas provincias en diversas ocasiones. La mayoría de las disposiciones datan de 1603, fecha, sin duda, en que determinó imponer esta nueva condición. Como ordinariamente se repiten los mismos conceptos, nos vamos a contentar con copiar una. Elegimos la respuesta que dió al Memorial de la provincia de Nápoles en 1603:

«No se dé ordinariamente Ejercicios a las religiosas, y no se acepte tal ministerio sin licencia expresa del Provincial, el cual tendrá cuidado de encargarlo a una persona prudente, circunspecta y muy espiritual. Se considere también el sitio en que se van a dar, qué religiosas son a las que se van a dar tales Ejercicios, para que no suceda que se siga lo contrario de lo que se pretende» (51).

Esta serie de medidas restrictivas tuvo que repercutir necesariamente en la práctica. De hecho se nota un cambio muy considerable entre el decenio 1560-1570 y el último tercio del siglo. Mientras que en la primera fecha abundan las relaciones de Ejercicios dados a benedictinas, jesuatas, canónigas regulares agustinas, carmelitas, clarisas, franciscanas, dominicas, en los últimos años apenas encontramos datos de monasterios ejercitados. La excepción más notable la constituye el Instituto de las Hermanas de la Misericordia, en el que se estableció el uso regular de los ejercicios; pero se trata de un Instituto fundado por San Carlos Borromeo, en que influían más que los jesuítas, los oblatos milaneses (52).

Los jesuítas se dedicaron a este ministerio más bien en circunstancias especiales, casi siempre cuando se trataba de reformar algún monasterio relajado. Por esta razón los Ejercicios, al menos en su forma más estricta, no fueron para las religiosas un medio ordinario de santificación y avance en la vida espiritual, sino un remedio impuesto en casos difíciles. Se tenían que contentar, fuera de estos casos, con exhortaciones sueltas, visitas esporádicas, en las que se les iba aplicando de modo diluído y según las circunstancias del momento lo iban aconsejando, algún punto de ascética ignaciana.

La razón principal de por qué continuaron dando Ejercicios en los monasterios relajados, era por la gran trasformación que producían en estos casos. Quedaba compensado de sobra el esfuerzo que suponía, y se neutralizaban los inconvenientes que veían los Padres Generales en este ministerio.

Para darnos idea de la conmoción que suscitaban, vamos a detenernos en un caso típico, que nos introduce como pocos, en el am-

(51) *Congr. 51*, 43v.
(52) MARÍN: *Enchiridion*, 666.

biente y nos hace palpar el modo con que esta arma contribuyó a la restauración religiosa. Advertimos que, escenas de esta índole, en mayor o menor grado, se repetían en innumerables partes.

Se trata del convento de *franciscanas de Jaraicejo*, fundado por don Francisco Quintano. Era tan lamentable su estado, que a principios del siglo XVI se vió obligado el Obispo, monseñor Laso, a repartir las religiosas entre los monasterios de Trujillo, Plasencia y Serranilla. En 1555 trató San Francisco de Borja de reducirlas a una vida más ordenada. Consiguió que aceptaran la regla de Santa Clara. Pero pronto se olvidaron de las exhortaciones y avisos del santo. Tres años más tarde fué a visitarlas el P. Saavedra. Encontró el monasterio en un estado lamentable, como se puede apreciar por la descripción que hace de él en una relación escrita precisamente a San Francisco de Borja, quien, como acabamos de indicar, había trabajado con ellas.

«Huelgo mucho que V. R. hubiese tratado con ellas, y ordenádoles sus Constituciones y conocido su dureza, para que oiga qué ha sacado Nuestro Señor de lo que V. R. dejó barbechado. Jamás vieron Constituciones, ni las guardaron. Bandos entre sí, *sicut erat in principio*. Obediencia en hecho ni en palabra, como si jamás la hubieran votado. Sus alhajas y todas otras menudencias, como si cada celda fuera su casa formada y vivieran en el siglo. Respecto a obedecer al señor Obispo, en solo aquello que a ellas les pareciera y no más. Tocas con azafrán y otras cosas de sortijas y bujerías a su sabor. Mortificaciones ni penitencias, ni por señal, por manera que sólo el nombre tenían» (53).

Es fácil que generalice algo el P. Saavedra, pero esta descripción coincide con muchas otras que hacen de esos monasterios los Padres que los visitaban, cuando no indican cosas aún peores, como, por ejemplo, lo que se narra del convento de Amelia, reformado por el P. Passau en 1560, que las monjas «salían a bailar y a lo que querían, haciendo también entrar en él a los que les parecía» (54).

El fruto conseguido en Jaraicejo, idéntico también en sus líneas sustanciales al que se solían obtener en los demás, lo cuenta el P. Saavedra con gran lujo de detalles y con un afán desmedido de amplificar y, sin duda, también de generalizar los aspectos buenos. Pero aun quitando de su pintura esos aderezos barrocos, queda todavía un fondo impresionante de la trasformación conseguida:

«Ahora llegó la hora del Señor y ha puesto tanto su benditísima mano, que tienen de ordinario una hora de oración mental a la mañana y otra a la tarde, y no es monja la que no va con un deseo insaciable. Todos los dijes y trajes han dado al través con ellos. A la Priora no hablan sino es de rodillas, cuando reprende, sin que alcen los ojos ni vuelvan palabra. Mudar el pie ni hacer cosa de la vida sin su licencia y bendición, no se ha de hacer. Hales dado Dios tanto gusto en la obediencia, que es cosa maravillosa. Lágrimas, no tengo qué escribir de las muchas que han derramado.

---

(53) Pedro Saavedra a San Francisco de Borja, 12 de abril de 1558. MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 592.

(54) Suetonio de Crescentis a Laínez. MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 906.

Hánse confesado generalmente casi todas. Dicen que no saben cómo se salvaran, si Dios no hubiera sido servido de darles luz por los medios de los Ejercicios. Van con tanta alegría a las mortificaciones, que ha sido necesario ponerles rienda. Una se trasquiló a cruces y se quedó en una sayita de debajo y se puso una soga a la garganta, y destocada y desnuda entró a pedir perdón en el refectorio, y decir sus culpas y a pedir perdón. Fué tanto lo que sintieron todas, que casi se levantaron sin comer de la mesa, llorando fuertemente, y decíanme que se le había representado Cristo Nuestro Señor cuando le llevaban a la sacratísima Pasión. Otra se hincó de rodillas y descalza, y se dió de bofetadas, y dijo su culpa con grandes lágrimas, y besó los pies a todas y pidió perdón. Otra en su capítulo, desnuda hasta la cinta y destocada y una soga a la garganta, se dió muy buenos azotes, y pidió a la Priora que le arrastrasen y tirasen de la soga. Otra por castigo de su rostro, se tocó un barredero y tomó una sartén y se dió con ella, y se tiznó y pidió perdón a todas y besó los pies, diciendo que toda su vida había vivido engañada y había dado mal ejemplo. Otra se puso a la puerta del refectorio y pidió que por amor de la Pasión de Cristo Nuestro Señor todas las que saliesen, le diesen de bofetadas y le escupiesen en la cara, y como no estaban tan instruídas, le dieron al salir cada una en el rostro con moderación, llorando fuertemente de compasión.

Desde que comenzaron a tratar de consideración, jamás hubo discordia, sino grandísimo amor y caridad entre ellas, gran conformidad. No querían lavar ni cocer en su casa, ni guisar de comer. Ahora la que más puede, más sirve y hace, y han pedido algunas que perpetuamente las dejen en la cocina, otras que quieren ser lavanderas, otras que quieren barrer y limpiar los servicios. Muchas han entregado las llaves a la Priora con todas sus alhajas y puesto en sus manos cuanto tienen, y a mí me han dicho diga lo que deben hacer de todo ello, que no quieren sino servir a Dios. Tienen gran propósito de perseverancia» (55).

8.—Comparación con el período anterior.

Para ser completos necesitábamos hablar todavía de una categoría más de ejercitantes: de los jesuítas. Pero se entremezclan tantas cuestiones en este punto, que preferimos tratarlo por separado.

Dejando pues, a los jesuítas, para el capítulo octavo, comparemos sin más los núcleos ya estudiados con los del período precedente.

Lo primero que salta a la vista es que se ha ganado en *uniformidad* y que se acentúa mucho el elemento eclesiástico. Los primeros años habría, tal vez, un mayor hervor en algunos puntos. Estudiantes jesuítas dejaban sus cuartos para que pudieran habilitarlos los ejercitantes. Se les instalaba a éstos en cualquier parte. Se hacían esfuerzos para poder admitir uno más. Eran períodos de exaltación que no podían durar y que repercutían no pocas veces en la formación de los escolares jesuítas. A esos momentos, por mil circunstancias imprevistas, como el cambio de un Superior, la enfermedad de un escolar, decaimiento del entusiasmo, se sucedían otros en los que no se daban los Ejercicios a casi ninguno.

(55) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 592-594.

Ahora no habrá puntos tan altos en la curva de la práctica, pero tampoco tan bajos. La marcha ofrece una perspectiva mucho más regular.

Disminuye, también en conjunto, el contingente de familias nobles, y más aún el elemento femenino, pero aumenta el de jóvenes y de personas deseosas de mayor santidad.

Sobre todo, *aumenta notablemente el número de centros* en donde se recogen. Los treinta Colegios de 1556, se habían convertido en 1615, fecha de la muerte del P. Aquaviva, en 372. Por sólo este hecho se centuplicó el número de ejercitantes, ya que no había mucha diferencia entre los que acudían a hacer Ejercicios a un Colegio en 1550 o en 1600. Téngase en cuenta que no entran en este número las 200 casas, diversas de los Colegios, que poseían los jesuítas, en algunas de las cuales, sobre todo en las cuarenta de probación, se daban incesantemente Ejercicios.

Con todo, es necesario reconocer que hacia 1560-1570, hubo una crisis fuerte de Ejercicios y de directores. Se aflojó bastante la intensidad inicial y se bastardeó no poco su naturaleza en algunas partes. Pero este punto hay que tratarlo más a fondo. Nos ocuparemos de él más adelante. Baste aquí haber insinuado el fenómeno para poder apreciar mejor la línea de conjunto (56).

Vencida la crisis, se tendió gradualmente a una mayor selección. Una de las causas de la decadencia había sido la poca formación de los directores y la nimia facilidad en admitir a Ejercicios. Ahora tendieron, como sucede en todas las reacciones, al extremo contrario. La severidad en los retiros a religiosas hay que explicarla en parte en este ambiente. Las órdenes de los Superiores eran terminantes. En casa sólo se había de admitir a quienes podían hacer los Ejercicios completos o de quienes se esperaba mucho por sus cualidades especiales.

El P. Gil González Dávila, escribe al hablar de los que hay que admitir a Ejercicios:

«Que estén ya bien entrados en la adolescencia *(firma iam et adulta aetate)*, de juicio e ingenio, para que no perdamos con ellos el «aceite» y el trabajo. Porque hay que tener gran cuenta con la selección para que los Ejercicios no caigan en descrédito. Hay que usar del don de la discreción para que no construyamos el edificio espiritual sobre arena» (57).

En el mismo sentido dictaminó el P. Ibáñez en su visita de 1578 a la provincia de Toledo:

«No se dé lugar a que se den Ejercicios a gente de fuera, si no fueren personas de tanta virtud y ejemplo que se espere [mucho de ellos]..... No se admita chusma, ni mucho número junto de ejercitantes, como se suele por Semana Santa, que se entiende suele ser de poco provecho. Haya elección a admitir personas a los Ejercicios» (58).

---

(56) Véase cap. 13, nn. 2-6.
(57) MHSI.: *Exerc.*, 906.
(58) *Hisp. 90*, 61r.

Debido a esta orientación subió en conjunto el nivel de la calidad de los ejercitantes. De muchas partes se puede repetir lo que escribe el cronista de Valladolid en 1598: que practicaban los Ejercicios solamente «los más aptos para la virtud» (59).

Entraban de por medio en esta actitud otros factores parecidos a los que se dieron al fin de la vida de San Ignacio. La expansión enorme de la Compañía durante el generalato del P. Aquaviva, la multiplicación de Colegios, el incremento de las misiones extranjeras, los compromisos ineludibles con príncipes y prelados, el gusto de la época por ministerios de más lustre exterior y brillo, fueron empleando un gran número de Padres en otras ocupaciones. Téngase en cuenta que en estos tiempos daban Ejercicios no Padres dedicados exclusivamente a ellos, sino Padres que tenían como función principal otra obra: dar clases, dirigir Congregaciones, ejercitar algún cargo de gobierno. Los Ejercicios los daban en el tiempo que les quedaba libre de sus ocupaciones. Al aumentar el trabajo, disminuía necesariamente el espacio que podían dedicar a este trabajo.

Otro factor externo influyó también en la evolución de la marcha de la práctica, pero más bien en sentido favorable: *la constitución de muchas casas de formación jesuítica.* Al principio los noviciados eran pocos e instalados de forma muy precaria. Muchas veces formaban parte de algún Colegio o residencia. En tiempo del P. Aquaviva existían, de modo regular, en todas las provincias. El ambiente de paz y la presencia de Padres espirituales experimentados, el fervor de las Comunidades, hacían de estos centros parajes ideales para el recogimiento. En los Colegios, en cambio, cada vez aumentaba el número de alumnos. Los profesores se encontraban muchas veces sobrecargados de clases. Se fué de esta manera produciendo un corrimiento de ejercitantes de los Colegios a los noviciados y casas de formación. Como éstas crecieron en gran número y generalmente podían hospedar a bastantes, en conjunto el número de los que podían atender era mayor.

Tal es el aspecto de conjunto que ofrecen los Ejercicios en este período. No tenemos más que distribuir los ejercitantes que hemos ido presentando en los capítulos anteriores por todas las ciudades en que los jesuítas poseían alguna casa en número ordinariamente discreto—tan sólo en los centros más florecientes llegaban al centenar al año—para darnos idea de la amplitud de la práctica ignaciana.

Es un trabajo callado, oculto, de elaboración y fermentación interna, sin grandes resonancias al exterior. Pero cada vez se van haciendo más amplios los sectores uniformes y de una misma procedencia y con ellos cada vez van infiltrándose más en ambientes determinados y tomando carta de ciudadanía en almas que aspiraban a una vida de mayor santidad.

---

(59) *Cast. 32*, 57v.

CAPÍTULO VII

CASAS DE EJERCICIOS EN EL SIGLO XVI

1.—Primeras moradas para ejercitantes.

San Ignacio, como es sabido, aconseja en su libro de Ejercicios un cambio de morada para cuando se desea practicar su método. Norma acertada aun bajo el punto de vista psicológico. Nada ayuda tanto a producir la impresión de sentirse desligado del pasado, como romper con la cadena de afecciones vinculadas a parajes y personas con que necesariamente se ha de topar en su domicilio habitual.

En un nuevo ambiente de reposo y paz se concentra el ánimo insensiblemente y se hace con toda naturalidad el paso del cambio exterior al interior. Como algo congénito con el nuevo estado, va brotando una fuerza interna, una ansia de superación y renovación que incita a forjarse una nueva vida para el futuro, la vida y que contempla en aquel oasis a la luz fulgurante de las grandes verdades, como la más propia para sí.

Sinteticemos brevemente, para dar la materia completa, lo que largamente expusimos en el tomo anterior sobre los primeros años.

Desde el principio fueron las casas de religiosos las preferidas. Se comprende. El silencio monacal actúa como un sedante sobre el alma, templándola para el recogimiento y la oración. Pero no podían contentarse con casas ajenas. En los Colegios que iban fundando los jesuítas en proporción siempre creciente, reservaban algunos cuartos para los que deseaban practicar el método ignaciano.

Los Colegios pequeños, situados en poblaciones de escasa importancia o de poco profesorado, no podían pensar en grande afluencia de ejercitantes. Su poca disponibilidad de local y su vida precaria, no les permitía semejantes lujos de expansión. Siguieron con un par de cuartos reservados para este apostolado complementario.

En los centros mayores, en cambio, fué alcanzando el movimiento proporciones tan vastas, que se hizo necesario abordar el problema de frente. Cinco, seis y aun diez ejercitantes, un día y otro día, sin apenas interrupción alguna, iban pesando fuertemente en la balanza de las ocupaciones de los profesores.

La marea ascensional de alumnos en casi todos los Colegios, a la vez que iba sobrecargando las tareas escolares de los Padres, y en consecuencia mermándoles el tiempo hábil para los ejercitantes, invadía con sus crecientes exigencias de sitio, los locales del edificio, creando nuevos problemas de hospedaje y, sobre todo, coartando la independencia y soledad que les era necesaria.

Las soluciones tuvieron que adaptarse a las condiciones concretas impuestas por la disposición de cada edificio, pero siempre, la consecuencia inmediata y más importante, en definitiva, era la progresiva separación de las dos entidades que antes se confundían muchas veces en un ser común: el Colegio y la Casa de Ejercicios.

Los cuartos fueron colocándose en sitios aislados en lo posible del resto del pabellón.

En otros sitios se fué más lejos. Se acondicionaron o se levantaron de nueva planta locales exclusivamente destinados para los ejercitantes, ya en el jardín o huerta del Colegio, ya en alguna casa vecina que se compraba y habilitaba para tal objeto. En seguida veremos ejemplos concretos de ambas tendencias. No nos hemos de imaginar grandes pabellones con espaciosas galerías y amplios salones, como estamos acostumbrados a contemplar en la actualidad. Eran, ordinariamente, pequeños cobertizos con unos cuantos cuartos, y algún que otro local.

2.—Diversos tipos de Casas de Ejercicios individuales.

Insensiblemente, como efecto de una evolución producida por un espontáneo desarrollo, se fué produciendo la separación definitiva (1).

A la muerte de San Ignacio, todo Colegio era una Casa de Ejercicios. Al fin del siglo XVI, junto a cada Colegio grande, existía una Casa de Ejercicios. Eran como dos comunidades que, aunque tenían algunos ligámenes mutuos, en realidad se movían por separado.

El primer caso de estos centros más o menos independientes, lo tenemos ya estudiado en nuestro primer tomo (2). Fué el de *Alcalá*. El nuevo pabellón, construído en 1553 expresamente para los ejercitantes, aunque era prolongación del edificio antiguo, estaba totalmente incomunicado, entrándose en él por portería distinta.

(1) *Historia*, 1, 141-143.
(2) *Historia*, 1, 144-145.

Algunos años más tarde se imitó en *Colonia* el sistema seguido en la ciudad universitaria de Cisneros (3).

Ni aun así y todo se consiguió dar abasto a todas las peticiones. Las fuentes de 1562 lo recalcan expresamente (4). Fué algo general, que refleja el ambiente de entusiasmo que supieron suscitar aquellos Padres. Por más que agrandaban los locales, siempre quedaban esperando turno decenas de jóvenes.

En *Lovaina* se dió un fenómeno semejante. También aquí se tuvo que buscar pronto alguna solución a la avalancha de ejercitantes. En 1569 se edificó un pequeño pabellón capaz hasta para nueve personas, lo que suponía entonces un esfuerzo notable. Difícilmente podemos apreciar hoy día el trabajo que exigía el atender individualmente no un día ni dos sólo, sino todo el año, a nueve jóvenes. Tenían que estar a cada momento dispuestos a resolver las cuestiones y problemas que se suscitaban en días tan críticos y decisivos (5). No es extraño que las fuentes tengan que repetir que, a pesar de la ampliación, los cuartos nunca o «rara vez» estaban vacíos. El famoso centro universitario belga, se llevó la primacía en el movimiento de retiros de los Países Bajos, y aun en el resto de Europa difícilmente se encontrará en aquella época otro que lo supere (6).

Trasformaciones parecidas se obraron gradualmente en otros Colegios, como *Lima*, *Palencia* y *Ratisbona*. Fué el espontáneo desprenderse de un fruto ya maduro, del árbol en que hasta entonces había necesitado sustentarse.

Otras casas nacieron independientes con la finalidad propia y exclusiva, desde el principio, de servir para albergue de ejercitantes. No se desasieron de ningún centro jesuítico en que se apoyaban hasta entonces. Es verdad que varias eran propiedad de algún Colegio. Generalmente casas de campo. Pero estaban en poblaciones distintas, sin que antes se hubieran dado allí Ejercicios, como sucedía en los Colegios.

El primer tipo de esta clase de moradas, después del de la villa alquilada en Siena en 1539, fué el palomar de *Val do Rosal*, sito en uno de los rincones más amenos y solitarios de los alrededores de Lisboa. Desde 1559 era posesión del Colegio lisbonés, donde solían acogerse los enfermos y pasaban sus vacaciones veraniegas los profesores y estudiantes del vecino Colegio jesuítico.

Al hablar de los Ejercicios en Portugal, hablamos largamente de este centro; describimos la casa, el ambiente solitario, los paseos entre quebradas y barrancos (7). Aquí nos toca sólo añadir que, en sitio tan apto para el descanso y esparcimiento, lo mismo corporal que es-

---

(3) DUHR: *Geschichte*, 1, 468.
(4) MHSI.: *Epp. Nad.*, 20, 613.
(5) MHSI.: *Lainii Mon.*, 8, 29.
(6) PONCELET, 399, n. 1 y 400, n. 7.
(7) Véase cap. 3, n. 18, pp. 143-144.

piritual, fueron cobijándose sin cesar, desde 1570, personas que deseaban gozar de la soledad ignaciana, abriéndose así la primera Casa «permanente», como le llama un documento contemporáneo, y totalmente aislada de otro centro jesuítico.

También se habilitaron para ejercitantes casas de campo de otros Colegios, como la finca denominada «Jesús del Monte», perteneciente al Colegio de Alcalá, o la amplia y sana que poseía el Colegio de Salamanca (8). Pero siguieron siendo villas de esparcimiento dependientes de algún centro de enseñanza. No eran más que un reflejo de los retiros que se daban en el Colegio, trasladados allí por razones de mayor comodidad y aislamiento.

3.—Casas en los jardines de los Colegios.

Una solución intermedia entre la fusión de los Colegios de España y la independencia de Lisboa, prevaleció en otras localidades. Se acomodaba una casita en el mismo jardín del Colegio, o cuando esto no era factible, en las cercanías. Separados de esta manera totalmente del edificio principal, gozaban sus moradores de absoluta independencia, y por otra parte la proximidad permitía un ahorro considerable de personal y un santo desahogo a los Padres que, ocupados en trabajos literarios, de gran influjo aun en el terreno apostólico, pero no de acción tan directamente consoladora y espiritual, se veían forzados a represar sus ansias de predicar a Jesucristo.

Esta orientación prevaleció principalmente en *los Países Bajos*. La encontramos en *Cambrai* ya en 1569. La idea no partió de los jesuítas, sino de los benedictinos, que entusiasmados con el fruto que el método ignaciano había producido en sus monasterios y veían seguía produciendo en la sociedad, pusieron a disposición de los Padres dos amplias casas que poseían en la ciudad para que, sin estrecheces de sitios, pudieran practicar los Ejercicios todos los que los deseaban (9).

El mismo origen tuvo, medio siglo más tarde, en 1625, la Casa de Ejercicios de Maubeuge.

Antonio de Winghe, Abad entonces de Lissies, uno de los monasterios que desde el tiempo del venerable Luis de Blois había favorecido con más ardor la acción de los jesuítas, inflamado de ardiente celo por la causa ignaciana, no se contentó con regalar una antigua posesión suya, como se hizo en Cambrai, sino que, además, compró una de las

(8) Ya en 1562 se dió Ejercicios en Jesús del Monte a un doctor en Teología. *Bibl. Vitt. Emm. Fond. Ges. 742*. La de Salamanca se edificó hacia 1572. Se describen los edificios como *optimae et satis amplae. Hisp. 141*, 340v.

(9) *Germ. 10*, 327. Anuas de 1569.

casas colindantes con la huerta de los Padres, arregló dentro de ella una capilla con suntuosidad y gusto verdaderamente benedictinos, amuebló por su propia cuenta algunos cuartos y aun señaló un presupuesto anual para cubrir los gastos de los ejercitantes (10).

Más frecuente fué todavía en los Países Bajos el edificar alguna tejavana para ejercitantes dentro del mismo jardín del Colegio. A fines del siglo XVI poseía el Colegio de *Maastricht*, en un extremo de la posesión, una casa de este estilo, definida por las fuentes de «comodísima» (11). Al menos, el año 1606, existía también otra en un rincón apacible y solitario del huerto del Colegio de *Tournai*, donde podían albergarse cinco o seis (12).

En 1603, el P. Manareo, en visita oficial a la provincia, viendo que en *Bruselas* «por la estrechez de la casa, no se podía preparar ningún local apto para dar Ejercicios de una manera perfecta e íntegra» propuso otra solución: que se alquilaran algunos cuartos en casa de alguna persona de confianza o eclesiástica en donde permanecieran durante el retiro. Proponía el Visitador esta solución como medida provisional «hasta que el Señor conceda al Colegio algo mejor». Esta solución mejor vino pocos años más tarde, en 1612, en que se edificó en el jardín una pequeña casa «obra singular—según el redactor de la carta anua—, digna de ser visitada» (13).

De este modo, como avanzadas de un poderoso ejército, plegándose a las circunstancias y dificultades concretas de cada parte, fueron emplazando los jesuítas estas Casas de Ejercicios en las ciudades donde permanecían de asiento, conforme a la orden dada por el P. Aquaviva de establecerlas «en todos los Colegios y casas» (14), y conforme a requerimientos de los Padres más conspicuos (15).

Para llevar adelante esta obra, hubo ocasiones en que dejaron algunos sus propios cuartos a los ejercitantes.

Se llegó en Padua, en 1588, a hacer combinaciones en la enfermería, para poder hospedar a uno (16). Rasgos aislados que nos revelan el principio fundamental regulador de la práctica. Todo el regalo y facilidades posibles para el ejercitante, aun a trueque de la comodidad de los jesuítas que moraban en las Casas (17).

En los planos de los Colegios que se deseaban levantar en el siglo XVII

---

(10) CBE, 39 (1912), 34.

(11) *Historia domus Traiectensis*, citada por PONCELET, 2, 398.

(12) MANAREO: *De rebus Societatis Commentarius*. Florencia, 1886. Cfr. PONCELET, 2, 398.

(13) PONCELET, 2, 398, n. 3. El texto de la visita de Manareo en F. CLAEYS-BOÚÚAERT: *Une visite canonique... en Belgique*, 31.

(14) Instrucción del 14 de agosto de 1599. *Inst. 67*, 209.

(15) Así, v. gr., los Padres de la provincia de Sicilia reunidos en Congregación en 1573. *Congr. 42*, 13v.

(16) Carta del P. Beringucci al P. Aquaviva (soli). Padua, 19 de agosto de 1588. *Opp. NN. 332*, 60r.

(17) Véase, por ejemplo, CBE, 6 (1906), 64 y en Coimbra, *Lus. 73*, 1r.

no es raro encontrar un ala, o un tránsito al menos, con la denominación «para ejercitantes». Algunos, como los del Colegio de Alcalá, de una amplitud insospechada, casi un cuerpo entero del edificio en torno a un patio no pequeño, aislado del cuerpo principal. Creemos que no se llegó a realizar este vasto plan del Colegio complutense. En otras «trazas», como llamaban entonces a los planos, aparece el diseño de un pabellón independiente para Ejercicios en el jardín mismo (18).

No se hacía con esto más que secundar las órdenes dadas por el P. Aquaviva en una carta circular de 14 de agosto de 1599:

«Deseamos que en los nuevos edificios se designen cuartos propios para [ejercitantes], para que los Superiores no se vean obligados a rechazarlos por angustias de local» (19).

Casi con las mismas palabras repitió la orden, que sepamos, a la provincia romana en 1606 y suponemos que a otras provincias más, insistiendo en que se buscase una solución definitiva para facilitar «tan santo y propio ministerio» (20).

Acomodándose a las órdenes del Padre General podían realizar un plan orgánico, ajustando a las conveniencias de los ejercitantes los cuartos y demás dependencias, sin arreglos forzados de cosas ya hechas, que siempre tenían que resultar deficientes.

4.—Casas para Ejercicios en tandas.

Los locales hasta ahora mencionados estaban destinados para Ejercicios individuales. De ahí su relativa pequeñez. Se daban, es verdad, retiros colectivos, pero se tenían o abiertos en las iglesias a las mujeres o cerrados a religiosos, monjas, seminaristas en sus respectivos conventos o Seminarios. Como sucede actualmente, durante esos días, se convertían las sedes de los religiosos en Casas de Ejercicios.

En los Seminarios regentados por los jesuítas, es decir, en los llamados Colegios ingleses y Colegio germánico, había también habitaciones reservadas donde podían retirarse los seminaristas a su llegada o en ocasiones especiales. Pero, además, los repetían periódicamente todos juntos, en el mismo Seminario.

Un proceso similar se dió en las tandas colectivas. Se comenzó arreglando cuartos, pabellones, partes del edificio, hasta que se acabó edificando casas con este fin exclusivo.

---

(18) Cfr. CBE, 66 (1920), 18.
(19) *Epistolae PP. Generalium*, 1, 278.
(20) *Inst. 70*, 124-125 y *Congr. 51*, 8r.

La más famosa de éstas, fué el *Asceterium de San Carlos Borromeo*, levantado en 1569. El santo Cardenal lo consideraba como un complemento del Seminario que había levantado a imitación de los que regentaban los jesuítas, solo que en proporciones mucho más amplias. Los mismos sacerdotes de San Ambrosio, al suceder a los jesuítas en su dirección, continuaron también con los Ejercicios, reuniendo en una misma mano estas dos obras que mutuamente se complementaban. Hay, pues, perfecto paralelismo entre el Asceterium milanés y la táctica que seguían los jesuítas no sólo en sus Seminarios, pero aun en sus Colegios. Ambos a dos eran al mismo tiempo centros de enseñanza y de retiros.

En el plano de la Casa de Milán, se había señalado un comedor común a todos, cosa obvia, tratándose de bastantes decenas de comensales. Sin embargo, el austero Cardenal temía que fuera un foco de distracciones. Aunque ignoramos cómo quedó en definitiva, suponemos que se seguirían los planos en este punto (21).

Se levantó la Casa en 1579 en el jardín del Seminario, exactamente como hacían los jesuítas, sobre todo belgas. Debía de ser, por la sucinta descripción que hace de él el P. De Rossi, un martillo con austeras celdas a los dos lados, separadas entre sí por un pasillo central (22). El tiempo ordinario de estancia era de unos quince días, más o menos, según el arbitrio del Director. «En torno al modo—escribe el mismo santo—se procura imitar a los Padres jesuítas y sacar luz de sus reglas, que tienen cierta forma del P. Ignacio, impresas en un libro» (23).

Hablamos siempre, como es obvio, de Ejercicios practicados en retiro, de los que en terminología ignaciana, se llaman cerrados. Porque Ejercicios abiertos se practicaban en los sitios más varios. Allí donde las circunstancias concretas de cada caso lo fueran exigiendo. A las mujeres, ordinariamente en la iglesia; a los hombres en las mismas casas de los jesuítas, en un local próximo a la portería, que correspondería a los modernos locutorios—como lo dejó prescrito el P. Nadal—(24), y también en sus domicilios particulares o en los de algún amigo. Sabemos, por ejemplo, que en la gran casa del apóstol veneciano Alejandro Luzzago, se dieron a muchos Ejercicios (25). Aun la misma cárcel se habilitó para darlos, como en Valencia en 1592, donde los recibió un exreligioso, ayudante de un falsificador y cambista de monedas (26).

---

(21) C., RATTI, CBE, 32 (1911), 18.
(22) C., RATTI, p. 18.
(23) C., RATTI, p. 19.
(24) El testimonio de Nadal en *Inst. 208*, 165r. Sobre los sitios en que se dieron Ejercicios abiertos, véase lo que he escrito en el primer tomo de esta *Historia*, 147-148.
(25) CBE, 6 (1906), 63-64. Cfr. lo que decimos en el cap. 1, pp. 33-36.
(26) *Cast. 28*, 32.

5.—Ajuar de los cuartos.

Entremos ahora en alguna de estas Casas para ver su reglamento y distribución y estudiar los principales problemas que fueron suscitándose con su progresivo desarrollo.

Deseamos abordar la misma realidad tal cual fué desenvolviéndose, no precisamente las prescripciones teóricas en sí mismas. El ideal de soledad y método prefijado en el libro y en los Directorios, nos es de sobra conocido. Lo que nos interesa es ver hasta qué punto pudieron traducirlo a la práctica.

Comencemos por el aspecto material: el ajuar de los aposentos. A juzgar por los planos que se conservan y por la arquitectura de los edificios de la época, las habitaciones individuales eran amplias, altas, sin esa acogedora intimidad que priva hoy día, pero en compensación, independientes de las piezas vecinas, aisladas de toda clase de ruídos, poco sensibles a las variaciones de la temperatura. Condiciones preciosas para personas que tenían que pasarse prácticamente todo el día en aquel único recinto, pues no sólo la materia de la meditación la exponía el Director en sus visitas, pero aun la comida se les servía allí mismo.

Eran piezas casi desnudas de todo adorno y ajuar. Producirá extrañeza el hecho de que, en no pocos sitios, el ejercitante tenía que traer consigo hasta la misma cama. El Directorio del P. Victoria, dice que «no se le de más de lo espiritual y la cámara». Así, la cámara sola, diríamos hoy, sin amueblar, como resulta evidente por la frase que sigue: «Y también cama, cuando a él le faltase o no la pudiese traer sin dificultad» (27).

Todavía en el último decenio del siglo XVI se continuaba con el mismo sistema. Se deduce de unas observaciones que se mandaron al Directorio de 1591. En él se decía que el encargado debía hacer la cama al ejercitante. A nuestro observador le parece mal esta prescripción, porque dice, a muchos les causará sonrojo tal medida, ya que muchas veces no tienen cama o la que han traído es muy miserable. Por ello, continúa, convendría determinar en el Directorio si han de traer consigo la cama o más bien si la ha de proporcionar el Colegio (28). Todavía un Directorio andaluz muy posterior a nuestra época, recomienda que «El Padre Director o los Hermanos señalados cuiden ver si cada ejercitante trae cama. Suele suceder que con una quieren componerse dos contra la modestia. Y para que no se falte a ella, hay (tal vez a deshora), que buscarle cama en casa» (29).

---

(27) *Exerc.*, 787.
(28) *Exerc.*, 1.102, n. 6.
(29) *Exer.*, 948.

Había pues, camas en casa, pero a pesar de eso querían que, como norma general, las trajese cada uno. Ciertamente que a nosotros se nos hace bien extraño este modo de proceder. Por cierto que fué ésta una puerta por donde entró la vanidad y el buen parecer. Las personas de distinción social, querían a veces traer ajuar elegante y rico con su correspondiente servidumbre, preparación ciertamente no ideal para lograr la disposición inicial que desea San Ignacio de los que entran a practicar su método.

En la Historia del Colegio de Granada se nos cuenta un caso típico. Conmovido por uno de los fogosos sermones del P. Basilio, decidió uno de los gentileshombres más distinguidos de la ciudad, probar los Ejercicios. Se dirigió para ello al Colegio «trayendo de su casa grande aparato de cama de seda de campo, colchones, sábanas y almohadas y colcha de seda y otras cosas con que se adornó el aposento». Todo esto—concluye piadosamente el cronista—«lo permitió Dios para su mayor bien». Porque pudo a los pocos días comprobarse más paladinamente la trasformación de su alma, al repudiar aquellos adornos y reducirse a cosas raídas y viejas (30).

Queremos todavía añadir un testimonio muy curioso, del P. Ceccotti, que manda se coloquen, a falta de una, «dos camas en cada cuarto: una sin colchón y mantas; otra preparada religiosamente, para que, cuando se sienta movido a hacer penitencia, duerma sobre la primera, siempre según las reglas de la prudencia y consentimiento del Director» (31).

Prescindiendo de la cama, cuya falta no sabemos hasta qué punto fué general, los cuartos estaban equipados sólo con las cosas más indispensables.

Desde el principio se dió su importancia a la primera impresión que podía producir la parte material en el que entraba en su nueva morada. Para evitar desagradables olvidos, se manda al Director en un Directorio holandés antiguo, que «antes de que venga el ejercitante vaya él personalmente al cuarto y vea si está limpio y preparado, si la cama está hecha» y no falta nada (32). Parecido consejo se da en el Directorio Breve. Que vaya viendo a ver si le falta algo: luz, papel, etc. (33).

Son curiosas las descripciones que conservamos del ajuar de cada aposento en las diversas Casas. Quitando las diferencias necesarias y las particularidades propias de cada región, pueden darnos una idea del mobiliario que se estilaba.

Apenas si había más enseres que la mesa, una silla, un reclinatorio

---

(30) *Historia del Colegio de Granada.* Ms. del arch. de la prov. de Toledo, capítulo 16, p. 49.
(31) CBE, 35 (1911), 37.
(32) *Bibl. Nac. Roma. Fondo Ges., 1594, 2.*
(33) *Exerc.*, 973.

que recibía el nombre de *oratorium*, un crucifijo, candelero, velas, agua bendita, utensilios de limpieza con agua que había de cambiarse diariamente. Sin duda, hay que incluir entre las particularidades más locales, un par de cosas enumeradas por el Directorio holandés antes citado: reloj de arena y brasero o leña para la chimenea en invierno (34).

El Directorio de Cordeses, en vigor en Granada, recomienda, por su parte, poner encima de la mesa «una imagen devota y si posible fuere, sea de la Pasión» (35). En este insignificante detalle se aprecia cómo se acomodaba a la imaginación y devoción sensible de los andaluces.

Tampoco se descuidan detalles como el de colocar recado de escribir, tinta, papel y pluma.

Bien pocos libros completaban el ajuar. Un Breviario, el libro de Horas, tan universalmente usado entre los seglares del Renacimiento, y un Kempis (36).

Con todo, durante el trascurso del retiro, le iba dejando el Director otros libros, según iba viendo la conveniencia de su lectura durante aquellos días. Los Directorios hablan de varios: los Evangelios, las Confesiones de San Agustín, obras de San Bernardo, y del P. Fr. Luis de Granada, con alusiones particulares a su Libro de Oración, *De quatuor Novissimis* de Dionisio el Cartujano, varias Vidas de santos (37). Y cierto que no son más que una muestra de los que solían dejar o recomendar.

Sin duda, por no ser de uso tan personal como ahora, aconseja el Directorio de Cordeses que se le ponga también «el rosario en que ha de rezar» (38).

Extrañará más otro aditamento al ajuar indicado por el Directorio del P. de Fabi, prueba fehaciente de la seguridad que tenían de la excelente disposición inicial del nuevo huésped. Indica que «desde la primera noche se les pone a cada uno cilicio en el aposento y disciplina» (39). El P. Ceccotti dice que se prepara en el cuarto «disciplina, cilicio, pan y agua» (40).

---

(34) *Bibl. Nac. Roma. Fondo Ges., 1594, 2.*

(35) *Exerc.*, 952.

(36) *Exerc.*, 984, 952.

(37) Citamos las páginas del tomo de MHSI de Ejercicios en que se van recomendando los diversos libros espirituales: *Evangelios*, pp. 811, 896, 917, 1.016, 1.090, 1.123. El *Kempis*, pp. 812, 848, 896, 917, 938, 989, 1.016, 1.050, 1.089, 1.098, 1.123, 1.151. Las *Confesiones* de San Agustín, pp. 848, 1.123. *San Bernardo*, páginas 811, 812, 1.050, 1.151. *Fray Luis de Granada*, pp. 896, 1.050, 1.151. *Vidas de santos*, pp. 917, 938, 1.016, 1.090, 1.123. *Dionisio el Cartujano* en la p. 1.123. *Horas de la Virgen*, pp. 848, 952, 1.015, 1.016, 1.123. Del *Breviario* se habla en páginas 848, 952, 1.015, 1.123. Cfr. P. LETURIA: *Lecturas espirituales durante los Ejercicios según San Ignacio. Manresa*, 20 (1948), 295-310.

(38) *Exerc.*, 952.

(39) *Exerc.*, 948.

(40) CBE, 35 (1911), 37.

Ciertamente que no se colocaban en todas partes, desde el principio, estos instrumentos de penitencia en el aposento. Son varios los testimonios de otra práctica: la de entregarlos de una u otra manera durante los Ejercicios, porque los iba a necesitar bien durante aquellos días.

San Ignacio, en su Directorio, dice expresamente:

«Quanto a las otras penitencias, decláresele lo que dicen los Ejercicios y en lo que podría pedir algún instrumento, como disciplina, cilicio, etc., en general se ofrezca el que da los Ejercicios que le dará lo que le pidiese» (41).

Véanse también las industrias que sugiere el P. Polanco, que suponen la falta de tales enseres en el equipo inicial del ejercitante.

Está hablando de la visita que debe hacerle el segundo día, después de haberle explicado el día anterior las adiciones, entre ellas la décima en que el santo regula las normas sobre la penitencia. Continúa después:

«Y si pide él mismo cilicio y disciplina, conviene dárselos. Pero si no lo pide, ni siquiera cuando se le habla de los frutos de la penitencia, ni se le ve con intención de mortificarse en la comida, lecho o alguna otra cosa exterior del cuerpo, se le puede preguntar a ver si quiere algo de aquello, porque hay quienes lo desean, pero tienen reparo en pedirlo. Alguno de los antiguos Padres, dejaba en el cuarto, como si se le cayese sin darse cuenta, la disciplina» (42).

Poco más debía de encontrar el ejercitante a su llegada. Nada de lujo ni de confort. Se atendía con sobriedad a sus necesidades y conveniencias y nada más. El aposento era más que una sala acogedora y confortable «de estar», un sitio de trabajo, en que no se buscaban comodidades, sino que se adentrara lo mejor que pudiera en las verdades de los Ejercicios, arrodillado en su oratorio o reclinatorio.

Más aún. Una de las condiciones fundamentales, por no decir la fundamental de todas, que habían de poseer los aposentos, era la de la soledad y el retiro. Sean locales, dice San Ignacio, donde «cuanto menos pueda ser visto, ni platicar con ninguno» (43).

El Directorio del P. Cordeses explica cómo hay que entender lo de la «celda apartada».

«Se ha de procurar que sea tal que de ella pueda salir a oír Misa, o decirla si fuera sacerdote (casi lo único para lo que se salía de ellas), sin topar con personas que lo estorben» (44).

Todavía baja a más detalles el P. Polanco:

«Se elija un local idóneo, en el que no le vea ni le hable ningún familiar, ni otra persona alguna, de donde puede ir cómodamente a oír Misa, a vis-

---

(41) *Exerc.*, 782, 2.°.

(42) *Exerc.*, 809, n. 54. También el P. Mirón indica la conveniencia de ofrecer semejantes instrumentos. *Exerc.*, 857. Mi. alt. 45.

(43) *Exerc.*, 779.

(44) *Exerc.*, 951.

peras, si le gusta, a pasear y a hacer todo lo demás con toda libertad, y a donde pueda también dirigirse el director sin incomodidad y pueda llevársele fácilmente la comida que desee» (45).

A través de las descripciones que nos han quedado del emplazamiento de los cuartos, podemos apreciar el cuidado con que en la práctica cumplían estas prescripciones. Estaban, como dice Nadal, «apartados de la común conversación» (46); eran unas «celdas» «en la parte [de la casa] más recogida que hubiere» (47), «donde no le veía otra persona más del Padre que le daba los Ejercicios y el Hermano que le servía» (48).

Recordemos todavía los pabellones construídos en los jardines de los Colegios, para poder gozar de una mayor soledad e independendencia, o los tránsitos reservados en un ángulo extremo de la casa.

Ejemplo manifiesto de esta tendencia nos suministra la Historia del Colegio de *Villimar*. Situado en un pueblecito, en las afueras de Burgos, cerca de la Cartuja, llevaba una vida lánguida por falta de alumnos. Eran muy pocos los jóvenes que podían dedicarse al estudio en aquel pequeño vecindario. Menos aún se podía contar con estudiantes de Burgos, dada la lentitud de comunicaciones de entonces.

Varias veces se intentó cerrarlo. Sin embargo, nunca se hizo, venciendo siempre el segundo factor de todo Colegio de entonces: el ser sede de retiros, dado que era «muy conveniente para recogerse a Ejercicios por la soledad y quietud grande del lugar» (49).

6.—Bases económicas.

Más grave y complicado que el problema del local era el de la manutención, sobre todo en los Colegios pequeños y de fundación muy deficiente, que a duras penas se bastaban para las necesidades de sus moradores habituales.

Hubo crisis muy agudas, y hubo circunstancias en que los rectores se mostraron bastante reacios en admitir ejercitantes por suponer una carga demasiado pesada para la precaria situación en que se desenvolvían.

Los Padres de la provincia romana reunidos para la Congregación provincial en 1606, se quejaron de que «muchas veces los Superiores se excusan para no admitir ejercitantes, con la pobreza de la casa y la penuria de cuartos» (50).

---

(45) *Exerc.*, 803.
(46) *Inst. 208*, 165r.
(47) *Exerc.*, 787.
(48) *Peru 25*, p. 42. *Historia general*, lib. 1, cap. 6.
(49) L. VALDIVIA, 244r y P. GUZMÁN: *Cast. 35*, 349v.
(50) *Inst. 70*, 124, 125 y *Congr. 51*, 8r.

Los Superiores y en particular el P. Aquaviva, estuvieron siempre alerta para evitar que por estas o similares razones, padeciese merma tan fructuosa obra y no se cansó de ordenar que se recibiesen siempre *prompte et alacriter* a pesar de las incomodidades que acarreaban y del déficit de muchas de las casas (51).

Nada menos que en una carta circular escrita a toda la Compañía el 14 de agosto de 1599, llama la atención sobre este particular.

«Es necesario que los Superiores locales se muestren prontos y liberales en la admisión de los que desean ayudarse con los Ejercicios, de modo que posponiendo todas las dificultades, aun los gastos que algunas veces tendrán que hacer, dilaten el corazón anteponiendo el fruto espiritual que se espera con la gracia divina» (52).

Lo eficaz era ir a la raíz del mal, quitando las causas que dificultaban el desenvolvimiento. Arriba hemos visto cómo se procuró remediar una parte de él: la estrechez de local. Nos toca ahora exponer cómo se fué procurando subsanar el desequilibrio económico.

El sistema ideal era el de las fundaciones de capitales estables. Hubo desde el principio cuartos o casas que pudieron gozar de este favor, fuese por considerarse englobadas en el Colegio que poseía renta fija, fuese por munificencia particular de algún noble y pío señor. Así el conde de Mélito costeó el pabellón que se construyó en 1533 para Ejercicios en Alcalá, dotándolo convenientemente (53). Con parecidas limosnas fueron levantándose otros centros. Ya hemos hablado de la generosidad de los benedictinos de Cambrai. No fueron estos los únicos casos. En Palencia, en 1596, una persona de la que se nos dice solamente que era piísima, sin darnos más detalles de su nombre o posición, entusiasmada por el bien que había producido el retiro en su alma, mandó edificar a su cargo en la parte más apta y retirada de la casa de los jesuítas de aquella ciudad, dos cuartos, dotándolos de todo lo necesario. El coste se elevó a cien escudos de oro (54).

Algo muy parecido hizo el conde Mario Calori, Abad de Grazziano, quien, como narra el P. Rossignoli, «en un tránsito de su misma casa, dividido en 24 aposentos, bien dispuestos..... sustenta con grande liberalidad a todos lós eclesiásticos que quieran ejercitarse en estas meditaciones» (55).

El Deán de la Catedral de Burgos, aunque no con una pensión fija, sí con fuertes limosnas, ayuda a los gastos de los ejercitantes de Villimar y del mismo Burgos (56).

Pero eran mucho mayores las necesidades de las almas y el ansia

---

(51) Véase, por ejemplo, en *Rom. 1*, 63r y *Opp. NN. 68*, 127r.
(52) *Epist. PP. Generalium*, 1, 277.
(53) IPARRAGUIRRE, vol, 1, pp. 144-145.
(54) *Cast. 32*, 49v.
(55) ROSSIGNOLI: *Noticias*, lib. 2.°, cap. 9, n. 247, p. 241.
(56) *Cast. 32*, 38v y 50v.

de los jesuítas por extender este medio de santificación, que la generosidad de los donantes. Tuvieron, pues, que excogitar nuevas estratagemas para incrementar la obra.

La solución más natural era la de hacer pagar al mismo ejercitante la pensión por la comida y hospedaje, cosa bien justa y razonable. Aun así quedaba sin gratificarse el no pequeño trabajo del ejercitador. Más aún. El saber que iba a pasar dos, tres y aun cuatro semanas bien atendido, sin gastar un céntimo, podía prestarse a que solicitaran la admisión por móviles demasiado rastreros.

Sin embargo, no en todas partes se optó por esta medida, fuese por existir ya fundación propia o por no creerlo conducente el rector, al menos en casos particulares. Hubo de hecho, en la práctica, dos tendencias que se reflejan claramente en los documentos de la época.

Casi a los principios de la Compañía, en 1545, se escribía desde Colonia: «Ejercitantes no faltan y los sustentamos con nuestra pobreza» (57).

En una reunión que tuvo, según parece, a fines del siglo XVI, en el Colegio de Lovaina, el Padre Provincial con el Padre Vicerrector y los consultores de la casa, se determinó lo siguiente:

«Comiencen también, aquí sobre todo que no hay tanta abundancia de clero, a instruir a los prójimos con los Ejercicios espirituales. Hay que evitar el pedir absolutamente nada de dinero por la alimentación a los de fuera que en lo futuro se ejerciten con nosotros. Ni siquiera se les mencione palabra alguna sobre este punto, sino que se deje todo a la caridad y liberalidad de los más ricos» (58).

Este Padre Provincial parece ser el P. Manareo, ya que dejó en 1586 unas instrucciones en que se repiten los mismos conceptos: No hacer alusión al pago. Recibir el dinero sólo en caso de que lo ofreciesen voluntariamente (59).

Las normas fueron mandadas hacia 1581-1584 al P. Aquaviva, quien las aprobó plenamente (60).

Este uso se debió de generalizar en Bélgica en virtud de semejantes prescripciones.

7.—Sistemas de pago.

Con todo la mayor parte de los documentos señalan una tendencia contraria, que por otra parte parece mucho más obvia: la de exigir las expensas de la alimentación y del hospedaje.

(57) MHSI.: *Bob. Mon.* 77.
(58) *Arch. di Stato de Roma. Gesuiti Miscellanea, 3482.*
(59) PONCELET: *Histoire*, 2, 398.
(60) *Epp. PP. Gener.*, 1, 277.

Véanse los prudentes avisos que dejó el P. Nadal en su visita por Portugal y España y que señalaron bien pronto, como la mayoría de las prescripciones del Visitador mallorquín, la pauta más generalizada en los Colegios jesuíticos.

«Los forasteros que hicieren los Ejercicios en casa es necesario que paguen la costa. [Esto] entiéndese ordinariamente, *hoc est*, por el mismo principio de pobreza que tenemos, [en virtud del cual] no debemos ser así largos en cosa que no debemos expender. Todavía en donde el Colegio fuese rico o en caso juzgase el rector rationabiliter que no se debe pedir nada, cuando probabiliter se juzgará que después ellos lo satisfarán [no se les pida nada]» (61).

El Directorio del P. Hofeo se inspira evidentemente en estos avisos, prueba de cómo se extendió aun por Alemania la costumbre patrocinada por el P. Nadal.

«Conviene que entiendan los ejercitantes que han de pagar lo que sea razonable por la comida y bebida, no por afán de lucro, sino solamente por causa de nuestra pobreza, para que no se grave el Colegio» (62).

El P. Mirón, compilador tradicional y diligente de las prácticas que fué introduciendo el P. Nadal, sigue también en esto a su maestro, aunque con una modalidad interesante. Manda al ejercitante que dé directamente a su llegada a casa, al comprador, el dinero necesario para las compras (63). Sin duda se inspiraba esta costumbre en la práctica antiquísima reflejada en el Directorio del P. Vitoria.

«Que es bien que den tanto dinero o más que basta para el tiempo que allí estuviere, porque si algo sobrare se lo volverá; salvo que se hace esto, porque el cuidado de proveer no le impida el que de hacer bien los Ejercicios ha de tener» (64).

El P. Castro, en su Historia del Colegio de Alcalá, habla de un caballero que olvidó sufragar los gastos de la comida; señal, es verdad, de que se solía cobrar, pero a la vez de que no se les exigía con demasiada severidad.

Con el tiempo fué generalizándose este uso. Pero no llegó a imponerse por completo. La Comisión reunida en Roma para la elaboración del Directorio oficial se inclina a esa solución, pero no hace más que permitirla sin imponerla, indicando que se eviten las dificultades que podían sobrevenir de su empleo.

Síntoma evidente de la dualidad en la práctica y de la diferencia de opiniones.

---

(61) *Inst. 206*, 137r y *Inst. 208*, 167. Avisos de Coimbra en 1561. El párrafo trascrito acaba con un anacoluto que hemos suplido con la frase que parece estar pidiendo el sentido.

(62) *Exerc.*, 990.

(63) *Exerc.*, 881.

(64) *Exerc.*, 787, n. 6.

Decían así los Padres:

«Si el ejercitante quisiera dar dinero para pagar sus gastos, no se le prohiba el hacerlo, puesto que bastante le damos, conforme a nuestra profesión, con lo espiritual. Pero en tal caso deben los nuestros anotar las salidas y entradas, devolviendo lo que sobrare al final» (65).

En el Directorio que redactó el P. Aquaviva a base del proyecto presentado, modificó la orientación. Sin inclinarse a ninguna de las dos tendencias, deja la decisión última de cada caso al Superior, contentándose con indicar los abusos que convendría evitar en los dos extremos.

«En cuanto a las expensas, cuando venga alguno, se consulte al Superior. A su prudencia toca el moderar todo de manera que si ofreciere algo por la comida, no se disminuya el fruto o el número de los ejercitantes con pretexto de no gravar a la casa, y por el contrario no se haga nada que desdiga o tenga alguna apariencia de avaricia» (66).

En el Directorio oficial definitivo se dejó sustancialmente el párrafo, pero añadiendo la frase siguiente:

«Parece que comunmente no hay que rehusar al que ofrezca el coste, sobre todo si es de los más ricos, ni tampoco se le ha de pedir si él no ofrece» (67).

Todos estos cambios y modificaciones están delatando una gran variedad y libertad en la práctica. Lo mismo se deduce de la oposición que se levantó por un sector.

Un anónimo protesta del abuso de exigir dinero a los ejercitantes. Sería de desear—dice—que se abrogara tal uso introducido en algunas partes, aunque se podía tolerar cuando se trata de magnates (68).

8.—Normas para la comida.

La comida que se daba a los ejercitantes estaba en relación con el sistema seguido en el pago.

Nada podían exigir los que nada pagaban. A éstos sin duda, fuera de casos de enfermedad, se les debía servir, plato más, plato menos, lo que se preparaba para la Comunidad.

Entre los que pagaban vemos dos procedimientos, correspondientes en parte, y sólo en parte, a las modalidades con que se satisfacía el coste.

---

(65) *Exerc.*, 1.010, nota *a)*. Direct. Variorum.
(66) *Exerc.*, 1.017-1.018.
(67) *Exerc.*, 1.125.
(68) *Exerc.*, 1.102, n. 2.

Los que entregaban directamente el dinero al comprador, se las arreglaban con él para la cuestión de los manjares que deseaban les comprara. Fué la costumbre más antigua, más fácil de observar en casas pequeñas, y cuando los ejercitantes eran uno o dos cada vez. No era más que una aplicación de la adaptación individual que en todo, aun en lo material, se efectuaba entonces. Además de que se consideraba la refección corporal como uno de los tiempos y modos más propios para hacer penitencia, lo mismo en la calidad que en la cantidad de los alimentos, todo lo cual para llevarse a perfección, exigía un acuerdo individual.

Los testimonios de San Ignacio en su Directorio son bien elocuentes.

«Cuando uno hace Ejercicios, siempre le sea demandado qué quiere comer, y désele, aunque pida una gallina o nonada, como él tuviere devoción: en tal modo que cuando hubiere acabado el comer, él mismo diga al que le quita los platos, o le lleva el comer, lo que quiere cenar; y así después de la cena, lo que querrá comer el día siguiente, porque esto juzga ser de las cosas que más ayudan» (69).

Al final del Directorio vuelve a repetir lo mismo casi a la letra (70).

El Directorio dictado al P. Vitoria se inspira en la misma práctica recalcándola todavía más si cabe. Ha de preguntarle el sirviente después de cada comida lo que desea para la siguiente y «no se le ha de traer más ni menos ni otra cosa ninguna, salvo lo que él expresamente pidiere y la hora que quisiere que se lo dé, y no antes ni después, y no se contente con que le diga: dadme lo que dan a los Hermanos, sino que se excuse diciendo, que aquello es contra la orden de los Ejercicios y que es menester que pida expresamente lo que quiere, y si sólo pan le pidiese, y desto sólo una onza, no le ha de traer ni dar otra cosa» (71).

Se le ponía pues, como dice Polanco, la comida «que pide», pagando el precio correspondiente. Tan sólo en caso de que se excediera en alguno de los dos extremos, ha de intervenir el Director para hacer lo que la caridad y la discreción le dictare (72).

Fácilmente se ve que tal sistema en una Comunidad organizada con cocina común para todos los de la casa, llevaba a la larga muchos inconvenientes, dado que solía haber simultáneamente varios ejercitantes y su presencia era casi continua todo el año.

Sin embargo, se daba tanta importancia al punto de la comida, que no obstante estas dificultades, en el Directorio oficial se manda «preguntar qué es lo que quiere que se le traiga, y llevarle lo que ha pedido» (73).

Sólo en un documento se supone la otra práctica de servir de lo que dan a la Comunidad. Es el Directorio del P. Hofeo donde se manda

(69) *Exerc.*, 782.
(70) *Exerc.*, 784, 785.
(71) *Exerc.*, 787, 788.
(72) *Exerc.*, 803, 806. Lo mismo el Directorio de Cordeses. *Exerc.*, 954.
(73) *Exerc.*, 1.018, 1.126.

preguntar al ejercitante al comienzo de su retiro si se contentará con la comida ordinaria de los Padres. La bebida se dejaba a su elección, preguntándosele «qué bebida quería» (74). El último día se podría invitarle como despedida, sobre todo si es persona distinguida, a comer con la Comunidad (75).

9.—Algunas particularidades sobre el servicio.

Hubiéramos deseado añadir noticias más concretas sobre particularidades del servicio, la organización material y demás detalles de tipo práctico, pero los contemporáneos no se rebajaban a describir estas menudencias, que daban por sabidas, y juzgaban sin valor y como naderías en el conjunto de una obra espiritual.

Nos tendremos que contentar con glosar algunas noticias escasas y esporádicas recogidas de los Directorios.

Solía encargarse de la dirección del servicio un Hermano coadjutor. Así un tal H. Alonso Sandoval, en un informe suyo dado al P. Nadal, afirmó haber «servido», y en los Directorios continuamente se está aludiendo a «estos Hermanos señalados» (76).

Se les exigen muchas cualidades y nada ordinarias. Su virtud principal ha de ser la diligencia y la caridad. Debe de ser, además, «fiel, discreto, taciturno y tal que edifique con su modestia y el ejemplo de su humildad y devoción» (77). Habrá circunstancias en que aun para el provecho espiritual convendrá que sea persona conocida de antes por el ejercitante (78).

No ha de hablar con el que está en retiro más que de lo que atañe a su oficio, a la comida, al cuarto y esto con muy pocas palabras. O como dijo San Ignacio al P. Vitoria:

«No le ha de hablar en cosa ninguna, salvo en lo que toca a su servicio, como darle camisa, y que ya está aderezado de comer, o otra cosa semejante, como es dicho» (79).

Ha de dar cuenta de todo al Director y no ha de llevar nada a sus ejercitantes, aunque se lo pidan, sin su consentimiento, o como en su estilo sencillo y realista se expresaba San Ignacio:

«Tendrá mucho cuidado de edificarle con la humildad y composición de su persona, y diligencia en servirlo por Jesucristo Nuestro Señor en todo

(74) *Exerc.*, 782.
(75) *Exerc.*, 784, 785.
(76) *Fond. Gesù. Inf. Nadal*, 1, 59.
(77) *Exerc.*, 1.018, 1.125.
(78) *Exerc.*, 1.018, 1.125 y 1.103 (7).
(79) *Exerc.*, 788.

lo que hubiere menester con mucha muestra de caridad y con la observación del silencio santo y discreto, y hacer cada día particular oración por él y por quien le da los ejercicios, para que entrambos cumplan la voluntad divina» (80).

Esta recomendación de orar por su vigilado, se repite en varios otros Directorios con insistencia, como en el del P. Hofeo y en el definitivo oficial en que se le manda lo haga «todos los días» (81).

El Hermano debía de atender a todo lo referente a la comida y a las necesidades ordinarias, es decir, a todo «lo que toca a su servicio» (82).

Es el encargado de la limpieza del aposento, a la que daban mucha importancia. Mientras está en Misa, le hará «la cama, y limpiará la cámara, y aderezará lo que ha de aderezar». Le barrerá el cuarto, y cuidará de traerle todo limpio y bien presentado (83).

Sobre el hacer la cama, recuérdese lo que dijimos más arriba de que no en todas partes se les suministraba el lecho, y de que algunos traían desvencijados camastros, y se comprenderá la razón de por qué un anónimo añade que habrá ocasiones, por la miseria de la cama que ha traído, en que daría vergüenza al ejercitante se le compusiera el lecho (84).

A él toca todo lo referente al orden y a la disciplina exterior. Tiene que indicar el principio y fin de las diversas distribuciones y vigilar para que se lleve al ejercitante a su debido tiempo todo lo que necesita.

Si hay varios en Ejercicios, ha de procurar que «no convengan» entre sí y no se estorben mutuamente. Ha de vigilarlos suavemente e informar al Director del modo con que proceden (85).

Para que el Hermano pudiera realizar mejor las diversas funciones, se le solía entregar unas instrucciones escritas en las que se le detallaba punto por punto el modo de ir practicando su oficio. Vamos a transcribir una de éstas. Su lectura servirá de resumen de lo que venimos exponiendo y sobre todo esclarecerá algunos puntos particulares, insignificantes en sí, pero que nos introducen en el ambiente de las Casas de Ejercicios del quinientos.

Es una instrucción para los que cuidaban de los Ejercicios que se practicaban en primera probación, pero casi todos sus puntos se pueden aplicar a los demás ejercitantes. Dice así:

«Procuren ser diligentes en su oficio, advirtiendo si falta al ejercitante algo de lo que se le suele dejar ordinariamente, como Gerson (Kempis), papel, tinta, pluma, cuchillo, recado de escribir, tijeras, reloj, toallas, agua, etc.

---

(80) *Exerc.*, 788.
(81) *Exerc.*, 991, 1.018, 1.125.
(82) *Exerc.*, 788.
(83) *Exerc.*, 788, 1.018, 1.125.
(84) *Exerc.*, 1.102 (6).
(85) *Exerc.*, 788, 991.

Sobre el oír la Misa, se ponga de acuerdo con el Superior.

Procure, sobre todo, guardar la regla que manda avisar al Superior cuando sale fuera de casa, para que se ponga uno que le sustituya en su oficio, no sea que por esta ausencia, se les prive a los ejercitantes de algo necesario.

Cuando los ejercitantes pidan algo que se refiera al espíritu, no les responderán nada, sino que les remitirán al Superior, o sin saber ellos, lo referirá él mismo al Superior.

Al llevarles la comida o la cena, o al procurar que se les lleve, les preguntará si les falta algo.

Si es nuevo, le enseñará la primera vez cómo hay que desdoblar y doblar la servilleta, y esto ya la primera noche, a no ser que lo haga otra persona.

El que sirve al ejercitante haga el examen un cuarto de hora antes de los demás. Acabado el examen irá a la cocina, llevando consigo la bandeja de madera, sobre la que pondrá la comida. Colocará los platos en el siguiente orden: Primero la sopa, después el plato del principio, sobre el cual pondrá la carne o los huevos, etc., cubriendo cada uno de los platos con su correspondiente tapa o con algún platillo. Vea, además, si falta algo de lo que se le suele poner, como la sal, el mantel, la servilleta, el cuchillo, vaso, cuchara. Todas estas cosas le dejará en el cuarto, cambiándolas solamente los domingos, a no ser que con alguno se ordene otra cosa. Se informará del Superior si debe llevarle algo extraordinario, sobre todo los dos primeros días.

Acabada la primera mesa, vaya a ella, dejando en su sitio los platos, que los llevará en la bandeja de madera.

Tenga cuidado de recoger la basura, cuando el ejercitante barre el cuarto. El agua puede llevarle muy bien después de la oración de la tarde, o en otro tiempo que parezca más conveniente.

No hable con él sin permiso, fuera de los saludos ordinarios y de las preguntas necesarias para ver si le falta algo.

Cuando vea que deja algo notable en la comida o cena, avise al Superior, sobre todo si lo hace con frecuencia.

Enseñe al ejercitante el modo de encender la luz con el candelabro y que la lleve del modo que se perturbe menos al sitio de donde la ha tomado.

Si notare algo particular, avise al Superior y no a otros. Por fin, el que sirve a los ejercitantes o a los que están en primera probación, ore por él» (86).

Acaba la instrucción explicando cómo había que lavarle los pies, pero esto se solía hacer con los novicios, no con los ejercitantes. Creemos que estos datos pueden servir para comprender el modo con que se desarrollaba en aquel ambiente y en aquel siglo, tan distintos del nuestro en tantas cosas, la práctica de San Ignacio. Son factores externos, pero muchas veces repercuten de modo insospechado en el mismo proceso interno.

(86) *Op. NN. 29*, p. 245-246.

PARTE SEGUNDA

LA PRÁCTICA DE LOS EJERCICIOS ENTRE LOS JESUÍTAS

CAPÍTULO VIII

LOS JESUÍTAS EJERCITANTES

I. Los primeros años

1.—Fuentes.

Entramos en un tema erizado de no pocas dificultades, por lo enmarañado de las cuestiones que se entremezclan y por la oscuridad que rodea el significado exacto de la nomenclatura, familiar entonces en el mundo de los Ejercicios, pero cuya interpretación se ha tornado extraordinariamente difícil con la lejanía de cuatro siglos.

No es que falten documentos de gran valor para iluminar este punto. Pero por encontrarse desperdigados entre notas de asuntos muy variados y por su interpretación a menudo nada fácil, yacen todavía sepultados en los Archivos. De modo general se puede decir que las relaciones de los Colegios, las Cartas anuas de las provincias, las necrologías de los Padres más eminentes, encierran preciosos datos, que es necesario exhumar para la recta solución del problema (1).

Sobresalen por su importancia las informaciones recogidas por el P. Jerónimo Nadal en las visitas que hizo a los Colegios de España, Portugal y Francia en 1561-1562, y a los alemanes de 1566 a 1568. Presentó en todas las Casas, conforme iba visitándolas, una encuesta con las preguntas más vitales para darse cuenta de la marcha de los Colegios y del estado particular de cada sujeto. En una de ellas, precioso venero para nuestro trabajo, se pedía a todos, información exacta

(1) La mayoría permanece inédita en el Archivo central de la Orden. Iremos citando al pie las diversas fuentes muy desperdigadas en su mayoría. Algo se ha publicado en MHSI sobre todo en *Epistolae Mixtae*, *Litt. Quadr.* y *Chronicon* de Polanco.

de los Ejercicios que hubieran practicado. Las respuestas, autógrafas, consérvanse en el Archivo central de la Compañía de Jesús de Roma. No es necesario insistir en la importancia de este documento (2), que será la principal, pero no la única luz que nos guie en nuestro arduo camino.

Las misceláneas espirituales de estudiantes jesuítas del antiguo Colegio romano, centones de prácticas de piedad, son de un valor incalculable para penetrar en la psicología y costumbres de aquellos jóvenes religiosos y descubrir las reacciones personales que provocaba el arte ignaciano.

Los contados estudios que existen más o menos relacionados con el tema, se han basado casi únicamente en los documentos publicados en *Monumenta Historica Societatis Iesu.*

Fuera de algunas alusiones en las biografías de antiguos jesuítas al tratar del momento en que se retiraron a la fragua ignaciana, no recordamos más trabajos sobre nuestro tema, que unas breves líneas en el *Ensayo histórico,* del P. Bernard (3), un artículo del P. Eusebio Hernández, que se limita a la vida y criterio personal de San Ignacio (4) y un valioso estudio de los PP. Viller y Olphe-Galliard, que aunque sobre un tema más reducido que el nuestro—cómo brotaron las repeticiones anuales de Ejercicios—ofrece perspectivas fecundas para la primitiva evolución de los retiros ignacianos (5).

En el primer tomo, como indicamos en la introducción, tuvimos que prescindir de los Ejercicios practicados por los jesuítas. Sin una perspectiva más amplia no se podían comprender los problemas que se mezclaron. Por eso tenemos que tomar el hilo, haciendo una excepción al plan de este volumen, desde el mismo San Ignacio.

---

(2) Comprenden cuatro tomos voluminosos en que se han encuadernado juntas todas las respuestas por orden alfabético de nombres. Dado que Nadal visitó en muy diversos años Colegios de naciones distintas, y algunos como el de Colonia, París, los visitó dos y tres veces, de varios se conservan dos y aun tres respuestas, que, por cierto, no siempre se encuentran no digo juntas, pero ni aun bajo el mismo nombre. En unas están bajo el nombre de pila, en otras bajo algún sobrenombre como Emptor, Polonus. Hay que recurrir a criterios internos para la identificación, sin que siempre resulte fácil. Hace poco ha sido trasladado el Archivo del Gesú, donde se encuentran estas notas a la Curia Generalicia. La signatura es *Archivo del Gesù Mss. 2.* Citaremos siempre *Inform. Nadal.*

(3) H. BERNARD, S. I.: *Essai historique,* 152-154.

(4) E. HERNÁNDEZ, S. I.: *La manera tercera de Ejercicios completos.*

(5) VILLER ET OLPHE-GALLIARD: *Aux origines de la retraite annuelle.*

2.—Los primeros ejercitantes jesuítas.

De unos Ejercicios practicados de un modo ideal dentro del método ignaciano, «exactamente y apartados», como se expresa González de Cámara (6), se sirvió Dios Nuestro Señor para sacar la primera chispa que, abrasando el corazón de aquellos jóvenes universitarios parisinos, levantó la llama del celo que acabaría por forjar la Compañía de Jesús.

No es mi intento detenerme en aquellos Ejercicios, de los más transcendentales en la historia de la Iglesia. Sólo deseo hacer una observación fundamental, que nos introduce de lleno en nuestro tema.

Uno de aquellos siete animosos jóvenes, que en la mañana del 15 de agosto de 1534 subieron a la colina de Montmartre a ofrecerse enteramente en servicio del Rey Eterno y Señor Universal no había, como los otros seis, gustado el mes de Ejercicios. Era el futuro apóstol del Oriente, *San Francisco Javier*. Podemos, pues, en cierto sentido, considerar al santo navarro, como al primero que practicó el retiro ignaciano, después de haberse enrolado en las huestes de la Compañía de Jesús.

Con todo, siempre se ha considerado su vocación como uno de los más preciados frutos de la práctica ignaciana. El propio San Ignacio en su *Autobiografía* y después de él Polanco, Nadal y la mayoría de los historiadores jesuítas, lo afirman paladinamente (7). Y con razón. Porque como escribíamos en otra parte, Javier fué ganado para la Compañía «en un período preparatorio de los Ejercicios, o si se prefiere, en lo que hemos llamado conversaciones de Ejercicios» (8).

Al principio de su estancia en Italia continuó San Ignacio la misma táctica de París. Dar personalmente Ejercicios a jóvenes selectos. Sumamente respetuoso con los planes de Dios en las almas, se cuidaba muy bien de incitar a ninguno durante el retiro a que le siguiera (9). Sin embargo, fueron muchos los que, a la luz del panorama que Ignacio hacía abrir delante de sus ojos, y de los criterios puros y rectos inoculados en aquellos días de bendición, determinaron alistarse en las filas de la nueva milicia.

Entre los que se incorporaron en Venecia y el primer año de Roma, merecen señalarse el bachiller Hozes, los dos hermanos Eguía, el gran fascinador de muchedumbres Francisco de Estrada, el suave y devoto noble italiano Pedro Codacio y por fin, por no citar más que uno ligado de modo particular con el santo fundador, su sobrino Emiliano de Loyola.

---

(6) MHSI.: *Font. Narr.* 1, 704.

(7) Cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 193, n. 74. El texto de la Autobiografía en *Font. Narr.*, 1, 476.

(8) *Ibidem.*, p. 193.

(9) Sobre este punto cfr. nuestro artículo *¿Se pretendía conseguir vocaciones con los Ejercicios que se daban en tiempo de San Ignacio?*: *Revista de Espiritualidad* 6 (1947) 71-80.

3.—De 1541 a 1545.

Podemos decir que todos los que dieron su nombre a la naciente Compañía antes de 1541, habían sentido su vocación en el retiro ignaciano o al menos la habían madurado en él. Estos Ejercicios correspondían a los que, una vez organizada la Compañía, se consideraron como primera y fundamental prueba del noviciado. Así vemos que todavía al comienzo de 1544, jóvenes que estaban decididos a entrar en la Compañía, practican el retiro antes de realizar su propósito (10).

Los que en estos primeros años entraban a formar parte de la milicia ignaciana eran personas ya formadas o al menos estudiantes universitarios. Podían comenzar a trabajar muy pronto en la viña del Señor sin necesidad de ulteriores estudios.

Con el ardiente Francisco de Estrada y el pequeño paje Pedro de Ribadeneyra, se abre la serie cada vez más numerosa de jóvenes sin formación especial, que siguen a Ignacio. Este cambio repercutió, como no podía ser menos, en la práctica de los Ejercicios, manjar demasiado fuerte para almas tan tiernas.

Precisamente es *Ribadeneyra* el primer caso de los que conocemos, que entró en la Compañía sin ningún influjo de los Ejercicios. Y a pesar de haberse acogido a la sombra tutelar de San Ignacio en 1540, no sabemos que los practicara hasta el otoño de 1543, en que después de haber vencido una fuerte borrasca, aconsejado por el propio fundador, se decidió, como él mismo escribe, a hacer «algunos días de Ejercicios..... una confesión general y tomar determinación nueva de mi vida y deliberar lo que para adelante había de hacer». De hecho, a raíz de ellos, el 5 de septiembre, determinó seguir a Cristo «militando debajo de la Compañía de Jesús nuestro Salvador» haciendo voto de ello (11).

Pero los casos de Estrada y Ribadeneyra no constituyen norma general. Todo lo contrario. La mayoría no sólo de los doctores y maestros, pero aun de los jóvenes que pedían ingresar en la nueva Orden, habían ya probado el método ignaciano. Recordemos a *Juan Alfonso de Polanco*, que iba a ser la mano derecha del fundador y como su prolongación viviente, y al humanista *Andrés Frusio*, quien bien pronto comenzaría a elaborar la traducción latina del librito de San Ignacio. Los dos entraron después de un retiro y los dos fueron a continuar sus interrumpidos estudios en la Universidad de Padua.

Con tales refuerzos iba aumentando el cuerpo de la Compañía. Y a la vez el trabajo y los desvelos del fundador. Pronto empezaron a florecer nuevos retoños en Colonia, Lovaina, Gandía, Alcalá y Coimbra, verdaderos viveros de la naciente Orden.

---

(10) MHSI.: *Mon. Ign. Epp.*, 1, 289.
(11) MHSI.: *Ribadeneyra*, 1, 37 y 2, 298.

También en estos centros predominaban al principio los que habían comenzado su vida religiosa después de haber experimentado el arte ignaciano. Pero había sus diferencias.

Por la encuesta del P. Nadal, vemos que muchos de los que entraban en *Colonia* habían hecho sólo ocho o diez días de Ejercicios. Y el infatigable apóstol de esta ciudad, Leonardo Kessel, prefería después de esta primera inmersión, mandarles a Roma y comenzar con otros que estaban esperando su vez.

Guillermo Limburg escribe que le mandó hacer «algo» sin encerrarse. El famoso Juan Rethius se expresa de modo casi análogo. Arnoldo Hezio reconoce haberlos hecho *cursim* (12).

También encontramos en Roma continuando su noviciado varios de los admitidos en *Lovaina*. Los más conocidos son Cornelio Wischaven, Adrián Adriaenssens, Antonio Vinck. Pero aquí, ya antes de ingresar, practicaban los Ejercicios de modo más intenso y completo que en Colonia. Francisco de Estrada se los dió con toda exactitud a Cornelio Wischaven, todavía canónigo, quien a su vez dirigió en ellos a un buen grupo de jóvenes universitarios que después de dar su nombre a la Compañía, marcharon a Roma (13).

Los que entraban en París, España y Portugal, continuaban, generalmente, en sus respectivos centros. La mayoría de los reclutas, eran compañeros de estudios de los jóvenes universitarios, cuya vocación había brotado al calor de un santo compañerismo y al contacto del ejemplo de aquellos condiscípulos tan singulares. Éstos, como es obvio, si es que no se habían decidido a dar este paso en algunos Ejercicios, los practicaban o antes de ingresar, o apenas se lo permitía algún respiro de las tareas escolares, que seguían con la asiduidad de antes.

Se puede apreciar ya la línea seguida en estos primeros años que se extienden, año más, año menos, hasta 1545. Todo jesuíta debía pasar por la fragua ignaciana. Lo único en que había diversidad, era en el tiempo y en el modo, que se regulaba según las circunstancias propias de cada individuo.

4.—Evolución en las prescripciones.

Ya desde los mismos comienzos, procuró el fundador asegurar la práctica de los retiros prescribiendo su uso en la legislación de la nueva Orden.

Práctico y eficaz, se contentó al principio con mandar la cosa en sí misma. Nada de especificar circunstancias, que aunque en sí recomen-

(12) *Inform. Nadal*, 2, 567, 249; 1, 212.

(13) Como Arnoldo Hezio. *Inform. Nadal*, 212. Andrés Frisio (Kokes), 1, 81. Lamberto Castro, MHSI.: *Fab. Mon.*, 256. Cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 281.

dables, podrían dificultar la ejecución en no pocas ocasiones. Más tarde, cuando la Compañía se haya consolidado, exigirá más particularidades.

Bien sencillo y de fácil ejecución es lo legislado en este punto por los primeros compañeros reunidos en Roma en marzo de 1541:

«De las tres experiencias la primera se entiende haciendo Ejercicios por un mes exacto, o cada día tomando alguna hora o horas» (14).

Les interesa asegurar la práctica. La facilitan todo lo que pueden, indicando un modo hacedero aun en las circunstancias más precarias: dedicar un rato al día en medio de las ocupaciones ordinarias. Desde el principio se consideraba esta prueba como algo fundamental en la nueva Orden. Ya en una Constitución sobre los Colegios de hacia 1541, según parece, se habla de esta «experiencia», como de una de las cosas que tenían que hacer los escolares jesuítas antes de pasar a los Colegios, diríamos modernamente, antes de acabar el noviciado (15).

Para 1545 había ya el santo fundador escrito un primer esbozo de normas. Estas disposiciones no tuvieron por entonces vigor de ley, pero son sumamente interesantes para seguir el proceso de la legislación en este punto.

Los Ejercicios eran algo preciso y concreto con un modo de llevarlos a cabo muy definido. No tenía, pues, San Ignacio en este aspecto, que ensayar procedimientos nuevos. Le bastaba recoger en su código legislativo lo que se daba en la realidad. Por ello, de rechazo, las páginas de las Constituciones nos revelan la misma práctica.

Todavía, al igual que en 1541, apenas se desciende a detalles concretos en las circunstancias externas. Sin embargo, el fundador hace ya una descripción más precisa de su contenido interno. Se nota su preocupación. Asegurar su genuinidad, evitando toda posible desviación. No le importaba tanto el que tuvieran que practicarse antes o después, de modo más o menos completo. Lo que le interesaba, sobre todo, era que se realizaran de modo recto.

Véase lo que escribe en el Examen:

«La primera [experiencia] es haciendo Ejercicios por un mes poco más o menos; es a saber: examinando su conciencia, revolviendo toda su vida pasada y haciendo una confesión general, meditando y contemplando sus pecados, los pasos y misterios de la vida, muerte y resurrección y ascensión de Cristo Nuestro Señor, orando vocal y mentalmente según que en el Señor Nuestro le será enseñado» (16).

Para facilitar todavía más la práctica en aquella época de gestación del Instituto, en la tercera parte de las Constituciones deja «a la discreción del Superior» el tiempo en que convenga realizarlos (17).

---

(14) MHSI.: *Const.*, 1, 40.

(15) MHSI.: *Const.*, 1, 48-67. El texto que citamos está en las páginas 53-54.

(16) *Examen Cap.*, 4, n. 47 de aquella redacción. En MHSI.: *Const.*, 2, páginas 52-54.

(17) *Constituciones*, p. 3, cap. 3, n. 6. MHSI.: *Const.*, 2, p. 106.

Es sólo en 1548 cuando comienza a insistir en que se practiquen lo antes posible, «dentro de 30 ó 40 días que reciban uno».

Para esta época había aumentado mucho la Compañía. Había todavía muy pocos Colegios a que atender. Se iba regularizando más la vida interna. Los jóvenes, sin las premuras de antes, podían dedicarse más a su propia formación. San Ignacio puede ya exigir se les atienda del modo mejor posible, dándoles desde el comienzo este sustento básico para toda su vida.

Polanco encarece esta recomendación con una expresión bien significativa: «Y que crean en esto a Mto. Ignacio que así cumple» (18).

Es necesario entender en su preciso significado esta orden. Lo único que se prescribe es que se practiquen antes de que el novicio pase a vivir con los demás. Es decir, si venía un candidato pidiendo ser admitido en la nueva Orden, había inmediatamente que introducirlo en el retiro ignaciano. Porque a los que se decidían a dar este paso en los mismos Ejercicios, es claro que no se les podía admitir sino después de haberlos realizado.

Se puede decir que entonces «la primera probación» comenzaba con los mismos Ejercicios. Conviene tener en cuenta la gran imprecisión jurídica que reinaba en este particular. El noviciado no era precisamente un período canónico, perfectamente definido que precedía a los votos. Era el principio de la vida religiosa. Los votos se hacían cuando le parecía al Superior, sin perjuicio de seguir después de ellos realizando las prácticas del noviciado. La Bula de fundación y las Constituciones de 1541-1544 usan fórmulas todavía muy generales y poco precisas.

Recordemos el conocido caso de *San Pedro Canisio*. Hace los Ejercicios de mes con el Beato Pedro Fabro. En plena segunda semana decide entrar en la Compañía y para consolidar más su propósito, hace juntamente con los votos de pobreza, castidad y obediencia, la promesa de entrar en la Compañía, es decir, los votos de los escolares jesuítas. Apenas acaba el retiro, Fabro le manda inmediatamente a Roma a que haga el noviciado a la sombra del santo fundador.

Aunque a nosotros nos parezca hoy extraño, Canisio consideró siempre como día de su ingreso en la Compañía no el día en que San Ignacio le admitió en Roma, ni la fecha en que comenzó o acabó su retiro, sino el 8 de mayo, es decir, el día en que emitió sus votos en Maguncia.

(18) MHSI.: *Mon. Ign.*, 2, 182.

5.—Práctica de 1545 a 1550.

San Ignacio consiguió plenamente sus deseos. El hecho fundamental de que cada uno practicara los Ejercicios del modo mejor posible dentro del ambiente que le rodeaba, se observó siempre indefectiblemente no sólo en los primeros años, como hemos visto antes, en que todavía muy pocos en número, aunque comenzaban a extenderse, podían depender más de Roma, sino también en el período de 1545 a 1547 en que a causa de su continuo aumento tuvieron necesariamente que ir cada vez independizándose más y más.

De las informaciones del P. Nadal parece deducirse que era *Coimbra* por esta época el sitio en donde se realizaba esto con más regularidad. La mayoría los hacían cerrados, por un mes entero y al comienzo del noviciado.

Los escasos datos que conservamos de *Valencia* y más aún de *Gandía*, parecen indicarnos también bastante exactitud aun en estas circunstancias externas.

En *Colonia* continuaba Kessel la táctica que ya hemos visto. Unos pocos días de iniciación en Ejercicios. San Ignacio en Roma completaría y perfeccionaría la obra. Más que formación ascética buscaba seguridad para poder enviar con fundadas esperanzas a los nuevos reclutas al cuartel general.

En *Alcalá* y *París* debieron de abundar más los que los practicaban abiertos en ratos libres después de las clases. Pero tampoco faltaban los que en la ciudad universitaria española se encerraban en sus aposentos a hacerlos con toda exactitud, y los que con el mismo fin se retiraban en la francesa a casas alquiladas para este objeto.

Precisamente es en *París*, en 1545, donde nos salen al paso los primeros que indican haber practicado los Ejercicios en calidad de «experiencia» (19).

Como la mayoría de los que abrazaron la Compañía los primeros años, se decidieron a entrar jesuítas precisamente en los Ejercicios, o al menos confirmaron su resolución con su práctica, no podían hacerlos con esta modalidad de prueba del noviciado.

Por los años de 1546 y 1547 son ya varios en Portugal que responden al cuestionario del P. Nadal con esta fórmula, que poco después se hizo clásica: «Hice *la prueba* de los Ejercicios», lo que a la vez está indicando que comenzaban a llamar a las puertas de la Compañía, jóvenes que no habían todavía experimentado el arte ignaciano (20).

---

(19) Son Nicolás Minutius. *Inform. Nadal*, 4, 212 y Enrique Somalius, 2, 322.

(20) Por ejemplo, Antonio Correa, *Inform. Nadal*, 1, 174; Melchor Cotta, 4, 125; Pedro Lopes, 4, 324; Francisco Enriques, 2, 73, etc.

En *Lovaina* sigue predominando la tendencia de no admitir a los pretendientes hasta después que hubieran acabado el retiro, y ya hemos visto en la carta del P. Polanco, copiada más arriba, que San Ignacio en Roma seguía la misma táctica.

Las diferencias se daban sólo en las circunstancias externas. En lo que no cabía discrepancia alguna era en la seriedad con que los practicaban.

Índice del rigor con que los hacían en Portugal, son las siguientes líneas que ya en junio de 1544 escribió el P. Santa Cruz a San Ignacio:

«Acerca de una Constitución en que dice que luego en acabando Ejercicios hagan peregrinación, dice el P. Mto. Simón [Rodrigues] que acá en esta tierra no ha lugar porque antes de la peregrinación es menester que cobren algunas fuerzas espirituales, conversando con los de casa, platicando algunas cosas, etc.» (21).

Sin duda que hay que referir a esta época lo que Mirón dice en su Directorio pasaba *in principio nostrae Societatis*, que ejercitaban con tanta intensidad la gama de penitencias indicadas en la décima adición que después de acabar la prueba, debían ponerse por unos días bajo el cuidado del enfermo. Lo mismo se mandaba en las antiguas reglas (22).

II. Época de una imprecisa acomodación individual (1550-1570)

6.—Circunstancias externas poco propicias.

Así se desarrolló la práctica de los Ejercicios en estos primeros años, en que podemos decir que la Compañía formaba una gran familia. El lazo de unión más indisoluble y como su sello distintivo era el espíritu ignaciano.

Diversas circunstancias imprimieron un cariz muy distinto a la vida de los jóvenes después de 1550.

Hacia esta época empezaron a multiplicarse los Colegios para externos que consumían un número considerable de personal. Hasta seis

---

(21) MHSI.: *Epp. Mixtae*, 1, 174. La Constitución que cita es sin duda la *Memoria* (Constitución de 1541), citada en la nota 15. Esa Constitución se debió de enviar a los diversos Colegios, aun a los más lejanos. En una carta de 5 de noviembre de 1546 de Goa se supone conocida en aquel Centro. *Goa*, 10, 21v.

(22) *Exerc.* 856. Lo mismo dice Gil González Dávila: *Exerc.*, 914-915. La regla en MHSI.: *Reg.*, n. 37, p. 174.

centros de enseñanza se fundaron en Europa de 1549 a 1552 y otros seis sólo en este último año. Aquel puñado de jesuítas, de ningún modo suficiente para ese repentino aumento de casas, tenía que coger más trabajo que el que sus hombros podían fácilmente sobrellevar.

Los que entraban no se movían como antes entre compañeros dedicados a su formación personal y estudios, sino muchas veces, entre profesores que sobrecargados de trabajo, les pedían ayuda en su ímproba tarea.

No es de extrañar que en estas circunstancias se dispensara tal vez demasiado fácilmente de algunas pruebas y se les empleara demasiado pronto en el apostolado con detrimento de la propia formación. Ellos eran los primeros en deplorarlo, pero dadas las obligaciones que les imponían príncipes y prelados a quienes no podían negar nada, se veían forzados a recurrir contra su voluntad a estos extremos.

Laínez, en abril de 1559, escribiendo a toda la Compañía, se quejaba «de no poder atender a tantas peticiones de Colegios, que si hubiera *mil* personas formadas, habría tela para todos» (23).

Con la fundación de Casas reservadas exclusivamente para la formación de los novicios, se fueron obviando estas dificultades, pero tales centros tardaron bastante en establecerse en número suficiente. Fuera de la Casa profesa de Roma, que siempre tuvo mucho de Casa de probación, no existió ningún noviciado propiamente dicho hasta 1550, en que se fundó el de Mesina. Siguieron a éste: uno en Córdoba, a los tres años, y otros dos, en 1555, en las ciudades de Simancas y Évora.

Esta etapa de peligro de poca formación, duró bastantes años. Las enormes dificultades con que tropezaban entonces los Superiores para formar adecuadamente a los escolares, se reflejan muy bien en una respuesta del P. Laínez a un postulado de la Congregación de Castilla que pedía se pusiera coto a este grave daño:

> Responde así el Padre General: «Que se vea de hacer lo que se puede para que se pruebe y ayuden en las cosas del afecto antes que se pongan en las del entendimiento, mas cuanto el tiempo mayor o menor se podía tener miramiento al bien universal ya que está la Compañóa a los principios» (24).

San Francisco de Borja se preocupó hondamente de este problema y tomó muy a pechos la educación de los escolares. En carta a toda la Compañía, avisaba de este grave peligro y de los serios inconvenientes que de él se originaban (25).

Práctico y eficaz como siempre, procuró aumentar lo más posible el número de Casas destinadas exclusivamente a ellos. En 1567, en carta a Nadal, le aseguraba que quería asentar en todas las provincias

---

(23) MHSI.: *Pol. Compl.*, 1, 202.
(24) *Hisp. 90*, 95r.
(25) MHSI.: *S. F. Borgia*, 5, 74.

una Casa de estudios y un noviciado, esperando ya para septiembre poder realizar su propósito (26).

Gracias a este celo consiguió que al final de su generalato hubiera Casas de formación, si no en todas las provincias, al menos en muchas de ellas y que estuvieran aptamente distribuídas por toda la Compañía.

7.—Número de ejercitantes.

A pesar de estas circunstancias nada propicias para la larga prueba de los Ejercicios, se practicaron éstos con bastante menos irregularidad de lo que se ha supuesto hasta ahora, por haberse basado en una documentación parcial y fragmentaria (27).

Primero contemplemos la luz que arrojan los números escuetos en su expresiva desnudez. Ya tendremos tiempo después para valorar su significado.

En los cuatro gruesos volúmenes del cuestionario del P. Nadal, se conservan las respuestas de 1.323 jesuítas a alguno de los varios formularios presentados por el Padre Visitador.

Pero no todos los 1.323 responden a la cuestión que a nosotros nos interesa. Unos porque en las páginas que quedan contestan sólo a otras preguntas; otros porque lo hacen de modo indescifrable para el que no conserva la misma demanda—como los que se contentan con un lacónico: sí, no, sin indicar a qué cuestión aluden—; otros, porque a pesar de estar incluídos en este códice, no responden a interrogatorio alguno, sino simplemente mandan informes del estado de la Casa o exponen algún deseo propio, como de cambio de Casa o de ir a misiones. Por estas razones nos ha sido imposible averiguar lo que 119 sujetos respondieron o debían al menos haber respondido al punto que nos interesa.

Así y todo, nos quedan 1.204 jesuítas, a quienes podemos seguir en el campo de los Ejercicios. Pero para calcular con toda precisión la relación entre ejercitantes y no ejercitantes, necesitamos todavía eliminar de la lista a los 93 Hermanos coadjutores que no practicaron Ejercicios—lo que no podemos considerar como excepción, sino como regla general, por ser entonces costumbre que los Hermanos no practicaran el retiro o a lo más lo probaran en forma muy elemental—y a los 56 admitidos en Colonia, que a pesar que afirman no haber pasado por la prueba fundamental de la Compañía, es para nosotros cosa averi-

(26) MHSI.: *Epp. Mixtae*, 3, 412.

(27) BERNARD: *Essai historique*, 153-154; VILLER-OLPHE-GALLIARD, 13-14. Cfr. también de GUIBERT: *Comment S. Ignace a compris et réalisé la formation de ses disciples*; Gregorianum, 21 (1940), 320.

guada—como intentaremos probarlo en seguida—que gustaron más o menos de los Ejercicios.

Tal vez no convenza a todos nuestra argumentación en este punto. Por ello, en aras de la más escueta objetividad, sacrificamos este grupo que haría aumentar todavía más, de ser fundada nuestra suposición, el porcentaje de los ejercitantes.

Prescindiendo, como digo, de estos 149, nos queda todavía un total de 1.055 sobre quienes podemos echar cuentas a nuestro gusto.

Pues bien: de estos 1.055, únicamente 46 dejaron de beneficiarse del tesoro de los Ejercicios, siendo en cambio 1.009 los que los practicaron. Es decir, que en este período, tan poco apto para una reposada formación de los jóvenes, por no contar todavía la Compañía con centros adecuados, casi un 96 por ciento recibieron los Ejercicios. Para que se aprecie en su verdadero valor esta cifra, una sencilla observación. No llegan ni a un cuarenta por ciento los que realizaron en estos accidentados años las otras pruebas del noviciado.

Bien pequeño es este número de no ejercitantes, pero por pequeño que sea, siempre significa una excepción y nos está indicando con su muda elocuencia que hubo en aquel entonces, jesuítas que no practicaron esta prueba fundamental, y esto no por dificultades meramente locales, sino por razones más universales, ya que no se trata de alguno que otro, sino de Padres esparcidos en todas las Casas visitadas por Nadal. Porque jesuítas que no hubieran probado los Ejercicios residían en la ciudad austriaca de Viena y la francesa de Vienne, en la Casa central de Roma, en los escolasticados portugueses de Coimbra y Oporto, en Lisboa, en los Colegios españoles de Alcalá y Granada, en el santuario de Loreto, en las lejanas Ingolstadt y Praga, en la imperial Tréveris, en los centros belgas de Tournai o Lovaina y en los franceses de Tours, Billom y París.

El número mayor absoluto se da en Coimbra, once, pero excede en mucho a las demás ciudades la cifra de sujetos de la famosa universidad portuguesa. Proporcionalmente, el sitio donde se registran mayor cantidad de excepciones, es Viena: siete para un número no muy grande.

8.—Causas de las irregularidades.

A cuatro se pueden reducir las causas de estas irregularidades, causas que, a su vez, se basan en un fundamento mucho más hondo e íntimo: la cuidadosa y personal acomodación de la práctica a las condiciones individuales de cada jesuíta.

La primera razón estriba en el *estado de salud deficiente* de algunos de los novicios. Los mismos escolares se apresuran a indicarlo para descargo propio.

Pedro Martínez añade inmediatamente: «por mis indisposiciones corporales», y Pérez Esteban «porque he estado enfermo». Otros, cuando hablan de su salud, dejan ver lo peligroso que hubiera sido forzarles a una práctica tan dura. Fernando da Sylva, que lleva sólo once meses de novicio, está «mal del pecho»; Antonio Alfonso se encuentra enfermo «de cabeza y de estómago», Nicolás Briffo, al poco de entrar se puso enfermo y todavía no lleva seis meses de novicio; el italiano Gaspar sufre mucho de dolores de estómago y, para no hacer interminable esta lista, demos sólo un nombre más: Blas Gómes, que afirma no haber podido entrar en el retiro ignaciano por sus indisposiciones habituales. El P. León Enriques escribe que «como empiezan a enfermar en los ejercicios, luego los saco dellos» (27.ª).

Por la misma razón, algunos tuvieron que interrumpirlos a los pocos días. Ni tenemos que imaginarnos que ninguno de éstos probara absolutamente nada del básico alimento de los Ejercicios, y sirva esta observación para los demás casos análogos. De ninguna manera. Lo que propiamente escribieron aquellos jóvenes no fué que no practicaron los Ejercicios, sino que no *pasaron por la prueba* del mes de Ejercicios. Cuanto más nos internamos por la enmarañada selva de estos documentos y más nos familiarizamos con aquella inconcebible diversidad de interpretar unas mismas preguntas, más nos persuadimos que éste era el significado exacto al menos de algunos de los firmantes.

Por citar un caso de este confusionismo citemos las palabras del P. Dorkens, llamado ordinariamente Tyraeus: «Ninguno me los dió, pero yo los he dado a otros, sobre todo los de la primera semana» (28). ¿Qué duda puede caber de que este Padre había meditado en algún período más o menos largo las verdades del inmortal librito y se había sometido con mayor o menor rigor a su disciplina? Lo contrario sería contra toda la primitiva tradición ignaciana. Entonces no se concebía el absurdo de que uno pudiera dirigir unos Ejercicios, sin haberlos él antes probado en sí propio (29). De hecho alguno que precisa más la respuesta, deja entrever la gama de modalidades que poseía este tomar los Ejercicios. Un tal H. Garoza dice que iba «haciendo al mismo tiempo la cocina»; otro que los «interpolaba con las ordinarias ocupaciones» (30).

La segunda causa de las irregularidades extrañará más hoy día. A muchos, aun de los escolares, *se les ocupaba desde el principio en menesteres de la casa.* Es edificante leer en las encuestas del P. Nadal, la serie de oficios humildes que durante meses, y aun años, practicaron hombres que después descollaron por sus relevantes prendas de ciencia o gobierno. Estos oficios no se practicaban sólo por ejercicio de humildad y mortificación, sino también por necesidad. En aquel rápido crecer de los primeros escolasticados—Coimbra llegó a tener muy pronto más de 150 jesuítas—no había número suficiente de Hermanos que pudieran atender a los servicios domésticos. Y aquellos fervorosos

---

(27.ª) MHSI.: Epp. Mixt. 4, 819.
(28) *Inform. Nadal,* 2, 326.
(29) Cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia,* 1, 154.
(30) Bernardo Gorenflo: *Inform. Nadal,* 3, 326. La cita del H. Garoza en *Inform. Nadal,* 3, 144.

escolares se ocupaban en limpiar la casa, atender a la portería, aderezar el comedor y a veces aun en preparar la comida y hacer las compras necesarias.

Sin duda creyeron algunos Superiores que este ejercicio de humildad suplía bien el retiro y la oración de los Ejercicios, tanto más cuanto que—repetimos—no faltaban a éstos o en la meditación matutina, o en exhortaciones públicas o en coloquios individuales, el conocimiento y asimilación de las verdades y principios del arte ignaciano. Los frutos de humildad y abnegación que daban en sus duros oficios, era la mejor manifestación de que vivían los Ejercicios, asimilados de modo tan vital.

Había otra razón de índole mucho más general y que afectó no sólo al proceso de los Ejercicios, sino al de toda la gestación de la incipiente Orden. Ya hemos hablado de ello. Forzados tuvieron que cargar con un *número de obras superior a lo que podían llevar*, viéndose precisados, para poder atenderlas, a arrancar a los jóvenes, solo a medio formar, de sus centros de recogimiento.

Como fehaciente prueba queremos presentar un dato suelto perdido entre el fárrago de los autógrafos, casi indescifrables, a veces, del códice del P. Nadal. Uno, dando cuenta de por qué sólo practicó dos días de Ejercicios, escribe: «haberse visto precisado a interrumpirlos por habérselo mandado el Provincial P. Doménech, que le necesitaba para dar clase a los niños de un Colegio» (31).

Los períodos más álgidos para la nueva Orden repercuten también de modo especial en la marcha de esta prueba. En la curva de las deficiencias emergen bien visibles dos cumbres: 1555-1556 y 1560-1562. Once excepciones en la primera fecha y todavía más, veinticinco en la segunda, mientras que en los doce años restantes que abarcan nuestras estadísticas, no pasan de nueve los no ejercitantes.

Precisamente, la primera cresta corresponde a la primera gran multiplicación de Colegios y, la segunda, a otro período semejante de expansión.

Todavía deberíamos asignar otras causas personales que se debieron de dar en cada caso, pero que escapan a los que escribimos a tanta distancia de siglos.

Unas veces debieron de ser escrúpulos interiores, otras la vida de piedad pujante que mostraba el candidato y se consideraba suficiente; ni debió de faltar—como lo indica alguien a otro propósito—la enorme dificultad de meditar de algunos, familiarizados con una reposada oración vocal que saciaba las ansias de sus almas. No olvidemos que la práctica de la meditación realizada de un modo sistemático y regular, estaba entonces introduciéndose en la corriente de las almas piadosas, a través, principalmente, de la Devotio moderna y del influjo de la espiritualidad de los mismo Ejercicios.

---

(31) Gil Faber: *Inform. Nadal*, 4, 520.

9.—La excepción de Colonia.

Antes de seguir adelante, necesitamos dirimir un punto que de propósito hemos querido dejar aparte, para facilitar los cálculos demasiado complejos en sí mismos.

Nos referimos a los admitidos en Colonia por el P. Leonardo Kessel. Extraño fenómeno el que se da en esta ciudad. Con muy contadas excepciones, todos los que entraron en ella, responden categóricamente no haber practicado la prueba de los Ejercicios. Hasta a 56 asciende el número de éstos. Todavía resulta el hecho más sorprendente si se considera que precisamente el impulsor de estas vocaciones, el Padre Leonardo Kessel, fué uno de los primeros grandes apóstoles de los Ejercicios.

Creemos que la clave para la solución de este enigma hay que buscarla en el método que siguió el P. Kessel. Carácter ardiente y fuertemente impresionable, repercutían en su corazón con punzante angustia los impresionantes triunfos del protestantismo en Alemania, y ansioso de poner a su avance un fuerte dique de contención, se afanaba por trabajar, a marchas forzadas, para extender su acción al mayor número posible en la fiel Colonia. No se acomodaba a este estado febril de lucha, el reposado sembrar de un mes de Ejercicios. Él, que por otro lado poseía como pocos, dotes para llegar a ser un ideal director de almas, concentraba en dosis la fuerza encerrada en el arma ignaciana y la aplicaba a los jóvenes más selectos. Con cada uno no pasaba de seis u ocho días, sobre todo si les veía decididos—y es nuestro caso—a dar su nombre a la milicia de la Compañía de Jesús. Una vez orientada un alma, no tenía tiempo para ulteriores perfiles. Necesitaba ir a otros que le esperaban ansiosos. Como fuera de él, casi todos los demás que componían la Comunidad de Colonia, eran estudiantes, no había quien pudiera, ya una vez jesuítas, dirigirlos en el delicado arte ignaciano. Ahora bien, muchos no creían que aquellos escasos días dedicados al cuidado de sus almas, bastasen para cumplir las condiciones de la «prueba fundamental» de la Compañía, y consecuentes con su modo de pensar, respondieron negativamente a la pregunta del P. Nadal, que propiamente no se refería a la práctica de los Ejercicios, sino a la prueba en concreto.

Tal nos parece la explicación más sencilla de este extraño fenómeno, que se puede reforzar con las expresiones de algunos que no contentos con un genérico no, puntualizaron algo su modo de proceder (32),

---

(32) Así, por ejemplo, Santiago Velroux añade *non consueto modo. Inform. Nadal*, 3, 28. Juan Seef, en 1562, responde no haberlos practicado y cinco años más tarde, hablando de la *prueba* del noviciado, responde afirmativamente, 3, 273. Elderen dice *non ordine*, 2, 287. Juan Rethius, después de escribir *non suscepi*, añade: *quaedam dabat mihi P. Leonardus (Kessel) cum ipsius domum frequentabam*, 3, 248.

y con el significativo hecho de que tampoco entre éstos, faltan quienes habían ya dirigido a otros en ese mismo método, que según la letra muerta del documento, no habrían conocido (33).

10.—La flexible acomodación personal de las normas.

Hay una página del P. Nadal que ilumina como pocas nuestro camino, y que explica la razón de ser más profunda de muchas irregularidades, porque nos descubre la norma concreta a la que se ajustaba la práctica. Dice Nadal que la norma que dirigía la prueba ignaciana no era otra sino *el criterio del Superior*. Todos, es verdad, debían pasar por la prueba de los Ejercicios. Era este un principio inconcuso. Pero debían realizarlo en el tiempo y modo que al Superior pareciera oportuno. No era un aplicar uniforme y tajante sin distinción ninguna. Era un cumplir la prescripción, teniendo en cuenta el estado personal de cada uno de los sujetos.

Copiemos las mismas frases de Nadal escritas en 1561 al maestro de novicios portugués P. Miguel de Sousa.

«Dar los Ejercicios espirituales a los que se reciben en la Compañía es necesario por la Constitución, y no parece habrá causa porque la conmuten en otras experiencias, como las otras se pueden conmutar con juicio y dispensación y así todos habrán de pasar por los Ejercicios..... A todos más fácilmente se den los Ejercicios de la primera semana con alguna meditación de la segunda semana para que tengan introducción del modo de meditar, et tamen que no se dejen de dar todos..... a cualquiera que no se vea cosa porque no se los haya de dar, como sería notable incapacidad o notable inutilidad, o indisposición de cabeza u otra corporal. Cuándo tamen se hayan de dar todos o parte, como se ha dicho esto, verán considerando los particulares, los Superiores ordinarios» (34).

Línea de conducta que empalmaba con la señalada por el propio San Ignacio en las Constituciones, quien distinguiendo el proceder que hay que seguir «con los que de suyo saben y corren en los Exercicios Spirituales», «con los que, aunque son aptos para los Exercicios Spirituales no tienen experiencia en ellos» y aun con los «que viese no ser apto para Ejercicios semejantes», atempera cuidadosamente la prescripción general, de modo que cada uno reciba todo y sólo lo que «le convenga..... con que se ayude y sirva a Dios Nuestro Señor» (35).

La irregularidad externa que contemplaremos en muchos de los rasgos secundarios, no significa, por consiguiente, muchas veces des-

(33) V. gr. Tomás Kinge: *Inform. Nadal*, 4, 520.
(34) *Inst.* 206, 132v.
(35) *Constituciones S. I.*, P. 3, cap. 1, n. 20 R [279].

cuido en la ejecución; es fruto de un humano afán de acomodación individual.

Con este principio, llamémosle así, de «flexible acomodación personal» por guía, internémonos en el campo de la aplicación efectiva de los Ejercicios.

11.—Tiempo en que se practicaban los Ejercicios.

Ante todo, ¿cuándo se hacían los Ejercicios? Para responder a esta pregunta no tenemos más que seguir leyendo el documento del P. Nadal, interrumpido hace poco:

«Los [Ejercicios] por probación se dan, hablando de los Ejercicios de la primera semana, a los que entran en la primera probación en el tiempo de ella por siete u ocho días, y con estos Ejercicios hagan la confesión general y hecha harán los de mes que se toca en el cuarto capítulo de la primera parte y así los Ejercicios y la confesión general *será su primera cosa*..... Si darán por probación los otros Ejercicios, estará a juicio del Superior; todavía parece que a lo ordinario después de haber uno entrado en casa, y servido algunos oficios, se les podrá dar los Ejercicios todos, siendo ellos capaces como se ha dicho....., y si se hiciesen los Ejercicios antes de la primera probación sería mejor comunmente» (36).

Nadal, como se ve, distingue netamente dos clases de pruebas, por las que pasaba el candidato. La primera probación, antes de pasar a vivir con los demás, en la que se incluían los Ejercicios de la primera semana con su confesión general, y luego, poco después, como algo distinto de ellos, «los otros», los de mes.

Casi a la letra se repite lo mismo en otra instrucción del propio P. Nadal y las mismas ideas se barajan en las llamadas *Constitutiones pro Hispaniae Provinciis* verdaderos retazos de las órdenes diseminadas por el Padre Visitador en las diversas Casas, que a través de esta codificación se extendieron por toda España y Portugal (37).

Pero estos documentos nos dan únicamente una tendencia: la patrocinada por Nadal. Porque anteriormente a su visita prevaleció otra que se refleja en las encuestas de los estudiantes: la de hacer el mes de Ejercicios al principio de la vida religiosa, en lo que llamaríamos ahora primera probación. La tendencia propagada por Nadal de preparar la prueba con un retiro de una semana, parece que se daba exclusivamente en Roma y Portugal. Más aún prevaleció en el próximo decenio esta segunda tendencia a pesar de la propaganda en contra del P. Nadal y de que recogía la misma tradición el fiel recopilador e imitador de las normas nadalianas, el P. Diego Mirón.

---

(36) *Inst. 206*, 132v.

(37) *Hisp. 90*, 75r. La instrucción de Nadal en MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 536.

En las reglas que promulgó en 1580 el P. Mercuriano, suprimió los Ejercicios abreviados de primera probación. La prueba del mes se traslada a «no muchos días» después de iniciada la segunda (38).

La misma práctica, substancialmente, se prescribe dos años más tarde en las reglas promulgadas en 1582 por el P. Aquaviva. La diferencia principal que se establece consiste en que el novicio no debía pasar a vivir con los demás por norma ordinaria hasta que acabara el mes de Ejercicios (39). Se constituía una especie de segunda primera probación y dos comunidades distintas: novicios que habían practicado el mes ignaciano y los que todavía no habían pasado por esta prueba.

Esta norma se seguía solamente con los que antes de entrar no habían probado el método ignaciano, porque los Ejercicios practicados antes de entrar en la Compañía se equiparaban a la prueba fundamental del noviciado. Más aún: Nadal llega a decir que el hacer «*todos* los Ejercicios antes de la primera probación, sería mejor comunmente». Lo mismo se repite en las Constituciones para España. Sin duda recordaba Nadal la orden que le había dado San Ignacio el 4 de agosto de 1548 y que ya mencionamos más arriba: recibir a los aspirantes «después de haber hecho Ejercicios» (40).

Al menos, en algunas ocasiones, se siguió esta norma con gran rigor. En Córdoba, en 1554, entró en la Compañía después de haber experimentado los Ejercicios un tal Luis Álvarez. Lleno de santo fervor comenzó a hacer la prueba del mes, pero, como se expresa él mismo, después de haber estado un día en ellos, «dejélos, aunque lo pedía y deseaba harto, porque me lo mandaron» (41). También se excluye en las reglas del maestro de novicios de 1580 y 1582 de la prescripción general del mes de Ejercicios a los que ya los habían practicado (42).

---

(38) *Regula 23 Examinatoris*: *Tempore primae probationis..... non sunt illis tradenda exercitia spiritualia. Regulae Soc.*, Romae, 1580, p. 114 y regla 5 del maestro de novicios. *Regulae Soc.* Romae, 1580; p. 98. Fueron promulgadas, como se ve por la cita, en la edición de Reglas impresas en Roma en 1580, pero ya tenemos cartas de 1578 en que se alude a ellas. (Cfr. nota 71 de este mismo capítulo). No hemos encontrado en el códice en que el Padre Secretario de la Compañía, hasta 15 de diciembre de 1578, Antonio Possevino, va anotando el día en que manda las reglas de los diversos oficios a las respectivas Casas, la fecha referente a las reglas del examinador y maestro de novicios, en que se incluyen las prescripciones referentes a los Ejercicios a los novicios. Vide *Hist. Soc. 42*, ff. 146-164.

(39) Regla 23 del maestro de novicios. *Regulae Soc.* Romae, 1582, p. 103. Cfr. las reglas 24 y 28 también del maestro de novicios.

(40) *Hisp. 90*, 175r. La misma ideología se refleja en las respuestas al cuestionario del P. Nadal. Así un tal Bocatius responde: *Probationes istas fe ci. Exercitia spiritualia ante ingressum in Societate. Inform. Nadal*, 1, 81. Otros, como Pedro Huidobro, Juan de la Cuadra, Juan Cañas, Juan Bravo, Gaspar Álvarez, siguiendo en la práctica el mismo criterio, indican no haber vuelto a hacer los Ejercicios probados antes de su ingreso.

(41) *Inform. Nadal*, 4, 27.

(42) Regla 29 Examinatoris *(Regulae*, 1580, p. 114) y regla 23 del maestro de novicios *(Regulae*, 1582, p. 103).

Un anhelo común unía las dos tendencias: el hacer los Ejercicios lo antes posible. En las relaciones contemporáneas se observa el cuidado que tenían de que los practicaran inmediatamente después de entrar. A veces, como en Valladolid, a algunos que pedían con mucha instancia el ingreso se mandó a otros noviciados, porque no había personal bastante en casa para darles los Ejercicios en seguida (43). En la Congregación provincial de Portugal de 1572 se pide el retorno a la antigua costumbre de hacer el mes en seguida de entrar: *statim* (44).

Tan general se fué haciendo esta costumbre que algunos, a la pregunta formulada por el P. Nadal sobre si habían practicado la prueba de los Ejercicios, responden de este modo: «al entrar como entonces era costumbre», «hice los que dan cuando entran».

Pero siempre, por la misma razón, por tratarse de una práctica atemperada caso por caso, registramos en las mismas respuestas al P. Nadal, Ejercicios practicados con un año y aun con más tiempo de noviciado.

Al fin de nuestro período, en 1569, el P. González Dávila dejó la siguiente orden a la provincia de Aragón que acababa de visitar:

«Cuando entran en la Compañía, hagan los Ejercicios con exacción, si no hay causa para dilatarlos» (45). El Padre Visitador quiso con esta orden atajar cierto abuso que fué poco a poco introduciéndose de retrasar sin causa suficiente en algunos casos el tiempo de los Ejercicios con perjuicio de que con esta dilación sufriera el mismo método.

12.—Número de días que se empleaban.

Tampoco duraba la prueba el mismo tiempo para todos. Lo que más extraña al leer las respuestas de los escolares es la variedad de fechas que empleaban en practicar los Ejercicios. Se dan casi todos los números entre estos dos extremos casi inconcebibles: dos y sesenta y cuatro días.

231 practicaron sólo la primera semana o estuvieron retirados menos de diez días; 257 suman los que probaron las dos primeras semanas junto con los que dicen únicamente haberse ejercitado de diez a diecisiete días; 124 los que se detuvieron unos veinte días o hicieron las meditaciones correspondientes a tres semanas y, por fin, 209 los que aproximadamente durante un mes hicieron la prueba completa. Entre estos últimos sobresale uno con treinta y cinco o cuarenta días, 16 con cuarenta, uno—Francisco Viegas—con cuarenta y dos y, sobre todo, Juan Baños y Juan Barros, que con sus dos meses de Ejercicios

(43) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 2, 379. Véase lo que se escribe de Coimbra *(Litt. Quadr.*, 2, 371) y de Roma en 1560 *(Epp. Salmeron*, 406).
(44) *Congr. 42*, 92r.
(45) *Hisp. 90*, 158r.

sin duda practicados muy suavemente, superaron a todos, si exceptuamos a Andrés Carvalho que se ejercitó sesenta y cuatro días exactamente.

Es decir. Cada uno practicaba el máximum de retiro que juzgaba el Superior conveniente en cada caso particular. A los que no tenían salud para estar encerrados un mes entero, no se les imponía una carga que no acarrearía más que perjuicios. A otros, por ser «de notable incapacidad», se les mandaba únicamente aquello que en su poquedad podían asimilar. En cambio no faltaban escolares, a quienes por peculiares razones se les mandaba prolongar la prueba cuarenta días y aun más.

El paternal cuidado con que los Superiores regulaban las fuerzas de sus súbditos, se descubre en mil detalles. Contentémonos con citar un par de ellos.

El P. Coudret en una información que manda a San Ignacio de sus súbditos de Florencia en 1555 al hablar del H. Lázaro, dice que cuando se le pase del todo el dolor de la cabeza, hará la primera semana de los Ejercicios. Juan Leyva, admitido en Alcalá el mismo año de 1555, escribe que hizo todos los Ejercicios en diecisiete o veinte días porque «por estar indispuesto creo que se abrevió el tiempo» (46).

No en vano se ordenaba en las «Constituciones *pro omnibus Hispaniae provinciis*» que «todo esto se haga con mucha consideración del Superior según los particulares» (47).

Como sintetiza muy bien un Directorio anónimo escrito los últimos años del período que estudiamos—hacia 1570—se debía tender a que se practicaran si fuera posible *todos* los Ejercicios, o si no al menos la primera semana y el comienzo de la segunda, ejercitándolos en el modo de meditar la vida de Jesucristo» (48).

13.—Ejercicios diluídos.

Entremos en otra formalidad típicamente ignaciana: *el aislamiento* de las demás ocupaciones, el silencio con los hombres para poder hablar más fácilmente con Dios.

El Superior regulaba esta modalidad lo mismo que hemos visto hacía en las demás. Con todo no se puede dudar, que de no darse alguna circunstancia atenuante, se acostumbraba practicarlos en completo retiro.

Ya en 1555 escribía un novicio: «Hice los Ejercicios de primera, segunda y tercera semana con el recogimiento y encerramiento *que se acos-*

(46) El P. du Coudret en MHSI.: *Epp. Mixtae*, 4, 740 y Juan Leyva en *Inform. Nadal*, 3, 171.
(47) *Inst. 208*, 132v.
(48) *Exerc.*, 890.

tumbra» (49). Las frases tan corrientes en las respuestas al cuestionario del P. Nadal: «encerrados», «en la cámara», «recogidos», muestran el sumo grado de reclusión a que se sometían en los casos más normales.

Pero con una relativa frecuencia se registran en la lista de ejercitantes, jesuítas que practicaron el arte ignaciano «por casa», «no encerrados», «sirviendo en oficios», «por mí», «en la oración ordinaria que se tiene en la Compañía», «no retirado», «no de propósito», «andando con los Hermanos».

Para no sacar las cosas de quicio, dando una interpretación ajena a su genuino significado a esta conducta un tanto desconcertante para el lector moderno, es necesario tener en cuenta el concepto de noviciado que late en el fondo de este modo de proceder.

Porque entonces las diversas experiencias y prácticas del noviciado se consideraban algo así como una especie de Ejercicios abiertos. No sólo se pretendía «probar» las cualidades del candidato, sino también empaparle en la espiritualidad de los Ejercicios, alma y vida de la Orden.

No es que actualmente no se intente lo mismo. Pero hoy es mucho más obvio que el candidato venga ya de ambientes fuertemente influenciados por cuatro siglos de penetración de la espiritualidad de los Ejercicios, y que por consiguiente se sienta ya de algún modo familiarizado con ellos.

Al principio de la Compañía sucedía todo lo contrario, como se aprecia por las respuestas que dan aun jóvenes piadosos a la pregunta del cuestionario del P. Nadal en que se les pedía cuenta de la vida que habían llevado antes de entrar en la Compañía. Abundan los que multiplicaban oraciones vocales, prácticas externas de penitencia, los que se habían ligado con votos los más varios, pero a la vez se aprecia una ausencia de criterio espiritual profundo, una ignorancia de medios tan básicos en la ascética ignaciana, como la meditación y los exámenes.

Esta trasformación íntima de lo más profundo del ser exigía un lento y pausado madurar del novicio al calor de experiencias una y más veces practicadas. Es lo que se pretendía con esta dilución de los Ejercicios.

En la meditación ordinaria de la mañana se servían del texto mismo ignaciano, o si a veces cambiaban la materia para palpitar más al unísono con la Iglesia en algunas festividades para asimilarse más los ejemplos de los santos o para animarse más a darse a alguna virtud lo hacían siguiendo el sistema y la forma de oración de los Ejercicios (50).

---

(49) Hernando de Solier: *Inform. Nadal*, 2, 343.

(50) Basta para persuadirse de esto ver los apuntes espirituales desperdigados en los cuadernos privados de los escolares o las instrucciones de oración. V. gr. en *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., nn. 592, 1.150*; en el *Archivo de la Universidad Gregoriana, n. 1.305, 1.725*. Algunas interesantes instrucciones sobre la oración *Arch. Univ. Greg. 1.148* (1.°), *1.763, 1.701*; en *Opp. NN. 39* una del P. Tucci; en *Inst. 112*, 35r-36v del P. Palmio; en *Vitae, 22*, 200-211 del P. Martín Stredonius; en *Inst. 109*, 56r-57v del P. Doménech.

Es a este respecto sumamente significativo un libro del experimentado espiritual del Colegio romano durante el generalato del P. Aquaviva, P. Juan Bta. Ceccotti, del que sacaron muchas copias los jóvenes escolares romanos y los novicios que había continuamente en el Colegio romano (51).

No sin algo de forzado artificio va el P. Ceccotti presentando a sus hijos espirituales los Ejercicios de San Ignacio encuadrados en el ciclo litúrgico y entrelazados con los principales pasos del Evangelio y reglas del Instituto, para que los fueran repasando a lo largo del año.

A esta serie de meditaciones en que sistemáticamente ha encerrado el proceso de los Ejercicios, señala como tema de lectura espiritual, las diversas partes del texto ignaciano, que sirvan de guión y enlace a la oración de la mañana. Tenemos en este andamiaje fabricado con arreglo al arte ignaciano, uno de esos modos de Ejercicios diluídos (52).

El P. Gagliardi insiste en las ventajas de este suave y reposado método:

«Y hay que notar en gran manera que los Ejercicios deben durar durante toda la vida sin interrupción, ejercitándose en ellos durante la hora diaria de oración, los exámenes y las acciones todas del día, porque de este modo se van desarraigando todos los males y van creciendo todas las virtudes al paso que va madurándose la vocación» (53).

También, como dice aquí el P. Gagliardi, se podía en cierto sentido ir asimilando los Ejercicios en las acciones ordinarias del día, porque las prácticas, sobre todo de humildad y sujeción de juicio, sirven magníficamente para acrisolar con el roce de la realidad la calidad de los propósitos fraguados en los Ejercicios. Había todavía un elemento más en el noviciado que facilitaba esta labor, es decir, el recogimiento y silencio, reflejo del gran aislamiento material y espiritual que exigía San Ignacio a su ejercitante.

Por considerar el noviciado a esta luz, se les hacía muy natural que quien se hubiera decidido a entrar en la Compañía a los doce o catorce días de estar en Ejercicios, en vez de continuar meditando las verdades de la segunda y tercera semana en el retiro de su aposento, lo hiciera siguiendo las distribuciones del noviciado, que era un verdadero «retiro», o que en vez de tener las cuatro o cinco meditaciones diarias, dedicados exclusivamente a la práctica del arte ignaciano, las espaciaran intercalándolas con las distribuciones del noviciado que eran también verdaderas «meditaciones» en acción.

---

(51) Es el libro *Apparatus ad Meditationes vitae D. N. Jesu Christi Exercitiis S. P. Ignatii accomodatus.*

(52) El plan lo señala con todo detalle en *Ordo in lectione ac mysteriorum distributione servandus*, pp. 7-34.

(53) *De spiritus renovatione Societatis Iesu. Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 1.439*, carpeta n. 1 [6v].

Véase la descripción que hace de estos Ejercicios embrionarios el P. Gagliardi, al detallar el segundo modo de los cinco que él distingue en darlos:

«Se usa con los que se preparan a sacar el fruto con trabajo personal, pero sin tiempo determinado de oración, por poseer algún impedimento o enfermedad, como debilidad de cabeza. A éstos se les da la misma materia de meditación que a los demás, para que puedan rumiarla suavemente durante el día, a ratos, del mismo modo que se van dando vuelta a los negocios que uno tiene pendientes y buscando soluciones aptas» (54).

Y el P. Ceccotti usa términos muy parecidos, aunque propiamente no habla de los Ejercicios, sino de la oración mental.

«De la doctrina de San Ignacio se deduce un modo de orar sin límite fijo de tiempo, que es como una preocupación interna y aplicación del ánimo a una cosa, como lo hacen los que tienen entre manos un grave negocio, que lo revuelven y agitan durante todo el día» (55).

Se comprende fácilmente que habiendo alguna razón, aunque no fuera de gran peso, se adoptara esta solución, no ciertamente la ideal en la mente de San Ignacio, pero que en último término no era más que una aplicación de la anotación 19 y permitía al novel jesuíta sacar muchos de los frutos pretendidos por el santo.

Por de pronto debía de usarse bastante con los que, por alguna necesidad particular, repetían los Ejercicios.

Por ejemplo, Francisco Enriques, novicio en Coimbra en 1546, que escribe: «Los Ejercicios los hice todos una vez sólo por espacio de veintidós días, después—hasta 1561 en que redacta estas líneas—por algunas veces, hice algunas meditaciones de ellos, sin recogimiento, por ver que tenía yo necesidad» (56).

También adoptaban este procedimiento cuando querían reanimar su espíritu, en una especie de medio-retiro prolongado, como Pedro Peña, que los hizo «dos o tres veces consecutivamente por espacio de dos meses». Pero tampoco faltan ocasiones en que, por razones particulares de salud, poca capacidad, excesivo calor u otras, determinaban los Superiores que emplearan este método en la misma prueba del mes.

Francisco Moreda, que entró hacia 1558, escribe haber estado «ocho o nueve días en la cámara, y después me sacaron diciendo que en casa los podría acabar»; García de Álarcón, novicio de 1555, los hizo «encerrado

---

(54) *Ibidem*, carpeta, n. 1 [5v].

(55) CECCOTTI: *Directorio*, c. 13. *Manresa*, 11 (1935), 354. Citaremos siempre para comodidad del lector el texto editado por el P. Basabe en *Manresa*, a pesar de poseer otras copias mucho más perfectas. En *Manresa* se considera este Directorio anónimo, pero en varias copias de Roma está indicado expresamente el nombre del autor.

(56) *Inform. Nadal*, 2, 73.

hasta doce días, primera semana y poco de la segunda, después sirviendo en oficios»; Alfonso Ruiz, de Sevilla, los practicó «todos, pero encerrado no estuve ni una semana»; Martín Hernández, en Granada, en 1558, no tuvo «encerramiento por ser tiempo de gran calor, más de siete u ocho días y así los hice flojamente» (57).

Siempre era mejor este sistema desleído de hacer los Ejercicios, que el renunciar por completo a ellos. Además de que claramente se aprecia en los testimonios arriba citados que aplicaban este sistema solamente a una *parte* del método ignaciano, después de haberse ejercitado en él con toda perfección durante algún tiempo determinado.

Sin duda que se aprovechaban con preferencia de este sistema para las meditaciones de la vida de Jesucristo de la segunda, tercera y cuarta semana. Una vez iniciados en los diversos y fecundos modos de orar y resueltos los principales problemas de su alma a la luz de los criterios ignacianos asimilados en los primeros diez o doce días, podían con ese cultivo más suave y fácil conseguir que madurara el fruto ya formado. Ni es improbable que añadieran durante esta temporada alguna meditación más, en calidad de repetición o aplicación de sentidos, y que el Maestro de novicios, con instrucciones particulares o el mismo ejercitante con lecturas ordenadas y especiales prácticas de mortificación y humildad, fueran completando el trabajo y supliendo de alguna manera el ambiente propio de aquellos días.

Tal vez con el tiempo se fué abusando de este sistema, imperfecto y circunstancial en sí. Ciertamente, se observa en las estadísticas una continua y creciente tendencia a disminuir, a medida que avanzan los años, los días de los Ejercicios. Entre los más antiguos predominan los que estuvieron más días retirados. Hacia 1564-1567 aumentan de modo alarmante los que se contentaban con el superficial baño de unos cuantos días de recogimiento. Tal vez sea ésta la explicación más obvia. Que el resto lo completaban con este suplemento no del todo feliz.

El hecho es que en 1569 el Visitador de Aragón, P. González Dávila, se creyó en la obligación de urgir el que los Ejercicios se practicaran «con exacción» (58) y ciertamente que en una provincia regida por un Cordeses y con un ambiente tan propicio para todo movimiento devoto, no sería donde se descuidaba más el recogimiento. A su vez los Padres portugueses, reunidos en Congregación provincial en 1572, ansiando sin duda remediar un mal que se daba por entonces, es decir, hacia el fin del período que estudiamos, juzgaron unánimemente todos que se debía volver a dar los Ejercicios «enteros» (59).

---

(57) *Inform. Nadal*, 2, 121, 157; 1, 57; 4, 90.
(58) *Hisp. 90*, 158r.
(59) *Congr. 42*, 92r.

14.—Ejercicios abiertos.

Este modo reposado de penetrar en la espiritualidad ignaciana, no era un sistema teórico bien definido, era una práctica que fué brotando del ansia de conjugar las necesidades ineludibles de un recargado organismo con el subido ideal e íntima persuasión de la eficacia del método de San Ignacio. No busquemos un margen fijo y bien marcado, que no lo encontraremos; el único modo de conocer sus características y extensión, es el de estudiar las reacciones que provocaban las oscilaciones de la vida real.

Dentro de esa extensa gama, y en cierto sentido formando parte de ella, podemos colocar los Ejercicios abiertos descritos por San Ignacio en la anotación 19 para las personas ocupadas. No faltaron quienes por razones especiales adoptaron este modo para la prueba inicial.

Unos, como Antonio Rois, dicen que al día hacían sólo dos meditaciones (60). Otros afirman que los practicaron «no recogidos», «interpolando los estudios»; de otros se puede deducir con probabilidad del tiempo que emplearon, como de Juan Pluges, Simón Moya y Leonardo Nosbaum, que estuvieron catorce días en la primera semana o aun veinte como Baltasar Betancor (61). Lo mismo parece debe decirse de los que tardaron sesenta o sesenta y cuatro días en acabar el retiro.

El P. Ceccotti llega a asignar este método, como el más apto para los jesuítas que desean volver a practicarlos. Creía que la mezcla con elementos tan espirituales como son los ministerios con los prójimos, apenas desvirtuaría su eficacia (62).

Ya hemos visto cómo el P. Antonio Possevino practicó los Ejercicios bajo la dirección del P. Mirón de este modo. Empleó hasta cuarenta y siete días en las meditaciones de la primera semana (63).

15.—Ejercicios a plazos.

Mucho más extrañará otra peculiaridad que se dió no pocas veces: el practicar los Ejercicios a plazos, intercalando entre una semana y otra un tiempo más o menos largo de la vida normal del noviciado.

Del hecho en sí, que no parecerá tan singular al que recuerde lo que poco ha hemos escrito del carácter del noviciado de entonces, no se puede dudar.

---

(60) *Inform. Nadal*, 1, 132.
(61) *Inform. Nadal*, 4, 14, 464 y 1, 233.
(62) CECCOTTI: *Directorio*, cap. 13, 4; *Manresa*, 11 (1935), 354.
(63) Hecho narrado por el mismo Possevino en su Autobiografía *Annalium Decades* conservada en el *Opp. NN. 336*. El texto en el folio 87. Se encuentra trascrito en L. LOPETEGUI: *Antonio Possevino, S. I., promotor de los Ejercicios*, páginas 2-3.

José Guimerá hizo la primera semana al entrar en Valencia en 1554 «y después de tiempo me dieron algunos más y nunca los hice todos». Gaspar de la Fuente escribe por su parte: «Las dos semanas doce o trece días y después acá no los he hecho seguidos, sino interpoladamente dos o tres veces». Bernardo Casellas, novicio en Barcelona en 1548, «todas las cuatro semanas en dos veces» (64).

Una vez más encontramos la solución de este fenómeno en el principio de acomodación personal. Así como algunos Superiores juzgaron en ocasiones que a algún novicio determinado convenía sólo parte de los Ejercicios, pudieron también, cambiadas las circunstancias, ordenarle la continuación.

Esto, que es obvio en sí, se confirma por el hecho de que, si exceptuamos cuatro o cinco (65), todos los que en las informaciones del P. Nadal aseguran haber interrumpido los Ejercicios, añaden algunos justificantes, como si se tratara de alguna anormalidad.

Véase un par de textos de muestra. Luis Vasconcelos refiere que «entraba, según creo, en los de la cuarta semana, cuando me sacaron de ellos, por un dolor de cabeza que me sobrevino». Baltasar Barbosa viene a decir casi lo mismo: «No los acabé todos por dolerme la cabeza». Diego de Santacruz asegura que no le dieron más «porque me fatigaban mis melancolías», y Ramírez de Oviedo añade una razón muy interesante: «Porque me hacían gran daño a la cabeza, porque había más de dieciséis años que me ejercitaba en oración y tenía ya tal modo adquirido de oración que dejarlo me dañaba» (66).

¿Qué cosa más natural que pasados el dolor de cabeza o la melancolía, volvieran a tomar el hilo de los Ejercicios en el punto que los habían dejado, o al menos los completaran en sus partes más esenciales?

A pesar de esto, se ha presentado este sistema de dividir las semanas de los Ejercicios con intervalos espaciados, como el tipo ideal propugnado por San Ignacio para sus hijos, los jesuítas (67).

Oigamos cómo expresa su opinión el P. Eusebio Hernández. En el pasaje que vamos a copiar cita el único testimonio que conocemos puede apoyar su tesis de modo claro.

«Tajantemente corta las dudas, una carta de 23 de febrero de 1556, en la cual pocos meses antes de su muerte hizo el santo escribir al rector de Nápoles, sobre el P. Juan de Mendoza, recién entrado allí en la Compañía, y manda que en recibiendo la carta, interrumpan los Ejercicios del

---

(64) *Inform. Nadal*, 3, 806; 2, 177; 1, 294.

(65) Son éstos Juan Santa Cruz, José Guimerá, Gonzalo Dávila, Gaspar de la Fuente, Miguel Spes.

(66) Vasconcelos en *Inform. Nadal*, 4, 64; Barbosa en 1, 230; Santa Cruz en 1, 415; Ramírez de Oviedo en 4, 583. En Brasil se siguió a veces el mismo sistema. El gran calor dificultaba excesivamente el trabajo interior. S. LEITE: *Historia*, 2, 414.

(67) E. HERNÁNDEZ: *La manera tercera de Ejercicios completos*. A la misma opinión se inclina M. VILLER en *Aux origines de la retraite annuelle*, p. 7.

P. Juan de Mendoza y se atengan con él a la costumbre de no darlos seguidos a los de la Compañía. «Doppoi habbiamo inteso come ha cominciato gli essercicii spirituali: et anchorachè *stia bene che facci alcuni*, non pare a N. P. che pasi inanzi che tanto per adesso, *essendo l'usanza nostra de dividerli quando si danno ad alcuno della Compagnia*: de modo che, si non li ha lasciati, *alla ricevuta di questa, V. R. non li dia più*». He aquí la mente definitiva de San Ignacio para los Ejercicios de sus hijos: última etapa de ensayos y experiencias, que en este punto, como en otros, precedieron a la estabilización de no pocos elementos, completamente de nuevo introducidos por San Ignacio en la Compañía» (68).

En verdad, el documento parece apodíctico. Se manda terminantemente la interrupción de los Ejercicios, apelando a la costumbre romana en ese particular.

No seremos nosotros los que negaremos la fuerza de este pasaje. Sin embargo creemos que admite, o al menos puede admitir, una interpretación muy distinta: lo que prohibe San Ignacio aquí es solamente el que se hagan *todos* los Ejercicios *en primera probación*.

Juan de Mendoza, el ilustre ejercitante napolitano a quien alude San Ignacio en esta carta, había estado más de dos años tramitando la renuncia de su castillo y bienes para poder ingresar en la Compañía (69). Pocas semanas antes había estado en la Casa profesa de Roma, pero en calidad de huésped, y en estas mismas condiciones residió en Nápoles hasta que le llegó la suspirada noticia de que sus asuntos se habían arreglado. Tan reciente estaba su entrada en el noviciado, que todavía ocho días antes de que San Ignacio dictara esta orden, había escrito el mismo santo fundador a Felipe II, rogándole se interesara por el rápido arreglo de la renuncia de don Juan (70). Los Ejercicios a que alude tienen que ser, en consecuencia, los que se acostumbraban hacer a raíz de la entrada en el noviciado, es decir, los de la primera probación. En consecuencia. Aquí San Ignacio indica que bastaba que don Juan, hombre ya maduro, practicara unos pocos días de Ejercicios al principio. Convenía que pasara cuanto antes a convivir con los demás novicios.

No sólo nos mueve a interpretar así este documento, el estudio de las circunstancias concretas del caso, sino mucho más aún la frase que añade Polanco: «siendo el uso nuestro el dividirlos», ya que ésta sería la única noticia de esta discontinuación de los Ejercicios pretendida como teoría, mientras que abundaban los casos de novicios romanos que los hacían todos seguidos.

En resumen. Tenemos un testimonio que al alegar la costumbre de Roma, indica una tradición contraria a lo que sabemos por las respuestas al P. Nadal se tendía a hacer en Roma: procurar en cuanto se podía que se hicieran los Ejercicios completos y de una vez. Parece

(68) E. HERNÁNDEZ: *La manera tercera*, p. 103.
(69) Cfr. MHSI.: *Pol. Chron.*, 6, 5-7.
(70) La carta en *Cartas de San Ignacio*. Madrid. Vol. 6, 167.

que en buena crítica histórica es necesario explicar el documento que apela a la costumbre, conforme a esa costumbre y no deducir de un sólo documento—que contradice lo que sabemos por otras fuentes—lo que se practicaba en la realidad. Además de que este documento se opondría a lo que San Ignacio había prescrito *de modo definitivo* en las Constituciones, escritas ya para esta fecha, sobre la primera probación. Juan de Mendoza estaba reduciendo la primera probación a los Ejercicios de mes. El santo fundador quería que aquellos días se emplearan en el estudio y conocimiento de la Orden que se quería abrazar. Los Ejercicios completos vendrían después. Entonces sólo unos pocos días. De todas estas razones parece deducirse que lo que San Ignacio mandó en esa orden fué que Mendoza cortara los Ejercicios enteros que estaba practicando en primera probación contra lo ordenado en las Constituciones.

Recordemos lo que antes hemos escrito de las dos tendencias en el modo de introducir a los novicios en Ejercicios. Polanco, que no explica aquí la costumbre romana sino la supone conocida, parece indicar que a San Ignacio no le gusta la orientación de entrar de repente desde el principio en todos los Ejercicios, sino que prefiere se practique primero una semana como preparación psicológica y afectiva de la gran prueba.

Creemos que esta orden no era más que una de las que dictó para eliminar esa tendencia de tomar ya en primera probación el bocado fuerte de los Ejercicios íntegros, y para que se fuera introduciendo paulatinamente la costumbre preferida por él, «el uso nuestro», que quedó plasmado en las Constituciones, donde asigna a la primera probación ocupaciones muy diversas, y que Nadal, en sus viajes de Visitador, se encargó de notificar en sus diversas prescripciones. Es verdad que, como también indicamos más arriba, se eliminaron estos parciales Ejercicios de la primera probación, pero por una parte, la prueba quedó relegada a los quince o veinte días del ingreso y, por otra, las diversas prácticas de estudio y asimilación del Instituto cuidadosamente reglamentadas para el tiempo de la primera probación, suplían con creces la preparación pretendida por el santo fundador.

Tal vemos nosotros la práctica de los Ejercicios en este período, el más crítico para la evolución del método ignaciano. Hubo anormalidades connaturales a una época de formación. No se llegó a regularizar su uso de modo sistemático y uniforme. Pero gracias a la providencial y diligente dirección y acomodación de los Superiores, se dieron en un grado mayor del que se podía suponer de tiempos tan irregulares.

La Compañía de Jesús fué la primera beneficiada, porque si no se sintió desfallecer con el continuo cargarse de obras cada vez más pesadas, y pudo salir adelante, aunque no siempre todo lo airosa que hubiera hecho sin tanto peso, se debió al vigor inyectado en su joven organismo por los Ejercicios espirituales de su fundador.

III. Fijación efectuada en el último tercio del siglo XVI.

16.—Paso a una época de reglamentación más fija con los PP. Mercuriano y Aquaviva.

Hacia el final del generalato de San Francisco de Borja (1565-1572), se notó un fuerte viraje. Comienza a practicarse la prueba principal de la Compañía de modo más uniforme. Los dos factores más decisivos fueron la multiplicación de noviciados, gracias a lo cual pudieron en adelante dedicarse de lleno los nuevos a su formación espiritual sin las trabas de antes, y la visita del P. Nadal comenzada en 1561 en la península ibérica y acabada en 1567 en Alemania y Europa oriental, que imprimió un ritmo más fijo y regular a las principales prácticas internas de la Orden, entre las que descollaban los Ejercicios.

El que cierra este primer ciclo de carácter más personal para pasar a un período en que predomina la norma fija, fué el General flamenco Everardo Mercuriano. Con las reglas del maestro de novicios que, a través de la edición de 1580, se extendieron por toda la Compañía, desaparecen las sinuosidades que hasta entonces se habían observado en la práctica, y cristalizan en normas fijas y precisas, las costumbres que más o menos, desde mucho tiempo atrás, se habían ido introduciendo en todas partes. Pero conviene notar que estas ordenaciones se conocían ya antes en copias manuscritas. Pronto tropezaremos con consultas, de 1578 y 1579, que aluden a ellas. En la quinta de estas reglas, piedra fundamental en la fijación difinitiva de la prueba básica del noviciado, se manda taxativamente al maestro de novicios que ponga en Ejercicios a cada uno de los nuevos, no mucho después de su entrada, dándoselos enteros, exactamente y según el plan indicado por San Ignacio en su libro, y asignando el fin preciso que se debía pretender con ellos (71).

En la regla catorce se vuelve a urgir indirecta, pero eficazmente, la misma práctica, indicando que los Ejercicios deben hacerlos todos sin excepción; las causas excusantes se pueden admitir sólo en las otras pruebas del noviciado (72).

Qué distintas suenan estas normas fijas, precisas, de las de 1554, en que la única orden en este respecto se reduce a que si algún novicio no ha practicado todavía el gran retiro, y se juzga oportuno que lo

(71) *Regulae Societatis*. Romae, 1580; p. 98.
(72) *Regulae*, 1.580, p. 100.

pruebe, hable con el Superior para ver lo que sea más conveniente resolver (73). No inició el P. Mercuriano esta reglamentación fija y uniforme. Las Constituciones *pro Hispaniae Provinciis* están en la misma línea. Constituyen el eslabón que unen estas normas precisas del General belga con las orientaciones de tipo mucho más genérico y universalista de San Ignacio.

El empalme se realizó, probablemente, a través del P. Mirón, que se afanó por recopilar y dar forma a las prescripciones del P. Nadal, de quien depende en muchas cosas y a quien se parecía en su espíritu ordenador y centralista (74).

Este ir cada vez puntualizando y afinando más, tenía necesariamente que hacer mella en los que por haber seguido otro modo de proceder, se veían precisados a desandar un camino ya familiar y a comenzar una nueva y extraña ruta.

Vibraciones de estas sacudidas se reflejan en la Congregación provincial siciliana de 1579, uno de los años más álgidos del cambio, que se atreve, en la forma velada de un postulado, a exponer al Padre General su opinión de que ese estrecho y reglamentario margen de tiempo impuesto por las reglas quinta y catorce del maestro de novicios, estaba en contradición con la libertad que se deja a los Superiores en el capítulo cuarto del Examen, donde se les permite puedan mandar practicar la prueba en el tiempo que le parezca más oportuno (75).

Las reglas del P. Mercuriano estuvieron en vigor bien poco tiempo, ya que en 1582 el P. Aquaviva publicó otras más extensas y puestas al día. Sin embargo, la orientación dada por el General belga siguió obrando de modo aún más nítido a través de las prescripciones de su sucesor, puesto que el P. Aquaviva no hizo más que continuar por la línea de precisión y fijeza de las órdenes del P. Mercuriano.

En esta nueva redacción, se habla de los Ejercicios en las reglas 23, 24, 27, 28, 37 y 57 (76). Los aspectos en que las nuevas ordenaciones corrigen, innovan o puntualizan algo, son los siguientes:

1) Practicarán los Ejercicios de mes, aquellos que antes de entrar no los habían probado (R. 23).

2) El retiro se hará, no como lo ordenaba el P. Mercuariano a los pocos días de haber entrado en la segunda probación, sino antes de pasar a vivir con los novicios, es decir, al fin de primera probación (R. 23).

---

(73) *Si experimenta nondum transegerunt et opportunum videbitur ut quis vel faciat exercitia spiritualia, vel mittatur ad hospitalia vel peregrinationem, praeposito quod sentit proponat ut ipse statuat quod expedire in Domino iudicavit.* Reglas añadidas a las comunes. *De magistro novitiorum qui est confessor,* redactadas en 1554. *Inst. 1f,* 140r.

(74) Mirón influyó mucho en la redacción de las reglas promulgadas por el P. Mercuriano. Lo testifican entre otros J. NIGRONIO: *Regulae comunes, S. I. Commentariis asceticis illustratae.* Milano, 1613, t. 1, p. 1, p. 24, n. 13. También se testifica lo mismo en la necrología de Mirón trazada en *Vitae 24,* 237v.

(75) *Congr. 93,* 73r.

(76) *Regulae Societatis.* Romae, 1582, pp. 97-117.

3) Los Ejercicios de ocho días, iniciales, que ya se suprimieron en las Reglas del P. Mercuriano, quedan definitivamente abolidos. Con todo aquí se especifica más el uso, añadiendo que en algunos casos excepcionales, cuando el Padre maestro, por razones especiales de salud u otras, no creyera oportuno introducir a alguno al principio de todo en el mes de Ejercicios, se puede dar a éste un retiro de ocho días, pudiendo el novicio a continuación de él, pasar a convivir con los demás (R. 24). Aquaviva, en este punto, no hace más que dar forma de regla a lo que se había determinado en la cuarta Congregación general (77).

4) Se establecen ocho días de Ejercicios antes de los votos del bienio (R. 57).

En todo lo demás, el P. Aquaviva copia literalmente a su antecesor. La definitiva normalización de las detalladas y precisas normas que poseían ahora los maestros de novicios, consolida el carácter universal de la práctica. Una de estas reglas, como se habrá observado, iba, al menos externamente, contra una tradición muy antigua. En ella se ponía en vigor una disposición que San Ignacio había deseado desterrar: el practicar la prueba íntegra del mes de Ejercicios sin la preparación de otros Ejercicios más suaves. Por ello mismo chocó contra un uso enraizado ya en muchos sitios y difundido por el P. Nadal en persona, suscitando no pocas dudas y dificultades. Hubo provincias, como la de Renania en 1587, que juzgaron muy difícil su cumplimiento, no creyendo que el candidato estaba preparado para asimilar tan a los principios y sin preparación ninguna, un manjar tan fuerte (78).

El Padre General, a esta y otras indicaciones semejantes, respondió alegando que la regla no era absoluta, como lo indicaba la atenuación puesta en el mismo texto, pudiéndose usar de ella cuando a los Superiores pareciera oportuno (79).

No todos debieron de aquietarse con esta respuesta. Algunos años más tarde se volvió a agitar la misma cuestión en el seno de la Congregación general celebrada en 1593. No sirvió para gran cosa la apelación, volviendo a triunfar el criterio del P. Aquaviva. Una Instrucción dimanada de una de las Comisiones precisaba el sentido de la discutida regla. Amonestaba dicha Comisión a que no se usara con demasiada frecuencia de la dispensa que concedía la regla, y prohibía terminantemente que se convirtiera en ley ordinaria. Sólo debía usarse cuando lo aconsejaran así justas razones (80).

Esta insistencia en un punto zanjado nada menos que en unas reglas, este apelar a la Congregación, son para nosotros la prueba más preciosa del hondo arraigo que las tradiciones implantadas por San Ignacio o injertadas por su Visitador el P. Nadal, tenían en la Compañía. Antes de dar el corte decisivo, quisieron agotar todos los recursos.

---

(77) Dec. 67 de la Congregación General 4.ª, *Institutum Societatis*, vol. II, p. 261.

(78) *Congr. 43*, 145r.

(79) *Inst. 67*, 229r y *Congr. 43*, 148r. Véase también la respuesta a la provincia de Milán, *Congr. 21*, 181v y a la de Polonia, *Polon. 3*, 6v. También la consulta que hizo el P. Manuel de Lyma, de Coimbra, el 8 de mayo de 1592. *Lus. 69* ,141r.

(80) *Archiv. Prov. Toledo, ms. 1.778* [p. 14].

17.—Nuevas recomendaciones de los Ejercicios a plazos.

Algo parecido pasó con otra circunstancia, más importante aún que la anterior, patrocinada por algunos Superiores, y que a nuestro modesto parecer nunca representó la orientación genuina de San Ignacio: el hacer los Ejercicios a plazos.

Dos son los documentos principales en que se refleja esta orientación, y los dos de hacia 1578. El primero nos da la opinión de un grupo de Francia, y el segundo de un sector de Roma.

La regla quinta del maestro de novicios motivó la consulta por la que hemos llegado al conocimiento de esa práctica.

Un Padre maestro francés, preguntaba al P. Claudio Matthieu, Visitador de la provincia francesa de Aquitania de 1578 a 1579, si el hacer los Ejercicios «exacte», que se mandaba en dicha regla, incluía también el «hacerlos seguidos», «aunque para cumplir con este requisito se viera precisado el ejercitante a demorar encerrado más de veinte días».

La respuesta del Visitador es tajante:

«Parece que basta que se continúen durante doce días. En ellos podrá ejercitarse en la primera y segunda semana. Después, al fin del primer año, haga de nuevo otros doce días en que se ejercite en la tercera y cuarta semana» (81).

Pero mucho más significativo es un documento, tal vez un poco posterior, en el que se puede seguir el modo concreto con que los partidarios de esta tendencia llevaban a la práctica la división del retiro. El documento en cuestión lleva por título *Pro Novitiis 1ⁱ et 2ⁱ anni, De cura interiori novitiorum* y está redactado por el P. Aquiles Gagliardi, creemos que durante su permanencia en el Colegio romano, es decir, entre los años 1577 a 1579. Es fácil que en este tiempo tuviera el cuidado de algunos novicios que frecuentaban el Colegio romano, conforme a la costumbre vigente entonces de escoger para director espiritual de éstos, o por mejor decir, para maestro de novicios, algún confesor.

En esta extraña página se va indicando con todo detalle el modo con que se debía instruir espiritualmente a los novicios. Extractaremos sólo lo que se refiere a los Ejercicios (82).

1) *In prima probatione edocentur brevissime de modo orandi, nisi iam sint instructi.*

4) *His peractis ingrediuntur primam hebdomadam exercitiorum, quae dantur illis eo modo quo habetur in libello P. Ignatii. Ad eorum autem expli-*

(81) *Inst. 186c*, 641.
(82) Se encuentra en *Bibl. Naz. Roma. Fond. Ges., n. 1.439.*

cationem quam P. Ignatius ipsemet praescribit, adduntur aliqua puncta, seu meditationes de gravitate peccati, de morte, iudicio, gratia, etc.

5) *Scopus autem huius hebdomadae est inducere contritionem peccatorum, ut sit bene dispositus ad confessionem generalem eorum.....*

6) *In hac probatione secunda,* duobus mensibus aut circiter detinentur *antequam reliqua exercitia P. Ignatii illis dentur completa.....*

Después de señalar el modo con que hay que adiestrarles en este período en los diversos modos de orar, y la materia de oración en que se tienen que ejercitar, continúa:

19) *His peractis post duos menses aut circiter, aggrediuntur iterum exercitia P. Ignatii cum recessu in cubiculo.*

20) *Et primo primam hebdomadam brevissimo spatio trium aut quatuor dierum ad summum, in qua quoad peccata gravia praetenditur solum compunctio habitualis ac odium peccati in communi et zelus quoad proximum; reliqua vero omittuntur, nisi alias necessaria esset repetitio aut renovatio.*

21) *Tum adduntur meditationes contra tepiditatem et post has, meditationes de pravis habitibus.....*

22) *Post haec autem aggrediuntur secunda hebdomada in qua incipiendo a Regno Christi, danda sunt illi exercitia P. Ignatii ad verbum.*

Hay que darles los Ejercicios íntegros, incluso la elección de estado con sus meditaciones básicas de las dos banderas, tres binarios. También hay que seguir instruyéndoles en los modos diversos de orar: aplicación de sentidos, Ejercicios de tres potencias, contemplación.....

30) *His peractis cum recessu, qui ad plurimum durat spatio 15 vel circiter dierum, permittuntur* per integrum mensem *repetere ex se tempore orationis ordinariae omnia exercitia a primo usque ad finem eis data,* ne nimium fatigentur si nova darentur, et ut melius imprimantur iam facta.

31) *Hoc eodem tempore exerceantur in quarto gradu (*de los indicados en la obra del P. Gagliardi, *De interiori doctrina) sc. in extirpatione malorum habituum, percurrendo singulos..... Et hoc modo pergant spatio duorum mensium aut circiter. Quo tempore, scilicet post primum mensem repetitionis exercitiorum poterunt in oratione meditari mysteria vitae Christi quae sequuntur in secunda hebdomada usque ad finem eo modo quo alia superiora.....*

33) *Post haec omnia ut possint perficere exercitia omnia P. Ignatii usque ad quartam hebdomadam, iterum spatio 15 dierum aut circiter secedunt in cubiculum pro more.*

34) *Tum autem prima hebdomada brevissime illis tradenda est spatio scilicet duorum aut trium dierum ad summum. Et tota accommodanda est contra amorem propium et passionum.....*

36) *Secunda hebdomada post primam similiter repetenda est: incipiendo ab exercitio Regni Christi cum aliis quatuor, applicando ea eidem materiae mortificationis, sicut factum est de malis habitibus.....*

39) *Electio vero ipsa et in communi et in singulis materiis quae ibi habentur pro opportunitate et capacitate singulorum facienda est, totaque posita in victoria sui generosa, superando affectus et impetus quoscumque passionum et difficultates imminentes necnon et daemonis suggestiones: possuntque in ipsa electione mysteria Christi immisceri vel omitti ad libitum.*

40) *Pergant deinde meditando mysteria 3.ae et 4.ae hebdomadae usque ad contemplationem divini amoris quae debet illis breviter explicari ut incipiant aliquo modo gustare viam virtutis et operari omnia in Deo* (83).

De este modo, casi a los seis meses de noviciado, se acaban por primera vez los Ejercicios acomodados a la vía purgativa. Digo «por primera vez» porque este duro trabajo no es más que la fase inicial. Con él no se han conseguido más que los frutos del primer estadio. Es necesario repetirlos dos veces más a los 12 y 18 meses exactamente, adaptándolos la primera de estas ocasiones *ad studium virtutum*, y en la última *in hunc finem potissimum ut incipiant melius degustare in via unitiva, quae etiam nostro Instituto est accommodata* (84).

Continúa el P. Gagliardi, gran teórico de las tres vías, explicando la manera con que hay que ir encuadrando las meditaciones para conseguir estos fines graduados, hasta poder la última vez, preparado ya el ánimo, llevar al novicio a las deliciosas cumbres de la vía unitiva.

Post recessum deinde poterunt vel pergere in studio virtutum modo iam notato, et tunc semel aut bis in hebdomada hoc studio intermisso, posset eis dari modus quotidianus inveniendi se cum Deo per mutuam caritatem modo qui in contemplatione divini amoris continetur. Vel si visum fuerit..... si iam diu in eo essent exercitati et valde profecissent, promoveri continuo in eadem via unitiva: dando illis ad meditandum Canticum Canticorum. Deinde hoc eodem ordine quem a principio usque ad finem hic notavimus, debent tota vita exerceri..... (85).

No seré yo el que afirme que se desvirtúe el valor del sistema ignaciano con encuadrarlo dentro de la clásica doctrina de las tres vías, tanto más cuanto que en la anotación décima se habla expresamente, si no de la *vía* iluminativa, sí de la «*vida* iluminativa» y de la «*vida* purgativa», pero tampoco creo que sea necesario ajustarse a los cánones de esa escuela, para llegar a comprender los auténticos y genuinos Ejercicios de San Ignacio. Y lo que ha llevado al autor a espaciar los Ejercicios no ha sido el deseo de volver a la tradición ignaciana o de conseguir los fines pretendidos en las Constituciones, sino el de familiarizar al novicio con este sistema de la vida espiritual. Por ello nunca se podrá invocar al P. Gagliardi como testigo de la genuinidad de esta costumbre.

18.—Cristalización de las normas.

Estos dos puntos, si prescindimos de cierta diversidad en el modo de entender el alcance del término «ignaciano», del que hablamos en otro capítulo, son los únicos en los que hemos encontrado algún

(83) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 1.439* [4r-7v].
(84) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1.439* [9r].
(85) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1439* [10r].

resto de discrepancia e irregularidad en este período. Ya el mero hecho de haberse fijado en estos aspectos relativamente secundarios, es la mejor prueba de que lo esencial se realizaba a gusto de todos. Es natural. La práctica se había ya afianzado. La norma teórica era clara y precisa. Los jóvenes jesuítas protegidos con el orden y recogimiento de las Casas de formación, podían dedicarse sin embarazo alguno a sus prácticas de piedad.

Todo seguía su cauce normal. No hay por qué seguir enhilando nombres y años que no aportan ningún elemento nuevo. La ley teórica después de las primeras sacudidas al enfrentarse con la dura lucha de la realidad en los puntos en que rozaba con ella, se fué convirtiendo casi insensiblemente en costumbre, que se iba observando con toda naturalidad.

No queremos decir con esto que no hubiera deficiencias. En el decurso de estas líneas, hemos tropezado con el postulado de la Congregación portuguesa de 1572, que reclamaba vivamente la vuelta al uso antiguo de hacer los Ejercicios íntegramente y al principio del noviciado (86).

Más fuerte es aún el informe del Visitador de Castilla en 1592, el P. González Dávila.

«Los de tercera probación se salen como entraron, porque se salen aun sin unos Ejercicios contra lo que está ordenado» (87).

Pero esta y otras anormalidades que se podían añadir, eran cosas locales, circunstanciales. Una orden, una visita de un Superior, cortaba el abuso introducido o espoleaba al cumplimiento de lo que no se practicaba. No tenían el carácter de principio y norma efectiva, como hemos visto sucedió en los años precedentes.

Los datos posteriores, no ofrecen interés especial. Reflejan el monótono repetirse con ordenada periodicidad de algo ya estabilizado.

(86) *Congr. 42*, 92r.
(87) *Hisp. 90*, 290v.

CAPÍTULO IX

REPETICIONES DE EJERCICIOS REALIZADAS POR JESUÍTAS

I. Repetición de los Ejercicios en la meditación ordinaria

1.—El libro de Ejercicios base de la meditación ordinaria.

Es necesario distinguir cuidadosamente entre el volver a hacer los Ejercicios de modo excepcional por razones especiales, y el hábito de repetirlos con regularidad periódica. Lo primero se dió desde el principio. Lo segundo necesitó un proceso muy largo hasta alcanzar la cristalización definitiva (1).

Desde los primeros años comenzaron a recomendar los Superiores el retiro ignaciano como remedio para los males del espíritu, lo mismo para enfervorizar a los flojos que para estimular a los pusilánimes (2

---

(1) Aunque con perspectivas mucho más reducidas que las nuestras ha escrito un importante artículo lleno de infinidad de datos M. Viller y M. Olphe-Galliard bajo el título *Aux origines de la retraite annuelle. Son institution au sein de la Compagnie de Jésus. RAM*, 15 (1934), 3-33. Véase también A. Coemans. AHSI. 3 (1934), 313-316 y Viller: *Le XVII siècle et l'origine des retraites spirituelles*

(2) Laínez invita a hacerlos a Mto. Teodorico y Lamberto que habían aficionado en el servicio divino. MHSI.: *Lainii Mon.*, 7, 59 y Braunsberger: 2, 594. Nadal afirma que tenía por costumbre recomendarlos a los necesitados *Epp. Nadal*, 4, 599, 669 y Braunsberger, 4, 428; el P. Aquaviva lo recomendó en casos particulares. *Congr. 46*, 167r; *Inst. 58*, 69v. Escribió una carta el 14 de agosto del 1599 a toda la Compañía en este sentido (copia italiana con firma autógrafa en *Rom. 1*, 295r). En las *Industrias*, c. 3, n. 2; c. 4, n. 10; c. 6, n. 8; c. 11, n. 10; c. 13, n. 10, propone el método ignaciano como remedio para diversos males. Varios Padres insisten en lo mismo: *Inst. 178*, 175r, escrito con el título *Ad promotionem spiritus in Societate*. Otro informe *De mediis renovandi*, en que se aconsejan los Ejercicios. *Inst. 186*, 254r. Cfr. *Inst. 178*, 178v-179r. También lo mismo en *Ratio et traditiones Societatis Iesu*, basadas en el P. Mirón y Nadal. *Inst. 186c*, p. 321

San Francisco de Borja lo consideraba de mayor eficacia que la mortificación y los oficios humildes (3). Sintetiza el criterio de aquella generación el P. Manni en un manuscrito de principios del siglo XVII, pero que recoge la herencia de los tiempos que estudiamos. En él llega a escribir resumiendo la opinión común entonces en boga, aunque envolviéndola en un exagerado exclusivismo:

«Las enfermedades del alma son exactamente cuatro: languidez, ignorancia, efusión e irreligiosidad. Estos cuatro males se combaten con cuatro remedios que se sacan de los Ejercicios: renovación, conocimiento, recogimiento y reforma» (4).

Esta persuasión de la eficacia de los Ejercicios movió a aprovecharse de ellos no sólo en el tiempo que se dedicaba a hacerlos de modo exclusivo, pero aun durante el año, encuadrándolos en el cuadro ordinario de la vida.

Este acoplamiento tuvo sus fases. Primero fué un rumiar los pasos que habían impresionado más, una especie de repetición ignaciana; después el ir periódicamente repitiéndolos en la meditación ordinaria y por fin la creación de un sistema fijo y concreto. Observemos más de cerca este proceso.

Era obvio que para la meditación ordinaria usaran el texto de los Ejercicios. Apenas existían entonces libros que suministraran materia meditable ya elaborada. La sistematización del proceso de meditación—no la práctica de la meditación—estaba entonces en ciernes. Aun los autores de la Devotio moderna, que tanto perfeccionaron su técnica, se fijaron más en la contextura interna, que en facilitar su aplicación con oportunos escritos.

Varios escolares testificaron en la visita al P. Nadal que usaban del texto ignaciano como base de su meditación. Se expresan de varias maneras, pero vienen a decir lo que contestó Diego Carrillo: «He muchas veces dado vueltas a ello en las meditaciones diarias», o Marco Melchor: «después los volví a pasar y muchas veces he tenido oración sobre ellos» (5). En Coimbra, desde 1548 en que recibieron el ejemplar de los Ejercicios impreso en Roma, lo utilizaron para la meditación ordinaria (6). San Francisco Javier ordena al Hermano Bravo que vaya meditando la vida de Jesucristo por el libro de los Ejercicios, siguiendo

(3) Carta del 24 de agosto de 1570 a Portugal. *Inst.* 51, 333r.

(4) MANNI: *Annotationi*, 131.

(5) La respuesta de Diego de Carrillo en *Inform. Nadal*, 1, 388; la de Marco Melchor, *ibid.*, 4, 360. Respuestas parecidas pueden verse en un tal Juan Bautista entrado en Alcalá en 1554, Andrés Avantiano, Diego del Castillo, Gonzalo González, Sánchez de Pinto, Luis de Medina, Juan Ondarza, Pedro Martínez, Miguel Zoriado, todas en *Inform. Nadal*.

(6) MHSI.: *Polanco Chronicon*, 1, 311. Villanueva hacía lo mismo, CASTRO: 1.247v.

«el mismo orden y manera» que tuvo al hacerlos, de modo que cada mes diera vuelta a todas las meditaciones (7).

Tenemos que evitar el generalizar estos testimonios y darles un valor que no tienen. No se puede deducir de aquí que el libro ignaciano era el *único* que servía de base a *todos* para los puntos. Las notas privadas de los escolares del Colegio romano están repletas de frases de santos Padres, sobre todo de San Bernardo, San Buenaventura, San Gregorio y autores espirituales medievales como Inocencio III, Dionisio el Cartujano y Gersón. Muchos de ellos son despojos de lecturas, pero sin duda sirvieron para tomar los puntos. Buena prueba de ello es el hecho de que el P. Doménech construye la meditación de los pecados propios con materiales tomados de Inocencio III (8) y el P. Barceo daba en Goa los puntos siguiendo los misterios de la vida de Cristo del Monotessaron de Gersón (9). Un cuaderno de notas espirituales de hacia 1570 contiene varias meditaciones calcadas en las del P. Fr. Luis de Granada (10).

Existe un documento contemporáneo que explica lo que entendían por «meditar los Ejercicios» durante el año. Su lectura nos iluminará este punto mejor que muchas consideraciones. Es una carta escrita desde Coimbra el 16 de enero de 1589 por el P. Vasco Pires al P. Aquaviva. Dice así en la parte que nos afecta:

«Díceme el Padre Provincial pasado [P. Sebastián de Moraes] que V. P. ha ordenado estampar un volumen de varios libros devotos y si yo podría hacer. Púseme de propósito y tengo ya todo por orden. Intitúlase la obra *Pratum spirituale*. El orden es el de los Ejercicios de nuestro P. San Ignacio, así que el primer capítulo trata del fin para que fuimos criados; el segundo de las criaturas, conforme a la segunda parte del fundamento; el tercero del pecado de los ángeles, etc. Los autores que traigo son San Agustín, San Buenaventura, don Ángel [ico] y otros Padres o especulativos. Pónense todos estos Padres con sus propias palabras. Esto dará lectura acomodada *para nuestras meditaciones* y a los seculares servirán también mucho, porque hay en este reino falta notable de libros espirituales» (11).

---

(7) MHSI.: *Epp. Xav.*, 2, 163. La lista de libros de lectura espiritual cuyo uso se recomendaba, puede verse en las reglas del Maestro de novicios. *Regulae S. I.* Roma, 1580; p. 108. Otra lista muy parecida en *Arch. Univ. Greg.*, *1299*, p. 66. Cfr. P. LETURIA, *Lecturas... entre los jesuitas del siglo XVI*.

(8) *Inst. 109*, 7r-12v. El texto de Inocencio III que aprovecha tan cumplidamente el P. Doménech es el *De contemptu mundi*, muy divulgado en los siglos XV-XVI. Texto de Inocencio III en PL. 217, pp. 701-746.

(9) Carta de Barceo a San Ignacio de 12 de enero de 1553. *Goa*, *10*, 268v. Cfr. *ibidem*, 246v. El *Monotessaron sive harmonie ex quatuor Evangeliis* del famoso canciller de la Universidad de París Juan Gersón, es una simple concordia de los cuatro Evangelios. Se encuentra en *Ioannis Gersonis Opera*. París, 1606; vol. I, páginas 1-110.

(10) *Inst. 112*. Es decir, desde Navidad en que hicieron la renovación de votos hasta el 2 de febrero.

(11) *Lus. 70*, 365r. Por desgracia murió el P. Vasco Pires dos años después de haber escrito esta carta y no pudo acabar la obra, que nunca se imprimió, que sepamos.

En el escrito ya varias veces citado que bajo el título de *Ritus et traditiones Societatis* aspira a recoger las costumbres primitivas, se llega a considerar la oración de la mañana como una especie de Ejercicios abiertos continuados (12). Esta era la concepción primitiva. Proseguir durante toda la vida, en lo posible, viviendo el ambiente de los Ejercicios.

2.—Los Ejercicios en los libros de meditaciones.

El libro ignaciano ofrecía unos puntos de la vida de Jesucristo muy breves, puntos que —como se expresaban los Padres de la India reunidos en 1590 en Congregación provincial—no bastaban «para los menos perfectos, que se encontraban en la oración estériles» (13). Deseosos los Padres espirituales de ayudar a sus dirigidos en el problema de la oración, comenzaron a publicar libros que facilitaran el trabajo y orientaran en el modo de tratar con Dios. Aquella generación sentía fuertemente la necesidad de semejantes ayudas. Congregaciones provinciales como la de la India en 1590 y la de Portugal en 1599, pidieron insistentemente al P. Aquaviva se compusieran esta clase de obras que—dicen—«fecundarán» el espíritu y servirán de guía en el camino de la oración (14).

La primera obra de esta índole que se publicó fué en 1571. Su autor es el conocido P. Gabriel Loarte, discípulo del Beato Ávila, hombre eminentemente práctico en sus obras. Las meditaciones versaban sobre la Pasión de Jesucristo (15). Le siguieron en ritmo siempre creciente, Vicente Bruno en 1585, a corta distancia Jerónimo Nadal, Juan Buseo, Bartolomé Ricci y, algunos años más tarde, ya bien entrado el siglo XVII, Juan Ceccotti, Carlos Scribani, Álvarez de Paz, Luis de La Puente por no citar más que los más usados entre los jesuítas (16).

Los escolares jesuítas usaron en copias manuscritas la mayoría de las meditaciones de estos autores años y aun lustros antes que se imprimieran (17). No se puede negar que con estas obras y las de otros cuyas

---

(12) *Inst. 186c*, p. 119.
(13) *Congr. 49*, 409v.
(14) *Congr. 49*, 409v, 449r.
(15) *Instruttione e avvertimento per meditare la Passione di Christo Nostro Redentore con alcune meditazioni intorno a essa.* Roma, 1571.
(16) Sobre todos estos libros véase DE GUIBERT: *La Spiritualité de la Compagnie*, 246-270; sobre el de Nadal, M. NICOLAU: *El P. Jerónimo Nadal.*
(17) Un caso manifiesto es el del P. Ceccotti. No imprimió su libro hasta 1631 y sin embargo ya a fines del siglo XVI se encuentran varias copias manuscritas entre los escolares del Colegio romano.

meditaciones se difundieron también en copias manuscritas, sin que llegaran a imprimirse, como las de San Francisco de Borja y Aquaviva, fué poco a poco cayendo en desuso este continuo «pasar» los Ejercicios en ciclos ininterrumpidos. Pero no por eso se dejó de seguir tomando puntos del libro ignaciano. Más bien se comenzaron a entreverar por temporadas las meditaciones de los Ejercicios con las de los autores. Además los libros de meditaciones de esta época—casi sin excepción—siguen el esquema del texto ignaciano, que con más o menos personalidad y libertad lo van siguiendo en el trazado de su plan, contribuyendo así—como dice el P. de Guibert—a divulgar los Ejercicios en forma de meditaciones (18).

Los que seguían el orden de estos autores al acabar la última meditación habían recorrido las cuatro semanas de los Ejercicios, entreveradas con consideraciones de virtudes varias o de las fiestas litúrgicas. La tendencia más general, iniciada ya con San Francisco de Borja, era la de encuadrar las meditaciones en el año eclesiástico, con lo que en el espacio de doce meses se pasaba de la vía purgativa o primera semana, a las alturas de la vía contemplativa.

El plan del P. Ceccotti merece particular consideración. Como dice él en la advertencia preliminar, se afanó por coordinar la materia de los Ejercicios con las fiestas de la Iglesia, las enseñanzas de la vida de Jesucristo y de los santos, y las reglas del Instituto de la Compañía. Consideraba éstas como las cuatro fuentes que debían alimentar la espiritualidad del joven jesuíta. Ni se contenta con estos consejos generales, sino que va dando normas concretas sobre el modo de distribuir las materias. Entre el adviento y septuagésima incluye la primera y segunda semana. Durante la cuaresma se continúa la tercera, y la cuarta durante el tiempo pascual. La contemplación para alcanzar amor la reserva para la dominica infraoctava de la Ascensión. Las dos semanas que van desde esta fecha hasta el día de la Santísima Trinidad se ocupan en una repetición más intensiva de todos los Ejercicios. Todo este proceso acaba en esa solemnísima fiesta con la consideración del credo por el segundo modo de orar. Para las dominicas después de Pentecostés, señala varias meditaciones de índole diversa, que tienen como base, generalmente, el Evangelio de la misa. Dentro de esta serie incluye otros temas que no podemos aquí detallar sobre diversas virtudes y reglas (19).

Es decir: la base de la meditación la seguían formando los Ejercicios, no de un modo escueto, como en los primeros años, sino a través de las amplificaciones de los Padres espirituales y entreverado con el ciclo eclesiástico y otras festividades.

Con esta repetición cíclica y reposada, las verdades de los Ejer-

---

(18) DE GUIBERT: *La Spiritualité de la Compagnie*, p. 262.
(19) CECCOTTI: *Apparatus*, pp. 8-34.

cicios seguían empapando el alma de los jesuítas, suave, pero profundamente. Unos decenios más tarde el P. Manni, después de proponer un plan de meditaciones semejante al del P. Ceccotti y después de decir que «se deben distribuir los Ejercicios por todo el año, haciendo, por decir, así todo el año Ejercicios», afirma que «esta manera de hacer los Ejercicios a lo largo de todo el año, parece que se tiene como tradición en la Compañía» (20).

Aun en esta época dedicaban algunos días o semanas durante el año a tomar los puntos de la oración directamente del texto de San Ignacio. Podemos observar en los apuntes privados del P. Bartolomé Ricci —cuyo influjo en este punto tuvo que ser inmenso por haber sido tres veces maestro de novicios y haber ocupado importantes cargos de gobierno—cómo repitió en 1597 entre el 2 y 23 de junio la primera semana, intercalándola con meditaciones de la fiesta del Corpus y de Pentecostés, que cayeron dentro de esas fechas (21).

El P. Aquaviva, en unos avisos a los Padres provinciales de 1594, al hablar del modo de hacer la visita, les incita a procurar durante ella dar los Ejercicios «al menos en el modo que el P. Ignacio señala en la anotación 19 para personas ocupadas, esto es, en la oración y exámenes ordinarios, dando después cuenta de conciencia y comunicando sus sentimientos» (22). Quiere también que utilicen esta práctica los Prefectos espirituales y los Superiores locales (23).

Algunas de las ideas que habían impresionado más hondamente en tiempo de Ejercicios, provocaban con su simple recuerdo en estos días en que volvía el jesuíta a pensar en ellas, reacciones muy hondas, e iban como volviendo a cargar de fervor y compensando las energías perdidas con el desgaste diario.

II. Comienzo de las repeticiones en retiro

3.—Ejercicios de los primeros Padres en Loreto y a raíz de su ordenación sacerdotal.

No se contentaron los jesuítas con entremezclar los Ejercicios en la vida ordinaria, sino que comenzaron a retirarse de vez en cuando a la soledad, dejando toda ocupación que no se compaginara con el recogimiento de que querían disfrutar aquellos días.

(20) Manni: *Annotazioni*, p. 142. *Bibl. Naz. Roma. Fond. Ges., n. 1.399.*
(21) *Inst. 232*, 123v-124r.
(22) *Inst. 121*, 151r.
(23) *Inst 121*, 153v.

Podemos considerar, en cierto sentido, como primer ejemplo de aquellas repeticiones, la temporada que pasaron en Venecia los primeros compañeros de San Ignacio en mayo y junio de 1537 dedicados a la oración y penitencia. Ya en cuaresma de 1537, cuando pasaron por Loreto, todos, menos el fundador, que había quedado en Venecia, dedicaron dos o tres días a la oración y «meditación de cosas pías» (24).

No es que volvieran en aquel par de días a recorrer toda la serie de meditaciones de Ejercicios, pero ¿qué cosa más obvia que en el recinto, que todos ellos veneraban como santificado por la presencia del divino Redentor, se dedicaran a paladear las dulces contemplaciones de la encarnación e infancia de Jesucristo y que comenzaran a «abrazar y besar los lugares donde las tales personas pisan y se asientan..... procurando sacar provecho de ellos»? (25). Devotos peregrinos, que hacían un alto de su viaje emprendido en virtud del voto de obediendia hecho al Papa, no podían dejar de meditar cómo «el niño Jesús era obediente a sus padres en Nazaret». Allí pedirían gracia y fuerza al que consideraban que desde aquel santo lugar «ascendió a Jerusalén», «dejando a su padre adoptivo y a su madre natural por vacar en puro servicio de su Padre eternal» (26), para que su subida a la sagrada Roma fuera también en puro servicio de aquel Señor por quien acababan de dejar todo lo terreno que les ataba al mundo. Y todavía cómo en aquellos momentos en que se encaminaban a ofrecer sus personas y su trabajo al representante de Cristo en la tierra, podían dejar allí, delante de la Virgen Santísima, de hacer oblaciones de mayor estima y mayor momento, y de pedirle que les alcanzara gracia de su Hijo y Señor para ser recibidos debajo de su bandera, deseando, aquellos que en París habían hecho voto de perpetua pobreza y que iban caminando a pie pidiendo limosna y que devolvían hasta dos cuatrines que les había sobrado del flete del paso de una lancha, servirle en la pobreza actual y en pasar oprobios e injurias.

Ciertamente que las «cosas pías», en cuya consideración se entretuvieron santamente los devotos y piadosos peregrinos, no pudieron ser muy distintas de éstas que respondían a su estado psicológico, y que eran el eco de aquella vida emprendida a la luz de los ideales madurados al contacto de los Ejercicios.

Pronto *volvieron a repetir un retiro más prolongado aún.* Recibida la ordenación sacerdotal el 24 de junio del mismo año, se retiraron a diversas ciudades a prepararse a la celebración de la santa Misa con especiales oraciones y meditaciones (27). Como narra Rodrigues, todos se repartieron por sitios solitarios, donde apartados de todo co-

---

(24) *In piarum rerum commentationibus.* Así lo afirma uno de los miembros, el P. Simón Rodrigues. *Mon. Broet,* 484.

(25) *Ejercicios,* n. 125.

(26) *Ejercicios,* nn. 134, 272, 135.

(27) MHSI.: *Pol. Chronic.,* 1, 60. Que se fijaron al principio un tiempo *determinado* para permanecer *in solitudine,* lo dice Rodrigues. *Mon. Broet,* 490.

mercio humano, se dedicaron a la contemplación de cosas celestiales. San Ignacio, Fabro y Laínez en Vicenza, medio ocultos en una choza apartada de la población, sin puerta ni ventanas, pasaron los primeros cuarenta días dedicados exclusivamente a la oración sin salir de allí más que para mendigar un mendrugo de pan, que, cocido con los primitivos medios de que disponían, constituyó su comida ordinaria (28).

¿No serían aquellos cuarenta días una repetición del mes de Ejercicios? El número de cuarenta días parece una imitación del tiempo que estuvo Jesucristo en el desierto antes de emprender su vida pública. Ellos también, apenas acabado ese retiro, comenzaron a predicar en las plazas de Vicenza.

No sabemos lo que meditaron aquel mes largo, pero no es aventurado sospechar que volverían a saborear las delicias de los Ejercicios, que constituían el arranque y la convergencia de sus ideales y anhelos.

Los demás compañeros eligieron sitios parecidos. Jayo y Rodrigues se juntaron cerca de Bassano a un santo anacoreta, compartiendo con él las soledades del paraje y su austeridad de vida. Javier y Salmerón se retiraron a una ermita solitaria que encontraron en el Monte Celesio, y Coduri y Hoces fueron a Treviso (29).

Creemos que San Ignacio volvió todavía pocos meses más tarde a hacer los Ejercicios de mes completos. Porque en la cuaresma del año siguiente de 1538 se retiró a *Montecasino* a darlos al embajador de Carlos V, doctor Pedro Ortíz. Permaneció allí 40 días. Difícilmente nos podemos imaginar qué pudo hacer el santo en aquellas abruptas soledades del priorato de Santa María de la Albaneta, donde parece demoró todo aquel tiempo, las muchas horas diarias que seguramente le dejaba libre el trabajo con su ejercitante, sino volver una y más veces a considerar en su interior las verdades que le iba exponiendo. Así, a la vez, se preparaba a la celebración de su primera Misa (30).

4.—Influjo de estos ejemplos. Ocasiones en que repetían los Ejercicios.

La fuerza de estos casos consistió, sobre todo, en que desde el principio vieron que los Ejercicios podían practicarse repetidas veces. Se quitaba de raíz consistencia a la opinión de los que consideraban

(28) Lo cuenta San Ignacio en su Autobiografía, n. 94. *Font. Narr.*, 1, 494.
(29) Detalles suministrados por Rodrigues. *Mon. Broet*, 488-489.
(30) *Font. Narr.*, 1, 500. Sobre la 1.ª Misa y su preparación a ella LETURIA: *La primera Misa*, aunque no habla de estos Ejercicios como preparación a ella. Sobre Ortiz, BATAILLON, *Erasmo y España*, 2, 17-19.

el volver a recogerse como una señal de tibieza. Los primeros Padres, sus modelos, los habían repetido en tan poco tiempo. Además de que el propio San Ignacio habla en las Constituciones de esta repetición. Antes de los votos, sean del bienio, sean los últimos y definitivos, manda al jesuíta volver a hacer «por espacio de una semana..... algunos Ejercicios de los pasados, o de otros» y en tercera probación tiene que pasar «por varias probaciones y, especialmente, por las dichas si primero no las hizo, y aunque haya hecho, por algunas de ellas a mayor gloria divina» (31).

Es decir, que se mandaban unos Ejercicios reducidos y en varias ocasiones. No se podía pedir credenciales más puras de la legitimidad de esta costumbre. En este afán de imitar a los primeros Padres y en estas normas de las Constituciones se encuentra la principal causa de que se introdujera tan rápidamente esta práctica.

Otra de las causas fué el uso regular y constante desde el principio de *renovar los votos* dos o tres veces al año. San Ignacio, en las Constituciones, habla del modo con que se ha de realizar este acto y de los fines que con él anhela, pero no especifica nada sobre el modo de prepararse. Fueron los escolares, los que conscientes del significado de esta oferta, comenzaron a disponerse con especial oración y penitencia, de varios modos según las circunstancias. Una de las maneras preferidas fué el de los Ejercicios.

En la lejana India el P. Gaspar Barceo, durante más de 30 días, fué dando los Ejercicios a la mayoría de los escolares de Goa que renovaron sus votos al fin de ellos (32). También usaron el mismo medio los escolares romanos en 1557 y los estudiantes alemanes en varias ocasiones (33).

Más aún. En unas notas de un jesuíta del Colegio romano en que se va indicando el modo de disponerse para la renovación, se aconseja que se medite esos días no en la vida de Jesucristo, sino en la primera semana y se lean algunos de los documentos ignacianos que se refieren a la purificación del alma (34). Lo mismo se puede decir de las meditaciones escritas por el P. Ceccotti para este acto, que forman unos verdaderos Ejercicios de la primera semana (35).

No tratamos aquí de estudiar la evolución de las formas con que se fué celebrando la renovación de votos y por ello no queremos bajar

---

(31) *Const.* Examen, cap. 4, n. 41 y n. 16 [98, 71].

(32) Hay diversidad en el tiempo que dieron a los Ejercicios. Según el P. Frois estuvieron desde el día de la Dominica in Albis hasta la Ascensión *(Goa 10,* 217v) Según el P. Barceo duraron los Ejercicios cuarenta días. *(Goa 10,* 267v). Los datos del P. Frois por más precisos nos parecen más probables.

(33) Así se deduce de una plática de San Pedro Canisio BRAUNSBERGER. 8, 656. Sobre los Ejercicios de los escolares romanos en MHSI.: *Pol. Compl.*, 2, 604.

(34) *Archiv. Univ. Greg. 1725,* 88v.

(35) Aunque impresas en 1631 corrían manuscritas en el último decenio del siglo XVI. Pueden verse en CECCOTTI: *Apparatus*, 355-386. Se editaron también en opúsculo aparte.

a más detalles. Nos interesaba tan sólo mostrar, que este periódico recogerse dos veces al año, fué en muchos escolares un volver a gustar, al menos en parte, los Ejercicios y contribuyó, más que ninguna otra práctica, a la generalización de una sistemática repetición de los mismos Ejercicios, que en cierto sentido vinieron a sustituir en los ya profesos a esa renovación que practicaban mientras estaban en formación.

Se dió todavía otra tercera causa: el que muchos comenzaron a *prepararse con un retiro a algunas fechas especiales* de la vida. La primera fué la de los votos de bienio, con lo que, como ya hemos indicado, no hacían más que cumplir una orden de las Constituciones. San Francisco de Borja, en 1567, urgió el cumplimiento de esta prescripción (36).

En Coimbra, la mayoría la cumplía con toda exactitud. Esta normalidad era consecuencia del gran florecimiento de la provincia portuguesa y el auge que habían conseguido sus obras. Son varios los escolares de este gran centro que al referir que se retiraron a prepararse a los votos con unos Ejercicios, añaden «según costumbre» o «conforme a las Constituciones» (37).

En los demás Colegios, fuera de alguno que otro, como los de Medina o Gandía, se contentan los escolares con señalar el hecho de haber repetido los Ejercicios varias veces, sin precisar la razón de tales repeticiones. Pero apenas se puede dudar que, al menos en algunas ocasiones, se debieron a esta causa (38).

Lo que más nos ha extrañado en este particular, es que en las reglas del maestro de novicios publicadas en 1580, no se haga la menor alusión a estos Ejercicios. Este silencio no duró más que dos años, porque en las reglas editadas dos años más tarde por el P. Aquaviva se habla ya de ese retiro (39).

Estamos mucho peor informados sobre otra de las ocasiones en que San Ignacio ordenó en las Constituciones se reiteraran los Ejercicios, es decir, antes de los últimos votos. Tan sólo algún que otro dato esporádico, pero que nos deja entrever una práctica tal vez más fija que antes de los primeros votos, sin duda por tratarse de un acto más solemne y definitivo. Se informa, con todo, en la antigua provincia de

---

(36) BRAUNSBERGER: *Epp. Canisii*, 5, 512.

(37) Así Pedro Gómes, Luis Vasconcelos, Francisco Monclaro. Véase también MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 358 y 843.

(38) Entre los apuntes de los escolares del Colegio romano, hay esquemas de Ejercicios practicados antes de los votos. *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 1.622*, 1v-7v. En otro lugar *Para la historia de la oración del Colegio romano*, pp. 95-96, dejamos constancia de los Ejercicios redactados en 1571 con el mismo objeto, pero ambos textos podían haberse compuesto no para el acto de la emisión, sino para el de la repetición de los votos. En el Directorio adjunto al del P. Mirón, bastante anterior a 1580, se habla de estos Ejercicios como de una costumbre. *Exerc.*, 881.

(39) *Regulae Societatis*. Roma, 1580. *Regulae Magistri novitiorum*. Regla 57, página 111. Que se ponía en práctica la costumbre lo vemos a través de varios testimonios contemporáneos. Así, por ejemplo, para Alcalá, CASTRO: *Historia de Alcalá*, lib. 12, cap. 12 (I, 238v); para Madrid: *Historia del nov. de Madrid*, 62.

Castilla, que «se guarda lo de hacer ocho días de Ejercicios antes de la profesión» (40). En cambio, el Visitador de la provincia de Aquitania, en 1578, no quedó contento porque no se observaba *siempre* esa regla y dió orden de que en el futuro no se dispensara a nadie sin permiso del Padre General (41).

De los casos aislados concretos que han llegado hasta nosotros, queremos señalar, por la persona de que se trata, el del *P. Juan Leunis*, fundador de las Congregaciones marianas, quien se preparó a la profesión de tres votos en Milán, en 1584, con unos días de Ejercicios (42).

Otra fecha solemne de la vida, a la que, siguiendo el ejemplo de los primeros Padres, se preparaban con un retiro especial, era la de *la ordenación sacerdotal.*

No se prescribía nada sobre el particular ni en las Constituciones ni en las reglas; sin embargo, se generalizó muy pronto la costumbre. En una consulta tenida en la Curia generalicia, creemos que entre 1567 y 1570, se trató de refrendarla con una ordenación general. San Francisco de Borja aprobó decididamente el hecho en sí, pero juzgó mejor no legislar por el momento nada, dejando su aplicación al arbitrio de los Superiores (43).

El P. Manareo, en su visita de 1583 a Viena, mandó que se recogieran durante diez días aproximadamente «para que se acercaran mejor preparados a tan gran misterio» (44).

En las relaciones se habla de los Ejercicios a ordenandos como de algo normal no sólo en el ambiente ordinario de una Comunidad, pero aun en circunstancias tan poco propicias, como en la persecución de Inglaterra (45). Prueba igualmente la universalidad de la costumbre, el que el P. Ceccotti compusiera unos Ejercicios expresamente para los que iban a recibir las sagradas Órdenes. En ellos incluye varias meditaciones sobre el estado sacerdotal y aun sobre el episcopal, el oficio divino, el santo sacrificio de la Misa, la confesión sacramental (46).

---

(40) Memorial del P. Jerónimo Ripalda, representante de la provincia de Castilla, *Congr. 41*, 101v.

(41) *Inst. 186c*, 674.

(42) *Mediol. 76*, 83. Cfr. J. WICKI: *Le Pére Jean Leunis*, Roma, 1951.

(43) *Inst. 220*, 6r. La consulta se tuvo, ciertamente, durante la permanencia del P. Vitoria, pues se le designa para dar Ejercicios a los que partían para Alemania.

(44) *Archiv. Gesù. Colleg. 262-1.651*, n. 7. Doc. 1-3.

(45) A veces antes de la misma ordenación sacerdotal como el P. Tomás Masutti en Roma *(Archiv. Univ. Greg., 1.725*, 140v); otras después de la ordenación, como preparación inmediata a la primera Misa, como el P. Salvador Pisquedda que se ordenó de sacerdote el Sábado Santo de 1584 y después de ocho días de Ejercicios dijo la primera Misa la Dominica de Albis. *Vitae, 23*, c. 8. En Inglaterra el P. Enrique Oxembridge, muerto en 1606, se retiró entre mil peripecias a hacerlos antes de la primera Misa. *Rom. 162*, 323v.

(46) Ceccotti dice expresamente haberlos escrito para ordenandos. *Archiv. Univ. Greg. 1.777*, 23r.

Bien pudo escribir el P. Manni: «Aunque de hacer los Ejercicios antes del sacerdocio no hay orden que yo sepa en nuestro Instituto, existe con todo una santa e inviolable costumbre» (47).

5.—Ejercicios repetidos en ocasiones especiales.

Además de estas circunstancias ordinarias que se daban de modo normal en la vida de todos los Padres, existían otras que afectaban sólo a un determinado número de personas y a momentos especiales y que solían aprovechar para retirarse a Ejercicios. Una de éstas era el *nombramiento de Superior*. No faltan ejemplos desde los primeros años, de Padres que quisieron prepararse a cumplir su nuevo oficio de Superior con un retiro. El P. Baltasar Álvarez, por ejemplo, antes de tomar posesión del provincialato de Toledo en 1580, «se recogió algunas semanas a hacer los Ejercicios» (48).

El P. Aquaviva mandaba en 1590 al Provincial de Francia que «ayudaría mucho para evitar la relajación espiritual que los Visitadores y Provinciales procuren suave, pero eficazmente, que los que son nombrados Superiores, antes de posesionarse de su oficio, se recojan por algunos días a Ejercicios para que comiencen su oficio con más empeño o se preparen a ser instrumentos que puedan ser movidos más aptamente por Jesucristo (49). Algunos Provinciales particulares, como el P. Odón en 1585 y el P. Bartolomé Pérez, Provincial de Aragón en 1594, insistían en el mismo sentido (50) y el P. Porres notificaba al Padre General cómo «los Superiores nuevos y viejos han hecho sus Ejercicios y están en sus puestos animados a procurar el culto y aprovechamiento interno de sus súbditos» (51). En 1595 impuso esta norma por obligación a toda la Compañía (52).

Las demás ocasiones son de tipo más particular: dificultades especiales para cuya solución deseaban atraer la gracia de Dios, consultas difíciles que requerían luz más intensa, dudas internas, proposiciones que necesitaban hacer. Citemos algunos de los casos de más relieve.

Conocidas son de todos las dificultades que tuvo que soportar el *P. Baltasar Álvarez* en materia de oración. Para acertar en la conducta que debía seguir en situación tan delicada, se retiró a la casa de campo de Salamanca a hacer una especie de elección a la luz de los principios

---

(47) MANNI: *Annotazioni*, p. 127.
(48) LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 48, p. 514.
(49) *Memoriale Visitationum*, p. 251.
(50) *Ibid.*, p. 217 y *Hisp. 136*, 386v.
(51) *Hisp. 137*, 72v. En *Hisp. 136*, 371v expresiones parecidas.
(52) Ordenación remitida por orden de la Congregación General V. *Instituto*, 3, 256. En 1614 la Congregación General VII volvió a reiterar la prescripción.

ignacianos. Estuvo allí dos semanas, al cabo de las cuales redactó aquel sereno y profundo informe en que responde a las dificultades que se habían suscitado con ideas y palabras impregnadas en el espíritu de los Ejercicios (53).

Un motivo parecido movió en 1566 al P. Bartolomé Hernández a recogerse. Dudaba si debía exponer a San Francisco de Borja algunas deficiencias que había observado en la provincia. Para no dejarse llevar de pasión alguna, contrastó su parecer con las normas ignacianas, escribiendo un documento en el que expresamente hace mención del «ejercicio del Rey y el de las banderas donde está puesto muy al vivo nuestro Instituto y el fin de él», deduciendo de la conformidad o disconformidad con las ideas de estas meditaciones, la ortodoxia o falsedad de algunos modos de proceder que se acostumbraban en la provincia (54).

El P. Jerónimo Jiménez pedía permiso al comisario P. Nadal para retirarse a Ejercicios porque sentía «deseos de hacerlos otra vez con alguna persona que ayudase a tomar alguna facilidad de oración en que juzgo estoy falto por saber poco y tener ruin cabeza» (55). El P. Diego de Acosta se fué a pasar los dos meses de vacaciones de 1574 a Montilla, a hacer vida con los novicios. En los Ejercicios y demás prácticas de humildad que ejercitó, se le renovó—según asegura—«la primera gracia con más firmeza renovando los primeros Ejercicios y humillaciones de nuestra vocación» (56).

Otras veces se metía en Ejercicios a alguno tentado en la vocación o que parecía incorregible en algunos defectos, para ver si este último remedio podía cambiar la situación e impedir el doloroso paso, o sin llegar a tanto a los que, como en Coimbra «juzgaba el Superior que tenían de eso necesidad» (57). En el Japón, el *P. Valignano* se recogió a hacerlos por un mes íntegro. En ellos—según escribe al Padre General—«se renovó en cuerpo y alma por la misericordia de Dios» (58). Otro activo Visitador del Oriente, el *P. Julio Mancinelli*, favorecido por Dios con dones místicos, en 1591 aprovechó unos días de descanso que le quedaban en Nola después de la visita de Constantinopla y antes de comenzar

---

(53) Informe en LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 41, p. 441.

(54) Carta del P. Bartolomé Hernández a San Francisco de Borja, 22 de octubre 1566. *Hisp. 90*, 268v-269r.

(55) Carta de 14 de enero de 1562, *Hisp. 99*, 55r.

(56) Carta de 8 de agosto de 1574, *Hisp. 122*, 21r. El P. Tomás Sánchez iba cada tres años al noviciado a hacer Ejercicios y vivir con los novicios, NIEREMBERG: *Varones ilustres*, 7, 108.

(57) *Lus. 61*, 131v. De entre los que se temía que iban a ser despedidos citemos a Domingo Hernández, *Lus. 32*, 70v. Otro Padre que se sentía muy turbado en la provincia de Castilla pidió hacerlos al Padre General en agosto de 1588, *Cast. 5*, 105v; San Ignacio impuso a un Padre de Loreto por su modo de proceder con el Superior, que practicase los Ejercicios de la primera semana durante ocho días el máximum, haciendo en ellos una confesión general y procurando dolerse de sus desórdenes, *Lainii Mon.*, 1, 607. Con todo era ésta una penitencia que no podía ponerla el rector, sino sólo el Provincial. En *Rectoris Officium*. Roma, 1567. c. 9 (22-23r), la lista de penitencias que podía imponer el rector. En *Inst. 22*, 63 se niega expresamente al rector la facultad de imponer esta penitencia.

(58) *Jap. 14*, 164r.

la de Argel, para recogerse a Ejercicios (59). Del conocido escriturista, P. Francisco de Ribera, escribe el P. La Puente:

«Cuando se hallaba muy atajado en algún lugar muy dificultoso [de la Sagrada Escritura] se retiraba por algunos días a Ejercicios y por estos medios le descubría Nuestro Señor lo que deseaba saber» (60).

Más aún: en los «Ritos y tradiciones de la Compañía» se considera ya como una «práctica» habitual, el que algunas veces se pida a los Superiores, además de otras penitencias, el hacer Ejercicios (61) y San Francisco de Borja, en 1568, mandó que «cuando alguno de los Nuestros por su devoción y aprovechamiento pide algunos días de recogimiento, los Superiores deben no ser difíciles en concederlos, teniendo también respeto a las personas y tiempos» (62).

Estos y otros casos que se podrían multiplicar fácilmente (63), junto con los que se solían realizar con ocasión de los votos y del sacerdocio, hicieron que insensiblemente se fueran multiplicando las repeticiones de los Ejercicios, y que se fueran familiarizando con la idea de que volver a practicarlos no era algo extraordinario, ni suponía relajación alguna.

III. Implantación de la repetición anual de los Ejercicios

6.—Ejercicios repetidos por los estudiantes durante las vacaciones.

Este afán por aprovechar tantas circunstancias para repetir los Ejercicios, tenía que desembocar como en su cauce natural, en la sistematización de ese impulso. Las ocasiones que acabamos de analizar fueron las fuentes del movimiento en favor de la repetición anual.

Pero también influyeron otros motivos distintos, es decir, también se conocieron desde el principio casos de jesuítas que volvían a practicar los Ejercicios todos los años o, al menos, con periódica regularidad. Esto se dió, sobre todo, entre los estudiantes, quienes desde el principio consideraron el tiempo del verano, un tiempo apto para el reposo lo mismo del cuerpo que del espíritu.

---

(59) Schinosi, 2, 169.
(60) La Puente: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 31, p. 335.
(61) *Inst. 186c*, 222.
(62) *Congr. 41*, 106v.
(63) Añadamos sólo al P. Fernando Peres, famoso maestro de novicios de Évora (Franco: *Évora*, 83-84), al P. Pedro Sánchez (Castro, lib. 9, c. 7, 2.°, 38v), al P. Luis Álvarez, *Lus. 66*, 99v, a muchos en el Japón, *Jap. 9*, 127r, 146v, 261v.

Este reposo del espíritu lo realizaban practicando una serie de actos piadosos, que no podían hacer durante el año por las exigencias del estudio. En 1557 se colocó por primera vez en público en el Colegio romano, poco después de los exámenes, un catálogo de estas prácticas piadosas que se podían ejercitar durante las vacaciones del verano. Recibieron el nombre genérico de «mortificaciones». En el primer lugar de la lista aparecía el retirarse a Ejercicios (64).

Los estudiantes elegían alguna o algunas de las de la lista. Lo detalla todo el P. Nadal en uno de los avisos que dejó después de la visita de un Colegio:

«La lista de mortificaciones se pondrá ocho días antes del fin de julio, para que los Hermanos puedan elegir y los Superiores determinar las mortificaciones que han de conceder, los cuales adviertan que no sean largos en enviar a peregrinación y lo sean en dar Ejercicios y otras mortificaciones. Si algunos no pidieren las dichas mortificaciones o pidieren las más pequeñas y pareciere *in Domino* que tienen necesidad de ellas o de mayores, trabájese para que con edificación no queden sin ellas ni pierdan el fruto y merecimiento de sus Ejercicios» (65).

Esta costumbre se extendió rápidamente a los demás centros de estudios jesuíticos. La difundieron los mismos escolares en sus obligados cambios de residencia y, sobre todo, el P. Nadal, quien la consignó por escrito en sus avisos, mandando que en todas partes, al llegar las vacaciones, «se propusiera anualmente, según la costumbre del Colegio romano, el catálogo de mortificaciones» (66). Por lo que hemos podido apreciar, ya por los años 1560-1565 se observaba esta práctica con mucha regularidad en los principales escolasticados. Se puede decir que, desde

---

(64) Da la noticia Nadal en sus *Ephemerides*. MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 59. La lista de estas «mortificaciones» aparecen en numerosos códices con pequeñas variantes. En todas las que hemos visto, sin excepción ninguna, se nombra en primer lugar la práctica de los Ejercicios espirituales. Por citar un par de copias citamos *Inst. 186c*, p. 168 y *Congr. 49*, 245r.

(65) *Hisp. 90*, 232v.

(66) *Hisp. 90*, 211v. Estas «mortificaciones» es claro, no constituían el núcleo de las vacaciones, de modo que aquellos escolares se pasaran todas las vacaciones en estos Ejercicios piadosos, sino que para no resfriar el espíritu durante esa temporada, se procuraba no sólo el descanso del cuerpo en las varias semanas en que se omitían las clases, sino también dar algún solaz espiritual al alma intensificando durante alguno o algunos días las prácticas de piedad y penitencia. Ni más ni menos como se suele hacer actualmente, que los días en que se practican los Ejercicios espirituales, se cogen del tiempo de vacaciones.

Todos los otros días los dedicaban a un bien merecido descanso corporal, como se ve por las costumbres del P. Mirón en que no sólo se relata el aspecto edificante de las vacaciones, sino en que también se desciende a los pormenores más insignificantes de la distribución, como mejor comida, más sueño, paseos extraordinarios, etc.

Necesitábamos hacer esta observación, porque a veces, basándose en esa lista de mortificaciones, se ha pintado el período de vacaciones como un segundo noviciado, olvidándose que esa lista no representa más que un aspecto parcial.

fecha tan antigua, de modo normal, un grupo de escolares en todos los centros repetían los Ejercicios todos los años (67).

La costumbre siguió adelante en el resto del siglo. Todavía a fines de siglo encontramos aquí y allá datos sobre estos Ejercicios, que ordinariamente, por tratarse de algo ya tradicional, no se solían consignar en las fuentes (68). Sin duda, a medida que pasaban los años, iba cada vez frecuentándose más esta práctica, y es de creer que ya no sería sólo un grupo, sino la mayoría, si no todos, como se nos dice de Valencia en 1688, donde para citar las palabras del primer historiador de la provincia de Aragón:

«En los estudiantes de casa este mismo año se avivó mucho el espíritu en el tiempo de las vacaciones, vacando todos ellos a hacer con mucho recogimiento los Ejercicios espirituales, dándoselos el P. Pedro Villada, Provincial que entonces visitaba el Colegio» (69).

El movimiento de los alumnos trascendió a los profesores. En 1570 se escribe del Colegio romano que «la mayor parte de los maestros, unos tras otros, pidieron algunos días la Casa de probación para ejercitarse más en las cosas espirituales y de humildad, con cuyo ejemplo la mayor parte de los demás demandaron lo mismo» (70). Lo mismo se puede repetir en 1572 y cosa parecida podríamos decir, al menos, de Coimbra, Goa, Alcalá, Salamanca, Viena y Praga.

---

(67) Laínez, en una carta de 1570, dice que «úsase acá» *(Inst. 51*, 301v), y Nadal dice *ut solent (Epp. Nadal*, 4, 392). En Roma los hicieron en 1557 cincuenta en dos tandas, sin apenas salir de sus aposentos. *Pol. Comp. 2*, 604. En 1559 volvieron a hacerlos cuarenta *(Lainii Mon., 4*, 545); en 1562 «algunos», en 1565 «muchos», en 1570 «la mayor parte», en 1571 «como de costumbre», en 1572 «sesenta» *(Pol. Compl.*, 1, 107, 123, 188, 558). Al menos desde 1559 los practicaban en Praga *(Litt. Quadr.*, 6, 153) y Viena *(Litt. Quadr.*, 6, 173); desde 1562 en Colonia *(Epp. Nadal*, 2, 613), en Coimbra ya en 1561 se ejercitaron cincuenta *(Epp. Nadal*, 1, 806); en Lisboa en 1564 *(Lus. 52*, 135r); desde 1565 en Alcalá *(Hisp. 141*, 20r); desde 1566 en Mesina *(Sic. 182*, 162r). A Padua se mandó una orden urgiendo que los hicieran «principalmente aquellos que tenían devoción» *(Ven. 116*, 286r); en París, al menos en 1585 *(Perú, 12*, 44v). En Córdoba se reconoce que unos los hacen «porque los piden y otros porque tienen necesidad» *Hisp. 134*, 267.

(68) Verbi gratia, en 1595 en Segovia *(Cast. 32*, 41r), en Sevilla *(Baet. 19*, 30r), en Praga en 1590 (SCHMIDL: *Historia*, 1, 594).

(69) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, lib. 4, cap. 16, 355. Los hacían especialmente al pasar de un estado a otro como del de filosofía al de teología. Mirón dió una orden en este sentido. *Lus. 61*, 130r, 134r.

(70) *Pol. Compl.*, 1, 107.

7.—Entre los Padres dedicados a la predicación.

La segunda de las causas que influyeron en que los Ejercicios anuales se establecieran de forma definitiva, fué el uso paulatino que insensiblemente comenzaron a hacer de ellos los Padres dedicados al apostolado directo, llamados en término jesuítico «operarios» (71).

El primer ejemplo lo dieron los misioneros de la India. Era natural. Expuestos a muchos más peligros, palpando un ambiente profundamente pagano, sin el consuelo y ayuda de hermanos en religión que les animaran y consolaran, necesitaban restaurar sus fuerzas con particulares remedios. Y ninguno les pareció más apto que éste de los Ejercicios.

El P. Laínez presupone ya en diciembre de 1558, por las informaciones que ha recibido, que no dejan de recogerse todos los años algunos días para atender de modo especial a su renovación espiritual (72).

Para atender mejor a poder recogerse de modo más completo, levantaron en 1550 una Casa en *Punicale*, cerca de Cochín. Allí iban —como escribe el P. Enríquez—«para nos recoger y consolar con el Señor» (73). Muchos de los misioneros—como escribe el mismo P. Enríquez el año siguiente—abrumados por el sin número de ocupaciones que se les ofrecían, dudaban seriamente si debían «acudir a las necesidades espirituales de los prójimos o recogerse». Y continúa el P. Enríquez: «Entiendo que el camino más seguro y para poder continuar mejor, es tener recogimiento a veces, para lo cual, en Punicale hemos hecho una Casa de Ejercicios para los Padres y Hermanos» (74).

No se llegó en la misión del *Japón* a esta regularidad; no había en ella abundancia de misioneros como para establecer estas obras que suponen ya la consolidación de las más fundamentales. Con todo, la llegada en 1570 del Visitador *P. Valignano* y la Constitución del noviciado a raíz de su visita, fueron dos factores que estimularon a los misioneros en este sentido. El Padre Visitador inició una campaña en favor de los Ejercicios, consciente, como él mismo escribe, de que hacía «muy gran servicio de Dios Nuestro Señor» (75). Debió de

---

(71) Nótese que hablamos de la repetición *anual*, porque del hecho de repetir de vez en cuando hemos escrito ya en el párrafo 2.° de este mismo capítulo, pp. 299-305.

(72) MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 18.

(73) *Ulyssip.*, *1*, 130. El P. Diertins afirma con todo que se edificó la Casa ya en 1549. *Historia*, 159. La carta del P. Enríquez es de enero de 1551 y en ella dice: «Pocos días ha que hicimos una Casa en Punicale».

(74) Carta de Cochín, de 27 de enero de 1552. *Goa 8*, 431.

(75) Carta del 13 de febrero de 1583. *Jap. 9*, 146v. Primero procuró que todos practicasen el mes de Ejercicios. Cfr. *Jap.* 9, 127 y 261v.

recomendarle esta práctica el propio Padre General, porque escribiéndole sobre los resultados de sus exhortaciones le dice: «Cuanto a lo que toca a hacer los Ejercicios se han puesto en uso como V. R. lo desea, porque en estos años todos universalmente se recogen a hacerlos por una semana con notable aprovechamiento y así lo harán adelante con la ayuda de Dios» (76).

El afán por el recogimiento que se suscitó en este ambiente llegó hasta a hacer pedir a la Congregación provincial del Japón de 1592, que «por haber en estas Casas y residencias tantas distracciones, tantos impedimentos para la recolección espiritual, procuren los Superiores que los Hermanos (*fratres*) diseminados por las residencias, se recojan cada año al noviciado o al Colegio uno o dos meses, superando todas las dificultades que se ofrecieren, haciendo que esta orden se cumpla sin falta» (77).

También en *América* se afanaron los Padres por recogerse a temporadas. En Brasil, al igual que en la India, se levantó una Casa para estos retiros en *Piratininga* y, además, había cuartos apropiados en los principales Colegios. Así se escribe de Bahía en 1574, que «siempre estaban dos o tres cuartos ocupados con algunos Padres o Hermanos, que se recogían a hacer los Ejercicios» (78).

En Perú se propuso este medio como medicina para la relajación. En la famosa consulta tenida por el Visitador P. Plaza con el Provincial del Perú, P. José de Acosta y sus consultores, en el Colegio de Cuzco desde el 9 al 23 de septiembre de 1578, al tratar sobre si habían notado falta acerca del uso de la oración, los consultores consideraron como remedio eficaz el que se dé orden «cómo cada uno se recoja algún tiempo cada año a hacer Ejercicios más o menos tiempo, conforme a la disposición y necesidad de cada uno». Y el Padre Visitador tuvo esta indicación por muy acertada, creyendo «que sería de mucho provecho el uso de esto que los Padres han dicho y así lo encomendó a todos los que tuvieran este cuidado» (79).

En Europa hubo desde el principio fautores de esta tendencia. El principal fué el P. Nadal. En sus visitas por los Colegios de Europa va fomentando esta práctica. En su Instrucción a los provinciales manda que lo mismo los que se ocupan en ministerios que los escolares practiquen los Ejercicios espirituales todos los años (80).

Los PP. Bobadilla y Salmerón fomentaron en 1576, entre los Padres de Nápoles, esta costumbre (81). La provincia de Aquitania pidió algo

(76) *Jap. 12*, 32v. El Padre General envió una serie de órdenes—ignoramos la fecha—la primera de las cuales decía que «procuren los Superiores que los nuestros de tiempo en tiempo se recojan a hacer Ejercicios» *Jap. 2*, 122v.

(77) *Congr. 46*, 396v. Nos parece que en la palabra *fratres* se incluye indistintamente a todos, incluso a los sacerdotes.

(78) S. LEITE: *Historia*, 2, 414-415, donde se encontrarán otros testimonios interesantes.

(79) *Hisp. 90*, 353.

(80) Instrucción de 1562. MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 391,392.

(81) BOERO: *Vita del... P. Alfonso Salmerón*. Firenze, 1880, p. 142.

parecido en 1572. En la Instrucción emanada de la Congregación General V (1596), se recomienda a los Padres que se dedican a la predicación, volver con frecuencia a gustar los Ejercicios, como uno de los medios más eficaces para su ministerio (82). El P. Mirón habla también en su Apología de esto como de cosa muy conveniente (83). Tales exhortaciones y medidas fueron formando el ambiente favorable en torno a esta práctica y facilitando su frecuencia y uso. Es difícil precisar por falta de más datos cuántos volvían a hacer los Ejercicios todos los años por los decenios 1570-1590, pero no se puede dudar que había un movimiento en este sentido que envolvió a no pocos, y que gradualmente eran más los que se habían habituado a reservar anualmente unos días para tan santa práctica.

Buena prueba del arraigo que iba tomando la repetición, es que pronto se pensó en habilitar, como se hacía en Asia y América, *Casas especiales* para los que se querían recoger, de modo parecido como se había hecho con los seglares, ya que el cambio de residencia era una recomendación hecha por el propio San Ignacio en su libro. Siempre aprovechaban las Casas de formación, como vimos que hacían en Roma con la Casa de San Andrés, pero no contentos con esto, fueron habilitando «villas» para solaz del cuerpo y del espíritu. Acudían a ellas indistintamente estudiantes, profesores y operarios, pero para no repetirnos, tratamos aquí de todas las Casas que sirvieron para este efecto.

Debió de haber sus dudas al principio sobre la conveniencia de estas Casas, porque del Colegio de Córdoba se preguntó sobre ello al Padre Visitador P. Nadal. La respuesta fué bien terminante: «Posesiones como lugares y huertos..... se podrán hacer por dar Ejercicios o descanso de los lectorales y escolares» (84).

Tal vez la más antigua de estas villas habilitadas para Casas de Ejercicios de los jesuítas fué una levantada por el Colegio de Alcalá —que también construyó la primera Casa de Ejercicios para seglares— en *Jesús del Monte*. Era muy espaciosa. Podía albergar 70 personas «con todas las oficinas necesarias y buena cisterna y dos grandes huertas con muchos frutales y es—concluye el P. Francisco Antonio, de quien entresacamos estas noticias—una de las buenas piezas que tenga la Compañía (85).

También es de fundación muy antigua la ermita de *San Pablo del Monte*, a medio cuarto de legua del Colegio de Villarejo. «Había—escribe el historiador del Colegio—en las celdas seis camas, mesas, libros y estaba la Casa muy asentada para los que allí se iban a recoger» (86).

---

(82) *Congr. 42*, 64v e *Institutum*, 3, 344, n. 8.

(83) *Exerc.*, 694. Todavía más explícitamente se muestra en *Ritus et traditiones Societatis Iesu. Inst. 186v*, 119.

(84) *Hisp. 90*, 370v.

(85) *Tolet. 37*, 51v.

(86) *Historia de... Villarejo*, 3 (Superiores) [p. 24].

Casas parecidas se levantaron o habilitaron en *Val do Rosal*, como ya hablamos al tratar de Portugal, en *Salamanca*, *Valencia* y bastante más tarde, al principio del siglo XVII, pero antes de que la Congregación VI declarara obligatoria la repetición anual de los Ejercicios, en el jardín del Colegio de *Tournai*, adonde todos, incluso los «viejos» —como se expresa la relación contemporánea—iban a gozar de la acogedora soledad para hacer con más perfección el retiro ignaciano (87). Creemos que centros análogos debieron de existir en otras partes.

Por lo que se aprecia en las relaciones contemporáneas, al principio eran sólo unos pocos los que acostumbraban *repetir de modo fijo y regular* todos los años los Ejercicios. El P. La Puente cuenta como algo extraordinario que el P. Antonio de Padilla fuera «los más de los años» a Villagarcía durante las vacaciones (88).

Poco a poco va aumentando el número. Se habla ya como de cosa más natural, de que acostumbraban recogerse todos los años, los PP. Claudio Aquaviva, Baltasar Álvarez y otros muchos operarios, como el P. García Rodríguez, que «estaba los 15 y 20 días dándose a la oración y con mucho consuelo gozaba de la soledad de aquellos campos y volvía con nuevos alientos a su oficio de confesar» (89) y el P. Diego Salazar (1539-1596) que «tiempo hubo que tenía ofrecido hacer a lo menos cada año unos largos Ejercicios» (90) o el P. Miguel Ferrer (91).

Registremos todavía un paso más dado en esta regulación: el que no sólo los sujetos, de modo por decirlo así privado y por iniciativa propia los practicaron, sino que los fueron haciendo *todos los miembros de la Comunidad* a la vez o en etapas sucesivas durante el año. Entre 1565 y 1570 se empiezan a notar los primeros casos aislados, que fueron cada vez multiplicándose más y más.

El P. Mirón, en 1563, en unos avisos dados en Évora, ordena que los confesores de las diversas Casas se recojan «algunas veces entre año, mas nunca habrá ordinariamente más de dos Ejercitantes de Casa porque no haya falta en los ministerios ordinarios». Y añade de modo categórico y solemne: «Sepan todos esta costumbre que se ha de guardar» (92). Ya en 1566 se recogieron todos en Toledo y Alcalá (93).

---

(87) MANAREO: *De rebus S. I. Commentarius*, 46. Cfr. Cartas anuas de 1606 en PONCELET, 2, 398. Sobre Salamanca en *Cast. 32*, 10v y sobre Valencia en *Hisp. 141*, 293r.

(88) LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 20, p. 223.

(89) *Historia de... Villarejo*, 3.°. Los Superiores (p. 14). Del P. Aquaviva lo testifica MANAREO: *Exhortationes*. Exhort. 7.ª (p. 126) y exhort. 31 (p. 588), y del P. Álvarez, LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, c. 2, p. 26. Nos parece que la frase «como se usa en la Compañía» hay que referirla al tiempo en que escribía el P. La Puente, no a la época de la juventud de Álvarez descrita en ese capítulo.

(90) CASTRO: *Historia de... Alcalá*, lib. 9, cap. 12, p. 58.

(91) *Historia del Colegio de Montilla*, p. 19.

(92) *Lus. 61*, 130r. En Brasil había una costumbre parecida. S. LEITE: *Historia*, 2, 414.

(93) *Hisp. 141*, 70r, 81r. De Alcalá se dice propiamente *ab omnibus vel certe a pluribus*.

En 1568 lo hicieron los de Valencia, Ávila, Barcelona, Medina, donde se afirma que era una costumbre ya antigua (94). En algunas de estas relaciones, sobre todo en las de Toledo y Valencia, se refleja el entusiasmo que produjo esta nueva práctica, y el ambiente de fervor que se suscitó a raíz del retiro.

Hacia 1580 aumentan los sitios de donde se va comunicando esta noticia. Podemos precisarlos de Huete, Valladolid, Zaragoza, Murcia, Sevilla, Friburgo, Pamplona (95). Se suman a este movimiento Baeza y Córdoba en 1585 (96) y desde 1590, Palma de Mallorca, Montilla, Granada y la Casa profesa de Sevilla (97).

Pronto se generalizó de tal modo esta repetición anual, que ya en las cartas y relaciones no se habla, como antes, de algunos ni siquiera de todos los moradores de algún Colegio, sino de los Padres y Hermanos de *toda la provincia*. En 1581 se dice que los repiten todos los de la provincia de Aragón, y más tarde, en 1592, los de Portugal y Andalucía (98). En 1602 se nos comunica de Filipinas que «recógense a Ejercicios ya unos ya otros, de suerte que todos los hacen por lo menos una vez al año» (99).

8.—Actitud de los Superiores en el modo de impulsar la repetición anual.

La repetición de los Ejercicios se fué imponiendo por una evolución intrínseca, cuyo principal fermento había sido la estima que tenía de su eficiencia aquella generación de jesuítas. Los Superiores impulsaron el movimiento, pero no forzaron la marcha.

Los principales propulsores fueron: primero Jerónimo Nadal y San Pedro Canisio; más tarde el Padre General Claudio Aquaviva.

Del *P. Nadal* hemos ya tenido que mencionar varias disposiciones. Completemos aquí su acción en este punto. Encontró en sus visitas el terreno muy propicio, ya que a su encuesta, más de 150 responden que habían practicado varias veces el retiro ignaciano, alguno hasta cuatro y cinco veces. Aprovechando esta buena disposición y estimu-

---

(94) En Valencia *Hisp. 141*, 234r; en Huete (1578) *Hisp. 141*, 365r; en Valladolid (1568) *Hisp. 141*, 383r; en Zaragoza (1581) *Hisp. 141*, 371v; en Murcia (1578) *Hisp. 141*, 363; en Sevilla (1581) *Baet. 19*, 2v; en Friburgo (1584) BRAUNSBERGER, 8, 652.

(95) Huete (1578) *Hisp. 141*, 365r; Valladolid (1568) *Hisp. 141*, 383; Zaragoza (1581) *Hisp. 141*, 371v; Murcia (1578) *Hisp. 141*, 363; Sevilla (1581) *Baet. 19*, 2v; Friburgo (1584), BRAUNSBERGER, 8, 652; Pamplona (1580), GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla*, 481v.

(96) Baeza (*Baet. 19*, 10r); Córdoba (*Baet. 19*, 9v).

(97) Palma (*Arag. 25*, 75v); Montilla (*Baet. 19*, 20v); Granada (*Baet. 19*, 56r); Sevilla (*Baet. 19*, 73v.).

(98) De la provincia de Aragón en *Hisp. 141*, 371r, de las de Andalucía y Portugal en *Baet. 19*, 13r; *Lus. 71*, 205r.

(99) ASTRÁIN: *Historia*, 4, 496.

lando los anhelos de los jóvenes, dejó diversas instrucciones en las que facilitaba la multiplicación progresiva de los retiros. Todavía no inculca la repetición anual, sino la repetición en determinados momentos de la vida, como al acabar el curso de artes o en otros tiempos (100). Lo que quería el P. Nadal era que se acostumbraran a hacerlos varias veces durante la carrera. Ello dejaría un hábito que fácilmente se continuaría después durante la vida. Bajo este punto de vista puso la base de las repeticiones anuales.

San Pedro Canisio recomendó el movimiento en muchas de las exhortaciones que hacía en sus visitas como Provincial, e incluso llegó a dirigir personalmente a varios grupos de escolares (101).

La semilla estaba lanzada. Bastaba luego el cuidado ordinario de los Superiores para que, a su tiempo, diera el fruto deseado. Los Padres Generales fueron estimulando con cartas, instrucciones y exhortaciones particulares. No hay por qué detallemos estas normas en las que siempre se van repitiendo las mismas excelencias de las virtudes encerradas en los Ejercicios y las mismas recomendaciones a volver a probarlos, tanto más que están estudiadas en un amplio y documentado trabajo (102). Solamente necesitamos decir que, a pesar de que estimulaban a esta práctica, evitaban el imponerla como obligatoria. Querían que fuera primero aclimatándose en las diversas naciones y tomando carta de ciudadanía en las costumbres. *San Francisco de Borja*, en 1568, respondía a un memorial de la provincia de Castilla que «no se haga regla general de que los Padres se recojan algún tiempo», dejando todo a la prudencia de los Superiores (103); y a la provincia de Andalucía, en el mismo año, respondía que «deséase que todos tengan esta devoción y deseo para su aprovechamiento, mas cuanto al efecto quedará al buen gobierno de los Superiores según las ocurrencias y circunstancias y no se puede hacer regla general de ello» (104).

El *P. Everardo Mercuriano* siguió la misma táctica, como se puede apreciar por una respuesta que dió en 1579 al P. Baltasar Álvarez:

«No conviene hacer ley que los Nuestros se recojan cada año a hacer los Ejercicios, mas se procure de imponer a los Nuestros en el modo de orar de los Ejercicios, según las necesidades de cada uno» (105).

---

(100) Véanse las diversas disposiciones en MHSI: *Epp. Nadal*, 4, 250, 329, 416, 634; *Inst. 206*, 126v; *Inst. 220*, 297v. Algunas de las ideas que repetía en las pláticas en *Epp. Nadal*, 4, 599, 669, cfr. VILLER-OLPHE-GALLIARD: *Aux origines de la retraite*, 20. Las cartas anuas y quadrimestres están cuajadas de frases ensalzadoras de los Ejercicios. Por fijarme en un volumen véase en *Hisp. 141*, ff. 20r, 70r, 81r, 372r.

(101) *Congr. 41*, 146r.

(102) Es el trabajo de VILLER-OLPHE-GALLIARD: *Aux origines de la retraite*, sobre todo en las páginas 19-24.

(103) *Congr. 41*, 136r.

(104) *Congr. 41*, 136r.

(105) *Inst. 51*, 357r. En *Inst. 55*, 119r una orden más breve, pero sustancialmente idéntica.

El *P. Aquaviva* encontraba el camino más expedito, la costumbre más generalizada. Sin embargo, tampoco creyó oportuno el imponerla personalmente como obligatoria. A la Congregación napolitana que había pedido en 1590 se impusiera la costumbre de repetir todos los años los Ejercicios, le respondió:

«Varias veces hemos exhortado a los Nuestros a que frecuenten los Ejercicios y en ese sentido hemos escrito cartas y hemos logrado un jubileo. Nuestro deseo es que todos los Nuestros se acostumbren a repetirlos con frecuencia. Sin embargo, no juzgamos conveniente el que se imponga su repetición en tiempos fijos» (106). En otra respuesta parecida de 1599 al P. Pedro Yuste, completaba el Padre General su pensamiento añadiendo que «bastará que el ejemplo de los demás que los hacen vaya facilitando el uso de hacerlos, pero cuando V. R. viese que algún sujeto, para remedio de alguna necesidad espiritual, los debe hacer, no hay duda sino que se lo debe ordenar» (107).

Acabamos de oír al P. Aquaviva que deseaba que los jesuítas se acostumbraran a repetir los Ejercicios con frecuencia. Para, de su parte, estimular a esta práctica, fomentó el Padre General una iniciativa muy singular: la de solicitar de los Pontífices, cuando se ofrecía ocasión propicia por alguna grande necesidad de la Iglesia o en agradecimiento a Dios por algún extraordinario favor, jubileos particulares para la Compañía, para lucrar los cuales fuera necesario, además de comulgar y otras prácticas diversas, una semana de preparación de Ejercicios espirituales. Llegó hasta conseguir cinco jubileos de esta índole en el espacio de trece años, sin meter en la cuenta el de 1604. Hay que añadir todavía los dos jubileos universales de 1590 y 1600. Aunque para lucrar éstos, no era necesario retiro alguno, muchos se prepararon a éstos, como lo habían hecho para los anteriores (108).

Además, estimulaba a los Provinciales y demás Superiores, con instrucciones particulares o con documentos, a que fomentasen en sus súbditos esta santa costumbre. Tan sólo por vía de ejemplo, vamos a copiar la que escribió al Provincial de la provincia romana, Juan de Notariis, el 28 de diciembre de 1583.

«Exhorto en la carta general a todos a hacer una buena confesión, a retirarse por algunos días a Ejercicios [para lucrar el jubileo] según el orden y comodidad que los Superiores darán. Será obligación de V. R. procurar

---

(106) *Inst. 67*, 299.

(107) *Arag. 6*, 195v.

(108) Consiguió en 1583 de Gregorio XIII un jubileo para atraer bendiciones de Dios para la nueva Misión del Japón, obtuvo tres de Sixto V, y dos de Clemente VIII, uno en 1596 y otro en 1604. VILLER-OLPHE-GALLIARD, pp. 29-31, trae varios datos del modo cómo se aprestaban a cumplir con la condición de hacer Ejercicios para ganar el jubileo. La carta sobre el jubileo de 1583 en *Epp. PP. Gen.*, 1, 146 y *Rom. 1*, 63r; para los de 1586 en tiempo de Sixto V, véase MARÍN, 22; para el de 1590, *Epp. PP. Gen.*, 1, 224-226; para el de 1596, MARÍN, 27; para el de 1604, VILLER-OLPHE-GALLIARD, 29.

que todo se haga con consolación y fruto de los Nuestros..... Cuanto al modo de practicar los Ejercicios, deseo que V. R. encargue mucho a los rectores de su provincia que hagan lo posible para superar las dificultades prácticas, de modo que, en turnos que se sigan sucesivamente, se retiren a hacerlos, si no muchos días, al menos durante una semana, o lo que se pueda, estando ciertos de que esto será de gran utilidad con la gracia del Señor, y aun aquí en esta casa donde estamos ocupadísimos, resulta esto no sólo posible, pero de universal consolación. Importa mucho que los Superiores precedan con el ejemplo, como con el favor de Dios se ha hecho aquí. Con esta ocasión no dejaré de recordar a V. R. con todo afecto, que se tenga vivo y se actúe este medio tan importante de los Ejercicios, procurando que los vayan practicando los Nuestros, aunque no sea más que por pocos días» (109).

Y después de hablar de las dificultades que algunos tenían en esta práctica, concluye de este modo el P. Aquaviva:

«Este uso se ha recomendado por nosotros con instrucciones particulares a algunas provincias, y algún Provincial que ha comenzado él mismo a dar los Ejercicios, nos ha escrito de haber experimentado con gran contento de su alma, gran fruto y renovación en toda su provincia. Espero en el Señor que sucederá así en toda la Compañía» (110).

9.—Tendencias extremas en torno a la repetición anual.

Esta tendencia de los Padres Generales de preferir que cristalizara lenta, pero sólidamente, la costumbre sin presionarla con imposiciones generales, no fué del gustò de todos. Había un sector que juzgaba mejor táctica imponer de una vez la obligación de repetir los Ejercicios cada año, y luchó por conseguirlo.

Alegaban estos Padres que los que gustaban de renovar su vigor espiritual con el retiro, eran los más fervorosos, es decir, los que menos lo necesitaban. Los que más los necesitaban y daban menos muestras de fervor en su vida, se acercaban menos a esta fuente de regeneración o no se acercaban nunca. Los Superiores no podían obligarles, ni decirles nada, porque no existía ninguna orden que les facultara a hacerlo.

Sobre *el modo concreto de imponer la obligación* se dividían las opiniones. En los memoriales de las Congregaciones provinciales se pueden estudiar las diversas modalidades, ya que en ellos se juntaban Padres de las más varias tendencias (111).

---

(109) Ya hemos recordado cómo los recomendó al P. Valignano, *Jap. 2*, 122.
(110) *Rom. 1*, 62v-63r.
(111) Los postulados y actas de las Congregaciones provinciales de esta época se encuentran en *Congr. 42, 43, 47, 49*.

Un grupo pidió la *intensificación de la práctica de los Ejercicios*, pero sin fijar límites concretos, ni imponer obligaciones nuevas. Que los Superiores fueran aprovechando las ocasiones que se les ofrecían para recomendarlos a los súbditos. En este sentido se expresan las Congregaciones provinciales de Roma de 1568, de Portugal de 1572 y de la India de 1588, representando la línea seguida por los Padres Generales y la práctica seguida desde más antiguo.

Como reacción al descuido que se observaba en algunos menos fervorosos, surgió una segunda tendencia en favor de los Ejercicios anuales. Querían un *límite fijo de tiempo*, para urgir la práctica. Pero en el modo concreto de urgir esta repetición anual, las diversas Congregaciones proponen medios de índole varia. La de Andalucía de 1568, es la más exigente de todas. Quiere una orden del Padre General en la que se mande «que todos, entre año, hiciesen los Ejercicios alguna vez para rehacerse y ayudarse». La de Nápoles de 1590, quiere también una ordenación del Padre General, pero «sin obligación alguna». La de Milán del mismo año, se contenta con que el P. Aquaviva dé una orden o aviso que avive un poquito o refuerce el fervor. Todavía pide menos la de Perú de 1600. Que «tenga por bien [el Padre General] de escribir una carta así a los Superiores como a los demás de esta provincia, para que se lleve adelante en ella la costumbre que se ha tenido de recogerse cada año los Nuestros a hacerlos por algunos días».

Había, como se ve, un deseo de amplios sectores de que se regulase algo más la práctica. Existía una corriente general de practicar los Ejercicios y de que se consiguiera que los hicieran todos. Pero se dan todavía las fluctuaciones propias de algo que no ha encontrado su cauce bien fijo.

Al lado de esta tendencia en favor de la repetición sistemática y aun obligatoria, existía otra en contra. Estos consideraban el volver a recogerse, como una medida extraordinaria, como una medicina que sólo se debía de tomar cuando aquejaba alguna dolencia aguda. Otros, mezclaban esta cuestión con la más general y compleja de la reforma de la Orden. Decían que los patrocinadores de la tendencia de los Ejercicios obligatorios, fomentaban un cambio substancial en la esencia del espíritu de la Compañía. Iban a trasformar la Orden esencialmente activa y dinámica en una congregación de hombres medio eremitas (112).

---

(112) Este ambiente de ansias de reforma de la orden se entremezcló hondamente con otros factores políticos y religiosos. Se dió con mucha fuerza en la península ibérica. Astráin, en el libro 2.° del tomo 3.° de su *Historia*, habla largamente de las mil ramificaciones y complicaciones que se originaron de esta actitud. También el historiador de la *Asistencia* de Portugal, P. Rodrigues, en el libro 2.° de la parte 1.ª de su volumen 2.°, trata largamente cuestiones muy relacionadas con nuestro tema. Últimamente el P. Pirri ha descubierto tendencias similares en Italia, aunque sin la repercusión política que tuvieron en España. Véase P. PIRRI: *Il P. Achille Gagliardi, la dama milanese, la riforma dello spirito e il movimento degli zelatori*. AHSI., 14 (1945), 1-72.

Pero el motivo más poderoso que se alegaba en contra, era el que, los que volvían a hacer Ejercicios, era porque los necesitaban, porque no vivían en su plenitud el espíritu de la Compañía. Se tildaba a los que los repetían de gente sin virtud y necesitada de reforma. Se ve claro que donde estaba en vigor esta opinión, se hacía muy duro el recogerse durante algunos días. En otras partes, como se decía ya en 1568, se consideraban estos Ejercicios como propios de novicios (113).

El P. Aquaviva juzgó deber amonestar sobre este peligro a todos los Provinciales de la Compañía en carta de 28 de octubre de 1583.

«Se quite no sé qué opinión que ha brotado en algunos de que si uno se retira a Ejercicios es porque está perturbado, o se siente necesitado de esta ayuda, o es un hombre misántropo que se aparta a gusto cuanto puede del trato con los prójimos. Aun los más fervorosos tienen necesidad de este medio» (114).

En la carta que escribió al Provincial de la romana sobre el mismo asunto el 28 de diciembre del mismo año, añade:

«Bien ve V. R. cuánto daño puede causar esta persuasión....., además de que la ayuda de los prójimos no se descuida con tal modo de proceder, sino por el contrario, se promueve notablemente, como la victoria contra los enemigos y la liberación de los amigos no se retarda o impide, mientras los soldados reparan sus fuerzas» (115).

Aun en el lejano Japón se creyó conducente incluir en las Ordenaciones de 1592, la siguiente cláusula, reflejo de la amplitud de este movimiento perturbador:

«Procuren los Superiores que los Nuestros, de tiempo en tiempo, se recojan a hacer Ejercicios espirituales, aunque sea por pocos días, quitándose del todo la opinión de que los que se recogen a hacerlos están tentados o necesitados, pues es medio tan importante y propio de la Compañía y por esto los Superiores y otras personas más antiguas y graves, hacen los dichos Ejercicios» (116).

Basta conocer un poco las perturbaciones interiores que sufrió en aquella agitada época el cuerpo de la Compañía, para ver la razón de por qué el Padre General ordenó a todos los Provinciales el desarraigar estas ideas lo antes posible. Se corría peligro de que consideraran como una misma cosa las corrientes de los que pregonaban la «espiritualización y purificación» de la Compañía y este movimiento de una necesaria y ordinaria renovación espiritual.

---

(113) *De spiritu renovando. Rom. 78b*, 80v.
(114) *Inst. 67*, 299.
(115) *Rom.* 1, 63r.
(116) *Jap. 2*, 122.

La fuerza de estas tendencias es la que obligaba al Padre General a no imponer una orden taxativa, a pesar de tantos deseos y peticiones como había, y de quererlo personalmente él mismo. Hubiera sido una fuente más de desuniones y sinsabores. Su política tuvo que reducirse a mostrar la disparidad que existía entre esta corriente y la turbia de los reformadores, a pesar de este punto común de reforma y renovación. Estas tendencias se reflejaron en el seno de la Congregación General V que comenzó sus trabajos en noviembre de 1593. Otros asuntos de índole muy diversa habían motivado aquella reunión. Una violenta tempestad contra el gobierno del P. Aquaviva y aun un deseo de cambiar algunos puntos sustanciales del Instituto, habían obligado a tomar esta medida excepcional.

Aquella Congregación que había comenzado con presagios tan siniestros, acabó de modo contrario al que pretendían los «reformadores». Después de profundo e imparcial examen, se aprobó y aun alabó el gobierno del P. Aquaviva, y sobre todo, se consolidó la conservación de puntos sustanciales de la Compañía. Volvió un clima de bonanza sobre el Instituto y sus obras. El cuerpo, después de haber vencido esta dura crisis, inició una época de prosperidad.

No era el ambiente de la Congregación el más propicio para pensar en decretos sobre la obligación de hacer Ejercicios. Con todo, en la Diputación llamada «spiritus» que se formó en el seno de la Congregación, se luchó, íbamos a decir que vehementemente, en torno a este punto. Los españoles PP. Juan Correa y Antonio Arias patrocinaron la tendencia más rígida. El P. Arias afirmó rotundamente: «Se mande que se hagan Ejercicios todos los años. Si no, no se hace nada en la práctica. Los Superiores y consultores estén obligados a escribir el nombre de los que no cumplen esta orden» (117).

El napolitano Luis Maselli, que en esta misma Congregación fué nombrado Asistente, más flexible, creía que bastaba aprovechar las circunstancias que se iban ofreciendo para recogerse, como al pasar a filosofía o teología, al acercarse las órdenes o la profesión. En cuanto a hacer los Ejercicios en vacaciones, prefería que se exhortase, no que se impusiera. Que fuera introduciéndose el uso gradualmente. El P. Arias replicó inmediatamente: «No juzgo que basta el proponer el decreto de esa manera, porque entonces no se hará nada. Se ha de mandar que se hagan irrevocablemente todos los años». Y añadió: «No resulta violento, porque se manda sin pena y sin culpa».

Otros, entre ellos el P. Alfonso Rodríguez y el P. Luis Gagliardi, quisieron conciliar las dos posiciones extremas. Se encomiende a los Provinciales—decían—que urjan la práctica conforme les parezca más oportuno.

---

(117) Este y los siguientes detalles los conocemos por las Actas manuscritas de las diversas sesiones de la Diputación que fué escribiendo el Secretario, P. Luis Gagliardi y que se conservan autógrafas en el *Archiv. Prov. Tol. 1778* (1).

Por fin, determinaron proponer al Padre General para que presentase a la Congregación General un decreto que era una especie de compromiso. Encerraba ambos extremos en una fórmula ambigua.

«Los Ejercicios los practiquen todos, o todos los años, o con más frecuencia que ahora, aprovechando las ocasiones que se vienen ofreciendo, como las órdenes sagradas o circunstancias parecidas.»

El Padre General no pudo presentar ni este proyecto ni ninguno referente a los Ejercicios. La Congregación llevaba ya cuatro meses largos trabajando y los Padres no podían detenerse más tiempo en Roma. Tuvo que disolverla, apenas acabaron de ventilarse los graves asuntos de orden público.

10.—Decreto 29 de la sexta Congregación General.

El P. Aquaviva no se olvidó de urgir la práctica de los Ejercicios. Insistió cada vez con más empeño. Podía obrar con plena libertad y sin las vacilaciones de antes, porque los espíritus estaban clarificados y legitimada la verdadera reforma (118).

Apenas se reunió la siguiente Congregación General en 1608, presentó el decreto de obligación anual a los Padres conscriptos.

La historia externa de la promulgación es muy sencilla. Tenía que ser así. Era el final de una evolución natural, que llegaba a su término. Las dificultades y titubeos habían quedado atrás.

A pesar de que en años anteriores, varias Congregaciones pidieron en diversos postulados se implantara esta costumbre, entre las que precedieron inmediatamente a esta Congregación, sólo una, la de Aragón, solicitó, y por cierto «vehementemente», que «la Congregación General, con su autoridad, convirtiera en estable y perpetuo este uso, y aun si lo juzgara oportuno, determinara que todos los Nuestros sean movidos, suave, pero eficazmente, a practicarlos todos los años, lo que resultará tanto más fácil, cuanto que nuestro Padre General, con su diligencia, lo ha convertido ya casi en uso normal» (119).

Creemos que también influyeron indirectamente en esta orden, las propuestas de las provincias de Roma, Castilla, Francia y Toledo, encaminadas a que se estudiase el modo práctico de renovar el espíritu antiguo y genuino de la Compañía.

---

(118) En 1594 en avisos a los Superiores *Inst. 121*, 133, 147r, 151r; el 26 junio 1598 en una exhortación hecha a los jesuítas de Roma, *Inst. 117*, 243v; en la *Instr. pro formandis superioribus*, 31 jul. 1598, *Inst. 186c*. Doc. 21; en la consulta de 11 febrero de 1599, *Hist. Soc. 20*, 27v; el 14 agosto 1599, *Inst. 67*, 299, en varias órdenes a Alemania en 1608, DUHR, 2, 2, 572.

(119) *Congr. 52*, 69v-70r.

De hecho, el decreto fué propuesto y elaborado por la Comisión formada en el seno de la Congregación General para promover la renovación espiritual. Ya que no sabemos en concreto quién fué el que elaboró personalmente el decreto, copiemos los nombres de los quince Padres que formaban esta Comisión.

Comencemos por los dos Padres de Aragón, que por pertenecer a la provincia que había solicitado con tanto ahinco la ejecución de este anhelo, es de creer que, si no fueron los que propusieron el boceto del decreto, al menos tuvieron interés especial en que saliera adelante (120). Eran éstos los PP. Fernando Ponce y Lorenzo de San Juan. Otros dos españoles entraban todavía: el P. José Villegas, de la provincia de Toledo, y el P. Alfonso Carrillo que, aunque español, era Provincial de la provincia de Austria.

El mayor número lo componían los italianos. Además del Asistente, el romano P. Fabio de Fabi, y el secretario de la Compañía, el napolitano P. Bernardo de Angelis, formaban parte otro romano y otro napolitano, los PP. Octaviano Navarola y Antonio Sisi, un véneto, el P. Juan Schinchinelli, y un milanés, el P. Bernardino Rossignoli.

Completaban la Comisión dos portugueses: los PP. Antonio Mascarenhas y Francisco Pereira; un francés de la provincia de Aquitania, el P. Francisco Marquestald, un representante de la provincia de Flandes, el P. Francisco Florentinus, y otro de la de Renania, el P. Enrique Scherinus.

El decreto trabajado en esta Comisión, se presentó a la discusión de los Padres en la sesión 19 celebrada el 24 de marzo de 1608, siendo aprobado el mismo día por la Congregación (121).

El decreto aprobado, que hace el número 29 en la sistematización definitiva, dice así:

Ut omnes quotannis vacent spiritualibus exercitiis per octo vel decem dies continuos atque ut id efficaciter et omnino fiat, statutus est iste annus spiritualium exercitiorum usus et omnibus summopere a Congregatione commendatur praecipue vero Superioribus: ut non modo caeteros suo exemplo excitent, sed tempus quoque singulis commodum ad ea cum fructu peragenda, omnibus difficultatibus superatis attribuant (122).

Con este preciso y claro decreto, se convertía en ley una práctica casi general en esta época, y se cerraba un largo ciclo de tanteos y experiencias.

---

(120) El nombre de los Padres de la comisión se encuentra en las Actas de la Congregación VI, referentes a la sesión 3.ª del 23 de febrero de 1608, en que se aprobó su nombramiento. *Congr. 1*, 137 y *Congr. 1*, 156r. El nombre de los Padres que acudieran a la Congregación puede verse en Astráin, III, 683-684.

(121) *Congr. 1*, 150r y *Congr. 1.ª*, 166. Presentaron dos decretos a la aprobación de los Padres. El otro se refería al triduo de renovación de votos. Los dos fueron aprobados *plurium suffragiis*.

(122) Vide *Inst. 2*, 302.

CAPÍTULO X

ASPECTOS PECULIARES DE LOS EJERCICIOS PRACTICADOS POR LOS JESUÍTAS

1.—Convencimiento general de que los Ejercicios tenían que ser ignacianos.

Desde los primeros tiempos se consideraron los Ejercicios entre los jesuítas, como algo vital para el nuevo Instituto, como su alma y espíritu. Nadal solía repetir, en sus instrucciones, que se trataba de un arma propia y familiar (1).

El cariño e interés que se pone por las tradiciones domésticas, por todo lo que pertenece al hogar, era el que debían poner en todo lo que se refiriera a los Ejercicios de su Padre. De aquí las recomendaciones porque aprovecharan hasta los últimos filones sin dejar la más mínima anotación. Mirón insiste en varios sitios en esta idea (2). En la Apología dice: «Quiere San Ignacio que pongamos todo lo que está de nuestra parte..... Ahora bien, si dejamos de observar aun una sola adición, ya no ponemos todo nuestro esfuerzo y todos nuestros medios» (3).

El mismo Mirón, para espolear más aún, fijaba una meta muy alta. «Los Ejercicios son perfectísimos. En ellos se contiene todo lo que necesitamos para llegar al mayor estado de santidad dentro de nuestro estado»; y en un documento que redactó, ya en el ocaso de su vida, atribuía la pér-

---

(1) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 666-669. Cfr. M. NICOLAU: *El P. Jerónimo Nadal y los Ejercicios*, p. 121.

(2) En costumbres antiguas, *Inst. 186c*, 154, 189; en la Apología de los Ejercicios, *Exerc.* 687, 693-694; en un informe de hacia 1588 al P. Aquaviva, *Inst. 186c*, 58r. A propósito de la Apología, queremos notar de una vez para siempre, que aunque en el tomo de *Monumenta* aparece como anónima, un estudio directo del documento nos ha llevado a la conclusión, a nuestro juicio cierta, de estar redactado por el P. Mirón. No es de este punto tocar los argumentos muy numerosos de este aserto. En adelante la citaremos siempre bajo el nombre del P. Mirón.

(3) *Exerc.*, 695.

dida de eficacia de esta arma, a que a veces no se seguían las normas ignacianas con la fidelidad debida (4).

Esta persuasión de seguir a San Ignacio con toda fidelidad, que flotaba en el ambiente desde el principio, cristalizó en la regla quinta del maestro de novicios compuesta por el P. Mercuriano hacia 1578. En ella se manda que los Ejercicios se den «siguiendo el orden con que están, exactamente, según las reglas del libro» (5). Parece que el Padre General, con esta yuxtaposición de palabras casi sinónimas, ha querido perfilar la orden hasta lo último, para cerrar todas las escapatorias posibles de interpretaciones menos rigurosas. En varios Directorios se usan expresiones parecidas (6). Varias Congregaciones provinciales, como las de Aquitania y Portugal de 1587, pidieron que el texto de los Ejercicios *carissimum nobis et summarum deliciarum instar* (7), se mantuviera en su pureza primitiva, sin que se le añadiera ni se le modificara lo más mínimo (8).

Pero los Ejercicios no son un bloque homogéneo, ni se pueden aplicar a todos conforme a una norma única y matemática. Por ello, pronto se perfilaron diversas tendencias en el modo concreto de valorar el concepto «ignaciano» y los elementos que comprendía.

Una manera extrema de interpretar, la constituía la patrocinada por un grupo de Padres, contra los que se levantó el valenciano Diego Mirón, caudillo, por su parte, de la tendencia opuesta, quien dió el grito de alarma apenas vió levantarse en el campo mismo de la Compañía, una orientación que, según su modo de ver la realidad, desvirtuaba toda la fuerza contenida en los Ejercicios auténticos (9).

El P. Mirón no da ningún nombre. Pero, ciertamente, los Ejercicios que recrimina—al menos uno de ellos—eran los escritos por el *P. Blondo*. Va dando el P. Mirón el índice de las meditaciones de esos Ejercicios que coinciden completamente con las del P. Blondo (10). No es extraño que Mirón no se atreva a citar el nombre de su contrincante, ya que éste desempeñaba importantes cargos de gobierno, y era una persona de prestigio y autoridad. Fué rector de varias Casas y Provincial de dos provincias: de la de Sicilia y Milán.

---

(4) *Inst. 186c*, 57v.

(5) *Regulae Societatis*, Romae, 1580, p. 98.

(6) Véase por ejemplo, *Exerc.*, 1.031 y 1.109 (19).

(7) *Congr. 43*, 187v. Comienzo de la formulación del postulado de la Congregación de Aquitania.

(8) Postulado de la Congregación de Portugal de 1587. *Congr. 43*, 426r.

(9) Lo hizo escribiendo la apología publicada en MHSI.: *Exerc.*, 684-689. Véase lo que decimos en la nota 2.

(10) Según SOMMERVOGEL, 2, 1.546, publicó en Milán en 1587 el libro. Nosotros hemos visto solamente una copia manuscrita que parece copiada de la edición impresa, pues lleva en el título indicado la ciudad, el año y el impresor, exactamente igual que en el registrado por Sommervogel. Se encuentra en el *Archiv. Prov. Toledo*, 499 (2).

A estos autores domina una preocupación: la de *adaptarlos a la mentalidad* de cada ejercitante. Los Ejercicios son demasiado «universales» y generales. De hecho, el P. Blondo, en su introducción, va dando «advertencias más particulares» sobre el modo de aplicarlos a los jesuítas. En esto nada había de malo. A Mirón le parecía que éstos iban demasiado lejos, y que lo que de hecho hacían no era aplicar, sino *adulterar* el texto. Ciertamente, añadían muchas meditaciones que no estaban en el texto ignaciano y cambiaban en puntos fundamentales la estructura.

El *P. Blondo*, después del fundamento, da meditaciones sobre la nobleza y excelencia del alma, la vocación, la tibieza en el servicio de Dios y, al fin de la primera semana, sobre el amor de Dios, el paraíso, la aniquilación, expropiación, oblación, donación, dedicación, consecración.

La segunda semana la adapta más aún al jesuíta. Reduce prácticamente las meditaciones a los votos y diversas virtudes, prescindiendo casi por completo de la vida de Jesucristo.

Tenemos que notar que muchas de las meditaciones aquí indicadas, se encuentran en otros autores, como en el *P. Ceccotti*, el famoso Padre espiritual del Colegio romano, del que en seguida hablaremos, y en el *P. Aquaviva*. Sin duda, consideraban estas consideraciones como medios aptos no para el mes de Ejercicios, sino para las repeticiones, en las que creían éstos que se podría tener una mayor libertad. Porque es necesario notar que estos Padres querían ser ignacianos. Presentan una meditación sobre los varios grados y estados de la Compañía, pero creen que con ello no hacen más que aplicar y adaptar la meditación de los tres binarios. Van trayendo a San Ignacio a su modo de pensar. Sobre todo, emplean las mismas industrias del libro de los Ejercicios: adiciones, semanas, elecciones, anotaciones, exámenes (11). Más aún: afirman que las añadiduras y variaciones responden a la mente de San Ignacio (12). Una cosa es que en realidad sea así; otra muy distinta—es el caso presente—que lo creyeran de buena fe aquellos jesuítas.

Ciertamente, en las meditaciones que propone el P. Blondo, se encierran muchos elementos espúreos, muy difíciles de hacer pasar por el tamiz ignaciano. No es extraño, por ello, que su impresión—o al menos reimpresión—tropezara con dificultades (13). En este sentido fué un mérito insigne del P. Mirón, haber desenmascarado el solapado intento, tanto más peligroso cuanto que se pretendía hacerlo pasar por fruto del autor de los Ejercicios.

---

(11) Lo reconoce el mismo Mirón, *Exerc.*, 689, (11, 12); 690 (13, 14); 694 (18); 695 (20). Blondo lo reconoce en el mismo título: «Conforme a la mente del mismo» [San Ignacio].

(12) Véase *Exerc.*, 686 (7).

(13) Se dice en 1598: *Noluit communicari et exercitia spiritualia P. Blondi et alias meditationes priusquam Romae fuissent approbatae, quod factum non est.* De ser

2.—El problema de las meditaciones complementarias.

Todo esto es verdad; pero no lo es menos que, en el fondo de estas libertades, más aún como causa ocasional de ellas, latía un grave problema que urgía remediar. Y el problema era que San Ignacio dejaba un margen muy amplio al director. Indica la materia de la meditación, señala la meta a que se debe aspirar, da normas para los pasos difíciles, pero aun después de estas y otras precisiones, deja todavía campo ancho a la iniciativa del guía espiritual.

Para no desorientarse en este ancho campo de posibilidades que deja San Ignacio, se pidió desde los primeros años la confección de un Directorio que regulara estos aspectos.

Muy bien refleja este pensamiento el P. Fabio de Fabi:

«No pudo San Ignacio describir en el libro de los *Ejercicios* cada uno de los documentos y anotaciones que son necesarios en cada caso concreto, sino que se redujo a los más principales y necesarios, dejando lo demás a la prudencia y discreción del maestro» (14).

Casi más amplio es el P. Aquaviva cuando escribe: «Debemos usar de los Ejercicios..... principalmente en lo que atiene a la forma, porque en cuanto a partes parciales no impide el insertar en algunas partes otros puntos de meditación a juicio del Superior».

En este sentido, diga lo que diga el P. Mirón, tenían razón el P. Blondo y los autores de su tendencia, cuando afirmaban que los Ejercicios son «universales» y que es necesario aplicarlos y acomodarlos a las circunstancias concretas de cada uno. Mientras no se diera a este problema una solución definitiva y auténtica, era obvio que cada cual procurara adoptar alguna solución personal. Las dudas más serias versaban sobre si era contra la genuinidad añadir, cambiar, completar, explanar las meditaciones, y en caso afirmativo, hasta qué punto y con qué criterio se debía realizarlo.

Por un lado, el libro del fundador aparecía nimbado de una sublime veneración (15). Parecía un sacrilegio el poner la mano en nada,

---

cierta la edición de 1587 de que habla Sommervogel—nosotros no hemos podido descubrir ni un sólo ejemplar—tendría que tratarse de una nueva edición. Ignoramos si se trata del P. Blondo lo que se escribe a Bolonia el 23 de octubre de 1592, en que se manda a un Padre que envíe sus meditaciones a Roma «acordándose lo que pasó en los Ejercicios del P. [sic], en los que hay muchas cosas muy buenas, pero fué juzgado que se debían retirar, para que no se esparcieran más», *Ven.*, 31, 172v, 173v.

(14) *Exerc.*, 940.

(15) Véase el testimonio citado en la nota 7. Llegó a tanto esta veneración, que la misma provincia de Aquitania llegó a pedir al Padre General que no se pusiera el libro en las bibliotecas privadas de los jesuítas *ne in contemptum veniat*, sino que sólo lo tuvieran en su cuarto los Padres que lo necesitaran para sus ministerios. *Congr. 43*, 187r, 198v.

aun lo más mínimo, que le perteneciera; por otra, el carácter elástico, las diversas clases analógicas que admitía, sobre todo, el hecho de que su aplicación no se podía ejecutar ciega y mecánicamente, sino de un modo vital, de hombre a hombre, hacían necesario no diré su modificación, porque la necesidad de la adaptación la recalca insistentemente el mismo texto y constituye uno de los elementos más característicos del método, pero sí una acomodación personal, distinta, según las diversas circunstancias.

Ya que tenían que hollar el templo sagrado del libro ignaciano, se decidieron entrar en él por el resquicio abierto por su mismo autor. «Si parece al que da los Ejercicios conveniente para el provecho del ejercitante, añadir otras meditaciones, como de la muerte y otras penas del pecado y del juicio, etc., no crea que se le prohibe hacerlo, aunque aquí no se indiquen» (16).

Esta importante nota zanjaba de modo terminante la cuestión en lo referente a la genuinidad del añadir algo al texto mismo. No se podía pedir testimonio más autorizado. Pero se paraba aquí su contenido, sin precisar nada de la extensión de la facultad, ya que acaba con un indeterminado etcétera. Con esto quedaba abierta la pregunta: ¿cuántas y cuáles meditaciones se podían mezclar sin que se adulterara el método? Observemos la gama de respuestas que se dieron. Es un punto concreto, en torno al cual, se puede observar la mentalidad de cada una de las tendencias.

El P. Mirón aduce, como siempre, la prueba de la tradición, para, en virtud de ella, defender que el uso antiquísimo había sido el *insertar únicamente las meditaciones explícitamente señaladas* en la concepción ignaciana, sin hacer uso de la facultad que concedía el indeterminado etcétera (17). Incluso llega a afirmar en otro punto de la apología, aduciendo como prueba su caso personal, que en los años anteriores al de 1548 en que se imprimió el texto, no se daba ninguna meditación que no estuviera en el texto, ni siquiera la de la muerte y el juicio (18). Creemos, con todo, que el P. Mirón generaliza demasiado, y que lo único que se puede afirmar, con seguridad, es que no se añadía *a veces* ninguna meditación nueva. Tanto más se puede afirmar esto cuanto que nos consta, que en tiempo de San Ignacio, corría una explanación escrita de la muerte (19).

Como universaliza en la época posterior. Daremos en seguida pruebas perentorias que deshacen su testimonio. El mismo Mirón expone

---

(16) Es el texto de la nota añadida a la *Vulgata*. *Exerc.*, 298, 299. Sobre Polanco, autor de esta nota, vide *Exerc.*, 152. Mirón dice *Stus. Ignatius posuit.* Algo parecido se lee en el Directorio dado de palabra por San Ignacio, *Exerc.*, 784.

(17) *Exerc.*, 686 (6). Aunque limitándose a la meditación de la muerte, trata este punto con profusión de datos. F. M[ORELL]: *Sobre la meditación de la muerte. Manresa*, 13 (1940), 50-62.

(18) MHSI.: *Exerc.*, 691 (15).

(19) *Exerc.*, 1.107.

estas ideas en sus dos Directorios, pero usando tales expresiones aun sobre las meditaciones de la muerte y el juicio—*non prohibetur, addi possunt*—que dejan traslucir su poca simpatía por estas concesiones, a duras penas toleradas por él. Con todo, en el segundo Directorio, añade más indulgente la frase *et similibus*, traducción del «etcétera» ignaciano (20).

Pero tampoco tenemos que exagerar la intransigencia de Mirón. La tendencia más seguida entonces era la patrocinada por él, aunque con tonalidades menos fuertes. Polanco, Gil González, Cordeses y alguno de los Directorios anónimos, hablan de la facultad de incluir las meditaciones de la muerte y juicio, pero dejan la posibilidad de añadir alguna semejante—como lo insinúa Mirón en su segundo Directorio—sin entrar en más detalles (21).

Estos autores, a diferencia del jesuíta valenciano, no se fijan tanto en el hecho concreto, cuanto en el *motivo de por qué se deben intercalar* las meditaciones, sabiendo que aquí encontrarían la clave de la solución. Porque San Ignacio presupone que se ha de encontrar el ejercitante en diversas condiciones psicológicas, y que a unos los impresionarán más unos motivos y a otros otros. El director ha de pesar estas circunstancias para ver qué resortes y consideraciones debe usar en cada caso, dentro siempre del fin y procedimiento general que él precisa.

Según este principio, se podía resumir la norma reguladora ignaciana de este modo: Cada uno debe tomar las meditaciones que en su caso concreto necesite para llegar al fin pretendido y en la medida que le conduzcan. Añade el santo unas meditaciones, sólo para cuando no bastaran las anteriores, sin tener ninguna dificultad en que, si no consigue con ellas lo que pretende, intente conseguirlo con otras de índole parecida.

Muy bien resume el P. Cordeses el pensamiento de San Ignacio:

> «Si el ejercitante hallare lo que pretende....., no es caso de mudarle los cinco Ejercicios, sino que los continúe mientras se hallare bien en ellos. Pero si se hallare con mucha sequedad y que la continuación de unos mismos Ejercicios le da fastidio y todavía viere que aún es necesario insistir en la contrición, puédele mudar la meditación del infierno en la de la muerte» (22).

Pero estas meditaciones han de ser algo sobreañadido a las explanadas por San Ignacio, de ningún modo una substitución (23).

Algunos Directorios añaden incluso otra meditación de carácter algo distinto de estas purgativas, nacida del desenvolvimiento del

---

(20) *Exerc.*, 856, n. 34 y 856, nota c.

(21) Polanco *(Exerc.*, 808, 810); Dir. trad. S. Ignatii *(Exerc.*, 784); Gil González *(Exerc.*, 914); Cordeses *(Exerc.*, 955); Breve Direct. *(Exerc.*, 979).

(22) *Exerc.*, 955.

(23) Lo recalca expresamente Mirón en *Inst. 186c*, p. 57.

último coloquio, meditación que pronto se hizo clásica: la del hijo pródigo, o más en general, de la misericordia de Jesucristo (24).

El P. Mirón, sin duda por respeto a la letra del texto ignaciano, interpretado con su estrecho criterio, el P. de Fabi por apoyarse en su autoridad, y el Breve Directorio, la ponían en el día de descanso entre la primera y segunda semana de los Ejercicios, pero Gil González indica justamente que mucho mejor parece practicarla antes de la confesión general (25).

3.—Meditaciones añadidas por varios autores.

Se comenzaron por añadir las meditaciones indicadas por la famosa nota ignaciana, pero se acabó por intercalar otras de índole muy distinta, incluso dentro de la segunda y de las demás semanas. En los Directorios, con todo, sólo se encuentra una meditación más, además de las citadas, para la primera semana, que no parece encajar en el ambiente de la vía purgativa, la del cielo (26), pero en los apuntes de directores y escolares, observamos una variedad a veces desconcertante, no sólo en la primera semana, sino en el resto de los Ejercicios.

Tenemos que repetir, para evitar falsas deducciones, la observación que hicimos hace poco: que estas notas no se refieren a los Ejercicios de mes, sino a los que se repetían durante la vida religiosa.

Nadie dirá que el P. Doménech, alabado por el propio San Ignacio como uno de los mejores ejercitadores, es uno que tenga en menos el método ignaciano y, sin embargo, en unos Ejercicios que dió a los escolares jesuítas del Colegio romano, siendo rector de él, en 1569, indica varias meditaciones, algunas de las cuales pueden producir extrañeza (27). Fueron las siguientes: de la miseria del hombre y de la vida humana, meditación que es un laberinto de divisiones y subdivisiones, en que ha ido diluyendo hasta en sus más mínimos detalles, el libro de Inocencio III, *De contemptu mundi* (28), de los pecados, muerte, juicio, infierno, y por fin, *de beatitudine*.

Doménech, en la explanación de la materia, depende, como acabamos de insinuar, más de Inocencio III que de San Ignacio, pero las instrucciones

---

(24) Breve Directorium *(Exerc.*, 972); Dir. del P. Gil González *(Exerc.*, 903, nota 675). Cfr. también los textos de las dos notas siguientes. El P. de Fabi, entre estas meditaciones de la misericordia, indica la «de Lázaro resucitado» *(Exerc.*, 945, n. 43).

(25) Mirón *(Exerc.*, 858, n. *d)*; de Fabi *(Exerc.*, 945, n. 43); Breve Dir. *(Exerc.*, 981); Gil González Dávila *(Exerc.*, 903).

(26) Breve Direct. *(Exerc.*, 972).

(27) Conservamos en el cuaderno de apuntes del P. de Fabi, casi todo él autógrafo. *Inst. 109*, 7r-12v. En la *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. n. 1.622* se encuentran otras meditaciones idénticas en el fondo, pero diversas en la explanación. El testimonio de San Ignacio sobre Doménech en MHSI.: *Fontes narr.*, 1, 658.

(28) Texto en Migne: PL. 217, 701-746.

que da sobre el modo de ir meditando y sobre el fin que se ha de pretender con ellos, están empapadas en el más genuino espíritu de los Ejercicios. Estas instrucciones o anotaciones de gran penetración psicológica, tienen una orientación eminentemente práctica. Son una aplicación y adaptación de las adiciones y anotaciones del texto y como los carriles por los que hace llevar todo género de temas al punto pretendido por San Ignacio (29).

Los Ejercicios del *P. Aquaviva* merecen también un recuerdo particular, más por la significación de su autor, que por el valor intrínseco de ellos . Los escribió en la primavera de su vida religiosa, a los solo cuatro años de Compañía, sin duda para los novicios de segundo año que estudiaban en el Colegio romano, cuya dirección espiritual corría a su cargo (30).

El futuro Padre General de la Compañía, no parece del todo original en estas meditaciones, sino que ha arreglado, dado forma o al menos aprovechado, algunas que corrían entre los jesuítas de entonces. Ideas sueltas, y aun bloques compactos de consideraciones engarzadas en estas páginas, encontramos salpicadas aquí y allá en diversos apuntes privados de escolares del Colegio romano y en escritos espirituales de aquella época (31). Pero esta impersonalidad aumenta el interés de estas notas, pues nos hace ver no el método de uno u otro director, sino aspectos fundamentales del modo ordinario, o al menos frecuente, de proceder.

Creemos que estos Ejercicios del P. Aquaviva, están compuestos para practicarlos como preparación para los votos. Nos mueve a pensar así su contextura interna y el hecho de que son muy distintos, de los que el mismo Padre dió a San Estanislao de Kostka, cuando éste pisaba los umbrales del noviciado (32).

Después de unas consideraciones sobre la vocación, encuadradas en la contextura del principio y fundamento, pasa a la consideración del Rey temporal, describe las artimañas del enemigo—una especie de aplicación de las dos banderas—, para continuar con meditaciones sobre prácticas

---

(29) Estas anotaciones llevan el siguiente título: *Avisi per il modo di meditare li punti assegnati delle meditationi precedenti. Inst. 109*, 56r-57v.

(30) Publicados por el P. GAETANO FILITTI: *Esercizi spirituali del R. P. Claudio Acquaviva*. Los datos sobre la composición de los Ejercicios en las pp. IX-X Quiero añadir solamente que la vida manuscrita del P. Aquaviva, que cita el P. Filitti y en que se basan sus noticias históricas, está escrita por el concienzudo historiador P. Sacchini. Actualmente se conserva en *Vitae, 144*, ff. 6-91.

(31) Por ejemplo en *Bibl. Naz. Rom. F. G. n. 1622*, 2v-5r; en el *Archiv. Univ. Greg., 1721*, 55r y ss.; *1299*, f. 1r-3r; *1305*, pp. 44-69; en *Inst. 228*, 40r-50r; *Fondo Gesuitico al Gesù. Ms. 80*, 54r-73r, sobre todo en 60r. En notas espirituales del Beato Southwell *(Spiritual Exercises*, pp. 133-139). No deja de ser curioso que las meditaciones del P. Lancicio *Puncta meditationum pro usu tyronum et proficientium in via spirituali* tienen una armazón externa casi idéntica a éstas del P. Aquaviva. Casi idéntica longitud. Predominan cuatro puntos en vez de los tres, más frecuentes en los demás autores. Comienza casi todo los puntos con la palabra casi ritual «Considera», al igual que Aquaviva.

(32) Los Ejercicios de San Estanislao se conservan en una copia que existe en la *Bibl. Vat. Barberini lat. 1127*. Se reducen a meditaciones de la primera semana con un par de meditaciones de la segunda y tercera semana.

varias de piedad y, sobre todo, sobre los votos—las nueve últimas de treinta que son en total—ajenas al libro de San Ignacio.

Necesitamos también hablar de otra serie de Ejercicios que influyeron directamente, más aún que los anteriores, entre los jóvenes jesuítas de fines del siglo XVI, por el estratégico puesto de su autor. Nos referimos a los del *P. Juan Bta. Ceccotti*, Padre espiritual más de cuarenta años del Colegio romano. Los escritos de este Padre, publicados sólo en una pequeña parte (33), se encuentran ordinariamente en extractos parciales, mezclados con otros muchos en los apuntes privados de los escolares guardados en la actual Universidad gregoriana (34). Muchas veces es difícil distinguir la paternidad de algunas piezas, y sin duda, que muchas exhortaciones, meditaciones anónimas, proceden de este Padre.

Entre otros escritos suyos se encuentran unos Ejercicios de ocho días a los jóvenes jesuítas romanos. En ellos, además de las meditaciones tradicionales de la primera semana, incluyendo entre éstas, seis sobre la muerte y dos sobre el juicio, trae una sobre los frutos de penitencia, dos sobre la gracia y otras dos sobre la felicidad de los bienaventurados en el cielo.

La segunda semana presenta aspectos más curiosos. Se abre con el Reino de Cristo, repartido en tres consideraciones; siguen las tradicionales de las dos banderas, tres binarios, intercalando una sobre la indiferencia; después, en torno de las tres maneras de humildad, trata del pecado venial y de las reglas del Instituto de la Compañía. Por fin, explica brevísimamente la tercera y cuarta semana, da unas amplias e interesantes notas sobre la reforma de vida, para culminar con la contemplación para alcanzar amor.

Día tras día va señalando como lectura espiritual, los principales documentos del libro ignaciano, las anotaciones, las adiciones y sus diversas reglas (35).

Conservamos todavía esquemas sueltos de meditaciones practicadas durante Ejercicios en épocas diversas y por jesuítas de muy varias categorías, desde el *P. Agazzari*, rector del Colegio inglés, quien nos ha dejado en un cuaderno el proceso de tres retiros suyos practicados respectivamente en Roma (1586) y en Nápoles (1589 y 1590) (36) con escrupulosa fidelidad a las más mínimas adiciones, hasta los de anónimos e inexpertos novicios y jóvenes escolares que, como es obvio, reflejan más que su método propio—que no lo tenían—el de sus directores y maestros (37).

---

(33) En vida del autor se publicaron solamente el *Apparatus ad Meditationes*. Posteriormente publicó el P. Watrigant en CBE, 91 (1925) los *Exercitia iis qui in nostra Societate vivunt potissimum accomodata* y en CBE, 35 (1911), 31-50. *Directoris officium et munera. Directoris partes atque industriae. Exercitantis partes.* Ultimamente ha editado el P. Enrique Basabe su *Directorio* sin saber que era de él. *Manresa*, 11 (1935), 244 y ss.

(34) Los principales son en *Bibl. Nat. Rom. Fond. Ges.*, *1.146* y en *Archiv. Univ. Greg.*, *nn. 1.028, 1.034, 1.035, 1.721, 1.739, 1.777*.

(35) CBE, 35 (1911), 31-50.

(36) *Fondo al Gesù, Mss. 80.*

(37) Se encuentran estos Ejercicios de los escolares en *Archiv. Univ. Greg.*, *nn. 199, 1.203, 1.305, 1.721*; en *Bibl. Nat. Rom. Fond. Ges.*, *n. 1.622*, 1r-7v.

En todos estos ejemplos, *la primera semana* sigue un proceso idéntico. Nunca faltan las meditaciones del libro ignaciano con las de la muerte y juicio. Algunos, como el profesor de retórica del Colegio romano, *P. Bernardino Stefoni* (38); un escolar del mismo centro que debió de hacerlos para los votos, y que hasta en los más mínimos detalles se ajustó al método genuino—levantarse a media noche, exactitud en coloquios y adiciones—(39) y San Estanislao de Kostka en la primera probación (40), se contentan con la serie de meditaciones clásicas; otros, en cambio, intercalan alguna de su propia cosecha.

He aquí la lista escueta de las que hemos anotado desperdigadas en mil Ejercicios diversos: el estado religioso (41), beneficios de Dios Nuestro Señor (42), estado del hombre después de la redención y modo de servir a Dios en este estado, una especie de acomodación del principio y fundamento (43), la vanidad del hombre y del mundo (44), la contrición perfecta (45), tibieza, grados de la perfección religiosa y tres clases de religiosos—aplicación de los tres binarios, a pesar de estar en la primera semana—, reconocer la imagen de Dios, amor fraterno, estima de la sólida virtud sobre la ciencia, celo, mortificación, modestia, confianza (46), amor de Dios hacia el pecador (47), ingratitud (48), excelencia del alma (49), preparación a la comunión (50).

Dentro del marco de estas clásicas consideraciones, va intercalando el P. Ceccotti otras varias más personales, pero no las especificamos aquí, por tratarse directamente de una renovación de votos, aunque, sin duda, se consideraban entonces como una repetición de Ejercicios (51).

---

(38) En *Archiv. Univ. Greg., 1.203*. Trae cuatro meditaciones sobre el pecado. Una la subdivide en 15 puntos. Se nota cierto influjo de las meditaciones de Deménech.

(39) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. n. 1.622*, 1r-7v.

(40) *Bibl. Vat. Barberini. lat., 1.127*, 6r-9v.

(41) El P. Agazzari. *Fondo al Gesù. Ms. 80*, 13-19. Son siete las meditaciones sobre el estado religioso que hizo. También parece que son parte de las meditaciones de Ejercicios los puntos que trae el Beato Southwell—hijo espiritual de Agazzari—sobre las excelencias del estado religioso, puntos con evidente dependencia de los de Agazzari. R. SOUTHWELL: *Spiritual Exercices*, pp. 133-134.

(42) El mismo Agazzari en unos puntos casi idénticos a las meditaciones 2.ª y 42 de Aquaviva: *Esercizi sp. del R. P. Claudio Aquaviva*, pp. 6-7; 11-12 y un anónimo en *Inst. 113*, 37rv.

(43) En uno de los manuscritos de que se servían los alumnos del Colegio romano, en tiempo de los Ejercicios, con palpable influjo de Ceccotti: *Arch. Univ. Greg., 1.721*, 51v-56r.

(44) *Arch. Univ. Greg., 199*, f. 106r (para el día tercero de Ejercicios). Meditación parecida hecha por el P. de Fabi en *Inst. 109*, 58r.

(45) *Inst. 109*, 58r.

(46) *Inst. 113*, 37r-42v. En total 12 meditaciones de la primera semana.

(47) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1.594*, cuaderno 20, med. 8.ª.

(48) *Bibl. Vatic., Mus. Borgia. P. F. Latino*, 2, 16r e *Inst. 113*, 38r (meditación 4.ª).

(49) *Bibl. Vat. Mus. Borgia. P. F. Latino*, 6r: *Essercizio della nobiltà dell'anima*.

(50) *Bibl. Naz. Rom., 1.594*, cuad. 20, meditación para la tarde del 6.° día (5v).

(51) En *Arch. Univ. Greg., 1.305*, 27r-60r, sin indicación de autor. Editados en *Apparatus ad meditationes*, pp. 387-404.

Mucha mayor independencia se observa todavía en la *segunda semana*, a pesar de que el permiso de San Ignacio de añadir algunas meditaciones se refiere de modo explícito sólo para la primera.

El P. Aquaviva, ya lo hemos visto, habla únicamente de prácticas de piedad y de los votos, y él, lo mismo que el P. Ceccotti, que explana las meditaciones características del libro ignaciano, ni siquiera presentan una sola meditación sobre la vida de Jesucristo.

Varios de los Ejercicios que acabamos de extractar se reducen a la primera semana, o a lo más, añaden alguna meditación suelta de las demás, como los de San Estanislao, donde vemos sólo el Reino de Cristo, la Encarnación y algunos pasos de la Pasión.

En los demás, hay también quienes siguen el plan ignaciano (52), pero no faltan quienes dejan el camino trillado para seguir rutas nuevas y peregrinas.

Uno de los estudiantes anónimos, emplea cada una de las seis horas de la segunda semana en considerar diversas materias relacionadas con el Instituto de la Compañía, como claridad de conciencia, afección al Instituto, los varios grados de la Compañía; y la tercera, a recorrer los votos, para culminar este extraño edificio con una cúpula más peregrina aún: las circunstancias de los pecados, la tensión espiritual y las cualidades del sacerdote (53).

En uno de los manuscritos de uso público de los escolares del Colegio romano, se dan las meditaciones más típicas del reino de Cristo, banderas y las demás que giran en torno a la elección, sin hablar una palabra de la vida de Jesucristo (54).

4.—Deseo de seguir a San Ignacio aun en las tendencias más audaces.

Todos estos autores, aun los que entreveraban más elementos propios, querían a toda costa asimilarse los genuinos Ejercicios de San Ignacio. Si seguían esta táctica de una mayor elasticidad, lo hacían por creerla compatible con la genuinidad del método, más aún necesaria para poder apreciar en su justo valor los tesoros encerrados en ellos, que, a su juicio, no brillaban bastante, precisamente porque no se introducía esta luz, la única capaz de iluminarlos convenientemente.

Así, aun el innominado escolar que traza un esquema de meditaciones de lo más ajeno a la genuina tradición, las encuadra todas en el más puro marco ignaciano. Siempre ha de preceder la oración preparatoria y los preámbulos de los Ejercicios (55). Todos acuden a la

(52) Véase, por ejemplo, *Arch. Univ. Greg. n. 199*, 271v-277v, o los Ejercicios que dió el P. Eduardo Pereira en 1562. *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 742*.

(53) *Inst. 113*, 43-49v.

(54) *Arch. Univ. Greg., 1.721*, 69v-139r. El P. Agazzari en los Ejercicios que hizo en Nápoles intercaló varias consideraciones, que él llama exámenes, sobre los votos. *Fondo al Gesù. Ms. 80*, 60r-74r.

(55) *Inst. 113*, 37r y ss.

fuente de las anotaciones y adiciones y siguen el curso de sus observaciones: las posturas en la oración, el número de meditaciones, procurando llegar al fin asignado por San Ignacio en cada semana.

Ante tanta desorientación en algunos tan bien dispuestos, se aprecia mejor lo providencial de los gritos de alarma de un Mirón, y la necesidad de encauzar toda la serie de prescripciones y normas en un Directorio.

Aunque es difícil asignar el tiempo preciso a estos escritos anónimos de estudiantes, y muchos de ellos abrazan un período largo, acompañando a su autor durante toda su vida, hemos tenido interés en seleccionar los que nos ha parecido ofrecer más garantías de pertenecer a este período, 1570-1590, que precede inmediatamente a la regularización y que, precisamente, por no haberse todavía represado en un cauce fijo, espejea mucho más límpidamente el curso espontáneo de cada una de las corrientes.

Si recordamos ahora las meditaciones recriminadas de modo tan violento por el P. Mirón, veremos que casi todas las usaron los escolares en sus Ejercicios (56).

Era una tendencia mucho más extendida de lo que podría hacer suponer la apología del jesuíta valenciano. Más aún. No sin cierto dejo de ironía, habla de algunos temas raros y nebulosos designados por singulares e insólitos vocablos: «propia expropiación, oblación, donación, dedicación» (57). Estos términos, que le suenan de modo tan extraño, se barajaban con toda naturalidad en el círculo influenciado por el P. Ceccotti (58), y todavía en 1613—cuando estaba ya encauzado todo el movimiento—el experimentado espiritual del Colegio romano, que de un modo tal vez demasiado complicado pero que rebosa amor y admiración sin límites por el método ignaciano, encuadró todas las consideraciones sobre la perfección y la vida de Jesucristo en el marco de los Ejercicios, publicó como complemento de este sistema espiritual un triduo de renovación construído sobre esta armazón de la oblación, donación, sacrificio y holocausto. Sobre estas como columnas hacía descansar la contemplación para amar a Dios (59).

Es que en estas complejas realidades resumía aquel Padre el sacrificio de Jesucristo, modelo de todo jesuíta y resumen de la perfección pretendida en los Ejercicios (60).

---

(56) De las once meditaciones ajenas al libro de los *Ejercicios* asignadas por Mirón en los Ejercicios del P. Blondo *(Exer.* 690, n. 14), hemos encontrado en alguno de los apuntes de los escolares, todas menos una, la de *annihilatione*.

(57) *Exerc.*, 690, n. 14.

(58) Véase algunos de los sitios en que en los apuntes de los escolares salen esas expresiones. *Arch. Univ. Greg., 1.721*, 39v; *1.305*, pp. 27, 38; *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 1.372*, 168r, 172v.

(59) CECCOTTI: *Apparatus ad meditationes*, pp. 439-451. Las publicó también aparte el mismo año.

(60) Véase *Arch. Univ. Greg., 1.777*, 523r y ss.

Casi es todavía más singular la posición del *P. Eduardo Pereyra* en su Directorio (61). Este ilustre Padre portugués, antiguo paje de doña Leonor Mascareñas, rector de varias Casas, llega a cambiar de modo sustancial el orden de las contemplaciones de la segunda semana. Las tres maneras de humildad las incluye en la infancia de Jesucristo, como proyección de los sublimes ejemplos del Divino Infante. El Ejercicio del Rey temporal, elaborado por él de un modo personal en el que apenas se reconoce el esquema primitivo, lo coloca después del nacimiento del Señor.

Y a pesar de estas y otras profanaciones del texto, al explicar el orden de la segunda semana «porque hay dificultad en ello», escribe con toda naturalidad:

«De lo dicho (ofrecerse a Dios) trata nuestro Padre en los Ejercicios del Rey y en los Ejercicios del amor de Dios, porque es bien *en todo* proceder conforme a ellos (62).

Más aún: todo este Directorio está escrito con el pretencioso fin de sentar cátedra. Él, «que había muchos años que ejercitaba este oficio» y que había tenido la suerte de practicar los Ejercicios con el gran director P. Villanueva, «al cual P. Villanueva se los había dado nuestro B. Mto. Ignacio», se sentía capacitado para enseñar esta «cosa muy dificultosa» y en la que por darlos «personas que no lo sabían hacer se han seguido muchos inconvenientes», ya que ignoraban «la trabazón..... consonancia y armonía de ellos» (63).

Igual o tal vez mayor diversidad de criterio reinaba en el *modo de explanar las mismas meditaciones* del libro de los Ejercicios. Es inútil que en este punto empecemos a extraer datos de la cantera de los apuntes espirituales privados, porque no nos iluminarán nada. No existía una línea general, sino que en cada caso, cada director iba explanando más o menos, de un modo más o menos ceñido al texto, según creyera necesario para conseguir el fin propuesto en aquellas concretas circunstancias. Así, las meditaciones del P. Ceccotti sobre los pecados, caminan por cauces muy distintos de los señalados en el texto ignaciano (64), observándose, con todo, un fondo muy desleído del libro original y un marcado y claro seguir la orientación del santo, aunque vaya por distintos senderos.

Siempre el mismo fenómeno. En teoría nadie más ignaciano que él. Rotundamente lo recalca en su Directorio. Hay que atenerse en la explanación de los puntos a la segunda anotación (65); la materia se ha de tomar

(61) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 742*, ff. 2-82.
(62) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 742*, 53r.
(63) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., n. 742*, 2r-v.
(64) CBE, 91 (1925), 14-23.
(65) *Directorio*, cap. 16. Todo el capítulo es una explicación de esta anotación. *Manresa*, 11 (1935), 355-356.

del texto ignaciano (66). Pero junto a esta intransigencia en teoría, la elasticidad de la aplicación.

Distingue en cuatro categorías los ejercitantes, tomando como base de la división, la amplitud de exposición que hay que seguir con ellos. A los primeros, los más aptos, bastan las palabras escuetas y desnudas del mismo texto (67). Conforme va disminuyendo la capacidad del ejercitante, hay que ir aumentando el elemento personal, sea en la explicación del mismo contenido, sea en el modo plástico y vívido de la exposición.

El principio general que regula el modo de explanar los puntos, tiene que ser necesariamente muy vago y abstracto, dada la multiforme gama de oscilaciones que se pueden dar en las circunstancias concretas. Se reduce a decir que ha de ser el más apto en cada caso para clavar en el ánimo del oyente las ideas y el proceso ignaciano (68).

Pero para la recta interpretación de algunas de las anomalías, preferentemente de las de los textos privados, conviene hacer una observación fundamental. Muchas de esas notas eran notas complementarias al texto ignaciano o a la explanación fidelísima de Polanco, que sabemos solían usarla *communiter* los escolares jesuítas (69). El P. Ceccotti, en su retiro a los escolares, va haciendo continuas referencias al libro de San Ignacio (70), cuyo texto presupone y en el que se basa desde las anotationes con que se abre, hasta la contemplación para alcanzar amor con que se cierra.

Son apostillas a un texto de uso común para todos, en el que basta consignar lo que falta en el guión general. Sabemos, además, que se rehusaba dar por escrito esta explanación personal, para que el ejercitante no se limitara a una lectura pasiva, sino que basándose en el recuerdo de lo oído y siguiendo las indicaciones allí dadas, elaborara una obra más personal (71). Por ello, aunque estas fuentes no señalan el proceso exacto del retiro, nos sirven al menos para apreciar lo que ellos añadían por propia cuenta, que es precisamente el punto que tratábamos de iluminar.

Esta variedad de interpretación se podía dar sólo donde San Ignacio no indicaba de modo particularizado y preciso, la meditación o el Ejercicio concreto. Porque en los casos en que San Ignacio va perfilando con pulso seguro de maestro consumado, la trayectoria que debe seguir el alma en su itinerario hacia Dios, procuraban seguirle con la mayor fidelidad posible.

---

(66) Lo supone en el principio y fundamento (CBE, 91 (1925), 7-9). Reino de Cristo: *Exercitium hoc debet legi in libello, ex quo petendas unt praeludia* (CBE, p. 52), en las dos banderas (CBE, pp. 59-60), etc.

(67) CECCOTTI: *Directorio*, cap. 17 *(Manresa*, 11 (1935), 357).

(68) *Ea debet esse, quae quam aptissima sit ad illam suscipientis animo alte defigendam.* CECCOTTI: *Directorio*, cap. 18. *Manresa*, 11 (1935), 358.

(69) Lo dice el Direct. anónimo Bl. *Exerc.*, 892.

(70) CBE, 91 (1925), 5, 7, 15, 49 y desde esta página casi en todas.

(71) MHSI.: *Exerc.*, 1.028.

5.—Aspecto concreto de la práctica.

Hagamos un mosaico con algunas aplicaciones concretas. El trabajo es árido y fastidioso. No hay otro camino para ver la diligencia con que seguían el método aun en detalles insignificantes, y precisar la práctica de época tan interesante. Sin duda que estas ventajas suplirán con creces la monotonía del camino.

Como norma del tiempo para el *principio y fundamento*, recuerdan la práctica de San Ignacio. Solía emplear en su consideración dos días (72); la primera semana debe ser más bien breve. El trabajo más duro está en la segunda, sobre todo en la elección (73). En la meditación de los pecados, hay que considerar de modo particular, los cometidos durante la vida religiosa, pero sin caer en el escollo de olvidar enteramente los de la vida pasada, que es de suponer fueron los más graves (74).

El Instructor debía *preparar* el camino (75). En general, siempre era «grato y útil» acomodar la materia de los Ejercicios al Instituto de la Compañía. De modo particular se podía adoptar el fin del hombre al fin del jesuíta, y se podían también añadir algunas meditaciones más propias de su estado «del beneficio de la vocación religiosa, de la obediencia y otras virtudes, de la dignidad y hermosura del ánima racional» (76), y sobre el estado religioso en general, como el P. Agazzari, que intercaló siete con extraordinario deleite de su alma, sintiendo en ellas grandísima consolación durante horas enteras y luces no comunes (77).

Los coloquios y las *repeticiones* son de gran provecho (78). El P. Agazzari hacía con gran fidelidad el triple coloquio ignaciano, al Padre Eterno, a Jesucristo y a la Virgen, postrándose a veces «supino rostro arriba» (79). Con todo se pueden omitir las repeticiones de las meditaciones del pecado y del infierno, para pasar cuanto antes a otras materias en que suelen sentir mayor provecho (80).

---

(72) *Exerc.*, 1.096, 1.107 (8).
(73) *Exerc.*, 890, 1.029.
(74) *Exerc.*, 1.028, 1.030, 1.033, 1.092.
(75) *Exerc.*, 1.029.
(76) *Exerc.*, 1.033. Véase la adaptación de Agazzari. *Fond. Gesù. Ms. 80*, 48r o la del Beato Southwell, casi idéntica, *Spiritual Exercices*, p. 128.
(77) *Fond. Gesù. Ms. 80*, 20v-27v.
(78) *Exerc.*, 859, 873, 989. *Bibl. Naz. Rom. Fond Ges., n. 1.622*, 3r. *Fondo Gesù. Ms. 17*, 3v y *Ms. 80*, 8v. En general en todas las instrucciones sobre la oración, se da gran importancia a los coloquios. Cfr. por citar por vía de ejemplo una ya impresa, la de CECCOTTI: *Apparatus ad meditationes*, cap. 14, pp. 69-71.
(79) *Fond Gesù. Ms. 80*, 6r-8v-9v. También el mismo P. Agazzari hizo el quinto punto de los Ejercicios, *exclamación admirative con crescido afecto*, que es una especie de coloquio. *Ibid.*, 6r. Vide *Bibl. Naz. Rom. Fond Ges., 1.622*, 3v.
(80) *Exerc.*, 997.

El trato entre dirigido y director era muy frecuente. El propio San Ignacio acostumbraba visitar a su ejercitante dos veces por día durante la primera semana, multiplicando más aún sus entrevistas durante la elección (81).

En la *primera semana* los sacerdotes no solían omitir la celebración de la santa Misa (82). Los exámenes los ejercitaban con particular cuidado. Debían de ser «platicados a la letra», dice el P. Pereyra (83). Aun algunos que se apartan casi por completo del plan de San Ignacio, insisten en que siempre ha de preceder a toda meditación, la oración preparatoria y los preámbulos del libro (84). No es necesario que cada vez que entran en Ejercicios hagan una confesión general de todo el tiempo de vida religiosa, sino sólo cuando por alguna razón se sientan movidos a ello; pero casi siempre es conveniente purificar el alma con las meditaciones de la vía purgativa. Las verdades de la muerte y el juicio se pueden aplicar a fines más altos y en las de la vida de Jesucristo deben anhelar un ansia de mayor perfección y de desprecio de sí mismos (85). Se solían incluir las meditaciones permitidas por San Ignacio, como las de la muerte y juicio (86). Los modos de orar se podían aplicar a las reglas del Instituto de la Compañía (87). Se especifica la materia de la reforma, concretándola a la vida de un estudiante jesuíta (88).

A los Padres más experimentados se les dejaba mayor libertad. El Directorio enviado en 1591 por el P. Aquaviva a la Compañía, indica que, a los ya más avanzados en los caminos del espíritu, cuando se recogen al retiro de los Ejercicios por alguna particular razón o necesidad, no parece conveniente ordenar nada acerca de la materia en que se han de ejercitar esos días, sino que pueden considerar lo que les parezca más apto para su fin. No creía el prudente Padre General conveniente, aplicar una misma norma a todos, por la variedad de disposiciones en que se podrían encontrar, ni lo juzgaba necesario, porque pensaba que por la noticia que ya en otras ocasiones habían

---

(81) *Exerc.*, 945, n. 43; 1.096, n. 11.

(82) *Exerc.*, 945, n. 43; 1.096, n. 11.

(83) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 742*, f. 24v. Más recomendaciones del examen en *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1.622*, 4r-5r; *Arch. Univ. Greg., 1.299*, n. 6 y n. 9; 1.305, pp. 168-170.

(84) *Inst. 113*. Al principio de las varias meditaciones; *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1.622*, 1v.

(85) *Exerc.*, 1.030, 1.028, 1.032.

(86) *Exerc.*, 1.107 (10); 1.031. No se olvide con todo lo que dice Mirón acerca de los primeros años, *Exerc.*, 691, n. 15 y lo que decimos al principio del presente capítulo.

(87) *Exerc.*, 1.088 (ad p. 94). *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1.622*, 7v.

(88) *Exerc.*, 1.029. Véanse los propósitos de San Pedro Canisio que parecen una reforma de Ejercicios. BRAUNSBERGER, 8, 849, 850, 862. Cfr. también la práctica reforma de Agazzari hecha en los Ejercicios de Roma: *Quae mihi Deo favente inviolabiliter servanda in Exercitiis proposui. Fond. Gesù Ms. 80*, 44r. También hizo su reforma en los Ejercicios de Nápoles de 1589 y 1590. *Ibid.*, 47r y ss.

adquirido de los Ejercicios de San Ignacio y ayudados por la unción del Espíritu Santo, podían no sólo sin peligro ninguno, sino con gran utilidad de su espíritu, correr por el camino que creyeran más conducente (89).

Esta práctica se refleja en el santo y sabio anciano *San Roberto Belarmino*. Cuando deseaba dar un poco de descanso a su espíritu sumergido en los negocios de la Curia pontificia, se acogía al puerto tranquilo de San Andrés. Allí contemplaba las verdades que le hacían más bien en aquel momento. Para solaz de su alma y para un más fecundo empaparse en los sentimientos de aquellos días, iba el santo Cardenal dejando correr la pluma en la soledad del retiro. Su interior rebosante de devoción, destilaba sobre el papel. Más tarde se imprimieron estos jugosos escritos, joyas preciosas de la espiritualidad católica (90).

6.—Práctica de la meditación nocturna.

Para completar el cuadro, detengámonos en algunos aspectos más aleccionadores, en los que se ensayaron diversas soluciones.

Comencemos por la *meditación nocturna*. No es fácil hacerse idea exacta de lo realizado en este particular. Entraron tantos elementos en su apreciación: disposición del ejercitante, criterio del director, costumbres de la región, que se debieron de adoptar en cada caso soluciones distintas. El P. Hofeo, habla en su Directorio, de jesuítas que se ejercitaban tres, cuatro o cinco horas al día, aunque en otra parte del mismo Directorio, juzga que no conviene que los escolares hagan más de cuatro meditaciones diarias (91).

Esta debió de ser la costumbre más general cuando en verano o en alguna otra ocasión, repetían los Ejercicios. El P. Ceccotti define de «uso casi común» el omitir la meditación de media noche, y el P. Gagliardi usa una expresión casi idéntica (92).

Sin embargo, en otros círculos más restringidos, siguió practicándose el quinto Ejercicio. Su uso se supone en unas notas de hacia 1593,

---

(89) *Exerc.*, 1.030.

(90) Cfr. E. RAITZ VON FRENTZ: *Les oeuvres ascétiques du B. Cardinal Robert Bellarmin* y M. AGUIRRE: *San Roberto Belarmino y los Ejercicios*.

(91) *Exerc.*, 994, 990.

(92) CECCOTTI en *Direct.*, cap. 13. *Manresa*, 11 (1935), 353. Cfr. pp. 246-248 y GAGLIARDI en *Commentarii seu Explanationes in Exercitia*, p. 54. Quince escolares que hicieron los Ejercicios con el P. Villalba hicieron cuatro horas diarias. SACCHINI: *Historia*, p. 5.ª. T. 1, X, n. 133. Hicieron sólo dos o tres horas durante el *mes de Ejercicios* Antonio Rois y Francisco Vázquez. El P. Agazzari en la segunda semana se ejercitaba sólo tres veces al día. *Fond. Gesù, Ms. 8o*, 43r.

y Gil González quiere que prevalezca a toda costa, y sobre todo, el P. Aquaviva mandó en 1592 a toda la Compañía que «se guardase la anotación de las cinco horas diarias, y que el temor de una lesión de la cabeza o el peligro a la salud, muevan al director a dispensar, a no ser que se presenten causas muy graves» (93).

Triunfó esta tendencia en la redacción del Directorio oficial que se mandó en 1591 a toda la Compañía. Se dispuso en él, que a los novicios se les dieran los Ejercicios en su integridad y según las prescripciones del libro, lo que incluía—según la explicación del término en el capítulo segundo del mismo Directorio—la oración a media noche (94).

Aquaviva, al poco de la promulgación de su Directorio, insta al Provincial de la provincia romana que se cumpla esa norma y que sólo se dispense cuando exista causa verdadera (95). Más aún: hubo quien, en las enmiendas presentadas a una concesión que se hacía en este Directorio para con los más débiles, sugirió una modificación en el texto, deseando que apareciera con más claridad aun en esta justa mitigación, el ideal de las cinco horas, observación que gustó a los Padres de la Comisión encargada de redactar el Directorio definitivo (96).

Esto no fué óbice para que este mismo Padre Quadrantini, expusiera las dificultades que, a su juicio, sobrevenían de esta práctica. Aun los más robustos, según él, no resisten más de dos o tres días sin que les sobrevenga fuerte dolor de cabeza o un molesto cansancio que haga imposible continuar con ese sistema. Sin contar—añadiendo una observación en que tal vez no hubiéramos pensado nosotros, acostumbrados a los modernos despertadores—las dificultades que supone el llamarles de noche (97).

Siempre que se trata de unificar una práctica, surgen dificultades de parte de los que se ven precisados a cambiar de posición. Acabamos de ver el modo suave con que propuso éstas el P. Quadrantini, alegando la dificultad que «se experimentaba». De modo mucho más decidido se levanta en contra un Padre napolitano, cuyo nombre, por desgracia, ignoramos. Esta hora—dice—no se practica nunca y aun cuatro horas no es para todos, que aun los robustos no pueden con tanta carga. No pocas veces llegan a perder la cabeza y se ven forzados después a dejar la oración durante muchos días.

---

(93) *Bibl. Nat. Rom. Fond. Ges., 1.622* [2r]. El P. Gil González en *Exerc.*, 1.098 (ad p. 21). Jacobo de Braga se levantaba a media noche a hacer una de las tres meditaciones que tan sólo hacía. *Inform. Nadal*, 3, 13. Lorenzo Nicolai, aunque ordinariamente daba cuatro meditaciones diarias, no renunciaba a dar cinco en la primera semana. *Manresa*, 6 (1930), 67. La orden del P. Aquaviva en *Ital. 161*, 1r.

(94) *Exerc.*, 1.017 y 1.124.

(95) *Inst. 41*, 163r.

(96) Notata P. Fabiani Quadrantini. *Exerc.*, 1.079. El texto a que se refiere en *Exerc.*, 1.017. El juicio de la Comisión en *Exerc.*, 1.108-1.109 (15).

(97) *Exerc.*, 1.080 (ad p. 32v, 10).

La nota es fuerte y se observa en ella, más que la objetividad de uno que expone la realidad, la pasión de quien ansía defender a todo trance su difícil causa (98).

La Comisión no se dejó doblegar por esta y otras observaciones, que sin duda, no pudieron faltar, dada la diversidad de criterios que se observaba en este punto. Respondió al citado Padre que se atuviera al Directorio (99) y en éste, mantuvieron el texto de 1591.

Pasada la primera reacción, se debió observar después, con toda naturalidad, esta dificultosa pero sabrosa hora de oración. Ni tan sólo en el mes de Ejercicios, sino que algunos se levantan a orar de noche en los que en el siglo XVII se repetían anualmente (100).

7.—Observancia del silencio.

Otro de los elementos peculiares del método ignaciano, es el silencio observado en un ambiente de aislamiento y recogimiento absoluto.

En esto fueron verdaderamente severos. La palabra que usan muchos de los interrogados por el P. Nadal para designar la prueba, es bien significativa. Los hacían—dicen—«encerrados». Era un verdadero cerrarse en sus aposentos sin faltar de ellos más que para lo absolutamente preciso.

Los estudiantes del Colegio romano, en 1558, no salían más que para comer y para las letanías (101). El P. Hofeo, en su Directorio, manda que se les lleve la comida a sus aposentos; tan sólo si los practican varios juntos, pueden comer en algún refectorio separados de los demás; en cambio, pueden tomar un poco de descanso paseando o sentándose fuera de sus cuartos, por supuesto en silencio que ha de ser «perpetuo y estricto, tan escrupulosamente estricto, que aun las cosas necesarias las tienen que pedir por escrito» (102).

Sin embargo, el P. Ceccotti, que se muestra muy intransigente en la guarda del silencio, en general, cree que los operarios de la Compañía, ocupados en ministerios tan espirituales y tan ambientados en el clima de los mismos Ejercicios, los pueden hacer abiertos conforme a las normas que da San Ignacio en la anotación 19 (103). En Alemania, en el retiro hecho en 1585 para ganar el jubileo, tenían una recreación

(98) *Exerc.*, 1.095, n. 6.

(99) *Exerc.*, 1.095, nota *a*.

(100) Así lo testifica el P. Manni en sus *Annotazioni*. *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges.*, *1.399*, p. 152.

(101) MHSI.: *Polanco Complem.*, 2, 604.

(102) *Exerc.*, 991, 994. El Visitador de Alemania P. Manareo ordenó que a los novicios durante Ejercicios se les llevara la comida a sus cuartos. Cita en DUHR: *Geschichte*, 1, 530.

(103) CECCOTTI: *Directorio*, cap. 13. *(Manresa*, 11 (1935), 354, 4.°).

todos juntos hablando de cosas espirituales afines al ambiente de la materia que saboreaban aquellos días de recogimiento (104).

Se llegó a extremar el aislamiento con graves daños para los ejercitantes y para la regularización del método.

En Alcalá admitieron, después de que instara e importunara grandemente, a un tal Luis Ruiz, famoso entre los estudiantes por sus travesuras. No fiándose los Superiores enteramente de él, le sometieron primero a una peregrinación, a la que le enviaron para mayor mortificación con un vestido extraordinariamente elegante, dándole por compañero a uno que apenas podía caminar por su excesiva corpulencia y varias enfermedades. Llegados a Murcia, sin duda por indicaciones recibidas de Alcalá, le quisieron probar bien y—sigue narrando el P. Castro—«le metieron en Ejercicios en un aposento muy pequeño y la ventana alta, donde estuvo más de 44 días bien tentado de volverse a sus primeras libertades..... pero con la divina gracia lo venció todo» (105).

Mucho más significativo es, aun en este respecto, una carta angustiosa del P. León Enriques, escrita desde Coimbra el 22 de agosto de 1555, que por reflejar con toda fidelidad esta faceta extremosa de los Ejercicios de los novicios, vamos a trascribirla en gran parte:

«Los novicios que acá se reciben, los cuales son comunmente de catorce hasta veinte años de edad, a los cuales con el mucho recogimiento que tienen, según se piensa, (el cual en primera probación son de doce hasta veinte días, e luego sin interpolación ninguna treinta días de Ejercicios espirituales, e estos Ejercicios sin salir nunca del cubículo, salvo a oír Misa), vienen a enfermar de la cabeza, de modo que quedan después como inútiles para los trabajos de la Compañía. E esto fué tanto este año, que 18 hasta 20 o más han quedado enfermos de la cabeza, y miramos si sería bueno que estos Ejercicios se remitiesen o difiriesen por algún tiempo, y no se tomasen sin medida de la discreción, porque son mozos y dánse a ellos muy impetuosamente» (106).

Estas estrictas normas de recogimiento y silencio se cumplían únicamente en los Ejercicios hechos en pleno retiro, y esta misma severidad en la práctica obligaba a multiplicar los casos de los que tenían que probarlos abiertos y en un grado menos perfecto por no poder sufrir prueba tan dura.

8.—Uso de penitencias.

Otro punto, unido muy estrechamente con el precedente, es el de la penitencia.

Harto conocido es el rigor de los primeros compañeros de San Ignacio, cómo Fabro pasó seis días «sin comer y beber cosa de esta vida y cómo

(104) SACCHINI: *Historia*, P. 5.ª, t. I, lib. 10, n. 133.
(105) CASTRO: *Historia de Alcalá*, t. 2.°, lib. 10, cap. 4 (2, 75r).
(106) La carta en MHSI.: *Epp. Mixtae*, 4, 818. Cfr. *Polanco Chronic.*, 6, 720.

pareciéndole todavía poca penitencia tan riguroso ayuno y a pesar de ser el tiempo tan frío que el río Sena se atravesaba con carretas por estar helado, «dormía en camisa sobre las barras que le trajeron para hacer fuego, el cual nunca había hecho..... Las meditaciones hacíalas sobre la nieve en un cortil». También los demás—excepto Simón Rodrigues—pasaron el que menos tres días sin probar una gota de agua (107). Laínez, según escribe Ribadeneyra, «tres días estuvo sin comer bocado; otros quince comió pan y agua; traía cilicio; disciplinábase muchas veces con gran deseo de hallar a Dios» (108).

Mirón, en varios de sus escritos, lleno de añoranza, recuerda la gran penitencia de los primeros tiempos. Después del retiro necesitaban pasar a la jurisdicción del enfermero durante algunos días (109). González Dávila observa lo mismo, pero sin duda depende de los apuntes de Mirón, que tenía delante mientras redactaba sus notas (110).

No necesitamos de estos testimonios, cuando tenemos el del propio San Ignacio, que hablando en 1555 con su confidente González de Cámara, se expresó de modo que no deja lugar a duda:

«Agora ya no valía nada, hablando del rigor con que se daban los Ejercicios al principio; que entonces ninguno los hacía que no estuviesen algunos días sin comer *(nemine tamen persuadente)*; y que agora esto no se atrevería a consentillo más de un día a algún subjecto recio, aunque de lo pasado no tenía algún escrúpulo» (111).

Mirón, por su parte, no queriendo desmerecer de aquellos Padres, practicó en sus retiros una penitencia digna de ellos. Se recluía en su cuarto llevando en una escudilla un poco de pan y un cántaro de agua, sin admitir otro sustento durante todo el tiempo que duraba su encierro (112).

Sin llegar a estos extremos, no se descuidaba, ni mucho menos, el uso de la penitencia, que se solía ejercitar en modo tal vez más duro del que se podía suponer. En las cartas edificantes de los más venerables Padres, se cuentan—no sin cierto afán exagerado a veces de edificar—la crueldad con que muchos de ellos maceraban su cuerpo. Ahora bien: apenas se puede dudar de que continuarían estas prácticas aflictivas durante los días dedicados tan particularmente al cuidado de su alma, si es que no las intensificaban.

Muy pocas son las noticias que tenemos directamente de las que solían ejercitar en este tiempo, sin duda por su carácter privado, pero con todo, a través de algunos documentos, se ha filtrado algún que otro ejemplo, pálido reflejo de otras muchas conocidas solo por Dios.

Así se dice de Benito Toscano, que acompañó los Ejercicios de la primera semana, que hizo en Coimbra en 1558, «con disciplinas, ayunos, lágrimas,

---

(107) *Font. Narr.*, 1, 704.
(108) RIBADENEYRA: *Vida del P. Laínez*, p. 7.
(109) En los dos Directorios, *Exerc.*, 856; en la Apología, *Exerc.*, 693. Cfr. *Exerc.*, 882.
(110) *Exerc.*, 914.
(111) *Font. Narr.*, 1, 704.
(112) *Vitae 24*, 237v.

oraciones muy devotas y dormir en el suelo algunas veces. Pedro Sánch en Villarejo, los practicó «con muchas penitencias, así secretas como públic en el refectorio». También irrumpió en el refectorio medio desnudo y dis plinándose cruelmente en 1551, en Coimbra, Simón Ruis, aunque en es caso a los Ejercicios que estaba haciendo, se añadía una causa particul de hacer penitencia, el reparar el escándalo que había dado escapándo de casa (113).

9.—Necesidad del director.

No se concebía el mes de Ejercicios sin un instructor que fuer dirigiendo al inexperto novicio en el nada fácil camino de su ascensió a Dios. El tan experimentado P. Ceccotti, insiste en su Directorio e que nunca se ha de dejar solo al ejercitante. El director ha de llevarle—por decirlo así—de la mano, ha de precaverle de todas las asechanza del camino, indicarle los pasos mejores, aguijarle cuando le vea estan cado (114).

Casi idéntico es el razonamiento que se hace el P. Nadal (115). A pesar de la innegable verdad de estas atinadas observaciones, muy pronto empezó a permitirse a los Padres más expertos el que pudieran practicarlos sin necesidad de uno que les fuera dirigiendo en el proceso de los mismos Ejercicios, que no es precisamente lo mismo que hacerlos sin la guía de un director espiritual.

Según el P. Hofeo en su Directorio, a los Padres ya provectos y experimentados, basta con dejarles las meditaciones por escrito para que las lean en privado sin necesidad de un instructor particular. El Directorio B. 1 se siente todavía más generoso. No sólo los más provectos, sino en general, todos los que hayan hecho los Ejercicios íntegros, pueden por sí mismos leer el texto, tomando de él lo que les pareciere más conveniente (116).

El P. Claudio Aquaviva ratificó con su autoridad esta costumbre, aunque expresándose de un modo velado. En marzo de 1589, declaró que no siempre era necesario tener un director de Ejercicios, sino tan sólo cuando se sentía necesidad de él o lo exigía alguna causa (117).

En las observaciones hechas por un anónimo al Directorio de 1591, se supone en vigor este uso. Sólo se añade la conveniencia de que después de acabado el retiro, se dé cuenta a algún Padre del fruto que se había recabado (118).

Como detalle curioso y a la vez significativo de la elasticidad de la práctica, queremos copiar lo que le sucedió al novicio Miguel Montiel,

---

(113) *Historia de Villarejo* [p. 81]. *Litt. Quadr.*, 5, 958, y 1, 450.
(114) CECCOTTI: *Directorio*, cap. 11. *(Manresa*, 11 (1935), 265).
(115) En la Apología de Ejercicios contra Pedroche. *Pol. Chron.*, 3, 565.
(116) *Exerc.*, 994, 890.
(117) *Inst. 113*, 65r.
(118) *Exerc.*, 1.103. Alguien de la Comisión puso al margen: *Fiat. Exerc.*, 1.103, nota *d.*

no ya en Ejercicios de repetición, sino en los de mes, que los practicó al poco de entrar en Logroño en 1561. Escribe así en el Interrogatorio propuesto por el P. Nadal:

«Los Ejercicios luego en entrando los principié a hacer, dándomelos el P. Portillo veinte o veinticinco días, porque se fué a Valladolid. Los demás hice yo como se seguían hasta el fin. Serían los días que los hice cincuenta o más, y no más de aquella vez, aunque después casi siempre me rijo por la orden de ellos» (119).

10.—Elección de estado.

Lo que nadie concebía eran unos Ejercicios de elección, hechos sin director alguno. Si a los jesuítas, en determinadas circunstancias, se les daba esta libertad, era porque no tenían que pasar por ese punto.

Desde el principio fué norma fija el «no meter en elecciones», como entonces se decía, no sólo a los jesuítas, pero aun a los que estaban ya decididos a entrar en la Compañía de Jesús. Polanco, en nombre de San Ignacio, expresamente indica que no introduzca en las elecciones a los jesuítas. Después de él, repitieron lo mismo Laínez, Hofeo, Alfonso Ruiz, Mirón y otros muchos (120).

A pesar de esta serie repetida de prescripciones que suponen una unidad y continuidad fija de criterio, hubo casos en que se permitió a los jesuítas tratar este problema en su retiro. Los Padres que prepararon el borrador del Directorio de 1591, juzgaron que podían entrar en elecciones los novicios que se sintieran vacilantes en su vocación, proposición que no pasó al Directorio definitivo, a pesar de que mediaron proposiciones en este sentido de parte del P. Sawicki (121).

Aunque no se daban las elecciones, se daban, generalmente, las meditaciones que encauzan la elección, como las del Rey temporal, banderas, binarios y modos de humildad, pero aplicándolas a la marcha de la vida espiritual, a la reforma, siguiendo en esto las normas dadas por San Ignacio y Laínez (122).

---

(119) *Inform. Nadal*, 4, 162.

(120) San Ignacio en *Mon. Ign. Epp. 12*, 77. Laínez en *Inst. 51*, 49v-v, en *Exerc.*, 998, Alfonso Ruiz escribió *nihil de electione detur. Inst. 109*, 1v; Mirón en su Apología, *Exerc.*, 696. Se dice lo mismo en las *Constitutiones pro Hispanicis provinciis, Hisp. 90*, 160v. en las reglas del maestro de novicios promulgadas por el P. Mercuriano y conservadas en este punto literalmente por el P. Aquaviva, *Regulae S. I.* Roma, 1580, 98 (Regla 5.ª) y Roma 1582, 105 (Regla 28), y en el Directorio oficial, *Exerc.*, 1.137. Cfr. *Exerc.*, 1.030, 1.031.

(121) *Exerc.*, 1.033. Las proposiciones de Sawicki en *Exerc.*, 1.101. *Dubia quaedam* (4).

(122) Sobre el dar esas meditaciones en *Exerc.*, 696. Las normas de San Ignacio en *Mon. Ign. Epp.*, 12, 77 y las del P. Laínez en *Inst. 51*, 49. Recordemos, con todo, que el P. Gagliardi en su singular plan de aplicación de los Ejercicios a las tres vías durante el noviciado, incluía las elecciones íntegras, pero se trata de un plan muy personal y extraño. Véase capítulo 8.°, pp. 289-290.

11.—Los Hermanos coadjutores.

Antes de poner punto final a este estudio, que puede parecer a alguno demasiado minucioso, a pesar de que hemos estado podando datos casi sin cesar, deseamos indicar someramente el proceso que se seguía con los Hermanos coadjutores.

Para mejor comprensión de lo que vamos a relatar, recordemos el atraso cultural que existía en el siglo XVI, no sólo en la gran masa del pueblo, pero aun en gran número de sacerdotes. Había una floración espléndida de grandes sabios, se profundizaba mucho en el mundo de la metafísica, pero esa ciencia era patrimonio de un círculo bastante restringido.

Reducida la cultura al recinto de la Universidad y al seno de las grandes Órdenes religiosas, no puede extrañar que, aunque no faltaron Hermanos coadjutores de una instrucción media considerable, como para poner un caso de un gran amante de los Ejercicios, el H. Antonio Grou, notario de Barcelona antes de vestir la sotana de la Compañía, abundaron los que no poseían más que una educación literaria muy rudimentaria. Llegó incluso a haber no pocos analfabetos. Son bastantes las respuestas al cuestionario al P. Nadal redactadas por mano ajena que suplía al interesado incapacitado para hacerlo, por no saber escribir, como se especifica en nota marginal (123).

Ahora bien. Los Ejercicios, en su forma más perfecta, exigen no sólo decidida voluntad de entregarse sin reserva al Señor, sino también cierta capacidad natural y aun cultural, necesarias para entender y sacar provecho de las lecciones de alta sabiduría del arte ignaciano. El propio San Ignacio avisa al director en la anotación 18 «que no se den a quien es rudo o de poca complexión cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse de ella», y en las Constituciones supone que puede haber Hermanos coadjutores que se encuentren en este caso.

«Quien se viese no ser apto para Ejercicios semejantes, como podría ser alguno de los coadjutores temporales, débensenle de proponer cuales le convengan a su capacidad, con que se ayude y sirva a Dios Nuestro Señor» (124).

Taxativamente, como se ve, se admite el caso de algunos a quienes por principio general, no convenía darles los Ejercicios, aunque implícitamente se está diciendo que puede haber otros capaces de practicarlos.

Esta diferencia insinuada aquí, se especifica en uno de los antiguos Directorios anónimos. En él se distinguen los coadjutores ingeniosos y

---

(123) Son frecuentes los textos de la legislación de la época en que se supone la existencia de hermanos coadjutores analfabetos; v. gr., *Const.* P. 4, c. 4, n. 4 [344]. Reglas del maestro de novicios del P. Aquaviva, regla 21, *Exerc.*, 881, 898, etc.

(124) *Const.* P. 3.ª, cap. 1.°. N. 20, R. [279].

los menos ilustrados. A los primeros se les puede aplicar la primera semana con el primer modo de orar, explicándoles detalladamente los preceptos y los pecados. Después las dos banderas, el nacimiento, la adoración de los pastores, la resurrección, la Asunción de la Virgen con algunos de los misterios del Rosario, que casi están incluídos en las meditaciones ya indicadas.

A los demás se les debe aplicar los Ejercicios leves que se acostumbran dar a las personas iletradas: exámenes, modos de orar, enseñándoles la práctica de la confesión y comunión frecuente y, si acaso, el principio y fundamento (125).

Parecidas son las normas del P. Hofeo. Con todo, este Padre permite que si hay algunos que «son capaces de meditar», se les equipare a los escolares «sobre todo si ellos lo desean» (126). Es decir: no se quería imponer una prueba que difícilmente podrían sobrellevar muchos de ellos, pero a la vez, ansiaban los Superiores comunicar aquella parte que resultara provechosa a cada uno. El P. Aquaviva resumió en esta frase la conducta que había que observar con los coadjutores: «Deben hacer algunos Ejercicios en la cantidad que permita su capacidad» (127).

Una vez más, el Padre General aplicaba a los Hermanos la regla general de adaptación indicada en las anotaciones. Con todo el P. Nadal parece que les asignaba una participación más completa, ya que en una de sus Instrucciones dice que «hagan si no todos los Ejercicios, al menos los de la primera semana y algo de la segunda, tercera y cuarta, en lo que el instructor se acomodará a su capacidad», aunque en otra habla de modo más general (128).

El Directorio de 1591 no quiso definir nada en concreto. Estaba bien clara la norma del P. Aquaviva. Dada la gran diferencia de cualidades que existían entre los Hermanos, y las circunstancias tan varias en que se encontraban, pareció mejor a aquellos Padres no precisar más. Sin embargo, en las observaciones que se hicieron de varias partes a dicho Directorio, se manifestaron deseos de que se especificara la conducta que había que observar con ellos:

«Se echa de menos—decía el P. Sawicki—un modo algo peculiar de Ejercicios espirituales aplicable a los Hermanos coadjutores, porque por una parte, comunmente, no son capaces del mes entero y, por otra, su condición de religiosos parece exigir de ellos más que de las otras personas simples» (129).

---

(125) Direct. Bl. *Exerc.*, 890. El plan para las personas simples se encuentra en *Exerc.*, 886-887.

(126) *Exerc.*, 988.

(127) *Quantum eorum captus feret.* Respuesta a la Congregación Provincial de Germ. Sup., 1584. *Congr. 21*, 288r.

(128) *Moderatione adhibita, pro eorum captu. Epp. Nadal*, 4, 597. La cita del texto anterior. *Ibid.*, 432.

(129) *Exerc.*, 1.100, n. 1. Véanse las observaciones de Nápoles. *Exerc.*, 1.097 (17).

La Comisión encargada de la redacción del Directorio definitivo, estudió estas observaciones. Sin embargo, no creyó conveniente incorporarlas en el mismo Directorio. Juzgó que este punto pertenecía a otra Comisión distinta, la establecida para dirimir las cuestiones referentes a los novicios. Pero añadió por su parte: «Es cierto que a los coadjutores ordinariamente no hay que darles el mes entero de Ejercicios, sino sólo los Ejercicios de la primera semana con los modos de orar, y conforme a las Constituciones, el modo de rezar el Rosario» (130).

El estudio directo de la práctica nos lleva a las mismas conclusiones. Los cuestionarios del P. Nadal, en su objetiva simplicidad, nos enseñan que los Hermanos coadjutores, de norma ordinaria, no practicaban el mes de Ejercicios. No siempre se puede precisar quiénes son escolares y quiénes coadjutores, pero aun dejando un margen elástico a la imprecisión se puede, gracias a los muchos que responden con claridad, seguir con bastante fidelidad la marcha ordinaria.

Un gran grupo—la mayoría—*o no practicaban ningunos Ejercicios* propiamente dichos, o estaban en ellos tres o cuatro días, es decir, recibían una instrucción sobre los modos de orar y se preparaban con más cuidado a la confesión general. Según nuestros cálculos son 93 los coadjutores que responden no haber hecho los Ejercicios. Pero no nos extrañaría que muchos de ellos hubieran estado retirados un par de días considerando los modos de orar y preparándose para la confesión general, ya que dada la imprecisión que reinaba entonces en la terminología, unos consideraban esas breves jornadas de recogimiento como dignas de formar parte del caudal de los Ejercicios, y otros las desestimaban por su poca cuantía.

Un segundo grupo lo constituyen los que *hicieron* siete u ocho días de Ejercicios, es decir, la *primera semana*. No nos atrevemos a precisar su número, pero tal vez no anden lejos de la treintena. Otros—unos quince—, se ejercitaron un mayor número de días: quince, veinte y aun más; pero cada día no meditaban más que una o dos horas, sin dejar de atender a sus ocupaciones ordinarias.

No se vaya a creer por esto que se dejaba a los Hermanos sin instrucción espiritual conveniente. Todo lo contrario. Si no se les daba el fuerte manjar ignaciano, era porque se creía que les sería más provechoso otro más acomodado a sus almas, o mejor, algo de los mismos Ejercicios, preparado de una forma más asequible a su paladar.

San Ignacio, en las Constituciones, se preocupó de darles un modo de oración que se adaptara a su psicología (131), y lo mismo hizo la Comisión para el Directorio definitivo de los Ejercicios (132). Polanco, ya en 1554, en una consulta de casa, pidió que se tuviese en lo espiritual «más cuenta en los coadjutores que no hacen ni han hecho Ejercicios»,

---

(130) *Exerc.*, 1.107-1.108, n. 11. Cfr. *Exerc.*, 1.097, nota *b*.
(131) *Const.*, p. 3.ª, cap. 1.°, n. 20, R. [179]; p. 4.ª, cap. 4.°, n. 4 [344].
(132) *Docere debent modum orandi. Exerc.*, 1.097 (17).

pues parecía que tenían «espíritu muy seglar y no edifican tanto a los de fuera» (133).

Los demás Padres Generales siguieron la misma línea de conducta. Baste citar la siguiente disposición del P. Mercuriano, que resume la táctica general:

«En lo que toca a dar Ejercicios en común a los coadjutores, no me parece que se tenga esa costumbre, mas se ponga en ese Colegio un Prefecto de cosas espirituales que tenga cuidado de instituir a cada uno privadamente en el modo de orar y meditar según la manera de la Compañía» (134).

Los coadjutores expresaron con diversas fórmulas este aprendizaje especial que se les iba dando. Francisco García dice: «En particulares oraciones me los han dado»; otro: «me los han leído», y un tercero, «no de propósito mas de tener oración con los demás» (135).

Con todo, en tiempo del P. Aquaviva, prevaleció como en otros puntos, la tendencia del P. Nadal, de dar como norma ordinaria los Ejercicios de la primera semana. Como se expresaba la antigua provincia de Castilla, plantel de tantos y tan beneméritos coadjutores, en un Memorial elevado al Padre General en 1584: «Lo que se usa [con los Hermanos coadjutores] es que desde el día que los reciben con ocho o diez días de Ejercicios se cumple con ellos y luego los ponen en los oficios de casa y se quedan así toda la vida» (136).

Cuando se trata de Hermanos coadjutores, no se debe olvidar *el delicado rasgo de San Ignacio*. En los últimos catorce años de su vida, desde 1542 a 1556, se dedicó casi exclusivamente a sus agobiadoras ocupaciones de fundador, legislador y General de la Compañía. Ocupado en estas trascendentales tareas, no dió, que sepamos, Ejercicios en ese espacio de tiempo, más que a tres personas. Una de ellas fué el *Hermano coadjutor Alba*, analfabeto al tiempo de entrar en la Compañía, que pretendió aprender a leer a escondidas en el establo, robando tiempo a sus ocupaciones. Se encontraba este Hermano en una aguda crisis espiritual que nacía del inmoderado deseo de estudiar. San Ignacio, lleno de compasión, le dirigió personalmente en los ejercicios. El resultado fué excelente por el momento. El H. Alba «se asentó del todo con los ejercicios..... [lo] que a todos parecía imposible» (137), pero la calma fué sólo pasajera. Volvió a arreciar en su débil espíritu la tempestad y acabó saliendo de la Compañía.

Más aleccionador es todavía el misterioso proceder de Dios Nuestro Señor, que casi por estos mismos años en que cerramos nuestro estudio se dignó manifestar su dominio y poder absolutos, concediendo, por

---

(133) *Polanco Comp.*, 1, 97.
(134) *Inst. 51*, 353v.
(135) *Inform. Nadal*, 2, 96, 30; 3, 304.
(136) *Congr. 95v.* El P. Aquaviva responde que «al menos es necesario que de los seis meses no les quiten nada».
(137) Testimonio del P. González de Cámara: *Font. Narr.*, 1, 718-719.

medios sobrenaturales místicos, a San Alonso Rodríguez, una compenetración tan íntima con el más perfecto y sublime espíritu de los Ejercicios, que no conocemos autor espiritual ninguno, cuyos escritos rezumen tanto la savia de la contemplación para alcanzar amor, y en el que el fondo vital de esta contemplación, forme de modo tan palpable la medula de su espiritualidad.

Para penetrar en lo más profundo y sublime, a la vez, de los Ejercicios, la contemplación para alcanzar amor, tenemos que recurrir, hoy día, no tanto a las enseñanzas de los Padres Generales o de los expertos Padres espirituales de que nos hemos ocupado, cuanto a los escritos de este humilde Hermano. En ningún autor encontraremos tan connaturalizada con una vida trivial y ordinaria, la divina realidad vislumbrada en esa contemplación, que Dios le concedió plasmarla en sus escritos con la profundidad y el dominio de un consumado maestro de la vida espiritual (138).

(138) Cfr. N. COLL: *La Ascensión mística en el alma de San Alonso Rodríguez.*

PARTE TERCERA

METODOLOGÍA DE LOS EJERCICIOS. DIRECTOR Y DIRECTORIOS

CAPÍTULO XI

EL TEXTO IGNACIANO COMO BASE METODOLÓGICA

1.—Deseos de que se imprimiera el texto original.

Conocemos ya, aunque sea a grandes rasgos, la extensión y eficiencia de los Ejercicios, las naciones en que penetró, los principales hombres que transformó, la acción renovadora que provocó en todas partes, y de modo particular, las modalidades que alcanzó con los jesuítas.

Penetremos ahora en alguna de las Casas de la Compañía de Jesús, acerquémonos a los cuartos reservados a los ejercitantes y tratemos de descubrir el modo con que el director iba aplicando las normas del libro ignaciano, los resortes que utilizaba, el modo con que reaccionaba el discípulo, en una palabra, el método que se seguía en aquellas conversaciones tan fecundas y trascendentales. Sin este estudio resultaría nuestra historia muy superficial. No iluminaría lo más hondo y vital de los Ejercicios.

Notemos, con todo, que ya en la segunda parte, al hablar de los jesuítas, hemos contemplado la metodología de algunos puntos importantes, como el número de meditaciones que practicaban, la observancia del silencio, la oración nocturna, el uso de las penitencias. En esto no se diferenciaban los jesuítas de los demás que hacían los Ejercicios completos. Tenemos, pues, que presuponer en esta parte, para tener la materia completa, todo lo que hemos ido exponiendo sobre el particular.

Todos aquellos directores se esmeraban en seguir las prescripciones indicadas por San Ignacio en el libro de los *Ejercicios*. Por ello, es necesario que, como base de toda esta parte, veamos el texto que utilizaban y las modalidades que presentaba. Porque, aunque parezca extraño, una de las mayores dificultades con que tropezaban en aquel tiempo era la de poseer un ejemplar exacto del libro ignaciano en su lengua original.

En vida de San Ignacio se habían realizado dos ediciones de la traducción latina, pero no se había impreso el autógrafo castellano (1). Los directores que deseaban usar el texto original no tenían más remedio que servirse de copias manuscritas.

Cada vez se iban dando más *peticiones de una impresión del texto*. Varias Congregaciones provinciales, como las de Castilla, Andalucía y Perú, aprovecharon la coyuntura que les ofrecía el derecho de la Compañía para urgir a los Padres Generales la edición deseada (2).

En sus peticiones, van indicando varias razones que es interesante recoger. Los andaluces, en 1571, hacen mención de la que ocasionaba más dificultades en la práctica: *las variantes* y aun errores que se deslizaban en las transcripciones manuscritas. «Hay diversas traslaciones —dicen—y está todo muy depravado». Y en 1584 vuelven a insistir: «No es tan correcta la lectura» (3). Los del Perú, en 1594, llegan a afirmar que «con el discurso del tiempo se ha visto alguna variedad que se ha mezclado en los Ejercicios en romance añadiendo algunas cosas o quitando otras» (4).

Otro motivo es de índole muy diversa. Estiman que la edición castellana será de mucho *provecho para los Hermanos coadjutores* y para los que no saben latín (5). Las demás razones que alegan son de índole práctica y técnica. Siempre es «más fácil tener» y conservar un impreso que una copia manuscrita. Hay, además, en ello, «menos trabajo y más seguridad». El envío y la difusión sería más fácil y podría haber un ejemplar en cada biblioteca (6).

La respuesta de Roma fué siempre negativa. Ordinariamente se redujo a una negativa seca, sin explicaciones: «Que no se impriman en español» (7).

La única respuesta a través de la cual podemos adentrarnos un poco—muy poco—en los motivos que obligaron a tomar semejantes medidas, es la que dió en 1595 el P. Aquaviva a la provincia de Perú. Después de decir que se había tratado del asunto varias veces, continúa el P. General: «No conviene por algunas razones que para ello hay, una de las cuales es porque los pocos papeles de Ejercicios que son para todos, basta que anden y se les den escritos de mano. Los demás no son

---

(1) Véase nuestro primer tomo, pp. 157-163.

(2) La provincia de Castilla lo hizo ya en 1557. Volvió a pedirlo en 1584, *Hisp. 90*, 96v. La de Bética en 1571, *Congr. 41*, 70v y 175v, y en 1584, *Congr. 21*, 276v. La de París en 1594, *Congr. 47*, 506v.

(3) *Congr. 21*, 276r.

(4) Acta Congregationis, n. 13, *Congr. 47*, 506v.

(5) Así la Congregación de París en 1594, *Congr. 47*, 506v, la de Castilla de 1584, *Hisp. 90*, 96r, la de Andalucía de 1571, *Congr. 41*, 70r y 175r.

(6) Las mismas Congregaciones citadas en la nota anterior. Además la de Castilla de 1557, *Hisp. 90*, 96r.

(7) Así Laínez en 1558, *Hisp. 90*, 96r. Parecida es la respuesta de Borja en 1571, *Hisp. 90*, 78v y la de Aquaviva en 1584, *Congr. 95*, 112v, 134r. *Hisp. 90*, 78v.

para ellos, sino para el que los da, y esos no conviene sean tan comunes» (8).

La misma razón se podía aplicar para la traducción latina, dado lo extendida que estaba esta lengua entre el elemento culto del siglo XVI. «Inconvenientes» más fuertes tenía que haber para que fuera el Padre General negando esta petición con tanta firmeza durante decenios enteros. A nosotros se nos ocurren dos.

El primero y principal inconveniente está, sin duda, ligado con el ambiente espiritual que reinaba en España, del que hablamos profusamente en nuestro tomo anterior y del que tendremos que volver a ocuparnos en el capítulo XIV. Varones eminentes estimaban que el veneno del iluminismo se ocultaba en esos libros, de los que el pueblo no recibía más que daño, ya que no podía asimilar convenientemente la materia que contenían, demasiado encumbrada para su capacidad espiritual. Como expondremos, la Inquisición de Sevilla mandó recoger, en 1559, todas las obras espirituales «en romance». Se explica que en tales circunstancias no quisieran herir susceptibilidades y ofrecer ocasión a nuevos ataques.

Se añadía que Paulo III había aprobado explícitamente dos textos latinos, no el original castellano. En aquellos tiempos en que quedaban en acecho terribles enemigos, era necesario proceder con suma cautela y presentar el menor blanco posible de ataque. Sólo cuando los Ejercicios se impusieron en la Iglesia, se pudo pensar en ir desligándolos de estos soportes externos.

El hecho es que hasta 1615 no se dejó imprimir el texto castellano, y aun entonces no se permitió hacerlo en España, sino en Roma, donde se podía controlar mejor el uso de los ejemplares. Durante el siglo XVI, los directores tuvieron que resignarse o a emplear la traducción latina, cosa muy usada incluso en España, o a seguir con las copias manuscritas.

Tan sólo una provincia que sepamos, la de Castilla, en 1571, propuso una solución distinta. Hacer una versión latina nueva, más exacta, que reflejara con toda la fidelidad posible el pensamiento auténtico del santo (9).

Mucho más tarde, en 1594, la Congregación General quinta, determinó hacer algo que se acercaba a los deseos de la provincia de Castilla: revisar los lugares que ofrecían alguna dificultad en su interpretación. El intento de la Comisión deputada para el caso «no fué hacer una versión nueva, sino adaptar con mayor justeza algunos pasajes que en la traducción *Vulgata* se presentaban algo obscuros» (10).

---

(8) *Congr. 46*, 427r. Al Padre Procurador, Juan Sebastián de la Parra, le responde de modo más genérico: «Habría en ello algunos inconvenientes de momento». *Congr. 47*, 506r.

(9) *Congr. 41*, 83r. Siguen en el códice las respuestas que fué dando el Padre General a los diversos puntos, pero falta precisamente la que dió a éste.

(10) Carta del Padre Secretario de la Compañía Santiago Dominici de 25 de junio de 1596. La carta se publicó primitivamente en la edición de los Ejercicios de 1596, después en *Institutum S. I.*, 3, 447.

La revisión se hizo con un criterio excesivamente cauteloso. Tan sólo se retocaron veintisiete locuciones, generalmente en cosas muy accidentales. Se redujo el trabajo a suprimir o añadir alguna partícula, para que el sentido resultase más diáfano o se evitase alguna mala inteligencia (11).

Ya que tenían que seguir usando copias manuscritas, quisieron *asegurar la fidelidad* y garantía de las trascripciones. Para conseguirlo, Nadal recurrió a un procedimiento de tipo notarial. Mandó, a fines de 1560, sacar al H. Ignacio Nieto una nueva copia directamente del autógrafo. La revisó cuidadosamente y mandó que el que la había trascrito, junto con otro, un tal Jiménez, la colacionase con el original. No contento con estas diligencias quiso garantizarla con la firma y el aval de un notario romano, como si se tratase de un documento público oficial. Con este objeto la hizo autenticar del auditor de la cámara en el oficio del Mto. Andrés Gerardi (12).

Nadal llevó consigo esa copia autenticada y, en los Colegios por donde pasó, mandó confrontarla con las trascripciones que existían y corregir éstas conforme al modelo romano. A estos ejemplares se llamó después «corregidos», es decir, colacionados con el texto de Nadal. Personalmente urgió este trabajo. Anota en su diario cuando no se pudo realizar la compulsación proyectada, como en Alcalá, y da las órdenes convenientes, cuando es preciso, como en Zaragoza, donde mandó que «haya un libro común de Ejercicios bien sacado» (13).

A pesar de estas diligencias, no se pudieron evitar nuevas variantes y aun errores. Hemos oído quejarse de ello a Congregaciones provinciales de 1584 y 1595, muy posteriores a la visita de Nadal (14).

2.—Edición de Viena procurada por el Padre General.

Las dificultades que ofrecían las trascripciones manuscritas, junto con la imposibilidad de conseguir la impresión del texto original, hacía que cada vez fuera más deseada, aun en España, la traducción latina impresa. Pero no era fácil conseguir estos ejemplares, pues se repartían

(11) Véase la exposición de los hechos en *Exerc.*, 158-160.

(12) Describe el hecho el mismo Nadal con gran lujo de detalles en carta a San Francisco de Borja de 24 de marzo de 1567. MHSI.: *Epp. Nadal*, 3, 423-424.

(13) *Inst. 209*, 317r. En Alcalá, *Inst. 220*, 290r. MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 626. Laínez, en 1558, recomendó una diligencia parecida, que no sabemos si se llevó a efecto. *Hisp. 90*, 96r.

(14) En los Ejercicios dados a la Inquisición en Sevilla había las siguientes variantes: El n. 184 estaba redactado de la siguiente manera: «Que el amor que me incita a elegir venga de arriba, de manera que el que hace la elección, primero sienta que aquel amor sea por su criador». La idea, como se ve, queda la misma. En una de las notas a la Pasión, parece que en el n. 206, se había añadido la siguiente frase: ¿«Cómo seré miembro de tal cabeza, habiendo tanta disimilitud?». Cfr. MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 522.

con gran parsimonia y con toda clase de garantías. Los pedían como si se tratase de alcanzar un gran favor, multiplicando razones y explicando los motivos de sus deseos.

El P. Helmi, por ejemplo, escribe el 15 de mayo de 1557 al P. Laínez desde Venecia:

«Si a V. R. agradase, recibiríamos gusto en que nos mandase por vía de Bolonia un libro de Ejercicios. El que usaba hasta ahora, se lo dejé al P. Mto. Alberto Ferrarense que se lo llevó consigo a Ferrara y no podemos darlos a los Hermanos que han venido de Roma, y que tendrían devoción en hacerlos, aunque transcribí yo los de la primera semana» (15).

Este testimonio nos revela, a la vez, las dificultades con que tropezaban. Tenían que andar prestándose mutuamente las copias aun Padres dedicados ya plenamente al apostolado, y trascribir, al menos en parte, libros ya impresos.

La solución radical era hacer una nueva edición. Se llevaba bastante tiempo pensando en ello. En 1563 se vieron forzados a ultimar los preparativos, porque se habían casi agotado las reservas (16), y continuaban las peticiones en gran número (17).

La provincia de Castilla, ya en 1558, había pedido que se hiciese una nueva edición «y se enviasen tres o cuatro volúmenes por casa» (18).

Decidieron este año de 1563, editar el libro en Viena (19). Poseía el Colegio en esta ciudad, gracias al interés que había puesto el P. Vitoria en el asunto, una imprenta doméstica, en la que se habían ya estampado diversas obras de interés para toda la Compañía, como en 1560 el Directorio de confesores del P. Polanco y, en 1571, el Sumario de las Constituciones. Se llegaron a imprimir las explicaciones de Dialéctica dadas en el Colegio romano por el P. Toledo, a pesar de poseer este centro imprenta propia (20). Este último dato parece indicar o que en Roma estaban sobrecargados de trabajo, o que la de Viena era más perfecta.

La edición se preparó y proyectó en la Curia generalicia. Se quiso imprimir en una imprenta doméstica. El P. Nadal andaba por aquellos

---

(15) MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 222. Cfr. *Ibid.*, 230.

(16) El 18 de marzo quedaban «pocas copias», *Epp. Nadal*, 2, 238 y el 25 de mayo «estaban casi acabadas las reservas que había». *Epp. Nadal*, 2, 292.

(17) Expresamente lo dice Polanco, MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 304. Conservamos peticiones de este mismo año hechas desde Alemania y Córdoba. MHSI.: *Lainii Mon.*, 7, 105, 171.

(18) *Hisp. 90*, 96r.

(19) MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 238.

(20) Sobre la imprenta jesuítica de Viena, cfr. M. GROLIG: *Die Buchdruckerei des Jesuitenkollegiums in Wien* (1559-1565). Viena, 1909. Sobre la del Colegio romano, G. CASTELLANI: *La tipografia del Collegio romano*. AHSI, 2 (1933), 11-16. Tenía la Compañía entonces otras dos imprentas: una en Mesina y otra en Goa. Cfr. C. GÓMEZ RODELES: *Imprenta de los antiguos jesuítas en Europa, América y Filipinas*. «Razón y Fe», 25 (1909), 63-69; 474-482; 26 (1910), 349-357; 27 (1910), 205-211 y también C. GÓMEZ RODELES: «Razón y Fe», 29 (1911), 219-227; 340-349; 31 (1911), 69-83; 32 (1911), 69-85; 346-352.

meses visitando las regiones del centro de Europa. A él se le confió el encargo de estudiar las posibilidades del caso (21).

La nueva edición tenía que ser idéntica a las anteriores. En caso de que no se pudiera hacer en Viena, se «haría en otra parte». Es decir: urgía poseer cuanto antes ejemplares disponibles para los muchos directores que los estaban pidiendo. Con la nueva impresión se pretendía tan sólo remediar, por el momento, la imperiosa necesidad que los acuciaba. A la vez, se reconocía la necesidad de introducir algunos cambios, sin duda en algunos puntos de la traducción, para conformarla más con el original. Pero esas cosas que se podrían «enmendar», se podrán hacer en Roma cuando se vuelva a imprimir «con más diligencia» (22).

No sabemos en concreto las diligencias que hizo Nadal, pero el hecho es que el libro se imprimió con relativa rapidez. En marzo, daba el Padre General las primeras órdenes en Trento. El 12 de octubre se acababan de imprimir los 1.500 ejemplares de que se componía la edición. El coste fué de 35 ducados, 13 más que la primera, hecha en Roma, y eso que en el cálculo de los gastos no se incluyó la manutención de los Hermanos coadjutores que trabajaron en la impresión. El pago corrió a cargo de toda la Compañía. Cada Provincial sufragó la parte correspondiente (23).

Los ejemplares se repartieron «por partes proporcionales entre las provincias de la Compañía». Se habían escrito antes sendas circulares a los Provinciales pidiendo que avisaran el número que deseaban (24).

Las dificultades comenzaron cuando se trató de llevar a cabo el plan de trasportarlos a Venecia, para que de allí se hiciese la distribución. Todavía tres años más tarde, en febrero de 1567, estaban los ejemplares en Viena esperando una ocasión propicia para ser trasladados a su punto de destino. La muerte del P. Laínez, sucedida en enero de 1565, debió de ser una de las causas de la rémora (25).

---

(21) «V. R. mire en ello y avise de lo que le pareciere». MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 238. Cfr. *Ibid.*, 292.

(22) MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 304. Todavía en otra escrita pocos días más tarde, el 29 de junio de 1563, se vuelve a insistir en que se impriman «sin añadir otras anotaciones a las de N. P. Ignacio. Mientras tanto podrá V. R. hacer las anotaciones que le pareciese, y después se reeditarán de nuevo». MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 319.

(23) Datos en MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 404, 462, 641. Fotografías del frontis de esta edición y del Colegio en DUHR: *Geschichte*, 1, 583-585.

(24) MHSI.: *Epp. Nadal*, 2, 404, 420, 641-642. El P. Mirón pidió «un ciento de los Ejercicios». Y añade: «no pido más, porque estos cien volúmenes [sic] con otra suma de los que acá se imprimieron los años pasados [en 1553] parece que bastará para esta y las dichas dos provincias [India y Brasil]». *Lus.*, 61, 177r.

(25) MHSI.: *S. F. Borgia*, 4, 595. Duhr, con todo, hablando de los libros impresos en Viena, dice: *Ein zweiter Druck der Exercizien im Jahre 1567?*. DUHR, 1, 584, n. 3. No se ve bien si la interrogación se refiere al año o al hecho mismo de la impresión. Nos parece que no hay fundamento sólido ninguno para suponer la existencia de esta edición. No ha quedado vestigio de gestión alguna en orden a reimprimir los *Ejercicios* en la correspondencia de la época, muy abundante. Parece, además, imposible que, en tan breve lapso de tiempo, que coincide precisamente con una

San Francisco de Borja no comenzó a interesarse en este asunto hasta año y medio después de su elección, tal vez por haberse acabado entonces completamente el depósito que quedaba en Roma de la edición anterior. Escribió al Provincial de Austria, P. Lorenzo Maggio, preguntándole qué se había hecho con los ejemplares impresos. Al mes le respondía el Padre Provincial que estaban preparados para remitirlos a Italia «pero apenas se encuentra nadie que los quiera llevar. Esperamos, con todo, encontrar pronto facilidad para hacerlo» (26).

Por desgracia, se había ilusionado el P. Maggio. Un mes más tarde volvía a escribir a Roma, esta vez en términos menos esperanzadores:

«Apenas se puede creer lo difícil que resulta mandar los Ejercicios a Italia por estar muy limitado el comercio y no tener nosotros enlace ninguno con los que llevan la mercancía. Con todo, se nos ha prometido conducirlos y no se omitirá diligencia ninguna para llevarlo a cabo» (27).

Todavía debió de tardar varios meses el Padre Provincial en poder expedir la mercancía. Sólo a principios del año siguiente llegó a Venecia. San Francisco de Borja, al oír que, efectivamente, estaba ya en el punto convenido el suspirado libro, volvió a hacer lo que cuatro años antes había hecho su predecesor: redactar circulares preguntando el número de ejemplares que se deseaba en cada provincia. Añadía en ellas que «el precio de cada ejemplar sería moderado, porque no se pretendía más que cubrir los gastos de la impresión y las espesas del trasporte hasta Venecia. Creo que vendrá a costar así como un *groso*», ahora diríamos como una peseta (28).

3.—Ediciones hechas por los Padres Provinciales.

Estas dificultades de trasporte, unidas al coste del envío, aconsejaron cambiar de sistema. En vez de hacer una edición para toda la Compañía, se dispuso hacer varias en las diversas naciones o provincias. Así—como se expresaba la Congregación provincial de Milán en 1587 al pedir auto-

---

de las más fuertes crisis que experimentó la práctica, se hubiera podido agotar una edición de 1.500 ejemplares, de uso privado, cuya distribución se hacía con parsimonia. GROLIG en *Die Buchdruckerei*, trae la lista de los libros publicados en la imprenta jesuítica de Viena y no habla de esta supuesta edición.

(26) Borja al P. Maggio, *Germ. 106*, 220v, 27 febrero de 1567, *Germ. 148*, 39r.

(27) Viena, 1 de abril de 1567, *Germ. 148*, 61r.

(28) MHSI.: *S. F. Borgia*, 4, 595. Es muy difícil precisar el coste de los ejemplares por la ambigüedad del término *grosso*. Esta moneda equivalía primitivamente a 12 *denari* y era sinónimo de *soldo*, diríamos a 10 céntimos del valor de la moneda más en uso. Eran piezas de 10 gramos. Pero después fué aplicándose a monedas de valor superior, incluso a la principal, de la que antes sólo representaba la décima parte. Creemos que aquí se refiere al *grosso papale* mandado acuñar por Clemente VII en Macerata, en 1529, que vendría a corresponder a la lira moderna. Cfr. E. MARTINORI: *La Moneta*. Roma, 1915; 196, 202.

rización para una impresión de este tipo—«resultaba todo más cómodo y más barato». En España se adujo otra razón distinta. Se pensaba que la abundancia de ejemplares favorecería el retorno a la antigua manera de orar conforme a los Ejercicios, ya que la falta de ejemplares de Ejercicios consideraba el Padre Provincial, Juan Suárez, como una de las causas principales de que se hubieran infiltrado modos de orar ajenos a la tradición (29).

En conformidad con esta nueva táctica, en adelante se fueron distribuyendo las ediciones por provincias. En los siguientes veinte años se llegaron a hacer nueve. Dos en Roma, en 1576 y 1596, pero no como antes para toda la Compañía, sino para los jesuítas de Italia y los que se dirigían directamente, por razones especiales, al Padre General (30). Las demás, repartidas en diversas naciones con muy pequeña diferencia de años entre sí. Generalmente, se imprimían en la ciudad donde residía el Padre Provincial, y casi siempre, cuando ejercía este cargo algún gran promotor de la práctica ignaciana.

La primera edición de esta serie se imprimió en *Burgos en 1574*, gracias a la diligencia del P. Juan Suárez (31). En *Dilinga* se hizo otra en *1582*, bajo el provincialato del P. Hofeo. Conservamos de este Padre un magnífico Directorio compuesto, precisamente, durante este período de su gobierno. La impresión del texto de San Ignacio formaba parte de su plan total de intensificar el uso de los Ejercicios. Al año siguiente otra edición, y en una ciudad relativamente cercana, casi en las avanzadas del jesuitismo en Europa, en *Vilna*, fruto del entusiasmo inyectado por otro de los grandes promotores del sistema ignaciano, y del que también conservamos interesantes notas sobre el método que se seguía en la práctica en aquellas regiones, el italiano *Juan Pablo Campana*.

A los tres años una nueva edición en *Douai*, y un año más tarde, en 1587, en *Sevilla*, durante el provincialato de uno de los hombres a quien más deben los Ejercicios: el P. Gil González Dávila. Todavía en el decenio de 1590 a 1600, se hicieron hasta cinco ediciones. En 1593 una en *Toulouse;* en 1596 dos: una en *Roma* y otra en el lejano *Japón*, donde el P. Valignano había provocado un intenso movimiento y donde ya en 1587, se quejaban de la falta que sentían «de libros espirituales y de Ejercicios» (32).

---

(29) *Congr. 43*, 72r y *Hisp. 120*, 273v.

(30) El P. Carlos Reggio, Provincial de Nápoles, pedía ejemplares en 1580. *Archiv. del Gesù*, 101, 1 Doc. 18, 1r. Aquaviva envió un ejemplar al jesuíta bracmán Pedro Luis. Acusa recibo del libro en carta de Goa de 2 de enero de 1589. *Goa 13*, f. 422r.

(31) Con todo, el P. Gil González aseguró en unas instrucciones que dió en 1569 en Aragón, que «están estampados los Ejercicios espirituales en Venecia», *Hisp. 90*, 156v. En ninguna parte ha quedado rastro de esta edición. Sospecho que se trata de un error, tal vez del escritor que recogió lo que decía en las instrucciones, y que se refiere a la edición de Viena, depositada entonces en Venecia.

(32) Frois a Aquaviva, 1 enero 1587. *Jap. 10*, 223. Cfr. J. SCHÜTTE: *Ignatianische Exerzitien*, 375-390. Descripción detallada de todas las ediciones en *Exer.*, 709-712.

Hasta la edición romana de 1596, no se produjo ninguna modificación en el texto. En ésta se introdujeron por fin las 27 variantes de que hablamos antes, con objeto de que la traducción se conformara más con el original (33).

La edición de *Valencia* cierra el siglo en el mismo límite de 1599, y la de *Maguncia* abre las numerosas del siglo siguiente. En total, 14 ediciones en medio siglo, con un promedio de una edición cada tres años.

4.—Reserva en la difusión de los ejemplares.

Estas ediciones eran de carácter privado. La distribución la regulaba el Padre Provincial. «Se han impreso—dice un Directorio anónimo—para que lo usen los Nuestros que deben darlos, no para que se entreguen ya impresos a los demás... Tal vez se podrían dar a algún varón muy versado en la oración y amante de la perfección, sobre todo si es amigo, explicándole la razón de ser de ellos» (34).

Prevaleció el criterio de que no se trataba de un libro de lectura, sino de un manual para directores. La distribución de los ejemplares estuvo en función de este carácter particular que se asignó a la obra. Con todo, no hubo un criterio fijo en la manera de interpretar esta regla.

La costumbre más general era dar un ejemplar a cada uno de los Padres. El P. Mercuriano juzga esto sumamente conveniente: *Omnino expedire videtur* (35). Mirón, de autoridad excepcional en lo que se refiere a costumbres primitivas, escribe que «los Nuestros deben de tener el libro de Ejercicios, después de haberlos practicado, para que se familiaricen con él todo lo posible y puedan en su vida emplear el modo de orar conforme a nuestro Instituto» (36).

Mirón parece suponer que también se daba a los escolares. Nadal, en cambio, en sus visitas, ordenó que tuvieran todos, no los Ejercicios

---

(33) En dicha edición de 1596 se puso al fin, en las pp. 241-254, la lista de todas las variantes *ut facilius reperiri a quolibet possent.* Véase algún ejemplo. Copiamos de la p. 242: *In Fundamento pag. 37, ubi dicitur (Prout libertati arbitrii nostri subiectae sunt, et non prohibitae)* clarius ex autographo dicatur *prout libertati arbitrii nostri permissum est, et non prohibitum.*

Pag. eadem, circa finem fundamenti ubi habetur, *sed consentaneum est ex omnibus ea demum, quae ad finem ducunt, eligere, ac desiderare,* dicatur. *Sed consentaneum est ex omnibus ea demum, quae ad finem, cuius gratia conditi sumus, nos ducunt, eligere, ac desiderare.* En la correspondencia de entonces sólo se conservan datos sobre la edición de Burgos y eso no tanto por la edición, cuanto por la cuestión de los modos de orar. *Hisp. 120,* 273v. *Cast. 1,* 12r, 22v. Se ve que no intervenía el Padre General en los trámites.

(34) Directorio Bl, *Exerc.,* 884.

(35) A un visitador francés entre 1577-1580, *Inst. 186c,* p. 653.

(36) Directorio de Mirón. *Exerc.,* 881, n. 150.

enteros, sino sólo «las reglas de la primera y segunda semana y las últimas de todas», es decir, las reglas para sentir con la Iglesia (37).

Si al menos en algunos sectores se restringía el uso para los escolares, se comprende que se pusieran muchas más cortapisas para darlo a los seglares. Condición indispensable para esta concesión era el que hubieran practicado los Ejercicios, pero no bastaba. Hacía falta algún otro motivo de utilidad especial, calidad de la persona o algún título semejante. Mirón se muestra sumamente severo en este punto:

«A los externos que los han hecho, no se les debe conceder el libro para que no lo divulguen, además de que no les es necesario, ya que existen muchos libros similares que pueden utilizar. Ni siquiera hay que dejarles los escritos que se les entregan en tiempo de Ejercicios [es decir, los resúmenes de las meditaciones], sino que hay que procurar que los restituyan al instructor» (38).

El mismo Mirón, en la recopilación de costumbres hecha al fin de su vida, da la razón de esta reserva e ilumina la práctica que se seguía. Téngase en cuenta para explicarse la algo mayor amplitud, que propiamente no habla de entregar el libro, sino de dejarlo para leer. Dice así:

«Los Nuestros ocultan con cuidado las *Constituciones* y los *Ejercicios*, no concediéndolos a los que quieren leerlos con intención de opugnarlos o despreciarlos, pero a los que se muestran benévolos y sencillos los dejan. Ni parece que se deba observar conducta ajena con alguno de los mejores libros.

Porque sabiendo los Nuestros que aquellos libros han sido aprobados por la Sede Apostólica juzgan un deber negar su lectura a los que van a ser no lectores benévolos, sino censores y jueces, y este peligro en cuanto a los Ejercicios, existe en cierto sentido en casi todos los que no los han practicado» (39).

Sintetiza muy bien la línea que se observaba en la distribución con los seglares el P. Gil González:

«El libro de los *Ejercicios* se debe comunicar rarísimamente y sólo a los que han hecho exactísimamente todos los Ejercicios y se cree que pueden recabar del libro un mayor provecho» (40).

Estas severas normas sólo se pudieron observar los primeros decenios. A medida que pasaban los años, trascendía a más gente el conocimiento del sistema ignaciano, aumentaba su difusión. No se podía pedir la misma reserva que en los tiempos anteriores. Un Directorio anónimo de hacia 1580, indica que «acabados los Ejercicios [a religiosos] se les

(37) *Inst. 206*, 88r. MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 274. Cfr. *ibid.*, 562-563. En su Apología contra Pedroche parece suponer un uso más amplio, pero allí cuando dice que «damos el libro» se refiere al tiempo de los Ejercicios. Le interesaba entonces probar que se trataba de un libro sin misterios y le basta esto para defender su aserto. MHSI.: *Polanco Chron.*, 3, 532.

(38) *Exerc.*, 881, n. 150.

(39) *Inst. 186c*, 74v.

(40) *Exerc.*, 902.

podría comunicar el libro de los *Ejercicios*, para que lo lean y ejercitándose en él, aprovechen». Recuérdese que muchos de esos religiosos solían dar después, en sus conventos, los Ejercicios leves a algunos de sus hermanos en religión (41). Sin embargo, todavía en 1587 la Congregación provincial de Aquitania teme que, con la divulgación del libro, disminuya su aprecio. Pide, por ello, que aunque se dé a los Padres, no se exponga en público «para que no se desprecie su valor». Mucho menos conviene que se dé ocasión para que lo vean los de fuera.

El P. Aquaviva, en su respuesta, se muestra más amplio y supone ya una evolución respecto a los tiempos precedentes.

«Nada impide que todos los que puedan de los Nuestros tengan el mismo libro. Más bien que desprecio de su valor se ha de esperar un conocimiento más provechoso de su contenido. En cuanto a comunicar con seglares se observe la regla» (42).

La misma o, si cabe, mayor amplitud de criterio muestra el Provincial de Castilla, P. Juan Suárez. Después de haber ultimado la impresión burgalesa de 1574, mandó la siguiente circular a los rectores de las diversas Casas de la provincia:

«Sepa V. R. de cada Padre y Hermano de su Colegio si tienen los *Ejercicios* de N. P. impresos en Burgos, y si alguno no los tuviese, avíseme de quién y cuántos son los que no los tienen, porque deseo que todos los tengan y al que no los tuviese enviárselos por mano de V. R. para que procure que [los que] los desean y pidan reciban y usen como conviene, digo que deseo que tengan estos Ejercicios latinos, todos los que saben latín» (43).

Todavía en 1604 se prohibía que se diese el libro indistintamente a los novicios. Bastaba que se les comunicara los extractos que pareciesen convenientes para su adelantamiento espiritual, es decir, se aplicaba la misma norma que hemos visto daba Nadal para los escolares (44).

En medio de estas oscilaciones, permanecen fijos los dos límites extremos. Por un lado, no se podía dar a los que no se habían «ejercitado en ellos» (45). Por otro lado, los directores tenían que hacerse con él. A los demás, jesuítas en formación u ocupados en otros ministerios o, en general, ejercitantes, sólo se les concedía cuando podían sacar algún provecho de su lectura. El diverso modo de apreciar la realidad y proporción de este provecho ocasionó los diversos modos de pensar que acabamos de ver.

---

(41) *Exerc.*, 889.
(42) *Congr. 43*, 187v, 191v.
(43) Copia de la circular de 21 de julio de 1575 en URIARTE-LECINA: *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España*, v. 2.°, n. 3.556.
(44) Respuesta del P. Aquaviva de 10 de diciembre de 1604. *Inst. 57*, 26v.
(45) MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 332.

5.—Extractos y glosas de los Ejercicios.

Esta reserva en la difusión del texto íntegro, dió origen a compendios en los que se iba trascribiendo lo que parecía podía aprovechar al ejercitante: anotaciones destinadas para ellos, esquemas de algunas meditaciones, diversas reglas. Servían primero para los días de retiro y, después, como recuerdo y despertador de los propósitos concebidos en ellos.

Acabamos de oír a Mirón que no había que dejar llevar estos extractos, pero en este punto no prevaleció su punto de vista. Se generalizó más bien el uso de que los ejercitantes, acabado el retiro, los llevaran consigo.

En los cuadernos privados de los escolares del Colegio romano aparecen, de vez en cuando, recopilaciones de partes sueltas del texto ignaciano. Suelen reducirse, generalmente, a las adiciones, a algunas de las anotaciones y reglas y al esquema de las partes más largas de las meditaciones (46).

Los mismos Padres Generales propusieron la compilación de estos extractos. El P. Aquaviva indicó, en 1587, a la provincia de Aquitania, que bastaba que copiasen las partes principales de los Ejercicios. Aun en 1596 negó el permiso de imprimir el texto castellano, porque «bastaban las hojas comunes que se dan a todos». Lo demás interesaba sólo al director (47).

Polanco redactó un «Sumario de los Ejercicios que hay que dejar en escrito aunque se debe declararlos de palabra más extensamente», que alcanzó gran difusión. Entresacó del texto lo que parecía apto para el ejercitante, eliminando los pasajes que interesaban exclusivamente al director. De esta manera abrió un nuevo cauce a la literatura espiritual, iniciando los libros del ejercitante, que tanta difusión alcanzaron en el siglo XVII, impresos, a veces, en hojas sueltas; otras, formando un libro, ilustrado en ocasiones con grabados apropiados (48).

Estas compilaciones fueron la semilla de los comentarios y explanaciones de Ejercicios que iban bien pronto a alcanzar gran difusión. Porque muchos no se contentaron con resumir o extractar a San Ignacio.

---

(46) Algunos de estos extractos en *Opp. NN. 39*; *Inst. 110*, ff. 168r-176v; *Archiv. Univ. Greg., n. 1.448, ibid.*, F. C., n. 105, ff. 2-36 (pero esta copia es de fines del siglo siguiente).

(47) La respuesta a Aquitania de 1587 en *Congr. 43*, 191r. La respuesta de 1596 a la provincia de Perú en *Congr. 46*, 427v-428r.

(48) En el primer volumen de nuestra *Historia de los Ejercicios*, pp. 255-258, hablamos de esta explanación de Polanco y copiamos algunas páginas de muestra. Estas compilaciones son muy distintas de las que hacían los ejercitantes para su uso privado como las de Verronio, Helyar, etc., que tienen una función muy diversa. Las hojas sueltas se publicaron ya en 1609 en Roma.

Comenzaron a introducir notas personales que aclaraban el pensamiento del santo autor y ayudaban a profundizar más en él (49).

Al principio se levantó una fuerte oposición contra estas añadiduras que muchos consideraban como profanaciones del texto ignaciano. Justificó la alarma el hecho de que, no pocas veces, lo único que hacían estos postiladores, era falsificar y viciar el sentido genuino. Eran años de confusión y crisis y toda vigilancia era poca.

En la Congregación provincial de Portugal de 1587, se adoptó una postura más rígida. Ni siquiera pareció oportuno a la mayoría la conveniencia de una instrucción separada en que se explicaran algunos puntos de los Ejercicios. Creían que bastaba «la instrucción que insertó en los mismos Ejercicios el Padre Ignacio, de santa memoria». En consecuencia «toda la Congregación juzgó que debía pedir al Padre General... que se conservara puro y libre por completo de toda otra adición o anotación». Más aún: se pidió al Padre General que «extirpase de otras provincias estos avisos en que se decía que los había y andaban en manos de los Nuestros» (50).

Debía de haber en no pocas copias interpolaciones y aclaraciones que desdecían mucho. El P. Juan Suárez se quejaba de muchas de éstas que—añade—«corrían con adiciones y devociones que no son de nuestro Padre Ignacio y no pueden parecer en su nombre ni de la Compañía sin inconveniente. Ya me ha acaecido pedir escritos... de cosas espirituales en vulgar y haberles de dar estos librillos que tienen así escritos y hallarme en vergüenza y dificultad de dar razón de ellos» (51).

Con este sistema no se sabía lo que era de San Ignacio y lo que se había añadido como explicación. Todo aparecía de la misma manera. Es natural que se levantasen tantos contra estas desdichadas interpolaciones. Poco a poco se llegó a la solución obvia. Dejar el libro intacto y publicar aparte las explicaciones y comentarios que se desearan. De este modo, por un lado, no se adulteraba el texto primitivo, y, por otro, se iluminaban los puntos que podían parecer más oscuros o demasiado concisos.

El P. Aquaviva llegó hasta a prohibir que se intercalasen en el texto, como era casi común, las meditaciones de la muerte y juicio que, según el mismo santo, se pueden dar. Se pueden añadir aparte «pero de tal modo que se indique no ser de San Ignacio», ya que «en el mismo libro no se debe añadir nada» (52).

---

(49) Así, por ejemplo, en el códice del *Archivo de la Univ. Gregor. F. C. 1.037* se copian los misterios de la vida de Cristo, pero *distesamente a modo di composito esercitio*, ff. 197-260. En el códice de la misma Universidad y serie *F. C. n. 1.055* se explanan las meditaciones del infierno y juicio en la copia de los Ejercicios.

(50) *Congr. 43*, 420r; cfr. *Inst. 22*, 63v y *Lus. 70*, 171v, carta de uno de los Padres que muestra su disconformidad con lo allí acordado.

(51) Carta de Ávila, 30 de diciembre de 1574. *Hisp. 122*, 298r. La Congregación provincial de Toledo decía que «se imprimen muchas mentiras en los de a mano». *Hisp. 90*, 22r.

(52) *Congr. 43*, 191r. La provincia de Aquitania había pedido expresamente que se incluyeran estas meditaciones. *Congr. 43*, 191r. A Portugal respondió en términos parecidos, *Congr. 43*, 432r, y a Milán, *Congr. 43*, 72r.

Órdenes semejantes repitió el P. Aquaviva a varias provincias. Con ello se atajó pronto el mal. Solamente en el Perú, sin duda por el retraso con que repercutían en América las disposiciones europeas, se siguen quejando de «que se ha visto alguna variedad que se ha mezclado en los Ejercicios en romance, añadiendo algunas cosas y quitando otras». Piden, por ello, que «se estampen en lengua española sin quitar ni añadir nada a lo que la santa memoria de nuestro Padre Ignacio escribió» (53).

6.—Explanaciones de índole práctica para ejercitantes.

Las notas explicativas y apostillas fueron, gracias a las medidas del P. Aquaviva, desglosándose cada vez más del mismo texto. Nació así un nuevo género literario en el campo de los Ejercicios. *Las explanaciones o comentarios*. Paulatinamente fueron tomando más extensión. Lo que nació como simple nota explicativa, acabó por independizarse del texto y formar un conjunto homogéneo. Se quería facilitar el trabajo del ejercitante, sugiriéndole consideraciones que le ayudasen en la inteligencia del texto y en la práctica de la meditación.

Las más antiguas explanaciones son las copias manuscritas sacadas por los mismos ejercitantes. No nos referimos a las notas privadas tomadas después de las explicaciones en que muchas veces sintetizaban para su uso personal las meditaciones oídas al director, como por ejemplo, los interesantes apuntes de Verronio (54), sino más bien esquemas de meditaciones que les hacía copiar el mismo director. Los conservaban para volver durante el año, o en otros Ejercicios, a ayudarse espiritualmente con su lectura y consideración. Mencionemos, entre las de este tipo, las del P. Doménech, copiadas por el P. de Fabi, que ya hemos estudiado a otro respecto, y las trascritas por San Estanislao de Kostka (55).

Recordemos todavía entre las de este género, por la personalidad de su autor, otras, de las que también hemos hecho ya mención: las redactadas por el P. Claudio Aquaviva en 1571, cuando era ayudante del maestro de novicios en Roma. Las debió de componer—o recopilar, pues creemos que en estas meditaciones el P. Aquaviva es poco personal—con ocasión de tener que dirigir el retiro a algún novicio que se preparaba a hacer los votos del bienio. Incluye bastantes meditaciones que no se encuentran en el libro ignaciano, como las de las vir-

(53) *Congr. 47*, 502v y *Congr. 46*, 427v.
(54) Editados por el E. HERNÁNDEZ en *Manresa*, 5 (1929), 184-205.
(55) Las notas de San Estanislao de Kostka en *Biblioteca Vaticana. Fondo Barberini latino, n. 1.127*.

tudes y votos, y aun las del fondo común con los Ejercicios las desarrolla de modo muy personal. Basta ver las «del deber de servir a Dios», «seguir a Cristo capitán», «meditación del Rey y de sus insignias», «del seguir a este rey», del «enemigo contra el que combatimos».

Estos Ejercicios adquirieron gran difusión. Varios escolares utilizaron y extractaron algunas de sus meditaciones. Parece que los pidieron hasta del lejano Japón (56). El cuidado con que se conservaban y trasmitían, lo testifica una nota puesta al margen de una de las copias del archivo de la Universidad Gregoriana: «Copiados por el R. P. Gerónimo Tagliavia de su propia mano, cuando era novicio y regalados a mí cuando era rector del Colegio romano» (57).

Otros Ejercicios que tuvieron bastante aceptación, estaban compuestos por un personaje algo singular: *el P. Andrés Capilla.* Fué novicio en Gandía en 1554, donde se contagió algo del espíritu eremítico. En 1562 le nombraron maestro de novicios. Poco después, en 1569, después de dos intentos frustrados, entró en la cartuja de Portacoeli. En 1587 le nombraron Obispo de Urgel. El P. Capilla fué el primero que logró imprimir una explanación del sistema ignaciano de índole práctica. Se conoce una primera edición de 1575 hecha en Lérida con el título de «Manual de Ejercicios Espirituales». En pocos años se sucedieron al menos cuatro ediciones. San Francisco de Sales le cita con elogio. También utilizaron su obra los escolares jesuítas de Roma (58).

Debemos todavía incluir en esta lista de las más antiguas exposiciones de los Ejercicios, un libro conservado entre los apuntes de *San Carlos Borromeo,* que lleva el título de «Ejercicios de meditaciones sobre la creación, novísimos, la vida de Jesucristo y el conocimiento de Dios», escrito, probablemente, por alguno de los jesuítas que más íntimamente trataron al santo (59).

---

(56) Datos sobre la composición de estos Ejercicios en la vida inédita de Sacchini en *Vitae, 144.* Los Ejercicios se publicaron en 1908. *Esercizii spirituali del R. P. Cl. Acquaviva. Manoscritto inedito dato oggi alla luce dal P. Gaetano Filiti.* Acireale, 1908. Entre los apuntes de los escritos espirituales antiguos no faltan copias de estos Ejercicios. Así el P. Tomás Masucci copió un par de estos Ejercicios en *Archiv. Univ. Greg., 1.725,* f. 130r. En el mismo archivo, *F. C. n. 11,* otra copia folios 67-90. Trozos en *Opp. NN. 84* y *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. n. 1.295.* Otra copia con muchas variantes en *Archiv. Univ. Greg. F. C. 851* y en *ibid., F. C. n. 80,* unas meditaciones con manifiesta dependencia de las de Aquaviva. También se nota influjo en las meditaciones del P. Ceccotti. En Nola se usaban las meditaciones en 1578 y 1583. *Hist. Soc. 176,* 587, 585. Sobre las demandas del Japón, cfr. SCHÜTTE: *Ignatianischen Exerzitien,* p. 387.

(57) *Archiv. Univ. Greg. F. C. n. 1.139.* Ignoramos quién era el posesor del códice.

(58) *Manual de Ejercicios espirituales.* Lérida, 1576. Con todo el P. Capilla es más conocido por haber sido el primero que imprimió meditaciones para todos los días del año. Se cita ya este libro en *Archiv. Univ. Greg. 1.701,* f. 35v. Cfr. *Dictionn. de spirit.,* VII, 118.

(59) *Inter lucubrationes B. Caroli hoc repertum est.* Cfr. A. RATTI: CBE, 32 (1911), p. 28.

El último libro de esta índole que conocemos, es uno impreso en Brünn en 1596 para uso de los congregantes marianos de aquella ciudad (60).

Los demás escritos son amplificaciones sueltas de alguna que otra meditación, anónimas, desperdigadas en los apuntes de jóvenes jesuítas.

Bien pocos, como se ve, y no debieron de ser muchos más, y creemos que algunos de éstos fueron utilizados, principalmente, fuera de los días mismos de Ejercicios, durante la meditación ordinaria o en días de retiro especial. Como los Ejercicios eran entonces preferentemente individuales, se encargaban los directores de proporcionar personalmente la materia que necesitaban para cada una de las meditaciones, desarrollando los conceptos en la medida necesaria para que luego ellos pudieran meditar por su cuenta. Como complemento les dejaban, no pocas veces, hojas privadas compuestas por ellos. Ordinariamente les bastaban estas notas, sin que necesitaran echar mano de explanaciones más amplias.

Con todo, no faltaron sugerencias y deseos de realizar un comentario de más envergadura que ayudara durante la meditación a los ejercitantes. Expuso un plan interesante en este sentido, el P. portugués *Fernando Coutinho*, que se dedicó durante muchos años a dar Ejercicios a los escolares y que palpó la necesidad de un complemento de esta índole. Véase cómo razona su petición, en carta al P. Aquaviva de 29 de enero de 1585:

«Acuerdo a V. P. que ha mucho tiempo que deseamos un libro espiritual que responda y tenga proporción con el de los *Ejercicios*, del cual se ayuden los Hermanos así estudiantes como coadjutores. Tal sería el que tuviese, primero, un tratado de la creación de los ángeles y del hombre, y del fin para que fueron criados y de su caída. Segundo, un tratado de tres novísimos: muerte, juicio, infierno. Tercero, un tratado de la vida de Cristo. En la postrera parte del cual, hablando de la resurrección, trate algo del cuarto novísimo, que es la gloria. Últimamente un tratado de algunos Ejercicios y meditaciones para la santa Comunión y en fin del todo tratar un poco de la contemplación y mística teología, de que hablan San Dionisio y San Buenaventura, para que los Nuestros tengan también noticia y experiencia de los Ejercicios de la divina unión, en que tanto florecieron muchos de nuestros Padres, porque aunque en la Compañía no debamos pretender éxtasis, ni raptos, etc., con todo los ejercicios de la caridad y unión con Dios, en que esto acaesce, preciso que son muy propios de nuestra religión. Vea V. P. si será bueno encargar a alguno de la Compañía que nos haga un libro de esta suerte. El P. Provincial me ha dicho que como para mí podría ir notando y apuntando algunas cosas en este argumento. Si yo entendiera que a V. P., parece bien esto, trabajaré en esto todo lo posible a mi disposición» (61).

Este bello proyecto debió de quedar sin realizarse. Al menos no ha llegado hasta nosotros noticia de que se hubiera llevado a cabo.

---

(60) SOMMERVOGEL, 8, 1939, 3.
(61) *Lus. 69*, 33r.

7.—Explanaciones y comentarios para directores.

Hasta ahora nos hemos limitado a los escritos destinados a los ejercitantes. Pero simultáneamente fué desarrollándose otro género de obras, germen de una intensa literatura espiritual posterior, destinada más bien a los mismos directores. Algunos, de carácter teórico, en forma de instrucciones o Directorios, revistieron en estos primeros años un carácter más bien oficial. Su estudio, de gran importancia para la misma cristalización del método, lo reservamos para los capítulos en que analizamos la formación del Directorio definitivo.

Otros escritos, en cambio, eran de carácter más práctico. Contenían también explanaciones de meditaciones, como en los libros destinados a los ejercitantes de que acabamos de hablar, pero directamente se destinaban a los directores. Se quería suministrarles guiones de ideas, pensamientos y orientaciones para el esclarecimiento de los puntos que tenían que explanar durante el retiro. A la vez se entreveraban observaciones de índole teórica, normas que se estimaba podían servirles para la dirección. Es el género que ha prevalecido modernamente, y el de mayor utilidad en su conjunto, por contener los dos aspectos teórico y práctico, y poder servir también, bajo el control del director, para uso del mismo ejercitante.

La primera obra de esta índole fué la ya citada del *P. Blondo.* Aquí nos toca señalar solamente su significado dentro de esta perspectiva. Aunque en el desarrollo del plan se aparte demasiado de San Ignacio, como ya lo hemos notado, metiendo meditaciones muy ajenas al método ignaciano, en la introducción marca la pauta de modo certero y fiel, explicando el modo de adaptar los Ejercicios a los de la Compañía. Su mérito principal y la razón porque aquí hablamos de él, no es por el modo con que llevó a cabo su propósito, sino porque marcó una orientación nueva. Inició las explanaciones de meditaciones para directores. Luego otros perfeccionarán el sistema siguiendo la ruta iniciada por él (62).

De mucha más envergadura es el comentario o, si se prefiere, los comentarios del *P. Aquiles Gagliardi.* Fué una pena que el conocido jesuíta italiano, el gran teórico de los Ejercicios del siglo XVI, no ultimara su obra. Se conserva en diversos archivos, un sinnúmero de cuadernos y hojas sueltas con explanaciones de las meditaciones ignacianas y avisos prácticos para su dirección. Los *Commentarii seu Explanationes* publicados el siglo pasado, de índole más bien teórica, forman sólo una parte mínima de lo que escribió sobre el particular, lo cual, a su vez, encuadraba en una obra de dimensiones grandiosas

(62) Sobre este libro véase cap. 10, pp. 322-323.

sobre las tres vías, dentro de las cuales, veía Gagliardi todos los problemas de la vida espiritual (63).

Las hojas más ultimadas son las de la primera semana, en las que va glosando—en forma de explanación para meditar, no de comentario—las palabras mismas del texto de San Ignacio. Se usaron bastante sus notas en Roma y en el norte de Italia, aunque de modo parcial y fragmentario y en estadios muy diversos, pues Gagliardi, eternamente descontento de sí, iba siempre revisando y perfeccionando sus escritos escalonando tachaduras y correcciones sin fin.

Es fácil reconocer fragmentos de apuntes suyos en las notas espirituales de los estudiantes. Sobre todo, el P. Ceccotti los aprovechó largamente en su Directorio y en sus explicaciones, usadas año tras año por miles de jesuítas, entre otros por San Juan Berchmans (64). Ceccotti fué extrayendo, y aun en ocasiones trascribiendo literalmente, las normas más orientadoras y los párrafos más logrados. Unas veces copiando, otras añadiendo consideraciones dictadas por su larga experiencia de espiritual del Colegio romano durante casi medio siglo, consiguió una serie de notas prácticas y útiles. Dió a su escrito una orientación recta y netamente ignaciana. La irradiación de este comentario, y a través de él, del P. Gagliardi, fué muy extensa. Decenas y decenas de aquellos jóvenes iban todos los años esparciéndose por Europa y aun Asia, llevando consigo muchas veces las mismas copias (65).

Otro italiano, el P. Juan Pablo Campana, gran promotor de los Ejercicios, había escrito algunos años antes, muy lejos de su patria, otra guía para directores. En 1573, al fundarse el noviciado de Brünn, fué nombrado maestro de novicios. Fué después rector de Praga y otra vez maestro de novicios en Brünn, pero ahora, a este cargo, unió el de rector. En esta segunda época, es decir, hacia 1580, escribió

---

(63) La obra publicada, *Commentarii seu Explanationes in Exercitia spiritualia*. Brujas, 1882. También se publicó aparte, en Nápoles, 1851, otro escrito bajo el título *S. P. Ignatii de Loyola de Discretione spirituum regulae explanatae a P. Achille Gagliardi*. En las copias manuscritas suele llevar este comentario de Ejercicios otro título: *Instructio plena omnium quae ad exercitia Societatis spectant*. Por ejemplo así en *Inst. 91* y *Archiv. Prov. Toledo, n. 1.778*, 2. El mismo hizo además un *Compendium Instructionis* en *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. n. 1.439*, donde también se encuentran esbozadas algunas explanaciones de las meditaciones. En *Archiv. Univ. Greg. F. C. n. 209*, otras explanaciones bajo el título *Meditationi sopra gli essercizi spirituali*. Más meditaciones en la misma serie del mismo archivo, *nn. 1.480, 278, 960, 409, 869, 931*, y sobre todo *F. C. nn. 1.440, 1.441*. Sólo se conserva una parte de su libro *De doctrina interiori*, que probablemente no terminó. Trozos en *Opp. NN. 304. Archiv. Univ. Greg. F. C. 669, 1.440, 1.441*.

(64) La bibliografía y abundantes datos del P. Ceccotti, pueden verse en I. IPARRAGUIRRE: *Para la historia de la oración en el Colegio romano*, AHSI, 15 (1946), 107-122.

(65) *Vix ulla Provincia est in Societate universa in qua non sit aliquis, qui eius instructionibus et exemplis non sit usus, maximo bono suo*. Nota necrológica a raíz de la muerte del P. Ceccotti: *Rom. 185*, 215v. Sobre la obra del P. CECCOTTI, cfr. cap. 9, pp. 295-296.

los Ejercicios a que nos referimos. Llevan el siguiente título: *Modus et Ratio in Traditione Exercitiorum spiritualium.* En él va dando materia de meditación para el mes de Ejercicios junto con algunas instrucciones teóricas, interesantes y útiles (66).

Los demás escritos sobre Ejercicios de esta época, mucho más numerosos, son instrucciones teóricas o directorios, publicados en el conocido tomo de *Monumenta* de Ejercicios.

Ciertamente, son bien pocos estos escritos para tantos años, sobre todo si se tiene en cuenta que los libros de que podían disponer los directores para el desarrollo de los novísimos o de la vida de Jesucristo, eran mucho más escasos que en los siglos posteriores.

Esta escasez es una prueba más de la importancia secundaria que en el método individual tenía la amplificación misma de las meditaciones y de que no les parecían tan concisos los puntos del texto dejado por San Ignacio, cuando no andaban buscando ideas y consideraciones para amplificarlos.

Otra observación. Fueron italianos los que iniciaron las amplificaciones que venimos comentando. No sabemos que en ninguna otra nación en aquellos primeros decenios se hubiera compuesto alguna guía de esta índole. Es un reflejo de la tendencia a revestir de forma literaria y aun de cierta ampulosidad que se observaba en este momento literario en Italia y, sobre todo, en la elocuencia de la época. Por ello, necesitaban los directores italianos más subsidios para el desarrollo de las meditaciones. No podían aislarse del ambiente. En otras naciones, en cambio, principalmente en España y Alemania, iban más bien a la idea que a la forma; preferían la sencillez a largas amplificaciones. Concebían los Ejercicios como una conversación privada, sin artificio en la presentación externa.

8.—Ejercicios diluídos en tratados espirituales.

En España se dió un fenómeno muy importante que hizo que los escritos en torno a los Ejercicios recibieran una orientación netamente distinta. Las largas discusiones sobre la genuinidad de ciertos modos de orar que agitaron las provincias de Aragón y Toledo durante varios lustros, obligaron a fijarse más en el fondo de los Ejercicios que en su forma externa, a considerarlos no tanto como una práctica metódica para unos cuantos días determinados, sino como un manual de vida espiritual.

---

(66) Cfr. *Manresa*, 6 (1930), p. 65, donde se encuentran las referencias bibliográficas.

La espiritualidad de los Ejercicios impregnaba los problemas de oración que estaban en litigio. Si no penetraban en el fondo mismo del sistema ignaciano, no podían dilucidar la naturaleza de los diversos géneros de oración que les preocupaban.

Esta orientación iba a culminar algo más tarde en la espléndida obra del *P. Luis de la Palma:* «Camino espiritual de la manera que lo enseña el B. P. Ignacio en su libro de los Ejercicios». En varios de los Directorios del siglo XVI, aunque no con la perfección de este insigne maestro, existe ya la misma orientación. Aun en los Directorios teóricos escritos por autores que vivían en España en medio de esos problemas, como los de los PP. Gil González y Cordeses, se atiende más a este aspecto interno que a dar normas, de gran importancia por otra parte, para la misma práctica.

Los tratados espirituales que escriben aquellos autores sobre cualquier punto de la vida espiritual, rezuman este espíritu de los Ejercicios del que estaban plenamente penetrados. Su influjo se percibe, aun cuando escriben de materias ajenas a Ejercicios. De estas raíces, que llegaban a lo más hondo de los Padres espirituales, se desarrolló muy pronto una literatura espiritual que se debe considerar como los primeros balbuceos de la espiritualidad jesuítica. Esta serie de escritos no se pueden llamar comentarios del libro de San Ignacio. Siguen un proceso completamente distinto, pero están sostenidos por los principios de los Ejercicios que informan su sustancia y le dan su contextura interna.

El tratado en que se podían percibir de modo más claro las huellas de los Ejercicios, debió de ser, a juzgar por las ideas del autor y por algunas referencias externas, la obra del gran maestro espiritual *P. Juan de la Plaza:* «Tratado de las tres vías del camino espiritual conforme a nuestros Ejercicios» (67).

El *P. Luis de Guzmán* escribió también dos obras desconocidas para nosotros. Sabemos de la primera solamente lo que escribía el P. González Dávila al P. Aquaviva en 1593: «Ha hecho un libro espiritual muy apropiado para la dirección de la Compañía y de doctrina muy conforme a ella y a su vocación». La segunda trataba directamente sobre los Ejercicios. El libro, a juicio del P. Castro, estaba «lleno de erudición y doctrina» (68).

Francisco Arias va destilando la esencia ignaciana en casi todas las páginas de sus amplias obras, verdaderas enciclopedias espirituales. Tomemos, para tener un ejemplo concreto, el tratado quinto de su libro, «Aprovechamiento espiritual», impreso en Valencia en 1588. En el

---

(67) Según SOMMERVOGEL, 6, 886, se encuentra una copia en la Biblioteca de Guadalajara (México), *Ms.* n. 150, ff. 89-124. Otra copia existe en Oña, en el Archivo de la antigua provincia de Castilla. Cfr. *Manresa*, 16. (1944), 40-57. El P. Lamalle acaba de encontrar otra copia en el Archivo de Enghien.

(68) Sobre la primera obra, Carta del 24 de febrero de 1593. *Hisp. 135*, 95r; sobre el segundo libro, CASTRO, lib. 10, cap. 9, t. 2.°, 117v.

capítulo en que habla de los pródromos de la oración, se nota el influjo de las adiciones de San Ignacio, diluídas en un mar de consideraciones. El modo con que va enseñando a meditar el Rosario es una aplicación de los modos de orar, aunque mezclado con otros muchos elementos. En la tercera parte, que es un tratado de la oración, se nota el dominio de la doctrina ignaciana, de la consolación y desolación, de las reglas de discreción de espíritus, de los exámenes y, sobre todo, de los diversos géneros de meditación y contemplación enseñados en los Ejercicios. El P. Arias da, generalmente, la doctrina de San Ignacio, pero no presentándola como de San Ignacio, sino buscando en autores medievales de fama reconocida ideas similares que lo avalen y autoricen.

Otro de los libros más llenos de este espíritu es el tratado del *P. Alonso de la Cámara* (†1595) adornado del siguiente largo título: «Camino del deseoso en el cual se trata del modo práctico de las virtudes más necesarias para uno que desea ir a Dios y unirse con Él perfectamente y de los anejos a las virtudes y sus requisitos» (69).

El P. Cámara se propuso aplicar las cualidades del método de San Ignacio a la vida espiritual. Sobre todo, la eficiencia real y la orientación práctica (70).

Todavía se inspira más directamente en las meditaciones del libro ignaciano, la obra del *P. Pedro Sánchez*: «Libro del Reino de Dios y del camino por donde se alcanza», editada en Madrid en 1594. Se trata de una exposición de los tres grados de la vida espiritual, encuadrada en una síntesis teológica, inspirada en gran parte en la meditación ignaciana de las dos banderas (71).

También depende muy íntimamente del libro ignaciano el del *P. Antonio Torres* (†1595) titulado: «Manual del Cristiano. Donde es enseñado cómo debe ordenar su vida para con efecto salvarse, dedicado a todo el pueblo cristiano» (72).

El título está ya indicando que se trata de una manera de aplicar las verdades de los Ejercicios a la vida real. El desarrollo de la obra sigue el mismo plan. Baste copiar, como ejemplo, el título de los tres primeros capítulos: 1.° en que se trata en qué consiste el negocio de salvarse el hombre y de los medios para este fin; 2.° cómo debe ordenar el día; el 3.° cómo se deba haber en tomar estado.

Este género de literatura espiritual se inició en España, pero pronto se extendió a las demás naciones. Baste citar en Francia al *P. Richeome;* en Inglaterra al *P. Persons;* en Italia a los *PP. Julio Fazio* y *Jerónimo*

---

(69) Una copia en el *Archivo central S. I.* (sin numeración).

(70) Él mismo en carta al P. Aquaviva expone la intención práctica que tuvo al escribir su obra. *Hisp. 137,* 136-137.

(71) Es también el juicio del P. DE GUIBERT: *Le Généralat de Claude Aquaviva,* página 77.

(72) Copia en el Archivo de la provincia de Castilla antigua, actualmente en Oña.

Patti. Sus obras traspiran, en sus partes sustanciales, la medula ignaciana (73). Lo mismo debe decirse del *P. Bernardino Rossignoli*, aunque en sus obras predomina una inspiración marcadamente patrística y más aún de la obra monumental, aunque incompleta, del *P. Gagliardi* sobre las tres vías. De otro escrito del *P. Santiago Stella*, «El desprecio de las vanidades del mundo», ha dicho un autor que está «todo él lleno de la doctrina y jugo de los Ejercicios» (74).

Este espíritu se infiltró, sobre todo, en las numerosas series de meditaciones, la mayoría evangélicas, que se compusieron en los últimos decenios del siglo. Lo de menos es la dependencia que pueda haber en el desarrollo de tal o cual meditación o consideración particular. Lo principal es que fueron los Ejercicios los que hicieron posible el florecimiento de esta clase de obras que iban madurando al calor que dejaba en el alma el método de San Ignacio practicado con la debida perfección.

Los Ejercicios enseñaban a orar. Dejaban en el alma habituada a contemplar la vida de Jesucristo, un ansia de continuar saboreando los ejemplos y, sobre todo, la presencia del adorable Salvador.

Los directores se afanaban por satisfacer este anhelo, proyectando en sus libros lo que ellos mismos habían sentido en su meditación cotidiana. No es que vayamos a negar la existencia de libros de meditación antes de San Ignacio. Existían, sobre todo, en el ambiente influenciado por la Devotio moderna. Pero tenían una orientación muy distinta: se reducían, casi siempre, a grupos de siete consideraciones o Ejercicios, en los que predominaban temas más bien abstractos de verdades eternas.

En las nuevas meditaciones se consideraba la figura de Jesucristo de modo más sistemático y a la luz de los principios de los Ejercicios. Se iba injertando, en las ocupaciones diarias, lo que San Ignacio concentraba en unos días de retiro. Eran como la proyección de las meditaciones de Ejercicios sobre la vida real.

Las primeras meditaciones de esta índole que conocemos, son las de *San Francisco de Borja*, quien va encuadrando la vida de Jesucristo dentro del año litúrgico. No llegaron a editarse; sin embargo, fueron bastante usadas en diversas copias manuscritas más o menos completas. De éstas parece que dependen las del jesuíta-cartujo P. Capilla (75).

Casi contemporáneas a las meditaciones del santo duque de Gandía, son las del *P. Gaspar Loarte*, antiguo discípulo del Beato Ávila, quien,

---

(73) El P. RICHEOME: *L'Adieu de l'âme dévote laissant le corps*, 1590; PERSONS: *Book of resolution*, 1583; J. FAZIO: *De mortificatione nostrarum passionum pravorumque affectuum. Nunc primum ex ital. lingua in latinam translata.* Ingolstadt, 1598; En *Fond. Ges. Gesù, Cens. 654*, ff. 224-230, varias censuras hechas en 1593 de un libro de meditaciones; J. PIATTI: *De bono status religiosi*. Colonia, 1590.

(74) Juicio de E. GUILHERMY: *Ménologe*, Italia, 2, 639.

(75) Sobre los libros jesuíticos de meditaciones, cfr. DE GUIBERT: *Le Généralat d'Aquaviva*, pp. 89-90.

ya en 1570, publicó unas jugosas meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo. Un poco posteriores, pero de gran irradiación entre los escolares italianos, fueron las «Meditaciones devotísimas de la Pasión de Jesucristo distribuídas para cada día de la cuaresma» del *P. Antonio Valentino*, maestro de novicios durante 26 años en Novellara (76).

Siguieron en pocos años, las más conocidas de los *PP. Bartolomé Ricci, Lucas Pinelli, Juan Buseo* y, sobre todo, las del «devoto, prudente y paciente» *P. Vicente Bruno*—como le llama el místico P. Mancinelli—que llegaron a adquirir en esta época en Italia una difusión extraordinaria (77).

Bruno es el precursor del P. La Puente. Desarrolla, con gran abundancia de ideas y suaves afectos, la vida de Jesucristo y aun suministra materia para las fiestas de la Virgen y de los santos. El P. Pinelli, al contrario, multiplica, los folletos de meditaciones breves, acompañadas de imágenes sobre el Rosario, la vida de la Virgen, el Santísimo Sacramento, algunos misterios de la vida de Cristo, folletos reeditados, agrupados, adaptados y completados sin fin (78).

Citemos todavía las meditaciones del *P. Nadal*, el primer autor jesuíta que insertó en el libro cuadros correspondientes a las materias evangélicas para ayuda del trabajo de la imaginación (79). Aun en el lejano Méjico, el *P. Pedro Morales* publicó, en 1586, un «modo de rezar el santo Rosario» que se puede considerar como una meditación por uno de los modos de orar (80).

De este modo los Ejercicios penetraron en el alma de los escolares jesuítas y de las personas piadosas que se dirigían con los Padres de la Compañía. Los criterios ignacianos iban asentándose y tomando cuerpo. Se producía una asimilación interna ideológica y afectiva que aseguraba y completaba la labor realizada durante los días del retiro.

Será imposible precisar el alcance de estas obras, muchas de ellas de hechura mediocre y estilísticamente floja, pero de lo que no se puede dudar, es que fueron el modo providencial de que las verdades de los Ejercicios se fijaran para siempre en el alma de muchos ejercitantes.

---

(76) Publicadas en Brescia, 1600. Se conserva también la siguiente obra del mismo, *Scala meditatoria*, manuscrita en *Opp N.N. 29*, ff. 264-270. Los diversos escalones son *actus praeparatorii, actus processorii in memoria, intellectus, affectus, actus terminativi.*

(77) El juicio del P. Mancinelli en su Autobiografía, *Vitae, 43*, 91r. Edición muy conocida de las meditaciones del P. Bruno, fué la de Venecia, 1585-1588, en cuatro volúmenes, *Meditazioni sopra i principali misteri della vita, passione, e risurrezione di Cristo.*

(78) Cfr. DE GUIBERT: *Le Généralat d'Aquaviva*, 89, 90.

(79) *Annotationes et meditationes in Evangelia quae in Sacrosancto Missae Sacrificio toto anno leguntur, cum evangeliorum concordia historiae integritati sufficienti. Accessit et index historiam ipsam evangelicam in ordinem temporis vitae Christi distribuens.* Amberes, 1593. Cfr. M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 114-132.

(80) Ms. en *British Museum*, de Londres. *Ms. Sloane, 790*, f. 33.

CAPÍTULO XII

EL DIRECTOR

1.—Importancia y cualidades del director.

Los que habían tenido la dicha de formarse personalmente al contacto de San Ignacio, no se cansaban de repetir que el director es una pieza fundamental en el mecanismo del método de los Ejercicios.

El *P. Eduardo Pereyra*, quien había aprendido a darlos del P. Francisco Villanueva, insiste en que «es cosa muy importante de la Compañía que haya en ella quien sepa ejercitar este ministerio tan propio suyo» (1). *Daniel Bartoli*, uno de los autores que reflejan más certeramente el ambiente de la época, escribe en su vida de San Ignacio:

«Una cosa se tiene por cierto. Para dar los Ejercicios con fruto, influye notablemente la pericia del director, oficio que no lo puede practicar indistintamente cualquiera..... Los Ejercicios son una medicina para las almas enfermas, entre las que hay mucha diferencia. Una misma cura no puede ser de provecho para todos» (2).

Nadal, en sus visitas por media Europa, dejaba recomendado a los Superiores de las respectivas Casas, que fueran eligiendo de entre los súbditos los que, por las cualidades que apuntaban, ofrecieran garantías para dar los Ejercicios—táctica que también seguía en los otros ministerios o cargos—para que se les pudiera ir formando con tiempo, y «adviértase—añade en la instrucción que dejó en Lisboa—que es una de las principales partes que puede tener uno de la Com-

---

(1) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. 742*, f. 2r.

(2) BARTOLI: *Vita di S. Ignazio*, lib. I, n. 17, pp. 40, 41. Gil González atribuye la poca eficacia de algunos Ejercicios a la falta de destreza de los directores correspondientes. *Exerc.*, 904.

pañía, dar bien los Ejercicios espirituales» (3). Nadal, en esto, no hacía más que urgir el precepto de las Constituciones: «Cada uno sepa dar razón de los [Ejercicios] y ayudarse de esta arma, pues se ve que Dios Nuestro Señor le hace tan eficaz para su servicio» (4).

Los Visitadores y Superiores no se contentaban con recomendaciones. Movidos de un espíritu realista y práctico, detallaban las cualidades que debían poseer los directores y los medios más conducentes para llegar a conseguirlas. Hermosamente escribe el P. Cordeses:

«El que da los Ejercicios a otros, debería de tener la unción del Espíritu Santo, que es la enseñanza del Espíritu Santo en ellos para sí y para otros, y discreción de espíritus o uso de ellos, esto es: larga experiencia de meditar en ellos y de tratar ánimas» (5).

Bien claramente está aquí expresada la condición fundamental. El ejercitador es el *instrumento* del verdadero Director, Dios Nuestro Señor. No es otra la razón de por qué se exigía como base de la formación el que fueran «especialmente dados a la oración» y de por qué daban los Ejercicios los Padres más ejercitados en la oración y mortificación (6). Gil González explica muy bien el motivo de esta unión: «Debe darse del todo a cooperar a las divinas mociones y a la divina providencia, removiendo de sí, en cuanto esté de su parte, todo lo que sea impedimento para ello» (7).

El P. Ceccotti insiste, igualmente, en que no hay que basarse en las cualidades naturales, «sino en la gracia divina, a la que los subsidios humanos no pueden hacer otra cosa que servirla y preparar el camino». Exhorta al director «a trabajar con Dios», porque «en la oración y comunicación con el padre de las luces y auctor de todos los bienes, impetrará luz y fuerzas para conseguir el fin que se pretende» (8).

Polanco insta al director a que «ore diligentemente todo el tiempo de los Ejercicios, y se acuerde de su dirigido en sus sacrificios». Gagliardi aconseja que «sin angustia de ningún género, se deje todo él en Dios, porque la unción del Espíritu Santo compensará liberalmente lo que en él faltase..... Confíe en Dios y espere» (9).

La santidad debía de ir acompañada de una serie de cualidades naturales, que se pueden resumir en discreción espiritual, ciencia,

---

(3) *Inst. 208*, 459v. Puede verse la misma recomendación en MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 366, 382, 404, *Inst. 208*, f. 48v, e *Inst. 206*, 91r, 116v.

(4) *Constituciones*, P. IV, C. 8, n. 5 [408].

(5) *Exerc.*, 949. Cfr. Congregación provincial de Portugal de 1572 en *Congr. 42*, 92r.

(6) Frase del P. Nadal en *Inst. 206*, 91r. Cfr. MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 571.

(7) *Exerc.*, 907.

(8) Texto publicado en *Manresa*, 11 (1935), 260, 262.

(9) Polanco en *Exerc.*, 803; en donde se encuentran otras expresiones similares; GAGLIARDI en *Commentar. De requisitis ad Exercitia*, II, p. 43 y IV, p. 46. Lo mismo dice González Dávila en *Exerc.*, 907.

conocimiento de las almas, arte de adaptación, «prudencia espiritual», como se expresa Nadal, o «prudencia insigne», como prefiere Ceccotti (10).

Polanco, además del «talento, ciencia y discreción», exige otra cualidad de carácter muy distinto: que el ejercitador tenga afición a este misterio (11).

Acaba aquí el catálogo de cualidades que exigían del director. Podrá parecer bien insignificante y se echarán de menos en él otras, sobre todo de oratoria. No es que despreciasen, ni mucho menos, el arte de la palabra, y más el de la persuasión. Pero en aquellas conversaciones preferían a los hombres de Dios que expusieran con sencillez y verdad las meditaciones. Las demás las deseaban, las aplaudían cuando existían, pero no las exigían como fundamentales y necesarias, y ahora hablamos sólo de los requisitos básicos para el director. Bastará, como confirmación, trascribir la semblanza que hace de un director de entonces el historiador P. Rossignoli:

«La experiencia ha mostrado que aprovechan más las máximas de los Ejercicios que sencillamente salen de un corazón poco sabio, que las que salen de una lengua erudita..... Porque no vienen los ejercitantes a oír sermones discurridos y retóricos, sino las verdades claras..... que les obligue a estar meditando más que oyendo. Y así sabemos que, hombres señaladísimos en la teología escolástica y en la sagrada elocuencia, cuales fueron el admirable teólogo P. Antonio Pérez y el apostólico orador P. Claudio de Lingendes y otros semejantes, se hicieron algunas veces discípulos en los Ejercicios de personas menos doctas en la literatura, pero, a su parecer, más diestras en la bondad evangélica» (12).

2.—Preparación para el oficio de director

Oficio tan delicado exigía una preparación especial. Nadal les pide que se formen *accuratissime* y un Directorio antiguo «con toda diligencia para que, por su poca habilidad, no se impida tan grande fruto» (13).

¿En qué consistía esta preparación? El primer paso insustituíble y esencial en la carrera del director era el haber practicado los Ejercicios del modo más perfecto posible, «con gran exacción», dirigido «por personas muy prácticas y diestras» (14) por «los más ejercitados» (15).

---

(10) La frase de Nadal en *Inst. 206*, 91r (Cfr. MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 571), la de Ceccotti en *Manresa*, 11 (1935), 260, tomada de GAGLIARDI, *Comment.*, p. 42. *Inst. 186c*, p. 157.

(11) *Exerc.*, p. 803, n. 27.

(12) ROSSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2.°, cap. 4.°, pp. 195-196.

(13) MHSI: *Epp. Nadal*, 4, 571 y *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. 1.594*, fasc. 11.

(14) Frases del Directorio Bl en *Exerc.*, 892, y de Nadal en Coimbra, *Inst. 206*, folio 249v y del Directorio anónimo en *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. 1.594*, fasc. 11.

(15) Orden de San Francisco de Borja, *Congr. 41*, 173v. El P. Aquaviva repitió en 1584 la orden casi con las mismas palabras: «Sean de los más ejercitados». *Hisp. 90*, 78v.

No bastaba haberlos practicado una vez. Había que hacerlo «muchas veces». Tenía que seguir la reflexión «notando lo que le sucede» (16). En otras palabras. Se mandaba a los directores que siguieran el mismo camino que siguió el propio San Ignacio, quien fué «observando con divina luz este camino y anotando luego su experiencia» (17).

Esta reflexión debía hacerse también sobre el mismo libro, que se les debía hacer familiar, sin que tuviera secretos para ellos. Debían «notar diligentísimamente todo» y «tener la materia de los Ejercicios bien rumiada y familiar» (18).

No era tarea fácil. Lo señaló ya el P. Pereyra: «Los que comienzan a dar los [Ejercicios]..... claro está que no luego caerán en la trabazón que hay en la primera y segunda semana, en la consonancia y armonía que hay entre ellas que parece más divina que humana» (19).

Por esta razón no bastaba—anota el P. de Fabi—entender la letra y el sentido del texto. Se necesitaba un conocimiento más amplio de la materia, un continuar estudiando, volviendo una y más veces sobre las ideas claves, sintiendo y gustando su valor y fuerza internamente (20). Mientras no conozca la finalidad de cada una de las partes «andará vacilante en cada uno de los pasos, lleno de confusión». Sólo la percepción de la armazón interna le capacitará para manejar acertadamente las normas de la adaptación, que están en función de circunstancias sumamente favorables. El no acertar en punto tan vital—sigue comentando el P. de Fabi, a quien extractamos en este párrafo—puede producir consecuencias deplorables. Si el texto nos diera fórmulas apodícticas, matemáticas, que no tenían más que una aplicación posible, no sería necesaria esta íntima penetración de la medula ignaciana. Pero dada la capacidad de la adaptación del texto, sólo quien tenga una visión clara del conjunto y de sus esencias, podrá interpretar cada una de las particularidades en el sentido justo y exacto (21).

El P. Ceccotti compara el pequeño libro ignaciano a una mina de oro o de piedras preciosas, en la que todo tiene gran valor y deben aprovecharse hasta las últimas partículas.

Con el afán y solicitud de un buscador de este preciado metal, hay que ir escudriñando aun lo más menudo: la razón de cada pieza, el estilo simple y propio, cada una de las palabras. Aun los mismos títulos—sigue el P. Ceccotti—hay que considerarlos diligentemente, puesto que contienen lo más precioso y sustancial de la doctrina. También hay que considerar los ejemplos, comparaciones y demás artificios de que está lleno el manual.

---

(16) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. 1.594*, fasc. 11. Los dos testimonios en el mismo fascículo.

(17) Es juicio del P. Ceccotti, cfr. *Manresa*, 11 (1935), 260.

(18) Frases de Polanco, *Exerc.*, p. 814, n. 70. Cfr. *ibid.*, p. 824, n. 97 del Directorio Breve *Exerc.*, 972; Directorio Bl., *Exerc.*, 892; Ceccotti en *Manresa*, 11 (1935), 259. Gagliardi en *Comment.*, 38.

(19) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. 742*, f. 2r.

(20) *Exerc.*, 947.

(21) *Exerc.*, 940, 941.

Pero todo esto—según el mismo Padre—no pasa de ser polvillo de oro de la capa más externa. Lo más precioso, y también lo más difícil de extraer, es el contenido íntimo. Porque San Ignacio ha ido escondiendo entre los filones de sus anotaciones y meditaciones, normas de doctrina espiritual de subidos quilates, principios fecundos de vida interior. Y es necesaria una destreza nada vulgar para dar con estas minas preciosas, muchas veces medio soterradas en una frase incidental, en una anotación (22).

Este estudio reposado y concienzudo exigía tiempo y reposo. Los Superiores quisieron facilitar el aprendizaje organizando en varias ciudades *conferencias*, en que Padres eminentes fueran explanando la técnica e iluminaran el procedimiento ignaciano. El P. Gil González, en su visita de 1579 al Colegio de Alcalá, ordenó que «algunas veces se hagan conferencias sobre el modo de dar los Ejercicios con exacción por la dirección de las reglas de Nuestro Padre» (23).

En otras partes se hacía algo parecido. En la Casa profesa de Toledo tenía el P. Manuel López, los viernes, una conferencia de esta índole. Lo mismo se hacía en Salamanca (24). De las que dió en Viena en 1560 su rector, el P. Vitoria, estamos mejor informados. Comenzó el Padre rector explicando algunos documentos del libro, como las reglas de discreción de espíritus y de ordenarse en el comer. Después, explanó el primer modo de orar «con suma expectación y provecho espiritual de todos», según anota el cronista. Se pasó después al estudio de las reglas para sentir con la Iglesia.

No se reducía la sesión a una explanación oral del Padre rector, sino que los estudiantes presentaban por escrito una impresión o comentario de las explanaciones. Además, se juntaba con la explicación teórica la aplicación a la práctica y aun al ejercitante en lo que se iba enseñando, como se hizo durante la explanación de los modos de orar. Los escolares fueron meditando en ellos durante aquellos días. Se dejó a propósito un intervalo bastante grande entre las conferencias en que se trató el primero y el segundo, para que tuvieran tiempo holgado para experimentarlo con sosiego y fruto (25).

Complemento de estas conferencias era el *trato personal* con los Padres más experimentados. Les proponían dudas sobre temas particulares, les preguntaban la interpretación de meditaciones o pasos concretos. Gagliardi habla de los provechos que se seguían de este trato con los «peritos», y Ceccotti asegura que muchas veces una breve sugerencia indicada por uno de estos Padres, abría fecundas

---

(22) No hacemos más que resumir el capítulo 2.° del Directorio del P. Ceccotti. Cfr. *Manresa*, 11 (1935), 258-259. Cfr. también el Directorio del P. de Fabi, *Exerc.*, 940-941.

(23) *Hisp. 90*, f. 64r.

(24) ASTRÁIN: *Historia de la Compañía*, T. 2, pp. 232-233 y MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 370.

(25) Carta de Antonio Flander, 31 de agosto de 1560. MHSI.: *Litt. Quadr.*, 6, 763-764. También los PP. Hofeo y Canisio durante sus visitas daban conferencias sobre puntos de Ejercicios.

perspectivas (26). El P. de Fabi expone, en su Directorio, algunas dudas que, probablemente, le habían manifestado a él principalmente durante su provincialato (27).

Otro de los medios con que se iban formando, era la lectura de libros que pudieran no tanto esclarecer puntos determinados de Ejercicios—ya que no existían entonces comentarios del libro—sino dar materia para las explanaciones de los puntos. El P. de Fabi recomienda en su Directorio tratados sobre el pecado y los novísimos. Al final del siglo, cuando ya se habían publicado algunos Ejercicios como los del P. Blondo, y corrían de mano en mano comentarios manuscritos como los de los PP. Polanco, Gagliardi, Ceccotti, Campana, Gil González, Mirón y otros parecidos, se debió de intensificar mucho más la lectura como medio para prepararse a dar Ejercicios.

Todos estos medios de ser «instruídos y ayudados» durante la carrera (28), no pasaban de ser tanteos más o menos eficaces. El momento en que se dedicaban más de propósito a esta tarea, era la tercera probación. Los primeros lustros, muchos no pudieron realizar con perfección esta decisiva prueba.

Una de las causas de escasez de aptos directores hay que ponerla, precisamente, en el modo defectuoso de realizar la tercera probación. Pero cuando se regularizó, el aprendizaje de los Ejercicios tomó gran importancia dentro de ella. Basta leer las instrucciones que mandó el P. Antonio Possevino, secretario de la Compañía, al instructor de Roma, P. Bartolomé Ricci.

El primer mes se debía dedicar íntegro a practicar personalmente los Ejercicios «exactamente, con todo detalle, sin apartarse jamás del libro....., de modo que saliesen con luz y afectos más claros». El segundo mes debían tener algunas conferencias sobre el orden y modo de dar los Ejercicios, simultaneando estas lecciones teóricas con el comenzar a darlos a alguno de los novicios o a otros. No contentos con esto, como «los Ejercicios comprenden el modo de predicar y defender la fe y otras reglas y anotaciones, se podría todavía añadir este tercer efecto de ejercitar a los tercerones en predicar conforme al método de los Ejercicios, para que dejados ciertos modos nuevos se resucitase aquella primera manera llena de afecto y de sinceridad, propia de nuestros primeros Padres». Como complemento de estas normas tenían que actuarse en el «discernimiento del movimiento, que suelen excitar los varios espíritus». Siguiendo este camino jalonado con disposiciones tan acertadas, saldrían consumados directores, o para decirlo con frase del P. Possevino, «experimentarían más de una vez los modos que realmente tenían en sí mismos el P. Ignacio y el P. Fabro» (29).

---

(26) GAGLIARDI: *Commentar. De requisitis in dante*, p. 39. *Manresa*, 11 (1935), p. 260, n. 3.

(27) *Exerc.*, 943.

(28) Frase de Nadal en *Inst. 208*, f. 459v.

(29) El texto principal en *Inst. 211*, 62v-63r. Carta del P. Possevino al P. Bartolomé Ricci, 6 de octubre de 1588. Repite las ideas fundamentales con algunos complementos accidentales en carta de 27 de diciembre de 1588 y 17 de marzo de 1589. Textos en *Inst. 186c*, 935, 939, 942.

Formado de este modo el jesuíta, se le sometía todavía a una última prueba, indicada en las mismas Constituciones. Comenzar a dar los Ejercicios «a algunos con quienes se aventurasen menos y conferir con alguno más experto su modo de proceder, notando bien lo que halla más y menos conveniente» (30). Es decir, trabajar bajo la dirección de algún maestro experimentado. En la mentalidad de entonces, aquellos con quienes se aventuraba menos o—para usar la expresión del códice usado por Nadal—«con quienes se podía errar con menos riesgo», eran los que ya tenían resuelto el problema de la elección de estado. Nadal, consecuente con este criterio, mandó que los Padres jóvenes se ejercitaran primero «con los novicios que entran y con los Hermanos de casa» (31).

Después de cada retiro debía el novel ejercitador dar razón de su método al que hacía como de moderador general. Podía sí, gradualmente, ir dando Ejercicios cada vez más comprometedores hasta adquirir la experiencia que se requería para dirigirlos con plena independencia y madurez «a los de fuera de casa que ocurrieren» (32).

Como última industria, anotemos la recomendación de algunos Directorios de ir meditando las verdades de los Ejercicios, mientras las iban exponiendo (33).

3.—Orientación general de los Ejercicios.

Hora es ya de contemplar al director, tan diligentemente preparado para su ímproba tarea, delante de aquella alma, a la que anhela orientar en el camino de la santidad, y de evocar, a base de los documentos y testimonios contemporáneos, su figura, tal cual lo veía aquella generación.

Para encuadrar su acción en el ambiente justo, no proyectemos sobre esta imagen la estampa tan presente en todos del director actual de tandas. Olvidemos más bien la idea, que sin duda se agolpa a nuestra mente, del ejercitador subido en una tribuna y hablando en tono oratorio a un grupo más o menos numeroso de jóvenes. Dejemos también a un lado las amplias casas modernas, escenario obligado y acomodado de los retiros, el ajetreo externo y todos los detalles de complicada organización que supone hoy una tanda.

---

(30) *Const.*, 4.ª parte, cap. 8, n. 6, E [409]. Frase parecida en un códice usado por Nadal: *Constitutiones scholasticis observandae* en *Inst. 220*, 32v, Cfr. Ceccotti en *Manresa*, 11 (1935), 260.

(31) *Inst. 208*, fol. 124r e *Inst. 206*, fol. 106v.

(32) *Inst. 208*, 124r. Cfr. *Exerc.* 892.

(33) Directorio Bl. en *Exerc.*, 892. Cfr. *Ibid.*, 947.

Después de desprendernos de este postizo atuendo moderno, penetremos en un cuarto, tal como muchas veces lo hemos contemplado en esos viejos y macizos edificios conventuales, escasamente iluminados por la tenue luz que se filtra por sus pequeñas ventanas, medio sumidos en un ambiente de reposo y aun misterio, en los que sobra tanto espacio para nuestro gusto moderno y faltan tantas comodidades y, ahí dentro, en ese cuarto, contemplemos a dos personas sentadas una en frente de otra. Parece que están enfrascados en una amigable conversación que les interesa y aun apasiona. No están mucho tiempo juntos. Cuando el director cree que la materia expuesta ha prendido lo suficiente en el alma de su dirigido, le deja solo con Dios para que, de rodillas en el tosco reclinatorio, vaya empapándose de la realidad y trascendencia de las verdades consideradas y explanadas.

En ese cuarto pasará el ejercitante casi todo el día. Allí le servirán la comida y allí volverá el director a reanudar sus conversaciones y sugerirle nuevos puntos de consideración. Nada trasciende al exterior. Muchos de la misma casa ni se darán cuenta de la presencia de aquel casi invisible huésped.

El carácter privado, individual, tenía que condicionar la táctica del director. Pero no era, ni con mucho, el único factor que le separaba del método actual. Otros y muy importantes provenían de la diversa cultura espiritual del ejercitante de entonces y de ahora, y todavía más, de la gran diferencia en la penetración de los Ejercicios en el campo de la espiritualidad de la Iglesia. El que en el siglo XVI se recluía en aquel solitario cuarto, apenas si conocía lo que iba a hacer. Los Ejercicios eran algo desconocido y, por añadidura, estaban envueltos en cierta neblina de misterio. Y, lo que todavía es más importante para nuestro punto de vista, los mismos elementos sobre los que se basaba: meditación, exámenes, reflexión interna, dirección espiritual, elementos hoy día familiares a los que aspiran a llevar una vida espiritual más o menos perfecta, eran en aquella época casi desconocidos y menos aún practicados.

El director tenía que seguir desempeñando en este final del siglo XVI, funciones del todo idénticas a las de los lustros precedentes, es decir, tenía que continuar instruyendo al ejercitante, dirigiéndole y proponiéndole la materia de la meditación (34). Pero en el modo de desempeñar su oficio, se observan variantes no despreciables, fruto casi siempre de un orgánico desenvolvimiento, no de una desviación, que cambiaron algo, si no el conjunto del cuadro, al menos algunas particularidades de él. Son estos los rasgos que deseamos trazar ahora para completar la silueta del director del último tercio del siglo XVI.

El primer rasgo característico, que influía en la orientación de todo el retiro, lo encontramos en el mismo punto de arranque. Y es

(34) Tratamos de esto largamente en nuestro anterior volumen, pp. 174-180.

que no se partía de la base del texto de los Ejercicios, sino *del alma del ejercitante.*

El director no sólo conocía el texto ignaciano, sino que lo tenía ya asimilado, lo vivía en su esencia más íntima. Pero el texto no pasaba de ser el fondo sobre el que iba a mover al alma confiada a sus cuidados. No le preocupaba tanto la exposición más o menos acertada, feliz, oratoria de tal o cual pasaje, cuanto el conocer el estado de alma del ejercitante, sus cualidades y disposiciones para acertar la cantidad justa de los elementos del libro ignaciano que debía ir aplicando en aquel caso.

La acomodación psicológica constituía la base del éxito de su trabajo. El P. Ceccotti, que recoge las aspiraciones de este período, es también uno de los que más insisten en este particular.

«No proponga del mismo modo todo a todos, sino que a veces cambie algo, añada, quite, según vea convenir a la utilidad del que se ejercita.»

El mismo P. Ceccotti va dando normas prácticas sobre el modo de realizar esta anhelada acomodación. No ha de ser—dice—como un profesor que, partiendo de un principio teórico, va desarrollando su pensamiento. Su táctica tiene que ser muy otra. Ha de tomar como punto de partida el problema que invade en aquel momento el alma de su ejercitante. El desarrollo ha de seguir las fluctuaciones y curvas del estado de ánimo y de las exigencias del dirigido. Ha de ir derramando gota a gota el bálsamo de la doctrina en el punto preciso para la cura y en el momento en que puede poner en práctica tal precepto. Ha de enunciar la doctrina en dosis tan pequeñas que se puedan retener fácilmente, tan viables, que se puedan poner fácilmente en ejecución. Ha de decirle de modo claro: «Omite esto, haz lo otro, quita aquello» (35).

Tan convencido estaba el P. Ceccotti de la importancia de la adaptación, que insiste en ideas semejantes aun en un capítulo que dedica al conocimiento que es necesario adquirir del texto ignaciano, en que parecía debía insistir más bien en el aspecto contrario de la máxima fidelidad a la letra.

«Sirva de ejemplo—dice en ese capítulo copiándolo del P. Gagliardi—el examen particular, que es para todos, ciertamente, utilísimo. Pero el método de las líneas puede ser perjudicial a los que sufren la enfermedad de los escrúpulos» (36).

No se trata de recortar o falsear la doctrina ignaciana, sino todo lo contrario. De presentarla de tal manera que se aproveche hasta lo más recóndito y de aderezarlo de modo que pueda hacer bien aun a las almas más enfermas.

Uno de los antiguos Directorios, con gran sentido de la realidad, aconseja al ejercitador que observe de cuánto es capaz su dirigido, para que, sobre este presupuesto real, pueda disponer la trama de los Ejercicios; y el P. Hoffeo insiste en que se acomoden no sólo en la materia, pero aun en las circunstancias más pequeñas (37).

---

(35) *Manresa*, 11 (1935), p. 260, cap. 4 y 261, cap. 5.
(36) *Manresa*, 11 (1935), cap. 2, pp. 258-259.
(37) *Archivio di Stato, Roma, cód. 77*, p. 83 y *Exerc.*, 987.

4.—Contacto personal en ambiente de intimidad.

Llevados por este anhelo de acercarse a su dirigido, dieron a las relaciones con él un tono extremado de sencillez. Querían establecer el contacto más íntimo posible, crear el clima necesario para que se abriese con toda espontaneidad la flor de la confianza. El P. Gil González Dávila, profundo conocedor de hombres, trae a este propósito una nota llena de experiencia.

«Ha de evitar a toda costa que el ejercitante pueda sospechar que no tiene opinión tan buena de él. Más aún. Ha de ir animándole continuamente a que avance en el divino servicio» (38).

Observación realísima, ya que pocas cosas impiden tanto que germine la confianza, como la persuasión de no ser comprendido o estimado. Ha de observar, además, un porte más bien suave que austero, pero sin llegar a familiarizarse con su dirigido (39).

A favorecer este ambiente confidencial, vienen también otras prescripciones no menos prácticas. Ha de tener el ejercitante la seguridad de que el director se interesa verdaderamente por él, y por lo que le puede venir bien, aun de orden material. Por esta razón, el director «ha de considerar si le falta alguna cosa, como luz, papel, tinta o algo referente a la comida. Ha de advertir también si duerme bastante» (40).

Aun el austero Mirón no se olvida de aconsejar que se elija siempre, en cuanto sea posible, un director que «resulte grato» (41). Ceccotti insiste en que se elimine todo rasgo de afectación y artificio (42) y el psicólogo Gagliardi recalca que se tenga en cuenta el temperamento de cada uno, y que se use de la facultad que da San Ignacio de disminuir, aumentar, cambiar la materia y el modo de las meditaciones (43).

Ni sólo hay que tener en cuenta la naturaleza, sino también, como el mismo Gagliardi anota, el diverso grado de gracias que Dios, en su inescrutable providencia, concede a cada uno (44). A este propósito comenta el P. Blondo:

«El que da los Ejercicios, debe estar muy atento a descubrir los diversos movimientos de la gracia, para seguirlos y promoverlos, como hace el médico corporal con los movimientos de la naturaleza del enfermo, porque

---

(38) *Exerc.*, 907. Cfr. el Directorio de Mirón, *ibid.*, p. 850.
(39) Directorio del P. Gil González Dávila, *Exerc.*, 907.
(40) *Exerc.*, 973.
(41) Directorio alter de Mirón, *Exerc.*, p. 848, n. 11.
(42) *Ea est admiscenda simplicitas, ut vix ille ullam artem odoretur. Manresa*, 11 (1935), 261, cap. 5.
(43) GAGLIARDI: *Commentarii, De requisitis in dante*, p. 42.
(44) GAGLIARDI: *Commentarii*, p. 49.

Dios guía a unos por amor y a otros por temor, *verbi gratia* si al meditar la muerte alguno se ayudase más por vía de esperanza que de temor, el que le guía, debe secundar este movimiento y no preocuparse del temor, al que parece enderezado aquel ejercicio y así en los demás» (45).

Después de esta enumeración de testimonios, se apreciará el acierto y justeza con que el P. Rossignoli resume en una vigorosa frase la táctica de acomodación: «Seguían el curso de la naturaleza y el proceso que la gracia de Dios sigue en cada uno» (46).

Había todavía otra adaptación más íntima y por ello más difícil, considerada como vital en el proceso de los Ejercicios. La *de las ideas del director*. Precisamente por el modo total con que se entregaba el dirigido a su Padre y guía, era mayor el peligro de que quisiera éste abusar de su posición para proyectar sobre aquella cera blanda con una presión demasiado fuerte sus gustos y sentimientos personales.

Las frases que encontramos a este respecto son bien duras. Véase como muestra de la mentalidad que dominaba, y de la firmeza con que querían remediar cualquier abuso en este sentido, el siguiente párrafo de Gagliardi:

«Síguese de aquí—de la anotación 15—que yerran los que quieren ligar al ejercitante a las cosas que han experimentado en sí mismos, o a hacerles llevar por el camino que han sentido ser bueno para sí, no advirtiendo que tal proceder es la peste y la ruina de esta arte, ya que es ligar a Dios y darle a Él ley para que haga con aquella alma lo que hizo con la suya, siendo así que muchísimas veces, a causa de la capacidad del alma y del divino beneplácito, convenga a ella un procedimiento muy diverso del que ha experimentado en sí. Por ello debe hacer abstracción de sí mismo» (47).

Su oficio ha de ser el del médico que observa la complexión del enfermo, ve las reacciones que produce la enfermedad en aquel organismo y, guiado por el análisis real y objetivo, dicta los remedios más aptos (48).

Aun la unión con Dios que exigen al director todos los Directorios como una de las condiciones esenciales para su acción, la consideraban en función de esta adaptación íntima. Opinaban que sólo un director que no pusiera obstáculo a la acción de Dios en sí, podía tener la suficiente pureza y finura espiritual, para percibir del mismo Señor lo que quería disponer de cada alma (49).

El ambiente privado, personal, de la conversación, se adaptaba mejor que otros a esta íntima fusión de quereres y sentimientos. Sin testigos de ninguna clase, solos el director y dirigido, tenía que ir pro-

---

(45) BLONDO: *Exercizi spirituali*, p. 10.
(46) ROSSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2.°, cap. 4, p. 47.
(47) GAGLIARDI: *Commentarii. De requisitis in dante*, pp. 48-49.
(48) *Manresa*, 11 (1935), p. 263, cap. 8.
(49) GAGLIARDI: *Commentarii*, p. 47.

duciéndose insensiblemente un clima de mutua comprensión y confianza, y una cada vez más intensa aproximación afectiva.

Los grandes directores lograban crear en seguida este ambiente de mutua cercanía, necesario para la fecundidad del trabajo que tenían que realizar y para que cada uno pudiera exponer su punto de vista con naturalidad, sin embarazo alguno. En esas sencillas conversaciones, desarrolladas en la mayor intimidad, iban entreverando suavemente la explicación de la materia de la meditación, las normas de elección, las instrucciones que les parecían más convenientes, iban llevando la conversación, casi sin que se diese cuenta el ejercitante del hilo conductor, por el cauce que le convenía en aquel momento. Comenzaban informándose de su interlocutor del modo cómo le iba en su trabajo, de las dificultades que sentía, de las luces que había recibido (50). Las respuestas del ejercitante les indicaban cuál debía ser la materia que tenían que tratar y la dirección que debían dar a su explanación, los puntos en que más debían insistir, los que debían soslayar. Y acomodando a esta base concreta la meditación o instrucción correspondiente de los Ejercicios, iban desarrollándola siguiendo los vaivenes que exigía la disposición y captación del ejercitante, sin que apenas se diera cuenta el ejercitante del arte que regulaba todo el método (51). En la malla aparentemente tan irregular de una conversación y en la que parecía que no había ningún plan fijo, iba el hábil director tejiendo la trama de los Ejercicios.

5.—Dirección espiritual.

La adaptación no pasaba de ser un medio, una condición para poder llevar a cabo con mayor eficiencia el difícil trabajo que debía realizarse aquellos días. El soporte sobre el que giraba el proceso era *la dirección espiritual.* La misma acomodación no tenía otro objeto que crear el clima más propicio para que pudiera desarrollarse en condiciones benéficas esta dirección. Lo estaba proclamando aun el mismo nombre con que se designaba al que se encargaba de orientar y encarrilar al ejercitante: se le llamaba simplemente, el director.

La dirección era múltiple. Dirección en el mismo trabajo de los Ejercicios, para que pudiera realizar el plan asignado para aquellos días; dirección en los problemas internos que se iban suscitando durante el retiro, como el de elección de estado, discernimiento de espíritus, control de afecciones; dirección en la orientación general de la vida espiritual.

---

(50) GAGLIARDI: *Commentarii,* pp. 44-45.

(51) Describe el arte el P. Gagliardi en el párrafo III, *Ratio docendi et discendi* del *De Requisitis in dante. Commentarii,* pp. 44-45.

Existían entonces algunas circunstancias que la hacían todavía más necesaria que ahora. Algunas, las hemos tenido que enunciar a otro propósito. Se reducían a la menor penetración en el ambiente espiritual de los elementos sobre los que se apoyaba la espiritualidad ignaciana. El ejercitador tenía que preparar el terreno antes de comenzar los mismos Ejercicios. Había, como se ve en el Beato Pedro Fabro, una especie de presemana (52). El esqueleto de ella lo formaban los principios espirituales que San Ignacio va desarrollando bajo el epígrafe de examen general, donde no sólo enseña el empleo del arma del examen, sino que va quitando prejuicios y dando los fundamentos más primordiales que se debían tener presentes antes de comenzar el trabajo. Una especie de andamiaje previo de la meditación y de las reglas siguientes, en que se van entreverando las verdades más necesarias de la religión con las normas elementales de la ascética cristiana y de la vida espiritual.

El mismo principio y fundamento entraba dentro de esta labor previa de orientación, de arranque. Correspondía, en el terreno práctico, a la explanación de las nociones que suele preceder en el campo teórico al desarrollo de algún estudio. Para desarraigar los desórdenes y ordenar la vida, como deseaba San Ignacio, necesitaba precisar, primero, cuál era la norma del orden, en qué consistía el desorden, e indicar la dirección y procedimiento de la ordenación de la vida.

6.—Funciones diversas del director.

Imposible detenernos a explanar con detalle todo el proceso. Lo único que podemos hacer es indicar su tónica general.

El trabajo diríamos preparatorio, lo resumían en una palabra de hondo sentido: *disponer*. Comprendía diversas funciones: explicar las anotaciones y adiciones convenientes, excitar deseos de generosidad, de mayor perfección, de cooperación a la gracia (53), enseñar los diversos modos de meditar y contemplar.

No se reducía este trabajo a una explicación teórica de las modalidades de la oración, sino que incluía *el control de la práctica* y de los tanteos del ejercitante hasta que llegaba a la orientación debida, el informarse de las mociones que agitaban su espíritu, y del modo con que procedía,

(52) Varias veces escribe el Beato Fabro aludiendo a ese carácter de homogeneidad y totalidad: «Entrarán en los exámenes, tomarán los exámenes». MHSI.: *Fabri Mon.*, 108, 161. Solía emplear en ellos unos cuatro o cinco días. Cfr. *Fabri Mon.*, 67, 164. Al Abad Kempten, con todo, le tuvo unos diez días en los exámenes. *Ibid.*, 108, 161.

(53) Directorio de Polanco, *Exerc.*, p. 85, n. 35; GAGLIARDI: *Commentarii*, página 52; Directorio di Mirón, *Exerc.*, p. 853, n. 24.

el insistir en los exámenes de la meditación, analizar el proceso total a la luz de las adiciones, cuando no se avanzaba lo suficiente, para ver dónde estaba el fallo (54).

Venía después el *estar atento a la reacción que producía* la doctrina expuesta para aplicar las medidas más oportunas. Así, recomiendan que el ejercitante vaya escribiendo sus mociones, consolaciones, sentimientos, que explore su vicio capital, que se esmere en la práctica del examen particular, que examine a fondo su interior y se vaya dando cuenta de la razón de sus deficiencias, pero sin poner la confianza del éxito en esa introspección necesaria, sino en el Espíritu Santo que «se lleva la primacía en la santificación y de quien es propio excitar la voluntad y atraer las almas a sí» y cuya acción queda expedita en el alma precisamente por ese trabajo preparatorio de extirpación (55).

Otra de las funciones que realizaban aquellos directores, era de carácter distinto. Hacer caer en la cuenta, mientras iban explanando alguna verdad, de *la importancia que encerraba* no sólo para aquel punto de los Ejercicios, sino *para la vida posterior*. Todo punto de los Ejercicios servía para la vida, en cuanto formaba parte del proceso que iba a orientar en la actividad posterior, pero había criterios, principios que aun desligados del método que seguían aquellos días, podían serles siempre de gran utilidad. Y el director tenía interés en recalcar este fecundo enlace. Tal sucedía con el método de la oración en sí misma y con los exámenes. El P. Cordeses anota con todo cuidado: «el examen particular y general que los aprenda bien..... porque son cosas de mucho momento y que han de durar toda la vida» (56).

Otras verdades estaban soterradas en la tierra de las reglas—como se expresa Ceccotti—o desparramadas por el libro ignaciano. El director debía ser el zahorí que descubriera los tesoros que encerraban para la vida, aun consideradas en sí mismas, muchas de aquellas notas que podían parecer a simple vista normas prácticas para tal o cual meditación. Así—sigue comentando el mismo P. Ceccotti—en las reglas de elección de estado hay normas muy aprovechables para toda elección; de las reglas de regularse en el comer o distribuir limosnas, se puede, por analogía, deducir la conducta que hay que observar en otras virtudes o en las obras de misericordia (57). Otras reglas le enseñarán el modo de resistir a las tentaciones, de adelantar en la perfección, de seleccionar los medios para el Ejercicio de las virtudes.

La actitud del director en todo el proceso no era la del maestro que presenta a su infantil discípulo el tema perfectamente desarrollado.

---

(54) Cfr. Breve Directorium, MHSI.: *Exerc.*, 974, 977; Directorio del P. Cordeses, *Exerc.*, 954; GAGLIARDI: *De praeparatione*, V, 66 en *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges. n. 1.594*, fasc. 11, f. 1r.

(55) Cfr. Directorio de Mirón, *Exerc.*, p. 850, n. 15; Breve Direct., *Exerc.*, 974, 979, 982; Directorio Cordeses, *Exerc.*, 953.

(56) *Exerc.*, 953.

(57) *Manresa*, 11 (1935), p. 259.

Su táctica *era mucho más humana.* Observaba el proceso que seguía el ejercitante, le indicaba los puntos peligrosos del camino, el modo que debía de tener en la meditación dándole la materia para ella e indicándole el método, provocaba en él deseos de mayor perfección, le exhortaba a paciencia en las tribulaciones, solucionaba sus dificultades, le exigía cuenta del modo con que había procedido, estaba atento para que no cometiera indiscreciones; en una palabra: dirigía sus movimientos procurando que caminara por el recto camino y no se desviara, pero el que caminaba y el que se movía era el ejercitante. El director estaba a la expectativa para interponerse cuando surgiera algún escollo, pero le dejaba cuando veía que avanzaba ordenadamente por la vía recta. Dejaba al ejercitante que, con las orientaciones que le había dado, realizara personalmente su intento (58).

Precisamente porque el director daba sólo el fundamento de las consideraciones y se contentaba con señalar la ruta, necesitaba el ejercitante conocer cuál era el fin que debía intentar y los medios que conducían a él. Los Directorios insisten en que se le vaya indicando al dirigido la finalidad de cada uno de los pasos (59), puesto que, como dice Gagliardi, «el fin y el fruto que pretendemos es la medida y regla más cierta de todo» (60).

Conscientemente iba dejando el director cierto margen, gradualmente mayor, para que, bajo su dirección, aprendiera a regularse el ejercitante y pudiera iniciarse de un modo seguro en el camino más apto. Precisamente, en orden a esta táctica, distinguían los «que estaban más versados espiritualmente» de los menos iniciados, con los que era preciso desmenuzar más la materia y descender a más particularidades (61).

Esta táctica no era más que la última consecuencia del sistema de adaptación. Era hacer que no se le impusiera la acomodación, sino que el mismo ejercitante fuera aplicándola conforme a sus necesidades, pero bajo la tutela experta de su guía, alerta a posibles desviaciones y engaños. Un producto realizado así, con los elementos más perfectos elegidos por un director, perito en la teoría y conocedor de las necesidades de su dirigido, adaptado por el mismo ejercitante del modo más preciso, no podía menos de ofrecer garantías seguras de su valor y de ser una obra acabada, en cuanto lo permite la deficiencia congénita a toda acción humana.

---

(58) Resumo en este párrafo las prescripciones dadas en los diversos Directorios. Véase la nueva edición de los Directorios en MHSI.: Doc., 22-23, n. 38.

(59) Cfr. Directorio de Polanco, *Exerc.*, p. 802, n. 21; Directorio de Cordeses, *Exerc.*, 951-952; Hofeo, *Exerc.*, 992-993. BLONDO: *Exerc.*, p. 8.

(60) GAGLIARDI: *De praepar.*, II, 55. *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges.*, 1.594, fascículo 11.

(61) Directorio de Polanco, *Exerc.*, p. 814, n. 70.

CAPÍTULO XIII

IRREGULARIDADES Y REPERCUSIÓN DEL AMBIENTE EN EL MÉTODO

1.—Causas de la crisis en tiempo del P. Laínez.

Las funciones específicas del director que acabamos de indicar, las cumplieron muchos de los egregios ejercitadores de los primeros decenios. Baste recordar algunos de los nombres que hemos registrado en la primera parte. La nota estaba bien definida. Muchos aspiraban a llegar a ella. Pero como sucede en todo lo humano, no siempre se consiguió el objetivo. Hubo también directores deficientes y aun épocas en que se agudizaron ciertas crisis. Es necesario estudiar este aspecto para completar el proceso que se siguió en la metodología ignaciana a lo largo del siglo XVI. Si no, daríamos sólo una visión parcial del conjunto. La primera crisis provino—aunque pueda parecer una paradoja—de la misma excelencia de los directores. Los mejores directores, los formados personalmente por San Ignacio, eran también los que habían asimilado más profundamente el espíritu del fundador y de la Compañía. Se les empleó, por ello, en cargos de gobierno, desvinculándolos de la tarea de dar Ejercicios.

Laínez, González de Cámara, Polanco, estaban demasiado ocupados en la Curia generalicia. Ribadeneyra, en 1560, fué nombrado Provincial. Otros Padres eminentes en el arte de la dirección, lo eran ya al ser nombrado el P. Laínez General, como los PP. Salmerón, Palmio, Miguel de Torres. Borja, otro entusiasta de los Ejercicios, estuvo ocupado en España con cargos de gobierno e importantes comisiones. Lo mismo hay que decir en Alemania de Canisio y Hofeo; en Francia de Broet y Manareo.

El dedicar a estos Padres a la dirección de la Orden, era una medida sabia y prudente y fué para la Compañía muy beneficiosa, pero para la causa de los Ejercicios, al menos por el momento, fué un golpe muy fuerte. Casi de repente se vieron remudados los cuadros de los ejercitadores en los principales Colegios. Los ejercitantes se vieron privados de sus mejores directores y, lo que nos interesa más ahora, jóvenes

jesuítas con una formación no del todo acabada, sin apenas experiencia, tuvieron que sustituirles en tan delicada tarea. La consecuencia inmediata fué la falta de directores que satisfacieran en los problemas trascendentales de la elección y en los casos difíciles, y una disminución en la estima y eficiencia de los Ejercicios.

Todavía otra causa contribuyó a agudizar la crisis en esta época. La multiplicación de obras y casas demasiado superior al número de sujetos con que contaba entonces la Orden, que obligó a recortar más de lo justo la formación de los jóvenes religiosos para atender a las nuevas fundaciones. Se repitió el fenómeno de 1553. Las obras externas volvieron a oprimir el ministerio oculto de los Ejercicios. Entonces la crisis la había provocado una desorientación en la táctica, una falsa perspectiva en la importancia de las obras. Bastó una intervención enérgica de San Ignacio para remediarla (1). Ahora las causas eran más hondas y el remedio más difícil. Era imposible, de repente, reducir y suprimir obras para dejar, como antes, libres a los mejores directores.

El P. Laínez hizo cuanto estuvo en su parte para conjurar este peligro. Pero Laínez no podía improvisar directores y crear hombres. Insistió, con los pocos directores que quedaban, para que se dieran de lleno a este ministerio y lo enseñaran a los demás. Quería, en el período menor de tiempo, formar otra generación de competentes ejercitadores. En 1560 escribió al P. Pascasio Broet para que conjugase su oficio de Superior con el de director de Ejercicios, procurando darlos a sus súbditos durante las visitas a las casas (2).

Recomendó también todo lo que pudo a los operarios, que fomentaran el método ignaciano (3). Incluso al P. Cristóbal Rodríguez, cuando le mandó a evangelizar a los coptos, le da órdenes perentorias en este sentido:

«Si encuentra algunos capaces de hacer Ejercicios espirituales, sean indígenas, sean franceses, vea el modo de ayudarles con este instrumento, que suele ser de especial utilidad para las almas y para las buenas costumbres» (4).

Hubo ocasiones en que llegó a ordenar se dieran Ejercicios a personas determinadas. Eran casos importantes. El bien que se podía realizar con ellos merecía la pena se hiciera un esfuerzo (5).

---

(1) De esta crisis hablamos en el vol. 1.°, 71-87.

(2) Roma, 29 de julio de 1560. MHSI.: *Lainii Mon.*, 5, 155.

(3) Órdenes en este sentido dió al P. Gurrea cuando le mandó a Módena, *Inst. 117a*, 219v; al P. Bellati al destinarle a Como, *Ibid.*, 225r; a de Reynaldis, *ibid.*, 224v; a Esteban cuando fué a Tívoli, *ibid.*, 219r; a Poncio, *ibid.*, 211r.

(4) MHSI.: *Lainii Mon.*, 5, 580.

(5) Véanse varios casos en MHSI.: *Lainii Mon.*, 2, 115; *Epp. Nadal*, 2, 100, 123; *Inst. 117a*, 232v. Al P. Palmio el 2 de septiembre de 1557, *Inst. 117a*, 205r, le dice que con esos «conviene usar mayor diligencia». Un caso en el que puso gran empeño fué en el de doña Leonor de Toledo, duquesa de Florencia, *Lainii Mon.*, 1, 457.

Otra de las razones de la crisis estribaba en la desorientación de algunos directores, como hemos indicado. Menos pudo hacer en este sentido el Padre General. Estaba demasiado en alto y demasiado lejos para ponerse a dar lecciones particulares de técnica de Ejercicios. Con todo, no faltaron ocasiones en que respondió personalmente a alguna consulta de interpretación ignaciana o aun se adelantó a explanar algún punto. Así, al P. Hurtado en 1557, y al rector de Sevilla en 1561, les explica algunos aspectos relacionados con la elección y, en 1560, da normas sobre Ejercicios a religiosas y—cosa más rara aún—sobre Ejercicios a herejes (6).

2.—Naturaleza y caracteres de la crisis.

El esfuerzo de Laínez no pudo conseguir más que frutos aislados. Que se remediaran casos particulares. Mejor que los demás se daba cuenta, lo mismo que su sucesor en el generalato, el P. Mercuriano, de la urgencia de poner remedio al mal. Pero los hombres no se improvisan. Con qué sentimiento y verdad están escritas estas líneas del P. Mercuriano al P. Cordeses:

«Espero en Dios Nuestro Señor, cuya providencia cada día más experimentamos, que nos enviará sujetos idóneos y maduros para nuestras necesidades» (7).

La naturaleza y causas de la crisis la describen abundantemente cartas e informes de la época. Copiemos los principales, ya que el tema es muy delicado y queremos evitar cualquier peligro de interpretación subjetiva.

El P. Bartolomé Hernández, rector de Salamanca, trazaba esta pintura nada halagüeña:

«También sepa V. P. que en el uso que solía haber en dar los Ejercicios espirituales hay mucha falta en muchos Colegios y mayor en persuadir a ellos y así se van olvidando, siendo, como V. P. sabe y N. P. Ignacio dice, un arma que Nuestro Señor ha hecho tan poderosa como todos habemos experimentado para ganar almas, y lo peor es que hay muy pocos que los sepan dar con la prudencia y exacción que N. P. quiso, y hay muy pocos que descubran este tesoro y persuadan y aficionen a él dando el modo de cómo se han de haber en el Ejercicio de ellos, y también porque cuando están en la religión no los hacen perfectamente» (8).

Parecido es el juicio de otro director, el portugués P. Duarte Pereyra en un escrito de 1562:

---

(6) *Inst. 51*, 49rv, 85r, 116v.
(7) *Inst. 51*, 348r.
(8) Notas de 22 de agosto de 1566.

«De dar los Ejercicios personas que no los sabían hacer, se han seguido muchos inconvenientes, y hacer esto bien ha de ser cosa dificultosa a los que comienzan a darlos» (9).

Los directores, no sintiéndose competentes para internarse en el fondo del sistema, se quedaban en la superficie. Se contentaban muchas veces con *dar los Ejercicios más fáciles de la primera semana* sin complejidad especial. Difícilmente pasaban más adelante. Esto fué un mal para muchas almas y para los mismos Ejercicios. Como muchos no veían más Ejercicios que aquellos tan mutilados, creían que todo el conjunto del método ignaciano no abarcaba más.

El P. Baltasar Álvarez refleja en uno de sus memoriales la impresión que se habían formado algunos de los que conocían los Ejercicios sólo a través de estos recortes que se les suministraban:

«Eran como carretillas de niños, que no les sirven sino mientras no saben andar por su pie, pero en sabiéndolo, las dejan y andan por su pie, y van donde quieran con menos trabajo, y que el Espíritu Santo no quiere atarse a reglas y preceptos de orar, sino inspira donde quiere y como quiere y su inspiración ha de ser seguida con libertad de espíritu» (10).

Llegó a tanto el restringir las meditaciones a la vía purgativa que en unas proposiciones sobre la oración de fin de siglo escritas por un jesuíta que intervino bastante en el gobierno de la Orden—probablemente un Asistente—, se pedía que se prescribiera a los jesuítas otras meditaciones, «es decir, más altas..... porque las meditaciones del P. Ignacio sólo servían para los incipientes y los proficientes» (11).

Otra de las consecuencias del poco dominio de los directores fué el que *daban la letra del texto, desvinculada del espíritu.* Aplicaban las normas ignacianas de un modo mecánico con el miedo característico de los que no conocen todos los resortes y no se atreven a desprenderse del andamiaje postizo, pero necesario, en los principios. Creían que agarrados a él irían más sobre seguro, pero lo que hacían era impedir el ejercicio normal y evitar el desarrollo orgánico.

La crisis fué una crisis larga. Hacia 1570 se inicia la mejoría, pero no pasa de una mejoría. No llega a una curación radical. Todavía un decenio más tarde existían deficiencias graves y al parecer bastante extensas.

Las descripciones que va haciendo de la práctica de los Ejercicios en España el P. Gil González Dávila, son verdaderamente sombrías. Aquel hombre que supo inspirar confianza y optimismo a su paso, parece que reservaba las expresiones duras y los negros colores para sus informes sobre el arte ignaciano.

¿No habrá algún error de perspectiva? ¿No comparará el triste estado actual con otro primitivo, idealización de su amor acendrado

---

(9) *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 742,* n. 2.
(10) La Puente: *Vida del P. Baltasar Álvarez,* cap. 41, p. 440.
(11) *Inst. 181,* 332r con la respuesta allí mismo del P. Aquaviva.

a San Ignacio, pero que nunca se dió en la realidad con aquella perfección por él soñada? No se olvide que González Dávila no presenció aquellos tiempos primitivos que él se imagina de oro. Tuvo contactos frecuentes con los miembros más eminentes de ellos, como Nadal, pero es obvio que el panorama que se formó a través de aquellos primeros testigos tuvo que estar exento de las inevitables motas de toda obra humana, que ahora, en cambio, por ser mayores y, sobre todo, por estar demasiado cerca, repercutían en su espíritu de modo tan impresionante.

Escúchense si no sus palabras y se sentirá la desilusión de su alma. Escribe hacia 1585:

«El uso de dar Ejercicios en algunas partes es muy raro y allí donde todavía se sigue dando, se hace con menor fruto. Esta arma espiritual que al principio de la Compañía aprovechó tanto, ha perdido mucho de su utilidad y eficacia, porque falta destreza en los Nuestros en usarla.»

Y después de citar el texto de las Constituciones en que manda que «cada uno sepa dar razón de los Ejercicios y ayudarse de esta arma» continúa:

«¿Cuántos de los Nuestros pueden dar razón de estos Ejercicios? Muchos no han ni siquiera saludado el comienzo de sus reglas o anotaciones. Sus modos de orar y meditar no los han tomado de las reglas de los Ejercicios, sino de otros sistemas que se han metido de una manera subrepticia, poco seguros y menos acomodados a la vocación peculiar de la Compañía» (12).

Más duras son las expresiones que usa después de la visita a la provincia de Castilla:

«Ningún medio hay más caído que éste de los Ejercicios. Pocos los saben dar y salen los ejercitados con menor fruto. En partes algunas no hay memoria en todo el año de uno siquiera que los haga» (13).

Añadamos a estas citas del P. Gil González un juicio bien lacónico, pero tal vez más impresionante, del P. Cordeses: «Los Ejercicios perdieron ya su vigor» (14).

Estos tristes testimonios reflejan el estado en España. No son más optimistas los que da de Italia el P. Fabio de Fabi, que por sus cargos de maestro de novicios, Visitador y Provincial, puede sernos un testigo autorizado. Condensó su pensamiento en esta frase de su Directorio redactado hacia 1580:

«Está reciente todavía la memoria de nuestro P. Ignacio y apenas hay alguno entre los Nuestros que conozca perfectamente el arte de dar Ejercicios» (15).

---

(12) Directorio de Gil González Dávila, *Exerc.*, 904. Obsérvese, además, que se establece la comparación no con la práctica antigua, sino con las normas de las Constituciones.

(13) *Hisp. 89*, 80r. A continuación indica las medidas que le parecen convenientes para poner remedio a esos males. En *Hisp. 89*, 143, el juicio que dió después de la visita a la provincia de Aragón.

(14) *De naevis in Societate* (¿hacia 1573?), *Congr. 42*, 84r.

(15) MHSI.: *Exerc.*, 939.

3.—¿Transformación de la estructura de los Ejercicios?

Hemos tenido interés en poner delante del lector los mismos testimonios sobre la crisis sin ocultar nada de esta triste época. Las conclusiones hay que sacarlas de los mismos documentos que están a la vista de todos, no de consideraciones apriorísticas. De ellos se deduce que la crisis fué grave y dolorosa, pero fué de índole meramente práctica, no ideológica, es decir, se desvirtuó el modo de dar los Ejercicios, no se cambió su estructura, de modo que el método de fin del siglo sea distinto substancialmente del de los primeros decenios.

Decimos esto, porque un ilustre y brillante escritor francés, Bremond, afirma que en esta crisis se cambió la contextura y orientación de los Ejercicios (16).

No es ésta la ocasión de polemizar con el eminente autor de la «Historia del sentimiento religioso en Francia». Sólo quiero hacer ver y presentar sus principales asertos. El lector mismo verá cómo están en contradicción palpable muchos de ellos con los documentos de la época. No nos puede extrañar el hecho. La mayoría de estos testimonios yacían sepultos en archivos que no pudo explorar. Tuvo que construir su sistema con unos cuantos datos aislados.

Veamos lo que escribe Bremond:

> «Absorbidos, desbordados por el trabajo multiforme y agotador que se presentaba delante de ellos, los Ejercicios tal vez no tenían en su programa de acción y en su estima el puesto preponderante que le habían dado los primeros compañeros de San Ignacio» (17).

Hemos acumulado testimonios sobre la estima ininterrumpida que se tuvo de ellos a lo largo del siglo XVI. Todos los que se quejan de la falta de virtualidad del método ignaciano en la práctica, añaden como razón, para decirlo con frase del P. Mirón, que es uno de los mejores testigos de esta tradición, «el que no se conserva el método y la forma de hacer los Ejercicios que nos entregó nuestro P. Ignacio..... Nosotros, en consecuencia, debemos conservar con la exactitud y perfección que podamos, con sus anotaciones y adiciones, los Ejercicios y el método que Dios, por especial gracia, nos dió por medio del P. Ignacio» (18).

Bien clara se observa la reacción que produjo la decadencia. Se achaca el fallo a la impericia. La fe en el método del santo sigue en pie. Por ello insisten en que vuelvan al plan primitivo.

---

(16) H. BREMOND: *S. Ignace*, 97.
(17) H. BREMOND: *S. Ignace*, 97.
(18) *Inst. 186c*, 199r. Vuelve sobre el mismo tema Mirón en el Directorio, *Exerc.*, 849, n. 9 y 856, n. 35.

El P. Mercuriano, respondiendo a la Congregación de Francia de 1575, que había pedido una fórmula que ayude a los directores en el método y de ese modo elimine la ignorancia, causa porque «ahora se percibe fruto menor que antes», dice: «Debemos esforzarnos para que impetremos de Dios lo que nos falta y para que los que dan los Ejercicios estén ellos ante todo bien ejercitados y los den según las Constituciones y las adiciones» (19).

Las adiciones seguían teniendo el mismo valor. No disimulan la crisis. Pero sacan una consecuencia muy distinta de la que saca Bremond.

El ilustre escritor francés, para caracterizar esta trasformación, ha recurrido a dos terribles metáforas: la de eclipse y la de agonía. Oigamos a él, pero notemos que ya no aporta dato ni testimonio nuevo. Constituye una concepción expuesta con la belleza y plasticidad en él características:

«Eclipse pues. Se ve que la palabra no era demasiado fuerte. Pero pasajero, y la intervención de los Generales lo hará cesar, ya antes del final del siglo XVI.»

Y como si no quedara satisfecho de la tinta negra que ha derramado, abre con las siguientes palabras, el párrafo siguiente:

«Eclipse no es más que una palabra aproximada. Metáfora por metáfora, estaría mejor «agonía». Antes y después de su paso por la zona de sombra, la luna permanece siempre la misma; antes y después del túnel sigue el mismo tren, mientras que antes y después de la crisis a que nos hemos referido, los *Ejercicios* no son ya el mismo libro. En rigor, los Ejercicios no han sobrevivido a San Ignacio y a los cuatro o cinco únicos del primer equipo que los comprendieron perfectamente» (20).

Más adelante, explica esta sentencia de muerte sobre el sistema auténticamente ignaciano:

«No les faltaba ni inteligencia, ni docilidad, ni celo. Muchos de entre ellos habían sido formados en el ministerio de los Ejercicios por Ignacio o por alguno de los primeros jesuítas que se habían apropiado perfectamente su manera..... No es que hubiera en ellos alguna resistencia consciente o alguna crítica explícita. Hubieran quedado estupefactos ante la idea de que su maestro no les tenía por continuadores auténticos. Si ellos no se regían como él, es que no podían obrar de otra manera. Si no conseguían asimilar la filosofía de los Ejercicios, es que ella era «inasimilable» y que sea para vivirla, sea para comunicar a otros, era necesario ser el mismo San Ignacio u otro Ignacio» (21).

La crítica es grave. De ser verdad lo que afirma Bremond, hubieran desaparecido los auténticos Ejercicios de San Ignacio. Los que se daban en tiempo del P. Aquaviva, no pasarían de ser una adulteración hecha en tiempo del P. Mercuriano. En consecuencia, los Ejercicios, tal cual

---

(19) *Congr. 42*, 193r. El postulado de la Congregación, *ibid.*, 190r.
(20) H. BREMOND: *S. Ignace*, 103.
(21) H. BREMOND: *S. Ignace*, 104.

se practican hoy—esta conclusión la sacó otro exjesuíta tristemente célebre (22)—, no son los de San Ignacio.

Mercuriano quitó del sistema ignaciano su pura esencia, eliminó —como él dice—el «genio inicial». Este beneficioso «genio», resguardo de las más puras esencias ignacianas, era «la mística de la elección», el elemento sustantivo que daba la eficacia, «el gran resorte», «el alma del libro» (23).

La «mística de elección», para Bremond, no es otra cosa que elegir por el segundo tiempo de consolaciones o desolaciones. Las generaciones siguientes racionalizaron el método. A la consolación, sucedió la fría razón. Se formó un sistema intelectualista que aprisionó el afecto y adulteró el arte ignaciano. Por esta razón, se trasformaron substancialmente los Ejercicios.

No negaremos que hubo jesuítas que desestimaron más de lo justo el segundo modo de elección. Y que, aun en algunos Directorios, no se le da la importancia debida. Pero nunca se borró el segundo modo de elección ni del libro, ni de los Directorios. Además, el segundo modo no es el único modo; es eso: el segundo. Tan mermados quedan los Ejercicios despreciando el segundo, como el tercero, que es lo que hace Bremond.

Mejor dicho. Bremond no sólo desprecia el tercer modo de elección; reduce casi a la nada, a puro adorno, la materia de los Ejercicios. Lo importante es que se produzca «el contacto entre Dios y nosotros». A esto va «la mística de elección». Esto es el alma, lo sustantivo de los Ejercicios. Gustosos asentimos a estas afirmaciones. Más aún. Reconocemos que ha sido uno de los méritos de Bremond el haber dirigido la atención hacia este elemento no suficientemente señalado por otros autores. Pero el alma no es todo el hombre. Aunque el cuerpo sea material e inferior, sin él no puede darse el hombre. Lo mismo sucede con la mística de la elección. No constituye todos los Ejercicios, sino sólo su alma. Hay otros elementos, adjetivos, si se quiere, de menor valor, pero necesarios. Es lo que no vió Bremond. Como las generaciones siguientes dieron una gran importancia a estos elementos externos, secundarios, pero necesarios, y quedó a veces demasiado soterrada entre ellos la fuerza interna «mística», creyó Bremond que los Ejercicios se habían adulterado esencialmente.

Nótese bien. Para el exjesuíta francés, el mero hecho de *crear un cuerpo*, es ya desvirtuar los Ejercicios. Por esta razón, el sitio donde hay que colocar la contemplación para alcanzar amor «al principio, al medio, al fin, esto no tiene ninguna importancia. Lo mismo de todos los problemas que puede suscitar la arquitectura del libro..... *Unum necessarium*. Que se establezca, que se prolongue lo más po-

---

(22) M. MIR: *Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*, t. 1.°, página 486.

(23) H. BREMOND: *S. Ignace*, 104.

sible, que se renueve el contacto entre Dios y nosotros». Lo esencial es hacer de los Ejercicios «un solo Ejercicio indefinidamente recomenzado». Que se haga con las banderas o binarios o con otras meditaciones que cada uno libremente añada, es lo mismo. El oficio de estas meditaciones es el de ser *doublets interchangeables*, piezas de repuesto. (24).

Consecuente con este principio, continúa: «En vez de este libro, poned cualquier otro: El «Itinerarium» de Buenaventura, «Imitación de Cristo», el «Evangelio». Veríais pasar la misma corriente». Y poco después, concluye el párrafo con las siguientes expresiones:

«Queda siempre que el mérito intrínseco del libro no basta para explicar el éxito arrollador de los primeros Padres. Cuanto vale el jesuíta que los interpreta, tanto valen los Ejercicios. Ha sido siempre así, y siempre seguirá siendo lo mismo. Yo he hecho numerosos Ejercicios bajo la dirección de jesuítas eminentes. El libro mismo cambiaba cada vez de figura. Cuanto ellos ponían más de personal, tanto mejor eran los Ejercicios. Si hubieran ellos tomado como guión el «Combate espiritual» o cualquier otra obra de esta índole, el resultado hubiera sido poco más o menos el mismo. Como los milagros del cura de Ars hubieran sido los mismos, si en vez de referir su honor a Santa Filomena, lo hubiera cedido a Santa Catalina. Se repite que los Ejercicios han hecho la gloria de la Compañía. Para mí, la Compañía ha forjado la gloria de los Ejercicios» (25).

Bremond, en este cuadro lleno de colorido, pone en plena luz uno de los principios fundamentales de San Ignacio: *el papel trascendental del director*. Es evidente: de la mayor o menor comprensión del espíritu ignaciano que posea el ejercitador, del modo mejor o peor con que sepa inyectarlo en las almas, depende gran parte del fruto. Lo quiso así San Ignacio, al dar a su método un sello vital, al no dar al ejercitante el libro estereotipado, poniendo entre él y el método un guía que lo acomodase.

Pero de aquí a llamar Ejercicios auténticamente ignacianos a los practicados siguiendo el esquema de San Buenaventura o de Scupoli, con tal que con ellos se encienda la llama del amor de Dios, media un abismo. De ser verdadera esta concepción, no hubiera tenido sentido el miramiento escrupuloso de orfebre con que años y años fué San Ignacio puliendo partecitas insignificantes de su libro, la anotación cuarta en que da, en síntesis, los hitos de las meditaciones de cada semana, la contextura total del libro en la que se van engarzando con hilo de oro todas las piezas, la práctica misma del santo, su afán de ir enseñando uno a uno a sus mejores discípulos el modo de darlos, su deseo de hacer un Directorio en que quedara esclarecido el puesto de cada una de las piezas.

Se puede pecar por los dos extremos. Cierto: unos Ejercicios en que el espíritu quede ahogado por la materia, no se podrán llamar nunca

(24) H. BREMOND: *S. Ignace*, 109.
(25) H. BREMOND: *S. Ignace*, 92, 96-97.

Ejercicios auténticamente ignacianos, y es mérito de Bremond el insistir en este aspecto; pero tampoco los que hayan quedado sin la vestidura tan cuidadosamente preparada por San Ignacio durante tantos años y con la que quiso salvaguardar las esencias de su método.

El punto era demasiado importante para que pasáramos de prisa por él. Esperamos que ha quedado clara la naturaleza de la crisis. Fué un colapso, no una muerte. Las generaciones siguientes pudieron seguir practicando y viviendo los mismos Ejercicios de San Ignacio en su primitiva pureza, no otros Ejercicios distintos adulterados por infiltración de gérmenes deletéreos.

4.—Medidas de Borja para la restauración del método.

El estudio de la crisis sólo nos ofrece una cara de la realidad: la cara oscura y triste. Es necesario considerar el otro lado, tan real como éste, de carácter opuesto.

En los años más álgidos de la crisis, se comenzó a tomar medidas eficaces para remediarla de modo radical. Este remedio fué la formación plena de las generaciones jóvenes. En este sentido el mérito del santo General fué muy grande. No paró hasta que llegó a la raíz del mal. No salió del paso, taponando de cualquier manera los fallos. Aquella generación sufría la tara de un decenio de deficiente preparación. Lo llevó pacientemente, pero evitó el legar a sus sucesores el mismo mal. Más que al presente, miró al futuro. Aparentemente no se notó la mejoría. Siguió la crisis, pero dentro de ella se había infiltrado el gérmen de la saludable transformación. Dió órdenes perentorias para que cada provincia religiosa tuviera su correspondiente Casa de formación. Impidió con mano dura las salidas prematuras de los jóvenes estudiantes. Urgió la realización de la tercera probación, mandada ya en las Constituciones, pero cuya práctica dejaba mucho que desear.

No se pudo realizar todo a la medida del deseo del Padre General. Pero no se puede dudar, que dió un gran avance a la regularidad de la formación de las generaciones nuevas. Gracias a sus desvelos disminuyeron notablemente los cortes al mes de Ejercicios.

Las disposiciones del Padre General, por su misma naturaleza, no podían dar fruto más que a largo plazo. En cierto sentido contribuyeron a que, por el momento, se agudizara más aún la crisis. El disminuir la actividad externa de experimentados Padres y obligarles a que se entregaran de lleno a la educación de los jóvenes jesuítas, mermó todavía más la disponibilidad de aptos directores. Pero Borja lanzó la semilla. Llegaría el tiempo en que comenzase a dar el fruto ansiado. Entonces cambiaría por completo el panorama.

Otra de las medidas que empleó fué el de *llamar a Roma a los más selectos* para que se formaran bajo su alta dirección. Entre los que debían ir estaban, de modo particular, los que ofrecían cualidades para llegar a ser «maestros de novicios y dar Ejercicios» (26).

También se preocupó Borja de aspectos de carácter material. Debido a la progresiva absorción de los Ejercicios por los Colegios, se había ido perdiendo la costumbre de reservar en cada centro de enseñanza, locales para ejercitantes. Borja da órdenes para restablecer el uso (27).

Igualmente contribuyó poderosamente a la restauración del sistema primitivo, la confección de varios Directorios iniciada en el generalato de San Francisco de Borja y continuada durante los años siguientes. Más tarde analizaremos de propósito los diferentes escritos. Aquí nos toca solamente recoger la noticia y señalar su trascendencia en la marcha de la práctica. Significan el comienzo de una nueva era, los primeros balbuceos de la teoría. Aprisionan la tradición primitiva y van sacando de ella fórmulas precisas para conocer cuándo se desvirtuaba la práctica y cuándo se ajustaba a los cánones auténticos. Fueron el dique más fuerte para evitar que se infiltraran irregularidades.

Otro de los medios más importantes que contribuyeron a salvar la situación, fué una campaña por imbuir la vida y prácticas del jesuíta del recto espíritu ignaciano. Cuando se diera esta plenitud ignaciana, los Ejercicios, necesariamente, serían lo que tenían que ser.

Este fué el programa de gobierno del General que sucedió a San Francisco de Borja, el P. Everardo Mercuriano. Quería que todos volvieran a vivir y practicar «el modo de proceder y orar de San Ignacio».

Ya en la visita que realizó a Francia siendo Asistente, no cesó de inculcar «que todo había de realizarse conforme al modo y norma del Instituto, que no quería ningún otro modo de proceder ni más laxo ni más estricto que el usado por San Ignacio. No quería hacer nada de por sí. Su ideal era que las mismas reglas fuesen las que guiaran a los súbditos y que el propio San Ignacio, a través de sus leyes, siguiera obrando como si resucitase y volviera a adoctrinar y a mandar personalmente». No consideró como una utopía semejante aspiración. El espíritu del fundador se reconocía fácilmente en las reglas. Los Ejercicios, purificados de todo elemento extraño, tenían que ser el espejo en que se reflejara el auténtico espíritu de San Ignacio (28).

Todas estas medidas fueron dando gradualmente su fruto. Cuando la *generación formada en tiempo de Borja y Mercuriano llegó a influir* cambió el panorama en el estado de los Ejercicios. Cambia el tono mismo en que se redactan las noticias. Vuelve en este período, que coincidió con el generalato del P. Aquaviva, la euforia y el entusiasmo

---

(26) MHSI.: *Epp. Nadal*, 3, 8, 9.

(27) *Inst. 187*, 115v.

(28) *Ratio qua R. P. N. Everardus..... utebatur cum Collegia Galliae Visitator obiret. Inst. 188*, 128rv.

de los primeros tiempos. Se nota que hablan hombres convencidos, que han palpado personalmente el fruto.

Vimos cómo en los decretos de las Congregaciones provinciales de hacia 1570, se traslucía cierta añoranza de la época primitiva. Ahora, en cambio, aunque no faltan críticas, se habla del libro de San Ignacio como de algo «queridísimo para nosotros» y como un compendio de las más exquisitas delicias—*summarum deliciarum instar*—, se señala el gran fruto que se deriva de ellos. Baste citar el testimonio de los de Perú en 1600.

«El gran fruto que del uso de los Ejercicios siempre se ha experimentado en los NN. y en esta provincia, se ha visto para la renovación en el espíritu» (29).

Son los primeros síntomas del cambio efectuado, no por la eliminación del elemento «carismático» y la sustitución en su lugar del «mecánico», sino por la eliminación de las adulteraciones que, con una generación de directores medio improvisados, se habían infiltrado en la práctica.

Nunca desaparecieron del todo las deficiencias. En los Ejercicios, como en toda obra humana, no podían faltar los fallos, pero disminuyeron notablemente, y sobre todo, no constituyeron, como antes, parte de la línea dominante en la práctica.

5.—Influjo de otros movimientos espirituales en la evolución del método.

En la evolución del método y, sobre todo, en algunas irregularidades de su marcha, influyeron más fuertemente aún que los factores analizados hasta ahora, otros mucho más complejos y que procedían de fuera de la Orden. Es difícil precisar la naturaleza de muchos de ellos. Iban desenvolviéndose al compás del fluctuante ambiente del que procedían. Pero, en general, se puede decir que era la ideología espiritual reinante, las prácticas de piedad recomendadas por los apóstoles más famosos de entonces que, imponiéndose en la literatura y en la predicación, comenzaban a interesar a todos los que se preocupaban de la perfección. Los jesuítas, como todos los demás, en su trato y dirección, tenían que tener en cuenta los gustos de sus ejercitantes, los problemas que se originaban de la espiritualidad ambiente. Era un mundo que repercutía en el proceso de todo movimiento. Más aún. No pocos de los jesuítas de más significación entraban ya con una

(29) Los de Aquitania en *Congr. 43*, 187r, los de Perú en *Congr. 50*, 197v. Véase también la de Nápoles de 1590 que afirma experimentan un gran provecho con su uso, *Congr. 44*, 30r y *Opp. NN. 42*, 152r.

mentalidad espiritual formada o, al menos, después de haber vivido largos años en ambientes espirituales de signos muy definidos. Baste recordar los discípulos del Beato Ávila, la influencia lulliana y franciscana en Nadal, la mística norteña en Canisio (30). De todo esto tenían que proceder reacciones más o menos fuertes al querer acomodar el mundo de sentimientos en que se habían movido hasta entonces con el nuevo, y sobre todo—lo que más nos interesa ahora—, tenía que notarse en el seno de la Compañía su repercusión.

Porque, precisamente, en el momento que historiamos, emergían con gran pujanza, sobre todo en Italia y España, algunos movimientos espirituales en torno a gloriosas Órdenes religiosas, como los dominicos, franciscanos y agustinos.

El florecimiento *dominicano* en España sólo tiene parangón con el primitivo de la Orden (31). Se observan en él dos tendencias. Una, intelectual y rigorista, capitaneada por Melchor Cano, agarrado siempre a la roca de la tradición. Uno de sus más ilustres representantes es Juan de Hurtado, con su lema que retrata su ideal: Espíritu y obras. Otra, más afectiva e influenciada por otras corrientes; Fr. Luis de Granada es uno de los dominicos que más descollaron en este aspecto y el que más influyó en los jesuítas.

Los *franciscanos y agustinos*, siguiendo a sus grandes doctores y maestros, propagaban una espiritualidad más íntima, afectiva, suave. Grandes predicadores y directores como San Pedro de Alcántara, con sus sermones y tratados, invitaban a la contemplación. Enrique Herp, síntesis de la mística medieval, fué uno de los tratados más difundidos en general, y de modo particular, entre los jesuítas. Autores franciscanos de gran encanto y dulzura como Fr. Francisco de Osuna, Diego de Estella, Juan de los Ángeles, penetraban muy hondamente en el pueblo sencillo y en personas cultas y santas. Dígase lo mismo del agustino Fr. Luis de León, y aunque sin llegar al genio artístico de éste, del Beato Alonso de Orozco y de Antonio de Molina, cartujo más tarde, pero de formación completamente agustiniana.

Junto a los miembros de las grandes familias religiosas, entre las que debíamos hacer mención de mercedarios, trinitarios, jerónimos y cartujos, otros ilustres reformadores y varones espirituales que difundían su mensaje de renovación espiritual. Los patrocinadores de las piadosas reuniones del Divino Amore, los organizadores de nuevas Congregaciones como San Felipe de Neri, los escritores de libros piadosos, y sobre todo, por lo que repercutieron en algunos Padres de la Compañía, los reformadores como el Beato Ávila, con su sentimiento vívido del amor hondo a Jesucristo y de la acción del

---

(30) El P. Batllori ha estudiado uno de estos influjos, el lulliano, en Nadal, en *El teólogo de Trento, Jerónimo Nadal.*

(31) Juicio de V. BELTRÁN DE HEREDIA: *Las corrientes de espiritualidad*, 156.

Espíritu Santo sobre las almas, sus anhelos y planes de formación y elevación del clero (32).

Los Ejercicios avanzaban entre estos sistemas. Se abrían paso medrosamente entre movimientos espirituales avalados por siglos de experiencia y espléndida floración de santos. No juzguemos las reacciones que provocó un método nuevo y desconocido, con el conocimiento que tenemos de él después de cuatro siglos de recorrido triunfal por el campo de la historia de la Iglesia.

6.—Derivaciones en la práctica de las acusaciones de afinidad iluminista.

Precisamente la pequeñez inicial de su acción, hizo que no se les clasificara al principio como algo independiente, sino que se los englobara dentro de las características de otros movimientos ya poderosos y con los que presentaba semejanzas en su superficie externa.

La etiqueta que se les aplicó en España desde los primeros albores, fué la de *espiritualidad iluminista*. Nos vamos a limitar en este punto, a España, porque fué la única nación en que adquirieron entonces cierta importancia las escaramuzas contra el método ignaciano.

El iluminismo fué un movimiento espiritual muy complejo. No se puede reducir su contenido al articulado preciso de unas cuantas proposiciones. Más que un sistema doctrinal, fué una postura de alma, una ansia de interioridad, un afán de superación íntima, una práctica, o mejor, serie de prácticas de abandonarse en las manos paternales de Dios para gozar de las más puras consolaciones (33).

Dios les comunicaba luces especiales que iluminaban su conducta de modo incontrastable. Merced a esta singular providencia divina, gozaban de prerrogativas especiales que les permitían acercarse sin miedo a realidades que, para el común de los mortales, eran ocasión y fómite de pecado. Las tormentas de los miserables sentidos, y mucho menos la polvareda de la concupiscencia, no llegaban a la serena y deificada altura en que ellos estaban. Podían despreciar, como cosa ya superada,

---

(32) Sobre las principales escuelas de espiritualidad puede consultarse P. POURRAT: *La spiritualité chrétienne*, v. 3.°. Sobre la literatura espiritual española da un elenco comentado y sistematizado muy completo C. ABAD: *Ascetas y místicos españoles del siglo de oro*. Sobre los dominicos, V. BELTRÁN DE HEREDIA: *Las corrientes de espiritualidad entre los dominicos de Castilla*. Sobre los franciscanos, *Místicos franciscanos españoles*, en la Introducción al P. Fr. Juan Bautista Gomis. BAC: Madrid, 1948; pp. 16-92.

(33) Una semblanza de conjunto del iluminismo en M. BATAILLON: *Érasme et l'Espagne*, cap. 4. *Illuminisme et érasmisme. L'Enchiridion*, sobre todo, pp. 179-204. Una descripción distinguiendo con precisión las diversas clases de alumbrados. B. LLORCA: *La Beata de Piedrahita*, 49-52.

los medios que recomendaban los ascetas para purificarse espiritualmente, lo mismo que las prácticas de menos altura espiritual y las obras de devoción exterior.

Tal concepción, llevó a aberracciones espantosas. La realidad de la concupiscencia se encargó de hacer ver la inconsistencia de esta pseudomística. La conducta escandalosa y obscena de algunas miserables ilusas, dejó al descubierto el fondo que recubrían las pretendidas visiones y prerrogativas.

El movimiento fué, en su sentido más profundo, una *deformación de un anhelo recto de interioridad*, purificación, basarse en valores eternos que sentían tantas almas como contraste con el ambiente externo de boato y corrupción moral. No es extraño que almas de buena fe, llenas de sincero deseo de perfección, se dejaran seducir por el señuelo de vocablos tan espirituales como recogimiento, soledad, unión con Dios, abandono y, a la vez, por el alarde, aparatoso en ocasiones, de vida perfecta y mística de los principales corifeos iluministas.

En este afán de dejar todo, de replegarse en lo más íntimo del ser para gozar de los valores eternos, se encuentra el fondo sano del iluminismo y el punto en que se dan las coincidencias con el método de San Ignacio. Los alumbrados, para saborear más a su gusto las dulzuras de la divinidad, dejaban todo lo accesorio, se abandonaban a Dios. De ahí el nombre de recogidos, abandonados, dejados (34).

Más aún. Como escribe el P. Emilio Colunga, «los alumbrados, en sus comienzos y en su intención, no formaban un movimiento heterodoxo. Eran grupos de personas espirituales que ansiaban la perfección y trataban de las cosas divinas con la misma naturalidad que otros trataban de las cosas humanas» (35).

El ambiente pasional, deformando la realidad, hizo ver afinidades entre San Ignacio y los alumbrados que no se basaban en fundamento alguno objetivo. Así, Pedroche calificó como «vecina a los iluminados» una anotación tan prudente como la 14, en que se recomienda al director no permita al ejercitante, en determinados momentos de exaltación, «promesa ni voto alguno inconsiderado ni precipitado», tomando por desprecio de algo tan sacrosanto como son los votos, una medida que San Ignacio usaba precisamente para salvaguardar su valor (36).

Conceptos internos más profundos como el de la indiferencia, el «salir de su propio amor, querer e interese», querer amar a Dios en sí mismo, mal interpretados o considerados a través de expresiones aisladas, desconectadas del conjunto, se prestaron a falsas acusaciones (37).

---

(34) Prescindimos aquí de la diferencia que pueda haber entre estos diversos términos. De todos modos el iluminismo es siempre algo impreciso y vaporoso y no se puede pedir división exacta de grados entre sus secuaces.

(35) E. COLUNGA: *Intelectualistas y místicos*, p. 12.

(36) MHSI.: *Polanco Chron.*, III, p. 346.

(37) Cfr. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 98-100.

La Inquisición recogió el rumor público que acusaba a los ilusos alumbrados de reunirse en conventículos y de distinguirse del común de los fieles (38). ¿No podían ambas cosas decirse, con igual verdad, de los ejercitantes que se retiraban con su director en un cuarto solitario y que ansiaban superar, no sólo a los demás, pero aun a sí mismos, en caminar cada vez más rápidamente hacia Dios? No se recriminaba a los alumbrados el mero hecho de reunirse, sino lo que realizaban en las reuniones. Los vigías del catolicismo, que conocían la triste realidad que se escondía en tales citas, no podían menos de desconfiar de esas otras confidencias secretas entre director y ejercitante. Los alumbrados se habían servido del misterio para difundir sus errores. No es de extrañar que los defensores de la fe se alarmaran del secreto en que se tenía el texto de los Ejercicios, de las reuniones privadas y secretas entre director y dirigido (39).

Pero la razón última de las desconfianzas y el punto en que consideraban más similares ambos movimientos, era el que el director tenía que dejar «immediate obrar al creador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor». Nada se podía dar más peligroso, según la doctrina de los intelectualistas antimísticos, que esta aproximación y contacto inmediato entre Dios y el alma, al menos cuando se trataba de personas sencillas sin instrucción suficiente.

Este fué otro de los capítulos más impugnados. Los teólogos—decían—tenían el monopolio de la vida espiritual. Al pueblo le bastaban unas cuantas nociones sumarias. La Inquisición, influenciada por esta ideología, prohibió la difusión de obras espirituales en romance, con los inconvenientes que se dejan entender, incluso para Santa Teresa, que se vió privada del alimento espiritual que le proporcionaban (40). Nos interesa registrar este hecho porque repercutió, de modo especial, en la trayectoria del método. Influenciados por estas ideas, no se atrevieron algunos jesuítas a proponer en ocasiones todos los Ejercicios, contentándose con dar sólo los de la primera semana.

Porque los representantes de esta tendencia intelectualista consideraban como una profanación el introducir en el *sancta sanctorum* de la contemplación a personas de vida ordinaria, metidas en el ajetreo de negocios mundanos. Fr. Alonso de Avendaño apostrofó a los seglares en un sermón predicado en Zaragoza en 1582, con las siguientes expresiones:

«¿Para qué oración en los seglares? Dad limosnas, que éste es el Evangelio, y dejad la oración a los frailes». Otro F. Alonso, de la Fuente, no se cansaba de afirmar que «la oración no era para los casados, ni para gente seglar y que enseñar el modo de orar era hacer la cama para herejías» (41).

---

(38) M. BATAILLON: *Érasme et l'Espagne*, 180.
(39) A. BROU: *Les Exercices spirituels*, 131.
(40) I. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 91-93.
(41) Texto en ASTRÁIN, 3, 309, 4.° y del P. de la Fuente en RIBADENEYRA: *Persecuciones*, 55r.

El mismo P. de la Fuente, lleno de indignación, escribe en uno de sus memoriales, cómo fué para sus oídos «cosa muy escandalosa ver que una gente simple e de tan poco uso en las cosas de virtud, tuviesen señales tan poderosas de santidad», como «raptos de oración» y otros fenómenos de índole extraordinaria, pero le «ofendió mucho más que los raptos» el enterarse que aquella gente sencilla «se ejercitaba en la contemplación». La primera reacción ante el horrible descubrimiento fué el de aconsejarles, mientras tomaba disposiciones más eficaces, que «no contemplasen, porque se perderían» (42).

Otro de los más ilustres representantes de esta tendencia, Melchor Cano, recrimina a su hermano de hábito Fr. Luis de Granada, que «pretendió hacer contemplativos y perfectos a todos y enseñar al pueblo, en castellano, lo que a pocos de él conviene, porque muy pocos populares pretenderán ir a la perfección por aquel camino de Fr. Luis que no se desbaraten en los ejercicios de la vida activa competentes a sus estados. Y por el provecho de algunos pocos dar por escrito doctrina en que muchos peligrarán, por no tener fuerzas ni capacidad para ellos, siempre se tuvo por indiscreción, perjudicial al bien público» (43).

Una de las razones de por qué los seglares no podían familiarizarse con la práctica de la doctrina, era porque, según esos intelectualistas, *implicaba el abandono de sus obligaciones* de estado. Orar y trabajar eran cosas contradictorias. La oración exigía un reposo y saboreo incompatibles con la movilidad y dinamismo esenciales al trabajo. Por el mero hecho de darse «a la devoción y meditación» tenía que suceder—son palabras de Melchor Cano—que el «zapatero cosiese peor el zapato y el cocinero guisase mal la olla» (44).

Extrañarán menos estas peregrinas deducciones, si se tiene en cuenta la inhumana y total absorción que exigían en las personas dadas a la oración. Para que no se crea que exageramos, vamos a copiar unas palabras del P. Alonso de la Fuente: «Aunque la mujer vea caer a su hijo en el fuego, no se ha de levantar de este ejercicio»: «Tan importante» era y a la vez tan absurdo «el estorbar esta oración» (45).

Imposible que algunas salpicaduras de esta espiritualidad ambiente no llegase a los directores que se dedicaban a enseñar a orar a sus ejercitantes.

En esta atmósfera se veían precisados a extremar la prudencia y a poner de relieve los elementos intelectuales que se encuentran en los Ejercicios y a ocultar más de lo justo los de índole afectiva, exactamente lo contrario de lo que sucede ahora.

---

(42) Memorial del P. de la Fuente, «Revista de Archivos», 9 (1903), 205.

(43) Texto en CABALLERO: *Conquenses ilustres. II. Melchor Cano*, p. 597, en su censura sobre Carranza de 1559, f. 385r. Puede verse en V. BELTRÁN DE HEREDIA: *Ciencia Tomista*, 59 (1940), pp. 418-433, la actitud intransigente de otro dominico, P. Juan de la Cruz, en contra de los amantes de esta «vulgarización» de la santidad.

(44) Texto en F. CABALLERO: *Conquenses ilustres. II. Melchor Cano*, p. 626.

(45) LA FUENTE: *Memorial.* «Revista de Archivos».

Es necesario *encuadrar en este ambiente* la crisis de que acabamos de hablar para comprender la imposibilidad de poner remedio rápido a muchos males. Era muy difícil que en aquel mundo hubieran podido seguir otra táctica. Lo prueba el hecho de que aun varones de tendencia marcadamente afectivo-contemplativa, se creyeron en el deber de recomendar esta actitud tan contraria a sus gustos.

El P. Baltasar Álvarez, uno de los corifeos de esta tendencia, llegó hasta a escribir un tratado para precaver a sus discípulos «de los errores que algunos han procurado introducir debajo del lenguaje espiritual, con título de oración y mortificación».

Véanse algunos de sus consejos:

«No se hable con tanto encarecimiento de la [oración] mental, que del todo se calle la vocal, porque no parezca que se deja por cosa inútil, antes encomiende juntamente con la mental.....

Cuando se encomiende la mental, sea por términos comunes y usados, como lo hicieron los santos, moderando los encarecimientos.....

Lo segundo que la oración mental no excluye las cosas exteriores que ayudan a la virtud, como son obras de caridad, ayunos, etc., antes se ayuda de ellas.....

Lo cuarto que haya discreción en persuadir largos ratos de oración, en especial con..... promesa de que verán cosas o sentirán grandes gustos, pues no es este el principal fin de la oración, sino buscar a Dios y su buen contentamiento y la reformación de las costumbres por este medio.....» (46).

Anota justamente el P. La Puente como corolario de estas advertencias: «Para el tiempo que se dieron eran muy a propósito». Lo mismo hay que decir de la orientación que se vieron precisados a dar muchos de aquellos insignes Padres a los Ejercicios. «Para aquel tiempo» estaba muy bien. Es lo que no vió Bremond. Tenían que adaptarse no sólo a las necesidades particulares del sujeto, sino también a la espiritualidad ambiente. Los Ejercicios aspiraban a sanar las lacras que aquejaban la sociedad en aquel momento, injertando en los elementos sanos que contenían el germen regenerador. No lo hubieran podido realizar, si se hubiesen enfrentado desde el principio con los gustos y aun modas espirituales.

7.—Conceptos deformados de los Ejercicios.

Contemplemos ahora los Ejercicios a través de los ojos de sus enemigos. Nos darán una visión deformada de la realidad objetiva, pero también la clave para comprender la razón de ser de muchas medidas prudenciales en el método.

---

(46) «Tratado del modo cómo se ha de hablar en cosas espirituales». LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 33, pp. 347-362.

En vez de diluir nuestra explanación con textos similares de varias personas, vamos a concentrar nuestra mirada en uno de los principales, en *Fr. Alonso de la Fuente.* Él mismo resumió los errores en un Memorial que, dada la trascendencia del asunto, creyó deber elevar al Padre Provincial para «los PP. Maestros de Coimbra y las Inquisiciones del Reino». Puso a su escrito el siguiente título que revela bien a las claras la intención que le guiaba:

«Memorial en que se contiene la heresía y engaño sutilísimo que enseñan los alumbrados de Castilla y es doctrina que mana de los teatinos, que por otro nombre se llaman de la Compañía de Jesús, en Portugal, apóstoles» (47).

La nube anti-iluminista cegó su vista. Todo lo vió a través de esta falsa perspectiva, como puede percibirse de la descripción que hace de una de las funciones primordiales del director.

«Después que han comenzado sus Ejercicios de oración les preguntan si han visto algo o si han sentido algo, y si dicen que no, se contristan y les prometen que adelante han de ver y sentir, y, en efecto, vienen a sentir por este medio infinidad de operaciones de arte mágica, que son calores y ardores y dolores sensibles y visiones y revelaciones y flujos de lágrimas y quebrantamientos corporales y otros efectos prodigiosísimos conocidos por obra de Satanás, y en esta secta [sic] se venden por obra del Espíritu Santo.»

Mucho peor aún es la pintura que traza de los movimientos de espíritus. Trascribimos sólo las frases más inocuas, pues otras son de tal crudeza que no nos parece decoroso copiarlas.

«El cuarto fundamento es que los siervos de Dios han de padecer gravísimas tentaciones y con este presupuesto lo detienen en grandísimos errores y torpedades que padecen en la contemplación y fuera de ella porque estando en oración viene el demonio a ellas transfigurado en forma de luz y las ensucia con pensamientos muy torpes y deshonestos que no se pueden explicar.....» (48).

Basta la lectura de estos párrafos para darse cuenta de que Fr. Alonso de la Fuente fué uno de los que comprendió peor los Ejercicios. No es extraño. Había sido uno de los principales debeladores del foco iluminista de Llerena. Después de largas y molestas pesquisas había logrado desenmascarar aquella perniciosa doctrina que hasta su intervención, andaba «enhechizada y cautiva». El bien que hizo el P. de la Fuente a la causa de la fe en España fué incalculable.

Impresionado por la manera providencial con que Dios había puesto en sus manos el hilo de la trama, se sintió internamente elegido por la providencia para la gran misión de «derribar este monstruo de la Iglesia» (49).

---

(47) *Memorial del P. de la Fuente de 26 de marzo de 1579. Archiv. Vaticano Nunz. Spagna,* 14, 242r-245r.

(48) *Ibid.,* 245r.

(49) *Memorial del P. de la Fuente.* «Revista de Archivos», 13 (1905), 263, párrafo 37.

Decidió trabajar, si fuera preciso hasta morir, para cumplir su papel de exterminador de la «nueva secta».

Sus memoriales están impregnados de un íntimo sentido carismático:

«Sentí en el entendimiento una ilustración tan poderosa de los misterios de esta secta y de las maldades que en ellas se encerraban, que apenas lo podré bien significar.»

Y más adelante continúa:

«Cosa es digna de considerar las maravillas que Dios hacía conmigo en este ministerio. Yo solo y sin compañía de otro ninguno que me pudiese ayudar, con sola la virtud de la predicación, anduve conquistando 28 pueblos y volviéndose contra mí muchos gigantes, conviene a saber los alumbrados, los curas de los pueblos, los Prelados y los que tenían opinión de santos y que como cedros subían por lo alto en la opinión del mundo, no pudieron resistirme ni hacerme callar, ni tuvieron fuerza contra mí, antes se cayeron confundidos y avergonzados y azotados por la mano de Dios, porque todos aquellos que me quisieron resistir, sintieron sobre sí el castigo del cielo.» (50).

No tiene reparo en proclamar que Nuestro Señor le ha tomado «por instrumento a solas de la cosa mayor y más grave que se ha visto en muchos siglos..... y que muriendo en aquella presa sería mártir y confesor» (51).

Un apóstol dominado por una psicosis de esta índole, está penetrado de una fina sensibilidad para todo lo que se relacione de algún modo con el campo de su misión. Es lo que le pasó a Fr. Alonso. Vió en todas partes semejanzas con esa secta de los alumbrados, proyectando las aberraciones que se practicaban en aquellos conventículos secretos, sobre la escena del director y ejercitante, juntos y solos, en un ambiente medio tenebroso.

Él mismo, con su inspirado estilo, explica cómo vió que «teatinos y alumbrados..... todo son uno». «Parecíame—dice—que visiblemente veía a los demonios en las acciones de los alumbrados..... y volviéndome a la Orden de los Teatinos, entendiendo de ellos que comunicaban en esta secta, me decía el espíritu con gran seguridad que la Sede Apostólica los había de condenar por edicto público, aunque por entonces no me descubría la lumbre que los teatinos de religión eran de esta nueva secta, mas de aquella condicional, que si lo eran, como yo presumía, la Sede Apostólica había de condenarlos. Esta fué la causa que en el discurso de mi predicación fuí siempre buscando e inquiriendo si era verdadera aquella condicional y si era toda una doctrina la de los alumbrados e la de los teatinos....., y quiso Dios que buscando esta verdad hallé lo que no quisiera» (52).

Esta obsesión le hizo ver, en expresiones inocuas del libro de los *Ejercicios* y de los tratados de los jesuítas o de sus secuaces y admira-

---

(50) *Memorial del P. de la Fuente.* «Revista de Archivos», 10 (1904), 64, párrafo 4, y 13 (1905), 264, párr. 38.

(51) *Memorial del P. de la Fuente.* «Revista de Archivos», 13 (1905), 59, párr. 32 y 271, párr. 42.

(52) *Memorial del P. de la Fuente.* «Revista de Archivos», 10 (1904), pp. 64-65, párrafo 4.

dores, dobles sentidos «falsos y erróneos», es decir, el sentido que daban a frases similares los alumbrados. Para probar esta tesis, fundamento de sus acusaciones, va revelando el sentido con que entiende la «secta» de los jesuítas algunos de los términos. Ese «sentido» es la clave para interpretar las expresiones del modo con que los jesuítas la entendían (53).

Véase un par de ejemplos de los más inocuos de la interpretación que, según él, hay que dar a los términos:

«*Consolación divina*. En esta doctrina es una alegría sensible tan fuerte y tan notable, que algunas veces provoca a bailar y dar saltos y dura mucho tiempo y captiva los pacientes de tal manera que se comen las manos tras de aquella consolación y se andan locos a buscarla.....

Sentimiento divino. Según esta doctrina, es un movimiento sensible que viene con inmutación corporal y calor sensible tan fuerte en algunas personas que las quema y abrasa como una calentura. Este sentimiento viene de muchas maneras y da en muchos lugares del cuerpo, generalmente en el corazón con un movimiento que le hace dar saltos.....» (54).

Mucho más extravagante aún, es, como se podía prever, la opinión que se formaron *calvinistas* y *protestantes*. Sus escritos llevan *el sello* de los juicios emitidos desde el campo enemigo: pasión incontenida y deformación de la realidad. Consideran la práctica a través de la riza que iba haciendo entre sus huestes y la juzgan con la rabia y a la vez confesión implícita de impotencia, con que se juzga un arma secreta que sólo se conoce a través de sus mortíferos efectos.

Calvino contempló los Ejercicios a través del negro pesimismo de su carácter. Para él son una fábrica de penitencia, de esa penitencia que—continúa el mismo Calvino—ha de practicar el hombre toda su vida. Están, a la vez, llenos de «espíritu de frenesí». Todo se regula con un hábil mecanismo (55).

El P. Bartoli copia un párrafo largo de un calvinista, *Gabriel Bariac*, llamado vulgarmente Lerm, poeta latino, antiguo maestro de los requetés de la reina de Navarra. Merece copiarse íntegra la interesante página, llena de colorido y de absurdos:

«En qué consiste el hechizo y el arte de encantamiento con que esos Papistas jesuítas estrujan el cerebro de los hombres, metiéndoles en ciertas cámaras separadas de todo habitado, donde formando una noche obscura en lo más luminoso del día y manteniendo el ambiente en plena oscuridad, producen una perpetua melancolía y un continuo horror. Miserable el que queda entrampado en tales lobregueces. Se puede decir de ellos, lo que de los antiguos, cuando descendían al antro de Trofonio: Adiós alegría y bienestar. Porque donde entró un hombre, sale un insensato y estúpido mutilado, muerto a todos los gustos del mundo y vivo solamente a la tristeza y al llanto. El que mora allá dentro no ve nada y de nadie es visto, sino de uno

---

(53) Son los siguientes: sentimiento divino, conocimiento vivo de Dios, inspiración divina, contrición del pecado, consolación divina, mortificación del cristiano, cruz del cristiano.

(54) *Memorial del P. de la Fuente. Archiv. Vaticano Nunz. Spagna, 14*, 242v.

(55) CALVINO: *Instituciones*, lib. 3, cap. 3, n. 2.

de aquellos magos con semblante de espanto y voz sumisa que, dos veces al día, viene a suministrarle su encantamiento, desleído en unas líneas descritas en un papel que deja a aquel miserable, para que, rumiándolo por sí mismo, se hechice más profundamente.

¿Quién puede contar las quimeras, fantasías y visiones? Lloran, gritan, rugen como si las llamas de lo más hondo del infierno les devorasen de antemano..... Juran vivir de ahí en adelante como si hubieran de morir cada noche, juran no tocar más cosa terrena, sino en un punto indivisible. Cuando, finalmente, salen de aquella caverna, miran atónitos el mundo, como si naciendo en aquel momento fuera la primera vez que entraran en él. Lo miran, pero no con los ojos de antes. Como si en el ínterin hubiera cambiado la decoración total. Al ponerse de nuevo en contacto con el mundo, les parece éste un mar agitado por feroz tempestad, donde es tan fácil naufragar como necesario viajar por él. Cada paso que dan les parece que van a hundirse más en aquellas profundidades o que andan perdidos. Llenos de miedo, acaban por guarecerse en el puerto y retirarse a la soledad, abrazando la vida monacal.

Más aún: Los jesuítas, si tienen entre los miembros de su Orden alguno con la cabeza débil o poco asentada, la desmontan en esta oficina para, después, rehacerle y soldarle a su gusto. Martillan tanto sobre él, que llegan a domeñarle y reducirle al molde común. Al que vive demasiado blandamente, le dan duro; al que es duro para obedecer, le hacen flexible. Le mueven, si era perezoso; le consolidan, si vacilaba» (56).

El escrito del furibundo calvinista quiere ser una sátira. Pero en el fondo de ella se reconoce caricaturizada la idea que se habían forjado de la eficacia de esta arma.

Janssens cita todavía otros dos breves testimonios que ayudan a penetrar en el ambiente que rodeaba la acción de los jesuítas en los países protestantes.

«Los Ejercicios—dice uno de esos testigos, calvinista también—son un amasijo de artificios misteriosos y mágicos por los cuales los jesuítas, en ciertas épocas del año, se dedican a toda clase de actos estrafalarios y aun macabros en cavernas subterráneas y de las que salen pasados y lívidos como si hubieran luchado contra los espíritus de las tinieblas.»

Para contemplar este cuadro, otra descripción más de los ritos jesuíticos, en la que parece se asiste a una ceremonia de algún mitreo.

«Los jesuítas se dan a prácticas extravagantes. Al ofertorio, el incienso, como se nos asegura, es una suerte de vapor producido no se sabe cómo, y en el que los asistentes se imaginan ver al diablo. Entonces comienzan a mugir como bueyes y, dominados por una fuerza oculta, reniegan de Cristo y se dan al demonio» (57).

No faltaron *en Francia* ráfagas de aberraciones parecidas que se introdujeron al amparo del ciclón galicano. En el proceso Châtel reaparece la famosa cámara de las meditaciones. Los jueces, según se lee en un documento contemporáneo, preguntaron al detenido si

---

(56) Cfr. D. BARTOLI: *Vita di S. Ignazio*, lib. I, pp. 43-44, n. 18. La cita tomada de *Introductio in artem jesuiticam*. Génova, 1599.

(57) Párrafos copiados en A. BROU: *Les Exercices spirituels*, 118-119.

era verdad que los jesuítas metían en aquella cámara a los más famosos pecadores y les ponían delante retratos de diablos en figuras espantosas, bajo color de reducirles a una mejor vida y para conmover sus ánimos con aquellas sacudidas violentas. Según el folleto indicado, Châtel había respondido que era verdad cuanto se le había pintado de lo que hacían los jesuítas aquellos días (58).

Pinceladas sueltas que muestran la deformación que habían sufrido en algunos ambientes, el retiro de los ejercitantes, las adiciones y demás medidas de los Ejercicios, y a la vez, el tiento con que tenían que proceder los directores si no querían ver imposibilitada toda su acción (59).

Todavía, para comprender las dificultades en que se movían, hay que considerar otro elemento: la prevención que había en la Inquisición para los libros escritos en romance, y para todo lo nuevo y misterioso.

Fué el caso que en octubre de 1559 la Inquisición de Sevilla publicó un índice de libros prohibidos en donde, entre otras cláusulas, se mandaba taxativamente lo siguiente:

«Y porque hay algunos pedazos de Evangelios y Epístolas de San Pablo y otros lugares del Nuevo Testamento en vulgar castellano, así impresos como de mano, de que se han seguido algunos inconvenientes, mandamos que los tales libros se exhiban y se entreguen al Santo Oficio ahora tengan nombre de autor o no, hasta que otra cosa se determine en el consejo de la santa Inquisición. Todos y cualesquiera sermones, cartas, tratados, oraciones u otra cualesquiera escritura escrita de mano, que hable o trate de la Sagrada Escritura o de los Sacramentos de la santa Madre Iglesia y religión cristiana» (60).

Nada directamente contra los *Ejercicios*. Con todo creyeron algunos Padres de casa que entraba dentro de la prescripción la entrega de los *Ejercicios* en castellano. El texto latino había sido aprobado por Paulo III, pero no el original castellano. También la traducción vulgata de la Sagrada Escritura había sido solemnemente refrendada por el Concilio Tridentino y, sin embargo, se recogían las versiones españolas del Evangelio.

Fué, como se ve, un escrúpulo de algunos Padres, no la animadversión de los inquisidores lo que movió el incidente. Comenzaron los dimes y diretes y «al fin» después de cuatro consultas, al Inquisidor «le pareció lo mismo». En consecuencia, «el viernes, 20 de octubre, a las 6 de la tarde», entregó el Padre rector de Sevilla, Juan Suárez, los ejemplares de los *Ejercicios* en castellano que había en casa, en los que, por desgracia, no faltaban erratas.

El Padre rector quedó lleno de temores por las incorrecciones que había en las copias.

---

(58) H. FOUQUERAY: *Le dernier interrogatoire de J. Châtel.* «Etudes» (1905), 88.
(59) F. CABALLERO: *Conquenses ilustres. II. Melchor Cano*, p. 526.
(60) ASTRÁIN, 2, 100.

«Por menos que esto—escribe—he visto en este tiempo vedar obras, alias católicas y provechosas, y de autor cristiano, y en estos Ejercicios leerán estas y otras semejantes, y del fruto saben, los que son jueces, muy poco» (61).

El P. Suárez, que fué en frase del P. Astráin, «uno de los Superiores más eminentes que entonces teníamos en España» (62), sufría mucho de cierto encogimiento de espíritu. Con frecuencia, la adversidad o el fracaso le producían crisis de melancolía. Una de éstas le sobrevino en este momento. «La pena de esto—escribe—me ha derribado en la cama lleno de melancolía».

El incidente no tuvo consecuencias. No volvió la Inquisición a ocuparse de aquellos ejemplares. Con todo, la medida debió de repercutir saludablemente en los jesuítas mismos, quienes en adelante, tuvieron más cuidado en la exactitud de las copias. Comenta muy atinadamente el incidente el P. Juan Suárez en la misma carta de la que extractamos la noticia:

«Confío en nuestro Señor ha de aprovechar esto para que se miren más y se limen, y pongan en mayor perfección, y se impriman como los de latín, para que no perjudique a toda la Compañía la varia lección de los que trasladan, añadiendo y quitando, según su devoción, y darse ha más priesa la Compañía a acabar las cosas que tiene comenzadas y a afinar las que tiene en sola traza» (63).

Un caso parecido, aunque de mayor calibre, se dió en 1565. Se habían reunido en Salamanca los Obispos de la provincia eclesiástica de Santiago, para tener una asamblea. Aprovechó la ocasión el Arzobispo Gaspar de Zúniga y Avellaneda, influenciado por Melchor Cano, según asegura el historiador P. Guzmán, para pedir que se examinaran las Constituciones de la Compañía de Jesús,

«y sobre todo los *Ejercicios*, libro que criticaban hombres sabios, por proposiciones de una ortodoxia dudosa o por el uso abusivo que hacían de él personas seglares.»

Acudieron a informar los principales jesuítas que se encontraban entonces en las cercanías: los PP. Araoz, Pedro Sánchez, Ramírez. Con ello se disipó fácilmente la pequeña tormenta (64).

---

(61) Carta de 20 de octubre de 1559. MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 522. No conservamos la respuesta del Padre General. Cfr., con todo la escrita a Bustamante, *ibidem*, 662.

(62) ASTRÁIN, 2, 273.

(63) MHSI.: *Lainii Mon.*, 4, 522.

(64) GUZMÁN: *Historia de la provincia de Castilla*, 322. Cfr. SCORRAILE: *P. Fr. Suárez*, 2, 139.

8.—Silencio en torno a Erasmo.

Extrañará a más de uno que en esta serie de influjos entrelazados, no se haya hecho mención del erasmismo, que por haberse infiltrado tan solapadamente en ambientes católicos y por encerrar una fuerte tendencia reformista, parece que debía haberse cruzado en el camino con los Ejercicios.

Con todo, no recordamos haber leído en ninguno de los documentos en que se lanzan gritos de alarma contra las posibles ramificaciones de elementos peligrosos, el nombre de Erasmo, a pesar de que, como es bien sabido, la Inquisición española persiguió a los erasmistas conjuntamente con los alumbrados y, con frecuencia, se habla en las fuentes de la Inquisición y de los alumbrados.

La explicación, a nuestro juicio, es múltiple. En primer lugar, había pasado ya la hora del erasmismo. Con la muerte del maestro, fueron poco a poco esfumándose, si no sus ideas, al menos la conmoción que había suscitado la fascinadora brillantez de sus conceptos y el afán propagandista de sus discípulos. Hay que recordar también la actitud francamente adversa de San Ignacio contra la doctrina de Erasmo, que habituó a los jesuítas a mantenerse siempre en guardia y, sobre todo, la diferencia esencial de las dos corrientes: la jesuítica y la erasmista.

La tendencia vacilante de Erasmo le separaba netamente de la actitud neta y definidamente ortodoxa de los jesuítas. La acertada crítica de todo lo eclesiástico y religioso, le acercaba demasiado a los calvinistas, para que aquellos campeones del Papa no sintieran una instintiva oposición a sus ideas. Es verdad que los erasmistas querían alcanzar la esencia pura del cristianismo por medio del estudio y conocimiento de la adorable persona de Jesucristo. Pero, aun en su camino hacia el Salvador, campeaba un carácter netamente especulativo e intelectualista. Conducían a las almas a través del campo del estudio de los autores clásicos a las alturas del conocimiento del texto de la Sagrada Escritura para, desde allí, poder contemplar en su pureza original la figura de Jesucristo.

Latía, ciertamente, en el fondo de esta concepción purificadora, una espiritualidad más o menos limpia y eficaz, pero los jesuítas no llegaron a percibirla. Estaban a demasiada distancia espiritual del humanista. Vieron más bien la faceta cultural de su movimiento y, sobre todo, su labor demoledora de tantas formas sacrosantas como los sacramentos, indulgencias, peregrinaciones, ayunos, oficio divino, vida monástica, y la acerada pluma que clavaba en los miembros más delicados de la Santa Madre Iglesia.

Con esta psicosis espiritual y esta discrepancia mutua, no había peligros de irradiaciones o infiltraciones. Cada uno siguió su camino

por sendas muy distantes. Erasmo estaba, para aquellos jesuítas, tan lejos como Calvino o Lutero. De haber algún peligro radicaba más bien en no aprovecharse de los elementos buenos y sanos que podía contener, que no en dejar sentir la infección de los dañinos.

Lo que el P. García-Villoslada afirma de la oposición entre Erasmo y San Ignacio se puede aplicar con mayor razón aun a los erasmistas y a los jesuítas.

«Aquel espíritu incierto, adogmático, propicio a los sincretismos, apasionado en sus críticas, burlón, insidioso y sembrado de dudas, por más que en cada línea de sus escritos invocase a Cristo y a la caridad y al Evangelio, no rimaba en modo alguno con el espíritu generoso de Ignacio de Loyola ni con los ideales católicos, apostólicos, romanos que éste encarnaba.

La misma reforma de la Iglesia, constantemente pregonada por Erasmo y su afán de volver a los orígenes cristianos, se coloreaban bajo la pluma del humanista con tintes de apasionada exageración, que le asemejaban, a pesar de intención sana y recta, más que a los Santos que habían predicado en este sentido, a los protestantes, y, quizás mejor, a los jansenistas posteriores» (65).

Entre las alabanzas de los buenos y amigos e incomprensiones de los enemigos, siguió desenvolviéndose la práctica. Hubo sus irregularidades, deficiencias, como lo acabamos de ver; hubo también necesidad de plegarse a las circunstancias, de amoldarse a los gustos de la época. Sufrieron con ello algunas temporadas los Ejercicios, pero poco a poco, gracias a la diligente acción de los Superiores y directores más experimentados, volvían a su cauce normal.

Con el correr de los años se fué formando una filosofía de los Ejercicios que condensaba y precisaba los elementos sustantivos. Lo anota ya Bremond y es algo indudable (66). El trabajo de reflexionar sobre la práctica, de condensar en fórmulas precisas las experiencias personales, lleva por la misma fuerza de las cosas a la creación de una teoría, cristalización de elementos netamente ignacianos cuidadosamente depurados.

Se anhelaba llegar por esta vía indirecta de la reflexión y del estudio—la única que quedaba después de la desaparición de las primeras figuras señeras—a crear la misma imagen que poseían los hombres de la primera generación formada al contacto directo con el fundador.

Hemos visto en este capítulo los graves peligros que corrió el proceso de desviarse o, al menos, de que aspectos sustantivos quedaran neutralizados. El medio principal de que se valieron para impedir esta falsificación o deformación, fué el que los Padres más conspicuos elaboraran Directorios o normas teóricas sobre el arte de la dirección de Ejercicios. Esta fué la gran función de los Directorios: el salvaguardar la pura esencia ignaciana. Ahora que hemos visto la necesidad que había de ellos, vamos a asistir a su génesis y desarrollo.

---

(65) R. García-Villoslada: *San Ignacio de Loyola y Erasmo de Rotterdam*, página 102.

(66) Bremond: *St. Ignace*, 110.

CAPÍTULO XIV

PRIMEROS TANTEOS DE ELABORACIÓN DEL DIRECTORIO

1.—Método elegido por San Ignacio para formar directores.

La elaboración del Directorio oficial de los Ejercicios supuso más de medio siglo de propuestas, tanteos, correcciones, luchas, memoriales. Intervinieron las personas más representativas de la Compañía: el propio fundador y todos los Generales hasta el P. Aquaviva, los principales miembros de las diversas Congregaciones generales que se celebraron hasta 1599.

En las luchas por su formación salieron a flor de tierra las encontradas tendencias que pululaban en el campo de la espiritualidad de la naciente Orden. Historia larga y compleja y, lo que es más doloroso, para nosotros, casi imposible de rehacer por la escasez de documentos. La mayoría de los pasos se realizaron personalmente entre los miembros de la Curia generalicia y otros técnicos llamados para el efecto, y no ha quedado comprobante escrito de sus conversaciones y gestiones.

La noticia directa más antigua que poseemos data de 1552. Se habla del asunto con sencillez e íbamos a decir con ingenuo optimismo. No se barruntan las complicaciones que iba a suponer su composición. Polanco, al enumerar «las cosas que parece tocan a nuestro Padre en cuanto fundador», dice: «que se acabe el Directorio de los Ejercicios que es tan necesario» (1).

El cumplimiento de esta simple orden será el anhelo represado de las generaciones de jesuítas hasta fin de siglo. Como un estribillo se irá repitiendo en los postulados de las Congregaciones, en los memoriales de las visitas, en cartas particulares.

---

(1) MHSI.: *Polanci Compl.*, 1, 82.

Porque San Ignacio no acabó el Directorio. Al menos no un Directorio del estilo de los que luego se escribieron. Estamos por estampar una frase mucho más audaz, cuya trascendencia no se nos oculta. San Ignacio ni siquiera quiso redactar un escrito del género que luego se llamaron Directorios.

Dos cosas son ciertas. Cualidades para la composición del Directorio no le faltaban. El monumento de las Constituciones, es la prueba más perentoria del poder sintético y constructivo del santo legislador. Los Ejercicios eran algo mucho más íntimo, personal, de contextura más simple. Estaban desprovistos de toda armazón externa. Su ejecución era mucho más sencilla que la de las Constituciones, donde debía ensamblar elementos complejos de organización.

Tampoco le faltó tiempo, por la sencilla razón de que el procedimiento que empleó para formar directores, le supuso mucho más. Fué exponiendo la táctica que debían seguir sus hijos delante del ejercitante—es decir, la espina dorsal del Directorio—no una vez, sino repetidas veces, muchas de las que éstos tenían que darlos a alguno.

Sencillamente: prefirió seguir otro camino más largo, pero que le pareció más eficaz y adecuado que el de redactar un Directorio. Trasmitir su ideario, su espíritu, en conversaciones privadas y familiares. Las normas escritas, por más felices y acertadas que se supongan, quedaban siempre fosilizadas de un modo rígido y seco. Creyó el santo que entregar a sus hijos unas notas, era entregar el esqueleto yerto del método, desprovisto del soplo vivificador.

Los Ejercicios eran vida e injertaban vida en las almas. Debían, en consecuencia, ser trasmitidos de modo vital: de hombre a hombre. Vivir los Ejercicios, asimilarlos y hacerlos vivir, ha sido la táctica que, iniciada por San Ignacio y seguida sin sucesión de continuidad, ha permitido ir trasmitiendo de generación en generación la antorcha llameante de los Ejercicios y formar el rescoldo de la tradición.

2.—Directorios de San Ignacio.

Las acotaciones de San Ignacio, desligadas de este fondo, desilusionan; parecen demasiado escuetas y simples. Sólo si se consideran estas notas como complemento de la trasmisión personal, puede ser verdad el testimonio del P. González de Cámara, tan enigmático al parecer: *que San Ignacio acabó su Directorio* (2). Es decir. Acabó lo que él quiso hacer. Y lo que él quiso hacer era algo completo dentro de este método personal.

---

(2) MHSI.: *Fontes Narr.*, 1, 708.

El Directorio legado por San Ignacio se reduce a unas *sencillas notas* desligadas, en que va dando consejos sueltos (3). Es que San Ignacio redactó estas notas para sus hijos que deseaban un «recuerdo» a cuyo contacto reviviera el mundo de ideas y procedimientos suscitado ya anteriormente en las conversaciones e instrucciones tenidas con el santo (4).

Un reflejo de estas instrucciones particulares es el *Directorio dictado por San Ignacio al P. Vitoria.* Su carácter es completamente diverso. Hay una gran riqueza de detalles interesantes, observaciones psicológicas, procedimientos que se pueden seguir en circunstancias concretas y bien definidas. Parece más completo que las sencillas normas del libro ignaciano o del anterior Directorio y, sin embargo, su aplicación es mucho más limitada. No se da aquí el espíritu y alma pura del sistema, sino en un cuerpo determinado, en función de un ambiente particular, en un contorno histórico determinado, pues el Padre Vitoria reproduce los consejos que le dió el santo para una ocasión concreta, tal vez para los Ejercicios que dió en 1555 al Abad Martinengo.

Hay en este Directorio principios generales, normas que valen para todos los tiempos, explicaciones que sirven para todas las ocasiones, que son como el soporte y fondo del Directorio, pero hay que saber aislarlas de las aplicaciones particulares que sólo sirven para casos determinados.

No queremos rebajar el mérito de uno de los Directorios más venerandos que poseemos y que nos da mejor que ningún otro el modo de pensar y sentir de San Ignacio en puntos muy interesantes. Es una preciosa reliquia, que nunca la estimaremos bastante. Sólo queremos precisar el alcance de su valor, que radica en poseer un ejemplo concreto de una aplicación de los principios ignacianos a un caso determinado. A su luz podemos intentar adaptaciones similares sin miedo a equivocarnos.

En cambio, la inmortalidad del libro de los *Ejercicios* y de las primeras normas o Directorio ignaciano que bien se puede considerar como un suplemento del texto y que parece una página arrancada del mismo libro, radica, precisamente, en este carácter impersonal, en esta desnudez de toda forma contingente, en haber sabido elevar sus principios teóricos a la región serena que trasciende todas las épocas, naciones y personas.

San Ignacio, como se ve, *se redujo a darnos el espíritu,* el alma, la esencia de su método. En este sentido, y sólo en éste, «acabó» su Directorio. Lo que San Ignacio redactó, interpretado por sus hijos que poseían la clave y estaban llenos de ese espíritu, sirvió de armazón del futuro Directorio. Esta fué la misión peculiar, intransferible de San Ignacio.

---

(3) El texto del Directorio en *Exerc.*, 778-785.

(4) «Algunas cosas que N. P. Ignacio quiere queden *por recuerdo* en el libro». MHSI.: *Exerc.*, 782.

El Directorio oficial de 1599 y las anotaciones que encabezan el texto ignaciano, se relacionan entre sí como fruto y semilla. San Ignacio había especificado ya los elementos vitales: el fin de los Ejercicios, cada uno de sus pasos decisivos, la gradación progresiva del método, las funciones características y las cualidades del director, las disposiciones esenciales del ejercitante, todo entreverado de principios fecundos de vida espiritual, de una reverencia, respeto a las exigencias de Dios y de observaciones de fina psicología espiritual: conducta del director ante las consolaciones y desolaciones, modo de reaccionar del alma ante los engaños del demonio o la inercia de su cuerpo, modo de haberse ante Dios en la meditación y en los momentos cruciales de la elección de vida, desarrollo progresivo de la idea de servicio absoluto y total de Dios.

A estos dos Directorios, uno escrito en breves y básicas notas, otro *oral en sus coloquios* con los futuros directores, donde trasvasaba su alma y con ella la esencia de método, hay que añadir otro tercero, todavía más desleído que el oral, de trazos más perdurables aún que el escrito, pero mucho más difícil de definir y circunscribir, un *Directorio, diríamos, vital* y personal.

San Ignacio iba viviendo en su vida ordinaria el espíritu de los Ejercicios, alma de su alma, y desgranándolos en mil menudencias de su actividad. Sus palabras, sus reacciones, su conducta, eran como un reflejo de ese espíritu, una aplicación concreta de los principios encerrados en ellos y aun un comentario real y práctico de su libro.

Contemplar su persona, seguirle en sus trabajos diarios, reflexionar sobre los móviles de su conducta, era ver los Ejercicios en acción. La persona de San Ignacio, contemplada desde este ángulo, permitía ver al trasluz los repliegues más íntimos y secretos de su libro, cristalización de su alma.

La historia nos habla del interés con que los testigos más inmediatos espiaban sus más mínimos movimientos. Esta inspección y estudio constituyeron la base de las normas que luego fueron plasmando en diversos escritos (5).

3.—Tanteos de redacción del Directorio en tiempo del P. Laínez.

Apenas murió San Ignacio, surgió inmediatamente el anhelo de plasmar en algo concreto este triple Directorio. Las notas redactadas por el santo bastaban cuando se poseía la clave de su persona, pero pronto se vió que, a medida que desaparecían los directores intérpretes de su pensamiento, iban haciéndose más enigmáticas.

(5) A. VALLE: *Los Directorios de los Ejercicios. Manresa*, 3 (1927), 330; I. IPARRAGUIRRE: *Historia*, 1, 152.

En la primera Congregación que se tuvo en 1558, se decidió ya resolver el imperioso problema de un modo rápido y expeditivo. Encargaron al nuevo Padre General, Diego Laínez, que redactara un Directorio en que se precisara el modo genuino de entender los Ejercicios (6).

Uno de los que propusieron este decreto a la consideración de los Padres, fué el benemérito P. Nadal (7). Es fácil que idéntica pretensión, tan obvia en sí, brotara de otros Padres congregados. De todos modos, no necesitaba de grandes recomendaciones para hacer triunfar su voto, ya que se encontraban allí reunidos ardientes propagandistas de la práctica que quería consolidar el jesuíta mallorquín. Baste citar los nombres de Salmerón, Doménech, Mirón. Este último, que sin duda fué uno de los que tomaron más a pecho la aprobación del decreto, nos habla de la razón que les movía a urgir la composición del Directorio.

«Pretendió [la Congregación] ante todo y sobre todo, hacer un decreto de los Ejercicios de San Ignacio únicamente, no de otras meditaciones o ejercicios ajenos a su método..... El fin que se pretendía [con el Directorio] no era otro que el que se diese a la Compañía el verdadero y genuino método y sistema, que el Padre Ignacio tuvo al dar los Ejercicios y dejar constancia del método que todos debían seguir» (8).

Pocos más aptos que Laínez para cumplir el encargo de la Congregación General, ya que pocos como él habían conocido a San Ignacio tan íntimamente. Podían dispersarse los Padres, confiados en que el nuevo General llevaría a cabo con toda perfección sus vivos anhelos.

De hecho, el P. Laínez, como él mismo escribió a una provincia española, se puso a trabajar en el asunto. Vió también desde el principio que, dada la índole peculiar y la trascendencia del asunto, para hacer algo definitivo y perfecto, le era necesario recoger las observaciones de los discípulos directos de San Ignacio que vivían todavía esparcidos por casi todo el mundo.

Laínez buscaba la colaboración más amplia y sincera de todos. Mandó expresamente que anotaran «todo lo que se les ocurría pueda ser provechoso» y «lo que la experiencia les haya enseñado ser útil». Los Padres Provinciales y Comisarios debían recoger esas notas y remitirlas al Padre General, lo que de todo lo reunido les parecía «podía servir para el intento» (9).

El Padre General, aprovechando las sugerencias remitidas, pensaba redactar las normas definitivas que pudieran promulgarse en toda la Compañía y quedaran como cristalización de la mente de San Ignacio.

---

(6) *Congr. 1*, 22v y 1.ª, 25r (Título, 6, 28); *Hisp. 90*, 101r. Cfr. Decr. 107 post electionem en *Institutum S. I.*, 2, 181-182.

(7) *Congr. 20*, 9r.

(8) *Inst. 186c*, p. 57, n. 25 y p. 152.

(9) *Hisp. 90*, 101r; *Inst. 220*, 304, 305.

Semejante determinación, no sólo era un plan acertado. Era, sin duda, el único que se podía excogitar para aprovechar y recoger la tradición viva ignaciana.

A pesar de este optimismo, el proyecto laineziano no pudo llevarse a cabo. Ignoramos el punto exacto en que quedaron los trabajos, y cuántos cooperaron al proyecto, con sus notas y observaciones. Ninguno de los Directorios conservados parecen pertenecer a esta época.

Además que lo que pedía el P. Laínez no era propiamente Directorios ya hechos, sino apuntes sueltos, observaciones de puntos aislados. El mismo carácter fragmentario y el cariz incompleto, provisional, de las notas, debió contribuir a su desaparición y dispersión.

Tal vez los brevísimos y escuetos puntos de San Pedro Canisio publicados en Monumenta, otros del P. Alfonso Ruiz inéditos y algunos más, anónimos, sean restos de los apuntes acumulados por el Padre General (10).

Con todo, una cosa es cierta: Que Laínez, a pesar de sus desvelos y de encontrarse en una situación óptima para plasmar el pensamiento de San Ignacio, tan familiar a él, no pudo redactar el tan deseado Directorio.

4.—Comisión establecida por San Francisco de Borja.

En la Congregación General convocada en 1565 a raíz de la muerte del P. Laínez, se contentaron los Padres reunidos con recomendar al nuevo Prepósito General llevase a término lo que en las anteriores Congregaciones se había ya demandado y todavía no realizado. Una de estas cosas era el Directorio de los Ejercicios (11).

San Francisco de Borja comenzó con diligencia no inferior a la de su predecesor a trabajar en la confección del Directorio. A los pocos meses del nuevo gobierno, escribía su secretario el P. Polanco:

«Muchas cosas que la misma Congregación General no pudo acabar y que dejó recomendadas al Padre General se van ya poniendo en ejecución, como son diversos Directorios» (12).

Borja, hombre práctico y talento organizador, formó comisiones para cada uno de los temas. Para la confección del Directorio de Ejer-

---

(10) Los apuntes de San Pedro Canisio en *Exerc.*, 986; las breves notas del P. Ruiz copiadas por el P. Agazzari: *Circa l'esercizi spirituali ex P. A[lfonso] R[uiz]* en *Fondo Gesù, Ms. 17*, f. 3r. También del P. Ruiz hay unas notas al principio del *Inst. 109*, f. 1v, pero son de carácter personal, como se puede apreciar por el título puesto por el copista Fabio de Fabi: *Ex P. Ruicio accepi modum dandi exercitia*. Notas anónimas en *Archiv. Univer. Greg. 199*, f. 105v.

(11) *Institutum S. I.*, 2, p. 211, decreto 93.

(12) MHSI.: *Polanci Compl.*, 1, 540.

cicios nombró a tres Padres: Diego Mirón, Juan Alfonso de Polanco y Alfonso Ruiz. Elección muy acertada, ya que pocos Padres había entonces que estuvieran tan familiarizados con la antigua tradición ignaciana y conocieran tan a fondo el pensamiento del fundador (13).

Mirón, que aparece en la lista oficial del nombramiento en primer lugar, será el que, de hecho, en los próximos lustros, dirigirá el trabajo de la redacción del Directorio (14). Los Padres de la Comisión podían, más aún, debían, asesorarse de otros, ya que se les manda que redacten un memorial «para que envíen sus pareceres algunos de los ausentes». Debían, además, dar cuenta cada mes al Padre General de la marcha de su trabajo (15).

La máquina estaba montada de modo más perfecto que en el anterior generalato, aunque siguiendo el mismo sistema de consulta y asesoramiento. No llegaron, es cierto, a realizar el cometido de la Congregación: un Directorio que de hecho se impusiese a toda la Compañía con carácter oficial. Pero no se ha de creer que sus trabajos fueron estériles.

El asunto que tenían entre manos era muy complejo. Se entrecruzaban en aquellos años decisivos en que se estaba cristalizando el ser total de la Compañía, tendencias de índole muy varia, modos encontrados de entender el espíritu ignaciano. Como sucede en toda época de crisis, se agudizó la oposición entre las tendencias extremas. En tales circunstancias se corre el peligro de querer sajar el problema por lo sano, imponiendo soluciones radicales que corten de modo tajante toda novedad, pero que precisamente por lo extremo y antinatural de la solución, no sólo no resuelven nada, sino que crean un estado condenado al fracaso por lo violento.

Creemos que el mérito principal de la Comisión consistió precisamente en esto: en no ceder a la urgencia que imponía la Congregación buscando una solución práctica provisional, sino abordar el problema a fondo y contentarse con lo único que podían realizar: tanteos más o menos afortunados, pruebas que hicieran posible a su tiempo la elaboración definitiva del anhelado Directorio.

El camino más expedito para seguir la labor realizada por la Comisión, hubiera sido estudiar las actas de sus discusiones y sesiones. Nada de eso se ha conservado. Probablemente ni se redactaron. Para llenar

---

(13) Cfr. *Exerc.*, 753-756, donde se prueba que el nombramiento se efectuó antes de fines de 1567.

(14) Parece que el orden con que se les asigna en las comisiones es algo accidental. En esta comisión, de hecho, se les cita según el orden de antigüedad en la religión, pero no en algunas otras que se nombran simultáneamente con ésta. Tampoco parece que haya que considerar al primero de los nombrados como «presidente», ya que se altera el orden en algunas comisiones las dos veces que se citan. En la «de la oración», por ejemplo, la primera vez se nombra a Mirón delante de Simón Rodrigues; la segunda se invierten los nombres. Lo mismo sucede en la de la *conversationis* con Ribadeneyra y Palmio.

(15) *Exerc.*, 754.

el vacío de la documentación directa, no resta otro medio que el tortuoso e inseguro de ir rastreando a través de testimonios ajenos y de los escritos que dejaron los mismos miembros de la Comisión.

Se pusieron de acuerdo, sin duda, sobre no pocos puntos particulares, pero la orientación general de los diversos miembros, el modo con que proyectaban la misma realidad era tan diverso, que pasaban los años, y la redacción del Directorio no avanzaba. A más tardar, en 1571, con la salida de la Ciudad Eterna del P. Alfonso Ruiz, debió de disolverse la Comisión que, sin duda, funcionó muy poco tiempo. Nosotros creemos que se esfumó por inacción propia.

La razón íntima del fracaso radicaba en la irreductible oposición del modo de ver y juzgar de los dos miembros principales: Mirón y Polanco. Pocos hombres había en aquella generación que juntaban a una común valía una diferencia de carácter tan fuerte. Los dos llenos de méritos para con la Compañía, a la que prestaron servicios como muy pocos. Los dos, representantes de la tradición primitiva, que habían vivido en sus fuentes más puras. Los dos, fieles hasta el heroísmo en el cumplimiento de su deber, constantes en defender la Compañía de toda clase de enemigos externos e internos, atentos a propulsar cualquier obra que se ajustara a su espíritu. Sin embargo, había demasiada distancia entre la intransigencia del valenciano y la discreción del burgalés, para que pudieran fundir sus respectivos productos en una obra común. Mirón había nacido para trabajar solo. Únicamente él mismo podía ser su complemento. Ningún otro se ajustaba a su modo personal.

La única solución viable era que cada uno de los dos, trabajando por separado, dieran el fruto de su experiencia y conocimiento íntimo de la Compañía. Es lo que hicieron años más tarde redactando cada uno de por sí sendos Directorios, magníficos los dos, pero también antagónicos en sus líneas generales, como tendremos ocasión de verlo cuando los presentemos a los lectores.

5.—Estado del trabajo al principio del generalato de Mercuriano.

El hecho es que al subir al poder el P. Mercuriano, la confección del Directorio estaba paralizada, tanto que el nuevo Padre General decidió prescindir de comisiones y ocuparse personalmente del asunto. Sólo que las ocupaciones de su cargo pudieron más que sus deseos.

A fines de 1575 escribía al P. Polanco, antiguo miembro de la Comisión, que «no podía atender a tanto». De todos modos quería «hacerlo maduramente y en modo que no haya que volver a poner luego las manos» (16).

---

(16) Mercuriano a Polanco el 25 de diciembre de 1575. MHSI.: *Polanci Compl.*, 2, 430.

Un implícito reproche contenía esta carta, que a la vez es un resumen del estado del trabajo en aquella fecha. Era necesario «volver a poner las manos» en lo que había recogido y elaborado la Comisión. La materia—continúa—estaba «recogida y como dispuesta», pero «no tenía todabía su ser definitivo». Por ello había que revisar el material para hacer algo definitivo y «maduro».

¿De qué se componía este material? Conservamos un códice que, a nuestro entender, fué escrito al principio del generalato del P. Mercuriano y que, por consiguiente, refleja el estadio en que se encontraba el trabajo en aquella época. Lo mandó copiar el nuevo secretario Antonio Possevino. Debía de ser como un manual en que reunió el material que más le urgía por el momento.

Se encuentran en él, en primer lugar, el bloque entero de los Directorios llamados ignacianos, desde el autógrafo hasta el dictado al P. Vitoria. Vienen luego unas observaciones dictadas también por el P. Mercuriano al P. de Fabi—conocidas bajo el nombre de Directorio anónimo B2—y que no son más que el modo personal con que el Padre General vivía los Ejercicios. Cierran la lista de documentos sobre Ejercicios, dos Directorios, o más bien instrucciones, publicados en Monumenta con la denominación B3 y B1, cuyos autores nos ha sido imposible identificar (17).

Todos estos escritos existían ya hacia 1573-1574, fecha de su inserción en el códice que estudiamos (18). Creemos que suponen un estadio más antiguo aún. Possevino debió de mandar trascribir los que encontró ya en secretaría, no los que en aquellos meses estaban elaborándose. Sin duda, algunos de éstos fueron los que, lustros más tarde, recibieron la denominación genérica, pero significativa por lo que dejaba traslucir de antigüedad y veneración: Directorio *in archivo inventum* (19).

Se va ya delineando en las observaciones presentadas, sobre todo en la B1, la más perfecta de todas, la contextura de los futuros Directorios, pero sus contornos son muy difuminados. Se esboza un plan de conjunto, todavía muy rudimentario y de dimensiones muy generales: excelencia, frutos, definición, método. Se van montando ya algunas de las ruedas del engranaje del método. Pero el conjunto no sobrepasa la categoría de notas sueltas, muy lejos aún de la trabazón

---

(17) El Directorio B2 en *Exerc.*, 896-898. El artículo en que desarrollamos este punto en *Manresa*, 20 (1948), 71-90. *Influjo de los Ejercicios Espirituales en la vida del P. Everardo Mercuriano.* Los Directorios B1 y B3 en *Exerc.*, 935-938; 883-896.

(18) Es el códice *Inst. 188*. Debió de escribirse en épocas sucesivas. Hay documentos de 1574-1578. Como los de Ejercicios están al principio, creemos que debieron de copiarse hacia 1575-1576, es decir, casi en la fecha de la carta del P. Mercuriano. Tal vez con ocasión de esa carta decidió el Padre General remover el asunto; y Possevino, para facilitar el trabajo, decidió copiar los materiales y presentarlos juntos al Padre General. De hecho, Possevino habla en su *Autobiografía* de cómo revolviendo el archivo encontró varios de los primitivos Directorios aquí copiados. *Opp. NN. 336*, f. 87.

(19) *Exerc.*, 758.

bien pensada del futuro Directorio, en que se seccionarán conforme a un criterio fijo, las diversas materias para tratarlas sistemáticamente.

No quisiera que por este juicio se desestimaran las notas de esta época. Las perlas de brillo más legítimo que luce el Directorio oficial han sido tomadas de estas ricas minas. Sólo decimos que falta el engarce que sepa colocar y aprovechar en su puesto justo los inestimables valores desparramados aquí.

Entre los puntos más esclarecidos están, sin duda ninguna, las relaciones con el ejercitante. Escritas por hombres avezados ya en el uso del método, vuelcan sobre el papel su rica experiencia. Así, por ejemplo, el proceso que ha de seguir el director en la explanación de los puntos, está descrito con una fineza psicológica en sus principales momentos, que en vano se buscará aun en el Directorio oficial. El programa de vida para perseverar en los buenos propósitos, es una síntesis de los principios esenciales de una espiritualidad, práctica, sólida y jugosa a la vez (20).

6.—Trascendencia del Directorio de Polanco.

Tales son las características que reflejan las notas anteriores a 1575. Faltaba la mano que diese forma a la materia rica, pero inerte, que yacía sin cohesión en los desperdigados infolios. Gracias a Dios no se hizo esperar el hombre que supiese realizar la misión tan necesaria entonces de ensamblar los diversos elementos. Éste no fué otro que Juan Alfonso de Polanco, avezado ya a esta clase de trabajos.

Polanco fué el que supo organizar, en una unidad arquitectónica y en una síntesis armónica, el material de las observaciones de los primeros tiempos. Él supo ordenarlas siguiendo un plan lógico y natural, que daba su justa proporción a los detalles y puntos particulares. La acción de Polanco fué decisiva, e inicia una nueva etapa en la gestación del Directorio.

Fué el propio Mercuriano quien le confirió tan delicado encargo (21). No creemos, con todo, que el Padre General pretendiera que Polanco trazase el texto definitivo, sino tan sólo uno previo que sirviera de guía en la elaboración última.

Más problemático resulta precisar la razón de esta orden. La explicación que nos parece más verosímil, dadas las circunstancias de entonces, es la siguiente: Mercuriano proyectaba confiar—como lo hizo

---

(20) Se encontrarán estas normas de perseverancia en *Exerc.*, 891-892 y 892 y 894-896.

(21) Lo dice expresamente Polanco: *Ex obedientia Patris nostri Everardi. Exerc.*, 797.

poco más tarde—la composición definitiva del Directorio al P. Mirón. Si quería realizar una obra definitiva, sobre la que no hubiera que volver a «poner la manó», como había sucedido con los intentos anteriores, era necesario evitar el escollo en que se había caído hasta entonces: dar cabida sólo a una orientación determinada.

Si alguno merecía que se hiciera caso de su modo de pensar, era, sin duda, el secretario de los tres primeros Generales, uno de los hombres que más íntimamente se habían compenetrado con San Ignacio. Quiso pues, tal vez, el Padre General, por medio de Polanco, pulsar la opinión de ese otro sector, totalmente ortodoxo y genuino, pero más flexible y adaptable a las exigencias modernas que el que representaba Mirón y aun el propio P. Mercuriano.

Polanco se aprovechó para su cometido de los materiales recogidos en tiempo de Laínez y Borja que hemos examinado más arriba. Y, cierto, no defraudó el experto exsecretario. Ningún otro Directorio contemporáneo le supera en penetración psicológica, armoniosa disposición de los más variados elementos, estudio del engranaje del método, sentido realista de la vida espiritual. Para encontrar un escrito que resista la comparación con el suyo, es necesario acudir al del P. Gil González Dávila.

La armazón es muy sencilla. La misma del libro de los Ejercicios, cuyo orden sigue en sus capítulos, pero no de un modo desleído como en los anteriores escritos, sino sabiendo interpretar el valor de cada documento, dando a cada uno la importancia debida y considerándolo en dependencia de la función a que respondía. En muchas de las notas precedentes se trascribía, con la fidelidad más exacta, la misma práctica. Poseían el sello de la genuinidad y de la tradición antigua, pero no pasaban de ser una noticia histórica, sin profundidad de contenido ni perfil ideológico.

Polanco nos da algo vívido, que ha pasado antes por su ser. Las anotaciones anteriores eran, si se quiere, fotografías de la práctica; las de Polanco son cuadros sentidos, en los que, sobre el fondo de la realidad, emerge la interpretación personal de uno que, tal vez como ningún otro, se compenetró con el modo de sentir y aun de formular de San Ignacio.

Hay incluso puntos, como el valor de la aplicación de sentidos y función del elemento afectivo, tratados mejor que en el Directorio definitivo. Supo Polanco sobreponerse en esto a las corrientes en boga en la época y no claudicó, como hizo el Directorio oficial, ante el miedo de posibles erradas interpretaciones.

7.—Encargo al P. Mirón: su significado dentro del plan de gobierno del Padre General

Tenía ya Mercuriano todos los elementos del trabajo que deseaba hacer. Podía ya darle una base amplia, objetiva. Nadie podía decir que la obra había sido el tributo de ninguna tendencia con exclusión de las demás.

Faltaba sólo la refundición del material para llegar a la síntesis total, definitiva. En 1575 se sentía el General con arrestos de realizar o al menos dirigir personalmente la importante obra, pero no podía «atender a tanto». Con todo, en su respuesta a la Congregación provincial de Francia de este mismo año, se muestra más cauto. Se contenta con mandar decir que «en caso de que se prepare algo, se les mandará» (22). Estaba esperando un hueco oportuno en su labor, para dedicarse a su Directorio. Pero el tiempo pasaba, la ocasión no llegaba y se decidió encomendar la redacción al hombre de su mayor confianza y representante más puro de las más puras tradiciones: al P. Diego Mirón (23).

No puede extrañar la elección a quien conozca, por una parte, el programa de gobierno de Mercuriano y, por otra, el modo de pensar y sentir de Mirón. Ningún otro se adaptaba tan íntimamente al General belga como el jesuíta valenciano, que fué para él, ni más ni menos, lo que Polanco había sido para San Ignacio.

El ideal de Mercuriano era hacer reverdecer en el árbol de la Compañía el primitivo espíritu, injertando en su cuerpo las antiguas genuinas tradiciones, algunas de ellas ya medio secas, y podando sin compasión los parásitos que se hubieran adherido con el correr de los años (24).

No perdía ocasión el celoso General para desarrollar su plan.

Un día es al P. Carminata, Visitador de Polonia, a quien recalca encarecidamente que «todos los Nuestros para que hagan con fruto la oración

---

(22) *Si quid forte hic parabitur, illis mittetur. Congr.* 42, 193r.

(23) En la respuesta del Padre General a la provincia de Castilla a fines de 1580 (*Inst.* 56, 80r, transcripto en *Exerc.*, 756) se dice taxativamente: *Mandata est iam haec cura conficiendi.* Luego el encargo estaba ya dado. ¿A quién? Sólo pueden venir en consideración dos personas: Polanco y Mirón. A Polanco es verdad que le confió redactase un Directorio, pero fué antes de 1575 y sabemos que todavía este año seguía el P. Mercuriano con el propósito de hacer él, personalmente, este trabajo. Además, el Directorio que escribió Polanco se guardó sigilosamente en el archivo, sin que se permitiera sacar ninguna copia. No se desempolvó hasta el generalato del P. Aquaviva. Por otra parte, nos consta que, a Mirón, le dió el encargo de redactar un Directorio, como lo veremos en seguida en el mismo texto.

(24) En el capítulo 16 veremos despacio la táctica del P. Mercuriano en este punto.

han de ser instruídos en hacerla según el modo propio de la Compañía» (25); otro, dirige al Visitador de Andalucía las siguientes textuales palabras:

«Sobre todo se le encomienda que si algún espíritu peregrino viese en los de esta provincia fuera del modo de proceder de la Compañía, lo advierta y avise con diligencia dónde le ha hallado y quién es su defensor y los motivos que tienen para llevarla adelante» (26).

Una de las ideas favoritas que gustaba repetir el Padre General era que las reglas y Constituciones formaban como la materia de la Compañía, y los Ejercicios como el alma. Más aún. Que la Compañía necesitaba más que de reforma, de *forma*, ya que todavía no se había desarrollado el Instituto en su realidad integral (27).

La actuación de su consigna de vuelta al «auténtico» espíritu no fué siempre fácil. Había penetrado muy profundamente en algunos sectores una tendencia que pregonaba una necesaria modernidad, una mayor anchura y elevación espiritual, sin cortapisas para el alma, que debía volar libre, mecida por el soplo vivificante del Espíritu Santo. Éstos, al dar los Ejercicios, se preocupaban menos de interpretar el pensamiento de San Ignacio que de entretener el alma santamente aquellos días con consideraciones espirituales más o menos felices y elevadas. Iba cundiendo la moda de una alta y libre espiritualidad en aquella época de intensa floración de grandes místicos, en que la teología espiritual comenzaba a desprenderse del árbol de la teología general (28).

Mercuriano, para esta campaña de «ignacianismo» del Instituto, encontró en Mirón el colaborador ideal. Era el hombre que necesitaba: ideales idénticos, conciencia de la urgencia de la misión, situación excepcional para llevarla adelante, conocimiento de los primeros tiempos y del espíritu de San Ignacio, de quien personalmente había recibido los Ejercicios y bajo cuya inmediata dirección había dado los primeros pasos en la vida jesuítica. Muy pronto se convirtió Mirón en el auxiliar más estimado del P. Mercuriano, en el favorito, si se nos permite hablar así, del Padre General, quien le confió, entre otras tareas delicadas, la revisión de las reglas y, de modo más general, el expurgar de la vida jesuítica los elementos viciados que se hubieran infiltrado sigilosamente con el correr de los años (29).

Pero era imposible llevar a cabo esta empresa, si los Ejercicios

---

(25) Respuesta de 4 de junio de 1581, *Inst. 188*, 253.

(26) Respuesta de 4 de enero de 1578, *Hisp. 89*, 24r.

(27) *Opp. NN. 336*, 91v.

(28) El P. Mirón dió el grito de alarma de este peligro en su Apología publicada en MHSI.: *Exerc.*, 684-698, atacando duramente al P. Blondo y a otros Padres de tendencia parecida.

(29) En *Ritus et Traditiones Societatis Iesu* fué compilando Mirón las costumbres que le parecieron más genuinas y más dignas de tenerse en cuenta. Su principal fuente, además de sus recuerdos personales, son las instrucciones del P. Nadal. Texto de *Ritus* en *Inst. 186c*, pp. 59-370. En las pp. 3-30 del mismo códice un *Excerpta*.

estaban viciados con elementos espúreos. Se comprende, por ello, que el devolver a los Ejercicios su pureza primitiva, tenía que constituir necesariamente el centro y punto crucial del plan de campaña espiritual iniciado por el P. Mercuriano. Cuando recomendaba a Baltasar Álvarez que no se apartase un punto en su meditación de los Ejercicios; cuando se mostraba disconforme con la espiritualidad del P. Cordeses, por no creerla entroncada en el árbol de los Ejercicios—prescindimos aquí de que en realidad fuera así, hablamos sólo de lo que creía el Padre General—, no hacía más que poner en práctica con lógica inflexible su programa de gobierno.

El Directorio se consideraba siempre como la salvaguardia mejor de la pureza de los Ejercicios. Ocupaba, en consecuencia, el puesto clave de todo el movimiento. Y si Mercuriano no consiguió concluirlo, obtuvo, sin embargo, con sus incesantes apremios, el triunfo decisivo de la tendencia que patrocinaba la necesidad de dar al Directorio un cariz neta y exclusivamente ignaciano.

8.—Directorio de la primera Congregación redactado por Mirón

A esta luz hay que juzgar el Directorio del P. Mirón, como parte de su campaña de vuelta a la tradición. El Padre General le encargó su confección en este sentido. El título que lleva el documento es un título solemne, propio de documentos oficiales, que refleja la delegación de que estaba revestido Mirón. Se le llama «Directorio de los Ejercicios por autoridad de la primera Congregación General» (30).

Creemos que el P. Mirón, en nombre del Padre General, presentó su Directorio a la Congregación General reunida en febrero de 1581 y rogó a los Padres que lo pusiesen en práctica con carácter, al menos, experimental. Si no nos explicamos el título que da al documento un carácter casi oficial, el que en esa Congregación en la que se hallaron presentes algunos de los más entusiastas promotores de los Ejercicios y aun varios autores de Directorios, como los PP. Salmerón, Doménech, Manareo, Maggio, Adorno, Gagliardi, Hofeo, Fazio, no se urgiera, a diferencia de lo que hicieron las anteriores Congregaciones, la composición del tan deseado Directorio, y sobre todo, la extraordinaria difusión que alcanzó. Lo asegura un testigo de todo crédito: el P. Gil González Dávila (31).

---

(30) Texto en *Exerc.*, 846. El Directorio no se compuso antes de 1575-1576, porque es posterior al de Polanco, escrito por estos años. No después de 1582, fecha puesta al frente de la copia que conservamos. Probablemente esta fecha, que coincide con el término de la 4.ª Congregación General, es también la data de la composición. Sabemos que a principios de 1580 estaba todavía escribiéndose.

(31) *A multis receptum, et usu paene quotidiano nostrorum probatum est.* MHSI.: *Exerc.*, 900.

Si se admite el hecho de que los Padres de la Congregación volvieron a sus provincias con el texto de Mirón, se explica muy fácilmente se hubiera difundido de ese modo. Téngase en cuenta que los demás Directorios quedaron sepultados en la secretaría del Padre General, o a lo más, circularon por un número restringido de personas.

Lo cierto es que el Directorio no apareció como obra de Mirón, sino como documento oficial anónimo. Sin duda, que antes de que comenzara a correr con el aval oficial, revisarían el texto los Padres Asistentes y el P. Mercuriano, como se hace en todo documento oficial, e introducirían sus retoques. Pero las modificaciones no debieron de aportar cambios fundamentales al conjunto. Lo más afectarían a algunos puntos de detalle.

Porque en el Directorio, tal cual ha llegado a nuestras manos, no falta ninguno de los rasgos típicos y personales de los escritos del P. Mirón, uno de los autores a quien es más fácil descubrir, aunque se cubra con el velo del anonimato.

Le tracionan en seguida sus locuciones propias y modismos favoritos. Y sobre todo, rasgos mucho más íntimos y sustantivos: evocaciones nostálgicas del tiempo primitivo, recomendaciones de prácticas de tipo austero y penitencial, acopio de menudencias de detalle en las distribuciones, entusiasmo por lo tradicional y puramente genuino.

Precisamente, el que en vez de reflejarse una tendencia universal, se trasluciera demasiado el modo de sentir personal de un hombre, por eminente que éste fuera, condenaba de antemano al fracaso su obra. Ni siquiera llegaba a asimilar las tendencias de sus antiguos compañeros de comisión, Polanco y Ruiz. Más aún: en no pocos puntos parecía adivinarse cierto afán de refutar modos de pensar de su antiguo colega, el P. Polanco (32). La diversa táctica que se observa en los Directorios de los dos grandes hombres, ¿no será un eco lejano de las discrepancias que esterilizaron la cooperación?

Polanco, en su Directorio, se afana por dar la razón de las medidas que va recomendando. Mirón va derecho a la perfección teórica, sin admitir las sinuosidades de una adaptación a la práctica. No intentemos buscar en sus páginas el fondo psicológico, tan rico, que va proyectando Polanco sobre las prescripciones ignacianas. Falta también en Mirón el conocimiento íntimo de los problemas que pueden torturar el alma del ejercitante, los principios doctrinales extraídos de la más pura entraña de los Ejercicios, vistos no en su osamenta rígida y descarnada, sino con esta anchura de concepción, que caracterizan el escrito de Polanco.

Si el fondo en Mirón es de escasas proporciones, la forma, en cambio, alcanza un realce y amplitud insospechadas. Se complace el antiguo

---

(32) Nos consta que Mirón redactó su Directorio «después de haber visto el del P. Polanco». Lo dice el P. Aquaviva, *Tolet. 1*, 201. La carta la copiamos en el capítulo siguiente.

ejercitante de San Ignacio en multiplicar detalles del método, algunos de suma utilidad práctica, en acumular observaciones que puedan facilitar el desarrollo perfecto del proceso.

Las discrepancias entre ambos Directorios no son sólo de detalle. Van a lo íntimo del método. Son consecuencias del opuesto punto de vista desde que ambos consideraban los Ejercicios: Mirón desde la altura pura e ideal de la teoría. Polanco desde el corazón del ejercitante. El respeto sumo que manifiesta Polanco desde la primera hasta la última línea al alma y modo de ser del ejercitante, la discreción y suavidad con que va presentando las normas, que también el antiguo secretario detalla y particulariza, pero sólo cuando es necesario y como quien no puede menos, la delicadeza con que atiende las circunstancias particulares del individuo, el ambiente de paternidad y de confianza que se esfuerza por dar a las relaciones del director, son el reverso de las fórmulas breves, concisas, absolutas, fijas de Mirón.

«El director no debe llevar consigo el libro», dice Mirón. «El ejercitante no debe leer». Polanco, en cambio, cuánto más dúctil y humano: «Para ayudar a la memoria del ejercitante»—siempre la razón de las cosas—«si sabe escribir»—siempre atendiendo a las circunstancias de la persona—«se le dicten los puntos, etc. Aunque de suyo es mejor dictar»—sólo ahora la regla bien matizada, cuando ya ha preparado el ánimo y ha considerado todo—«para que se humille el ejercitante..... con causa, sin embargo»—siempre su anhelo de adaptarse y su sentido de la realidad—«puede convenir a veces dar los escritos» (33).

Podíamos continuar haciendo la anatomía de ambos Directorios. La conclusión sería siempre idéntica: ductilidad en Polanco; perfección ideal y teórica en Mirón.

Lo que sí tomó Mirón de Polanco fué la estructura orgánica de su Directorio. Basta comparar este escrito, ya ultimado de Mirón, con unas notas breves suyas, que acabamos de descubrir y que son, sin duda, un esbozo inicial del futuro trabajo. Se dan en este guión las mismas ideas que luego explanó en su Directorio—Mirón no acepta cambios en su mentalidad—, están ya cuidadosamente anotados los parajes adecuados de las Constituciones, se reconoce ya la importancia de acudir a las fuentes más directas para percibir en su primitiva pureza el modo de pensar y sentir de San Ignacio, pero no hay ni gérmenes siquiera de estructuración alguna (34).

---

(33) Los principales textos comparados de los dos Directorios principalmente en *Exerc.*, 849 y 804.

(34) Se encuentran en el *Archiv. de la Univ. Gregoriana, F. C. n. 1.037.* Es una serie de números sin casi orden ninguno. Algunos párrafos han pasado íntegros al Directorio definitivo. Otros han sido desarrollados. Todavía en el *n. 1.055* de la misma serie *F. C.*, en un cuaderno de apuntes espirituales, autógrafo del P. Jerónimo Bencio, existe otro escrito mucho más breve, una especie de esquema del Directorio del códice del *F. C. n. 1.037*, con este título: *Directorium exercitiorum tradendorum a P. Jacobo Mirone dispositum.*

El sello escueto, formulista, disgregado de los demás escritos de Mirón que están en la misma línea de las normas a que nos acabamos de referir, casi en el polo opuesto de la armónica sistematización y el talento de Polanco que triunfó siempre en los trabajos de síntesis y unificación, están confirmando lo que exige la cronología de los documentos: que la armazón del Directorio de Mirón depende de Polanco.

9.—Balance de la acción de Mercuriano.

Podemos ya cerrar el balance del generalato del P. Mercuriano.

Mercuriano no acabó el Directorio, pero fijó su espíritu, marcó la orientación que triunfaría en la redacción definitiva. Este fué su gran mérito.

Sin los apuntes que por su orden escribieron los Padres más venerados, como Mirón y Polanco, muy probablemente se hubieran perdido para siempre elementos preciosos para la fijación del auténtico criterio ignaciano.

Con su campaña metódica, callada, pero tenaz, se afanó por eliminar de la espiritualidad los aspectos no ignacianos. Es verdad que, llevado por este noble afán, fué en ocasiones demasiado lejos y ahogó elementos netamente ignacianos de carácter afectivo-místico que, por su afinidad por corrientes peligrosas, podían ser mal interpretados y mal usados podían degenerar. Pero su acción de conjunto, desde el punto de vista nuestro de los Ejercicios—otra cosa es en el campo de la oración—, fué providencial. Gracias a ella consiguió que no se infiltraran en el documento oficial tendencias menos rectas.

En compensación, también la poca comprensión que se observa en el Directorio oficial para todo lo místico y afectivo, se deriva como de su fuente de las orientaciones marcadas por él.

Si Aquaviva pudo, por fin, llevar a feliz término con relativa facilidad la anhelada redacción, fué porque el General belga había ya desbrozado el terreno y aun comenzado a labrar los sólidos fundamentos de la obra futura.

El edificio que levantó Aquaviva sigue las líneas trazadas por Mercuriano.

CAPÍTULO XV

CONFECCIÓN DEFINITIVA DEL DIRECTORIO

1.—Necesidad del Directorio y encargo del P. Aquaviva de nueva elaboración.

Al iniciar el generalato el P. Aquaviva, muchas circunstancias estaban reclamando la confección del Directorio. Iban muriendo los Padres que habían conocido a San Ignacio. Con su desaparición se esfumaba el eco de las primitivas tradiciones. Pululaban tendencias encontradas en no pocos puntos del mismo método. Los años de agobio habían convertido en costumbre prácticas viciadas y recortadas que sólo podían admitirse como medidas extraordinarias en tiempo de excepción. Palpaban muchos directores con angustia que el fruto de los Ejercicios no correspondía a las trasformaciones que se decía habían realizado en los primeros tiempos.

A la vez, un poderoso movimiento espiritual de las antiguas Órdenes de caracteres distintos en algunos puntos a la nueva Orden, iba infiltrándose en el ambiente. La Inquisición cercenaba con mano fuerte todo brote de novedades y de falsa espiritualidad. Una atmósfera de recelo hacia lo afectivo y místico dominaba el ambiente, y el ambiente influía mucho en algunos jesuítas.

Simultáneamente los Superiores, en particular los Visitadores, habían iniciado una campaña a fondo en pro de una revisión del método y vuelta a la tradición. Estos factores, encontrados entre sí, fueron provocando en aquella generación un anhelo de poner fin a todas estas incertidumbres y de poseer un Directorio que canalizara las energías suscitadas en aquellos lustros y eliminara lo vicioso que se hubiera entremezclado.

Los Padres más representativos aprovechaban las circunstancias que se les ofrecían para pedir al Padre General satisfaciera anhelos

tan sinceros y universales. Una de las circunstancias que les brindaron medios más propicios, fueron las Congregaciones provinciales.

Ya en 1573 dos provincias, una italiana, la de Sicilia, y otra alemana, la de Germania Superior, reclaman con urgencia la ejecución de lo mandado en este particular por la primera Congregación General (1). La de Sicilia no se contenta con peticiones de tipo general, sino que bajando al terreno práctico, ruega al Padre General que «encargue la confección [del Directorio] a alguno» (2). Dos años más tarde la Congregación belga, en la que actuaba de secretario San Roberto Belarmino, y casi al fin del generalato del P. Mercuriano las de las provincias antiguas de Castilla y Aragón, piden la redacción del documento anhelado (3). Los Padres de esta última provincia vuelven a insistir en 1587, encargando al Padre Procurador enviado a Roma, que «por amor del Señor» consiga del Padre General se envíe el Directorio «porque se espera mucho fruto de ello» (4).

Para responder a la expectación que había en toda la Compañía, Aquaviva tenía que obrar con rapidez y decisión. El camino más breve hubiera sido corregir y revisar el Directorio ya existente con carácter medio-oficial, redactado por el P. Mirón, del que acabamos de hablar en el último capítulo, pero Aquaviva adoptó un procedimiento muy distinto, que le honra sobremanera.

Consciente de que con soluciones improvisadas o precipitadas no se resolvía nada definitivo, prefirió ir despacio y realizar una obra definitiva, aunque tal actitud suponía la continuación por algún tiempo de la desorientación reinante. El Padre General miraba muy lejos. Más que el presente, caduco y pasajero, le interesaba el futuro. La historia le ha dado la razón. Retrasó la ejecución unos años, pero su Directorio sigue hoy en pie en el cuarto siglo de su existencia.

Consciente de la gravedad de la empresa y del paso que daba, dió marcha atrás, para volver a comenzar otra vez desde el principio las laboriosas gestiones. Su decisión audaz, incluía el volver a recorrer otra vez la serie de notas, observaciones, sugerencias, en las que yacían soterrados valores inestimables que no habían sido aprovechados en el Directorio de Mirón y que él no podía permitir fueran desperdiciados. Pertenecían al tesoro no suyo, sino de la Compañía. El prescindir de ellos hubiera sido como reato de alta traición para con San Ignacio y los más venerandos Padres.

El P. Aquaviva, lo mismo que el P. Mercuriano diez años antes, se ilusionó creyendo poder realizar el trabajo personalmente. Pero con un sentido de la realidad más objetivo que el de Mercuriano, se dió pronto cuenta de que sólo podría satisfacer sus deseos, si otro le preparaba adecuadamente la labor. Decidió, pues, reservarse la última parte, la revisión a fondo, y buscar una mano experta que le zurciera el material existente.

---

(1) *Congr. 42*, 34v.
(2) *Congr. 42*, 13r.
(3) *Exerc.*, 756.
(4) *Congr. 43*, 213r.

Para ello reunió los apuntes que le pareció contenían lo mejor y más depurado de las numerosas observaciones enviadas hasta entonces. Fueron éstos los Directorios de Polanco, Mirón, Claudio Matthieu y uno anónimo encontrado en el archivo (5).

Este material remitió a los Padres más antiguos. «Antiquissimos quosque», es la expresión exacta de Mirón (6). El prefacio del Directorio *variorum* especifica diciendo que mandó los citados Directorios «a algunos de los Padres más antiguos de la Compañía y más peritos en el asunto» (7).

¿Quiénes fueron estos Padres antiquísimos y peritísimos?

Algo de luz arroja para responder a esta pregunta, la observación que a continuación se lee en el mismo Directorio *variorum*: «Teniendo a la vista los juicios de estos Padres, se ha compilado el Directorio presente en forma de centón» (8).

Ahora bien: sabemos que el Directorio definitivo se redactó a base de párrafos de los Directorios de Mercuriano, Polanco, Mirón, Gil González Dávila, un breve Directorio español anónimo y otro encontrado en el archivo (9). Por los nombres trascritos se ve que hay que tomar la nota en el sentido amplio de que se tuvieron en cuenta los juicios de estos Padres para la redacción del Directorio, no en el estrictamente literal de que fueron consultados precisamente por el P. Aquaviva, ya que dos de ellos, los PP. Polanco y Mercuriano, descansaban en el Señor. Todavía nos quedan dos nombres, *Mirón* y *Gil González* y otros dos Directorios de autores desconocidos. Uno de éstos parece que tampoco fué consultado por el P. Aquaviva, ya que se trata del autor de un Directorio encontrado en el archivo.

Al menos esta nota nos sirve para precisar el criterio seguido por el Padre General. Nada de confiar en un hombre, como Mercuriano, ni siquiera en una comisión cerrada, sino aprovechar las fuerzas vivas, estuvieran donde estuviesen.

A los dos nombres seguros de los PP. Mirón y Gil González, debemos añadir el nombre de otro tercero, a quien, por otras fuentes, sabemos que el Padre General remitió los documentos para la revisión: el *P. Jerónimo Doménech* (10).

¿Hubo todavía más Padres «antiguos» consultados? Si la nota repetidamente citada del Directorio *variorum* fuera del todo precisa, se

---

(5) Véase *Exerc.*, 758-759, completando, para fijar el autor del Directorio *Provincialis Franciae*, con la carta que copiamos como texto de la nota 20.

(6) En la Apología de los Ejercicios. *Exerc.*, 687.

(7) *Exerc.*, 1.011, nota *b*.

(8) *Exerc.*, 1.011, nota *c*.

(9) *Nomina Patrum ex quorum scriptis confectum est hoc directorium. Exerc.*, 759.

(10) En la carta del P. Aquaviva al P. Doménech, de 28 de enero de 1585, hace referencia a los Directorios que le había ya enviado y añade a continuación: «Después que los haya acabado de ver, nos envíe su parecer». *Arag. 4*, 28v. Más problemático es dilucidar si el Directorio breve español de que habla el Directorio *Variorum* es el enviado por Doménech como respuesta al mensaje del Padre General.

podría deducir que, al menos en Roma, no se recibieron respuestas de ningún otro, ya que allí se dice que se usan los juicios de los consultados y no se dan más nombres que los que acabamos de indicar.

Nosotros hemos recorrido cuidadosamente la correspondencia del P. Aquaviva de estos años, y no hemos encontrado más encargos que los hechos a los PP. Gil González y Doménech. Conservamos el regesto completo de esta época, de donde parece poder deducirse que fueron éstos los únicos Padres elegidos para la delicada tarea. Con todo, siempre queda la posibilidad de comisiones orales—como sin duda se hizo a Mirón—y de otros modos.

La verdad es que eran ya muy pocos los Padres antiguos que podían ser consultados. De los primeros compañeros de San Ignacio, vivían solamente *Salmerón* y *Bobadilla*. Parece que no se consultó a ninguno de los dos. Salmerón, cierto, entraba en la categoría de experto en Ejercicios. Los primeros años de su vida fué jalonando sus continuas misiones apostólicas con retiros en las ciudades en que se detenía algo más de tiempo. Más tarde, dedicado principalmente al gobierno y a la pluma, pudo trabajar menos en este ministerio.

Dada la autoridad de que gozaba el P. Salmerón, sin duda que Aquaviva hubiera deseado aprovecharse del conocimiento y experiencia del antiguo compañero de San Ignacio. Con todo, se explica perfectamente que no le pareciera oportuno exigirle el trabajo de la revisión de los Directorios.

Precisamente durante estos meses, estaba Salmerón sumergido de lleno en la tarea de ultimar sus obras escriturísticas. La provincia de Nápoles, solidarizada con aquel hombre a quien tanto debía, había pedido repetidas veces al Padre General concediese al eminente teólogo tiempo y posibilidades para poder llevar a término una obra en la que tantas esperanzas se habían cifrado, y que aun hoy día sigue estimándose por sus profundos tanteos en una orientación moderna de la ciencia escriturística, en la llamada actualmente teología bíblica. El Padre General, interesado como el que más por sus escritos, le mandó un Padre que le ayudase en su trabajo. ¿Cómo en estas circunstancias sacarle de tales ocupaciones y robarle preciosas semanas en una obra sin duda de mucha importancia, pero que podían realizar otras personas?

Bobadilla, achacoso y anciano, anduvo todos estos años, como él mismo ingenuamente confiesa en su Autobiografía, de acá para allá por los Colegios de Italia sin encontrarse a gusto en ninguno (11). Varias veces pasó por Roma y pudo muy bien el Padre General haberle comprometido de palabra. Pero apenas se había dedicado a dar Ejercicios. Exigía esto cualidades de delicadeza y suavidad que se avenían mal con el carácter impetuoso y movedizo de aquel hombre singular que,

(11) *Saepe infirmus transivit ex uno collegio ad alterum per omnes provincias Societatis [Italiae]*. MHSI.: *Bobadillae, Mon.*, p. 628, n. 52.

en sus misiones por casi toda Italia y en sus importantes comisiones diplomáticas en el Imperio alemán, realizó meritorios servicios en pro de la Iglesia católica.

Junto con los dos antiguos compañeros de San Ignacio, sobrevivía todavía un número reducido de Padres que habían entrado en la Compañía los primeros años. *Oliverio Manareo* era uno de éstos, pero se encontraba entonces en continuo viaje por las provincias del norte de Europa en calidad de Visitador. A *Lorenzo Maggio* y *Pablo Hojeo* los tenía junto a sí como Asistentes y fueron consultados, más tarde, al igual que los demás Asistentes, como veremos a su tiempo.

Vivían también hombres tan vinculados a los primeros años, como Pedro de Ribadeneyra, San Pedro Canisio, Francisco Estrada, Benedicto Palmio, Juan Bta. Viola, Miguel de Torres, Pablo d'Achille, Juan Lanoy. Y, aunque algo posteriores al tiempo de San Ignacio, los PP. Antonio Possevino y Aquiles Gagliardi, por su particular dominio de la técnica de los Ejercicios, bien podían entrar en la lista de los posibles consultados del Padre General.

Sin embargo, repetimos. No tenemos prueba ninguna positiva de que ninguno de éstos hubiera intervenido en esta revisión. Extraña, ciertamente, que el P. Aquaviva, en un momento en que quería asesorarse de los hombres más representativos, no se acordase de un Canisio o un Possevino.

Lo que nadie puede discutir al Padre General, es el acierto en la elección de los tres consultados. Eran, indiscutiblemente, los más aptos para la empresa.

2.—Nueva revisión del P. Mirón y sus últimos trabajos.

De los aspectos positivos y negativos del P. Mirón, hemos hablado ya bastante. El P. Aquaviva supo aprovechar los primeros al solicitar su colaboración y eliminar los segundos al prescindir del fondo personal en que envolvía los indiscutibles tesoros de su experiencia.

Porque la nueva obra que realizó Mirón agudizaba aun más el carácter personal de su anterior Directorio (12). Hubiera sido necesario un milagro para que el anciano jesuíta valenciano cambiara la orientación de su vida en el ocaso de ella. Todo lo contrario; amargado por la inutilidad de los esfuerzos de casi veinte años, se replegó sobre sí mismo y se acentuó en él su aislamiento moral.

La vista de aquellas observaciones le sirvieron no para recoger

(12) En el tomo de *Exerc.*, pp. 846-889, se han editado en la parte inferior sólo los párrafos que se diferenciaban del Directorio anterior.

las aspiraciones sanas enunciadas en ellas, sino para atacar sus puntos vulnerables. Su nuevo Directorio resultó no una revisión del primero como deseaba el Padre General, sino una confirmación del antiguo. El P. Aquaviva quería que se prescindiese del Directorio oficial y se volviera a rehacer el trabajo a base de los abundantes materiales primitivos. El procedimiento del P. Mirón fué exactamente el contrario: ajustar las fuentes a su antiguo Directorio. La base siguió siendo su primitivo escrito. Iba orlando sus frases y pensamientos principales con lo más fino de sus recuerdos ignacianos y lo más depurado de las antiguas tradiciones. Él iba a salvar su obra. Veía que las nuevas observaciones estaban en muchos puntos en contra. No quedaba más camino que apuntalarlas con un sinnúmero de observaciones detalladas, que no dejaran resquicio posible a las nuevas peligrosas prácticas.

Porque Mirón, en los aspectos en que las nuevas observaciones se diversificaban de sus notas, veía eso: el avance de tendencias más abiertas, más modernas y, por consecuencia, menos tradicionales, menos ignacianas. Se cuarteaba no solamente la letra de su Directorio, sino lo que importaba mucho más, su espíritu. Él, atento y perspicaz vigía de la atalaya romana, se levantó inmediatamente para dar el grito de alarma. Y lo hizo en verdad con tonos fuertes y vigorosos.

En este punto se opuso no tanto a las notas remitidas por el Padre General, elegidas entre las tendencias más ortodoxas, sino a otras que también llegaron a sus manos por este tiempo. Aunque exageraba el peligro y no comprendió los aspectos rectos de sus adversarios, su ataque fué providencial e impidió que se infiltraran solapadamente si no en el terreno de la práctica, al menos en el de la legislación oficial. Contra ellos escribió una larga apología (13) que, sin duda, a pesar de lo vibrante de su tono, no pasa de ser un eco apagado de sus denuncias ante los Asistentes y aun el mismo General. Las ideas de Mirón se repetían machaconamente en sus producciones. Se observa que son ideas hondamente represadas en su alma, y que apenas hallaban el más mínimo escape, desbordaban por el resquicio abierto.

Antes de hablar de los otros seleccionados por Aquaviva, permítasenos seguir contemplando al venerable anciano que continuaba trabajando a pesar de sus achaques en la apacible soledad de la Curia generalicia. Será la última vez que nos encontraremos con él, ya que falleció en 1590 y justo es que antes de despedirnos del hombre que trabajó durante más años en la confección del Directorio, demos cuenta del último escrito suyo en que tocó nuestro tema. Es este un informe, cuyo asunto central era muy diverso: la conveniencia de limitar o no el tiempo permitido para la oración. Pero como la oración jesuítica es la flor más delicada de los Ejercicios, decide para considerar de raíz el problema, descender a nuestro campo y, llevado por la fuerza misma

(13) Publicada en *Exerc.*, 684-700.

de la argumentación de los Ejercicios, salta a su coraza y salvaguardia natural: a los Directorios.

De las ideas que explana escogemos las que más hacen a nuestro caso.

No podía faltar la idea querida de Mirón, que de un modo o de otro ha de emerger del fondo de todos sus escritos: Los Ejercicios, o son ignacianos, o son mercancía averiada, que en vez de purificar contagia. Véase una de sus razones.

Al recogernos a Ejercicios pretendemos la renovación del espíritu. Si en las meditaciones que se proponen aletea otro mundo de ideas, por elevado que sea, nuestra alma se llenará de algo ajeno a su mentalidad. No será un renovarse o *reformarse*, sino un adquirir *una forma nueva, ajena*, distinta, que chocará con la que hasta entonces llenaba el alma.

No se olvida de clavar en la férrea argumentación sus intencionadas y agudas flechas contra las novedades. «Cuando nos deleitamos con esas cosas nuevas, aprovechamos poco espiritualmente». «Produce grandes trastornos la amalgama de las adiciones y anotaciones del libro de los Ejercicios con las nuevas meditaciones» (14).

Proyectando este mundo de ideas sobre el fondo del Directorio, acuden a su mente en seguida viejos recuerdos personales, conforme a su inveterada costumbre:

«La primera Congregación general que mandó hacer el Directorio de los Ejercicios sólo pretendió que se hiciera un único Directorio de los modos de orar que se dan en los Ejercicios de nuestro P. Ignacio. Luego si en ese Directorio se entremeten otras meditaciones distintas de las del P. Ignacio, esas meditaciones no pertenecen a nuestros Ejercicios» (15).

Como quien va dando vueltas y más vueltas a sus pensamientos favoritos, analizándolos desde los más diversos puntos de vista, y ansía que no quede aspecto ninguno sin iluminar, vuelve en pocas líneas a repetir hasta tres veces casi las mismas ideas:

«La intención de la Congregación fué que se diese en este Directorio el verdadero y genuino sistema y método que tuvo N. P. Ignacio..... La forma y método se ha de extraer del mismo libro y en lo que no se encuentra allí hay que consultar a los más antiguos y ejercitados en dar Ejercicios, que fueron los más cercanos al tiempo de N. P. Ignacio, como muy bien ha hecho nuestro Padre General que ya les ha consultado» (16).

Las notas características que debía de tener el Directorio, tal cual las soñaba el P. Mirón, las enuncia al final de su escrito. Cójase el Directorio oficial y se verá que se compuso siguiendo esa pauta.

«No se ha de introducir en él nada nuevo, nada desusado, nada disputable, nada que pudiera parecer ajeno al modo de ser del Instituto, sino que todo se adapte a él si fuera posible se confirme con la autoridad de N. P. Ignacio o con alguna que se conforme a su mente» (17).

---

(14) *Inst. 186c*, 55.
(15) *Inst. 186c*, 57.
(16) *Inst. 186c*, 57.
(17) *Inst. 186c*, 58.

Todavía propuso Mirón otra modalidad que, afortunadamente, no se tuvo en cuenta en la confección del Directorio definitivo. Que se le diese la contextura externa de reglas. Quería Mirón condensar toda la práctica y todas las normas en un articulado ceñido, denso, breve, trasparente, que no admitiera subterfugios, ni distingos subrepticios.

3.—Comisiones a los PP. Gil González Dávila y Doménech.

El segundo Padre honrado por el Padre General con esta comisión, fué el P. Gil González Dávila. Era «el hombre a quien más debió la Compañía en estos años», según el P. Astráin, y, a la vez, el hombre en quien más descansaba el P. Aquaviva. «En varios negocios—sigue escribiendo el mencionado historiador—ya se sabe, el último medio práctico que da [el Padre General] es consultar con Gil González y hacer lo que él resolviere» (18).

En el momento en que le encomendó el P. Aquaviva la revisión de los Directorios, desempeñaba el cargo de Provincial de Toledo. Pocos hombres mejor preparados había entonces para llevar a cabo con éxito la nueva incumbencia. Por sus continuos cargos de gobierno, había estado en contacto con los Padres más antiguos y representativos de la Compañía. Sobre todo, su continuo e íntimo trato con el P. Nadal en su segunda visita a España, al que acompañó en calidad de secretario durante toda ella, y sus ocho años de permanencia en Roma como Asistente para España del P. Mercuriano, le proporcionaron una inmejorable ocasión para impregnarse del espíritu ignaciano.

Era, además, Gil González, un hombre abierto a la cultura y ciencias eclesiásticas; en particular sentía afición especial para los temas relacionados con la ascética.

El P. Ribadeneyra, en el retrato que nos dejó de él, se complace en señalar que «tenía grande ingenio y memoria admirable y era muy docto en la teología escolástica y en la Escritura y lección de Santos y de la Historia Eclesiástica, muy versado en los Concilios, de los cuales hizo un compendio, y particularmente fué muy leído en las reglas e Institutos de todas las religiones y en los libros espirituales que tratan de la vida religiosa, de la cual hablaba altamente y sus pláticas sobre nuestro Instituto eran maravillosas y llenas de erudición y de sentencias de los antiguos Padres y fundadores de las otras religiones, con las cuales confirmaba nuestro Instituto y con extraña ponderación declaraba la estima que habríamos de hacer de él y escribió un tratado de esta materia» (19).

El carácter equilibrado y prudente, el sentido de discreción que unánimemente reconocen en el P. Gil González los que le conocieron,

---

(18) ASTRÁIN, 3, 626 y 628.

(19) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, t. 3, lib. 8, cap. 24.

era, sin duda, la cualidad más buscada en un asunto en que se trataba de recoger lo que hubiera de aprovechable en hombres de tendencias varias y aun opuestas, o como se expresa el Padre General en la carta de 10 de octubre de 1583 en que le comunicaba el nuevo encargo, «de saber qué se haya de dejar y tomar». Necesitamos copiar íntegra esta carta, para que se vea con toda nitidez el alcance de la misión confiada por el Padre General y los materiales que le trasmitía para su ejecución.

Dice así el P. Aquaviva: «Porque la impresión de las Constituciones está ya al fin, y después della con la divina gracia se habrá de imprimir el compendio de los privilegios, y luego un Directorio o método de dar los Exercicios espirituales, me ha parecido comunicar a V. R. algunos diversos que aquí tenemos, para que sacándose de todos lo mejor, se haga un buen Directorio qual se desea, acerca de lo cual deseo entender lo que a V. R. parece que se haya de dejar y tomar; suponiendo que acá nos queda copia de todo lo que aquí se envía para que con más facilidad pueda por carta decir lo que se le ofreciere. Van señalados los cuatro Directorios que a V. R. se envían con letras A. B. C. D.

A, es de la buena memoria del P. Polanco. B, se ha hallado en el archivo y se cree le habrá dado alguno de los Padres electores de la cuarta Congregación general. C, ha hecho el P. Mirón después de haber visto el del P. Polanco. D, nos dexó el P. Claudio Mathieu, Provincial de Francia. Si a V. R. pareciere comunicar esto con algún Padre antiguo, lo podrá hacer. De Roma, X de octubre 1583» (20).

Otra copia de la misma carta y de los mismos documentos remitió al *P. Jerónimo Doménech*, al segundo de los Padres con quien había decidido asesorarse en su importante trabajo.

No es extraño que se fijara el P. Aquaviva en este jesuíta valenciano, una de las columnas más firmes de la primitiva Compañía. Poseía, bajo algunos aspectos, más méritos aún para esta honrosa designación que el mismo P. Gil González Dávila. Más antiguo que el abulense en diez años de vida de Compañía, sólo le ganaban en años de religión entre los supervivientes, Salmerón, Bobadilla y Ribadeneyra. Aun Mirón, el venerable patriarca de Roma, había entrado en la Orden a raíz de unos Ejercicios dados por él. Tenía, además—el único entre los que vivían—, el aval personal de San Ignacio que le había clasificado entre los cuatro mejores directores. Durante su larga vida se había distinguido, tal vez como ninguno de los que quedaban, por su proselitismo en la propaganda y su eficacia en la dirección de los retiros ignacianos (21).

El P. Aquaviva, en la carta en que comunicaba el encargo a los dos Padres mencionados, les daba facultad para mostrar los Directorios a «algún Padre antiguo», facultad que estaba en perfecta consonancia con la intención del Padre General de aprovechar todos los valores existentes.

---

(20) *Tolet.* 1, 201r.

(21) Véase el tomo I de nuestra *Historia de los Ejercicios*, pp. 40-41, 58, 150.

Sabemos con certeza, que el P. Doménech dió los documentos al P. Alfonso Román, que había sido Provincial de Aragón en tiempo de San Francisco de Borja. El mismo P. Román cuenta el hecho en carta al Padre General:

«El Padre Prepósito [de Valencia, Doménech], me mostró unos cuadernos de Directorios de Ejercicios. Yo los leí y saqué la substancia de ellos, aunque me dió trabajo la letra francesa..... Yo le dejé escrita la substancia de lo que se me ofrecía. Va con esta por si se habrá perdido y esotro que toca a la confesión general. Bien veo mi gran insuficiencia para esto» (22).

A continuación añade otra noticia más extraña. Que por orden del Padre Provincial, Jerónimo Roca, «se sacaron los dichos Directorios para este Colegio de Barcelona».

El P. Aquaviva, en una respuesta a una carta perdida del P. Doménech, aprueba su deseo de comunicar el Directorio al *P. Cordeses* (23). Aun dando por supuesto que el Padre General hubiera remitido los cuadernos «sólo a los tres Padres indicados», cosa bastante problemática, los conocieron bastantes más, gracias a copias que se fueron sacando. Así, pudieron ser muchos más los que remitieron sus observaciones a Roma. Nos consta, con certeza, del P. Miguel de Torres y del P. Antonio Cordeses. El Directorio publicado en el tomo de Monumenta bajo la denominación de Directorio Granatense, no es más que el trabajo remitido por el P. Antonio Cordeses a Roma con esta ocasión (24).

El *P. Miguel de Torres* también mandó sus acotaciones correspondientes. El *P. Alfonso Román*, acabamos de oirle a él mismo cómo enviaba «la substancia de lo que se me ofrecía».

Llegó su escrito a Roma, ya que lo encontramos citado entre los papeles que existían en la Curia generalicia, durante la confección del Directorio (25). Esto nos induce a pensar que varias de las notas que aparecen junto a las del P. Román pueden ser de esta fecha y proceder de los Padres que vinieron a conocimiento de las intenciones del Padre General a través de estas copias (26).

---

(22) Carta de 8 de septiembre de 1585, en *Hisp. 130*, 298v.

(23) «Parésceme bien que se comuniquen también estos Directorios al P. Cordeses. Darle ha orden cómo los haya y los vea». Aquaviva a Doménech, 28 de enero de 1585, *Arag. 4*, 28v.

(24) Cfr. YANGUAS-IPARRAGUIRRE: *Antonio Cordeses, autor del Directorio Granatense.*

(25) V. P. Romani: *Exerc.*, p. 759.

(26) Ciertamente lo es la del P. Torres, como aparece por la fecha inserta, 5 de marzo de 1585. *Ibid.*, p. 759.

4.—Revisión del P. Gil González Dávila y el Directorio «Variorum».

Ignoramos si el P. Doménech remitió a Roma su censura. Al menos no se conserva ningún escrito con su nombre. En cambio, el P. Gil González Dávila redactó un escrito muy importante. No se contentó, como le ordenaba el Padre General, con emitir su parecer sobre lo que hubiere de utilizable en los apuntes enviados de Roma, sino que redactó un Directorio propio a base de las partes que juzgaba debían entrar en el Directorio definitivo.

Las observaciones del P. Gil González, llevan casi siempre el sello de la mesura y sentido común que distinguían a aquel eminente Superior. Sus preferencias están para el Directorio de Polanco, con quien tenía tanta afinidad de carácter y cuya actitud conciliadora y moderada se adaptaba tanto a su política de gobierno. A Gil González gusta, sobre todo, la nitidez de dicción del burgalés, la sistematización que da a la doctrina, el tratar el tema más a fondo y más copiosamente que los demás, que al lado de Polanco le resultan «mancos y mutilados» (27).

En frente de este Directorio coloca Gil González el de Mirón, que es el que, en conjunto, le satisface menos, a pesar de su carácter oficioso y de parecer refrendado por la autoridad de la Congregación. No lo condena abiertamente, pero a través de expresiones algo rebuscadas y llenas de reticencias, se trasluce el reparo fundamental que le achaca, aunque velado con formas vaporosas: el ser unilateral en sus miras. Le falta, dice, «institución plena» no para realizar una cosa completa, sino dentro de las mismas cuestiones que trata. O dicho sin tantos circunloquios: Mirón consideraba sólo de un modo parcial y limitado los Ejercicios.

Sigue detallando Gil González las cosas dignas de ser tenidas en cuenta que observa en los demás Directorios y los fallos de que, a su parecer, adolecen. No le seguiremos en el recuento, pues sus observaciones son de puro detalle y no hay por qué bajar al campo de las minucias.

A continuación viene la parte de más valor de su importante trabajo. Una especie de guión, a veces plenamente desarrollado, de lo que a su juicio debía contener el Directorio oficial. Como base de todo, exigía que se pretendiera hacer un tratado «completo» y definitivo: «*plenam et suis numeris absolutam tractationem*» (28). Nada de cosas incompletas o puntos de vista parciales. Conforme a este criterio, que le retrata de cuerpo entero, va trazando las líneas maestras del Directorio ideal. En él deben ser considerados todos los problemas, lo mismo del director y del dirigido, como los que brotan del método.

(27) *Exerc.*, 899.
(28) *Exerc.*, 904.

Propone que en el proemio a guisa de Introducción, se explique la razón de la necesidad del Directorio. A continuación se debía deslindar bien el campo que se quería recorrer y tratar detenidamente como medida previa, una serie de cuestiones aclaratorias del método considerado en sí mismo. Se podía comenzar por una clara exposición de la definición del nuevo sistema y por dar sus notas características. Luego se debían reunir testimonios y datos en favor de los Ejercicios, utilidades principales de hacerlos, documentos pontificios y jesuíticos, recomendaciones principales, trasformaciones que obraban.

Sólo después de haber preparado el terreno, comienza Gil González a considerar el ejercitante de frente, que en rigor lo es todavía tan sólo en ciernes, ya que en este primer momento habla del modo de desarrollar la propaganda para atraer al retiro y de los sistemas más eficaces de invitación.

Indicadas las disposiciones y cualidades que ha de poseer el que entra en Ejercicios, pasa a hablar del director, del sitio, de la persona que debía estar al servicio del ejercitante, de las relaciones entre director y dirigido: visitas, instrucciones, distribución, exposición de la materia, abundando en consejos prácticos e indicaciones útiles que revelan el tino exquisito de su autor.

Ha estudiado ya las personas, sus funciones respectivas, las circunstancias principales. Hora es ya de entrar de lleno en el proceso mismo de los Ejercicios. Y lo hace recorriendo con toda detención el libro ignaciano. Va exponiendo las normas que daba San Ignacio para las diversas semanas, días y, en ocasiones, aun horas, esmaltando los puntos que le parece necesitaban especial aclaración con notas llenas de su característica discreción. Queremos señalar su comentario a la elección de estado, sin duda lo más completo del tratado.

Gil González redactó su Directorio teniendo a la vista los que le mandaron de Roma. Va acotando con frecuencia los párrafos que le parecen más logrados y que, a su juicio, deben pasar al Directorio definitivo. Es el punto que le separa más de Mirón y en que se aprecia con más claridad la contraria táctica seguida. Mirón ve sólo los puntos débiles de los demás; Gil González los más perfectos.

La base del Directorio de Mirón es su propia obra, elaborada años antes, barnizada ahora, aquí y allá, con algún suave toque de mano ajena. Gil González Dávila mira y remira casi hasta el escrúpulo el material que tiene delante para aprovechar hasta lo último.

En la arquitectura general de su Directorio, se nota una dependencia de Polanco mucho más fuerte que de los demás. No es que le calque de una manera servil. Es más bien una asimilación honda de los principios sugeridos por el secretario de San Ignacio. El pensamiento de Polanco queda siempre en el fondo como germen. Gil González lo trasforma en algo personal y vívido. Introduce su erudición eclesiástica, su experiencia personal, su conocimiento de las necesidades del momento, los gustos de la época y nos da un producto homogéneo, rico,

de fondo sanamente ignaciano, cuidadosamente adaptado a las exigencias de las almas.

Los «Directorios y pareceres de muchos Padres antiguos que en el tiempo de la santa memoria de nuestro P. Ignacio se ejercitaban en este ministerio..... los tenemos juntos», escribía el P. Aquaviva en 1587 (29).

Debieron, pues, de ir llegando a Roma el Directorio del P. Gil González y las demás observaciones entre 1585 y 1586 (30).

Estaban ya acumulados los materiales en la Curia generalicia. Era la tercera vez, en el espacio de 25 años, que se repetía el mismo fenómeno. Era necesario salir de este círculo cerrado si se quería llegar a algún resultado efectivo.

El P. Aquaviva estaba decidido a poner de una vez cima al asunto. Tenía «juntos» los materiales acumulados «para reverlos y sacar en limpio lo que fuere más a propósito cuando hubiere tiempo para ello» (31).

Pero ¿podría el Padre General dedicarse a ello en uno de los momentos más delicados y difíciles por los que pasó la Compañía entera, en los que se manifestó la crisis «de crecimiento» de todo organismo que, pletórico de fuerzas y energías, se desborda impetuosamente fuera de los límites debidos? Todo el tiempo del Padre General era poco para encauzar este torrente de fuerza que, encanalado debidamente, podía producir energías de potencia insospechada. Tenía el Padre General que hacer frente al ejército de los memorialistas que con un celo mal entendido y peor orientado de capciosa modernidad y adaptación a las circunstancias, deshacían el fundamento mismo de la Compañía. Como si todo esto fuera poco, saltaban ya en Salamanca los primeros chispazos de la *Controversia de Auxiliis*, se hacía cada vez más densa la impugnación de Peredo y Avendaño, se repetían los conflictos con la Inquisición española. La tensión aguda que subsistía en Francia, exigía un cuidado sumo para no provocar represalias crueles. Además de todos los negocios de la Compañía universal, en la misma Curia esperaba una urgente solución el *Ratio Studiorum.*

No es extraño que fueran pasando meses y aun años sin que Aquaviva encontrara el hueco anhelado para el Directorio. Con todo, a los cinco años escasos de que escribiera Aquaviva la nota antes citada en que manifestaba su propósito decidido de «sacar en limpio» el Directorio, era ya una realidad el anhelo del Padre General.

La capacidad de trabajo del P. Aquaviva hacía posible la solución de asuntos tan múltiples y varios en un espacio relativamente breve de tiempo, a pesar de que su carácter amigo del detalle y de la pres-

---

(29) *Congr. 43*, 254r.

(30) Como se recordará, las notas de los PP. Torres y Román llevan la fecha de 1585. La carta del P. Aquaviva en que remitía los Directorios, era de septiembre de 1583.

(31) *Congr. 43*, 254r. Cfr. *Congr. 43*, 101r, donde lleno de optimismo llega a escribir: *Cito conficietur.*

cripción menuda, le impulsaba al control personal y minucioso cuando no a una dirección efectiva muy particularizada y absorbente.

¿Llegó a tanto en nuestro caso el influjo del P. Aquaviva que haya que asignar a él la redacción misma del Directorio?

Las fuentes guardan sobre el particular el más desolador silencio. Nuestras repetidas búsquedas han sido completamente infructuosas. A falta de testimonios directos, no tenemos otro camino que el siempre inseguro del análisis interno.

Dado el carácter particular de este Directorio, de ser un simple engarce de textos cuidadosamente seleccionados de los seis documentos elegidos como base, es necesario distinguir en su composición dos elementos de notas muy diferentes: la selección de textos y el trabajo de acoplarlos en una unidad más o menos orgánica.

El primer aspecto era el verdaderamente importante. De él dependía el carácter y la orientación del texto decisivo. El segundo era meramente material. Se reducía a dar a cada párrafo el sitio más adecuado, a empalmar debidamente los diversos textos.

Ahora bien. No nos extrañaría que la primera parte sea obra personal del P. Aquaviva. Al ir leyendo los Directorios—«reverlos», como él dice—podía fácilmente con alguna señal especial acotar los párrafos que le parecía merecían copiarse.

El trabajo de ir extractando los párrafos señalados por el Padre General y de ir zurciéndolos debidamente, pudo haberlo hecho cualquiera de los secretarios o sustitutos de la Curia (32). Era un mero «sacar en limpio», frase en que el P. Aquaviva resumía el segundo estadio del trabajo en su respuesta a la antigua provincia de Aragón más arriba citada, y que nos ha guiado en esta reconstrucción de la génesis del texto.

---

(32) Véase con todo la nota de *Exerc.*, 759: *Ubi nihil in margine est appositum, additum est ab auctore huius directorii.* Sabemos, además, que por esta fecha siguió consultando algunos puntos con los PP. Gil González Dávila y Doménech. El 7 de agosto de 1590 escribió a los dos Padres, el Padre General: «Con ocasión del Directorio....., que andamos poniendo en orden, se nos ha ofrecido tratar un punto y es si, como a los Ejercicios de la primera semana....., se añadieron algunos otros como el de la muerte, etc., ansí también si para que más fácilmente se apliquen los puntos universales de lo cual no todos son igualmente capaces, sería conveniente para los nuestros y otros religiosos mezclar en las demás semanas algunos otros más particulares, como sería del beneficio de la vocación, del agradecimiento a los divinos beneficios, etc., cerca de lo cual, por ser cosa de momento, deseo que V. R. me avise de su parecer para que, con más luz, podamos acertar en lo que conviene.» *Cast. 6*, 78v.

5.—Revisión del texto y diferencias con el borrador.

El extracto hecho por el anónimo secretario no es todavía el Directorio de 1591, aunque las diferencias con él sean relativamente pequeñas. Se le puso el nombre de «Directorio *variorum*», por su carácter de compilación. El escrito fué revisado por algunos Padres, al menos por los PP. Asistentes, como lo indica el índice de los documentos que sirvieron para la confección del Directorio.

Sin duda que, al fin, lo vería el propio Padre General. Las modificaciones que sufrió se pueden ver en el texto de Monumenta, que edita en nota las variantes de ambos Directorios (33). Fuera de un par de casos de que haremos mención en seguida, son casi siempre de poca importancia. Resultado que confirma que la selección de párrafos estaba previamente o hecha o al menos aprobada por el Padre General. Si no, ciertamente, los cambios hubieran sido mucho más grandes, o mejor dicho, hubiera habido una refundición a fondo.

Se contentó el Padre General con pulir frases, aclarar conceptos, precisar aspectos más delicados, concretar nociones un poco vagamente expuestas (34).

El cambio mayor consistió en añadir un capítulo entero, el 21, en que se encuadra la doctrina de los Ejercicios dentro de *la teoría de las tres vías*. No creemos que fuese un acierto esta anexión. En vez de universalizar el fondo doctrinal de los Ejercicios, se lo restringía, coartándolo dentro de una corriente, magnífica sin duda, pero producto de los gustos de una época. Los Ejercicios encajan perfectamente dentro de las tres vías. Se puede hacer un comentario genuinamente ignaciano encuadrándolos dentro de este sistema. Pero también se pueden entender los Ejercicios prescindiendo de esa tendencia. El Directorio no debía restringirse a ninguna época ni a ninguna tendencia, sino admitir sólo los elementos objetivos y universales.

Otro capítulo fué totalmente refundido, el que trata de los *Ejercicios a los jesuítas*. Los Directorios base de Polanco y Gil González, apenas si consideraban este aspecto. Se reducían a enunciar los principios. Con ellos podía el director orientarse en el modo con que debía aplicarlos a cada categoría de ejercitantes. Aun en estos dos puntos, los más diversos entre los dos Directorios, el segundo no rectifica al

---

(33) *Exerc.*, 1.011-1.078.

(34) En el prólogo se usa para designar este trabajo una fórmula impersonal: *Ex quorum omnium sententiis....., ea quae ad nostrum propositum accomodatiora sunt, in hoc Directorio selecta et suis locis digesta sunt. Exerc.*, 1.011. En cambio, cuando se habla del paso previo, de mandar hacer la primera confección, se habla expresamente del Padre General: *Visum est P. N. Claudio Aquavivae.....* Ibidem.

primero, sino explana lo contenido en el antiguo o trata nuevos problemas no considerados antes.

Existen *rectificaciones*, pero son de detalle. El Directorio *variorum*, siguiendo a Mirón, prefiere que se visite al ejercitante dos veces al menos al día y después de comer. El Directorio de 1591 señala, en cambio, una visita diaria y a la mañana (35). El compilador, apartándose del P. Gil González, prefiere que después de cada meditación de la primera semana, se intercalen las repeticiones correspondientes; en el texto definitivo, en cambio, prevaleció la tendencia más literal de dar todas las meditaciones seguidas y sólo después las repeticiones y los resúmenes (36).

Otra variante de importancia se da en el modo de urgir el pago de la pensión. La razón del cambio radica en la evolución que se obró en este punto y que explicamos al tratar de las Casas de Ejercicios. El primer Directorio se contenta con la fórmula vaga de que no se prohibe el aceptar dinero. El segundo, en cambio, insiste en que no se agrave la situación pecuniaria de las Casas con la admisión gratuita de ejercitantes (37).

Otra diferencia más curiosa flota en varios detalles. En el borrador se habla más de la santidad de los seglares. En el texto definitivo se llama la atención de los peligros a que se ven expuestos, y en cambio, se explanan más las excelencias de la vocación religiosa (38).

Más importante, por estar enlazado con problemas muy agitados ya entonces de método de oración, es la diferente libertad que conceden ambos Directorios a las personas adelantadas en la vida espiritual.

El texto definitivo es en este sentido mucho más amplio. Véase este párrafo, muy significativo, para apreciar la mentalidad del P. Aquaviva en el debatido problema: «A los que están ya maduros en la vida espiritual y más ejercitados en la oración, cuando se retiran a Ejercicios para renovarse en el espíritu y en el fervor o para comenzar alguna obra o misión, o por algún motivo parecido, como no tienen todos la misma disposición, ni puede darse una misma medida para todos, no parece necesario prescribir nada acerca de la materia, sino que puedan meditar lo que crean serles más útil para el fin que pretenden. Es de creer que por el conocimiento que tienen ya de antes de los Ejercicios de nuestro P. Ignacio y ayudados con la unción del espíritu, podrán, sin tropezar, más aún, con gran utilidad, correr por esta vía» (39).

En el Directorio primitivo, en cambio, se insistía en que «ordinariamente» se ha de usar de los Ejercicios y se añadan algunos ejercicios particulares, permitiendo sólo que el director—no el mismo ejercitante como en el anterior texto hemos visto—añadiera alguna vez algunas meditaciones adecuadas (40).

Léase todavía este otro párrafo menos interesante: «..... No se deben excluir otros modos de oración que suele enseñar el Espíritu Santo....., o los que cada uno en su experiencia viere serles útiles para su provecho. Lo

(35) *Exerc.*, 1.021.
(36) *Exerc.*, 1.028.
(37) *Exerc.*, 1.017-1.018.
(38) Véase por ejemplo, *Exerc.*, 1.012, nota *c* y 1.054, nota *d*.
(39) *Exerc.*, 1.030.
(40) *Exerc.*, 1.033.

cual se ha de entender también de los Nuestros pero con la aprobación siempre y el consentimiento del Superior o del Prefecto espiritual» (41).

Las primeras líneas copiadas sobre el no excluir otros medios de oración se leían también en el Directorio no revisado. Pero al fin se añadía la siguiente partícula restrictiva: «Esto hay que entender de los externos». Y añadía todavía explicando más su pensamiento: «Porque a los Nuestros hay que encomendar siempre el que no se aparten de la vía regia de los Ejercicios; primero, porque es sólida y segura y después por la uniformidad que debe procurarse lo más posible en todas las cosas entre los Nuestros» (42).

En la revisión se suprimieron muy pocas frases y palabras del borrador, que pasó casi en bloque al texto definitivo. Las insignificantes tachaduras se deben normalmente a deficiencias de estilo, redundancia de ideas, algún ejemplo anticuado, alguna imagen menos oportuna.

Hay, con todo, dos cortes llenos de interés. El compilador había copiado íntegro el párrafo del P. Gil González sobre la *aplicación de sentidos*, quien, aunque prefería entenderlos «llana y sencillamente» (43), con todo, contra toda su costumbre, sin duda por la autoridad de los que defendían el parecer contrario, expone la opinión más «levantada» de perspectivas espirituales mucho más amplias, basada en la doctrina de San Buenaventura y en la interpretación dada por Nadal, Polanco y Mirón.

El P. Aquaviva adopta también el párrafo de Gil González, pero suprime la explicación de los sentidos considerados de modo intelectivo (44).

La segunda tachadura eliminó algunas frases que se prestaban a interpretar erróneamente otro modo de oración típicamente ignaciano, el de los *tres modos de orar*. En el Directorio no revisado se decía que ese modo de orar era algo más imperfecto que los demás expuestos por San Ignacio. Aquaviva omite este juicio.

Las diferencias introducidas, como se ve, no afectan a la sustancia. Se reducen a puntos muy particulares. No podía ser de otra manera. Introducir cambios fundamentales hubiera sido destruir la base misma del Directorio. No se crea, por lo dicho hasta ahora, que habían ido engarzando, por igual, como por turno uno detrás de otro, los párrafos de los seis Directorios elegidos en el texto definitivo. Hubiera resultado un producto híbrido inadmisible. Aquellos seis escritos *giraban en torno a dos concepciones antagónicas*, entre las que era imposible trazar puente alguno de enlace. Mercuriano y Mirón estaban embebidos de una mentalidad más netamente tradicionalista. Gil González y Polanco se mostraban más flexibles. Era necesario optar por uno de los dos extremos. Y Aquaviva se decidió por Gil González y Polanco. A los de la tendencia contraria se les aprovecha en casos particulares.

---

(41) *Exerc.*, 1.074.
(42) *Exerc.*, 1.074, nota *e*.
(43) *Exerc.*, 918.
(44) *Exerc.*, 1.047, 1.049.

Con estos se completan lagunas, se apuntalan puntos vitales, se amplían algunas explanaciones. Sirven para dar colorido al conjunto y recoger las aspiraciones de las diversas corrientes.

La obra adolece de *falta de unidad*. El compilador le dió el nombre nada halagador de «centón» (45). Los puntos en que predomina el elemento afectivo está nada más que esbozado. Menos aún se explora el fondo místico sin duda por miedo a caer en las mallas del iluminismo. Pero a pesar de estos reparos es, sin disputa, el Directorio más logrado y completo de todos. Aprovecha lo más puro y sustantivo de la tradición, dando a todo el conjunto un tinte netamente ignaciano. Recoge las experiencias principales uniendo el fondo sano de la tradición con la forma viviente y moderna de las necesarias adaptaciones.

En 1591, impreso en Roma, se pudo por fin comunicar a toda la Compañía. A pesar de haber pasado por el crisol de tantas manos expertas no se le dió carácter definitivo.

El Secretario de la Compañía, P. Diego Ximénez, en la breve carta fechada el 5 de abril que puso al frente del libro, avisaba que «si a alguno la experiencia o el uso le ofrecía alguna cosa que se pudiera añadir o explicar de modo más acertado, lo hiciera llegar al P. General por medio de sus Superiores, para que después de conocerse el parecer de muchos, se pudiera poner la última mano—suprema manus—a esta obra..... Es de desear que una obra tal y tan útil se acabe del modo más perfecto posible» (46).

6.—Número reducido y carácter de las observaciones remitidas.

Corría ya por toda la Compañía el suspirado Directorio. Comenzaban a ponerse en práctica las normas allí contenidas. En Roma se esperaban las primeras impresiones, las sugerencias pedidas por el Padre Secretario. Y éstas empezaron a llegar. Pero fueron mucho menos, sin duda, que las calculadas en la Curia generalicia. Se conocen tan sólo siete. Parece que las que llegaron, o al menos las que se tuvieron en consideración, no fueron muchas más. Porque se conserva el escrito en que la Comisión fué analizando las reclamaciones presentadas, y prácticamente todas las sugerencias estudiadas se encuentran en las anotaciones que han llegado a nosotros.

Varias causas se pueden asignar a esta escasa colaboración de las provincias. Las peticiones generales, por su misma vaguedad e imprecisión, son siempre mucho menos eficaces. En la orden del Padre Secretario, no se confiaba a nadie, en concreto, el recoger las observaciones. Quedaba todo a la voluntad de los particulares.

---

(45) *Quasi centonis more concinnatum est. Exerc.*, 1.011, nota *c*.
(46) *Exerc.*, 1.007.

Los Padres más experimentados que con mayor competencia podían pulir los perfiles de la obra, habían sido ya repetidas veces consultados. Muchos veían con satisfacción cómo se habían tenido en cuenta sus sugerencias. No tenían por qué volver a intervenir. Los que, por el contrario, observaban que se había seguido una orientación diversa o que se había prescindido de sus tal vez largas y bien estudiadas propuestas, juzgarían, sin duda, la única postura razonable: el someterse a lo que en Roma se juzgaba más oportuno.

Además de que treinta años de consultas, correcciones, demandas, dejan un poso de cansancio del que es muy difícil reaccionar. Se prefiere aceptar llanamente lo que se ofrece para acabar de una vez con lo que amenaza irse eternizando lastimosamente.

No abundaban al final del siglo hombres eminentes en el campo de los Ejercicios. Sin duda, que muy pocos se sentían con la altura suficiente como para poner enmiendas a un texto refrendado por los más venerandos Padres. No se sentían jueces; necesitaban más bien aprender, oír.

Más aún. En no pocas partes, como exponemos en su sitio, había decaído el uso de los Ejercicios. Preferían otros ministerios más en consonancia con el carácter brillante y movido del barroquismo triunfante: grandes Colegios, piezas oratorias ante numeroso auditorio, comisiones ante personajes influyentes, disputas teológicas de cuestiones candentes que atraían la flor de la intelectualidad, obras, en una palabra, de mayor volumen externo y lucimiento.

El hecho es que siguió *un largo silencio* a la entrega del Directorio. En la correspondencia de esta época entre el Padre General y los diversos sujetos, que hemos tenido interés en seguir con particular cuidado, sólo hemos encontrado, perdida en la selva inmensa de asuntos de índole muy diversa, unas líneas del rector de Córdoba preguntando al Padre General «si gustaría V. P. de que recogiese lo que en este Colegio algunos hubiesen observado acerca de lo que se podría añadir» (47). En cambio, una ordenación del Padre General casi de la misma época sobre el modo de emplear la tercera probación, encontró un eco muy profundo. Numerosas cartas con preguntas, dudas, dificultades, salen de casi todas partes con dirección a Roma.

Las pocas observaciones enviadas a Roma, o al menos las pocas que han llegado hasta nosotros, nos permiten no sólo estudiar estos últimos retoques de la confección del Directorio, sino, sobre todo, pulsar las corrientes que entonces pululaban en la Compañía en torno a los Ejercicios. Vemos mejor que en ningún otro documento, el punto de vista desde donde enfocaban el proceso ignaciano y los problemas que más les interesaban. Cada uno, naturalmente, al aprobar tal o cual punto o desaprobar otros, está implícitamente indicándonos su modo particular de interpretar y entender a San Ignacio.

---

(47) Francisco Duarte al P. Aquaviva. Córdoba, 1 de septiembre de 1592. *Hisp. 134*, 293v. En el folio 294v anotada la respuesta: «Que sí».

Desde este punto de vista, que es el que más nos interesa, por ser el que nos introduce más a fondo en el alma de los directores, se distinguen netamente cuatro series de notas, reflejo de cuatro diversos puntos de enfoque.

7.—Notas de tendencia técnica y teórica.

Comencemos por los autores que han tomado como campo directo de observación la técnica del método, el libro de los Ejercicios considerado en sí mismo. Se afanan por ver si el nuevo Directorio refleja con exactitud la mente pura y completa de San Ignacio. Buscan en el nuevo documento una teoría acabada del método ignaciano. La práctica, la adaptación, queda fuera del ángulo de su inmediato análisis.

No deja de ser interesante observar que los tres secuaces de esta tendencia sean jesuítas de Europa Oriental, iniciados en el arte de los Ejercicios por la acción del P. Possevino. Pocos argumentos más decisivos para probar la profundidad y eficacia de la campaña organizada por el eminente jesuíta italiano.

El autor de la nota que queremos considerar en primer lugar, es el prusiano *Fabiano Quadrantini* (48).

Muy joven de Compañía, era, sin embargo, una persona formada. Había nacido en 1544 en Stargard de padres luteranos rutenos. Su conversión al catolicismo, efectuada a los veintitrés años, produjo tal impresión que indujo al Cardenal Osio a aprovechar aquel momento, como se utiliza una victoria, publicando un escrito especial sobre el caso (49). Desde ese momento le tomó bajo su protección. En 1570 le llevó consigo a Roma, para que cursara la Filosofía y Teología en el Colegio germánico. En 1574, apenas volvió ya sacerdote a su patria, le nombró canónigo de Braunsberg y capellán suyo. Sólo muerto Osio, pudo partir el joven sacerdote a la necesitada región de Livanis, donde los herejes y disidentes se aprovechaban de la escasez del clero y de la lejanía de la comarca para divulgar su perniciosa doctrina. Su parroquia, en la que era él el único sacerdote, comprendía 18 millas. Todos los domingos predicaba en polaco y en estonio a miles de católicos, que acudían ansiosos a oír la encendida palabra de su nuevo pastor.

Dios, sin embargo, le exigió un cambio radical de vida. En 1588 entraba en la Compañía de Jesús en el noviciado de Cracovia. Ya durante el mismo noviciado ejerció el cargo de ayudante del maestro de novicios. Hechos los votos continuó en el mismo Colegio en calidad de ministro de la casa y predicador de la colonia alemana en la capilla de San Matías. En 1591 ó 1592 pasó a Riga donde desarrolló una múltiple actividad. Además de

(48) Las notas editadas en *Exerc.*, 1.079-1.091. Datos sobre el autor en *Polon.* 7, 128r, 178r y en STEINHUBER: *A. Geschichte des Kollegium Germanikumhungarikum*, 1, 82, 347.

(49) Se trata del libro impreso repetidas veces, *Palinodiae sive recantationes Fabiani Quadrantini cum factus esset ex Lutherano Christianus.*

predicador y confesor, era ayudante del maestro de novicios, espiritual de los jesuítas jóvenes que habían hecho los votos, consultor y admonitor del rector. Estos últimos cargos están indicando que los Superiores atendían más bien que a los pocos años de religión a las cualidades de aquel hombre de personalidad relevante.

En esta casa se encontraba y en este marco de ocupaciones cuando redactó las notas que estamos comentando. Siguió Quadrantini desempeñando sus cargos habituales de predicador y espiritual en Posen, Cracovia y Braunsberg, hasta que la reina Ana de Austria le eligió por su confesor y asesor espiritual. Después de la muerte de la reina, volvió a Braunsberg, donde murió en 1605. Contaba 61 años de edad y sólo 17 de vida religiosa.

En nuestro escrito se ve al hombre que acaba de descubrir un tesoro y se afana por enriquecerse con su contenido. Quadrantini estudia el Directorio como estudiaba en el Colegio romano los viejos infolios teológicos. Analiza con su agudo y penetrante talento las diversas expresiones, examina su verdad y también los puntos que pueden prestarse a objeciones más serias, sobre todo, desde el punto de vista protestante. Apunta los pasajes que le parecen más oscuros y aun aquellos en que cree observar alguna contradicción. En una palabra: es la posición de un inexperto en el método que, entusiasmado con el sistema, quiere sacar el mayor fruto posible y que proyecta sobre él su hábito adquirido durante tantos años de experiencia pastoral. Para la enmienda del Directorio, tienen sus observaciones poco interés. Más que anotaciones, son dudas, preguntas. Quadrantini tenía una personalidad ya muy definida cuando descubrió los Ejercicios. Su mentalidad, ya formada, choca con puntos centrales del nuevo sistema.

Recoge primero las discrepancias que cree existen entre el Directorio y la Sagrada Escritura. Muchas de las observaciones se refieren en rigor no al Directorio sino al libro de Ejercicios, pero las aduce como deficiencias del Directorio. Se debían aclarar o aun corregir tales puntos, y sobre todo, indicar si se podían omitir detalles poco conformes, según él, con el Evangelio. Indica el poco caso que se hace de la cronología en algunas contemplaciones, las contradicciones que existen en el orden de las palabras pronunciadas por Jesucristo en la cruz, con el modo que las refiere San Ignacio. En particular, se dan muchas anomalías en las apariciones de la cuarta semana. La de José de Arimatea la retiene como apócrifa. No le gusta, por creerla desprovista de fundamento, la leyenda del buey de nacimiento. La presencia de la «ancilla» le parece poco conforme con la pobreza. La interpretación de las dos Marías juzga también poco fundada. Sigue con este criterio revisando el texto de San Ignacio, como un profesor desmenuza una tesis teológica (50).

---

(50) Véase principalmente, *Exerc.*, 1.083 (P. 48, v. 18), 1.086-1.088.

Más graves son las discrepancias que encuentra entre el Directorio y el texto de San Ignacio. Las principales se dan en el modo falso de entender la anotación 17, la aplicación de sentidos y alguna composición de lugar (51).

Todavía anota pasajes que le parecen oscuros o exigen mayor explicación y bajando a un terreno algo práctico, echa de menos esquemas de las meditaciones que se permiten o recomiendan añadir, como las de la muerte y juicio o indicaciones de algunas normas prácticas como el del número de horas que hay que hacer diariamente.

En resumen: notas de un discípulo más bien que de un experto director. Observaciones de puro detalle que afectan bien poco a la marcha del método. Afán de regular aun lo más mínimo. El Directorio debía, en su opinión, ir diciendo todo lo que se podía omitir o añadir. Debía, por ejemplo, especificar si se podía dejar o no la indicación de San Ignacio en la contemplación de la Encarnación sobre los hombres «unos blancos, otros negros..... unos sanos, otros enfermos». Como si el fruto de los Ejercicios dependiera de que se considerara o no el color de las personas.

Al menos se refleja en estas notas la seriedad con que elementos jóvenes se daban a profundizar en los secretos del método, la importancia que daban a la letra misma del libro en contraste con la excesiva libertad de anteriores lustros, el afán de dar con el pensamiento neto ignaciano. Bajo el influjo del nuevo Directorio, iba a formarse una nueva generación de directores con un conocimiento mucho más exacto del método y un aprecio más profundo de la necesidad de comprender y seguir a San Ignacio.

También se restringen al texto de los Ejercicios las anotaciones del *P. Alberto Theobolski* (52). Más antiguo de Compañía que Quadrantini y con mayor experiencia en nuestro campo, imprime a sus observaciones un carácter más personal. Nada de disquisiciones escriturísticas o consideraciones teológicas. Theobolski es preciso, claro, metódico, como convenía a un preclaro humanista. Nacido en Wiard, en el confín de Silesia y Polonia menor en 1535, entró ya de edad madura en la Compañía, en 1561, en Viena. De jesuíta se ocupó, primero en Austria y después en Polonia, en la enseñanza. Explicó las más variadas asignaturas: Gramática, Retórica, Dialéctica, Matemáticas, «Introducción a Porfirio», griego, hebreo, «Evangelios».

Pero su especialidad fué la retórica. Se le consideraba como uno de los mejores humanistas de la provincia. Esta no era más que una faceta de su personalidad. Alternaba las clases con la predicación y el confesonario y, sobre todo, alternaba la enseñanza con cargos de índole puramente espiritual, como maestro de novicios, Padre espiri-

---

(51) *Exerc.*, 1.080 (P. 39, v. 18), 1.081 (P. 45, v. 5), 1.085 (P. 58v, 14).

(52) Las notas editadas en *Exerc.*, 1.091-1.093. Datos sobre el P. Theobolski en *Polon. 7* (II), 61v, 163rv y *Polon. 8*, 68r.

tual, consultor y admonitor del rector en casi todas las Casas por donde pasó.

Las notas de este humanista son muy breves. Miran más bien a la *forma* del Directorio, así como las del teólogo Quadrantini, iban al fondo doctrinal. Observa frases ambiguas, pide que se declaren más algunos puntos y, sobre todo, hace sugerencias muy prácticas, algunas de las cuales se tomaron de hecho en cuenta en la redacción definitiva: Imprimir aparte los primeros capítulos para darlos a los ejercitantes, distinguir los párrafos con más nitidez, citar con exactitud e indicando el lugar preciso de dónde se han tomado los textos de la Sagrada Escritura y de Santos Padres a que se alude, hacer índices, y otras indicaciones del mismo carácter.

Tampoco falta alguna que otra observación respecto a la práctica, pero el interés del P. Theobolski se centra en el texto mismo. A él le interesa el libro, descubrir sus secretos, aprovechar hasta lo último sus tesoros, seguir sus normas. Lo demás girará siempre en torno a esta actitud fundamental. Guiado de este entusiasmo por el libro ignaciano, lo analiza desde sus más opuestos puntos de vista y desciende a mil pormenores que pueden parecer, a quien mira desde la práctica o con visión más de conjunto, de muy poca importancia.

También son muy breves y esquemáticas las notas del P. Gaspar *Sawicki* (53). Natural de Vilna, entró, sin embargo, en Roma, en la Compañía de Jesús el año 1576. En esta ciudad completó sus anteriores estudios de filosofía y cursó la teología. Acabada su formación volvió a su patria. Los primeros años se dedicó a la enseñanza. Regentó varias cátedras de Sagrada Escritura y de controversias. Fué, además, prefecto de estudios y de casos de conciencia. Simultaneó la cátedra con el púlpito, siendo predicador ordinario durante varios años. En 1587 fué nombrado rector y maestro de novicios del noviciado de Cracovia. Su memorial sobre el Directorio lo redactó mientras ocupaba este cargo.

Sawicki, en sus breves notas, va recorriendo algunos párrafos del Directorio que no le parecen suficientemente claros y exponiendo algunas dudas y aun contradicciones que se le ofrecen en su lectura. Las primeras observaciones son casi idénticas a las del P. Quadrantini, quien, sin duda, depende en este punto de su antiguo rector y maestro. Recuérdese que Quadrantini había sido, además de novicio, ayudante del P. Sawicki. En las frecuentes conversaciones no pudo menos de ir exponiendo el Padre maestro sus puntos de vista sobre el método ignaciano. Porque sus notas, también exactamente lo mismo que las del

---

(53) Las notas son anónimas con la sola indicación de la ciudad: *Domus Probationis Soc. Iesu. Cracovia ac S. Stephanum. Exerc.*, 1.102. Pero son ciertamente autógrafas del Padre rector y maestro de novicios de dicho centro, P. Sawicki, cuya letra es una de las más características. Están editadas en *Exerc.*, 1.100-1.102. Datos sobre el P. Sawicki en *Polon. 7* (II), 56r, 121r-128, 193r, 318r; *Polon. 8*, 62r, 98r, 163r; *Polon. 43*, 73r, 112r, 144r. En *Polon. 81* una serie de cartas desde Cracovia, el año 1605, al P. Possevino.

P. Quadrantini, son observaciones hechas directamente a los mismos Ejercicios, no al Directorio, como deseaban en Roma. Lo dice en el mismo título el P. Sawicki: «dudas suscitadas en los Ejercicios con ocasión del Directorio» (54).

8.—Notas de índole práctica.

Ya en las notas del P. Sawicki se exponen algunas dudas referentes al modo de tratar con el ejercitante. Esta orientación práctica predomina netamente en la serie de anotaciones que deseamos presentar en este momento. De una de ellas sabemos que procede de la provincia de Nápoles. De la otra ni siquiera podemos localizar su procedencia geográfica (55).

Son, en general, indicaciones sueltas, sin conexión entre sí, referentes a los puntos más variados de la práctica. Véanse algunas que fueron consideradas más despacio por la Comisión encargada del texto definitivo. Conviene incluir en el Directorio toda la doctrina referente a la oración mental. No basta una visita diaria al ejercitante. Hacer cinco horas diarias resulta demasiado duro. Convendría entremezclar algunos Ejercicios manuales. El director debe ver los apuntes que va tomando el ejercitante. El Kempis no parece propio para la primera semana.

Continúan los dos anónimos con indicaciones de esta índole que miran a perfeccionar la práctica o aclarar las relaciones entre el director y el ejercitante.

No les seguiremos nosotros, pues nos basta haber indicado su carácter peculiar y el influjo que pudieron ejercer en la redacción definitiva del Directorio. Debemos, más bien, presentar otro anónimo llamado por el P. Codina, Z, de procedencia también desconocida, aunque por criterios internos, nos parece que pudo muy bien haberse escrito en Flandes o Alemania. En él se toca otro aspecto también de índole práctica, pero diferente, del considerado por los anteriores: el de la organización y disciplina externa.

Su autor es, sin duda, un Padre de gran experiencia en este campo, tal vez el rector o ministro de alguna Casa grande, en la que, por el gran movimiento de ejercitantes, era necesario atender con más exactitud a estos aspectos de organización que se pasaban por alto cuando, como sucedía entonces con tanta frecuencia, el problema de alojamiento de los ejercitantes se reducía a tener uno o dos huéspedes más en casa.

---

(54) *Observata circa Directorium exercitiorum et dubia quaedam circa ipsa exercitia spiritualia, occasione Directorii oborta. Exerc.*, 1.102.

(55) Annotata Neapolitana en *Exerc.*, 1.093-1.097 y Notationes Anonymi X. *Ibid.*, 1.098-1.100.

El desconocido autor, habla sobre el modo de pagar la pensión, pregunta si ha de traer el ejercitante su cama o no, si la ha de aderezar él personalmente o lo ha de hacer otro. Desea también saber quién le debe ayudar en las cosas materiales, si puede alguno ir a darle recreo y otras particularidades del mismo estilo.

Aun las pocas observaciones que hace sobre el texto de Ejercicios, miran más bien a su técnica externa. Cuántos días debe durar la primera semana, cuándo se debe hacer el examen general y cuánto tiempo se debe emplear en él.

A pesar del diverso y a veces opuesto punto de vista desde que consideran el Directorio, la serie de notas que hemos ido presentando, todas coinciden en unas cuantas enmiendas que les parece necesario introducir en el nuevo documento. Esta universalidad está indicando que se trataba de reclamaciones sentidas más o menos en toda la Compañía. Se pueden reducir a las siguientes:

1.ª Convenía determinar más la frecuencia de las visitas al ejercitante y especificar la materia que se debía tratar en ellas. En el Directorio se hablaba de una visita diaria. A los autores de las enmiendas les parece demasiado poco.

2.ª No satisfacía la interpretación dada a la aplicación de sentidos.

3.ª Se pedía con insistencia que se añadiera algún esquema amplio de las meditaciones que convenía añadir y no se encontraban en el texto ignaciano, como las de la muerte y juicio.

4.ª También pedían normas más claras sobre el modo particular con que se debían aplicar los Ejercicios a los jesuítas mismos, sobre todo, a los Hermanos coadjutores.

5.ª En el estilo y disposición externa del Directorio, casi todos notaron algunas deficiencias. Deseaban que se puliera algo más el latín, que se evitaran algunos términos menos clásicos. Se pedía más orden, distribuir la materia en más párrafos, precisar las citas de la Sagrada Escritura.

9.—Comisión octava de la Congregación general de 1593.

El Directorio había sido remitido a las provincias en 1591. Las anotaciones que iban llegando eran pocas. Pero era necesario poner alguna vez término a aquel estado interino de un Directorio en observación. Había que decidirse a recoger lo que hubiese de aprovechable en las notas enviadas y, conforme a ellas, revisar el Directorio.

Bien pronto se ofreció una ocasión propicia para realizar este último trabajo con garantía de éxito. La presencia en Roma de Padres de toda la Compañía, convocados para asistir a la quinta Congregación general.

Las circunstancias en que se había reunido la Congregación eran, ciertamente, bien poco aptas para tratar un tema de esta índole. Una espantosa tormenta se cernía sobre el Padre General y aun sobre el mismo Instituto de la Compañía. Un grupo de revoltosos aspiraban a deponer al P. Aquaviva y modificar algunos puntos esenciales del Instituto, que juzgaban habían perdido su razón de ser con el pasar de los años y debían de ser suplantados con otros más actuales y, sobre todo, más del gusto de los conspiradores.

Gracias a Dios, las densas nubes se deshicieron en muy pocas sesiones. Volvió muy pronto a serenarse el cielo de la Compañía y, en ese ambiente, ya purificado, en el que flotó inmaculada como nunca la figura del General, se pudo tratar de otros puntos de carácter más interno.

Este fué el momento elegido por el P. Aquaviva. El 6 de noviembre de 1593 se formó en el seno de la Congregación una Comisión—la octava—que se encargaría de la revisión del Directorio (56).

Se eligieron Padres de los más antiguos y que se distinguían por su conocimiento de la espiritualidad de la Compañía. De varios de ellos hemos tenido ocasión de hablar muy despacio. Ante todo, del presidente de la Comisión, P. Gil González Dávila, lo mismo que de otros dos miembros eminentes: Fabio de Fabi y Lorenzo Maggio. El P. Alfonso Rodríguez es bien conocido por su clásica obra, sólido y jugoso alimento espiritual de tantas y tantas generaciones. También escribieron libros espirituales otros miembros de la Comisión, como los PP. Bartolomé Ricci, Bernardino Rossignoli, José Blondo. Completan el cuadro el P. Luis Gagliardi, hermano del P. Aquiles, Pedro Mayor y Juan Domingo Candela. Los PP. Alfonso Rodríguez, Luis Gagliardi y José Blondo, formaban, además, parte de otra Comisión—la tercera—formada en la misma Congregación, y que tantas afinidades tenía con los Ejercicios: la de la renovación del espíritu y disciplina religiosa (57).

La Comisión se puso al trabajo inmediatamente. En la decisión que tomaron se nota el influjo del eficaz P. Gil González Dávila (58). Una solución pronta y definitiva, pero no precipitada. Se impusieron el arduo trabajo de volver a examinar el proceso casi desde el principio. Comenzaron por rever el mismo Directorio de 1591. Ponían así una firme y segura base a su trabajo. La segunda fase era más complicada. Ir insertando en el Directorio lo que, según las observaciones enviadas últimamente, pareciese a los Padres conveniente hacerlo. Ya desde el principio pusieron un tope a estos cambios. Se debía guardar el orden y la forma del Directorio en cuanto fuera posible.

Parecía que con esto podían dar por acabado su trabajo. Sin em-

---

(56) *Deputatio 8.ª pro Directorio exercitiorum recognoscendo. Congr. 1.ª*, 133v.

(57) Hablamos de esta Comisión en las pp. 318-319.

(58) La decisión en *Exerc.*, 1.105-1.106. Comienza con esta significativa expresión: *Visum est omnibus.*

bargo, para poder penetrar más a fondo en el pensamiento de las expresiones del Directorio, juzgaron deber acudir a las mismas fuentes y releer los documentos ya arrinconados en el archivo, que habían constituído la armazón del Directorio de 1591.

Afortunadamente, conservamos las actas de al menos algunas de las sesiones en que fueron pasando revista a las observaciones recibidas. El criterio de la Comisión es marcadamente opuesto a admitir modificaciones. Parecen sus respuestas una defensa del Directorio más bien que un examen razonable de los memoriales.

Se lanzaron por el camino más expedito para acabar aquel engorroso asunto y tal vez el único apto en el punto tan avanzado del proceso en que se encontraban. Los Ejercicios, como materia de índole práctica y en la que entraban factores tan complejos, admitían muy diferentes puntos de vista. Conforme uno admitiese una u otra actitud inicial, insistía más en uno u otro aspecto. Si se daba beligerancia a todos, se corría el peligro de eternizarse indefinidamente, sin llegar jamás a resultado positivo alguno, como lo habían mostrado los inútiles tanteos de tantos años. La orientación estaba ya elegida y debidamente sancionada. Lo único que cabía era perfeccionar detalles dentro de la línea general arquitectónica que debía de quedar intacta.

Y para este trabajo, no podían servir mucho las observaciones remitidas, porque la mayoría, en vez de tener en cuenta la perspectiva del Directorio y sólo dentro de ella procurar perfeccionar el sistema, se dedicaban a ensayar nuevos aspectos.

Teniendo en cuenta este estado real de cosas, extrañará menos el hecho de que apenas se admitiese ninguna observación, a pesar de haber no pocas razonables y algunas de ellas ser el exponente de sectores muy amplios.

Varias veces remiten la solución al Padre General. Pero la respuesta más frecuente es, o el hacer ver el poco fundamento de los deseos expuestos o, sencillamente, decidir que se conserve el Directorio como estaba antes. Algunas veces, con todo, añaden que se debe dejar aquel punto a la prudencia de cada director. Es decir, les parece oportuna la observación, pero no lo suficientemente importante como para ser incluída en el documento oficial.

Una vez, respecto a la anotación 17, dicen que se pueden usar expresiones más claras en el Directorio. Otra vez, por cierto la primera cuestión examinada, se admite la necesidad de tratar más a fondo todo el problema de la oración (59).

---

(59) MHSI.: *Exerc.*, 1.109 (16) y 1.106 (1).

10.—El Directorio oficial.

Los Padres tuvieron que realizar su revisión en los dos meses que duró la Congregación. En enero de 1594 estaba ya el informe dado. Sin embargo, el prólogo del Directorio oficial definitivo, lleva la fecha de octubre de 1599. La razón de esta dilación de cinco años largos, no puede ser otra que las crecientes y agobiadoras ocupaciones del P. Aquaviva.

En algunas Congregaciones provinciales de 1597 aparecieron brotes de impaciencia por la extraña tardanza de un documento que sabían estaba ya desde hacía tres años preparado. Algunas expresiones son verdaderamente fuertes.

Los Padres de la provincia de Germania Superior, después de repetir que se trata de algo «deseado desde hace mucho tiempo, pedido por muchos», llegan hasta a afirmar que «no parece que se ha atendido suficientemente a este asunto tan necesario para la Compañía» (60).

El P. Aquaviva responde a las peticiones de las Congregaciones de este año de 1597 asegurando que «está ya revisado el Directorio y que en breve se imprimirá» (61).

El Directorio oficial apenas se diferencia más que en detalles mínimos del de 1591. Ni podía ser de otra manera, dado el informe dado por la Comisión de Padres diputados. Nadie podía sospechar, por el análisis interno de las insignificantes variantes, que entre los dos documentos habían mediado ocho años de experiencia, que se habían remitido a Roma memoriales pidiendo retoques, algunos importantes, que se había formado una Comisión para analizar a fondo el contenido del Directorio.

Sólo en cuatro párrafos se dan diferencias de cierta importancia.

1.° En los *modos de elección*. En el primer Directorio se hablaba siempre de «tres modos». En el oficial se vuelve a la nomenclatura ignaciana de tres «tiempos», dividiendo el tercer tiempo en dos modos. Con esta ocasión, además, se precisa algo más el tercer tiempo, especificando cómo gracias a él «el entendimiento ve la verdad con más claridad y va delante de la voluntad como una luz» (62).

2.° En la *aplicación de sentidos*. Se cambia un poco, muy poco, el

---

(60) *Bene constituta, sed minus osservata*, habían dicho los Padres de la misma provincia en 1573. *Congr. 42*, 34v. Ahora, en 1597, dicen: *Neque dum videtur huic rei adeo Societati necessariae sufficienter prospectum. Congr. 47*, 293r.

(61) Por ejemplo, a la de Aquitania en *Congr. 47*, 405r: *Directorium iam quoque recognitum est, brevique recudetur*. A la de Germ. Sup., lo mismo a la letra en *Congr. 47*, 296r.

(62) Directorio, cap. 26, n. 3. MHSI.: *Exerc.*, 1.158. El texto del Directorio de 1591 en MHSI.: *Exerc.*, 1.058.

giro de una frase en que se decía que no era necesario dedicar una hora por separado siempre a este Ejercicio en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo (63). Lo demás se deja intacto, a pesar de que, en casi todos los memoriales recibidos en Roma, se pedía el que se revisara y se diera más importancia a este típico modo de orar ignaciano.

3.° *Visitas al ejercitante.* Otro punto que había levantado un clamor unánime de protesta. Sin embargo, el cambio es insignificante. Antes se decía que no convenía visitar al ejercitante más que una vez al día, excepto a lo más cuando lo exigiese alguna circunstancia extraordinaria y «eso en la primera semana». Ahora se alarga un poco más la facultad, diciendo que ese caso puede darse a veces «en la primera semana..... o también en la segunda por la dificultad de la elección» (64).

4.° En la *cuestión económica* es donde se introduce la modificación más importante. El primer Directorio se contentaba con advertir que se tuviera cuidado de que, por los gastos que ocasionan los ejercitantes, no se gravase de deudas la casa. Se prevenía también el otro extremo de exigir con demasiada dureza la compensación de las expensas, pero de un modo muy general, advirtiendo que no se comporten de un modo mezquino o que pudiera ser tildado de avaro.

En el nuevo Directorio se urge más bien una orientación contraria: que se exija una justa paga por los gastos de manutención y hospedaje (65).

Las demás variantes afectan solamente al estilo o a la disposición externa. Se reemplaza la palabra *exercitans* con algún giro de corte más clásico: *qui sumit* u otro parecido. Se revisan los textos de los Santos Padres y de la Sagrada Escritura, citados a veces de memoria en el anterior Directorio, o al menos según lecturas no del todo exactas.

De vez en cuando se añade alguna palabra, que no cambia el sentido, sino matiza alguna frase, o aclara algún párrafo algo oscuro.

Los 22 capítulos del primer Directorio se convirtieron en 39, pero no, repetimos, porque se añadiera nada nuevo, sino porque se fueron dividiendo los antiguos capítulos de modo más particularizado. Se fueron, además, numerando los párrafos dentro de cada capítulo.

El juicio que emitimos sobre el Directorio de 1591, se puede y se debe aplicar íntegro al Directorio oficial. Los únicos retoques de importancia se refieren a la disposición externa. Gracias a ellos resulta el nuevo Directorio más claro y manejable.

No dudamos que el P. Aquaviva, al recibir el primer ejemplar impreso del suspirado Directorio, sentiría una satisfacción particular. Había ya madurado el fruto de casi cuarenta años de sudores y trabajos.

---

(63) Directorio, cap. 20, n. 2. MHSI.: *Exerc.*, 1.150. Antes en *ibid.*, 1.049.

(64) Directorio, cap. 6, n. 1. MHSI.: *Exerc.*, 1.128. El texto del anterior Directorio en *ibid.*, 1.021.

(65) Directorio, cap. 4, n. 2. MHSI.: *Exerc.*, 1.025. En el Directorio de 1591, *ibid.*, 1.017-1.018.

Ningún otro documento oficial jesuítico ha supuesto una serie tan larga de años, ni ha requerido una intervención tan numerosa de hombres. Para su realización, se movilizaron toda clase de fuerzas de que dispone la Compañía: memoriales privados, memoriales solicitados por el Padre General, trabajos de Padres especializados, comisiones nombradas por el Padre General y comisiones elegidas por la misma Congregación general.

Ni aun el proceso del *Ratio studiorum*, tan largo y complicado, llega en número de años o de personas consultadas, a nuestro Directorio.

No fueron vanas tantas fatigas. Si exceptuamos las reglas oficiales de la Compañía, ningún otro documento jesuítico, si no es la *Ratio studiorum*, se le puede comparar por el influjo que ha ejercido.

No es una obra perfecta, como lo hicimos notar al hablar del Directorio casi gemelo de 1591. Nadie puede desentenderse del todo de su ambiente y de su siglo.

En el Directorio se entremezclan con valores imperecederos, de subido quilate, elementos que han sido sobrepasados con los años, por basarse en exigencias de la época. A pesar de estos lunares, sigue todavía el Directorio del P. Aquaviva revestido de carácter oficial, sin que se le haya añadido o quitado ni una sola palabra. Durante más de tres siglos y medio ha sido la norma orientadora de miles de jesuítas en el campo de los Ejercicios. La curva de la práctica ha dependido, ciertamente, de las indicaciones formuladas en el Directorio. Obsérvese que hasta principios de este siglo era el único conocido, al menos, por la gran mayoría de los directores. A él tenían que acudir para aprender el método, para compulsar su táctica.

Basta y sobra la trascendencia de su influjo en un lapso en que se han arrumbado la mayoría de las normas dimanadas contemporáneamente y aun bastante posteriormente a él, para que agradezcamos a los primeros Generales las increíbles fatigas que les costó el llevarlo a cabo.

El interés por la promulgación del Directorio, que aparece de relieve en esta compleja serie de tanteos, es reflejo todavía de otra faceta: del fruto que iban produciendo los Ejercicios. Porque los directores palpaban la eficacia de la práctica ignaciana, tenían extremado interés en conservarla y perfeccionarla.

Los frutos que producían en esta época no se diferenciaban de los de la precedente, ya estudiados en el volumen anterior. No vamos por ello a detenernos en la reseña de las trasformaciones realizadas, vivificación interior conseguida, aumento de vida de piedad, caridad y apostolado. Sería repetir con diversos nombres lo ya expuesto. Preferimos reducirnos a estudiar un fenómeno nuevo, el fruto principal que reportó la práctica ignaciana en este período: la creación de la espiritualidad jesuítica.

PARTE CUARTA

FRUTOS DE ESPIRITUALIDAD CATÓLICA PRODUCIDOS POR LOS EJERCICIOS

CAPÍTULO XVI

EL PRINCIPAL FRUTO: CREACIÓN DE LA ESCUELA JESUÍTICA

1.—Los Ejercicios base de la espiritualidad jesuítica.

Los principios de los Ejercicios iban lentamente infiltrándose en los jesuítas, que habían tomado el método ignaciano como guía de sus acciones. Se iba formando, insensiblemente, un cuerpo de doctrina espiritual basado en esos pilares. El trabajo no se realizaba en un día. Era un proceso lento, gradual. Se daba, sí, un primer momento de particular importancia. El mes de Ejercicios. Continuaba toda la vida la labor.

Cámara observa, atinadamente, haber notado muchas veces «cómo el Padre, en todo su modo de proceder, observa todas las reglas de los Ejercicios exactamente, de modo que parece, primero, haberlos plantado en su ánima y de los actos que tenía en ella, sacadas aquellas reglas» (1).

No se puede sintetizar más acertadamente este *primer momento* de la inserción de la espiritualidad jesuítica. Es un llenar el alma de la sustancia de los Ejercicios. Y como consecuencia, un obrar impulsado por la fuerza de ese principio inoculado.

Poseemos, en la primera generación, dos ejemplos típicos de este primer estadio de la espiritualidad jesuítica. El Beato Pedro Fabro y San Francisco Javier. Aunque parezca una redundancia, reflejan dos espiritualidades todo espíritu.

El espíritu de *Javier* es el espíritu de «conquistar todo el mundo y todos los enemigos», de quien está en la perpetua tensión de «desear más», de «más le imitar y servir», espíritu de lucha heroica contra «su propio amor, querer e interesse», de «deseo de oprobio y menosprecio»;

---

(1) Cfr. el primer volumen de la *Historia de los Ejercicios*, 150-152. Memorial del P. González Cámara. MHSI.: *Fontes Narr.*, 1, 659. Cfr. RIBADENEYRA: *Vida de San Ignacio*, lib. V, preámbulo.

en una palabra: espíritu impregnado de la quintaesencia de los Ejercicios. El método de apostolado no es «más que la realización personal del ideal preconcebido en los Ejercicios, de superación continua en servicio cada vez mayor y más heroico de su Señor» (2).

Si Javier eligió dentro del mismo campo misional una vida casi errabunda y metida entre toda clase de peligros, fué porque, tras muchos sentimientos internos, sintió «dentro de su ánima» que ese apostolado era el más imitar a Cristo en vida pobre y llena de oprobios de los Ejercicios. Lo mismo hay que decir de sus demás acciones. Para dar con su razón última, hay que acudir siempre a los Ejercicios.

El mismo fondo campea en la figura candorosa de *Fabro*. Con cuatro años de íntimo contacto día y noche con San Ignacio, llegó a ser, según confesión propia, «una misma cosa en deseos y voluntad», o para usar otra frase también suya, más expresiva todavía, «hechura» ignaciana (3).

Esta asimilación honda del espíritu de San Ignacio le hizo el mejor director de Ejercicios. Sin embargo, apenas hay en él nada de complicada técnica. Lo que realizaba era algo sumamente sencillo. Derramaba sobre el ejercitante su alma saturada de la más pura esencia ignaciana, en la medida que estimaba necesaria para saciar los anhelos y resolver los problemas de cada ejercitante. Realizaba una *trasfusión*, no una construcción, que presupone abundancia de forma y material, ausentes en Fabro (4).

El espíritu es necesario, pero no basta. Necesita un cuerpo. Su constitución fué la *segunda fase del proceso* que estamos estudiando, proceso no menos largo y complejo que el inicial de asimilación del espíritu. La primera generación vivió de modo experimental esta forma, sin saber muchas veces definirla ni matizar las cualidades de que se componía. Era como el instinto de la segunda naturaleza espiritual que San Ignacio había conseguido formar en su interior. Al principio, la materia fué muy endeble. Si no se quería que se deshiciera en poco tiempo, era necesario consolidarla. Se imponía la sistematización y el regular los puntos imprecisos.

Fué un trabajo paralelo al que se realizó en los demás órdenes dentro de la Compañía, señal de que se trataba de un problema de índole general. Es la época de la elaboración de los Directorios, de la composición de las reglas, de la fijación de las costumbres, sistematización de la oración, redacción del *Ratio studiorum*.

---

(2) Desarrollamos este tema más ampliamente en nuestro artículo, *Los Ejercicios espirituales ignacianos, el método evangelizador de San Francisco Javier y la Misión jesuítica de la India en el siglo XVI*, «Studia missionalia», 5 (1949). Allí pueden verse las pruebas de este aserto.

(3) MHSI.: *Fabri Mon.*, 397 y 858, n. 8. Cfr. nuestro artículo, *Influjos en la espiritualidad del Beato Pedro Fabro*. «Revista de Espiritualidad», 5 (1946), 438-452.

(4) IPARRAGUIRRE: *Influjos en la espiritualidad del Beato Pedro Fabro*, 450-452.

Con toda esta elaboración no se pretendía innovar nada, sino sólo *fijar lo antiguo*, crear los moldes en que se vaciaran las formas ya preexistentes y en las que quedara forjada para siempre la realidad.

Los *factores que influyeron en esta elaboración* de la forma, fueron tres. En teoría, son de muy diversa naturaleza, pero no pocas veces se encuentran entrelazados estrechamente en la práctica.

El primero, el principal de todos, fué la necesidad de tener que ir aplicando los principios de los Ejercicios a los problemas que se iban presentando. El choque con la realidad, la necesidad de explanar puntos de Ejercicios o de las Constituciones en pláticas o escritos, las preguntas que les dirigían en el trato o dirección, obligaba a los más antiguos y calificados jesuítas a reconcentrarse, a tomar el pulso a las experiencias personales y a extraer la doctrina adecuada a las realidades que tenían delante.

Este primer esbozo, fué de carácter empírico y ocasional. Se iluminaron los puntos que, al impulso de alguna circunstancia, se habían sacado a discusión. Otros muchos vitales quedaron inarticulados. No era todavía la teoría, sino materiales para su elaboración.

Este análisis lo realizaron, más o menos, todos los primeros directores. El carácter circunstancial, oscilante, individual, hace que sea imposible reducirlo a una ley constante y estudiarlo en su conjunto. No nos queda más camino que contemplar alguna figura más representativa. Elegimos, por su especial valor, la del *P. Villanueva*. Conservamos una serie de preguntas espirituales que le hizo el P. Juan Manuel, entonces estudiante y súbdito suyo en Alcalá.

Villanueva, a cada nueva pregunta, va precisando la forma ignaciana, matizándola y enseñando cómo se debe aplicarla a cada caso concreto. Así, con ocasión de la pregunta de cómo se puede evitar que el estudio dificulte la oración y seque el espíritu, va dando Villanueva, de una manera diluída, una descripción particularizada de los elementos esenciales de la oración y de lo que suele dificultar su aprendizaje.

Veamos una breve parte de la respuesta:

«Parésceme que debéis de llevar este discurso en vuestras meditaciones o tomar un ejercicio de la vida de Cristo o de otra cosa, y mirar brevemente la virtud y perfección que allí se os muestra y luego ir a la confusión considerando profundamente vuestros defectos y faltas, y ya que las hayáis conocido, tornad al ejercicio y considerad cuán de otra manera se habría Cristo en aquella virtud que vos, y por la fealdad que habéis visto en aquellos defectos y obras, vernéis a conoscer más fácilmente la perfección y bondad de las obras de Cristo y conoscido de lo poco que padescéis por Cristo, vernéis a conoscer lo mucho que Cristo padesció por vos, y conoscida vuestra ingratitud conosceréis más fácilmente el amor que Cristo en todas cosas muestra. Así que acabéis la oración con el amor de Dios, acabando en su bondad de tal manera que salga vuestra ánima enamorada de su esposo Jesucristo y unida grandemente con Él, porque el fin de todas las buenas obras ha de ser la unión de Dios.....

Propuesto luego el ejercicio, id luego a vuestros defectos, y andad bien escudriñando los rincones de vuestra alma. Y luego ir al amor de Dios, y si nuestro Señor no os diere, no procuréis trabajar la cabeza para alcanzar

algo, mas *estáos en vuestra miseria* y ponéos delante la presencia de Dios como un pobre desandrajado lleno de llagas de pecados y miserias, y llamad a la puerta de su misericordia, y si os diese limosna, bien, y si no, paciencia, y esperar a la puerta hasta que les dan limosna. Así vos, hermano, habéis de esperar con humildad y no pensar que a fuerza de brazos habéis de alcanzar lo que queréis, porque esto es soberbia y no alcanzaréis nada, y más, que os echaréis a perder y enfermaréis la cabeza, de tal manera que no seréis en toda vuestra vida más para orar..... No penséis entrar en la casa de Dios por fuerza de cabezadas, sino rogando con humildad» (5).

Esta descripción es un ejemplo del avance que se fué realizando en la consolidación de la forma. No se da sólo el espíritu, el alma: hay que llenarse de Dios, ser humilde, sino se especifica el modo con que tienen que ejercitar sus potencias en la oración, a qué deben atender, con qué medios se debe procurar la humildad.

Parecidas descripciones sobre la indiferencia, el examen de conciencia, discreción de espíritus, existen en las otras respuestas del P. Villanueva. Pero siempre se reduce a los casos provocados por los problemas que se le iban planteando. No es todavía la sistematización, pero sí la preparación de los materiales, la elaboración parcial de la forma.

2.—Ulterior elaboración de la forma de espiritualidad.

De modo todavía más perfecto fueron elaborando la estructura de la forma los Superiores, Visitadores, Padres espirituales, cuando escribían alguna instrucción o tratado. Se ponían de propósito a estudiar un punto del Instituto relacionado con la espiritualidad y lo iluminaban a la luz de los principios ignacianos.

El ejemplo más acusado de esta tendencia es el *P. Jerónimo Nadal.* Se le puede llamar, con toda justicia, el primer teórico de la espiritualidad jesuítica. Es el primero que, después de la muerte de San Ignacio, se enfrentó con el problema de dar forma adecuada y perfecta a la casi infinita gama de costumbres y tradiciones que habían ido surgiendo en los primeros años y precisar sus notas esenciales constitutivas (6).

Pocas personas más aptas que Nadal para este complejo trabajo. «Doctor parisiensis», había enseñado Sagrada Escritura en Mallorca, había comentado la carta de San Pablo a los romanos, carta eminentemente teológica. Polanco le llama «docto en [teología escolástica] y en la

---

(5) «Preguntas espirituales que hizo el H. Juan Manuel, estudiante, al P. Francisco de Villanueva, su rector, con sus respuestas». CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 8, cap. 7 (1, 255v), respuesta a la pregunta primera.

(6) Véase la fundamental obra de M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal. Obras y doctrinas espirituales*, sobre todo capítulos 4, 5, 6, 9 y 13.

escritura y en la positiva» (7). «Preciábase en extremo de escolástico, era persona de grande entendimiento especulativo y práctico», asegura el diligente P. Castro (8).

Su natural claro, lógico y aun matemático, le incitaba con una fuerza instintiva a poner orden en aquella selva de prescripciones; su intimidad con San Ignacio, los altos puestos que había ocupado desde el mismo comienzo de la Orden, una íntima «asistencia del espíritu de la Compañía y gusto de él» que le dominaba, le capacitaban para discernir lo ignaciano de lo espúreo; su ansia de interioridad y de reflexión, reflejo, sin duda, del ambiente lulista en que se había movido en su isla natal y de su naturaleza habituada a las abstracciones escolásticas, hizo que sus órdenes no fueran un sumando más, sino una concreción trascendente, un esbozo de teoría (9).

Todo le impulsaba a reflexionar sobre la esencia y espíritu de la nueva Orden. En sus pláticas a las diversas Comunidades, se nota una madurez de pensamiento y una densidad de conceptos que descubren en seguida al hombre que, a través, tal vez, de una forma algo improvisada, iba proyectando conceptos hondamente vividos.

La base teológica de la teoría nadaliana constituye lo que él llama «la gracia especial de la vocación». Dentro de estos límites define la religión como la «particular gracia, instituto y modo de proceder para mejor y más perfectamente servir a Dios».

Dios da una gracia y ayuda «particular» a cada religión conforme a su instituto y su fin. Dios da también «particulares medios para el mejor servicio de su Divina Majestad». Y se ha propuesto, mediante la fundación de una religión, que se le sirva de un nuevo modo peculiar. Las gracias que confiere con tal motivo son «particulares», es decir, conformes a las modalidades *particulares* del Instituto y *particularmente* adaptadas a la realización de aquel intento. Cada nueva entidad jurídica, podíamos decir, no es más que el reflejo externo de una nueva modalidad interna sobrenatural, de una nueva clase de ayudas espirituales. A esta particular ayuda llama «gracia de la vocación» o de la «religión» (10).

Aplicando Nadal esta «teología de las religiones» a la Compañía, concluye que los jesuítas tienen una gracia particular para «mejor y más perfectamente servir a Dios Nuestro Señor» por medio de medios «particulares». Dios les da gracia y «gracia particular», entendida en el sentido antes indicado, con particulares influjos para que se pueda alcanzar dentro del estado «la perfección del Evangelio» (11).

---

(7) Carta a Doménech, 18 de marzo de 1548. MHSI.: *Mon. Ign. Epp.*, 2, 25-26.
(8) CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 1, cap. 6 (I, 10r).
(9) Cfr. M. BATLLORI: *El teólogo de Trento, Jerónimo Nadal*, 125-128.
(10) Es una idea que se repite frecuentemente en sus pláticas. Puédense ver, de modo particular, las pláticas cuarta y quinta de Alcalá (1561) o Coimbra (1561). Cfr. M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 145-151.
(11) Plática de renovación de 1557 en M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 491-496.

La consecuencia más importante de este fecundo principio, es que dentro de cada religión, y en concreto dentro de la Compañía de Jesús, tiene que haber *todos los medios y todas las ayudas* para conseguir la perfección que Dios quiere de aquellos a quienes Él, liberalmente, ha llamado a tal religión. «Esta es la gracia de nuestro Instituto y de nuestra Compañía». Esta «muy especial gracia»—y lo es de veras—la veía Nadal incluída ya en los Ejercicios, de tal modo, que el novicio, al fin de ellos, debía alcanzar «la noticia y sentimiento de su vocación especial», es decir, esta gracia particular en el sentido indicado, y de la que brotaba, como continúa Nadal, «una especial quietud y unión con Dios en espiritual obediencia y particular ejecución por donde ha de ir a Dios» (12).

Proyectando la luz de la teología sobre el fondo de los Ejercicios, presentaba Nadal el principio teórico de la espiritualidad jesuítica. Tenían los jesuítas, en su vocación, un modo propio y particular de alcanzar la perfección. Incluía la asistencia divina particular garantizada al que siguiera aquel camino. Al que «iba por estos medios», el Señor le ayudaba «con eficacia en ellos» (13).

¿Podía presentarse un motivo más halagador y fuerte? Estos principios esclarecen, de rechazo, otro aspecto de la conducta de Nadal. Su afán por conocer hasta los más insignificantes detalles de la mentalidad y usos de San Ignacio, su cuidado de regular hasta lo último el modo de ser y las costumbres propias de la Compañía. Eran, por menudas que parecieran, materiales del camino por el que tenían que avanzar para llegar a la perfección que Dios pretendía de ellos.

El que la Compañía tuviera un «*modo propio*» *de oración* no era más que una deducción de las premisas que acabamos de exponer. Si Dios concedía medios peculiares para llegar a las alturas de la perfección a las que llamaba a los jesuítas, no podía privarles del primero y más importante de todos, del de la oración. La frase, tan familiar a Nadal en sus exhortaciones e instrucciones, «el modo que tiene la Compañía en la oración», no es más que la reducción a este caso particular del principio general.

El mismo Nadal establece el empalme, cuando dice: «Porque el estado de la oración es un estado de la vida espiritual en Jesucristo» (14). Lo que antes decía de ese «estado de la vida espiritual», es decir, de todos los medios que tenía la Compañía de Jesús, quiere ahora que se aplique, como parte a un todo, a ese «estado».

La instrucción que dejó Nadal en su primera visita a España en 1553, refleja el estado de la espiritualidad que estamos considerando (15).

---

(12) Plática tercera de Alcalá, f. 357r y MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 673.
(13) Plática tercera de Alcalá.
(14) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 676.
(15) MHSI.: *Reg. S. I.* «Orden de la oración», p. 490.

Los dos primeros elementos que consiguió Nadal esclarecer en este estadio de comienzo de la síntesis, o si se prefiere de *transición del análisis a la síntesis*, son los dos más fundamentales y característicos, que por eso mismo, se le presentaban con más relieve desde el principio.

El primero se refiere al carácter netamente ignaciano que ha de tener la oración jesuítica. Debía *brotar de los Ejercicios*. Era demasiado evidente para no percibirlo. Toda la Compañía estaba basada sobre ese fundamento. Uno de los fines que asigna Nadal al mes de los Ejercicios del noviciado, es precisamente este de «alcanzar principio y modo en el Señor, de hallar oración».

La segunda nota se refiere a la relación no menos íntima que ha de tener la oración del jesuíta con el Instituto de la Compañía, con la vida que ha de llevar. *La oración ha de ser apostólica*, ha de ser fuente de apostolado. En esta época no pasa de estos contornos generales y todavía no bien precisos. A pesar de eso se detiene extraordinariamente en este punto:

«Se han de esforzar todos en el Señor, caminando por el estado de oración y vida espiritual, a hablar a Dios en todos sus ministerios y operaciones, caminando por la vía del espíritu solamente, acostumbrándose a actuar el espíritu y devoción en todas cosas y servirse de las reliquias de la cogitación, oración y hábito de ella, cuanto sufrirá la fragilidad de nuestra naturaleza, en todos los ministerios.

De esta manera uno habituado en el Señor, ha de tener advertencia que el gusto de la oración no le enfríe o divierta del fervor de la execución del fin de su vocación o medios necesarios para ello, como son los estudios y toda obediencia y así debe extender la oración y sentimientos de ella a los exercicios de su vocación, y entrar en ellos con oración o participación o reliquia de ella en el Señor» (16).

Esto que nos parece ahora tan natural, era entonces casi una revolución. Nadal hablaba a una generación que se había acostumbrado a considerar la oración como algo medio monacal. La oración no era «activa» sino «recogida». Hacía contemplativos, no hombres de acción.

Esta concepción predominante de la oración, fué la raíz última de las dificultades que brotaron unos lustros más tarde, sobre el modo de la oración jesuítica. Las ideas espirituales entonces en boga, penetraron dentro de la Compañía, como veremos en seguida, y se formaron centros de hombres que enseñaban y practicaban esta oración recogida y para recogidos. Sólo proyectando sobre este fondo, se aprecia el mérito de Nadal. Él hizo que no se desviara la orientación ignaciana de la oración y con la de la oración, la de toda la espiritualidad, en el momento más delicado de todos, en el de la primera floración, cuando cualquier insignificancia puede alterar la normalidad del desarrollo.

Todavía en estos años no se había dado con la fórmula precisa de un decenio más tarde, de la oración «práctica». Pero estaban dadas ya las líneas esenciales.

---

(16) *Ibid.*, p. 490, nn. 14 y 15. Cfr. M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 318-341.

3.—Primera síntesis de la doctrina espiritual hacia 1562.

El propio Nadal llegó pronto a la cristalización perfecta de su pensamiento. Expuso sus ideas en las pláticas de 1562, que representan la frontera entre el segundo y tercer estadio, entre el análisis y la síntesis.

Antes de contemplar el cuadro que traza de la oración en esa época, necesitamos observar la actitud del Padre General Laínez, para ver el reflejo que la paulatina evolución del contenido de la esencia jesuítica, tuvo en la legislación de entonces.

El gran problema que se agitó aquellos años—y que continuó todavía durante dos largos decenios—fué el tiempo que debían dar los escolares a la meditación (17).

Considerada la cuestión desde nuestro punto de vista, se reduce a lo siguiente. Era necesario dar con el tiempo exacto para que la oración del jesuíta cumpliera con el prerrequisito enunciado por Nadal: que fuera activa y apostólica. La oración podía ser una ayuda esencial para el trabajo. Una fuente de energías sobrenaturales para realizar con toda perfección el deber de cada día. Pero podía también el alma detenerse saboreando golosamente los gustos sentidos en ella con perjuicio de sus obligaciones. Era necesario buscar la fórmula que combinara en la proporción adecuada los dos elementos. Y este fué el máximo problema legislativo en torno a la oración en los primeros decenios.

No había sonado todavía la hora de la diferenciación. Era necesario, primero, que la misma sustancia, penetrando en el organismo, eliminara los elementos extraños que lo viciaban.

La misma táctica observamos en la correspondencia del P. Laínez. Recomendaba una oración apostólica, práctica, pero siempre considerada en este aspecto general. Escribiendo a Juan Catalán, habla «de la oración y meditación y Ejercicios de devoción que unen al hombre con Dios y lo hacen crecer en obediencia, humildad y en las otras virtudes sólidas y perfectas» (18).

Poco antes había escrito al P. Couvillon diciéndole que «la mejor mutación que podía hacerse» era conseguir, a través de la oración, «gracias de verdadera caridad para con sus prójimos y de verdadera humildad para consigo mismo» (19).

No se pueden trazar límites matemáticos en esta sistematización. Hubo, como en todo movimiento espiritual, momento de crisis y de

---

(17) Cfr. PEDRO LETURIA: *La hora matutina de meditación en la Compañía naciente*, AHSI., 3 (1934), 47-108, donde se encontrará la bibliografía sobre la materia.

(18) MHSI.: *Lainii Mon.*, 2, 653.

(19) MHSI.: *Lainii Mon.*, 2, 280.

oscuridad y fogonazos de luz repentina. Los primeros elementos que fueron esclareciéndose en este avance de la teoría de la oración, fueron los de carácter más bien externo. Eran mucho más fácilmente controlables y ofrecían un blanco más definido que facilitaba su compulsación.

Eran éstos, el tiempo que se debía dar a la oración, cómo el alma se debía preparar a ella, los actos inmediatamente previos que, por lo demás, estaban ya bastante particularizados en el libro de los Ejercicios, la regulación externa de los elementos que entraban en la oración, sobre todo vocal, que en este período fué muy usada, principalmente, en forma de letanías.

En la primera Congregación general de 1558, por ejemplo, se trazaron los fundamentos de la vida de la Compañía. Se tocó, como no podía ser menos, el problema de la meditación. Se habló sobre el tiempo que se debía dar, sobre si se debía hacerla en los cuartos o en alguna sala común (20).

Por otra parte, era necesario abordar primero estas circunstancias externas. Sólo la solución satisfactoria de esas notas que iban encontrándose continuamente en el camino y entorpecían el paso, dejaban expedita la vía para avanzar decididamente en el camino de la introspección y análisis.

El *primero de los valores internos* que comenzó a matizarse, fué el de su orientación apostólica.

En los documentos de Nadal de 1561-1562, se refleja ya un avance notable en este punto. Se puede decir que se ha llegado a la elaboración definitiva de la teoría (21). Mirón, dos decenios más tarde, en sus *Ritus et Traditiones Societatis Iesu*, no hará más que recopilar las normas de Nadal de este período, sin matiz de relieve.

La oración ha de ser «práctica», palabra que en Nadal se opone no a afectiva, sino a especulativa o, mejor aún, a «recogida». Es oración «que se extiende a la práctica». La fórmula clave y síntesis de su pensamiento que repetirá continuamente, es la siguiente: «La meditación no es fin, sino medio». El fin de la oración es «ayudar y favorecer los ministerios de la Compañía». Sus normas no son más que consecuencias de este principio. Ha de usar de ella tanto cuanto le sirva para ejercitar sus actividades. «Ayudan los gustos espirituales y sentimientos—dice—mas de manera que se tomen como medios y no como fines» (22). Para mayor claridad en punto tan central, ayudará trascribir el párrafo en que Mirón resume las enseñanzas de Nadal.

«El que el fin de la oración son los ministerios de la Compañía se entiende así: que todo lo que el Señor nos da, sean dones espirituales, sean naturales, todo lo debemos emplear en ejercitar los ministerios de la Compa-

(20) *Inst. 220*, 98r-99v.

(21) Sobre todo en la instrucción de la oración de 1561, MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 672-681, y en las pláticas también de 1561 de Alcalá y Coimbra.

(22) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 677. Estudia este aspecto de la oración práctica M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 222-226.

ñía según nuestra vocación, de modo que no debemos pararnos [más de lo que exija nuestro fin] en los dones, gracias, fervores y consolaciones. Sino que después que hayamos conseguido todos esos dones, debemos usar de ellos en bien de las almas, de modo que nos sirvan para cumplir nuestros ministerios con mayor ánimo y fervor» (23).

La idea básica de Nadal es que el jesuíta ha de estar «en estado de oración» en medio de los ministerios, ha de ser *contemplativus in actione*, como San Ignacio, de modo que «en [los] ministerios se ha de hallar a Dios con paz, quiete y aplicación del hombre interior con..... fervor de caridad con Dios».

Una especie de círculo cerrado que, comenzando de la oración, llevaba a la acción para culminar en una síntesis trascendente que él llama «vida activa superior», y que incluye ambas vidas, la activa y contemplativa o, también, acción de la caridad unida con Dios que «es de perfecta acción» (24).

Gracias a esta armónica fusión de ambos elementos de índole tan opuesta, ha logrado «extender» el concepto de oración a la vida ordinaria, infundir alma de recogimiento al mismo mundo externo y bullicioso.

Las Órdenes antiguas «extendían», y a la vez salvaguardaban la vida monacal, metiendo dentro del mundo sus hábitos y su claustro. Nadal, ya que no podía contar con esos medios santísimos, ha infundido el alma de la oración al ambiente que rodeaba al jesuíta.

Él mismo sintetiza su pensamiento en un precioso párrafo.

«De esta manera se ha de guiar la oración, que ella aumente y guíe y dé gusto espiritual a las operaciones con su *extensión* y fuerzas en el Señor, y las operaciones aumenten y den virtud y exultación a la oración, y dándose *mutua ayuda*, no se abrace sólo una parte de la vida cristiana, aunque mejor, que es la contemplación, mas quitándose la turbación y solicitud *circa plurima*, ayude y sea unida María con Marta en el Señor nuestro» (25).

No hacía más que sacar las últimas consecuencias de la definición dada por San Ignacio en la contemplación para alcanzar amor y de la igualdad práctica que establece entre el amar y servir a Dios, concreción, a su vez, de la palabra de Jesucristo: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama» (26).

Oigamos todavía, ya que se trata del nervio mismo de la cuestión, al mismo Nadal explicar su teoría en la plática tercera de Alcalá de 1561.

«Este es el círculo que yo suelo decir hay en los ministerios de la Compañía: por lo que vos hicisteis con los prójimos y servisteis en ello a Dios, hoy os ayuda más en casa en la oración y en las ocupaciones que tenéis para vos, y esa ayuda mayor os hace que después, con mayor ánimo y con

(23) *Inst. 186c*, 43r.
(24) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 679, 681; M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 327-334.
(25) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 675.
(26) San Juan, cap. 15, vers. 21.

más provecho, os ocupéis con el prójimo. De modo que el un ejercicio ayuda al otro, y el otro a éste, y con esto *en todo* se camina adelante de bien en mejor» (27).

El P. Toledo, en sus frecuentes pláticas a los escolares del Colegio romano, insistía en este mismo aspecto activo. Mirón lo sintetizó y le dió forma casi de regla en sus *Ritus et Traditiones Societatis Iesu*; Gagliardi acabó por perfeccionar la teoría y entroncarla en el sistema de las tres vías; Ceccotti la difundirá decenios más tarde entre sus hijos espirituales y, a través de ellos, se extenderá por toda la Compañía (28).

El uso que había que hacerse de las consolaciones y gustos espirituales, era consecuencia de esta tonalidad general de la oración jesuítica. Nadal sintetizó su pensamiento en una fórmula breve, precisa; *utendum est consolatione, non fruendum* que él mismo explica: «Tomar se tiene por medio la consolación y regalo que Nuestro Señor hace, no por fin, ni para parar en ella, sino para tomarla por ayuda de costa para pasar adelante» (29).

La oración «práctica», de ninguna manera era una oración seca, fría, intelectual. La función relativa de la consolación no quiere decir que había que despreciarla, sino que había que evitar solamente el extremo vicioso. En su instrucción matiza muy delicadamente su pensamiento. «No parece ser oración propia de la Compañía, el sentimiento de la oración y afecto de ella que *inclina a recogimiento y solitud no necesaria*..... sino aquel que inclina al ejercicio de su vocación y ministerio» (30).

En este carácter afectivo de la oración no hubo la menor discrepancia entre los hombres de aquella generación. Nadal, y con él Mirón, representan, sin duda, el sector más «intelectualista» de la tradición, y sin embargo, no temen insistir en este punto. Trazarán, si se quiere, esquemas a veces complicados para engranar el trabajo del entendimiento en el mecanismo de la meditación, pero todo esto lo consideran como un andamiaje previo, sólo para los principios, del que hay que ir desligándose gradualmente. Sus mejores recomendaciones son siempre para el afecto, para la voluntad.

En la misma instrucción sobre la oración que acabamos de citar, Nadal inculca varias veces esta idea:

---

(27) Plática tercera de Alcalá de 1561.

(28) Pláticas de Toledo en *Bibl. Naz. Rom. Fond. Ges., 1.622*, ff. 376v-377r. *Ritus et traditiones* de Mirón en *Inst. 186c*; Gagliardi en su *Commentarium exercitiorum* y en su libro manuscrito *De doctrina interiori*; Ceccotti en sus numerosos apuntes, como los del *Archiv. Univ. Greg., 1.777, 1.778*, y los más numerosos aún copiados por sus hijos espirituales.

(29) Plática 14 de Alcalá, de 1561, f. 575r, editada en M. NICOLAU: *Jerónimo Nadal*, 519-521.

(30) MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 673.

En otra cosa mucho se puede ayudar la oración, si en ella se ejercita más la voluntad y afecto que el entendimiento.....

Ayuda no darse priesa en la oración, sino adonde se siente la gracia de Dios Nuestro Señor, allí se haga pausa, hasta que el ánima sea satisfecha en el Señor.

Ayudan los gustos espirituales y sentimientos, mas de manera que se tomen como medios y no como fines (31).

No se convierta la oración en estudio—insistió Nadal en su visita de Amberes—, y conforme a las primeras reglas de los Ejercicios, se enderece la oración al afecto y al provecho interno, sirviéndose para este fin de la operación del entendimiento (32).

4.—Infiltraciones no tan puras en algunos sectores.

Los frutos de la acción de Nadal no se notaron en todo su vigor inmediatamente en la práctica. El mismo Nadal tardó más de un lustro (1561-1568) en recorrer las Casas de la Compañía en Europa. La generación joven fué la más beneficiada. Como lluvia benéfica fué penetrando su concepción de la vida espiritual en aquella tierra bien preparada y sin ideología contraria que ahogara el germen nadaliano. Pero tenía que continuar la semilla bajo tierra durante años hasta que diera el fruto correspondiente y lo dió bien pujante a fin de siglo. Aquella fué la generación de los primeros autores espirituales: Prado, Giustiniani, Gaspar Sánchez, Alfonso Rodríguez, Ricci, Mancinelli, Gagliardi, Arias, Bruno, Buseo, Alonso de la Cámara, Piatti, Pinelli, Bernardino Rossignoli, Alfonso y Pedro Sánchez, Tucci.

Todos ellos habían oído las exhortaciones del P. Nadal, se habían familiarizado con sus instrucciones, habían empezado a vivir desde los albores de su vida religiosa aquella pura y sana espiritualidad elaborada ya adecuadamente y presentada de modo fácil para ejercitarse en ella.

Entre los directores espirituales y Padres ya formados, hubo reacciones muy diversas. Los que veían en las ideas del Visitador la confirmación de su modo propio de sentir y obrar, perfeccionado y reducido a una síntesis armoniosa, recibieron con alborozo sus instrucciones. No tenían por qué cambiar nada. Les bastaba seguir la senda por la que habían caminado hasta entonces. Más aún: Nadal les ofrecía ayudas para avanzar más de prisa y con más seguridad.

Pero no faltaban Padres eminentes y aun de santidad reconocida, que, o por haber seguido con sus ideas espirituales anteriores a su ingreso a la Compañía, o que por causa de mixtura del ambiente pre-

---

(31) *Ibidem*, 673, 677.

(32) *Inst. 209*, 297r. Lo mismo ordenó en Lovaina, MHSI.: *Epp Nadal*, 4, 359. Mirón repite lo mismo en *Ritus et traditiones. Inst. 186c*, 679.

dominante, se habían formado una espiritualidad no tan propia de un miembro de una Orden apostólica.

Éstos no se doblegaron tan fácilmente. Creían que eran ellos, y no Nadal, los que interpretaban el sentir propio de San Ignacio. Y comenzó la lucha de criterios y mentalidades, que considerada desde nuestro punto de vista de la elaboración de la espiritualidad, trajo un bien no pequeño: el precisar, al contacto de la realidad, puntos de la teoría expuestos de un modo general por Nadal, el de determinar las fronteras precisas de la espiritualidad ignaciana con las de las demás espiritualidades. Antes se la consideraba aislada de todo otro movimiento, como una cumbre solitaria que emergía en el horizonte. Ahora, al tener que situarla dentro del mundo de las tendencias que pululaban en el medio ambiente real, se vieron los límites externos, se apreció la diferencia que existía. Fué un trabajo de «clarificación»; fué la necesaria rectificación de puntos menudos que siempre trae consigo el choque de la realidad.

Consciente San Ignacio de la importancia de la formación de esta mentalidad interna y de la novedad de muchos de los elementos que la integraban, quiso formar personalmente a sus hijos. Al principio fueron a Roma todos los que ingresaban en su Orden. Pronto fué imposible. Sin embargo, durante su vida, a pesar de estar abiertos los centros de Lovaina y Colonia, continuaron acudiendo a la Ciudad Eterna muchos de los nuevos reclutas del norte y centro de Europa. De España y Portugal, en cambio, cesó el flujo en seguida. Tal vez el gran número de vocaciones, tal vez la presencia de Padres muy imbuídos en el espíritu del fundador, aconsejó esta diferencia.

El hecho tuvo graves consecuencias para la formación de la espiritualidad. Este alejamiento de la fuente romana, hizo que, imperceptiblemente, se fueran infiltrando en algunos centros españoles ingredientes no tan puros y genuinos. Influyó, también, otra causa de carácter más general. En la Península Ibérica el catolicismo vigoroso y renovado por el movimiento reformador de Ximénez de Cisneros, fué produciendo frutos muy variados de restauración católica. En todos ellos se reflejaba el mismo carácter fundamental de renovación espiritual, pero los había de especies muy diversas: reforma de Órdenes religiosas, intensificación de la vida claustral, renovación de estudios eclesiásticos, fundación de nuevas asociaciones piadosas, creación de Seminarios para el clero, intensificación de la enseñanza eclesiástica y de la predicación popular, creación de apropiada literatura espiritual. Las mutuas infiltraciones de estos movimientos tan afines era obvia. Ahora bien. En algunos de ellos se daban elementos en sí utilísimos y beneficiosos, pero que no se avenían tanto con la índole de la Compañía. En general, todos los de índole claustral y de completo aislamiento. No era fácil en aquellos primeros momentos de formación, ver con claridad la diferencia de las diversas zonas, ya que la interferencia se sucedía de manera, muchas veces, imperceptible. De este modo fueron creciendo

dentro de la Compañía brotes de estos movimientos afines, pero que no correspondían al modo peculiar de ser de la nueva Orden.

En las demás naciones, en cambio—excepto Italia—, sobre todo en las que el aluvión protestante iba asolando los campos tan fértiles hasta pocos lustros antes, los movimientos de reforma eran preferentemente heterodoxos. Era mucho más difícil la infiltración viciosa. Había una distancia demasiado grande, y los límites eran demasiado perceptibles, para que incorporaran mezclas de la falsa reforma en la vida de los ardientes campeones del catolicismo.

Tres fueron los elementos extraños que, más o menos solapadamente, penetraron en la naciente espiritualidad jesuítica. Antes de estudiar las varias zonas de donde fueron infiltrándose, queremos indicarlos escuetamente por separado, aunque en la práctica, se entremezclaron casi siempre.

El primero se llamó por los Padres de aquella generación «espíritu eremítico». Era un afán de recogimiento y de vida retirada superior al que exigía la naturaleza de la nueva Orden.

El segundo era un deseo excesivo de gustos y consolaciones, de pasar horas y horas santamente engolosinado, saboreando las inefables dulzuras de los dones amorosos de Dios Nuestro Señor. La diferencia entre San Ignacio y sus falsos secuaces, no estaba en el hecho de que hubiera o no hubiera en la oración consolaciones y gustos, ya que también en la oración netamente ignaciana, el afecto y los dones de Dios Nuestro Señor tenían un papel muy importante, sino en su relación con la vida apostólica. Para San Ignacio, los gustos debían estar condicionados por el fin de la Orden, mientras que los contemplativos no ponían límite ninguno. Si su método hubiera rechazado de plano todos los valores afectivos, no hubiera sido difícil discernir la oración ignaciana de las demás. Pero, el admitirlos con una función precisa y en relación a otra realidad, hacía difícil, en circunstancias, la fijación de la cantidad necesaria de cada uno de los diversos ingredientes.

El tercer factor, muy afín al segundo, se reducía a una sobreestima de la oración de quietud, dones místicos, contemplación infusa, visiones, apariciones, revelaciones, y demás fenómenos extraordinarios. No es que San Ignacio rechazase estas comunicaciones sobrenaturales de Dios con el alma. Su vida personal fué una cadena continua de gracias místicas. Sino que, sabiendo lo expuestas que estaban a ilusiones, prefirió inmunizar convenientemente a sus hijos contra una plaga tan extendida entonces entre algunos sectores espirituales.

No han de extrañar semejantes infiltraciones en hombres de talla espiritual no común. No se puede arrancar de repente criterios o hábitos hondamente arraigados. Sobre todo, en la primera generación, los hombres más eminentes se habían formado espiritualmente antes de su entrada en la Compañía. Recuérdese a un Martín Olave, un Bustamante y aun un San Francisco de Borja.

Había sido necesario en el orden jurídico un período de tiempo

para comprender una Orden con votos simples y perpetuos, sin coro ni hábito. El mismo fenómeno se repitió en el orden puramente espiritual. Fué preciso un lapso de tiempo no menos breve para ir asimilando el concepto de una oración, a la vez apostólica y afectiva, en la que se pretendía el máximo recogimiento y simultáneamente un hábito de adaptación a la vida activa.

Privaban entonces autores espirituales como San Buenaventura, San Bernardo, Herp, Cisneros, Laredo, Osuna, que acentuaban el lado de recogimiento y ensimismamiento al tratar de la oración. El mismo Fr. Luis de Granada no quería llamar verdadera oración a la que no durase, al menos, hora y media (33). San Ignacio, en cambio, juzgaba que para un alma mortificada podía bastar un cuarto de hora. Y a los jesuítas estudiantes les designó apenas una hora.

5.—Atisbos de espíritu eremítico y cartujo.

Los diversos movimientos espirituales afines que pululaban en el ambiente que rodeaban a los jesuítas, iban infiltrándose casi imperceptiblemente en su mentalidad. Es un fenómeno de todos los tiempos. A nosotros nos interesa ahora no tanto el estudio de las mismas tendencias cuanto el de sus puntos de intersección con la oración jesuítica.

Una primera infiltración viciosa que observan, es la de cierto espíritu eremítico (34). Uno de los focos más importantes de penetración fué el por tantos méritos insigne de *Gandía*. El P. Antonio Ramiro afirma haber sentido «algún olor de él» en los que estuvieron en esta ciudad (35).

Incluía un afán de oración recogida y larga, cierto encogimiento espiritual, rigidez de criterio, interpretación demasiado estricta de la letra de las ordenaciones, práctica exagerada de penitencias, muchas de carácter sensacional e impresionante.

El prototipo de esta tendencia recoleta fué el P. Andrés de Oviedo. Bien conocidas son sus tentativas de retirarse al desierto, sus deseos de decir varias misas al día, sus muchas horas de oración diaria. Algo de ese espíritu contagió a los demás moradores, influenciados, sobre todo, por el lego franciscano Fr. Juan de Tejada, «de muy alta y continua oración, de grande abstinencia y aspereza de vida» favorecido

---

(33) Citado por P. LETURIA: *La hora matutina*, p. 55.
(34) Cfr. *Lus. 62*, f. 39 e *Hisp. 97*, 405.
(35) Ramiro a Mercuriano, 2 de abril de 1574, *Hisp. 120*, 313r. Cfr. también la carta del P. Baltasar Piñas citada por ASTRÁIN, 2, 417.

de largos éxtasis y comunicaciones divinas, que fué quien impuso a los jesuítas «en cosas de oración y mortificación» (36).

En general, aquellos primeros jesuítas, engolosinados con la dulzura de la contemplación, se retiraban de la vida apostólica. Esto sucedía no sólo en Gandía, donde se daban tres horas diarias a la meditación (37). Mercuriano, en sus exhortaciones, asegura que era cosa general en los primeros años de la Compañía dar a la oración varias horas. Era la consecuencia de la teoría sobre la naturaleza de la oración entonces en boga (38).

Un segundo foco de infiltraciones viciosas existía cerca de Gandía. Es el espíritu llamado «*de cartuja*». Vamos a localizarlo en *Valencia*, por la cercanía de las dos cartujas, la de Porta Coeli y la de Vall de Cristo (ésta última en las inmediaciones de Segorbe), y el influjo que ambas cartujas realizaron, pero fué algo más extenso, principalmente, en la provincia de Aragón (39).

Este espíritu cartujano se oponía al espíritu netamente jesuítico, lo mismo que el eremítico, por la primacía que daba a la vida retirada. La simpatía inicial de San Ignacio por los hijos de San Bruno, la íntima unión que desde los primeros años de la Compañía había existido, la comunicación frecuente que siguió habiendo con algunas célebres cartujas como las de Colonia, París, Sevilla y Valencia, el estado floreciente de la Orden, el halago seductor para una generación educada desde su niñez en un ambiente preferentemente recoleto, de unos religiosos que, sin distracción de ningún género, podían dedicarse directa y exclusivamente a Dios, explican más que suficientemente las infiltraciones que pudieron introducirse en algunos jesuítas de carácter más recogido, sobre todo, en momentos de desaliento o lucha.

En la cartuja de Porta Coeli, de Valencia, poco ha nombrada, fué Prior, desde 1542 hasta 1556, un ejercitante de San Ignacio en París, Juan de Castro. En ella entró también uno de los primeros maestros de novicios de Valencia, el P. Andrés de Capilla, más tarde Obispo de Urgel. Continuó el apego y aun el traspaso a Porta Coeli durante varios años, de modo que el P. Mercuriano, al hacer Visitador de Aragón al P. Baltasar Álvarez, le encargó expresamente examinara si todavía subsistía en Valencia el afecto a la cartuja. Más aún: en el Colegio de esta ciudad continuaban los jesuítas cantando el oficio en coro, y al abrirse

---

(36) Así el P. Piñas en la carta citada en la nota anterior. Sobre todo el problema del falso misticismo y las ilusiones, véase el importante documento, escrito en parte para contrarrestar este peligroso espíritu y publicado en MHSI.: *Mon. Ign. Epp. 12*, sobre todo 635, 644.

(37) Dato de Araoz a Polanco, en carta de 10 de marzo de 1549. MHSI.: *Epp. Mixtae*, 2, 115.

(38) MANARAEI: *Exhortationes*. Exhortatio 34, *super regulis modestiae*, p. 614 nota 6.

(39) Carta de 2 de abril de 1574, *Hisp. 120*, 311v, n. 33. Nota que «se había pegado el espíritu de cartujo y aborrecimiento de los ministerios».

allí mismo, en 1579, la Casa profesa, se implantó el coro, caso insólito en los anales de la Orden, si se exceptúa el tiempo de S. Pío V (40).

En 1574 se creyó el P. Mercuriano en la obligación de indicar al Padre Alonso Román, los medios que debía seguir para «procurar que los NN. no pasen a la cartuja» con términos tan conmovedores como pueden apreciarse por el final de la carta:

«Por eso, Padre carísimo, no solamente yo le exhorto, mas si es menester le ruego *per viscera misericordiae Christi*, que de veras entienda en poner en uso el modo de proceder de la Compañía y que con una santa libertad, todos conoscan en V. R. entrañas paternales» (41).

No es, de ninguna manera, infundado el temor del P. Ramiro de que se estuviera poniendo «gran nidada para cartujos» (42).

Se agravó el problema por la falta de directores de altura y, sobre todo, con orientación netamente jesuítica que contrarrestaran el influjo cartujano y las demás tendencias de tipo eremítico. Fué, tal vez, esta la causa que más contribuyó a que se perpetuara durante varios decenios cierto resabio del primer espíritu inoculado en Gandía.

Basta recorrer la lista de los primeros maestros de novicios de la provincia, para percatarse de la crisis de hombres que sufría. El primer maestro de novicios (1554-1556) fué el P. Diego Xuárez, novicio todavía y ni siquiera sacerdote, impregnado, además, de anhelos de oración larga y recogida a la que dedicaba incluso la mayor parte de la noche. El juicio del P. Álvarez, historiador de la provincia de Aragón sobre la situación del noviciado, es bien expresivo en su laconismo impresionante: «Hacíase lo que se podía» (43).

En 1556 se pudo establecer un noviciado más de asiento en Valencia. El maestro de novicios, Mto. Cañizares, tenía sólo dos años de Compañía y 28 de edad. El siguiente, P. Andrés Capilla, dejó el noviciado para pasar a la cartuja, de la que también salió pronto. Sólo en 1563 hubo «más forma» y comenzó a intervenir el primer hombre que pudo ejercer una acción benéfica y durable: el P. Antonio Ibáñez (44).

---

(40) Cfr. ASTRÁIN, 3, 78, 87.

(41) Mercuriano a Román, 27 de julio de 1574. *Arag. 1*, 26v.

(42) Toledo, 16 de junio de 1574. *Hisp. 121*, 165r. El P. Agorreta afirma lo mismo del Colegio de Segura y el P. Legaz de Andalucía. *Hisp. 120*, 327r e *Hisp. 122*, 19v.

(43) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, tom. 2.°, cap. 77 (p. 168).

(44) *Ibidem*. Este mismo año el noviciado tuvo ya «cuarto de por sí» en el mismo Colegio. En 1565 se trasladaron a una casa aparte los 20 novicios. En 1565 se trasladaron los novicios a Gandía con el P. Antonio Ibáñez. En 1570 nuevo traslado, a Zaragoza, con el P. B. Piñas de maestro de novicios. En 1572 era maestro de novicios el P. Jaime Pérez, «gran siervo de Dios y buen letrado». En 1573-74 el noviciado estuvo parte en Gandía, con el P. Pedro Villar, y parte en Zaragoza. En 1579 todos de nuevo a Zaragoza con el P. Pedro Villar, quien continuaba todavía en 1583. Por fin, en 1596, se trasladó el noviciado a Tarragona con el P. Pedro Juste de maestro de novicios, que lo era ya en Zaragoza. Véase el juicio de ASTRÁIN: *Historia de la Asistencia*, 2, 453.

En tales circunstancias no extrañará que la formación tuviera muchas deficiencias y que pudieran, sin gran dificultad, penetrar gérmenes extraños en su espiritualidad.

6.—«Avilismo».

Como es bien sabido, la provincia de Andalucía fué «notada y con razón»—escribe el P. Diego de Acosta—«del influjo que realizaban algunas personas de espíritus rigurosos, que desvían los corazones y no los ganan como el espíritu de mansedumbre y amor hace» (45).

El P. Astráin ha hablado largamente de estos rigoristas. La correspondencia del tiempo está llena de quejas, de «escrúpulos de Superiores de espíritu encogido» que los atenazaban con «cautelas o prudencias demasiadas» y de deseos de que muestren «más afabilidad y las entrañas más abiertas», porque «con título de mortificación y aprovechamiento y hacer perfectos, los [hacen] inhábiles» (46). El rigor no era más que manifestación del espíritu de encogimiento interno que dominaba y que es el que nos interesa a nosotros aquí. Una de sus notas es común con la del espíritu eremítico. Véase la carta del P. Legaz, en que habla de la atmósfera que se respiraba en la provincia:

«Hay algunos, y de los más antiguos de religión, y que han sido Superiores... que no arrostran a otra cosa sino a su celda y libros, nunca confesando a persona alguna, ni predicando, ni encargándose de negocio alguno o con mucha dificultad. Estos con su autoridad y ejemplo hacen mucho mal, porque no faltan muchos que los quieren imitar, y a estos que los imitan los llaman los recoletos....., y a mí me parece que esto es criar espíritu de cartujos y hacer secta en la Compañía» (47).

Como anotaba el P. Agorreta, estos Padres «tienen grandes deseos de ser hijos verdaderos de la Compañía, pero a pesar de todos sus esfuerzos, de tanto recogimiento, no se hallan» en esa vida de actividad y apostolado «que sus pasiones son estas, tener mucho trato de oración y silencio y se hacen cartujos» (48).

Se entrelazaba cierto extremismo de carácter con una equivocada educación espiritual recibida, y el ambiente general reinante, agravado por el hecho anotado ya por Astráin, de haber sido bastante general en los tiempos de Laínez y Borja el espíritu de rigor y excesiva exacción (49).

---

(45) Granada, 12 de octubre de 1574. *Hisp. 122*, 129r.
(46) ASTRÁIN, 2, 454-460. *Hisp. 120*, 327r, 329r.
(47) 7 de agosto de 1574. *Hisp. 122*, 19v.
(48) Segura, 6 de abril de 1574. *Hisp. 120*, 327r.
(49) ASTRÁIN, 2, 454.

Mucho más acentuada aún se encontraba una segunda característica, que no ha sido tan notada hasta ahora, y que influyó todavía más en las desviaciones espirituales. El P. Juan Bta. de Ribera lo denomina «*espíritu avilino*, que aunque bueno, no es el nuestro»; y el P. Ramiro casi con las mismas palabras, espíritu de «los avilistas o [de] algunos que lo han aprendido de éstos» (50).

Extrañará a algunos tal juicio, dada la afinidad espiritual que existió siempre entre el Beato Juan de Ávila y la Compañía de Jesús. Es verdad. Pero afinidad no quiere decir igualdad. Además, la personalidad del Beato Ávila era demasiado poderosa y su carácter demasiado independiente para que pudiera coincidir en todo ni con San Ignacio ni con ningún otro reformador. El Beato Ávila—es observación del P. García Villoslada—, era muy «amigo del retiro y de los beaterios, a pesar de sus propias tendencias apostólicas» (51).

Notemos, también, que en la denominación de «avilistas» incluían más que al Beato mismo, a algunos de sus discípulos—decimos algunos, no todos, ni la mayoría—que, a pesar de haber recogido el impulso vehemente del ardiente apóstol de Andalucía, por no poseer el fondo seguro de su maestro, no supieron frenar el movimiento en el punto preciso, e internándose por extremos peligrosos de alucinaciones y falsos misticismos, acabaron con toda justicia en las cárceles de la Inquisición.

Avilistas e iluminados vienen a coincidir en los puntos esenciales en el sentido que da a estas expresiones el P. Ramiro y los demás informadores en que nos apoyamos. De los alumbrados nos vimos precisados a hablar en el capítulo XIII, pues el ambiente que se formó a su alrededor repercutió en la evolución del método mismo de Ejercicios. Pero allí veíamos las desviaciones de tipo intelectual y antiafectivo que sobrevinieron como reacción al ambiente iluminista. Aquí nos toca considerar el fenómeno contrario: la infiltración de ese espíritu que, insensiblemente, se obró en algunos directores y centros.

En Aragón fué un varón santísimo, *el P. Andrés de Oviedo*, el que injertó la orientación falsa y perniciosa. En Andalucía fué otra persona, no menos santa, tal vez, que el santo P. Oviedo, pero de un influjo, creemos, más funesto aún. Era éste el *P. Bartolomé de Bustamente*, exsecretario del Cardenal de Toledo, Juan de Tavera, entrado en la Compañía ya maduro, a los 52 años de edad. «Muy riguroso y severo consigo mismo», como lo retrata el P. Ribadeneyra, no lo era menos para los demás (52). «Espíritu singular.....—escribe el P. Astráin—enajenó las voluntades de casi todos sus súbditos» (53).

---

(50) El P. Ribera de Sevilla, 8 de enero de 1579. *Hisp. 126*, 159r y el P. Ramiro en la tantas veces citada relación de 2 de abril de 1574. *Hisp. 120*, 313r.

(51) GARCÍA-VILLOSLADA: *El P. Juan de la Plaza y el Beato Juan de Ávila*, 436.

(52) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 5, cap. 2, 126.

(53) ASTRÁIN, 2, 267 y 448.

Movido por el ejemplo del santo duque de Gandía, entró en la Compañía en Oñate. La soledad que llevaba aquellos años San Francisco de Borja, dejó profunda huella en el ánimo de Bustamante. Acompañó después al santo comisario en sus viajes por España. Pero no se asimiló su espíritu, sino tan sólo algo de su afición a la oración larga y a la penitencia.

El perfil marcadamente asceta, su intimidad con San Francisco de Borja, aureolaron su figura de una veneración particular. Sus palabras se repetían como las de un santo y, sobre todo, sus disposiciones se acataban, a veces precisamente por lo singular de ellas, con un entusiasmo rayano en delirio. De este modo fué creándose una atmósfera espiritual en la que la exageración y la singularidad en las prácticas externas, eran considerados como la cumbre de la perfección.

La acción del P. Bustamante se extendió también a Castilla. Él fué el primer maestro de novicios en Simancas. Durante su cargo, trasmitió algo de su amor a la soledad a uno de sus más ilustres dirigidos de aquel tiempo, al P. Baltasar Álvarez. Lo anota ya el P. La Puente en su *Vida*:

«Le ayudó mucho el P. Bartolomé de Bustamante, que hacía oficio de maestro de novicios, porque como conoció el caudal del sujeto, probábale y labrábale, como aconseja San Juan Clímaco, con diversas mortificaciones y penitencias..... Y así solía él decir que el P. Bustamante había hecho grande bien a su alma» (54).

7.—El P. Juan de la Plaza y el pseudomisticismo.

Volviendo a la provincia de Andalucía, una de las personas en quien se notan huellas del avilismo y del espíritu del P. Bustamante, es nada menos que el primer maestro de novicios y uno de los varones espirituales más esclarecidos no sólo de la provincia, pero aun de la Compañía: el P. Juan de la Plaza.

No debemos juzgar la acción de este eminente asceta a través de sus tratados espirituales, escritos muchos años más tarde y que suponen una madurez y experiencia de que carecía entonces.

Antes de acabar el tiempo regular del noviciado y contando sólo 28 años de edad, fué designado para dirigir espiritualmente a los novicios, es decir, a los que estaban en el mismo período de formación espiritual que él. En tales circunstancias no hay que considerar como una fórmula huera, sino como expresión sincera de sus sentimientos reales, lo que escribe al principio de la primera carta que dirigió a San Ignacio al poco de tomar posesión de su cargo, en octubre de 1555: «Siendo yo de los que más necesidad tienen de ser ayudados» (55).

---

(54) La Puente: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 1, 15.
(55) 31 de octubre de 1555. MHSI.: *Litt. Quadr.*, 3, 695.

Es obvio que en este estado psicológico espiritual de afán de superación y perfeccionamiento, acuciado por lo delicado de la misión encomendada, ejerciera un gran influjo su superior inmediato, que para él era el Provincial, y más siendo éste el renombrado P. Bustamante.

Pronto veremos una prueba más de su afán de aprovecharse de todo lo bueno que encontraba: pidió al P. Ávila pláticas ya preparadas. De hecho, escribe entusiasmado sobre el bien que producía la acción del Padre Provincial, tan grande, «que ha causado admiración». Esto significa, anota el P. García-Villoslada, «que el P. Plaza vibraba al unísono, al menos por entonces, con el espíritu del P. Bustamante» (56).

La misma conclusión se saca de las cartas que escribió a Roma. En ellas va exponiendo sus líneas de dirección espiritual. Lo que por encima de todo alaba y se complace en recoger como manifestación del buen espíritu, es el extraordinario auge de mortificaciones externas, y más si iban acompañadas de cierta singularidad, el desasimiento, la guarda del silencio, la observancia menuda de las reglas. Cosas, como se ve, magníficas y que son manifestaciones de verdadero fervor, pero que no son las únicas ni las más importantes. Que si interesaba en Roma que los novicios eran maestros en hacer esteras o disciplinas, mucho más debía de interesar el progreso que hacían en la oración y virtudes internas. Pero de todo esto, ni media palabra. Todo está indicando una sobreestima de los factores externos y menudos, de fácil control, y de tranquilizadora apariencia de devoción (57).

Toda su vida quedó al P. Plaza algo del rigorismo meticuloso y del espíritu ordenancista injertado en este período. Incluso llegó a formar parte de las famosas «ligas» de los rigoristas y aun en sus cargos de gobierno de Visitador y Provincial, dejó cierto rastro de ese mismo rigor.

Sólo de un decenio más tarde, de 1568, es el duro juicio que sobre su rectorado emite el P. Navarro: «Con título de mortificar, aprovechar y hacer perfectos a los de la Compañía, los [hace] inhábiles para los ministerios de ella» (58).

El P. Bustamante dejó fuertemente grabado en su espíritu la decisiva importancia de la abnegación. Y fué esto providencial en la vida del P. Plaza, ya que constituyó la salvaguardia más preciosa de su oración de altos vuelos contemplativos. Porque, Plaza, consideró siempre la abnegación como la prueba más clara y terminante de la legitimidad de toda oración. No se cansaba de insistir en este aspecto. El P. Castro, después de decir cómo su vida se resume en dos palabras, obediencia y oración, continúa:

«De aquí le vino aquel espíritu tan grande de mortificación en que se exercitó continuamente. De esto escribía, de esto predicaba y esto aconsejaba en sus pláticas familiares y conversaciones. Éste tenía por el espíritu

(56) R. GARCÍA-VILLOSLADA: *El P. Juan de la Plaza*, pp. 434-435.

(57) Carta de Córdoba, 31 de octubre de 1555 en MHSI.: *Litt. Quadr.*, 3, 695-697; también de Córdoba, 20 de febrero de 1556, *ibid.*, 4, 428-430 y de Granada, 31 de agosto de 1556, MHSI.: *Epp. Mixtae*, 5, 428-430.

(58) Citado por ASTRÁIN, 2, 460.

muy seguro y muy propio de la Compañía, propagando por sospechosa la oración que no se acompañase con mortificación. En esto insistía mucho siendo Superior y no consentía que los nuestros fuesen por otro camino, ni que tratasen con gente de contrario espíritu a éste» (59).

Fué, a la vez, «maestro singularísimo de la contemplación». Sus pláticas son la mejor prueba. Allí habla con maestría indiscutible de la oración de silencio y simplicidad, ni tiene miedo de internarse por la «oscuridad y niebla» divinas (60).

Sólo que en aquel ambiente sobresaturado de pseudomisticismo y plagado de alumbrados, una espiritualidad de tal tendencia podía acuciar más aún el aspecto peligroso del extremismo y se prestaba a peligrosas deformaciones. Y parece que el P. Plaza, sin la experiencia y madurez debidas, no siempre evitó semejantes escollos.

Debemos, todavía, señalar el influjo que ejerció en la espiritualidad de este eminente varón, la acción del Beato Ávila:

«Con el Padre maestro Juan de Ávila—escribe el P. Castro—tuvo mucha familiaridad, porque fueron muy semejantes sus espíritus, tanto que algunos sermones o pláticas de importancia que había de hacer el P. Plaza, se las pidió al Padre maestro Ávila, el cual se las enviaba, y asentábanle tan bien, como si el espíritu del que las hizo y la boca del que las pronunciaba fueran una misma cosa» (61).

El influjo del Beato Ávila es evidente. Además, entre sus mismos novicios, tuvo a ilustres discípulos del Beato, cuyo trato, a pesar de su condición de súbditos, sin duda influyó en el mismo maestro. Aquellos novicios eran novicios muy especiales. De más edad que el maestro y de una formación espiritual y literaria más intensa; un Francisco Gómez, que por orden del Beato había enseñado lógica en Córdoba, y un Hernán Pérez, maestro muchos años de teología en la Universidad de Évora, en Portugal (62).

No quisiéramos que con las líneas precedentes se formara un juicio menos exacto del P. Plaza, extendiendo estas deformaciones iniciales al resto de su vida. Tuvo, sin duda, sus lunares, pero más como hombre de gobierno que como director de almas. El P. Castro no duda en llamarle «maestro de espíritu extraordinario». «Su doctrina—continúa el mismo P. Castro—fué solidísima y gravísima». Su fina percepción de las almas le hizo descubrir no sólo las ventajas, sino también los peligros de la oración afectiva, cuando no se practicaba en las debidas condiciones. Él mismo, antes de embarcarse para México, tuvo buen cuidado de poner en guardia al Padre Provincial de Aragón,

---

(59) CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 5, cap. 5 (22, 117v-118r).

(60) C. ABAD: *Pláticas del P. Juan de la Plaza. Manresa*, 16 (1944), 45.

(61) CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 5, cap. 5 (2, 117r). Del influjo que ejerció el Beato Ávila, habla el P. García-Villoslada en su artículo ya citado, *El P. Juan de la Plaza y el Beato Ávila.*

(62) DE ROA: *Historia de la provincia de Andalucía*, cap. 5, 25.

P. Villalba. Lo sabemos por una carta del mismo P. Villalba al P. Mercuriano:

«Antes que se embarcasen para la India me escribieron los PP. Plaza y Piñas encargándome que mirase mucho en lo de los afectos, porque ellos habían hallado personas muy engañadas en ello» (63).

Es, además, el P. Plaza, uno de los escritores antiguos más ignacianos. Un sentido de equilibrio que, por desgracia, le faltó a veces en su gobierno, impregna sus escritos. Sabe dar la justa medida a los elementos más antagónicos y hermanarlos en el punto preciso. Es el gran maestro de la abnegación. Pocos habrán hablado con tanta insistencia y fuerza de esta virtud. Pero es para ponerla como fundamento sólido en la base. Sobre ella ha de venir el amor de Dios con el despliegue de sus mejores galas y el cortejo de los dones y consolaciones más dulces.

Este *fondo ignaciano* le viene de dos hombres que ejercieron sobre él un influjo sumamente benéfico, contrarrestando los excesos que hubieran podido sobrevenir de una mal entendida afectividad.

Primero, en sus comienzos del noviciado de Alcalá, el gran *P. Villanueva*. Con su peculiar arte, labró en el alma de Plaza un fundamento sólidamente ignaciano, aunque necesitara todavía de la intemperie de la realidad para cuajar y solidificarse con la dulzura debida.

El segundo, más benéfico por las circunstancias especiales en que se desarrolló, fué el del *P. Nadal*. El mes de diciembre de 1561 lo pasó en Alcalá con el Padre Visitador, que le fué instruyendo y preparándole para el provincialato de Andalucía. Con él se encontraban los PP. Cordeses, Bustamante, Juan Xuárez y Ramiro.

En los diez años transcurridos se había acrecentado notablemente el caudal de la experiencia de Plaza. Sin duda, habían pasado por sus manos casos de verdadera y falsa mística. Había ya plasmado su sistema de oración y espiritualidad. En ese mes fué hablando de todos estos problemas con el P. Nadal, quien le dejó las instrucciones generales que iba promulgando en las Casas por donde pasaba. Una de estas instrucciones era la de la oración, que ya hemos comentado.

Plaza está situado en la misma línea de Nadal. Pero, y es lo más interesante para nuestro estudio, porque señala una fase más en la evolución de la espiritualidad, *avanza más que Nadal*, aunque lo haga siempre siguiendo el camino señalado por el Visitador.

Nadal se había contentado con hablar de los gustos de un modo general, señalando la función que debían de tener en la vida espiritual, la de medios. Plaza habla también de las consolaciones, pero no se contenta con esas generalidades. Vibra ante el problema. Se percibe todavía en su pluma, la reacción que le produce el tocar el tema. Se ve que ha palpado los males que han sobrevenido a determinadas almas por haberse dejado llevar sin freno ninguno por las avenidas de las consolaciones

(63) *Hisp. 125*, 103r.

o por haber cortado el paso indebidamente a la gracia de Dios. Y enseña no sólo la función de las consolaciones, sino el modo como hay que usarlas: No han de ser los móviles el egoísmo, el gusto del gusto mismo, sino el amor de Dios, lo cual no excluye el sentir y saborear el gusto y el contento. Oigámosle a él mismo:

«Como el trato y comunicación con Dios es tan dulce y suave, el que atraído de la fuerza de esta suavidad se llega a Dios y se ocupa de buena gana en los Exercicios espirituales por este gusto, y propriamente es esto lo que los lleva, es engaño, porque su propio fin y de todas sus obras ha de ser el amor de Dios y buscarle a Él, y lo que hace más es buscarse a sí mismo y amargarse a sí y su propio gusto y contentamiento, que es una avaricia y gula espiritual, que es tan peligrosa como la sensual.....

Para deshacer estos engaños, es entender que el fin de todos estos Ejercicios espirituales....., es la obediencia....., y cumplimiento de su voluntad, para lo cual es necesario que muera la propia voluntad y reine la divina.

Dicen los Santos que la prueba verdadera del hombre espiritual no es el gusto de la oración, sino..... la abnegación de sí mismo» (64).

Aquí hay algo más que la fijación de la teoría nadaliana y de avisos negativos que miran a que el alma no se despeñe por los abismos de los falsos arrobamientos.. Hay ya una *aplicación concreta a la práctica*, combinando las normas de la teoría de Nadal con las enseñanzas de una larga experiencia personal.

No se trata sólo de evitar un mal y de señalar los confines de la zona peligrosa, como hacía Nadal. Copiemos todavía un párrafo más de este Padre para apreciar mejor el avance realizado.

Dijo el Visitador en Alcalá, en 1562, en la plática 14:

«Da Dios Nuestro Señor consolaciones....., pero si no sabéis usar de ellas y no las tenéis en lo que son, si no habéis de hacer caso de lo que conviene, en peligro estáis. Y de aquí viene a haber tantos engañados y con todo eso llenos, como a ellos parece, de consolaciones.....

Mal hace el que se va todo tras las consolaciones, el que se desvanece con ellas, el que no hace caso del principal. Este tal por aquí abre la puerta al demonio y a engaños y a errores muy peligrosos: *utendum est consolatione non fruendum*.....

Cuando Dios Nuestro Señor por su misericordia lo diere, hase de tomar con humildad y simplicidad conociendo el hombre que no merece nada de aquello, humillándose más mientras más conoce que más mercedes rescive de la mano de Dios» (65).

Observaciones justísimas. Pero sin los matices psicológicos y prácticos de las normas del P. Plaza. Nadal se contenta con indicar que cuando se llega a esas zonas, hay que caminar «con humildad y simplicidad». Plaza, desentrañando estos conceptos, se acerca a la realidad. Guía práctico, toma de la mano a su dirigido, y con paso seguro le lleva por los senderos más escabrosos y difíciles del campo de la consolación.

---

(64) Texto en GARCÍA-VILLOSLADA: *El P. Juan de la Plaza*, 439.
(65) Plática 14 de Alcalá, ff. 574-576. Cfr. MHSI.: *Epp. Nadal*, 4, 675-676.

8.—Diversos modos peregrinos.

El fenómeno del avilismo se infiltró, más o menos, en los centros en donde predominaba la oración afectivo-recogida. En Aragón se introdujo no sólo por medio del P. Oviedo y Fr. Juan de Texeda, sino también de un discípulo del Beato Ávila, de perfil marcadamente místico, el P. Gaspar Loarte:

«Siendo discípulo del Beato Ávila—escribe el primer historiador de la antigua provincia de Aragón—pidió con instancia a Nuestro Señor le diese a sentir los excesivos dolores de Cristo, fué oído y fueron tan grandes y tan agudos que le tuvieron algún día por loco los otros discípulos del Beato Ávila, y como a tal le trataron.....

Siendo rector de Gerona y hallándose en una grave aflicción, se le apareció Nuestro Señor crucificado y le dijo tuviese buen ánimo que no le desampararía en toda su vida y así en toda ella fué muy favorecido y regalado del Señor.

Tenía cada día cuatro horas de oración y retirada. También tuvo don de lágrimas y casi nunca decía Misa sin ellas y donde tenía oración, hallaban una balsa de ellas» (66).

No faltaron ramificaciones en otras provincias españolas. En Castilla hubo un foco de tendencias similares hacia 1558. Las noticias que tenemos son tardías y generales.

El P. Ramiro, en 1574, recuerda el hecho: «En la provincia de Castilla comenzó muchos años ha este modo y yo oí hacer pláticas públicamente contra él al Dr. Araoz» (67).

Sospechamos que se trata del Colegio de Ávila. Dionisio Vázquez, que parecido en esto a Bustamante, había exagerado el amor al retiro y a la penitencia de su admirado maestro Borja, impuso, durante su rectorado en aquel Colegio, una dirección marcadamente rigorista y contemplativa.

Se agravó la situación al prohibir el Padre rector al P. Baltasar Álvarez que ayudara en lo más mínimo a la santa reformadora del Carmelo. El rectorado, primero del P. Gaspar Salazar y luego del mismo P. Baltasar Álvarez y el contacto que tuvieron varios Padres con Santa Teresa, debió de ayudar a que fuera prevaleciendo al poco tiempo una tendencia netamente afectiva en la oración. El hecho es que, en 1574, más de diez años después de estos acontecimientos, se quejaba el Padre Provincial, Juan Suárez, de que en «esta Casa [de Ávila] y provincia» había «en algunos..... otros modos de oración sin discurso, unos haciendo actos de voluntad, otros moviendo afectos». Ahora que el Padre Provincial «sospecha que en parte ha tenido principio, de la comunicación del Padre *Mto. Bautista [Sánchez]*» (68).

---

(66) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, tom. 2.°, cap. 25 (p. 293).
(67) Ramiro a Mercuriano, 8 de mayo de 1574. *Hisp. 121*, 84r.
(68) Ávila, 30 de diciembre de 1574. *Hisp. 122*, 298r.

Propiamente, el volcánico predicador, P. Bautista, era de la provincia de Toledo, pero su influjo, dada la extraordinaria movilidad de su vida, se extendió a regiones muy varias. Toda España tembló ante este nuevo Elías, como le llama el P. Ribadeneyra. «Era su voz como un trueno y su palabra como un rayo. Le vistió Dios de un espíritu soberano, celoso, fuerte, severo y quebrantador de corazones duros y obstinados». «Parecía estremecer las paredes de las iglesias en que predicaba y temblar las carnes de los que le oían».

Sánchez era un ardiente apasionado en el pleno sentido de la palabra. Trasmitía la pasión que bullía como un volcán dentro de su alma y le mantenía en continua tensión interior. Era imposible pedir a un hombre semejante, mesura y discreción. Esta pasión llevó también a su oración y vida espiritual. Su enseñanza era particularmente peligrosa por la fuerza avasalladora de sus palabras y la fascinación que ejercía, ya que «abrasaba las entrañas de los que le oían hablar de Dios» (69).

Cordeses da un juicio muy curioso de su oración: «El modo del P. Bautista era muy distinto [del suyo], pero no era tan malo como algunos piensan». Con todo, el mismo Cordeses reconoce que su modo de oración «hacía los hombres intratables y que se inclinaran poco a los ministerios, y haciéndolos con poco amor, hacían poco fruto» (70). El P. Ribadeneyra, que le juzga con singular simpatía, hace la siguiente distinción:

> «El modo de proceder en su oración, aunque en el Padre se tuvo por bueno, y por los efectos y cosas maravillosas que el Señor obró por él se entendió que el mismo Señor lo guiaba....., todavía para los otros parecía extraordinario y singular y no tan acomodado al común uso de la Compañía» (71).

Con todo, se encuentran en él las mismas notas de los demás corifeos de los modos peregrinos de oración que venimos examinando, misticismo morboso y aun afán eremítico. Por un fenómeno de alternancias, tan propio en caracteres desequilibrados, se sucedían a los momentos de exaltación y de apoteósico triunfo, otros de depresión y ansia de aniquilamiento y soledad. «Fué una vez a visitar a los cartujos y después todo se le volvía a alabar la vida de ellos y despreciar la de la Compañía. Pretendía que se continuasen aquellas mortificaciones extraordinarias que él hacía a los principos» (72).

Presumía de éxtasis y arrobamientos. Según el P. Ribadeneyra «gozaba de muy dulces consuelos en la oración y estaba tan dentro de sí que todas las cosas que veía le ayudaban a ver en ellas a Dios» (73).

---

(69) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 6, cap. 4 (p. 322).
(70) Según lo cuenta el P. Ramiro como dicho a él por el P. Cordeses. *Hisp. 120*, 313r.
(71) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 6, cap. 4 (2, 239).
(72) ASTRÁIN, 2, 493.
(73) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 6, cap. 4 (2, 239).

9.—Influjo del medio ambiente externo.

La acción de estos promotores de espiritualidades de carácter poco afín a la Compañía, era particularmente perniciosa por lo preparado que estaba el ambiente para la difusión. Bastaba la menor chispa para provocar un incendio en aquella atmósfera tan caldeada. A lo largo del capítulo, hemos tenido ocasión de aducir algunos ejemplos. Ahora, necesitamos reproducir descripciones más particularizadas de los mismos contemporáneos. Sólo así nos daremos cuenta de la gravedad de la situación. Comenzamos por una carta del P. Ramiro. Propiamente habla de la oración del P. Cordeses, pero en torno de su figura describe los diversos movimientos que le preocupaban. Es este fondo el que nos interesa en este momento. Después de indicar la conveniencia de avisar al P. Cordeses «que procediese con más cautela», continúa así:

«Aunque él cuanto a sí creo que vaya bien, pero como hace profesión de enseñarlas a otros, podría ser que de mano en mano se fuese divulgando de otra manera, por ser de la cualidad que son y también si él o los que de él aprendieren enseñan este modo a penitentes, mayormente mujeres, podría ser que fácilmente diesen en revelaciones falsas y en ilusiones y caer después todo sobre las espaldas de quien enseñó aquel modo, aunque en sí fuera bueno, mayormente si semejante doctrina cayese en tierra semejante a ésta, en la cual me han certificado que hay más de catorce o quince endemoniadas fingidas y más de otras tantas que andan con revelaciones a su parescer, y aquí dicen que tuvieron en tiempos pasados muy buen asiento las tinieblas que traían los herejes que se llamaron alumbrados, y podría ser que los mismos peligros corriesen en otras tierras, y tractándose estas cosas al presente con el rigor que la necesidad de los tiempos pide, podría ser que sin culpa suya padeciese su honra y la de los suyos, por alguna vía de las sobredichas, y lo que más importa que se infamase acerca de algunos la oración mental, y de recudida viniese daño a lo que la Compañía tanto pretende en servicio de Nuestro Señor» (74).

Tal era el ambiente que se respiraba y que es necesario tener en cuenta al estudiar la evolución de la oración jesuítica. Su existencia condicionó notablemente su desarrollo. La fermentación iluminista hacía especialmente peligroso favorecer todo lo que se rozara con valores afectivos o extraordinarios. Todavía unas pinceladas más, tomadas de relaciones del mismo P. Ramiro.

«Se ha sabido aquí estos días que se han hecho prisioneros por la Inquisición algunos discípulos del Maestro Ávila. Hay dos personas principales. Uno era el Arcediano de Jaén, predicador famoso y tenido por muy espiritual y doctor en Teología.....

Los tiempos son tan peligrosos, que todo recato en estas cosas es necesario, y yo tengo mucho miedo que si los Provinciales de aquí no recomiendan más y más vezes la cautela que deben de tener los nuestros en su proceder y en el enseñar a los otros las cosas espirituales....., sufrirá la Compañía alguna infamia» (75).

---

(74) Ramiro a Mercuriano. Toledo, 8 de mayo de 1574. *Hisp. 121*, 84r.
(75) 14 de febrero de 1575. *Hisp. 123*, 145r.

Para completar el cuadro, unas líneas de una carta del Padre Provincial al P. Villalba escritas desde Mallorca. En esta ciudad había apresado la Inquisición algunas mujeres, antiguas dirigidas de los jesuítas. Se puede ver aquí confirmado con un ejemplo la realidad de los temores del P. Ramiro. Habían deformado la enseñanza recibida y estaban ahora sufriendo las consecuencias. Con esta ocasión pinta el Padre Provincial el ambiente que había dominado en aquella ciudad durante los últimos años:

«La gente de esta isla es muy afectuosa. En especial se halla esto en mujeres y como siempre han estado aquí muy puestas en la vía afectiva, he hallado aquí muchas mujeres que caminan por afectos y cierto yo he creído que de esto han venido todos los tumultos e ilusiones que ha causado el demonio.

Yo he hecho mucha fuerza en persuadir a todos que vayan por el camino que Nuestro Padre nos enseña y confío en el Señor que dará luz para ello, pues hay tan buenos deseos de acertar.

Las personas de fuera quedan muy advertidas con avisos que si las guardan no se verán en peligro de errar el camino. Dos mujeres se despidieron de aquí del Colegio. La una....., es llevada por revelaciones y dice diversas cosas de la otra vida, como ánimas del purgatorio..... Se despidió en agosto, hubo un año, y después acá no viene a nuestra iglesia. Otra se despidió mucho antes. Se ha confesado este tiempo con frailes agustinos y ahora estos días la ha prendido la Inquisición» (76).

Entre los mismos jesuítas, sobre todo entre los jóvenes, no faltaron *casos de contagio*. La atmósfera, viciada, no podía menos de penetrar dentro de las Casas, sobre todo en las zonas en que existían Padres que incitaban a modos de oración de estrecha afinidad con los que prevalecían en semejantes ambientes.

Un caso claro fué el del *P. Felipe de Solchaga*:

«En el tiempo que estudió Artes—escribe el P. Juan Suárez—tuvo una variedad y desigualdad en su modo de proceder, que algunos días mostraba unas devociones extraordinarias, después volvía al modo común de los otros y algunas veces a alguna distracción, aunque no notable.

Cuando estudió Teología, tuvo aquellas devociones y recogimiento más continuado con nombre de ser regalado de Nuestro Señor en la oración» (77).

Habituado a esta vida tranquila de saboreo goloso de toda clase de consuelos, no se pudo recabar que, terminada la carrera, se dedicara a los ministerios con los prójimos. Se le destinó al Colegio más pequeño y solitario de la provincia de Castilla, el de Villimar, en las afueras de Burgos. Aun allí «se quería estar en su aposento» dado a sus devociones. Por fin, acabó por pedir él mismo las dimisorias (78).

Otro caso más interesante cuenta el P. Ramiro.

---

(76) Mallorca, 19 de octubre de 1575. *Hisp. 125*, 103r.
(77) Carta del P. Juan Suárez, 1575. *Hisp. 125*, 168r.
(78) *Ibidem*, 168r.

Se trataba de un joven de 23 años. Acababa de hacer los votos del bienio. Había oído lógica antes de entrar «y era de muy grande ingenio». Al pedirle cuenta de conciencia el P. Ramiro, el fervoroso jesuíta le expuso los fenómenos que experimentaba.

Véase cómo narra el suceso el mismo Padre Rector:

«Me salió con muchas visiones que a su parecer veía, como llamas, luces, nieblas, obscuridad, y aun a Dios Nuestro Señor debajo de cierta figura, y a la Santísima Trinidad, y la resurrección de Cristo Nuestro Señor, el día propio de su fiesta».

Estas visiones, que le producían «gran consolación y deseo de servir a Dios Nuestro Señor», le habían venido «de ponerse con la consideración en la llaga de Cristo Nuestro Señor cuasi sin otro discurso sino estarse allí amando a Cristo Nuestro Señor». Las consolaciones que le producía eran tan intensas, que no podían contenerse en el interior. Trasvasaron el cuerpo, produciéndole «un dolor de estómago vehementísimo». «El P. Luis de Guzmán, que era su maestro de novicios, le quitó aquel modo de orar viendo el daño que le hacía».

«El P. Cordeses, en cambio, le aseguró que había sido errado sacarle de allí y que rogase a Nuestro Señor le tornase a hacer la merced que le hacía primero en aquel modo de orar, y tornando a él comenzó a ver interiormente las visiones que tengo dichas, y dice que, cerrando los ojos, los veía, etc., y que fueron muchas y muchas veces».

«Volvió a consultar su nuevo estado con el P. Cordeses y respondióle que no tenía otro que decirle, sino que diese gracias a Nuestro Señor y perseverase».

En cambio, el P. Ramiro, opinaba de manera muy distinta:

«Lo que yo entiendo de presente, sin juzgar lo pasado en lo cual otros han entendido, es que este mozo está muy cerca de tornarse loco, porque fuera de grandes dolores de cabeza que él ha traído estos días, y de andar algo falto de sueño, y los ojos le andan bailando mucho, y trae muy ruin color, y en algunas cosas no me parece que ataba demasiado.»

Y continúa el P. Ramiro en un arranque de excitación antimística:

«Yo no tengo revelaciones ni las quiero tener, mas mucho me temo que ha de ser verdadero lo que deste y otros casos en materia de oración aquí he colegido, y es que sospecho que se pone una gran nidada para cartujos y para cabezas quebradas y para locos y para gente que fácilmente se persuada que sus tantas imaginaciones son revelaciones» (79).

Lo de menos para nosotros es que el buen Hermano fuera en realidad un alucinado o un verdadero místico. Lo verdaderamente interesante es el trasfondo de disputas, malas inteligencias, luchas enconadas por defender opiniones fijas, que dejan traslucir cartas como las

(79) Toledo, 16 de junio de 1574. *Hisp. 121*, 164v-165r.

que hemos resumido. Era una atmósfera de tempestad en la que toda clarificación de posiciones tenía que quedar sofocada y envuelta en mil neblinas de obscuridades y recelos.

En tales circunstancias no podían arraigar las ideas sembradas por Nadal. Era necesario antes despejar el horizonte. Más aún: se imponía un lento trabajo de reeducación espiritual que habituara a valorar los fenómenos de la vida sobrenatural con criterios rectos. Es lo que tuvieron que hacer, durante estos lustros, los maestros de novicios y directores espirituales.

Hubo en Portugal y aun en Alemania, sus luchas por lo que se llamó «espíritu nuevo y espíritu antiguo», espíritu más servil y más de amor, pero no invadió el campo de la oración. En Portugal se manifestó en una aguda crisis de orden más bien de tendencias de gobierno (80). Cuando el P. Cordeses quiso implantar en Portugal su método de oración, se levantó contra él una fuerte oposición, señal manifiesta de que su orientación era una planta exótica.

Roma es un observatorio muy apto. Allí se educaban jóvenes de toda Europa—excepto, precisamente, España, salvo casos más bien raros—. Sin duda, la recta orientación romana en esta materia, fué una de las causas más importantes de la situación normal y ortodoxa observada entre los jesuítas del resto de Europa.

Como indicábamos en otro trabajo en que estudiamos despacio el ambiente espiritual de estas generaciones de jesuítas, se insistió, es verdad, mucho, en el aspecto afectivo de la oración, como, en general, en todas partes en aquella época, pero sin llegar a extremos vituperables, y sobre todo, sin caer en el escollo de fomentar *la vida* contemplativa —que no es lo mismo que la contemplación—o el pseudomisticismo (81).

En la selva de apuntes que conservamos, ni el menor indicio de las luchas españolas. Habría, sin duda, descontentos e incomprendidos, pero la línea de conjunto siguió una trayectoria normal.

La difusión de las directivas nadalianas por toda Europa, consolidó la teoría. Las infiltraciones viciosas fueron esfumándose, la atmósfera se volvió cada día más serena. Fué así disponiéndose todo, para que el P. Aquaviva, recogiendo el fruto de casi medio siglo de laboreo, diera la última mano a la sistematización de la teoría. Lo hizo en la famosa carta de 1590, documento decisivo en nuestra materia.

Pero en ese documento, junto con la teoría, sistematiza el Padre General la misma práctica que había ido desarrollándose al remolque de la teoría. La transcendencia de la carta no se comprende, si no se ha estudiado antes la evolución de la misma práctica. Es lo que vamos a hacer en el capítulo siguiente.

---

(80) El P. Luis González de Cámara escribía el 13 de junio de 1573: «Los Padres me escribieron que en las provincias de Alemania, se criaban los novicios al modo antiguo. Consolóme esto mucho.....» *Lus.* 65, 208r. Sobre la famosa crisis, véase F. RODRIGUES: *História da Companhia*, tom. I, vol. 2, lib. 1.°.

(81) *Para la historia de la oración en el Colegio romano*, 111-115, 119-120.

CAPÍTULO XVII

SISTEMATIZACIÓN DEFINITIVA DE LA ESPIRITUALIDAD JESUÍTICA A LA LUZ DE LOS EJERCICIOS

1.—Función de los maestros de novicios en la elaboración de la espiritualidad.

Nadal había realizado un providencial avance formando la teoría de la quintaesencia de la espiritualidad jesuítica. Los directores espirituales y, en particular, los maestros de novicios, elaboraron la teoría de la aplicación mediante un proceso paralelo al de la gestación nadaliana. Primero, normas sueltas, retazos de experiencia. Luego la reflexión sobre la práctica hasta dar con la fórmula exacta, ceñida.

Pero un sistema de la aplicación, nunca puede tener la justeza de la teoría. Siempre uno de los elementos es una variable: el individuo real y concreto con sus cualidades y diversos estados de ánimo. El gran mérito de estos maestros fué dar con el término medio de las oscilaciones de las almas y de sus reacciones consecuentes.

San Francisco de Borja, al regularizar la formación de los novicios, hizo posible este progreso. Mientras no hubiera hombres dedicados establemente a la dirección espiritual, no se podía pensar en experiencia de esta clase. Insistió, en particular, el santo, en que se diera a los novicios una formación inspirada en el espíritu de la Orden, en que se los criara «según el modo de las Constituciones y que no tomen particulares caminos» (1).

Más que con instrucciones particulares, contribuyó a esta infiltración del espíritu genuino con la *calidad de los maestros de novicios* que eligió. Casi todos los de este período habían oído unos años antes, siendo todavía estudiantes, las instrucciones del P. Nadal y las habían releído

(1) 6 de enero de 1558. MHSI.: *S. F. Borgia*, 4, 553.

en alguna de las copias que corrían manuscritas. Conocían, en consecuencia, las líneas centrales del sistema y algunos habían sentido en sí mismos las dificultades de su acomodación a causa del choque con otras orientaciones recibidas anteriormente. Esta experiencia personal les capacitaba extraordinariamente para el trabajo que debían realizar.

San Francisco de Borja, comprendiendo la importancia de la función que tenían que realizar, nombró personalmente los principales maestros de novicios, trasplantándolos, cuando era preciso, a regiones lejanas.

A Roma llevó al P. Alfonso Ruiz, maestro en Granada. A Munich al P. Buenaventura Paradinas, que acababa de hacer el noviciado bajo la dirección del P. Plaza. Precisamente, Alemania y Bélgica eran las dos únicas naciones que contaban con maestros de novicios formados personalmente por San Ignacio: el P. Francisco Coster, en Colonia, y el P. Adriaenssens, en Lovaina.

En Francia no se normalizaron los noviciados hasta 1572.

Donde, principalmente, urgía la normalización de los noviciados, era en España. No se podía poner dique más eficaz a las corrientes extrañas al espíritu de la Orden que flotaban en la espiritualidad ambiente de la nación.

Ya vimos cómo en Aragón se inició un gran cambio con el P. *Antonio Ibáñez*, maestro desde 1565. De carácter grave y taciturno—«las palabras vendíalas muy caras», dice el P. Álvarez—no era la persona más apta para inspirar confianza. Pero su independencia y reserva le inmunizó del contagio ambiental y le preservó de los daños de una ascética aparatosa, tan contraria a su modo de ser, lleno de prudencia y discreción (2).

Sintetizó sus experiencias en un libro que escribió sobre la oración, uno de los tratados más antiguos de esta elaboración de que venimos hablando. Pero el manuscrito se ha perdido y no sabemos nada de su contenido.

Toledo tuvo la fortuna de poseer durante sus primeros quince años, un excelente maestro de novicios: el *P. Francisco González*.

Hombre de rara erudición y aun más rara prudencia, gran teólogo, moralista y escriturista en una pieza, «muy aventajado en todas letras así humanas, como divinas», ejerció un influjo providencial contrarrestando con su sensatez y discreción las tendencias extremistas que pululaban en el ambiente iluminista español.

De complexión muy delicada y muy dado a la oración....., en la que el Señor le hizo particulares regalos y favores, «tenía su celda por perpetua morada»—dice el P. Ribadeneyra—, pero no por anhelos eremíticos, sino

(2) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, lib. 3, cap. 63 (524-527). Murió el 17 de agosto de 1594 después de haber ejercido importantes cargos, entre ellos el de Visitador de Toledo y Provincial de Aragón.

por la enfermedad de pecho que no le permitía salir de casa. Esta fué la razón de que aquel hombre, a quien al acabar la Teología se le juzgaba apto «para predicar, gobierno y todo lo demás», tuvo que limitarse a un oficio que pudiera realizar sin salir de su cuarto de Alcalá (3).

Por ello, su «pésima salud» fué providencial para los novicios. Tenía que atenderles muchas veces desde la cama. A pesar de ello, formó, con su tacto y dirección constante, una generación de esclarecidos religiosos con criterios rectos e ideas claras sobre la oración jesuítica.

En *Alcalá* dominó siempre un ambiente de serenidad y discreción, en el que el extremismo y la exageración quedaban automáticamente asfixiados. El equilibrio sano de Villanueva dejó una huella profunda. La acertada dirección del P. González consolidó más aún la orientación. El mismo ambiente universitario de la ciudad, el carácter de las vocaciones, jóvenes crecidos entre libros, daban un tono acusadamente intelectual a la piedad. El peligro no estaba en peligrosos misticismos, sino en que el estudio o un exagerado racionalismo, ahogase las manifestaciones de piedad y, sobre todo, de mortificación. En esta atmósfera creció, por ejemplo, el P. Juan Suárez, quien de modo tan enérgico se opuso a la oración de silencio del P. Baltasar Álvarez.

Salamanca estuvo también siempre libre de peligrosas deformaciones. El ambiente universitario, la calidad de vocaciones, era muy parecido al de Alcalá, y al igual que ésta, gozó de grandes directores, el ponderado y discreto Bartolomé Hernández y, sobre todo, el dulce y atrayente *Martín Gutiérrez*.

No le faltaban a este singular varón ninguna de las cualidades de director de almas. Santidad extraordinaria, tan extraordinaria para sus compañeros de religión, que en las manifestaciones externas de admiración de que la rodearon, no sufría comparación más que con el P. Baltasar Álvarez.

Dominio de la psicología y aun naturaleza humana, ya que antes de entrar jesuíta había llamado la atención como médico. Atractivo singular, de un carácter dulce y suave. Místicos regalos de que le colmó la Virgen Santísima. «Goloso de la oración», le llaman sus contemporáneos.

«Le dieron por quince años continuos una tan suave oración y tan sin trabajo alguno de su cabeza que parece que él no discurría, sino se lo daban todo hecho» (4).

Tampoco en el ambiente salmantino había peligro de que se acentuara la nota de dejadez y pasividad.

Un ejemplo, controlable aun hoy día, de la perfección a que llevaron

---

(3) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, lib. 4.°, cap. 23 (II, 120) y CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 5, cap. 3 (I, 107v). Informes del P. González en *Tol. 12*, 102r.

(4) CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*, lib. 3, cap. 7 (I, 47v).

los Padres espirituales la teoría de la misma aplicación concreta de la oración, nos lo suministra una instrucción de la oración de uno de los más famosos Padres espirituales, del *P. Alfonso Ruiz.*

La técnica teórica de la oración queda en el subsuelo del tratado, dándolo consistencia pero sin aflorar a tierra. No comienza el P. Ruiz dando ninguna definición ni clasificación de la oración, sino señalando las posturas que puede adoptar el alma que comienza a orar, analizándolas y estudiándolas desde el aspecto práctico e indicando los pasos que debe dar en su largo camino, los escollos que encontrará él y las ayudas en que, principalmente, se debe apoyar (5).

Las ideas del P. Ruiz son las mismas del P. Nadal, pero diseminadas sobre el fondo concreto de los problemas reales y preparadas en dosis proporcionadas a cada alma.

2.—La presencia de místicos jesuítas, ocasión de nuevos avances en la teoría.

La presencia de místicos entre los mismos jesuítas, obligó a ensanchar más aún el campo de la oración y a considerar las relaciones de la mística con la espiritualidad jesuítica, dando ocasión a un avance notable en la sistematización de la teoría, y más aún, de la práctica. Porque no faltaron jesuítas a quienes Dios quiso continuar regalando con dones extraordinarios en la oración. El P. Alfonso Ruiz tuvo entre sus hijos espirituales a *San Estanislao de Kostka.* Su vida, propagada en seguida por toda la Compañía, su figura propuesta como dechado de novicios jesuítas, tuvo que tener, bajo nuestro punto de vista, una repercusión muy fuerte. Era un ejemplo claro de que las vías místicas podían encontrarse dentro del campo jesuítico.

Tampoco se puede dudar que San Francisco de Borja fué favorecido de Dios con gracias místicas. Igualmente, se entrelazan con revelaciones y visiones las vidas del P. Martín Gutiérrez, Claudio Matthieu, Miguel Gobierno, H. Jimeno, Juan Fernández, Ignacio Balsamo. Menos conocido es el caso del *P. Santiago Cerruti,* y sin embargo, está cuajado de interés, si no fuera por otra cosa, por las semejanzas del fenómeno espiritual que se registra con el tan comentado y discutido del P. Doyle. En su necrología, escrita a raíz de su muerte, el 28 de abril de 1573, se pone, como palabras textuales del Padre, lo que sigue:

«Ofrecía los votos al principio dos, tres o cuatro veces. Llegué después a ofrecerlos tres mil veces por día. Por fin, en la octava de la Epifanía, recuerdo haber ofrecido los votos 24.000 veces».

---

(5) *Inst. 109,* 124r-129v. Cfr. IPARRAGUIRRE: *Para la historia de la oración en el Colegio romano,* pp. 88-92.

Las oblaciones y acciones de gracias, etc., cuotidianas, llegaron a tal número que sólo Dios lo sabe. Tres veces al menos solía prostrarme en tierra y besar el suelo dos mil veces» (6).

Exhumemos también otro caso entre mil: el del *P. Salvador Pisqueda*, muerto en Cerdeña al principio del siglo XVII, pero que gozó ya de los favores divinos en esta época. Se escribe de él a raíz de su muerte:

«Tuvo don de oración y no sólo en la común y ordinaria meditación, pero aun en la que llaman de silencio y extraordinaria, en que se había passive, que suelen decir. Aprovechó notablemente su alma con esta oración, y el Señor en ella le comunicó muchas inteligencias de cosas espirituales muy altas y delicadas y particular gracia para andar siempre en la presencia de Dios, en que le parecía haber alcanzado hábito, de tal modo, que raras veces, aun en negocios de mucha distracción, se olvidaba. Sentía ordinariamente en la oración muy grande ternura acompañada de suaves lágrimas..... Quedaba varias veces absorto y suspenso en la oración y tenía varias y diversas ilustraciones y conocimientos de cosas por venir» (7).

Aquí no nos interesa hacer un estudio particularizado de los diversos dones sobrenaturales, sino presentar unos cuantos ejemplos que nos dejen constancia de la realidad de tales fenómenos y de que su presencia tenía que constituir un problema acuciante a los Padres espirituales.

Mucho más frecuentes, sin duda, fueron los casos de jesuítas que habiendo conseguido llegar a las alturas de la «contemplación adquirida» habitual, seguían en su trato con Dios un modo de oración simple y afectivo.

El P. Martín Borrasa, escribiendo desde Mallorca en 1574, nos da una noticia interesante a este propósito. Él la aduce como algo pernicioso y fruto de una educación espiritual falsa. A nosotros nos interesa ahora el hecho mismo y el hecho emerge clarísimo.

Dice el Padre que encuentra gran dificultad para encarrilar la oración de muchos jesuítas por los railes rígidos de una meditación estrictamente discursiva. Algunos no tienen suficiente habilidad para saber meditar; otros—y es lo que ahora queremos probar—están «hechos y tan habituados a no discurrir en la oración, que aunque quieran meditar y discurrir por puntos no pueden, y si se esfuerzan para ello por respeto de la obediencia, lo que sacan es mal de cabeza y sequedad» (8).

En Sevilla, el *P. Pedro de Monroy*, muerto en 1598, decía de sí casi lo mismo, «que no era capaz de tener oración por discurso y que así

---

(6) *Capita quaedam vitae P. Jacobi Cerruti, ex ipsius ore, dum ad finem vitae pervenisset, excerpta. Vitae, 5*, 5rv.

(7) *Vitae, 23*, 68v-70r. Son varias las profecías que recurren. Lo mismo hay que decir de otras gracias extraordinarias. En cierta ocasión en que estaba leyendo un libro sobre los ángeles, «a deshora embestido de una grande y soberana luz, no sólo intelectual, sino también sensible, aunque de otro ser, quilate y naturaleza de la de por acá, con que entendió haber tenido propio y quiditativo concepto del ser angélico». *Ibid.*, 70r. Vida escrita por el P. Gabino Pisqueda.

(8) Mallorca, 8 de octubre de 1574. *Hisp. 122*, 115r.

oraba por deseos y afectos de la voluntad y enderezando a Dios sus obras» (9).

El P. Juan Suárez testifica haber encontrado en la provincia de Castilla en 1574 algunos habituados a «otros modos de oración sin discurso, unos haciendo actos de voluntad, otros moviendo afectos» (10).

El mismo Padre General, en el memorial que mandó al P. Baltasar Álvarez, nombrado Visitador de Aragón en 1578, nos da una valiosa prueba de la realidad de esta oración más simple: «Vióse oración afectiva con ningún fundamento entre los Nuestros y aun para los forasteros» (11).

Nos han quedado, a pesar de lo íntimo del tema, algunos ejemplos concretos de jesuítas que seguían esta orientación, ejemplos, repito, de una práctica extendida en una proporción imposible de precisar, pero que debió de ser muy grande, sobre todo en España, por la propaganda de los PP. Cordeses y Baltasar Álvarez, y por las traspiraciones del ambiente favorable a toda tendencia afectivo-mística.

Del *P. Ramón Prado*, muerto en las islas Filipinas, se nos dice lo siguiente:

«Encomendaba mucho esta arte de la oración del coloquio diciendo que la pérdida de la oración era grande por no hacer estos coloquios con devoción y afecto y que se alcanzarían de Dios Nuestro Señor grandes misericordias cuando el coloquio se pase [!] en la oración con cuidado y con fervor» (12).

Lo que encomendaba, lo practicaba él mismo, como podemos comprobarlo a través de sus apuntes personales. Véanse los sentimientos de la dominica segunda después de Epifanía, en que se lee el Evangelio de las bodas de Caná.

«Domingo de las bodas. Muchas cosas me dió Nuestro Señor en la oración que no me acuerdo haber tenido mejor y más recogida oración. Pensé de las bodas de mi ánima con Cristo, bodas de amor mutuo, perpetuo, *sponsus habet curam* y provee a la esposa, ella se compone y sirve al esposo. *In nullo amor, laetitia*, cuidado, *nisi in Christo, Vinum non habent, tunc deesse non potest, virgo in capite cum Christo, ego ad latus virginis ut pro me dicat et intercedat*, sentí en mí gran prontitud y ofrecimiento *ad renuntiandum omnino*» (13).

Es también interesante el caso del *P. Diego Borrasa*, muerto en Valencia en 1581. Vivió en naciones y ambientes muy distintos. Fué profesor en Roma, París, Dilinga, explicando lógica, metafísica, matemática, música. Nadie, en ninguna de esas naciones, se opuso a su modo simple y reposado de oración.

---

(9) *Historia de la Casa profesa de Sevilla*, el año 1598, sin paginación.
(10) Ávila, 30 de diciembre de 1574. *Hisp. 122*, 198r.
(11) *Inst. 118*, 250r.
(12) *Philip. 20*, 15r.
(13) *Philip. 20*, 19r.

«Como él descubrió en secreto a otro Padre—nos dice el P. Álvarez—la [oración] llevaba de esta manera. Representábase la majestad y alteza de Dios en el cielo beatificado, a los nueve coros de los ángeles y metíase entre ellos reverenciando y alabando a Dios con afectuosos coloquios» (14).

También el P. Álvarez nos da noticias interesantes de la oración del P. Gobierno, a quien «aprovechó mucho haber estado en Gandía a sus principios», donde «halló fresquísimas las huellas y fragancia» de los PP. Oviedo y Borja, que se habían marchado un año antes. Este santo Padre Gobierno, «tenía en su aposento un niño Jesús de bulto y muy devoto en un pulpitico con el cual se regalaba. Oíansele coloquios muy regalados y afectos muy tiernos y si alguno de casa entraba en su aposento, les mostraba el Niño y les decía conceptos de devoción y donaire» (15).

El *P. Bartolomé Ricci*, aunque murió bastante más tarde, en 1613, por haberse formado espiritualmente en estos lustros—entró en 1566—, se le puede traer como testigo del modo de orar de esta generación. Además, su persona es de singular importancia. Dedicó lo mejor de su vida a dirigir jesuítas y escribió una instrucción sobre la oración (16).

Conservamos cuadernos suyos con esquemas y sentimientos de su oración. Predomina netamente en ellos el carácter contemplativo-afectivo. Está meditando, por ejemplo, de la Virgen Santísima. No encuentra camino mejor que abrir el «Cantar de los Cantares» y trazar un impresionante paralelismo entre la esposa y la Virgen, aplicándole uno a uno los atributos que el autor sagrado pone en la amada, con los mismos requiebros, con el mismo afecto y dulzura en las expresiones y sentimientos. Es una suave contemplación, o mejor aún, una aplicación de sentidos en que el P. Ricci se deleita con singular complacencia y gusto (17).

Del *P. Juan Ramírez* se escribió lo siguiente a raíz de su muerte:

«A los principios probó Dios Nuestro Señor a este su siervo con muchas sequedades y por espacio de ocho años con una tan grave tentación....., pero después Su Divina Majestad le regaló muchísimo con consuelos y visitas espirituales y con un gran don de lágrimas, especialmente diciendo la Misa..... Aun en aquellos ocho años..... enviaba Nuestro Señor de cuando en cuando a este su siervo tales consolaciones que él mismo se espantaba y le parecía que todas las calandrias y ruiseñores del mundo estaban en su aposento haciéndole música y que los rayos del sol entraban en él con resplandores nunca vistos» (18).

El P. Porres va presentando en su historia del Colegio de Madrid, como algo normal en Padres fervorosos, un sistema de oración impregnado en afectuosa y dulce contemplación. El P. Bartolomé Isla, a quien Nuestro

---

(14) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, lib. 3, c. 27 (326).
(15) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, lib. 3, c. 28 (380).
(16) B. RICCI: *Instruzione di meditare*. Roma, 1600.
(17) *Inst. 232*, 1.515-153.
(18) *Tolet. 37*, 191v.

Señor mostraba «mucho amor y ternura», iba «regalándose con Dios como un padre se regalaba con su niño que tiene en las rodillas»; el P. Sandoval se sentía inundado de «tantos consuelos que no los podía encubrir»; el H. Diego de Mendoza, compañero del P. Antonio Araoz, consideraba la oración como «acompañar» a Jesucristo en los momentos en que no tenía que hacer lo mismo con su superior.

«En viniendo de fuera, su aposento y habitación era el coro. Ponía su manteo sobre un banco y él, hincado de rodillas delante del Santísimo Sacramento, se estaba hasta que el portero le llamaba....., siempre con tanta devoción, de rodillas, con las manos puestas con tanta compostura que con ella movía a devoción a cuantos le veían», perseverando en esta santa práctica durante diecisiete años (19).

Más son aún los casos que aduce el P. Castro. Espigaremos tan sólo unos pocos:

«El P. Antonio de Mendoza tenía «la oración y trato familiar....., comunicando con su Majestad con la verdad y confianza que puede tratar un hijo con su padre»; el H. Pedro Vellón que, por cierto, ni siquiera sabía leer, empleaba tres horas de oración al día, «la primera gastaba en loas de Nuestro Señor, llamando a todas las criaturas a que le alabasen con él, la segunda en petición, encomendaba a Dios todas las necesidades comunes de la Iglesia, de los prójimos y suyas. La tercera en meditación de la vida de Cristo»; el P. Gabriel Vázquez manifestó a un Padre que quería saber «cómo tenía oración....., que su oración ordinaria era: no soy nada, nada soy, y en esto se actuaba»; al P. Diego Suárez se le comunicaba «mucho Nuestro Señor en la oración y hacíale muchas mercedes», asegurando que incluso le vieron «levantado hasta tres palmos del suelo» y todo rodeado de fuego; al P. Juan Rodríguez «le dió Dios Nuestro Señor un gran don de oración desde que entró en la Compañía. Pasábala sin discurso, con quietud, mucha ternura de lágrimas y con continua alegría..... Pasó tan adelante el don que tenía de lágrimas que iba cada día más perdiendo la vista y ansí la Misa... la decía en público con dificultad. Esto se echaba más de ver los viernes y días de Cuaresma, en que parecía tenía oración de la Pasión, porque daba tales sollozos y gemidos que los demás los echaban bien de ver»; también fué favorecido de Dios con un singular don de lágrimas el P. Pedro Saavedra. Los santos estratagemas de que se valía el P. Pedro Sánchez están impregnados de una candorosa ingenuidad y recuerdan la sencillez de la oración del Beato Fabro. Resplandecía en trato familiar con Dios y en afecto muy amoroso con Jesucristo; de los santos «tenía hecha una composición de lugar, dividiéndolos por sus estrados y calles, hablando y tratando con ellos, enviándoles recados y recibiéndolos, como si realmente los tuviera presentes.....; de tal manera le parecía que los conocía de rostro, que cuando los viese en el cielo, conocería a cada uno en particular, y ansí su trato y conversación era con los santos del cielo, y cuando se ponía en oración dentro de esta composición de lugar, mirándolos a todos decía a la Santísima Trinidad: *Confiteor tibi Domine in toto corde meo in consilio iustorum et congregatione*» (20).

---

(19) El P. Isla en lib. 5, cap. 7, p. 305; para el P. Sandoval en lib. 6, cap. 1, p. 305.

(20) CASTRO: *Historia del Colegio de Alcalá*. Del P. Antonio de Mendoza en lib. 10, cap. 14 (2, 129v); del H. Vellón, lib. 11, cap. 9 (2, 160v); del P. Diego Suárez, lib. 5, cap. 10 (1, 145v); del P. Juan Rodríguez, lib. 6, cap. 3 (1, 157r); del P. Saavedra, lib. 7, cap. 1 (1, 217r); del P. Sánchez, lib. 9, cap. 6 (2, 29r).

3.—Función de la mística dentro de la espiritualidad jesuítica.

Estos y otros muchos casos tuvieron que hacer pensar a los directores y maestros de novicios sobre el delicado problema de la contemplación y aun de la mística y su relación práctica con la espiritualidad de la Compañía.

Recordemos el principio cardinal de la teoría de Nadal y que constituyó también el eje de la espiritualidad jesuítica. Dios da dentro de cada religión todos los medios que necesitan sus miembros para alcanzar la perfección debida dentro de su estado. Ahora bien. ¿Era posible que aquellos dones tan excelsos que recibían personas de indudable santidad, y aun por lo que se podía juzgar humanamente, de santidad superior a la de muchos otros, cayeran fuera de la órbita de la espiritualidad específicamente jesuítica y fuera del marco de los Ejercicios?

Para resolver este problema no bastaba la solución puramente teórica de Nadal, que prevalecía hasta entonces: Los dones místicos no eran necesarios para la santidad jesuítica. Eran buenos en sí, pero sin ellos se podía llegar a la perfección querida por Dios para el jesuíta. Ni bastaba decir que había que usarlos como medios, como un medio más que se emplea cuando se tiene, pero del que se prescinde sin dificultad.

Era necesario ver *la función precisa que dentro de la espiritualidad jesuítica tenían aquellos dones*. Fué éste un paso ulterior de suma importancia en la sistematización de la espiritualidad, uno en que hubo más titubeos y oscilaciones. Los elementos parásitos que adulteraban la sustancia, desaparecieron sólo poco a poco. Tenemos que juzgar la acción de los directores espirituales. No poseían ni las instrucciones de la oración, ni los Directorios de decenios más tarde, síntesis elaboradas a base de sus experiencias particulares y aun de sus errores.

Con todo, el *P. José Blondo*, en sus Ejercicios publicados en Milán en 1587, habla ya de «los Ejercicios de la vía unitiva propios para hombres de la Compañía, que no les retiran de los ministerios, sino que les ayudan a practicarlos con más perfección conforme al Instituto» (21).

Es la síntesis perfecta que recogió, como veremos, el P. Aquaviva. Se observa en seguida el camino recorrido. Nadal buscaba los medios para que los fenómenos místicos, cuando por razones especiales se entrelazaban, no dañaran el ser de la Compañía. Blondo los considera como ayuda, y busca el aspecto que perfeccionaban dentro de la espi-

(21) *Archiv. Prov. Toledo, 499* (2), p. 7.

ritualidad. Lo señala con frase concisa y certera: «Deben servir para hacer el alma más familiar con Dios por vía de un perfecto amor» (22).

La familiaridad con Dios, el buscar a Dios en todas las cosas, siempre se había considerado como uno de los elementos más íntimos y esenciales de la espiritualidad jesuítica. Blondo enseña cómo esos dones ayudan a conseguir ese fruto.

Todavía una observación particular en este aspecto de la evolución. Se trataba *del modo de la aplicación* y a los directores les interesaba más la solución del problema que tenían delante, que el conservar la pureza del método en su integridad total. Por esta perspectiva, sus resoluciones tenían una flexibilidad mayor que las prescripciones teóricas.

4.—Significación del caso Cordeses dentro de la línea de la clarificación.

Hubo dos sucesos que influyeron de modo extraordinario en la cristalización de la teoría en este punto. Son las contiendas en torno al P. Cordeses y Baltasar Álvarez.

El avance realizado lo testifican las concesiones que tienen que hacer los mismos que se oponían a la tendencia mística. El Visitador P. Avellaneda, encargado de frenar el vuelo del P. Baltasar, presupone ya «como cosa que nos une a todos en nuestro santo Instituto» que «para enseñar la verdadera contemplación no era menester salir del método de los Ejercicios, pues San Ignacio da materia para contemplar y conduce al ánima a la sólida contemplación». Los defensores de este sector, jamás hubieran concedido semejante proposición diez años antes (23).

La contienda que aclaró de modo luminoso más posiciones, fué la levantada en torno al P. Cordeses. Se movieron en torno a ella un número considerable de Padres. Se extendieron sus ramificaciones a Italia, Portugal, Aragón, Toledo. Se dió el choque fuerte entre los campeones de las dos tendencias contrarias (24).

Por ello la vamos a estudiar con una minuciosidad especial.

Antes de comenzar la reconstrucción del proceso, presentemos al principal protagonista.

---

(22) *Ibidem.*

(23) Texto en ASTRÁIN, 3, 193.

(24) Los dos principales trabajos sobre el P. Cordeses, son los siguientes: P. DUDON: *Les idées du P. A. Cordeses sur l'oraison. RAM*, 12 (1931), 97-115 y 13 (1932), 17-33; A. YANGUAS: *Un autor español desconocido.* «Razón y Fe», 118 (1932), 354-377. En el aspecto de la oración han usado casi exclusivamente los dos documentos principales, la relación del P. Ramiro de 2 de abril de 1574 y la circular del P. Mercuriano de 25 de noviembre de 1574, prescindiendo de otros, mucho más secundarios, pero siempre útiles para iluminar la cuestión.

Antonio Cordeses, hijo de un notario de Olot (Gerona), había entrado en el noviciado de Gandía el 11 de octubre de 1545, a los 27 años de edad, después de haber cursado gramática, dos años de leyes y de cánones y, sin duda, de haber ejercitado el oficio de notario junto a su padre.

En Gandía convivió con Andrés de Oviedo, Diego Mirón, Manuel de Sá. Este primer contacto iba a dejar huella profunda en su modo de ser. Hemos hablado ya del ambiente gandiense: anhelo ardiente de santidad, de oración y mortificación sin límites, todo dentro de un marco de entusiasmo por el retiro y el ensimismamiento en Dios, lejos del trato de toda criatura.

Aquellas auras eremíticas depositaron en el alma del fervoroso novicio, el amor a la soledad, que quedó para siempre en él, y que favoreció extraordinariamente el desarrollo de la oración afectiva.

No se ha llamado la atención hasta ahora sobre esta faceta de su personalidad, y sin embargo, es clave, lo mismo en la contienda concreta que se levantó en torno a su oración, que para entender la evolución general de la espiritualidad jesuítica. Constituyó el punto muerto durante varios años. Más aún: casi todos los peligros y desviaciones vinieron de la sobreestima de la vida retirada.

Apenas salió Cordeses del ambiente de su provincia, se le notó este afán de retraimiento.

El P. Miguel de Torres, tan familiar a San Ignacio, le achacó en seguida su proceder «eremítico» su «recogimiento dentro de la cámara», el ser «muy amigo de vida solitaria» (25).

Pedro Fonseca da estos detalles significativos: «Nunca sale del cuarto en todo el día, sino para comer, decir Misa y alguna otra cosa necesaria» (26).

En otra relación se llega a afirmar «que casi nunca va a hacer oración delante del Santo Sacramento, ni muestra gusto de ir allá. Todo el recogimiento consiste en nunca salir de su cámara, si no es forzado a ello» (27).

Después de graduarse en artes y en teología en Gandía, explicó allí mismo un curso de teología. Pero en seguida cambió el rumbo de su vida. Comenzó su carrera de Superior, en la que continuaría hasta casi su muerte. Rector primero de Valencia, después, de la Universidad de Gandía, en diciembre de 1560 es nombrado Provincial de Aragón.

Detengámonos aquí para estudiar más de cerca su figura y el ambiente en que se movió, clave de los sucesos que tenemos que narrar, y que nos permitirán introducirnos en lo que más nos interesa: en la atmósfera espiritual que se respiraba entonces.

Desde los primeros años predomina en Cordeses su perfil netamente espiritual. Era en 1550 todavía estudiante de teología, y se envía a Roma un informe que es un verdadero panegírico:

---

(25) Vide nota 45.
(26) *Lus. 62*, 39v.
(27) «Treslado de certas lembrancas». *Lus. 62*, 63v.

«Es en letras muy aprovechado, así dialécticas como teólogas y en el espíritu mucho más. *In rebus exterioribus* es muy activo cuando es puesto en ellas, es subyecto para trabajo y para regir, prudente *et fidelis servus*.....» (28).

El 20 de mayo de 1558, el propio San Francisco de Borja define a Cordeses como a hombre «de quien yo he tenido siempre mucha satisfacción y de muchas letras y espíritu» (29).

Los mismos rasgos señala Ribadeneyra en el retrato que traza de él en la Historia de la Asistencia de España:

«Fué verdadero padre, espiritual, devoto....., y con una paz y sosiego de un alma pura que parecía que ya gozaba de Dios. En su gobierno fué cuidadoso y moderado y que con el ejemplo de su vida y suavidad acababa de los súbditos lo que quería..... Todo esto lo hacía de manera que no parecía que hacía nada y esta fué la causa porque tantos años fué Superior, porque..... los súbditos se hallaban tan bien con su gobierno y el Padre era tan celoso de su aprovechamiento y les era estímulo y espuela para toda virtud con su vida ejemplar» (30).

Sus súbditos, de hecho, al enjuiciar el provincialato, siguen insistiendo en las mismas notas de paternidad espiritual y de santidad, de aquel que en frase del P. Álvarez era «tan padre de la provincia y tan amado de ella» (31). Los testimonios abundan. El P. Santander entona un verdadero himno de agradecimiento al oír la noticia de haber sido el P. Cordeses elevado al provincialato, por segunda vez, de la provincia de Aragón.

«Bien podría por ésta dar gracias a V. P., aunque todas se refieran a Dios, por lo que le cabe de parte en la provisión que se ha hecho en esta provincia..... *A Domino factum est, et erit non solum mirabile in oculis, sed etiam animabus utile admodum*. Ha sido en gracia de todos los de dentro y fuera y al propósito de los buenos deseos» (32).

Un mes más tarde escribe del mismo Gandía el P. Roca:

«Con la venida del P. Dr. Cordeses a esta provincia se han consolado los de ella, especialmente este Colegio y los de esta ciudad, por lo mucho que es amado y conocido de todos.

Aquí estuvo diecisiete días y los más de ellos nos hizo pláticas, exhortándonos, animándonos e instruyéndonos a la perfección» (33).

Este rasgo tan específicamente espiritual, del fruto que hacía con sus exhortaciones, se repite varias veces en las cartas a Roma.

De Zaragoza se dice «que con sus pláticas ha dado instrucción saludable al espíritu»; de Valencia se pone de relieve cómo «hizo una plática muy espiritual de cómo se había de hermanar la oración y mortificación y del amor de Dios» (34).

---

(28) *Arag. 15*, 25r.
(29) MHSI.: *S. F. Borgia*, 3, 377.
(30) RIBADENEYRA: *Historia de las provincias de España*, l. 9, cap. 2 (3, 396-397).
(31) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, cap. 101 (207).
(32) 2 de febrero de 1569. *Hisp. 110*, 126r.
(33) 8 de marzo de 1569. *Hisp. 110*, 126r.
(34) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, cap. 110 (235).

Ni se contentaba con estas instrucciones más generales. En las visitas confesaba a todos generalmente y les tomaba, en particular, cuenta de conciencia (35).

El P. Álvarez, en dos pinceladas, resume la impresión que dejaba el Padre Provincial en sus visitas:

«Era tenido en opinión y realidad de santo, visitaba la provincia con mucho consuelo y gusto de todos» (36).

El mismo Cordeses expuso más tarde las razones que le movieron a adoptar esta táctica y dar esta orientación particularísima a su provincialato. El párrafo es sumamente aleccionador. Es una pintura plástica del estado espiritual de la provincia:

«Algunas causas me han hecho tratar de oración. Una es por acudir a mí todos como padre, unos para satisfacerse de su modo de oración, otros para ser enseñados en ella. Otra porque en el tomarles la cuenta de la conciencia, entra el tomarles cuenta de la oración. Otra por ver muchos fríos y remisos en la oración, y aprovecharse poco de ella, y no haber quien los avive y espolee, que si los hubiera, de buenísima gana cerrara mi boca, ni es posible poner a todos de nuevo en Ejercicios para que de nuevo en ellos sean enseñados y avivados.....

Otra causa es por haber hallado que algunos proceden en la meditación con algún error. Otra causa porque he deseado que en la provincia hubiese algunos buenos oficiales de la oración» (37).

No tuvo ninguna dificultad el Padre Provincial en su conducta. Ni podía tenerla. Sus hijos, se sentían ignorantes y ansiosos de aprender. Le amaban y admiraban. No tenían ojos de censores, sino de niños. Ardían en ansias de someterse al método que se les propusiera, fuera cual fuese. Imposible que se levantara en tal ambiente espiritual la menor nubecilla. Pudo, por ello, decir con toda verdad:

«Yo he tratado con muchas ánimas y muchos años de este modo, y no he hallado..... inconvenientes» (38).

Creemos que los cinco años de su primer provincialato transcurrieron llenos de paz. Como un patriarca, iba conversando con sus hijos, alentándolos en el servicio del Señor, dirigiéndolos, estimulándolos.

---

(35) El mismo Cordeses lo afirma de Valencia y Gandía: «Helos confesado a todos generalmente». 8 de febrero de 1569. *Hisp. 110*, 21r.

(36) ÁLVAREZ: *Historia de la provincia de Aragón*, cap. 101 (208).

(37) Alcalá, 29 de agosto de 1574. *Hisp. 122*, f. 49r. Cordeses no especifica el tiempo, pero por los sucesos externos, sabemos que se dió esto principalmente en el primer provincialato.

(38) En su conversación con Ramiro, contada por éste en carta de 2 de abril de 1574. *Hisp. 120*, 312r, n. 35.

5.—Contrastes en Portugal con la actitud de Cordeses.

Antes de estudiar el segundo provincialato del P. Cordeses, es necesario considerar su estancia en Portugal, donde comenzaron las primeras quejas contra su método.

Para gobernar la provincia de Portugal, donde «las letras corren con mucha exacción, [pero] el espíritu va debilitado» (39), se andaba buscando un hombre eminentemente espiritual. Laínez pensó en Cordeses. Pero pareció prudente que antes «tomase experiencia de las cosas» y se familiarizara con el ambiente. Fué, por ello, designado, en 1564, secretario o compañero del P. Mirón, que hacía las veces de Viceprovincial después de la muerte del P. González Vaz de Mello, acaecida en 1563.

El dulce y bondadoso Cordeses no comprendió a los portugueses. Es de un español, del P. Miguel Torres, el juicio duro en extremo: «Después que en [esta provincia portuguesa] entró hasta los días presentes, ha mostrado espíritu de contradicción a las cosas y modo de proceder de ella» (40).

Quiso imponer sus costumbres, y lo que consiguió fué que se le considerara a él como demasiado aferrado a su juicio: «lo que una vez se le imprime en su pecho, dificultosamente sale de él» (41).

Siguió la misma táctica que con tantos buenos resultados había ensayado en Aragón: ir instruyendo en la vida espiritual en privado y en pláticas públicas. Este fué el primer error. La provincia portuguesa tenía ya una tradición espiritual muy profunda. Había habido crisis, tal vez como en ninguna parte, pero crisis que suponían una vitalidad interna fuerte, aunque no siempre bien dirigida. «Estaban acostumbrados a otro modo y en él estaban ejercitados» (42). No se trataba de jóvenes inexpertos como en Aragón, sino de personas con criterios ya formados.

No era Cordeses para los portugueses el padre, casi el patriarca de la provincia, al que se oía como un oráculo, sino el extraño que, después de haber manifestado en privado y aun en público su disconformidad con el modo de obrar de ellos, o como dice el P. Torres «sus impresiones muy siniestras y adversas», se empeñaba en reducir a su modo de pensar y obrar a personas de otra mentalidad. En esta tensión espiritual, es imposible todo acercamiento de corazones y en-

(39) 9 de agosto de 1564. *Lus. 61*, 222r. Sobre las dificultades que tuvo Cordeses en Portugal y de su incomprensión de los portugueses habla RODRIGUES: *História*, t. 2, v. 1, p. 276.

(40) 26 de febrero de 1568. *Lus. 62*, 195r.

(41) Miguel de Torres, 23 de julio de 1566. *Lus. 62*, 73r.

(42) *Hisp. 97*, 175v.

tendimientos. ¿No habían pasado por allá un Fabro y un Nadal, no tenían a Simón Rodrigues, Torres, González de Cámara, íntimos conocedores de San Ignacio, para que uno, que nunca había visto al fundador, quisiera imponerles su modo de orar?

Los primeros síntomas de la tempestad que se estaba fraguando, se vislumbran ya en una carta del P. Pedro Fonseca de 10 de junio de 1566.

«Se me ofrece que hace mucho mal a esta casa el poco crédito que el P. Antonio Cordeses muestra tener de todo lo de acá, lo que creo que todos sienten en él, porque casi en todas las pláticas, así públicas como familiares, habla alguna cosa a este propósito. De donde brota el decir algunas cosas que escandalizan, como una que un hermano contó, *scilicet*, que los de la Compañía de acá son claustrales [relajados] en comparación de los de allá, y otras muchas que le oyó en este tono, como fueron que no parecían religiosos los de esta casa y que parecían seglares, y hablar muchas veces de sí y de su recogimiento.....

Y lo que es más, desde el principio de sus pláticas, que comenzó a hacer los viernes, comenzó a decir que se trataba poco de las virtudes, y había algunos que tenían poco deseo de ellas, y que no quería bajar a hablar en particular sobre la soberbia, dando a entender que era para no herir en lo vivo y tener que tocar en lo que se podría claramente entender.....

También se me ofrece avisar que un día en una plática deprimió tanto la oración vocal, que muchos quedaron confusos, y todo su negocio es, sin diferencia de condiciones, ni partes naturales, meter a todos en la oración mental y darles puntos de meditación fuera de los Ejercicios..... Alaba mucho las abstinencias y la oración antigua de Gandía y dice que los de aquel tiempo se daban mucho al libro titulado *Via spiritus*, y cosas que van, según creo, fuera del espíritu de la Compañía» (43).

No todos pensaban así, pero la división estaba iniciada. Había almas para quienes la dirección espiritual del P. Cordeses había sido verdaderamente providencial. Pero enfrente se levantaban los que juzgaban como poco ignaciano su modo de orar.

Ya el 11 de julio de 1566 se avisaba al Padre General cómo muchos estaban escandalizados porque hablaba «muy friamente de la oración vocal y de los modos que acá tenemos y [que] en su cuarto instruía a muchos en modos extraordinarios» (44).

El P. Torres, que fué uno de los que menos le comprendieron, escribía al P. Laínez el 23 de julio de 1566.

«Su modo de proceder parece más eremítico o frailesco, que no de la Compañía, porque su negocio todo es recogimiento dentro de la cámara y silencio y todas las penitencias que muchas veces pasan de cincuenta [sic]» (45).

Dos años más tarde, el 26 de febrero de 1568, insistía en el mismo aspecto:

---

(43) *Lus. 62*, 39r. El 9 de abril había escrito al Padre General sobre la poca estima que mostraba de los portugueses. *Lus. 63*, 30v.

(44) *Lus. 62*, 63. Se conserva una copia incompleta de la carta en la que falta el nombre del autor.

(45) *Lus. 62*, 73v.

«No se aplica tanto al espíritu [de la Compañía], como a otro peregrino. Él es muy amigo de vida solitaria y de hacer tratados de oración y de la comunicar con los Padres y Hermanos, no curando de se conformar con la de los Ejercicios que en la Compañía se usa y a mi pobre juicio paréceme que la oración que trata de unir la alma con Dios, que aunque es muy buena, apacible y gustosa a los que saben dar a ella, pero si no se extiende muy particularmente a los ejercicios de la vida activa, no es apropiada a la Compañía cuyo fin es éste, ni aun para alcanzar la puridad y perfección de la obra que ella tiene por tan sustancial columna, y pensar uno que con sola esta oración alcanzará la mortificación de las propias pasiones, si no la aplica muy de propósito a la acción de los ministerios de las virtudes de la vida activa, tengo para mí que es ocasión de muchas ilusiones y engaños en pensar que uno está mortificado, estando muy lejos de ello» (46).

Estas y semejantes quejas llegaron a oídos del P. Cordeses. Él mismo, en carta al Padre General de 9 de julio de 1568, dice que «no me han faltado en ello contradicciones y molestias», pero concluye, *sed Dominus adiuvit me* (47).

El hecho es que no cejó en su táctica, llegando hasta pronunciar algunas de sus peligrosas pláticas delante del mismo Viceprovincial, P. Mirón. Tampoco cejaron los portugueses en sus quejas a Roma, extrañándose de que, a pesar de sus frecuentes avisos, continuaba lo mismo que antes.

Cordeses era Superintendente de la Universidad de Coimbra, oficio de límites borrosos y que se prestaba a conflictos de jurisdicción con el Padre rector. Todos quedaron anulados con el sistema que seguía. Dejó al rector la parte de la administración y gobierno ordinarios, y se reservó la instrucción y dirección espiritual.

En la carta que acabamos de citar, después de decir que apenas conoce nada de la marcha externa del Colegio, por no ocuparse en semejantes menesteres, continua:

«Me [he] ocupado muy mucho en instruir y actuar los Padres y Hermanos de este Colegio en la oración y virtud cuanto Dios me ha ayudado con su divina gracia, y creo que se ha hecho algún fruto y muchos han crescido en spiritu. *Sed in hac re aliorum esto iudicium*» (48).

Ya hemos oído uno de estos juicios bien adversos. Oigamos ahora otro del P. Pedro Dias, que en varias de sus cartas se muestra entusiasta de la persona y del método del P. Cordeses. El modo de describir el método que seguía el Padre Superintendente, difiere bastante del descrito por el P. Torres, prueba del diferente punto de vista desde que se ponían ya en el momento mismo inicial:

«Ha años que ser [!] esta casa y pienso que nunca estuvo tan bien en las cosas de espíritu y oración como ahora la veo gracias al Señor, y pienso que esto nace de la comunicación y diligencia del P. Antonio Cordeses, el cual continuamente con pláticas en común y especialmente con hablar

(46) *Lus. 62*, 195v.
(47) *Lus. 62*, 243v.
(48) *Lus. 62*, 243r.

a menudo con cada uno en particular, incita mucho a los Hermanos a la virtud y al exercicio de la oración, imponiéndolos en ella, y hay muchos que van mucho adelante en ello con su instrucción y él nunca cesa de aprovechar a todos. El modo que tiene es ponerlos en meditaciones de la Pasión y que busquen en ella lo que los santos aconsejan y dicen nuestros Ejercicios, y que frecuentemente entre día hagan actos de amor de Dios y se exerciten en mortificación y las otras virtudes. Esto he dicho así en particular porque no faltan algunos a quienes descontenta este modo de proceder y les parecen que es de frailes y diverso del nuestro, y puede ser que así lo escriban a vuestra Paternidad. Yo ha años que pensaba que tenía oración, pero después que traté con él, veo lo poco que tenía alcanzado, y tengo para mí que Nuestro Señor ordenó la venida del P. Antonio Cordeses a este Colegio para remediar esto de que había mucha falta en él, como es testigo el P. Mirón que por veces decía aver falta de esto. Allende desto ayuda mucho con su vida y exemplo que da en toda virtud, y es por eso muy amado de los Hermanos» (49).

Meses más tarde vuelve a escribir las siguientes líneas tan sentidas:

«.....vino carta de V. P. en que lo mandaba salir. Yo creo verdaderamente que esto fué castigo que Nuestro Señor quiso dar a esta provincia y que lo sacó Nuestro Señor de acá porque no lo merescíamos. Él es un grande siervo de Nuestro Señor, y con su exemplo y exhortaciones tenía aprovechado mucha gente en el Colegio de Coimbra, que iban más adelante en cosas de oración que no sé cómo quedarán aora sin haver quién los instruirá.

Él tenía una simplicidad santa con que hablaba lo que le parescía servicio de Dios Nuestro Señor y pensaba que hablaba con quien tenía la misma simplicidad y las entrañas limpias como él, y de aquí nascieron alguna vez disgustos.....

Yo tratava mucho con él y veía cuán puramente y sin fiel decía las cosas, y como no se tomaban de esta manera hacíale mal. Ya es ido. Plega a Nuestro Señor que no sienta Coimbra y la provincia su falta.....» (50).

Si Cordeses se hubiera reducido a dirigir a los que, como el P. Pedro Dias, plenamente convencidos del bien que producían su dirección, se entregaban con confiada sencillez a él, hubiera sido muy distinto el ambiente que se hubiera formado en torno a él. Pero procedía no como espiritual que desea dirigir un alma, sino como Superior que imponía a sus súbditos una determinada orientación espiritual. De aquí provinieron todos los disgustos.

Trascendió tanto la conducta del P. Cordeses, que se abordó el problema en la Congregación provincial portuguesa de 1568. El P. Enriques narra, en una carta confidencial al Padre General, lo que él mismo hizo en el seno de la Congregación para remediar el grave caso y procurar que no se extendiera aquella manera extraña de proceder.

«Cuando nos ayuntamos aquí para la elección del procurador que había de ir a Roma, me pareció tratar algunas cosas con los Padres allende de las que pertenecían a la Congregación, para ayudarme de su parecer y experiencia. Entre ellas, tratamos del modo de oración que convenía más con nuestra vocación y Instituto y del modo de proceder en ella, y por la bondad del Señor se halló mucha conformidad con lo que Nuestro Padre Maestro Ignacio,

(49) *Lus. 62.* 240r.
(50) 29 de septiembre de 1568. *Lus. 62,* 271r.

de buena memoria, ha enseñado y así no ha sido pequeña consolación para mí la luz y resolución que sacamos en cosa tan importante, y porque en los novicios se conocía algún espíritu peregrino y se apegaban dello algunas tentaciones de adversión a los ministerios de la Compañía con el próximo y afición a otros Institutos, y cierta ternura en la conversación de amor particular y pernicioso, especialmente en el Colegio de Coimbra, traté del remedio y parecióNos que convenía mucho poner allí un muy buen maestro de novicios, de exemplo, esperiencia y las más partes que convenía» (51).

Laínez tomó la única aptitud posible en aquella tirantez de espíritus. Hacer que el P. Cordeses volviera a su provincia. A fines de 1568 le nombraba Provincial de la provincia de Aragón.

6.—Reflejos en el segundo provincialato de Cordeses del avance realizado.

Cordeses continuó en su segundo provincialato la misma línea de conducta que había seguido en el primero. Pláticas en común sobre la oración y dirección privada complementaria.

El nuevo Provincial se entregó lleno de santo entusiasmo a su labor, seguro de la comprensión que encontraría en sus súbditos y persuadido de que aquí no tropezaría con las dificultades de Portugal. Eran todos hechura suya, espiritualmente hablando. No podía haber diferencia de mentalidades y criterios.

Al tomar esta actitud, no se dió cuenta de que los tiempos habían cambiado. No en vano había pasado un lustro y un lustro decisivo en la gestación de la teoría de la espiritualidad jesuítica.

El noviciado se había regularizado en la provincia. Las instrucciones del P. Nadal se habían ido difundiendo paulatinamente por las diversas Casas. Había salido la provincia de la infancia espiritual anterior.

El hecho es que no encontró el P. Cordeses, en su segundo provincialato, aquella plena sumisión a sus consignas de la época anterior.

Al finalizar el primer año de gobierno, llegaron quejas a Roma, posiblemente de algún consultor de provincia en la carta anual de oficio, sobre la oración que enseñaba en sus visitas por las Casas. El santo General San Francisco de Borja, juzgó necesario avisar de ello al Padre Provincial. Lo hizo con fecha 28 de abril de 1570:

«Entiendo que V. R. impone a sus súbditos que en su oración hagan siempre actos de amor, y que a todos los desea guiar por aquí. Laudo su celo y su buen deseo, que a la verdad este es el mayor y más alto ejercicio espiritual. Mas advierta, Padre mío, que ni todos son para él, ni todos lo entienden, ni pueden para enseñarlos en la oración. Ya el Señor nos ha dado bona guía en los Ejercicios espirituales de la Compañía.

Después unos prosiguen aquello y otros modos de oración *alius quidem sic, alius vero sic*, y como son buenos se han de dejar, pues son varias las

(51) 30 de agosto de 1568. *Lus. 62*, 262v.

mociones del Espíritu Santo y varios los ingenios y entendimientos de los hombres» (52).

En este documento se muestra el santo General lleno de santa comprensión y de altísima prudencia espiritual.

De ninguna manera recrimina la oración del P. Cordeses, considerada en sí misma. La llama «el mayor y más alto ejercicio espiritual». Pero no quiere que se la «imponga» a ninguno.

Esta queja de querer imponer la oración cordesiana de modo inflexible y por igual a todos, la profirió ya en Portugal el P. Torres y la oiremos de nuevo al P. Ramiro.

Parece que, en este aspecto, hubo algún exceso de parte del celoso Padre Provincial, quien convencido plenamente del benéfico influjo de su método, debió de mostrar, a veces, un ardor demasiado excesivo en la manera de propagarlo.

Al oír la palabra «imponer», no nos vayamos a imaginar que el Provincial iba violentando de una manera consciente las conciencias de sus súbditos. El proceso se desarrollaba de una manera mucho más normal. Se encontraban los fervorosos religiosos con un santo Provincial cuyas preferencias por la oración afectiva, eran bien conocidas. Sin duda, muchos de ellos nunca habían dudado del método de oración que llevaban. Pero ¿cómo se iba a pedir que tuvieran esa seguridad en sí mismos, que defendieran su modo de obrar en contra de las insinuaciones de su Superior que cantaba los resultados maravillosos que se seguían con aquel sistema tan sencillo como eficaz?

Es muy difícil que un joven, por naturaleza ardoroso y anhelante de grandes cosas, esté plenamente satisfecho de su avance en la vida espiritual y que, sobre todo, si está lleno de santo fervor, no le parezca poco todo lo que realiza, recibiendo con agradecimiento cualquier industria que pueda facilitar y mejorar su ascensión hacia Dios.

¿Cómo no iban a entregarse a su Superior, representante para ellos de Dios, que les prometía un progreso extraordinario si empleaban aquel procedimiento tan sencillo que él les presentaba?

Se añade todavía otro aspecto no menos importante. Los jóvenes jesuítas habían llevado una vida de oración empañada de las deficiencias que, sin una especial gracia de Dios, son connaturales a la débil naturaleza humana. No siempre se palpa el avance en la medida de su realidad. Enfrente de esta fluctuante práctica, oponía Cordeses la teoría con el brillo resplandeciente del ideal, o si se prefiere, la poesía de un sistema, visto en su pura teoría.

No eran ellos, súbditos, los que tenían que juzgar de la seguridad o excelencia del camino que seguían. Eso toca al director, al Superior. Si veían que se inclinaba por otro sistema, si les invitaba a probarlo, imposible que tuvieran la libertad y confianza suficientes para representar ninguna dificultad, y aunque muchas veces sintieran dentro

(52) *Inst. 51*, 331v, n. 107.

de sí los inconvenientes de aquel cambio de táctica, en la práctica no podían menos de dejarse arrastrar por aquellos consejos.

El Superior, viendo aquella entrega de sus súbditos, de hecho medio coaccionada, aunque ni ellos mismos se dieran cuenta de esa coacción, se ilusionaba creyendo que realizaba una acción providencial.

Lo que de hecho se realiza en semejantes casos, es interponerse entre Dios y el alma e inocular en aquella tierra tan bien preparada, sus propias ideas y teorías. La nota de cierta pertinacia y fanatismo indicada en Portugal y confirmada en Toledo, inclina a creer que, inconscientemente, hubo algo de esto en la conducta del P. Cordeses.

Pronto se iba a *agudizar la tensión* entre el P. Cordeses y los que no veían bien su labor propagandista y su tan continua y completa intromisión en el campo de la espiritualidad privada.

La ocasión fué el paso por la provincia del General San Francisco de Borja en agosto de 1571. Tuvo, de este modo, ocasión de hablar personalmente con el P. Cordeses y de examinar el asunto sobre el terreno. Borja, en su vida personal, llevaba una oración de tonalidad marcadamente afectiva. Se puede decir que vivía en una contemplación perpetua. Hubo temporada en que realizó prácticas más bien de un ermitaño que de uno metido entre los más variados negocios, como la de 100 genuflexiones diarias. Sin embargo, su oración era esencialmente apostólica (53). Todo el día metido en sus negocios, los trasformaba en oración, ofreciéndolos continuamente a Dios. Si alguno podía comprender a Cordeses, era Borja. Sin embargo, como el mismo Cordeses lo reconoció «cuando pasó por Barcelona [San Francisco de Borja] hizo una plática públicamente contra este modo que él enseña y que así lo entendieron todos y que advirtiese que si con este modo entraba en esta provincia el espíritu de cartujo..... que no bastaría él a remediarlo ni diez personas de las más principales que enviase nuestro Padre General de toda la Compañía» (54).

La medida era grave. Era desautorizar públicamente al Padre Provincial en punto tan importante. Ignoramos más detalles de lo que pasó entonces, pero debieron de envalentonarse con la victoria conseguida los enemigos de su sistema, y debió de pasar ratos muy amargos el notado Provincial. Años más tarde resumió en una frase bien expresiva toda la campaña. Dijo que «le habían dado gran batería de la provincia de Aragón sobre ese modo». Según contó en la misma conversación, Borja pronunció aquella plática «porque el P. Polanco y el P. Mirón se lo persuadieron», añadiendo que no fué tan contrario a este modo, «pero [que] después, comunicando con él su modo, le dijo el mismo Padre [Borja] que lo tenía por bueno» (55).

---

(53) En MHSI.: *S. F. Borgia*, 5, 76, 79, 84, diversas cartas en que expresa el modo como hay que combinar el tiempo de la oración con el de estudio, de modo que de la unión salgan beneficiados.

(54) *Hisp. 120*, 313r.

(55) *Hisp. 120*, 312v-313r.

Las dos noticias son muy verosímiles y encajan perfectamente dentro del desarrollo de los sucesos. Mirón, Asistente a la sazón de España, acompañó al Padre General hasta Valencia, donde, después de partir éste para Madrid y Lisboa, quedó visitando la provincia. Creemos que las grandes tribulaciones, la «gran batería», se dieron preferentemente en este último período de la visita de Mirón.

Mirón conocía a Cordeses desde los tiempos del noviciado de Gandía. Pero, cuando pudo darse cuenta de su modo de pensar, fué unos años antes en Portugal, mientras le tuvo continuamente consigo en calidad de compañero o secretario. El valenciano leguleyo y minucioso por naturaleza, tenía no pocos puntos de contacto con el notario y canonista Cordeses, a quien también le gustaba el detallismo y la exactitud minuciosa. Todavía otra nota común unía a los dos: cierto dejo de amor a una vida retirada. Pero, en el fondo, eran mucho más hondas las divergencias que las afinidades. El punto, precisamente, que los dividía más radicalmente, era el de la oración. Los dos querían ser ignacianos puros, pero cada uno entendía a San Ignacio de un modo esencialmente distinto.

Mirón, aunque de exterior suave, era de espíritu inflexible y aun estrecho. Prevalecía en él el cálculo exacto, frío, el lado jurídico del asunto. Su interpretación del texto ignaciano no admitía ensanchamiento posible. Lo que decía la letra, sin buscar trasfondos ni sentidos ulteriores.

Cordeses, en cambio, a pesar de su educación jurista y de su precisión y exactitud características, era más condescendiente y flexible. Creía que a San Ignacio había que saber interpretarlo, y sobre todo, que la letra no era el todo, ni lo más importante; era solamente el cauce del espíritu, que por su mismo carácter sinuoso e íntimo no se mostraba siempre en la superficie del texto.

Lo importante era posesionarse de este espíritu profundo y trascendente. La letra, examinada en función de ese contenido, podía descubrir perspectivas insospechadas.

Esta doble manera casi opuesta de interpretar a San Ignacio, era el reflejo no sólo de dos hombres, sino—y es el aspecto que aquí nos interesa—de dos tendencias.

De ahí la importancia del choque. Entraban en liza en los momentos más álgidos dos modos de comprender la realidad, de características opuestas. Exageradas las dos concepciones, eran las dos, por su lado, perniciosas. Reducidas a un justo término, se complementaban.

Trascendió tanto al exterior la diversa mentalidad, que comenzaron a formarse dos bandos conforme a las simpatías de cada individuo. Los unos se llamaban a sí mismos «espirituales». El ambiente se fué encrespando. Los espíritus estaban en tensión. Se fué así formando, en frase de Ramiro, una «división de espíritus y de modo de proceder» (56).

---

(56) *Hisp. 120*, 313r.

7.—Razón de la conducta de Cordeses.

La muerte del P. San Francisco de Borja interrumpió la visita del P. Mirón. Cordeses, como Provincial, asistió también a la Congregación general celebrada en Roma, en la que fué elegido Prepósito general el P. Everardo Mercuriano.

Varias veces hemos hablado ya del ideal de gobierno del P. Mercuriano: «reducir la Compañía a su primera forma en todo», eliminando las «formas» extrañas que se hubieran infiltrado, entre las cuales consideraba el Padre General como una de las principales, los modos de oración «peregrinos».

El P. Cordeses, en tales circunstancias, podía dar por perdida su causa, tanto más cuanto que, personalmente, el P. Mercuriano, fué dando instrucciones a los Provinciales, al menos a los de España, para que con mano fuerte volvieran a la tradición puramente ignaciana en materia de oración (57). El mismo Cordeses dice, explícitamente, que el nuevo General se mostraba al principio «recatado con él», aunque añade que se debió a «que le habían mal informado» (58).

Sin duda, Mirón, íntimo del P. Mercuriano, o algunos otros de los que no comprendían al P. Cordeses—no olvidemos la presencia en Roma entonces, de los PP. Torres, Enriques y Ramiro—se adelantaron a informarle, describiendo el problema desde su punto de vista.

Cordeses no volvió inmediatamente a su provincia, sino que pasó a vivir al Colegio de los penitenciarios, en calidad de rector interino. Sospechamos que la razón de esta extraña demora en la Ciudad Eterna, radica en el problema que venimos estudiando.

Acuciado, tal vez, por Mirón, decidió Mercuriano estudiar la cuestión a fondo. La primera medida fué pedir al P. Cordeses que expusiera por escrito la naturaleza y características de su modo de oración, para poder dar un juicio definitivo de la materia. Allí—en el tranquilo cuarto de la Penitenciaría—en los tres meses que estuvo, tuvo tiempo y paz sobrados para redactar su libro. Las repetidas objeciones de los últimos meses le habían obligado a recapacitar profundamente y a hacer una revisión más a fondo. Aquellos meses debió de retocar y completar apuntes esbozados en su provincialato, en el que difícilmente pudo tener el reposo suficiente para redactar con calma una obra de esa

(57) Son varios los Provinciales que hacen alusión en su correspondencia con el P. Mercuriano a las orientaciones recibidas en Roma después de la Congregación general, en este sentido. Por ejemplo, el P. Avellaneda escribe el 13 de julio de 1579: «Las cosas que V. R. me dió en memoria ahí en Roma....., y han sido mi dirección juntamente en lo de oratione y doctrina contra los modos peregrinos siguiendo el de nuestros Ejercicios». *Hisp. 128*, 43r.

(58) *Hisp. 120*, 313r.

índole. Así pudo, antes de volver a España, depositar en la Curia una copia de su obra (59).

Durante aquellos meses no faltaron sus conversaciones personales con el Padre General. En ellas fué exponiendo su método «con toda llaneza y simplicidad y aunque al principio estuvo recatado Nuestro Padre..... [pero], después, le dijo dos veces, que si no era más que aquello, que era bueno» (60). No creo que se engañara Cordeses al creer haber convencido de palabra al P. Mercuriano de la pureza de su método.

Mercuriano era personalmente muy dulce y paternal y, sin duda, se dejó impresionar por el modo con que Cordeses, con habilidad de canonista, supo exponer el lado bueno del sistema. Tanto más cuanto que el método en sí entraba dentro del marco ignaciano. El error, o mejor el exceso, venía de quererlo imponer a todos, y de dejarse engolosinar demasiado por su dulzura, retrayéndose de los ministerios, cosas todas extrañas al sistema considerado en sí mismo. Esto lo reconoció, como veremos pronto, aun su más implacable adversario, el P. Ramiro.

Si el Padre General hubiera estado convencido de la heterodoxia jesuítica de su oración, no le hubiera confiado inmediatamente un cargo de tanta importancia, como el de Provincial de la provincia de Toledo. Con todo, el P. Mercuriano, antes de que saliese de Roma el nuevo Provincial, le encargó «que no enseñase» su modo de oración, no precisamente que no lo practicase (61).

Cordeses volvió decidido a cumplir la consigna del Padre General, pero hubiera tenido que cambiar su concepción del oficio que se le había encomendado, para poder realizar su propósito. Una especie de conflicto interno se levantó dentro de sí. Él era Provincial. Ahora bien; para ejercitar el oficio necesitaba dirigir e instruir a sus súbditos en la vida espiritual y como puntal de ella, en la oración. Para él, la mejor manera de oración era la afectiva, que el mismo P. Mercuriano le había dicho que era «buena», aunque le había mandado que no la enseñara a otros. Lo que él hacía no era propiamente enseñar, sino cumplir su deber, dirigiendo a sus súbditos.

Él mismo, en una interesante carta de 1 de abril de 1574, expone al Padre General la razón de su nueva conducta. Es una fotografía de lo más íntimo de su mentalidad. Es clave que nos explica su razón de proceder en todo este asunto.

«No estoy olvidado de una palabra que V. P. me dijo hablando de la oración, y es que no la enseñase, y yo vine con ese intento, pero en el progreso de mi oficio hallo que si yo he de hacer mi oficio, no puedo dejar de

(59) Cordeses, escribiendo al P. Mercuriano, lo dice expresamente: «De mi libro que ahí dejé, podrá V. P. haber entendido si la oración que yo trato es extraña de la Compañía». Toledo, 1 de abril de 1574. *Hisp. 120*, 201r. Véase sobre este punto a YANGUAS: *Un autor español desconocido*, p. 369.

(60) *Hisp. 120*, 313r.

(61) «No estoy olvidado de una palabra que V. P. me dijo hablando de la oración y es que no la enseñase». 1 de abril de 1574. *Hisp. 120*, 301r.

tractar della, porque teniendo toda la provincia al Provincial por padre y maestro con quien han de comunicar su espíritu y modo de proceder, ninguno se quieta ni satisface en su proceder si no trata con el Provincial sus cosas menudamente, máxime lo de la oración, y si en el discurso del describir, se ve un súbdito que no va bien, o que con una poca de dirección se aprovecharía, no sé yo cómo puedo dexar de tratar de oración. Lo que yo he hecho es que no *he enseñado* nada de oración en público.

Represento a V. P. esto, y que pues me ha encomendado toda la provincia siendo tan grande, y ha confiado de mí cosa mayor, me confiase ésta, que ya de mi libro que ahí dexé, podrá V. P. haber entendido si la oración que yo trato es extraña de la Compañía» (62).

La posición del P. Cordeses era clara y noble. El Padre General conocía su manera de pensar. Si no se fiaba de él, que le quitara el oficio. Mientras fuera Provincial, estaba obligado a creer que gozaba de la confianza del Padre General, y a obrar conforme a lo que pareciera mejor delante del Señor.

En agosto, en lo más álgido de la contienda, vuelve a insistir en su punto de vista. Subsiste el mismo conflicto interno y él se cree obligado a atender a sus súbditos. Conforme a la orden recibida del Padre General, le remite en un escrito «la substancia» de lo que va enseñando. La carta merece copiarse íntegra, a pesar de que hemos tenido que copiar ya algunos párrafos de ella.

«Muy Rdo. P. nuestro en Christo. *Pax Christi.*

Con esto va lo que yo he enseñado de la oración, digo la substantia dello. Algunas causas me han hecho tractar de oración. Una es por acudir a mí todos como Padre, unos para satisfacerse de su modo de oración, otros para ser enseñados en ella. Otra porque en el tomarles la cuenta de la consciencia, entra el tomarles cuenta de la oración. Otra por ver muchos muy fríos y remisos en la oración, y aprovecharse poco della, y no haber quien los avive y espolee, que si los hobiera de bonísima gana cerrara mi boca, ni es posible poner a todos de nuevo en Ejercicios para que de nuevo en ellos sean enseñados, y avivados, aunque este remedio se toma con algunos. Otra causa es por haber hallado que algunos proceden en la meditación con algún error. Otra causa porque he deseado que en la provincia hobiese algunos buenos oficiales de la oración. Por todas estas causas he juzgado que no era contra la intención de V. P. tractar della, y así lo he hecho.

Lo que yo he enseñado no es cosa nueva, como lo verá V. P. en el papel que con ésta va. Esto mesmo que en él va, se ha enseñado y corrido hasta aquí en esta provincia, y no ha reparado en mi obra que yo sepa, sino uno, a quien yo enseñé lo que me parecía que le convenía por no tener salud para meditar.

Digo también que no a todos he enseñado todo lo que va en el papel, sino a los que tenían capacidad para ello, que son qual y qual. También digo que a algunos que me decían que no tenían sus cabezas dispuestas para meditar, les he enseñado y dicho, que podrían usar la oración afectiva por ser más fácil y de menos trabajo, y lo mismo a algunos que no tienen gracia de Nuestro Señor para discurrir, sino que en ponerse en la oración se hielan, y no hay ir adelante, ni volver atrás.

También certifico a V. P. que comúnmente todos en esta provincia meditan por la mañana por los Ejercicios, y algunos y aun muchos se valen entre día de traer la presencia divina.

---

(62) *Ibidem.*

En ninguna cosa yo he pensado más servir a Dios y aun a V. P. que en este negocio, y con todo desde que yo recebí la carta de V. P. en que me ordenó que *nec publice, nec privatim* enseñase de oración, afirmo *et verum est*, que yo no he enseñado *nec publice nec privatim*. Sólo con algunos que me han venido, los he exhortado a que sean amigos della. Supplico a V. P. que expenda las razones sobredichas, y sobre ello V. P. ordene y corte por donde quisiere que yo lo seguiré *ad pedem litterae*.

Porque mis consultores, que son los PP. Miguel Deza y Emanuel y mi compañero el P. García, me han oído y saben lo que yo he enseñado, he hecho que lo firmasen de sus nombres. El P. Vall de Rávano no me ha oído, y así no se ha firmado. Otros muchos pudieran haber firmado lo mismo, sino que por no hacer ruido no he querido y porque la presente no es para más, ceso pidiendo la bendición de V. P. De Alcalá a 29 de agosto de 1574.

De V. P. hijo y siervo en Jesu Christo, *Antonio Cordeses*» (63).

8.—Contienda Ramiro-Cordeses.

Si Cordeses hubiera observado siempre la prudencia y discreción que indica en su carta, creemos no hubiera brotado el gran conflicto. Pero, o mucho nos engañamos, o creemos que el Padre Provincial, inconscientemente, se extralimitaba en algunos casos en el modo de insistir en su método, llegando de hecho a imponerlo prácticamente, en el sentido que expusimos más arriba. Al menos, éste parece ser el caso del P. Antonio Ramiro, origen de las dificultades de su tercer provincialato.

Por muy apasionado que se suponga al P. Ramiro, aunque se juzguen sus documentos como parciales, no se puede negar el hecho fundamental. El P. Ramiro no quería meditar de esta manera. El Padre Provincial se empeñaba en que cambiara su sistema de oración.

El hecho sucedió de la siguiente manera. Al ir el P. Cordeses a hacer la visita de la Casa profesa de Toledo, y tomar cuenta de conciencia al Padre Prepósito, *Antonio Ramiro*, comenzó a recomendarle su método favorito de oración. El P. Ramiro no sólo no se entregó a su dirección, sino que se opuso rotundamente. Franco y sincero con su Provincial, le expuso las razones que se le representaban en contra, teniendo con él muchas y largas conversaciones, en las que el P. Cordeses siguió insistiendo. Creemos que, al menos esta última parte, no se puede excusar al Padre Provincial, e iba no sólo contra las órdenes del Padre General, pero aun contra las normas de toda sana dirección espiritual.

El P. Ramiro, persuadido de la seriedad del caso y movido de la confianza que tenía con el P. Mercuriano, a quien conocía personalmente, se decidió a escribir a Roma. Fueron muchas y muy largas las

(63) *Hisp. 122*, 49r.

cartas que remitió. La más importante de todas es la extensa relación fechada el 2 de abril de 1574, en que explica con una objetividad y exactitud, rara en semejantes estados de ánimo, las características de la oración del P. Cordeses, repitiendo a la letra lo que recuerda de las conversaciones tenidas con el Padre Provincial. Tuvo un cuidado sumo, estábamos por decir exagerado, conforme con su natural estrecho y escrupuloso, de reproducir literalmente las mismas palabras de su interlocutor. Como quien no se siente tranquilo, vuelve una y otra vez a insistir en el mismo documento de que no hace más que copiar lo que ha oído.

Sólo por esto, escribe la carta en castellano. «Tengo—dice—necesidad de decir algunas cosas por los vocablos que los oí y no creo sabría traducirlo fielmente en italiano» (64).

«Yo le certifico a V. P. que va contada la [conversación] de la misma manera que ha pasado..... que no falta nada, ni va añadida cosa alguna, porque yo estuve muy atento y luego escribí por puntos cuanto me dixo poniendo todas las palabras que eran necesarias o que tenían alguna frase particular». Y todavía como para quitarse cierto escrúpulo añade: «Algunas de las razones de inconvenientes [expuestas por él como respuesta a lo que le había ido diciendo el Provincial] y algún ejemplo [también de su réplica] creo no lo dije [cuando le hablé]» (65).

Hoy podemos controlar la verdad de la relación del P. Ramiro en su aspecto teórico y expositivo, el más fácil de desdibujar, comparándolo con los escritos del P. Cordeses y vemos que refleja sus ideas y aun sus palabras con una exactitud no alcanzada por ninguno de los que acusaron al Padre Provincial, que muchas veces no hacían más que una burda caricatura del método.

Antonio Ramiro era un hombre de gran talento y fuerza de expresión no común. Nacido en Calatayud, entró en la Compañía en 1555 en Alcalá, después de unos Ejercicios hechos, probablemente, con el célebre P. Villanueva. De todos modos, pudo allí impregnarse del espíritu que animaba a este célebre jesuíta formado personalmente por San Ignacio. Después de estudiar en aquel renombrado centro universitario artes y teología, pasó a Roma. En 1567 fué destinado a Nápoles, donde leyó teología. Pronto le nombraron rector del mismo Colegio. En 1572 fué elegido diputado para la Congregación general, volviendo después de ella a España. El resto de su vida fué Superior de diversas residencias, alternando los cuidados del gobierno con la predicación, para la que tenía cualidades nada comunes.

Un fondo de austeridad y exactitud rayana en exageración y que fácilmente degeneraba en escrúpulo, domina su modo de proceder. Es necesario tener en cuenta este factor para entender su resuelta actitud en contra del P. Cordeses, o mejor, en contra de su labor propa-

(64) *Hisp. 120*, 313v.
(65) *Ibidem*.

gandista, pues Ramiro veneraba a Cordeses como a varón sumamente espiritual y juzgaba su oración buena para él.

Veamos los elementos espúreos que notaba en su método, las razones por que lo juzgaba peligroso en aquellas circunstancias.

Algunos de los reparos que le pone, como veremos, son infundados, o al menos exagerados, pero queremos copiarlos, porque nos introducen mejor que ninguna otra consideración en el ambiente espiritual de la época y en aquel hervidero de tendencias y pasiones, en medio de las cuales, fué cuajando la cristalización perfecta de la espiritualidad jesuítica. Nos basta, para ello, seguir su conversación con el P. Cordeses y oír los argumentos que le exponía (66).

El método cordesiano es peligroso para el entendimiento, afirmaba Ramiro; alimentando tan sólo el afecto, es de temer que falte la claridad y solidez necesarias en la vida espiritual. Forma personas aferradas a su juicio. Es expuesto a engaños e ilusiones.

Es, además, peligroso para la voluntad. Fácilmente se forma un amor sin sustancia. Las pasiones quedan muy vivas. Retrae de la vida activa. Queda el alma como embelesada, diciendo ternezas a Dios. Y, sobre todo, el punto que nos afecta más de cerca, «este modo era nuevo y añadía mucho a lo de Nuestro Padre». Aquí estaba indicada la más profunda divergencia entre los hombres de las dos tendencias.

Cordeses insistía en que su modo era puramente ignaciano y en «que él no añadía nada a lo de nuestro Padre Ignacio, porque lo de ponderar estaba en los Ejercicios muchas veces, y lo del reposarse en Dios era lo que decía una adición, que hallando en un punto lo que deseaba más, que no pasemos adelante».

Había querido empaparse plenamente del espíritu de los Ejercicios y el medio mejor para ello era saborear reposadamente las grandes realidades sobrenaturales. Lo demás, era secundario y complicado. Él ofrecía una especie de fórmula—«modo fácil» la llama—, en que «reducía lo de Nuestro P. Ignacio», es decir, en que se encontraba condensada la sustancia ignaciana.

A Ramiro, en cambio, como a todos los de la tendencia opuesta, no le convencía la argumentación del Padre Provincial. No entendían de «reducciones», «modos fáciles» o «ensanchamientos». Todos estos artificios les parecían, sencillamente, adulteraciones.

El mismo método que usaba para explicar su modo de oración, le parecía sospechoso. En vez de ir explicando y comentando el texto de los Ejercicios punto por punto, como hacía en las reglas, que había ido declarando una a una, hacía «texto de su modo» y reducía a «tratar lo de San Ignacio como una glosilla marginal».

---

(66) Es la relación tantas veces citada de 2 de abril de 1574 en *Hisp. 120*, 307r-313v. ASTRÁIN, copia varios párrafos y resume otros en su *Historia de la Asistencia*, v. 3, 183-185.

Esto, hablando en puridad, era traer a San Ignacio a su modo, lo contrario, precisamente, de lo que se debía hacer: traer su modo al de San Ignacio (67).

Por consejo de Ramiro, Cordeses consultó con el P. Estrada, que vivía medio retirado en la misma Casa de Toledo, donde se desarrollaron estas disputas y que, por haber sido discípulo de San Ignacio, gozaba de una autoridad especial. Estrada respondió: «Que no debía de enseñar este método sino a alguno que lo pidiese..... que estando la gente llena de inmortificación, no era a propósito tratar de esto y que cuando Nuestro Padre le dió los Ejercicios, no le trató de estos modos y que él confesaba que aún no llegaba a esta alteza» (68).

Lo que fué más grave aún para Cordeses: también se puso de parte del P. Ramiro el P. Mercuriano. El 1 de mayo de 1574, un mes después de la famosa conversación tenida entre los dos contrincantes, redactó el P. General la primera disposición:

«No me parece según que yo le dixe, que V. R. trate *nec publice nec privatim* de otra manera de *enseñar* la oración, sino de aquellas que son en los Ejercicios espirituales del P. Ignacio de santa memoria, no añadiendo ni minuendo dellas....., y créame V. R. que sentirá consolación de que se proceda desta manera, atento que si se ha de dar alguna instrucción en esto, conviene que se tome de acá..... Pero V. R. deje del todo esta instrucción a los Superiores inmediatos» (69).

Seis días después vuelve a escribirle:

«Los días pasados escrebí a V. R. acerca de lo que me demandaba si haría pláticas públicas de la oración y modo de proceder della, que me parecía dexase este cuidado a los inmediatos, como son los Prefectos de las cosas espirituales o rectores, los cuales han de instruir a los demás por sus reglas, de los Ejercicios y modo de proceder dellos y que no se embarazase en público ni en particular en esto.

Lo que ahora se me ofrece añadir a lo dicho es que V. R. en breve summa me envíe el modo que ha tenido de instruir en la oración en la particular visita que me escribe ha hecho de los nuestros, porque así se podrá proceder con más claridad y aunque está acá el libro al que V. R. me remite, será este medio más fácil y entre tanto deje V. R. este cuidado de insistir en la oración a los inmediatos, como tengo escrito» (70).

De qué manera más distinta se explanaba el P. Mercuriano con el P. Ramiro:

«Así como no hay cosa que yo más desee en el cargo que tengo, que ver andar las cosas según la primera traza de N. P. Ignacio, de santa memoria, y con aquella simplicidad y uniformidad que a nuestro Instituto conviene, así V. R. y los que tienen semejantes dones de Su Divina Majestad me dan muy particular consuelo con ver el espíritu en el cual caminan para enderezar a este fin las executiones.....» (71).

---

(67) *Hisp. 120*, 312r-313v.
(68) *Hisp. 120*, 312v.
(69) *Tol.* 12v-13r. Las primeras líneas en ASTRÁIN, 3, 185.
(70) *Tol. 1*, 14r.
(71) 28 de junio de 1574. *Tol. 1*, 17r.

En agosto, respondió el P. Cordeses explicando la razón de su proceder y la incompatibilidad que él creía ver entre ser Provincial y no dirigir en la oración. Más arriba hemos copiado la carta íntegra.

El P. Ramiro, mientras tanto, volvió a escribir a Roma con fecha 8 de mayo y 16 de junio insistiendo en los mismos puntos de vista. Aducía nuevos ejemplos de lo singular del método del Padre Provincial y nuevos casos de lo peligroso que podía resultar dejarse guiar por tal sistema (72).

Sin duda, movido por estas nuevas cartas, volvió a escribir el P. Mercuriano al Padre Provincial el 1 de agosto de 1574:

«Ya escrebí a V. R. que dexase el cuidado a los Superiores inmediatos de enseñar a los suyos el modo de la oración conforme a nuestro Instituto, y deseo entender la execución de esto más que otra cosa por justos respetos, y en esto no puedo dubdar que V. R. sea por faltar».

Y un mes más tarde: «Aguardaremos lo que promete escrebir acerca del modo de la oración» (73).

Después de redactadas estas disposiciones se recibió en Roma otra carta del P. Ramiro, fechada el 8 de agosto de 1574. Se explica que se sintiera lleno de «particularísima consolación viendo el deseo que Dios Nuestro Señor da a V. P. de reducir la Compañía a su primera forma en todo», es decir, al modo de ser tal cual lo entendía Ramiro y en contra de lo que entendía Cordeses.

Aquí nos interesa, principalmente, el final de la carta, en que, de un modo muy velado, indica su convicción, de que no bastan recomendaciones ni siquiera órdenes, si se las enunciaba de un modo general, como se estaba haciendo, de seguir el modo de oración de la Compañía. Era necesario mandar de modo preciso y perentorio al P. Cordeses que cambiara el modo concreto que seguía.

«Si él tiene obediencia de *mudar* estilo, no dudo sino que lo hará como se lo ordenará, mas si no entra obediencia de por medio, tengo por cierto que proseguirá en lo comenzado, pero con más cautela. Porque si no bastaron las cosas pasadas [es decir, las órdenes dadas hasta ahora] en esta parte para persuadirle lo contrario, ninguna otra cosa creo que bastará con él sino obediencia» (74).

Tenía razón el P. Ramiro. Mientras se ordenara sólo extirpar los modos de oración ajenos a los Ejercicios, no se resolvía la cuestión. Cordeses siempre había creído que su método era la síntesis y suma más pura del espíritu de los Ejercicios. Lo trata de probar en la carta que copiamos íntegra más arriba escrita en este mes de agosto de 1574. «Lo que yo he enseñado no es cosa nueva».

Se le había prohibido tan sólo «el enseñar» y él procuraba dejar de hacerlo, en cuanto lo creía compatible con su cargo de Provincial.

---

(72) *Hisp. 121*, 84r e *Hisp. 121*, 16v-165r.
(73) *Tol. 1*, 18r y 22r.
(74) *Hisp. 122*, 23r.

Pero esto no porque consideraba su oración ajena a los Ejercicios, sino porque el Padre General le había mandado que «no enseñase modo de oración». Pero, a los que venían a consultarle, seguía recomendando su método. Era siempre andar cortando ramas sueltas, dejando vivo el árbol lleno de vigor.

Solamente teniendo en cuenta este criterio personal del P. Cordeses, se explica esta serie de anomalías. En sus pláticas, seguía recomendando «la oración que deben tener los de la Compañía, declarando el modo de los Ejercicios, insistiendo en que se aprovechen y saquen el fruto de la oración para hacer los ministerios de la Compañía» y en privado seguía recomendando su modo peculiar de tendencia más bien recoleta (75).

9.—Explicación del P. Mercuriano del modo de orar jesuítico.

Por fin, a fines de 1574, quiso Mercuriano zanjar la cuestión de modo definitivo explicando qué se entendía por oración conforme al modo de los Ejercicios. Era el camino acertado. Bajar al campo de la realidad y especificar con todo detalle los límites. Aquí residió, precisamente, el gran avance dentro de la línea de la teoría de la espiritualidad. Se dió un paso más en la clarificación de los conceptos y en la delimitación de los campos. Hubo que hacer, después, algunas rectificaciones. No tuvo Mercuriano la suficiente altura para elevarse sobre la contienda y no dejarse arrastrar por una de las partes, no viendo los aspectos buenos que había en la otra, que perfeccionaban y completaban algunos lunares de la elegida. Pero se realizó la clarificación. Se precisaron conceptos que, en las normas anteriores, no se habían considerado bastante. Luego, apaciguados los ánimos, se pudo ver con mayor serenidad y realizar las oportunas modificaciones.

Mercuriano cristalizó su pensamiento y dió las normas precisas en la famosa carta-instrucción de 25 de noviembre de 1574, publicada ya por Astráin y explicada cuidadosamente por Dudon (76).

En ella va explicando cuáles son los «términos» de la oración que enseña el P. Cordeses que no convienen «a nuestro Instituto». En general son todos aquellos que llevan a una contemplación incompatible con la actividad de la Compañía.

No es más que una aplicación del principio nadaliano, que la oración es medio, no fin. Pero ya hemos indicado que Mercuriano coarta un poco el campo de la contemplación. Hay contemplación, reposo y gustos que no

(75) Así, por ejemplo, en carta del P. Manuel López desde Plasencia, el 3 de agosto de 1574 (cfr. ASTRÁIN, 3, 185), o en carta del P. Juan Legaz desde Oropesa, el 7 de agosto de 1574, en *Hisp. 122*, 19r.

(76) ASTRÁIN, 3, 186-188. DUDON: *Les idées du P. A. Cordeses*, 110.

sólo son compatibles con la vida activa, sino que la impregnan de una eficiencia espiritual muy grande. De todos modos, Cordeses insistía demasiado por el lado contrario.

Todavía otro segundo aspecto negativo de la oración de Cordeses inculca el Padre General en su Instrucción. Su modo es incompatible no sólo porque lleva a una vida de exagerado retraimiento para un jesuíta, sino porque no da fuerzas «para conseguir las virtudes» necesarias para ejercitar los ministerios.

En consecuencia, la conclusión precisa: «esta manera de oración que escribe, no es según el Instituto de la Compañía, y como buen religioso, fielmente procurará que los Nuestros no *tomen otra manera* de la que arriba he dicho ser conforme con nuestro Instituto».

Obsérvese la diferencia de esta prescripción con las anteriores. Antes se le mandaba que no enseñase; ahora que procurase que no la tomaran. Quedaba así prohibida la propaganda por medio de coloquios privados. Además, antes se le decía negativamente que no enseñara su modo de oración; ahora, positivamente, que sólo debían abrazar el método descrito en sus elementos esenciales en esta Instrucción.

Con todo, no se le prohibe—aunque tampoco se le concede explícitamente—que pueda seguir usando privadamente en su trato con Dios su modo de oración.

Podía cantar victoria el P. Ramiro y los demás que comulgaban con su manera de pensar, como Villalba y Matías Borrasa. El 14 de febrero, lleno de santo entusiasmo, manifiesta al Padre General el Padre Ramiro la «grandísima consolación» que recibió «entendiendo el orden dado en materia de oración y viendo el ánimo que Dios da a V. P. siempre para que todas las cosas de la Compañía se reduzcan a su primitivo estado».

Con todo, no las tiene todas consigo, e insiste todavía con el Padre General para que vigile la ejecución:

«Haga Dios—continúa—que V. P. tenga tales ministros y ejecutores por la provincia que ejecuten puramente sus órdenes, sin mezclar alguna cosa de propio espíritu y propios conceptos, como suele acaecer tantas veces» (77).

Continuaba de Provincial el P. Cordeses, que era el que tenía que poner en ejecución la consigna del Padre General. Y esto no satisfacía al P. Ramiro. Sin duda, que lo que en el fondo estaba juzgando Ramiro como remedio radical, era el destituir al P. Cordeses de su cargo. De hecho, después de narrar cómo la Inquisición había apresado a unos discípulos del Beato Ávila, para hacer ver el peligro que corría la Compañía si se dejaba llevar por caminos de índole afectiva y mística, y de insistir en que en tales tiempos todo recato es poco y que si «los Provinciales de aquí» no muestran y recomiendan mayor cautela, se

(77) *Hisp. 123*, 145r.

puede temer cualquier cosa, vuelve a cargar la mano directamente contra el P. Cordeses:

«El Padre Provincial ha estado más de diez meses en Murcia, que es el Colegio más distante de esta provincia y de peores comunicaciones con los demás..... Ha dado mucho que hablar en estas partes, porque un Padre muy viejo, y que también lleva una vida muy retirada [creemos que el P. Estrada], ha dicho que bien parece que [el Padre Provincial] está inclinado al espíritu de los cartujos, habiendo tomado por descanso el eremitorio de Murcia, después de acabada la visita de la provincia para descansar y encomendarse a Dios.

Mientras tanto, ha habido en estas Casas diversos asuntos que exigían su presencia.....» (78).

El P. Cordeses se excusaba diciendo que estaba algo indispuesto. Y se retiró a un lugar apartado de Murcia. Sospechamos que la indisposición fué más de alma que de cuerpo. Veía su obra espiritual deshecha de un plumazo. Sus orientaciones condenadas. Sin duda, le dominaba una especie de instintivo sentimiento de pudorosa vergüenza de presentarse ante sus súbditos, que se imaginaba le tenían que considerar como caído en desgracia. ¿Cómo iba ahora a dirigirles en el espíritu, si oficialmente habían sido declaradas sus ideas y normas como contrarias al Instituto? ¿Qué confianza podía tener nadie en él? ¿No tendrían más bien miedo de quedar contagiados con su contacto?

El peso de la ordenación romana, deformada y agrandada por su imaginación que podía vagar libre en aquellos peligrosos meses de vida eremítica en las soledades murcianas, tenía que repercutir sobre todo su ser y paralizar casi necesariamente su acción. Una ola de disgustos y desilusión había inundado su alma. Su amargura le dominaba y consumía internamente. La respuesta al Padre General, es bien lacónica: «En lo de la oración yo confío en nuestro Señor que cumpliré la voluntad de V. P. en no enseñar» (79).

Estas palabras son las últimas que conservamos de esta contienda. Cordeses continuó de Provincial todavía cuatro años, hasta 1579, en que le nombró el Padre General Prepósito de la Casa profesa de Sevilla.

La correspondencia entre el Padre General y el Padre Provincial es muy abundante, pero en ella no se hace la menor alusión a la oración. La cuestión estaba zanjada definitivamente. Cordeses, sin duda, con obediencia heroica, se atuvo a la consigna de Roma. Ramiro no tuvo materia para continuar quejándose. Una prueba de la obediencia de Cordeses nos suministra una carta algo posterior, de 24 de junio de 1575. Habla en ella al P. Mercuriano de algunas deficiencias y aun de cierta flojedad espiritual que cree notar en la provincia. Especifica los medios que ha empleado:

---

(78) Toledo, 14 de febrero de 1575. *Hisp. 123*, 145v.
(79) Toledo, 10 de febrero de 1575. *Hisp. 123*, 134r.

«Contra esto he puesto toda la exacción *posible a mí*, en la observancia de las reglas....., he hecho pláticas y exhortaciones generales y particulares y exhortando a los Superiores a que vayan dando algunos refrescos de días de Ejercicios a los que los pidieren y que aun conviden a otros» (80).

Se ve. Nada de instruir en la oración. Sólo usaba los medios a él «posibles»: exhortar al cumplimiento de las reglas, a la renovación del espíritu. Esto era por fuera; que, sin duda, allá en su interior, Cordeses continuaría desahogándose en coloquios amorosos y empapando su alma en las inefables dulzuras con que su Padre Celestial le regalaba. Dios le comprendía mejor que los hombres. De su trato íntimo y jugoso con Él, sacó las fuerzas necesarias para sobrellevar las amarguras y para obedecer ciegamente.

El fuego de la contienda iluminó con resplandores nuevos las entrañas mismas de los Ejercicios. A su luz, se contempló cómo existía un fondo de proporciones inmensas. El «modo de orar de los Ejercicios» no se reducía a unos esquemas cerrados, sino que abrazaba unas dimensiones cuyas proporciones aumentaban, a medida que se adentraba uno en ellas.

De esta manera los Ejercicios comenzaron a estudiarse de un modo reflejo, no sólo como documentos para una práctica determinada, sino también como manual de vida espiritual, como fuente de una doctrina y de una teoría concreta y definida de ascética.

Son los primeros balbuceos de la espiritualidad ignaciana que se trasformaron bien pronto en una esplendorosa literatura espiritual, que comenzó a florecer a fin de siglo.

10.—Avance a través de nuevas dificultades de Padres eminentes.

Mercuriano había dado un gran paso plasmando un cauce sólido y firme a la corriente de tendencias que borbotaban con más o menos fuerza. Pero el cauce que había formado era demasiado estrecho. Todo lo represado en él era ignaciano, pero no todo lo ignaciano estaba allí.

El innegable avance que suponía, era fruto de los sondeos efectuados. Las deficiencias venían del mismo ardor y violencia connatural a la lucha. El remolino levantado no dejaba contemplar el fondo con toda la diafanidad necesaria. Sólo serenada la atmósfera, se posarán las aguas de las diversas tendencias, y se podrá intentar el trabajo complementario de análisis del fondo mismo de la espiritualidad. Es lo que se fué realizando en los tres lustros siguientes.

El hecho de que no se hubiera dado todavía la síntesis perfecta, entorpeció algo la marcha. Había momentos, sobre todo cuando se

(80) *Hisp. 124*, 166v.

trataba de personas de santidad más excelsa, en que se notaba más la opresión de los límites demasiado estrechos de las normas.

Este es el significado de las dificultades—no se pueden llamar contiendas—que sobrevinieron a algunos Padres eminentes en santidad. Los tres principales fueron *Baltasar Álvarez, Diego Álvarez de Paz* y *Alonso Sánchez.* No era puro en todos ellos. Sobre todo, en los dos últimos se notaban todavía resabios de cierta tendencia eremítica.

Los casos, en su aspecto individual, han sido ya bastante bien estudiados. Podemos, por ello, pasar directamente a su significado dentro de la marcha ascensional de la clarificación de la espiritualidad jesuítica. Se reduce a lo siguiente: El hecho de que varones, modelos de toda virtud, estimados por todos por verdaderamente hombres espirituales—los informes que dan del P. Álvarez, aun los que no estaban conforme con su modo de oración, son verdaderos panegíricos—, una y otra vez, volvieran a reincidir en los modos de oración desaprobados, hizo ver a los Superiores que no se había zanjado el problema con aquellas disposiciones, sino que sólo se había cortado de modo violento algo que, firmemente arraigado en la misma naturaleza, volvía a su ser antiguo, apenas iba aflojándose con el tiempo la presión del molde impuesto. Algo tenía que haber que no engranaba perfectamente.

Tales casos, repetidos en diversas naciones, España, Perú, México, Norte de Italia, Bélgica y aun—como escribe Sacchini— en la misma Curia generalicia, en la que había dos Asistentes, *García de Alarcón* y *Lorenzo Maggio,* que patrocinaban una vida de mayor recogimiento y penitencia (y podía haber añadido en la misma Curia el nombre del P. Diego Mirón), tuvieron necesariamente que atraer la atención sobre el mismo problema y obligar a volver a revisar la armazón del cauce formado por Mercuriano, para ver dónde estaba el defecto (81).

No es que se tuviera que deshacerlo ni mucho menos. Tan sólo hubo necesidad de ampliarlo, o mejor dicho, de dar a los elementos que lo integraban mayor elasticidad y flexibilidad.

Seguía el principio de Nadal, como puntal de la teoría. Pero, se había visto, que se había interpretado su pensamiento de un modo demasiado rígido, como si la vocación de la vida en la Compañía fuera un bloque macizo, y no hubiera dentro de él formas, casi vocaciones, muy variadas. Si cada jesuíta, como afirma Nadal, podía encontrar dentro del molde de su orden todos los medios necesarios para llegar a la perfección, eso no quería decir que todos fueran de una hechura idéntica. No llevaban la misma vida externa un maestro de novicios y un misionero de infieles, ni un confesor que un procurador. No se iba a decir que un maestro de novicios era menos jesuíta, porque llevaba una vida más retirada, que un comprador. Cabían, pues, dentro de la vo-

---

(81) Puede verse el texto de Sacchini junto con algunas circunstancias que lo ilustran en el artículo del P. H. BERNARD: *Le P. Alonso Sanchez et la letire du P. Aquaviva sur l'oraison. RAM,* 17 (1936), 81-82.

cación, modalidades muy diversas de género de vida. Podía, muy bien, Dios Nuestro Señor, llevar en la oración por sendas distintas dentro del mismo camino del ignacianismo, y podía exigir de algunos una vida más retirada y aun una penitencia que podía perjudicar a algunos ministerios en concreto. Esos dones no eran más que una señal de que Dios no le quería en una parcela determinada, dentro del apostolado jesuítico de una extensión amplísima. Lo mismo que hacía el Señor al no conceder a alguno suficiente salud o voz, o talento, que le hacían incapaz para alguno de los oficios que había dentro de la Compañía. No era, pues, contemplación larga, siempre sinónimo de espíritu eremítico, ni arrobamiento señal de avilismo.

Tenía que quedar el fundamento de Mercuriano. Allí se daba el substrato de lo que era conveniente enseñar en la mayoría de los casos, pero no había que cerrar la puerta al Espíritu Santo. No había solamente que decir, como Mercuriano, que «semejante doctrina expone a los hombres a varias ilusiones y yerros peligrosos..... y basta en esto el modo que nos enseñó el P. Ignacio en el dicho libro, el cual es harto llano, sin de una o dos palabras que se hallaren en los Ejercicios tomar ocasión para insinuar otra manera de oración, la cual no sea conforme a nuestro Instituto» (82).

Esta última frase había que suprimirla. No basta para todos los casos, lo que está a flor de tierra de los Ejercicios. Era necesario profundizar en lo que latía dentro de esa «una o dos palabras» para dar con la vena que pudiera saciar las ansias de algunos jesuítas, no menos jesuítas, por eso, que los demás.

Los nuevos casos, sobre todo el del P. Baltasar Álvarez, sirvieron magníficamente para conseguir esta preciosa clarificación y para quitar el sambenito del antignacianismo a esos otros modos de oración de las almas privilegiadas.

En un P. Andrés de Oviedo, Bautista Sánchez y aun Antonio Cordeses, había aleaciones eremíticas demasiado fuertes para que pudiera brillar el fondo auténticamente ignaciano que existía cubierto de tanta mezcla extraña.

En la espiritualidad del P. Baltasar Álvarez y Diego Álvarez de Paz—no tanto en la del P. Bautista Sánchez, aunque sus injertos anacoretas no le impidieron ser un experto diplomático y moverse con plena libertad de movimientos en la corte de Madrid—, brillaba la diáfana pureza de su auténtica mística por encima de las pequeñas nubecillas de dejos de retraimiento.

El P. Baltasar, en fórmula feliz, indicó ya lo que faltaba a la aleación de Mercuriano para que fuera integralmente ignaciana:

«Verdad que este camino no es para todos, sino la constitución del S. P. Ignacio, pero sí es para todos los que Dios se lo comunicare, o des-

(82) Texto copiado en ASTRÁIN, 3, 187.

pués de largo uso de oración y discurso, pareciere al Señor, juez de esta causa, que tiene Nuestro Señor hecha la cama a tal modo» (83).

Es decir. La espiritualidad ignaciana abrazaba como cosa propia, no exclusivamente propia, naturalmente, la contemplación adquirida y la infusa.

El mismo P. Baltasar Álvarez, al soltar las dificultades que se podían poner a este método de oración desde el punto de vista de los Ejercicios y de la vida de la Compañía, hace ver cómo y por qué es ignaciano ese modo de orar en las circunstancias concretas y determinadas en que él lo indica:

«*Et sit prima difficultas*, que paresce que este modo aparta de la primera institución de nuestro Padre Ignacio. *Respondeo* que no hace, que antes es por ella y la favoresce, porque cuando Dios no previene *specialiter* al principio, diré que se ha de comenzar por ella al modo aplicado, y que este modo sale desta misma institución, como queda dicho; que de aquella vino el autor por especial gracia a este modo, *erat enim et ipse patiens divina*, así que, como queda explicado, la común institución se ha de guardar *communiter*, según que está explicado, y en qué grados y con qué personas. Pero si Dios al principio pone a uno en otro modo de orar por su bondad, *ha de ir* por allí *iuxta additiones primi exercitii*. Ni más ni menos ha de ser ayudado en ello el que después de algunos años de meditaciones y discursos paresciere ha trabajado lo suficiente, y está dispuesto para descansar ya en este modo y tiene ya hecha la casa a Dios Nuestro Señor».

A continuación suelta la segunda clásica dificultad que tal modo retraía de los ministerios, probando cómo Dios puede llamar a algunas almas a un recogimiento más particular, y la prueba es que no le pone otros deberes de obediencia o de caridad que obliguen a abandonar la contemplación (84).

En las respuestas a las siguientes dificultades, va indicando los límites y señalando los criterios que han de iluminar al alma y hacerle ver que no se ilusiona al creer que ese modo de oración es el que Dios quiere de ella.

El control más decisivo es el de la obediencia. Véase como ejemplo lo que responde a la dificultad octava:

«Si los Superiores les quitasen de hecho este modo, y ellos no se rindiesen, serían culpables; lo cual si no es por precepto [prueba?], no lo pueden los Superiores hacer con seguridad de conciencia....., pero mientras ellos no se lo quitasen, no serán culpables en usar dello, pues es conforme a las adiciones de los Ejercicios de nuestro Padre Ignacio, que así [ahí?] se detengan donde mejor se hallaren delante del Señor presentados» (85).

Los alumbrados hacían todo esto «con soberbia, sin ser llamados de Dios, ni ejercitados, y sin preparación debida y así tentaban a Dios.....

---

(83) La Puente: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 13, pp. 143-144.

(84) *Ibidem*, pp. 621-623. Sigue todavía resolviendo otras dificultades. Interpretamos la respuesta como si faltara un *no* en el documento impreso. Agradecemos al P. Alfonso M.ª Echánove sus múltiples diligencias por dar con el original.

(85) *Ibidem*, apéndice, p. 624.

y no sacaban fruto ninguno para el ejemplo de virtudes». El alma, en cambio, llamada por Dios de veras, si no está purificada y preparada suficientemente, no puede sufrir la presencia de Dios, que no puede estar «con quietud segura y sin reprehención ante Dios, que es contrario a su espíritu, ni se atreve ir allá sin esto» (86). De estas normas, deducidas de las reglas de discreción de espíritus, prueba el P. Álvarez cómo este método es de una base firme y segura, cómo no sólo no se ha de temer nada en él, sino que hay que considerarlo como un exquisito don de Dios.

Es verdad que pueden incurrir en defectos los que lo usan. Pero no hay que achacar semejantes deficiencias a la maldad del método, sino al modo no recto de emplearlo.

El no haber tenido en cuenta Mercuriano esta distinción, había sido la razón principal de la demasiada rigidez dada al bloque. Véase cómo responde el P. Álvarez en la objeción nona, en que se decía que «la vida de algunos, que usan de este modo, desdice de él—el gran argumento de Ramiro—unos siendo inmortificados, y otros rebeldes al gobierno de la obediencia, otros entregándose tanto a él, que andan como estatuas..... contentándose con andar como en bodas, y que así se quedan con el nombre de espirituales, sin la suficiencia de la vida espiritual».

«*Respondeo, quod, ut dictum est,* eso no va en el modo, porque él, como se explicó, antes causa lo contrario..... los que se contentan con andar sólo recogidos, sin ejercicios de más virtud, deben ser advertidos que éste es engaño y grande yerro.»

Y al responder a la objeción séptima, había dicho:

«Cualquier defecto que se ve en los que usan este modo, no va en el mismo modo, sino en la flaqueza e indisposición del subjecto, el cual se ha de corregir y enmendar, pero no por eso es malo el modo, y aquello mismo también acontece a los que usan el discurso y a veces mayor....., no porque uno u otro usasen mal de cualquiera de estos medios, él es malo, ni se debe dejar» (87).

Norma de oro, de diafanidad transparente.

11.—La carta del P. Aquaviva de 1590.

Álvarez y los demás espirituales con esta serie de escritos, iban mostrando el fondo recto que en sus tendencias había, y que faltaba en la síntesis del P. Mercuriano. Álvarez daba ya la doctrina y aun la

(86) *Ibidem*, 620.
(87) *Ibidem*, 624-625.

práctica casi hecha. Aquaviva no tenía más que recogerla, cribarla un poco, muy poco, y echarla en el acervo común de las experiencias recogidas, para, finalmente, con aquella masa, formar el crisol definitivo. Es lo que afortunadamente hizo el Padre General con mano maestra en la carta sobre la oración y la penitencia que dirigió a toda la Compañía el 8 de mayo de 1590 y que significa, bajo nuestro punto de vista, la cristalización perfecta de la teoría de la espiritualidad y aun del modo de aplicarla, en cuanto puede tocar estos aspectos prácticos un documento semejante.

La carta es muy conocida y ha sido varias veces analizada y estudiada. Nos basta aquí recoger su substancia (88). Queda allá definitivamente precisado cuál ha de ser la materia y el modo de la oración, el sentido en que se ha de entender que la oración de la Compañía es oración práctica, la diferencia entre la oración del contemplativo y la del dedicado al apostolado. Es decir, las cuestiones que habían estado en el centro de las contiendas pasadas.

La instrucción recoge y repite los principios ya firmemente establecidos por Mercuriano. A nosotros nos interesan tan sólo los puntos en que le completa y perfecciona.

Ante todo el principio que señala el modo y la materia de la meditación: No se ha de designar «esta u otra manera de meditar a hombres que han practicado tantas veces los Ejercicios espirituales y por largo uso han adquirido facilidad de unirse a Dios en la oración. El Espíritu de Dios..... no se debe limitar a determinados confines».

Sigue copiando casi a la letra, lo que hemos oído en el P. Álvarez: que se pueden dar abusos, pero éstos radican no en el modo mismo, sino en el uso malo que se hace de él, para concluir que «no debemos despreciar la contemplación o prohibirla a los Nuestros». Con este principio se infundía al bloque de Mercuriano una ductibilidad y flexibilidad que repercutían en todo su contenido.

Precisa, luego, la relación entre gusto y contemplación, volviendo a las ideas del P. Nadal, que habían quedado algo empañadas con las nieblas de la larga contienda, y distinguiendo cinco diferencias entre la oración de un contemplativo y la del dedicado a la vida activa. Con esto se introduce ya en la sistematización de la misma práctica y de la aplicación de la oración.

En la conclusión, hermana los aspectos fecundos de las dos tendencias. Es necesario el conocimiento de sí, el ejercicio de las virtudes, el alimento del entendimiento como base; pero también es necesario, para todo apóstol, el ejercicio de la presencia de Dios, el «tener también nosotros el continuo retiro interno», «que consiste en el estar fuera del estrépito y del amor a las cosas mundanas y de las propias pasiones,

---

(88) Editada en la *Epistulae Praeposit. General.*, 1, 248-169. Sobre la fecha de la carta, punto capital para enfocar su génesis, cfr. A. COEMANS: *Duo emendanda in collectione «Epistularum Praepositorum Generalium»*. AHSI., 4 (1935), 125-126.

y aun el retiro exterior a sus tiempos y en sus sitios debidos» (89). Quedaban esclarecidos los límites de la oración ignaciana y disipado todo equívoco sobre las pretendidas incompatibilidades entre contemplación perfecta y oración jesuítica.

La teoría, ya completa y redondeada, se repitió en el Directorio de los Ejercicios enviado pocos meses después a las diversas Casas de la Compañía. En él se presenta la naturaleza de la oración de la Compañía como algo firmemente definido. Se habla, sin miedo ninguno, de la tercera vía de unión y de contemplación unitiva—después, naturalmente, de haber insistido en las vías purgativa e iluminativa—como algo que encuadra perfectamente dentro de la contextura espiritual del jesuíta.

Aquí tenemos uno de los frutos principales de los Ejercicios en este período: *se llegó a su última esencia* y se dió con el sentido de expresiones que antes habían pasado desapercibidas, como ésta: «Los perfectos, por la asidua contemplación e iluminación del entendimiento, consideran, meditan y contemplan más ser Dios Nuestro Señor en cada criatura, según su propia esencia, presencia y potencia» (90).

Después de medio siglo de sondeos, se podía considerar el fondo ignaciano suficientemente explorado. Ya se podían escribir, sin recelo, frases como esta que aparece en el Directorio: que la contemplación «no depende tanto de nuestra elección, voluntad y conato, cuanto de la dirección del Espíritu Santo, que suele disponer estas ascensiones de modo que el alma vaya creciendo de virtud en virtud» (91).

El avance realizado, se observa ya en un documento de fin de siglo, que servía como base a la dirección espiritual de los jóvenes del Colegio romano, en el que se matizan, con toda precisión, los rasgos de la vía unitiva que convienen al jesuíta y los que son ajenos a su vocación.

En él se distinguen, con toda claridad, los dos géneros de vida unitiva, confundidos hasta entonces muchas veces. Uno de ellos se oponía netamente al jesuíta, pues exigía la renuncia de ocupaciones aun santas para vacar a la contemplación. Sólo se podía desarrollar en la soledad.

El otro tipo de vida, en cambio, podía ayudar, cuando el Señor lo concedía, a que el jesuíta se hiciera instrumento más apto para el apostolado. Este género de vida unitiva no exigía soledad alguna, ni ensimismamiento. Suponía una purificación interna perfecta, una pureza tal, que Dios se reflejara en su vida con tersa diafanidad (92).

Es ya la cristalización definitiva del proceso. La carta del P. Aquaviva había eliminado los parásitos de recelos, cortapisas y luchas que hasta entonces sofocaban el desarrollo. Por ello fué posible que, en los

---

(89) *Epistulae Praepositorum Generalium*, 1, 251-258.
(90) *Ejercicios*, n. 39. Examen general. De la palabra, segunda razón.
(91) *Exerc.*, p. 1.077.
(92) Transcrita esta parte del documento en *Para la historia de la oración en el Colegio romano*, 113-115.

lustros siguientes, se escribieran libros que años antes hubieran sido reprobados, como el del P. Diego Álvarez de Paz con la explanación teológica de la contemplación infusa, y del P. Cordeses, sobre la oración afectiva, en los que hay citas de la *theologia mystica* de Herp y de Hugo de Barma, y aun la *Vida* del P. Baltasar Álvarez, en que el P. La Puente hacía la apología del método de oración y sistema de vida espiritual de su santo maestro.

La floración de la literatura espiritual fué desde este momento fecunda y rápida. Recuérdense los nombres de Francisco Arias, Tomás Masucci, Vicente Bruno, Ignacio Balsamo, Nicolás Berzetti, Alfonso Rodríguez, Esteban Tucci, Antonio Valentino, Alonso de la Cámara, Luis de la Puente, Bartolomé Ricci, Juan Buseo (Buys), Julio Fazio, Pedro Sánchez, Lucas Pinelli, Carlos Scribani, Guillermo Becano, Bernardino Rossignoli, Antonio Torres, Pedro Antonio Spinelli, Aquiles Gagliardi, Diego Monteyro, Pedro Morales.

El estudio de estas obras pertenece directamente a la historia de la espiritualidad. Y nosotros aquí trazamos sólo las líneas maestras del fundamento firme y seguro de esa espiritualidad jesuítica y, a la vez, fruto suyo esplendoroso: los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola.

APÉNDICE

EJERCITANTES MÁS SEÑALADOS DEL SIGLO XVI

Hemos juzgado conveniente, para no vernos precisados a omitir algunos nombres de sumo relieve y para que esta lista resulte en sí misma completa, el volver a indicar los personajes más importantes que practicaron los Ejercicios en tiempo de San Ignacio, cuyos nombres ya dimos en el primer volumen.

Van precedidos de un asterisco, y de ellos damos sólo la cita escueta, remitiendo para lo demás al primer volumen que lo citamos con solo la letra I seguida de la página correspondiente.

Indicamos en cada número: el nombre del ejercitante, la ciudad en que hizo Ejercicios, la fecha, y, cuando lo sabemos, el nombre del director.

1 ACOSTA, ANTONIO.—Valladolid.—1569.
Fué padre de los cinco jesuítas Acosta. Durante los Ejercicios le acompañó su hijo Bernardino. MHSI. *S. F. Borgia*, 5, 200-203.

2 AFFLITTO, ANIBAL.—Reggio Calabria.—P. Madrenza.
Arzobispo de Reggio Calabria (1593-1638). Solía retirarse dos veces al año a una quinta apartada a hacer los Ejercicios. Le acompañaban su director, el P. Miguel Madrenza y dos sacerdotes. ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 9, n. 250.

3 ÁGUILA, JUAN DE.—Soria.—1565.—P. Méndez.
Gentilhombre.—GUZMÁN: *Historia*, 397v.

4 AKASKI-KAMA, JUAN.—Nangasaki.
Noble de la corte del señor de Chiruren. Había perdido la fe. Se convirtió en Ejercicios. Estuvo después un mes con los jesuítas ejercitándose en obras de misericordia y piedad. Carta del P. Francisco Pasio a Aquaviva, 30 septiembre 1601. *Brit. Mus. Add. Mss.*, 9.859, ff. 149-192v.

*5 ALMEIDA, ESTEBAN, Obispo.—Murcia.—1549.—P. Oviedo.
I, n. 800, pág. 284.

6 ANDRÉS.—Hakata.—1559.
Noble japonés. Hizo durante un mes entero.—SCHÜTTE, página 378.

7 AQUAVIVA, HORACIO.—1592.
Era monje cisterciense. Hizo Ejercicios con ocasión de un Obispado que le habían ofrecido y que no debió de admitir. *Arch. Rom. S. I. Neap.*, 4, 390r.

8 ARAGÓN, ANA.—Villagarcía.—P. Baltasar Álvarez.
Era duquesa de Frías.—LA PUENTE: *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. 37. ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 12, n. 109.

*9 ARAGÓN, PEDRO.—Alcalá.—1550.
Monje jerónimo, I, n. 53, pág. 269.

*10 ARBOLEDA.—Valencia.—1548.
Era canónigo. I, n. 1.202, pág. 293.

*11 AROYTA, BARTOLOMÉ.—Mesina.—1549.—M. Nadal.
Obispo de Patti y después de Tarragona. I, n. 737, pág. 283.

*12 AVELINO, SAN ANDRÉS.—Nápoles.—1548.—D. Laínez.
I, n. 805a, pág. 284.

13. ÁVILA, BEATO JUAN DE.
El P. Rosignoli, cap. 8, n. 64, afirma que no sólo hizo Ejercicios, sino que indujo a practicarlos a sus mejores discípulos. Con todo no trae ninguna prueba. De lo referente a sus discípulos sobran testimonios. Más aún: muchos de ellos entraron jesuítas. De que él los hubiese practicado personalmente, aunque no hemos encontrado más testimonio que el tardío de Rosignoli, parece no puede dudarse, dadas las relaciones tan íntimas que mediaron entre el Beato y los jesuítas. No pocas veces vivía en las residencias de los jesuítas, como si fuera uno de la comunidad. En estas ocasiones se le ofrecía oportunidad magnífica para hacerlos, y sin duda, que no las desperdiciaría. Lo probable es que los practicase repetidas veces. Su espiritualidad está impregnada de los Ejercicios. En sus escritos no faltan citas que parecen resabios del libro ignaciano como: «Tratar particularmente de virtud, es venir al fin para que fué criado, que es para conocer y amar y reverenciar a Dios y por estos medios salvar su ánima». En el sermón primero sobre las tentaciones de Cristo en el desierto (editado en *Colección de sermones*, por el P. Ric. G.-Villoslada, en *Miscelánea Comillas*, VII (1947), 39-49), abundan expresiones que se pueden considerar como eco y aun comentario de la meditación de las dos banderas y de las reglas de discreción de espíritus.

*14. AYALA.—Plasencia.—1555.
Es el Dr. Ayala, discípulo del Beato Ávila. I, n. 1.014, página 289.

15. BÁRBARO, FRANCISCO.—Venecia.—1588.—Possevino.
Patriarca de Aquilea, promovió con gran celo la restauración católica, sobre todo con fecundos sínodos.—ARSI: *Op. N. N.*, 332, 192.

*16. BARRETO, FRANCISCO.—Bazain (India).—1552.—P. Núñez.
Gobernador de la India de 1555-1558. Nombrado en 1566 general en jefe de las galeras en la expedición de conquista de Monomotapa, murió en dicha expedición en 1573. Al tiempo de hacer los Ejercicios era alcaide de Bazain. Había llegado a la India en 1547 o 1548 al frente de la nave *San Salvador*. I, n. 201, pág. 272.

*17. BELTRÁN, SAN LUIS (1526-1581).
Véase lo que decimos en I, n. 1.235 bis, pág. 294.

18. BERGHES, MAXIMILIANO DE.—Cambrai.—1564.—Mercuriano.
Arzobispo de Cambrai, su verdadero apellido era de Walhain. Murió en 1570.—MANAREO: *De vita et moribus Ev. Mercuriani*, página 22.

19. BERINZAGA, ISABEL.—Milán.—1584.—Aq. Gagliardi.
La famosa mística, llamada la «Dama milanesa», hizo unas meditaciones especiales, algunas de ellas, según aseguraba, bajo la inmediata dirección de Dios, desde el 1 de mayo hasta mediados de septiembre de 1584, contando la interrupción de algunos días debido a enfermedad. Los puntos se encuentran reproducidos de modo esquemático en *Rev. asc. et myst.* 12 (1931), 74-75. Puede verse la bibliografía sobre el tema en *Archiv. Hist. S. I.* (1945), 1-2. Los puntos y sentimientos de estos Ejercicios se encuentran repetidos en varios manuscritos como ARSI: *Vitae*, 31, 32. *Archiv. Univ. Greg.*, F. C. n. 973; *Bibliot. Naz. Rom. Fondo. Ges.*, n. 1.569.

20. BERKA DE DUBA Y LIPPA.—Praga.—1593.
Arzobispo de Praga desde 1593 hasta su muerte (1606). Los hizo varias veces. SCHMIDL: *Historia provinciae Bohemiae*, 2, 4.

21. BÉRULLE, PEDRO DE.—Verdún.—1599.—L. Maggio.
Cardenal, fundador del oratorio francés (1575-1629). Poco antes había hecho con los capuchinos un retiro de cuarenta días. En los Ejercicios que hizo en Verdún, le indicó el P. Maggio que no tenía vocación de jesuíta, como a veces creía de Bérulle, y orientó su vida hacia el apostolado seglar y sacerdotal. Los apuntes de los Ejercicios editados por V. GOURGOING en *Oeuvres*. París, 1644, pág. 1.290 ss. Véase también BREMOND: *Histoire Littéraire du sentiment religieux en France*, vol. 3, págs. 16-20.

22. BLARER, JACOB.
Jacob Cristóbal Blarer von Wartensee, Obispo de Basilea desde 1575 hasta 1608, en que falleció, restaurador de la diócesis y uno de los grandes apóstoles suizos del quinientos. Bienhechor y fundador insigne de Colegios de la Compañía, llegó a escribir refiriéndose a los Ejercicios que hizo: «Si no me hubiesen hecho otro favor que éste los Padres de la Compañía, me tendría por bien pagado de todo lo que he hecho por ellos».

*23. BLOSIO, LUIS.—Lovaina.—1553.
Cfr. I, n. 686, pág. 282.

24. BOLOGNETTI, ALBERTO.—Varsovia.—1582.—Possevino.
Nuncio en Venecia y Polonia. Dió un admirable ejemplo de piedad y celo por la reforma católica durante su gestión diplomática. Creado Cardenal por Gregorio XIII el 17 de mayo de 1585 murió ese mismo año.—PASTOR: *Geschichte*, 9, 679-88; LOPETEGUI: *Manresa*, 16, 370. Barcelona, 1944.

25. BONOMINI, FR. JUAN.—Lieja.—1586.
Juan Francisco Bonomini (1536-1587), Obispo de Vercelli (1572), Delegado Pontificio y Visitador de la diócesis de Novara y Como (1578), Nuncio sucesivamente en Suiza (1579-1581), en Viena (1581-1583) y Colonia (1584). Murió en Lieja.—PONCELET: *Histoire de la Compagnie de Jésus dans les Anciens Pays-Bas*, vol. 2, pág. 401, n. 2. Bruselas, 1927.

26. BORBÓN, CARLOS.—Gaillon.—1576.—Maldonado.
Carlos de Borbón (1520-1590), tío de Enrique IV, Obispo de Nevers (1544), Cardenal (1548) y Arzobispo de Rouen (1550). En un tratado secreto ajustado entre Felipe II y el duque de Guisa (1584), se acordó reconocerle heredero de la corona a la muerte de Enrique III. El Parlamento le reconoció como lugarteniente general (1590), pero murió a los pocos días en la cárcel.—Gaillon, donde hizo los Ejercicios, era un castillo propiedad del Cardenal. FOUQUERAY: *Histoire de la Compagnie de Jésus en France*, I, pág. 590.

*27. BORJA, CARLOS.—Gandía.—1550.—Barma.
Carlos de Borja y Castro, primogénito de San Francisco de Borja, duque de Gandía. Cfr. I, n. 524, pág. 278.

28. BORJA, FRANCISCO.—Villagarcía.—B. Álvarez.
Francisco de Borja y Centelles (1551-1595), hijo primogénito de Carlos de Borja y Castro, quien a su vez era primogénito de San Francisco de Borja, marqués de Lombay y desde 1592 duque de Gandía. El P. ÁLVAREZ en la *Historia de la provincia de Aragón*, lib. 4.°, cap. 47, pág. 458, escribe que «había hecho en ella (en la Compañía) los Ejercicios muchas veces». Cfr. También LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 37; CASTRO: *Historia del Col. de Alcalá*, lib. 6, cap. 4, párrafo 5, f. 170v.

29. BORROMEO, SAN CARLOS.
San Carlos Borromeo (1538-1584), Cardenal y Arzobispo de Milán, legado de Romaña, las Marcas y Bolonia.
Solía hacer Ejercicios en los últimos años de su vida dos veces al año. Su director más ordinario fué el P. Adorno. La primera vez que sepamos hiciera Ejercicios fué en Roma, en agosto de 1563, después de ordenado sacerdote, como preparación a la primera Misa. Los hizo también algunas veces con el P. Antonio Valentini. Generalmente se retiraba a hacerlos a alguna soledad, como la Camáldula y Monte Varallo. En 1575 los hizo en Roma en la cartuja de Santa María de Angelis para prepararse al jubileo.—A. RATTI: *San Carolo e gli Exercizi sp.* en la revista *S. Carlo Borromeo nel terzo centenario della canonizzazione* (Milano, set. 1910), págs. 482-488, reproducido en CBE 32 (1911), traducido al castellano en *Manr.* 5 (1929), 313-321); LANCICIO: *Opuscula spiritualia*, II, páginas 620-621; J. P. GIUSSANI: *Vida de S. Carlos B.*, lib. 1, cap. 5; lib. 2, cap. 16; lib. 7, cap. 11; lib. 8, cap. 5 y 23.

30. BORROMEO, FEDERICO.
Federico Borromeo (1564-1631), Cardenal (1587) y Arzobispo de Milán (1595). De él dice San Juan Berchmans: *faciens exercitia ad tertium punctum de tribus classibus, posuit se in indifferentia ad resignandum etiam pileum.* TONY S.: *S. Jean Berchmans. Ses écrits*, Lovaina, 1931, pág. 133.

31. CAMÕES.
No consta que hiciera los Ejercicios este gran poeta portugués. Con todo, hay en su famosa obra poética *La Luisiada* unas quintillas que parecen suponer el conocimiento de los Ejercicios. Además, fué muy íntimo y constante el trato entre él y los jesuítas. Aun después de muerto, los jesuítas fueron de los que más se interesaron por la publicación de sus obras. Por todo esto se puede conjeturar que al menos en alguna

ocasión muy probablemente practicó los Ejercicios o, al menos, los conoció bastante profundamente. Esto último en el siglo XVI no se podía realizar sino practicándolos.
La ocasión más probable de hacerlos fué durante el viaje a la India, en el barco «S. Benlo». Viajó con tres jesuítas: Baltasar Días, Aleixo Días y Urbano Fernándes. Según la opinión más corriente, escribió en ese viaje las 73 quintillas *Sôboles rios que vão*, alusión a los ríos místicos de Jerusalén y Babilonia. Esta elegía está impregnada del espíritu de las dos banderas. Se sabe que aprovechaban los jesuítas las largas travesías para hacer y dar Ejercicios. En las quintillas hay, además, cierto paralelismo entre la concepción de Camões y las dos banderas.—S. LEITE: *Camões, poeta da expansão da Fe*, 56-58. Río de Janeiro, 1943.

32. CARACCIOLO, SAN FRANCISCO.—Valleumbrosa.—1586.
Cofundador y segundo General de los clérigos menores, nació en 1563 y murió en 1608. «Hizo unos exactísimos Ejercicios espirituales». Continuó los Ejercicios en San Marcos de Florencia.—E. QUINTANA: *Prodigiosa vida del muy ilustre varón y extático varón... el B. P. Francisco Caracciolo*, pág. 29. Madrid, 1869.

33-37 CARAFA, personas de la familia.
Hicieron Ejercicios que sepamos:
María, madre del P. Vicente Carafa.
Marzia y *Silvia Carafa*, hijas gemelas de Juan Tomás, marqués de San Eramo y de Isabel Caracciolo.
Carlos (distinto del sobrino de Carlos V), que salió dos veces de la Compañía de Jesús, siguió la carrera militar y por fin, después de unos Ejercicios que hizo en Nápoles hacia 1579, se ordenó de sacerdote, y el más famoso de todos,
Juan, duque de Paliano, conde de Montoro, quien los hizo en 1561 en el castillo de Sant Angelo bajo la dirección del P. Juan Bautista Peruschi, poco antes de ser ajusticiado. Relación detallada de estos Ejercicios en ARSI. *Rom.* 127, 29r.—SCHINOSI: *Istoria*, 1, 90, 368; SANTAGALLA: *Istoria*, 3, 578.

*38. CARRILLO DE MENDOZA, LUIS.—Cuenca.—1552.
Hijo heredero del conde de Priego. I, n. 427, pág. 276.

39. CARVAJAL, AGUSTÍN.—Bolonia.
Agustino, profesor de teología escolástica, nombrado por Clemente VIII Visitador de los conventos de Italia. Procuró restablecer la observancia en muchos conventos por medio de los Ejercicios. Él los hizo por un mes entero.—MANNI: *Annotazioni*, pág. 38; ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 3, n. 25.

40. CASOLO, GIACOMO.
Seglar italiano de influjo en el campo espiritual. El P. Alberto Alberti fué su director espiritual.—M. PETROCHI: *Il quietismo italiano nel seicento*, pág. 32. *La Scuola cattolica* (Oct. 1922), 269-275.

41. CASTEMPAUR, ESTEBAN.—Ingolstadt.—1560.
Predicador luterano, llamado «agricola iunior». San Pedro Canisio consiguió mandarle a Ingolstadt, donde hizo Ejercicios *per aliquot hebdomadas..... cum magna cordis compunctione et lacrimarum imbre*. Entró eremita agustino. BRAUNSBERGER, 2, pág. 909.

*42. CASTILLA, SANCHO DE.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Capellán de Carlos V. I, n. 1.028, pág. 289.

*43. CATALINA DE AUSTRIA.—Lisboa.—1553.—M. Torres.
Catalina, reina de Portugal, hermana de Carlos V.—Cfr. I, n. 627, pág. 280.

*44. CEBADILLA.—Sevilla.—1556.
Visitador del Arzobispado de Sevilla.—I. n. 1.160, pág. 292.

*45. CERDA, HERNANDO DE LA.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Hijo del segundo duque de Medinaceli.—Cfr. I, n. 1.031, página 289.

*46. CERVANTES DE SALAZAR.—Sevilla.—1555.
Gaspar Cervantes de Salazar (m. 1575), creado Cardenal en 1570, Arzobispo de importantes sedes.—Cfr. I, n. 1.159, página 292.

*47-51. CERVINI, FAMILIA.
Hicieron Ejercicios en Montepulciano en 1547, dirigidas por el P. Broet, *tres hermanas* del Cardenal Cervini, futuro Marcelo II. Una de las ejercitantes era *Cintia*, madre de San Roberto Belarmino. En Castiglione de Orco los practicaron el mismo año y con el mismo P. Broet *Alejandro Cervini*, hermanastro de Marcelo II y su esposa *Jerónima Belarmino*. Cfr. I, nn. 336, 337, 788, 789, págs. 274-284.

*52. CERVINI, JULIA DE.—Parma.—1539.—Pezzano.
Mujer de insigne virtud, de la que se asegura que en varios meses no había probado alimento alguno.—Cfr. I, n. 959, pág. 288.

*53. CIURLO, MTO.—París.—1541.
Cfr. I, n. 897, pág. 287.

*54. COCANARO, JUAN.—Roma.—1555.
Gentilhombre de Tívoli.—Cfr. I, n. 1.091, pág. 291.

55. COLÓN, LUIS.—Simancas.—1559.
Nieto de Cristóbal Colón, duque de Veragua y de la Vega, marqués de Jamaica. Nació hacia 1521 en Santo Domingo y murió en Orán en 1572. Después de renunciar a su feudo de Veragua y a su cargo de Capitán General de las Indias (1556) llevó una vida muy disoluta, por lo que fué encarcelado en el fuerte de Simancas (1559-1563) y después desterrado a África. Durante la prisión hizo los Ejercicios. MHSI. *Epp. Salmerón*, 1, 288.

*56. COMA, FR. PEDRO MÁRTIR.—Valencia.—1556.
Provincial de los dominicos, Obispo desde 1569.—Cfr. I, n. 1.233, pág. 294.

*57. CONDIANO, CONDE DE.—Mesina.—1547.—Doménech.
Cfr. I, n. 725, pág. 283.

*58. CONTARINI, GASPAR.—Roma.—1538.—San Ignacio.
Cardenal (1535), célebre por las importantes legaciones que llevó a cabo.—Cfr. I, n. 1.050, pág. 290.

*59. CONTARINI, PEDRO.—Venecia.—1538.
Obispo de Baffo.—Cfr. I, n. 1.248, pág. 294.

60-63. CÓRDOBA, FAMILIA DE.
Hicieron Ejercicios en Córdoba *don Juan*, deán de la misma ciudad; *María*, hija de don Luis, marqués de Comares; *Juana*, que hizo actos heroicos, además, naturalmente, de *Antonio*, que entró jesuíta. En Salamanca el hijo del marqués, *Francisco de Córdoba*.—ARSI, *Hisp.* 141, 335v. ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 12, n. 111 y I, nn. 410, 523, págs. 275, 278.

*64. CORTÉS, MARTÍN.—Alcalá.—1554.
Hijo de Hernán Cortés, segundo marqués de Oaxaca.—Cfr. I, n. 127, pág. 270.—D. VALGOMA y DÍAZ-VARELA: *Ascendientes y descendientes de Hernán Cortés*. Madrid, 1951.

65. COUR, DIDIER DE LA.—Pont-à-Mousson.—Hacia 1590-95.
1550-1623. Fundador de la Congregación benedictina de Lorena. Prior en 1596, inició la reforma de St. Vannes en 1600 y la de St. Hidulf en 1601.—ABRAM: *L'université de Pont-à-Mousson*, 314-5; CBE, 39 (1912), 35.

66. CREAGH, RICARDO.—Lovaina.—1564.
Obispo de Armagh (1564-1587) en Irlanda.—PONCELET, 2, 400.

67. CUADRADO, FERNANDO.—Roma.—1571.
Dignidad de la Iglesia de León.—VALDIVIA: *Colegios de Castilla*, 336v.

68. CYSAT, RENWARD
1545-1614. Consejero de Estado de Lucerna, investigador y escritor, jefe de todo movimiento cultural y político que sirviera para afianzar el catolicismo.—DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 42. STAEHELIN: *Der Jesuitenorden und die Schveitz*, 39.

69. DIELMAIR, JUAN.—Aldersbach.
Teólogo alemán, doctor *summa cum laude* por Ingolstadt. DUHR: *Geschichte*, 2, pág. 181.

70-73. DIETRICHSTEIN, FAMILIA VON.
Hicieron Ejercicios en Brunn en 1591: *Segismundo*, su hermano *Maximiliano*, *Francisco*, con título de Barón y, sobre todo, desde 1597, *semel atque iterum* el omónimo de este último, el famoso Cardenal de Praga *Francisco von Dietrichstein* (1570-1636), consejero de Papas y Emperadores, presidente del Consejo secreto Imperial, gobernador de Mahren.—SCHMILD, 2, 109, 119, 230, 266.

*74. DOBENECK, JUAN.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Llamado el doctor Cocleo, uno de los principales impugnadores de Lutero.—Cfr. I, n. 1.027, pág. 289.

75. DUVAL, ANDRÉS.—Pont-à-Mousson.—1594.
1564-1638. Confesor y maestro espiritual de San Vicente de Paúl, trabajó con Bérulle en la introducción de las carmelitas en Francia. Hizo los Ejercicios a raíz de su doctorado en la Sorbona, de la que fué decano y donde ocupó la primera cátedra de teología positiva, creada por Enrique IV (1597). En los Ejercicios tomó la resolución de dedicarse a la enseñanza teológica en los seminarios.—CBE. 39 (1912), 48.

76. EBERSTEIN, SIBILA VON.—Ausburgo.—1561.
Esposa del conde Marcos III Fugger. Convertida del protestantismo.—BRAUNSBERGER, 2, pág. 20, 664.

77. ECHTER, JULIO.—Würzburg.—1575.—Thyreus.
Murió en 1617. Obispo de Würzburg (1573), hizo los Ejercicios de primera y segunda semana.—CBE 61, 62 (1920), 90; BRAUNSBERGER, vol. 7, pág. 210. En *Manresa*, 6 (1930), 79, breves indicaciones de lo que hizo después de los Ejercicios por la restauración católica.

78. ELSENHEIMER, CRISTÓBAL.
Doctor en derecho, Consejero bávaro, asesor de la Cámara Imperial, vicecanciller en 1570. Apoyó decididamente a Alberto V de Baviera en su lucha contra los protestantes. DUHR: *Geschichte*, 2, 2, 42.

79. ERNESTO DE BAVIERA.—Hacia 1577.
1554-1612. El capítulo de Frisinga le eligió Obispo cuando contaba sólo trece años. San Pío V confirmó la elección, pues parecía que su elección sería el único dique contra el protestantismo en aquella región. En las varias diócesis que regentó—Colonia, Lieja, Hildesheim, Münster—luchó con gran energía contra el protestantismo, pero no siempre fué demasiado ejemplar en su vida privada.

80. ERTLIN, JUAN.—Ingolstadt.—1576.—Rastellus.
1548-1607. Obispo auxiliar de Bamberg, doctor en teología por Ingolstadt (1574), profesor de dogmática, predicador famoso, desplegó una gran actividad por la reforma de la diócesis y del clero.—BRAUNSBERGER, vol. 7, pág. 353.

81. ESCOBAR, MARINA.—Valladolid.—1600.
1554-1633. Brígida, famosa por sus revelaciones y dones místicos.—LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 43; ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 12, n. 107.

82. ESPINOSA, DIEGO.—1565.
1502-1572. Presidente del Consejo de Castilla, Cardenal desde 1568. Había hecho Ejercicios al menos otra vez en Alcalá. Cfr. I, n. 157, pág. 270. MHSI.: *S. F. Borgia*, 4, 57.

*83. FELIPE, ABAD DE SPOLETO.—Foligno.—1548.—Landini.
Cfr. I, n. 492, pág. 277.

84. FELIPE GUILLERMO DE BAVIERA.
Muerto en 1598. Obispo de Ratisbona desde 1579, Cardenal, hizo tres veces los Ejercicios. Una vez estuvo catorce días. AGRÍCOLA: *Historia prov. S. I. Germaniae*, P. 2, págs. 127, 152, 245.

85, 85*a* FERNÁNDEZ DE VELASCO, ÍÑIGO, y JUANA, su hija.—Villagarcía.—B. Álvarez.
Condestable de Castilla.—LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 37; ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 11, n. 100.

*86. FERREL, DR.—Sevilla.
Médico, colegial de Osuna.—Cfr. I, n. 1.162, pág. 292.

*87. FLERSHEIM.—Ratisbona.—1541.—Wauchop.
Felipe Flersheim, Obispo de Espira.—Cfr. I, n. 1.039, página 290.

88. FORNARI, MARÍA VICTORIA.
1562-1617. Dama genovesa, fundadora de las Anunciadas Celestinas. Intervino en la fundación el P. Bernardino Zannoni. En sus monasterios tomaron gran incremento los Ejercicios.

89. FOURIER, SAN PEDRO.—Pont-à-Mousson.—Hacia 1590-1595.
Canónigo regular de San Agustín, párroco de Mattaincourt, modelo de apostolado caritativo social, reformador de los canónigos regulares en Lorena, de cuya Congregación fué General. Canonizado en 1897. Uno de los medios que usó para la reforma fueron los Ejercicios.—ABRAM: *L'Université de Pont-à-Mousson*, pág. 311. CBE 39 (1912), 35.

90. FRANCISCO, OTOMO YOSHISHIGE.—Usuchy (Japón).
Rey o daimio de Bungo, los hizo repetidas veces en el noviciado de los Padres Jesuítas de Usuchy, despidiendo todo el cortejo. En 1581 los hizo bajo el P. Cabral.—BARTOLI: *Asia*, P. 2, T. 1, 1, 2, pág. 288; SCHÜTTE: 379-380.

91. FUGGER, ÚRSULA.
Esta piadosa dama fué una gran propagandista de los Ejercicios. Ya en 1563 consiguió que fuera a hacerlos un párroco. Al año siguiente había enviado ya tres sacerdotes del mismo pueblo.—BRAUNSBERGER, IV, 397, 1.043.

92. FULCUS, JULIO.—Roma.
Ecónomo mayor y administrador del Cardenal Alejandro Farnese.—ARSI: *Op. NN.*, 336, 92v.

93. GALERIO, MONS.—Padua.—1597.
ARSI: *Op. NN.*, 333, 23r.

94. GALIANO, ASENSIO.—Medina.—B. Álvarez.
Mercader riquísimo, que en medio de sus negocios llevaba una vida espiritual intensa.—LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 17. ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 11, n. 101.

95. GALIANO, PEDRO FRANCISCO.—Pistoya.—1546.—Polanco.
Obispo de Pistoya desde 1546 hasta su muerte (1559), coadjutor primero del Cardenal Pucci.—MHSI: *Mon. Ign. Epp.*, I, 454.

96. GALLO, MTO.—Praga.—1559.—Hofeo.
Profesor de la Academia de Praga. Era husita. Murió católico. J. SCHMIDL: 1, 2, n. 67, I, 127, 12.

97. GASCA, DR.—Granada.—1555.
«Maestro del P. Laínez».—Cfr. I, n. 574, pág. 279.

98. GEYSSOLM, GUILLERMO.—Lyon.—1572.
Obispo de Vaison (Francia). Renunció al episcopado en 1585 para entrar cartujo en Grenoble. Murió en 1593. Le sucedió en la diócesis su sobrino de igual nombre y apellido. Estuvo en los Ejercicios un mes y en ellos «ha preso intiero ordine per il governo spirituale del Vescovato».—Carta de Possevino de 5-X-572; ARSI: *Op. NN.*, 324, f. 268v.

*99. GOLWELL, TOMÁS.
Véase I, n. 805, pág. 284.

100. GÓMEZ DE ÁVILA.—Villagarcía.—B. Álvarez.
Marqués de Velada fué posteriormente virrey de Nápoles y de Valencia, ayo del príncipe de Asturias, el futuro Felipe III. LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 32.

*101. GONZAGA, HIPÓLITA.—Parma.—1539.
Condesa de la Mirándula.—Cfr. I, n. 957, pág. 288.

102. GRACIÁN, JERÓNIMO DE LA MADRE DE DIOS.
1545-1614. Carmelita, director espiritual de Santa Teresa e íntimo colaborador en la reforma carmelitana, primer Superior de la misma, aunque después, por disensiones con su Superior, fué despedido de la Orden (1592). Nunca cesó su actividad como reformador aun en la antigua observancia, donde se acogió desde 1596. El P. ALBERTO DE LA VIRGEN DEL CARMEN escribe: «Es casi seguro que hizo los santos Ejercicios en Compluto (Alcalá). Y segurísimo que su formación espiritual hasta que entró en la reforma, era plenamente ignaciana. Hasta tuvo vocación de jesuíta». *Rev. de Esp.*, 1 (1941), 83.

*103. GRANADA, JUAN.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
De la corte de Carlos V, sobrino del último rey moro de Granada.—Cfr. I, n. 1.029, pág. 289.

*104. GRANADA, FR. LUIS DE.
1504-1588. Cfr. I, n. 1.295, pág. 296.

105. GRIMANIS, JUAN.—Possevino.
Patriarca electo de Aquilea.—*Opp. NN.*, 332.

*106. GRÜNNENSTEIN, WOLFANG.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Abad benedictino de Kempten.—Cfr. I, n. 1.033, pág. 289.

107. GUISA, ENRIQUE DE.—Pannes.
1550-1588. Jefe del partido católico francés, organizador de la Santa Unión o Liga. Fué asesinado el 23 de diciembre de 1588. Los Ejercicios los hizo durante cuarenta días en el castillo de Pannes, en Lorena.—ABRAM: *L' Université de Pont-à-Mousson*, 41.

108. GUZMÁN, ANA FELISA DE.—Alcalá.
Marquesa de Camarasa. Se retiraba cada año a hacer ocho o diez días de Ejercicios. A veces iba a Alcalá a casa de doña Catalina de Mendoza a hacerlos.—*Historia de la Casa..... de Madrid*, págs. 5-6.

*109. HAMERICOURT, GERARDO.—1556.—Mercuriano.
Abad de St. Bertin y desde 1563 Obispo de Saint Omer. Cfr. I, n. 1.294, pág. 296.

*110. HELDING, MIGUEL.—Maguncia.—1542.—Fabro.
Obispo auxiliar de Maguncia y desde 1560 Obispo de Merseburg.—Cfr. I, n. 772, pág. 283.

111. HERIN, ANDRÉS VON.—Breslau.
Obispo de Breslau.—H. HOFFMAN: *Die Jesuitenmission in Breslau*, 164.

*112. HESIO (van Heeze), TEODORO.—Lovaina.—1543.—Estrada.
Secretario particular y confesor de Adriano VI.—Cfr. I, n. 651, pág. 281.

*113. HURTADO DE MENDOZA, DIEGO.—Alcalá.—1550.
Virrey de Cataluña y de Aragón, presidente del Consejo en Italia.—Cfr. I, n. 45, pág. 268.

*114. HUTTEN, MAURICIO VON.—Eichstadt.—1544.—Jayo.
Obispo de Eichstadt desde 1540.—Cfr. I, n. 439, pág. 276.

115. INOCENCIO IX (JUAN ANT. FACCHINETTI).
Sumo Pontífice en 1591. Su pontificado duró dos meses. C. MARÍN: *Enchiridion Exercitiorum*, pág. 24. Con todo, el testimonio que aduce, no parece que dice que el Sumo Pontífice hubiera practicado los Ejercicios.

116. JUANA DE AUSTRIA.
Hija de Carlos V, casada con el príncipe Juan de Portugal, gobernadora de Castilla en 1554. Hizo Ejercicios en 1552, en Toro, con San Francisco de Borja y en 1553 en Lisboa, con el mismo santo.—Cfr. I, nn. 628, 1.183, págs. 280, 293; BATAILLON: *Études sur le Portugal*, 257-283.

117. KAWKA, JUAN.—Praga.—1596.
Barón de Rzizan, magistrado del reino.—SCHMIDL, 2, 119.

*118. KALKBRENNER, GERARDO.—Colonia.—1543.—Fabro.
Prior de la Cartuja de Colonia.—Cfr. I, n. 374, pág. 275.

119. KNÖRINGEN, ENRIQUE VON.—Dilinga.—1599.—Salvio Jorge.
Muerto en 1646. Obispo de Augsburgo. Se preparó con los Ejercicios a la consagración episcopal. Los repetía después en el monasterio Urspengense.—CBE 61-62 (1920), 88; AGRÍCOLA: *Historia*, 2, n. 963, págs. 296-297.

120. KÖPPLIN, SANTIAGO.
Abad del monasterio de San Uldarico, en Augsburgo. Envió a Ejercicios al colegio de los jesuítas de Augsburgo al menos a un monje especialmente *pium ac doctum*.—DUHR: *Geschichte*, vol. I, 504; AGRÍCOLA: *Historia Prov. German. Superioris*, volumen 2, 82, 88.

121. LAIRVELZ, SERVAIS ANIBAL.—Pont-à-Mousson.
Reformador de los premostratenses, continuador de la obra del P Picard, que le eligió como coadjutor. Creado Abad el 29 de diciembre de 1594, para reformar la disciplina llamó a varios Padres de Pont-à-Mousson a que diesen los Ejercicios en la abadía. Él los había hecho siendo colegial de Pont-à-Mousson. Tradujo, además, el *Gersone de la perfezione religiosa*, del P. Lucas Pinelli, exprofesor del mencionado centro de estudios, con el título *Meditationes ad vitae religiosae perfectionem cognoscendam utilissimae*, libro que destinó para los retiros trimestrales de los religiosos reformados.—CBE 39 (1912), 35; C. MARÍN: *Enchiridion Exercitiorum*, pág. 32, nota 60; CALMET: *Bibliothèque Lorraine*, pág. 555, Nancy, 1751.

*122. LANCASTRE, JUAN.—Lisboa.—1540.—P. Rodrigues.
Duque de Aveiro.—Cfr. I, n. 605, pág. 280.

123. LECLERCQ, ALIX.—Poussay.—1598.
La Beata María Teresa de Jesús, beatificada por Pío XII. Se retiraron a la abadía de Possay, a una legua de Mattaincourt, junto con la Beata Alix, Ganté André, Isabel di Louvroir, Claudia Chauvenelle y Bartelemy. El animador y director fué San Pedro Fourier. En aquel retiro de siete días (21-28 mayo) determinaron fundar una nueva Orden.—EDM. RENARD: *La Mère Alix Leclercq*, 87. París, 1932.

*124. LEVOROTO, FRANCISCO.—Madrid.—1546.—Fabro.
Secretario del Nuncio Poggio.—Cfr. I, n. 700, pág. 282.

*125. LENTAILLEUR, JUAN.—1556.—Mercuriano.
Abad benedictino de Anchin.—Cfr. I, n. 1.293, pág. 295.

126. LIECHSTEIN, ÚRSULA.—Augsburgo.—1560.—Canisio.
Esposa de Jorge Fugger. Se había hecho ya medio protestante. En los Ejercicios se transformó espiritualmente, dedicándose en adelante a obras de caridad.—SACCHINI: *De vita Canisii*, páginas 173, 174; BRAUNSBERGER, vol. 2, pág. 662.

*127. LOBO, FRANCISCO.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Embajador de Portugal.—Cfr. I, n. 1.025, pág. 289.

128. LUZZAGO, ALEJANDRO.
Noble bresciano, prototipo del apóstol seglar. Tres veces fué de Brescia a Venecia para hacer los Ejercicios en la Casa profesa de esta ciudad. Cada vez los hacía durante quince días, estando en oración cada día de cuatro a seis horas. La primera vez los hizo en 1586 bajo el P. Ben. Palmio, a poco de graduarse de doctor. La segunda en marzo de 1587 con el P. Luis Gagliardi. La tercera con el P. Bernardino Rosignoli, en septiembre, ignoramos de qué año.—CBE 39 (1900), 21; ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 3, n. 174.

129. «LLORÓN», JUAN.
Noble inglés, jefe del partido católico en el condado de Suffolk, al que se le llama en los documentos contemporáneos siempre el «Llorón» (*The Weeping-one*) por las copiosas lágrimas que derramaba a causa de sus continuas consolaciones. El P. Greene, el moderno anotador de la *Autobiografía*, no ha logrado identificar este personaje.—GERARD: *The Autobiographie of an Elizabethan Translated from the Latin by Philip Caraman*, cap. 4, pág. 27. London-Toronto, 1951.—BARTOLI: *Inglaterra:* lib. 6, cap. 13.—ROSIGNOLI: *Notizie*, pág. 2, cap. 6, n. 213.

*130. MALTITZ, JUAN.—Ratisbona.—1541.—Cocleo.
Obispo de Meissen.—Cfr. I, n. 1.037, pág. 290.

*131. MANCIO DE CORPORE CHRISTI.—Alcalá.—1549.
Dominico, catedrático de prima de Alcalá y después de Salamanca.—Cfr. I, n. 26, pág. 268.

*132. MANRIQUE DE LARA, FRANCISCO.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Enviado por Carlos V para gestionar la paz con Francisco I, Obispo de varias diócesis.—Cfr. I, n. 1.035, pág. 289.

*133. MANRIQUE DE LARA, MARÍA.—Viena.—1552.
Camarera mayor de la emperatriz María.—Cfr. I, n. 1.271, página 295.

134. MARIANO, AMBROSIO.—Córdoba.—1562.
Muerto en 1594. Carmelita descalzo que ocupó importantes cargos en la primitiva reforma carmelitana. Nacido en Bitonto (Nápoles) se había doctorado en teología y derecho. Como teólogo asistió al Concilio de Trento, sirvió después a la reina de Portugal. Fué ayo del príncipe de Sulmona. Poseía grandes conocimientos de arquitectura e ingeniería.—SOBRINO: *Estudios sobre San Juan de la Cruz*, pág. 249. Madrid, 1950. SILVERIO DE SANTA TERESA: *Historia del Carmen Descalzo*, vol. 7, págs. 468-481.

*135. MARTINENGO, GERÓNIMO.—Roma.—1555.—Gz. de Cámara.
Abad, exnuncio de Viena.—Cfr. I, n. 1.084, pág. 291.

136. MARTINITZ, MARÍA DE.—Brünn.—1585.
Viuda de Jorge Martinitz, juez supremo del reino y hermana del canciller supremo.—SCHMIDL, 1, 513-514; 2, 422.

*137-140. MASCARENHAS, FAMILIA DE.
Hicieron los Ejercicios: *Juan*, mayordomo del rey don Enrique; *Pedro*, embajador de Portugal en Roma y virrey de la India; *María*, esposa de Pedro; *Leonor*, dama de la emperatriz Isabel.—I, nn. 149, 331, 332, 630, págs. 270, 274, 280.

*141. MAZUELO.—Villimar.—1553.—Estrada.
Canónigo de Burgos.—Cfr. I, n. 204, pág. 272.

142. MEDINA, LUIS DE.—Plasencia.—1558.
Uno de los caballeros principales de Ávila.—MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 693.

143. MEJÍA, PEDRO.—Lima.—1568.
Fiscal de la Audiencia real.—ARSI.: *Perú*, 25, 42.

*144. MENDES PINTO, FERNANDO.—Goa.—1554.
Célebre escritor portugués.—Cfr. I, n. 562, pág. 279.

145. MENDOZA, CATALINA.—Alcalá.
Noble dama, fundadora de varios conventos como el del Santo Ángel y el de los Franciscanos descalzos.—*Historia de la Casa..... de Madrid*, 6rv.

146. MENDOZA, JUANA DE.—Soria.—1565. Méndez.
Noble matrona.—GUZMÁN: *Historia de Castilla*, 397v.

147. MENDOZA, LUISA.—La Puente.
Determinó esta noble señora pasar a Inglaterra con otras compañeras para dedicarse a la oración y al apostolado en medio de los protestantes. Consiguió ganar para la Iglesia católica a no pocos de la corte de Enrique VIII.

148. MENDOZA, MARÍA.
Hija de L. Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar y antiguo presidente del Consejo real de Castilla. Hizo voto de virginidad. Se dedicó a obras de piedad y misericordia. CASTRO: *Historia de Alcalá*, lib. 12, cap. 8, 2, 279r.

149. MICHEL, JUAN.—Friburgo.—1593.
Franciscano conventual, exprovincial, guardián del monasterio de Friburgo, doctor por la Sorbona.—BRAUNSBERGER, volumen 8, pág. 838.

150. MIGUEL, LUIS.
Caballero alemán de la corte de Lorena.—ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 8, n. 238.

151. MOLIN, LUIS.
Obispo de Treviso desde 1595 a 1604 en que falleció. Dejó fama de gran santidad. Los Ejercicios los hizo repetidas veces *coi quali si internò con Dio N. S. et con maggior gusto poi si andò formando in huom perfetto.*—ARSI.: *Op. NN.*, 33, folios 157r, 159v, 160v.

152. MONTFORT, JACOBO.—Augsburgo.—1561.
Conde de Montfort, dejó todas sus dudas respecto al catolicismo, vió la falsedad del protestantismo y se hizo francamente católico.—BRAUNSBERGER, vol. 2, pág. 594.

153. MONTOYA, LUIS.
Agustino. Ilustre reformador portugués. Véase lo que decimos en I, n. 1.082a, pág. 290.

*154. MORONE, FÉLIX.—Ratisbona.—1541.—Fabro.
Hermano del famoso Cardenal.—Cfr. I, n. 1.026, pág. 289.

*155. MOSCOSO, Álvaro.—París.—1530.
Rector de la Universidad de París, más tarde Obispo de Pamplona y Zamora.—Cfr. I, n. 883, pág. 286.

*156. MUSSBACH, JORGE.—Espira.—1542 y 1543.—Fabro.
Vicario general de Espira.—Cfr. I, n. 441. pág. 276.

157. NÉRI, SAN FELIPE DE.
No consta que San Felipe de Néri hiciera los Ejercicios, pero existen indicios que permiten afirmar la probabilidad del hecho. Él declaró a los PP. Venusti y Rubini que estaba muy obligado a San Ignacio «porque me ha enseñado a tener oración». Frecuentaba el *Gesú* y pidió personalmente a San Ignacio entrar jesuíta.—(ARSI: *Epp. Ext.* 1, 195r). Designó como director de muchos de sus discípulos al P. Polanco. Y aun hubo momentos en que pensó en trasladar a la Compañía la obra del Oratorio. San Felipe convivió en Roma con San Ignacio de 1539 a 1547. Téngase en cuenta que una de las características principales del método de apostolado de los jesuítas romanos de entonces, consistía en la dirección personal de las personas influyentes, a quienes apenas podían, invitaban a hacer Ejercicios. Dadas las relaciones que mediaron entre los jesuítas y el santo, es casi imposible que no hubieran seguido esta táctica con él. Además de que uno de los sentidos que puede tener el texto aducido de la enseñanza espiritual que ejerció sobre él San Ignacio, es el de que le dió el santo los Ejercicios.—BARTOLI: *Vita S. Ignatii*, lib. 4; ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 1, n. 140; A. BAUDRILLART: *St. Philippe Néri*, págs. 99-100. París, 1939. J. MARCIANO: *Memorias históricas de la Congregación del Oratorio*, vol. 1, 99, 168. Madrid, 1853.

158. NOBILI, ROBERTO DE.—Roma.—1555-58.—Polanco.
Cardenal, nepote de Julio III que murió a los dieciocho años, en 1559, con muestras de gran devoción. Los Ejercicios le elevaron a gran perfección. Llevó una vida intensa de piedad. MHSI.: *Polanci Compl.*, 2, 573; *Lainii Mon.*, 4, 145.

159. NORONHA, ANTONIO.—1564.—P. Ramírez.
Virrey de la India. Hizo los Ejercicios en el viaje de Lisboa a Goa, dejando a otro el mando de la nao.—ROSIGNOLI: *Notizie*, 1, 2, cap. 6, n. 210.

160. NOTHAFT, ISABEL.—Augsburgo.—1561.
Isabel Nothaft de Weissenstein, esposa de Juan II Fugger. BRAUNSBERGER, vol. 2, pág. 72.

161. ORLANDINI, PEDRO.
Orlandini, de la rama degli Albizi, de familia muy distinguida. Se ordenó de sacerdote.—SCHINOSI: *Storia*, 2, 273.

162. ORSINI, JUANA.—Roma.
ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 8, pág. 229, n. 230.

*163. ORTIZ, DR.—Montecasino.—1538.—San Ignacio.
Consejero y embajador de Carlos V.—Cfr. I, n. 779, pág. 284.

164. O'TAIG, DONATO.—Roma.—1560.
Arzobispo de Armagh, Primado de Irlanda. Hizo los Ejercicios poco antes de ser electo Arzobispo. Murió por desgracia a los dos años, en 1562.—MHSI.: *Pol. Complem.*, 1, 234.

165. PADILLA, MANCIA DE.—La Puente.
Esta noble matrona castellana, como consecuencia de los Ejercicios, comenzó una vida de caridad para con los pobres. ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 4, n. 193.

166. PANTOJA, TELLO.—Ávila.—Fr. de Salcedo.
Ilustre caballero abulense.—GUZMÁN: *Historia*, cap. 16, folio 295r.

167. PAOLA, MARÍA DE JESÚS.—Aq. Gagliardi.
Murió en 1645. Carmelita descalza, fundadora del monasterio de Viena y Gratz. El P. Gagliardi pone su nombre en una nota en la que parece habla de sugerencias para personas a quienes estaba dando Ejercicios.—*Arch. Univ. Greg.* F. C., 490.

168. PAZZI, SANTA MARÍA MAGDALENA DE.
1566-1607. Célebre santa extática carmelitana, Abadesa del convento de Florencia llamado de Santa María de los Ángeles. No sólo hizo los Ejercicios en 1599 bajo la dirección del P. Virgilio Cepari, acompañada de otras tres religiosas, sino que los dió repetidas veces a sus monjas y se convirtió en una propagandista de ellos.—*Acta Sanctorum*, 25 de mayo, páginas 298-299, donde se transcribe la traducción de José FOZIO de la vida de la santa escrita por el P. Virgilio CEPARI. De los Ejercicios se habla en el capítulo 21. MANNI: *Annotazioni*, pág. 42.

*169. PEÑA, JUAN DE LA.—Alcalá.—Villanueva.
Dominico de Alcalá.—Cfr. I, n. 154, pág. 270.

*170. PERALTA, PEDRO.—París.—1528.—San Ignacio.
Canónigo de Toledo y célebre predicador.—Cfr. I, n. 877, página 286.

171. PFISTER, JUAN.—Roma.—1567.
Legado del duque de Baviera cerca de la Santa Sede.—MHSI.: *Polanci Complementa*, 2, 672.

*172. PFLUG, JULIO.—Maguncia.—1542.—Fabro.
Muerto en 1564. Último Obispo de Naumburg.—Cfr. I, nota 773, pág. 284.

173. PICART, DANIEL.—Pont-à-Mousson.
Muerto en 1600. Premostratense. Había hecho Ejercicios de alumno en Pont-à-Mousson. Apenas elegido Abad del monasterio de Santa María-aux-Bois en 1595, volvió a su antiguo colegio a hacerlos. Después mandó a un gran número de sus monjes a que los practicaran.—ABRAM: *L'Université de Pont-à-Mousson*, pág. 315.

174. PIMENTEL, ANTONIO.—Valladolid.—La Puente.
Conde de Luna. Hizo los Ejercicios con muestras extraordinarias de fervor.—ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 8, n. 69.

175. PIMENTEL, BERNARDINO.—Antes de 1555.
Marqués de Távara, mayordomo mayor de los infantes hijos de Carlos V.—F. CABALLERO: *Conquenses ilustres*. II. *Melchor Cano*, ap. n. 44, pág. 526. ASTRÁIN: *Historia de la Compañía*, 2, 77.

176. PORCELETS, JUAN.—Pont-à-Mousson.
Caballero noble de la corte de los príncipes de Lorena, padre del Obispo de Toul, Juan Porcelet de Machault. Hizo Ejercicios varias veces.—ABRAM: *L'Université de Pont-à-Mousson*, 414.

177. PORTA, JUAN BTA. DELLA.—Mancinelli.
Este noble italiano hizo los Ejercicios en su villa Massaria. ARSI.: *Vitae* 45, 135.

*178-187. PORTUGAL, PRÍNCIPES DE.
Además de la princesa Juana, hija de Carlos V, de la que se habló en el núm. 116 y de Catalina, hermana del mismo emperador y esposa de Juan III (núm. 43), el príncipe *Luis*, hijo del rey Manuel I; los príncipes *Duarte*, *María* y *Catalina*, hijos de los infantes Duarte e Isabel; el Cardenal *Enrique*, hijo del rey Manuel I; la infanta *Isabel*, hija de Jaime, duque de Braganza. Parece que también hicieron Ejercicios leves el rey *Juan III* y sus tres hermanos *Luis*, *Enrique* y *Duarte*. Cfr. I, nn. 606, 628, 631-632, págs. 280-281.

*188. POSTELL, GUILLERMO.—Roma.—1543.
Visionario tristemente célebre, escritor de erudición pasmosa. Cfr. I, n. 1.065, pág. 290.

*189. POZO, PEDRO.—Alcalá.—1554.—Tablares.
Canónigo de Cuenca.—Cfr. I, n. 115, pág. 270.

190. PRAT, GUILLERMO DU.
Obispo de Clermont de 1528 hasta su muerte (1560). Asistió al Concilio de Trento.—MHSI.: *Lainii Mon.*, 5, 326.

*191. QUIROGA, GASPAR.—Almenara.—1552.
Muerto en 1594. Vicario de Alcalá, después Arzobispo de Toledo y Cardenal.—Cfr. I, n. 161, pág. 271.

192. RADZIWILL, ESTANISLAO.—Roma.—Aq. Gagliardi.
Duque, hermano del Cardenal Radziwill.—ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 8, n. 67.

193. RADZIWILL, JORGE.—Roma.—Aq. Gagliardi.
Obispo de Vilna, Cardenal en 1583, pero ya desde 1576 residía en Roma como oficial de la Curia. Hizo los Ejercicios, lo mismo que su hermano, en la villa de Julio III, dejada por el Pontífice expresamente para este fin.—ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 8, n. 67.

194. RANGONI, TADEO.—Antes de 1588.
Conde de la noble familia modenesa Rangoni.—ARSI.: *Opp. NN.* 332, f. 64v.

*195. RASGÓN.—Salamanca.—1554.
Licenciado en Derecho civil por Salamanca.—Cfr. I, n. 1.132, página 291.

196. REINOSO, FRANCISCO.—Villagarcía.—Entre 1577-79.—B. Álvarez. Abad de Usillos y dignatario de la Iglesia de Palencia, después Obispo de Córdoba. Hizo Ejercicios otra vez a la vuelta de Roma en Simancas.—LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, capítulo 37, págs. 403-404 y 578.

197. REINOSO, JERÓNIMO.—Villagarcía.—B. Álvarez. Sobrino del anterior, Canónigo, quien, a su vez, trajo a otros Canónigos a Ejercicios.—LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, capítulo 37.

198. RESCA, MONS.—Padua.—1588.—Possevino. Agustino eremita. Se le llama siempre monseñor. Tal vez fuera Obispo titular.—ARSI: *Op. NN.* 332, 60r, 62r.

199. RIANO, MARQUESA DE.—Roma. ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 8, n. 236.

200. RIBERA, JUANA.—Granada. Condesa de Olivares, esposa de Francisco de Cobos y Luna, marqués de Camarasa; madre de Ana de Guzmán, que se dedicó a obras de piedad y caridad con los menesterosos. *Historia de la Casa de probación de la Compañía de Jesús de Madrid*, pág. 5.

201. RIGBIA, JUAN.—Londres.—J. Gerard. Caballero de noble sangre. Murió mártir. Los Ejercicios los hizo en la cárcel de Londres.—BARTOLI: *Inglaterra*, lib. 5, capítulo 15; lib. 6, cap. 13.

202. ROBLES, ALONSO.—Medina.—B. Álvarez. Cartujo. Estuvo sesenta días bajo la dirección del P. Álvarez. LA PUENTE: *Vida del P. B. Álvarez*, cap. 17.

203. ROZDRAZEWSKI, ESTANISLAO.—Munich.—1565. Conde polaco.—BRAUNSBERGER, 4, 794.

204. SA, MEM DE.—Bahía. Gobernador general del Brasil. Se quiso preparar a la toma de posesión de su cargo haciendo ocho días de Ejercicios cerrados en el Colegio de Bahía. Murió hacia 1572.—S. LEITE: *Os Exercicios..... no Brasil antigo*. Verbum (Río Janeiro) 6,(1949), 251.

205. SALES, SAN FRANCISCO DE. 1567-1622. En 1593 hizo Ejercicios en el castillo de Sales, como preparación para las órdenes menores y subdiaconado. En los Ejercicios que hizo en 1602, antes de su consagración episcopal, determinó repetirlos todos los años, pero esto sale fuera del siglo XVI, tiempo al que nos limitamos aquí. Se sabe que el santo fué uno de los grandes propulsores de Ejercicios entre el clero francés. Nosotros creemos que hizo Ejercicios en Padua durante los ocho años que estuvo de estudiante, de 1584 a 1592. Tuvo entonces de preceptor y aun de Padre espiritual al P. Possevino, quien tenía como norma dar Ejercicios a todos los que significaban algo en la sociedad y sobre los que ejercía algún influjo. Consiguió dar a varios centenares de hombres eminentes y jóvenes de esperanza. No parece concebible que Possevino no hubiera aprovechado el cargo que ocupaba con su dirigido para darle los Ejercicios. Más aún: creemos que el entusiasmo del santo por los Ejercicios brotó del contacto con el P. Possevino.—*Oeuvres*. 12, 156; 22, 104, 124, 125, n. 2; *Etudes*, 130 (1912), 826.

206. SÁNCHEZ, FRANCISCO.—Praga.—1558.
Noble español *reginae famulus*.—MHSI.: *Litt. Quadr.*, 5, 684.

207. SAN SEVERINO, TEODORO.—1594.—L. Maggio.
Duque de San Marcos.—SCHINOSI: *Istoria*, 2, 238.

*208. SERRAO, DR.—París.—1536.—San Ignacio.
Médico portugués.—Cfr. I, n. 892, pág. 286.

209. SIMIANA, FILIBERTO.
Marqués de Pianeza, de los principales de la corte de Saboya. ROSIGNOLI: *Notizie*, lib. 2, cap. 2, n. 150.

210. SORBOLONGHI, ANDRÉS.—Roma.—1600.—Lancicio.
Obispo de Gubbio de 1600 hasta 1606, en que murió. Visitador eclesiástico, varón de eximia ciencia. Particularidad curiosa de estos Ejercicios es que los dió el P. Lancicio antes de ordenarse de sacerdote.—WIJUK-BALBINO: *Vita P. N. Lancicio*, capítulo 8, pág. 42.

211. SPINELLI, FELIPE.—Olmutz.—1599.
Nuncio apostólico hasta 1603 en la corte de Rodolfo II. En 1604 nombrado Cardenal.—SCHMIDL, 2, 195.

212. STUARD, MARÍA.
1542-1587. Reina de Escocia. Destronada en 1567, hecha prisionera el año 1568, fué ajusticiada en 1587.
«En los dieciocho años en que estuvo prisionera en la cárcel, es sentir de muchos que fortaleció su espíritu con los Ejercicios espirituales».—ROSIGNOLI: *Notizie*, cap. 12, n. 113. Cfr. BARTOLI: *Inglaterra*, lib. 4, cap. 14.
El hecho es sumamente probable, ya que los jesuítas ingleses consideraban casi como el principal medio de infundir vigor en aquella dura prueba el dar Ejercicios. Los iban dando sobre todo a las personas importantes en sus palacios.

213. TAKAYAMA, NAGAFUSA JUSTO.—Nagasaki.—1589.
Depuesto de su cargo en 1587 por Hidegoski y despojado de sus bienes llegó a Nagasaki e hizo Ejercicios.—ARSI.: *Jap.*, 45, 177v; SCHÜTTE: 380.

*214. TAPPER, RUARDO.—Lovaina.—1546.—Estrada.
Canciller de la Universidad, consejero de Carlos V y Felipe II.—Cfr. I, n. 650, pág. 281.

*215. TÁRRAGA.—Gandía.—1550.
Catedrático de Filosofía en la Universiad de Gandía.—Cfr. I, n. 529, pág. 278.

216. TERESA DE JESÚS, SANTA.
La santa reformadora hizo una vez al menos «parte» de los Ejercicios, según expreso testimonio del P. RIBERA: *Vida de Santa Teresa*, pág. 125. Barcelona, 1908. El P. Ribera no da el nombre del director, pero se puede deducir de otro hecho que aduce: de que se los dió el *primer* confesor jesuíta que tuvo la santa, que sabemos por otras fuentes fué el P. Diego de Cetina.
Se puede considerar el capítulo 23 de la *Autobiografía* o *Vida* de la santa como el análisis de las reacciones que experimentó en Ejercicios. A esta luz se puede conjeturar que hizo la primera y segunda semana de Ejercicios.

De 1555 a 1558 estuvo en una especie de retiro en el palacio de doña Guiomar. No es improbable que entonces le diera los Ejercicios el P. Prádanos. Diríamos que entonces le dió los Ejercicios propios de la tercera semana. Esto parece desprenderse del análisis que hace la misma santa en el cap. 24 de la *Autobiografía*.—Cfr. SILVERIO DE SANTA TERESA: *Vida*, página 387; V. LARRAÑAGA: *La espiritualidad de San Ignacio comparada con la de Santa Teresa*, 98-100. Madrid, 1944. Cfr. I, n. 173, pág. 271.

217. THIEBAUT, FELIPE.—Pont-à-Mousson.—Hacia 1600.
Reformador de los carmelitas franceses. Hizo Ejercicios durante doce días por consejo de Andrés Duval. En ellos se sintió animado a emprender la reforma carmelitana.—ABRAM: *L'Université de Pont-à-Mousson*, 397-399; CBE. 39 (1912), 35.

*218. TOLEDO, LUIS.—Florencia.—1554.—Coudret.
Hijo de Pedro de Toledo, virrey de Nápoles.—Cfr. I, n. 478, página 277.

*219. TOLOMEI, LACTANCIO.—Roma.—1538.—San Ignacio.
Embajador de Siena ante la Santa Sede.—Cfr. I, n. 1.048, página 290.

220. TORRES, BARTOLOMÉ.
Catedrático de prima en Sigüenza, y en 1566 elegido Obispo de Canarias. Además de los Ejercicios que hizo en Alcalá, en 1550, y en Oñate, en 1551, como se dice en I, n. 35, 819, páginas 268, 285, parece que los hizo al menos otra vez en 1566, cuando se le propuso la mitra de Las Palmas.—ARSI.: *Hisp.*, 103, 52r.

221. TRIVIS, JUAN.—Venecia.—1585.
Muerto en 1590. Abad benedictino de San Cipriano de Muriano. Hizo Ejercicios durante diecisiete días en la Casa profesa de Venecia, con tanto recogimiento que casi nunca salía del cuarto en todo el día.—*Epistolae Annuae*, pág. 84. Roma, 1585.

222. TRUCHSSES, OTÓN.
Obispo de Augusta y Cardenal. Hasta cuatro veces los comenzó, no pudiendo hacerlos íntegros sino la última vez, en Ottobeuren, en 1551.—Cfr. I, nn. 437, 444, 838, 1.036, páginas 276, 285, 289.

223. UCANDONO, JUSTO.
El que hacía como de primer ministro del emperador Jaicosama y capitán general de su ejército.—BARTOLI: *Asia*, P. 2, 1, 2, pág. 325.

*224. UGUCCIONI, BENEDICTO.—Lisboa.—1540.—Rodrigues.
Pariente del Papa León X.—Cfr. I, n. 600a, pág. 280.

225. ULLOA, MAGDALENA DE.—Villagarcía.—B. Álvarez.
Hija de don Juan de Ulloa, contador de Fernando el Católico, esposa de don Luis de Quijada, señor de Villagarcía, mayordomo de Carlos V, a quien acompañó en el retiro de Yuste. Doña Magdalena educó y crió a don Juan de Austria. Viuda en 1570 empleó sus cuantiosas riquezas en favor de los pobres y obras pías. Ya el P. Araoz enseñó a doña Magdalena a orar

conforme al método de los Ejercicios. A Villagarcía debió de ir varias veces a hacerlos. En Valladolid se recogió algunas veces a un monasterio de franciscanos recoletos llamado Cabroso.—LA PUENTE: *Vida del P. Álvarez*, cap. 35 y apén. 21 (página 631); GUZMÁN: *Historia de Castilla*, 387v.

*226. URSMARO, LUIS.—Lovaina.—1553.
Procurador de los benedictinos.—Cfr. I, n. 687, pág. 282.

227. VALDÉS.—Granada.
Oidor de la Audiencia real de Granada, hermano de Fernando, Arzobispo de Sevilla.—*Historia del Colegio de Granada*, capítulo 29, f. 29v.

228. VEGA, SUERO DE.—Palermo.—1562.
Hijo de Juan de Vega, virrey de Sicilia.—Cfr. I, n. 862, página 286.

229. VELASCO, INÉS.
Condesa de Monterrey.—ROSIGNOLI, cap. 12, n. 109.

*230. VELÁZQUEZ, ALFONSO.—Alcalá.—1547.—Villanueva.
Obispo de Osma y Arzobispo de Santiago.—Cfr. I, n. 8, página 268.

231. VICENTE I.—1594.—Possevino.
Duque de Mantua (1587-1612). Hizo los Ejercicios en el palacio «Marmirolo».—ARSI.: *Opp. NN.* 332, 178v.

*232. VILLANUEVA, FRANCISCO.—Siena.—1556.—Palanca.
Exregente de Nápoles.—Cfr. I, n. 1.166, pág. 292.

233. WEGELIN, JORGE.—Dilinga.—1590.
Abad del monasterio de Weingarten y presidente Visitador de la Congregación benedictina de Suevia.—AGRÍCOLA: *Historia provinciae S. I. Germaniae*. P. 2. Dec. 5, pág. 313, n. 339.

234. WERRO, SEBASTIÁN.—Friburgo.—1588.—Canisio.
Eclesiástico suizo (1555-1614), deán del Cabildo de San Nicolás de Friburgo, de Suiza, y Vicario general de Lausana. Volvió a hacer los Ejercicios en 1596. Las notas que tomó en los Ejercicios de 1588 las ha publicado el P. Eusebio Hernández, en *Manresa*, 5 (1929), 191-205.

235. WISEMAN, GUILLERMO.—1591.—Gerard.
Caballero inglés que vivía con gran fausto. Los Ejercicios le transformaron radicalmente.—GERARD: *The Autobiographie*, capítulo 5.

*236. WOLF, ERASMO.—Ingolstadt.—1550.—Jayo.
Rector de la Universidad de Ingolstadt.—Cfr. I, n. 591, página 279.

ÍNDICE DE MATERIAS

ÍNDICE DE MATERIAS

No indicamos los nombres de ejercitantes incluídos en el apéndice, ya que se hallan ordenados alfabéticamente, a no ser que se hable de ellos en otra parte de la obra. En este caso añadimos el número de la página correspondiente al apéndice.

Abreviaturas del apéndice:

dir.: director o directores.
ej.: Ejercicios.
ejerc.: ejercitante o ejercitantes.

A

Abnegación, prueba verdadera de la oración, 488; importancia que daba a la a. el P. Plaza, 485-486; P. Plaza, maestro de a., 487.
Abogados, ej. a ab., 94, 111; Colegio de ab. en Alcalá, 81.
Acebedo, Ignacio de, Bto., S. I., en Val do Rosal, 143-144; da ej., 144.
Acharie, Madame, 161.
Achille, Pablo d', 436; da ej., 22-23
Acosta, Bernardino, S. I., 84.
Acosta, Diego, S. I., repite los ej., 304.
Acosta, Jerónimo, S. I., 84.
Acosta, José, S. I., 146; en visita a Valencia, 90.
Adaptación, principio regulador de la ad., 326; necesidad de un director que adapte los ej., 374; cualidad exigida en el director, 376; base de la ad.: los problemas del alma, 382; ad. personal de las normas, 272; flexibilidad en la ad., 382; carácter irregular de los ej. debido a la ad., 268; aun en circunstancias pequeñas, 382; San Ignacio deja margen a la iniciativa, 324; ad. de las ideas del director al ejerc., 384; ad. al ejerc., 192; al temperamento de cada ejerc., 383; a la capacidad del ejerc., 334; a mercaderes, 97, 100; al diverso grado de gracias que da Dios a cada alma, 383-384; a jesuítas, 282; a la salud, 276; principio de ad. en ej. a coadjutores, 345; ad. por ejemplos, 86; dificultad de la ad., 377; falta de ad. por dar la letra desvinculada del espíritu, 392; falta de ad. a los indios, 203; forzar a un alma es la ruina del método, 384; el mismo ejercitante aplique los principios bajo el control del director, 388; ad. del P. Baltasar Álvarez al dar ej., 67; afán de ad. del P. Blondo, 323, 445.
Adiciones, 387; señala Ceccotti las adiciones como lectura espiritual en ej., 329.
Adorno, Francisco, S. I., 37, 38, 40, 428; da ej., 29-30.

Adriaenssens, Adrián, S. I., 261; maestro de novicios en Lovaina, 496.
Adda, Giacomo d', 29.
Afectiva oración, unanimidad de la nota af. en la oración de los jesuítas, 475-476; se insiste en el carácter af. en Roma, 494; ilusiones de algunos que siguen la af. oración, 491-492; Padre Plaza y los peligros de la oración af., 486-487; P. Piñas y los peligros de la oración af, 487; atmósfera de recelo a la oración af., 432; el ambiente intelectualista obliga a ocultar los elementos af. de la oración, 405-406; elementos afectivos demasiado mermados por Mercuriano, 431; tendencia af. dominicana, 401; oración af. en Aragón, 500; del P. Gobierno, 501; del P. Ricci, 501; del P. Bartolomé Isla, 502; afectos en la oración, 25, 502.
Afición a ej., cualidad exigida en el director, 376.
Agazzari, Alfonso, S. I., esquema de ej. personales, 329; número de ej. en la segunda semana, 337; intercala meditaciones sobre el estado religioso, 335.
Agorreta, A., S. I., 481, 482.
Agrícola, Esteban, ejerc., 179.
Águila, Juan del, da ej., 122; ejerc., 535.
Agustín, S., 294; Confesiones de S. Ag., 125, 243; Meditaciones, 25.
Agustinos, 401, 492; ejerc. ag., 45, 218.
Aix, Sínodo de 1586, 216.
Akashi-Kamor, Juan, ejerc., 212; trasformación de Ak., 212; ejerc., 535.
Alarcón, García de, 279-280, 528.
Alarcón de Mendoza, Isabel, 19.
Alba, S. I., le da ej. San Ignacio, 347; crisis y salida de la Compañía, 347.
Alba, duque de, y jesuítas, 170.
Albaster, William, ejerc., 197.
Alcalá, ejerc. en, 68, 72-73, 307; número de ejerc., 72-73; sistema de ej., 70-72; crisis a la muerte del P. Villanueva, 69; misión providencial del P. López, 69-71; conferencias sobre ej., 378; ej. de jesuítas en A., 264; repiten los ej. todos los jesuítas, 311; ambiente de discreción, 497; fuente inexhausta de vocaciones, 95; irradia a Salamanca los ej., 81; Casa de ej. 235, 239, 246; Iglesia, 71 Jesús del Monte, 237; 105, 106, 268, 307, 497.
Alcántara, S. Pedro de, 401.
Alcaraz, Fernando, Mto., ejerc., 75; entra en la Compañía, 75.
Aldersbach, 219.
Alemania, 455; ej. en, 176 ss.; ej. a los que parten para Al., 302; carácter de los ej. en Al., 177; clima espiritual poco propicio para ej., 176.
Alfonso, Antonio, S. I., 269.
Alife, Violante de, 9.
Almazán, 50.
Alonso, Melchor, 138.
Alumbrados, elementos afines con ej., 404; derivación de las acusaciones de afinidad con ej., 402-406; naturaleza del fenómeno, 402-403; aberraciones a que llegaron, 403; ambiente de al. en España que dificulta la impresión de ej., 353; repercusión del ambiente en la evolución de la oración jesuítica, 491; acusaciones a los jesuítas de ser al., 407-410; casos de contagio entre los jesuítas, 492-494; Inquisición y al., 404; Avilistas y al., 483; 48, 530; Al. y anotación 14, 403; maestro de novicios de Al. cfr. González Francisco.
Álvarez, Baltasar, ejerc., 303; repite ej., 303; anualmente, 311; dir. de ej., 115; apóstol de ej., 60-64; bien que hizo con los ej., 60; enseña a dar ej., 64; gana a Asensio para director de ej., 114; significado de su caso sobre su oración, 528; escribe un tratado para precaverse de los errores que se han introducido en la oración, 406; influjo en él de Bustamante, 484; en Ávila, 489; en Salamanca, 85; 132, 339, 428, 497, 529, 534.
Álvarez, Gaspar, S. I., 274.
Álvarez, Hernando, 101.
Álvarez, Luis, S. I., 274, 305.
Álvarez, Rodrigo, S. I., rasgos personales, 97; da ej., 97; acomodación a los mercaderes, 97; defiende a Santa Teresa, 97, 106.
Álvarez del Águila, Hernando, S. I., 125.
Álvarez de Castro, Francisco, 133; ejerc., 134.
Álvarez de Paz, Diego, S. I., 146, 529, 534; meditaciones, 295.
Amaltei, Attilio, Obispo; ejerc., 13.
Amberes, 170.
Ambiente, influjo en la evolución del método, 400-402, 482.
Amelia, convento de, 230.
América, poco movimiento de ej. en el siglo XVI, 145; causas, 145-146.
Ana de Austria, 452.
Anchín, ej. en, 173-174.

Andalucía, intenso movimiento de ej., 94-113; *Provincia, S. I.*, hacen todos ej., 312; y rigorismo, 482; y avilismo, 484; *Congregación provincial* de An. de 1568, pide se repitan los ej., 316; de 1571 pide se impriman los ej., 352.
Ángeles, 501; pecado de an., 294, 366.
Ángeles, Bernardo, S. I., 320.
Ángeles, Juan de los, 401.
Angulo, Francisco, S. I., 84.
Anotaciones, señala Ceccotti como lectura espiritual las an. en ej., 329; an. 5.ª, 128; an. 11, 129; an. 14 vecina a los alumbrados, 403; an. 17, 458; an. 18 y ej. a coadjutores, 344; ej. según an. 19, 279, 453.
Aplicación de sentidos, 448, 453, 459-460, 501; dar la ap. a novicios, 289; no satisface la interpretación dada, 456; ap. y Bérulle, 165.
Apostolado, fruto de ej., 212; ap. seglar, 34-35.
Aquaviva, Claudio, S. I., repite ejercicios anualmente, 311; recomienda hacer ej., 292; incita a repetir ej., 314-315; fomenta ej. de operarios, 309; recomienda a los Superiores que hagan ej. al ser nombrados, 303; urge la práctica de la meditación nocturna en ej., 338; contra los que se oponen a la repetición de ej., 317; normas sobre ej. a jesuítas, 286-287; dificultades de estas normas, 287; da orden de edificar cuartos para ejerc., 238; manda se reserven cuartos para ejerc. en los colegios, 142; aprueba normas económicas sobre ejerc., 247; orden sobre formación de directores, 376; permite hacer ej. sin dir., 342; envía ejemplares de ej. a la India, 358; respuesta de 1584 sobre la impresión de los ej., 352; en 1587 propone la complicación de extractos de ej., 362; permite que el ejerc. copie sólo extractos de los ej., 362; carta de 1590, 494; orden de 1595 sobre impresión de los ej., 352-353; Aq. y la Congregación General 5.ª, 318; reglas del P. Aq., 274; reglas y los ejercicios antes de los votos, 301; *Aq. y Directorio,* vuelve a revisar el trabajo realizado en su confección, 433; reúne los apuntes mejores y los remite a Padres experimentados, 434; trabajos de Aq. en la Congregación General 5.ª, 457; revisión de los Directorios preparados, 444; retraso de la confección, 444; prepara el Directorio Variorum, 445; trabajo del P. Aq. en la confección del Directorio, 445; revisión del texto y Dir. de 1591, 445-449; trabajo de Aq. en la revisión del Directorio oficial, 459; *Aq. y la elaboración de la espiritualidad jesuítica,* 531-533; puntos en que perfecciona a Mercuriano, 532-533; avance que realiza, 533-534; *Explanación de ej. de Aq.,* 296, 323, 328, 364-365; características de la obra, 328-329; difusión, 365; Aq. y Bérulle, 161.
Aquila, ej. en, 20, 21.
Aquitania, Prov., 302; *Congregación provincial de Aquit.* de 1572, 309-310; de 1587 aboga por la pureza del método de ej., 322, y la difusión del libro de ej., 361; de 1587 entusiamo que muestra por los ej., 400; pide se incluyan meditaciones, 363.
Aragón, 121; *provincia jesuítica:* hacen todos ej., 312; maestros de novicios, 481; oración afectiva en Ar., 500; influjo de la Cartuja, 480-481; Cordeses Provincial, 505; segundo provincialato de Cordeses, 512; *Congregación provincial* de 1579 pide redacción de Directorio, 433; de 1607, 319.
Aragón, Ana de, ejerc., 61, 536.
Aragón, Juana de, princesa de Tagliacozzo, 11.
Araluz, María, 104.
Araoz, Antonio, S. I., 412, 502; pláticas contra la oración recogida, 489.
Arequipa, ej. en, 148.
Argel, 305.
Arias, Francisco, 476, 534; carácter, 106; dir. de almas, 106-107; actitud ante obligación de ej., 318; sus obras, 370-371.
Armagnac, Jorge d', Cardenal Legado, 153.
Asensio, Andrés, S. I., da ej., 64, 116; promueve ej., 116; en Palencia, 114-115; influjo del P. Baltasar Álvarez en As., 114.
Asunción de la Virgen, meditaciones, 345.
Auger, Edmundo, S. I., 150.
Austria, 180, 182, 453.
Austria, Catalina de, 224.
Austria, Juana de, 224.
Avantiano, Andrés, 293.
Avelino, S. Andrés, ejerc., 17, 536.
Avellaneda, Diego de, rasgos personales, 103; rector de Sevilla, 103; director de Francisco de Mendoza, 103-104; en Alemania, 104; 504, 516.

Avendaño, Alonso de, 444; opinión de Av. sobre la imposibilidad de oración mental en los seglares, 404.
Ávila, renacimiento espiritual, 124; movimiento sacerdotal, 124; ej. en Av., 124-125; ejerc. congregantes, 221; caridad con los desamparados, 133; *Colegio*, 489; hace la Comunidad ej., 312.
Ávila, Alonso de (P. Basilio), personalidad, 99; en Sevilla, 99; oratoria, 99; fruto que producía, 99; en Granada, 109; da ej., 109-110.
Ávila, Gómez de, 224.
Ávila, Juan, Bto., afinidad con espíritu de San Ignacio, 483; amigo del retiro, 483; promueve la entrada de los jesuítas en Córdoba, 95; y el P. Plaza, 485; familiaridad con el P. Plaza, 486; *discípulos del Bto.*, 401; presos por la Inquisición, 491; cfr. Hernando Álvarez, Francisco Gómez, Luis Granada, Gaspar Loarte, Hernán Pérez, Juan Ramírez, Zapata, 37; 80, 95, 124, 140, 215, 224, 295, 372, 401; ejerc., 536.
Avilismo, característica, 483; fautores, 483-484; en jesuítas, 483-484; en Aragón, 489; en Castilla, 489.
Aviñón, ej. en, 152-154; noviciado de San Luis, 153.
Ayunar, durante ej., 147; los primeros compañeros de San Ignacio, 341; ay. de Mirón durante ej., 341; de Toscano Benito, 341.
Azpeitia, 50.

B

Bachimont, Santiago de, Abad, 157.
Baeza, 50; repiten los ej. todos los jesuítas de B., 312.
Bahía, cuarto para ej. de jesuítas, 309.
Balsamo, Ignacio, 153-154, 498, 534.
Banderas, meditación de, dar a novicios, 289; adaptarlas a la vida del jesuíta, 343; y el Instituto de la Compañía de Jesús, 304; inspiración del libro del P. Cámara en dos b., 371; 345.
Baños, Juan, 275.
Bar, Francisco de, 173.
Bárbaro, Francisco, 224.
Barbo, Ludovico, 4.
Barcelona, ej. en B. entre los de la nobleza, 91-93; táctica en B., 89; florecimiento de estudios, 90; repiten todos los jesuítas de B. los ej., 441; plática de San Francisco de Borja en B., 514; 143.
Barceo, Gaspar, S. I., da ej., 300; meditaciones que daba, 294.
Bari, ej. en, 20.
Barlac, Gabriel, concepto deformado de ej., 409-410.
Barma, Hugo de, 534.
Barnabitas y ej., 220; Constituciones de B. y ej., 15, 220.
Barozzi, 4.
Barrera, Ana de, 104.
Barreto, Francisco, 224; ejerc., 536.
Barros, Juan, S. I., 275.
Basilea, conservación temporal del catolicismo en B. y fruto de ej., 186.
Basilianos, ejerc., 13.
Basilio, cfr. Alonso de Ávila.
Bassano, retiro en B., 299.
Bath, Guillermo, curso de su vida, 87; apóstol de ej., 86-88.
Baviera, 181-182.
Baviera, Ernesto de, 224.
Baviera, Felipe Guillermo, ejerc., 177, 224.
Beaucousin, Dom., 161.
Becano, Guillermo, S. I., 534.
Belarmino, Roberto, San, 41, 224, 433; flexibilidad en sus repeticiones de ej., 337.
Bélgica, ej. en B., 169-171; organización de los ej., 171; 247; *Congregación provincial belga* de 1575, reclama la confección del Directorio, 433.
Bellati, 390.
Bellinzaga, Isabel, hace ej., 41-42; dirigida del P. Gagliardi, 40-41; ilusiones, 40-41; 161.
Benedictinos, ejerc. 45, 218; ej. en monasterios b., 173-175, 180-184; favorecen los ej., 237; Congregaciones b. medio de reforma, 181; influjo de b. en la sociedad, 180-181; Congregación b. de Saint-Vanne, 156; de San Mauro, 156; cfr. Francisco Bar, Luis Blois, Juan Diehlmair, Dionisio d'Ostrel, Gantois de la Cambe, Guillermo Loeumel, Nicolás Mainfroy, Joaquín Opser, Tomás Parenty, Juan Trivis, Jorge Wegelin, Antonio de Winghe, Joaquín Zoette.
Berghes, Maximiliano, ejerc., 170, 537.
Beringucci, Mario, S. I., 45, 238.
Berka von Duba, Arzobispo de Praga, ejerc., 189, 537.
Bernardo, San, 294, 479; Obras de S. B., 243; meditaciones, 25.
Berrande, Abad de, 118.

Bérulle, Pedro, análisis de los ej., 160-168; relación con jesuítas, 161; ej. con capuchinos, 161; estado de B. al comenzar los ej., 161; personalidad, 162; disposición psicológica inicial de B., 163; meditaciones del principio y fundamento, 163-164; meditación de los pecados, 164; propósitos al fin de la primera semana, 164; propósitos, 166; elección, 166-168; segunda semana, 165; contemplación de la Encarnación, 165; concepto de B. de adhesión, 164; concepto de estados, 165-166; ejerc., 537.
Berzetti, Nicolás, 534.
Betancor, Baltasar, 281.
Bética, provincia, S. I., vide Andalucía.
Billón, 268.
Binarios, meditación de, dar a novicios, 289; aplicación de la meditación de b., 330; adaptación a la vida de jesuíta, 343.
Bisignano, princesa de, 19.
Blanca, Pedro, S. I., rector de Florencia, 25.
Blanco, Mto., fautor del protestantismo, 103.
Blarer von Wartensee, Jacobo, ejercitante y restaurador, 185, 224, 537.
Blois, Luis de (Blosio), 161, 172, 173, 237.
Blonay, Juan Fr., Obispo de Annecy, 31.
Blondo, José, S. I., explanaciones de ej., 379; instrucción del P. Bl., 367; su mérito, 367; afán de adaptación de sus ej., 323; atacado por Mirón, 322, 427; habla de ej. de vía unitiva propios de jesuítas, 503; 457.
Blyssem, 182.
Bobadilla, Nicolás, S. I., penitencia en ej., 341; apóstol de ej., 20; promueve ej. de jesuítas, 21, 309, 435-436, 440.
Bohemia, 186.
Bolognetti, Alberto, ejerc., 193, 224, 537.
Bolonia, ej. en, 24, 87.
Bonomini, Fr. Juan, ejerc., 170, 537; y fundación del col. de Friburgo, 185.
Borbón, Cardenal de, ejerc., 151, 224.
Borja, San Francisco de, da ej., 105; promotor de ej., 6-7; en España, 389; en Ávila, 124; paso por Barcelona en 1579, 514; y fundación del Colegio de Segovia, 120; influjo en Valladolid, 57; B. y Bustamante, 484; eficiencia de su acción, 105; favorecido con dones místicos, 498; urge los ej. antes de los votos, 301; aconseja que se repitan los ej., 305, 313; y los ej. antes del sacerdocio, 302; eficacia que atribuye a los ej., 293; y la formación de los escolares, 266; regulariza la formación de noviciados, 495; nombra personalmente los maestros de novicios, 496; hace posible la sistematización de la espiritualidad, 495; normalización al fin de su generalato, 285; rigorismo en tiempo de B., 482; B. y la oración de Cordeses, 512-513; plática en Barcelona sobre la oración de Cordeses, 514; B. y la edición de los ej. de Viena, 357; respuesta de 1571 sobre la impresión de los ej., 352; orden sobre formación de directores, 376; medidas para la restauración del método de ej., 398-400; anhela formar una nueva generación de directores, 398-399; orden sobre formación de directores, 376; llama a Roma a los más selectos, 399; establece una Comisión para formación del Directorio, 420-422; considera los ej. como guía segura para los de la Compañía, 512; *Meditaciones de B.*, 296, 372; 117, 224, 230, 478, 501, 516.
Borja y Centellas, Francisco, ejerc., 61; ejerc., 538.
Borrasa, Diego, S. I., oración de, 500-501.
Borrasa, Matías, S. I., 525.
Borromeo, Bárbara, hace ej., 39.
Borromeo, San Carlos, personalidad, 27; transformación espiritual, 27 29; hace ej., 11, 27-30; régimen austero de vida, 29; apóstol de ej., 30-33; influjo en otros, 31; peregrino del Año Santo de 1575, 11; prescripciones de ej. a sacerdotes, 216; B. y las Constituciones de Barnabitas, 220; jesuíta en torno a B., 40; influjo de su ejemplo en el movimiento de ej., 12; apuntes de ej. de B., 365; familiares de B. hacen ej. en San Andrés de Roma, 11; Asceterium de B., 240; 3, 166, 170, 185, 215, 224, 229; ejerc., 538.
Borromeo, Federico, Card., 27, 35, 220; ejerc.. 538.
Bosquiel, Juan de, Prior de cartuja, ejerc., 219.
Botero, Juvenal, 23.
Braga, 136.
Braga, Jacobo de, S. I., practica oración nocturna en ej., 338.

Brasil, ej. en, 148-149; ej. de jesuítas operarios en Br., 309; repetición anual de ej.; calor dificulta los ej., 282; *Gobernador de Br.*: Cf. Sá, Mem de.
Braunsberg, 451-452.
Bravo, Juan, S. I., 274, 293.
Bremond, Enrique, opinión de Br. sobre la crisis de los ej., 394-398; análisis de Br. sobre la trasformación de los ej., 394-396; adulteración de los ejercicios primitivos, 95-97; función del espíritu y de la materia, 96-98; pone en plena luz el papel trascendental del dir., 397; 414.
Brera, academia de, 33.
Brescia, ej. en, 33-36, 45; Congregación de Santa Catalina en Br., 36.
Breviario, en cuartos de ejerc., 243.
Briffo, Nicolás, S. I., 269.
Brivio, Juan Bautista, 13.
Broet, Pascasio, S. I., penitencia en ej., 341; le recomienda Laínez dé ej. mientras visita las Casas, 390; 389.
Brooksby, Eduardo, 197.
Brünn, ej. en, 186-187, 189; apuntes de ej. de Br. para congregantes, 366; maestros de novicios de Br.: P. Campana, 368.
Bruno, Pedro, S. I., da ej., 156.
Bruno, Vicente, S. I., 534; *Meditaciones* del P. Br., 373, 534.
Bruselas, cuartos para ej., 238; Casa de ej., 238
Buenaventura, San, 294, 366, 397, 479.
Burgos, ejerc. de B. a Villimar, 118-119; ayuda a ejerc. de B., 246; 121. Edición del libro de ej. de 1574, 358, 361; Deán de la catedral, 246.
Buseo, Juan, S. I., 476, 534; *Meditaciones* de B., 295, 373.
Buseo, Teodoro, S. I., 226.
Bustamante, Bartolomé, S. I., datos personales, 484; y el espíritu rigorista, 483; influjo en el P. Plaza, 485; 478, 487, 489.

C

Cádiz, 50.
Caimi, Bernardino, O. F. M., 29.
Calahorra, 120.
Calatabellota, ej. en, 23.
Calatayud, 50, 520.
Calori, Mario, 246.
Calvinistas, táctica, 151; concepto de ej., 409-410.
Calvino, 184, 414.
Cama, de ejerc., 241-242; traer la c. el ejerc., 456; arreglar la c. en ej., 252.
Camáldula, 29; camaldulenses, ejerc., 13.
Cámara, Alonso de la, S. I., 476; su obra *Camino del deseoso,* 371.
Cambrai, ej. en C., 170, 175; Casa de ej., 171, 237; 170, 246.
Campano, Juan Pablo, S. I., promotor de ej., 187; método, 187, 368; en Praga, 188; Instrucción de ej. de C., 379; C. y la edición de ej. de Vilna de 1583, 358.
Canarias, Islas, 50.
Candela, Juan Domingo, S. I., 457.
Canfeld, Benito de, 161.
Canisio, San Pedro, ej. y entrada en la Compañía, 263; propósitos de ej., 336; apuntes de ej., 420; da conferencias sobre ej., 378; fomenta la repetición de ej., 313; influjo de mística norteña en C., 401; 150, 176, 178, 179, 186, 224, 389, 436.
Cano, Melchor, O. P., acción en Salamanca, 82; juicio de los ej. a nobles, 54-55, 401, 405, 412.
Canónigos, ejerc., 13, 60, 114, 119, 120, 123, 216; trasformación en ej., 115; can. Suárez ejerc., 135; Heredia, magistral de Calahorra, 120-121.
Cantalicio, San Félix de, 4.
Cantar de los Cantares, meditaciones sobre él en el noviciado, 274.
Cañas, Juan, S. I., 274.
Cañizares, Diego, S. I., maestro de novicios, 481.
Capilla, Andrés, S. I., datos personales, 365; meditaciones para el año, 365, 372; explanación de ej., 365; maestro de novicios, 481; 480.
Caracciolo, familia, ejerc., 16.
Caracciolo, San Francisco, 224; ejerc., 539.
Carafa, Carlos, Cardenal, 3-4, 9.
Carafa, Carlos, un tiempo S. I., ejerc., 16.
Carafa, Juan, duque de Paliano, ejerc., 9; trasformación y muerte, 9-10.
Carafa, Marzia y Silvia, ejerc., 16.
Cárcamo, Gerónimo de, ejerc., 112.
Cárcel, ej. en la, 88, 196-197; 240.
Cárdenas, Antonio de, dir. de Congregaciones marianas, 108; carácter, 108.
Carlos V, 224.
Carminata, Juan Bta., S. I., da ej., 17; Visitador de Polonia, 426-427; 23.
Capuchinos, ejerc., 152, 218; dan ej. a Bérulle, 161.

Caputi, Sertorio, S. I., dir. de Congregaciones y de ej., 21.
Caridad, mueve a hacer ej., 137; *Fruto de ej.*: en general, 61, 196, 197, 216, limosnas, 178; fundación de hospitales, 177; con pobres, 110, 134; con desamparados en Ávila, 133; en tiempo de carestía, 68; car. de Magdalena de Ulloa, 63; 135.
Carmelitas, ejerc., 218-219; recomiendan las Constituciones ej., 218; repetir ej., 218; reforma, 158-159; de Sevilla, 106; fundación del convento de Alcalá, 81; 25.
Carrillo, Alfonso M., S. I., 320.
Carrillo, Diego, S. I., 293.
Cartuja, simpatía de San Ignacio por la cart., 480; apego de jesuítas a la cart., 480-481; cart. de Siena, 4; espiritualidad de cart.: infiltraciones en espiritualidad jesuítica, 480-481; influjo en la provincia de Aragón, 480; se denuncia peligro de infiltración en Toledo, 493; inclinación de Cordeses, 526; simpatía del P. Bautista Sánchez, 490.
Cartujos, ejerc., 45; florecimiento de ej., 219; entra cart. después de ej., 152; cartuja de Chierk, 219; de Colonia, 496; de Portacoeli, 480; Cartujos: cfr. Juan Bosquiel, Andrés Benito Canfeld, Alonso Robles.
Carvalho, Andrés, S. I., 276.
Casas de Ejercicios, 234-253; ej. en casas de religiosos, 234; en Colegios, 235; diversas clases de Casas, 235-237; C. en los jardines de los Colegios, 237-239; orden de que se establezcan C. en todos los Colegios, 238; cuartos para ejerc., 239; C. para ej. en tandas, 239-240; sitios extraordinarios, 240; ej. en palacios en Inglaterra, 198; Inocencio IX facilita sitios aptos, 15; ej. en la cárcel, 196-197, 240; ajuar de las c., 241-245; sistemas de pago, 245-249; número de Centros, 232; *Casas de ej. en varias ciudades:* Alcalá, 235, 239, 246; casa de Catalina de Mendoza, 80, 105; Jesús del Monte, 237; Aquila, 21; Brescia, en casa de campo de Luzzago, 35; Cambrai, 171, 237; Colonia, 180, 236; Lima, 236; Lovaina, 171, 236; Maastricht, 171, 238; Mauberge, 237; Meaco, 210; Milán, 30; Palencia, 236, 246; Punicale, 202; Ratisbona, 236; Roma: Casa profesa, 8, 14; Seminario romano, 14; palacio San Apolinar, 8; Colegio germánico, 6-8; Noviciado de San Andrés, 10-14; Salamanca, 237; estrecheces iniciales, 82; ampliaciones, 83-84; añaden una c. vecina, 85; compran una c. en las afueras, 85; Colegio irlandés, 87; Siena, 236; Tournai, 171, 238; Val do Rosal, 143, 236-237; Valladolid, 55.
Casella, Bernardo, hace ej. a plazos, 282.
Castidad, vivir en continencia fruto de ej., 135; voto de c., 80.
Castilla, provincia, 266; oración en C., 500; y Bustamante, 484; Memorial de la provincia, 302; *Congregación provincial,* de 1557 pide que se imprima el texto original, 352; una nueva edición de la *Vulgata,* 355; de 1579 pide se redacte el Directorio, 426, 433; de 1584 pide se imprima el texto original, 352; sobre ej. a coadjutores, 347; de 1606, 319.
Castillo, Diego de, S. I., 293.
Castro, Francisco, ejerc., 13.
Castro, Juan de, S. I., 480.
Castro, Lamberto, S. I., 261.
Catalina de Siena, Sta., 161, 397.
Catania, ej. en, 23.
Catecismo, auge en Colonia, 180; enseñar el c., 39; apostolado del c. del P. Loarte, 37-38.
Cavaleri, Juan, ejerc., 188.
Cazalla, Dr., 57.
Ceccotti, Juan Bta., S. I., meditaciones: plan de la obra, 329; meditaciones, 295, 332; términos clásicos, 332; meditaciones sobre los pecados, 333; plan de sus meditaciones, 296; referencias continuas al texto de ej., 334; y los ej. abiertos, 281; instrucción de oración, 278; materias que presenta de or., 278; meditaciones de renovación, 300; comentario de ej., 379; aprovecha apuntes del P. Gagliardi, 368; influjo de los ej. del P. Aquaviva, 365; Instrucción de oración, 278; materias que presenta para la or., 278.
Celestinos, ejerc., 13.
Celo del prójimo, se pretende en ej., 289.
Centurione, ob. de Savona, ejerc., 39.
Cepari, Virgilio, S. I., da ej. a Santa María Magdalena de Pazzis, 25.
Cerbuna, Pedro, 93.
Cerruti, Santiago, S. I., multiplicación de ofrecimiento de votos, 498-499.
Cetina, Diego de, S. I., 125; director de Santa Teresa, 125-126; vuelve a Salamanca, 129.

Chancillería, 58-59; personal de la ch., 111-112.
Charlat, Quintín, 171.
Châtel, proceso de, 410-411.
Checoeslovaquia, 180.
Chierk, cartuja de y ej., 219.
China, ej. en, 208-209; el florecimiento posterior supone una existencia anterior, 209; capacidad natural de los chinos para ej., 208-209; 202.
Chiruren, señor de, 212.
Chiu Tai Su, ejerc., 208; trasformación, 208.
Cielo, 366; meditaciones del c. en ej., 327.
Cistercienses, ejerc., 13, 186, 219; 49; cfr. Luis Estrada.
Clarisas, 230.
Clemente VIII, promotor de ej., 15; concede jubileo, 314; confirma la práctica de ej. en seminarios pontificios, 215; 178.
Clérigos, fomentar ej. a cl., 112; ejerc., 94, 213-215.
Clermont, Colegio de, 151; cierre, 161.
Clímaco, San Juan, 484.
Coadjutores, ej. a, 456, 344-348; algunos c. incapaces de hacer los ej., 344; modo de dar ej. según las varias categorías, 345; c. que se equiparen a escolares, 345; se echa de menos un modo peculiar de ej. para c., 345; c. que no hacían ej., 346; c. que hacían pocos días de ej., 346; la primera semana, 346; más semanas, 346; ocho o diez días de ej., 347; c. ejercitantes, 267; San Ignacio da ej. al H. C. Alba, 347; utilidad de la edición española del libro de ej., 352; dar modo de oración adaptado a c., 346; c. encargado de atender a ejerc., 251; H. Jimeno, 498.
Coblenza, 182; ejerc. en, 175; irradiación de los Padres de Coblenza, 182-183.
Cochín, Colegio, ej. en, 206.
Codacio, Pedro, S. I., 259.
Coduri, Juan, S. I., preparación de primera Misa, 299; penitencia en ej., 341.
Coimbra, ej. en, 136-137, 139, 340, 342; cuartos para ejerc., 142; ej. de jesuítas, 304; ej. de escolares jesuítas, 307; regularidad en ej. de jesuítas, 264; ej. antes de los votos, 301; noviciado, 266; número de sujetos, 269; Cordeses Superintendente de C., 510; 217, 268.
Colegios, cuartos para ejerc., 142; fundación de C. fruto de ej., 63, 91; alumnos de C. ejerc., 142; 221-223; nivel espiritual, 222-223; C. de Salamanca y los ej., 84; Colonia, centro de ej., 179-180; foco del catolicismo alemán, 179; Casa de ej., 236; ej. de jesuítas en C., 264; ej. de escolares, 307; método de ej. de jesuítas, 271-272; Cartuja de C., 496; 217.
Coloquios, se da gran importancia a los c. en las instrucciones de la oración, 335; recomienda el P. Prado, 500; hace c. el P. Agazzari, 335; el P. Borrasa, 501; el P. Gobierno, 501.
Comida en ej., normas, 249-251; sistemas de c., 250; penitencia en la c., 244, 250; penitencia de primeros compañeros de San Ignacio, 340-341; llevar la c. a los aposentos durante los ej., 339; el dir. debe ver lo referente a la c., 383; 253.
Comitoli, Napoleón, Obispo; ejercitante, 13.
Comotau, ej. en, 189.
Compañía de Jesús, extensión rápida, 265-266; consecuencias de la expansión en los ej., 266; irregularidades en la formación, 266-267; número excesivo de obras, 270; repercusión de sus crisis en la marcha de los ej., 270; necesitaba la C., según Mercuriano, más de forma que de reforma, 427; beneficiada con los ej., 284; acomoda ej. al Instituto de la Compañía, 335; hay que instruir en la oración conforme al espíritu de la Compañía, 347; gracia de la vocación a la C., 469; teología de las religiones aplicada por Nadal a la Compañía, 469-470; consecuencias de esta teoría, 470-471.
Compañía del Divino Amore, 3, 4.
Comunión, frecuencia de c., fruto de ej., 34, 76, 216; campaña para frecuencia de sacramentos, 123; meditaciones para la c., 366, 373; enseñar práctica de c. en ej., 345; devoción a la Eucaristía, 502; 222.
Confesión, enseñar práctica de c. en ej. a coadjutores, 345; meditaciones sobre c., 302; c. quincenal, 134; C. *general,* 215; Cordeses y c. general, 507; preparación, 289; no es necesario hacerla en todos los ej., 336; y Yoga, 204.
Congregación de la doctrina, 38.

Congregación General 1.ª (1558), encarga redactar Directorio, 419; y la meditación, 473; Directorio de Mirón por autoridad de la Congr., 428; 4.ª (1580) y Directorio de Mirón, 428; 5.ª (1593-1594) circunstancias en que se reúne, 456-457; Comisión para la revisión del Directorio, 457; trabajo realizado, 457-458; corrige la traducción de ej., 353; 303, 310, 318-319; 6.ª (1608) Decreto sobre ej., 319-320; 7.ª (1615-1616), 303.

Congregación de Santa Catalina de Siena, en Brescia, 36.

Congregaciones marianas, y ej., 180; sección ascética, 180; Congr. de Aquila, 21; de Arima, 210; de Ávila, 133; de Aviñón, 153; de Lyon, 152; de Mesina, 23; de Nagasaki, 210; de Nankín, 208; de Nápoles, 17-18; de París, 151; de Sevilla, 108; de Valladolid, vivero de ejerc., 55; 302.

Consolación, conceptos deformados de c., 409; no es fin de la oración, 474; usar de la c. como medio, no gozar como fin, 475; busca c. de modo abusivo el P. Solchaga, 492; afán nimio de c., 478; la c. condicionada por el fin de la orden, 478; función de la c., 488; modo de usar de la c., 488; retira de la acción a algunos, 480; c. muy intensas, 493.

Constantinopla, 304.

Constituciones, y ej., 284, 375; y repetición de ej., 300, 301; y renovación de votos, 300; y ej. antes del sacerdocio, 302; Gaspar de Zúñiga pide que se examinen las Const., 412.

Contemplación, la espiritualidad ignaciana abraza la c. como cosa propia, 530; c. se encuentra dentro del método de los ej., 504; caracteres ignacianos de la c., 530; c. y gustos, 532; y oración jesuítica, 532-533; y el Espíritu Santo, 533; distinción entre c. y vida contemplativa, 533; c. larga no era siempre propia de espiritualidad eremítica, 529; P. Plaza, maestro de c., 486; c. del P. Mendoza, 502; c. adquirida, 499; 494, 501-502.

Contemplación para alcanzar amor, 10; a novicios, 290; meditar la dominica dentro de la ascensión, 296; extensión a la vida en la oración jesuítica, 474.

Conversiones, 109-110; de estudiantes maleantes, 76-77.

Corbara, ejerc., 13.

Cordeses, Antonio, datos personales, 505; influjo de Gandía, 505; perfil espiritual, 505-506; en Portugal, 494; influjo en Coimbra, 139; compañero del P. Mirón, 508; Superintendente de Coimbra, 510; en Roma, 516; en Sevilla, 107; táctica en propaganda de ej., 107; escribe Directorio de ej., 107, 441; carácter del Directorio, 107; modo de orar de C., 491; significación de su caso dentro de la línea de clarificación, de la oración jesuítica, 504-523; afán de recogimiento de C., 505, 509-510; fruto de sus exhortaciones, 506; padre espiritual de la provincia, 506-507; razón de por qué trataba de la oración, 507; contraste en Portugal, 508-512; escribe su libro de oración, 516-517; Provincial de Aragón, 512-515; quiere imponer su oración, 513-514; Borja hace una exhortación contra su modo de orar, 514; contrastes con Mirón, 514; conversaciones con el P. Mirón, 517; recibe la orden de no enseñar su modo de orar, 517; conflicto interno, 517-518; razón porque sigue enseñando a orar, 518-519; contienda con el Padre Ramiro, 519-524; recomienda C. su método, 519; Ramiro denuncia a Roma, 519-520; reparos que pone Ramiro en la oración de C., 521; opinión del P. Estrada, 522; prohibición de Mercuriano a C., 522-523; Mercuriano le manda tomar el modo de oración explicado por él, 525; repercusión en C. de la orden del P. Mercuriano, 526; 5, 428, 487, 529, 534.

Córdoba, ej. en C., 94-98; movimiento intenso, 96-97; ej. aplicados a mercaderes, 97; repiten ej., 307, 312; piden ejemplares de ej., 355; Obispo de C., cfr. Francisco Reynoso; Colegio de C.: centro de actividad espiritual, 96-98; 310.

Córdoba, Antonio, 95; influjo de su entrada en la Compañía, 95; ejerc., 541.

Córdoba, Juana de, caridad, 62; ejerc., 541.

Correa, Antonio, S. I., da ej., 139; promueve ej., 139.

Correa, Juan, S. I., 318.

Correggio, señores de, 39.

Coster, Francisco, S. I., 170, 180; maestro de novicios en Colonia, 496.

Coton, 153; Coton y Bérulle, 161.

Cotta, Melchor, S. I., 264.
Coudret, Luis, S. I., 276.
Cour, Desiderio de la, 155-156; ejerc., 541.
Coutinho, Fernando, plan de exposición de ej., 366.
Cracovia, 451-452; maestro de novicios de Cr., Sawicki.
Crisis de ej., 232; naturaleza, 391-393; alcance, 393-394; teoría de Bremond sobre la c., 394-398; cr. en tiempo de Laínez, 389-398; solución de la crisis con la generación formada por Borja, 398-400; *Causas* de la cr.: principales Padres dedicados al gobierno, 389-390; directores no formados, 390; multiplicación de Casas, 390; desorientación de directores, 391; impericia de directores en dar los ej., 393; falta de local apto, 6, 120, 179, 188, 210, 223; falta de personal, 204.
Cuadra, Juan de la, S. I., 274.
Cuartos de ej., condiciones, 244; limpieza, 252.
Cubillas, Abad de, 118.
Cuenca, 50, 77.
Cuzco, ej. en, 148; consulta en el Colegio, 309.
Cysat, Renward, ejerc., 185; jefe del movimiento cultural, 185; ejercitantes, 541.

D

Dávila, Agustín, 133-134; ejerc., 135.
Dávila, Gonzalo, 282.
Daza, Gaspar, 125, 127; dirige el movimiento sacerdotal en Ávila, 124.
Deficiencias en ej., cfr. crisis.
Dernbach, Baltasar, 184.
Despruets, Juan, Abad, 157.
Devotio moderna, 270.
Deza, Alfonso, personalidad, 74; trascendencia de su entrada, 74-75; gana al P. Guzmán, 77.
Deza, Miguel, 519.
Dias, Pedro, entusiamo por Cordeses, 510-511.
Díaz, María, 132.
Didier de la Cour, 224.
Diehlmair, Juan, 219; ejercitantes, 179, 541.
Dietrichstein, Francisco, príncipe, Arzobispo de Praga, ejerc., 189, 224.
Dietrichstein, Maximiliano, 189; ejerc., 541.
Dietrichstein, Segismundo, ejerc., 189, 541.
Difusión del libro de ej., piden ejemplares, 355; se agota la primera edición, 355; reserva en la dif., 359-361; uso restringido del texto, 138; pide Mirón ejemplares a Roma, 138-139; criterios varios de dif., 359-360; costumbre más general de dar los ej. a los Padres, 359; costumbre con los escolares, 359-360; reserva mayor con seglares, 360; razón de esta reserva, 360; táctica con religiosos, 360-361; con novicios, 361; juzgaba que con la mayoría bastaban los extractos, 361; límites extremos de la dif., 361; Aquaviva permite que copien las partes principales de ej., 362.
Dilinga, 500; ej. en, 182, 221; edición de ej. de 1582, 358.
Dinant, 170.
Dionisio, Cartujano, 243, 294.
Dionisio (Pseudo), 366.
Diplomáticos, ej. a, 13.
Dirección espiritual, necesidad de dirección en el quinientos, 386; soporte sobre el que giraba el proceso de d., 385.
Director de ej., semblanza de un dir., 376; papel trascendental, 397; importancia, 374-375; criterio de San Ignacio sobre el dir. a mujeres, 225-226; dir. de ej. a monjas, 228-229; dar ej. produce consuelos, 196; necesidad, 342-343, 374; ej. sin dir., 342; falta de dir., 390, 392; dir. poco formados, 390, 393; el encargado debe darle cuenta de lo que observa, 251; *Función que realiza*: su oficio ser médico que observa la complexión del enfermo, 384; táctica flexible y humana, 388; funciones que desempeña, 381; variantes con la función actual, 381-382; base de su método: el alma del ejerc., 382; debe mostrar que se interesa por el ejerc., 383; debe ver si falta algo, 383; trato frecuente con el ejerc., 336; síntesis del proceso que seguia, 385; debe disponer al ejerc., 386; preparar el camino, 335; controlar la actividad, 386-387; estar atento a las reacciones, 387; orientar para la vida futura, 387; *Cualidades del dir.:* Unción, 375; ser instrumento de Dios, 375; basarse en la gracia, 375; cualidades naturales, 375-376; que sea grato al ejerc., 383; eliminar todo rasgo de afectación, 383; unión con Dios, 384; *Preparación del dir.:* 376-380; practicar los ej.,

376; reflexionar sobre el texto, 377; trato personal con grandes dir., 378-379; lectura de libros, 379; tercera probación, 379; dar ej. menos comprometedores, 380; meditar los Ejercicios mientras se exponen, 380; tener conferencias sobre ej., 378.

Directorio, contribuyen a la restauración del método, 399; notas que debían de tener según Mirón, 438-439; *Elaboración del Directorio,* 415-461; multiplicidad de factores que supuso, 415; piden varias Congregaciones provinciales de Sicilia, 23, 433; primer deseo de realizarlo, 415; tanteos en tiempo de Laínez, 418-420; Comisión formada por Borja, 420-424; trabajo que realizaron, 421-422; revisión del material al principio del generalato de Mercuriano, 422-424; avance en la sistematización, 423-424; encargo a Polanco de hacer el Directorio, 424-426; encargo a Mirón, 426; alcance de esta decisión, 426-428; limitaciones del Directorio, 429-430; balance de la acción de Mercuriano, 431; se siente especial necesidad, 432; Aquaviva vuelve a revisar el trabajo, 433; recoge los mejores apuntes y los envía a Padres experimentados, 434; Mirón vuelve a redactar otro D., 436-439; resultado de las comisiones dadas a González Dávila y Doménech, 439-444; preparación del D. *Variorum,* 444-445; revisión y D., de 1591, 446-449; número y carácter de las observaciones recibidas, 449-458; enmiendas que proponen al D., 456; Comisión para la revisión del D. en la 5.ª Congregación General, 456-458; promulgación del D. oficial, 459; diferencias con D. de 1591, 459-461; *Noticias de Directorios varios:* de San Ignacio, 416-417; oficial, 459-461; D. oficial y D. de San Ignacio, 418; de anónimos, 420, 423, 434; de San Carlos Borromeo, 31-32; de San Pedro Canisio, 420; de Cordeses, 107, 441; de González Dávila, 434, 439-440, 442-444; de Matthieu, 434; de Mercuriano, 423; de Mirón, 426-431; de Pereyra, 333; de Polanco, 424-425, 434-443; de Alfonso Román, 441; de Alfonso Ruiz, 420; de Miguel Torres, 441; de *Variorum,* 434, 444-445; de Vitoria, 417; de 1591, 446-449.

Doménech, Jerónimo, en Mesina, 23; en Valencia, 90; manda interrumpir ej., 270; le remite Aquaviva los Directorios, 434, 440; le consulta Aquaviva puntos del Directorio, 445; da instrucciones sobre ej., 24; meditaciones de los pecados de D., 294; meditaciones añade en sus ej., 327; apuntes de D., 364; anotaciones sobre ej., 328; avisos de oración, 277; 22, 419, 428.

Dominici, Santiago, S. I., 353.

Dominicos, 17; florecimiento dominicano, 401. Cfr. Alonso Avendaño, Melchor Cano, Alonso de Fuente, Luis Granada, Juan de la Cruz, Mancio de Corpore Christi, Juan de Peña.

Dorkens, Herman, 269.

Dormir, penitencia en el d., 244; penitencia en el d. de los primeros compañeros de San Ignacio, 341.

Douai, ej. en D., 170, 175, 196; Colegio inglés de D., 201; universitarios, 174; edición de ej. de D., 358.

Doyle, 498.

Du Val, Andrés, 224; ideal de D., 159.

Dupont, Eleuterio, S. I., da ej., 174.

E

Ecluse, Juan L', Abad, 157.

Echter de Mespelbrunn, ejerc., 177, 542.

Ediciones de ej., peticiones de varias provincias de que imprimieran el texto original, 352, 364; respuesta negativa de Roma, 352; dificultades para la impresión, 352-353; dificultades por el ambiente espiritual de España, 353; no se imprime el texto original hasta 1615, 353; útil la edición española para coadjutores, 352; dificultades de poseer un texto exacto, 351-352; ed. de Viena (1563), 354-356; preparación en Roma, 355-356; características de la ed., 356; dificultades de envío, 356-357; tendencia de descentralizar las ed., 357-358; ed. de Burgos (1574), 358; ed. de Roma (1576), 358; ed. de Dilinga (1582), 358; ed. de Vilna (1583), 358; ed. de Douai (1586), 358; ed. de Sevilla (1587), 358; ed. de Toulouse (1593), 358; variantes desde la ed. de 1596, 359; ed. de Roma (1596), 358; ed. de Amakusa, Japón, (1596), 358; ed. de Valencia (1599), 359; ed. de Maguncia (1600), 359.

Eguía hermanos, 259.

Ejemplos aplicados a ej., 86-87.

Ejercicios, penetración de los ej., en las almas, 373; campaña para imbuir la vida del jesuíta de los principios de ej., 399; ej. alma de la Compañía, 427; ej. buenos guías para la Compañía, según Borja, 512; se llegó a su última esencia, 533; ej. como manual de vida espiritual, 369, 370, 527; como fuente de teoría de ascética, 527; asimilación de los ej. en la vida ordinaria, 277-278; 343; diluídos en tratados espirituales, 369-373; difusión de ej. a través de libros de meditación, 296; ej. meditados en la vida ordinaria, 293; ej. en libros de meditación, 296-297; *Circunstancias varias de los ej.*, pide Gaspar de Zúñiga que se examinen, 412; elementos afines con los alumbrados, 404; decreto obligatorio de hacer los ej. todos los años, 318-319; ej. infamados en la India, 205-206; ej. antes de las Órdenes, 201; ej. como preparación a la primera Misa, 188, 215; a la consagración episcopal, 177-178; al ser destinados a Misiones, 201; ej. a varios simultáneamente, 188; interés por hacerlos, 192; ej. leves a coadjutores, 345; ej. más levés en Valladolid, 52; ej. más sencillos, 39; *Ej. de mes:* prueba fundamental, 262; tiempo en que se hacía, 273-275; número de jesuítas que lo hicieron, 267-268; circunstancias anormales, 266-270. *Exposiciones de ej.* Glosas: dificultad en distinguir lo de San Ignacio de lo privado, 363; oposición inicial a las glosas, 363; extractos de ej., 362; origen de las explanaciones de ej. más antiguas, 364; explanaciones varias, 364-366; deseos de realizar una explanación más amplia, 366; comentarios para directores, 367-369; *Estima de los ej.:* alabanzas, 186; capaz de despertar a los muertos, 219; «cosa tan santa y propria de la Compañía», 206; excelencias, 219; estima del libro de ej., 105; valor que encierran, 5, 377-378; *Fruto de ej.:* impresión que producían, 12-13; influjo en la literatura espiritual contemporánea, 372; testimonios del fruto en Congregaciones provinciales, 400; vocaciones, 18, 151; en casados, 22; implantación de modas más modestas, 19-20; implantación de costumbres más cristianas, 19-20; creación de la espiritualidad jesuítica, 461-462. Cfr. Adaptación, Casas de ej., director, Directorio, difusión del libro de ej., ediciones del libro de ej., ejercitantes, examen de conciencia, fruto de ej., ignacianismo, libro de ej., meditación, método de Ejercicios, oración, tiempo de ej.

Ejercitantes, cualidades de admisión, 232; modo de atenderlos, 251-253; categorías varias, 334; cfr. abogados, 94, 111, catedráticos, 84, comerciantes, 13, 209; clérigos, 94, 213-215; diplomáticos, 13; doctores, 84; estudiantes, 75-76; oidores de Audiencia, 112; mercaderes, 84, 96, 99; ordenandos; cfr. sacerdotes, predicadores, 45; presos, 88; regidores, 96; religiosos, seminaristas, 112, 188, 217-220. Cfr. canónigos, nobles, sacerdotes y en el apéndice, 536; el nombre de los principales ejercitantes del siglo XVI, 535-554; severidad en el método, 21; *Encargado de atender los ej.*: actos de vigilancia, 252; cuenta que debe dar al dir., 251; sobre el conservar ejemplares de ej., 360.

Elección de estado, en ej. a jesuítas, 343; dar a novicios, 289; no dar a mujeres, 226; mística de el. según Bremond, 396; el. de Bérulle, 166-167; el. de Luzzago, 33-34; segundo modo de el.: desestima de algunos jesuítas, 396; no se le dió la debida importancia, 396.

Elgard, Nicolás, Obispo; ejerc., 180.

Enrique IV, 150.

Enrique, Card. de Portugal, 139.

Enriques, Francisco, S. I., 264, 279, 308, 516.

Erasmo, influjo de E. en la evolución de los ej., 413-414; silencio en torno a E., 413; actitudes contrarias de San Ignacio y E., 413-414.

Eremítico, espíritu, 478; manifestación en la espiritualidad jesuítica, 479-482; características, 479; fautores, 479-480; no es sinónimo de contemplación larga, 529; er. de Cordeses, 505.

Ernesto, príncipe de Baviera, ejerc., 177, 542.

Ertling, Juan, 224; ejerc., 542.

Eschenbach, 186.

Escobleau de Sourdin, Francisco d', 31.

Escritos, entregar es. para meditar durante los ej., 38; rehusar dar es. los puntos propuestos, 334; escribir las mociones durante los ej., 387.

Escritura Sagrada, 207; y ej., 452.
Eslovaquia, 186.
España, ej. en, 48-135; amb. de restauración y euforia, 48-49, 477-478; arraigo de los ej., 49-50; causas del arraigo, 49; red de centros de ej., 50-51.
Espínola, Andrés, ejerc., 14.
Espinosa, Diego, Card., ejerc., 52, 224, 542.
Espira, ej. en, 179-180.
Espíritu Santo, acción en las almas, 402; se lleva la primacía en la santificación, 387; no quiere atarse a reglas de orar, 392; inspira como quiere, 392; mociones varias, 513; dispone las ascensiones del alma, 533; no hay que cerrar la puerta al E. S., 529.
Espiritualidad jesuítica, fruto de los ej., 465 ss.; primera fase: llenar el alma de la sustancia de ej., 465-466; segunda fase: creación de un sustrato, 466-467; realiza este paso la necesidad de aplicar los principios de los ej. a la realidad, 467-468; elaboran la teoría los Superiores y espirituales, 468-471; síntesis hacia 1562, 472-476; asimilación progresiva, 476-477; infiltraciones ajenas, 476-477; lucha de criterios, 477; el choque precisa conceptos, 477; trabajo de «clarificación», 477-478; eliminación progresiva de las infiltraciones, 478-479; mortificación característica esencial de la esp. jes., 485-486; avance realizado por el P. Plaza, 487-488; infiltración de modos extraños, 489-490; influjo de las varias esp., 491-494; consolidación de la esp. jes. con la difusión de las directivas nadalianas, 494; sistematización de Aquaviva en 1590, 494; reeducación espiritual, 494; sistematización definitiva, 495-534; función de los maestros de novicios, 495-498; presencia de místicos ocasión de nuevos avances, 498-502; función de la mística dentro de la esp., 503-504; familiaridad del alma con Dios, 504; significación del caso Cordeses en la evolución, 504-523; *Elementos espúreos*: espíritu eremítico, 478, 479-482; afán nimio de consolaciones, 478; sobreestima de dones místicos, 478; espíritu cartujo, 480-481; avilismo, 482-484.
Estado religioso, dar meditaciones sobre el est. rel., 335.
Esteban Báthory, rey de Polonia, 190.
Estella, Diego de, 401.
Estocolmo, 190; nueva época de apostolado, 191.
Estrada, Francisco, S. I., ejerc., 260; da ej., 261; efecto de su oratoria en Salamanca, 81; en Évora, 139-140, se le consulta sobre la oración de Es., 322; 119, 259, 436, 526.
Estrada, Fr. Luis, Abad cisterciense, 49.
Estuardo, María, reina, ejerc., 200.
Estudiantes, ejerc. en Alcalá, 75-76; fomentar ej. a est., 112; difundir la práctica de ej., 305; *Est. jesuítas:* ejerc.
Eucaristía, cfr. Comunión.
Evangelio, en cuarto de ej., 243; alcanzar la perfección del Ev. en la vocación religiosa, 469.
Everstein, Sibila von, ejerc., 178.
Evolución del método: influjo de otros movimientos espirituales, 400-402; teoría de Bremond v. Bremond.
Évora, ciudadela de la contrarreforma, 140-141; florecimiento de ej., 138, 139, 140; Universidad de Év., 486.
Examen de conciencia, como un atrio de los ej., 386; particular cuidado en ej., 336; importancia que daba el Beato Fabro, 386; el P. Guzmán, 386; en ej. a coadjutores, 345; ha de durar toda la vida, 387; ex. prácticos propuestos en ej., 39; ex. después de ej., 147; ex. particular, 142, 387; 134, 223, 253.
Explanaciones de ej., cfr. Ejercicios.
Éxtasis, no pretender en la Compañía, 366; de Fr. Juan de Tejada, 479-480; presume de ext. el P. Bautista Sánchez, 490.
Ezpeleta, Jerónimo, cfr. Javier Jerónimo.

F

Faber, Gil, S. I., 270.
Fabi, Fabio de, S. I., copia ej. del P. Doménech, 364; Directorio dictado por Mercuriano a F., 423; juicio del P. F. sobre la crisis de los ej., 393; 320, 420, 457.
Fabrini, Nicolás, 25.
Fabro, Pedro, Bto., penitencia en ej., 341; retiro en Vicenza, 299; introduce ej. en España, 49; crea ambiente propicio para los ej., 51; lleno de la sustancia de ej., 465; asimilación honda del espíritu de los ej., 466; identidad espiritual con San Ignacio, 466; importancia que daba a los exámenes, 386; la presemana de ej. en su método, 386; F. y Pimentel, 52; 117, 176, 502, 509.

Farel, 184.
Farnese, Alejandro, 170.
Fazio, Julio, S. I., da ej., 38; 371, 428, 534.
Felipe II y Juan de Mendoza, 283; 53, 103, 212.
Felipe, Obispo de Ratisbona, ejerc., 177-178, 542.
Feltria de la Róvere, Isabel, 19.
Fenelón, 168.
Fernández, Juan, 498.
Fernández de Córdoba, Juan, conversión, 95; entrega su casa a la Compañía, 95; ejerc., 96.
Fernández de Velasco, Íñigo, ejerc., 61, 542.
Fernández de Velasco, Juana, ejerc., 61.
Ferrara, ej. en, 24, 45.
Ferrarense, Alberto, S. I., se lleva un ejemplar de ej., 355.
Ferrari, 29.
Ferrer, Alonso, S. I., da ej., 122.
Ferrer, Miguel, S. I., repite ej. anualmente, 311.
Field, Tomás, 191.
Filipinas, 500; F. provincia jesuítica, hacen todos ej., 312.
Flandres, ej. en, 169-171; 455.
Flexibilidad, cfr. adaptación.
Florentinus, Francisco, S. I., 320.
Fonseca, Alonso, conde de Monterrey, 117.
Fourcaud, Santiago, S. I., da ej., 169.
Fourier, Juan, S. I., da ej., 160, 169.
Fourier, San Pedro, ejerc. y reformador, 158, 543.
Fozio, José, 26.
Francia, ej. en Fr., 150-169; ambiente poco propicio para ej., 150; fuente de renovación espiritual, 168-169; noviciados en 1572, 496; *Congregación provincial* de 1575 pide ayuda para los directores, 395; de 1607, 319.
Franciscanos, ejerc., 13, 112, 217, 230; influjo, 401; cfr. Bernardino Caimi, Gerónimo Cárcamo, Juan Tejada.
Friburgo, de Suiza, repiten todos ej., 312; conservación del catolicismo, fruto de ej., 186; 184, 218.
Frimanis, Juan de, Obispo de Aquilea, ejerc., 45.
Frois, Luis, S. I., 300.
Frusio, Andrés, S. I., ejerc., 260, 261.
Fruto de Ejercicios, 128-129; impresión que producían, 12-13; testimonios del fr. dado por Congregaciones provinciales, 400; conversiones o trasformaciones, 76-77, 109-110, 115, 134, 199, 218; cumplimiento del deber, 112; llevar vida de matronas cristianas, 178; dar ejemplo con su vida, 147, 217; vida más piadosa, 39, 120, 293; ordenarse sacerdote, 115, 134-135; defender la Iglesia, 112; dedicarse a ayudar a la Iglesia, 61; evitar el paso al protestantismo, 178-179; implantación de modas más modestas, 19-20; implantación de costumbres más cristianas, 19-20; vocaciones, 18, 55, 94, 195, 197; vida de perfección en el mundo, 80; uso de riquezas, 80; arreglo de cuestión social, 63; renovación de los pueblos, 114; quemar libros deshonestos, 109; expurgación de bibliotecas, 183; influjo en la literatura espiritual contemporánea, 372; publicación de obras útiles, 199; en sacerdotes, 217; «habían hecho cristiano y religioso», 203; en religiosas, 230-231; reavivar eficiencia de monasterios, 181; mantener los monasterios en pleno vigor, 175; reforma de monasterios o religiosos, 103, 175, 185-186; en casados, 22; oración, 206; piedad, 56; frecuencia de sacramentos, 34, 76, 123; caridad con pobres, 56, 61, 68, 96, 134, 178, 196, 216; asistencia a hospitales, 62; fundación de hospitales, 177; pobreza, 68; enseñar catecismo, 39; apostolado, 189, 195, 207, 212; conocer y amar a Dios, 210; fortaleza, 109, 211; fundación de casas religiosas, 63, 81; de universidad, 177; del Colegio de Monterrey, 116-117; de Valencia, 91; fuente de renovación espiritual en Francia, 168-169; creación de la espiritualidad jesuítica, 461-462.
Fuente, Alonso de la, O. P., enemigo de los ej., 101.
Fuente, Constantino de la, 102.
Fugger, Catalina, ejerc., 179.
Fugger, ejerc., de la familia F., 178-179, 227; Jorge, 178; Juan II, 178; Marcos, 178-179; ejerc., 543.

G

Gagliardi, Aquiles, S. I., da ej., 37; apóstol de ej., 39-43; plan de aplicar los ej. a las tres vías, 343; descripción que hace de los ej. diluídos, 279; ej. a plazos, 288-290; comentarios de ej., 367-368, 379; su libro *De Doctrina christiana,* 372; comentario de ej., 367-368, 379; 278, 428, 436, 476, 534.

Gagliardi, Luis, da ej., 33, 34, 318, 457.
Galapagar, 50.
Galindo, Isabel, 104.
Gallo, Gelasto, ejerc., 187, 543.
Gandía, ej. de jesuítas, 264; ej. antes de los votos de bienio, 301; noviciado en G., 481; foco de espíritu eremítico, 479; tres horas de oración, 480; Cordeses alaba la oración de G., 509; Cordeses en G., 505.
Gantois de la Cambe, Arnoldo, 175.
García, Francisco, S. I., es instruído en oración, 347.
García Rodríguez, S. I., repite ej. anualmente, 311.
Garintia, 182.
Garoza, Juan, 269.
Georgiis, Abrahán de, S. I., 207.
Gerard, Juan, autobiografía, 194; hace ej. varias veces, 197, 198; hace ej. en la cárcel, 196; da Ejercicios, 194-200; palacio en que dió ej., 198; entra en Inglaterra, 195; da ej. a seglares y sacerdotes, 195-196; burla a los que le espían, 196; cae prisionero, 196-197; atormentado en la cárcel, 197; se escapa de la cárcel, 197; traicionado, 198; aprovecha todas las ocasiones para invitar a ej., 199.
Gerardi, Andrés, hace autenticar los ej., 354.
Germania Superior, Provincia S. I., Congregación provincial de 1573 reclama la confección del Directorio, 433, 459; Congregación prov. de 1594 y el Directorio, 459.
Gerona, 50.
Gerson, 294; Monotessaron de G., 294.
Gesualdo, Isabel, 19.
Geysholm, Guillermo; ejerc., 152, 543; 224.
Ginebra, 103.
Gitschin, ej. en, 189.
Giustiniani, Camilo, S. I., escritor espiritual, 13, 476.
Gobierno, Miguel, S. I., místico, 70, 498.
Gomes, Blas, S. I., 269.
Gomes, Pedro, S. I., 301.
Gómez, Francisco, 97-98; apóstol de ej., 98; y el protestantismo, 102; discípulo del Bto Ávila, 486.
Gonzaga, Camilo, ejerc., 39.
Gonzaga, Rodolfo, 13.
González, Francisco, carácter, 496; maestro de novicios, 496-497.
González, Gonzalo, en Granada, 112; táctica, 112; da ej., 112, 293.
González, Simón, 508.
González de Cámara, Luis, 389, 509.
González Dávila, Gil, fomenta ej., 275; urge la exacción de los ej., 280; visita la provincia de Aragón, 92; orden sobre conferencias de ej., 378; quejas de tercera probación, 291; juicio de la crisis de ej., 392-393; y edición de ej. de Sevilla de 1581, 358, 448; *Papel en la elaboración del Directorio oficial:* le manda el P. Aquaviva Directorios varios, 434; le encarga el P. Aquaviva revise los Directorios enviados, 440; realiza revisión de los Directorios, 442-445, 379, 425; características, 442; resumen del documento, 443; apenas considera los ej. a jesuítas, 446; le consulta Aquaviva algunos puntos del Directorio, 445; presidente de la Comisión para la revisión definitiva del Directorio, 457; se aprovecha su Directorio en la redacción del Directorio oficial, 434.
Good, Guillermo, S. I., 191.
Gorenflo, Bernardo, S. I., 269.
Gracia, el director debe basarse en la gracia, 375; cooperación a la gr., 386; meditaciones sobre la gr., 289.
Granada, ej. en, 109-113; se popularizan los ej., 110; intensidad del movimiento de ej., 111-112; repiten todos ej., 312; ej. de seminaristas, 215; ciudad pródiga en vocaciones, 109, 268, 496.
Granada, Luis, O. P., ejerc., 140-141, 544; influjo de los ej., 140-141; afinidad con los jesuítas, 140; Meditaciones del P. Gr., 294; 243, 401, 405, 479.
Graz, 182.
Grazziano, Abad de, 246.
Gregorio, San, 294.
Gregorio XIII, fomenta los ej., 8; promotor de ej., 14-15; concede jubileo, 314; y el Año Santo de 1575, 11; y el Año Santo de 1576, 105; orden de 1584 al Colegio germánico, 215; aprueba las Constituciones de Oblatos de San Ambrosio, 220; 190.
Grimaldi, Domingo, Arzobispo de Aviñón, 153.
Guadalajara, 50.
Guadalajara (México), 370.
Guarneri, Justo César, Obispo; ejerc., 13.
Guastalla, princesa de, 39.
Guerrero, Pedro, Arzobispo, defensor de la Compañía y de los ej., 111.

Guevara, Beatriz, 19.
Guevara, Íñigo, ejerc., 19.
Guillermo de Baviera, duque, 178.
Guimerá, José, S. I., hace ej. a plazos, 282.
Guisa, Enrique de, ejerc., 169, 544; 224.
Gurrea, 390.
Gutiérrez, Martín, S. I., personalidad, 497; místico, 498.
Guzmán, Ana de, ejerc., 105, 544; estima de los ej., 105.
Guzmán, Luis, S. I., apóstol de ej., 77-78; rasgos personales, 77-78; apóstol de los universitarios, 78; influjo de su palabra, 78; escribe obras sobre Ejercicios, 370; maestro de novicios 493.
Guzmán, Don Luis, ejerc., 134; acción caritativa y apostólica, 133-134.

H

Halb, Sir Kirb, 198.
Hamericourt, Gerardo, fundador de colegios, 175; ejerc., 544.
Heinrich, Fabricio, Obispo ejerc., 180.
Helyar, notas de H., 362.
Henriques, Enrique, S. I., promotor de ej., 202; amigo de la soledad, 202.
Heredia, Francisco, S. I., 57.
Heredia, magistral de Calahorra, 120-121.
Hernández, Bartolomé, S. I., conquista del P. Estrada, 81; rasgos personales, 81-82; repite ej., 304; rector de Salamanca, 81-82; apóstol de ej., 82-84; en Granada, 113, 497.
Hernández, Domingo, S. I., 304.
Hernández, Eusebio, S. I., y los ej. a plazos, 282-283; 258.
Hernández, Martín, S. I., 280.
Hernández, Pablo, S. I., en Monterrey, 116.
Herp, Enrique, 161, 401, 479, 534.
Hezio, Arnoldo, S. I., 261.
Hofeo, Pablo, S. I., da ej., 187-188; da conferencias sobre ej., 378; Directorio de H., 251; normas del Directorio sobre cuestiones económicas, 248; 176, 358, 389, 428, 436.
Hosio, preparación para primera Misa, 299, 451.
Hospitales, asistencia a h. como fruto de ej., 62; en Ávila, 133; fundación de h., 177; 134, 135.
Hozes, 259.
Huete, 50; repiten todos ej., 312.
Huidobro, Pedro, S. I., 274.
Humildad, actos de h. de estudiantes jesuítas, 270; actos de h. en hospitales, 134; prácticas de h., durante los ej., 253; oficios bajos en ej., 56; barrer el cuarto, 253; necesidad para la meditación, 468; se consigue con la oración, 472; maneras de h. incluídas en la infancia de Cristo, 333, 343.
Hungría, 179.
Hurtado, Juan, 401.
Hurtado de Mendoza, María, vida organizada por los ej., 80.
Husitas, conversión de, 189.

I

Ibáñez, Antonio, S. I., rasgos personales, 496; maestro de novicios, 481; escribe un libro sobre la oración, 496.
Iglesia, ej. a mujeres en la igl., 226, 240.
Ignacianismo, convencimiento de que los ej. tenían que ser ignacianos, 321-323; deseos de todos de seguir a San Ignacio, 331-334; empeño en seguir el método ignaciano, 351; necesidad del ignacianismo en los ej., 220, 438; ign. íntegro, 291; se recomienda el ign. en ej. a jesuítas, 285; prohibición de añadir nada al texto de ej., 363; dificultad por las interpolaciones que había en el texto, 363; términos extraños añadidos, 332; la abundancia de ejemplares de ej. favorecerá el ign., 358; ign. consecuencia del peligro iluminista, 369; ign. programa de gobierno de Mercuriano, 399, 427-428; colaboración de Mirón en esta campaña, 427; ign. de la oración, 470; notas de la oración ignaciana: carácter apostólico y práctico, 471, 473-474.
Ignacio, San, ej. de los primeros compañeros de San Ign., 340-341; retiro de Venecia, 298; en Monte Casino, 299; preparación a primera Misa, 299; repetición de ej., 300; manda hacer ej., 304; da ej. al H. Alba, 347; medidas para asegurar la práctica de ej., 261-262; vive en su vida ordinaria los ej., 418, 465; trasfunde su espíritu a Fabro, 466; San Ig. y ej. de primera probación, 284, 287; su vida cadena continua de gracias místicas, 478; juzga que para mortificado basta un cuarto de hora, 479; condiciona las consolaciones al fin de la orden, 478; forma personalmente a sus hijos, 477; al dar ej. a Estrada no trató de

modos extraordinarios de oración, 322; San Felipe Néri se reconoce discípulo suyo en la oración, 5; afinidad con espíritu del Bto. Ávila, 483; simpatía por los cartujos, 480; emplea dos días al dar el principio y fundamento, 335; visita a ejerc., 336. *Directorio de San Ignacio:* 416-418; notas sueltas, 417; Directorio dictado al P. Vitoria, 417; método de San Ignacio para formar directores, 415-416; misión de San Ign. en la elaboración del Directorio, 417; da la esencia de su método, 417; normas de dirección de ej. a jesuítas, 272.

Ilusiones, en oración, 491; en la oración afectiva, 492; en la mística, 480.

Imágenes, como ayuda de la meditación, 373; en cuarto de ejerc., 243.

Imprenta jesuítica de Viena, 355.

Impresión del libro de ej., cfr. edic. de ej.

India, ej. en In., 201-207; retroceso después de la muerte de San Francisco Javier, 201-202; creencia en la falta de capacidad en los indígenas para los ej., 202-203; restaura los ej. el P. Jerónimo Javier, 205-207; falta de personal, 207; decadencia después de Jerónimo Javier, 207; ej. a jesuítas, 300; ej. de jesuítas operarios, 308; 139. *Congregación provincial* de 1588 y repetición de ej., 316; de 1590, 295; Gobernador de la Ind. Barreto, 224.

Indulgencia en ej., 15.

Infierno, meditación del, 366; se pueden omitir las repeticiones de las meditaciones del inf., 335.

Inglaterra, ej. en, 194-200; ambiente poco favorable para ej., 194, 197-199; ej. a jesuítas, 302; cfr. Juan Gerard. *Colegio inglés,* 214; de Sevilla, 108-109; ej. en colegios ingleses, 200-201.

Ingolstadt, ej. en, 178-180; 87, 268.

Inocencio III, 294, 327.

Inocencio IX, promotor excepcional de ej., 15; ejerc., 545.

Inquisición, apresa a mujeres, antiguas dirigidas de jesuítas, 492; pone presos a discípulos del Bto. Ávila, 491. *Inq. de Sevilla:* manda recoger las obras espirituales en romance, 353, 404, 411, se entrega a la Inq. la edición castellana de los ej., 411; 102.

Interrupción de ej., 129, 269, 282; causas, 269-270; razón para la int. en el que determinaba entrar jesuíta, 278; int. forzada, 198.

Irlanda, ejerc. de, 8.

Isla, Bartolomé, S. I., oración afec., 502.

Italia, ej. en, 3-47; tendencia a la amplificación en los expositores italianos, 369; se usan mucho las explanaciones del P. Gagliardi, 368.

Iván IV, zar, 190.

Izumokan, Juan, ejerc., 211.

J

Japón, ej. en, 209-212; ej. entre portugueses del J., 209-210; ej. entre japoneses, 210-212; penetración profunda de los ej., 210-211; embajada del J., 212; ej. de los jesuítas, 308; piden la explanación de ej. de Aquaviva, 365; edición de ej. de 1596, 358; jubileo por el J., 314; tendencia de los que se oponían a la repetición de ej., 317; Congregación provincial de 1592, 309; 136, 202, 305.

Jaraicejo, 50, 217; franciscanas de Jar., 230.

Javier, San Francisco, ejerc., 259; penitencia en ej., 341; preparación a la primera Misa, 299; Javier todo espíritu, 465-466; impregnado de la quinta esencia de los ej., 466; los ej. clave de su método, 466; orden sobre la oración, 293-294; 119, 136, 201, 202, 203.

Javier, Jerónimo, S. I., sobrino de San Francisco Javier, 94; cualidades, 205; entusiasmo por ej., 205-206; restaura ej. en India, 205-207; propaga los ej. entre seminaristas y sacerdotes, 206-207; restablece los ej. entre jesuítas, 205; entre los seglares, 207; apóstol de Mongol, 207; muere en un incendio, 207.

Jayo, Claudio, S. I., preparación a la primera Misa, 299; penitencia en ej., 341.

Jerín, Andrés, Obispo de Breslau, ejerc., 178.

Jerónimos, ejerc., 220; jer. de Sevilla, 103; y el protestantismo, 103; reacción por los ej., 103; 401.

Jerusalén, reproducción en Monte Vasallo, 29.

Jesucristo, vida de J., 366; vida de J., materia de meditación, 296; modo de meditar la vida de J., 467-468; sentido del amor a J. en el Bto. Ávila, 401; afecto amoroso a J., 502; meditar la vida de J. 67, 300, 373; meditaciones de J. encuadradas en el marco de los ej., 332; J. en los libros de meditación, 372; meditación de la misericordia de J., 327.

Jesuítas, ejerc., 187, 257, 265, 267-268, 306-307, 345-347; ej. en Méjico, 111; en Sevilla, 107; ej. dados por el P. Possevino, 191; restauración de ej. a jesuítas por Jerónimo Javier, 205; Casas de ej. para jesuítas, 308-311; práctica del mes de ej., 264; irregularidades, 268-270; repeticiones de ej., 297-319; de los primeros Padres, 297-299; en ocasiones múltiples, 299-305; de los estudiantes, 305-307; de los dedicados a la predicación, 308-312; adaptar los ej. a la vida del jesuíta, 335; campaña para imbuir la vida del j. de los principios de ej., 399; los ej. a j. según el Directorio oficial, 446-447; Polanco manda que practiquen los ej. los j., 24.
Jiménez, Jerónimo, S. I., repite ej., 304.
Jimeno, H. Coad., 498.
José de Arimatea, 452.
Juan III, 135.
Juan III de Vasa, rey de Suecia, 190.
Juan de la Cruz, dominico, 405.
Jubileo, ej. para ganar el jub., 339; conseguidos por el P. Aquaviva, 314.
Juicio, meditación del, 289, 366; impresión que produjo, 67; meditación que convenía añadir, 326; se solía dar, 336; se puede aplicar a fines más altos, 336; meditación del j. en tiempo de San Ignacio, 325; prohibe San Ignacio se intercale la meditación en el texto, 363; se piden esquemas de la meditación del j., 456; añade meditaciones del j. el P. Doménech, 327; meditación del j. en los ej. del P. Ceccotti, 329.
Julio III, en pro de ej., 15.
Jurisprudencia, colegio de j. en Alcalá, 81; juristas ejerc., 13.
Juste, Pedro, S. I., maestro de novicios, 481.

K

Kempis (Imitación de Cristo), 252; en cuarto de ejerc., 243; no parece propio para la primera semana, 455.
Kempten, Abad, 386.
Kessel, Leonardo, S. I., 176, 179-180, 261, 264; método al dar ej., 271.
Kinge, Tomás, 272.
Knöringen, Enrique, Obispo de Augsburgo, ejerc., 177, 545.
Kolozsvar, ej. en, 187.
Kostka, San Estanislao, ej. que hace, 328; meditaciones de sus ej., 330, 364; influjo de sus dones de oración, 498.

L

La Fuente, Alonso de, la oración no es para casados, 404-405.
La Fuente, Miguel de, S. I., 282.
Lágrimas, en ej., 56, 67, 217, 230, 341; sobre todo en la Misa, 501; durante la confesión, 134; en oración el P. Pisqueda, 499; el P. Juan Rodrigues, 502; el P. Pedro Sánchez, 502.
Laínez, Diego, penitencia en ej., 341; preparación a la primera Misa, 299; trabaja en preparar fortificaciones, 6; rigorismo en tiempo de Laínez, 482; recomienda oración apostólica y práctica, 472; promueve ej. a colegiales, 222; recomienda a Broet que dé Ejercicios mientras visita las Casas, 390; medidas para conjugar la crisis de ej., 390-391; orden de 1558 sobre la impresión del texto de ej., 352; tanteos de redacción del Directorio en tiempo de L., 418-420; aptitud de L. para hacer un Directorio, 419; busca colaboración más amplia para hacerlo, 419; no puede llevar a cabo el proyecto, 420; 266, 389.
Lairuelz, Aníbal, ejerc., 156-158, 219, 545; acomoda o traduce obras jesuíticas, 157.
Lanoy, Juan, S. I., 436.
La Palma, Luis de, S. I., 49.
La Puente, Luis de, S. I., da ej., 219; apóstol de ej., 65-68; 295, 370, 373, 534.
Laredo, Bernardino de, 125, 479.
Laso, Mons., 230.
Lebrija, 97.
Lecce, ej. en, 20.
Leclercq, Alix Bta., método de sus ej., 158; ejerc., 545.
Lee, Juan, ejerc., 196.
Lee, Roger, ejerc., 198.
Legaz, Juan, S. I., 481-482, 524.
Lellis, San Camilo de, 4.
Lentailleur, Juan, Abad de Anchin, ejerc., 173-174, 546; fundador de escuela de teología, 174.
León, Fr. Luis de, 401.
Lérida, 365.
Lerma, Francisco de, 118.
Leunis, Juan, S. I., ejerc., 302; 153, 180.
Leyva, Juan, 276.
Libro de ejercicios, todos los jesuítas deben tenerlo, 359; escasez de ejemplares en Sicilia, 24; estudio del libro medio para prepararse dir. de ej.,

377; se entregan a los ejerc. del Colegio germánico, 9; entrega del lib. como recuerdo, 10; equivale a una biblioteca, 32; Luzzago deja ejemplares, 35. *Revisión del libro:* incorrecciones en el texto, 354, 363, 412; revisión en la Congregación General quinta, 353; en Roma, 354; copias autenticadas ante notario, 354. Cfr. difusión, edición del libro.
Liechtstein, Úrsula, ejerc., 178, 546.
Lieja, ej. en, 170.
Ligorio, San Alfonso, 17
Lilly, Juan, 198.
Lima, ej. en L., 146; Casa de ej., 236; Universidad, 146.
Limburg, Guillermo, 261.
Lippomano, 4.
Lisboa, ej. en, 137-138; 136, 143, 268.
Lissies, 237.
Loarte, Gabriel, S. I., prepara ambiente de ej., 38; y el avilismo, 489; *Meditaciones* del P. L., 25, 295, 372.
Local de ej., cfr. Casas de ej.: orden de Aquaviva de cuartos en Colegios, 142; falta de cuartos, 6, 120, 179, 188, 210, 223; para mujeres, 226. Cfr. Iglesia, 121.
Loeumel, Guillermo, 176.
Logroño, ejerc., 120-121.
Lopes, Pedro, 264.
López, Alfonso, S. I., en Córdoba, 96.
López, Gaspar, S. I., 110.
López, Manuel, S. I., conferencias sobre ej., 378; misión del P. L., 69-71.
Lorena, 154.
Lorena, Carlos de, ejerc., 155.
Lorena, Enrique de, Obispo de Verdún, 156.
Loreto, 268; retiro de los primeros compañeros en L., 298.
Lovaina, ej. en, 171; número, 171; Casa de ej., 171, 236; no exigen retribución económica, 247; ej. de jesuítas, 265; 89, 170, 217, 261, 268, 496.
Loyola, Emiliano de, S. I., 259.
Lucerna, ej. en, 185-186.
Luis, Pedro, S. I., jesuíta brahmán, ejerc., 203; recibe un ejemp. de ej. 358.
Lull, Ramón, influjo lulliano en Nadal, 401.
Luna, duque de, Pimentel, 53.
Luzzago, Alejandro, ejerc., 33-34, 36, 224, 546; apóstol de ej., 34-36; acción benéfica, 35, 240; visita a San Carlos Borromeo, 31.
Lyma, Manuel de, S. I., 287.
Lyon, ej. en, 152; Congregaciones, 152.

M

Maastricht, Casa de ej., 171, 238.
Macao, ej. en, 208.
Maderos, Abad de, 118.
Madrid, Dr. Cristóbal, en Alcalá, 70; carácter de su predicación, 71.
Maestros de novicios, su trabajo de reeducación espiritual, 494; función en la elaboración de la espiritualidad, 495-498; dan con el término medio de las oscilaciones de las almas; acomodan ej. diluídos, 280; M. de novicios de Aragón, 481. *Reglas de maestros de novicios:* 274, 285, 286, 294, 301. Cfr. Ignacio Balsamo, Juan Pablo Campano, Diego Cañizares, Andrés Capilla, Francisco Coster, Francisco González, Luis de Guzmán, Antonio Ibáñez, Pedro Juste, Buenaventura Paradinas, Fernando Peres, Jaime Pérez, Baltasar Piñas, Bartolomé Ricci, Alfonso Ruiz, Gaspar Sawicki, Antonio Valentino, Pedro Villar, Diego Xuárez.
Maggio, Lorenzo, dir. de ej., 160; da ej. a Bérulle, 162; Visitador, 161; M. y la edición de ej. de Viena, 357; 18, 428, 436, 457, 528.
Maggio, Vicente, apóstol de ejercitantes, 18-19.
Mainfroy, Nicolás, 176.
Malabares, seminaristas, ejerc., 207; entusiasmo de sacerdotes por ej., 207.
Maldonado, Juan, da ej., 151.
Maldonado, Melchor, 104.
Mallorca, 50; ambiente espiritual, 492.
Malta, caballeros de, 35.
Manareo, Oliveiro, S. I., órdenes referentes a ej., 339; y ej. antes del sacerdocio, 302; 172, 238, 247, 389, 428, 436.
Mancinelli, Julio, S. I., repite ej., 304; 476.
Mancio de Corpore Christi, 74; ejerc., 546.
Manresa, 50.
Manrique, Pedro, 53, 86.
Manrique de Lara, Francisco, Obispo de Orense, 117; ejerc., 546.
Manrique de Lara, María, ejerc., 91, 546.
Mantua, ej. en, 45; duque de Mantua, 32.
Marcen, Antonio, S. I., en visita a Aragón, 93.
Marchena, 175; abadía de M., 176.
María Laach y ej., 182; 175.

María Santísima, contemplaciones de la Virgen, 373, 501; rezar oficio de Nuestra Señora, 134; apariciones de la Virgen, 18; ofrenda de los compañeros de San Ignacio a la Virgen, 298; Martín Gutiérrez devoto de la Virgen, 497.
Marquestald, Francisco, S. I., 320.
Martinengo, Abad, 417; ejerc., 547.
Martínez, Andrés, S. I., en Salamanca, 84.
Martínez, Pedro, S. I., 203, 269, 293.
Martinitz, María, ejerc., 189, 547.
Martins, Ignacio, S. I., sistema de doctrina, 136.
Mascarenhas, Antonio, S. I., 320.
Maselli, Luis, S. I., 318.
Masucci, Tomás, S. I., copia ej. de Aquaviva, 365; 302, 534.
Matthieu, Claudio, S. I., da ej., 169; y ej. a plazos, 288; Directorio de M., 434, 440.
Maubeuge, Casa de ej., 237.
Maximiliano, emperador, 103.
Mayor, Pedro, S. I., 457.
Meaco, centro de ej., 210.
Medina del Campo, ej., antes de los votos, 301; repiten todos ej., 312; 50.
Medina, Luis, S. I., 133, 293.
Meditación, carácter específico de la m. ignaciana, 470-471; debe brotar de los ej., 471; ha de ser fuente de apostolado, 471; el gusto de la oración no ha de impedir el apostolado, 471; novedad del carácter apostólico de la m., 471; tiempo necesario para la m. activa y apostólica, 472; elaboración paulatina de la teoría de la m., 472-473; primeros elementos que se esclarecen, 473; se matiza la orientación apostólica, 463-473; carácter práctico, 473-474; función básica de medio, no de fin, 473-474; extiende la oración a la vida ordinaria, 474; infundir el alma de la oración al ambiente, 474; entronque con la concepción de varios autores, 475; el carácter práctico se opone a recogido, no a afectivo, 475; unanimidad en el carácter afectivo, 475-476; reposo interno durante la m., 476; no convertir la m. en estudio, 476; postura posible, 335; inutilidad de nimios esfuerzos, 467; actitud de mendigos y de espera en la m., 468; dificultad de muchos jesuítas para la meditación discursiva, 499; dificultad para meditar, 270; dificultad en incipientes, 295; falta de materia, 295; consejos prácticos del P. Villanueva, 467-468. *Materia de meditación:* vida de Cristo, 289, 296; vidas de santos, 296; tendencia de seguir el año litúrgico, 296; plan mixto del P. Ceccotti, 296; Cantar de los Cantares, 290; el libro de ej., 277, 292-295; todos en Aragón meditan comúnmente por ej., 518; los ej. entreverados con Evangelio, 278, o con otros autores, 296. *Libros de meditación,* 295-297; los ej. en estos libros, 296-297; características de los libros de m. influenciados por los ej., 372; falta de libros de m., 293. *Meditación en ejercicios:* modo de explanar las m., 333-334; enseñar los diversos modos de m., 386; meditar los ej. el director mientras expone los ej., 380; m. en ej. a plazos, 281-284; m. en ej. abiertos continuados, 295; aumentar o añadir las m. según conviene, 383; enumeración de las m. que añaden varios autores, 330, 327-331; m. complementarias del libro de ej., 324-327; dar m.: sobre tibieza, 289, 323; hábitos malos, 289; sacerdocio, 302; el Instituto de la Compañía, 331; m. del hijo pródigo, 327; se desean añadir m. en el Directorio, 445; m. que añade el P. Blondo, 323; M. en Yogas, 204.
Medrano, canónigo, 120.
Mejía, Pedro, ejerc., 147, 547.
Méjico, ej. en, 111, 373.
Melanchton, 179.
Melchor, Marco, S. I., 293.
Meléndez de Valdés, Gonzalo, provisor de Badajoz, 101; favorece los ej., 101.
Mélito, conde de, 246.
Mendoza, Alvina de, 19.
Mendoza, Antonio, S. I., oración, 502.
Mendoza, Catalina, ejerc., 62, 80; 105, 132, 547.
Mendoza, Cristóbal, S. I., da ej., 16.
Mendoza, Diego, S. I., oración contemplativa, 502.
Mendoza, Fernando, 18.
Mendoza, Francisco, Cardenal, 83.
Mendoza, Juan, S. I., ejerc., 282; vocación, 283; alcance de la orden de interrumpir los ej., 284.
Mendoza, Juana de, ejerc., 121, 547.
Mendoza, Luis, proselitismo, 82.
Mendoza, Luisa, 67; ejerc., 547.
Mercaderes, dificultades en Sevilla para ej., 99; actitudes opuestas en frente de ellas, 100; ejerc., 13, 84, 96, 99, 209.

Mercedarios, 401.
Mercuriano, Everardo, S. I., datos personales, 172-173; dir. de ej., 172-175; método, 173; programa de gobierno: restaurar el modo jesuítico, 399, 426-427, 516; colaboración de Mirón en este programa, 427-428; balance de la acción de M., 431; sus reglas, 274; limitación de su teoría, 529; razón de su nimio exclusivismo, 531; ordena a Cordeses no enseñe su modo de orar, 522-523; M. y Cordeses en Roma, 517; ordena examinar el apego a la cartuja, 480; indica los medios para que los jesuítas no pasen a la cartuja, 481; juzga conveniente que todos los Padres tengan el libro de ej., 359; disposición referente a ej. a coadjutores, 347; reglamentación de ej. a jesuítas, 285-287; sobre el repetir ej., 313; según Bremond habría eliminado la pura esencia de los ej., 396. *Mercuriano y la elaboración del Directorio:* Directorio personal de M., 423; se aprovecha en el Directorio oficial, 434; consignas de M. en la elaboración del Directorio, 422-423; manda revisar el material, 423; encarga a Polanco hacer un Directorio, 424-426; significado del encargo que hace después a Mirón, 426-428, 439, 448.
Mesina, ej. en, 23-24; ej. de jesuítas, 307; noviciado de M., 266.
Método de ej., exactitud, 21, 111, 289; norma fundamental del m., 272; severidad, 37; soledad y reconcentración, 56, 276-278; silencio, 339-340; severidad en la práctica, 339; mitigación, 339-340; carácter de conversación, 380-381; influjo de esta nota en el m., 381-382; ventaja del carácter de conversación para la adaptación, 384-385; contacto personal en ambiente de intimidad, 383; esforzarse por entender la razón del m., 192; base del m.: el alma del ejerc., 382; trabajo del ejerc., 334; facilitar el trabajo del ejerc. con explanaciones escritas de ej., 364; excitar la gracia en el ejerc., 386; dejar como complemento notas escritas, 366; margen de iniciativa en el dir., 324; no señalar todas las iniciativas, 324; flexibilidad hasta poder hacerse ej. sin dir., 342; más libertad a los Padres más experimentados, 336-337; normas de Nadal sobre el m., 137; irregularidades en el m., 268-270; conceptos deformados del m., 406-412; dificultad en conocer el m., 377; repercusión en el m. de la dificultad de tener copias exactas, 351-353; de la mentalidad antiafectiva, 406; influjo del m. de los ej. en otros movimientos, 400-402; para salvaguardar la pureza del m. conveniencia de formar un Directorio, 419; San Ignacio da el alma del m. en su Directorio, 417. *Método en diversos ej.:* en ej. abiertos, 281; en ej. a plazos, 288-290; en ej. a mujeres, 226; en seminarios, 214. *Tiempo que empleaban en ej.:* 275-276, 279, 281. Cfr. Adaptación, Director, Directorio, Ignacianismo, Meditación.
Metz, 155; 222.
México, 528; Universidad, 146.
Milán, 87; Asceterium de M., 30, 240; Seminario, 215; Sínodo de M. y ej., 30. *Provincia jesuítica:* Congregación provincial de 1587 pide poder imprimir los ej., 358; Congregación prov. de 1590 y la repetición de los ej., 316; 287; Provincial, cfr. José Blondo.
Minutius, Nicolás, S. I., 264.
Miona, Manuel, S. I., 22.
Miranda, Gaspar, S. I., dir. de almas, 141.
Mirandola, condesa de, 39.
Mirón, Diego, S. I., amante de la tradición, 325-326; penitencia en sus ej., 341; pide ejemplares de ej., 356; da ej., 281; impulsa los ej. en Portugal, 137-139; en Valencia, 90; interés por los ej., 137; influjo de sus normas en ej., 286; Cordeses compañero de M., 508; contrastes con Cordeses, 515; colabora con Mercuriano en la campaña de ignacianismo, 427; recomendaciones del método ignaciano, 321. *Mirón y la elaboración del Directorio:* Razón de la formación del Directorio, 419; M. en la Comisión para el Directorio, 421; diferencias con Polanco, 422; encargo de Mercuriano de hacer un Directorio, 426; razón de ser de esta orden, 426-427; Directorio redactado por M., 428-431; difusión del Directorio, 429; carácter oficial del Directorio, 429; características del Directorio, 429; diferencias con el de Polanco, 429-430; con el de González Dávila, 443; le remite Aquaviva varios Directorios,

434; escribe un nuevo Directorio, 436-437; trabajo que realiza, 437; últimos trabajos de M. hasta su muerte, 437-438; Directorio de M., uno de los elegidos por Aquaviva, 434; se aprovecha en el Directorio oficial, 434. *Apología de ej.*: 321, 427. *Ritus et Traditiones, S. I.*: 274, 292, 305, 310, 427; 332, 440, 448, 505, 516.

Misa, celebrar la m. diariamente, 135; no omitir la celebración en la primera semana, 336; propósito de celebrar después de ej., 166, de oír la Misa, 34; un ejerc. oye la M. cada día, 9; prepararse a la primera M. con ej., 188, 298-299, 302; meditación sobre la M., 302; meditar el Evangelio de la M., 296; lágrimas en la M., 501; lágrimas del P. Juan Rodríguez en la M., 502; primeras M. de San Carlos Borromeo, 28, y de Bérulle, 167-168; 244, 253.

Mística, la presencia de jesuítas místicos ocasión de avance en la teoría de la espiritualidad, 498-502; función de la m. dentro de la espiritualidad jesuítica, 503-504; sobreestima de dones místicos, 478; discusiones en torno de casos aislados de m., 493-494; falsa m., 480; falsa m. y el P. Plaza, 486; ej. de divina unión, 366; dones místicos y Santa Teresa, 131.

Mocenighi, Obispo de Ceneda, 44.

Módena, 336.

Modos de orar, 511-512; adiestrar en el noviciado en los m. de orar, 289; en ej. a coadjutores, 345-346; aplicados al Rosario, 371; aplicados al Instituto de la Compañía, 336, 371; enseña el P. Loarte, 38, 448. *Primer m. de orar:* explicarlo y practicarlo, 378, 345. *Segundo m. de orar:* 296.

Molina, Antonio, 401.

Molina, Bernardo de la, S. I., 121.

Molino, Luis, Obispo de Treviso, ejerc., 45, 224, 547; transformación, 45.

Monasterios, ej. en, 60-61, 172-176; ayudar a m., 92; M. de Santa Brígida, 193; M. de San Juan del Roglion, 23; de Santa María de los Ángeles, en Florencia, 25-26, 44.

Monclaro, Francisco, S. I., 301.

Monreal, ej. en, 23.

Monroy, Pedro, S. I., dificultad de meditar, 499-500.

Montecasino, San Ignacio en, 299.

Monte Celesio, retiro en M., 299.

Monteiro, Diego, S. I., dir. de ej., 141-142; su libro *Arte de orar*, 141, 534.

Montelín, duque de, 18.

Monterrey, ej. en, 116-118; estado del colegio, 117; ambiente, 117; 50.

Monterrey, condesa de. Cfr. Inés Velasco.

Monte Vasallo, 29.

Montiel, Miguel, S. I., ejerc., 342-343.

Montilla, repiten todos ej., 312; ej. de jesuítas, 304; 50, 217.

Montoya, Luis, 224; ejerc., 548.

Morais, Sebastián de, S. I., 294.

Moral, casos de, 207.

Morales, Pedro, S. I., 373, 534.

Moravia, 186.

Moreda, Francisco, S. I., 279.

Morejón, Pedro, S. I., da ej., 211.

Morosini, Cardenal de Brescia, 34-35.

Mortificación y oración, 479; importancia de la m. para la oración según el P. Plaza, 485-486; estima en los rigoristas, 482; Cordeses recomienda se ejerciten en la m., 511; deseo del P. Bautista Sánchez de que se continuasen las m. extraordinarias, 490.

Mosecano, Colegio inglés, 201.

Moya, Simón, S. I., 281.

Muerte, meditación de la, 289, 366; se solía dar en ej., 336; meditación que se añadía, 326, 445; se prohibe intercalar en el texto, 363; esquema escrito en tiempo de San Ignacio, 325; se pide explanaciones de la meditación, 456; diversos modos de enfocar la meditación, 384; se puede aplicar la meditación a fines más altos, 336; meditación del P. Doménech, 327; meditación de la m. en ej. del P. Ceccotti, 329.

Mujeres, ejerc., 225-227; condiciones para dar ej. a m., 225; peligros de estos ej., 225-226; ej. a m. extraordinarias, 227.

Munich, ej. en, 80, 179; P. Paradinas, maestro de novicios en M., 496.

Muñoz, Luis, S. I., 133.

Murcia, repiten todos ej., 312; Cordeses retirado en M., 526; 340.

N

Nadal, Jerónimo, S. I., acompaña al P. González Dávila, 439; da ej. en Venecia, 36-37; promueve ej. entre colegiales, 221; fomenta ej. en Portugal, 137; influjo de sus visitas en los ej., 285; las informaciones de N.,

257-258; su tendencia en los ej. de primera probación, 273, 287; normas de ej. a jesuítas, 272; normas sobre la cuestión económica, 248; difunde los ej. anuales entre los estudiantes jesuítas, 306; impulsa la repetición de ej., 312-313; hace autenticar los ej., 354; hace compulsar las demás copias con esa, 354; recomendaciones del método ignaciano, 321; N. y la edición de ej. de Viena, 355-356; influjo de sus instrucciones, 476; recomendaciones en sus visitas, 374-375; influjo en los maestros de novicios elegidos por Borja, 495-496; propone N. el decreto de confección del Directorio, 419; N. y el P. Plaza, 487. *Nadal y la espiritualidad jesuítica:* N. el primer teórico de la espiritualidad jesuítica, 468-469; preparación de N. para ello, 468-469; base teológica de su teoría, 469-470; consecuencias de su teoría, 470-471; avance realizado hacia 1561 en la teoría de la oración, 473; extensión de la oración a la vida ordinaria del jesuíta, 474-475; la difusión de sus directivas consolida la teoría de la espiritualidad, 494; Aquaviva y la teoría de N., 532. *Escritos de Nadal:* Apología contra Pedroche, 360; meditaciones, 295, 373; 223, 509.

Nagasaki, ej. en, 211.

Nankín, ej. en, 208.

Nápoles, ej. en, 16-20; ej. de los jesuítas, 309; repetición de los ej. de los jesuítas, 21; observaciones al Directorio de la provincia de N., 455; Ramiro, rector de N., 520. *Congregación provincial* de 1576, 21; de 1590 y repetición de ej., 316, y testimonio del fruto de los ej., 400.

Natale, Tomás, Obispo; ejerc., 13.

Naumburg, 179.

Navalcanar, 50, 217.

Navarola, Octaviano, S. I., 320.

Neresheim, ej. en, 182.

Néri, San Felipe, 4, 224, 401; San Ignacio y la oración de S. F. N., 5; ejerc., 548.

Neuhaus, ej. en, 189.

Nicolai, Lorenzo, S. I., ideas sobre ej., 191-192; heredero espiritual de Possevino, 192; N. y la oración de media noche, 338.

Nieto, Ignacio, S. I., copia directamente el autógrafo de ej., 354.

Nobili, Roberto de, Cardenal, ejerc., 6, 224, 548; trasformación, 6.

Nobles, ejerc., 51-55, 79-81, 104, 120, 123, 136, 188, 196, 198, 224; influjo de los ej. en n., 53-55.

Nóbrega, Manuel da, S. I., da ej., 149.

Noche, meditación de la, 337-339; variedad en la práctica, 337-338; dificultades en su práctica, 338-339; interés en mantenerla, 338.

Nola, ej. en, 20; ej. de jesuítas, 304-305; usaban los ej. del P. Aquaviva, 365; 217.

Nordendorf, rama de, 178.

Noronha, Antonio de, 224; ejerc., 548.

Norris, Sir Henry, 199.

Nosbaum, Leonardo, S. I., 281.

Notarlis, Juan, S. I., 314.

Nothalft de Weissenstein, Isabel, ejerc., 178, 548.

Novellara, ej. en, 38-39; 217; conde N., ejerc., 39.

Noviciado, fundación, 266; n. y la normalización de los ej., 285; n. varios, 496; n. de Montilla, 304, de Aragón, 481.

Novicios, ej. de n., 340; formación de los n., 494; regulariza San Francisco de Borja su formación, 495; espíritu peregrino de n., 512; poca salud de algunos n. por ej., 268-269; ej. entreverados en distribuciones, 289; ej. a plazos, 281-284; método de ej. del P. Gagliardi, 288-289.

O

Obediencia, consideraciones sobre la ob., 298; dar meditaciones sobre la ob., 335; voto de ob., 80.

Obispos, ejerc., 44, 177, 223-224; meditaciones sobre estado episcopal, 302.

Oblatos de San Ambrosio, y ej., 220; finalidad de los obl., 32; Constituciones mandan hacer ej., 15.

Ocaña, 50, 217.

Ochsenhausen, 182, 184.

Oimba, Abad de, 118.

Olave, Martín, S. I., 478.

Olier, Juan, 31, 169.

Olivares, duque de, 19.

Olmütz, ej. en, 189.

Ondarza, Juan, S. I., 293.

Oñate, 50, 95, 484.

Oporto, 268.

Opser, Joaquín, Abad de San Galo, ejerc., 182.

Oración, *en general:* ansias de or., 3-4; deseos de tener mejor or., 304; anhelo de maestros de or., 49; dudas

sobre or., 125; jóvenes no aptos para or., 223; libertad en la or. a personas espirituales, 447; según los intelectualistas implica el abandono de las obligaciones, 405; importancia de la mortificación para la or., según el P. Plaza, 485-486; fomentar el uso de or., 222. *Or. propia de jesuítas:* informe de Mirón sobre la or., 437-438; la abundancia de ejemplares de ej. favorece la pureza de la or. ignaciana, 358; exposición de Mercuriano, 524-527; límite de su teoría, 529; influjo en la evolución del peligro de alumbrados, 491; y de la mentalidad ambiente, 404-405; modos opuestos de interpretar la or., 515; términos de la or. de Cordeses que no convenían con la or. jesuítica, 524-525; sistematización de Aquaviva, 531-533; función de los gustos en la or., 532; la contemplación no es extraña, 533. *Formas de oración:* or. preparatoria, 336; or. vocal la deprime Cordeses, 509; or. y gustos sobrenaturales, 532; or. dulce y suave de Martín Gutiérrez, 497; or. afectiva, 107, 110, 487; or. diluída durante el día, 278; or. de silencio del P. Pisqueda, 499; or. con lágrimas, cfr. lágrimas; contemplación, consolación, meditación, mística, modos de orar. *Instrucciones sobre or.:* 277; adiestrar sobre los modos de or. en el noviciado, 289; instruir en la oración privadamente a los coadjutores, 347; imponer a los jesuítas en el modo de or. según los ej., 313; incluir en el Directorio la doctrina sobre la or., 455; dar modo de or. adaptado a los coadjutores, 346; jesuítas maestros de or., 124-125; instrucción del P. Alfonso Ruiz, 498; P. Palmio, 277; P. Stredonius, 277, Tucci, 277; libro del P. Ibáñez, 496; del P. Monteiro, 141. *Oración y ej.*, 270; el dir. debe orar por el ejerc., 375; el encargado debe encomendar al ejerc., 252; dar puntos de meditación después de los ej., 174; un foco de or. en Alcalá, fruto de ej., 81; or. después de ej. fruto de ej., 4, 5, 79, 129, 147, 206, 216, 372. *Tiempo de or.:* todos los días, 134-135; or. especial en renovación de votos, 300; dos horas cada día, 135; tres horas, 133, 480, 502; muchas horas, 479; 104, 223.

Orense, Obispo de, Fr. M. de Lara, 117.

Oropesa, 50.

Orozco, Alonso, 401.

Orozco, Dr., ejerc., 118.

Orsini, Cardenal, ejerc., 13.

Ortiz, Dr. Pedro, ejerc., 299, 549.

Orrios, Abad de, 118.

Osorno, conde, 53.

Ostrel, Dionisio d', 173.

Osuna, 479; Universidad de Os., 96.

Osuna, Francisco, 401.

O'Taig, Donato, Arzobispo de Irlanda, ejerc., 195; 224.

Otomo, Yoshishige, Francisco, ejerc., 210-211; repite ej., 210; fortaleza, 211.

Oviedo, 113.

Oviedo, Andrés, S. I., prototipo de tendencias eremíticas, 479; infiltración de orientaciones falsas, 483, 489, 501, 505, 529.

Oxembridge, Enrique, ejerc., 302.

P

Padilla, Antonio de, S. I., repite ej., 311.

Padilla, Mancia de, 67; ejerc., 549.

Padua, ej. en, 44, 221, 238; ej. a escolares, 307; Universidad de P., 260.

Pagar en ej., 456, 460; sistemas de pag., 247-249, 447.

Palencia, ej. en, 114-119; Casa de ej., 236, 246.

Paleotti, Cardenal de Bolonia, 31.

Palermo, ej. en, 22.

Paliano, duque. Cfr. Juan Carafa.

Palma de Mallorca, repiten todos ej., 312.

Palmio, Benedicto, S. I., da ej., 33; instrucción de oración, 277; 37, 389, 421, 436.

Pamplona, ej. en, 123; repiten todos ej., 312.

Pannes, castillo de, 169.

Pantoja, Tello, ejerc., 133, 549; trasformación en ej., 134.

Paradinas, Buenaventura, S. I., maestro de novicios en Munich, 496.

Parenty, Tomás de, promotor de ej., 175.

París, ej. en, 151; ej. de colegiales, 222; ej. de jesuítas, 264, 307; 268, 500; cartuja de París, 480.

Parra, Juan Sebastián de la, S. I., 353.

Párrocos, ejerc., cfr. sacerdotes.

Pasamonte, Domingo, 118.

Paseo en silencio, durante ej., 339.

Pasión de Jesucristo, meditaciones, 25, 373, 511; 129, 130.

Passau, 230.

Patti, Jerónimo, S. I., 371-372.

Paúl, San Vicente, 168-169.
Paulo III, 4; repercusión de su aprobación de los ej., 353.
Paulo IV, 9.
Paulo V, en pro de los ej., 15.
Pavone, Francisco, S. I., dir. de Congregaciones, 17.
Pazzis, Santa María Magdalena de, ejerc., 25-26, 224, 549; promueve los ej., 26.
Pearson, S. I., 191, 371.
Pecados, percibir malicia de p. fruto de ej., 128; meditación de p., 289; *Meditaciones* del P. Ceccotti, 333; considerar los p. cometidos en la vida religiosa, 335; se pueden omitir las repeticiones, 335; sentimientos de Bérulle, 164.
Pedroche, apología de ej. contra P., 360.
Penitencias, uso de p. en ej., 21, 56, 67, 243-244, 265, 340-342; ayunar durante ej., 147; el director debe ver si el ejerc. duerme bastante, 383; p. extraordinaria, 231; p. de los ejercitantes antiguos, 341; de los primeros compañeros de San Ignacio, 341; del P. Mirón, 341; de San Carlos Borromeo, 29; en renovación de votos, 300; p. del dir. durante ej., 19; propósitos de p. para después de ej., 166; p. después de ej., 34, 134; ej. hechos como p., 205-206, 304; 484.
Peña, Juan de, O. P., en favor de la Compañía y de los ej., 82-83; ejerc., 549.
Peredo, 444.
Pereira, Francisco, S. I., 320.
Peres, Fernando, S. I., 305.
Pereyra, Eduardo, S. I., tendencia de su Directorio, 333.
Pérez, Bartolomé, S. I., 303.
Pérez, Esteban, S. I., 269.
Pérez, Hernán, S. I., discípulo del Bto. Ávila, 486.
Pérez, Jaime, S. I., m. de novicios, 481.
Pérez, Juan, S. I., 117-118.
Perfección, provocar deseos de mayor p., 388; p. en el mundo, 80.
Périgeux, ej. en, 152.
Perola, se refugian los jesuítas en, 93.
Perseverancia, plan de, 33-34.
Perú, ej. en, 144-148; ej. a los jesuítas, 309, 528. *Congregación provincial* de 1594: pide se impriman los ej. en castellano, 352, 364; de 1600 y repetición de ej., 316; testimonio del fruto de ej., 400.
Peruschi, Juan Bta., S. I., da ej., 9.
Perusa, ej. en, 173.
Piatti, Jerónimo, S. I., 476.
Picart, Daniel, 157, 224; ejerc., 549.
Pignatelli, Héctor, 18.
Pimentel, Alonso, S. I., 72.
Pimentel, Antonio Alonso, ejerc., 53, 550; modo de hacer ej., 56.
Pimentel, Bernardino, ejerc., 52-53, 550; quiere que haga ej. Felipe II, 54-55.
Pinedo, lic., 118.
Pinelli, Lucas, S. I., meditaciones, 373, 476; obras traducidas, 157, 476, 534.
Piñas, Baltasar, S. I., maestro de nov., 481; y or. afectiva, 487; 479.
Pío V, San, 4, 481; funda Seminario romano, 8.
Pío XI, 27.
Piratininga, Casa de ej. de jesuítas, 309.
Pires, Vasco, S. I., 294.
Pisqueda, Santiago, S. I., ejerc., 302; don de oración, 499.
Plasencia, 230.
Plaza, Juan de la, S. I., táctica en dar ej., 111; rector de Granada, 112; maestro de novicios del P. Paradinas, 484, 496; influjo de Bustamante, 485; Plaza y Villanueva, 487; influjo del P. Nadal, 487; copia pláticas del Bto. Ávila, 485; familiaridad con el Bto. Ávila, 486; ideología de su primera época, 485; maestro de contemplación, 486; extraordinario director de almas, 486-487; escritor espiritual, 487; se acrecienta su experiencia, 487; avance que realiza en la teoría de la espiritualidad, 487-488; Plaza en Perú, 309, 370.
Pobres, cfr. Caridad.
Pobreza, 245; voto de p., 80; p. fruto de ej., 67-68.
Poggi, Sebastián, Obispo, ejerc., 13.
Polanco, Juan Alfonso, S. I., ejerc., 260; visita Sicilia, 23; promotor de ej., 23-24; explanación de P. usada comúnmente por jesuítas, 334; sumario de los ej., 362; Directorio de confesores, 355. *Elaboración del Directorio oficial:* en la Comisión formada por Borja, 421; diferencias con Mirón, 422; le encarga Mercuriano la confección de un Directorio, 424; trabajo que realiza, 425; valor de su Directorio, 425-426; diferencia de su Directorio con el de Mirón, 429-430; González Dávila recoge mucho de él, 443; apenas considera en él los ej. a jesuítas, 446; se aprovecha en la redacción del Directorio oficial, 434; 379, 440, 448, 514, 515.

Polonia, 543; Congregación provincial de P., 287.
Ponce, Fernando, S. I., 320.
Pont-à-Mousson, ej. en, 154-160, 218; número de ejerc., 159-160; Universidad, 154, 219.
Porcelets, Juan, ejerc., 159.
Porta Coeli, cartuja de, 480.
Portillo, predicador, S. I., 147; da ej., 343.
Portugal, ej. en, 135-144; hacen todos los jesuítas ej., 312; rigor en el método, 265; sistema de ej. abiertos, 135-136; lucha de tendencias, 494; contrastes con el P. Cordeses, 508-512. *Congregación provincial:* amor en las Congregaciones por el Instituto, 142; Congr. de 1568 y el espíritu jesuítico, 511-512; de 1572, 275, 280, 291, 316; de 1587 aboga por la pureza del método de ej., 322, 363; de 1599, 295; ejerc. portugueses en Japón, 209-210.
Possevino, Antonio, S. I., ejerc., 281; repite ej., 193; estima extraordinaria de ej., 193; apóstol de ej., 43-47; actividad, 44-45; método de propagar ej., 191; ej. en Centro y Norte de Europa, 190-193; efectos de acción por los ej. en Europa, 451; da Ejercicios en Lyon, 152; influjo en jesuítas, 152; Possevino y el P. Bath, 87; instrucción sobre formarse directores de ej. en tercera probación, 379; reacción ante el fracaso diplomático, 190-191; copia Directorios, 423; 36, 111, 274, 436.
Potosí, ej. en, 148.
Prádanos, 131.
Prado, autor espiritual, 476.
Prado, Ramón, S. I., oración de coloquio y de afecto, 500.
Praga, ej. de escolares en, 307; repiten ej., 307; centro de ej., 187-189; colegio, 201; rector de Pr.: P. Campano, 358; 368.
Premostratenses, ejerc., 189; ejerc. y reformadores pr. de Pont-à-Mousson, 156-158.
Principio y fundamento, función de orientación previa, 386; tiempo, 335; en ej. a coadjutores, 345; acomodar la acción pastoral al pr., 30; adaptar el pr. a la vida del jesuíta, 335; pr. y Bérulle, 107.
Priscinanensis, Julio, S. I., da ej., 183.
Probación primera, ej. en, 273-274, 283; abolidos los ej. de ocho días, 287; dos tendencias de hacer ej., 273-274, 284; instruir en el modo de orar, 288; 263.
Probación tercera, ej. en, 300; quejas del P. González Dávila, 291; urge Borja el cumplimiento de la pr., 398; 379.
Protestantismo, foco protestante en Valladolid, 57; avance en Sevilla, 102; reacción ante él, 102; acción antiprotestante de la Compañía, 102.
Pruntrut, 185.
Punicale, Casa de ej., 202, 308.
Puntos, explanación de p., 334.

R

Radziwill, Jorge, Cardenal, ejerc., 15, 550.
Ragioger, Badislao, Obispo, ejerc., 13.
Ramírez, Juan, S. I., oratoria, 84-85; regalos en la oración, 501.
Ramírez de Oviedo, Juan, S. I., 282.
Ramírez de Vergara, Alonso, ejerc., 79; vida espiritual, 79-80.
Ramiro, Antonio, S. I., datos personales, 520; contienda con Cordeses, 519-524; reparos a la oración de Cordeses, 521; contento por la decisión de Mercuriano, 525; más quejas contra Cordeses, 525-526; R. y el espíritu eremítico de Gandía, 479, 487, 516.
Raptos, no pretender en la Compañía, 366; r. del P. Pisqueda, 499; 405.
Ratisbona, Casa de ej., 236.
Rathauser, 186.
Realino, San Bernardino, S. I., ejerc., 17; organiza Congregaciones, 17.
Recogimiento, infiltraciones de oración retirada, 489-490; los autores contemporáneos acentúan el factor r., 479; Bto. Ávila, amigo del r., 483; avilismo y r., 482-484; r. exagerado, 478, 482; r. de Cordeses, clave de la contienda, 505, 509-510; r. y el P. Oviedo, 479, 483; r. en ej., 37, 276-278.
Reforma, en ej. de San Pedro Canisio, 336; del P. Agazzari, 336; r. de monasterios, 174; cfr. Ejercicios, fruto.
Reggio, ej. en, 23.
Reggio, Carlos, S. I., pide ejemplares de ej., 358.
Reglas, revisión de las r. por Mirón, 427; materia de meditación, 296; r. del P. Mercuriano, 274; r. del P. Aquaviva, 274; r. del maestro de

novicios, 274, 285-286, 294, 301; *Reglas de ej.:* de elección, principios que valen para la vida, 387; r. de discreción de espíritus explica el P. Vitoria, 378; r. para ordenarse en el comer explica el P. Vitoria, 378; r. para sentir con la Iglesia explica el P. Vitoria, 378.
Reims, Colegio inglés, 201.
Reino de Cristo, meditación, 67, 289, 304, 333; y Santa Teresa, 127; en los ej. del P. Aquaviva, 328, 365; adaptarlo a la vida de jesuítas, 343.
Religiosas, ejerc., 22, 44, 193, 227-231; dificultades, 228; normas severas para los dir., 228-229; convencimiento del fruto que producían, 230-231; ej. remedio para casos difíciles, 229-230.
Religiosos, ejerc., 112, 188, 217-220; reforma de r., 185-186.
Renania, provincia, S. I., Congregación provincial de 1587, 287.
Rennes, ej. en, 218.
Renovación de votos y ej., 300-301.
Repeticiones de ej., Superiores deben preceder con el ejemplo, 315; tendencias extremas, 315-318; los que deseaban se impusieran obligatorias, 315-316; argumentos en contra de la práctica, 317; consigna de evitar el poner obligatoria, 313; actitud de Nadal, 312-313; táctica de Borja, 313, Mercuriano, 313, Aquaviva, 314; r. en la preparación del Directorio, 377; r. y la reforma de la Orden, 316-317; en las r. más libertad en las meditaciones, 323; implantación de la r. obligatoria anual, 305-320; *Práctica de la repetición:* casos varios de r., 29, 30, 62, 64, 79, 80, 105, 107, 177-178, 188, 196, 210, 292, 311; r. anuales, 36, 135, 215; dos veces al año, 135; de Padres dedicados a ministerios, 308-312; de profesores, 307; ocasiones de r., 300-305; r. de meditaciones en ej., 335.
Requesens, Luis de, 170.
Resca, Obispo de, ejerc., 44, 551.
Retio, Juan, S. I., 261, 271.
Retiro, cfr. recogimiento.
Revelaciones, peligros de falsas r., 493; sobreestima de r., 478, 491, 492.
Rey temporal, cfr. Reino de Cristo.
Reynaldis, 390.
Reynoso, Francisco, ejerc. y apóstol de ej., 60, 224; propagandista de ej., 115.
Ribadeneyra, Pedro, S. I., ejerc., 260, 389, 421, 436, 440.
Ribera, Francisco, S. I., rep. ej., 305.
Ribera, Juan Bta., S. I., da ej., 27-28; 40, 61.
Ricci, Bartolomé, S. I., meditaciones, 295, 297, 373; oración contemplativa afectiva, 501; 20, 457, 476, 534.
Ricci, Mateo, S. I., 208.
Richeome, 371.
Rigorismo, tendencias de r., 482; frecuente en tiempo de Laínez y Borja, 482; r. de Bustamante, 483; Bustamante, 485; Vázquez, 489.
Ripalda, Jerónimo, S. I., 133, 302.
Rius, Antonio, S. I., ejerc., 337.
Robles, Alonso, trasformación en ej., 64-65; ejerc., 551.
Roca, princesa de, Beatriz Guevara, 19.
Roca, Jerónimo, S. I., provincial, 441.
Rocaberti, Estefanía de, 91; afecto a la Compañía, 91.
Rôche, Cardenal de la, 31.
Rodrigues, Simón, S. I., preparación a la primera Misa, 298-299; ejerc., 341; 119, 421, 509.
Rodríguez, Alfonso, S. I., escritor esp., 476.
Rodríguez, San Alonso, espiritualidad llena de ej., 347-348; práctica de contemplación para alcanzar amor, 348; 130.
Rodríguez, Cristóbal, S. I., 390.
Rodríguez, Juan, S. I., don de or., 502.
Rois, Antonio, S. I., 281.
Rojas, Cristóbal de, Obispo, 101; propaga los ej., 105.
Roma, movimientos de reforma, 4; ambiente poco favorable para ej., 6-7; paulatino afianzamiento de ej., 14; ej. de escolares jesuítas, 300, 307; repiten ej., 315; y ej. de primera probación, 283; orientación de la oración en R., 494; ediciones de ej. en R., 358. *Casas de Roma:* Casa profesa, 28; Colegio romano, rigor de los ej., 339; irradiación del P. Ceccotti, 368; 5, 288; Colegio germánico, Casa de ej., 6-8; Constituciones del c., 7; número de alumnos, 7; Constituciones en pro de ej., 15; orden de Gregorio XIII, 215; 200, 214, 239, 451; noviciado San Andrés, 10-14; movimiento intenso, 12-14; número de ejerc., 12-13; personajes principales, 13; irradiación, 13-14; Seminario romano, 8, 89, 268, 454, 496, 500, 520.

Román, Alonso, S. I., y el Directorio de ej., 92; le deja Doménech los Directorios de Roma, 441; escribe sus observaciones, 441.
Roper, Sir John, 197.
Rosario, meditación sobre el r., 345, 373; enseñar a meditar el r., 371; dar a coadjutores el modo de orar el r., 346.
Rossi, Andrés, 25.
Rossignoli, Bernardino, S. I., da ej., 33; 42, 320, 372, 457, 476.
Róvere, Isabel de la, 19.
Rozdrazewski, Estanislao, ejerc., 179, 551.
Ruis, Simón, S. I., penitencia en ej., 342.
Ruiz, Alfonso, S. I., pericia en dar ej., 111; maestro de novicios en Granada y Roma, 110-111, 496; apuntes de ej., 420; instrucción sobre oración, 498; en la Comisión del Directorio, 421-422.
Ruiz, (de Sevilla) Alfonso, S. I., 280.

S

Sa, Manuel de, S. I., 505.
Sa, Mem de, ejerc., 148-149, 224, 551.
Saavedra, Pedro, S. I., 230.
Saavedra, Leonor de, 104.
Sacerdotes, ejerc., 22, 30, 84, 94, 101, 111, 118, 120, 122, 186, 188, 195, 197, 207, 216-217; párrocos ejerc., 189, 216; ej. de rurales, 116-117; de párrocos de pueblos, 113-114, 118; porcentaje muy elevado de ejerc. s., 216; como preparación a Órdenes, 36, 201, 302-303; preferencia de ej. a s., 216; centros exclusivos para s., 216-217; influjo de ej. a s., 217; ordenarse como fruto de ej., 115; comprender el valor del sacerdocio, fruto de ej., 195; fruto de ej., 134-135, 216; el provisor manda en Sevilla que los s. hagan ej., 101; Asociación sacerdotal en Ávila, 124; S. de San Ambrosio, 240.
Sacramentos, frecuencia de, cfr. comunión.
Saint Omer, ejerc. en, 175; Colegio inglés de S., 201; 170, 198.
Saint Vanne, Congregación de, 156.
Salamanca, ej. en, 81-88; Casa de ej., 237; Casa de ej. para jesuítas, 311; conferencias sobre ej., 378; características de ej. en S., 88; ambiente de equilibrio espiritual, 497; S. seminario de vocaciones, 95; 129, 307, 412.
Salazar, Cervantes, 224.
Salazar, Diego, S. I., repite ej. anualmente, 311.
Salazar, Gaspar, S. I., convierte un estudiante, 76-77.
Salcedo, Francisco, S. I., da ej., 134; 125.
Salem, Abad de S., y ej., 183.
Sales, San Francisco de, discípulo de Possevino, 46; Prefecto de la Congregación de París, 151; se interesa por los ejemplos del P. Bath, 87; cita los ej. del P. Capilla, 365; 32, 224; ejerc., 551.
Salmerón, Alfonso, S. I., penitencia en ej., 341; preparación a la primera Misa, 299; dir. de ej., 16-17; promueve ej. de jesuítas, 21, 309; últimos trabajos escriturísticos, 435; 389, 419, 428, 440.
Sánchez, Bautista, S. I., personalidad, 490; ardiente apasionado, 490; su oración, 490; éxtasis y arrobamiento, 490-491, 529.
Sánchez, Gaspar, S. I., 476, 489.
Sánchez, Pedro, S. I., escritor espiritual, 476; su obra *Libro del Reino de Dios*, 371; penitencia en ej., 342; oración con lágrimas, 502; 305, 412, 534.
Sánchez, Tomás, S. I., repite ej., 304.
Sánchez de Pinto, Pedro, S. I., 293.
Sandoval, Alonso, S. I., 251; consuelo en la oración, 502.
San Galo, abadía de, ej. en, 181-182; evolución en la reforma, 182.
San Juan, Lorenzo, 320.
Sanseverino, Francisco, ejerc., 19.
Santacruz, Diego, S. I., 282.
Santa Cruz, Juan, S. I., 282.
Santa Vaya, Abad de, 118.
Santesteban, licenciado, 118.
Santiago de Compostela, 113, 412.
Santiago, conde de Montfort, ejerc., 179.
Santillán, Alonso de, 59.
Santos, vidas de s., 296; trato íntimo con s., 502.
Saponara, condesa de, 19.
Sardis, Cardenal de, ejerc., 13.
Sawicki, Gaspar, datos personales, 454; notas sobre ej., 454-455.
Sasamón, 122.
Scherinus, Enrique, S. I., 320.
Scheyern, abadía y ej., 182.
Schinchinelli, Juan, S. I., 320.
Scribani, Carlos, S. I., 534; meditaciones, 295.
Seef, Juan, S. I., 271.

Seglares, ejerc., 34, 178, 179, 195; vida de perfección de seglar, 34; santidad y peligros, 447; cfr. Luzzago.
Segorbe, 480.
Segovia, ej. en, 119-120; ej. de escolares, 307; ambiente, 120.
Segura, Colegio de, 481.
Selección, en ej., 88, 192; se recomienda, 232; en los ej. de Alemania, 177; ej. entre personas selectas, 196, 206.
Semana primera, tiempo, 335; a coadjutores, 346, 347; acomodar la s. contra el amor propio, 289; meditaciones de la s. en renovación de votos, 300, en Adviento, 296; meditaciones de s. en diversos autores, 330; dan sólo Ejercicios de 1.ª s. por no sentirse competentes para más, 392.
Semana segunda, meditación de s. en varios autores, 331; meditaciones antes de Cuaresma, 296, 289.
Seminario, ej. obligatorios en el s. de Treviso, 45; s. romano, 8; de Milán, 32; s. ingleses, 200-201. *Seminaristas:* ejerc., 206-207, 213-215; influjo de estos ej., 215; obligación de hacer ej., 15.
Sevilla, ej. en S., 98-109; ejerc., 100-101; repiten todo ej., 312; ej. de los estudiantes jesuítas, 307; dificultades en los ej., 99; ej. en el Colegio inglés, 108-109, 201; S. y el protestantismo, 102-103; edición de ej. de 1587, 358. *Inquisición de S.:* 97, 102, 411; manda recoger las obras espirituales en castellano, 353; Colegio de San Hermenegildo, 108.
Sevillano, S. I., 81.
Si, Pablo, ejerc., 209.
Sicilia, movimiento de ej., 22-24; Congregación provincial de 1573, 23, 433; de 1579, 286.
Siena, ej. en S., 24; Sínodo de 1599, 216; cartuja, 4; Casa de ej., 236.
Silencio, 278; observancia del s., 339-340; severidad en la práctica, 339; mitigación, 339-340; s. del encargado de los ejerc., 251.
Simancas, 50, 266, 484.
Simoneta, ejerc., 13.
Siracusa, ej. en, 23.
Sisi, Antonio, S. I., 320.
Sixto V, promotor de ej., 15; concede tres jubileos, 314; orden de 1586, 214; efecto de la orden de 1586, 215.
Solchaga, Felipe, S. I., 492.
Solier, Hernando, S. I., 277.
Somalius, Enrique, S. I., 264.
Sorbolonghi, Andrés, 224; ejerc., 552.
Soria, ej. en, 121-123; ambiente, 121; epidemia, 122-123.
Soto, Domingo, 85.
Sotomayor, Pedro, 85.
Sousa, Miguel de, S. I., 272.
Spanocchi, Horacio, Obispo; ejerc., 13, 193.
Spes, Miguel, S. I., 282.
Spinelli, Felipe, Cardenal, 13, 189; ejerc., 552.
Spinelli, Pedro Antonio, S. I., 18, 534.
Stella, 3, 4.
Stredonius, Martín, S. I., instrucción de oración, 277.
Suárez, Benita, 104.
Suárez (canónigo), 134-135.
Suárez, Diego, mercedes en la oración, 502.
Suárez, Francisco, discípulo del P. Deza, 74.
Suárez, Juan, Visitador de Andalucía, 112; ambiente en que se formó, 497; en Sevilla, 99; se queja de las interpolaciones de ej., 363; entrega un ejemplar de ej. a la Inquisición, 411-412; noticias sobre oración en Castilla, 500; Provincial de Castilla, 489; y la primera edición de ej. de Burgos de 1574, 358; y la difusión del libro de ej., 361.
Suecia, ej. en, 190-193; 179.
Suiza, ej. en S., 184-186; 179, 180, 182.
Superior, atempera las reglas de ej., 287; su dirección, norma suprema de acomodación, 272, 282; imponer los s. ej. como penitencia, 304; ej. al ser nombrados s., 303.
Sylva, Fernando, S. I., 269.

T

Tagliacozzo, duquesa de, 11.
Tagliavia, Gerónimo, copia los ej. del P. Aquaviva, 365.
Takayama, Justo, ejerc., 211; vida ejemplar, 211.
Tarragona, maestros de novicios, 481; Sínodo de 1602, 216.
Távara, marqués de, cfr. Pimentel.
Teatinos y ej., 479.
Teixeira, Manuel, S. I., 204.
Tejada, Juan, irradia espíritu eremítico en Gandía, 479, 489.
Teresa, Santa y los ej., 106, 125-132; ej. practicados por la santa, 126; descripción de los ej., 126-129; proceso de primera y segunda semana,

127; de la tercera semana, 129-131; Santa T. y confesores jesuítas, 125, y dirección de jesuítas, 131; 489; Santa T. en Sevilla, 105-106; y la Inquisición, 97, 106; 26, 218, 224, 404; ejerc., 552.
Theobolski, Alberto, S. I., datos personales, 453-454; notas sobre Ejercicios, 454.
Thibaut, Felipe, ejerc. y reformador, 158-159, 553; testimonios de ej., 158-159; 224.
Thiene, San Gaetano, 3, 4.
Tiempo, empleado en ej., 335; diez días, 220; quince días, 162; más de quince días, 221; un mes, 146, 220; cuarenta días, 169; cuarenta y cuatro días, 340; dos meses, 146.
Tívoli, ej. en, 14; 390.
Toledo, entusiasmo por los ej., 312; repiten todos los jesuítas los ej., 311; conferencias sobre ej., 378. *Congregación provincial de 1584:* denuncia los errores de las copias de ej., 363; de 1607, 319.
Toledo, Leonor de, procura Laínez que haga ej., 390.
Tolosa, ej. en, 152.
Toro, 50.
Torres, Antonio, S. I., 371, 534.
Torres, Miguel de, S. I., Provincial de Andalucía, 96; notas de ej., 441; 389, 436, 509, 513, 516.
Torresund, ej. en, 192.
Toscano, Benito, S. I., penitencia en ej., 137, 341-342.
Toulouse, edición de Ejercicios de 1593, 358.
Tournai, ej. en, 170, 219; Casa de ej., 171, 238, 311; 221, 268.
Tours, 268.
Traducción de ej., latina, 352-353; corregir la tr. latina, 353.
Trato con directores, medio de preparación del dir., 378; modo de realizar el tr., 378-379.
Tréveris, 219, 268.
Treviso, retiro en, 299.
Trinitarios, 401.
Triulci, conde de, ejerc., 24.
Trivis, Juan, Abad benedictino, ejerc., 37, 553.
Truchsess, Otón, 224; ejerc., 553.
Trujillo, 230.
Tucci, Esteban, S. I., instrucción de orar, 277; 476, 534.
Tuy, 50.
Tyraeus, Hermannus, S. I., 269.

V

Vacaciones, ej. en v., 306-307; naturaleza de las v. de jesuítas, 306.
Vagnoni, S. I., da ej., 209.
Valderrama, Juan de, ejerc., 118.
Valdés, Fernando, oidor, ejerc., 112.
Val do Rosal, ej. en, 143-144; descripción, 143; Casa de ejerc. jesuítas, 311; 236-237.
Valdstena, 193.
Valencia, ej. en, 89-90, 143, 240; ej. de jesuítas, 264, 307; entusiasmo por repetir ej., 312; exhortaciones de Cordeses, 506; contacto con la Universidad, 89; apego a la cartuja entre los jesuítas de V., 480; noviciado en V., 481; 219.
Valentino, Antonio, S. I., apóstol de ej., 38-39; meditaciones, 373, 534.
Valeriani, José, jesuíta, arquitecto, 38; ejerc., 115-116.
Valignano, Alejandro, S. I., repite ej., 304; fomenta ej. de jesuítas, 308; y ej. en Japón, 358; organiza embajada japonesa, 212.
Valladolid, ej. en, 51-59, 343; ej. a jesuítas, 275; repiten todos ej., 312; Colegio inglés, 58, 201; ej. en el Colegio inglés, 201; chancillería, 58-59; auto de fe, 57-58; influjo del P. La Puente en V., 65-66; 108-11.
Vall de Cristo, cartuja de, 480.
Vall de Ravano, 519.
Vandelehen, Humberto, ejerc., 192.
Vasconcelos, Luis, 301; interrumpe ej., 282.
Vaux, Eleonor, ejerc., 197.
Vaypicota, ej. en, 207.
Vaz de Melo, Gonzalo, S. I., 508.
Vázquez, Dionisio, S. I., exagera el amor al retiro, 489; prohibe al P. Baltasar Álvarez ayude a Santa Teresa, 489
Vázquez, Francisco, S. I., ejerc., 337.
Vázquez, Gabriel, S. I., discípulo del P. Deza, 74; oración, 502.
Velasco, Inés, ejerc., 62; 117, 554.
Velasco, Juana, ejerc., 60.
Velasco, María de, 53.
Velázquez, Alonso, 224; ejerc., 554.
Vellón, Pedro, S. I., método de oración, 502.
Velroux, Santiago, S. I., 271.
Venecia, ej. en, 33, 36, 44; retiro de los primeros compañeros en V., 298; edición de ej. en V., 358; depósito de la ed. de ej. de Viena, 357; 259.

Verdún, 155; ej. de Bérulle en V., 162.
Vernazza, 3.
Verronio, apuntes, 362, 364.
Via Spiritus, 509.
Vías, tres, y ej., 446; aplicación de las tres v. a los ej., 343; V. y exposición del P. Gagliardi, 290, 368; 296.
Vicenza, retiro de los primeros padres, 299.
Viegas, Francisco, S. I., 275.
Viena, ej. de los escolares jesuítas, 307; conferencias del P. Vitoria sobre ej., 378; edición de ej., 358; 268, 307, 453.
Vienne, 268.
Villaferri, Abad de, ejerc., 118.
Villagarcía, ej. en, 59-65; centro de ej. de Palencia, 116; ej. de colegiales, 222; ej. de jesuítas, 311; 66, 115.
Villalba, Pedro, S. I., da ej., 307, 337; 525.
Villanueva, Francisco, S. I., equilibrio sano de V., 497; eficacia de su obra, 69; inserta los principios de ej. en la vida real, 467-468; en Córdoba, 95; y el P. Plaza, 487, 333, 520.
Villar, Pedro, S. I., maestro de novicios, 481.
Villarcevos, Abad de, 118.
Villarejo de Fuentes, ej. en, 342; Casa de ej. para jesuítas, 310; 50.
Villegas, José, S. I., 320.
Villimar, ej. en, 118-119; peligro de que cerrarán el Colegio, 245; ayuda a ejerc., de V., 246; 50, 217, 492.
Villora, 50.
Vilna, 454; edición de ej. en V., 358.
Vinck, Antonio, S. I., 261.
Viola, Juan Bta., S. I., 436.
Virgen Santísima, cfr. María.
Visiones, 493; sobreestima de v., 478.
Visitas al ejerc. frecuentemente, 336; costumbre de San Ignacio, 336; conveniencia de determinar más el número en el Directorio, 456; 447, 456, 460.
Vísperas, asistir a v. en ej., 244-245.
Vitoria, Alfonso, en Roma, 302; conferencia sobre ej., 378; Directorio de V., 417, 423; características y valor, 417; 355.
Vocación, en ej., 197; meditar sobre la v., 214, 215, 323, 335; ej. y los tentados en la v., 304; vocación fruto de ej., 18, 55, 94; v. fruto de los sermones del P. Estrada, 81; v. de Congregaciones, 108, 180; v. del P. Deza, 75; v. numerosas en Granada, 109; en Alcalá, 73; en Salamanca, 95.
Votos, ej. antes de v. del bienio, 287, 300-301, antes de últimos votos, 301-302; meditar sobre v. en ej., 329; exámenes sobre v. del P. Agazzari, 331; 80.

W

Wartemberg, conde de, ejerc., 13.
Wegelin, Jorge, ejerc., 182, 554.
Weingarten, abadía de y ej., 181-183.
Winghe, Antonio, Abad, 237.
Wischaven, Cornelio, S. I., ejerc. y dir. de ej., 261.
Wiseman, Guillermo, ejerc. y transformación, 199, 554.
Woodward, ejerc., 197.
Würtemberg, 181-182.
Würzburg, Universidad, 177.

X

Ximénez, Diego, S. I., 449.
Ximénez de Cisneros, 478-479.
Xuárez, Diego, S. I., maestro de novicios, 481.
Xuárez, Juan, S. I., 487.

Y

Yáñez de Lugo, Alonso, 118.
Yepes, Juan de, 118.
Yoga, característica de su ascesis, 203-204; sistema, 203; semejanza con los ej., 204; sacrificios de Y., 204.
Yuste, Pedro, 314.

Z

Zaccaria, San Antonio M., 3, 220.
Zannoni, Bernardo, 38.
Zapata, licenciado, 101.
Zaragoza, ej. en, 93-94; tempestad, 93; bonanza definitiva, 93-94; repiten todos ej., 312; noviciado en Z., 481; exhortaciones de Cordeses en Z., 506; 354.
Zikawei, 209.
Zoette, Joaquín, 173.
Zorlado, Miguel, S. I., 293.
Zúñiga, Gaspar, 117, 412.
Zwinglio, 184.

ERRATAS PRINCIPALES

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
187	1, 12, 18, 37	Campani	Campano
188	8	Campani	Campano
210	26	Otono Yoshihige	Otomo Yoshishige
224	10	Thiebaut	Thibaut
294	22	Moraes	Morais
307	13	Villada	Villalba
318	24	Antonio	Francisco
358	27	Campana	Campano
368	23	Campana	Campano
508	11	González	Gonzalo
211	35	Nangasaki	Nagasaki